La Senda de Silvan

Libro I: Despertares

Ángel Pablo Gallego Moya

La Senda de Silvan

Libro I: Despertares

Ángel Pablo Gallego Moya

LIBRO I: DESPERTARES

ANGEL PABLO GALLEGO MOYA

Segunda edición: 2020
Título Original: **La senda de Silvan.** Libro I: Despertares
© Ángel Pablo Gallego Moya

Diseño de portada: Tallers del Molí • Damian Renet
Maquetación: Olalla Pons • Oindiedesign

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Dedico este libro especialmente a Paquita, mi mujer. Simplemente, porque se merece todo lo que haga por ella, y todo me parece poco.

A Carmen también, por su fe en este libro.

A mi padre.

AGRADECIMIENTOS

Agradecer, porque siempre tenemos que estar agradecidos, a aquellos que han colaborado para que este libro, perteneciente a la saga *La senda de Silvan,* esté ahora mismo en las manos de quien mira estas letras.

De manera muy especial se lo dedico a dos personas: la primera, a mi mujer, Paquita Martorell, mi gran crítica, una mujer que a mi lado me hace más grande y yo no merezco la grandeza de su humanidad y de su amor.

A Carmen Martorell, mi socia en esta saga: largas jornadas de correcciones, de ideas, sugerencias y de muchísimo trabajo que, junto a la fe en este proyecto, hacen que sea posible.

Agradecer también a mi corrector: Uriel Pascual, por su trabajo y su simpatía que, unido a su trato amable, hacen que sea un honor que me corrijan los textos de esta saga; aparte de sus opiniones sobre los libros puesto que, dada su extensa experiencia, las tengo en muy alta valía.

A los lectores que me han expresado su opinión, tan importante para que pueda crecer como escritor.

A todos ellos, gracias.

1. HOGAR

Allí en la rama se posó desafiante un cuervo. Llenó el aire de sus angustiosos graznidos, estridentes sonidos que acompañan esta mañana despertada en grises acuarelas ¿Acaso profetiza con su presencia y sus sonidos malos augurios?

Sin embargo, la frontera del cristal mitiga y amaina protegiéndome de esta fría mañana.

Sin aviso, huye fugaz la negrura alada pues la lluvia interrumpe calma en este triste encuadre y una leve sonrisa aflora desafiante en mi boca, con voz clara y sin que nadie las oiga, dije estas palabras:

—¿Quizás mañana vuelvas u otros días venideros y con tu mal agüero me molestes con tu presencia? Hoy no más, mi negro vigilante.

De la ventana que daba a la calle fui a sentarme en el acomodo cercano del hogar. Mi cuerpo se calentaba en el cobijo de sus llamas y yo como siempre, me ensimismaba contemplando sus ígneas danzas; tenía que espabilar a pesar de la comodidad de estos momentos.

Era mi último día en la universidad. Tenía tiempo sobrado y con la lentitud propia de los días fríos, me vestí con los colores oscuros que predominaban en mi pobre armario, aunque eran pocas las variadas modas que se llevaban en esta ciudad.

Sentado cercano a la ventana volví a mirar cómo la lluvia caía calma y suave sobre la nieve de la calle. No me apetecía nada abandonar la casa; me quité la pereza con un cabeceo, abrí la puerta de mi habitación y bajé la escalera taconeando sobre la madera de los escalones; mis pasos y el tictac del reloj de pie del rellano, eran los únicos sonidos de la casa que, al pararme y entre el espacio que producía el balanceo del péndulo del reloj, reinaba un triste silencio.

Entré en el salón y en un sillón cercano a la chimenea se encontraba mi única familia: mi padre. Como siempre callado y ausente, perdido en sus propios pensamientos, el único movimiento evidente que hizo fue un leve giro de su cabeza al verme llegar.

Fui a la cocina para preparar una ligera comida, lo cual no me llevó mucho tiempo. Al volver al salón la mesa estaba puesta y con la rutina de los incómodos sonidos de los cubiertos contra la vajilla, dejamos pasar el mediodía. Así ha sido desde que tengo memoria: sus pocas palabras carentes de acento, la ausencia de querencia, pero a pesar de eso, era mi realidad, la que me ha tocado vivir. Mi nacimiento fue la muerte para mi madre, y yo, un extraño que vino

a este mundo a ocupar el lugar de la persona que él más amaba. No fue un buen comienzo aunque culpa no tuviera, mas sin conocerla, cuánta falta me hiciera. No lo culpo de su disposición hacia mí, ni hubo ninguna clase de desprecio ni tampoco malas palabras, simplemente este vacío cotidiano que aunque doliera, ya era costumbre de todos los días. Alguna vez pregunté por ella, pues echaba de menos el dulce amor de una madre; en toda respuesta dada siempre aparecía en palabras de admiración lo bella que era y de su singular personalidad de fortaleza. También pregunté por familiares, y en su brevedad, me comunicó que hacía tiempo que murieron tanto mis abuelos paternos como mis abuelos maternos y que ninguno de mis padres tuvo hermanos, terminando la conversación siempre que estábamos solos. A casa nunca llegó correspondencia alguna por lo que hace mucho tiempo dejé de investigar. Las breves conversaciones con mi padre a mis cuestiones y ruegos junto con el desánimo de sus evasivas fueron haciendo mella hasta reducirlo todo en nada, y si algún familiar me quedara, se quedó en el olvido de un inmenso mar de silencio paternal. En realidad, nada que reprocharle. Pero una de mis tantas cargas, la más amarga, la que más me dolía, fue el quitarle la vida a mi madre al nacer yo.

Entraba la tarde y me acerqué a la puerta de la entrada haciendo una pausa para despedirme de mi padre:

—Adiós, padre.

—Adiós, hijo, ten cuidado.

Nunca antes fue dicho por él. ¿Y de qué tenía que tener cuidado?

Abrí la puerta y el viento otoñal me impactó gélido. Lo que fue lluvia tornó granizo y cada bala helada impactaba violentamente en mi cuerpo. Miré con desasosiego el camino.

Andaba por Vera, la más importante de la confederación de las cinco ciudades del este. Hoy, nueve de octubre del año cuatro mil cuatrocientos treinta y dos, era mi último año universitario. Caminando ante la violenta granizada que ahora azotaba en la ciudad que llevo viviendo toda mi vida, ya que en mis veinticinco años nunca salí de ella. Siempre me intrigó e intenté estudiar el pasado de la humanidad, aun a sabiendas de que nos ocultaban más de lo que se nos enseñaba. Lo único sabido es que hace unos dos milenios en todo el planeta había una población de decenas de miles de millones de almas, hasta que un fatídico día, un soberano extremista de una nación pequeña usó el poder que tenía en sus manos para desatar una guerra que casi extinguió a la raza humana.

Con el único gesto de pulsar un botón se desató la gran guerra nuclear y, posteriormente, se iniciaron entre los pocos supervivientes guerras pequeñas, aunque no por ello menos cruentas. Aun así, después de dos milenios más, se sabe poco fuera de las fronteras de las cinco ciudades del este y sus feudos; jamás se recuperó ni la población ni la tecnología de nuestro pasado.

En esta confederación de ciudades se lleva una estricta vivencia. Está prohibido todo aquello que emocione a sus habitantes: hay pocos libros y se encuentran casi todos en la universidad; al finalizar el día, casi al anochecer, un toque de queda que confina a todos los habitantes a sus casa; no se permite que la gente se reúna en un número, solo visitas a familiares o vecinos; está prohibida la música y cualquier forma de arte que enaltezca al ser humano, con la excusa de no cometer los errores del pasado, aunque sinceramente, no sé qué tiene de cierto esto ni lo que pretenden conseguir si es solo tener gente sin grandes sueños que cumplir.

La ciudad la dirigen dos personas: una en la sombra, que se la denomina el director de la ciudad, y otra más visible, que es el alcalde de la misma. Los feudos están comandados por los duques, cada uno tan distinto de otro, aunque todos rinden cuentas a sus respectivas ciudades, aprovisionándolas de víveres, materias primas y algún producto manufacturado. Se vive con miedo porque cuando alguna voz se alza en protesta, no tarda esa persona en desaparecer. Un tren une todas las ciudades, y el territorio que está fuera de las ciudades y los feudos, se denomina Tierra de nadie. Hace años empezó una cacería de unos seres que a partir de la radiación de la primera guerra nuclear se fueron transformando a través de generaciones, dándoles caza; hoy se cree que han desaparecido.

También, en los siglos pasados, antes de la gran guerra nuclear, se hicieron muchas pruebas genéticas a algunos humanos con el fin de perfeccionar la raza humana. A los supervivientes de estos experimentos se les persiguió por ser diferentes al resto de la población. Pero cuentan leyendas de cientos de años que no se les pudo exterminar, porque están dormidos y escondidos, esperando despertar para alzarse contra sus antiguos cazadores.

A todo aquel que vive fuera de los feudos y las ciudades se le llama caminante; se generaliza esa palabra porque pueden ser desde peligrosos mutantes a gente normal que vive deambulando en Tierra de Nadie. Hay mucha leyenda que se cree que es más exageración que certeza.

Siguen mis pasos por la calle blanca de hielo y nieve caminando como siempre triste, con el peso de los pecados de mis antepasados

o la gracia de los presentes, así como siempre cabizbajo, sigo andando.

Por cierto, mi nombre es Silvan.

2. PASOS

El viento amainó en su fuerza e intensificó el frío. Las lágrimas de hielo que caían del cielo se hicieron amables siendo nieve dejando de castigar la tierra con la tregua de sus fuerzas. Un paso detrás de otro como un autómata, fijé la vista en el suelo caminando y ensuciando la blancura del piso helado con la huella de mi zapato; los copos caían y el viento era calmado. El crepitar de un sonido quebradizo apisonaba la nieve haciendo hielo sucio. Levanté la vista al frente y el tranvía se veía no muy lejano. Otros pasos más y la rutina de cada día, como la misma mecánica de andar.

Una vez más, era el único que tenía una mirada fija en los que viajaban: miradas perdidas en la nada, cabezas gachas y grises como la imagen que tornaba dentro de mi retina, llenos de ceniza veía rostros macilentos, carentes de expresión alguna y condenados por esta ciudad a una vida domada e insulsa. Los pilares de la humanidad se volvieron débiles hace ya demasiado tiempo. Hablan textos antiguos, textos que encontré a fuerza de mucho rebuscar, de matices del pasado, de escritos escondidos con nostalgia de los lugares de alegría, de música y melodías, envolviendo la vida de cada día que hoy están prohibidas, que esas pequeñas herejías, ahora son pecado e infracción.

Así con pena, como no podía ser de otra manera, me bajé del tranvía. Aun así, giré mi cabeza con presunción de esperanza de que alguna cabeza se encontrara con mi mirada, suplicando salir del ostracismo de su oscuridad, pero no fue así, como ningún día de los pasados fue, mas algún día sería, algún día.

Miré alrededor, y el chirriar de las vías con el tranvía quedó a mi espalda como sonido de despedida en una larga avenida de árboles sin hojas que se extendía a mi frente. Alzaban sus brazos desnudos al cielo queriendo alcanzarlo, y posados en ellos los cuervos, negros vigías azabaches de mis movimientos. Me quedé quieto como una estatua adornada de nieve acumulándose húmeda en mi pelo, en mis hombros, en mi ánimo; mis ojos miraban a ambos lados, hacia ellos, y no fue mucho el espacio de tiempo que duró la negra desbandada de mi desafío quieto. Los más cercanos levantaron primero el vuelo, los más alejados simplemente les siguieron. No me gustaban. Cerca no los quiero.

Erguido en toda mi talla, era alto, bastante más de lo normal; mi pelo era fino y negro, de un negro intenso con tonos azules como el plumaje de mis odiados pájaros, siempre iba triste, melancólico por

mi historia, por los vacíos, por este tiempo que me tocó vivir y por este entorno que no puede evocar más que lo que siento y lo que veo en el resto; un despreciable y claro ejemplo de si este es el camino que nuestros pasos han de dar. Cierto es que no le quedaran mucho por terminar nuestras esperanzas.

3. UNIVERSIDAD

Aunque quedara lejos, no me molestaba caminar hacia la universidad, mas hoy quería acortar; hoy deseaba que el tiempo fuera brevedad en su medida, falsa ilusión de subconsciencia: la impaciencia…

Busqué un atajo en el trayecto. Toda la ciudad era cuadriculada, de líneas rectas, sin más singularidad que lo práctico; las calles principales rodeaban cuatro manzanas de edificios y casas. Si bien la ley y el orden eran muy férreos en la ciudad, como cada excepción a cualquier regla y como los suburbios que ahora empezaba a pisar. En los suburbios, las leyes eran ignoradas, y ahora tenía que adentrarme en esos callejones para poder atajar. Los reductos donde vive la gente más marginada, de los que aceptan sus miserias con la amargura de la desesperanza, semilla de un odio macerado hacia los más favorecidos.

Aventurarme por esos estrechos callejones donde muere la luz del día y las pocas ilusiones, era un acto temerario, aunque desde que crecí jamás sentí miedo; de la luz diáfana de este día nublado pasé a la penumbra, antesala de la oscuridad. Entré con semblante serio abandonando la calle principal. El molesto silbido aullante del viento cesó, y en el momento que traspasé las dos esquinas, se tornó un incómodo silencio moteado por el chirriar de las oxidadas bisagras, por el roce de maderas mal encajadas y por los pasitos chicos de algún roedor. Aun así, con la imprudencia de mi osadía, proseguí.

En las ventanas, miradas escondidas tras los visillos vigilaban mis pasos. Pasando portales entreabiertos vacíos y negros, iba pasando las primeras callejuelas, únicamente evitando la podredumbre de los desperdicios del suelo. Dos calles más y ya estaría más cerca de la universidad.

Iba a girar a mi izquierda cuando en el extremo de mi campo visual de mi derecha, desde la semioscuridad, un destello metálico, una respiración acelerada y algo que se me abalanzaba hacia mí rápidamente. El tiempo se ralentizó; un cuchillo en lanza en un brazo extendido; me incliné levemente hacia atrás en la justa medida que evitaría que ese arma me hiriera, como si fuera un movimiento natural, y al pasar por delante de mí con la palma de mi mano desvié aún más la trayectoria. Con la derecha, esperando una fracción mínima de tiempo, esperando que su cuerpo estuviera paralelo al mío, golpeé su costado y oí crujir dos costillas, y sin aplicar mucha fuerza, lo vi salir despedido hacia atrás con la

sorpresa en la órbita de sus ojos. No duró más de un segundo, menos quizás y sin apenas esfuerzo; antes nunca me había ocurrido algo semejante. No pestañeé en ningún momento; mis ojos negros como la noche venidera fueron más puñal que el que hace poco blandía mi agresor. Tardó en entender la señal desde el suelo cubierto de basura, pero entendió, entendió la muda advertencia y quedó solo hacer lo que hizo, con pronta celeridad, que a pesar del dolor que le había provocado huyó corriendo, mas no olvidaría que si se cruzaran nuestros caminos por casualidad, sería rara otra oportunidad y no habría clemencia.

Tras el trance de la lucha y mirando cómo se alejaba de mí con muchas prisas, observé las palmas de mis manos extrañado de los momentos pasados, pero el cerrar de ventanas y puertas me despertó.

Aun retenía el pánico en los ojos de quien antes quiso hacerme daño. Nunca me había pasado algo así, nunca fui violento ni pensé que si algo me ocurriera, pudiese reaccionar así. Me asustaba pensar que lo podía haber matado, y lo peor, es saber con certeza que me hubiera costado muy poco.

Embozado y turbado, recordé que tenía que ponerme en camino, y aun sin disolverse las ganas por llegar al final de trayecto, poco a poco fui reanudando el caminar. Intenté que este acto pasara al olvido. Ya tendría desde la calma de otro tiempo y otro lugar el poder reflexionar.

Salí de los suburbios y vi en la lejanía las torres de la universidad. Mi última visita a ese lugar; el bálsamo del alivio acudió a mí mientras el edificio era ya una certera cercanía.

Subía las escaleras del edificio donde había cursado mis estudios. Me flanqueaba y me abrazaba con su anciana piedra cubierta de hiedra, entrecruzándome con los estudiantes callados. En el patio central, en una amplia columna regía un enorme reloj que señoreaba todo el espacio; el tiempo nos dominaba y de eso nos quería hablar ese reloj. En el suelo, hierbas salvajes se asomaban tímidas por encima de la capa de nieve que las cubría, según me adentraba, el murmullo uniforme de pasos se hacía más intenso y me avisaba de que estaba ya cerca.

Entre varios de mis estudios estaba la historia, la conocida, claro, o la que solo querían que conociéramos: los últimos negros milenios, carencias, el destierro de la esperanza, de la refundación de las ciudades, de la drástica reducción de la población, de las secuelas de la biogenética que a tantos mató y a otros hizo mutar, de los restos de radiación de las primeras guerras, de las limpiezas

de los últimos tiempos, como quien quiere borrar sus errores eliminándolos, de cómo la naturaleza se volvió enfermiza, con el cáncer de nuestros desechos, el desprecio a nosotros mismos, las cada vez más endurecidas censuras del reino de la ignorancia, de lo pasado. Ahora todo negado; solo sabemos los que nos quieren enseñar sabiendo a ciencia cierta que hay más. Ahora, como corderos hacia el matadero, aceptamos sumisos esta sorda doctrina que solo tiene el fin del control de la gente con una quirúrgica manipulación de la letra y de la palabra.

Yo fui mirando por donde nadie antes se atrevió a mirar, por los olvidados rincones de la biblioteca que solo los insectos y el polvo visitan; yo como siempre fui buscando esos rincones, que es donde se esconde la verdad. Así, entré en las clases, en la más absoluta interpretación de normalidad.

Si bien poco me hablaba mi padre, quizás por ese motivo se me quedaban grabadas cada una de sus palabras y las guardaba como tesoros: «Sé uno más, no quieras destacar, y si lo haces, hazlo con humildad; ten cuidado con los secretos, pues cuando los cuentas dejan de serlos», solía decirme. Tanto me hubiera gustado contar lo que me había ocurrido en los suburbios, pero las palabras de mi padre ahora cobraban sentido, y en la universidad había ley del silencio. Además, no tenía a quién contárselo.

Salí de las aulas y me quedé dentro del edificio: antigua catedral, dogma del conocimiento, de milenaria estructura, sobria, serena y bella como una mujer madura de alta cuna, lejos de sus mejores días, aun conservaba una cierta elegancia en sus estructuras. Su olor era a ropa guardada mucho tiempo en un armario, olor rancio y almizclado, pasillos que terminaban en arcos con humedad sudada de la nieve en deshielo. En esa mezcla y en los pasos resonando en la oquedad de las bóvedas, estaba la ausencia de la palabra, y aun así, no odiaba este lugar. En tardes que esperaba que se vaciara de gente disfrutaba de la soledad; todo el conjunto se transformaba en paz descansada en los cimientos de sus pilares, el conocimiento de los siglos se volvía una lejana cantinela. En el silencio del ocaso de los días, pocos fueron, pero bien hallados esos momentos que ya no volverían más. Debía de terminar esta última página de mi etapa, un adiós. Llegué a la última puerta que abriría en este lugar y con mis nudillos desperté su madera:

—¿Quién?

—Silvan Ellan. Vengo a recoger mi licenciatura.

—Pasa, Silvan, pasa ya, sin más.

—Dr. Alexandre…

—Sr. Silvan.

—Siéntese, por favor. Quería entregarle personalmente su diploma. Mi más sincera enhorabuena.

—Gracias, señor.

—Increíble lo suyo; completado en la mitad del tiempo. Aun así, cursó sin terminar otros estudios. Además, acudió a muchas clases del resto de las carreras. ¿Sabe? Los profesores al final se dan cuenta de quiénes no son sus alumnos y me lo comunican. Les dije que era un oyente, pero a pesar de que no estaban familiarizados con este término, les expliqué su significado. Más aún me queda la sospecha que podía haber terminado alguna carrera más… ¿Estoy en lo cierto?

—Se me da bien y poco más se puede hacer en esta ciudad.

—Lo que no llego a entender es por qué oculta su brillantez. ¿Sabe? Que yo recuerde, y no son pocos los años que ocupo este sillón, jamás vi a nadie con sus capacidades ni su intelecto, tendrían que llamarlo para algo importante.

—Sinceramente, no es de mi gusto llamar la atención. Usted sabe cómo soy.

—Ya, conozco su extraña timidez, si podemos denominarla con ese adjetivo. Por ello aún no tienen constancia de sus progresos en el ayuntamiento.

—Y no sabe cuánto se lo agradezco.

—Solo respeto su deseo. ¿Y ahora, señor Silvan?

—Me tomaré un tiempo. Es de lo que más dispongo: tiempo. Posiblemente, busque un trabajo. En mi casa nada falta, pero una ayuda nunca viene de más.

—Yo le podría ayudar en lo del trabajo.

—En cuanto me decida, se lo comunicaré en persona. La verdad es que usted me ha ayudado mucho.

—Es usted especial, ¿lo sabe?; gente como usted le haría muy bien a este malogrado mundo.

—Gracias, señor rector. Ojalá nos veamos en breve.

—¡Ojalá! Adiós, señor Silvan, adiós y suerte.

Cerré la puerta con un deje de satisfacción por los halagos recibidos y por una conversación con alguien que creía en la gente; aun así, le mentí; nunca volvería. Dije adiós, cerré esta puerta para abrir otra vislumbrando el horizonte de una etapa nueva y desconocida, y no sabía yo cuánto.

—¿Silvan?

De pronto, apareció ante mí una chica que me resultaba algo familiar. Desconocía de qué pero era muy raro que alguien se

dirigiera a mí en un terreno poco conocido para usar la palabra fuera del eco de mi cabeza y teniendo el valor de infringir la ley del silencio de la universidad.

Era bonita, algo más que bonita, de un pelo castaño con matices avellana, una cara fina de ojos grandes, alta y delgada, sin perder las curvas que denotan la feminidad, de sonrisa enmarcada en unos labios muy sensuales. Me avergonzaba el tener que confesar que jamás estuve con ninguna mujer a pesar de mi edad, fuera por cobardía o porque ninguna me atrajo lo suficiente. La que de frente se mostró en estos momentos con su presencia me produjo inquietudes desconocidas y nuevas. Quería advertirla de nuestra infracción al romper la regla sagrada de este lugar: el silencio. Pero cuando me di cuenta de que estábamos solos, quería seguir oyendo su voz fueran cuales fuesen las consecuencias. Sentía un lazo invisible que me ataba a ella y no tenía ningún deseo de desatar.

—Hola… me avergüenza no saber tu nombre, ¿eres?

—Raquel, es normal que no lo sepas. Desde que empecé la universidad te veo por los pasillos. Sales y entras de las clases como un espectro, un fantasma y siempre solo. Yo solo tenía ganas de conocer al ser más misterioso de la universidad, y hoy era el último día…

—¿Tan patético soy?

—¿Patético? Más bien, como te dije, misterioso.

—¿Pero cómo sabías mi nombre?

—Preguntando. Aunque nos prohíben hablar para preservar el silencio de la universidad, no nos lo prohíben en clase con los profesores. Me atreví a preguntar y me sorprendió que ninguno conociera tu nombre, puesto que no eras de sus clases, ya que venías de oyente, que no sé exactamente qué es. Al final, pregunté al señor rector y él me dijo tu nombre, no es un nombre nada común.

—Sí. Tan raro es mi nombre como soy yo, supongo.

Vi florecer en su boca una rosa de capullo a flor abierta, una risa sonora y musical. Había hecho reír a alguien. Parecía que hoy el universo estaba en contra de mi naturaleza, y no me desagradaba. Es más, a cada instante, a cada palabra me parecía más bella, y parecía que la luz de esta tarde cambiaba para que gradualmente incidiera en sus facciones para favorecerla aún más. ¿Cómo nunca me había fijado en ella? Cierto es que no me fijaba en nadie en este lugar. Debería haber levantado más la vista de los libros.

—¿Qué harás ahora?

—¿Ahora? ¿Cuándo? ¿Ahora mismo? ¿O después de terminar los

estudios?

—¿Siempre contestas con otra pregunta?

—¿Yo?

Bien se notó que el blanco níveo de mi piel se tornó en un escandaloso rubor, pues sentía mis pómulos ardiendo. Brotó de esa boca suya una risa chiquilla, de esos encarnados labios que, sin saber lo que era, así debería ser la música. Nunca experimenté tantos cúmulos de sentimientos tan fuertes, era un estallido de mil sensaciones; me sentí como antes jamás me había sentido: humano.

—Ahora, o en estos días…, si no estás muy ocupado, si te apetece hablar conmigo y me quieres hacer reír con tu seriedad, toma mi dirección. Escribe una carta para que no se escandalice mi madre, y solo si quieres claro, ¿mañana mismo te parece bien?

—Sí… Yo…

—¡Huy! Queda poco para el toque de queda. Mira, escríbeme si lo deseas, si dispones de tiempo. Adiós, Silvan, no lo olvides, mi nombre es Raquel.

—Raquel…

—Adiós, Silvan. No olvides escribirme, mañana nos veremos.

Como un vendaval de viento cálido, se fue con su carrera de pasos chicos y el vaivén hipnótico de sus caderas, así viendo como por segundos cada vez la lejanía la empequeñecía.

Empezó a llover. El agua fría de la lluvia me volvió a la realidad, porque ella era sueño de esta tarde de otoño y se iba desvaneciendo ese torrente intenso de emociones, en algo más sosegado. La lluvia era mi calmante natural, mi sedante emocional, era la lluvia un eco continuo, suave y susurrante, el murmullo del sonido de la lluvia, repitiéndome su nombre una y otra vez.

De repente, una sirena, el aviso de que faltaba una hora para el toque de queda. Recordé que tenía que volver. Me llevé la sonrisa puesta.

4. VOLVER

Volví sobre mis pasos andados de una manera diferente. Dividía ahora lo pasado en esta intensa tarde en dos mitades claras: una parte de alegría y satisfacción, raras y únicas en mi vida gracias a los breves instantes con Raquel y mi conversación con el rector; otra parte de preocupación y sorpresa por haber sido atacado y más aún de mi reacción. ¿Estaba poseído por alguien que no era yo mismo? ¿O era el lado oscuro que no se descubre hasta situaciones límite? Todo este tumulto de emociones coexistía en mi mente como una vorágine de preguntas sin respuesta: mala tormenta.

El tiempo pasaba rápido y tenía que llegar a tiempo al hogar. Cuando caía la noche solo se podía estar por las calles de la ciudad con motivos laborales. Infringir esa norma era sufrir castigos demasiados severos, solo por no tener en cuenta la hora y lo lejos.

Sin correr, pero a paso vivo, debía retomar el mismo atajo conflictivo de antes. Pasaban las calles como si ellas se movieran y yo estuviera quieto. Grandes edificios con veloces rodamientos, estaba tan ensimismado en mis pensamientos que apenas notaba el caminar. El cálculo en sí era bueno para llegar a tiempo al último tranvía con sus grises viajeros, a volver a luchar con las miradas perdidas, si bien no hubiera ojos más tristes que los míos, hoy tenían otro brillo.

Algo me alertó faltando tan pocas calles para llegar a la parada, y la curiosidad me atrajo como un imán a un callejón oscuro. Nada se apreciaba en las cercanías, pero entré dentro. Todo cambió en esa corta distancia. Una fracción de tiempo y lo que era oscuridad se me revelaba como un mundo de sombras claras. De pronto, el silencio se rompió por el llanto cercano de una niña, lastimoso y roto por una petición de auxilio.

Se fue apoderando de mí el depredador que antes fui, ahora sobre aviso, era yo mismo que ahora no se oculta. Rarezas…

Hice una pausa, un instante, un parpadeo mientras percibía algo; los sonidos delataban que la niña no estaba sola, ya que oía la fricción de una cadena contra el suelo, el olor metálico del óxido. Sabía que no era agradable aquello que detrás de la esquina me esperaba. Los sollozos proseguían ahora amortiguados por una mano en su boca, nervios y miedo, hablaban de más las corrientes de aire que no podía explicar. No podía haber tanta casualidad en este extraño día.

La ilusión completa en mitad de dos esquinas. Una puerta ilusoria, dos opciones: acudir a la llamada y traspasar la puerta o la

sensatez de volver a la seguridad de la vía transitada. El toque de queda no estaba muy lejano, no me gustaría dar explicaciones a las autoridades y menos a mi padre. Aun así, traspasé la puerta.

Sentía que la presión del aire se condensaba en un punto concentrado y a mucha velocidad. Un paso corto hacia delante cuando detrás de mí pasó una cadena. Oía el tensar continuo de los eslabones. A mi derecha, un individuo con una niña a sus pies, con su mano amortiguando el sonido de su llanto, una expresión fiera. Hice medio giro hacia mi izquierda y enganché con mi mano la cadena aún horizontal con el suelo y la impulsé aun a mayor velocidad, lo que provocó una violenta sacudida. El que la lanzó sorprendido sin dejar de asirla, vino hacia mí con la inercia de mi acción y completé el giro. Mi codo derecho impactó contra su mandíbula. Un crujir de huesos rotos y el corto gemido de dolor que terminó cuando su cabeza rebotó en la pared. Un chillido infantil y sin darme la vuelta supe que el siguiente actor de este drama se acercaba a mí, entonces otro sonido del cuero rozando el metal, estaba desenfundando un arma, y seguidamente, el sonido atronador del disparo de un arma. Me flexioné tanto para evitar la trayectoria de la bala que mi pecho tocó mis rodillas, giré media vuelta más ascendiendo y con la cadena aún en mi mano la lancé excediéndome en fuerza. Destrocé su pistola y, como una serpiente metálica, se enroscó con fuerza en su cuello. Las dos puntas de la cadena, con fuerza destrozaron su omóplato en una punta y la otra en su cara. El olor dulzón y bronce de la sangre impregnó aquella semioscuridad.

Estaban muertos mucho antes de que ellos tan siquiera me vieran. La muerte vino de mi mano al atravesar la puerta. Había matado a dos personas y no tenía ninguna emoción, sin que todo ello durara más que cinco parpadeos de unos ojos oscuros y negros. Estuve aún un instante más inmóvil como una estatua. Giré mis ojos hacia la niña, que estaba de espaldas, acuclillada y llorando. Me acerqué prudente intentando cambiar las formas. No quería que se asustara aún más.

—Niña… Niña, mi nombre es Silvan. Estás a salvo. ¿Cómo estás?

Con una rapidez inhumana, me giré en un acto reflejo y salté hacia atrás. Vi que sus manos eran largas falanges terminadas en agujas lanzadas hacia mí. La boca se abrió. Era desmesuradamente grande, llena de colmillos irregulares. Una mortal cruz de garras y dientes. Se acercaba hacia mí con demasiada confianza; era rápida, mas no lo suficiente. Mi puño impactó contra su pecho y la fuerza hizo que la criatura volara diez metros hacia atrás arrastrando todo

escombro que había en la calle. Estaba muerta antes de caer al suelo. Quién los envió no sabía lo que la fatalidad de este día os esperaría.

El cebo eran ellos, la trampa la niña, la muerte vino conmigo. Algo raro ocurría. Notaba algo difícil de percibir en una altura cercana, una respiración calmada y unos ojos en mi nuca.

—¡Clap, clap!

—Magnífico.

Desprevenido, ¡cómo no he podido darme cuenta! De repente, como si antes no hubiera estado en la esquina de la azotea, como una extraña gárgola viva me observaba. Un ser singular que no transmitía peligro. ¿Y por qué no? Después de este día, dos extraños atentados dirigidos a mí. ¿Por qué mis instintos, antes desbordados de adrenalina, ahora se mantenían calmados? Raro, todo era raro.

De pronto, saltó al vacío y quedó flexionado en el suelo a pocos metros. Tras un ruidoso aterrizaje se dirigió a mí:

—Hola.

—¿Hola?

—Un magnífico espectáculo.

—No sería precisamente esa la definición. ¿Y tú? ¿Quién cojones eres?

—Menudos modales para tan finos movimientos y tan poética ejecución. Creo que es necesaria una presentación.

—Y muchas explicaciones, ¿no cree?

Lo miraba curioso. Tan alto como yo, pero mucho más musculoso. Extraño con su perilla, su cara parecía una media luna, y su pelo…, despeinado en unos imposibles bucles que querían crecer hasta el cielo, y rojo, rojo fuego, parecía una llama, un naranja rojizo. Nunca jamás lo había visto, ni a nadie ni tan siquiera parecido.

—Dadas serán, señor Silvan Ellan.

—¿Conoces mi nombre? ¿Cómo, pues?

—Cada cosa a su tiempo. Dejemos unos momentos para que te relajes. No me gustaría morir como el mutado y sus amigos.

Hice caso y no entiendo el porqué. Respiré profundamente y la alteración pasó a la calma, como al final de cualquier tormenta.

—¿Bien, mejor? Andemos un poco, si a bien te viene, te acompaño a casa. Dentro de no mucho será el toque de queda; además, si aquí te quedaras, tendrías que dar más explicaciones por esto —dijo señalando en abanico al suelo— que las que yo te tengo que dar a ti.

—Sí…

—Andemos y hablemos todo al tiempo, que no nos queda mucho, y por favor, no repliques. Te aseguro que tu curiosidad será ampliamente saciada.

Se colocó un sombrero que le cubría todo el pelo. Hacía frío. Sospecho que ni él ni yo lo padecíamos como los demás; se colocó en el cuello una bufanda roja, escandalosamente roja con flecos. Yo austeramente con mi levita y mi abrigo largo negro, como todo el que viviera en esta ciudad, solo colores oscuros, crudos y muertos.

—Primero, mi enérgico joven, mi nombre es Antón, Antón el rojo, y no hace falta explicar el porqué.

—El mío…

—El tuyo ya lo sé y desde hace mucho. Vamos a tu casa. Allí te espera una sorpresa que no será de tu agrado, pero las cosas son como son. Ni tú tienes culpa ni es cosa del destino. Es cada cosa a su tiempo.

—Qué coincidencia que me atacaran dos veces este día cuando nunca he tenido ningún altercado en mi vida —afirmé cabizbajo.

—Aunque te hayas querido esconder, destacaste bastante en los estudios. Una persona demasiado inteligente puede incomodar a alguien que al final te ha descubierto, y hoy con sus pruebas, se lo has confirmado.

—¿Soy un mutante?

—Ni una cosa ni otra. Digamos que hace siglos hubo gente que quiso jugar a ser Dios, y entre los cambios biogenéticos más la misma naturaleza que prosiguió su camino, aunque no en todos los casos, produjo gente «distinta».

—¿Tú eres como yo?

—No somos, ¿entiendes? No es un colectivo, es más bien recoger los pedazos de un experimento y protegerlos. Digamos que me parezco un poco a ti, pero yo soy único, y tú más aún.

—No entiendo…

—Claramente, aunque esta sociedad esté dividida en ciudades-estado férreamente cerradas con sus feudos, hay una red de personas que están en todos o casi todas las ciudades cercanas; lo único que quieren es mantener su poder y el control; todos aquellos que quieren alterarlo o que supongan la más leve amenaza, solo tienen un camino: ser eliminados por la hermandad.

—Siempre tenía la certeza de que era alguien que no encajaba en esta sociedad, pero esta tristeza mía, esta melancolía, este vacío…

—¡Ja, ja, ja, ja! Señor Ellan, eso no tiene nada que ver. Que puedas matar a asesinos en segundos es una cosa, pero tu

personalidad, esa es tu propia condición humana.

—¿Es ese el tranvía que lleva a tu casa?

—Sí, ese es.

—Si no le importa, reanudaremos esta conversación sin tener oídos ajenos escuchando.

De pronto, su rostro alegre y risueño se transformó en austero y pétreo. Se mimetizó con el entorno de los grises habitantes y su mirada se volvió como la suya, mirando a un vacío inexistente. Yo dejé de observarlo y me quedé mirando el reflejo de los cristales y de los fantasmas del tranvía e intentar digerir tanto en tan poco tiempo. Una sola vez me volví a mirarlo y furtivamente me guiñó un ojo cómplice.

5. AYUNTAMIENTO

Cada paso del director era un atronador eco en los pasillos escondidos del ayuntamiento, largos e insultantemente adornados con frescos de varios motivos: jarrones de porcelana y demás adornos exquisitos, contraste con la austeridad de la ciudad. Su paso firme y fuerte hacía temblar sus mismos cimientos. Su faz de constante enfado hacía tragar saliva a los que pasaban y su mirada escrutadora parecía que entraba en los más profundos secretos de quien lo miraba.

El director de Vera tenía un aspecto atemporal, era su cargo vitalicio. Ningún director recordado en los anales de la memoria era de la ciudad. En teoría compartía el poder con el alcalde y de más es sabido que el alcalde era el títere del director, pues era la cara pública, y el director, el poder en la sombra. El director marcaba leyes y límites. Cada ciudad poseía unos feudos dirigidos por nobles. Sus títulos: duques, señores de los feudos. Estos mismos feudos pertenecían a las ciudades, dando tributos y siendo vasallos del alcalde y, por ende, del director.

El director seguía su camino en el ayuntamiento. De la línea austera de sus labios solo pronunciaba órdenes. Siempre andaba a zancadas largas con la mirada fija al frente. Un pasillo tras otro, angustiadas e inclinadas caras le flanqueaban al verle pasar a él con su máscara de indiferencia de una enfermiza frialdad. Al final, una enorme puerta de una riqueza floral esculpida por los mejores ebanistas de aquel lugar, apresó el llamador de oro y dio tres golpes secos a lo que una espera corta y breve para oír como silenciosa la hoja se abría hacia adentro.

—Director, pase.

En el interior de la habitación, el orondo alcalde rellenó su cuerpo de la comodidad y el exceso, suyos desde antes de tomar posesión. De talla media, de enormes patillas, escaso pelo y color rojizo en sus mejillas, de sonrisa fácil y buenas maneras. Simplemente, no porque fuera amable, sino porque podía ser como quisiese.

—Alcalde Marten.

—Un placer su visita, director.

—Permita que lo dude.

—Me ofende. Creo que usted es de esos que creen a ciencia cierta que todo el mundo le odia, ¿verdad?

—¿Y usted no me odia?

—¿Por qué debería hacerlo? Prácticamente, tengo todo lo que

deseo, y usted me alivia mucho o casi todo el trabajo. Desde que tuve uso de razón, sabía que era una marioneta suya, ¡y qué importa! Mi única preocupación es mantener mis lujos. Los dolores de cabeza para usted si no le importa… —dijo el alcalde.

—No los tengo. Vayamos a nuestros asuntos que el tiempo apremia.

El alcalde de pronto soltó una carcajada que incluso al inmutable director alteró; miró hacia las ventanas abiertas y con un pañuelo de delicado encaje se secó las lágrimas que provocó sus risas.

—¡Y habla de prisas alguien que posee una medida de tiempo de un inmortal!

—Vayamos al centro de la sala, y no soy inmortal. Vivimos mucho tiempo, pero podemos morir, y baje el volumen de su voz, ya que aquí las paredes oyen —afirmó el director con mal humor.

—Tengo espías en varias ciudades que voy moviendo constantemente para que no sospechen mucho. Algunos han visto morir a algún director o bien comunicar su muerte, y a un tiempo, renacer milagrosamente en otra ciudad aparte. En ningún ayuntamiento existen ni pinturas ni retratos de ningún director. Extraño en demasía, ¿verdad, señor director?

—Su curiosidad puede traerle problemas y sabe de sobra cuáles son.

—Sí, lo confieso, soy curioso, pero también de lo que sé me lo callo. Por eso aún vivo, ¿no? —confesó el alcalde.

—Sí, y le aconsejaría que se dedicara a sus depravados lujos. Su curiosidad empléela en conocer lo que ocurre en su ciudad.

—Eso también lo hago. Tengo un ejército de fieles espías en esta ciudad y en los tres feudos más algún otro en ciudades vecinas.

—¿Y?

—Y una sumisa población presa de la ignorancia y del miedo como usted me aconsejó. En cuanto sale algún elemento que enturbia esta paz, simplemente lo hago desaparecer con total discreción, claro.

—Pues su red de espías no funciona como debiera. Encontré algo que me llamó la atención y siento rabia de no haber actuado antes; no podemos cometer errores. Una semilla si crece puede convertirse en algo tan grande que escapa de nuestro control.

—¿Qué me está diciendo? —preguntó el alcalde intrigado.

El director salió a paso acelerado, abrió las puertas y llamó la atención de un funcionario que estaba al extremo del pasillo. El alcalde solo vio que fueron órdenes rápidas y concretas. El director

entró en la habitación dejando la puerta abierta y mirando fijamente al alcalde.

—Esperemos unos momentos si no le importa. Ahora se desvelará el porqué de mis preocupaciones.

—Sin problema alguno, señor director.

Al cabo de unos minutos, entró un funcionario con un personaje con cara de dolor y al mismo tiempo de miedo, el miedo de quién a todos temían. El que acudió puso su sombrero en el estómago sujetándolo con las dos manos. El director le indicó que se sentara, despidió al funcionario y él mismo cerró la puerta con un sonoro portazo, como si con ello quisiera alterar más a ese personaje.

—¿Y bien?

—Este señor que ve aquí sentado es uno de mis mejores agentes. Mis contactos en la universidad me comunicaron la existencia de un misterioso personaje que hoy mismo acabó sus estudios en la mitad del tiempo de lo normal. No solo eso, sino que asistía a muchas clases de diferentes carreras no cursándolas. Siempre se mantenía en un segundo plano, en silencio, como si quisiera esconderse u ocultar sus verdaderas aptitudes.

—¿La mitad de tiempo? ¿Cuánta gente ha logrado eso?

—Nadie —respondió serio el director.

—¿Y qué hay de malo en que sea un genio?

—La universidad no me dio fe de ello, por lo cual sospecho que pidió que no se informara de su erudición. Esto no es normal y todo lo que no sea normal a mí me hace sospechar. Así que decidí ponerlo a prueba. Mandé a este agente para que comprobara si era bueno en sus estudios o en algo más.

—¿Lo mató? Ahora sí me está dando miedo. ¿No me estará diciendo que aquel que sea bueno en algo simplemente hay que eliminarlo?

—Déjeme que prosiga —contestó abrupto el director.

—Es más, se lo ruego, por favor, me está intrigando.

—Bien, Emilio, dile al alcalde lo que ocurrió.

De pronto, en toda su talla, alto y con toda la constitución de una persona fuerte, se levantó y se inclinó hacia el alcalde. Nervioso, dirigió fugazmente la mirada hacia el director y enfadado le indicó que siguiera.

—Verá, señor alcalde, el señor director me encargó un trabajo y me entregó un plano con un trayecto junto con la descripción de una persona. Las instrucciones eran de atacarle y herirlo como si fuera un robo. No sabía si iría por las calles principales o atajaría. Lo esperé en los callejones laterales para asaltarlo, pero la suerte me

sonrió cuando vi que atajaba por los suburbios. Era un trabajo fácil; la espera fue corta. Adiviné sus intenciones por el punto de salida y allí lo esperé.

—¿Y qué ocurrió?

El silencio se hizo insoportable. El individuo empezó a sudar y a dar vueltas nerviosas en círculo a su sombrero, y el enfado que asomaba en la cara del director iba en aumento.

—Miren ustedes, ese hombre no era humano. En menos de un segundo, se deslizó de mí rápido como el relámpago de una tormenta de verano. Me rompió dos costillas y me miró con los ojos más oscuros que jamás haya visto. No habló, no dijo nada, se me quedó mirando. Si me hubiera adelantado un paso y él hubiera querido, me hubiese matado.

En ese momento, el director cogió del cuello a Emilio, lo levantó un palmo del suelo y con una daga enjoyada le atravesó el corazón sin ninguna alteración más. Soltó la mano que aferraba el cuello de Emilio y su cuerpo se desplomó desparramado sin vida.

—¡Si él te perdonó, yo no!

—Podías haberlo hecho en otro sitio, no aquí en mi despacho —le recriminó el alcalde.

—Quiero que sea una advertencia para los que están aquí y para aquellos que fallan en lo que yo ordeno. Ahora de los hechos acaecidos solo tenemos conocimiento usted y yo.

Limpió su daga en un pañuelo blanco con unos signos extraños y la tiró encima del cadáver.

—No parece muy alterado.

—Me ha sorprendido… que tuviera razón. Lo que no es normal puede que sea un peligro.

—Casi siempre llevo razón.

El alcalde tiró un cordón grueso de color oro con indiferencia. Al cabo llegaron varios funcionarios que miraron sorprendidos el cadáver del suelo. El alcalde hizo gestos de asco e indicó que se lo llevaran sin quitarle el pañuelo al cadáver.

—¿Y todo esto para intentar asustarme, o hay más?

—No me hace falta eso; pero quería que escuchara la historia de mano de un protagonista, con una voz que no fuera la mía, y como le dije, de esta manera también me aseguro que solo nosotros conozcamos estos hechos.

—¿Qué habéis hecho con ese muchacho?

—Más bien, ¿qué ha hecho él? Envié dos asesinos de alto nivel, le tendí una trampa con un mutado de los más peligrosos de mi horda, no quise arriesgar.

—¿Y?

—Y que los eliminó. Los dos cuerpos destrozados. Las pruebas indican que no le supuso mucho esfuerzo. Al mutado le reventó el corazón sin hacerle ninguna herida exterior y después desapareció.

—Son tus cosas. Elimínalo y ya está. Coge a su familia y secuéstrala —dijo despectivo el alcalde.

—Tu insolencia puede llegar a ser estúpida. Necesito tu red de espías para encontrarlo y más de una persona para poder hacerlo desaparecer sin mucho ruido, a poder ser.

—¿A qué nos enfrentamos?

—A la más absoluta incertidumbre.

—¿Pedirás ayuda a la hermandad? —preguntó el alcalde con un tono más humilde.

—¿Qué pensarán de nosotros si ven que no somos capaces de manejar nuestro propios asuntos?

—Me temo que nada bueno.

—Se llama Silvan Ellan. Aquí tienes todos los datos de que dispongo. Yo también moveré mis piezas.

Salió del despacho del alcalde y de pronto hizo una parada como si reflexionara, entonces se giró hacia el alcalde:

—Antes de que termine este día, tiene que pasar este asunto al más absoluto silencio; eliminarlo y que nadie sepa de él, de lo que es ni de lo que hizo.

—Así será.

—Por la cuenta que nos trae.

6. LA CÚPULA ETERNA

Coronaba el ayuntamiento una cúpula semiesférica. Si el resto del edificio ya contaba con zonas restringidas, aquel lugar debajo de aquella preciosa bóveda era lo prohibido. Bajo aquel techo vivían el director de Vera y su sirviente, un ser realmente inhumano que solo se ocupaba de los quehaceres domésticos de la vivienda del director. La Cúpula Eterna era nombre popular que se le dio y que ya se quedó para siempre en la denominación de ese lugar. Señoreaba toda la ciudad desde una altitud que ningún edifico más superaba y toda la ciudad estaba a sus pies. Por su forma esférica tenía vistas a todos los puntos de la ciudad. Allí, tras las cortinas de terciopelo negro el director contemplaba las vistas y escrutaba por una vez en varios siglos nervioso la ciudad.

Después de tantos años de tener el poder y el control de las ciudades la hermandad, limitaban el número de núcleos de población por precaución, ya que los miembros de la hermandad no eran muchos y no se podían permitir que la extensión les debilitara. Pudiera ser que en este singular otoño diera luz lo que más temían: alguien o algunos que pudieran romper tanto tiempo de control, esos que ellos mismos llamaban «durmientes». No estaba cansado, pero su seguridad se derrumbaba bajo las sombras de las dudas. ¿Quién era ese joven que con tan suma facilidad consiguió eliminar a sus mejores asesinos?

—Paolo, tráeme esa botella de licor que tanto tiempo guardan mis anteriores predecesores.

—Señor, si usted no bebe nunca alcohol.

—Algún día tenía que ser. ¿Hay noticias sobre ese misterioso joven?

—Ninguna, señor. Me da mal fario todo esto. No es un alborotador ni parece un mutante. Vive en una casa normal. Estuvieron observando y cuando el padre abandonó la casa fuimos a registrarla. Tiene una habitación de estudiante normal. Solo cabe destacar los libros, montañas de ellos y todos usados, todos ellos han sido leídos.

—¿Qué clase de libros?

—Mucha literatura antigua, de milenios. Otros de sus estudios: libros técnicos de historia, etc. Realmente muy variado. Señor, el recolector que mandamos para obtener información tuvo una sensación; dijo que toda esa casa era pura tristeza.

—¿Qué tiene que ver?

—Nada, señor. Es una anécdota.

—¿Alguna sustancia extraña?

—Nada, nada ilegal, ni tan siquiera alcohol.

—Lo peor de este asunto es que no entiendo nada.

—Quizás sea un durmiente y lo hayamos despertado.

—No creo que después de tanto tiempo sigan existiendo. No me hables de leyendas pasadas, ¿los durmientes? Son sombras de nuestros temores, ni recuerdo quién inventó ese nombre ni quién empezó a hablar de ellos.

Paolo sirvió un poco de licor en una copa labrada y miró al director sin saber si decir algo o callar. No le temía. Su vida hacía mucho tiempo que le pertenecía pues mientras fuera útil viviría aunque fuera un deforme mutante.

De pronto, vio pasar una sombra fugaz por una ventana lateral, miró al director por si se había percatado, pero permanecía inalterado mirando la ciudad que estaba a los pies de la cúpula. De repente, con voz calmada le dijo a Paolo, su sirviente:

—Dile que pase.

—¿Cómo? Señor, nadie ha llamado a la puerta. ¿Quién osaría acudir sin aviso a estas instancias?

—La puerta no, Paolo, abre la ventana de mi izquierda.

—Pero si es imposible subir aquí por las ventanas.

—Por eso es el mejor. Para él lo imposible es un sinónimo de reto y hay que superarlo. De todas maneras, es el mejor sitio para que nadie se dé cuenta.

Se acercó a la ventana, cauto, pero no vio nada. Miró al exterior hacia abajo, rotó todo su cuello y nada había. ¿No se habría confundido con la sombra de algún cuervo?

—Déjala abierta y ven aquí. Es muy vergonzoso —dijo con ironía el director de Vera.

Pasaron unos segundos y en la ventana vacía solo entraba el frío ventoso de otoño; se dio la vuelta para pedir permiso al director para retirarse.

—Hola, director de la excelsa ciudad de Vera.

El pobre sirviente vio como su corazón se aceleraba y no se atrevía a girarse por si veía algún fantasma. Siguió su camino hacia las cercanías del director con su paso patizambo y el miedo en sus sufridas piernas.

—No me place que asustes así a mis sirvientes, Karmen. Tus ridículos hábitos de payaso no me gustan y hoy precisamente no estoy de humor para aguantarlos.

Las palabras del director no hicieron mella en el aparecido. Aquellas que para otro hubieran sido sentencia de muerte para él

eran simplemente la regañina de un cascarrabias. Karmen, la sombra, el silencioso asesino y el sinfín de temerosos adjetivos que se le atribuían. No servía a la secreta hermandad que formaban los directores de las ciudades sino que trabajaba para ellos cuando creía oportuno. Sin servidumbre, la única persona conocida por la hermandad que no estaba bajo su control, ni la mismísima hermandad conocía de donde surgió ni los propósitos de este singular asesino.

—Bonita bienvenida sabiendo que casi me mato al subir a estas alturas para que nadie me vea.

—¿Y para entrar en la ciudad?

—Por la puerta principal. Usé unas de mis muchas identidades falsas, claro. Entré como un mercader autorizado.

—¿Cómo?

—Con su firma, claro; es fácil de falsificar. Además, como tanto os temen ni preguntaron. ¡Si hubiera visto sus caras blancas como la cera y las prisas que tuvieron para dejarme pasar!

De pronto, el director se levantó con la ira en sus ojos, los puños cerrados y los labios apretados, tanto que perdieron el poco color que les quedaba.

—Señor director, si usted piensa por un instante que me da algo de miedo se equivoca. Si estoy aquí es porque he sido convocado. Si dejara de refunfuñar e ir al grano, ganaríamos tiempo, paz y gloria, como decían los antiguos.

—Me desesperas.

—No estoy aquí para eso. ¿Me explica para qué quiere mis servicios? O si lo prefiere, deme un día para que yo investigue en esta ciudad. Si se mea un gato, debe de saberlo hasta la última casa de los suburbios. Es saber cómo preguntar.

—¡No! ¡Aquí no! Esta ciudad la llevamos bajo nuestro control cientos de años. Ni una voz más alta que otra oirás, y si alguien algo vio no lo contará.

—¡Caramba! ¿A tanta gente hicisteis desaparecer aquí para que se acuesten y levanten con el miedo?

—Así es mejor.

—¿Y bien?

—Silvan Ellan.

—Un nombre como otro cualquiera; no me dice nada.

El director le contó con todo lujo de detalles lo que pasó en la tarde de hoy sin omitir detalle alguno ni esconder sus oscuros propósitos.

—Por muy fantástico que me quisiera pintar este relato, la

conclusión que saco es que simplemente se defendía. Igual quiere vivir en el anonimato. Si no remueve la mierda, no olerá.

—No sabemos si es él solo.

—Solo estaba…

—¡Déjate de tonterías!

—Evidencias lógicas; tontería ninguna.

—Si pudiera… —dijo el director con la rabia inyectada en sus ojos.

—Antes de que sacara esa daga tan bonita que huele a sangre, por muy inmortal que se crea, dejaría de color rojo esa alfombra y me mearía en los trozos de su cadáver. Sabe quién soy y de lo que soy capaz.

El director asintió manso. Paolo se asombró mucho de que su señor, que nunca había bajado su mirada ante nadie, lo hiciera ahora por primera vez.

—Elimínalo y da parte en la hermandad. No quiero volver a verte nunca más.

—Por mí un placer hacer negocios con usted y su hermandad. Veré lo que puedo hacer respecto a lo primero, y respecto a lo segundo, claro.

El director volvía a dirigirse a la misma ventana como si aquello no hubiera ocurrido nunca, como si Paolo lo hubiera soñado. Se giró hacia el desconocido, pero se había ido por el mismo sitio por el cual entró, y solo vio una rosa negra en el suelo; la recogió y la miró. Suspiró sin moverse.

—Es una advertencia; si la rosa hubiera sido roja, mañana no hubiéramos visto amanecer. Tiene una manera poética de decir las cosas —dijo con resignación el director.

—Tan……

—Imagínate que yo le tengo… respeto.

—No puedo creerlo —le contestó el sirviente.

—Ni yo. Dame otra más de ese licor y no me mires así. Hoy necesito más de una copa. Llénala hasta el borde y no me dejes muy lejos la botella.

7. LLEGA LA NOCHE PRIMERA

Nos apeamos Antón y yo del tranvía al mismo tiempo que los policías daban mecánicos avisos de que el toque de queda estaba próximo. Advertían con voz desapasionada que este era el último viaje del día. Ataviados con sus negros gabanes, soportaban el frío con la resignación de la monotonía de un trabajo en una ciudad tranquila.

Abocamos la avenida de los árboles muertos que finalizaba en mi casa y empezó a nevar copos grandes y lentos. Después de esta agitada tarde, esos copos de nieve parecían mensajeros de paz y ellos caían armonizados dándose espacio unos a otros. En las luces de la calle se reflejaban en ellos dando pequeños destellos de luz blanca y la calle tomaba de estos pequeños detalles una dimensión mágica por puzles de agua congelada, caprichosa naturaleza y el prisma extraño de mi imaginación.

La cara de Antón volvió a su alegría inicial. Tenía muchas preguntas que hacerle, pero esperaría a que llegáramos a casa. Mi padre se sorprendería, o igual le molestaría. Nunca antes recibimos visita alguna. Tenía dudas sobre la reacción de mi padre, pero el paso firme de Antón no me daba tiempo a pausar, además, tapadas las bocas por las bufandas sería incómodo hablar, o, por no tener las palabras adecuadas con las cuales empezar.

Repentinamente, mi mente en su caprichosa anarquía, hizo un giro inesperado y me hizo visualizar con fuerza protagonista la imagen de Raquel. Un cúmulo de química se activó en mi cuerpo y mi mente. Se iban acumulando no como esta calma nevada, sino como una lluvia torrencial. Nunca nadie en particular me había llamado la atención y ahora ella entraba con fuerza dentro de mí solo de haber hablado con ella unos pocos minutos, tanto, que me hizo parar, cerrar los ojos y rememorar ese recuerdo reciente saboreándolo.

—¿Por qué paras?

—Inesperadamente ella.

—¿De quién hablas? Reaccionas de una manera extraña. ¡Vamos! Si nos quedamos quietos, pareceremos dos muñecos de nieve.

—Sí, perdón.

Y, aun así, de repente ella grabada con fuego muy dentro.

La sangre que hoy corrió por los callejones olvidados no me hizo mella, solo me defendí. En cambio, la imagen del movimiento gracioso de las caderas de Raquel cuando se fue monopolizaba aún

más que Antón, que las universidades y las preocupaciones venideras. De repente, palabras sueltas.

—Me gusta cuando nieva

—A mí también. ¿Y por qué si se puede saber?

—Porque los cuervos huyen y no se les ve. Los odio.

—Son lo que son; tú tienes algo de cuervo.

—¡No digas eso!

—El color de tu pelo.

—Y tú al fuego.

—El color de mi pelo.

—Ya llegamos. Déjame entrar a mí primero ya que nunca recibimos visitas. No sé cómo se lo tomará mi padre.

—Claro, como no.

Rápido subí los escalones de la entrada barriendo la nieve de los peldaños y tomándome unos segundos para pensar lo qué decir. Las puertas siempre me parecieron fronteras y la puerta de mi casa hoy mucho más. No era imaginaria como las demás, pero ya la luz del día era casi inexistente, no había más tiempo que demorar. Introduje la llave y abrí la puerta. Me encontré a mi padre de pie junto al fuego absorto en sus vacíos.

—Buenas noches, padre.

—Sean Silvan, llegas casi con el toque de queda. Nunca habías llegado tan tarde.

—Padre, traigo compañía.

—¿Compañía? ¿A estas horas?

—Sí. Lo acabo de conocer hoy e insistió en venir a casa.

Dejó de mirar el fuego y me miró como si viera un fantasma en mi persona. Me asusté esperando reproches pues nunca lo había hecho. Esta casa era santuario y raro era que nadie entrase en esta casa. Sus palabras me dejaron aún más inquieto. Con voz excesivamente tranquila…

—Dile que pase.

—Ahora mismo.

De pronto sonaron las sirenas del toque de queda. No hizo falta ir a buscarlo pues entró sin ser invitado. Se despojó raudo de su raro sombrero y aún más rara bufanda. Dejó una sonrisa en su extraño rostro y mi padre lo miró sin estar nada sorprendido. Mis ojos iban de uno a otro sin atreverme a presentar al invitado.

—Padre, este es…

—Antón, hijo, Antón el rojo.

—Gabriel…

Mi padre se llamaba José. ¿Por qué le había dicho ese nombre?

¿Cómo y de qué se conocían? Tenía que tener cara de loco puesto que los dos me miraron a mí. Nunca le vi a él sonreír. Todo era tan abstracto que creía que debía despertar de esta pesadilla.

—¡Cuánto tiempo!

—Muchos años, parecen siglos, ¿o lo son?

De pronto, se fundieron en un fraternal abrazo dándose palmadas sonoras y mirándose.

—Yo… no entiendo nada.

—Lo esperaba, Silvan. No sabía cuándo vendría y nunca en mejor momento.

Tal estupor y sorpresa sentía que el poco color de mi cara se volvía níveo. Quería hablar, pero mis labios se privaron de decir ninguna palabra, entonces Antón habló:

—Te lo dije, todo al tiempo. Siéntate, muchacho. Todo lo que querías saber lo sabrás y más de lo que no te esperas.

—¿Agua, Silvan?

—¿Por qué me llamas por mi nombre si siempre me dijiste *hijo*?

—El telón se ha corrido, muchacho —dijo Antón con suma seriedad. Es tiempo de verdades, ¿verdad, Gabriel?

—Escucha y deja que termine hasta el final. No soy tu padre, aunque he de decirte que te considero mi hijo.

—Realmente, él es tu guardián.

—¿Guardián? ¿Guardián de qué? Si yo no lo creo necesitar, ya lo viste.

Sorprendido, Gabriel giró su cuerpo hacia el fuego de la chimenea cambiando su rostro a expectación cuando sus dudas se transformaron en sus labios en una pregunta.

—¿Tan bueno es?

—Es increíble.

—¿Me podéis explicar? —preguntó Silvan.

—Sí, te lo debemos. Ante todo, mis disculpas, pero piensa que todo fue por tu bien. Esa fue la única razón: mantenerte en secreto. Interpretar ser tu padre era la mejor manera de estar cerca de ti.

—¿Quiénes sois realmente?

—Soy Gabriel, el guardián de las llaves.

—Y yo, Antón el rojo, el guardián de los secretos.

—¿Y yo? ¿Es Silvan mi verdadero nombre o todo es mentira?

—No, muchacho, al contrario, es verdad.

—Te llamas Silvan Ellan, apellido de tu madre que cogió Gabriel para que conservaras el apellido y no sospecharan. Ella no murió en el parto, sino que realmente lo hizo a los pocos meses. Si te hubiéramos contado la verdad desde una edad temprana, quizás te

inquietase descubrir tus orígenes y te hubieras expuesto demasiado pronto a peligros que desconoces. Da gracias de estar vivo ahora y de que Gabriel haya podido protegerte. Él adoptó una identidad falsa y vino a esta ciudad. Intentó que pasarais desapercibidos… hasta ahora.

—Todo este tiempo con esa maldita culpa y ahora después de tanto tiempo, resulta que no tuve culpa de que mi madre muriera.

—Soy el guardián de las llaves y no podía abrir la llave de la verdad. Mi misión era protegerte cerrando las puertas que llegaran a ti con secretos y mintiendo para tu seguridad. Ya que no pudimos salvar a tu madre, te salvamos a ti.

—Silvan el oscuro, el cuervo. Silvan el triste, el escondido, el de ojos tristes. Elige tú si quieres tu apodo.

—Si no es necesario, me place que no sea ninguno.

—El tiempo nos apremia, Antón.

—Él se merece estas explicaciones que le serán difíciles de digerir.

—¿Es que toda mi vida es una mentira?

—No. Tu vida tan solo es un secreto. Ahora todo lo que se te diga será la verdad.

—Llegados a este punto, creo que no me sorprendería nada.

—Creo que las sorpresas no acaban sino que empezar. Gabriel, ¿tienes algo que decir? Te veo alterado. ¿Qué pasó?

—Se han presentado aquí los hombres del alcalde.

—¿Te dejaron aquí sin llevarte a interrogar?

—Lo hicieron después de salir yo de la casa; salí adrede, pero temía por el chico. No albergaba preocupación alguna por lo que encontraran en la casa. De lo que está oculto solo yo poseo el conocimiento de las llaves que lo abren. También vi merodear espías del director. Seguro que aún están en los alrededores, y posiblemente os han visto entrar. No tardarán en entrar en acción. Sus métodos son muy sencillos: nos querrán matar.

—¡Qué novedad! Llevan tanto tiempo con la leyenda de los durmientes que pensé que al paso de tanto tiempo se olvidarían, pero veo que no, aun están con ese miedo infundado, estarán nerviosos, es peligroso que lo estén, ¿cómo está el plan de fuga?, porque pensarías en todo, ¿no, Gabriel?

—Me he pasado años fabricándolo. No elegí esta casa por casualidad. Está justo encima de los subterráneos antiguos que se comunican con las alcantarillas.

—No perdamos más tiempo. Huyamos como siempre nos han obligado.

—¡Un momento! Gabriel o José, padre o no, o tú mismo, Antón. Por muchas prisas que tengamos solo dos preguntas: ¿cómo se llamaba realmente mi madre? ¿Y cómo murió?

—Elisa. Bello nombre para una bellísima mujer. Murió asesinada por los mismos que nos quieren matar ahora a nosotros. Tenemos que irnos. Que la venganza no te nuble el juicio, demasiada información en tan poco tiempo, Silvan, sigue nuestros dictados, es por tu bien.

Tantos cambios en tan poco tiempo, tantos sucesos y verdades. Si así lo eran, mi vida se desmoronaba en una realidad que jamás contemplé, de una sórdida monotonía, en una huida apresurada, y, a pesar de la cantidad de cosas que se acumulaban en mi mente, un nombre se me escapó furtivamente de mi boca.

—¿Y Raquel?

Gabriel miró sorprendido y extrañado de que después de todas las confesiones que le hicieron y las circunstancias apremiantes, su nombre desconocido saliera de la boca de su falso hijo.

—¿Quién es Raquel?

—Ay, Gabriel, tu hijo está enamorado; ha sido tocado por la más potente de las drogas… tú lo sabes bien. Silvan, en todo pienso. Mañana esa chica no pensará que te has alejado de ella. Déjalo de mi mano. Te sorprendería saber de los recursos de que dispongo.

—¡Vámonos, pronto, están al llegar!

De pronto, bajaron al sótano. Gabriel atrancó fuerte la puerta de acceso y se paró pensativo, sin saber si decir o no lo que su silencio guardaba.

—Hay rosas en la ciudad.

—Un hecho harto curioso.

—¿Rojas o negras?

—Negras se han visto solo.

—Cuando sean rojas alguien tendrá que temer por su vida.

—Las rosas eran para el director.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Tengo llaves que abren muchas puertas.

—Aun así, me falta algo que hacer, solo me llevara unos minutos, se lo prometí a Silvan.

Antón extrajo de su largo abrigo un contenedor fino y plateado, grabado en toda su superficie, lo abrió y de él extrajo una hoja doblada y una pluma, con presteza desdobló la hoja y se dispuso a escribir; fue rápido, sin decir palabra me miró a los ojos, sopló a la tinta impresa en ese papel, lo dobló hasta cuatro veces, sacó de un bolsillo interior una cuerda fina y ató el papel escrito y doblado,

dejando al final de un extremo una pequeña pieza metálica.

—¿Hay alguna otra salida al exterior, Gabriel?

—Sígueme, tenemos un pequeño patio en la parte trasera de la casa.

—Sin luces, por favor.

Lo seguimos intrigados. Salimos no sin antes apagar todas las luces que daban hacia el patio para que entráramos sin apenas luz. Ya fuera, Antón sacó un silbato que sopló sin producir sonido alguno, y así él se quedó mirando al cielo mientras nosotros lo mirábamos a él intentando saber qué esperaba. Entre los copos grandes de nieve apareció un cuervo negro que se quedó justo delante de Antón; él puso la parte metálica del extremo de la cuerda cerca de su boca, el cuervo la apresó en su pico, y salió volando desapareciendo rápidamente entre la nieve caída del cielo. Antón me miró a mí y sonriendo me dijo:

—¿No los odias? Ahora ya tienes algo que agradecerles a los cuervos.

—¿Qué es lo que escribiste para que tenga que agradecerles algo?

—Es una carta para Raquel, y no más preguntas, no podemos perder más tiempo.

—Es más que cierto. ¡Seguidme! —dijo apresuradamente Gabriel.

Volvimos a entrar a la casa con todo el silencio que se pudo, cerró la puerta que daba al patio chico y la atrancó con una madera gruesa; nos indicó Gabriel que fuéramos hacia el sótano, y eso hicimos. Abrió la puerta del sótano, el crujir de las tablas de la escalera no les preocupaba. Seguía a dos extraños: uno repentino y otro que a pesar de estar con él toda la vida ahora me resultaba tan extraño como el otro. Gabriel encendió un farolillo que daba algo de luz al sótano. Él desconocía que en ese lugar hubiera salida alguna. Tampoco sabía en lo que se ocupaba su falso padre durante sus ausencias. Hacía mucho que no bajaba y en el suelo vio marcas de pisadas que marcaban el polvo. El sótano era depósito de antigüedades, de trastos acumulados en décadas, algunos juguetes de antaño. Pero hoy era la noche primera, la noche de las revelaciones, y ahora era como la primera vez que bajaba al sótano. Gabriel, preocupado, le dirigió la palabra a Silvan:

—¿Te encuentras bien, Silvan?

—No.

—Te comprendo. Todo fue por tu seguridad.

—Todo está vuelto del revés.

—Pero estás vivo. Entiendo que estés enfadado. Yo lo estaría. Solo tienes que intentar comprender.

—No, enfadado no estoy, más bien confuso.

—Venga, sigamos. En cuanto estemos a salvo, Antón te contará cosas que hará que todas estas piezas sueltas empiecen a encajar.

—Igual nada de lo que cuente sea del todo verdad.

—No miento, simplemente porque no tengo necesidad alguna de mentir. De hecho, cuando ya estemos fuera de peligro, de lo que te diga o digamos tú tomarás la decisión de hacer lo que quieras. Teníamos la misión de protegerte. Fue una promesa que le hicimos a tu madre: su legado. Pero eres ya lo suficientemente maduro como para darnos la oportunidad de hablar, pero, por favor, en lugar seguro.

—¿Qué legado?

—El legado eres tú.

Y el silencio bajó a reinar. Creí ver lágrimas silenciosas en Gabriel y tristeza en Antón. Gabriel se adelantó y con las palmas abiertas empezó a tantear la pared lisa y compacta. De pronto, de un puñetazo rompió parte de ella, introdujo su brazo y el chirriar de un mecanismo oxidado y el ¡clac! de un resorte liberado.

—No tardarán en descubrirlo.

—No la elegí porque fuera muy secreta, sino porque nos llevará a un lugar seguro y lejos del peligro que ahora nos acecha. En el laberinto que ahora nos adentraremos, si no lo conocen, te aseguro que tardarán tiempo en seguirnos.

—¿Cómo nos orientamos, Gabriel?

—Dibujé llaves en cada bifurcación.

—Pero ellos también las verán

—No, Antón, dibujé multitud de llaves y solo yo sé qué llaves son.

Entramos en el pasadizo que se abrió ante nosotros y a los pocos metros una abertura en el suelo. Bajamos por una escalerilla y ahora el aire olía a rancio, a pobre. El túnel semicircular nos hacía ir agachados. Con un gesto en los labios, Gabriel nos indicó silencio. No sé cómo lo hacíamos, pero nuestros pasos no hacían el más mínimo ruido si no fuera por el sonido apagado de los pequeños insectos y por el rezumar del agua en las paredes. Girábamos una intersección a la derecha, otra a la izquierda y así hasta que dejé de prestar atención, embrujado por la débil luz del farolillo. Solo seguía mi guía y dejé de pensar en el camino. Quería pensar en cualquier cosa que me distrajera de las revelaciones de este día. Todas no, algo para no olvidar. La primera voz que oí, que hizo

liberar los colores en los grises dominantes de mi vida. Todo por algo inesperado y ahora esa chiquilla era el ancla por lo que luchar y vivir.

El tiempo pasó indefinido sin medida que contar: minutos, horas, ni tan siquiera poderme aproximar hasta que en un punto Gabriel paró en un entramado de metal herrumbroso, lleno de telarañas y de suciedad. Se apartó y dejó paso a Antón. Vi que aumentaba su respiración, oía a su corazón empezando a bombear más deprisa; asía el obstáculo con firmeza y poco a poco oí como la piedra crujía lastimosa alrededor de esa reja. Caían trozos de pared, casquetes de los costados y empezó a ceder. ¿Cuánta fuerza ha tenido que hacer para romper algo tan bien afianzado? Yo no sé el límite de mi fuerza, pero lo que hizo Antón me impresionó; entonces, él me miró.

—Silvan, tú lo podrías haber hecho mejor.

—No lo sé.

—Déjate de dudas y de esconderte a ti mismo. Pronto, tendrás que poner a prueba tus límites.

Pasamos por el espacio forzado y la ponzoña reinó. Caminar a través de todos los excrementos de la ciudad no era nada cómodo. Estábamos ya en las alcantarillas, solo pensaba en cómo ignorar ese olor y cómo se quedaría impregnado en todos nosotros durante mucho tiempo.

Anduvimos por laberintos nuevos hasta salir de la ciudad de Vera. Después de un cuarto de siglo viviendo sin salir de ella, ahora, maloliente y huido, la dejé atrás. Fue la primera noche de mi nueva verdad, una noche de oscuridad de brumas y sin luna, como el futuro incierto que me esperaba.

8. ACECHO

Desde una altura cercana a la casa de Silvan, una figura inmóvil observaba bajo un cielo sin estrellas. Esperaba y cerraba los ojos concentrándose en cada sonido y en el espectro de olores que le rodeaba. Bajo la capucha negra, sus ojos levemente fluorescentes delataban su visión nocturna. Descansaba su pecho en sus rodillas y sus palmas en el tejado de pizarra negra cercano a la casa de Silvan. Inalterable a las inclemencias del tiempo, levantó la cabeza al oír crujir la nieve por dos pares de botas a la izquierda de la manzana y que se dirigían en dirección a la casa. Si la casa estaba vacía y eran dos, debía ser Silvan con su padre. De todas maneras, el cazador espera y observa.

La ciudad está cerrada. Hay hombres del alcalde y del director que también estaban a la caza de ese muchacho. No le preocupaba la información que le dieron. Él no tenía esa frialdad de asesino, él tenía su propio código y sabía que todo lo que hizo ese chico fue en pura defensa. Ya tenía a la vista a los dueños del sonido. Eran bastante altos, de buena constitución física… y su olor… el olor era muy extraño, era fuerte para sus sentidos; había mucha fuerza en ellos, razón por el cual ser más cauto.

Uno de los hombres se adentró en la casa mientras el otro esperó fuera. No era eso lo normal en dos familiares. Pudiera ser que el chico algo hubiese podido olvidar y esperara el padre fuera. De repente, el atronador ruido de la sirena le pilló con sus percepciones abiertas y le dejó con un dolor que no se podía perdonar. Cerró los ojos, oyó el sonido y ya nadie estaba fuera de la casa cuando su mirada volvió al portal de la casa; entonces, el otro ser no era su padre, tendría que ser su invitado pues no podría ser de otra manera.

¡Tres! Las sombras delataban el número de personas.

Ahora, desde más lejos, oyó en la lejanía pisadas apresuradas. Ya venían los hombres del alcalde de Vera o del director; supuso que no era su única baza; debía acercarse, y si veía ocasión, actuar o esperar.

Saltó al vacío justo en la mayor acumulación de nieve y se hundió hasta que cubrieron todas sus botas de caña. Miró hacia la casa y ya no vio luz ninguna.

Entonces ellos ya sabían que los irían a buscar, los otros ya se acercaban. Tenía que actuar antes que ellos. Una carrera corta y se dirigió a la parte de atrás. No tenía ningún acceso claro y todas las ventanas estaban con rejas muy bien fijadas. Demasiada precaución

o alguien que sabía que tenía que guardar bien su casa. Las puertas eran macizas, reforzadas y ya más de cerca vio que la cerradura era casi imposible de forzar. Muchas molestias para un barrio *a priori* tan tranquilo.

Ya esperaba un día u otro que esto podría ocurrir. Estaba demasiado acostumbrado a tareas fáciles, dedujo que los habitantes de esa casa eran harto inteligentes y precavidos. Algo así era de esperar y no extrañar.

La nevada se intensificaba, atenuaba ruido y olores. Tanto se precipitaba la nieve en copos grandes que ahora hasta limitaba la vista para él y para los demás. Le gustaba lo difícil. Sacó un cuero y lo extendió lleno de extrañas herramientas. Seleccionó y se dispuso a trabajar. Estaban ya muy cerca. Buscó una aguja terminada en forma de hoz y un punzón fino; abrir esa puerta era más difícil de lo que pensaba. Sacó una extraña llave, pequeña para la ranura que había; la colocó en medio y accionó un botón. Sonó un clic que al final de la llave se extendió y se quedó fija, estaba hueca. En el orificio de la mano sacó un líquido que con extremo cuidado manipuló. Vertió todo en la extraña llave y escuchó el chisporroteo del ácido dentro de la cerradura. De pronto, un sonido sordo y una sonrisa cuando el mecanismo cedió.

Abrió la puerta en silencio y todo era oscuridad. No oyó sonido alguno como si se hubieran vaporizado. En ninguna de las estancias se oía ni una leve respiración, pero el rastro claro del olor que antes se reveló estaba aún fresco y presente en la habitación. Solo tenía que seguirlo. De pronto, oyó golpes en la puerta principal.

«Los hombres del alcalde o del director, muy sutiles desde luego no son».

De su ajustada chaqueta extrajo una rosa, como en un ceremonial propio y muy personal; aunque destrozara la flor, lo hizo con una delicadeza impropia de un asesino, aunque él no era eso mas su naturaleza sí. Esparció los pétalos en un abanico delante de la puerta.

«Así está mejor; espero que entiendan por su bien».

Olfateó el aire. Estaban escondidos, no podían haber desaparecido por lo que se dispuso a pasear a través de las habitaciones de la casa hasta que encontró los rastros de los fugitivos. La casa era grande, pero aunque hubiera sido el más grande de los feudos, no podrían haberse perdido. Sonrió para sí hasta que dio con la puerta posiblemente de un sótano. «Tan fácil no puede ser».

Oyó el estruendo de astillas rotas de la puerta principal

destrozada. Un hombre normal no podría haberlo hecho; eran los hombres del director, mutados por lo menos uno de ellos. Se oyó al fondo una exclamación.

—¡Para, animal! Tú, enciende la luz. ¿No veis que nadie aquí está? Vamos a ver si hay alguna pista; si no, nos desplegamos por las calles, y si los hombres apostados en las esquinas los han visto, los seguiremos. De Vera hoy nadie puede huir.

Para sus adentros, Karmen sonrió. ¿Que no? Para la gente normal no, pero para mentes despiertas, miles de salidas. La puerta del sótano la forzó sin ruido y con relativa facilidad. Se adentró por las escaleras de vieja madera por los extremos y apoyando los pies suavemente; el polvo levantado molestaba a su olfato, pero lo distinguía con fuerza. Desde la escalera del sótano oía a los ruidosos agentes.

—Aquí no están. Id un par a ver si los han visto salir, corred en todas las direcciones y preguntad. Yo me quedaré aquí con el resto.

Aquel esbirro del alcalde era ya muy antiguo, perro viejo y conocedor del mundo subterráneo, no de esta sino de otras ciudades. Aunque estuviera a las órdenes del alcalde, era de la hermandad: un antiguo agente al servicio del alcalde siendo el espía del director de Vera. Vio los pétalos de rosas en el suelo, entendió la señal o la advertencia, eran pétalos negros, era la marca de Karmen.

—¡Salid todos de aquí, rápido! ¡No miréis más! Es una orden clara. No volváis a entrar a esta casa.

La voz sonó con miedo fruto de su reputación. Una molestia menos; siguió bajando y en el suelo había pisadas claras sobre polvo de años. Las huellas se dirigían a una pared que estaba rota por una parte y la mitad de las huellas estaban en el principio de esa pared que parecía una salida secreta. El que aquí viviera todo lo tenía previsto: las rejas, las fuertes puertas, salidas secretas. Al menos estaba interesante, tantos años que no veía algo tan complejo que ya pensaba que nunca vería algo extraordinario, aunque supiera que muchos no eran grises habitantes de estas ciudades, sino que se disfrazaban de ellos. Accionó el mecanismo y vio que estaba obstruida la puerta, pero seguramente por el lado contrario atrancada. Ahora habría que olvidar la sutileza. Apoyó las palmas en la secreta puerta e inspiró lentamente. No había esfuerzo en su cara y empezó a proyectar energía a sus manos, milímetro a milímetro. La puerta se movía. Al otro lado, un crujido lento sonaba en la madera apuntalada. De pronto, al cabo de un tiempo, dos estallidos y la puerta cedió. Ahora con cautela avanzó. El olor a herrumbre, a ponzoña, a musgo, inundó sus sentidos como si un

golpe en el rostro le hubiera impactado. Su pie pisó una caja de cartón, el cual liberó un líquido que a los segundos le alarmó; era cloroformo por lo que salió corriendo de la habitación. Segundos fueron los que estuvo aturdido; al ser su olfato bastante desarrollado, le costaría más de lo normal mitigar los efectos del somnífero que habían preparado. Se sentó con sonrisa frustrada, aclarándose y purgando el letargo en el que su cuerpo quería entrar. No duró mucho y se sobrepuso, se levantó, ahora comprendía que ellos estaban hace mucho tiempo preparando su huida, y vale decir que lo hicieron con bastante efectividad, por supuesto ellos ya sabían que alguien tarde o temprano les perseguiría. Pero él no era alguien, era Karmen.

9. BRISA

Andaba aún con su cuerpo temblando, pues estuvo dos años acumulando valentía y lo hizo el último día, dos años observando al callado y misterioso Silvan y, por fin, mañana lo volvería a ver.

Ella sabía que era bonita. Veía su cuerpo desnudo cada mañana y aunque siempre se encontrara defectos, se veía bella, proporcionada. Lástima que se prohibiera ropa ajustada. Le gustaría lucirse y que vieran lo bonita que es, sin excederse, que en vez del espejo de cada mañana estuviera Silvan.

Llevaba años que le mandaban cartas de proposición de matrimonio. Sabía que su madre recibió propuestas de matrimonio formales, pero su madre las rechazó y ella hizo lo mismo con las que recibió de manera directa. Su madre era su hermana y su confidente. Hace años que su padre murió siendo ella apenas una niña y les dejó una renta sin excesos pero holgada.

Dos años contándole a la madre sobre Silvan y ella infundiéndole ánimos para atreverse a hablar con él. Hoy lo hizo porque era la última oportunidad. Tan solo se arrepintió de no haberlo hecho antes: igual hubiera sido mejor.

Entre tanto divagar sin darse cuenta estaba ya en su casa. Llamó a la puerta y la recibió su madre de la cual heredó su belleza, que ella aún más mayor, era más serena y el paso de los años no maltrató.

—Pasa, Raquel, hace frío y hay un vendaval.

—Hoy no, madre, hoy la noto como una brisa.

—Pasa, pasa y cuenta.

Así, madre e hija, entre risas y aspavientos, entre secretos y cariño, contaron su acontecimiento: si se habría propasado, que si se quedó corta, que si él sonrió y que ella hizo que sus mejillas tuvieran color, del blanco de estos días, de que su madre echaba de menos a su padre, de cómo lo conoció y así el tiempo pasó hasta que llamaron a la campanilla de la puerta.

—¿Quién será?

—La vecina que siempre le falta algo. Llegan con lo justo al mes y no me sabe mal darle algo cuando me lo pide.

—Ojalá los demás fueran así.

—No lo son. Aún te falta conocer la verdadera naturaleza humana y te aseguro que es muy cruel.

—Sra. Elena, un mensaje para la señorita Raquel.

—¿Dónde hay que firmar?… Ajá, muchas gracias.

—Suyas son.

—¿Para mí? ¿Otra estúpida proposición de alguien que no conozco?

—No lo sé, ahora lo veremos; los que te pretenden son desconocidos, pero tampoco conoces a ese joven.

—Después de estar observándolo los dos años que yo estuve en la universidad, después de sentir lo que siento por él…, son cosas que no se pueden explicar con palabras, pero desde luego para mí es más conocido que aquellos que solo me quieren de esposa para hincharme el estómago y que engorde encerrada en una cárcel que llaman casa.

—Boba.

—Tú tuviste suerte, mamá.

—Sí, tu padre vino de cara y desde el primer día hasta el último fue todo para mí. Además, me dejó un bonito regalo para que me acordara de él.

—¿El qué?

—Tú, hija, tú.

—Ahora la boba eres tú.

Estallaron en risas y se abrazaron. Silvan ahora recorría las cloacas de la ciudad de Vera, fuera la casualidad de que el día que conoció a Raquel o fuera el día que se distanciara de ella por causas forzosas, pero si este día no hubiera acontecido lo que pasó, quizás todo se hubiera desarrollado de manera más amable, pero si no hubiera sido hoy hubiera sido cualquier otra mañana que tendría que huir de Vera.

Se olvidaron de la carta hasta que la madre tuvo en duda si dejarla para otro momento o leerla ahora. Por pura curiosidad, lo segundo aconteció.

—Raquel, leámosla, realmente no sabemos qué es. Voy a abrirla.

—¡Ábrela!

Su madre, sonriendo aún del ambiente de sus propias confidencias, empezó a leer y poco a poco su cara fue cambiando de sorpresa a seriedad de seriedad a tristeza y a desolación.

—¿Madre?

—No son buenas nuevas.

—Léela o dámela, por favor.

—Es un tipo de letra adornada y antigua. Es rara, la vi de niña.

—¿Y qué dice?

—Para ti lo peor.

—Madre…

Señora y señorita Elena y Raquel:

Soy un amigo de Silvan. Seguramente, a él le hubiera gustado haber escrito esta carta, pero la gravedad de los sucesos que ocurrirán a lo largo de este día le hace imposible hacerlo. De hecho, él mismo ignora lo que pasará; lo que está ocurriendo en estos momentos en los que ustedes están leyendo esta carta.

Nos hemos tenido que ir de la ciudad y dado que no abandono la mentira, la razón es que su vida estaba en grave peligro. Espero que después de leer esta carta se deshagan de ella quemándola. Lleva todo el tiempo pensando, drogado de Raquel, su hija, o de ti misma si estás leyéndola. Sin su consentimiento, a ciencia cierta está enamorado de ti o de su hija, si lee usted esta carta. Estamos huyendo a un feudo de una ciudad vecina. Su nombre no puedo dar y es por la seguridad de todos. Señorita, si algo sé, o señora, si esto lee, es que se puede luchar contra muchas cosas, pero no contra el amor. De eso entiendo y usted entenderá. En cuanto podamos, me gustaría que ustedes dos siguieran en contacto. ¿Cómo? Aún no lo sé. Tenga fe en ese muchacho. Es suyo, suyo si usted le quiere.

Atentamente suyo, Antón.

P.D: Queme esta carta por favor.

Elena se acercó al fuego y quemó la carta. Miró a su hija esperando reacción. Su tez era de cera blanca, y sus ojos perdidos en el vacío. Ella también vivió esa sensación, pero su marido murió. Este chico solo se alejó y no por voluntad propia. Ella sabía bien de la oscuridad que se escondía en esta ciudad. Si a bien a su hija le dijo que murió su padre, no le dijo el porqué, mas no fue de muerte natural, sino porque alguien del ayuntamiento así lo ordenó. Toda la ira caía sobre ellos y los males de toda su avaricia. De repente, Raquel rompió en llanto y enfadada.

—¡No, no, no! Ahora no.

—¿Lo quieres de verdad, hija?

—Tanto como que moriría por él.

—No digas eso. Me tienes a mí.

—Madre, sabes que es diferente.

—No, hija, entendiste mal. Tengo aún contactos. Sé de algunos contactos que van de ciudad en ciudad. Sé de deudas que se le deben a la memoria de tu padre. Aún tengo ases en la manga y secretos para saber usarlos. Hija, lo encontraremos.

—¿Harías eso por mí?

—Desde que naciste lo hemos hecho. Ahora, aunque sola lo haré, tendrás que tener algo de paciencia.

—Lo intentaré.

Todo es un hilo de araña. Hay que saber telar bien fino y tenso cada hilo. Saber dónde van y en sus extremos que puertas poder llamar.

—Te prometo que la brisa que sentiste hoy la sentirás otro día. Solo déjame hacer.

—Madre, no sé si aguantaré.

—Confía en mí. Lo que ahora vives lo viví yo, solo que lo mío, la muerte se lo llevó. Haré todo lo que pueda y es mucho más de lo que imaginas para que puedas volver a ver a tu Silvan.

—No sé si podré.

—Tranquila. Por mucho que llores, el sueño al final te vencerá.

Raquel subió con los ojos humedecidos y aguantando el llanto.

Elena, la madre de Raquel, sabía con qué llave debía empezar a buscar, ya que haría cualquier cosa por su hija.

Los caminos al final siempre se cruzan…

10. EL VIAJE DE PROMETEO

Allí estaba él, desplazado de su santuario, su casa, su silencio. Viajaba acompañado por el traqueteo molesto del viejo tren de carbón roído de años de uso, incómodo y feo. En su mano un mazo de barajas las mezclaba y sonreía para sus adentros. Miró su cabeza al lateral del cristal y vio pasar los árboles lentos; la nieve engalanaba como ella solo sabe, como alfombra blanca el suelo. En pocas horas, ya sentía nostalgia de su casa, retirada en lo más profundo del bosque, en su retiro ausente de más humanidad que la suya y sin uso de su título.

Prometeo, «el señor de la palabra». Él fue convocado ya hace días con un mensaje traído por una paloma invernal. Esperaba que llegara este día, mas no tan pronto, pero paciente y tranquilo esperaba que Antón, el único que conocía de su existencia, le reclamara. Grave sería.

Así era. Empezó a poner las cartas sobre la sucia y carcomida mesa de madera y con una sonrisa dijo:

—¡La suerte está echada!

De pronto, sus palabras hicieron efecto sobre los viajeros que iban en el vagón. Los que dormían se despertaron ante el poder de su voz y los que leían dejaron de hacerlo. Como si nada hubiera ocurrido, aquellos que dormían volvieron a su sueño y los que leían, volvieron a su lectura. Entonces, él se dijo: «Hay que tener cuidado al proyectar estas mis palabras». No quería que nadie de la hermandad sospechara de mi existencia, ahora no.

Volvió a mirar las cartas, jugó solitarios, pero al punto se aburrió. Le plació más seguir mirando tras el cristal e incluso apoyó su mano sintiendo el frío exterior. Se quiso aislar. Se acurrucó en el lado de su asiento pensando el asunto que tanto urgía su presencia. Pudiera ser ya una ayuda extrema, vacío de su mente. Las preocupaciones a su tiempo. Ahora calma y sosiego. Se quedó dormido allí sintiendo el calor de su propio cuerpo.

Prometeo, su cuerpo delgado, sus rizos castaños y su cara imberbe, de talla un poco más alta de lo normal, habitante de una cabaña de madera que escondía en un inmenso subterráneo, quizás la mayor biblioteca de lo que restaba de la humanidad. Guardián de ella durante tantos años. Siempre miraba esa cara fina pensando que fue un antiguo ángel que perdió la memoria y le dejaron la custodia de miles de libros. Leía cada día tanto como podía, recorría los alrededores por si hubiera merodeadores. Solo una persona conocía del lugar y de su persona: Antón, «el guardián de los

secretos». Él le dijo que no era obligación ser guardián de ese lugar y que la única condición para abandonarla era que se lo comunicara antes, sin que nada temiera. Pero él amaba el bosque, su biblioteca y sus secretos; el suyo era propio. Cuando leía convertía cada letra en palabra y así se quedaba todo grabado en su mente. Así, conocimiento y poder todo en un tiempo entre añoranzas y nuevas. Se quedó en brazos de un deseado sueño.

El rítmico y constante vaivén del movimiento del vagón paró. Lo notó aun entre sueños. Habían llegado a una estación, pero él deseaba seguir ensoñando con lo atrás dejado. Sentía como más pasajeros se acomodaban en sus asientos y notó que enfrente de él alguien tomó puesto. El tren empezó a arrancar lento y quejicoso el rugir de la bestia metálica.

Fue abriendo entre nieblas los ojos como una bruma que poco a poco enfocaba las imágenes borrosas. Podía permitirse el lujo de relajarse, ya que aún no empezaba el peligro.

La imagen que formó delante de él no tenía lógica y era ciertamente curiosa de encuadrar. En ese viejo y sucio sillón, justo enfrente de él, una mujer vestida con lujosas telas negras, un gorro cuadrado de piel y un magnífico abrigo que no hacía juego con el entorno. Ya Prometeo, con toda su lucidez, se dio cuenta también de que la media instancia llena se fijaba extrañada en ella. Aun así, solo por el lujo de su vestuario, era más aun lo bella que era: un pelo larguísimo castaño, rozando el ámbar, en bucles rizados, unas facciones suaves y unos ojos verdes, hipnóticos, esmeraldas en dos líneas delicadas negras enmarcadas en sus ojos, su boca carnosa de rojo intenso carmín. Pestañeó lentamente una vez, quizás en ese preciso instante el mundo hubiera caído a sus pies.

—Buenas tardes.

—Sean.

—Creo que se ha equivocado de vagón, señora.

—Señorita, si a usted a bien le viene.

Buscó en su bolso (no menos elegante que el conjunto), rebuscó entre el ruido de miles de útiles, sacó su billete y lo revisó. Miró luego a Prometeo y afirmó contundente:

—No, señor, este es mi asiento.

—Lo siento. Es que es usted tan refinada que pensé que tendría que estar en el vagón de primera.

—Que vista bien no significa que tenga mucho dinero. ¿A dónde se dirige usted si se puede saber?

—A Ulsan. Unos cuantos kilómetros más. ¡Aún queda camino!

—Justo allí también yo me dirijo. ¿Su nombre? Si hemos de

estar unas horas aquí, es menester presentarse bien.

—Por supuesto. Mi nombre es Prometeo.

—Nunca nadie oí que se llamara así.

—Ya ve que hay uno.

—Griego, un nombre muy antiguo, de la mitología griega.

—Es usted muy culta y… elegante.

Fueron palabras que la inquietaron. No usó su sugestión. Había códigos y no era ético en la hipocresía de esta sociedad usarlo para seducir, pues no era su intención. Ella se ruborizó, fue natural. Él lo dijo espontáneamente, no lo pudo retener. Fueron palabras sinceras. Sin más poder del significado de ellas.

—Agradecida del cumplido.

—Se le olvidó su nombre; estoy ciertamente en desventaja.

—Perdón, mi nombre es Noelia.

Entonces, como en un protocolo de educación antigua, ya por Prometeo leída, adelantó su mano derecha desnudándola de su guante, inclinando el reverso y ofreciéndosela. Él, sabiendo qué era lo correcto, la besó. Sus dedos, acordes con todo el resto de su cuerpo: finos, delicados y cuidados. Solo adornado por un sencillo anillo de plata.

—Esos anillos siempre llevan escrito algo en el reverso.

—Es muy sabio. Para ser tan joven sabe mucho.

—Leyendo mucho se aprende, y siempre he tenido costumbre de hacerlo.

—Y buena es. ¿Usted a qué se dedica? Si es sincero, puede que le cuente alguna historia propia, por ejemplo, cómo terminé aquí, aunque… su compañía me agrada, también es usted gentil y bello, extrañamente bello.

Ahora en un aprieto, antes de usar palabras de disuasión con el poder que ellas llevan, algo aconteció. Un viajero extrañamente vestido en una mezcla de estilos y colores un tanto dispar, sacó de su maleta otra más pequeña, y de ella extrajo un artefacto que a todos sorprendió. Era pequeño, con cuatro cuerdas y una madera ligeramente curvada con gracia. Lo depositó en la mesa con el mimo de un tesoro y miró indeciso a un público sorprendido. El misterioso Prometeo, la bella dama y, ahora, un violín.

—Es un violín. No se alarmen —dijo calmando Prometeo al vagón.

—¿Y para qué sirve? —preguntó Noelia.

—Para crear música. Tiene un peculiar sonido. Ojalá se atreva a tocarlo. Está acumulando valentía.

El músico se puso en pie y en palabras nerviosas, previamente

ensayadas, se dirigió al vagón:

—Señores y señoras: perdonen que los interrumpa. Este es mi más preciado tesoro, con él llevo años tocándolo en secreto, ya que hace mucho que se prohibió la música. Nunca tuve público para poder ofrecérsela a nadie. Si no les molesta, pase lo que pase, hoy deseo que ustedes sean ese público que nunca tuve.

Se hizo un silencio tenso. La gente tenía contrarias reacciones, una mezcla de curiosidad y miedo. Pero Prometeo no tenía más que hablar. Ahora sí que quería escuchar y no le privaría a nadie de esta magnífica oportunidad.

—Maestro, por favor, no nos placería nada más que escucharle. De los aquí presentes nadie nada dirá, sino que disfrutarán de algo que no olvidarán posiblemente jamás.

Las primeras palabras fueron para el músico. Le infundió confianza, le hinchó de orgullo y del sosiego necesario para, sin presión, poder tocar el violín. Las restantes palabras fueron código de secreto. Se aseguró de que todo el allí presente no dijera nada después de la actuación.

Noelia le miró entre admirada y extrañada. No sé hasta qué instante algo descubrió.

—Valientes palabras.

—¿No quieres oír música?

—Después de que hablaras, la verdad es que no deseo más que oírle.

—Yo también, por eso había que darle ánimos a él y ellos.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

El músico se acomodó su violín en el hombro y con un rictus de concentración empezó a rozar las cuerdas con la misma delicadeza que las caricias al cuerpo de su amante. Era una melodía triste, lánguida, y su melodía hablaba de añoranza de un tiempo pasado, de lugares que existieron hace tiempo, de amores imposibles. El sonido arrancado era melancólico, cada nota hablaba como si fueran palabras. Hipnotizaba hasta el punto de que los oídos del público por primera vez experimentaba el éxtasis de la música, de su embrujo, que tanto disfrutaron en inmemorables tiempos. De pronto, cambió y su música pasó de melancolía a tristeza, al despertar de un dormido, del que no ha vivido aún lo que es el regalo que nos ofrece la vida.

Al instante, entró el supervisor y al inundar sus oídos del concierto del vagón, puso desorbitadamente abiertos los ojos y se llevó la mano a la porra de su costado.

—Está totalmente prohibido…

El músico dejó caer el instrumento sin dejar de asirlo, y ya cumplido su sueño, esperó derrotado un castigo. Eso no se podía permitir, ni se permitió. Prometeo se levantó de su asiento y proyectó unas palabras pausadas con poder.

—Señor, es solo música. Siéntese y disfrútela.

El efecto fue inmediato. El supervisor cambió de humor, se quedó sentado en el primer asiento que encontró, cayó su porra al suelo sin ruido y miró a Prometeo como si hubiese visto a Dios. De repente, giró su cabeza al músico y embobado lo miró.

—Si le place, continúe. Nos gustaría que continuara.

Llegaron ahora otras notas lastimosas tocadas con amor. Si hubiera habido una voz que le acompañara hubiese sido perfecta función. Pasaron unos minutos más y el músico ya acompañaba sus canciones con lágrimas, contagiado de su propia composición. Solo él sabía las letras: él y Prometeo que las entendía.

—Gracias, maestro, muchas gracias.

Era menester acabar con su agonía y sin mucho ruido no quería a ser posible que los siguientes advirtieran lo que allí ocurrió. Prometo sabía a quién pertenecía la canción, él sabía el mensaje y sabía que tenía nombre. ¡Qué manera tan sutil tenía Antón y qué medios para comunicarse conmigo! La canción era sobre dónde tenía que ir y cómo encontrarlo. Miró al supervisor con palabras de verdad.

—¿Le gustó?

—Jamás oí algo tan bello y conmovedor.

—¿Como si no hubiera ocurrido, verdad?

—Sí, sí, señor.

El músico escondió bien el instrumento, se sentó en paz y el saber de lo bien hecho, pues allí satisfecho quedó. Nadie supo que a los pocos días murió y todos los familiares se extrañaron de que lo enterraran con una leve sonrisa en sus labios.

—Es usted un caballero —elogió Noelia.

—¡No! Fui egoísta. Quería oírla a toda costa.

—Creo que nos contagió la música. ¡Fue todo muy atrayente!

—Créame, es el verdadero sentido de la música.

—Lo que no entiendo es por qué la prohibieron

—Porque según qué música despierta pasiones y nos quieren ignorantes. Es su gran arma para poder manejar a la gente. Quitarles todas las emociones y convertirlos en autómatas.

El resto del viaje Noelia confesó a Prometeo que su familia quedó arruinada y cayó en desgracia por un falso rumor. Así entre historias alternadas, las horas pasaron raudas en las manecillas del

reloj. Tuvieron mucha atracción. Ella le dio una dirección, le dijo que le escribiera y lamentó perder tan grata compañía.

Llegaron a Ulsan.

Prometeo, a pesar de querer evitarlo, se sintió atraído por ella y sacó una pequeña libreta sin anillar. Eran pliegos, cuartillas de un fino plateado. Sacó una pluma de tinta con un diminuto cartucho. La cargó e hizo algo que no debería hacer. Escribió en papel una dirección.

—Qué bonita letra y qué precioso papel.

Sonriendo, rozaron sus manos, y una descarga placentera le recorrió desde la nuca al sacro por toda la columna. Se dieron dos besos en la mejilla, dos besos enteros. Unos segundos más y seguro que hubiese sido la perdición.

Ella sonrió alegre y se llevó aquel papel a sus generosos pechos, dejándolo impregnado del sonido de su corazón. Tenía poco equipaje, pues era lo más cómodo. Antes de salir por la puerta del tren, sonrió benigno a Noelia y le dijo:

—Nos volveremos a ver.

11. LA NOCHE

Antón, Gabriel y Silvan estaban en el exterior de la ciudad. Les aguardaba la noche cerrada. A sus espaldas, la boca de la cloaca, y al frente, una explanada llana. Las luces de la ciudad estaban ausentes, y el viento ahora disipaba el cargado y ponzoñoso olor que les había impregnado en los subterráneos; ahora se hacía más limpio el respirar bocanadas de aire fresco. Es lo que les hacía falta después de veinticinco años de estar confinado en la ciudad como algo tan simple, como un terreno llano y limpio que le apabullaba y sorprendía, pero como un traicionero bucle a pesar de esta novedad en su corta vida.

Volvía otra vez insistente el recuerdo de Raquel; tanto así tenía que reflejar su cara que Antón se dirigió a él.

—Por eso, le mandé la carta que escribí apresuradamente en tu casa.

—¿Lees el pensamiento?

—No. Hay quien sí, pero yo no soy de esos. Solo conozco secretos escondidos y dormidos. Los guardo y los uso cuando es menester. Ya estamos fuera de la ciudad aunque para nada fuera de peligro. Lo que sí sé por tu cara y por tu resignación es por qué pones un pie delante de otro: lo haces por una motivación, lo haces por ella.

—¿No será una trampa? ¿No estaba preparado, verdad? Disípame esta duda que ahora me corroe, que me desorienta; más aún después de todo lo sucedido hoy. Dilo, Antón, si en verdad no mientes.

—No, cierto es que no miento, y tal como te dije, yo no te mentiría. Todo fue como debió ser. Lo tuyo con esa chica ocurrió naturalmente, nadie hubo por medio ni hubo ninguna treta.

—Ya estamos fuera de esta maldita ciudad, no sin peligro aún, pero ahora tenemos cierta ventaja —dijo Gabriel—. Y dime, Silvan, ¿cómo es esa chica?

La describí con todo detalle el poco tiempo que me dio el estar con ella: cada movimiento, cada gesto, cada acción…

Aunque no era mi padre, tanto tiempo viviendo con él y ahora conociendo su sacrificio hacia mí, algo de fe me dio.

—¡Ajá! Si te dijera y no a ciencia cierta de que en este último año la he visto rondar la casa. Creo o creía que intentaba tomar valor para llamar a la casa, mas nunca lo hizo.

—¿Y si lo hubiera hecho? ¿Qué hubieras hecho tú?

—Dejarla pasar. Parecía un animal herido. Hijo, ella no portaba

peligro alguno.

Me fijé que la reja que Antón forzó se quedaba abierta, y ninguno de los dos hizo ademán de volverla a colocar, no sé si por descuido o porque quisieran dejarla así. Antón con su voz hizo que olvidara ese detalle quizás importante.

—¡Bien! Cerca de aquí escondí ropa nueva y otros enseres. Y en otro lugar, en unas ruinas no muy alejadas de aquí, hay tres caballos que nos esperan. Aún no estamos lejos del peligro.

—¿Y no los habrán robado?

—Hay mucho caminante nómada que se mantiene lejos de feudos y ciudades, pero te aseguro que a esas ruinas nadie se acercará.

—¿Y cómo estás tan confiado?

—¿Quieres que te desvele otro secreto? Es conocido en el lugar que a esas ruinas no se acercan ni las bestias, pues el lugar está maldito.

—Buen lugar para ir.

—Ninguno más seguro. Allí vive un mutante que custodia esas ruinas. Ahuyenta todo lo que allí se acerca. Duerme de día y vigila de noche, hace años que con su presencia tiene puesto el lugar como zona maldita. Las bestias no se acercan por miedo y la gente tonta no es. Mide más de tres metros, es negro como la noche y de aterrador aspecto; por cierto, muy amigo mío.

—Antón…

—Hay que conocer los secretos y ayudar a mantenerlos, Silvan. Tenemos aún un trecho largo que andar y después algunos pocos kilómetros de más con caballos.

—Nunca monté en uno de ellos.

—Son animales dóciles y fieles. En poco los sabrás llevar.

—Lo único ahora que nos preocupa es cómo estás tú. Son demasiadas emociones y descubrimientos. Es difícil de asimilar todo de golpe —se preocupó Gabriel.

—Estoy bien. ¿A dónde nos dirigimos?

—Al oeste. Pues vamos al feudo más alejado de las cinco ciudades. Es un feudo de lo más extraño, pequeño y haciendo frontera con las ciudades del este, digamos, con lo no conocido. Ellos están muy acostumbrados a los extraños; si haces poco ruido y respetas, eres siempre bienvenido.

—¿Y allí qué haremos?

—Pensar en tierra más segura el siguiente paso a seguir. Sea lo que sea lo que nos depare nuestro viaje, tendremos que llegar, no sin ayuda e inesperados compañeros de nuestro destino.

—Sea cual fuere, hagamos camino.

La noche nublada de gélidos gemidos que el viento portaba y el susurro que el roce de las ramas unas con otras provocaba en el suelo, alternaba roca, nieve y hielo. Poco se veía, pero ninguno hallaba problema en caminar en la oscuridad, como si fuera nuestro hábitat más natural.

El guía ahora era Antón que a paso firme llevaba animosa la marcha. De pronto, vi otra puerta: era amplia con forma de arco, no tenía puertas, era solo el marco, era la entrada al bosque de árboles abrazados y de donde provenía el murmullo intenso del rozar de su ramaje. Antes de entrar en esa puerta, Antón hizo alto en un montículo coronado por un montón de tres piedras apiladas. Conté como calculó veinticinco pasos hacia un lado y en mitad de la nada se detuvo. Apartó la nieve y al poco Gabriel le echaba una mano. Cuando me vine a dar cuenta, yo también acabé cavando de rodillas.

En poco, visto que los tres lo hicimos con fuerza se iba ahondando la tierra hasta que todos paramos al oír una mano chocar con algo endurecido. De pronto, estábamos despejando los lados. Era un arcón mitad de piel curtida, mitad de madera. Estaba adornado con símbolos y extraños grabados. Una vez que ya estuvo desenterrado, lo sacamos fuera.

—No lo abramos aquí a la vista que en todos lados es limpia. Si un caso nos persiguieran, pronto se nos vería.

—No intuyo nadie por los alrededores —dijo Gabriel—. ¿Tú, Silvan? ¿Sientes algo que te alerte?

—¡No! —contestó Silvan—. Noto mucha tranquilidad. Si bien escucho sonidos desconocidos, ninguno me alerta.

—Sí, mis dos amigos. En este preciso instante no lo hay, pero es más la precaución que el presente no nos nuble de un futuro peligro. Esta precaución es lo que nos ha mantenido vivos todo este tiempo. Vayamos en dirección hacia el bosque, pues esconde más secretos que este llano baldío. Así nos alejamos un poco más de la ciudad. Estaremos menos contaminados de su influencia.

Fuimos acercándonos hacia el bosque. Al llegar a su frontera, paramos al unísono. Un brevísimo espacio de tiempo que parecía respeto, y así cruzamos la puerta del bosque. Una puerta en arco de piedra: no una puerta vulgar, sino una antigua y vigilante. Es la única vez que sentí un estremecimiento en todo mi cuerpo, un respeto reverencial como si su forma me juzgase antes de traspasarla.

Gabriel y Antón transportaban el pesado baúl y yo les iba a la

zaga. A pesar de la densa espesura del bosque, íbamos a buen ritmo, pero las ramas bajas me azotaban, la maleza me arañaba, las raíces me intentaban trabar. Parecía el bosque estar luchando en contra mía.

—Dentro de poco llegaremos a una poza que está en un claro; tomaremos allí un alto —afirmó Antón—. Silvan, hazme el favor de dejar de pelearte con el bosque ya que él nota tu malestar. Esquiva simplemente, deslízate suavemente por los accidentes, usa tus manos para apoyarte en los asideros que te ofrece.

—¿Acaso el bosque es un ente?

—No lo sé; ese secreto no se me ha revelado, pero nunca está de más tenerle al menos un poco de respeto.

Sonrió como siempre, fuera porque este lugar era de su agrado o porque mi torpeza en desenvolverme en estos lugares extraños para mí, le causara buen humor.

Gabriel durante todo el camino tenía la mirada más que fija, perdida en el frente. Le pesaba más la carga de la culpa que la del baúl. Debería aliviarle de esa carga; era un lastre que no tenía por qué llevar. Mi madre estaba muerta y quería saber más, solo eso. No tenían ningún reproche más a quien sacrificó tanto tiempo guardando silencio para cuidar de mí. Ficticia o no, él era mi única familia. Antón surgió de la nada, Raquel fue breve y reciente, pero Gabriel era el único que tuve desde mi niñez hasta estos confusos momentos.

La frondosidad del bosque fue clareando y vimos una montaña rocosa no muy alta pero muy empinada. Ya nos llegaba el murmullo del agua. La andada pasó a ser más lenta y calmada. Era la paz lo que aquel lugar al que nos dirigía Antón lo que cantaba sus aguas. Ya clara la espesura, una mitad rocosa, cortada como si un gigante le hubiera arrancado de un mordisco un trozo de montaña, y, desde lo más alto del corte, un chorro fino resbalaba entre sus rocas hasta una poza de agua. No era ruidoso su canto; amainaba el viento y el frío no era tanto. Entendía un poco a nuestro guía que a cada paso que se alejaba de la ciudad, ganaba en ánimo. Se oían ruidos de pequeños animales que adornaban la noche y no tenía más convicción de aquel sitio que era más afín a mí que la ciudad que abandonamos.

Antón suspiró y Gabriel alzó la vista al cielo y, como si fuera una orden dada, se empezaron a deshacer en jirones las nubes oscuras y dejaron pasar una luz de luna llena dejando una claridad benigna que nos iluminó el alma.

—Bueno, aquí haremos un alto. Todo esto será extraño para una

persona que siempre vivió en la ciudad.

—Es como si fuera más conocido esto que lo que dejamos atrás. Me siento mejor aquí.

—Buena señal. Es un sitio muy bonito. Tiene magia.

—¿Acaso existe? —le dije exaltado.

—¡Claro que sí! Pero no es tangible, ni son esos libros de fantasía que lanzan hechizos. Son estadios, son sitios; los sientes y te acoge. Es inesperada como el encantamiento que produce este sitio ¿lo sientes, no?

—Paz.

—Sí —dijo Gabriel—. Aquí se calman las inquietudes que a cada persona le cargan porque hace que sientas lo que te ofrece y olvides las preocupaciones.

—Gabriel, si lo quieres saber, no te culpo de nada. Sé que fue mucho sacrificio cuidar de mí en un sitio que odiabas.

—¿Me perdonas?

—No tengo por qué hacerlo, porque no hay nada que perdonar. Queda en paz por mi parte y solo agradecerte que cuidaras de mí.

—Ya puedo sentirme mejor, ¡gracias!

Antón estaba mirando la escena con un signo de aprobación y creo que incluso de admiración. Habló pues:

—Se lo dije, Gabriel, se lo dije y entendió, ¿no, Silvan? Solo hay que comprender.

—Cierto y ¿ahora podríamos hablar?

—Para eso es este descanso, para que ahora que más o menos podemos hacer una pausa, podamos hablar. Aunque te advierto, ahora que hemos sido descubiertos, que nunca nos dejarán de perseguir. Sentaos y respiremos aire limpio, que en este remanso de paz las palabras se escuchan claras y se entienden mejor, pues, Silvan, atiende a la historia que precede a tu nacimiento y después dirás.

—Por favor.

Todos nos sentamos acomodados entre el respaldo de las rocas, la nieve y la hierba. Ni muy lejos ni muy cerca. No estábamos tan lejos de la ciudad de Vera para creer que estábamos seguros, pero aquel bosque era frontera y sea lo que nos siguiese, el bosque era diferente y no era parte de su mundo: sin calles, ni sombras de callejuelas, sin pisada firme y sin luces tenues que alumbraran la vista. Así ya, mirándonos unos a otros y yo con una fugaz vista al arcón, Antón empezó su relato.

—Silvan, hubo un tiempo que los inviernos no eran tan fríos.

12. ULSAN

El frío hacía que vistiera con varias capas lujosas de ropa que escondían un esbelto y sinuoso cuerpo; aun así, su extraordinaria belleza se notaba en las miradas lascivas de aquellos que cerca pasaban. Andaba moviéndose con la gracia de la sutileza entre las calles del centro de Ulsan. Era anochecida y, aunque había toque de queda como en las otras cuatro ciudades, en un cruce de calles cerca del ayuntamiento, algunas personas tenían permitido el tránsito hasta dos horas más tarde. Ulsan tenía ese punto de lujo y excepción que no tenía las otras ciudades. Por supuesto, era gente de las más altas esferas las que disfrutaba de ese privilegio horario: charlaban y disfrutaban la noche entre alcohol prohibido y risas en varios locales únicos en la ciudad de Ulsan. En esas calles había un hotel en el cual pocos viajeros pernoctaban, más bien era un secreto a voces de otras actividades estrictamente prohibidas. Por supuesto, todas las ciudades no eran iguales, si bien parecidas.

Noelia, la belleza castaña, tenía una cándida y perpetua sonrisa que embrujaba a quien la mirara y a ella no le disgustaba. Los ojos que la miraban eran espejos que reflejaban con sus ojos la perfección de sus formas. Se acercó al bedel enorme que custodiaba la entrada del ayuntamiento y ante la presencia de aquella mujer solo fantaseaba su mente de lo que sería tener una mujer así, una mujer así no la podía tener cualquiera. El embrujo de su belleza lo rompió un sonido que alteró esas calles; el reloj marcaba señorial desde el centro de la plaza, justo enfrente del ayuntamiento las doce menos cuarto. Un gong sonoro y único, alarmante sonido de aviso; la medianoche era el límite de la permisividad. El bedel volvió en sí.

—¿Qué desea?

—Vengo a ver al director.

—Como usted comprenderá, no puede molestarle así por las buenas. ¿Quién es usted para que pueda entrevistarse con él a estas altas horas?

—Soy su hija.

El asombro tornó corto adjetivo para describir el estupor del gigante. Tras unos momentos, cogió un interfono y habló. La escena cabe decir que divertía a Noelia.

—¿El mayordomo del director? —preguntó el bedel.

—¿Qué quieres a estas horas de la noche? Espero que merezca la pena lo que me tengas que decir. ¡Habla!

—La hija del director está en la puerta.

—¿Hija? ¡Qué demonios…! ¡Espera!

Seguramente fueron segundos, pero al funcionario le pareció horas eternas de silencio. Solo así se espera en el tiempo tenso de una respuesta que lo más seguro no sea buena, sonó el interfono y el bedel se puso a la escucha.

—Dígale que pase al vestíbulo; ahora bajará alguien de la torre alta para buscarla.

—¿Señor?

—¿No me ha oído? ¡Hágala pasar!

Bajó un funcionario cuyo nombre es Lucas. Al verlo el bedel, respiró tranquilo y así Lucas acompañó a Noelia al primer control. No eran horas de visita, pero la palabra del director era la que valía por encima de leyes y normas. Lucas ni se fijó en ella, cosa que contrarió a Noelia. No estaba acostumbrada a que alguien escapara del embrujo de su belleza. Lucas era una persona ausente de emociones, un autómata. Fue pasando pasillos y puertas, escaleras empinadas hasta que vio a alguien que le estremeció de miedo. Un hombre inmenso pasando de largo los dos metros de alzada, un cráneo grande y sin ningún pelo, unos ojos fieros y una musculatura exagerada hacía retumbar el suelo donde pisaba y con voz cavernosa.

—¿La hija?…

—Sí, yo soy.

—Acompáñame.

Así, el portero los acompañó con la vista mientras se iban. Jamás antes la vio entrar ni nunca vio que a la torre alta entrara persona ajena a ella. Su ausencia de emociones era una fachada para ocultarse; la virtud del buen actor es ser como un camaleón. Se preguntaba cuántos secretos guardaría esa torre alta; algún día al pasar tan desapercibido sabría un poco más. Ahora tendría que informar por qué había en esta noche algo fuera de lo normal. La desconocida hija del director lo era en demasía.

A Noelia no le costaba llevar el paso del gigantesco guarda del director. De hecho, a pesar de que siempre le causaba miedo, lo conocía. La indiferencia hacia ella le agradaba, estaba cansada y solo quería llegar a su destino.

Subieron un tramo corto; al final, una puerta blindada totalmente de metal, de metal reluciente y nuevo, excesiva cautela para tranquilidad de la ciudad. ¿De qué tendrían temor para semejantes medidas de seguridad? El gigante abrió la puerta y subieron una estrecha escalera, apenas podía pasar por ella. El acompañante gruñía por sus estrecheces (buena segunda defensa).

Solo podían subir de uno en uno. Llegaron al final de ella. Un rellano amplio y cuadrado, con un adornado extraño, al mismo estilo que otra época: armaduras y armas, cuadros de batallas y al final una puerta de doble hoja. En un lado sentado en una silla amplia otro guarda, este más extraño, con el pelo como un puercoespín y unos ojos negros en un fondo amarillo enfermizo. También lo conocía. Él agachó la cabeza ligeramente ante ella, y en su nuca se oyó una corta risa que produjo el enfado del extraño guarda. El gigante dio tres golpes en la puerta y se abrió. De ella salió un anciano hombre de porte distinguido y elegante seriedad. También le conocía. Con gesto serio y sobrio se dirigió a ella.

—El director le espera…

Noelia entró en la verdadera torre alta y no le sorprendió ver mapas enormes en mesas: aparatos extraños de los que nunca entendió para qué servían y ventanas anchas sin cortinas. El sillón que estaba al final de la sala, vuelto de espaldas, de pronto se giró hacia ella. Sentado en él, había un anciano de buen color de piel, pelo y barba blanca, de sonrisa ancha y ojos inteligentes. La miró durante un tiempo indefinido. Ella estaba quieta, expectante. Él juntó sus manos y como en un rezo se las llevó en vertical a sus labios. Al pronto bajó esas manos y las puso en el respaldo del sillón.

—Te esperaba un poco más pronto.

—Aquí estoy.

—¿Mi hija? —Soltó una risa callada y negó con la cabeza. «Desde luego, original sí que eres».

—Me gustó. Se me ocurrió por el camino y desde luego sorprendió bastante a tus funcionarios.

—Llevo muy poco tiempo aquí. Me traje a quienes acabas de ver. Me gusta esta ciudad, va un poco mejor con mi carácter. Estuve hace ochenta años aquí y apenas ha cambiado. Vayamos a nuestros asuntos. Si has contactado conmigo, y más si has venido, es por alguna novedad o noticia de mi interés.

—¡Sí! Me llevó tiempo y muchos viajes. Sabiendo que usted estaba aquí quise que fuera usted al que informara. De todos los directores conocidos, es el menos agrio de todos.

—Cada uno lleva su longevidad de la manera que cree oportuna. Por cierto, llevabas mucho tiempo desaparecida.

—He estado buscando por muchos sitios, siempre de ciudad en ciudad. Si hubiera ido a cualquier ayuntamiento me hubiera descubierto. Al principio, fui a lo más sofisticado, a las clases altas, pensando que alguno allí se escondiera, pero no, nada fuera de lo

habitual. Cansada de tanto ir de un lugar a otro, pensé que la mejor manera que tendría para mi búsqueda sería entre la gente normal y corriente. Hoy, en vez de alojarme en el primer vagón, lo hice en el de la clase más baja.

—Destacarías siendo una mujer tan bella y ricamente vestida, ¿no?

—Pues allí creo que encontré a uno.

El director transformó todo su semblante; su calma se volvió en una suma seriedad y con los ojos claramente abiertos, su cabeza levemente de lado y ya de pie.

—¿Un durmiente? ¿Sabes la gravedad que ello conlleva? La hermandad piensa que ya no existen, pero yo siempre los animé a que no decayeran en la búsqueda.

—¡Sí, un durmiente! Y si no lo es, es alguien a tener en cuenta. Era bellísimo, tenía un aura de sabiduría que vi nada más entrar en el vagón. Con delicadeza, sutilmente y con historias de una familia caída en desgracia, lo fui llevando hasta mí. Su voz era de otro plano, era tan poderosa… Recordé las historias de la religión antigua: «los querubines», esos ángeles poderosos y bellos, me recordó mucho a ellos. Era tan atemporal que aun así conseguí que se quedara prendado de mí, tanto que me dio su dirección antes de despedirse de mí. Venía a Ulsan como yo; está aquí y este papel nos indica dónde está. Observe su letra tan adornada, tan precisa y tan antigua.

El director miró el papel sorprendido por el descubrimiento y asintiendo ante el pliego plateado del papel, contestó a Noelia:

—Esta clase de letra tan elegantemente sofisticada la vi hace mucho tiempo, tanto que apenas me alcanza la memoria. Recuerdo lo amantes del arte que eran; ahora seguramente vistan harapos. Antes todo era tan diferente. Llevo poco aquí, las calles habrán cambiado de nombre.

La miró, era su obra, una espía que embrujaba con su belleza y rebosaba de ella, de elegancia enseñada culta e inteligente, una arma perfecta. Claro que ese supuesto durmiente se habría enamorado de ella, pero ¿quién no? Apretó un botón y el mayordomo se acercó. El director le entregó el papel y le dijo:

—Busca rápido esta dirección. Lleva tres de nuestros mejores hombres. Diles que tengan cuidado, ya que es muy peligroso. Que no lo aborden nada más verlo; que no se arriesguen. Que lo sigan si es preciso y si ven posibilidad, que lo apresen vivo. Si no tienen la seguridad de poder hacerlo que busquen refuerzos. Esta orden que ahora doy es de extrema prioridad, no admitiré ningún fracaso.

El mayordomo miró el pliego plateado, miró la dirección y se dirigió al director:

—Esta dirección me suena muchísimo.

—Bueno, si te suena, como dices tú, al menos sabemos que no es falsa.

El mayordomo se alejó presto. El director sacó dos copas y una botella transparente de un licor granate. Satisfecho sonreía e invitó a Noelia que se sentara.

—Tendrás que contarme de tus viajes. La verdad es que ha sido una búsqueda larga a través de mucho tiempo y con muchos más agentes que tú, pero yo tenía el convencimiento de que si alguien lo conseguía, serías tú. Tengo confianza en ti. Después de tanto tiempo, ¿y ahora dan la cara? ¿Sabes que en la ciudad encontraron a tres?

—¿Qué ciudad?

—La ciudad vecina de Vera.

—¿Consiguieron hacerse con ellos?

—¡Tanto da! Allí descubrieron a tres, pero se les escaparon como el agua en las manos abiertas.

—¡Sí que son poco eficientes!

—¿Poco eficientes? Mandaron en su caza nada más y nada menos que a Karmen, pero por ahora no se sabe nada, pero hace pocas horas que todo esto aconteció.

—¡Cómo! Eso es imposible. Si eso fuera verdad, sería la primera vez. Si ninguno de sus encargos los han encontrado jamás ni vivos ni muertos; los hace desaparecer con una limpieza que ni a los cadáveres hallan.

—Está con la ira en su ser. Karmen también ha desaparecido, aunque eso no es noticia. Va tras ellos. La caza aún no ha terminado.

—No me gusta Karmen. Esconde mucho más de lo que muestra. Nadie sabe quién es ni lo que es capaz de hacer.

—Por eso es mejor tenerlo a nuestro lado. Si fuera enemigo, tendríamos problemas.

—Con lo poderosos que sois, ¿teméis a ese teatral asesino de las rosas?

—Yo admiro su estilo. Alrededor suyo ha creado una tenebrosa leyenda; solo con pronunciar su nombre causa, si no miedo, respeto. Soy el único de la hermandad al que no le cae realmente mal y fui yo quien animó a la hermandad para contratarle.

—¿Acaso sabes quién es? ¿Su historia?

—La tuya la conozco solo yo. ¿Tanto te sorprende que nadie

conozca la de Karmen? Ni yo ni nadie la conoce y nos hemos hastiado de intentar investigarlo… Ningún rastro.

Así pasaron horas conversando hasta que la botella se fue vaciando. Noelia le estuvo informando cómo se desplazaba de ciudad en ciudad, investigando y observando cualquier indicio que jamás encontró hasta hoy.

De pronto, con un silencioso permiso, el mayordomo interrumpió la animada charla del director con Noelia. Se acercó al director y le susurró al oído unas palabras. El director asintió y con un gesto invitó a su asistente para que abandonara la habitación.

—¿Y?

Se acercó a Noelia ya con cara seria; con la palma abierta le golpeó con tanta dureza que salió despedida por el impacto fuera de su asiento y aterrizó en el suelo dando varias vueltas. Ella estaba en el suelo con la mano en la zona dolida, más con cara de sorpresa que de dolor.

—Noelia, la reina bella del engaño, de la fatal atracción, mi más inteligente espía. ¡Estúpida! ¿Sabes cuál es esa dirección?… Es la esquina suroeste del cementerio. En esa esquina hay un mausoleo con un ángel, con una banda que pone en el más antiguo de los idiomas aprendidos, en latín: *Yo te prometo*. Te han engañado, bella tonta; ese mausoleo aparece en el libro de Ulsan. Por tu estupidez, tendría que matarte ahora mismo.

—¡Imposible! ¡Estaba loco por mí! ¡Lo mataré! ¡Quiero matarlo con mis propias manos! Es el primero en engañarme.

—¿Duele probar tu propia medicina? Si cuando hablabas de él, tus ojos tenían chispa. ¡Tonta! Caíste no una vez, sino dos: por el engaño una, y otra por amor.

Noelia bajó la cabeza avergonzada. Duele más la verdad sincera que todos los juegos de engaños en los que se metió. No era solo Karmen quien sentía la ira, ni tampoco quien estuviera en una persecución, ahora ella quería encontrar a ese personaje de rizos dorados que la ha dejado en la más absoluta evidencia.

A una distancia prudencial del ayuntamiento, escondido entre las sombras, andaba sonriendo Prometeo. Se acercó para confirmar sus sospechas. A ella la vio entrar en él ayuntamiento, vio cómo salían y al cabo del tiempo entraban varios agentes seguramente del director de Ulsan; todo se confirmó, se sintió triunfal, pero le invadió la pena. Él no quería que un juego pudiera poner en peligro a Noelia. Llevaba debajo de su brazo un libro que miró con pena. Libro de la ciudad de Ulsan; lo ojeó hasta que dio con la ilustración del panteón, con su ángel en lo alto, hasta que una voz oyó:

—¡Alto! ¡¿Quién vive?!

Prometeo se giró tranquilo mientras el agente se le acercaba amenazante con la porra en una mano. Con sus manos en los bolsillos, abrió sus labios enfocándose ante la amenaza:

—Vuelvo a mi casa y no es esta. Ten calma, amigo, que en tu casa tu mujer y tus hijos te esperan, comida caliente y el cuerpo de tu ama. Ve ahora, ve a besarla y luego vuelve a tu ronda para que no te digan nada, que en esta fría noche, un extraño te da buenas palabras. Hazlas y buenas noches.

Él se quedó paralizado y bajó sus manos reflexionando en las palabras de ese extraño.

—Gracias. Quería hacerlo y no me atrevía. ¡Dígame su nombre!

—¡Claro! Mi nombre es Prometeo. Aunque lo sepas, mañana no te acordarás de él ni de haberme visto. Comprende que una muerte absurda no es el fin de esta noche.

Así en Ulsan, en una noche fría, dos hombres tomaron la espalda: uno perdonando su vida y pensando en el calor de su casa; el otro señor, el de las palabras, muy a su pesar también escondía una verdad: también se había enamorado de Noelia.

13. KARMEN

Karmen salió por el mismo túnel de la alcantarilla con el mismo hedor que a quienes perseguía; aun así, pudo distinguir un olor peculiar entre los residuos de la ciudad. Le hizo ir más lento, parar en cada intersección para ver hacia dónde dirigirse. Al final vio la reja que sellaba la alcantarilla del exterior que fue arrancada a la fuerza; débiles no eran.

Nadie más que él salió de la ciudad, la gente del alcalde y del director no salían casi nunca de ella. Las afueras de la ciudad era territorio hostil y peligroso y no se atreverían jamás a adentrarse. Fuera de la protección que les ofrecía la ciudad, él estaba solo: mejor, así hubieran sido meros estorbos.

Respiró aire limpio, pero el sueño le invadía, pues era su debilidad. Tenía que descansar; no podía obviarlo, odiaba sentirse frágil y vulnerable. Avanzó en el baldío que rodeaba a Vera, a más de un kilómetro delante de la boca del desagüe, excavó un hoyo entre dos grandes piedras y buscó ramaje para camuflarse. Un par de horas serían suficientes pero debía hacerlo ya, pues no tenía más remedio. Se tumbó en el hoyo y se cubrió con las ramas lo suficiente para no ser visto. Así, acurrucado en su propio cuerpo, el sueño entró en él y al estar ya profundamente dormido, las pesadillas acudieron como todas las veces que dormía, sin perdonarlo ninguna vez que se cerraban sus ojos. Implacables y crueles, empezó a convulsionar y a sudar, aunque la temperatura fuera inferior a cero.

Karmen seguía sufriendo en sueños; sus pesadillas eran los motivos de su padecimiento. No era nada relacionado con el miedo, sino la pena de lo perdido en su larga vida. Amó a tres mujeres tanto y tan intensamente que su huella perduraba a través del tiempo. Todas muertas y que nunca jamás volvería a verlas. Era el peor tormento, algo que no tiene remedio y que se rompe para siempre. Cada una de ellas volvían en una caótica sucesión de imágenes, evocaban los mejores momentos vividos; una tras otra le susurraban palabras agradables, le procesaban cariños que en el pasado le correspondió con idéntica pasión. Las quiso tanto que por eso tanto perdió. Al final de lo más dulce, cada una de ellas a veces solapando el acento diferente de sus femeninas voces, era el reproche de su pérdida. Así cada noche o día que tuviera que dormir, volverían a atormentarle cada una de ellas. El pasado volvía una y otra vez con rencor, con insidia. Aunque su cuerpo descansara, su mente llenaría cada sueño de una gota más de

angustia y tristeza.

Exaltado, despertó con los ojos desorbitados. Se irguió violentamente alzando las ramas a metros de donde estaba; abrió la boca desmesuradamente hacia el cielo de la noche y, sin sonido alguno, profirió un grito sordo; el lamento de un tormento desatado sin reserva alguna, más la vibración inaudible, hizo mover y levantar guijarros y estremecer las piedras cercanas; los pequeños insectos y animales de alrededor huyeron. La ira de Karmen amainó cuando de pronto brotaron lágrimas amargas, lágrimas que acudieron envolviendo sus ojos rojos. Se cubrió de sollozos hasta que, poco después, se hizo un silencio.

Se irguió sereno como si nada hubiera ocurrido; con su manga secó aquellas fuentes traicioneras y empezó el cazador a moverse.

Tenía que encontrar el rastro de los tres fugitivos. Negó con la cabeza la contrariedad de que hubiera demorado en el tiempo, pero gastaba tanta energía que de alguna manera tenía que cobrarla, y solo con el descanso podía volver a ser ese depredador en el que se convirtió. Fue andando poco a poco, dando tiempo a que el olvido arrastrase a los más escondidos sótanos del recuerdo, el triángulo de mujeres que lo fueron todo para él. No podía ser débil; no otra vez.

El rastro de porquería que se les adhirió a la ropa de los fugitivos en su huida le llegó levemente ya centrado sus instintos. Era un hilo fino de imprudencia, pues no pertenecía ni al baldío presente ni al bosque cercano. Fue trazando ya a paso vivo una circunferencia en los exteriores de la ciudad para encontrar la línea de olor de los huidos. Ellos le habían ganado bastante tiempo por culpa de su letargo, demasiado tiempo, pero, tarde o temprano, los alcanzaría. Intentaba adivinar orientándose hacia la dirección de todos los lugares cercanos adonde se pudieran llegar, hasta que de súbito le llegó el olor que estaba buscando. Era directamente hacia el bosque y ese bosque estaba en la dirección de ninguna ciudad. No iban en línea recta fuera donde fuera que se dirigieran.

Era lógico, al menos en parte, que evadieran las ciudades del este, ya que eran demasiado bulliciosas y con un control muy exhaustivo hacia todos los forasteros. Todas estaban interconectadas y todas bajo el control de la hermandad. Seguramente al alba, enviarían emisarios con las noticias de los fugados; serían presa fácil para la hermandad. Los feudos eran otra historia. Así como todas las ciudades eran una copia de otra con sus peculiares diferencias, los feudos eran muy singulares y diferentes unos de otros. La presencia de la hermandad solo era la sombra de sus espías; el duque de cada feudo era los gobernadores de cada uno de

ellos y todos de tan diferente manera como la personalidad única de cada duque.

Había tránsito de gente de mercancías. Ya era segura la certeza de que se dirigían a uno de ellos, pero ¿a cuál? Miró las estrellas para encontrar guía y sonrió para sí mismo. Creía adivinar las intenciones de ellos; ya sabía dónde iban.

Siguió con la vista la línea imaginaria que el olor había trazado y, extrañado, se acercó hacia el bosque que engullía la pista en sus fauces. Se fue acercando al bosque, pero su paso no era decidido; algo le frenaba y desconocía qué es lo que le causaba esta indecisión.

Se levantó un viento gélido fuerte que le golpeaba el cuerpo con pequeñas partículas congeladas, tan violentamente que le causaban dolor; las ramas altas de los árboles se agitaban nerviosas produciendo un sonido tenebroso.

¿Acaso el bosque les estaba protegiendo o quizás no permitiera su presencia? Vio las huellas de los pasos de los que anteriormente entraron en él, y ese viento poderoso las borró en un instante. Pero él ya había visto la dirección.

Fue rápido hasta la entrada del bosque. Allí se frenó al instante, miró las columnas de madera que cerraban como una muralla el linde de ese bosque. Miró con respeto aquella señal, se arrodilló mirando fijo hacia las copas de los agitados árboles y entonó una oración:

—Sé de tus milenios, sé de tu sapiencia, sé que no quieres visitas que te alteren, sé de tu orden y naturaleza. Sé que puede parecer que recito estas palabras como un loco a la nada. Déjame entrar en tus entrañas; ten mi promesa de que en tu piel no habrá esta noche sangre derramada. Solo soy un viajero de paso. Déjame pasar y saldré humilde si me dejas entrar; estas son palabras del verbo, bosque milenario.

Cesó el viento y el silencio volvió. No hubo más sonido que su respiración. Entró en el bosque con la humildad del respeto.

14. ESPERANZA

En esta fría noche, Raquel permanecía insomne debatiéndose en mil dudas: en miles de supuestos, en mil estructuradas teorías de lo que le había hecho huir a Silvan de Vera. Aun así, no se rendía; ella nunca lo hacía.

El sueño quería acudir, pero sus preocupaciones le cerraban la puerta. Se fue abrigada al cuarto de su madre a pasos cortos, pero cada vez más largos trazos de una acuarela borrosa que protagonizaba Silvan. Abrió la puerta del cuarto de su madre y la encontró incorporada en la cama:

—Madre, no puedo dormir.

—Ni yo, hija; ¡entra!

Entró Raquel y se acostó al lado de su madre, se abrazó a ella sintiendo el calor maternal, pues no eran momentos de estar sola.

—¿Por qué?

—Hija, no lo sé. Soy sincera. Ha huido, es lo único que sabemos.

—Pero ¿dónde estará? ¿Has visto el frío que hace? Estará sufriéndolo. ¿Habrá muerto? ¡No quiero ni imaginármelo!

—No digas esas cosas. Mañana veré lo que puedo hacer o lo que pueda averiguar. Hija, quédate tan solo en que no sabemos nada.

—No me consuela. ¿Qué habrá hecho para tener que irse así sin más? ¿Padre tenía contactos en muchos sitios, verdad?

—Hija, cuando tu padre murió, eras muy pequeña.

—¡Siempre solas! Mucho te quiero, mamá, pero no quiero vivir así.

—Ni yo que lo hagas. Lo encontraremos o él nos encontrará. Que el destino decida.

—¿Crees en el destino?

—No sé si existe o no. Es una frase hecha.

—¿Cómo sabrás de los contactos de padre? Hace tanto tiempo…

—Los contactos no los tenía tu padre, los tenía yo.

Raquel miró sorprendida a su madre por su afirmación y por la serenidad que puso en su voz. Por un momento recapacitó, pues nunca supo de dónde venía la renta que tenían ni a qué se dedicaba su madre.

—Te dije que no estás sola. Yo haré lo imposible para que seas feliz; no quiero que sufras lo que sufrí.

Hubo una pausa en la cual la madre de Raquel deslizó unas lágrimas solitarias por su aún bello rostro. Un suspiro de recuerdo casi hizo que Raquel empezara a llorar, pero con un caudal más intenso.

—Ahora duerme con velas que te alumbren con su pequeña luz. Abraza a la esperanza como me abrazas a mí, mi dulce niña. No quiero que veas el mundo real que se mueve por estas tierras cercanas. Si Silvan te puede cuidar, si tú lo amas, con eso me basta; no siempre estaré a tu lado.

—Algún día me tendré que enfrentar a lo que temes.

—Sí, pero no sola, nunca sola, hija mía.

—No puedo pensar nada más que en él.

—Ten esperanza, que no sabes cuánta fuerza tiene.

—¿La esperanza?

—Sí, hija mía. Es la que nos mantiene la ilusión. Ahora mismo, será nuestra luz que nos guiará. Ve y duerme pues necesitamos descansar.

Raquel se fue a su habitación. Su madre esta noche no conciliaría el sueño. Eran historias repetidas, pero con una esperanza renacida.

15. ORÍGENES

Bajo el cielo ya casi sin nubes estábamos sentados echando de menos el calor de una hoguera. El misterioso arcón seguía cerrado. Pasaríamos toda la noche despiertos; no dormiríamos esta noche, pero al menos descansaríamos. Mi curiosidad era ya impaciencia. Esperaba las frases siguientes de Antón, en cambio Gabriel cortó a Antón al levantarse y dirigirse en una dirección. Allí se quedó fijo como una atalaya concentrado y silencioso. Le mirábamos expectantes por saber la razón de su alerta:

—Ha entrado en el bosque.

—No te preocupes. El bosque le confundirá por muy excelente cazador que sea. El agua encubre nuestro olor y esta zona es santuario. Siéntate. ¿De qué hablaba?

—¡Ah! Hubo un tiempo que los inviernos eran muy fríos.

—Eso ya lo has dicho.

—Las historias hay que empezarlas con alguna frase que la enmarque y no interrumpas más.

—Perdón.

—Hace mucho tiempo, demasiado, creo que fue más o menos a mitad del siglo XX… ¡Sí! ¡No me mires así! Ya dije que hace mucho tiempo. Como iba diciendo, algunos hombres descubrieron que podían mejorar razas de animales a través de la selección: «la genética». Esta técnica se usó incluso siglos atrás, pero fue casi finalizando el siglo XX que se descubrió el código genético y se llegó a descifrar completamente. Se le empezó a dar uso médico, pero como la curiosidad humana a veces llega hasta el punto de traspasar algunas líneas que jamás deberíamos cruzar, se empezó a alterar nuestra genética. Al principio, fue solo para curar enfermedades o evitarlas. Pero pasaron dos siglos y la situación en este planeta era insostenible. Creo que llegamos a convivir en la tierra más de diez mil millones de personas. Los recursos eran cada vez más limitados, cada vez países más pequeños e inestables poseían armamento nuclear, incluso llegamos a viajar en varias ocasiones a planetas cercanos; naves que surcaban el espacio llegaron a los confines de nuestro sistema solar. ¿Increíble, no? Como te decía, la situación de la raza humana era bastante delicada, irónicamente, por ser demasiados. Algunos científicos, en secreto, claro, tomaron la decisión de que los humanos debían dar un salto evolutivo, por supuesto y como supondrás, forzado. Este grupo de selectos científicos se denominaron a sí mismos «la hermandad». ¡Bien! Ahora te suena, ¿no? Parte de la hermandad

son los directores de las ciudades del este y los que faltan, se encuentran en un lugar denominado «Monasterio». ¿Voy demasiado deprisa, Silvan?

—No, por favor, prosigue.

—Te recuerdo que todo esto empezó hace muchísimo tiempo. Esta hermandad quería humanos más fuertes, veloces y resistentes a las enfermedades. Fueron muchos años experimentando, muchos siglos buscando el santo grial de la humanidad: la inmortalidad.

—¿Lo lograron?

—¡No! Pero se acercaron bastante. Al menos en lo que se refiere a la cantidad de tiempo que viviría un ser humano.

—¿Vosotros?

—Por favor, aún queda mucho que contar.

—Es que todo lo que estás contando suena tan fantástico…

—¡Sí! Y el caso es que lo que en un tiempo fue fantasía luego se volvió realidad: «Ten cuidado con lo que deseas, no sea que se cumpla». No fueron ellos solos quienes intentaron a través de todos los medios lograr esta quimera; mucha gente murió en estos intentos, mas no tantos son los resultados de esos experimentos. No éramos conscientes hasta que ocurrió algo que dejó un punto y aparte en el desarrollo de la humanidad, como antes te relaté; muchos gobiernos, cada vez más, poseían la arma más mortífera jamás creada: la nuclear. Uno de esos dirigentes en la peor demencia o la peor creencia extrema apretó el fatídico botón y así comenzó la tercera y última gran guerra. Aunque fue breve y terriblemente devastadora, no sabemos el alcance real de su destrucción, pero sí sabemos que no solo borró de la faz de la tierra mucha parte de la humanidad y de la naturaleza, sino que también envenenó este planeta. En una de esas explosiones, el laboratorio donde nos encontrábamos quedó parcialmente destruido. Entonces, despertaron entre escombros y muerte, desesperación e ignorancia, como unos recién nacidos y entonces, salieron al mundo. Poseían la palabra (menos mal) y poco más. Todo era un caos; no supimos nunca quiénes fueron los que huyeron de ese lugar; todos los que vimos estaban muertos o eso creíamos. Si la destrucción nuclear mató gran parte de vida, las siguientes guerras de los supervivientes aún fueron peores. Toda la tecnología fue desapareciendo poco a poco. Solo había lugar a la supervivencia. Nos dimos cuenta de que no éramos igual que los demás. Fuimos tomando conciencia a lo largo de los años y de los siglos; no sabemos qué culpa tuvo la radiación en ser lo que somos.

—¿Cuántos años tenéis?

—Hace mucho tiempo que vagamos perdidos, pero al menos debemos tener un par de milenios, más o menos.

—¡Es increíble!

—Aún no he terminado; te advertí de que sería largo.

—No pares ahora. Todo esto no existe en ningún libro de historia.

—¿No, verdad? No es igual vivirla que leerla de otros. Por lo visto muchos miembros de la hermandad prosiguieron con lo único que quedó de sus experimentos: la prolongación de la vida y se la aplicaron a ellos y, como ya te conté, no con todo el éxito que quisieron, pues envejecían, lentamente pero lo hacían. Algunos de dicha hermandad sospecharon que en la destrucción de sus laboratorios, algunos sujetos habían desaparecido, no sabían cuántos ni cómo habrían evolucionado. Así nació la leyenda de los durmientes, porque todos los sujetos estaban inducidos al coma, el sueño más profundo. Al cabo del tiempo, vagando por este mundo, descubrimos que no fuimos los únicos en huir, porque al estar todos conectados neuronalmente, se nos creó accidentalmente un nexo: un hilo invisible que hacía reconocernos y nos guiaba unos hacia otros. Estos son nuestros orígenes y te digo que no de todos los que yo conozco.

—¿Pero si yo solo tengo veinticinco años, por qué me parezco tanto a vosotros?

—Hay una característica común en todos nosotros y una excepción. Tú eres la prueba de ello. Todos los conocidos son varones y todos somos estériles. La excepción fue una mujer, tu madre: tú eres la excepción.

—¿Y quién es mi padre?

—No lo sabemos, Silvan. No es mentira, te dije que era tiempo de verdades. Tu madre era la única que lo sabía y, por mucho que lo lamentemos, está muerta.

Me sentí ahora más apenado que nunca. La verdad era dolorosa; todos mis años pasados pensando que yo era la causa y ahora tantas fantásticas revelaciones; aun así, estaba incompleto; ahora la pena era rabia.

—Silvan, ¿sigo o quieres que haga una pausa? Realmente, es demasiado que asimilar.

—¡No! ¿Quién la mató?

—Tenemos sospechas infundadas por suposiciones lógicas y no por certeza, que son los mismos que nos quieren matar ahora.

—Pero ¿por qué?

—Por miedo creo.

—¿De qué tienen miedo?

—Después de la devastadora guerra y de las otras mil más, que aunque mucho más pequeñas, no fueron menos cruentas, la hermandad —o lo que sobrevivió de ella— creyó tener la obligación de tomar parte de control en todo el caos reinante en lo que son las ciudades del este. No te confundas, eran buenas intenciones al menos al principio. Pusieron orden en el caos, pero las acciones tienen consecuencias. La mente humana durante decenas de milenios está acostumbrada a la duración de su vida que se le da normalmente. ¿Qué pasaría a una mente que está hecha para vivir más o menos cien años, de repente vive mucho más? Pues que muchos de los de la hermandad enloquecieron, pasaron los siglos y los siglos a un milenio y empezó la purga; empezaron ellos mismos a matar a aquellos que no pudieron superar la longevidad de manera cuerda; aun así, no se diezmaron en demasía, luego miraron fuera: mil años de radiación dio lugar a muchas mutaciones, quisieron eliminarlos a casi todos pues pensaron que las mutaciones corrompían al ser humano, pero no se dieron cuenta de que el poder también corrompía. Cuando hubieron terminado los asentamientos, los convirtieron en ciudades cerradas, totalmente controladas, eliminando todos los estímulos del ser humano, pero nunca olvidando que sus durmientes estaban o no vagando por este mundo; seguimos callados, dormidos y sin dar ruido.

—¿Y aun así quieren matar?

—¡Claro! En tus ojos veo venganza; yo de ellos tendría miedo, aunque no es prudente tu sentimiento ni te vamos a ayudar. ¡Huiremos! Ya eres libre de tomar una decisión, Silvan: huir y seguir viviendo para poder estar junto a tu amada Raquel, o empezar una cruzada contra la hermandad.

—Ya está tomada. Os seguiré, ahora en este preciso momento. Por mucho que la rabia me invada, el centro de mi universo tiene un nombre, que es Raquel.

16. LAS HUELLAS

Iba de un lado a otro, trazaba círculos, se paraba y andaba en dirección recta. Nunca perdió el rastro; aun así, la intensidad del olor aumentaba, disminuía y, a veces, solo a veces, desaparecía. Esas pocas horas que ellos tenían de ventaja sobre Karmen en ese otoño extremadamente frío habían hecho cubrir el manto del suelo en un blanco homogéneo; no había señales de huellas y las ramas rotas estaban por todas partes; no distinguía del paso de los fugados o qué ramas estaban quebradas por las rachas del violento viento que embestía con una fuerza devastadora. Es como si hubiera pasado cien años desde que entraron.

Al olfato de Karmen, atenuado por el frío y por su sensibilidad, le venían mil débiles olores que le creaban laberintos mezclándose en rachas de viento que cambiaban constantemente de dirección. Llevaba ya mucho tiempo en el bosque. Levantó la vista hacia donde la alcanzaba y encontró colinas de no mucha altura: donde hay montañas, hay cuevas y un lugar donde refugiarse. ¿Sabrían ellos quién los seguía?

Penetró andando ágil y silencioso en dirección hacia la parte más montañosa del bosque. Había menos nieve, como si la espesura del anciano bosque irradiara un calor que derretía la nieve y hacía que los olores fueran más intensos. Ya la nieve eran manchas blancas entre las tonalidades verdes y marrones cuando empezó a ver flores. Un olor le alertó e hizo que parara: ¡lobos! ¡Una manada de lobos! Aún se encontraban fuera de su alcance visual, así que prosiguió su camino. El olor era de la misma intensidad y seguían una dirección; iban a su paralelo, demasiado tiempo y espacio para que fuera casualidad, aun así no paró. Llegó el momento que tomó contacto visual con ellos: eran lobos blancos, lobos enormes que se les iban acercando. Se cansó de este seguimiento paralelo por lo que siguió el camino en oblicuo para encontrarse con ellos. Al salir de una condensación arbórea a un pequeño claro, los lobos se pararon sin dejar de sostener la vista en Karmen. Él se puso a pocos metros de ellos, frente a frente. Un lobo aún más grande y musculoso dio unos pasos poniéndose al frente de la manada. Vio sus ojos azules como el cielo; sus ojos tenían un atisbo de inteligencia que no era nada normal en un animal, y vio su reflejo en los suyos: de cazador a cazador. Inmóviles, las miradas eran largas y sostenidas. El resto de la manada esperaba la reacción de su líder. De pronto, Karmen sonrió.

Un aullido sonoro y largo llenó el bosque entero de ecos.

Karmen no se movía, sonreía. El líder de la manada raspó la tierra hiriéndola con unas zarpas poderosas, y el vaho de su respiración hacía corrientes blancas que el viento ahora suave barría; aún estaban las miradas sostenidas. Eran dos cazadores pacientes. El gran lobo blanco agachó la cabeza y se giró en dirección contraria de Karmen. Él lo vio en sus ojos: eran inteligentes.

Poco a poco, se alejaba toda la manada, y ya perdidos de vista, empezó a reanudar su camino con la sonrisa del que vence sin derramar una gota de sangre: la victoria más dulce. Pero el gesto se le quebró raudo ante la sombra de una sospecha. ¿Y si solo pretendían hacerme perder tiempo?

Al entrar en la espesura del bosque, las reglas se adecuaban a la naturaleza. La hermandad, en su absurda arrogancia, limitaba sus vistas a las ciudades, a los núcleos urbanos que tenía control y un poco menos a los feudos, no sin dejarles de seguir; pero de los espacios entre ciudades y feudos: esos bosques, llanos, valles, montañas y veredas que traspasaban los caminos entre ciudades junto con algunas vías de tren, no sabían casi nada. Era Tierra de Nadie; esas tierras de nadie ahora demasiado peligrosas y desconocidas para los humanos, que en otro tiempo fueron dueño de todo; no tendrían la osadía de vivir en ellas. Ahora era tierra de caminantes, de animales y bestias sin nombre que allí moraban, era tierra de todos y, sobre todo, de quien pudiera sobrevivirlas. Era pues también tierra suya por lo que reanudó la marcha.

Paró absorto, incrédulo por lo que oía de espaldas a él, oía el apoyo liviano de unos pies menudos que apenas se apoyaban en el musgo y la nieve, un olor a jazmín y pliego, a primavera. Se giró sin amenaza y allí delante de él, a diez metros escasos, apenas una mujer, vestida pulcramente de blanco, de cabello rubio pálido y con unos labios rosados. El viento jugaba con su vestido y enseñaba sus piernas rectas, de pechos redondos y de poca cadera, pero de una sensualidad que era tan fuerte como su perfume de primavera. Lo miraba con unos ojos cándidos, con inocencia; su cabello se adornaba con flores y una trenza ajustaba su fina cintura. Se le acercaba de puntillas con los pies desnudos, con la elegancia misma que toda su presencia daba y con una voz dulce se dirigió a un Karmen que juraría que se encontraba dentro de un sueño:

—Hola, forastero.

—Hola…

—Pareces sorprendido. Yo también lo estoy. No era a ti a quien esperaba, pero llevo tanto tiempo esperando…

—No será tanto cuando solo eres una niña.

—Mi cara algo tiene de niña, pero mira mi cuerpo, aunque es menudo, lo tengo como el de una mujer. ¿Te gusta?

—Eres muy bonita.

—No lo dices con franqueza. ¿Quieres verlo? Mi piel es suave y con un tacto placentero; mi cuerpo es cantar de poetas, pero no te lo voy a dar; solo si quieres verlo, te dejo.

—¿Quién eres? Me confundes mucho.

—¿Mi nombre? ¡Oh, qué maleducada! Derán, Derán, la dama blanca. Y el que estás confundido y perdido eres tú; estás tan lleno de ira, llevas tanto tiempo en la oscuridad y tienes tanta muerte dentro…

—No es lo que soy, es en lo que me convirtieron.

—El bosque teme que si pasas aquí mucho tiempo, lo enfermes con tu ira, pero creo que el bosque es demasiado miedoso, le han hecho mucho daño… mas yo te dejo pasar, pues vi que los lobos te tienen respeto.

—¿Qué eres?

—Algo muy bello, ¿no crees?

—¿Estáis protegiendo a los que han huido?

—Ellos tienen su camino hecho; los vi lejos, muy lejos. Dime, ¿qué les harás cuándo los encuentres? ¿Eres de esos viejos de las ciudades que siempre viven?

—¡No! ¡No soy de ellos! Soy Karmen.

—¿Por qué tanto empeño en que la gente te tenga miedo?

—Para que tranquilo me dejen.

—Escribí en hielo esta mañana que los encontrarás, pero no ahora.

—Aunque aquí los encontrara, ni ellos ni yo sabemos lo que ocurrirá, pero con palabras francas dije que sangre no se derramará en este suelo.

—Sí, además queda feo quedarse sin la palabra. Y dime, oscuro caballero, ¿cuánto tiempo llevas con tu tormento?

—¿Qué sabes tú de mí?

—Tienes que contestarme primero.

—Desde que una a una fueron desapareciendo de mi vida las mujeres que he querido en esta vida y con ellas mi alegría.

—¿Dónde están?

—Murieron todas, por eso, mi oscuridad. ¿Por qué estoy desvelando todos mis secretos a una desconocida?

—Ya me conoces, ¿recuerdas? Soy Derán, la dama blanca. ¿No lo recuerdas? ¡Me presenté hace horas!

—Tan solo hace un minuto…

—Aquí el tiempo tiene extrañas medidas. Cuando uno bien está, pasa deprisa; cuando mal está, es como una lenta agonía.

—No puedo perder más tiempo.

—¡Sí puedes! ¡Tenemos tanto tiempo! Los encontrarás. Soy Derán, la dama blanca. Mi cuerpo no te lo puedo dar, no como eres ahora, pero algo te quiero regalar para recordar.

—No creo que haya nada que…

—Cariño, soy Derán, la dama blanca, y yo te digo: «Duerme».

La última palabra fue un susurro. No recordó más. Cayó dormido en un lecho de musgo sin ninguna piedra que lo hiriera. Olía a primavera. No sudó ni tuvo pesadillas. Dejó en ese letargo por fin el recuerdo de esas mujeres que tanto amo en el pasado y las dejó ir. Notaba cómo estaba con Derán, ella lo tenía en su regazo y él sentía el calor de su bello cuerpo. Ella tan solo le acariciaba el pelo y él, después de tanto tiempo, dejó que las huellas de sus pesadillas fueran camino al olvido y le invadió una paz que hacía tanto tiempo que no tenía, la cual le regaló la dama blanca.

Así olvidó por completo seguir las huellas de los huidos y Karmen finalmente durmió sin pesadillas en su sueño.

17. LAS DEUDAS DEL PASADO

Era la mañana después de las lágrimas y volvía a su memoria cómo fue su camino veinte años en el pasado, en el que cualquier precio era bueno para salir de la miseria. El camino le daba tiempo suficiente para disimular la angustia en su rostro. Dejó durmiendo a su hija. Era el sacrificio por un desconocido el que le hacía dar estos pasos. Ojalá en un tiempo pasado ella hubiera tenido a alguien que hiciera lo que ella ahora mismo sería capaz de hacer cuando la necesidad le hizo suplicar ayuda. Era su hija, era su redención y no sabía lo que repercutiría esta mañana. No la dejaría sola nunca, nunca como estuvo ella.

Elena, la madre de Raquel, se encontraba en las cercanías del ayuntamiento de la ciudad de Vera. Hizo una pausa, respiró hondo y subió las escaleras pensando si habría alguien que la reconociera.

Un viejo portero del ayuntamiento miraba absorto el trasiego de las nubes en el cielo dejando pasar el tiempo de su turno. Demasiados años en la misma cabina de madera viendo entrar y salir gente del ayuntamiento. Ya ansiaba dejar de oír los murmullos de aquel sombrío lugar. Despistado miró hacia la calle. Era bien temprano y a estas horas de la mañana poca gente que no trabajaba en el ayuntamiento tenía costumbre de acudir para los trámites legales. De pronto, sus ojos se agrandaron y cerró los ojos pensando que estaba soñando o que un fantasma se le aparecía.

—Buenos días, Tete. ¿Aún me recuerdas?

—Elena, niña, ya hace tiempo, mucho tiempo ya, pensé que no estabas en la ciudad.

—La verdad es que salgo poco y llevo vida hogareña.

—¿Vienes a darle una alegría a este viejo carcamal de volverte a ver otra vez?

—Me encanta verte de nuevo, pero venía a ver al alcalde. ¿Se encuentra en el ayuntamiento?

—¡Sí! Está dentro. Ahora voy y le digo de tu visita. Pasa aquí dentro, que la mañana es fría.

Elena pasó a la cabina del portero, se sentó en su sillón recostado hacia atrás, perdiendo de vista la entrada y que nadie más, a ser posible, la pudiera reconocer. Ya empezaba a arrepentirse, aún estaba a tiempo de poder volver al calor de su casa, pero era su hija y si fuera preciso hasta a las mismas puertas del infierno iría si hiciera falta. Raquel dormiría ajena a lo que esta mañana ocurriera.

—Elena, el alcalde te recibirá en breve.

—¿Sabes el camino, no?

—Sí, Tete. No sabes cuánto te lo agradezco.

Le dedicó una sonrisa al bedel que le alegró aquel día.

A pesar de los años pasados, es como si hubiese recorrido ayer esos pasillos y subiera esas escaleras. Era más joven y los años la habían tratado muy bien. Aun pasados los cuarenta, estaba un poco más rellena, pero no le desfavorecía. Su rostro tenía aun esa tersura de las mujeres bellas; aun así, asomaban algunas arrugas. Solo esperaba no pagar el mismo precio que hace dos décadas. No solo por ella había pasado el tiempo, pero ella había cambiado más en su interior. Tocó la puerta con los tres golpes suaves de consentimiento y se abrieron las puertas.

Salió a su encuentro el orondo alcalde con una sonrisa soberbia en sus labios y encendidas sus pupilas de satisfacción.

—¡Qué visita más inesperada! ¡No sabes cuántos buenos recuerdos me trae el volverte a ver! ¿Cómo está tu hija? ¡Ya será una mujercita!

—Bien sabes cómo estamos, señor alcalde. Nos conocemos y de cuando en cuando tus espías rondan la casa por si alguna novedad ocurriera.

—Me preocupo de mis más preciadas amistades.

—Creo que más bien es de asegurarte de que yo guarde silencio y no salga de la ciudad. Sigo cumpliendo el acuerdo que contrajimos.

—¡Sí, cierto! Un grato sacrificio. ¡Déjame que te vea!

Jonás, el rechoncho alcalde, dio una vuelta entera alrededor de ella mirando cada ángulo y siempre con esa sonrisa de quien todo lo tiene cuando quiere.

—Me intriga ¿Qué te trae aquí?

—Unas preguntas si no te incomodan, por supuesto.

—Habla, mujer ¿Necesitas más dinero?

—¡No! Está bien lo que tengo. Cumpliste lo tuyo; suficiente para vivir con cierta comodidad.

—Bien, pues vayamos a tu asunto. ¿Qué información precisas?

Elena hizo una pausa, se le hizo un nudo en la garganta y le invadieron las dudas. Sin saber las repercusiones de sus siguientes palabras, pensó en su hija y todo aquel muro que le impedía hablar se hizo añicos. Con voz firme habló:

—Quisiera información de una persona que ha desaparecido de la ciudad y aquí no se mueve una mosca sin que tú lo sepas.

—Si ha desaparecido, ya sabes que seguramente estará muerto.

—¡No! ¡Sé que no!

—Igual sabes más que yo. ¿Su nombre es?

—Silvan Ellan.

La cara del alcalde se transformó y la sonrisa falsa que lucía en su rostro se tornó en un semblante serio. Ese nombre encendió un fuego que no tardaría en arder; su voz melosa ahora era sibilina y ácida.

—¿Qué relación tienes con él?

—Ninguna. De hecho, ni lo he visto ni lo conozco.

—¿Entonces? ¿Acaso te envió alguien?

—¡No! ¡Nadie! Mi hija lo ama y queríamos saber su paradero.

—¡Curioso! Pero antes que te pueda proporcionar la información, quiero, como en los viejos tiempos, el mismo pago, querida, pues me puede la nostalgia.

Ella ya lo sabía. Resignada, poco a poco se fue desnudando dejando delante del excitado espectador su cuerpo desnudo. La mirada lasciva del alcalde iba en aumento.

—¡Estás mejor que antes!

El alcalde la rodeó por detrás ansioso, cogió sus pechos con fuerza. Le dolió, pero solo era el preámbulo del dolor de la vergüenza. Ella notó que estaba él preparado y que ella jamás lo estaría. Se dijo a sí misma que solo serían unos minutos. Le empezó a tocar con violencia y la hizo agachar. Le penetró sin preámbulo, lo cual le produjo a ella un tremendo dolor. Le empezó a embestir y el dolor iba en aumento. Sus lágrimas empezaban a inundar sus ojos. Le penetraba con castigo y ella, aun con esa intensidad del dolor que sentía, callaba. Todo terminaría; sabía que durante un tiempo, como en otros tiempos pasados, pasaría en casa momentos de dolor y rabia. El alcalde seguía apretando sus muslos hasta dejarle en su piel cardenales morados. Tiraba de su pelo hacia atrás, y así hasta que ella sintió un líquido caliente dentro. ¡Ya terminó! Se quedó postrada en una postura humillante y levantó su vista viendo como los cuervos se posaban en el alféizar de la ventana. No se podía incorporar pues le dolía horrores. Solo esperaba que mereciera la pena este sacrificio.

—Elena, no sabes el placer que me has proporcionado; lástima que los años me hayan restado fuerzas; si no, repetiría.

Ella se alegró de que así no fuera y fue recogiendo poco a poco sus prendas. Se notaba por mucha dignidad que pusiera, que cada movimiento era dolor. ¡Cómo en tan poco tiempo había sufrido tanto! En la cara del alcalde se reflejó el castigo que ella padeció. Él complaciente se fumó una pipa observando el espectáculo de la amante humillada y con indiferencia se dirigió a ella:

—Bueno, mi bella Elena, ¡espero que te haya gustado!

El silencio se hizo con ella, pero aún no tenía lo que necesitaba. Con el orgullo herido mortalmente, como antaño, dijo con pacientes palabras:

—¡Cuéntame lo que sepas! Recibiste el pago; solo es información, solo palabras.

—Cierto, pero el tema de ese muchacho es un tema bastante… digamos, «delicado».

El alcalde se dirigió hacia un rincón y tiró de la cadena dorada fumando plácidamente la pipa. Hubo unos minutos en el que Elena tuvo tiempo para intentar recomponerse el vestido, para aparentar y esconder lo ocurrido.

De pronto, dos personas extrañas de aspecto rudo y mal vestidos entraron y se dirigieron hacia el alcalde, ignorándola a ella.

—Usted dirá.

—Siento estas palabras, mi bella Elena, pero has pronunciado un nombre peligroso y, aunque en este momento lamente su significado, es lo que vale el introducirse en aguas pantanosas. ¡Matadla!

Los ojos de Elena quedaron desorbitados ante la macabra sorpresa. No podía dar crédito a sus palabras. ¿Quién era ese joven que ahora, todo el que pronunciara su nombre, la vida perdía?

—¡Pero, Jonás!

Un golpe seco la dejó sin sentido. Cayó al suelo como una muñeca rota. Su último pensamiento fugaz no fue la humillación a la que se vio expuesta. No fue la muerte que vino sin avisar, era que jamás volvería a ver a su hija.

—¡Una cosa! Que nadie la toque, ya me entendéis. Matadla rápidamente, sin dolor, y deshaceros de ella. Si me entero de que alguien la toma o le toca un pelo, iréis con ella directamente al infierno. Desde que la tuve fue solo mía y de ninguno más; esa era su promesa y cumplida está.

Tete esperaba a Elena. Tenía ganas de despedirse de ella. Si pasaran veinte años más, él ya no viviría. De pronto, oyó un ruido en el pasillo del fondo que daba con la escalera hacia los infames sótanos del ayuntamiento. Allí vio dos esbirros del alcalde que arrastraban un cuerpo. Cuando Tete vio el color del vestido, ya sabía de quién era y la suerte que correría. Tete calló y lloró por dentro; se le desgarraba el alma por la angustia y el dolor. Si fuera más joven, si tuviera más valor, iría hacia el alcalde y le arrancaría las entrañas con las manos desnudas. ¡Ella no! ¿Por qué ella?

De pronto, una mano se puso en su hombro. Era el joven

contable que llevaba poco tiempo trabajando en el ayuntamiento. No era aún la hora de entrar a su puesto de trabajo. El contable le miró con ojos francos y Tete no entendió lo que no decía con palabras pues era lento. Al cabo de un tiempo asintió.

—Su hija. Irán a por ella.

—Lo sé, Tete.

—Tú no eres lo qué pareces.

—¿Quién lo es?

—¡La ayudarás!

—Un viejo amigo aquí me puso. Mi misión no era para proteger a esa mujer, pero me enteré por una reciente información de que tenía que proteger a su hija Raquel. Tendría que haber venido más pronto para intervenir por la suerte de la madre de Raquel, pero nunca imaginé que ella fuera tan madrugadora. No he llegado a tiempo. Ahora solo me queda intentar salvar a su hija; te prometo que ella estará a salvo.

—¿No puedes salvar a Elena?

—No puedo salvarlas a las dos.

—¡Cierto! Elena hubiera querido que salvaras a su hija antes que a ella.

Por eso, y por más cosas, duerme esta noche tranquilo, viejo amigo, que no quedará impugne lo aquí ocurrido.

—Date prisa, joven; no quiero más muertos en mi conciencia. ¡Puta mierda de no ser más joven y valiente!

—Por eso, Tete, yo sí lo soy y lo haré como si fueras tú quién lo hicieras. ¡Queda en paz!

Así, entre las sombras desapareció. Tete se quedó mirando hacia las escaleras del primer piso, aquellas que conducían hasta el despacho del alcalde, y con rabia contenida, se dijo en voz baja: «Poco me queda. Solo espero vivir lo suficiente para ver cómo recibes el castigo que mereces; así, descansaré en paz».

18. LAS RUINAS

Llenó la noche serena y las historias de Antón con relatos versados del pasado. En ese recodo escondido con sus aguas limpias y las placas solitarias de hielo que navegaban erráticas, despedían destellos de luz de luna con su mágica aura que les había acogido.

Antón terminó de hablar y los tres cayeron en un trance de tranquilidad disfrutando de un descanso, pero Antón se activó dándose cuenta de que el tiempo no estaba precisamente a su favor.

—Es hora de que nos cambiemos rápido. Sin que nos demos cuenta y menos en este lugar, el tiempo nos apremia y se acerca el alba. Nos queda aún un largo trecho y creo que no deberíamos ir vestidos tal como estamos: llenos de la porquería de las alcantarillas. Nos asearemos como bien podamos y nos vestiremos con las ropas limpias que puse en el arcón.

Gabriel estaba tranquilo, pero yo me encontraba expectante a lo que contuviera ese arcón. Notaba tan tranquilos a los dos que ciertamente me contagiaron; aun así tenía mi mente pensando en cómo volver a Raquel en el camino que aún nos quedaba, en cuál sería nuestro destino y qué consecuencias tendría todo lo ocurrido. Demasiadas cosas para quien ayer solo miraba ensimismado el fuego de la chimenea quejándose de tan aburrida monotonía, y que ahora precisamente, no era ese el adjetivo de la situación actual.

Antón acariciaba las runas del baúl susurrando en voz tan baja que apenas se oía. Gabriel en cuclillas miraba hacia la cerradura, Antón miró a Gabriel y asintió con la cabeza. Gabriel introdujo una llave que ni tan siquiera advertí de dónde la sacó y retiró la mano a una velocidad increíble; ni siquiera vi el movimiento. De pronto vi como de cuatro puntos pegados a la cerradura, con un ruido sordo, salieron cuatro agujas. Entonces pregunté sorprendido:

—¿Qué ha sido eso?

—Una medida de precaución. Es veneno. Aunque tuvieran la llave… bueno, ya lo has visto. Cualquier persona normal no hubiera podido evitar las agujas, no podemos correr riesgos, ya que es muy valioso el interior.

Del interior del baúl, Antón sacó ropa de cuero duro y unas botas resistentes y reforzadas; eran armaduras ligeras: «más precaución para lo que deparará el viaje a lo desconocido para mí».

Nos fuimos desnudando y cambiando de ropa, tirando nuestras malolientes ropas entre los arbustos cercanos que no estuvieran muy a la vista. El atuendo de Gabriel era de un color marrón y verde apagado; si no fuera por la nieve, sería difícil verle. Mi

atuendo era más bien todo negro. Antón de la misma manera que Gabriel pero con unos tonos más oscuros. De pronto, me guiñó un ojo y sacó un pañuelo escandalosamente rojo que se escondió en un bolsillo de la chaqueta.

—Nunca hay que perder la identidad.

Sacó tres capas hechas del mismo material que el resto de la ropa, incluso aún de un cuero más grueso; las tres eran negras. Me la probé, y aun cubriéndome la capucha en la cabeza, vi que dejaba limpio el campo visual: bien se veía. Me fijé en que al tiempo que Gabriel también se la ponía, me miraba:

—Apenas se ven las caras —afirmó Gabriel.

—Son muy prácticas. ¿Son para ocultarnos?

—¡Sí! Cuanto menos nos reconozcan, más posibilidades tendremos de pasar desapercibidos y menos de que nos encuentren; poca gente viaja por la Tierra de Nadie. Encontraremos muchas cosas y personas curiosas, pues aún hay gente valiente que vive por zonas salvajes, incluso podemos esperar ayuda de algunas, aunque de otras tendremos que hacerles frente.

—O quizás con suerte ninguna de ellas —intervino Antón.

—¡Ojalá fuere así!

Antón nos repartió tres cinturones muy anchos y gruesos con saquillos cosidos. Después extrajo tres mochilas de cuero.

—Bueno, por si nos perdiéramos o por alguna circunstancia tuviéramos que separarnos, aquí tenéis un mapa cada uno. No lo miréis si no es necesario, solo es por precaución. Os lo aseguro, cuanto menos sepáis, más sobre seguro. Hay gente que de mil formas os podría sonsacar información, y si no la sabéis, no la podréis revelar.

Antón sacó comida: frutos secos, galletas de varias maneras, carne y pescado salado, también fruta confitada y frascos de cristal con comida en conserva. Sacó los utensilios de cocina para preparar la comida. Ahora Antón miró el baúl vacío y se dirigió a Gabriel.

—Eres tú, Gabriel, el guardián de las llaves y demás, ¿no? Tú diseñaste el baúl. Saca lo único que queda y no lo menos importante.

—Gabriel rebuscó en un saquito del cinturón y separó cuatro metales punzantes y pequeños. Los introdujo en una de las cuatro esquinas del fondo del baúl todo con un cuidado quirúrgico y en un orden específico. Se oyó un ruido metálico e hizo presión en un lateral; sacó con cuidado la tapa de metal: era un doble fondo.

—¡Mira, Silvan! ¡Un pequeño arsenal!

Antón fue sacando ceremoniosamente varios tipos de armas. Fue

al principio sorpresa de juguetes de niños, pero luego el asombro y la curiosidad dieron paso a la lógica. Si todo aquello que veía solo servía para matar, el viaje no sería precisamente lo apacible que preveía, sino más bien algo peligroso. Nos dio tres dagas con sus correspondientes fundas: las dagas eran pequeñas, de un palmo cada una, con adornados espacios en sus centros, seguramente para que fueran más ligeras. Antón sacó unas estrellas de cuatro puntas y se las fue guardando en el reverso de su cinturón fuera de toda vista. Gabriel sacó dos dagas larguísimas, de menos de un metro: las miraba como si les fueran conocidas. Sacaron dos pistolas grandes y una con doble cañón aún más grande que las dos anteriores; Antón se quedó con las dos primeras y Gabriel cogió la última. Sacaron también munición que pertenecería a esas armas.

—Estas armas son mortíferas, pero hacen mucho ruido. Esperemos no tener que usarlas, pues apenas existen y son muy antiguas. Son desconocidas para ti; es nuestro último recurso para defendernos.

Después, sacó tres rollos de cuerda fina menos gruesa que la mitad del dedo meñique y me indicó que me la enrollara desde la cintura hasta donde diera de sí. Era muy larga y creo que también tenía la función de armadura. Sacó tres chalecos acolchados que pesaban bastante (otra protección más). A continuación, Antón con mucha delicadeza, sacó dos espadas; eran deslumbrantemente preciosas. Tenían filigranas escritas en la hoja en un idioma que no reconocí. Sus pomos y sus guardas eran bellísimos: el pomo tenía una joya pequeña en el centro del contrapeso y la hoja fina de poco más de dos dedos me la entregó Antón. El color de la hoja era de un brillante casi deslumbrante aun sin tener luz del día. Cuando la así, noté familiaridad y a pesar de no saber esgrima, me sentía como si fuera tan usual el tenerla que me hizo dudar si ya no la habría tenido antes.

Gabriel me extendió una correa larga con dos vainas cruzadas y me indicó que se ponía en la espalda; me ayudó a asegurármelas con un mimo que desconocía. Trataba todo con un cuidado y con un profundo deje de tristeza. De pronto, Antón interrumpió lo que parecía una ceremonia:

—¿Te sientes cómodo con ellas?

—Siento como si ya las hubiera poseído.

—¡No! ¡Nunca! Pero sé por qué te sientes así.

—¿Y este extraño metal de la hoja?

—Décadas de trabajo para esta aleación rara y única que dio frutos en estas bellezas. Fue el regalo de un hombre que se pasó

toda su vida para crearlas. Es inédita obra y es más de lo que puede significar.

—Son preciosas, ligeras, como si formara parte de mi cuerpo.

—¡Y de tu alma! —exclamó Antón.

—¿Están encantadas?

—No, Silvan. Es algo para amarla: ¡eran de tu madre!

Esta última frase de Antón desembocó en una nostalgia de alguien que nunca vi. Una falta que siempre tuve y ahora por fin, algo de ella. Tres lágrimas se escaparon de mi rostro y cayeron sobre la hoja de una espada, sonaron como música en el cielo ya estrellado de esta noche. Me coloqué los aparejos y las enfundé en mi espalda. Todo ello con una sonrisa orgullosa en Antón y una triste mirada en Gabriel. Rompió el sueño Antón con una orden:

—¡En camino! Ya quedaste en paz en cierto modo, Silvan; hemos de proseguir. No queda mucho para las ruinas y hemos de llegar antes de que amanezca.

Enterramos el baúl vacío no por su valor, pues lo llevábamos todo puesto, sino por no dejar rastro de nuestro paso; al acabar, iniciamos el camino. La noche aún nos daba cobijo pues no faltaba mucho para el alba. No andábamos entre la maleza, sino que íbamos por caminos de bóvedas enramadas; el hielo y la nieve reflejaban la luz de la luna. No íbamos ni rápidos, ni lentos, ni animados, era una marcha en silencio. Antón tenía fijado el destino y nosotros los ojos en su estela. Así dejé que mis sentidos al no necesitarlos, tomaran otras revueltas.

Intentaba imaginar la ciudad dejada atrás; sus habitantes grises me daban pena. Imaginaba qué pensaría Raquel de esta repentina huida sin oportunidad de conocerme, de conocerla; pensaba también en el rector de la universidad, en la decepción que tendría cuando tuviera noticia sobre lo ocurrido y el disgusto de no cumplir sus expectativas. De las historias pasadas, de la historia de mi madre, de las espadas que descansan en mi costal, del brillo de sus hojas, de quiénes son realmente la gente como Gabriel, Antón y mi propia madre, de los directores, los ancianos que pintan de grises las ciudades que ahora sin contármelo nadie, entiendo que absorban y manipulen a la gente para que ni tan siquiera se den cuenta del mal que les aqueja. ¿Cómo será el bosque ya cuando amanezca y su luz bañe en rededor y se puedan ver sus colores?

Así pasaron horas con el tiempo velozmente corrido por estar absorto en mis pensamientos, ya que eran muchas las cosas en las que estaba ocupada mi mente. Antón paró y nosotros al unísono, orquestados por el principio de sus movimientos. La parada nos

puso tensos y alertas. Señaló hacia abajo con la palma abierta, que nos calmáramos, que no había peligro.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Antón.

La espesura de los arbustos dio lugar a una explanada limpia en cuyo centro había unas ruinas desdentadas como la boca de un anciano. Antón nos indicó que nos paráramos mientras él se adelantaba varios metros hacia las ruinas.

—¡Dante, soy Antón!

Una voz cavernosa hueca y de palabra torpe con un monosílabo respondió:

—¡Sí!

De pronto, se hizo la noche más oscura y el viento suave paró. Una mole enorme de obsidiana estaba delante de Antón. Gabriel y yo nos adelantamos hacia Antón viendo en primera persona ese ser singular. No despedía olor alguno, con todo ese peso, se movía sigiloso. Era esa criatura la misma noche, su voz lejana, torpe y profunda, poco usada. Nos señaló una dirección

—Por… aquí.

Seguimos la oscuridad. Impresionaba no por miedo, sino por su majestuosidad manifiesta, sus movimientos lentos y acompasados impropios de esa mole. Así llegamos a la cercanía de una torre grande en estado bastante ruinoso. Oí la respiración tranquila de los caballos y el silencio que había acompañado a esa atalaya.

—… Caballos.

—Gracias, Dante; gracias por cuidarlos y hacer de este sitio santuario. Este es Gabriel y el joven Silvan.

Nos miró fijamente, nos observó como si quisiera medir nuestras emociones. Se fijó mucho en mí esperando algún gesto. Yo me quedé inerte e hipnotizado por sus ojos negros.

—Dante… no hablar; problemas.

Se echó la mano a su gruesa garganta y de pronto con un dedo a su cabeza.

—No… Tonto.

—Lo sé —intervino Antón—. Sé que eres inteligente, que solo quieres vivir tranquilo y que este bosque, sea lo que sea para ti, ahora es un santuario de paz.

—¿Y… el… otro? —preguntó Dante

—¡Déjalo pasar! El bosque solo ha hecho lo que tenía que hacer.

—Podéis… descansar.

—Ve en paz, que nosotros partiremos en breve —concluyó Antón.

Así, aquel ser extraño fue andando con sus movimientos tan

coordinados a la entrada de la torre. En la negra presencia de la sombra de la luz de la luna, desapareció con el mismo sonido que apareció: ninguno.

—Extraño personaje —dijo Silvan aún sorprendido ante la presencia de Dante.

—Muy singular. El nombre se lo puse yo. Parece una criatura del infierno de Dante. Es solo apariencia pues no tiene maldad ninguna, pero defiende este bosque de contaminación exterior más con intimidación que con violencia. Deberíamos descansar un poco; luego ensillaremos los caballos Gabriel y yo. Tú aprovecha para dar una vuelta corta; estamos lejos, pero nunca estaremos seguros.

Fui andando por la parte exterior de la mellada fortaleza y el cielo clareaba. La negra noche en el horizonte era un azul intenso. Fui acariciando la anciana piedra. Comenzaba un canto de trovadores: cantaba lo antigua que era, las veces que pasaban a su lado campesinas bellas, hombres forzados a arañar frutos a la tierra, me cantaba las veces que la lluvia la limpió, la niebla la acarició y el hielo la quebraba por dentro. Años y años de ser mudos testigos de estas tierras, de que hubo sangre derramada en ella, de que un mendigo estuvo recostado sobre ella muchos años, años y más años, y empezó la soledad que fueron muchos más años que antes; y ahora se siente protegida por un gigante oscuro, noche dentro de la noche y noche es su nombre. De esa manera, la imaginación alcanzó tan altos vuelos que me quedé dormido, hasta que la voz de Antón me despertó.

—Silvan, ¿estás bien?

—Me quedé tan concentrado que al tocar estas piedras me cantaron su historia que es la misma que este lugar.

—Es tu imaginación. Se mezcla con tus conocimientos y te da esa sensación.

—El gigante no se llama Dante, tiene otro nombre —irrumpió Silvan.

—¡Sí! Pero es un secreto.

—Su nombre es simple y sencillo.

—Nadie lo sabe excepto yo. ¿Cómo…?

—Noche, es noche su nombre real —concluyó Silvan.

Antón se quedó mirando alternativamente la parte de muralla de mis cercanías y a mí mismo, extrañado.

—Esto sí, ahora ya en muchísimos años, puedo decirlo: me acabas de sorprender.

—No sé cómo lo hice o si yo no fui. ¿Magia?

—Quizás.

—¿Sensibilidad?

—Más bien.

De pronto, el primer rayo de luz de la mañana alumbró con su cortina luminosa y los dos dirigimos nuestros ojos al empezar de esta mañana. La luz me llenó de alegría; no más oscuros pozos aunque sea amante de la noche; por igual quiero el día solo que de manera diferente. Despertó el día y despertamos nosotros.

—Vámonos a los caballos.

Así vi mi montura quieta. Monté tranquilo en ella de la misma forma que vi en los libros. Susurré al caballo palabras tranquilas, acaricié su cuello, su lomo y me erguí seguro mientras mis dos compañeros me miraban. Empezó Antón la marcha, detrás Gabriel, y yo dejé las riendas a mi caballo para que él sin presión les siguiera. Y sin despertar, aquel fue un nuevo día.

19. LA HUIDA

Hacía muy poco que había amanecido, paró a un coche de caballos al cual le indicó la dirección y entró dentro para dirigirse a su destino. Vio despertar a la ciudad con la gente dirigiéndose a los transportes públicos o directamente al trabajo.

Héctor pensaba con amargura que ahora ya estaría muerta la madre de Raquel y que poco pudo hacer por ella. No en vano, tarde o temprano esperaba alguna señal. Antón se lo advirtió.

—Sé el primero en llegar y el último en irte; puede pasar cualquier cosa y más de aquí a pocos días. ¿El qué? No lo sé. Según lo que sea mantente alerta; aquí tienes unas direcciones; al lado una nota de sus dueños y sus funciones; obra en consecuencia. Confío en ti.

Él estaba al tanto de los rumores; le bastó escuchar la conversación de Tete y Elena para saber que ella era la dueña de una dirección y con ella asociada Raquel; al lado, un corazón con el nombre de Silvan. Cuando vio que llevaban a esa mujer a los subterráneos y el porte afligido de Tete, las piezas empezaron a encajar. Después de esa mujer, la siguiente sería su hija. Se quería despedir de aquel bedel con unas palabras de ánimo. Cada segundo contaba. Tenía preparada mil huidas sin saber lo que pudiera pasar; por eso, dedicó tiempo para trazar planes quirúrgicos que hoy por primera vez pondría en práctica.

Era Héctor solo, sin ningún título más: ni señor ni maestro de nada, pero formaba parte de ese grupo que Antón unía extrañamente y que los directores llamaban los durmientes.

Avanzaba la mañana y el tiempo cruel corría contra Héctor, pero sería peor tener prisas y llamar la atención; por eso era mejor mantener la calma y hacer las cosas bien hechas.

Raquel estaba sumida en el mundo de los sueños, ajena a lo que ocurrió esa mañana, y entre ellos, creyó oír llamar a la puerta. Estaba cansada, los nervios de la noche anterior se tornó en cansancio. Oyó llamar otra vez más y con más fuerza.

—¡Voy!

Se hizo callar, se lavó la cara con agua fresca, se puso la bata y paró a pensar: ¿y su madre? Aún aturdida dio prioridad a la llamada. Si no abría su madre, es que estaría fuera, pero ¿dónde?

Abrió la puerta y se encontró con un joven de barba poblada y ojos marrones, de sombrero ordinario con pelo negro y largo; el pelo le recordaba a Silvan.

—¿Señorita Raquel?

—¡Sí! ¿Qué desea?

—Soy el funcionario Héctor, del ayuntamiento. Aquí le traigo una caja que su madre demandó que trajéramos a su casa. ¿Me permite?

Se dio cuenta de que detrás de ese joven había una caja de unas dimensiones un tanto extrañas: información o cosas que su madre envió aquí desde el ayuntamiento. Aún dormida, se dijo que cuando lo abriera ya lo descubriría.

—¿Me ayuda? Es un poco grande; no pesa, pero es incómodo llevarlo uno solo.

—Sí, claro, por supuesto. Perdone, aún ando un poco dormida.

—¿Dónde la dejamos?

—Mejor en el salón interior. Yo le guío.

La caja era grande e increíblemente ligera y estaba totalmente hermética. El salón estaba cerca. Dejaron la caja en el suelo y ella se giró para buscar el monedero para darle una propina al joven. Se dio la vuelta hacia él.

—Perdone.

—¿Por qué?

De pronto, con un pañuelo que él llevaba en la mano apretó fuerte su boca y su nariz; todo se volvió en tinieblas.

—Por esto; era lo más rápido.

La cogió en brazos y la introdujo en el baúl que estaba abierto y vacío; tanto los lados como el fondo estaban bien acolchados; puso alguna ropa que encontró para hacer relleno y que con el movimiento no le produjera ningún daño. Sacó una jeringuilla y le pinchó con cuidado en el brazo, para que durmiera más tiempo, después sacó un punzón e hizo algunos agujeros en varios costados del baúl para que pudiera respirar sin dificultad. Entonces, miró su reloj.

«Aún no se habrán puesto en marcha para buscarla aquí y si lo han hecho, ya estaremos lejos».

Cerró su reloj de cadena, cerró la caja y aseguró bien los cierres; se acercó a la puerta y llamó al cochero.

—Venga a ayudarme si hace el favor.

El cochero con desgana se acercó, miró la caja y entre los dos la alzaron; el cochero se sorprendió del peso del contenedor pues su cara denotaba suspicacia.

—Pero si es la misma caja.

—Claro. La caja era un contenedor; no venía a entregar nada, sino que a recoger bastantes cosas y pesadas.

—¡Ahhh!

—¡Adiós, señorita Raquel!

—No contesta.

—Creo que está en el baño; nos tenemos que ir a entregar la mercancía o nos matarán.

Llevaron la caja al coche y la pusieron en la parte de atrás; entonces, Héctor le entregó un papel con una dirección:

—Aquí nos dirigimos ahora.

—¡Muchos sitios son!

—¿Sabe usted de las cosas del ayuntamiento? ¡No se pregunta, ¿no?!

—No, no, perdón.

—¡Perfecto! No me gustaría informar de un curioso chófer.

—Para nada.

—Por favor, conduzca despacio. Lo que llevamos es muy valioso.

—No dude que lo haré.

—Gracias.

Entró dentro del habitáculo, corrió bien las cortinas y dio varios golpes para indicar que empezara a moverse. A Héctor no le gustaban estos métodos, pero era más que una misión. Hizo una temeridad por empatía. Fueron varios minutos, los suficientes para pensar tranquilo y encadenar las acciones precisas que requerían el plan. El coche paró, se bajó en una callejuela desierta justo en su mitad para saber que desde ningún ángulo se pudiera ver con nitidez. Aun así, miró todos los sitios que tuvieran vistas al coche.

—Ya llegamos. ¡Ayúdeme!

Bajaron el cajón con sumo cuidado. El nombre del ayuntamiento era sinónimo de boca callada. Héctor llamó a la puerta y un hombre desaliñado miró con cara de pocos amigos a Héctor.

—¿Quién eres y qué quieres?

—¿No es verdad que los cuervos son vigías?

El hombre cambió bruscamente la expresión y miró hacia el cochero. Héctor negó y miró al hombre con otra expresión.

—Solo cuando los miras parecen espías.

—Entonces en no mirarlos está el que no te vigilen.

—O matarlos.

—No hará falta. Ya haré que desaparezcan.

—Pasemos la mercancía.

—¡Cochero! Quédese un momento; ahora le pago.

—Aquí estaré.

Entraron dentro el cajón y al poco salió Héctor. Al cochero le alegró bastante no tener que esperar en demasía.

—Aquí tiene usted, que es buen pago y su silencio por

descontado

El cochero se alegró de ver la bolsa llena. El ayuntamiento siempre pagaba bien.

—Además, tengo un regalo.

Héctor sacó una petaca y se la dio al conductor. El alcohol estaba prohibido, y cuando una cosa se prohíbe, tiene más valor además del morbo de quebrantar un poco las leyes.

—Beba poco a poco. Es suave y fino, pero es como las mujeres. Embriagan más cuanto más suaves son.

El conductor se alegró mucho del presente; bebió un trago chico, pero después uno largo. A saber cuánto tardaría en poder tener la oportunidad de beber. El efecto del somnífero no tardó mucho en hacer efecto. Cayó lentamente de costado y el hombre de la casa salió a la ayuda de Héctor. Entre los dos metieron al conductor dentro. Héctor se puso bien calado el sombrero del conductor y su capa, se la ciñó lo suficiente, bajó el sombrero y se puso una bufanda gruesa.

Llevó el coche tres manzanas alejándose al este; no era buena zona, pero tenía contactos y sabía de la zona. Se quitó el sombrero y la capa para volver a ponérselas al cochero; sacó otra jeringuilla y pinchó rápido al pobre hombre.

—Lo siento, pero no debo correr ningún riesgo: no me recordarás ni a mí, ni mis palabras ni lo que hiciste esta mañana. Espero que la bolsa recompense lo que te he hecho.

Salió del coche y miró alrededor. Había un grupo de tres hombres, se acercó a ellos. Ellos pusieron dureza en su cara. Él sabía lo que hacer.

—¡Hola!

—¿Qué quieres? ¡Habla rápido si tienes en estima tu vida!

—Eres tú el que la tienes que cuidar, eso de parte de la serpiente.

Aquel grupo de dar miedo pasó a un inquieto nerviosismo, una palabra que daba pavor. La serpiente, el jefe de los suburbios que se mantenía en la sombra y pocos conocían su nombre.

—¿Veis aquel coche? ¡Cuidadlo! Y cuando aquel hombre despierte, seréis amables y tendréis candados en la boca en lo que a mí se refiere.

—Entendido.

—Le diréis que lo encontrasteis aquí y que lo estuvisteis custodiando para que nadie le robara. ¡Irónico, no!

Los maleantes echaron a reír y Héctor les dio tres bolsas de dinero.

—¿Tú quién eres?

—A la serpiente le gusta que sus amigos sigamos siendo anónimos. Decidle que fue quien borró sus pistas en el ayuntamiento. Dile que ahora esté tranquilo, que están ocupados en otros asuntos.

Así fue andando entre callejuelas hasta la casa donde dejó el baúl. Se dio cuenta de que los mendigos se iban pasando información con unos silbidos extraños. Así se advertía a los maleantes que me dejaran libre de trabas y poder seguir mi camino. Llegó hasta la casa, dio los tres golpes de señal y la puerta se quedó entreabierta. Se quitó el abrigo.

—¿Y el cochero?

—Ese no recordará nada de hoy.

—¿Acaso lo mataste?

—¡No! ¡No hacía falta!

—Bueno, di. Solo sé que Antón dijo que te ayudáramos en lo que es menester. ¿Qué lleva ese cajón tan grande?

—Una misión y también una promesa.

—Esas no se rompen nunca o se mueren con deudas.

—¿Estamos seguros?

—Digamos que sería el último sitio que mirarían. ¿Dejaste rastro alguno?

—¡No! El camino lo dejé limpio. Abramos el cajón. Lo que lleva no se le puede dejar mucho tiempo encerrado.

Los dos se afanaron en dejar espacio y entonces Héctor abrió la caja.

—¿Una chica?

—¡Sí!

—Es muy bonita.

—Como su madre.

—¿De qué la conoces?

—De nada. Solo sé que es importante.

—No es esta manera de tratarla.

—¡No! Pero está viva. Te aseguro que no me quedaba otra opción.

—¿Está dormida?

—No. Está sedada. Aún quedan unas horas para que despierte, y me gustaría que fuera en un lugar más cómodo.

—¿En esta misma cama? Está limpia.

—Sí, aquí mismo.

Héctor la cogió por debajo de las axilas y el otro por las rodillas. Solo sabían que era algo importante y la trataron como el mayor de

los tesoros. Héctor solo pensaba en cómo darle la noticia de la muerte de su madre.

—Sentémonos un poco. Estoy agotado, la cabeza me duele de tanto pensar; además, tenemos que dejar pasar un tiempo aunque no sea demasiado, pues cuando no la encuentre la gente del ayuntamiento, se pondrán nerviosos y miraran hasta en las buhardillas. También me echaran a mí en falta. No creo que no sean tan tontos para no enlazar una cosa con otra.

—¿Te buscarán? ¿Es peligroso?

—Sí. Pero cuando salga de esta casa no seré el mismo. Mi nombre es Héctor.

—El mío, Adrián.

—¿Han sido los directores los causantes de que huyas con ella?

—No. Los ancianos ya saben quiénes son algunos de los durmientes y van tras ellos. Más bien, tras uno.

—¿Te lo dijo Antón?

—No. Yo trabajo en el ayuntamiento y allí me entero de todo.

—En el mismo ojo del huracán. ¡Qué locos estáis!

—Estamos.

—No. Yo solo le debo un gran favor a Antón que por mucho que haga jamás se lo pagaré en la vida. Pero ¿tú eres uno de ellos?

—Sí —respondió Héctor.

—¿Y qué tienes de especial?

—Nada: ingenioso e inteligente, quizás, pero especial como ellos no.

—Pero…

—Este grupo solo es de gente libre. Que la mayor parte tengan aptitudes extraordinarias no significa nada, no es nada cerrado.

—Lo que no entiendo cuál es vuestro objetivo o meta.

—Ninguna. Solo las que nos permitan protegernos y sobrevivir. Solo eso y creo que con los ancianos y su miedo no es poca cosa.

—¿Son ellos los que quieren matar a esa chica? —señalando la cama donde estaba durmiendo Raquel.

—Esta vez no. Ha sido el alcalde. Cuando el director se entere de lo que ha hecho, siendo quién es, a quién buscan y la posible relación que tenga ella, no creo que le siente muy bien.

—Aquí estaréis seguros.

—¿Dónde hay un cuarto de aseo?

—Al fondo a la derecha.

—En breve vuelvo. Vela en mi ausencia su sueño. Si habla en ellos, apunta lo que diga o recuérdalo.

Héctor cogió una pequeña bolsa de viaje de cuero negro y se

dirigió hacia el aseo. Al entrar, cerró la puerta, pero abrió los oídos por lo que pudiera pasar. Estaban en la ciudad y hasta que no estuvieran fuera de ella, no hallaría la tranquilidad. Abrió el bolso y sacó unas tijeras. Se empezó a recortar su poblada barba hasta dejarla escasa. Se lavó repetidamente con agua y jabón la cara, y con una afilada navaja no dejó rastro ninguno de ella.

—¡Bien! Cinco años menos de aspecto.

Volvió a coger las tijeras y de su negra melena solo dejó hasta el principio del cuello. Extrajo un frasco mediano y se untó el pelo. El lavabo se llenó de un líquido negro y se descubrió el verdadero color de su pelo rubio oscuro que se lo recogió en una coleta. Sacó un estuche pequeño con un líquido espeso dentro. Se abrió los párpados y las lentillas ocultaban unos ojos marinos, verdeazulados. Se sentó y se sacó sus botas largas; de ellas extrajo unas calzas de madera; ahora medía cuatro centímetros menos. Salió del servicio y dio una nueva mirada al espejo en el que antes se miraba, al que su imagen dio un giro abismal de apariencia. Salió del baño tan transformado que empezó a hablar imitando otro deje y otro acento recitando versos antiguos y frases coloquiales. Salió donde antes estaban reunidos y viendo cómo Adrián, curioso, miraba a la muchacha con postura paternal.

—¿Ya terminaste?

Se giró y la sorpresa le invadió. Cogió el cuchillo largo y fue directo a Héctor; el instinto de protección saltó.

—¡Soy Héctor! ¡Para! ¡No me mates pues por ahora soy necesario!

—No te pareces en nada a él, eres más bajo, aunque sí llevas las mismas ropas.

—Me las dejé puestas para evitar que me mataras.

—Poco faltó.

—¿Recuerdas? Lo dije: no me reconocerán; tengo aquí la documentación falsa.

—¿Y ella?

—Me temo que el baúl será por un tiempo su casa.

—¿Y ahora?

—Esperar a que despierte y esperar solo lo suficiente para que se amaine la tormenta.

Se quedaron como en todas las conversaciones, empezando por un tema y terminando hablando de cosas opuestas. Así pasó el tiempo al lado de la hoguera que encendió Adrián para que la casa cogiera calor. Héctor deseaba y temía al mismo tiempo que despertara, pero era un cuerpo tan frágil que aún el sedante tardaría

en hacer efecto.

—Descansaremos por turnos. Si puedo, dormiré primero. ¿Te importa?

—Bien, yo no tengo sueño.

—Por cierto, si algo digo en sueños, ni lo anotes ni lo recuerdes. Lo mío es otra historia.

20. UN GIRO INESPERADO

Deambulaba Prometeo por las callejuelas de la ciudad de Ulsan. No tenía por qué esconderse, pero le agobiaba mucho la multitud. En su mente, un arrepentimiento: ¿podría ser que la pequeña jugada que le hizo Noelia tuviera fatales consecuencias? Quizás no lo sabría, o quizás sí.

No había ningún tren que saliera de Ulsan que no tomara la misma dirección que ya había tomado. Lo que le demoró allí fue un impulso que quizás le cueste caro. Sabía su destino, pero se las tenía que ingeniar solo para llegar hasta él. Tenía la mejor arma, la palabra, y con ella no le costaría mucho alcanzar el feudo al que le indicó Antón: «Puto diablo rojo, podría facilitarme las cosas». Tendría que de alguna manera ingeniarse algún transporte para ir hasta su próximo destino. En Ulsan había algún aliado, pero Antón rehusó decir quién. «Ese es un secreto que aún merece ser guardado», fueron sus palabras.

Así se acercó a los puestos donde recibían y enviaban las mercancías a los cinco feudos de Ulsan. Él tenía un aura de indiferencia que hacía que todos los que estaban alrededor, a pesar de verlo, lo ignoraban. Tendría que haber algún medio de transporte que su destino fuera el mismo que el suyo. Vio a lo lejos que se preparaba una gran partida y a una dama que la dirigía con excesiva energía, pues se le notaba enfadada. Reconoció a Noelia y le invadió un alivio al verla.

—¿Y si…?

Con su mano diestra acariciaba el mazo de cartas que tenía en el bolsillo del largo gabán; una sonrisa dibujaba creciente, la mano izquierda apoyada en la esquina del edificio que le daba la lejanía justa para ver y no ser visto.

—La suerte aún no está echada; hay que echar una partida más, un todo o nada. Si Antón se enterara…

Noelia tenía un frenético trasiego de órdenes y de organización. A su lado tenía un hombre de talla media que recibía las órdenes de ella, y él transmitía esas órdenes a quien le perteneciera. Tenía que organizar una partida a los cinco feudos de Ulsan desde la ciudad. Los feudos de Ulsan eran seguramente el destino de los fugitivos; cinco caminos diferentes, cinco posibilidades, y lo peor tratar con esos duques. La hermandad de ancianos no le permitiría otro fallo. También sabía que no era la única enviada. Una docena de hombres y un supervisor (quizás más) eran élites, gente preparada para esta empresa. Ese era el número de agentes que tenía Ulsan, pero

ninguno de ellos era en particular especial. Los dos que tenía el director eran cosa personal suya. Había dos feudos de difícil acceso y eran también los más lejanos. Allí empezaría.

—¿Cuánto tardará en estar todo preparado? —preguntó alterada Noelia.

—En poco más de una hora

—¿Tres coches solo?

—Sí, es lo que permitió el director. En el nuestro tendrá que ir algún agente. No hay más, señorita.

—Tendré que adaptarme.

Noelia ahora tenía pensamientos contrariados respecto al joven que le engañó. La única persona que no cayó presa de su encanto, ¿o sí?

La verdad que ese durmiente le impresionó. No esperaba que fuera así, tan elegante, educado y esa particular forma tan artística de hacer todo peculiar, nunca se negó a sí misma que le atrajo. De pronto, el viento tornó tormenta y solo quería echarle sus manos a su cuello, y los próximos minutos pensó en mil crueles torturas para hacerle sufrir. Del cielo al infierno, ella sufría y no sabía por qué.

La mañana despejada, solo moteaban nubes solitarias, quería evadir su mente enfrentada a mil pensamientos contrarios en los que uno de esos caminos podría ser su muerte. Hoy no podría hacer valer su belleza ni su inteligencia. Así divagando pasó el tiempo.

—Está todo preparado. Estaremos en el primer coche cuando usted ordene.

—¡Ahora mismo!

Se tapó bien pues el otoño era frío y quedaba camino. Esperaba que no hubiera contratiempos. Aunque el destino fuera el más lejano, pararían en el primer feudo. Aún no había descansado del viaje anterior y quería dormir entre sábanas antes de que las echara en falta. Se subió al primer coche. Allí estaba el supervisor a su lado y enfrente de ella un solo agente. Los dos con los brazos cruzados, pero no reparó mucho en ellos, sino en el cielo ordenándole muda, que las inclemencias suyas no retrasaran este viaje.

—Salgamos —ordenó el supervisor.

Con el traqueteo del coche, por un instante Noelia recordó el tren, y, aunque dibujó una sonrisa, la incomodidad del transporte la hizo desaparecer. Salieron de Ulsan aquel día frío y despejado, sabiendo antes de salir de la ciudad que un par de ojos la miraban desde la torre alta; no le permitirían otro error, nunca lo hacían.

—Señorita, descanse si quiere. Selva es nuestro primer destino y faltan horas aún para llegar.

Le adelantó una almohada pequeña indicándole con la mirada una esquina del interior del coche, y no era mala idea aprovechar las horas del viaje descansando para poder dedicarle tiempo a investigar al llegar.

Se acomodó como pudo; era más el cansancio que la poca comodidad ofrecida, y poco a poco le vencía el sueño. Solo deseaba no soñar con nada: solo descansar.

Así Noelia, la bella, dejó caer sus párpados con la cara vuelta hacia el exterior. Ahora no tenía que preocuparse de nada; encogida y bien abrigada, durmió.

Un bache traicionero la despertó. Vio dormido al otro extremo al supervisor; el otro agente que estaba enfrente de ella durmiendo con la cabeza agachada.

¿Cuántas horas había dormido? ¿Cuánto faltaba para llegar a Selva? Tenía que tener el control y ahora estaba perdida, lo cual le dio mala sensación. Le dio un golpe en el costado al supervisor para que despertara, pero no respondió.

—No despertará —le contestó el agente que estaba justo enfrente.

Esa voz familiar… ¿Pudiera ser que soñara? Aún estaba aturdida, pero reaccionó. La voz provenía del agente despierto. Levantó la cabeza y fijó los ojos en él:

—¡Tú! ¡Pero es imposible!

La reacción mecánica de defensa sacó una daga, la que más a mano tenía y en una fracción corta de letal agilidad apuntó al corazón que tenía enfrente; el corazón que rompió el suyo. De la nada apareció un mazo de cartas que es lo único que esa daga ensartó, daga y naipes cayeron al suelo.

—Te matarán ellos si yo no puedo.

—¡Qué manía con matar! Por cierto, si has estropeado la baraja, ¿con qué nos entretendremos?

Incrédula con los ojos queriéndose salir de sus cuencas, aguijoneada por la sorpresa, Prometeo estaba enfrente de ella.

—¡Parad!

Pero el coche siguió su camino, inmutable y sordo a la orden dada.

—¿No me oís? ¡Parad, maldita sea!

—No te escuchan.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? Tener el placer de viajar contigo fue una tentación mía y aquí me tienes.

Noelia asomó su cabeza fuera para ver la reacción de los otros y

sorprendida, no había ninguno fuera. Miró con rabia a Prometeo, el cual le recibió con una sonrisa elegante y levantando levemente las cejas.

—¿Qué les has hecho?

—¿A los demás? Nada, realmente. Siguen su camino. Nosotros tomamos una ruta diferente. Éramos demasiada gente, compréndelo. Además, me lo agradecerás. Eran zafios y aburridos, no de tu estilo.

—¿Están muertos?

—¡No! Solo duermen.

De pronto, el coche paró y Noelia interrogativa miró a Prometeo. Vio a ambos lados nada por lo que pararse y volvió nerviosa a él.

—Los caballos hacen más caso, deja de preocuparte. Estás segura. Además, vamos donde querías ir. La verdad, quería hacerte el camino recto; me caes bien, aunque ahora agries esa bonita cara.

Prometeo salió de un salto y sacó al supervisor. Noelia salió corriendo hacia el bosque cercano. No era apropiado ni el vestido ni el calzado, ni tan siquiera sabía por qué corría. ¿Qué hacía adentrándose en un bosque perdido? Su cabeza empezó con la lógica aplastante: «Tierra de Nadie, tierra de bestias y caminantes: muerta y devorada por las bestias, o violada y muerta por los caminantes, o en ninguno de los dos casos anteriores, muerta de hambre»; ante la negra perspectiva que tenía la huida, prefirió volver sobre sus pasos.

Allí, al borde del camino recostado en un árbol, esperaba Prometeo a que regresara, pues sabía que de tonta nada tenía. Resignada, se dirigió a Prometeo con palabras ácidas:

—No me queda otra.

—Una sabia elección. Por cierto, tengo una petición. ¿Me permites?

—¿Tú a mí? ¿Tú, que me tienes presa?

—No estás presa. Además, soy cortés. Te llevo donde querías.

—¿Qué es esa petición? —preguntó Noelia.

—Por favor, esa dichosa manía de intentar matarme, no sabes lo molesto que es eso.

—Te mataré

—¿Ves?

Así, en la mañana avanzada, el coche de fondo y en el borde del camino una pareja discutiendo: uno por su vida y la otra dos veces engañada por su dignidad perdida, y una ardilla, curiosa, en lo alto del árbol miraba mientras roía una piña.

—Por cierto, ¿no te molestará jugar con cartas marcadas?
—Pffffff.

21. TORMENTA

El cielo se cerraba rápido en negros algodones, la mañana pareció noche y se escuchaba a lo lejos fuertes tambores. La electricidad estática se percibía y el ozono se olía; las calles de la ciudad se quedaron desiertas cuando la gente se fue rauda a cualquier refugio, pues los truenos eran el preludio de una tormenta.

En el pasillo del ayuntamiento de Vera, los truenos eran las pisadas del director. La gente que había alrededor no agachaba las cabezas, sino que huían. La cara del director era un conjunto de ira que mirarlo era convertirse en piedra. Los pasos iban acelerando, tenía que descargar lo que ahora contenía; si no, explotaría y lo pagaría quien no debiera. Iba solo, ni tan siquiera sus lacayos, los encargados de su protección lo acompañaban. No había ni un segundo de demora. Inspiró con una fuerza animal y de un empujón reventó la puerta del alcalde; lo esperaba tranquilo, sentado en su sillón al fondo viendo cómo la tormenta descargaba toda su fuerza sobre la ciudad, pero la que el director llevaba dentro era mayor, mucho mayor.

El alcalde no fue tan estúpido como el director creía, pues estaba rodeado de diez de sus mejores hombres, todos en círculo alrededor, sin amenaza pero bien armados. Si hubiera estado solo lo habría reventado, y lo sabía. El director se recriminó su falta de previsión; tampoco el alcalde le podía hacer nada a él, pues la hermandad entera se le hubiera echado encima.

—¿Qué se le ofrece, director? Estábamos aquí de charla. Urgente debe ser para entrar de esas maneras.

—¿Y aún me preguntas?

—¡No sé lo que le ha podido molestar!

—¿Cómo ha podido hacerlo? —preguntó el director.

—No sé a qué se refiere, sinceramente.

—A la muerte de esa mujer.

—Eso es un asunto privado mío que a usted no le compete.

—¡Todo, me oye, todo es de mi competencia! No tiene la menor idea de lo que ha hecho, y menos mal que no lo pudo terminar —le recriminó el director.

—Sabe mucho, señor director.

—¡Déjese de tonterías! ¡No estoy para ellas! ¡Despídalos! Hoy no corre peligro su vida.

—No sé, son demasiados impulsivos en lo que es quitar la vida ajena.

—¿Y esa hipocresía? ¿Quién ha asesinado a sangre fría a una mujer que le pidió ayuda, y además quería matar a su hija?

—¡Se lo repito, cosas mías!

—Es un muerto que habla, alcalde; su vida tiene precio y no tema, no será la hermandad la que lo ejecute.

—¿Quién será? No tengo miedo, aquí, dentro de mi ciudad. ¡Caballeros, márchense! Ya seguiremos con lo nuestro en otro momento, pero no se vayan muy lejos —ordenó el alcalde.

Todo lo dijo con una sonrisa; mal hábito el tener todo lo que se desea y quedar impugne de todo lo que haga. Todo tiene un coste y ese imbécil creído, desconocía en qué terreno se había metido. Iniciar una acción dentro del ayuntamiento sería una carnicería a pesar de sus primeros instintos. Ahora ya, en frío, tenía que dejar cada cosa en su sitio.

—Esa mujer que hoy mató sin permiso alguno era muy importante para nosotros. Y más importante es aún su hija, que, por cierto, gracias a usted, se escapó.

—Alguien le ayudó. ¿Fuisteis vosotros?

—No —negó con rotundidad el director.

—¿Quién, pues?

—¿No falta alguno de tus trabajadores? —preguntó el director.

—¡Sí, Héctor! Es un chico callado que no lo encontramos ni en su casa ni en ningún sitio de la ciudad. ¿Es de los vuestros?

—No, pero es obvio que es un durmiente y seguramente él es quién la ayudó. No hay que hacer muchas cábalas.

—No saldrán de esta ciudad —afirmó contundente el alcalde.

—Ya han salido algunos y con suma facilidad, lo que demuestra lo arrogante e inútil que llegas a ser.

—¡No me importan esos durmientes! ¿Qué pueden hacerme?

—Si yo les tengo respeto, más deberías tenerles tú. Antes solo huían y se protegían; pero ahora, estúpido, pueden tomar venganza y eso los vuelve mucho más peligrosos.

—Yo no sé por qué les tenéis tanto miedo a esos pocos.

—Porque sé cómo son —le contestó el director.

—Ilumíneme —sugirió el alcalde.

—Sé lo que son porque fuimos nosotros, la hermandad, quien los creó. Somos esos científicos que hace años crearon sus mejoras, los que nos creamos a nosotros mismos e influimos en el destino de este mundo tal y como es ahora. Todos tenemos más de dos milenios, tiempo más que suficiente para poderlo tener todo bajo nuestro control, pero ellos son aquellos con quien experimentamos. Fue un fracaso, pero la genética fue curiosa en la evolución. Dos de los

durmientes no son el fruto de esos experimentos, y creo que ellos son los que han hecho que los demás despertaran. Ahora, acelera en nuestra contra la muerte de la madre de una querida de uno de ellos.

—Me está contando muchos secretos.

—Una de las pocas virtudes que no tengo es la paciencia, y esto que le cuento se lo llevará a la tumba.

El alcalde se levantó raudo y antes de poder articular un grito de socorro un largo puñal se clavó en su garganta. Sus palabras se ahogaron en sangre y la ira contenida amainó desangrándose como un cerdo. Antes de irse el director miró hacia el cadáver y dijo:

—Lo siento si dije en algún momento que su vida no corría peligro: mentía.

Entre pisadas de marcas rojas, desapareció el director.

Pasó un tiempo ante la preocupación de no tener noticias del alcalde, cuando uno de los guardaespaldas se aventuró a entrar en el despacho, encontrando al alcalde rodeado en un charco de sangre. Presto, se fue a activar la alarma y, entonces, en el ayuntamiento se armó un grandísimo revuelo.

Abajo en la entrada, el viejo bedel, Tete, oyó el trasiego frenético que le indicó que algo grave ocurría en el ayuntamiento, no comprendía qué estaba pasando en ese momento. Entonces, se dirigió al primer funcionario que vio preguntando:

—¿Qué ocurre?

—El alcalde está muerto.

—¿Puedo ir?

—Está todo sin control; dicen que fue un accidente. Date prisa antes de que cierren.

Tete, con una agilidad que hacía tiempo no hacía gala pero que aún mantenía, fue rápido hacia el despacho del director. Los agentes vieron al miembro más antiguo del ayuntamiento y, por respeto, lo dejaron pasar. Allí estaba el que se creía que todo era. Como un cochino en una matanza estaba desangrado en el suelo; la muerte de un cerdo. Sin que nadie le mirara, el viejo bedel le escupió al cuerpo y dijo:

—¡Sabes, esta noche dormiré más tranquilo!

El director estaba sentado complacido mirando la tormenta, pero tranquilo. Después de tanto tiempo había contado el secreto sin más oídos que el de un muerto. Nadie osaría atentar contra el director. Pero ese imbécil despertó a quién dormía y eso no quería. Ya hecho, habría que tomar medidas. Abrió un cajón forrado de hierro y extrajo un cuadrado veteado negro; espero unos segundos y en su

núcleo se vio un ligero fulgor.

—Si estás, ¡háblame!

Pasó tiempo y el director no apartaba la vista de las ventanas. Quería abrirlas, sentir toda la furia de esa tormenta en su piel aunque la suya aún no había amainado y sentía cómo lo consumía por dentro. No encontraba sosiego en nada y después de los últimos acontecimientos dados… solo se lamentaba de no haberlo hecho antes. Ese alcalde estaba acumulando demasiado poder; era un manipulador insaciable; a sus espaldas, buscaba apoyos de varios feudos por tener adeptos e intentar desplazarlo a él. Lo único era no sentar precedente. No querían que los alcaldes creyeran que eran los de la hermandad una amenaza, pero lo enmascararía como un terrible atentado ajeno a la hermandad. No era ni fue el último alcalde que cayó en similares circunstancias. Si algo tenía claro era que por este alcalde pocas lágrimas derramarían, o ninguna más bien.

El comunicador empezó a brillar un poco más:

—Estoy…

—Bien, tenemos que hablar.

—Di, pues yo también tengo cosas que decir.

—He eliminado al alcalde.

—¿Era necesario?

—Más de lo que crees; estaba siendo una amenaza para la propia hermandad, aunque ese no fue el motivo, sino la fuerza de venganza que ha dado a los durmientes.

—¿Qué hizo?

—Mató a una mujer e intentó lo mismo con su hija, pero, por suerte, esta última huyó. La hija tiene relación con un durmiente.

—¡Insensato! La fuerza de la venganza es poderosa. Hasta ahora solo huían y se protegían. ¿Cómo escapó la hija? ¿Fuiste tú?

—No, peor aún, fue uno que trabajaba en este mismo ayuntamiento y creemos que es uno de ellos.

—¿Tienes idea de dónde están, a dónde se dirigieron?

—Nada; son condenadamente buenos —dijo el director.

—Esto ya no es cosa de dos. Llamaré a los otros y haremos una cadena de comunicación; lo peor es que no sabemos a lo que nos enfrentamos, ni cuántos, ni cómo, ni dónde.

—Lo peor es que ellos sí lo saben; uno lo sabe todo. Fue el primero y mis sospechas de que sea el origen.

—¡Sí! Mandé a una de las mejores agentes que tengo a buscar toda información sobre los durmientes.

—¿Sabes que tu agente no tiene ninguna posibilidad si se le

ocurriera enfrentarse a alguno de ellos?

—No la mandé a enfrentarse; solo necesito tener conocimiento. Los otros llamarán a los olvidados y esto ya no tiene más solución; no podemos vivir sabiendo que hay una amenaza allí fuera y no hacer nada para ponerle remedio.

—Me gustaría volver a Monasterio. Esta ciudad me hastía, me consume —dijo el director de Vera.

—Tenemos que mantenernos en nuestros sitios. ¿Y Karmen?

—Nada sé de él, aunque eso no me sorprende: solo es de resultados.

—Tampoco lo habíamos enviado a algo tan fuerte, aunque él sea tanto o más que ellos, pero ¿uno solo?

—Si consigue algo, bien, si muere en el intento mejor. Él también es una amenaza.

—Y hasta ahora una herramienta.

—Apago. Háblame de lo que venga de Monasterio.

—Así haré. Ten paciencia, hermano. Aún nuestros días no han acabado.

22. DESPUÉS DE LA TORMENTA

Héctor y Adrián miraban hacia la tormenta que caía en la ciudad de Vera. Sentían la comodidad del cobijo de la casa y también del fuego que les ahuyentaba del frío. Estaban tranquilos. Héctor había dormido un poco y miraba a la chica dormida, miraba su pulso, su respiración… Temía que era mucho somnífero para un cuerpo tan delicado. Al menos, aunque artificialmente dormía con placidez, desconocía cuándo sería la próxima acción que tuviera oportunidad para poder tener un sueño tranquilo.

Quedaban muchas cosas que hacer.

Héctor tuvo la visita de otro espía de Antón, al cual no reconoció en el momento. Él era el barrendero de la plaza al que todo el mundo creía que era retrasado, y al contrario, era un actor consumado, así él vigilaba el ayuntamiento, con el anonimato de una brillante actuación.

Le contó que había poco movimiento en la búsqueda de Héctor y la hija de Elena, que todo se debió que el alcalde murió hoy en su despacho, «lo asesinaron», y que nadie se quedó extrañado. Era un hombre que sembró muchas enemistades por su despotismo y que hacía tiempo que muchos lo querían muerto. Héctor no se alegró; toda vida es importante por muy despreciable que fuera, pero eso le abría el camino: «Toda oportunidad era buena».

La chica despertó:

—¿Dónde estoy? Mi cabeza…

—En buenas manos; no temas nada.

—¿Quién eres? ¿Qué hago aquí?

Héctor se adelantó y le dio un cuenco con sopa y una pastilla. Ella lo miró con recelo y miró alrededor desconfiada.

—Soy el mismo que te sedó para traerte aquí.

—¡No, no lo creo! El otro tenía barba, otro color de ojos.

—Era un disfraz.

—¿Qué queréis de mí y por qué estoy aquí?

—Tu vida corría peligro y aun la corre. No había ningún minuto para convencerte con palabras.

—¿Mi vida corre peligro? Yo no he hecho nada malo.

—Ni mucha gente que ahora está bajo tierra. Piensa solo que estás con gente amiga y tienes que confiar en nosotros.

—¿Qué pensará mi madre cuando vea que no estoy en casa?

—Tu madre…

—¡Dime! ¡¿Está aquí?!

—A tu madre la asesinaron esta mañana.

Todo dio vueltas a su alrededor. No se sentía dueña de sí misma. Una gran bola pesada se hacía grande en su vientre y le apretaba los intestinos. Negaba que estuviera muerta, pero sus palabras eran francas. En aquel momento la tormenta paró y empezó el tormento.

—¡Podéis iros! ¡Quiero llorar sola! No quiero que nadie me vea.

Así rompió en un mar de lágrimas y sollozos recordando cada instante de su recuerdo, cada momento pasado con ella. Jamás volvería a verla, jamás… una palabra cruel, una palabra sin esperanza. Fuera de la habitación esperaban Adrián y Héctor.

—Son momentos duros.

—Los habrá peores. Ahora se está desahogando.

De pronto, llamaron a la puerta y Adrián se puso en guardia.

—¿No esperarás algo? —preguntó Adrián.

—Buenas, ¿el señor Héctor?

—Soy yo. Puedes entregármelo.

El chico entregó un gran sobre cerrado y Héctor lo abrió sabiendo ya su interior; miró y repasó su contenido.

—¿Cómo saben que tienen que entregar aquí?

—Amigo mío, todo es una cadena. Hay muchos descontentos con ganas de ayudar. Este es el salvoconducto que nos hará salir de aquí por la puerta principal.

—Yo pensaba que había poca gente con vosotros —comentó Adrián.

—Y la hay, por eso, para todos es mejor que seáis eslabones de una cadena y que no sepáis unos de otros, por vuestra seguridad.

—¿Puedo preguntar qué es?

—Es mi diploma de estudios de este año, porque yo estuve estudiando todo el año en la universidad, aunque no fuera a ninguna clase.

—¿Cómo te concedió el rector este diploma?

—Porque me ayudó a conseguir una identidad, al igual que protegió también a Silvan. Vayamos dentro. Ya con esto puedo… podemos salir de la ciudad.

—Entonces, aquí me quedaré, aunque me siento como si nada hubiera hecho.

—Adrián, me caes bien. Voy dentro pues tenemos que salir ya.

Héctor entró en la habitación sin saber cómo darle consuelo. No podía permitirse implicarse, sino actuar. Era más de medio día y no quería perder luz para el viaje, entro en la habitación y sin dilación se dirigió a Raquel.

—Siento interrumpirte, pero aún tenemos que movernos. El peligro va creciendo. ¿Recuerdas el baúl de tu casa?

—Sí.

—Tendrás que volver allí; no queda más remedio.

Estaba tan resignada, triste y anestesiada por la peor de las noticias, que si en ese momento le hubieran pedido ir al infierno, ella hubiese contestado: ¿por dónde?

—No correremos riesgos innecesarios. Cuando lleguemos a un lugar seguro, te pondré en un sitio más cómodo. Ahora te sedaré y pasarás el camino dormida para que no te enteres de nada.

—¿Será dormida sin sueños?

—Sin sueños.

—¡Adrián! —llamó Héctor.

—Dime.

—Ven a ayudarme cuando la señorita se duerma.

Héctor le administró el sedante. Ella fue perdiendo poco a poco el conocimiento y ellos dos, con el más profundo y respetuoso cuidado la dejaron en la caja y la colocaron.

—¿Y ahora?

—Vamos a esta dirección; está cerca. Ya mandé que me espere mi coche. Tú a partir de ahora serás mi criado.

—¿Yo?

—Tengo que tenerte cerca pues sé que eres también espía del alcalde.

Adrián dio un paso hacia atrás con la sorpresa de quién es descubierto y miró la reacción de Héctor.

—Te hago un favor. El alcalde está muerto y en cuanto el director investigue, eres hombre muerto.

—Y ¿cómo a pesar de todo, no tomas medidas?

—¿Para qué? Solo informabas; lo único que sé que de esta puerta hacia afuera no has informado de nosotros. No te veo mal hombre, solo avaricioso y un poco traidor.

—¡Mátame! Es lo mejor.

—Muerto no me sirves de nada. A partir de ahora tienes nuevo amo.

Adrián, sumiso, y viendo a Héctor como su única tabla de salvación, llegó al coche con un emblema desconocido para Adrián. Héctor se movía y actuaba diferente. Se subieron al coche y fueron pasando calle tras calle de la ciudad hasta que llegaron a su entrada principal. Allí unos agentes al ver el blasón fueron raudos hacia el coche y uno avisó al supervisor. Fue él en persona quien fue a recibir el dueño del coche.

—Señor Héctor de Selva, ¿qué tal su año en la ciudad? Me contaron que terminó el año universitario con excelente nota en su

diplomatura.

—La verdad es que sí, me apliqué. Ahora tengo ganas de llegar a mi casa. Por muy bien que aquí estuviera, la casa de uno siempre se echa de menos.

—Sí. Buen viaje y háblele a su padre de mí, que le conocí años atrás en una reunión aquí.

—Así lo haré.

Adrián se quedó admirando a Héctor:

—Excelente actuación; se lo creyó todo.

—No, Adrián, esto es verdad. Me presento por segunda vez. Soy Héctor de Selva, nieto de Nicanor e hijo de Rafael, futuro duque honorable del feudo más importante de Vera: Selva. Caballero de orden y miembro del consejo de los cinco feudos.

—¿Pero…?

—Te dije que saldríamos por la puerta principal. Te gustará vivir donde vamos. Espero lealtad por el precio de salvarte la vida dos veces: una de mis manos y otra del director.

—La tienes, si no pasaré penurias y a bien me tratas.

—Amén.

23. TIERRA DE NADIE

El amanecer nos saludó con un rojo anaranjado en el límite del horizonte. Nos montamos en los caballos siempre mirando hacia el este. La figura de Noche nos despidió con un leve saludo mudo e iniciamos el camino. La mañana, al tiempo, dejó que el sol coronara al mediodía y declinara un poco hacia la tarde.

Cabalgamos al paso en caminos olvidados. Allí la naturaleza iba ganando su sitio; de esos caminos quedaban solo rastros de tramos negros, duros, agrietados y las antiguas vías del pasado que resaltaban en el blanco suelo que cubría la mayoría del terreno.

Me sorprendía tanto el paisaje que al pasar por un cúmulo de ruinas cubiertas de maleza y con dedos retorcidos de hierro que agonizaban entre la invasora hiedra, me venía a la memoria antiguos libros olvidados que cubiertos de polvo de cientos de años, hablaban sus letras de antiguos pueblos, en el que ahora estoy viendo sus restos.

En este apresurado exilio, veía cómo eran las antiguas ciudades, muchísimo más extensas que las actuales. Al tiempo que iba avanzando el día, vimos ruinas similares a las recientemente pasadas, lo que la naturaleza no había ocultado todavía.

Volvía mi imaginación a un remoto pasado robando recuerdos que eran ajenos e inventando, o quizás acertando como debiera ser la vida en las ciudades antiguas. En las pequeñas, veía una vida tranquila, pausada; allí donde todo el mundo se conocía, donde los hombres y mujeres eran cercanos a la naturaleza; familias grandes donde se unían lazos de sangre estrechados para ayudarse entre sí; veía fiestas donde la gente sencilla bailaban y cantaban alegres. Una lágrima de envidia se me derramó pensando que las ciudades actuales mataron esa naturaleza humana que tiempo atrás vivió.

Antón me miró intentando leer mi mente con los ojos achinados; sonrió y sacó una botella de metal la cual desenroscó su tapón negro y me lo ofreció:

—¡Bebe! Te alegrará un poco el camino; te veo mustio.

—Estoy intentando recordar el pasado de estas ciudades en ruinas.

—Silvan, ni mejor ni peor. El tiempo de todo, tiene parte de gloria y parte de miserias. No te apenes del pasado pues fue lo que fue. Dirige tu mirada al futuro porque jamás podrás volver al pasado que fue. ¡Bebe conmigo!

—¿Qué es lo que me ofreces?

—La más antigua de las bebidas espirituosas y la más venerada;

hasta tuvo un Dios antiguo. Lo llamaban Dionisio. Lo que te ofrezco es vino.

Gabriel, aunque estuvo callado todo el camino, intervino:

—Que yo sepa, la más antigua bebida alcohólica fue la cerveza.

Antón soltó una escandalosa carcajada que asustó a algunas aves acurrucadas en los árboles vecinos, y a seres terrestres que hicieron caer nieve de los arbustos cercanos.

—Gabriel, después de tantas horas cabalgando, es curioso que quieras abrir un debate histórico sobre qué fue lo primero, y no dudo que quizás tengas razón, pero es lo único que puedo ofrecer sea lo primero o no, pero lo que contiene, de seguro que antiguo lo es.

—Siempre la última palabra es tuya, pero ahora en este momento tengo más ganas de beber que de discutir. Pásamelo y para otro día la discusión.

Antón le pasó el vino a Gabriel del que dio buena cuenta para pasármelo después a mí. Nunca había bebido alcohol, pero sabía que no me afectaría mucho. Los efectos nocivos de mi organismo los eliminaba pronto; así me lo confirmó preparando los caballos en las ruinas Gabriel, aunque no sabía hasta qué punto era de cierto lo que me confesó Gabriel sobre nuestra naturaleza. Bebí por cortesía. Sinceramente, con todas las preocupaciones e inquietudes que tenía no me apetecía experimentar nada nuevo. Cuando pasó por mi garganta, impregnando mi boca, la única palabra que acudió a mí era calidez. Vi que era de un color rojo rubí, afrutado, suave y placentero. Aun así, dejé el presente y volví a otra vuelta al pasado. ¿Cuántos milenios había ofrecido este líquido placer a tanta gente que lo disfrutó? Ese hecho cambió mi melancolía semieterna a dibujar una sonrisa que hizo que Antón y Gabriel, contagiándose, la siguieran, y cierto es que este líquido nos hizo más liviano el camino.

Subimos alto por un trecho estrecho y casi oculto a la vista. Me llamó la atención una tormenta de gris fuerte que se desplazaba hacia el oeste en la dirección contraria nuestra, hacia la ciudad de la que huimos.

Lejos ya, Gabriel y Antón me dijeron que la que ahora recorríamos era la famosa Tierra de Nadie y que teníamos que agudizar los sentidos ya que desconocíamos lo que podía estar acechándonos. Para mí, simplemente era tierra nueva; un mundo nuevo ofrecido al huir de las fronteras de la ciudad, regalando a mis ojos paisajes bellos y ahora reales que antes estaban en mi imaginación guiada por lo leído en libros. Miraba lejos al horizonte

hasta que coronamos una montaña alta que nos ofreció una panorámica inmejorable de todo lo circundante. Antón se acercó y me señaló con su dedo un punto:

—Aquel castillo que se ve a lo lejos es Selva, el feudo principal de Vera. ¿Sabes por qué se llama así?

—No… y siento curiosidad.

—Al norte de ella, detrás de las lomas que la protegen de los vientos, allí hay humedales que hacen que la espesura sea tanta que la llamen Selva, y de ahí, el nombre del feudo.

—¿Vamos cerca?

Gabriel puso cara de asombro y exclamó:

—La evitaremos tanto como podamos.

—¿Por qué? ¿Qué peligro nos acecha allí?

—En sí no lo es, es de los sitios más tranquilos y bellos de los alrededores. Los feudos nada tienen que ver con las ciudades, pues cada uno es distinto. El duque que manda en Selva es un hombre de grandes cualidades y gracias sean dadas.

—¿Es de los nuestros?

—No, Silvan; es de los grandes hombres, de los que no quedan, de los de corazón y sacrificio. Raro es que lo dejen tranquilo.

—Antón, sabes la razón sobrada de por qué así le dejan —intervino Gabriel.

—¡Sí, Gabriel! Produce mucha materia prima y productos manufacturados y es de los raros feudos que tienen una mina de carbón, por lo tanto, combustible.

—Mientras la ciudad de Vera esté bien servida, Selva seguirá siendo un buen lugar para vivir, pero no nos conviene acercarnos pues nos aleja en demasía de nuestro camino, y aún lo bien hablado de ella, tiene en su seno muchos espías. Pasaremos cerca pero alejándonos de cualquier rastro de humanidad. Seguiremos en Tierra de Nadie.

Bajamos la montaña que reinaba el paisaje en silencio. De vez en cuando, Gabriel sacaba unos prismáticos y observaba con ellos en todas direcciones. Notaba a Antón un poco serio y ausente; percibía como míos los cambios de actitud de mis compañeros. Este viaje me absorbía y me hacía olvidar mis preocupaciones. He de ser sincero: ahora de nada me serviría preocuparme. No podía dejar de estar en alerta así como estaban Antón y Gabriel.

Me llamó la atención entrar en una garganta estrecha de piedra gris moteada de un musgo de color rojizo. Gabriel me explicó que era el paso de los caídos, pues al final de las últimas guerras acorralaron a mucha gente en esta entrada y los mataron sin dar

cuartel alguno. Dicen que el musgo rojo es la sangre de aquellos que aquí murieron.

De pronto, los caballos pararon nerviosos pateando el suelo. Mis sentidos notaban algo fuera de lo común, algo indescriptible pero no como amenaza, al menos para nosotros. Oí aullar lobos, sabía que lo eran porque en la noche anterior me despertaron y Antón me contó que era normal en la noche oírlos aullar, pero no los oía igual que la noche anterior pues sonaban diferentes. Mirando al suelo vi unos cúmulos de tierra que no eran naturales y encima de estos, unos hitos de piedras colocadas de manera extraña; no era capricho de la naturaleza sino mano humana.

Nuestro paso era más lento y cauto; la garganta estrecha que pasábamos se iba ensanchando cada vez más, pero las paredes laterales y rectas de las cuales rezumaban agua, ganaban cada vez más altura. Entre esas paredes pétreas la temperatura aumentaba. Me giré hacia Antón y vi su semblante serio que me delató preocupación. Las capas, a pesar de que llegó un punto que la temperatura era agradable, las llevábamos puestas. Nos levantamos las capuchas para ampliar nuestra visión. De pronto, vi otra puerta a lo lejos igual a la que se me reveló en el callejón de la ciudad y la puerta de entrada al bosque de la huida de la ciudad.

La que ahora tenemos que atravesar era diferente, era recta y fea, de hojas de madera vieja como si en mucho tiempo no hubiera sido abierta; solo yo la veía, estaba seguro de ello. Era una puerta olvidada, de otros tiempos, pero se me mostraba clara. Ellos no sabían que estábamos a punto de traspasar una frontera, pero yo sí. Detrás de esa puerta aunque no muy cerca, un bosque de gigantescos árboles espaciados entre ellos. La nieve allí solo eran pequeños espacios blancos en el suelo; el camino que empezaba tras esa puerta era estrecho y llano, hecho de piedra, como si invitara a seguirlo y traspasar la puerta que solo yo veía. Esa puerta no tenía un arco, solo dos columnas macizas de piedra desgastada con bisagras oxidadas y enormes. Toda ella adornada y cubierta de enredaderas de hoja pequeña y tallo fino, con flores campanilla rosas luchando para dar un matiz alegre al deterioro de esta frontera. A pesar de todo me pareció bella porque en algún tiempo remoto debió serla. Tan grande era que con una hoja medio abierta daba sitio de sobra para traspasarla y así se quedó atrás de nuestro camino. Desde la huida de la ciudad, era la tercera puerta que veía.

Los caballos antes nerviosos quedaron calmados al pasar por ella, pero cuando nos alejábamos de su influencia, volvieron a encabritarse y volverse rebeldes a nuestras órdenes. Teníamos que

darnos prisa pues la tarde avanzaba y no estaría mucho tiempo en acudir la anochecida: el naranja atardecer daba ya señas de que la noche anunciaba su llegada. Fuimos avanzando en línea recta, las paredes laterales iban bajando de altura y la sensación de claustrofobia amainaba. El viento se invitó a sí mismo y ahora el frío quería ser protagonista, escarchando con fragmentos de nieve a nuestras monturas y ropas. Los caballos se mostraban resignados, sus pasos eran cansinos y sus cabezas gachas; el viento era un lobo blanco que aullaba.

Al camino llano, siguió otro imperfecto rudo y vencido por la naturaleza; después se volvió liso, tanto, que delataba mano humana: «piedras lisas y bien niveladas». La nieve apareció de nuevo. Alcé la vista del camino y vi algo que alertaba la entrada a un bosque de gigantes: «unos álamos». Había dos columnas de más de cuatro metros a los lados del camino, formadas enteramente por huesos de bestias y bastantes huesos humanos. Gabriel y Antón pararon mirando las columnas altivas y macabras de huesos; entonces se volvieron hacia mí rompiendo el silencio de la larga marcha.

—Esta es la alameda de los caídos. A partir de ahora, si la gente de los directores nos quiere perseguir, se lo pensarán mucho antes de penetrar por este camino. Esta zona ya es mucho más peligrosa que el camino anteriormente recorrido, pero es la ruta más acertada para evitar o entorpecer a aquellos que se atrevan a pasar por ella.

—¿Qué es este lugar?

—Hace muchos siglos era un lugar que la gente acudía en sus días de descanso, un espacio para disfrutar del ocio junto con la naturaleza. Hubo un éxodo de gente huyendo de una de tantas guerras; esa gente que huía era muy ajena a ella, pero en este lugar que en un tiempo era un remanso de paz, fue el fatídico sitio donde miles de personas fueron masacradas sin piedad; murieron casi todos, todos inocentes que cuya sangre y lágrimas tiñeron de rojo esta alameda. Casi todos eran viejos, mujeres y niños; estos álamos que ves ahora inmensos, como columnas hacia el cielo pidiendo una explicación de por qué hubo de ocurrir tan injusta matanza, crecieron alimentándose de la sangre de los caídos, de los inocentes que aquí murieron. No verás álamos tan grandes, de los que sobrevivieron que fueron pocos; moran desde entonces por aquí, no sé si aún existen en realidad sus descendientes, pero esos tótems de huesos de los caídos son en memoria de la gente que murió aquí. Por este lugar solo pasan los caminantes más locos o los más poderosos, y aquí no tengo secreto alguno pues solo estamos los que

somos: nosotros tres.

—Antón, cuanto antes pasemos, mejor. Pronto caerá la noche.

—Pareces la voz de la conciencia Gabriel. Silvan tiene que saber por qué y por dónde pasa.

—Eso mejor contarlo todo al lado de una hoguera en lugares seguros, y en esta tierra que ahora nos adentramos, pocos hay.

—Sí, Tierra de Nadie, tierra de todos: la vida y el camino, y cada lugar mil historias… ¡vámonos!

Así entramos prendándonos un poco de la tragedia. Echaba de menos los caminos de tierra, pues al entrar en esta alameda de gigantes arbóreos, los caminos eran de piedra plana y bien nivelada. El sonido de los cascos de los caballos contra esa piedra era anunciarse a kilómetros de nuestra presencia. Yo estaba nervioso y creo que también Antón y Gabriel, pues no paraban de mirar sus armas y se aseguraban las trinchas. No pareciera que en lo que quedaba de día no nos surgieran problemas. Fueron pasando las horas lentas y las ramas altas de los álamos filtraban haces de luz ya cansada, esperando que la noche los evaporara. Se veía bien por todos los ángulos pues había poca maleza. Los álamos reinaban en esta tierra, solo sus gruesos troncos eran obstáculo para nuestra vista. El blanco de la nieve nos envolvía y allí el viento hacía regatas entre los árboles para llegar débil hasta nosotros. Ya habíamos hecho mucho camino y aún perseveraba la sensación de peligro latente. Hicimos un alto ya que a lo lejos divisamos una figura humana en mitad del camino; avanzamos a paso lento expectantes. Ese hombre que nos esperaba estaba con los brazos detrás de su espalda y poco tiempo pasó hasta que llegamos a su altura. Era un hombre recio, alto, de larga melena y barbas blancas, con una túnica del mismo color. Su edad tenía que ser avanzada y de su espalda le sobresalía un cayado del mismo color, del color de la nieve sucia. Nos miraba fijamente hasta que nos dirigió la palabra:

—Buenas sean, viajeros.

Su voz no denotaba amabilidad, aunque sus palabras lo parecieran. Antón se adelantó un poco más y le replicó:

—Hola, anciano de esta alameda.

—¿Cómo tenéis valor para atravesar estas tierras?

—Créame si le digo que más remedio no nos queda.

Dubitativo, sopesando las palabras de Antón, pasó un cierto tiempo observándonos, capturando todos los detalles de nuestras vestimentas y atavíos que a la vista quedaban; su mirada enfadada pasó a ser de resignación y encogiendo los hombros volvió a hablar.

—Tenéis la mirada franca, que parecen dar verdad a vuestras palabras. No temáis por nosotros: si solo vais de paso, pasad, que por nuestra parte no seremos un obstáculo.

Antón buscó en su mochila un pequeño fardo el cual le entregó al anciano. Este quedó sorprendido y miró enigmático a Antón:

—Es un presente, algo sencillo. Son unas velas finas para que las encendáis esta noche y podáis honrar la memoria de vuestros antepasados: los que dormíamos hemos despertado.

—¿Sois los durmientes? Vuestras leyendas han llegado a través de los siglos a este lugar sagrado, yo mismo creía que era una burda fantasía, pero veo que hay indicios de que es cierta; de todas maneras, este regalo habla bien de vosotros, sea verdad o no que sois durmientes.

—¡Créalo! Hemos despertado y ahora nos dirigimos a lugar seguro.

—¡Os estarán persiguiendo los ancianos, los llamados directores!

—Sabe usted mucho —dijo Antón.

—No estamos tan lejos de las ciudades de ahora; sabemos de ellas y estamos alerta. Este suelo que sostiene nuestros pies, fue hace siglos una gran ciudad que no dormía. Sufrió cruelmente la primera gran guerra, después hubo otras y posteriormente, la rapiña: años y años de lluvia ácida, de tormentas, de erosión y, por último, la destrucción total. Pasando los siglos, un álamo floreció entre sus cenizas, y así, uno después de otro hasta el día de hoy. Cuando la alameda hizo que desapareciera cualquier vestigio de esa gran ciudad, tuvieron que ser testigos todos estos árboles de una matanza cruenta y sin sentido de miles de personas. De toda la sangre derramada de estos inocentes, se nutrieron estos árboles haciéndose más altos. Aun así, no todos murieron y, a pesar de la masacre, los pocos supervivientes volvieron sin miedo pues había que honrar la memoria de los muertos. Nosotros somos sus descendientes. Id de paso, viajeros, y si respetáis, os respetaremos.

—Así lo haremos, anciano. ¿Quiere conocer un secreto que placerá mucho a su alma?

—Pocos quedan; di viajero, que me plazcan tus palabras —respondió el anciano.

—Anciano, los asesinos fueron todos ajusticiados, todos muertos.

—¿Cómo lo sabes?

—Dije un solo secreto.

—Sí me place conocer que al menos hubo justicia, aunque esto se conozca ahora. Hemos de despedirnos; seguid vuestro camino y que la suerte os acompañe.

—Adiós, anciano, lo mismo os deseo.

Seguimos andando por el camino empedrado dejando atrás al blanco anciano, pero ¿cómo sabía Antón qué habían matado a aquellos crueles asesinos? No pude contener la curiosidad y le pregunté sin más rodeos:

—¡Antón!

—Dime, Silvan.

—¿Cómo sabes que hubo venganza de aquella masacre?

—Porque yo mismo la presencié.

—De eso hace mucho más de un milenio. ¿Cuántos años tienes, Antón?

—Tantos secretos… Muchos, Silvan. Si te lo cuento todo, no me quedarán más secretos que guardar y los secretos son para guardarlos.

—¿Y tú, Gabriel?

—Los mismos que Antón. Sin embargo, yo no presencié esa masacre, sino que ayudé a matar a esos asesinos.

—Pero si aparentas poco más de cincuenta años, bien llevados por cierto.

Antón miró a Gabriel instándolo a terminar la conversación, recurrente, habló:

—Entonces los inviernos no eran tan fríos.

—¿Otra historia, Antón? Es una buena frase para empezarla.

—Ya la usé antes; es simple añoranza. Mira hacia delante, Silvan, solo hay un sitio al que no se puede volver jamás —asintió Antón.

—Lo sé, al pasado. Prosigamos, pero os advierto que tendré que saciar mi curiosidad en algún momento.

—Cuento con ello, pero como siempre, repito como el eco continuo de la corriente de un río, mejor conversar en lugar seguro.

24. NOCTURNA

La noche nos alcanzó en silencio, no presentíamos peligro inminente. Era noche de vigilia y no notaba aún la necesidad de sueño, aunque no niego que me hubiera gustado entrar en la evasión de ese letargo. Algo me inquietó y, por lo que oí, a mis acompañantes también. Una niebla sedosa y densa se esparcía por el suelo, blanco sobre blanco. Al pasar por ella, dejábamos espirales al desgarrarla; entonces, empecé a no sentirme tranquilo. La humedad nos hacía respirar un aire casi sólido que embotaba el olfato. Un aullido lejano, extraño, era más profundo y cavernoso. Antón y Gabriel se quedaron paralizados como estatuas ecuestres y los caballos se contagiaron de la alerta de mis acompañantes. El vello de mi nuca se erizó y mis ojos giraron hacia mi espalda. No sabía lo que era aquello que tanto me alertaba, solo que detrás de nosotros, lejos aunque no lo suficiente, había peligro y mucho. Antón me dirigió la palabra con una inseguridad que antes nunca vi:

—¿Oyes esos aullidos, Silvan?

—Sí, ¡cómo no oírlos! Pero no son los lobos que antes me contó Gabriel.

—Porque no son lobos. ¡Es lo peor que nos podría pasar!

—¿Qué son?

—Lo que jamás existió y el hombre hizo realidad. Son lobos mutados, u hombres mutados. Aún están lejos de aquí, pero a pesar de la densa niebla, los huelo, siento su ansiedad. Aúllan porque han encontrado nuestro rastro.

Gabriel empezó a mirar de un lado a otro hablando sin pronunciar palabra, como situándose en el entorno y mirando posibles vías de escape o vislumbrando algún lugar donde escondernos, hasta que su posición se quedó unos segundos fija en un punto lejano y pronunció una sola palabra:

—¡Nocturna!

Antón sopesó la proposición de Gabriel y negando afirmó.

—En Nocturna siempre ha habido alguien, los expondremos al peligro.

—Siempre hay peligro en Tierra de Nadie, Antón, pero los protegeremos.

—Si podemos…

Azuzamos a nuestras monturas aunque hizo falta poco para que fueran al galope; tenían más ganas que nosotros de darse a la fuga. Íbamos cortando la niebla y esquivando la vegetación a una

velocidad que pensaba que en cualquier momento pudiera caer. Giramos a un camino aún más estrecho. Yo oía más cercana la amenaza y sentía pisadas poderosas, rotura de ramas, jadeos de esfuerzo… Eran grandes, muy grandes, al menos, una docena de bestias. Sentía su ansiedad, su hambre. Estaban lejos, pero iban ganando terreno.

Entre ramas, brumas, árboles y lágrimas producidas por la velocidad. Al menos no percibía que se acelerara en mucho la distancia entre ellos y nosotros.

Gabriel y Antón pararon, y el mismo Gabriel se dirigió a nosotros:

—Está muy cerca; no sabemos lo que ahora habita en Nocturna. Quizás incluso pudiera ser peor de lo que estamos huyendo en estos momentos. Estad preparados y si mañana no viéramos la luz del día, sepáis ahora el aprecio que os tengo.

Antón rio.

—De peores hemos salido y no has visto en acción a Silvan. De todas maneras, la muerte está siempre en la sombra de cualquier recodo, y si no nos damos prisa, nos alcanzarán en campo abierto, donde nuestros nombres se perderán en el olvido de estas tierras olvidadas ¡Corred!

Seguimos galopando siguiendo la espalda de Gabriel. Vi a lo lejos un cuadrado negro que se iba agrandando a nuestro paso. El cuadrado iba cobrando forma entre las sombras de la reciente noche. No tenía reflejos algunos; era ausencia de cristales, solo una puerta enorme y metálica, la única oquedad que se veía en la uniformidad de Nocturna. Paramos en su frente y Gabriel pronunció una palabra a voz de grito que jamás había escuchado.

Se estrechaba la distancia entre ellos y nosotros, lo cual me hacía oír y oler con más intensidad a nuestros perseguidores. Se les notaba algo cansados, pues sus jadeos eran más seguidos y el sudor se entremezclaba con un pelaje más intenso, pero se acercaban y la puerta no se abría.

Un estridente sonido (los chirridos agudos de las bisagras oxidadas del portón) dio señal de que la puerta se abría y sin dudarlo entramos con los mismos caballos sin desmontar. De esta manera, entramos en Nocturna, simplemente porque alguien nos abrió y con mal humor.

—¡Locos, temerarios! ¡Traéis la muerte tras vuestros pasos!

Alzando los brazos, un hombrecito que apenas superaba el metro de alzada, con un sombrero de copa de su misma altura, estaba delante de nosotros dando patadas al suelo, en un grandísimo

recibidor con la débil luz de un par de velas, con unas inmensas cortinas gruesas y negras.

—¡Desgraciados! ¡Moriremos!

—¿Por qué nos abristeis entonces?

—Porque aquel —señalando nervioso a Gabriel— usó la llave.

—¿Solo estás tú? —preguntó Gabriel.

—¡Sí, y estoy muerto!

Antón lo miró fijo y se quitó la capucha, nosotros hicimos lo mismo al tiempo que él le decía:

—Mientes…

—No debéis saber más, bastante mal habéis hecho.

—Te das por vencido muy pronto.

—Ya los estoy viendo, vienen en busca de vuestra carne. Son bestias inmundas, creadas solo para matar.

—Pues no la tendrán sin que ellos mismos derramen su sangre. En Nocturna hay un sótano y su puerta es fuerte además de estar muy escondida.

—¿Cómo sabes lo del sótano?

—Lo mío son los secretos —afirmó Antón.

El enano traspasó la cortina negra y salió corriendo tan rápido como podían sus cortas piernas. Traspasamos las cortinas aún montando en nuestros caballos. El edificio estaba dividido en dos partes: una era un cubo limpio de mucha altura (más de diez metros) con un escenario en el fondo; la otra parte era como una casa dentro de otra casa con ventanas a veces enteras y a veces con cristales rotos, con una escalera metálica negra que daba acceso a tres elevaciones, a tres pisos. La enorme habitación del escenario era tan limpia en su espacio que desde luego no era el lugar propicio para enfrentarse a ellos.

—¿Cuántas entradas y salidas ves, Gabriel?

—No ha habido modificaciones en mi vista. Sabes de sobra que la puerta que hemos traspasado es la única entrada y salida.

—La puerta es muy sólida —reafirmó Antón.

—El edificio es de paredes macizas y de gran grosor; no pueden atravesarlas, pero la puerta cederá, lo sabes bien.

—¿El segundo piso interior?

—Habitaciones y pasillos estrechos.

—¿El tercero?

—Más limpio que el segundo piso.

—¡Hacia las escaleras ya!

Yo mismo vi la oportunidad de hablar, pero no lo hice. Desmontamos con premura, dimos unos golpes a las grupas de las

monturas hasta que los vimos atravesar el telón del escenario. Nos dirigimos hacia las escaleras metálicas corriendo, entré en un trance que solo tenía todo mi cuerpo preparado para la lucha.

Súbitamente, sonó un fuerte estruendo en la puerta: ya habían llegado. Durante unos segundos, nos quedamos quietos en el tramo de la escalera. La puerta resistió al segundo embate, pero al tercero ya se abrió con un sonido atronador seguido del silbido de partes de la puerta que salieron despedidas.

—No es buen sitio para morir.

—Tan bueno como cualquier otro, pero hoy no va a ser ese día.

Llegamos a la puerta del segundo piso que estaba abierta. Allí giraron y entraron como dos haces fugaces Antón y Gabriel; yo hice lo mismo, no sin antes de entrar ver a esas bestias. Eran grandes, muy grandes, de abundante pelo ceniza, de cara alargada con dientes enormes y deformes. Los ojos sin pupilas, todo negros; echaban espuma por la boca. Era la rabia encarnada en esas criaturas; a veces caminaban de pie otras veces, a cuatro patas. Estaban desorientados hasta que localicé un bote abierto que sin darme cuenta lo dejó Antón o Gabriel. El olor que desprendía era fuertísimo estando yo lejos. En la cercanía de esas fieras debía de embotarle los sentidos. Oí dos clics metálicos y al mismo tiempo que entraba, salían mis dos acompañantes con dos enormes pistolas y con sus dos brazos extendidos y apuntando hacia las criaturas. Dos truenos salieron de esas armas, dos disparos y vi inertes en el suelo dos criaturas muertas con los cráneos abiertos. Una ínfima fracción de tiempo y aquellas criaturas miraron a los suyos muertos. Instantes para la sorpresa de comprobar que también ellos podían morir en el intento. Unos sonidos guturales, unos aullidos agudos que hacían doler los tímpanos; la rabia no conoce el miedo.

Ya nos habían localizado, sus miradas fueron hacia nosotros. En tanto se disipó su breve sorpresa, atrancamos la puerta por la que entramos y fuimos corriendo por un pasillo larguísimo y muy estrecho. Las habitaciones laterales no tenían puerta. Al final del pasillo, estaba el rellano de la escalera que se dirigía al tercer piso, al mismo tiempo que una esquina donde guarnecernos. Antón y yo nos posicionamos en aquel ángulo muerto y Gabriel en la última habitación junto a ese rellano.

Ellos amartillaron sus armas y yo ya tenía desenfundadas mis dos espadas. Reventaron las puertas sin casi esfuerzo, pero su ansia les entorpecía pasar por ella y poder avanzar por el pasillo. Nos regalaban un poco más de tiempo. Antón y Gabriel paralelos, salieron al pasillo y dos truenos más: chispas y olor a pólvora: dos

bestias más cayeron y entorpecieron a las otras en su avance. Ya eran menos de diez, no era su terreno.

Una bestia saltó libre hacia mí; mis ojos estaban inyectados de sangre y cada músculo de mi cuerpo impregnado de adrenalina; con un pie sobre la pared lo sorteé lateralmente y con medio molinete le cercené la cabeza. No hubo ni lamento ni dolor. Detrás de este, avanzó otro que intentó aprisionar mi cabeza con su larga mandíbula y, desde abajo hacia arriba, le atravesé boca y cráneo; después, con una patada en el pecho, lo envié contra sus congéneres.

—¡Agáchate, Silvan!

La palabra fue orden y me agaché todo lo que pude. Dos disparos más que vi cómo las balas trazaban desde los cañones y pasar por mis laterales. Los oí impactar, atravesando carne y hueso; la sangre me salpicó y entonces ascendí girando hacia atrás, a pesar de la agilidad vi como las garras me arañaban el pecho sintiendo los surcos lacerantes como cuatro hierros hirviendo en mi piel. Gabriel tiró de mí hacia atrás y vi como seis estrellas metálicas danzaban en abanico hacia los atacantes con tanta potencia que atravesó miembros sin causarle muerte, pero sí gran daño. A pesar de la temeridad, avancé un paso y corté la mano que me causó la herida; volví velozmente hasta Gabriel y Antón; la marea de ira y dientes, garras y músculos se reponía y empezaban a avanzar otra vez, ligeramente más cautos. La mitad ya cayeron; éramos más ágiles, pero se nos acababan los recursos.

—¡Subamos, presto!

Y con la misma presteza que fue esas palabras, subimos el tramo de la escalera que era muy estrecha y nos concedería unos segundos provechosos.

La herida me quemaba por debajo de la piel, sentía que era más que una simple herida, me sentía más débil a cada segundo que pasaba y las punzadas finas de alfileres venenosos se adentraban en mi cuerpo. Antón cogió mi antebrazo para ayudarme y me tumbé lateralmente al costado de los pasamanos que sobresalían del último tramo de la escalera. Coloqué una de mis espadas haciendo palanca en una trampa mortal al primero que subiera, y así el primero que subió con una velocidad primorosa encontró la muerte decapitándose él solo y taponando con su cuerpo la entrada.

El tercer piso era un lugar abierto, apenas sin columnas. Se me empezaba a nublar la vista, pero, aun así, recuperé mi arma ensangrentada. Gabriel se me acercó a mí e introdujo en mi boca un vial de cristal.

—¡Bebe!

El líquido entró como un ácido en mi garganta y como fuego en mi estómago. Oía fuerte a mi corazón bombear y cómo el antídoto recorría cada vena capilar.

Retiraron el cuerpo de la bestia muerta hacia atrás, y nos dirigimos a la esquina opuesta de la escalera, a cada latido de mi corazón recuperaba fuerzas y compusimos un triángulo de defensa.

Subieron las cinco bestias que quedaban vivas; ante la ventaja del espacio, se movían cautos. Aproveché su indecisión para atacar al más cercano corriendo todo lo que pude; intentó herirme, pero en el último segundo me tiré a tierra. La velocidad me impulsó por debajo de sus piernas, no sin destriparlo y dejándolo lanzar sus zarpas al aire; de espaldas, me incorporé al mismo tiempo que giraba y le inserté las dos espadas en aspa en su espalda, cayendo inerte al suelo.

Gabriel se abalanzó a otro que me atacaba por la espalda; empezó una mortal danza con sus dagas, lanzando tajos certeros y esquivando los colmillos y garras, pero en un revés, de un zarpazo, lanzó a Gabriel cinco metros hacia atrás; la bestia estaba sentenciada a muerte, pues no pudo ver cómo le seccionaba la yugular. Salí corriendo hacia Gabriel, pues ya solo quedaban tres y él no se movía.

Antón se encaró al primero saltando con la rodilla en alto propinándole un golpe en la mandíbula y cerrándole la boca. Con las dos manos enlazadas como una maza, golpeó a la bestia en su cabeza al mismo tiempo que la levantaba; el golpe quebró sus vértebras y la bestia se desplomó en el suelo. Otra bestia lo embistió de costado y lanzó el cuerpo de Antón hasta que impactó con la pared. No podía socorrer a Antón, el cual quedó inerte por el impacto de la caída, pero llegué a la altura de Gabriel, que estaba inconsciente en el suelo.

Las dos bestias que quedaban pusieron sus miradas negras en mí y sus bocas dibujaban una macabra sonrisa. La debilidad se adueñaba de mi cuerpo; sentía mi pecho húmedo; aunque el veneno no hiciera efecto, las heridas sí que me hacían mella, pues mi ropa se iba tiñendo de rojo por momentos, pero moriría matando.

Una estela negra subió por la escalera, y esa escalera en mi delirio vi cómo se convertía en una puerta pequeña hecha solo de espinas; era una puerta de muerte, reclamando el coste de esta carnicería; las dos bestias se acercaban hacia mí intentando flanquearme. Cierto fue que vi una sombra que se situó detrás de una de las bestias, oí un golpe y al tiempo vi que un puño

sangriento le atravesaba el pecho; la sombra se giró hacia la última bestia, entonces se hizo persona y sin saber si era cierto, vi en los ojos del monstruo, miedo.

Con las dos palmas de las manos, cogió las garras que se querían cerrar sobre la amenaza, pero ese hombre, o lo que fuera, las asió y con media vuelta lanzó a la bestia con tanta fuerza que impactó contra una columna dejándola maltrecha. Oí como sus huesos crujían, apenas se movía y la sombra hecha hombre se acercó andando y de una patada le destrozó el cráneo. Jadeaba triunfal subiendo su pecho en respiraciones entrecortadas, pero una aureola de oscuridad me impedía verle la cara. ¿Quién era? Entonces, él habló:

—Os he perseguido demasiado tiempo para que estas bestias me quiten el mérito.

Antón y Gabriel se incorporaban lastimosamente. Antón lo miró serio:

—Realmente, la hermandad de ancianos se preocupa para mandar al mejor de sus asesinos; de todas maneras, has tardado mucho —dijo Antón.

—La culpa es tuya.

—No te lo iba a poner fácil; además, te gustan los retos.

—Has tardado mucho —repitió Antón.

Antón desenvainó una daga y se dirigió al desconocido; poco a poco, se fueron acercando el uno al otro midiéndose en círculos, hasta que al final se enfrentaron y se abrazaron. Entonces, miré a Gabriel sorprendido:

—Pero ¿quién es?

El desconocido me miró enigmático y me respondió:

—¿No has oído? Soy el asesino que os ha perseguido desde la ciudad.

—¿Pero no tenías esa intención? —pregunté yo.

—¿No lo ves? ¡Está claro que no!

Antón intervino:

—No Silvan, es Karmen, el primero, simplemente único, simplemente Karmen.

Entonces, Antón miró hacia Karmen y exclamó:

—Insisto, has tardado mucho.

—Os seguí desde la ciudad, pero el bosque apenas me dejó entrar; luego me encontré a tu amiga, la dama blanca, me durmió y me desorientó.

—Karmen, no conozco a ninguna dama blanca.

—¿Nunca la has visto?

—No.

—Pues mi primera derrota me la propinó una dulce adolescente, bueno, y mi primer sueño tranquilo.

—¿Pero no trabaja para los ancianos? —pregunté.

—Eso es lo que creen ellos.

Como en un cuadro aún más abstracto, aun si cabe, salió de la escalera el enano de sombrero de copa dando golpes a todos los cadáveres de las bestias, farfullando insultos y jadeando cansado.

—Gran batalla tuvimos —dijo exultante el enano a lo que Karmen le contestó con una reverencia.

—Queda merodeando uno vivo. Te dejo el triunfal honor de matarlo.

El enano horrorizado salió corriendo a nuestras espaldas; era un simple superviviente, miedoso y cobarde. No tenía más cuerpo ni destreza que para ello.

Karmen miró alrededor y se fijó que Gabriel aún se incorporaba y le apremió.

—¡Levanta, Gabriel!

—Mucho tardaste.

—Estoy harto de que me lo repitáis. Vayámonos ya, que aún nos queda camino; no seáis tan gandules, que, al igual que estas bestias, nos esperarán más sorpresas por nuestro camino.

Karmen sacó una rosa roja y esparció sus pétalos esparciéndolos por los cadáveres del suelo. Miró la sangrienta escena, sonrió y dirigió sus palabras al vacío:

—Ahora están casi, casi todas las cartas al descubierto.

Había algo que no me cuadraba, pero no me atreví a dirigirle la palabra a Karmen; seguía siendo para mí un desconocido y se la hice a quién más tiempo pasó conmigo:

—Yo pensé que Antón era el más antiguo, aun así —dijo Antón que Karmen fue el primero.

Entonces, Gabriel contestó:

—Sí y no, Silvan. Es muy complejo explicártelo en este momento tan delicado.

Karmen estaba oyendo y replicó:

—Silvan, no quieras tener todas las respuestas los primeros días de saber quién eres tú. ¿Es que acaso no has tenido demasiadas emociones para que pospongan tu curiosidad a días más tranquilos?

—Sí, razón tienes.

—Gabriel, por favor, dime tú: ¿quién era la dama del bosque?

—Te digo lo mismo que Antón; no sé de ninguna dama del bosque; quizás hayas tenido alguna alucinación o creas que algún

sueño fuese realidad.

—No lo sé, pero me intriga. ¿Ya estamos todos?

—¿Todos? Aún faltan más.

—Será una compañía numerosa.

—Cuéntaselo al de los secretos.

Antón respondió:

—Y repito: los secretos son lo que son; si se descubrieran, dejarían de serlos.

Bajamos las escaleras hasta llegar a la planta baja; sabíamos que los caballos escaparon en cuanto pudieron. Al pasar junto al escenario, vi que se abrían un poco, hasta ver cómo un ojo nos observaba. Ya harto de tantas sorpresas, de un salto que a todos sorprendió abrí el telón con tanta fuerza que al sonido de la abertura de la tela, le acompañó un sonido metálico y tintineante. Mi sorpresa fue al ver que, tras el telón, se encontraban varias muchachas jóvenes, y a cual más bella. Dos parejas de mediana edad, un anciano y un muchacho grande y fuerte que se adelantó dos pasos valientes en defensa de aquella gente. Lo calmé con mi mano extendida hacia abajo: lo entendió y yo también lo entendí a él.

Antón habló al enano del sombrero de copa:

—Pequeño, sabía que mentías. ¿No decías que estabas solo?

—No sabía de vuestras intenciones.

—¿Sois caminantes?

—Yo antes era un caminante y llevo tiempo viviendo en Nocturna. Ellos son exiliados de Abian.

—Allí no exilian a nadie; son fugitivos.

El muchacho se adelantó con porte protector, bajó la cabeza meditando sus palabras, miró los cadáveres de las criaturas con respeto, sabía que no hubieran sobrevivido ni a una.

—Somos de Abian; familia de tejedores, gente humilde, de buena reputación en nuestro gremio hasta que…

—Sigue, muchacho —insistió Antón.

—Hasta que el duque se fijó en mis hermanas y mi prometida para su harén personal, el cual también frecuenta el alcalde de la ciudad. No podíamos permitirlo; no se conoce a ninguna mujer viva que pase de los cuarenta en ese harén; así pues, huimos.

—Sois valientes, pero Tierra de Nadie es tierra muy peligrosa.

Gabriel pasó absorto el tiempo que el chico explicó su corta historia. Nos miró a nosotros y Antón asintió. No percibí nada, pero sus palabras lo harían.

—Escuchadme, no hay lugar seguro en ninguna ciudad, sois

prófugos; alrededor sabrán que habéis huido. No podemos escoltaros lo suficiente lejos para que estéis en tierra segura, si es que existe. Pero tengo una solución, pequeño… ¿tu nombre?, dirigiéndose al enano:

—Alan.

—Bien, Alan, tú que conoces Nocturna, ellos ya tienen hogar, este. Arreglad la puerta, cread defensas, enséñale a los demás la palabra que abre la puerta. Ahora sois todos los guardianes de este lugar. Niña, no me miréis con desesperanza, ya que aquí acudirán caminantes buenos. Quizás algunos extraños. Alan, Nocturna desde este momento es santuario; se difundirá la palabra, así que hablad de lo que hoy sucedió aquí. Quien no respete tendrá la ira de los durmientes.

—Gracias, señor; Nocturna estará en buenas manos.

—Sed prudentes y temed a la noche.

Karmen dio su aprobación y se giró a Antón:

—¿Y ahora qué, viejo amigo?

—Haremos noche aquí, dormiremos lejos del hedor de los cadáveres, en los sótanos de Nocturna. Tú lo necesitas más que nosotros, Karmen. Mañana de amanecida, a pie hacia Mont-Elo.

25. SELVA

Conservar la luz del día en un viaje de horas hasta llegar a Selva era su único objetivo. Que no cayera la noche en Tierra de Nadie; era de los pocos caminos que tenía algún tránsito. Si no fuera porque los asentamientos estaban prohibidos fuera de feudos y ciudades, entre Selva y la ciudad de Vera hubiese sido el tramo ideal. Ya no había más planes que llegar a este destino junto con la idiotez o brillantez de Héctor de convertir a un traidor en aliado, pudiéndole salir esta estrategia cara. En todo el viaje, su compañero no cambió la actitud de extrañeza en la decisión de Héctor; cualquier otro lo hubiera matado, pero él no era cualquiera. Aun así, Adrián rompió el silencio del viaje:

—¿Por qué…? —preguntó Adrián.

—¿… Vamos de viaje?

—¡No! ¿Por qué sigo vivo?

—Muerto no me sirves de nada —le contestó Héctor.

—La verdad, te tengo cierta admiración aunque no te entiendo. ¿Desde cuándo sabías que era un espía del alcalde?

—Ya te lo dije; además, soy tu única salida. Ahora, si te buscan, no te encontrarán. Es mejor estar lejos de la ciudad, o aún mejor, que te den por muerto.

—¿Tendría que cambiar de nombre?

—¿Te gusta el que tienes?

—Sí.

—Pues ya contestaste. Si no has informado, teóricamente nadie me vio entrar en tu casa, o al menos eso creo. Aun así, maté a mi antigua identidad, con lo cual, la que ahora tengo no te relaciona conmigo. Relativamente, estás a salvo, a no ser que alguien te reconozca en Selva.

—No lo creo.

—¡Bien! Entonces, dormiré un poco, pues aún queda un trecho. Vigila, ya que soy tu seguro de vida.

—Es irónico estar más tranquilo y seguro en la peligrosa Tierra de Nadie que en la ciudad.

La vida de Héctor era muy aburrida y sin motivación ninguna antes de conocer a Antón. La viveza que presentaba Héctor, su curiosidad y su inteligencia natural demandaba a gritos mudos un aliciente para poder explotar sus recursos, y esa motivación se la dio el extraño personaje rojo. Si no hubiera sido por él, su mente activa e inquieta hubiese muerto en el tedio de una vida monótona.

Así, viendo pasar los árboles cargados de nieve, seguro que

Raquel estaba dormida y segura. Héctor cayó en un corto sueño que duró todo el trayecto, hasta que unas palabras le hicieron posarse en la realidad

—Ya hemos llegado.

—Gracias, Adrián.

Era la entrada a Selva una gran muralla que rodeaba ampliamente la fortaleza del feudo. Impresionaba la altura que superaba los diez metros de alzada, o quizá más. Tenía cuadros que almenaban la muralla y servían de puestos de guardia. La muralla fue trabajada con esmero, pues su superficie era tan lisa que se hacía imposible escalar por ella; por un cortado detrás de la muralla se veía el nacer de un bosque tan denso que no dejaba vislumbrar ninguna claridad, era una selva tupida. De ahí, el nombre del feudo.

Selva tenía dos grandes tesoros en sus límites, dos minas: una pequeña de hierro y otra más rica de carbón, que era el combustible de los trenes que unían solamente las ciudades de la hermandad. Bien hubiera sido unir con tren a Selva, pero la hermandad decidió que los núcleos de población tenían que estar desconectados en lo posible para evitar que congeniaran en exceso la población y proliferaran ideas colectivas que pudieran amenazar el control que la hermandad ejercía.

Ya estaban en el portón enorme reforzado de acero. Daba fe de su fortaleza y de su riqueza dos estatuas enormes de dos ángeles que custodiaban el puente que pasaba por encima del río. Era un río poco caudaloso que en sus máximas crecidas no pasaban por encima del máximo cauce del río. Escoltaban el curso del río árboles correctamente espaciados que lo embellecían. En Selva se mimaba mucho la belleza.

Pasamos el puente y avanzamos hasta el enorme portón. No nos hizo falta hacer ninguna llamada cuando al pronto, se abrió la puerta pequeña del portón y del cual salieron dos personas bien armadas que inspeccionaron el coche hasta que por fin hablaron.

—Viajeros, denme sus señas.

—Soy Héctor de Selva, aquí tienen la documentación. Mi tío me espera.

—Señor, esperábamos su venida. ¡Abrid la puerta!

La entrada a Selva para quien no la conocía, desconcertaría a cualquiera. Pasando la enorme puerta de la entrada, le seguía un enorme espacio vacío de tierra batida sin nada. Al extremo izquierdo al fondo, una gran noria y al frente una muralla de menos altura. El viajero entendería la seguridad del feudo, pues aun en tiempos calmos, entrar y salir de Selva era impensable y tomarla a

la fuerza, un titánico esfuerzo. El coche pasó por el descampado escoltado por los agentes y varios más que se le sumaron. Adrián, sorprendido por la belleza del feudo, habló:

—¿Estamos seguros aquí?

—De la tierra conocida, en ningún lugar más que aquí.

—¿Y quién es tu tío?

—Florián de Selva; dueño de estas tierras y duque del feudo.

—¡Por todos los diablos! ¿Quién eres tú?

—Una caja de sorpresas.

—A bien lo juro yo —afirmó Adrián.

—Pues quiero esos labios sellados de lo que sabes de mí.

—Paz, que mi vida la aprecio y tienes mi lealtad.

—Por tu bien y por el de todos.

La siguiente puerta, no menos ornamentada que la primera aunque significativamente más pequeña, abrió entera una hoja para que cómodamente pudiera pasar el coche. Entonces, ya dentro, aun siendo avanzada hora de la tarde, vieron la frenética actividad del feudo: pobladas calles de gente, coches con cargas de diferentes tamaños, agentes de Selva por todos lados que por su actitud, más bien estaban organizando que no siendo policía de nadie. Se acercó a Héctor el agente más engalanado:

—Su tío nos dijo que vendrían cansados. Ya conoce usted dónde se encuentra la mansión de los invitados; acomódense y descansen; ya esta noche cenará con el duque.

El coche se dirigió lento hacia la derecha; el tráfico intenso de Selva no daba para ir con mucha prisa. Los dos miraban cómo la gente estaba inmersa en sus faenas, cómo se saludaban al pasar y cómo sus rostros no reflejaban en nada el descontento. Era una zona laboral en la que no había toque de queda: solo actividad noche y día. El feudo jamás dormía. Todas las casas eran de tres pisos de media y cada planta baja estaba destinada al trabajo; las plantas superiores, las cuales disponían de amplios balcones con bello adorno floral, eran la vivienda de una o varias familias. El trayecto lento no era en nada aburrido, viendo la viveza y vida de esas calles. Al tiempo, llegaron a su destino.

Destacaba de las demás casas por estar solitaria en una pequeña cuesta y sin ningún vecino en rededor. Obviamente, era más elegante que las otras casas, con columnas de piedra en la entrada a la cual se accedía a través de un pequeño jardín muy bien cuidado, con estatuas bellas en centros rodeados de flores y fuentes pequeñas de las cuales el sonido del agua obraba calma.

Héctor ordenó a los agentes que pusieran en el interior el

equipaje, mientras que él y Adrián transportaron el baúl donde estaba Raquel por si pudieran sospechar algo por el peso. Ya dentro de la casa despidió a los agentes y a las dos personas que dispusieron a su servicio. Les comunicó que con su mayordomo le bastaba. Una vez que todos se fueron, Adrián no dejaba de quedarse asombrado y miró a Héctor esperando con su mirada alguna respuesta.

—Ayúdame, subiremos a Raquel a la habitación más interior que haya.

—¿Y después?

—Saldrá a la luz. ¿Alguien se fijó en los que estábamos en la cabina?

—No, no creo.

—Solo tengo que dar explicaciones a mi tío y, sin duda, no faltaré a la verdad.

—Pero en la ciudad vieron que éramos dos.

—Dudo que pisemos la ciudad de Vera u otra en mucho tiempo.

—¿Qué le dirá a su tío?

—Te lo dije: la verdad. Él odia a los directores ¿No ves este lugar? Está vivo y la gente es feliz. Las ciudades matan poco a poco a la gente; los feudos son como libros: cada uno una historia diferente. ¡Venga, ayúdame!

Llevaron el arcón hasta una habitación interior con mucho cuidado, sacaron a la chica y la depositaron en la cama con delicadeza. Adrián encendió la chimenea para que la instancia cogiera calor.

Héctor se quedó mirándola largo rato, estudiando sus facciones, su color, el contorno que marcaban los pliegues de la manta en su cuerpo, hasta que Adrián rompió su ensueño:

—Es muy bonita.

—Sí, especialmente bella, y no son buenos momentos para ella.

—La muerte de una madre es bastante drama, y una huida, un desconcierto.

—Sí, demasiados cambios en muy poco tiempo, y no solo para ella. Aún tardará en despertar. Voy con mi tío, aquí no hace falta vigilar, aunque sé a ciencia cierta que hay agentes en la ciudad como en todos los feudos, pero quiero que alguien esté a su lado cuando despierte. ¡Cuídala! De sobra sabes que va tu vida en ello.

—Sí, señor.

—No eres mi sirviente; cuando estemos a solas, llámame Héctor.

—Como quieras.

—Mañana al alba partiremos. Duerme en este diván si quieres;

cuando regrese, podrás visitar el feudo.

—No dude que lo haré.

—¡Adiós! No tardaré.

Héctor entró en otra habitación para asearse un poco. Estaba terriblemente cansado, al igual que extrañamente confundido por una semilla que germinaba en su interior; inclinó la cabeza frente al aseo y miró su reflejo demacrado en parte y con un semblante serio al que miraba ahora; vio que su reflejo se le asemejaba al de un desconocido; volvió a cerrar los ojos y se animó a despejarse con agua fría. Tenía que apartar estos sentimientos y concentrarse en proseguir su camino, puesto que era su objetivo: no defraudar a quién depositó su confianza en él.

Se cambió de ropa y, al abrir la puerta de la entrada, oyó los ronquidos de Adrián. Era normal que estuviera cansado; sin embargo, él tendría que conformarse con administrar el sueño en cortos plazos. Le gustaría quedarse más tiempo en Selva. «¡Y a quién no!», se recriminó con ironía, pero ese lujo no podía permitírselo. El tiempo corría en su contra y una demora podría suponer una tragedia.

Las ropas de gala sorprendían a los transeúntes; a los pocos pasos de recorrer una artería principal de Selva, se le unieron dos agentes que, como saludo, con una leve inclinación de cabeza, le fueron escoltando hasta la misma entrada de la fortaleza simple y cuadrada, que no por su aparente simpleza, dejaba de ser bella. Una altísima torre de homenaje cargada de adornada almena esperaba la visita de un soplo de aire en estos tiempos de oscuridades.

Entró dentro del castillo y se despidió de los agentes que le escoltaban, pues otros dos guardias ducales ocuparon sus puestos. Los largos pasillos ya conocidos se adornaban de tapices, estatuas, cuadros, forjas y alfombras que acusaban de una gran riqueza. Se abrió una gran puerta que dejó anclados en ese mismo sitio a los últimos guardas. Era una sala enorme con los mismos adornos que los pasillos, pero con una gran chimenea con un fuego vivo que caldeaba la oquedad de ese espacio, y desde el nacimiento de una escalera un hombre de gran talla, de elegante porte, de cabellos canosos y barba corta que le estaba esperando:

—¡Héctor, sobrino, a mis brazos!

Y en ese anunciado abrazo se fundieron los dos, en unos brazos fuertes de su tío que, cuando Héctor era chico, los temía y le hacían daño, pero ahora le daban calor y confianza; una muestra de cariño que le hacía mucha falta.

—¿Cómo fue el viaje?

—Tranquilo y sin sobresaltos.

—Es una ruta segura.

—De las pocas que quedan.

—¡Cuéntame! ¿Cómo fue tu año en la ciudad?

—¿Te cuento lo de ser espía o la farsa de la universidad? —respondió Héctor.

—Por supuesto, la verdad.

—La ciudad de Vera es lo que siempre fue: gris y un criadero de autómatas al servicio de la misma. No te puedes imaginar qué tristeza transmite; el alcalde sigue siendo tan ruin y depravado como siempre.

—¿Y el director?

—Es la ira personificada; nunca lo he visto, pero la gente que sí lo ha visto tiene un único sentimiento hacia él: miedo. Aun así, vengo a confesarte que no solo fui ojos para nuestra familia.

—Me sorprende, aunque tus motivos tendrás.

—Un durmiente me habló de que, después de siglos, tendrían que despertar. Me habló de la hermandad y que conocía muchos secretos.

—Todos los directores forman esa hermandad. Continúa —le dijo su tío.

—Me dijo que leyó mi corazón, que veía en mí el legado de la nobleza de mi familia y que tenía que ayudarle. Sus últimas palabras fueron que él era parte de los durmientes. Me habló largo y tendido de ellos, de nosotros, que era cercano el día que serían descubiertos y que en un futuro cercano, sería tiempo de la hermandad que los persiguiera y los intentara eliminar, que esos durmientes solo querían lo que desea cualquier ser humano que porte bondad: paz y tranquilidad.

—¿Existen? Creía que eran una leyenda y tú los estás ayudando. ¡Mejor todavía!

—Me sorprende, tío, que te alegre esta noticia.

—¿Y por qué no, Héctor? Desde niño he oído rumores sobre ellos, así como los oyeron mis padres y los padres de mis padres. Algo tenía que existir que pusiera nerviosa a la hermandad. Siempre nos conformamos con que la hermandad nos deje relativamente tranquilos, pero no es así.

—¿Por?

—Tiene espías aquí, incluso bastante cerca de mí, mas espero que tu visita no despierte sospechas. ¿Cuántos sois los que arribasteis a Selva?

—Tres.

—Me informaron de que erais dos.

—Había una chica muy importante en el baúl grande; no hubo otra manera de traerla.

—¿Cuándo partiréis?

—Lo más pronto que podamos. Cuanto más tiempo aquí estemos, más expuestos estaremos nosotros, y usted, tío.

—Mejor que la chica no salga de casa ni se acerque para nada a las ventanas. Te cambiaré el coche para que no se vea el interior de la cabina. Partiréis antes de que amanezca.

—Necesito más cosas.

—Pide.

—Quiero armas.

—El coche que te entregue tendrá doble fondo; en ese fondo falso encontrarás dos estuches: uno con armas de fuego y bastante munición y otro más grande con armas blancas. Espero que no os descubran ni en tu camino ni en tu destino, pues ya sabes que poseer armas de fuego sin permiso es pena de muerte. ¿Quién es el otro que va contigo?

—Un antiguo agente del alcalde de la ciudad de Vera.

—Me sorprendes, Héctor.

—¡Y yo a mí mismo! Está atrapado y soy su única salida. Si me ayuda, salva su vida; ir en mi contra es su muerte.

—Extraños aliados buscas.

—Los que surgen, las circunstancias mandan.

—Y más en estos tiempos. Ve a descansar ahora, no puedes demorarte más en esta visita. Antes del amanecer será tu partida. No sé cuándo nos veremos la próxima vez. ¡Adiós, sobrino! ¡Porta tu linaje con orgullo!

—No me cabe un adiós en mis palabras. Hasta luego, tío; no dudes que honraré la sangre que llevo.

Se fue alejando de la presencia de su tío; bueno fue saber que contaba con el apoyo de su familia. Solo esperaba que nada sospechara la hermandad de la enemistad callada que le profesaban. Sin mucho detenerse llegó a la mansión de los huéspedes. Subiendo la escalera del primer piso ya oía los ronquidos de Adrián. Ahora le tocaba a él velar el sueño de la chica, y lo peor es que lo estaba deseando extrañamente. En el silencio de la casa y en la calma de encontrarse tranquilo, derivaron sus pensamientos en la curiosidad de esa chica, suavemente intentó despertar a Adrián.

—Adrián, levanta.

Despertar brusco del que está alerta pues no le oyó llegar. El no haber estado en alerta era grave; sabía que los siguientes días no

serían tan benévolos. También era de perdonar, ya que le fallaban sus propios instintos. No serían los siguientes días tan benévolos.

—Si lo deseas, puedes visitar Selva; antes del alba partiremos. El tiempo que estés fuera corre de tu cuenta. Disfruta de este lugar pues pocos verás como este.

—Sí, Héctor, no la haré muy larga, supongo que para el viaje me querrás despierto y en alerta.

—Sería lo más correcto.

Según salió Adrián, Héctor se quedó sentado en el pico de la cama. No quedaría mucho para que Raquel despertara. Quería disfrutar esos momentos secretos, si bien sabía qué culpa acarreaba. Se justificaba la ausencia de malicia alguna. La veía allí dormida, quieta; solo rompía su quietud el movimiento rítmico y pausado de su pecho respirando. Su cabello castaño formando dibujos de espirales en la superficie de la alcoba, su perfil entre las penumbras de la estancia, tan bella, tan callada, tan silenciosa, tan etérea, tan preciosa escena. Así la estuvo contemplando hasta que el tiempo perdió su medida. Raquel se empezó a remover en la cama y pronto despertaría. De capullo a flor fue despertando ella con sus ojos miel abriéndose perezosos, y sus brazos extendiéndose lentos. Un suspiro traicionero se escapó de los labios de Héctor esperando que su letargo le hubiera impedido apreciarlo. Ahora en este precioso momento, entendió mejor que nadie por qué ese desconocido Silvan se había enamorado de esa mujer. Con voz lenta y dulce, hizo que él fuera punto de atención.

—Buenas. ¿Cómo estás?

—Aturdida, pero descansada. ¿Dónde estamos?

—En Selva, en la mansión de los invitados. El duque de Selva es familiar mío; este realmente es mi hogar. Por ahora, no hay nada que temer.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome?

—Poco. Adrián velaba tu sueño; acabo de darle el relevo.

—¿Por qué me cuidáis tanto? No soy nadie.

—Eres mucho más de lo que tú te puedas imaginar. Dentro de esta casa puedes hacer lo que te plazca, pero procura no acercarte a las ventanas. Antes del alba, partiremos.

—¿Y qué hora es?

—Hace poco que acaba de anochecer.

—¿Tengo que viajar en esa caja otra vez?

—No, ya no. Irás en el coche con nosotros, pero no tenemos que llamar mucho la atención. En este armario hay ropa. En cuanto me vaya, pruébatela y escoge algo cómodo que sea de tu agrado.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Raquel.

—Porque quiero entender y nada atrae más que tú mi curiosidad. Voy a dormir, pues mañana un largo viaje nos espera. Por favor, no salgas de la casa ni te acerques mucho a las ventanas. Tú eres lo único que ahora importa.

—¿Adiós…?

—Héctor es mi nombre.

Así, Héctor, con su nombre, cerró la habitación donde estaba Raquel con un cierto resquemor al sentirse culpable de haberla observado en su sueño con placer, pero ahora fijaba las ideas en el objetivo a cumplir. Eso le hizo centrarse y salir de la vorágine que estuvo a punto de entorpecer su propia estabilidad. Al final, un reproche en voz baja mientras andaba por el pasillo que se dirigía a sus aposentos, se dijo a sí mismo: «Tan humano soy como otro cualquiera, para lo bueno y lo malo. Ahora un secreto mío que me llevo sin haber traicionado».

Adrián andaba por las calles de Selva; la actividad no era la misma, pero ese lugar sin duda alguna, no dormía. Notó que la gente le miraba un poco extrañado, pero prosiguió su paseo. Él llenaba sus ojos de lo que veía; a pesar de las circunstancias en aquel lugar, tenía una sensación de libertad que hacía mucho que no sentía: hacía frío, pero sentía una calidez extraña que transmitían los mil colores de este lugar. Era cierto que esa sensación hacía única a Selva. Tenía que dejar aparte el embrujo que causaba esta población. Era tiempo de pensar: pensó lo mucho que se confiaba su nuevo amo; se sentía bien tratado, mas temía por su seguridad. La hermandad tenía los brazos bien largos, bien sabía que en este lugar había espías y tomó la decisión de traicionar a Héctor por meras cuestiones de supervivencia. Ni tan siquiera esperaba que lo comprendiera, solo quería vivir; tan sencillo como eso. La información que ahora poseía era de gran valor, un salvoconducto.

Buscaba callejones oscuros. Después de andar un buen rato, al final de la calle y en mitad de decenas de personas bien abrigadas, atisbó algo muy fuera de lo normal. Entre las semioscuridades que combatían los faroles de débil luz, una chica de cabellos largos de oro blanco danzaba alegre que sin prestarle tan siquiera atención, pasaba indiferente la gente a su lado. Paró un segundo y con una sonrisa traviesa y una belleza inusual, miraba descaradamente a Adrián como si estuviera esperándolo. Adrián pensaba que estaba soñando, no podía existir en este mundo desarrapado, una criatura con tanta luz. Sin apenas darse cuenta, ya caminaba a su vera

acompasando sus pasos; encandilado por su cercanía, solo se preguntaba: «¿Es que nadie alrededor se daba cuenta de su presencia?».

El tiempo quedó congelado y no por el frío de esa noche gélida o por unos callejones oscuros o un alma que atestiguaba su presencia. La chiquilla, o mujer de luz, se sentó en una acera alta, dejando a Adrián frente a ella con la boca abierta. Recogió graciosa su falda dejando entrever unas piernas blancas y perfectas; se deshizo de su abrigo dejándolo caer por su espalda con una elegancia calculada, el escote generoso apenas tapaba sus pechos hermosos; él estaba hipnotizado; solo esperaba que ese ser que no podía ser de este mundo le pidiera que muriera, porque él moriría en ese momento, hasta que una cantarina voz, le habló:

—Hola, Adrián.

—¿Cómo sabes de mí?

—No hables, solo escucha.

Al mismo instante que empezó a vocalizar, todo otro sonido cesó y la visión de cualquier otra cosa desapareció. Ella y solo ella era todo el centro de atención.

—Atiéndeme a cada una de mis palabras.

Adrián asintió complaciente. Sabía que todo lo que dijese se le grabaría a fuego y sangre, y que jamás olvidaría a mujer tan bella.

—No es buena idea la que llevabas; por eso yo te guío en tu camino, y a ti te digo con voz verdadera y clara que cuides de ellos dos. Otra cosa no es buena, así que ya te dejo sin dudas. Dile a Héctor que no está solo, que a cada paso que da, el mío le sigue la huella. Sé el tormento que aguantan sus espaldas y que protejo a quien él protege. A Raquel, que el camino llegará a su fin y solo ella es dueña de su destino, sea cual fuere, y aunque solo vea espinas, llegará el tiempo de las rosas. Dime, Adrián, ¿soy bonita?

—Increíblemente bella.

—Este cuerpo que ves no es para ti, pero tengo un presente de recompensa. Acércate más, que esto que recibes ahora no se lo doy a cualquiera.

Adrián se acercó sin darse apenas cuenta. Ella se levantó con una gracia sonriente y acercó su cara a la de Adrián. Sintió en sus labios el dulzor y la frescura de la primavera en un beso tierno; sus ojos se cerraron y sus oídos fueron sordos. Ningún sentido podía anegar ese instante precioso. Fue tan sutil y tan estremecedor que solo por ese momento hubiese vendido su alma. Cerró sus ojos y no los volvió a abrir, pues quedó rendido al ensueño.

Al poco, despertó; no supo cuánto tiempo había transcurrido. Se

rio, pues seguramente el cansancio le había jugado una mala pasada. Todo había sido un sueño. Se irguió y sintió sus labios húmedos. Puso sus dedos en la boca y después miró los dedos impregnados de un brillante carmín. ¡No! ¡No fue un sueño! Al retirar su mano de la vista, en la casa de enfrente había una señal débil de una mano que era del código de los espías; allí vivía uno de ellos. Volvió a mirarse la mano y se juró que moriría mil veces por volver a sentir un beso como aquel. Se dio media vuelta y se encaminó a la casa de invitados; no sabía si traicionaría otra vez a Héctor, pero hoy no sería un día de esos, pues con un beso se sello un juramento. No tardó mucho en llegar a la casa de invitados. Subió deprisa y vio levantada a Raquel; se presentó:

—Perdón por las prisas; mi nombre es Adrián.

—El mío, Raquel. ¿Creo haberte visto antes?

—No sé si llegamos a vernos en mi casa de Vera.

—No lo sé, estoy mareada y…

—No importa. ¿Dónde está Héctor?

—En la habitación contigua. Lo sé por sus ronquidos.

—Ya los oigo. Por cierto, yo también soy tu guardián.

—… Gracias, supongo.

—Aún no las des, aún no hemos llegado a donde deberíamos. ¡Hasta pronto!

Así salió de escena Adrián dejando perpleja a Raquel, que gracias al dolor de cabeza que le provocaron los sedantes, ni podía ni quería pensar con claridad.

Adrián entró sin hacer mucho ruido donde dormía Héctor, no fuese que un inusual despertar le propinara un golpe o algún accidente peor.

—¿Héctor?

Héctor al sentir la voz de Adrián se alertó y se incorporó raudo con un cuchillo en la mano. Agradeció que Adrián hubiera mantenido las distancias; entonces Héctor le habló:

—¿Mal despertar?

—Los he tenido peores. ¿Qué ocurre para que me desveles antes de tiempo?

—¡Me ha ocurrido algo muy extraño!

—¿Tiene que ver con nosotros y nuestro viaje?

—Sí, y mucho.

—Pues no te demores en contarlo que me tienes en ascuas —dijo Héctor.

—Estaba en las calles de Selva cuando una dama desvió mi atención.

—Las mujeres de Selva son muy bellas.

—Déjame terminar; aún está el recuerdo fresco y no quiero olvidar ni tan siquiera el más insignificante detalle.

—No te interrumpo más.

—No solo atrajo mi atención, sino que también guio mis pasos. Estaba totalmente hipnotizado por ella. Me dijo que te dijera a ti que no estás solo y que sabe el tormento que padeces, que os protege a ti y a Raquel, que ella y solo ella es dueña de su destino, que tenga paciencia en el camino y algo más sobre espinas y rosas.

—¿Algo más?

—Me besó y me dejó inconsciente en el callejón donde me condujo.

—¿Cómo era ella?

—Una belleza sobrenatural; aún tengo dudas de que haya ocurrido si no fuera por el carmín en mis labios.

—Te creo, Adrián, más de lo que piensas. Antón me alertó de que surgirían amigos y enemigos, pero no sabía que fueran tan poderosos. Y ahora te pregunto a ti, Adrián, ¿tienes claro tu camino?

—Mi camino va contigo, Héctor, no hay dudas. ¿Soñaré con esa dama? ¿No es malo, verdad?

—Todos soñamos con algo que igual nunca tendremos. Con eso nos conforman los sueños. Descansemos, pues aún queda camino por medio.

—Que descanses, Héctor.

—Buenos sueños, Adrián.

Raquel se encontraba en el salón, estaba buscando algo para leer. Lo hacía sin ruido para no molestar. Unas horas de soledad serían buena medicina para ingerir los agitados momentos que le cambiaron la vida, hasta que un libro cayó del estante. Raquel lo recogió; se titulaba *Amores imposibles*. Así, Raquel se fue a la alcoba en silencio, así como quedó toda la casa.

26. LA CUERDA TENSA

La noche, como todas las precedentes, era fría, y el silencio agraviaba más la soledad de la ciudad de Ulsan. Noche dormida que hacía pasar las horas de la madrugada como una sedada velada.

Pocas veces se abría la puerta norte de la ciudad de Ulsan; por eso, su desuso provocó un chirrido agudo que rasgó el silencio de la fría noche. No hubo alma en Ulsan al que no se le hubiera roto el sueño; en algunas casas iluminaban sus ventanas con quinqués de aceite, y en las más pobres, con restos de velas que miraban hacia las calles vacías intentando descubrir la procedencia de ese sonido que perturbó el sueño. Algunos vecinos se miraban uno enfrente del otro, encogiéndose de hombros, pero ninguno se atrevió a bajar a la calle para descubrir el origen del sonido, pues vivían todos impregnados en la cultura del miedo.

Por esa misma puerta norte, penetró una enorme máquina que era más grande que un tren que no necesitaba raíles. A sus flancos, más de cien hombres. En la misma puerta esperaba el director de Ulsan, quien miraba sin extrañeza aquella máquina, pues le era familiar. Venía de Monasterio y hacía muchos, muchos años, que no había la necesidad de su salida. ¿Y ahora?

El director con poca guardia se fue acercando a la máquina para que no pudiera avanzar más ni transitar por las estrechas calles de Ulsan. Así que, justo cuando la máquina traspasó la puerta norte, se paró y las puertas se cerraron de nuevo provocando otra vez una ruidosa grieta en el silencio de la madrugada. Detrás del director aguardaban cuatro coches de tiro a la espera de que diera órdenes el director. La compuerta lateral de la máquina se abrió y se posó sin armar más ruido en el suelo, una escalerilla. De esa puerta bajaron cinco personas encapuchadas, que, encorvados, se encaminaron a las cercanías del director el cual les abordó con simpáticas palabras.

—¿Han tenido buen viaje, hermanos?

Los cinco encapuchados levantaron sus cabezas asintiendo, y como espectros, se repartieron entre los coches dejando uno libre para el director y los tres guardias. Unos pocos soldados se quedaron montando guardia y los demás siguieron a pie a los coches de tiro que empezaron la lenta marcha. La extraña comitiva entró como un puñal en las calles de Ulsan, hiriendo aún más la ciudad con miedo.

Aquellos que despiertos miraban aquella procesión de coches y soldados no auguraban nada bueno y algunos temían lo peor. De

generación en generación se transmitían historias de una purga que solo traía muerte y desolación. Así, esa noche, la hermandad, con el temor de los ciudadanos, tomó para sí la ciudad de Ulsan.

Aunque antes fuera ya suya llevando el poder en la sombra, ahora lo hacía abiertamente con una demostración de fuerza. Se oía en todas las casas de Ulsan el sonido de cómo todos los vecinos de esa ciudad cerraban las ventanas y atrancaban las puertas; para ellos sería una noche insomne esperando lo peor.

Todo el ayuntamiento, sobre todo la torre alta, se había dispuesto para acomodar a la comitiva y a los soldados de la hermandad. Ni una brizna de viento y ni un copo de nieve importunaban esta noche de silenciosa luna fría de tensión y miedo, hasta las sombras huían. El director levantó la vista y a contraluz de la luna vio volar varios cuervos. No se inmutó, pues sabía que pronto todos los lugares de alrededor de la hermandad se movilizarían, pero lo que él desconocía era hasta qué punto.

Los coches llegaron a las escaleras del ayuntamiento y fueron bajando como siniestras sombras los cinco miembros de la hermandad, con sus abrigos negros hasta los pies y barriendo la nieve de los escalones sin que sus pisadas produjeran ruido alguno.

Algunos vecinos, que por sus ventanas sin luz tuvieron el valor de observarlos, creyeron que eran fantasmas de tiempos pasados que venían a cobrarse en sangre antiguas deudas y quizás, a pesar de estos pensamientos exagerados, algo de verdad tenían.

Al pasar el último de ellos, el director que se quedó rezagado, volvió la vista hacia la ciudad, quizás una puesta en escena demasiado exagerada, más que cuando el peligro estaba fuera de Ulsan, pero no le desagradó que estos ancianos estuvieran aquí, en su ciudad pues había mucho de lo que hablar.

En la entrada del ayuntamiento, estando los seis a cubierto y con las puertas cerradas, los cinco formaron un abanico quedando el director en el centro esperando sus primeras palabras.

—¿Dónde dormirán los soldados?

—En los calabozos. Allí tenemos camas de sobra y ya han bajado comida suficiente y agua. Son estancias cálidas. Tratamos tan bien a nuestros invitados como a nuestros prisioneros.

—Está bien así. ¿Y nosotros?

—En la torre alta, subiendo estas escaleras, son mis aposentos, amplios y cómodos. Supongo que tendremos bastante que debatir.

—Por supuesto. Te seguimos.

Subieron los cinco detrás del director y cerraron filas los guardaespaldas del director. Ellos no necesitaron de ninguna

compañía más hasta que llegaron a la torre alta. Se deshicieron de sus grandes abrigos negros que recogieron los sirvientes de la torre. El director los invitó con la mano a la sala principal, la cual había dispuesto con seis sillones y con el fuego bien avivado para que el calor inundara generoso la sala. Al lado de cada sillón, una mesita pequeña con un vaso de cristal y una licorera llena hasta la mitad. Con una sonrisa, despidió a sus sirvientes y les indicó con voz clara que se dirigieran a sus casas. Dejó pasar unos pocos minutos e indicó a sus guardaespaldas personales que comprobaran si había alguien en la torre alta. Los cinco ancianos esperaban pacientes que la ausencia de cualquier alma fuera garantía de privacidad. Volvieron afirmando que nadie más, a excepción de los que estaban en la sala principal, se encontraba en la parte superior del ayuntamiento. El director les indicó las mismas instrucciones a sus guardaespaldas y, muy extrañados, pues antes jamás esa orden fue dada, abandonaron la torre alta.

El director empezó la conversación con una obviedad:

—Hermanos, estamos solos. ¡Hablad!

—Según los recientes acontecimientos en Monasterio, han formado un consejo urgente. El director de Vera nos ha informado de que tiene la certeza de que los durmientes han despertado, que más de uno vivía en la misma ciudad y por lo visto huyeron con éxito.

El director de Ulsan se rebujó en su sillón incómodo, ciertamente traicionado o simplemente decepcionado de que el director de Ciudad no se lo hubiera comunicado a él directamente y que lo supiera por sus propios espías en la ciudad.

—Sí, tengo conocimiento de ese incidente. Algún espía mío ha creído detectar a otro. Ahora mismo está en su búsqueda.

—No tenemos esas mismas noticias tal como ahora lo cuentas —interrumpió un anciano—. ¿Podrías ser más explícito?

—Hace dos días que partió una expedición en busca de esa misma leyenda. Al día de partir, regresó uno de los dos coches vacío y a las horas siguientes fueron viniendo a pie el resto de la expedición.

—Menos una persona, ¿verdad? —volvió a interrumpir inquisitivamente el mismo anciano con el beneplácito del silencio de los demás.

—¡Cierto! Como también lo es que no he terminado de contar todo lo que sabemos del paradero de lo que queda de esa partida. ¿Puedo proseguir?

—Se lo rogamos.

—Se lo agradezco. ¡Bien! La partida iba dirigida a varios feudos para recabar información del paradero de esos supuestos durmientes, terminaría en el feudo que hace frontera al este de las cinco ciudades: Mont-Elo. Como ya sabéis y como iba diciendo, la expedición, menos Noelia, mi mejor espía, volvió y tras interrogarles insistentemente como supondréis, la conclusión es que no sabían absolutamente nada y aseguraron que decían la verdad.

Uno de los ancianos se levantó del sillón visiblemente alterado, tanto que sorprendió a todos los demás asistentes y se dirigió a todos con nerviosismo.

—Sabíamos que tarde o temprano pasaría; estábamos demasiado cómodos olvidando al tiempo que la antigua amenaza renacería un día u otro.

—Cálmese —incidió el director de Ulsan—. No tenemos la certeza real de que sean ellos y aunque lo fueran, están huyendo. Creo que la respuesta de la hermandad pueda ser un poco desproporcionada.

—Sabe usted que ahora mismo la noticia de que la leyenda de los durmientes se haga realidad puede suponer que este mismo hecho dé alas a todos aquellos que están en contra de los intereses de la hermandad.

El director volvió a tomar la palabra.

—Tenemos a toda la población presa de la ignorancia y del miedo. ¿Qué clase de insurgencia puede haber? A no ser que sea más por causa de la desesperación que de una leyenda antigua y que encima se están dando a la fuga. Tenemos a toda la población de las ciudades demasiado atenazadas sin apenas margen para ninguna alegría. No es cierta la teoría de que el ser humano cuantos menos conocimientos tenga, más feliz será, ¡ni tan siquiera música!

Un anciano se levantó airado y con un dedo señalándolo le dijo acusatoriamente:

—Te pareces a…

El alcalde se encaró a él con una rabia que rompía toda su paciencia calmosa, que era signo personal de él.

—Ni se te ocurra nombrarlo. Él fue quien abandonó primero y muerto está, y así seguirá.

El único anciano que no había intervenido se levantó y con sus dos manos con las palmas boca abajo, dijo:

—¡Calma! Hemos venido a solucionar problemas y no a crear nuevos y menos dentro del seno de la hermandad. Prosigue, director, los cinco oiremos.

El mismo anciano que calmó el ambiente replicó:

—No lo niego, pero en la hermandad hemos decidido eliminar este teatro del alcalde-director, y ya declarar que la hermandad controla las cinco ciudades más grandes conocidas de la humanidad y todos sus feudos. Un poco de miedo y sangre y todo volverá a la normalidad.

—No comparto esta nueva disposición de la hermandad, pero lo acepto como miembro de la misma. Una pregunta, hermanos, ¿enviasteis al más extremista de nosotros a Vera, la primera y la más grande de las ciudades, y que mató al alcalde con sus propias manos?

—Sí, lo enviamos porque hacía falta poner orden.

—Y ¿qué sabemos de aquellos que han despertado? —preguntó el director de Ulsan. ¿No sabemos quiénes son? ¿Cuántos son? ¿Ni de qué son capaces? ¿Por qué han despertado? Hermanos, esto es lo que más me preocupa: no sabemos nada.

—Algo sabemos. Nos han informado de que les han ayudado en un feudo y tenemos que dar un escarmiento.

Al director ya se le veía terriblemente cansado de estar tratando con antiguallas sin perspectiva y que no quería hablar más en el vacío.

—Haced lo que debáis. Insisto en que estamos tensando mucho la cuerda. ¿Puedo saber vuestros planes?

—Si no reaccionamos, será el fin de nuestros días. Aunque huyan, volverán y querrán terminar con nosotros.

—No, director, a usted no le diremos más —replicó el más severo de los ancianos.

—¿Necesitan de mi ayuda?

—¡No! Nos acompañará el director de Vera, que ha sido quien ha tenido la idea de apagar el fuego antes de que prenda y la hermandad lo apoya. Hablando por estos cinco presentes, y en nombre de toda la hermandad, nos ha decepcionado, hermano, es usted demasiado blando, pero no se tomarán medidas contra usted.

Así concluyó la reunión, con sabor amargo. La reacción al miedo. Uno a uno, los ancianos se recluyeron en sus aposentos, y en la sala, sin los ancianos, hablando solo el director espetó: «Si yo os decepciono, no sabéis cuánto me decepciona vuestro miedo y poca inteligencia».

27. MESA

Noelia miraba al cielo a través del delgado cristal que separaba la cabina del mundo exterior. Miraba cómo los algodones grises de las nubes se oscurecían porque el atardecer moría y la noche como una negra cortina pedía paso en el fin del día a través de pequeños claros. Una franja anaranjada daba fe del sol que desaparecía en la cima de unas pequeñas colinas. Todo el manto blanco que cubría el suelo se hacía tan oscuro como el cielo. Grises, azules y violetas iban ganando paulatinamente al transcurso del tiempo. Hacía frío y la noche lo acentuaba. Noelia se acomodaba entre sus abrigos y pieles, miraba el paisaje porque no quería mirar a su autoimpuesto compañero de viaje. Le costaba mirar su agraciada cara con esa débil sonrisa de victoria, que en estos momentos despreciaba. Frío era el ambiente, denso el silencio que se podía cortar con un cuchillo, tanto que ahora lo que ella más temía es que abriera su boca y así lo hizo.

—¿Va a durar mucho tu silencio? Porque si es así lo que resta de viaje, va a ser tremendamente aburrido.

—Recuerde usted, querido secuestrador, que estoy aquí por la fuerza. No encuentro en mi boca muchos temas de conversación más que insultos.

—Al tiempo me lo agradecerás.

—Ahora mismo estoy muerta. ¿Es eso de mucho agradecer?

—Servir a la hermandad al final es estar muerto. ¿Qué te crees que harán contigo cuando no sirvas para sus fines?

—Aún falta mucho tiempo para que eso ocurra.

—El tiempo pasa muy deprisa —le contestó Prometeo.

—¿Qué sabrás tú?

—¡Qué ironía! Pensé que jamás nadie me lo preguntaría. Pues sé más de lo que te puedas imaginar.

—¡Qué rabia! ¡Qué será de mí ahora! —exclamó Noelia.

—¿Conoces la palabra *libertad*?

—¡Cómo dices eso si ahora estoy presa!

—Ahora sí, pero es por tu bien.

—Estoy harta de que me lo repitas. Es más, a cada palabra que añades, me siento más irritada. ¿Por qué no te caerá un rayo y así alguna ínfima suerte se aliará conmigo?

Como si fuera una invocación, el cielo se fue cerrando ya negro sobre negro. En las alturas, se iluminaban batallas eléctricas en el banco de nubes hasta que un rayo erró de sus alturas y cayó cerca de ellos, lo cual encabritó a los caballos, que pararon y se pusieron

en dos patas asustados; así, aceleraron el paso.

—¡Por poco, pero fallaste! No me digas que también eres bruja.

—¡Te odio!

—Bueno, al menos no me quieres matar, vamos progresando.

Si los ojos de Noelia fueran puñales, hubieran cosido todo el cuerpo de Prometeo a puñaladas. De pronto, una pequeña luz iluminó su mente y quiso hacerle una pregunta que requería la perfecta formulación. Sabía que a pesar del poder que tenía en la palabra y que no usaba con ella para que no se sintiera falta de libertad, dejó atrás el odio y rencor, y con otra voz que no fuera la ira, la dispuso con lentitud y sinceridad, a ciencia cierta que no mentiría:

—¿Dime la verdadera razón por la cual me tienes aquí?

—Por tu salvación y…

Se quedó recapacitando en pausa si continuar o no. Noelia cambió la faz de su cara esperando las siguientes palabras, con la ansiedad de lo que pudieran revelar, pero jamás estuvo preparada para el resultado de las siguientes palabras de Prometeo.

—… y porque estoy enamorado de ti.

Como una corriente helada, su cara perdió el color y su corazón estuvo a punto de detenerse. No podía pensar cómo esas palabras que había oído cientos de veces de cientos de hombres le habían calado tan hondo y le habían derrotado ya por segunda vez, pero esta no le dolió. Le apenó, pues Prometeo no mentía.

—No me conoces —le contestó ella.

—No nos conocemos.

—Estás muy loco si me quieres. ¿Por qué no me sentencias a muerte?

—Te estoy salvando.

—No me podrás proteger.

—No estoy solo.

—¿Los durmientes?

—¿Así nos llamáis?

—Sí, así os llaman y os temen mucho.

—Realmente, no sé qué planes tenemos, no sé por qué nos tienen que temer, yo solo conozco a uno de esos durmientes y se supone que me activó o me despertó y me dio las instrucciones a seguir.

—¿Te dijo que me raptaras?

—No, yo tengo que ir solo; tenía que ir solo, pero te llevo conmigo. Es la única manera de protegerte de ti misma.

—¿Qué te dirán cuando me vean y sepan quién soy?

—Nadie es dueño de nadie y conozco a quien me ha protegido a mí. Se sorprenderá, pero nada más. Somos tan humanos, más aún que a los que tú sirves.

—¿Dónde tendría que llevarnos el coche? —preguntó Noelia.

—A Aban.

—Pues te aseguro que no vamos en esa dirección y ya llevamos tiempo apartados de ese destino.

Prometeo se sorprendió y miró el paisaje. Tenía que creerla. Él no conocía más que mapas y cientos de libros llenos de información; no había manera de saber a dónde se dirigían.

—Tendrás razón, pero vamos en buena dirección. ¿Qué hay en este camino?

—No lo sé.

—No tenía previsto esta situación —afirmó Prometeo.

—No podemos seguir a ciegas. Los caballos están asustados y no pararán hasta que revienten.

—Tienes razón.

Noelia pensó para sí: «Casi siempre la tengo».

Prometeo abrió la portezuela; el viento gélido que acompañaba este anochecer irrumpió violento en la estancia del coche y el sonido de las ruedas con la tierra se acentuaba de manera siniestra. Prometeo se aupó y con las manos en la barandilla que adornaba la parte superior del coche se impulsó aprovechando la inercia para posarse en la parte superior del coche con violencia. El súbito movimiento de Prometeo hizo que Noelia exclamara un grito sentido, a lo cual tapó la boca esperando que él no la hubiera oído, y más sorprendida se quedó cuando de su boca salió una frase inconsciente:

—¡Ten cuidado!

De pronto, una cabeza boca abajo apareció por la parte superior de la portezuela del coche y Noelia a pesar de la oscuridad que ya era reina del tiempo actual que estaban viviendo en ese momento, juraría que hablaba con una sonrisa.

—¿Pero no me querías matar? ¿Tengo que tener cuidado ahora?

Noelia enrojeció. En su vida se había sentido tan vulnerable y tan débil, y todo por ese extraño ser que parecía un ángel que la había apartado de su relación con la hermandad, la única vida que conocía. Se hizo ella misma una pregunta: ¿se podía vivir de otra manera? Sabía la respuesta que ni siquiera en su mente respondió.

Prometeo se apartó de la portezuela del coche y la cerró, se puso en cuclillas en el techo; el viento y el frío le hacían excitar un lacrimal y el traqueteo del coche estaba a punto de que saliera

despedido del mismo. Avanzó cuidadosamente hasta sentarse en el asiento del conductor buscando las riendas. Al cabo de poco tiempo, las vio arrastrarse entre la lanza que unía a los cuatro caballos. Estimó demasiado riesgo, no por él, sino porque ahora tenía una doble misión. La primera, llegar a su destino, y la suya propia, la de proteger a Noelia de la hermandad y de sí misma. Tenía que parar el paso frenético de los caballos y las palabras de poder no funcionaban tan bien en animales como en humanos. Como una inspiración, saltó diestro desde el asiento a la lanza del carruaje, puso ambas manos cada una en una grupa de cada caballo y empezó a cantar una canción de miles de años, la primera que le vino a la mente, pero qué memoria traicionera pues la canción iba dirigida no solo a los caballos.

En un bosque cercano a Verthan,
estuvimos jugando un día
y toda la noche bajo la luna.
Jugamos mi amiga y yo
así hasta que el alba llegó
y una alondra nos cantó.
Y así nos dijo: «Váyanse, que la luz os descubrirá».
Y yo le respondí dulcemente:
«Aún no».
Entonces la atraje hacia mí
y ella me lo permitió,
tres veces la besé
y un beso más sentido me devolvió.
No le disgustó,
entonces nos deseamos allí
y quisimos que esa noche
fueran cien.
Y nunca más decir
por mi amor
que la alondra nos mintió.
La aurora no llegó aún,
mujer adorable de cuerpo gentil,
nuestro es este tiempo,
nuestro es este amor,
amémonos hasta que nos descubra el sol.

Noelia, confusa, se debatía entre sentimientos contrariados. Sola en la cabina del carruaje, a pesar del viento aullante y el sonido de

las ruedas, de los cascos de los caballos contra la tierra oyó un sonido apagado pero melódico y dulce. ¡Estaba cantando! Qué sorpresas escondía ese personaje que tanto le estaba resquebrajando la coraza que tenía ante los sentimientos. Se concentró y puso todos sus sentidos a escuchar la canción: era dulce y embriagadora; cada palabra sonora inconscientemente la hacía suya. Noelia abierta puso una mano con sus dedos desnudos en su cara y descubrió cómo por sus mejillas recorrían lentas unas lágrimas; ahora lo odiaba aún más… ¿era eso lo que sentía?

El ritmo frenético de los caballos fue amainando, y Prometeo aprovechó para avanzar hasta los caballos guías. La lanza no era superficie segura y tenía que calmar a esos animales; si no, se morirían por el sobreesfuerzo. Cogió las correas que sujetaban las bocas al mismo tiempo que seguía cantando y tirando suavemente de ellas hasta que paulatinamente fueron aminorando y al final, pararon. Miraron al cielo, pues parecía que la tormenta eléctrica ya había abandonado los parajes en los que ahora se encontraban; las nubes se desgajaban por un momento y dejaban vislumbrar una luna plateada para luego esconderla. El viento también amainaba para dejar una noche serena plácida y fría.

Noelia bajó del carruaje con sus piernas temblando, pero no podía dejar ver su debilidad. Cerró su abrigo y bajó la cabeza para que no pudiera ver el brillo de sus pupilas propiciado por las lágrimas, y con voz trémula esperando que le atribuyera al frío, dijo:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Sinceramente, no lo sé.

—Es tierra peligrosa para estar en medio de ningún sitio.

—No tanto conmigo. Un momento, si me disculpas.

Prometeo anduvo unos metros al frente intentando que un grupo de vegetación no le obstaculizara la vista. Vio a lo lejos un grupo de luces parpadeantes; era fuego bien distribuido y medianamente alto; era un asentamiento.

—Noelia, ¿qué población hay en aquella dirección?

—Que yo conozca, ninguna a pesar de lo que tú dices, que en la dirección a la que vamos es más o menos esta; llevamos muchos kilómetros desviados de nuestro camino, la única cercana es Aban, y lo que ves tú lo desconozco.

—Solo hay una manera de averiguarlo: ¡debemos ir!

—No sabemos lo que nos encontraremos allí.

—Cualquier cosa será mejor que estar expuestos a la vulnerabilidad del campo abierto en Tierra de Nadie. Monta en el

coche, pues ya sobre camino pensaremos cómo nos presentamos.

Así prosiguieron hacia las misteriosas luces, pero con paso calmado y en la cabina con una tormenta de sentimientos, luchando unos contra otros. Se fueron acercando, divisando una extensa empalizada de troncos bien unidos. El final del camino terminaba en una doble puerta hecha de madera y escoltada por dos torretas hechas también del mismo material. A Prometeo le parecía viajar aún más en el tiempo, aunque toda la construcción estuviera hecha con bastante perfección, mas los materiales eran bastante obsoletos. Se bajó delante de la misma puerta esperando respuesta a su presencia. Vio unos ojos curiosos en las sombras de la torre vigía y oyó unos pasos rápidos detrás de la puerta que rompía con sus pisadas la nieve. Abrió la portezuela de la cabina, extendió su mano hacia el interior invitando a Noelia a bajar a lo que ella obediente, accedió. Juntos, avanzaron hasta la misma sombra de la empalizada. Prometeo tenía la mirada fija en las puertas, pero ella no pudo más que romper el silencio:

—La canción que cantaste antes…

—Es una canción del siglo trece, la canción del Alba.

—Es muy bella.

—También la canté para ti.

Noelia dio gracias a las sombras de la noche porque enrojeció hasta notar que el calor en sus mejillas se hacía embarazoso. Este ser estaba rompiendo una a una todas sus defensas; había una delgada línea que separaba el odio del amor y comprendió qué fácil era pasar de un lado a otro. Ella tenía ganas de acercarse a él, pero no podía ceder. Un sonido rompió su pensar y volvió a sentir el frío de la noche.

—¿Quién anda ahí?

—Somos Prometeo y Noelia, agentes de la hermandad.

Noelia se volvió brusca hacia él intentando recriminarle su osadía: ¡nada menos que la hermandad! Un secreto que, aunque muchos conocían, jamás se revelaba; qué imprudente e insensato era Prometeo.

Se abrieron las puertas de par en par, cada una empujada por un hombre, a lo cual Prometeo indicó a Noelia que se volviera a montar en el carruaje, y así condujo él mismo el coche hacia el interior de la empalizada. Fue despacio, no tuvo que avanzar mucho pues se encontró con un grupo de hombres que le obstaculizaban el camino.

Prometeo bajó, y antes de dirigirse a la comitiva de bienvenida, fue a ayudar a Noelia a bajarse del coche y así de la mano ella, se

paró y realizó un saludo extraño. Un hombre ya entrado en años se adelantó; era fuerte a pesar de la edad y no muy alto, entonces con una sonrisa se dirigió a ellos:

—Bienvenidos a Mesa, y nada menos que desde la misma hermandad. Hacía décadas que no recibíamos ningún agente ni siquiera de la ciudad de Vera, a pesar de ser el último feudo de ella.

Prometeo se acercó a Noelia y en un débil susurro le dijo:

—Nunca oí de este feudo. ¿Y tú?

—No, jamás.

—Estate atenta por si acaso.

Prometeo se adelantó a Noelia y con un tono de voz conciliador le habló a aquel hombre:

—Confieso que hasta que nos dieron orden de venir aquí no conocía la existencia de este feudo, y por lo visto la razón de venir aquí ha sido por todo este tiempo que no ha recibido visitas. ¿Ya era hora, verdad?

—Ni nos ilusiona ni nos molesta vuestra presencia. Es nuestro trabajo y os ayudaremos en lo que necesitéis.

—Al no conocer este feudo, os estaríamos agradecidos si vos, señor, tuvierais a bien explicarnos sus características, pues ya os confesé que lo desconocemos.

—Por supuesto que os explicaré toda la historia de este peculiar feudo. Pero ¿no creéis que sería más cómodo que lo hiciera donde mejor se cuentan las historias, al lado de un buen fuego? La noche es fría y nosotros somos hospitalarios; tendréis sed y hambre también.

—¡Por supuesto! Os acompañamos.

Uno a uno fueron entrando en la casa de madera más grande que había alrededor. Fueron los últimos en entrar después de su anfitrión. El calor les golpeó suavemente el cual propició que se quitaran ropa. En cuanto Noelia se quitó el abrigo y el sombrero de lana, se oyó una queda exclamación. Prometeo sonrió. Era bella, tanto que sorprendió a todos los que estaban ya sentados en una mesa de madera maciza al lado del fuego. El anfitrión les invitó a que tomaran asiento.

Noelia fue elegancia en movimiento, y la seguridad de Prometeo era fe suficiente para que creyeran el argumento de una mentira. Empezó un baile de platos de sencilla elaboración, pero de exquisito gusto. Se sirvió vino a pesar de que el alcohol estuviera prohibido, pero Noelia vio que el que posiblemente fuera el duque de ese feudo no le traía ningún arrepentimiento el infringir las leyes. Tampoco ellos le llamaron la atención ni hicieron ningún gesto de

desaprobación. Estaba tosco, pero calentaba el cuerpo y a la segunda copa, su sabor ganaba muchos enteros.

—Bueno, ahora que hemos terminado de cenar y el vino os ha calentado el cuerpo y templado el alma, os contaremos algo sobre Mesa, al que llaman el feudo olvidado de Vera, tanto que ni vosotros sabíais que existía. Esta es su historia y así nos encontramos en estos tiempos: «Mesa es joven, justo nació en mi juventud, yo soy/era un caminante recorriendo este desolado mundo; como veis, no todos los caminantes son iguales. Sobrevivía como podía y todas las mañanas al despertar daba gracias por estar vivo, hasta que un día me encontré con un grupo numeroso de gentes que huían hacia el sur. Como sabéis, ni hacia el norte ni hacia el este hay ninguna ciudad; solo al este el famoso feudo de Mont-Elo, que es la frontera con el grupo de ciudades que dirige la hermandad. No podíamos dirigirnos a ninguna ciudad, quizás hubiera sido más inteligente haber ido a Mont-Elo, pero en nuestro viaje intentamos sobrevivir, pues se hacía difícil que la tierra nos diera tanto, tantas veces y para tanta gente; así que un día encontramos un claro un poco elevado que parecía una grandísima mesa; así, cuando nos levantamos al amanecer, tuve la idea de que ese sería un sitio ideal para asentarnos. No podíamos seguir dando tumbos de un lado a otro dependiendo de la suerte. Así se lo comuniqué al resto del grupo, el cual conociendo las leyes de las ciudades, accedieron. No estábamos tan desamparados; muchos en sus mochilas tenían herramientas y un anciano que no está entre nosotros llevaba semillas de trigo, maíz y otros tipos de plantas comestibles. Me eligieron líder de su grupo por mi iniciativa, solo esperaba que estuviéramos lo suficientemente lejos de Vera para que no nos descubrieran, pues seguramente nos eliminarían. Empezamos a trabajar duramente, tuvimos suerte de que los caminantes más salvajes nos dejaran en paz. Solo usábamos troncos de árboles muertos y los moldeábamos; no debíamos enfadar a la madre naturaleza, que es la que nos da de comer. Mesa es tan sencilla… no tenemos electricidad, tenemos cerca de dos mil almas de los pocos que empezamos, cuidamos mucho la higiene y vivimos y morimos dignamente como podemos.

—Entonces, ¿cómo es que no teníamos constancia de este asentamiento si la hermandad os lo permitió? —dijo Noelia.

—Una partida de Vera, explorando el norte de sus fronteras junto con su director, nos descubrió; Mesa no era tan grande como ahora. Los acogimos con la hospitalidad que ahora mismo os ofrecemos. Ese director no es el que hay ahora; si fuera el mismo,

estaríamos todos muertos en una zanja común. Se reunió conmigo a solas, me explicó que todo asentamiento sin permiso de la ciudad estaba prohibido y pensó en buscar una solución para este problema y muy sabiamente decidió convertir a Mesa en un feudo y a mí el duque de ella; argumentó que la parte sur de Vera debería tener un feudo a más de cincuenta kilómetros de ella para controlar la frontera y así evitar más partidas de exploración. De este modo, nació Mesa como un feudo, gracias a la bondad de un director.

—¿Pero hay representación aquí de la hermandad?

—¿Quieres decir espías?

—Sí.

—Vinieron al poco de que se declarara Mesa como feudo, pero se han integrado como cualquier otro habitante y no informaron jamás a la hermandad porque no había nada que informar; ni pedimos nada ni nada ofrecemos, así después de cuarenta años hemos recibido vuestra visita. Descansad, visitad este emplazamiento e informad de lo que debáis.

Así pasó el tiempo entre vasos de vino que hacían olvidar el frío, amena conversación y la calidez de las gentes sencillas; incluso Noelia sonrió. Prometeo dibujaba una débil sonrisa y escuchaba más que hablaba hasta que su cara cambió en una expresión de preocupación y se levantó de la mesa súbitamente dejando caer su copa de barro al suelo. Todos se quedaron mirándolo con estupor; salió fuera de la casa, dirigiendo su mirada a un punto. Siguió andando y a los pocos metros vio una sección de la empalizada de madera astillada; una casa cubría la parte estropeada, entró sin permiso en la chabola de madera, todo estropeado y roto, y mucha sangre por todos lados. Entonces, Prometeo se dirigió al duque:

—¿Qué es lo que fuera os acecha?

—¿Cómo lo has sabido?

—Lo siento, siento su ansiedad; está esperando que os vayáis a dormir, que se apaguen algunas hogueras, está esperando para matar.

—Es un caminante salvaje. Ayer, como puedes ver en esta parte, de una embestida logró romper la empalizada, mató y se llevó a una mujer junto a un niño pequeño; aquí la vida no es fácil. No pensé que volviera. Dispondré de algunos hombres para intentar matarlo.

—Moriríais todos. Es muy poderoso. Lo mataré yo.

—¿Arriesgaríais la vida por nosotros?

—Me habéis dado vuestro pan, vuestro vino y me habéis ofrecido el calor de vuestro hogar. Es mi deber daros algo a cambio: mi sangre.

Noelia se adelantó hacia Prometeo y en quedos susurros le habló:

—No hay necesidad de que hoy mueras, ni de arriesgar tu vida.

—Hoy no es cuando moriré; además, si muero, te ahorro el trabajo de matarme.

Noelia calló y volvió el rostro para que no viera como una lágrima recorría sus mejillas.

—¡Eres un estúpido!

—¿Quién dijo que no lo fuera? No moriré hoy, pues tengo que llegar a mi destino y tengo que protegerte. ¡Duque! ¿El carpintero? —preguntó Prometeo.

—Soy yo. ¿Qué deseas?

—¿Tendrías un palo de más de dos metros de la madera más dura que tengas?

—¡Sí! ¿Para qué lo quieres?

—Para hacer una lanza —afirmó Prometeo.

Fueron a la carpintería del pueblo no sin avisar de que avivaran los fuegos y hubiera más presencia de personas en lo alto de la empalizada. Allí le ofreció una madera larga y recta de unos tres metros. Prometeo sacó un cuchillo largo y empezó a sacar punta del final de la lanza.

—Necesito fuego.

El carpintero hizo una hoguera improvisada en mitad de la calle, y en esa hoguera, Prometeo quemó la punta de la lanza. Así estuvo todo a su gusto y se dirigió a la entrada de Mesa.

Justo abriendo la puerta, Noelia se acercó a Prometeo y lo abrazó. Él, sorprendido, la miró y ella con ojos llorosos solo se apresuró a decir:

—¡Vuelve!

Prometeo sonrió. Con la lanza apartada se desnudó de cintura hacia arriba al tiempo que empezó a nevar cayendo unos copos grandes y muy blancos. Él miró al cielo con complacencia y con un cuchillo se hizo un tajo superficial desde el pecho hasta el abdomen, del cual manaba sangre; se oyó un gruñido aterrador desde los lindes del bosque. Se fue andando poco a poco.

Noelia subió a la torre vigía principal del fuerte sin saber si quería ver o no lo que aconteciera. La oscuridad convirtió en sombra a Prometeo, que, ante el estupor de todo el mundo, empezó a silbar una melodía. Noelia la conocía, era la misma que al atardecer de ese día cantó. «Así nacen los héroes de leyenda», le comentó el duque de Mesa, pero ella solo quería que volviera como si la magia de esa noche hiciera eco. La melodía de Prometeo se oyó

en todas direcciones, confundiendo a la gente y a la bestia.

Prometeo sabía en qué dirección estaba el asesino que robó dos almas de Mesa, pero lo confundió con su melodía, necesitaba tiempo. A veinte metros de la empalizada, empezó a cavar un hoyo con sus manos desnudas hasta que consiguió la profundidad adecuada, entonces paró de silbar. Los gruñidos empezaron a tomar fuerza… se preparaba para atacar.

Prometeo se arqueó dejando que se abriera un poco más su herida y que el viento transportara el olor a sangre hasta él. Fue un breve lapsus de tiempo el que tardó el suelo en temblar ante las poderosas pisadas de aquel que ansiaba su sangre. Era enorme, y su tamaño se acrecentaba entre la noche. Prometeo se preparó con su lanza y esperó.

El caminante corría a una velocidad que devoraba los metros entre él y Prometeo; él estaba quieto y tranquilo esperando el momento oportuno; a pocos metros inclinó la lanza y el caminante se ensartó él mismo, parando ante el dolor y la sorpresa en el mismo instante que se hirió; entonces, Prometeo se deslizó hacia la derecha; la lanza se quebró y dio con el suelo. La bestia estaba malherida, pero no muerta. Prometeo sacó su cuchillo y lo hundió en la nuca de la bestia, a unos espasmos de su cuerpo dejó de moverse. La muerte trae muerte. Algunos aldeanos salieron de la empalizada para comprobar si las sombras no mentían y ver a aquel asesino muerto. Todos miraban a Prometeo con admiración. El duque se acercó:

—Gracias, seas quien seas, esta noche dormiremos más tranquilos.

—No las merezco. Dile a tu pueblo que traigan leña y quemen este cuerpo. La sangre y la podredumbre pueden atraer a otros caminantes como él. Los problemas futuros ya son vuestros; yo ya no puedo dar más por hoy.

—¿Cómo podemos agradecértelo?

—Un lecho caliente para mí y mi acompañante, provisiones y el camino para ir a Mont-Elo.

—¿Solo eso?

—No me hace falta más.

Noelia corrió y se le abrazó. Prometeo la miró y correspondió al abrazo y ella levantó su cara ofreciendo sus labios fundiéndose los dos en un sentido beso.

—Temía por ti.

—Nunca estuve en peligro. Recuerda quién soy.

—Un ángel.

—¿No me llamabas durmiente?

—Calla ahora; tus palabras, por muy poderosas que sean, sobran.

—Tienes razón.

Noelia pensó por segunda vez: «Casi siempre la tengo». El duque les indicó una casa pequeña en el centro del pueblo, con el hogar encendido y comida y bebida en la mesa.

—Mañana tendrás los víveres en mochilas bien pertrechadas y en alforjas. El camino hacia Mont-Elo no es para ir en carruaje como hasta ahora os habéis desplazado. Ensillaremos dos de vuestros caballos y guardaremos los otros dos si bien os parece.

—Por mí suficiente.

—Gracias otra vez, gentil hombre, que la noche os sea propicia.

Prometeo sonrió. La noche avanzaba, Noelia se apartó de él y fue a un cuarto continuo. Ahora se reuniría con él. Prometeo con un trapo limpio cuidó su herida. Cuando a la luz parpadeante de la hoguera vio aparecer a una diosa: Noelia. Estaba completamente desnuda, con la perfección de un cuerpo de pechos grandes, de estrecha cintura, de caderas bien formadas y piernas perfectamente torneadas, su larguísimo pelo castaño cayendo en cascada por su espalda y una sonrisa nacida de una sensual boca; era la primera vez que entregaba un cuerpo por amor y una frase que dejó sin defensas a Prometeo.

—Señor de las palabras, hoy te he dejado sin ellas, ven y ámame en silencio.

28. CAMINO

Nacía el alba de este nuevo día en el que Karmen encabezaba la marcha. Éramos cuatro aunque según palabras de Antón, eran más los que faltaban por llegar a Mont-Elo. Ahora recorriendo Tierra de Nadie pasándola en la noche y en el día, había más confianza, éramos un poco más fuertes. El bosque en sus misterios, de una forma u otra, habló de lo ocurrido la noche pasada; de seguro que cualquier caminante que hubiese tenido noticia no tendría la osadía de interponerse en nuestro camino.

Tenía preguntas y no perdía de vista a Karmen, me intrigaba aquel personaje misterioso que tanto nos ayudó y que tan poco conocía. Tenía tantas ganas de hablar con él que telepáticamente algo tendría que tener, pues me sorprendió como si leyera mi mente.

—Habla, Silvan, hace tiempo que quieres hacerlo. No te prives.

—Tengo muchas dudas; hay cosas que no me encajan.

—Yo siempre las tengo; sin embargo, si puedo despejar las tuyas, estaré encantado de hacerlo —contestó Karmen.

—Es sobre ti.

—Si son las leyendas que circulan sobre mí, te diré que algunas son ciertas y otras son exageraciones o mentiras.

—De ti no sabía nada hasta que apareciste en Nocturna —exclamó Silvan.

—¿Entonces? Dispara tus preguntas, me corroe la curiosidad.

—¿Trabajas para la hermandad?

—¡Trabajaba! Era la mejor manera de que no sospecharan de mí ni de mi procedencia, y antes de que me cuestiones mi fama de asesino, no maté a todos los que me encomendaron como misión, solo a quien sobradamente lo mereció. Mi clemencia tiene nombre: caminantes.

—¿Todos…?

—No, solo unos pocos. Como en la hermandad no cuestionaban mis métodos, pues solo querían ver resultados, nunca di explicaciones, siempre les decía lo mismo, ya están desaparecidos, y no mentía.

—¿Cuándo nos perseguías, sabías quiénes éramos?

—No.

—¿Y no sospechaste nada?

—Ahora que el camino es largo y disponemos de tiempo, te cuento: cuando el director me hizo el encargo, jamás uso el adjetivo *durmientes*, lo cual me hubiera alertado de quiénes erais. Pensé que

simplemente eras un mutante y por lo que deduje de las explicaciones del director, usaste la fuerza solo en propia defensa buscando no mostrarte. Estuve observando tu casa, desde demasiado lejos, y yo no era el único que te daba caza. Vi que había más gente que te ayudaba, lo cual despertó mi curiosidad. Cuando entré en tu casa, nada más intentar abrir la cerradura, me di cuenta de que la casa estaba preparada y reforzada; yo lo tomé como un reto personal. Al bajar al sótano y pisar las bolsas de cloroformo, fue magistral; eso confundió mis sentidos, hacía mucho tiempo y no sabes cuánto que una caza me costara tanto con todo tan preparado. Tuve incluso las sospechas de que era un engaño hecho por la hermandad que por fin había decidido en eliminarme. De todas maneras, salí de la ciudad y fue el olor de vuestra lámpara de aceite la que me guio por el laberinto de túneles de las alcantarillas. Ya veis que no sois tan inteligentes cómo pensáis. —Gabriel frunció el ceño—. Saliendo de la ciudad me invadió el sueño, necesitaba dormir y esas pocas horas que dormí, os dieron una ventaja crucial. Cuántos obstáculos me encontraría entonces hasta llegar a Nocturna. El bosque, que no me dejaba pasar, era hostil; no le gusta que se derrame sangre en su suelo, es una percepción difícil de describir.

—Yo también lo sentí. —Pensé que estaba poco lúcido.

—Al final, me dejó pasar tras prometer y jurar que no habría violencia ni maldad en sus entrañas. Ya en él, una manada de lobos gigantes me siguió hasta el punto de querer enfrentarse; el líder de la manada lo hizo conmigo, pero me midió y se dio cuenta de que perdería; estos animales tenían una inteligencia extrema. Después, apareció una dama blanca que ahora tengo en duda que fuera alucinación o un sueño: una belleza tan pura y extraña que me hizo dormir con una placidez que nunca sentí, y ni recuerdo cuándo pude hacerlo así. ¡Ya ves cuántos obstáculos y el tiempo que perdí!

Gabriel interrumpió, pues escuchaba el relato y le empezó a intrigar:

—¿Una dama blanca? ¿Lobos gigantescos? ¿El bosque iracundo? Buenos comienzos para escribir una fantástica leyenda para un libro.

—Cierto, Gabriel, aún tengo fe que me sorprenda este mundo. ¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos?

—¿Te lo digo por años o por siglos?

—¡Muchísimo tiempo! Entonces los inviernos no eran tan fríos.

—Eso es lo que repite Antón siempre.

—Ya sabes ahora de quién lo copió.

—Pero ¿cuándo supiste que éramos nosotros? —pregunté yo.

—Muy fácil: en las ruinas, Noche me lo contó. Ya conocía a Noche; él me indicó la dirección a la que os dirigíais.

Entonces, Antón, que también atendía desde más lejos la conversación, replicó a Karmen:

—Pensé que solo yo conocía a Noche y su nombre.

—Antón, ¿sabes bien quién soy, cuánto he recorrido y conocido? Hasta en la hermandad son conocidas mis ausencias y en ellas recorro esta tierra que denominan de Nadie, cosa que no estoy de acuerdo, porque Tierra de Nadie tendría que ser toda, nadie es dueño de nada realmente. ¿Y bien? ¿Hemos despertado como dice y teme la hermandad?

—Sí, si así prefieres poner esa definición; en realidad, tú eras el más escondido secreto y la casualidad da que hay que revelarlo.

—Aún no saben nada, Antón —puntualizó Gabriel.

—No tardarán en saber que Karmen tiene ganas de dejar de esconderse.

—Estás en lo cierto; estoy harto de esconderme y aquí estamos, el maestro de llaves, el señor de los secretos, un adolescente con sorprendente poderes, hijo de una estimada amiga y yo el más famoso asesino de la hermandad.

Antón se puso serio y ante el desconocimiento de Karmen le puse al día.

—¡Hay más gente! Y están de camino.

—Sorprendente. Me encantará conocerlos.

—Y tú, Karmen, ¿conoces a más durmientes?

—Sí, todos muertos.

El silencio se hizo predominante por la funesta afirmación de Karmen, como afirmando estos negros momentos. Un cuervo se posó en el hombro de Antón y regurgitó una cápsula pequeña; la abrió y desenrolló un pequeño papel; bajó de su montura y los demás le imitamos; la cara de Antón no auguraba buenas nuevas. Antón nos miró con cara de preocupación.

—La hermandad ya se muestra abierta.

—¿Por qué razón si todo lo controlan? —dijo Gabriel.

—No todo; los feudos no. Siempre tienen espías en ellos para informarles, en algunos más y en otros menos, la hermandad solo actúa por miedo a perder el control; han visto mucho movimiento, han acontecido demasiados hechos y temen perder su tan preciado control. Ahora, los feudos serán su objetivo. Han llegado a Ulsan con una máquina motora de guerra y cien hombres —argumentó

Antón.

—Una demostración de fuerza —dijo Karmen.

—Van a Selva—respondió apesadumbrado Antón.

—Estamos lejos de Selva, bastante lejos —apuntó Karmen.

—En Selva tenemos aliados; bueno, a decir verdad, los tenemos en todos los sitios —dijo Antón.

Karmen puso cara de interrogante y dio la última réplica a Antón:

—Me tienes que poner al día.

—No, Karmen; es mejor que solo uno sepa los secretos. Tenemos que llegar a Mont-Elo, allí nos esperan otros. A ciencia cierta no sé cuántos somos ni los que lograrán llegar —contestó Antón.

—Y aquí solo somos cuatro, y es imposible llegar a tiempo, nada podemos hacer por Selva. Réquiem por un oasis entre tanto desierto —cabizbajo dijo Karmen.

—Aún queda camino. Pongámonos en marcha —dispuso Gabriel.

Así reanudamos la marcha. Ellos estaban tristes y Karmen sumamente enfadado. Yo poco sabía de Selva y por lo poco conocido de lo que pude leer, sé que es un feudo realmente bello, me hubiera gustado verlo con mis ojos y ahora una sombra se le acecha. Es como si todas las letras leídas de ellas fueran pasado, y de su próximo futuro como si ya estuviera muerta.

Viajábamos a la hombría de una sierra hasta que sus alturas las dejamos a un lado. Seguimos el curso de un río de poco agua, siguiendo su corriente la mayor parte del día; la nieve iba perdiendo predominancia y el sol dejó su ausencia para ser nuestro compañero este día. La humedad aumentaba producida por su calor en el deshielo. Ya el bosque era poco espeso y los árboles no tan altos. El camino era estrecho pero limpio, se notaba que recientemente había sido usado, oíamos constantemente sonidos a ambos lados, apenas parábamos, pero por eso a los caballos no les apretábamos el paso: íbamos sin prisas pero sin pausas. Así pasábamos el camino en silencio, cada uno pensando en sus propias esferas. Los augurios del incierto futuro que se acercaban ya no le temía; solo quería encontrarme lo antes posible con Raquel. ¿Cómo serían los pensamientos de ella hacia mí? ¿Quiénes serían los nuevos compañeros? Pensando y en movimiento, así transcurrieron horas y horas de camino, subidas y bajadas. Pasamos por valles, ríos y pequeñas balsas de agua que eran ahora juguetes de blancas mariposas, nacidas de lo benigno de este día. Todo lo leído en libros ahora eran realidad y de mi boca, salían palabras que se escapaban

sin tan siquiera pensarlas.

—¿Y los cuervos?

La compañía que éramos de cuatro paró en seco mirándome extrañado, tal como miran los cuerdos a los locos, pero sabía a ciencia cierta que aunque abruptas mis palabras, no tenían ni un gramo de demencia. Antón se acercó a mí y me contestó:

—Silvan, quiebras silencios con preguntas inquietas y tan espontáneas que nos dejas boquiabiertos.

—Lo siento.

—Los cuervos, aunque los odies, son y fueron guardianes y mensajeros tal y como fueron otros animales: todos los que habitan esta tierra tienen el mismo derecho de vivir, mientras no atenten contra otros.

—No les tengo tanto odio ahora, la verdad.

—Es malo odiar. Te lo podemos decir todos los que aquí estamos. ¡Prosigamos!

Karmen, con una débil sonrisa, no pudo más que agregar:

—Hasta que el muchacho con algunas palabras nos sobresalte.

—¡Hasta entonces!

El día hizo ciclo completo y pronto se haría noche. Paramos en una casa abandonada sin techo, fuimos cautos y no encendimos fuego a pesar del relente que acompañaba a la nueva noche. Íbamos bien abrigados y nosotros el frío lo padecíamos menos. Antón me contó que parábamos por Karmen, que su debilidad era la necesidad de sueño, tenía que dormir al menos unas horas por día. Nosotros lo necesitábamos menos, pero esta noche aprovecharíamos. Antón se dispuso a hablarnos:

—Haremos guardias. No es que con nuestros sentidos se precise realmente, pero al menos si uno está en plena alerta será más rápida la respuesta por si algún peligro acechara. Gabriel primero, Silvan luego y yo por último hasta que llegue la mañana. Me gusta por muchos días vividos contemplar el amanecer, sea que fuera nuestro último día.

—Funestas palabras para quien ha sobrevivido a numerosos peligros y a tantas noches peores que esta.

Fueron las últimas palabras las de Karmen antes de ir a acomodarse para sumirse en el sueño, hizo reír a Antón; aún nadie me explicó la amistad que unía a estos tres. Ya buscaría el momento para que me lo contaran, si el camino restante nos daba tiempo a ello.

Dormí corto, mas no hizo falta que me avisara Gabriel. Me senté en un pequeño alto cerca de la casa sin techo dominando lo que

podía de los alrededores; la noche no molestaba a mi vista; es más, me agradaba verla y con los pocos ruidos, tenía aspecto de cómplice. No era noche ventosa aunque a veces una solitaria ráfaga transportaba la sedante lluvia, aunque molestara a quienes estaban entre sueños. El murmullo de un río lejano y a cada poco tiempo mi oído se desplazaba más lejos; pensaba que si pudiera, me proyectaría lejos, con mi espíritu hacia los adentros de esta tierra virgen. Sin darme cuenta metí toda mi mano en la tierra sin ningún esfuerzo. Sentí traspasar una débil capa de nieve, otra de hojas muertas y descompuestas y una pequeña piedra que se adentró conmigo hacia el corazón de la capa inferior, cerré los ojos y sentí lo que jamás pude imaginar percibir. No sé si eran corrientes eléctricas, ondas o si eran transmisiones de débil radiación, pero sentía cómo las raíces de los árboles se hundían tan adentro que se perdían en la profundidad. Veía huecos en la tierra horadada por pequeños roedores y el latir de sus pequeños corazones. Sentía corrientes de agua subterráneas cálidas, sentía semillas aletargadas esperando que el invierno dejara paso a las lluvias de primavera; no comprendía si era yo quien descubría esa percepción o era la tierra la que me lo mostraba. Fui recorriendo por debajo de la misma corteza terrestre hasta una población y sentí las pisadas de la gente como si yo mismo fuera la misma tierra. Seguí recorriendo más terreno y de repente una alarma: otro grupo de criaturas que se dirigía hacia esta, nuestra dirección. Estaban lejos, muy lejos y llenas de ira; su determinación en la dirección tomada no daba lugar a dudas. No eran las mismas que Nocturna, pero sentía escalofríos en su presencia. No sentía vida en ellas y la tierra con espasmos me mostraba que le asqueaba que pisaran su superficie; los bosques estaban iracundos ante su proximidad y contaminaban el agua que pisaban. Esas abominaciones no eran ni de sangre ni de savia, la tierra ahora no me comunicaba, me suplicaba que las desterrara, que eran corrupción y ponzoña.

Me recosté en un árbol cercano. No esperábamos encontrar más dificultades, pero la promesa que hice a la misma madre tierra ahora era deuda. La amenaza no era inminente. Llegó a mi entorno la lluvia, me bajé la capucha y sentí las gotas impactar suavemente en ella. Era una lluvia pausada que ahuyentó parte del frío. Fue un regalo. Con la lluvia, mis sentidos se relajaron hasta el punto de solo sentirla. Fue paz después de la rabia de descubrir esas infames criaturas. La lluvia era música, cada gota era un tono difiriendo notas según en qué superficie impactaba y el conjunto se convirtió en melodía. Me acariciaba como una dulce amante. Me hizo entrar

en el sueño de una noche de otoño fría en el cual yo no quería entrar, tan delicadamente que perdí el sentido sin ningún aviso.

Desperté con el alba y lo que era lluvia en mi ropa se convirtió en hielo que cayó al suelo ruidosamente. ¿Y mi relevo? Antón estaba mirándome curioso.

—Malo es dormirse en una guardia, Silvan.

—Seguramente sí; pero después de lo que me ocurrió esta noche, no.

—No he percibido nada. ¿Qué ha ocurrido?

—No me preguntes cómo lo hice, pero anoche me comuniqué con la tierra, con la naturaleza o, más bien, ella lo hizo conmigo.

—¿Entiendes ahora que cada vez estás descubriendo características tuyas que hacen que seas tan valioso? ¿Qué te dijo o qué entendiste?

—¿Me crees? Puede que haya sido una ilusión, un sueño; muchas veces no sabemos exactamente lo que es real.

—Tengo fe en ti, ¿no te basta con eso? Ahora, cuenta.

—Introduje mi mano en la tierra. Sentí tantas cosas, a tanta distancia y profundidad; entré en comunión con ella, todo era tan hermoso en lo simple y en lo complejo, pero hubo un aviso, un peligro que nos acecha: seres sin sangre ni savia, sin emociones, sin miedo, solo tienen ira que contaminan y a la tierra le molesta su misma existencia. ¡Vienen a por nosotros!

Karmen y Gabriel, ya despiertos, habían escuchado la conversación y miraban hacia Antón afirmando con la cabeza pues sabían de lo que estaba hablando. Entonces Gabriel con suma seriedad dijo:

—La hermandad ha puesto fichas en el tablero de juego y ha jugado demasiado fuerte. Primero saca la máquina motora en Ulsan y ahora sueltan a sus perros de la guerra.

—Nunca he visto una hermandad tan radical como esta. Es exagerada su respuesta a que nos hayan descubierto.

—Tienen miedo, y si el director de Vera tiene algo de decisión, me temo que estamos ante la respuesta más rotunda.

Karmen se puso muy serio, miró hacia el cielo, se introdujo en el interior de sus pensamientos y al cabo de un tiempo habló:

—Siempre hay estrategias, debilidades que hacen vulnerable a cualquier oponente. ¿No sabrás qué lejos están?

—Lo suficiente para estar tranquilos por el momento; están a un día entero, pero me lo hizo ver: «Llegarán».

—Son lo más cruel que ha creado la hermandad. En un tiempo fueron humanos; murieron y los resucitaron como carcasas huecas.

No sienten frío ni calor, no conocen ni el miedo ni el dolor. Son seres de carne muerta y metal; no se cansan. Son golems de carne y no pararán hasta dejar de existir o matarnos.

Antón ahora sentía tristeza y un cierto atisbo de rabia cuando ahora habló:

—Nunca pensé que los fueran a usar; es una crueldad sin sentido.

Yo no pude aguantar y grité:

—¡Si no les hemos hecho nada!

—Cálmate, Silvan. Ellos llevan siglos con la fuerza del control. No saben casi nada de nosotros, ni cuántos somos, ni dónde estamos, ni las intenciones que tenemos. No tienen nada y eso los vuelve locos —me dijo con voz pausada Karmen.

—¿Podremos matar a esos golems?

—¿Matar lo que ya está muerto? Son autómatas, ¡pero podemos destruirlos! No son muy inteligentes, lo que no quita que sean extremadamente peligrosos; será difícil encontrar criaturas más letales que estas.

—¿Qué hacemos ahora? —dije con preocupación.

Antón, Gabriel y Karmen ante la obvia pregunta estaban contrariados. No hacía falta que me dijeran lo preocupados que estaban por los últimos movimientos de la hermandad. Antón se volvió hacia mí y me contestó.

—¿Te miento? No, no sería lícito. Existimos y existen. Por lo visto, nos han tomado demasiado en serio; podríamos vivir en este mundo todos. No somos una amenaza para ellos, pero su suprema arrogancia se ha convertido en miedo. Seguiremos a Mont-Elo; si nos alcanzan, daremos cuenta de ellos cueste lo que cueste. No podemos dejar que entren en el feudo. Si sobrevivimos a esta nueva amenaza, entre los que nos esperan allí y nosotros, decidiremos.

Así, uno tiró de rienda a un caballo y otros le siguieron como si fuera un presagio. El rocío de la mañana cristalizaba transparente y las mentes seguían inquietas: de años pasados, de años nuevos, la zozobra reinaba suspendida al amanecer de esta mañana.

Así montados en los caballos, uno empezó la marcha y los demás le siguieron. El cielo se iba cerrando en negro nubarrones con las cabezas gachas menos una que estaba elevada. Pensé que a cada uno le tocaba vivir su tiempo; no se puede elegir. ¿Y cuál debería ser mi papel en este tiempo?

En las alturas, un halcón en círculos volaba; por un momento pensé que nos vigilaba cuando bajó en picado y sin mirarlo, Antón extendió la mano y se posó el halcón en ella. En su pata colgaba un

papel enrollado: «más noticias»; ¿serían buenas o nefastas? Antón leía mientras iba cabalgando.

—¿Buenas o malas noticias?

—Las dos cosas; son de Vera. Te afectan a ti, Silvan…, la madre de Raquel… la asesinaron.

—¿La hermandad? —preguntó Gabriel.

—No fue la hermandad, sino el alcalde.

La rabia entró en mi cuerpo con fuerza. Si algo le hubiera pasado a ella, reventaría el ayuntamiento en astillas y con fuego quemaría hasta los cimientos. Antón lo advirtió y continuó:

—Calma esa mirada, deja la rabia aparte, pues no ayuda en nada. Aún hay más noticias y a la madre de Raquel no podemos ayudarla ya. Tenemos gente, aliados, o según les llaman la hermandad, durmientes. Uno de ellos, en cuanto supo de la muerte de la madre de Raquel, reaccionó y se dispuso a protegerla; ese mismo aliado con mucha pericia sacó a Raquel de Vera y, si mis cálculos son correctos, esta mañana salieron de Selva hacia Mont-Elo. Si el viaje les es propicio, llegarán sin contratiempos. Por cierto: mataron al alcalde; fue la hermandad la que se encargó de ello.

—¿Y es de agradecer?

—No, desconozco los motivos, pero la hermandad buscaba a Raquel en cuanto se desveló tu relación con ella, si su brevedad es definirla así, pero no sabemos el porqué del asesinato de la madre de Raquel.

No tuve argumentos para rebatir, así que guardé silencio, pues pronto vería a Raquel. Aun así, el enfado no se iba.

—No podemos revivir a los muertos, pues nos preocuparemos de los vivos, que son los que vamos a ayudar ahora. ¡Sigamos! No queda ni poco ni mucho camino; al atardecer pararemos. Igual los golems nos alcanzan o igual surgirán otros peligros o igual, tengamos algún socorro mientras hagamos camino.

Como fin de las palabras de Antón y proseguidos de truenos, relámpagos y una lluvia fina que hizo bajar nuestras capuchas, proseguimos en silencio y en armonía. La lluvia cubrió con su humedad el bosque en una transparencia de soledad, hizo que sus verdes se descubrieran en contrastes más fuertes y el ánimo en debilidad. La lluvia cantaría entre hojas ruidosas y piedras acuosas que se hizo presente en los regueros de los costados y se atenuaba por musgo y hojas muertas.

Serpenteamos senderos que solo veía nuestro guía. Yo solo observaba bosque virgen, pero contrariado entre buenas y malas

noticias. Me asaltaron dudas de si yo era culpable de la muerte de la madre de Raquel; aun así, lo que más deseaba en este momento era consolar la pena de ella.

Encontramos en el camino unas ruinas semienterradas y más bosque contiguo; hicimos parada corta por las monturas en un caudaloso río. Me quedé hipnotizado mirando sus ondas en movimiento, me susurraban las corrientes del agua su nombre a mis oídos, desde el privilegio de una roca grande en mitad del río; en soledad digería sin juicio lo ocurrido, me dejaron allí solo sin molestarme y agradecí el respeto de mis compañeros y de las intimidades de estos momentos.

El camino continuaba. Ya era abrupto y el mediodía ya pasaba: senderos estrechos de rocas, empinadas cuestas, el bosque ya quedaba lejano a nuestras espaldas. Ese feudo era la frontera este del mundo conocido, el límite de las cinco ciudades. Seguramente, de todo el territorio de la hermandad, Mont-Elo era de todos el más enigmático feudo. Karmen se acercó a mí, seguramente preocupado por mi silencio y mis preocupaciones, así que se dirigió:

—Tu mente se pierde en mil caminos y solo tenemos que seguir uno, por ahora.

—Hola, Karmen.

—Estás viviendo el despertar del conocimiento.

—¿Y tú? ¿Cuánto tiempo llevas viviendo?

—¿Años? ¿Siglos? ¿Milenios? Y aún sigo aprendiendo.

—Veo las ruinas que pasamos y me invade la melancolía, como si cada cosa antigua fuera una cosa perdida.

—Así fue en todos los tiempos; son ciclos caprichosos. En mis primeros pasos, no te puedes imaginar lo cambiado que estaba todo: ciudades de verdad, algunas con millones de personas, aviones que surcaban el aire, música por todos sitios, coches que tenían motores, aparatos electrónicos para casi todo lo que quisieras; después robots autómatas y coches sin conductores ¿más? Y te preguntas si tengo nostalgia de lo vivido cuando tú la tienes de lo que no has vivido. Haz lo complejo simple, tendrás menos dolores de cabeza. Tan simple como una palabra, como un lugar, el que se decidió Mont-Elo. ¡Vamos, quiero llegar!

—Sí, ha sido demasiado camino.

—Y el que nos queda

—¿Mucho?

—Hasta que la muerte de contigo y con una sonrisa te lo digo.

29. EL DÍA QUE FUE NOCHE

En la colina del árbol solitario exponiendo sus raíces al aire envolvía a las rocas para después hundirse en la tierra. Desde ese mimo punto, en una mañana menos fría que la de estos últimos días, se divisaba a los lejos Mont-Elo, en una altura más baja que desde donde observábamos. Se erigía con gallardía en lo alto de una meseta blanca, se divisaba a lo lejos muralla tras muralla en círculos exteriores de manera escalonada el último feudo del este, el último bastión de las ciudades del este; frontera con la tierra desconocida. Después de Mont-Elo, ninguna noticia de lo que hay más allá de él, lo único sabido es que más hacia el este, el mar.

En estos tiempos de silencios, pocas noticias. Pie a exageraciones, a leyendas y a retorcidas versiones de lo que no se conocía. La ignorancia era el arma de la hermandad y el lastre que con gruesas cadenas arrastraba la población.

En este alto, nos mirábamos los cuatro jinetes. El objetivo estaba a la vista, pero había más problemas antes de llegar a Mont-Elo. Así le trasladé a Antón mis inquietudes.

—¿Los demás habrán llegado?

—En teoría, tenían el camino mucho más seguro, muchísimo más que lo hemos tenido nosotros, aunque creo que es porque, en cierta manera, nos hemos alejado mucho de los feudos, y porque también creo que la hermandad tenía la única pista en nosotros —me contestó Antón.

—Estamos cerca.

—No tanto, porque aunque lo tengamos a la vista, aún queda trecho y esperamos visita, ¿lo presientes? —dijo Antón.

—No, pero no pueden estar muy lejos. —Karmen intervino.

Hacía tiempo que la máquina motora salió de Ulsan y todos los soldados llegaron con el tren a la ciudad de Vera. El vehículo acorazado llegó a toda velocidad a Vera y allí dentro de sus entrañas estaban quietos y callados los componentes de la hermandad. Selva estaba cerca, quedaron a mitad de camino con el director de la ciudad de Vera, el director de Ulsan y varios agentes del carruaje, por la mayor celeridad de ir a caballo, no descansaron en ningún momento. El director de Ulsan no iba a gusto hacia Selva, no sabía de los planes de la hermandad y menos gusto tenía de que les acompañara el director de Vera, ya que era demasiado radical y temía que influyera en los hermanos venidos de Monasterio. La máquina motora paró delante de los pocos jinetes que componían la comitiva del director de Vera. Al director de

Ulsan, la bilis le subía hasta la garganta al ver que le invitaban a subir al vehículo y a él lo dejaron fuera. No le importaba, pero ahora las sospechas ya eran certidumbres claras. Esta decisión de la demostración de fuerza se había tomado desde el sector más radical de la hermandad. Antes de entrar al vehículo, el director de Vera le dedicó una mirada de odio hacia el director de Ulsan, el cual le devolvió como gesto una sonrisa.

Uno de los guardaespaldas del director de Ulsan no pudo callar más y se dirigió a su jefe:

—¿Por qué no le han invitado a entrar? ¿No quieren que dé su opinión?

—De todas maneras, creo que la decisión de sus acciones viene del director de Vera, así que malos tiempos para Selva se aproximan —le contestó el director de Ulsan.

Héctor y Adrián pararon en Aban. Este era un feudo pequeño y, al ser sobrino del duque de Ulsan, no hubo problemas. Cogieron agua y suministros frescos para el viaje hacia Mont-Elo. Tenían tiempo y no creían que pudieran sufrir contratiempos. La parada fue tan corta que dudaron de que a los espías, ya del alcalde o del director, les diera tiempo en reparar en su presencia si bien no revelaron su destino, pues hubiera supuesto sospechas.

Adrián se ocupó de conducir el carruaje. Ya no tenía ni temores ni dudas, así, partieron hacia Mont-Elo con más tiempo que los demás que compartían su destino.

Héctor y Raquel estaban dentro de la cabina. Él observaba a Raquel, que miraba absorta el paisaje a través de la ventanilla. Héctor sentía con empatía los sentimientos de ella: la tristeza por la inexplicable muerte de su madre, la curiosidad por ver mundo nuevo, miedo por el futuro incierto, ilusión por volver a quien estuvo amando en silencio y la añoranza de la casa en la que nació que jamás volvería a ver. Todo ello se reflejaba en el espejo de su cara.

Él tenía también unas batallas interiores. «¿Cómo puede pasar que él se estaba enamorando de esa muchacha que le ganó su corazón en silencio?». Sabía que esa batalla no quería librarla y que se quedaría como amargo secreto en su interior.

Aun así, Héctor rompió el silencio que antes reinaba en el interior del carruaje:

—¿Qué te aflige?

—Mi madre, el pensar que nunca la volveré a ver.

—No podemos hacer nada por ella, pero sí mucho por ti.

—Estoy confusa. ¿Por qué motivo la mataron?

—No creo que saber la verdad te ayude.

—Dímela, sea cual sea.

—¿A qué se dedicaba tu madre para que estuvierais tan acomodadamente en la ciudad de Vera?

—A nada. Ella me dijo que vivíamos de las rentas de mi padre.

—Insisto, ¿seguro que quieres la verdad?

—¡Sí!

—Bien, te lo debo después de todo. Tu madre no tenía ninguna renta de tu padre. Ella era una mujer, como tú, de extraordinaria belleza. Al morir tu padre, se quedó sin recursos y el alcalde de Vera se encaprichó de ella. ¿Sigo?

—No hace falta; supongo que me puedo imaginar el resto.

—¿Por qué murió? ¿Sabes lo que le pasa a las muñecas rotas?

—Sí, lo que le pasó a mi madre. Sinceramente, no quiero entrar en más detalles.

A pesar de lo relatado, no hubo más lágrimas en el rostro de Raquel. Miró fijamente a Héctor y con palabras serenas habló:

—Estoy orgullosa de ella; no quiero pensar lo que ha sufrido estos años. Si yo tuviera una hija, hubiera hecho lo mismo.

Raquel terminó la conversación recostándose hacia atrás y girando su mirada hacia el paisaje que pasaba al igual que pasa el tiempo: terriblemente deprisa. Ahora la admiraba aún más; había más fortaleza en esa mujer que se escondía dentro de esa aparente debilidad. El viaje continuaba y Héctor solo deseaba que el tiempo fuese justo y compensara el sufrimiento en felicidad. Si por él fuera…

Florián de Selva observaba desde lo más alto de la torre con desolación cómo por el camino se acercaba la macabra comitiva de la hermandad. Se repetía a sí mismo que cuánto tiempo duraría el estatus de Selva en esta oscura confederación de ciudades controlada por la hermandad. Agradecía que su sobrino se encontrara fuera y que no supieran a dónde se dirigían. Ahora tenía que actuar y, sin saber el propósito de la hermandad, posó su mirada en su precioso feudo, en lo trabajado y conseguido, todo gracias a la gente que la habitaba. Como cualquier buen gestor quería lo mejor para ellos y no sabía cuál era la mejor opción para poder preservar este lugar. Si les abría las puertas de par en par, aquel lugar moriría con la misma enfermedad que todas las ciudades que ellos poseían; si se resistía, habría sangre y muchos inocentes morirían; por otro lado, si ganaba la primera batalla, volverían una y otra vez hasta que Selva se doblegara. Todas las opciones sonaban funestas.

Se recreó mirando el movimiento alegre de sus calles, en lo engalanada y bonita que lucía, las luces se iban encendiendo y la gente no paraba de ir de un lugar a otro parándose a saludar. Intentó grabar esa imagen, pues ya nunca más volvería a ser igual cuando la hermandad ensuciara con sus manos su precioso feudo.

Prometeo y Noelia salieron desde Mesa hacia Mont-Elo montados en dos caballos por una estrecha senda, no sin antes despedirse de sus agradecidos habitantes, gente honesta y sencilla que seguramente sospechaban que no eran realmente agentes de la hermandad, sino fugitivos. No quedaba mucho camino y los caballos trotaban alegres. Prometeo miraba en silencio a Noelia, la cual había cambiado tanto en su actitud, y él por supuesto también. Ella se sentía segura de que él estuviera a su lado. Después de haber pasado la noche juntos, era la primera vez que entregaba su cuerpo por amor, y resultó tan placentero. La forzosa huida de la hermandad que le indujo Prometeo supuso quitarse una pesada cadena que ahora liberado de ella, se daba cuenta del peso que se quitaba, y traspasó gozosa la delgada línea entre el odio y el amor. ¿Quién era ese misterioso hombre que ahora amaba? ¿Qué secretos escondía? Cuando sus palabras le sorprendieron:

—Espero que hayas desistido de esa manía tan insistente de matarme.

—Según te portes conmigo.

Prometeo se calló, pues era la mejor opción.

En los bosques cercanos a Selva, una mujer apenas florecida de cabellos de oro blanco, con un liviano vestido casi transparente, andaba sonriente entre los árboles y el manto de hojas muertas y esponjosa nieve, sus pies descalzos pisaban livianos un suelo acariciado por sus pies, unos lobos blancos y enormes aparecían y desaparecían a su lado, jugueteando esperando solo que con sus correrías y cabriolas merecieran que ella los acariciara con su mano; sonreía y levantaba su cabeza alta hacia el cielo y erguía su cuerpo abriendo las manos hacia los extremos para sentir el frío. Embellecía el bosque en su camino; en cambio, siguió mirando sorprendida el cielo, pues el sol se estaba apagando y empezó a correr con los lobos extrañados por la actitud de la dama blanca. Ella los calmó.

—Seguidme, mis amigos, el día se vuelve noche y he de acudir a auxiliar a mis amigos y hay una reunión en la cual he de estar presente.

Los lobos se calmaron y la siguieron corriendo, pues ahora la dama volaba etérea sin apenas tocar con sus delicados pies el suelo.

El sol del mediodía de un día de otoño, ese sol que ese día llegaba a fundir la nieve, ahora se apagaba paulatinamente haciéndose noche y no hubo ojos que no miraran al sol ausente.

Todos los habitantes y criaturas de la tierra, se mostraron temerosos; los animales y los caminantes que no eran humanos se retiraron y las de la noche despertaron, pero nada ni nadie hizo nada más que fijarse en el cielo de este anormal día.

Aún estábamos Karmen, Gabriel, Antón y yo desde la loma del árbol solitario cuando se empezó a ensombrecer el día. Vimos también como en Mont-Elo se encendía alguna que otra luz; todos miramos hacia el cielo y me dirigí a ellos:

—¿Un eclipse?

—Sí, eso parece; pero creo que nos cogió a todos desprevenidos —dijo Antón.

—No debería afectarnos —dije yo

—Sí, y mucho, solo se puede entrar a Mont-Elo de día.

Karmen, sin dejar de mirar al cielo:

—Esta noche prematura no nos traerá buenas.

—Es cierto; no sabemos cuándo se acercará la amenaza que nos acecha, de todas maneras, no nos la llevaremos a Mont-Elo. Aún queda camino y no es claro, sea donde fuera, tenemos que enfrentarnos a ellos, pero tenemos que hacer camino; estemos en alerta y sigamos. Ya hemos parado lo suficiente para que nos hayan ganado el terreno perdido —dijo Antón.

Los lobos enormes que acompañaban a la dama blanca aullaban al lado de Derán, pero a la oscuridad del eclipse, ella en su blanca presencia, irradiaba más luz y con su sonrisa empezó otra vez a correr.

La máquina de la hermandad paró y toda la comitiva, al mismo tiempo, miraba alternativamente al cielo. La máquina, esperando que los ancianos dieran respuesta, bajaron la escalera lateral y salieron los cinco provenientes de Monasterio junto con el director de Vera. El director de Ulsan los miraba divertido, que un fenómeno astral pudiera influir en esas mentes teóricamente superiores, o es que la superstición había invadido también a su orden. Después de observar el eclipse, debatieron brevemente y entraron en la máquina y prosiguieron el viaje. La sonrisa de la boca del director de Ulsan desapareció; la determinación del director de Vera era inquebrantable.

Prometeo y Noelia pararon mirando al cielo, Noelia se quedó absorta mirando el sol como se oscurecía. Prometeo se puso a la altura de Noelia, que en ningún momento bajó la mirada, y ella se

dirigió a Prometeo:

—¿No te altera?

—A mí no, ni debiera.

—Nunca había visto esto.

—No es nada extraño; la luna tapa al sol, simplemente por coincidencia astrológica.

—¿Nos debería preocupar?

—¿De un eclipse? No, mi amor; del camino y del futuro, sí. Prosigamos nuestro camino, que ya estamos cerca.

Héctor sabía por el tiempo transcurrido que tenían que estar ya cerca de Mont-Elo. Miró de pronto al cielo por la repentina oscurana y maldijo en voz baja. Adrián paró el coche y Héctor y Raquel bajaron de la cabina:

—Es mala cosa, mal fario —dijo Adrián.

—¿El eclipse? No me seas supersticioso. Lo único malo es que en Mont-Elo solo se entra de día y no sé si este fenómeno afectará a su ley. Los del este son muy supersticiosos.

—¿Y tú?

—Yo soy práctico; seguiremos aún siendo esta noche repentina, al menos estaremos más seguros en sus puertas que en medio del camino.

—¿Raquel, qué opinas?

—No es bueno que el día se vuelva noche, no aquí, en campo abierto, me da miedo.

Adrián, ayúdame. Vamos a sacar las armas, ya queda poco camino y no estaría de más ir prevenidos.

Aunque fuera noche artificial, todos siguieron el camino, casi todos a la frontera del este, Mont-Elo, a excepción de una siniestra comitiva que se dirigía a Selva.

30. SANGRE NEGRA

En las cercanías de Mont-Elo, un cuarteto se dirigía silencioso al feudo. Se movían cautelosos y con las capuchas de sus capas bien caladas. Bajaron de una posición elevada hacia una estrecha garganta, tan estrecha que dejaba paso a un solo caballo. Los árboles que coronaban la garganta terminaban entrelazando sus ramas formando una bóveda arbórea que dejaba entrar poca luz. El eclipse pasó y las copas de los árboles lloraban lágrimas de agua que caían por el deshielo de la nieve en sus hojas. Su vuelo pedregoso de negra piedra y la extraña oscuridad formaban una tensa atmósfera de tenebrosidad. Las paredes laterales estaban húmedas de pequeñas fuentes que supuraban más humedad al suelo; de cuando en cuando, caía un pequeño trozo de piedra que con el eco hacían girar alertas cuatro cabezas al origen del ruido. Todos estábamos tensos, quizás el más relajado era Karmen, que estaba justo detrás de mí y me habló.

—¿No puedes hablar con la tierra, como hiciste la última vez?

—Aquí está bastante ausente, no siento nada, como si repudiara el lugar.

Antón miró a todos, negó con la cabeza y se dio la vuelta para hablar:

—Aquí es muy estrecho. Tenemos que avivar un poco el paso, pues tenemos que dejar pronto este lugar.

La garganta se iba ensanchando hasta el punto de poder viajar en paralelo. La niebla escurridiza blanca como la nieve del suelo, pasaba por encima de nuestras cabezas veloz y arrastrada por un viento que susurraba el sonido de las almas atormentadas; todo era una capa que nos envolvía embotando nuestros sentidos, si era la palabra o adjetivo adecuado.

Si hubiera magia en este tétrico lugar, sería oscura y negra. Era tierra olvidada hasta por la propia madre tierra: no había casi ninguna planta o arbusto; solo árboles retorcidos, de poca hoja, luchando para evitar su muerte e intentando dejar semilla por si la siguiente generación pudiera tener más suerte, musgo enfermizo que se adhería a los riscos escarpados en un vertical que hacían casi imposible trepar por ellos, picos como los colmillos de un gran monstruo, y de repente, los sentí. Solo me dio tiempo a exclamar:

—¡Ya están aquí!

Rompieron la lechosa niebla varias figuras que saltaron desde las paredes laterales al vacío, rebotando contra el suelo justo enfrente de los caballos. Nos habían alcanzado, pero nosotros ya

estábamos esperándolos. Los caballos nerviosos empezaron a hacer cabriolas al mismo tiempo que, como pudimos, desmontamos y los caballos no perdieron tiempo en salir huyendo.

No eran ni más altos ni más bajos que nosotros, eran muy musculados, su piel tenía un color anaranjado y enfermizo, tenían parches de metal repartidos por el cuerpo, bandas metálicas desde el vientre hasta el diafragma; no tenían pupilas ni vello alguno, una mirada lechosa y los labios cosidos. En algún tiempo fueron humanos aunque olvidada y perdida en unos ojos de pupilas amarillas. Se dispusieron en abanico para atacarnos.

La adrenalina subió inyectada en mi cuerpo con una dosis descomunal, entré en un mundo de guerra donde solo veía los posibles movimientos de golpes, esquivas y sus estelas. El más cercano estaba de espaldas a mí y con mi pierna izquierda le golpeé en el dorso de las rodillas. Se dobló hacia atrás y sin dar tiempo de reacción alguna, di una vuelta entera y mi codo derecho le impactó en la cara. Eran fuertes, muy fuertes, pues ese golpe hubiera supuesto graves heridas, pero lo único que le hizo fue inclinarlo un poco más hacia el suelo.

Me quedé unos segundos impresionado de la dureza de nuestros adversarios. Gabriel se acercó raudo a auxiliarme, extrajo sus largas dagas y las insertó en su pecho en oblicuo. El sonido no era de carne; impactaron con piezas metálicas y las extrajo tan rápido como se dio cuenta de que no solo estaban hechos de carne. Terminó de caer impactando su nuca violentamente con las rocas del suelo. Dos regueros de líquido negro salían densos de un cuerpo, ni un rictus de dolor. Nos miramos extrañados Gabriel y yo, pero no había tiempo de pausas, así que volvimos a la lucha.

Antón danzaba esquivando los manotazos de otro golem; sabía que si recibíamos un solo golpe, no quedaríamos bien parados.

Karmen esperaba impasible la carga del siguiente golem. No esperé la reacción de ninguno: una rápida carrera y me impulsé hacia el cielo a la máxima altura que pude conseguir; junté las manos como un solo puño, auné la fuerza de mi caída con mis manos, golpeé en la parte superior de su cráneo, oí el crujido de sus vertebras rompiéndose. Cayó de rodillas y Karmen le propinó un golpe tan enérgico que separó la cabeza de su cuerpo salpicando el suelo con su sangre negra.

Terminé cayendo junto a Antón, el cual con una sonrisa signó el orgullo de verme actuar; ese gesto fue un segundo de gloria. El cazador que había en mí aún dominaba. Cogí una piedra del suelo y la lancé a la cara de otro golem que acosaba a Gabriel, con tanta

fuerza que oí cómo rompía parte del cráneo; si hubiera sido humano, hubiese muerto en el instante, pero simplemente le hice desviar la atención, momento que aprovechó Gabriel para cortar los tendones del talón. El monstruo quiso seguir, pero no podía moverse; cayó en toda su talla al frente. Gabriel se adelantó antes de que pudiera reaccionar y volvió a hundirle sus dos dagas mortales, donde antes hubiera un corazón; un ruido metálico quebró y el golem escupió el denso líquido por la boca hasta que no se movió más.

Yo aún no había sacado mis espadas de la vaina. Antón sacó en segundos un arma de fuego y con un estruendo que se magnificó con el eco de la garganta de piedra reventó el cráneo del siguiente golem y repitió el disparo en su caja torácica, que se oyó romper por dentro cayendo así al suelo.

Al final, saqué las espadas de la luna y al golem que estaba más próximo le separé su cabeza del tronco cortando metal y carne con la misma facilidad que hubiera sido cortar mantequilla; aun así, seguía andando. Antón montó en cólera, su cara enrojecía para tomar la misma tonalidad que su pelo; cerró la mano en una garra inversa que cerró y gritó: «¡Fuego!». El resto del cuerpo del golem prendió en llamas y yo me quedé estupefacto mirando lo que hizo Antón, pero no era tiempo de distracciones. Fui a ayudar a Karmen, a lo cual Gabriel me cogió del brazo frenándome:

—¡ Deja que expulse su odio! ¡Obsérvale!

Karmen se burlaba del golem, que a pesar de su aparatosa musculatura, era rápido, pero Karmen lo era mucho más. Ahora yo empezaba a comprender por qué temían tanto a Karmen.

Karmen se puso serio y en una fracción corta de tiempo se desplazó veinte metros del golem; su mirada era de desprecio. El golem saltó más de tres metros de altura hacia Karmen, pero él saltó mucho más alto, se puso a su espalda y lo volteó mirando hacia el suelo y aprisionó las manos del golem por la espalda, con su peso imprimía velocidad hincando sus rodillas en la espalda del golem; lo precipitó con tanta fuerza al suelo que se hundió más de diez centímetros; el golem aun así se levantó. Karmen lo esperaba de frente como un estilete, la mano de Karmen se hundió en el pecho de su adversario y extrajo una caja metálica llena de negra sangre y cables: el golem entonces se derrumbó.

No veía más enemigos; el silencio solo roto por el silbar del viento frío y racheado, pero todos estábamos en alerta; no había terminado aún la lucha; dos más se presentaron rompiendo la blanca niebla a la carrera; me hastiaba esta lucha, estos adversarios.

Y detrás de estos seres, vi otra alucinación mía: una puerta al fondo esbelta y estrecha de cristal limpio y en sus transparencias, la ciudad de Mont-Elo, como una luz en la oscuridad que portaban estas criaturas. Fui hacia delante, el único obstáculo que me impedía pasar por esa puerta eran esas aberraciones; relajé mi mano diestra dejando que mi espada arañara tierra y piedra saltando chispas, solo miraba hacia la puerta, no había ni más deseo ni anhelo que poder tocarla y pasar por ella, justo a un metro exacto, y el tiempo se paró desde el cielo a la tierra puse la palma de mano recta y con la furia que me transmitía el sentimiento de la misma tierra, vi reventar al primero por dentro y al segundo, expulsarlo varios metros hacia atrás. Me ardía todo el cuerpo de la furia adquirida. Avancé e hice un tajo transversal que el golem intentó parar con la mano y lo único que consiguió fue cercenarse algunos dedos. Me intentó atacar con la otra mano, pero mi espada estaba clavada en su pecho; la giré hasta que oí lamentarse al metal que dentro de su cuerpo había.

La puerta de puro cristal estaba sin obstáculos, y la rabia fue apagándose para dar paso a una tranquilidad extraña. Ya me acercaba y al poco pasé pausado la puerta de cristal, la garganta de piedra la dejé atrás, la neblina se fue disipando y hasta el cielo se despejó de nubes para que un otoñal sol iluminara a Mont-Elo. Supongo que así, con estos hechos pasados desde que salí de Vera, se podrían escribir las novelas más fantásticas jamás escritas, pero solo quería olvidar esta batalla, no me sentía en paz conmigo mismo matando, y lo único que me ocurrió es que mis ojos se llenaron de lágrimas, pues solo tenía un deseo, un anhelo: estar en los brazos de Raquel.

Karmen, Gabriel y Antón seguían a Silvan enigmáticos. ¿Qué podía él ver que ellos no veían? Porque en un momento del combate, puso sus ojos fijos en un punto y no paró hasta llegar a él sin importarle los obstáculos que había por en medio. Antón lo cogió por encima del hombro, pero Silvan no se inmutó, estaba viendo el feudo de Mont-Elo con una sonrisa dibujada en su rostro.

—¿Qué ves que hace que sonrías, Silvan?

—El fin de nuestro camino y un reencuentro esperado.

—No sabemos por ahora nada de ellos.

—Están cerca.

—No lo sé, no sé cómo se las habrá ingeniado Héctor.

—Yo tampoco lo sé, pero lo presiento.

Adrián manejaba el carruaje tranquilo, ocultaba un arma de fuego bajo una manta cerca de él. Las nubes se fueron cerrando y

ocultaron al sol antes escondido por la luna. Raquel y Héctor seguían en la cabina y un silencio gemelo antes del eclipse volvió a invadir sus cercanías.

—Ya estamos cerca de Mont-Elo.

—Estoy nerviosa. No tomes mi silencio como un enfado, al contrario. Te estoy muy agradecida, pero tanto vivido en tan poco tiempo tiene a mi mente muy atorada.

—Creo que a todos nos pasa lo mismo. Antes de que lleguemos a Mont-Elo…

—Dime, Héctor.

—Tengo que pedirte perdón.

—¿Por qué? Si todo lo que has hecho es salvarme la vida y protegerme.

—Era mi misión, pero llevo con mucha amargura el no haber podido salvar a tu madre.

—¿La conocías?

—No.

—No la hubieras reconocido, ni tan siquiera sabrías las intenciones que tenía. Héctor, si mi madre estuviera aquí, te habría dicho con ternura: «Gracias por salvar a mi hija». Y yo te doy las mías por haberlo hecho; queda en paz, Héctor, has hecho mucho por mí.

Héctor calló pues guardaba un secreto en silencio. Las hadas del destino quisieron que se enamorara de Raquel, pero su corazón ya tenía dueño.

Lo que no sabían los viajeros es que, a menos de dos kilómetros, dos criaturas grotescas corrían sin descanso en pos de ese carromato, dos carcasas vacías de humanidad, dos golems perseguían el carruaje e iban ganando terreno.

Como una luz blanca luminosa entre las tinieblas de ese día, Derán corría con su abrigo abierto y dejando que el frío viento peinara sus cabellos. Ya veía el camino, le prometió a Adrián que protegería a Héctor y a Raquel, ella cumplía todo lo que daba como promesa, para eso estaba la palabra hablada, para que fuera cierta; si no, ¿por qué la palabra, que tan mal le daba uso la gente, era sagrada? Divisó el camino y escondida entre los árboles, vio pasar el carruaje en el que viajaban Adrián, Héctor y Raquel. Esperó que el coche desapareciera en una curva del camino para pisar con sus pies desnudos el camino mismo; miraba ociosa la rodada que rompía la blanca nieve para dejar ver la tierra.

No esperando mucho, aparecieron los golems en el camino a la carrera y pararon pues apenas tenían inteligencia. Esa joven

muchacha en mitad del camino sonriendo, los dejó parados unos segundos. Derán, la dama blanca, levantó elegantemente una mano y, como lanzas, salieron del bosque como blancos fantasmas los lobos enormes de Derán. Con sus colmillos de plata atenazaron los miembros de esas aberraciones, y si fuertes eran los golems, la fuerza de esos gigantescos lobos los dejaron clavados en el suelo, casi danzando. Se acercó a los aprisionados golems, Derán con finas y delicadas manos, tocó ambos cuerpos en su pecho, y con una luz blanca en una punta, al contacto de cada ser, una pequeña chispa saltó y esos seres no volvieron a moverse más. Sonrió a sus fieles lobos y se llevaron arrastrando los cuerpos de los golems hacia el bosque.

Desaparecieron las tinieblas y ahora el sol tomaba el reino que antes interpuso la sombra. Derán miró hacia el camino que había tomado el coche y le habló al viento.

—Silvan, el triste, querido mío, ya no hay más muerte en el camino. Pronto estaré a tu lado. No escuches y solo siente el viento que lleva mi palabra.

Con un andar delicado, se adentró en la linde del bosque contiguo. No tardó en encontrarse con los enormes lobos blancos que la esperaban nerviosos.

—Idos, mis fieles amigos, y escondeos con el blanco frío. Yo, Derán, la dama blanca, debo proseguir sola mi camino. Ya llegan todos a su destino, y yo con ellos.

Así, después de la oscuridad del día entero, Derán vio cómo se alejaban corriendo sus lobos blancos mientras una lágrima como una joya de cristal caía al suelo, pues les tenía muchísimo cariño. Se dispuso entonces a seguir su camino. Sus pies pequeños apenas se posaban en el suelo y si alguien la pudiera ver, juraría por el más sagrado manuscrito que los árboles se inclinaban a su paso y que el viento barría el camino delante de sus pies.

31. SELVA MARCHITA

El eclipse pasó, y la comitiva de la hermandad ya había recorrido camino desde Ulsan. La máquina motora ahuyentaba con su estruendoso ruido a todas las criaturas del camino; aunque su tamaño no impedía ir a un buen ritmo, sí ocupaba todo el camino.

El director de Ulsan iba apartado de la máquina con sus dos únicos guardaespaldas. Estaba sumamente incómodo, puesto que no supo de los planes de la hermandad hasta que la máquina motora entró en Ulsan. Se le avisó de que vendrían de la hermandad, pero no con tal despliegue de fuerza. Ahora sabía que estaba apartado de tener voz en estas acciones que tomaran ahora. Él siempre quiso estar en las ciudades, ya que odiaba estar encerrado en Monasterio, el núcleo de la hermandad. Para él era como estar en una cárcel. Ahora tenía la certeza de que el director de Vera era quien había hostigado a la hermandad a moverse. ¿Pero qué odio impulsaba a este siniestro personaje? El director de Ulsan era también parte de la hermandad y descubriría su propósito. En este momento, dibujó una sonrisa.

Faltaba muy poco para llegar a Selva y la máquina motora paró. Se abrió la trampilla y el director de Ulsan esperó que bajaran los ancianos incluyendo al infame director de Vera, pero en lugar de eso, vio cómo los soldados iban entrando a la máquina motora de dos en dos para salir posteriormente con armas de fuego. El director de Ulsan abrió de par en par sus ojos; hasta sus guardaespaldas se asustaron del brusco cambio de humor. ¿Qué pretendían? Ningún feudo se resistiría. ¿Para qué emplear algo que ellos mismos prohibían? Saltó del coche y se dirigió hacia la máquina motora, pero conforme iba llegando, varios soldados le cortaron el paso. El director de Ulsan sonrió y dijo:

—¡Apartaos! Soy miembro de la hermandad desde su inicio. Si osáis tocarme o desobedecéis una orden mía, incumplís el reglamento e invocaré al tribunal.

Los soldados, cabizbajos, se apartaron. El director de Ulsan llegó a la máquina y golpeó los cristales que estaban en el lado de los hermanos indicándoles que bajaran. Los cinco hermanos bajaron y el director de Vera, sumamente iracundo, se dirigió de muy malas maneras:

—¿Qué quieres?

—¿Qué pretendéis hacer?

—Tú no eres quién para cuestionar nuestras decisiones.

—Tan miembro de la hermandad soy como tú, y tenéis la

obligación de informarme, cosa que vosotros seis no habéis hecho.

—Tú, que con tu indulgencia has dejado escapar a un durmiente y has perdido a un espía, más lo que no sepamos.

—Tú dejaste escapar a tres y de nuestro más temido asesino no sabemos nada, y un alcalde que casi manda más que el director, y por si fuera poco, no se te ocurre más que asesinarlo delante de todo el mundo, eso que sepamos. ¿Quién juzga a quién, hermano?

Los cinco ancianos, ante las palabras del director de Ulsan, se pusieron a murmurar. Alguno asentía con la cabeza ante tan poderosa réplica que dejó sin argumentos al director de Vera, al cual solo le faltaba sacar espuma por la boca. Se dirigió más cerca de él señalando violentamente con el dedo:

—¡Tu indulgencia es temeraria! ¡No tienes la firmeza para seguir los dictados de la hermandad! ¡Vamos a destruir la amenaza, cosa que tú no harías! —afirmó el director de Vera.

—¡Estúpidos! Convertiréis a fugitivos en héroes, levantaréis a la gente con vuestras acciones. Solo están huyendo… ¡Dejadlos ir! Si apretáis más la cuerda, terminaréis por romperla —replicó el director de Ulsan.

El director de la ciudad de Vera miró a los cinco ancianos venidos de Monasterio; vio en sus rostros como las palabras del director de Ulsan hacían mella en la decisión que habían tomado. Su ira no tenía contención. Sacó la daga enjoyada y se abalanzó hacia el director de Ulsan. Quería acallar esa voz como fuera; le retumbaba en la cabeza como si un gusano le comiera el cerebro.

El director de Ulsan lo esperaba, sabía de lo que podía ser capaz y así como intentó clavársela en el corazón, cogió la mano de la daga y con su mano se la torció; con la otra mano le cogió del cuello con tanta fuerza que le hizo arrodillarse ante él.

Los cinco hermanos de Monasterio se quedaron impasibles, era un tema personal.

—¡Te llamo por tu nombre, Raven! Antes de que fuéramos lo que ahora somos ya eras inestable; atentar contra un hermano es pena de muerte, pero creo que ya tendrás labia para que este incidente no trascienda. Te recuerdo que no somos como los durmientes, pues los creamos nosotros. Más bien los creó aquel que ahora no está entre nosotros. Mientras los durmientes se sigan manteniendo jóvenes, nosotros envejecemos lentamente, muy lentamente; nos sobrevivirán. Hagas lo que hagas o hagáis, lo único que lograréis es acelerar el proceso.

Lo soltó y lo miró postrado en el suelo; recogió la daga enjoyada y se la tiró a los pies. Se dirigió a los cinco hermanos:

—¿Seguiréis con vuestros descabellados planes?

Uno de los hermanos, el más viejo en apariencia y con voz firme, habló:

—Sí, creemos que tenemos que cortar el problema de raíz.

—Haced lo que creáis más conveniente; yo no voy a participar en vuestros planes. Olvidad que aquí estuve y yo olvidaré el incidente con el hermano Raven. Aquí os dejo con vuestra estúpida locura.

El director de Ulsan se acercó al coche de caballos. La puerta la abrieron para que entrara, pero él la destrozó de un puñetazo. Los guardaespaldas salieron sorprendidos y el director señaló tres caballos montados por soldados:

—¡Bajad! ¡Os lo ordeno!

Los soldados bajaron prestos, el director ordenó a sus guardaespaldas que montaran y se alejó de la comitiva de la hermanad con amargura. Miró hacia atrás mientras la máquina motora se ponía en marcha. Nada la pararía o al menos él no lo vería.

Mientras el director de Ulsan salió en dirección de su ciudad, la máquina motora no tardó en ponerse en marcha, las palabras del director de Ulsan solo hicieron que todo quedara en una pausa mínima.

Ya la máquina motora estaba cerca de las puertas de Selva. Florián de Selva miraba desde lo alto de la muralla la macabra caravana de la hermandad. Su valentía aumentaba, pues no eran tanto los hombres de la hermandad y a la máquina motora, no la temía. Tenía suficientes explosivos destinados para las minas y tenían cinco veces más hombres de los que traía la comitiva de la hermandad. Pero era demasiado pronto y no sabía aún de las intenciones de la hermandad. De precipitarse en atacarles, sabía que con el tiempo, vendrían más soldados. Si el duque hubiera sospechado algo de esta visita, hubiese movido unos cuantos hilos para tejer una compleja tela de araña, pero ya no había tiempo. Él estaba solo, Selva estaba sola.

Bajó su cabeza para que no le vieran derramar lágrimas por su amada, su amor que no era otro que Selva y sus habitantes. Hasta que oyó una voz que no sabía por qué le resultaba familiar. Era la del director de Vera, Raven.

—¡Hermandad demanda audiencia al duque Florián!

Florián se dirigió a su allegado:

—Suelta las palomas blancas que vuelen a Mont-Elo sin demora, y tú sal por el túnel de la mina cabalgando sin descanso hacia Mont-

Elo. Una vez allí, entrega esta carta a Héctor.

Miró en derredor y gritando más hacia el exterior que ordenando:

—¡Abrid las puertas!

Casi en un susurro se dirigió a sus soldados:

—No les abráis rápidamente. Vayamos a la segunda muralla. ¡Corred!

La puerta se abrió lentamente, así como lo ordenó Florián. El director de Vera rebullía de rabia dentro de la máquina motora. Entraron con toda la tropa y la máquina ruidosa ya había alertado a algunos habitantes de Selva que no tenían conocimiento de los acontecimientos que pudieran transcurrir en el día de hoy.

Entraron en el cuadrado vacío que era la primera defensa de Selva y cerraron la primera puerta. Allí los tenía a su merced, debajo de la arena batida tenía siempre explosivos. Él también tenía armas de fuego escondidas en los sótanos del castillo. Allí, la hermandad, con su soberbia, estaba atrapada en un callejón sin salida. Florián sonrió débilmente, pero torció el gesto a amargura demasiado pronto.

Los soldados de la hermandad se ponían nerviosos, y los ancianos aún más. El director de Vera bajó de la máquina motora, esperando que también lo hiciera el duque.

Florián de Selva bajó ceremonioso con dos ayudantes desarmados a la arena del patio; los ancianos de la hermandad también lo hicieron.

—Queridos hermanos y señor director de Vera, ¿a qué debemos esta repentina visita?

—Florián de Selva, duque de este feudo…

Los cinco hermanos se acercaron al director arropándole sus espaldas y los cinco inclinaron la cabeza a modo de leve saludo. El director prosiguió:

—… Tenemos sospechas fundadas de que un grupo de fugitivos ha sido auxiliado en Selva y que en esta misma ciudad no se siguen los mandatos de la hermandad; es más, tenemos ciertos informes que nos indican que Selva en un breve periodo de tiempo se prepararía para rebelarse contra las cinco ciudades del este.

—¿Qué pruebas tenéis de ello? —preguntó Florián.

—Nosotros no somos ningún tribunal, Florián de Selva. Somos la misma justicia, y Selva es ahora totalmente nuestra.

Sin que nadie lo viera venir, el director de Vera extraía el cuchillo ensangrentado del pecho de Florián. Él no se lo esperaba; su cara de sorpresa se cambió en una débil sonrisa y, entre sangre,

Florián, duque de Selva, desde la voz de un linaje antiguo, profetizó con débiles palabras que fueron las últimas antes de la antesala de la muerte:

—Selva volverá a quién perteneció.

Raven no entendió esa frase, pero la sangre calmó su ira. Ordenó con una mano, y la máquina motora se encaró con la segunda puerta. De la máquina, un tubo metálico se extendió hacia fuera, entonces el director de Vera bajó la mano y un fogonazo junto con un sonido atronador, salieron del cañón que reventó la puerta en mil pedazos. Todos los habitantes de Selva se alarmaron: gente que paseaba por las cercanías de la puerta resultó herida e incluso hubo algunos muertos; los soldados de la hermandad entraron como una negra sombra en Selva. Todos aquellos que llevaran uniforme eran abatidos; quemaron varias casas. La gente huía despavorida ante tal crueldad. El suelo se tiñó de rojo sangre y hollín; la nieve embrutecida y desecha por el calor de los incendios.

El director recorrió las calles a pie y abatía con sus propias manos a aquel que pudiera representar una amenaza o, simplemente, a algunos por puro placer. El caos reinaba por las calles de Selva; los colores se apagaron con los gritos de los convalecientes.

El director señaló hacia la fortaleza del duque y la máquina motora disparaba una y otra vez hacia ella hasta que a los pocos minutos fue una ruina.

La cara de Raven era de grotesca alegría hasta que el más anciano de todos se adelantó mirando a su alrededor y con una palabra que se impuso a cualquier sonido circundante:

—¡Basta!

—Aún no, anciano, que recuerden este día para el resto de sus días y a quién deben obediencia.

—¿Quién te ha dado el mando? Somos la voz de Monasterio y yo el más antiguo del consejo, te lo ordeno.

—El director de Vera se mordió los labios y emitió silbidos para que pararan sus soldados.

Aquel que mirara al director de Vera se dio cuenta de la naturaleza asesina e insaciable de él; el anciano que paró el ataque miró a su alrededor y volvió a dirigirse hacia él:

—Esto ha sido excesivo. Solo veníamos a hacer una demostración de fuerza. Esto ha sido una masacre. El director de Ulsan tenía razón. Ahora no nos temen, nos odian. Se quedaran aquí la mitad de los soldados. El resto partimos a Mont-Elo. Si se derrama una sola gota de sangre más, la siguiente será la tuya. Has

fabricado un mártir y una venganza.

Raven se contuvo rabioso. No podía atentar contra la misma hermandad y ahora estaba en entredicho por su crueldad, mas podría ir tras los prófugos que estarían ya cerca de Mont-Elo. Necios viejos, ya se encargaría él de que los que arribaran a Mont-Elo. Ya había mandado hacia ellos varias de sus creaciones, no sabía si habían tenido éxito, y aún tenía más por si no lo hubieran tenido.

Desde una colina cercana a Selva, salía por un pasadizo el enviado de Florián. En los túneles escuchaba el estruendo del cañón y la sangre le hervía de rabia sabiendo que ya nada podía hacer por la amada Selva. Pero no echó la vista atrás. Ahora miró un papel que le introdujo el duque en su bolsillo y que no lo mirara hasta que estuviera a salvo: «Dirígete hasta Mont-Elo, encuentra a mi sobrino, aunque te vaya la vida en ello, tiene que saber lo que ha pasado hoy en Selva, recuérdale que es el último de mi linaje, y si algo me ocurriera, él es por derecho el duque de Selva, haz ahínco en que use todo su ingenio en recuperarla, por nuestra sangre y por la sangre de la gente que habita Selva, que es tan suya como nuestra».

Apretó el papel con rabia, y se juró a sí mismo que no pararía hasta encontrar a Héctor, aunque tuviera que empeñar toda su vida en ello.

32. MONT-ELO

Después de mi imaginaria puerta de cristal, que empezaba justo donde terminaba la garganta oscura, ya no había nada que obstaculizara la visión de la última parada. Después de la batalla, la calma y el final de nuestro primer tramo, tras una pequeña bajante, ya a muy pocos kilómetros y varios días de accidentado camino, estaba ya más tranquilo. Mientras mis compañeros fueron a recuperar los caballos, me dejaron solo y así pude recrearme en la visión de nuestra meta. A pesar de lo acontecido, no me pesaba porque cualquier viaje también es camino.

Mont-Elo, la puerta del este, así lo denominaban también. Era un feudo que hacía frontera con los límites de las cinco ciudades. Poco se decía en Vera de él, pero tanto Gabriel como Antón me contaron que era un feudo abierto que daba temporalmente cobijo a gente de las regiones del este, así como a caminantes e, incluso, fugitivos o exiliados de las ciudades. Tenía un fuerte comercio de trueque. Tras quedarme solo en aquella suave cuesta que me servía de descanso tras la pelea con aquellos seres vacíos, miré y vi lo bonita que era o al menos, a mí me lo parecía.

Mont-Elo no era un feudo tan bello como mostraban los libros leídos y de los comentarios de mis compañeros de viaje que era Selva, pero la diferencia estaba en que a Mont-Elo se la veía desde muy lejos y a Selva solo cuando entrabas en ella.

Mont-Elo se situaba en un cerro solitario dentro de un llano, pero allí donde se dirigiera la mirada a la lejanía, se veían montañas. Mont-Elo en sí era un castillo estrecho y alto que coronaba la cima de ese cerro con dos altas torres, una más alta que la otra. La torre más alta era un magnífico mirador que dominaba visualmente la llanura; debajo de esa fortaleza, una muralla no muy alta que separaba la zona de la población con dicha fortaleza. Después de esa pequeña muralla, había otra más a no muy lejana distancia en la que se veían las casas. Traspasada esa muralla, y ya a bastante distancia, se divisaba todo el grueso de la población formando sus calles y casas un anillo circular. En la base de ese cerro, una muralla bastante alta y consistente que, desde mi vista, solo veía una entrada de portones inmensos. Justo en ese preciso momento, se abrió solo una hoja, y se veía gente esperando en la misma a que se abriera para poder entrar en ella.

Mientras me recreaba con la vista de Mont-Elo en este momento de silencio, oí el relinchar de caballos y sus cascos golpear tierra y roca. Mis compañeros habían recuperado las monturas, aunque

sospecho que habían vuelto una vez pasado el peligro. Poco tiempo había transcurrido desde la búsqueda a la vuelta. Antón se puso a mi paralelo y con voz calmada me habló:

—Ya queda poco para llegar.

—Me resulta especialmente conmovedor ese feudo.

—Es la primera parada del camino. Ya creo que es momento de relajarnos y descansar. Además, pronto llegarán los demás.

—¿Estarán todos? ¿Habrán llegado bien?

—En poco tiempo lo sabremos, Silvan. ¡Ojalá todo les haya ido bien!

No eran muy esperanzadoras las palabras; aun así, montamos los caballos y nos dirigimos a sus puertas. Ciertamente, lo poco que quedó de recorrido se hizo corto. Así llegábamos. Empezamos a ver una larguísima cola para entrar en el feudo de Mont-Elo: gente en carros, a pie, a las riendas de algún caballo. Pensé que nosotros éramos especiales pues éramos esperados, hasta que Gabriel me cogió del hombro y me dijo:

—Tenemos que guardar fila como todo el mundo. Las normas de Mont-Elo son muy estrictas.

Estuvimos esperando poco más de una hora, y siempre miraba hacia atrás esperando ver a Raquel, pero detrás de nosotros había poca gente.

Llegamos a la puerta y miré sorprendido a aquellos que controlaban la misma. La persona que portaba un libro y no paraba de escribir con una pluma era un anciano vestido con una modesta túnica acordada por la cintura con una soga; era tan poca cosa que no sé cómo se podía mantener en pie, y apenas levantaba la vista.

A un lado, había una chica de cabellos largos y rubios cubiertos con un sombrero de copa y encima del ala del sombrero unas extrañas gafas. Realmente, era hermosa, aunque tenía un cierto aire extranjero. Vestía pantalones de cuero con botas altas y de tacón, un chaleco de cuero que, a pesar del frío, tenía un generoso escote, el cual no pasaba desapercibido por los componentes masculinos de la fila; en el bolsillo de su chaleco, tenía varias plumas, y en un vasto cinturón de hebilla metálica, dos dagas; todo en particular más que extraño. Terminaba su vestimenta con un larguísimo abrigo hecho de mil telas. Entre sus dedos tenía un cilindro por el cual, al llevárselo a la boca, exhalaba un humo blanco, más blanco que el que los demás echábamos de nuestros alientos por el frío.

Junto a ellos, unas cinco personas bien armadas, altos y fornidos, vestidos de cuero y metal con unas lanzas cortas. Estaban distraídos por una larga rutina cotidiana.

—Señor Ataúlfo, escriba de la villa, y Marion, corregidora de la misma y tan bella como peligrosa —dijo Antón.

Los dos levantaron la vista y se quedaron fijos en Antón intentando reconocer una voz que les era sumamente familiar. Los cuatro íbamos con las capuchas echadas y no se nos podía reconocer si no nos las quitábamos. Antón se la quitó y posteriormente le siguieron Karmen, Gabriel y yo. Las caras de sorpresa fueron mayúsculas. Ataúlfo se acercó a Antón a la vez que posaba largas miradas a Gabriel y Karmen. A mí me ignoró.

—Pensé que moriría sin veros una vez más, pues ya me queda poco; seguramente esta será la última vez. Diablo rojo, ahora entiendo por qué nos entregó el duque una carta sellada en cera y nos dijo que sabríamos cuándo abrirla.

Marion se acercó en un círculo mirando a Gabriel descaradamente y al final le habló:

—Hace veinticinco años que te fuiste de aquí, me dejaste siendo una adolescente y ahora te veo igual. ¿No pasan los años por ti?

Gabriel enrojeció. Ahora yo le admiraba más, ya que tuvo que dejar Mont-Elo por cuidarme a mí: veinticinco años, justos los que tengo yo. Gabriel tampoco perdía la mirada de ella.

—Los años a ti en cambio te han hecho más bella. Tuve que irme, Marion, mas algún día, si me veo libre, volveré a mi casa, a Mont-Elo, y te contaré todas mis andanzas de estos años, con un buen fuego y buen vino, porque tu compañía es inmejorable.

Ataúlfo miró contrariado:

—Soy muy viejo ya para esto. En fin, abramos la carta del duque.

Ataúlfo y Marion miraron la carta, y su cara era una imagen de sorpresa. Ataúlfo recitó en voz alta:

—Antón el rojo, Gabriel Monte, Silvan Ellan y Karmen, sin apellidos. Estáis dentro de la lista. ¡Gabian! ¡Manda acomodar el palacete del cerrillo y que adecenten todas las habitaciones! Creo que se van a necesitar todas; al menos el patio interior y los jardines siempre están cuidados. Como proseguía, estáis invitados directamente por el duque de Mont-Elo en su casa de invitados. Ahora os acompañarán… y, por lo que leo, no sois los únicos.

—No te preocupes, Ataúlfo, yo le escribí a Román, nuestro querido duque. Somos viejos conocidos.

Ataúlfo le miró como solo pueden hacerlo quien posee la sabiduría.

—Creo que tienes muchos viejos conocidos. De todas maneras, tu mera presencia solo es signo de malos augurios.

—O es al revés, hago presencia cuando las dificultades hacen necesario que preste mi ayuda.

—Por lo cual me confirmas lo evidente. ¡Y yo que creía que el final de mi vida sería tranquilo!

—No te aflijas; todo cambia siempre, queramos o no, es la rueda del tiempo.

Ataúlfo dibujó una sonrisa.

—Pues yo me cago en la puñetera rueda y en el destino. ¡Acompañadlos! Aún falta gente por entrar y nuestro trabajo es controlar la puerta. Hasta pronto, compañeros de camino y, bienvenidos a Mont-Elo. Marion, sigamos.

En una subida prolongada, dado que eran todas las calles cuesta arriba, dejamos que una persona se llevara los caballos a unas enormes cuadras. Miraba distraído el castillo; desde su base, la hiedra vestía sus piedras, grandes peñascos formaban parte de ella y su forma ligeramente ovalada aprovechaba la forma de la cima del gran cerro. Debajo de la fortaleza, entramos en la segunda muralla contando desde abajo y callejeamos bastante. Mont-Elo no era pequeño. Las casas de la primera muralla eran sencillas, de máximo dos plantas y aparte de casas de labores, una calle con casetas de madera y piedra sin puertas abiertas. Veía telares que sobresalían de la primera parte de la ciudad, bastantes molinos de viento: algunos molían trigo, otros aceitunas para aceites y el resto proveía de electricidad. En las calles se veía gente con sus labores y hablando con lo que eran aparentemente extraños como nosotros para acomodarlos.

En la segunda muralla había poco trasiego y las casas eran mucho más grandes. Una debiera ser un cuartel, pues veía hombres fornidos entrando y saliendo; las calles eran de piedra bien hechas, niveladas por maestros y las casas tenían jardines bien cuidados. Nos desviamos a la derecha, donde al final del camino se encontraba solitaria una casa aún más grande que las demás de este barrio. Detrás de ella, había un barranco no muy pronunciado que impedía más edificaciones y dejaba la vista limpia al paisaje de la llanura que señoreaba Mont-Elo. Entramos por unas puertas de forja a un cuidado jardín que embellecía la entrada y veíamos pocos restos de nieve, lo que databa del gran cuidado que le proveían a la casa.

Nadie salió a recibirnos; no me extrañó, pues Gabriel me dijo que en este feudo era poco el servilismo; aquí se cuidaban las cosas, se tenían limpias, se hacía de cocinar, pero no se servía ni se esperaba a nadie, pues todo el mundo tenía manos. Tras la puerta

del jardín, ahora el cielo cubierto de juguetonas nubes que nos privaban intermitentemente del calor del sol y el aire fresco hacía bailar a su son a las plantas, árboles y flores de este, ahora nuestro jardín.

Entramos en la puerta de la casa de madera maciza, la puerta estaba entornada y no veía cerraduras. Se abrió fácil, de bisagras bien engrasadas, no hizo ruido alguno y hasta el viento cayó intruso cuando cerramos la puerta. Pasamos el recibidor poco amueblado y entramos en el salón principal, que era enorme; estaba caldeada por un enorme fuego de una chimenea situada en el lateral izquierdo; las paredes eran de una belleza sin igual, llena de frescos de paisajes florales, de bellas mujeres y todo de algo muy ausente; todo lo pintado era primaveral. Al fondo, unas cristaleras enormes que enseñaban un patio interior en cuyo centro había un pozo adornado y en los laterales del patio, pasillos exteriores que también daban a las habitaciones interiores de la planta baja y el primer piso con bellas columnas y balaustrada se veía nevar ahora desde el calor del hogar y la calma invadía el salón. Después de tantas aventuras y desventuras, como siempre, fui yo quien interrumpió el silencio.

—¿Y ahora?

—A esperar. Aún han de llegar más —indicó Antón.

—¿Gabriel? —pregunté yo.

—Dime, Silvan.

—¿Qué relación tienes con Mont-Elo?

—Abramos una botella de vino; desde hace muchísimo tiempo, el vino de estas tierras era su joya y, Silvan, como sabes, antes los inviernos no eran tan fríos.

Antón, Karmen y Silvan se rieron de la alusión a cómo contaba las historias Antón.

—Como decía, y como has supuesto, Mont-Elo fue mi casa durante muchísimo tiempo y, como habrás deducido, yo era el corregidor de este feudo y…

Con el calor y el vino, este fue el Gabriel distinto que vi la última vez al lado de un fuego; entender es comprender y ahora entendía que antes estaba en un exilio y ahora en su casa.

Adrián ya vio el final del camino, el feudo de Mont-Elo. Ya era terreno llano. Hacía tiempo y lo único que dificultó el viaje fueron algunos traicioneros baches y el incómodo frío. Paró el coche y Héctor se asomó por la portezuela del carruaje:

—¿Qué ocurre, Adrián?

—Estamos cerca de Mont-Elo y, si me excusas, para un momento para estirar las piernas, pues cansa estar tanto tiempo sentado.

Desde dentro de la cabina, una voz dulce e inquieta preguntó:

—¿Hemos llegado?

—Casi, queda muy poco; si te asomas, podrás verlo.

Raquel salió del coche y miró el llano con los pocos verdes que daba permiso la nieve y al fondo en un cerro que irrumpía gallardo la monotonía del llano que era el feudo de Mont-Elo. Raquel lloraba con poco ruido, y Héctor no sabía interpretar cuál era el motivo de sus lágrimas; no quería que la emoción les hiciera perder más tiempo y menos tan cerca.

—Terminemos nuestro camino; no nos podemos exponer estando aquí quietos y menos estando tan cerca.

Adrián asintió ante la evidencia de las palabras de Héctor; se subió a su puesto de conductor. Raquel y Héctor entraron dentro y recorrieron el último tramo hacia Mont-Elo.

El coche llegó a las puertas del feudo y esperaron su turno para entrar en el feudo. Un soldado de Mont-Elo se les acercó y les indicó amablemente que, para entrar, debían bajarse del coche. Todos aquellos que querían entrar debían estar a la vista y si los que esperaban a pie tenían que soportar el frío de ese día, ellos también.

Ya en la puerta, se encontraron con el escriba y el corregidor de Mont-Elo.

—¿Siguientes?

—Venimos de muy lejos y creo que nos esperan —dijo Héctor.

En la parte izquierda de la fila, apoyado contra la muralla una persona de poca estatura, al oír la voz de Héctor, se puso de pie. Iba cubierta de un abrigo negro con capucha grande y se fue hacia la fila. Apenas nadie se dio cuenta, habló en susurros con la persona que situaba justo detrás del carromato y disimuladamente se situó detrás de Raquel, Adrián y Héctor, los cuales solo miraban al frente, pendientes únicamente de entrar en Mont-Elo.

—Pudiera ser, si son tan amables, que me facilitaran sus nombres —con una amabilidad monótona les expuso el escriba.

—Por supuesto. Mi nombre es Héctor de Selva.

En ese final de frase, Marion, la regidora de Mont-Elo, miró la carta que le había entregado el duque y asintió hacia Ataúlfo, el escriba.

—¿Y usted?

—Adrián de Vera.

Marion miró la lista y negó; luego se encogió de hombros y el escriba le habló a Héctor:

—No se le esperaba a usted, señor Adrián.

—Yo respondo por él, es mi sirviente.

—No es normal la servidumbre en este feudo, pero si usted responde por él…

—Por supuesto que lo haré.

Raquel se movió inquieta. Era la primera vez, aunque fuera de segunda opción, que la llamaron señora, pero se tragó una protesta y contestó:

—Raquel de Vera.

Marion, la regidora, miró la lista nuevamente y directamente miró a Raquel, a la cual le devolvió la sonrisa y luego asintió a Ataúlfo.

—Bueno, sean bienvenidos a Mont-Elo. Ahora les…

En ese momento, una voz cristalina, sumamente femenina, justo detrás de Raquel, interrumpió al escriba:

—¡Falto yo!

Sorprendidos, todos miraron hacia atrás. Ataúlfo y Marion ladeaban la cabeza porque apenas se veía detrás de Raquel; entonces, esa mujer se adelantó unos pasos hasta quedar a la altura de Héctor. Se quitó la capucha y fue como si el sol saliera entre negro nubarrones. Era preciosa, de una cara de porcelana y unos cabellos tan rubios que rayaban la blancura; se giró hacia Héctor y de sus ojos de color verde esmeralda surgió un guiño. Tal fue la sorpresa que nadie reaccionó. Héctor se quedó petrificado; Adrián reconoció a esa criatura, mas quiso hablar, pero de su boca no podía articular sonido alguno; Raquel la miraba admirada de su belleza, y esa mujercita, casi sin que nadie le oyera, a Héctor le murmuró:

—¿A que soy bella?

Héctor no tenía reacción alguna; si la sorpresa le desconcertó, aquellas palabras le desarmaron por completo; Ataúlfo, más entrado en años, miró a todos los sorprendidos con indiferencia y le habló a esa mujercita:

—¿A quién debemos el placer?

—¡Qué educado Ataúlfo!

Ahora, el sorprendido fue el escriba. ¿Cómo podía saber su nombre? Estaba seguro de no conocerla, nunca se podía olvidar nadie de una cara como esa.

—Mi nombre es Derán, la dama blanca, y se me espera. Acompaño a este grupo hace tiempo.

Entonces, Adrián reaccionó:

—¡Es ella!

Héctor sintió aturdido lo incómodo que estaba cogido al delicado brazo de la muchacha, y era cierto que era bellísima,

aunque describirla era harto complicado; giró la cabeza hacia a Adrián:

—¿Quién es ella?

Adrián no cabía en su nerviosismo.

—La chica que vi en Selva.

Derán miró acompasado a Héctor en el movimiento, sin dejar su boca de esbozar esa dulce sonrisa.

—Sí, Adrián, y gracias por cumplir —dijo ella.

Héctor no sabía por dónde empezar a preguntar ni qué preguntas debía hacer.

La regidora miró la lista y negó con la cabeza al escriba. Al girarse Ataúlfo para mirar a Marion, este se quedó boquiabierto al ver un búho real, tan blanco como la nieve de este frío otoño, que volaba desde la torre más alta del castillo de Mont-Elo para que se posara en el brazo de Marion. En el pico llevaba un papel arrancado de una hoja con premura y, al mismo tiempo que la regidora lo cogía, volvía a alzar el vuelo para dirigirse de vuelta a la torre de donde vino. Con los ojos muy abiertos por la sorpresa del mensajero, leyó rápidamente y se acercó a Ataúlfo susurrándole algo al oído. El anciano escriba se dirigió al grupo:

—Nuevamente, ahora a los cuatro, ya que es cierto que se le espera, señorita Derán, bienvenidos a Mont-Elo; dejen el carruaje, cojan sus enseres, que se les acompañará a sus alojamientos; por cierto, a modo de noticia, no son los primeros.

La cara de Raquel se iluminó; Héctor empezó a salir del trance que le provocó esa mujercita que no dejaba ni quería dejar de asir su brazo. Adrián seguía a los tres con la boca abierta y los ojos de haber visto un fantasma. Derán sonreía, si es que alguna vez dejaba de hacerlo.

Caminando por las calles estrechas y empedradas de Mont-Elo, Héctor no tardó en preguntar a Derán:

—¿Quién eres?

Derán dejó un suspiro coqueto mirando el cielo:

—¿No lo oíste? Soy Derán, la dama blanca; siempre todo el mundo me pregunta lo mismo. Con presentarse una vez debiera ser suficiente; además, ya le dije a Adrián que mi mensaje te lo diera. ¿No es un honor, Héctor, bello muchacho, acompañarme del brazo?

—Es…

—¡Huuy! No hables ahora, los hombres cuanto más habláis, más encanto perdéis.

Raquel rio, le caía bien la misteriosa dama. Derán, al oír su risa, miró a Raquel y también rio. Adrián, en cambio, seguía viendo a un

fantasma.

Ya abrían la verja de la casa cuando la escolta se despidió sonrojada, ya que Derán se acercó a besarlos en las mejillas y darles las gracias.

Héctor pensó para sus adentros: «Ya me dirá Antón quién es esta dama; seguro que él tiene algo que ver, por eso tiene tantos secretos ocultos».

Antes de llegar a la puerta, Derán cogió las manos a Raquel y le dijo:

—Eres muy guapa, Raquel.

—No creo que tanto como tú; me caes bien casi sin conocerte.

—A mí me caes bien también, mas yo sí te conozco.

Raquel se quedó sorprendida, pero antes de que tuviera reacción a sus palabras, Derán abrazó a Raquel; sintió un cariñoso alivio en ese gesto que le hizo sentir paz después de tanto sufrimiento, mucha paz.

Héctor miró con una sonrisa a las dos chicas; él también necesitaba paz y sentía sana envidia al ver a las dos abrazadas. Adrián, al final, se dirigió a Héctor:

—Pero…

—Déjalo, Adrián; si crees que esta es la única sorpresa que nos espera, vas muy equivocado; vamos a entrar, pues estoy muy cansado. Dejemos las preguntas y respuestas para otro momento.

Héctor llamó a la puerta con el llamador de hierro negro. El ruido de la puerta resonó por toda la casa. Estábamos alrededor del fuego y, junto con el vino que tomábamos, nos proporcionaba calor; reunidos alrededor de Gabriel, escuchábamos con una sonrisa sus vivencias en Mont-Elo, cuando nos sorprendió el picaporte de la puerta. Nos miramos unos a otros; Antón sonrió mientras se dirigía hacia la puerta; nosotros quisimos seguirlo, pero con una mano nos indicó que esperáramos. Lo vimos desaparecer por la puerta que daba al recibidor, nos quedamos expectantes mirando con la incógnita de quién llegaría.

Antón abrió la puerta, al primero que vio fue a Héctor; nada más entrar, lo abrazó. Antón era mucho más alto que Héctor y, por encima de su cabeza, vio a dos chicas y a un hombre más; no importaba, pues ya estaban aquí. Sin dejar de mirar a Héctor, le dedicó sus primeras palabras:

—Sabía que lo lograrías, vi en tus ojos el brillo de la inteligencia; espero que el camino haya sido menos accidentado que el nuestro.

—La huida fue compleja, pero como ves lo logré. En el camino

no hemos tenido ninguna dificultad. Te presento ahora al resto de la gente que me acompaña —dijo Héctor intentando señalar al resto, cuando Antón le cortó.

—Las presentaciones para todos; aquí estamos en el salón. Hay un buen fuego e incluso tenemos vino. ¡Entrad!

Entraron el resto de personas al salón: Adrián, Derán y Raquel (estas iban cogidas de la mano). Adrián no dejaba de mirar a Derán como si siguiera un fantasma. Antón, sin perder ni un solo detalle, se adelantó hacia el salón. Karmen, Gabriel y Silvan vieron aparecer a Antón, después a un hombre de no muy alta talla y seguidamente, a otro hombre bastante fornido con la cabeza gacha. A continuación, entró Raquel, y en ese momento me quedé paralizado sin saber qué hacer. Después de Raquel, entró Derán, y cuando Karmen la vio, se le cayó la copa al suelo; el ruido hizo que todo el mundo se parará durante largos segundos. Antón miraba a todos, Raquel me miraba a mí, también creo que como yo sin saber cómo reaccionar. Se oyó una sonora palmada que hizo que Raquel, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, diera un paso hacia delante; Derán sonreía, pues fue ella quien le propinó esa palmada en el culo y le hablaba a Raquel:

—¿A qué esperas? ¿Todo el tiempo esperando? Ve y toma lo que es tuyo.

Raquel la miró mientras Derán no dejaba de sonreír y, con un movimiento de su grácil cabeza, le indicó que fuera hacia mí; así lo hizo Raquel. En una corta carrera recogiéndose la falda con su mano y se abalanzó hacia mí. Ambos nos abrazamos y se me humedecieron los ojos por la emoción; mas no sentía vergüenza, no quería soltarla jamás. Raquel levantó la mirada hasta que sus pupilas y las mías se quedaron fijas.

—Silvan…, yo…

No la dejé hablar y la besé en un acto espontáneo, al cual me correspondió Raquel.

Todos los allí presentes sonrieron gratos al ver esa tierna escena, con una excepción, la de Héctor, que aunque forzosamente dibujaba una sonrisa por dentro, se le quebrantaban los huesos y se le rajaban las entrañas; hubiera deseado ser él quien recibiera las atenciones de Raquel, una pesadilla de infortunio enamorarse de quien ya tenía dueño.

Antón observaba los detalles hasta los más mínimos de todo el grupo; entonces se puso en medio de todos y miró al grupo más cercano al fuego:

—Os presento a Héctor, es una persona mía de confianza; él

mismo actuó por iniciativa propia para poder sacar a Raquel de Vera; él os presentará al resto de su partida.

—Gracias, Antón. Mi nombre es Héctor, Héctor de Selva; soy sobrino de Florián de Selva y hace unos años fui reclutado por Antón. Encantado de conocerlos.

Antón le interrumpió:

—Perdonadme, perdón, Héctor, antes nos presentaremos nosotros. Mi nombre es Antón, Antón el rojo; evidentemente si veis mi pelo sabréis el porqué de mi apodo. ¿Gabriel?

—Mi nombre es Gabriel. Estuve protegiendo a Silvan durante veinticinco años. Soy amigo desde los principios de Antón y, ahora, recorremos estos caminos juntos, como en el pasado lo recorrimos. ¿Karmen?

—Yo soy Karmen, soy amigo de Antón y de Gabriel, aunque no siempre hemos recorrido camino juntos, ahora sí lo hago. Por cierto, también soy un asesino de la hermandad.

Adrián y Héctor dieron un respingo. Karmen no dejaba de mirar a la chica de los cabellos de oro como si fuera una revelación. Silvan no dejaba de abrazar a Raquel; si hubiera una palabra enterrada en su anterior vida, con una copa de vino, su amada abrazada y junto al fuego ahora florecía, esa palabra era felicidad. Le tocaba su turno para presentarse.

—Soy Silvan, de Vera, y perdonen que lo diga: aún no sé quién soy.

Antón, Gabriel y Karmen estallaron en risas. Héctor se aclaró la voz y se dispuso a presentar a su compañía; a Raquel evidentemente no, pues falta no hacía.

—Aquí, bueno, en principio teníamos que venir solamente dos, pero añadí a un aliado que en principio resultó ser un agente del alcalde también: Adrián.

Adrián miraba expectante la reacción de todos, pero lo que no sabía es que el cupo de todos referente a las sorpresas estaba sobradamente sobrepasado y que las venideras ya dejarían simplemente de serlas. Antón se adelantó y habló con la seguridad que le caracterizaba:

—Me sorprendes, Héctor, convirtiendo los enemigos en aliados, mas sospecho que esto ya te lo habrán dicho antes, y tú, Adrián, que salvé a tu familia y a ti mismo, aun así, que creía que eras de mi confianza, te hiciste agente del alcalde, pero en fin, lo que cuenta son los finales.

Adrián, seriamente consternado, replicó a Antón:

—Cierto es que confieso mi traición; de todas maneras, lo que te

prometí lo cumplí, jamás hablé de ti. Ayudé a Héctor. Seguramente lo hubiera traicionado por miedo hasta que en Selva…

Todos se giraron al ver que Derán se quitaba el abrigo y vestía un conjunto blanco de transparencias superpuestas que mostraban más mujer que lo que una cara adolescente daba a entender; dio unos pasitos graciosos y chiquitos al centro de todos, enmudeciendo la sala y cortando a Adrián:

—¡Hola! Ya me presento yo, que Héctor estará cansado. Mi nombre es Derán, la dama blanca. Yo realmente he venido sola, aunque me uniera a la partida de Héctor. Encantada de conoceros a todos.

Karmen salió a su lado, le dio una vuelta y ella se puso una mano delicadamente en su boca para acallar su risita traviesa.

—Yo te vi en el bosque cerca de Vera, no lo tengo seguro, pero tú llevabas la manada de los enormes lobos blancos y me hiciste dormir. ¿Qué eres?

—¿Duermes bien ahora? Si creo que ya he dicho quién soy. ¿Por qué todo el mundo se preocupa tanto de mí? ¿Soy bella, verdad, Karmen? Bueno, así no te llamabas antes…

—Vale, bien, sí… encantado de conocerte por segunda vez.

Antón por primera vez desde que lo conocí tenía cara de preocupación. Aquella mujercita le resultaba a él y a todos muy enigmática, pero Román, el duque de Mont-Elo, la dejó entrar por alguna razón que descubriría en su momento.

—Bienvenida, Derán, a este grupo… de fugitivos; si has decidido acompañarnos, así sea.

Gabriel sacó más vasos de barro y jarras de vino; quien quiso se sentó, y los que lo desearon, de pie se quedaron, así rompiendo el silencio que quedó, Gabriel empezó a relatar la huida; Karmen cómo los encontró, Raquel no dejaba de mirar a Silvan, y Silvan no quería hablar, pues estaba dichoso al lado de ella y no atendía a nada de lo que se comentaba, y si era aludido, solo asentía con la cabeza. Así prosiguió la velada con historias, vino y un buen fuego, donde mejor se cuentan las historias.

Ya iba atardeciendo y el frío arreciaba en la puerta de Mont-Elo. El escriba Ataúlfo, la regidora Marion y un grupo de gente armada (soldados de Mont-Elo) esperaban no por gusto, sino porque en la lista de Román, el duque de Mont-Elo, quedaba un nombre y ya no había gente que entrara ni saliera del feudo. En breve, cerrarían la puerta faltara o no gente; cuando vieron a lo lejos del camino polvo provocado por el galope de dos jinetes; ojalá fuera el que falta, aunque por la polvareda levantada, más de uno había, hasta que

dos jinetes, un hombre y una mujer se pararon delante de ellos.

—¡Buenas tardes, señores!

El escriba claramente cansado atajó el camino sin preámbulo ni presentación.

—¿Vuestros nombres? Si son tan amables.

—Mi nombre es Prometeo.

—Y el mío es Noelia.

Marion señaló con la cabeza a Prometeo y asintió, miró a Noelia y negó. Prometeo se dio cuenta, pero en ningún momento usó palabras de poder.

—Viene conmigo, yo doy fe de ella y me hago responsable.

El escriba asintió, pero intentó reñir a la pareja:

—Casi cerramos la puerta, vinieron demasiado cortos de tiempo.

Noelia y Prometeo intercambiaron sonrisas y sonrojos cómplices; entonces ella habló:

—Nos entretuvimos en el camino.

—Bueno, bienvenidos a Mont-Elo; ahora les acompañarán a la casa donde descansarán. Creo que os están esperando.

—Hemos sido los últimos en llegar preveo; no les hagamos esperar.

Así, los acompañaron hacia la casa, incluido el escriba y Marion. En la misma puerta se despidieron con unas buenas noches y emprendieron el camino al castillo. En el mensaje que trajo el búho blanco, había más instrucciones que dejar entrar a la dama blanca. El duque de Mont-Elo casi nunca convocaba a la regidora y al escriba, y mucho menos en la torre.

Prometeo y Noelia llamaron a la puerta principal. Antón les fue a abrir; se alegró mucho de ver a Prometeo a la par que se sorprendió mucho de ver a Noelia, y más del vínculo invisible que los unía que en un segundo de detalles insignificantes descubrió Antón. Entraron en el salón principal y los dos amantes se sorprendieron de la numerosa compañía, así como los demás de ver que aún se incorporara más gente. Antón, alzando los brazos, llamó la atención de los allí presentes:

—Con vuestro permiso, hago las presentaciones, y ya no esperamos a nadie más, creo. Aquí, Prometeo, un protegido mío y…

—Noelia

—¿Y…? Noelia, ¿cómo estás en compañía de Prometeo? —interrumpió Karmen.

—Soy espía de la hermandad. ¡Karmen, ¿qué haces aquí?!

—Ya ves, Noelia, una espía dedicada a buscar a los durmientes cuando ya conocías a uno. Encantado, Noelia.

Ante la cara de asombro de algunos, no de todos, Prometeo intervino:

—Ya no lo es. Ahora camina a la par mía y yo a la suya; de enemigos a queridos. Azar del destino.

Antón soltó un suspiro y, ya que la velada prometía, prosiguió con las presentaciones.

—Muy poético, muy tuyo, Prometeo. Ahora os presento al resto.

—A Gabriel ya lo conoces. Los demás, a ninguno; simplemente os los nombro: Karmen, Silvan, Raquel, Adrián, Héctor y…

Prometeo dio unos pasos mirando con fascinación a la joven que miraba absorta el fuego, un poco ajena ahora a las presentaciones; se dirigía hacia ella:

—¡Hola! Como oirías, mi nombre es Prometeo. ¿Y el tuyo?

—Mi nombre es Derán…

—La dama blanca —le cumplimentó Prometeo.

La joven se quedó con una media sonrisa divertida, pero con un gesto interrogativo hacia Prometeo; dibujó una sonrisa amable y le dijo bajito:

—No eres la única persona misteriosa de este grupo.

—Sí, pero nadie tiene una voz como la tuya, Prometeo.

Prometeo volvió hacia Noelia, no sin guiñarle el ojo a Derán, la cual respondió poniéndose un dedo en el labio, siguiendo una sonrisa amplia y divertida.

Habrá que traer más vasos y más vino. Conozcámonos conversando, pues no sabemos qué nos depara este futuro incierto. Antón se puso un vaso de vino generosamente y en un susurro le dijo a Gabriel:

—No creo que nadie más entre esta noche en la casa.

Gabriel negó con la cabeza y le dijo a Antón:

—Te equivocas, no tardará en venir alguien más.

—¡Vaya! ¿Ahora tomas tú mi papel?

—¿Quién, yo? Solo guardo una llave y tú muchos secretos; por que yo tenga uno, no estaría mal.

Se abrazaron después de una carcajada gemela y así se reunieron toda la gente que debiera arribar a Mont-Elo.

Marion y Ataúlfo se dirigían al portón del mismo castillo; allí los guardias los reconocieron enseguida y no hizo falta más que abrir la puerta; pasaron al grandísimo patio interior hasta el final del castillo, donde se encontraba la torre más alta, desde la cual se divisaría por todas direcciones la llanura en la que se situaba el feudo, con buena vista más allá de ella.

Cuando entraron en la torre, el cierre de la puerta hizo un eco

en toda la planta baja que estaba desprovista de muebles ni adorno alguno. Marion encendió la lámpara de aceite, sabedora de que aquel lugar estaba falto de electricidad. Allí el frío era aún más penetrante, se arrebujaron en sus abrigos y fueron ascendiendo por la escalera de piedra; el silencio era tan acusado que sus propios pasos eran ruidosos en extremo; subieron piso tras piso sin dirigirse la palabra. Al fin, llegaron a la cuarta planta, el último piso de la torre. Estaba la siguiente instancia sin puerta, solo un gran arco que daba paso a una sala que ocupaba todo el espacio de la torre a excepción únicamente del tramo de la escalera; en todas las direcciones había grandes ventanales, sin madera ni cristal alguno, y en el centro mirando hacia el este, un gran trono de madera que en la situación de Marion y Ataúlfo, les daba la espalda. Por todos sitios había toda clase de aves, y justo encima del trono, el búho real que giró su cabeza al entrar ellos; ninguno se movió hasta que Marion se anunció con nitidez.

—Señor duque.

Sin moverse del sillón, con una voz profunda y de tono grave, le contestó:

—¿Han llegado todos, verdad?

—Sí, señor, y alguno más que les hacía compañía.

—Han llegado todos y ha llegado la hora. Preparadlo todo tal como os dije en su día; retiraos y gracias.

Ante aquellas palabras, los dos se miraron con tristeza y asintieron aun sabiendo que no les veía, pero antes de dejar la sala pronunció las últimas palabras:

—No os demoréis, pues por el este ya vienen los que no serán bienvenidos.

33. REUNIÓN

El vino se estaba acabando y el fuego ya era ascua. Algunos pensaban para sí mismos que era hora ya de retirarse cuando la puerta de la entrada se abrió y una corriente de aire frío que arrastraba partículas de nieve entró vehemente en el salón que a punto estaba de apagar las mismas ascuas de la lumbre. Detrás del viento y el frío, entraron varios cuervos, un gran búho blanco y otras clases de pájaros que se fueron posando en lo alto de los muebles colindantes. Entonces en el salón entró una grandísima figura que tuvo que agachar mucho su cabeza para poder pasar el marco de la puerta; no solo era muy alto, sino que su envergadura era también notable, tanto que entró en vertical por la puerta. En un hombro llevaba un par de palomas invernales; se quitó un sombrero hecho de piel que descubrió su cabeza a la par de su cuerpo; tenía un pelo largo y gris con vetas blancas y una barba tremendamente poblada, pero lo que más llamaba la atención era su piel de color oscuro y tremendamente agrietado. Era muy similar a la corteza de un árbol. Habló con una voz profunda y muy cansada:

—¡Seáis bienvenidos! Soy Román, duque de Mont-Elo.

Recorrió con la mirada a todos y se paró dos segundos más de lo que se paró con otros en la dama blanca, a lo que ese gesto ella le devolvió con una cándida sonrisa.

Antón se encargó de presentarlos con una corta solemnidad; el tiempo para el duque no tenía la misma medida que para ellos. Los pájaros seguían de mueble en mueble revoloteando por la sala y de vez en cuando se posaban en el hombro del duque; entonces, con su peculiar voz, intervino:

—Realmente os conozco a todos, os he visto con ojos que no son los míos. Habéis venido a Mont-Elo como fin de vuestro viaje, pero no os quedaréis aquí, ni todos tomaréis el mismo camino, ni por supuesto, todos llegaréis a vuestro destino, pues tiene mucho más recorrido del que habéis seguido. La hermandad os tiene mucho miedo, bueno, nos tiene. Tenéis que seguir una estrecha y larga senda que parte al final de la llanura al este; vuestro primer destino: el mar. Si no os desviáis, llegaréis a la costa y a partir de allí decidid dónde ir, pero lejos, pues ellos no pararán de buscaros si os quedáis cerca. Estas son mis últimas palabras. Suerte en vuestro viaje.

Antón asintió mientras los demás nos quedamos perplejos. El duque se dio la vuelta y salió llevándose todo lo que había traído. Antón acompañó a Román hasta la puerta y en voz baja

intercambiaron palabras inaudibles para nosotros, quizás secretas. Todos menos Antón, Gabriel y Karmen murmuraban hasta que Antón tomó la palabra:

—Ya habéis escuchado todos; lo que buscábamos aquí ha sido revelado. Creo que ha sido claro y conciso.

—¿Qué es lo que buscábamos aquí? —preguntó Héctor ligeramente decepcionado.

—No lo sé, creo que han sido los acontecimientos, pero coincido totalmente con el duque, estamos demasiado cerca de la hermandad —razonó Antón.

—El mar es la mejor frontera. Caminos hay muchos y todos se pueden seguir. El mar tiene destinos, no camino; nunca sabrán hacia dónde nos dirigimos; de hecho, ni nosotros mismos lo sabemos.

La voz de Prometeo sorprendió a todos, pues entre cada entonación sonaba un acento profundo de sabiduría.

Apartada del resto de la reunión, una voz cantarina, cristalina y acuosa muy bajito cantaba:

Lejos, lejos de tu hogar,
andarás por valles,
atravesarías ríos,
subirás montañas,
paso, pasos que seguirán,
caminos llanos,
pasos altos
y sendas estrechas
buscando un nuevo hogar.

Cuando Derán se dio cuenta de que todos sin excepción la miraban escuchando misteriosos esa sencilla canción, rio y se encogió de hombros. Raquel se acercó a ella admirándola:

—Qué bonita canción; mi madre cantaba dentro de casa cuando pensaba que nadie la escuchaba. Me encantaba escucharla a escondidas.

No pudo Raquel dejar escapar unas lágrimas rememorando el recuerdo de su madre; Derán la abrazó y le susurró al oído:

—No te aflijas, querida, tu madre está en ti.

Gabriel se puso en el centro de la reunión y con voz levemente alta, para romper un poco la tristeza de la escena, dijo:

—Será bonito ver el mar para quien no lo haya visto nunca, que creo que sois la mayoría; además, está el camino y aunque sea

Tierra de Nadie, no lo es tanto como predica la hermandad. Será entretenido pues somos más. Creo que todos vendréis, ¿no?

A la vez asintieron todos los asistentes mirándose unos a otros, confirmando la unanimidad. Karmen se acercó a Antón y le hizo una confesión:

—Esa chiquilla me desconcierta; sabes cuántos años llevo deambulando por este mundo y no he parado: he conocido a muchas criaturas, pero nunca nadie tan misteriosa como ella, y lo que me hizo…

—Karmen por primera vez vencido por la cosa más dulce que jamás he visto. —Sonrió Antón mientras escuchaba las palabras de Karmen.

—¡Sí! No lo niego ni lo escondo. ¿Es que no te gustaría saber más de ella? Esconde más de lo que aparenta.

—¿Y quién no? Mírate tú mismo en un espejo; sé muchos secretos, sé de dónde proceden casi todos, pero tú eres diferente. Nadie sabe de dónde provienes; tú también eres un misterio y aquí hay muchos secretos que ni yo conozco.

Karmen calló ante el razonamiento de Antón, el guardián de los secretos, pero como él mismo confesó, no de todos:

—Razón llevas.

—¿Me contarás tu secreto, Karmen?

—¿Y tú los tuyos, Antón?

—No, y lo sabes.

—Entonces ya sabes mi contestación.

—¿Quedará más vino? Hoy quiero tomarme un descanso y a ti también te convendría.

Karmen se dispuso a irse a la despensa, pero a los dos pasos, las palabras de Antón le pararon:

—¿Quieres un secreto?

—Por supuesto.

—Esa chiquilla, que no lo es tanto, lo único que tiene es lo mismo que vi en Silvan.

—¿Qué es?

—Ausencia de maldad.

—Voy a buscar vino, y de eso, ya me había dado cuenta.

—No es lo mismo suponer que tener certeza.

—Antón, no sé cómo lo haces para tener siempre la última palabra; voy a por vino para que por esa boca pase más líquido que palabras y no repliques.

Antón hizo mutis, no convenía hacer enfadar a Karmen, no porque temiera que algo hiciera, sino porque Karmen distendido era

buena compañía. La reunión se hizo círculos pequeños. Derán estaba mirando a través de la cristalera que daba al patio interior. Prometeo y Noelia conversaban animados tanto como lo hacen los recién enamorados; Gabriel, Antón y Karmen tenían una charla de los tiempos pasados; Héctor y Adrián, hablaban del nuevo camino; Raquel y yo apenas bebimos, apenas hablamos; me sentía cómodo abrazado a ella hasta que al fin le hablé, pues tenía la necesidad de hacerlo. Me vi en el reflejo de esos ojos miel que hacían que se perdieran en ellos hasta que vio el brillo de sus pupilas, provocado por el nacimiento de unas lágrimas que empezaban a brotar, pero se contenían dentro de sus cuencas. Volví a experimentar una profunda tristeza: ¿quién era él para arrastrar a esa criatura a su lado? ¿No hubiera sido más justo evitarle estas desventuras? Pero no podía, un vínculo enraizado entre los dos evitaba que cualquier posibilidad de estar separado de ella fuera algo impensable, pero tenía, debía, al menos para su paz, pedir perdón.

—Raquel, perdona por pasar por lo sufrido; no sé qué culpa tengo yo y me corroe por dentro.

—¡No me mires con esa tristeza tuya! Fui yo quién se acercó a ti; yo era quién deseaba estar contigo y que me correspondieras. Para mí ha sido el fin de mi anhelo, no pienses más. La ciudad de Vera era un lugar oscuro y ya mi madre se obligó por mí a adentrarse en esa oscuridad. Me siento orgullosa de ella, seguramente yo hubiera hecho lo mismo y fue el cruel capricho de una persona malvada. A saber lo que hubiera deparado para mí y para ella; quizás hubiera sido peor, no pienso en ello; estoy a tu lado donde yo quiero estar y honro para siempre la memoria de mi madre intentando ser feliz.

Ante la sinceridad y el corazón abierto de Raquel, lloró, ya no tenía palabras si no fundirse en un tierno beso que ella correspondió; entonces ella separó sus labios:

—Y esta noche dormiremos juntos, no me importa ni creencias ni etiquetas.

—No hay de eso aquí…, amor mío.

Antón subió los peldaños hacia el primer piso sonriendo y viendo feliz a la joven pareja, así como también veía a toda la compañía relajada y descansada. Ojalá fuera así siempre, pero sabía que los tiempos buenos nunca duraban mucho tiempo. Fue revisando solitario las habitaciones superiores, habría de sobra y todas daban al patio interior por puerta y ventana que daba a un pasillo exterior. La casa estaba muy bien, era muy acogedora y aunque no hubiera ninguna clase de servicio, todo estaba pulcramente limpio; dejó que los que estaban en la sala unieran

lazos, pues aún quedaba camino, camino nuevo. Estos momentos de soledad le hacían falta, fue un momento breve pues poco necesitaba; bajó otra vez, ya era de noche, y el vino y la conversación la aceleraban hacia la madrugada.

—Las habitaciones están preparadas, podéis dormir en compañía o una habitación sola, para quien lo desee.

—Prometeo y yo en una —dijo Noelia con la sonrisa puesta.

—Raquel y yo en otra —afirmé con cierto deje de nerviosismo.

—Adrián y yo, cada cual una —dijo Héctor.

—Karmen se retira ya y quiere paz.

Todos fueron desfilando hacia arriba. Derán se quedó mirando el patio exterior protegida por los cristales; ahora empezaba a nevar copiosamente y estaba absorta.

—Derán. ¿Y tú?

—Me quedo un rato más; ya buscaré un lugar donde descansar.

Abrí la habitación nervioso de la mano de Raquel, encendí una luz débil que proyectaba más sombras que luces; la habitación constaba de un cuarto de baño individual. Hacía días que no me había duchado, menos mal que el frío del invierno hacía que el olfato se atenuara. Era curioso que fuera tan decoroso en esos momentos. Raquel inspeccionó la habitación así como el cuarto de baño. Había agua caliente, lo vio por el respingo gracioso que dio ella al abrir un grifo y ver el vaho; no sabía qué tenía que hacer en el juego del amor; dejó que se encargara ella en tomar la iniciativa; llenó la bañera jugando con el agua fría y caliente, se acercó a mí y empezó a quitarme la ropa. Mis mejillas se enrojecían con el contacto de sus manos hasta que sin apenas tener noción de ello, empecé a quitarle a ella también la suya. En el silencio que solo rompía el chorro de agua en la bañera, hubo una pausa cuando le quité su sujetador; ella miraba a otro lado y cuando cayó al suelo, sus brazos cruzaban sus pechos; suavemente como nadie, me dijo cómo hacerlo: le aparté sus manos para mirarlos, grandes y redondos como una fruta madura, los toqué con un suspiro de Raquel y ella me miró a los ojos a lo que yo respondí con un beso. Ya sin ninguna ropa por medio, nos abrazamos totalmente desnudos y sentí un calor tan placentero, desconocido y tan grato, que el resto del mundo desapareció. Vivía en la piel de Raquel y dos novatos en el juego del amor; escribimos miles de líneas secretas que placenteras no se quedaban quietas, moviéndose y contorsionándose; de allí a la cama descubriendo juntos sitios secretos de nuestros cuerpos. Si hubiera religión, el templo de mi oración sería el cuerpo de Raquel. El tiempo desapareció hasta que,

ya exhaustos, dejamos que la carne fuera ternura y sin despegarnos uno de otro, entró el sueño.

No fueron los míos en esa casa que dejaron actos de amor en esa noche. Apenas había viento esa noche, solo una copiosa nevada que acrecentaba el manto blanco que crecía en el suelo; la noche en calma pasó a la madrugada. No todos dormían, no todos tomaron la noche tranquila, pero las horas pasaban y un silencio que solo por amortiguados sonidos quejumbrosos de la casa, lo rompía.

Yo soñaba con lo que ya tenía, insaciable, los sueños volvían a cada detalle del cuerpo de su amada. No calmaba suficiente la primera experiencia que pensó que sería torpe, pero gracias a ella, fue arte.

Rememoraba con una sonrisa pícara a la par que plácida cuando empezó a oír música, una melodía jamás oída, pero que engalanaba sus sueños ¿o era real? Empezó a dudar hasta que despertó; la seguía oyendo, no quería dejar el lecho al lado de Raquel, pero esa música lo atraía y al mismo tiempo le intrigaba. Se puso el pantalón y las botas; mientras se despejaba, supo que venía del patio interior. Se puso de pie, pero las persianas le obstaculizaban la vista; se olvidó incluso que dejó una luz encendida en la habitación. Vio a Raquel dormida, ahora más bella que nunca, no tenía ganas de despertarla. Gracias a que el cansancio había hecho mella en ella y dudaba si sería lo correcto dejarla sola por descubrir la procedencia de la melodía. No podría dormir sin despejar esa duda, así que me abrigué y con mucho cuidado, salí de la habitación. No me hubiera extrañado que más gente saliera a descubrir quién tocaba, pero se encontró solo en el pasillo. Desconocía la hora, pero la noche estaba avanzada; por todas las habitaciones que pasaba se oían ronquidos, y respiraciones calmadas, todos los sonidos del sueño. ¿Es que nadie oía esa música?

Fue bajando las escaleras y cuando miró hacia la cristalera del patio interior, lo que vio parecía algún pasaje de una novela fantástica. Derán, la dama blanca, danzaba con unos pasos cautivadores al tiempo que tocaba una melodía con una flauta; apenas llevaba ropa, la falda blanca subía y bajaba dejando ver sus muslos torneados y bellos, su blusa transparente se movía al mismo tiempo que sus pechos, esa sensual danza era tan coordinada, tan exquisita que me hipnotizaba, me daba la sensación de que lo hacía hacia alguien, pero ella estaba sola bailando y tocando como una maestra, sin que sus saltitos y pasos entorpecieran a su música. La melodía cambiaba así como la danza, con una transición imperceptible; el conjunto invitaba a recrearse ante tanta belleza

todo el mayor tiempo que se pudiera, pero, a pesar de que disfrutaba, había algo que deseaba más, y era volver a los brazos de Raquel.

Abrí la puerta y los copos de nieve golpearon el silencio y mi cuerpo, entonces la música cesó y Derán me miró, no como si la hubiera interrumpido, sino como si me estuviera esperando:

—Hola, Silvan, siento haber interrumpido tu sueño. ¿Te ha costado despertarte? ¡Ayy! Lo que tiene el amor complejo y primitivo.

—¿Me estabas llamando?

—¡Claro! ¡Y me has hecho esperar mucho! Bueno, el tiempo no importa.

—Pero si la música la oye todo el mundo, ¿por qué solo me despertó a mí?

—No, Silvan, yo tocaba solo para ti.

—¿No tienes frío? Apenas llevas nada.

—No, no lo tengo; además, me place que vean lo bella que soy.

—¿Y quién eres tú? Que con tu locura juvenil me confundes.

—Soy Derán, la dama blanca, no me cansaré de decirlo con voz cantarina y esta bonita sonrisa.

—Nadie te conoce y algunos han vivido muchos años, siglos, y han vivido por aquí; eres un enigma.

—Tú mismo lo eres también, mi triste muchacho, pero si quieres que hable de mí, si ese es tu deseo, séllalo con un beso.

—No niego que tengas un atractivo fuera de lo común, pero mi corazón pertenece a Raquel, y aunque quisiera besarte, mis labios son de ella.

—El hecho de que lo desees me basta, que reconozcas mi belleza me halaga, pero sobre todo que lo hagas sin esperar nada a cambio, habla mucho de tu nobleza, de tu tristeza, aunque ahora no la veo.

—Sí, soy noble y desde pequeño arrastro esta tristeza, no lo puedo remediar, soy así. Entonces, ¿me hablarás de ti?

—Te lo has ganado, así que empezaré. No recuerdo cuando nací, hace tanto tiempo: ni imagen, ni sonidos… flotaba en un líquido denso, plácidamente, sin más sensación; fue después cuando puede ver un mundo de colores ¿o fue después? Fui planta, animal, fui tierra, aire, fui tantas cosas. El tiempo transcurrió lento; luego la medida no tenía razón de serlo y dejé de pensar en ello, pero siempre había música en el agua, en el mar, en el aire, en las hojas, siempre todo fue tan bello, pero siempre fui femenina, fui mujer, madre, la que da fruto en el mundo, la que da vida; mucho tiempo transcurrido, tanto descubierto, conocimiento infinito del que me

alimento. Soy todo, Silvan el triste, soy el principio de la tierra en el cuerpo de una bella chica.

—¿Qué eres?

—La demencia de una chiquilla que su locura la hace dibujar esta sonrisa. Soy Derán, la dama blanca, divina locura. ¿Y tú? ¿Quién eres tú?

—¿Me estás tomando el pelo?

—¡Qué va! Un divertido juego, el aburrimiento nunca es bueno. Me ha gustado estar contigo, pero el alba se acercará pronto y la noche es para dormir y amar, para contar historias y mentiras al lado del fuego; yo ya tengo sueño y no tengo más ganas de jugar. Buenas noches, Silvan.

—¿Alguna vez me dirás la verdad?

—Quizás, o igual te la haya dicho ya, o al menos, medias verdades, o todo mentira y, ¡qué sueño tengo de tanto hablar!

—Buenas noches, Derán.

Entre risas ahogadas para no despertar a los demás con pasos delicados de sus piececitos y dando vueltas con su danza, se empezó a alejar. Fui a por ella y la cogí del brazo, ella miró mi mano y su tacto era tan extraño… Su mirada era extraña, como si nunca nadie la hubiese tocado, la solté reflejando en mi rostro un mudo perdón que le devolvió la sonrisa, pero dije las palabras que me faltaron:

—¿Por qué me llamaste?

—¿Aún no lo sabes?

—No, estoy confundido.

—Para tenerte cerca y saber a ciencia cierta si eres como yo creo, y mereces mis atenciones.

—¿Y soy como creías?

—Si no me he ido es porque quiero quedarme. Tengo que estar a tu lado, además, me encanta Raquel. Considera un honor, mi triste Silvan, que yo ande a la par de tus pasos, en tu senda.

Entre sombras y el vuelo de su vestido, siempre impolutamente blanco, parecía una ilusión de fantasía, tan irreal que sospechaba que fuera fruto de mi imaginación. La noche avanza, quería volver a estar en los brazos de Raquel, mañana saldría otra vez el sol como cada día; el tiempo nunca paraba y con tanta vivencia de estos últimos días, quiero buscar la calma puesto que mañana, con total seguridad, nos dará las suficientes sorpresas para alterar el resto del día.

—Buenas noches, Derán, bendita locura.

34. FUEGO Y NIEVE

Soñoliento, quería abrir los ojos. El viento silbando entre los huecos de la estructura me despertó; no quería despertar aún, pues estaba muy a gusto en el calor del lecho. Concentraba mis sentidos en el tacto del cuerpo de Raquel, me entretenía ensimismado recorriendo la suavidad de su piel, y trazaba líneas siguiendo las curvas de su contorno, mientras oía su respiración pausada; era de merecer un tiempo tranquilo en contraposición con tanto frenesí de acontecimientos, de la seguridad de una casa normal a la más loca huida y los más peligrosos percances. De pronto, un ruido lejano que alertó mis sentidos.

El crepitar de un fuego en el exterior no era de extrañar que algo estuvieran quemando. De pronto, el inicio de otro fuego en un lugar no tan lejano, y posteriormente otro más, y varios más al mismo tiempo; ya estaba de pie y ahora el golpear atronador de la puerta principal, Raquel despertó:

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, pero vístete por lo que pudiera pasar.

Me calcé con las botas, me cubrí con una manta y bajé corriendo hacia la entrada. Llegué en el momento justo que Gabriel abría la puerta. No era el único que se alertó allí; estaban Karmen, Antón, Prometeo y Héctor. Al abrir, entró una ráfaga de viento que llevaba consigo hollín y mal augurio. Estaba en la puerta la regidora, Marion. Era raro verla sin el escriba, pero esta vez estaba sola.

—Buenos días, disculpad la premura. Vestíos con prontitud y recoged vuestras pertenencias. Aquí fuera están los caballos cargados con provisiones. Mont-Elo arde en llamas.

—¿Nos atacan? —preguntó Héctor.

—No, pero no tardarán en hacerlo. Estamos quemando nosotros la villa. Cuando vengan, solo encontrarán cenizas. Hoy Mont-Elo muere con fuego, es su fin. Román os esperaba y ahora es tiempo de partir.

—¿Por qué no os enfrentáis? —intervino Karmen.

—¿Y que mueran inocentes? Muchos de aquí son solo gente de paso; mi deber está en preservar sus vidas por muy drásticas que sean las medidas; solo sufrirán las piedras.

Antón se quedó pensativo, Gabriel salió a la calle y Antón se dirigió hacia nosotros.

—¡Sea pues! Román siempre fue uno de los más sabios. Avisad a los demás, apresurémonos antes de que se queme este lugar. Gracias, regidora Marion.

—Seguid a toda la gente y después tomad la dirección que os dijo Román. Os deseo suerte, yo he de partir también, nos encontraremos en el camino.

Se oyó el sonido de un derrumbe, de unas piedras desmoronadas. Todos nos dirigimos a la entrada. Allí encontramos a Gabriel mirando cómo parte del castillo de Mont-Elo caía. Gabriel cogió de los hombros a Marion y le preguntó nervioso:

—¿Dónde está Román?

—En el castillo. Lo siento, Gabriel, él quiere morir con Mont-Elo.

Acudió el silencio a la confesión de Marion; supongo que a todos acudió la tristeza, era lo único que seguramente no esperábamos encontrar esta mañana; la mirada de Marion transmitía la resignación de una funesta decisión. Gabriel negó con la cabeza y nos dijo:

—Voy al castillo, debo hacerlo. Román y yo hemos compartido amistad durante mucho tiempo, no me puedo ir sin verlo.

—Voy contigo —dije yo.

—No tienes por qué.

—Gabriel, me has cuidado desde que tengo uso de razón, tengo que acompañarte en estos momentos.

—Vayamos rápido, no sea que lleguemos demasiado tarde.

Los dejamos allí sin darles la oportunidad de palabra. Karmen y Prometeo hicieron el amago de acompañarnos, pero Antón los paró.

—Necesitamos prepararnos para el viaje; avisad a los demás. Ellos volverán.

Fuimos corriendo a una velocidad que a algunos habitantes sorprendió. Miré hacia atrás y todas las casas, con la excepción de la que nos sirvió de cobijo, ardían. La puerta principal estaba abierta; seguí los pasos de Gabriel, iba muy rápido y esquivaba los obstáculos con una agilidad asombrosa; llegamos a la entrada de la torre también abierta; el fuego ardía dentro y los techos crujían lastimeros. Subimos el primer tramo a zancadas largas, después el segundo piso y el tercero, el último tramo lo hicimos lento. El fuego nos lamía el cuerpo por todas partes; allí encontramos a Román impasible y de pie mirando al oeste. Sorprendido, se giró hacia los recién llegados.

—Román, ¿qué haces aquí?

—Morir junto a mi ciudad, nuestra ciudad.

—No tienes por qué hacerlo; se pueden construir más como los dos construimos esta, tenemos todo el tiempo para hacerlo.

—No, Gabriel, mi amigo, el mío se acaba. Llevo tiempo enfermo, mi piel y mis carnes se están convirtiendo en piedra y también lo

siento dentro; es cuestión de tiempo que muera, no quiero terminar mis días como un vegetal. Gabriel, como último favor, déjame morir con dignidad.

Gabriel en ese momento rompió a llorar.

—No te aflijas, Gabriel, a todos nos corresponde un tiempo y yo he vivido muchas vidas. Es hora de mi fin, solo que yo elegí cómo terminar. Salid de aquí, huid a lugar seguro y prométeme que no os cogerá la hermandad.

—Lo prometo.

Las vigas del techo empezaban a ceder, Román se dio la vuelta y observó cómo los pocos pájaros que aún quedaban encima de él, alzaron el vuelo. Era una escena muy triste que jamás olvidaría. Román dijo sus últimas palabras:

—¡Idos de aquí! El castillo está a punto de derrumbarse.

Hicimos caso, al menos yo. Hice que Gabriel me siguiera y recorrimos los dos primeros tramos sintiendo la piedra caliente en nuestros pies cuando se derrumbó el primer piso y así vimos que no podíamos seguir por la escalera. Fuimos sorteando el fuego y solo nos quedaba saltar hasta el suelo, unos cuantos metros y una capa de mullida nieve. Gabriel ni se lo pensó, yo le seguí y caímos rodando otros tantos metros; nos incorporamos y seguimos corriendo; oíamos como los pisos se caían por dentro y, a una distancia prudencial, vimos como se caía la gran torre hacia el exterior de la muralla. Gabriel dio un último adiós y seguimos hasta la casa. Allí nos esperaban todos en la calle con los caballos cargados de enseres y viandas. Raquel vino a mí corriendo y me abrazó. Antón y Prometeo consolaron a Gabriel, hasta Derán parecía triste. Vino Marion ahora con el escriba que arreaba un caballo cargado. Se acercó la regidora y nos dijo:

—Es hora de partir. ¡Seguidnos!

Cada uno fue desfilando a través de las calles; debiéramos ser los últimos en partir, ya que no vimos alma alguna por la calle.

Así salimos de Mont-Elo, con mucha tristeza por una ciudad perdida.

Ya en la senda que se dirigía al este encontramos más gente. Toda la evacuación era ordenada pues cuando pasábamos al lado de los exiliados no se les veía rasgos de preocupación; dejamos atrás largas columnas de humo ordenadamente. Toda la población de Mont-Elo evacuó sin tan siquiera sentir pena, como si ya fuera sumido que ocurriría: preferían el éxodo a estar bajo el yugo de la hermandad.

Tenía un sentimiento de culpa de que nuestra venida hubiera

acelerado los acontecimientos; me sentía mal y buscaba en mis compañeros ese mismo malestar, pero todos miraban resueltos hacia el frente. Los hechos ocurrían y no había remordimientos, solo resoluciones.

Viajábamos hacia el este en una llanura limpia, de campos sembrados que no serían cosechados. El sol de esta mañana animaba el ritmo y derretía la nieve, el camino aplanado y recto ahora era levemente barroso. Gracias a que su suelo era firme, pues así impedía que las carretas que llevaban algunos no se encallaran. El camino se hacía sin pausas. Seguramente, las largas columnas de humo alertarían a nuestros perseguidores si nos seguían como dijo Román.

Yo iba con Raquel a mi lado. Si alguna sombra me apesadumbraba, solo tenía que ver su cara con esa sonrisa para que desapareciera mi desasosiego. Antón y Gabriel iban juntos conversando, seguramente Antón consolara a Gabriel después de la pérdida de Román. Prometeo y Noelia iban de la mano, igual que Raquel y yo. Héctor y Adrián iban junto a Ataúlfo y a Marion; ellos encabezaban nuestro pequeño grupo. Derán bailaba de un lado a otro, entraba en siembras acariciando las plantas, girando sobre ella misma, entraba en el camino y salía siempre con esa sonrisa que parecía ya eterna, confortaba mucho verla; tenía esa supuesta inocencia que todos perdíamos después de la niñez y lamentábamos no conservarla. El que más me preocupaba era Karmen, pues andaba con la cabeza gacha, dentro de sí mismo ocultando sus pensamientos, una vez alzó su vista al frente y vi rabia en su rostro.

Terminó el llano a las pocas horas de marcha y una cornisa natural hizo ralentizar el paso porque la bajada era muy pronunciada y se convertía en un camino estrecho; en este único acceso apenas cabían las carretas y la gente se puso en fila india. Al poco de entrar, la arboleda baja cubría el cielo como una bóveda; pacientes nosotros, fuimos los últimos en iniciar la bajada. Ese camino era senda, vimos que la senda era muy estrecha y poco usada pues las ramas nos arañaban. Ya nuestro grupo dejó la actitud cómoda de la llanura que a todos nos daba vista para tener una actitud más vigilante. La que más sufría era Noelia porque estaba dada a las comodidades; Raquel también padecía los rigores de andar por este paso agreste. A Héctor lo veía de vez en cuando mirar hacia atrás; estaba triste, sentía empatía de que algún secreto sufrimiento le aquejara. Prometeo examinaba cada rincón del camino, estudiaba al mismo tiempo cada cosa que le pareciera nueva con intermedios de miradas secretas a Noelia. Derán aparecía

y desaparecía, bañando con gotas de agua cuando a su paso sacudía la nieve derretida de ramas bajeras. ¿Y Karmen? Simplemente, desde que entramos en la senda, perdí su paradero; no temía por él, pero me era extraño no verlo; ya aparecería.

El cielo se oscurecía porque los rayos de luz que se filtraban entre las ramas desaparecieron. Empecé a ver cómo la gente se iba yendo por caminos que partían lateralmente la senda. Fueron horas serpenteando por ese camino sin más sonido que los propios del lugar. Raquel me miró curiosa y me dijo:

—¿En qué piensas?

—En que Mont-Elo son cenizas y que siempre hay camino que andar.

—Es que siempre hay que caminar hacia delante y nunca volver sobre nuestros pasos.

—Pienso como tú, pero a pesar de que esos mismos razonamientos tengan peso, la tristeza de la pérdida no se va.

—Tiempo, todo es cuestión de tiempo.

—Oye, para ser tan joven eres muy sabia.

—Soy mujer.

Derán salió de un arbusto divertida con las pocas flores que permite el otoño y sonrió a Raquel. Con una mirada y un cabeceo de afirmación, reafirmó las palabras de Raquel:

—Tienes una aliada incondicional.

—Me cae muy bien.

—Por cierto, ¿has visto a Karmen? —le pregunté a Derán.

Derán se puso seria. Del poco tiempo que la conocía, nunca vi esa expresión en su cara, como si mi pregunta encendiera algún fuego del que no viera la llama.

—Ya no está aquí, pero volverá.

—¿A dónde habrá ido?

Derán encogió los hombros y se metió otra vez entre los arbustos; si no escuchara una débil canción al cabo de unos minutos, me hubiera preocupado. Empezó a nevar.

Pasaron varias horas de la mañana y casi se acercaba el mediodía cuando la máquina motora de la hermandad pasó por el camino que no estaba lejos de Mont-Elo, su objetivo. Dentro iban los miembros ancianos de la hermandad, se miraron extrañados de esa pausa que ellos mismos no habían autorizado. Se abrió la trampilla lateral y el primero en salir fue el director de Vera, después, los otros cinco miembros y así miraron al cielo donde varias columnas de humo negro se difuminaban en las capas altas de la atmósfera; un anciano dijo:

—¿Un incendio?

—No, sería más humo, y donde está no hay bosque; solo el feudo al que nos dirigimos —replicó el director de la ciudad de Vera.

—Lo que significa que Mont-Elo está en llamas —argumentó otro anciano—. Pero ¿por qué?

—Porque sabían que veníamos. No solo nosotros tenemos espías. No quieren que tengamos Mont-Elo —dijo Raven enfadado.

—Un poco drástico, pero después de lo que pasó en Selva…

—¿Acaso ahora criticas las medidas que todos aprobamos?

El anciano calló ante la mirada iracunda de Raven, el director de la ciudad de Vera.

—Hemos sido demasiado permisivos con los feudos. Lleguemos a Mont-Elo y veamos si lo que sospechamos es cierto.

Todos los ancianos subieron a la máquina y se puso en marcha. Recorrieron la distancia restante con más prisa y en las puertas de Mont-Elo, vieron la certeza de la sospecha. Nadie dijo nada porque nadie sabía qué decir. Raven iba de un lado a otro caminando a grandes zancadas.

—¡Ni un alma! ¡Nada! Todo quemado, todo inútil. Años nos costará reconstruirlo si es que merece la pena. ¿Y ahora, qué?

—No sabemos hacia dónde han ido —respondió un anciano.

—¡Claro que sí! Todas las huellas indican que se han ido hacia el este.

—Lo sé, pero desde el final del llano hay cientos de bifurcaciones y eran miles los que habitaban en Mont-Elo. No sabemos hacia dónde habrán ido ellos y tampoco somos tantos.

Raven se quedó reflexivo. Se fue solo hacia el este, al principio del camino de la llanura, así todos se quedaron en una pausa observando a Raven. Pasaron minutos que dieron paso a horas y aquel no se movía de su postura con los ojos puestos en el este hasta que empezó a nevar; volvió entonces sobre sus pasos dirigiéndose a los ancianos.

—Creo que lleváis razón. Somos pocos los que aquí estamos y ahora la máquina no nos sirve de nada. No puede transitar en los caminos angostos que bajan de la meseta. Me vuelvo a Ulsan para intentar trazar un plan y perseguir a esos infames. Acampad aquí; volveré con refuerzos y una buena estrategia. ¡No podemos dejarlos escapar!

El más anciano se acercó a él y con voz resoluta le dijo:

—¿Desde cuándo tienes el mando?

—Desde que se os han acabado las soluciones. Aparte de

quedaros de brazos cruzados, ¿vais a esperar que en un tiempo vengan los durmientes a acabar con nosotros?

El anciano se calló.

—Lo suponía. Hay un caballo, montaré y volveré a Ulsan solo. Os quedáis con unos cincuenta soldados, creo que estaréis bien protegidos, yo volveré con más refuerzos.

Montó con todos mirándolo perplejos por la férrea decisión de Raven y con cierto temor:

—Estamos llevando este asunto demasiado lejos.

Los ancianos volvieron a callar.

Karmen andaba los pasos dados. Al poco subió la pendiente que daba con el llano, aún los fuegos de Mont-Elo no se habían apagado al igual que la rabia que lo consumía. Empezó a nevar, había fuego en su interior y nieve a sus pies, cayó de rodillas y vomitó. El sabor amargo de la bilis, junto con la muerte de Román, le asqueaba y alguien tenía que pagar. Dio unos pasos más y volvió a caer. Un dolor de cabeza le hacía nublar la vista, intentó incorporarse y logró andar un poco más, pero ahora la rabia dio lugar al cansancio. Así, vencido, se quedó tumbado en el suelo mientras la nieve le cubría. En el mismo cimbrón que delimitaba la senda con el llano, la distancia y el recuerdo le invadieron a un pasado que moldeó su personalidad, donde surgió su rabia. Así, su mente viajó a un pasado lejano.

Era otoño, otro otoño, un lejano otoño a mediados del siglo XXIII. Armando, ahora Armand, andaba feliz en las callejuelas de París buscando una tienda pequeña de las que ya no existían. Todo el mundo compraba por Internet, apenas había tiendas por toda la ciudad. Le gustaba andar por las viejas calles adoquinadas de la parte antigua de la bella París; en aquel siglo se puso tan de moda que todas las parejas se prometían allí. Algún transeúnte en bicicleta le abordaba con un saludo. El mundo se había concienciado de la altísima tasa de contaminación que produjo el siglo anterior, que gran parte de la población contrajera enfermedades respiratorias y de otra índole. La lucha contra las compañías petroleras trajo bastantes crisis que incluso desembocó en guerras, revoluciones y guerras corporativas. Costó más de cincuenta años que una cierta normalidad volviera al mundo. Ahora todo era energía limpia, la tecnología existía hacía tiempo a la par que otros intereses económicos que eran los que dirigían muchos gobiernos.

Era difícil de encontrar hasta que optó por sacar el ordenador de muñeca y a través de la proyección tridimensional, el buscador le

guiaría en aquel laberinto de calles (rio recordando cuando eso se hacía preguntando a cualquiera que pasara).

Una débil llovizna hizo que los paraguas automáticos que había entre los pisos cubrieran la calle, apenas hacía frío, era un día perfecto. El indicador le señaló que una calle a la izquierda recto y en el número 1203 encontraría la tienda. El paseo le agradaba y la soledad de esas calles le recordaba tiempos antiguos. Esa parte de la ciudad la hacía única. Era un lugar congelado en el tiempo hasta que vio un cartel horizontal sin ninguna iluminación ni más anuncio que el nombre de la tienda: *Petite boutique anciens*. Se rio pensando que él encajaría bien, era más antiguo que cualquier producto que ofrecieran, pero lo que buscaba tenía que ser especial, la ocasión lo requería y no podía fallar.

Se encontró abriendo una puerta de madera cien veces pintada. Esperó que se activara alguna luz o pitido propio de los grandes almacenes a la entrada de cualquier cliente y escuchó una campanilla metálica que rozaba la parte posterior de la puerta. Le recordó su niñez abriendo la puerta del colmado del pequeño pueblo donde nació y que oía cada vez que su madre le mandaba recados. Instintivamente, habló una lengua que no era, traicionándole los recuerdos que le transportaron a otro lugar y otro tiempo.

—Buenos días.

—*Bonjour, monsieur*, hablo castellano también.

Armand se sonrojó. El día de hoy le hacía fallar mucho, eran nervios y que después de mucho tiempo, era feliz, incluso de optar por huir de los grandes almacenes que solo ofrecían lo que todo el mundo tenía. Él recurrió a aquel sitio para obtener algo exclusivo, esa tienda no aparecía en ningún sitio anunciada ni publicitada. Se lo recomendó un amigo que la vio paseando por la parte antigua de la ciudad. Lo primero que le llamó la atención al entrar eran macetas con rosas rojas que adornaban la entrada y estantes refrigerados con productos de colección muy caros.

—Perdone, me traicionaron mis orígenes.

—Yo también soy español, pero ya llevo muchos años aquí. Esta tienda se la compré a unos señores mayores que se negaban a unirse a esta modernidad de ahora. Me enamoré de esta tienda, no sé cuántos años lleva así, la mantengo intacta de cómo era antes.

—No sabe cuánto me alegro de que aún existan tiendas así.

—¿Qué deseaba?

—Me han dicho que tiene anillos de matrimonio únicos, de bastante antigüedad.

—Cierto, pero no son precisamente baratos.

—Por lo que cuesten no tengo que temer.

—Esto es lo que tengo.

Sacó un cajón de madera transparente por un cristal en su parte superior y se fijó en dos alianzas de oro viejo, sencillas pero labradas en unos dibujos apenas perceptibles de una finísima factura.

—¿No estarán grabados?

—No, pero se los puedo grabar.

—Por favor, A y C.

—Deme unos minutos.

Tiempo regalado para poder contemplar la tienda donde vendía artículos variopintos de épocas pasadas en esos minutos, nadie entró cuando me paré en el aparador refrigerado y vi una botella inmaculada de Dom Pérignon, también sería bueno para la ocasión. El dueño de la tienda apareció con los anillos en la mano y me vio con la botella en la mano.

—Buena elección, y muy cara.

—Hoy no escatimaré nada; la ocasión lo merece.

—La tiene que querer mucho.

—Como hace muchísimo tiempo y no sabe cuánto, he amado.

Le di mi tarjeta electrónica para efectuar el pago, el dinero efectivo hace mucho tiempo que desapareció, cosa que era la única cosa moderna que había forzosamente en esa tienda. Me dispuse a salir, pero el dueño antes de que me pudiera despedir, me ofreció una rosa que puso en el ojal de mi americana.

—Sé que es muy a la antigua, pero sigue siendo elegante.

«Tanto como yo», pensé para mí. Me despedí del dueño de esa tienda; seguro que volvería otra vez, pero nunca sabría que sería imposible volver otra vez más.

—Que pase usted un buen día.

Recorrí tranquilamente sobre mis pasos disfrutando del paseo, apenas me encontré con nadie y todos me saludaron. Era otro lugar, otra educación.

Entré en la calle principal, estaba la tarde avanzada y no quería que ella esperara más, seguramente empezaría a hacer la cena. Con mi pulsera llamé a un taxi. En esa época no había conductores, los vehículos iban sin piloto. Abrí la puerta y el ordenador me pregunto hacia dónde quería ir y le dije:

—*Rue Blue Royale, l'eglise de la Madeleine*.

Se encendió la publicidad en tres dimensiones y el anuncio del importe del trayecto y que introdujera la tarjeta electrónica para el

pago.

Las calles encendían sus luces y la iluminación llenó de formas y colores los laterales de la calle. Apenas llovía, solo gotas que dejaban rastros en las ventanas del auto. Llegamos. Vivía en el ático que tenía unas vistas impresionantes a la iglesia de la Magdalena. Todo el edificio era mío, no me podía permitir vecinos. Era insultantemente rico, pero anónimo. No podía ser un personaje público, yo era un secreto, era algo que debía guardar. Nací en febrero de mil novecientos veinte, y yo fui en esta época, mi padre, mi abuelo y mi tatarabuelo: costaba mucho dinero enmascarar bodas, nacimientos, entierros y a pesar de la tecnología, como siempre, todo se arreglaba con dinero. Fui por las escaleras pues el ascensor me provocaba claustrofobia. Además, estaba nervioso y los peldaños me los comía de cuatro en cuatro haciendo eco en todo el edificio hasta que por fin llegué al ático; abrí la puerta y el olor a buena cocina inundo mis fosas nasales.

—Mucho has tardado para dar un paseo.

—Pero he vuelto.

Vi el rostro enfadado de mi amor, Carmen. La imagen de ella con un delantal y nada más que ropa interior y unas pantuflas.

—La cena está hecha, pon la mesa mientras yo voy a vestirme. ¿Qué llevas en la mano?

Me quito la bolsa con el champán y soltó una exclamación:

—¡Dom Pérignon! ¡Te habrá costado una fortuna! ¿Y esa rosa?

—Me la regaló el dueño de la tienda.

—Esto merece una cena romántica, mi amor. Voy a ducharme; pon la botella en frío, que esta noche nos la beberemos.

Verla de espaldas con el delantal y la ropa interior me excitó. Durase lo que durase esta relación, ya merecía la pena. Desde el ordenador de su muñeca accionó el cerramiento de la terraza del ático con los cristales transparentes por dentro y translúcidos por el exterior. Se dispuso a poner la mesa. Trajo las velas y puso el champán en el cubilete, término que graduó a un poco más frío que la temperatura ideal; con el aislamiento y accionando los reguladores de temperatura, la mesa decorada con mucho empeño por su parte, se sirvió un Martini Blanco mientras esperaba a Carmen. Se tomó la espera con calma, sabía la coquetería de ella y lo que tardaría en arreglarse: merecería la pena.

Miró hacia la iglesia de la Magdalena y las luces itinerantes de los vehículos eléctricos, los anuncios luminosos que se superponían en diferentes fachadas, anuncios de realidad virtual, los últimos juegos, robots domésticos y demás publicidad. Los últimos años

también se le dio más relevancia a las actuaciones que poco tenían de artificial como el teatro y su inclinación a los clásicos: musicales solo con micrófonos de ambiente. París era la capital del auge de la cultura, parecía que la humanidad encontraba el equilibrio que jamás tuvo en su historia.

Encendió la televisión tridimensional para escuchar las últimas noticias:

«En la parte sur de Asia, las democracias han caído en poder de dictadores, que, a través de ganar las elecciones, se han perpetrado en el poder…»

Apagó la televisión, pensando que no por todo el mundo las cosas iban bien; lamentaba que no fuera global la mejoría de la humanidad. Miró al interior de la casa y vio cómo Carmen venía con un vestido bastante corto de tela y muy muy ajustado, tanto como si fuera una segunda piel; era una mujer muy hermosa y de un cuerpo escultural, con una pose sensual porque aparte de sus atributos físicos, tenía una elegancia natural.

—¿Cenamos, cariño?

Pasamos la cena en conversación ajena, empezaron las sonrisas que después fueron risas, que la verdad, el champán ayudó mucho. Todo estaba tan bien, todo era de tal agrado que temía que fuera un sueño y fuera a despertar en cualquier momento. Accioné después del postre la apertura total del cubrimiento de la terraza del ático, ella me miró sorprendida:

—¿Y esto?

—Nunca me disgustó el sonido de la noche en París.

—Estoy enamorada de esta ciudad.

—Discrepo, yo estoy enamorado de ti.

No me dejó apenas terminar la frase cuando me rodeó con sus brazos. Yo la atraje a mí y nos besamos; la aparté un poco y me puse de rodillas; entonces, ella se echó las manos al rostro:

—No… no serás capaz de…

En este momento, saqué la cajita con los dos anillos, cogí el suyo y la miré a los ojos:

—Carmen, mi amor, poniendo como testigo a todo París, ¿quieres casarte conmigo?

Con lágrimas de emoción en los ojos y con voz temblorosa me contestó:

—Idiota, ¡claro que sí!

Accioné el mensaje pregrabado y al tiempo que me besaba una música de fondo invadía la barriada y empezaron los fuegos artificiales que contraté.

—¿Todo esto es para mí?

—Es poco para lo que mereces.

—Armand, mi amor…

Se oyó un estruendo brutal que hasta hizo temblar el edificio; pensé que se habían pasado con la pólvora de los fuegos artificiales cuando miré y vi un inmenso hongo de fuego naranja. En París había explotado una bomba nuclear.

—Armand…

Todo fue tan rápido que vi en escasos segundos como toda la ciudad se iba desmoronando en un círculo con la onda expansiva, hasta que llegó la oscuridad, solo negrura. Pensaba si esta era la sensación de estar muerto, no sabía cuándo despertaba o cuánto tiempo transcurría en ese limbo de oscuridad. Si no tenía la certeza de en qué estado me encontraba: horas, días, semanas o segundos; solo estaba en un sueño negro.

Oyó un desprendimiento de rocas y se despertó, estaba vivo. Vio una débil claridad, sus ojos aún no se habían abierto pues le costaba, al final vio una luna grande en el cielo, hubo otro desprendimiento que lo dejó más libre, casi libre. ¿Y Carmen? Sintió toda la sensibilidad de sus miembros y sentía como su mano se aferraba a otra: «¡Carmen! ¡Carmen!», gritaba llorando; tiró de la mano y con horror vio que solo estaba su mano y su antebrazo en estado de descomposición. La abrazó y le quitó el anillo de su mano, hizo fuerza y salió a poco de su encierro. Estaba lleno de tierra, de angustia, de tristeza, de lágrimas. Miró a un costado y vio que la rosa que le regalaron en la tienda estaba tal como la había comprado. Miró la ciudad, no existía nada por encima de su altura, todo destruido. Empezó a mirar por todos lados, destruida, completamente destruida.

Otrora lo que fue la ciudad de la luz, ahora era la ciudad de los escombros y las cenizas.

Armand empezó a sentir como la tristeza se convertía en rabia, fuera quien fuera el que lo hiciera, pagaría. Empezó a vagar, andando kilómetros hasta que en un prado vio una casa con una débil luz. Llamó y un anciano le abrió:

—¿Quién es usted?

—Armand…

—¡Por Dios, cómo está! ¿Está malherido? ¿No vendrá de París? Hace poco que han dejado de buscar supervivientes. No han encontrado a ninguno.

—¿Lo han dado por televisión?

—La televisión ya no funciona, pero oigo todo por radio.

—Cuéntemelo, necesito saberlo. Estoy bien, no se preocupe por mí.

—Claro, hombre, han descubierto que un dictador radical extremista de un país de nombre… no lo recuerdo, ha disparado bombas atómicas a París, Múnich, Moscú y Washington. La que iba a Londres cayó en Rusia, y los rusos han activado la alerta nuclear; los americanos también, así que no sé qué pasará. ¿Se va?

—Tengo una misión que cumplir.

—¿No necesita nada?

—Calmar mi rabia.

Aquel granjero se asustó del semblante de Armand, pero pasaron los días y escuchaba por la radio una desatada guerra nuclear. Interrumpían ahora para dar una noticia de que habían encontrado el cadáver descuartizado del presidente de la república de… así como todos sus guardaespaldas. El asesino dejó una rosa roja en el escenario del crimen.

—El anciano recordó que aquel extraño personaje, el tal Armand, parecía un mendigo pero en el ojal de lo que parecía una americana, llevaba una rosa roja marchita.

A miles de kilómetros de distancia, Armand estaba en el bar de un pequeño pueblo en lo más profundo de Missouri, ahogando en alcohol el dolor; entonces, ebrio, empezó a recordar a su Carmen, Carmen, Carmen… Repetía una y otra vez en balbuceos. Se le acercó el camarero:

—¿Está bien? ¿Cómo se llama?

—Carmen —volvió a balbucear bajo.

—Extraño nombre para un hombre.

—Antes era de… Ahora, en su memoria, así me llamaré.

35. SENDA

Andábamos por la serpenteante senda, yo de la mano de Raquel, que la veía sufrir por la empinada pendiente, cuando oí un sollozo a la izquierda de por donde andábamos. Paré, miré a Raquel y con la cabeza me indicó que fuera a ver lo que ocurría. Me adentré en la maleza, que era bastante densa, así como piedras rodadas que no me hacían apoyar bien los pies. Cuando ya avanzamos unos metros, vi de espaldas a Derán, con las manos cubriendo su rostro; no se percató de que me acercaba con lo que le hablé para que no se asustara:

—¡Derán! ¿Estás bien?

—No, algo está mal.

—¿Qué está mal?

—Los sueños, los han roto.

—¿Qué sueños?

—Hoy habrá dolor, Silvan.

—¿Nosotros?

—No, la rabia está con él.

—No te entiendo, Derán.

—Va a manchar con sangre la tierra, no está bien.

—¿Pero quién?

—Karmen.

—¿Dónde está?

—Lejos ya.

—¿Él corre peligro?

—Él no.

—¿Podemos hacer algo?

—Ni yo misma puedo hacer nada.

La abracé para acallar su llanto, aún no sabía de qué me hablaba, se secó las lágrimas, me dio un beso en la mejilla y volvió a corretear, a bailar entre zarzas y arbustos. Me quedé perplejo sin saber qué hacer. Tomé sus lágrimas y sus palabras como signos de locura y me volví con Raquel. Derán me siguió y, al ver a Raquel, se fundieron en un tierno abrazo:

—Mi niña, ¿has llorado? —le dijo Raquel.

—Un poco, pero ya nada se puede hacer. Sigamos la senda.

Raquel me miró y yo me encogí de hombros. Por cierto, ¿dónde estaba Karmen?

La hermandad estaría en Mont-Elo, o lo que de ella quedaba. Recorrían el feudo evaluando los destrozos causados por el fuego. Hacía poco que el fuego se había extinguido, pero aún humeaban

sus restos. El fuego había sido implacable sobre todo con el castillo el cual se había derrumbado toda su estructura; a los pies de él se encontraban los cinco ancianos de la hermandad y el que parecía el más anciano de ellos habló:

—No podemos dejar este feudo así; cueste lo que cueste tendremos que reconstruirlo. Es nuestra frontera con el este y era cobijo y contención de los que viven fuera de nuestras fronteras. Ahora podrían deambular o incluso atreverse a ir a Vera.

—Será un esfuerzo bastante grande —contestó otro anciano.

—Fue mala idea lo de Selva; el efecto dominó nos ha llevado a la destrucción de Mont-Elo —dijo el más anciano.

La nevada iba en aumento, los soldados de la hermandad iban recorriendo los escombros tratando de encontrar algo que recuperar, cuando el que hacía guardia en la misma puerta del feudo exclamó:

—¡Me he encontrado una rosa roja en la nieve! ¿Qué broma es esta?

La anécdota pasó de un grupo a otro como un eco. Los ancianos oyeron los ecos y se acercaron al soldado más cercano.

—Averigua lo que están diciendo —afirmó uno de los ancianos.

El soldado bajó raudo y se reunió con el grupo más cercano a él; estuvo hablando con asentimientos de su cabeza. Los cinco ancianos esperaban extrañados qué podía producir tanto alboroto; alguna idiotez de gente ociosa. Se acercó a los ancianos y se lo comunicó:

—Algo extraño, en la entrada principal han puesto algo que han tenido que ponerlo sin que nos diéramos cuenta porque, si no, estaría cubierta por la nieve.

—¿Qué era?

—Una rosa roja en mitad de la puerta principal, en el suelo de pie.

Todos los ancianos se miraron horrorizados, pues conocían esa marca, era única, la teatral puesta en escena de un asesino y no era advertencia, sino más bien certeza:

—Karmen…

El más anciano era quien mantenía la calma; la máquina motora estaba a la entrada del pueblo, imposible de llegar. Solo podía salir de su boca las palabras que dijo:

—Estamos muertos.

Todo ocurrió demasiado deprisa. Desde todas las direcciones se oían gritos, golpes, algún disparo; una sombra se movía de un lado a otros apenas sin ver su estela; los que supuestamente eran cazadores eran cazados. Karmen añadía otro color al paisaje de

negros y blancos, un rojo intenso salpicaba por todos los lugares, trazos carmín de la sangre de muchos cuerpos. Hacía tiempo que los soldados que estaban al lado de los ancianos bajaron a ayudar a sus compañeros. Ahora el silencio acudió fúnebre a Mont-Elo, el terror psicológico hacía que los ancianos temblaran y no precisamente de frío:

—Deberíamos escondernos —dijo uno de los ancianos.

El más anciano de todos lo miró con una sonrisa de derrota:

—Acaba de matar a todos nuestros hombres en menos de cinco minutos. ¿Dónde te quieres esconder?

Invocando con sus últimas palabras, se presentó delante de los ancianos: cuatro movimientos y cuatro de los cinco ancianos cayeron como árboles cortados de un solo tajo; el blanco de la nieve se volvió rojo intenso. Karmen estaba frente al último anciano, estaba inexpresivo delante de él.

—¿Qué haces que no me matas?

—Hoy no morirás. Eres el testigo de lo que ocurre cuando usáis vuestra voraz violencia. La sangre llama a la sangre. La próxima vez que me enfade, os destruiré a todos vosotros, ¡a todos!

—¿Desde cuándo has estado con los durmientes?

Karmen sonrió ante la cuestión: desde luego, el anciano tenía valor de preguntarle eso en lugar de suplicar.

—Nunca he estado con ellos; yo soy anterior a ellos, a vosotros, digamos, que yo soy el primero de ellos.

—¿Qué te impide no seguir matando a toda la hermandad?

—Proteger a los que están en camino.

Karmen le puso una rosa negra en el bolsillo de su largo abrigo que le llegaba hasta los pies, y tal como apareció, Karmen desapareció dejando solo al anciano. El anciano sabía que algo de esto pasaría; ahora que se fue Karmen, se arrepintió de no decirle quién tuvo la culpa de las acciones de Selva y de la venida a Mont-Elo; así, si lo matara, aplicaría su sed de venganza. Pero él era tan culpable como Raven de la sangre derramada y de esta también.

Todos los que andábamos por la senda parecíamos una serpiente multicolor recorriéndola. Cada vez menos cuesta abajo y a cada camino recorrido menguaba, ya que muchos se desviaban por las vías laterales de ella, como el mapa del riego sanguíneo de nuestro cuerpo. No todos seguían el mismo camino. Hicimos un alto que no hicieron el resto; nuestro pequeño grupo se reunió en un claro al borde de la senda y Ataúlfo y Marion se acercaron a nosotros; Marion nos dirigió unas palabras:

—Aquí se separan nuestros caminos. Ataúlfo no está para andar

mucho, así pues, que sea venturoso vuestro camino.

Ataúlfo y Marion empezaron a andar, pero el viejo escriba se volvió, pues algo tenía que decir:

—No os echéis la culpa alguna, lo de Mont-Elo ya estaba escrito y os lo digo yo, que sé de letras; solo era cuestión de tiempo. ¡Adiós, amigos!

Gabriel se acercó a ellos y estuvo largo rato hablando con ellos en privado, le mostraba muestras de afecto. A Marion se le vio llorar y a Ataúlfo las pocas ganas de continuar, así se fueron y dejamos otros conocidos que seguramente no volviéramos a ver jamás por el camino.

En ese claro acampamos como pudimos, hicimos una choza que nos cubría a todos con ramas y lonas. Antón no dejó que hiciéramos fuego. Dormimos todos juntos dándonos calor y en mitad de la noche nos pusimos alerta. Era alguien que se había retrasado en el camino o era un caminante. Antón y Gabriel con la mano nos indicaron que nos quedáramos; yo sentía temblar a Raquel de frío o de temor, por lo que no fui con ellos. Derán seguía durmiendo sin apenas oír su respiración. Desde que salimos de Mont-Elo, todos íbamos armados, a excepción de Derán y Raquel, las cuales dormían abrazadas. Veía como tenían un fraternal amistad nada más verse y también sospechaba que las miradas furtivas de Héctor a Raquel eran de anhelo y que le podía reprochar. Si yo me enamoré de ella, es normal que otros también lo sintieran. Al sufrimiento de Héctor, mi más profundo respeto, nadie somos dueños de nadie y tampoco dueños de nuestros sentimientos.

No pasó mucho tiempo hasta que aparecieron Antón y Gabriel junto con Karmen. Tenía el semblante serio y se le notaba cansado, nadie le formuló pregunta alguna, pues no creo que fuera de su gusto. Se acomodó en un rincón y de pronto Derán se despertó, le dio un fuerte beso en la frente a Raquel, se levantó y se dirigió hacia Karmen. Él esperó que algo le dijera, pero ella se acomodó en el hueco del cuerpo de Karmen e hizo que le rodeara con los brazos; así, con turnos de vigía, empezó la noche. Esperé mi turno, y con un delicado beso a Raquel, me levanté para suplir a Héctor. Me acerqué a él y vi en su rostro señales de culpa, debía quitarle ese peso al hombre que protegió y salvó a Raquel, es lo menos que podía hacer, pues mucho le debía.

—Buenas noches, Héctor.

—Hola, Silvan.

—Héctor, ¿tú amas a Raquel?

Mis palabras fueron como un cuchillo directo al corazón que se

quedó mudo y sorprendido, pero tenía que seguir hablando, no era mi intención hacerle daño, sino todo lo contrario.

—Yo…

—Héctor, no te estoy acusando de nada, ante todo darte las gracias por salvar a Raquel y traerla con nosotros. Estoy en deuda contigo y no te aflijas, mi amigo. Raquel es una mujer bellísima por dentro y por fuera, veo muy normal enamorarse de ella. Me pongo en tu lugar y sé lo que estás sufriendo; no tengas culpa, por favor.

—¿No estás enfadado?

—Al contrario, agradecido. Yo no soy el dueño de Raquel, pues ella elige libremente; además, tú sobre todo veo de sobra que le tienes mucho respeto. No tienes culpa alguna de que seamos humanos.

—Gracias por tu comprensión.

No supe otra cosa que abrazarlo, él derramó lágrimas en mi hombro de alivio quizás, hice lo que tenía que hacer para liberarle de algo de lo que no tenía maldad ninguna. Héctor se fue a descansar y me quedé solo con la noche, con sus sonidos, con sus silencios y su magia; disfruté de esas horas de soledad y de las cosas bien hechas. Cuando fui a dormir, oí que Derán despertó, me dedicó una sonrisa y vino hacia mí, me dio un beso pequeño en la boca y solo me dijo unas palabras que me desconcertaron:

—Estoy con vosotros porque eres el principio.

Sin dejarme darle réplica, se fue otra vez al lado de Karmen y a mí con «¿qué quiso decirme?».

Llegó el alba de un nuevo día, estábamos ya solos porque todos los habitantes de la extinta Mont-Elo habían caminado incluso por la noche. Quizás un camino fuera más corto. Miré a Héctor que miraba a Raquel sin malicia, se encontraron nuestros ojos y él encogió sus hombros de resignación. Derán jugaba siempre, si no te fijabas en su cuerpo con atributos femeninos parecía una chiquilla hecha mujer, o al contrario, ya llegaba el tiempo de hacerme menos preguntas. Recogimos el campamento, no había mucha alegría, pero tampoco había tristeza. Empezamos a andar el camino y nos paramos al dar los primeros pasos; ni Antón ni Gabriel estaban, de no haber sido por Prometeo que fue quién se dio cuenta, habríamos seguido el camino, pero todos paramos cuando nos dimos cuenta de la ausencia de Gabriel y Antón.

—Creo que debemos seguir el camino —nos avisó Prometeo.

—¿Y Antón y Gabriel? —dije yo.

Aparecieron Antón y Gabriel, parados al lado del camino, cuando Gabriel miró a Prometeo para pronunciar las siguientes

palabras:

—Es cierto que no hacen falta muchas palabras contigo —aseguró Gabriel.

—Si lo sabes, Prometeo, ¿me podrías poner al día? —pregunté yo.

—Por supuesto, si no te lo comenté antes, es porque creo que solo era una suposición mía.

—Exacto, Prometeo, dile las nuevas a Silvan y lo que ha pasado esta tarde pasada —afirmó Antón dándole la palabra a Prometeo.

—Como sabes, ayer desapareció Karmen. Fue a enfrentarse con la hermandad, mató a todos menos a uno. No son nuestros métodos, pero Karmen es así; es tremendamente impulsivo y visceral. No tendría que haber pasado pero pasó, y lo malo es que hemos dado la razón a la hermandad. Somos peligrosos y es cierto, mucho, pero claro, si queremos lo poco bueno, es que no nos perseguirán en un futuro cercano y la noticia de que no sigan el camino con nosotros Gabriel y Antón que lo cuenten ellos. Nunca es mejor protagonista que aquel que cuente su historia.

—Bien, nos toca a nosotros: ya no hacemos falta, tenéis a Prometeo, aquí que tiene un poderoso don, la palabra; a Karmen, que ya has visto sus habilidades junto con las tuyas que no son pocas; tenéis el ingenio de Héctor y a Derán, que aún ni yo sé nada de ella, pero tengo la intuición de que tendrá un papel importante en esta historia que vamos escribiendo día a día. Nuestros caminos se dividen en este momento —dijo Antón.

—¿Nos volveremos a ver? —le pregunté yo.

Gabriel se acercó a mí y me abrazó; en ese momento, sentí que fuera como un padre para mí y me dedicó las últimas palabras:

—Siento no haberte cuidado como debiera estos veinticinco años; perdona mis silencios, perdona por estar encerrados en Vera, esto pesó mucho en mi ánimo. Siento haberte guardado el secreto de quién eras realmente. Cuando tengas que tomar una decisión, pide consejo y escucha a tu mente y corazón. ¡Que tengáis buen viaje!

Estar sin Gabriel, al que cada día tenía a mi lado, me resultaría extraño. Ahora que lo conocía mejor lo echaría más de menos. Vimos cómo se iban en sentido contrario al que nosotros debíamos seguir. Prometeo puso su mano en mi hombro y me indicó:

—Nosotros tenemos que seguir nuestro camino, y el camino se hace andando, prosigamos.

—Sí, nos esperarán. Vayamos antes de que se hagan preguntas.

Bien lo dijo Román, el duque de Mont-Elo, no todos iremos por

el mismo camino ni todos llegaremos.

Llegamos al grupo y dimos la noticia. Karmen no se inmutó, por lo cual supuse que ya lo sabía. Al que peor le sentó fue a Héctor, dado que Antón era un referente. Seguimos la senda solos; ahora, al ser menos, tendríamos más riesgo de sufrir ataques de caminantes. A las chicas no las dejábamos solas.

A la mañana le siguió la tarde y al atardecer, sufrimos un solitario incidente: un caminante enorme de piel blanca y colmillos enormes tuvo la gran brillantez de atacar a Karmen. Empujo a Karmen varios metros, y se introdujeron en la maleza, nadie se movió, pues sabíamos que el caminante ya estaba muerto al elegir la víctima no adecuada. Karmen salió ensangrentado y quitándose las hojas y pequeñas ramas que tenía en su cabello y su ropa. Seguimos avanzando en la senda sin ninguna novedad y, conforme avanzábamos, la senda se hacía llana. Hacíamos mucho camino y no la seguridad de que fuera el correcto. Hablé con Prometeo.

—Prometeo.

—Dime, Silvan.

—¿Estamos en la dirección adecuada?

—Claro, lo dijeron bien claro. No nos apartemos de la senda y dirijámonos al este, es la dirección que seguimos. ¿Qué te preocupa?

—Que desde que salimos de Mont-Elo vamos demasiado bien, y estos últimos días no han sido así. Esta tranquilidad me es sospechosa.

—Disfrútala, no siempre hay piedras en el camino.

Ya llegó la anochecida y acampamos apartándonos del camino en una casa en ruinas que aún conservaba el techo. Allí nos acomodamos. Me tocó a mí hacer la guardia, pues no necesitaba relajarme. Vi cómo Derán se ponía a bailar en la noche. Esta noche era serena; se perdió en la noche apareciendo y desapareciendo con el reflejo de la luz de la luna en su blanco vestido, no sé por qué no temía por su seguridad.

Raven, el director de Vera iba llegando a las ruinas de Mont-Elo con cuatro carruajes y veinte agentes montados a caballo. No pudo conseguir más efectivos, tenía mucha prisa y su ansiedad era enfermiza. Los agentes no estaban a gusto, casi ninguno había salido de la Ciudad. En los alrededores de Mont-Elo no se veía luz de ningún tipo, ni artificial ni de ninguna hoguera, le daba mala espina ya que podría ser una trampa. Hizo que todos sus agentes descabalgaran y los armó. Se movieron en abanico acercándose poco a poco a la misma entrada del feudo. Miraron el suelo y vieron

el primer cadáver; los agentes se pusieron nerviosos y el enfado de Raven iba en aumento. Así fueron viendo uno a uno los cincuenta cadáveres. Al final de la segunda muralla, vieron una débil hoguera y con cautela fueron hacia ella. Raven vio cuatro cuerpos de los miembros de la hermandad; esas piezas eran irreemplazables en este tablero de juego, sintió una rabia ahogada. Sentado en el fuego cabizbajo, estaba el anciano, que ni se inmutó de la llegada de los refuerzos.

—¿Qué ha ocurrido?

El anciano mostró la rosa negra que tenía y se sacó la rosa roja que recogió de la entrada.

—Una advertencia y una sentencia.

Raven se quedó mudo de horror escuchando las palabras del anciano:

—Le bastaron cinco minutos para hacer esto.

36. LABERINTIA

Una nueva mañana, un nuevo empezar y más tramo de camino. Notábamos la ausencia de Antón y Gabriel, pero los pocos incidentes que tuvimos el día pasado hizo que todos fuéramos de buen ánimo, pero no por eso, algunos estábamos más vigilantes por lo que pudiera pasar.

Una niebla densa nos invadió lentamente, tan espesa que apenas nos veíamos unos a otros por lo que Prometeo con buen criterio nos indicó que fuéramos más juntos y las mujeres en el centro. Prometeo y Adrián encabezaban la marcha, Héctor y yo la retaguardia, no sería ahora lo mismo si sufriéramos un ataque pues tendríamos que defendernos y al mismo tiempo proteger a las tres mujeres, aunque dudo que algunas de ellas lo necesitaran.

Fuimos lentos hasta que surgió un dilema; al final de tanto camino, una bifurcación con lo que nos quedamos quietos, mirándonos unos a otros hasta que yo mismo formulé la pregunta que todos nos hacíamos hacia dentro:

—¿Y ahora qué?

—Tenemos que elegir un camino, pero ¿cuál se dirige al este? Si no, tendremos que volver sobre nuestros pasos y coger el otro, no hay otra opción —dijo Prometeo.

—Bien porque supongo que nadie se habrá aventurado por estas tierras. ¿O me equivoco?

Poco a poco nos fue adelantando Derán con esa sonrisa traviesa y eligió sin decir palabras el camino de la izquierda. Karmen se acercó a mí y sin levantar mucho la voz dijo:

—Creo que sí te equivocabas, y alguien de aquí ya ha visitado con anterioridad estas tierras, y sin duda sabes quién es, nuestra misteriosa dama.

—Así es; de todas maneras, me equivoque o no, tenemos que tomar un camino.

Así seguimos la elección de Derán y, no sé por qué, intuí que nos llevaba por el camino correcto. Esperaba que la niebla se disipara, pero creo que se volvía más densa, si es que podía serlo más. Íbamos despacio, pero, a pesar de la cautela, no presentía peligro alguno, al menos inminente; no tenía mis sentidos todo lo abiertos que quisiera, ya que mi falta de concentración se debía al temor en este nuevo trayecto y que algún percance hiriera a Raquel. Justo en mis propios temores, topé con la espalda de Héctor, que paró en seco y entonces vi la razón de que hubiéramos parado. Estábamos delante de una estatua de más de cinco metros de piedra blanca con

un ángel sosteniendo una lanza; la lanza era metálica y tenía serios signos de herrumbre. Yo me acerqué aún más y la blanca piedra estaba en varias zonas de un verdoso moho, hasta que cómo no, un comentario nos dejó a todos perplejos, era la voz de Derán.

—¡Mirad! ¡El rostro se parece a Prometeo! El cuerpo no lo sé porque no lo he visto desnudo.

—Yo sí, y es exactamente igual, hasta esa grieta se parece a una cicatriz de su pecho —confesó Noelia.

Todos nos giramos hacia Prometeo, que no podía dejar de mirar esa estatua. Con un desmesurado interés, se acercó y empezó a tocar la piedra para cerciorarse de que era real. Ya me extrañaba que nuestro viaje no tuviera ninguna sorpresa, al menos, esta no nos mataría a no ser que se nos cayera encima.

La niebla comenzó a disiparse cuando pudimos ver que la estatua daba a una entrada de roca natural en una zona oscura; el camino seguía paralelo a una pared de piedra.

—Prometeo, ¿qué sabes tú de esta estatua? —le pregunté.

—Tengo que confesarlo, soy un Dios en forma de hombre que lleva desde el mismo comienzo de los tiempos.

Derán se sobresaltó como el que descubre un importante secreto y no termina de creérselo; nunca vi a Derán con esa expresión, y Karmen estaba tranquilo mirando a Prometeo.

—¿Es verdad? —dije yo

—¡Claro que no! Esto es una macabra broma.

—No creo en casualidades —dijo Karmen.

—Ni yo tampoco. Sé que tenemos que seguir el camino, pero yo tengo que entrar dentro. Si queréis, seguid vosotros el camino y yo ya os cogeré.

—Vamos todos juntos; además, siento mucha curiosidad —dijo Héctor siguiendo la sombra de Prometeo.

Cuando pasó Derán, la paré de manera cortés:

—Tú sabías el camino que escoger, pero te has sorprendido al ver la estatua. ¿Tú has estado por aquí?

—Sí, siempre viajo de un lugar a otro y a veces vuelvo; donde antes estuve y paseé por este bonito camino, Prometeo en piedra no estaba.

—¿Cuánto hace que pasaste por aquí? Esta estatua lleva mucho tiempo aquí.

—Tú lo has dicho, hace mucho tiempo.

—¿Y cuánto es mucho tiempo?

—Pues mucho.

Deje por imposible interrogar a Derán. La curiosidad nos

engatusó y poco a poco fuimos absorbidos por la entrada que custodiaba la estatua. Uno a uno, la niebla hacía remolinos a cada entrada nuestra, en una pequeña entrada pétrea nos encontramos con un pasadizo de piedra lisa, y dicho pasadizo se perdía en nuestro frente perdido entre la lechosa niebla que nos envolvía. Nadie dio un paso al frente hasta que la resoluta Derán se quedó parada como el resto del grupo, mirando hacia adelante con la misma expresión de sorpresa que teníamos todos, hasta que Héctor dio un paso y se giró hacia nosotros con un brillo de una inteligencia en su mirada:

—Esto está hecho por las manos del hombre.

—Es un laberinto —con una voz que parecía hablada desde un pasado remoto afirmó Prometeo.

Entonces, Héctor se puso a rebuscar en su mochila, de donde extrajo su ovillo de cuerda fina y con un cilindro negro que había en el centro; el ovillo era más grande que su puño y el cilindro del grosor de un dedo. Se paró y nos miró a todos:

—Hace poco estuve mirando lo que tenía esta mochila, ya que nos dieron a cada uno una en Mont-Elo. Me llamó mucho la atención este ovillo de cuerda y ahora sé para qué nos podía servir.

Todos nos pusimos a mirar las mochilas menos Derán, que seguía mirando la entrada del laberinto. Nadie tenía ovillos como el que tenía Héctor en su mochila; al final, reí pues no podía ser que el camino no tuviera ningún misterio ni que algo inusual no encontráramos, aunque fuera en el fondo de una mochila.

—Adrián, haz el favor de atar a los caballos que llevan las provisiones.

Así, desapareció a cumplir Adrián con la tarea. Héctor quitó la tapa al cilindro del centro del ovillo y extrajo dos tizas blancas; todos le mirábamos con expectación y con convicción, él nos habló:

—Esperadme aquí; atad el principio de la cuerda a algún asidero seguro; no temáis por mí, encontraré el final del laberinto.

Y sin más preámbulo, desapareció en la entrada y entre la niebla. Ninguno hizo ademán de seguirlo, por lo que comprendimos que cada uno cumplíamos alguna función específica en esta tela de araña de acontecimientos, el filamento de nuestro propio hilo y el conjunto de todos ellos que se entretejía para formar la compleja trama. Héctor se adentró en el laberinto, después de que Héctor desde Mont-Elo nos siguiera como si siguiera un camino que era de otros, ahora él cobraba protagonismo.

Pasó el tiempo, los minutos se convirtieron en horas, en pocas y en todo ese espacio, si en un caso vimos o vi yo solo removerse la

niebla, que en ningún momento nos abandonó, en una ocasión la cuerda estaba tensa y si en los primeros minutos se movió, hacía más de dos horas que estaba tensa.

Raquel se acercó a mí con preocupación:

—Ya hace mucho tiempo que se adentró; me estoy poniendo nerviosa.

Prometeo puso su mano en el hombro de Raquel y la miró directamente a los ojos; con una voz sedosa y una entonación relajada que casi invitaba a la más sosegada calma, dijo:

—Démosle más tiempo; aún no ha agotado el preciso. Tanto Silvan como yo tenemos el don de la percepción y aún no hemos sentido peligro alguno.

No habían terminado las palabras de Prometeo cuando apareció Héctor con una sonrisa triunfal en su boca.

—He encontrado el final del laberinto. ¡Seguidme!

Acostumbrado a estar todo el camino en la retaguardia, esperé a que todos pasaran para seguirlos, entonces vi que Derán seguía quieta observando la entrada del laberinto con los ojos bien abiertos; era tan extraño en ella y a pesar de que no percibía peligro inmediato, se lo pregunté:

—¿Algo malo?

—Extraño…

—¿Qué ves de extraño?

—No lo sé, pero este alto y este sitio, nunca los vi.

—Para mí todo es nuevo; es la primera vez que te veo así, Derán. ¿Seguimos o digo a los demás que salgan y proseguimos el camino?

—No, vamos; quiero ver el final de este laberinto.

Su cara cambió a la que siempre nos ofrecía: divertida e infantil. El cambio brusco de humor me desarmó tanto como toda esa mujercita me hacía verla en un aura de misterio; eso sí, sin ninguna maldad.

Íbamos todos de la mano y, al coger yo la mano de Derán, sentí una ternura tan agradable que recorrió todo mi cuerpo como un bálsamo de paz; en unos segundos, sentí dicha hasta que la voz de Raquel me sacó de ese ensueño.

—¿Vamos?

Culpable de ese sentir, expulsé las sensaciones que otrora me envolvía y me centré en el camino. Fuimos pasando esos estrechos pasajes verticales girando hacia un lado y otro; me recordaba a la huida de Vera con el cielo ahora abierto y mejor olor; en una hora aproximada de trecho vi cómo nos parábamos enfrente de una

pared, sin más salida que el camino recorrido.

—¿Es este el final del laberinto? —dije.

—Sí, mira estas finas líneas imperceptibles; esta es una puerta —dijo Héctor señalando con el dedo esas líneas descritas.

—¿Y dónde está la cerradura? Porque sin eso, no es una puerta —nos sorprendió Noelia.

—Tendremos que encontrarla entre todos —respondió Héctor.

Nadie miró cómo se abría la puerta, hasta que con un sonido pétreo la losa se abrió hacia dentro, después vimos cómo Derán dejaba de presionar una piedra con su pie de… una esquina. Se encogió de hombros, nos sonrió y con su dulce expresión nos mintió:

—Ha sido sin querer.

Evidentemente, nadie la creyó, pero teníamos más misterio en lo que había detrás de la puerta que en cómo había sabido que la piedra era la llave. Prometeo extrajo un farol y nos invitó a que hiciéramos lo mismo que él; paró un segundo a darnos el alto en silencio y entró solo. Al pasar, la puerta se cerró tras él con lo que nos quedamos alarmados, pero antes de que fuéramos a presionar la piedra para volver a abrirla, la puerta se abrió desde dentro.

—No temáis, la puerta también se abre desde dentro —dijo Prometeo.

Nada más entrar, nos encontramos con una escalera esculpida en la misma piedra que nos dirigía hacia las entrañas de la tierra; era estrecha, por lo que nos íbamos apoyando en las paredes laterales que estaban revestidas de una película de humedad. Solo se oían nuestros pasos y el crepitar mínimo de las lámparas que portábamos. Fue bastante bajada, el aire tornaba denso y la atmósfera ausente de palabras, tan poco era el alumbrado que solo se veía a la persona que llevaba las linternas; al no saber cuánto duraría esta aventura, decidimos que solo llevaríamos encendidas tres y las demás las reservaríamos. El final de la escalera terminó y dio paso a una instancia más amplia en la que pusimos todos los pies en ella. Unas antorchas que descansaban en un sostén metálico se encendieron y nos dejaron a todos atónitos, pero si la sorpresa fue que se encendieran solas, más lo fue el ver que las paredes estaban esculpidas con una belleza singular, con motivos naturales dándole un arte sublime a la piedra. No sabíamos quién lo hizo ni si sus artistas aún estaban aquí en estas profundidades. La luz de las antorchas tampoco nos dejaba adivinar el fin de esta adornada habitación, pues la oscuridad engullía el fondo. Héctor se paró a investigar el mecanismo que pudiera provocar el encendido de las

antorchas; por un momento, lo vi cabecear con una sonrisa alabando el ingenio de quién lo creo. Prometeo tocaba con la mano todos los grabados, y Adrián se encontraba nervioso, todo lo contrario de nosotros, puesto que no percibíamos peligro alguno, mas el entorno claustrofóbico de este lugar tallado en piedra no ayudaba mucho.

Íbamos avanzando muy despacio y a cada pocos metros se seguían encendiendo teas a nuestro paso. Desde la bajada, dejé la mano de Derán para coger la de Raquel y Raquel, la de Derán. Prometeo no dejaba a menos de un metro a Noelia, cosa que a ella no le molestaba esa actitud protectora de él, aunque se sabía defender. Por fin llegamos al final que daba paso a una caverna natural abruptamente sin puerta por en medio, allí nos encontrábamos en una gruta natural; la amplitud nos dejó sentir más cómodos, levantamos las linternas y las dirigimos a los lados. En las inmediaciones no vimos mano de hombre, aunque no hacía falta, ya que la misma naturaleza había hecho esa caverna bella. Estábamos ensimismados en sus pilares de piedra cónica y sus oquedades cuando Noelia hizo una afirmación de la cual no me había dado cuenta:

—¿No os dais cuenta? Aquí hace mucho calor.

—Yo sé por qué —contestó Derán adelantándose al interior de la cueva nada más terminar de decir la frase.

La seguimos hasta que otra sorpresa nos hizo pararnos en seco. Estábamos delante de una piscina que por cuatro lados estaba adornada por columnas de piedra blanca. Había débiles fuegos a los lados; el fuego se consume rápido y hacía poco que estaban encendidos. De frente, un chorro de agua iba cayendo resbalando entre la piedra hasta alimentar esa piscina. Del agua de la piscina salían hilos de humo que bailaban entre los caprichos del baile de las llamas.

—Son aguas termales —dijo volviéndose como si hubiera descubierto un tesoro.

Se fue acercando hacia el agua dejando tras de sí su capa. Al poco, y con su pie, con delicadeza, hizo mover ondas en su orilla; deslizó su vestido desde sus hombros cayendo a sus pies dejándonos ver que su cara juvenil escondía bellos atributos femeninos que nos dejó a todos boquiabiertos. Con una piel blanca que en las luces y sombras de la tenue luz que desprendían los fuegos, quedé atrapado en un sueño porque ese cuerpo estaba erigido en la perfección de las formas y ocupaba cualquier atención hacia él. Se giró riendo; sus pechos ahora ya no se escondían, pechos generosos esculpidos por

una belleza sin par y pezones rosados erigidos hacia el techo; esa mujer misteriosa era la sensualidad hecha mujer, con el aderezo de su inocencia que embrujaba el sueño. Se terminó cuando el codo de Raquel impactó con fuerza en mis costillas, que me hizo sentir avergonzado.

—No me molesta que mires. Es tremendamente bella, pero igual la que ahora te ama también lo es.

Raquel abandonó con una sonrisa pícara mi cercanía y se dirigió hacia Derán siguiendo sus mismos pasos: se quitó la capa y en el mismo camino que la dama blanca, se quitó más capas de las que llevaba Derán; cuando llego a su lado, ya estaba completamente desnuda. Veía que sentía pudor, pero era un pulso bello. Raquel era más alta que Derán, pero no tenía nada que envidiarle. Aunque hiciera el amor con ella, el curso de los acontecimientos no nos dio tiempo a disfrutar más de nuestro reciente amor. Aún no la había visto desnuda. Raquel más estilizada, ligeramente delgada, pero rivalizaba en belleza sentía que mi corazón latía cada vez con más fuerza. Estos desnudos eran dignos de una obra maestra. Noelia fue detrás de ellas; se quitó igual la capa, se giró con picardía a Prometeo, que le obsequió con una sonrisa, se quitó la ropa y vimos el motivo por el cual ella sonreía con picardía. Según se dirigía hacia Derán y Raquel, su cuerpo era más voluptuoso, con curvas por las que cualquier hombre sucumbiría; sus pechos eran muy grandes, al igual que bellos. Tenía pecas que la hacían más exótica, y el broche final fue cuando deshizo su moño y su pelo castaño cobrizo cayó en cascada desde sus hombros hasta el nacimiento de sus redondos y firmes glúteos. Prometeo se acercó a mí y con la placidez de quienes poseen dos tesoros me susurró:

—A cuál más bella; grabad estas imágenes en vuestra retina eterna, pues son arte, sensualidad y poesía.

—Y tus palabras también. Me he dado cuenta —dije yo.

—Obviamente, la palabra es el mejor don que tengo.

Noelia entró la última en el agua se giró hacia cuatro estatuas que no podían desviar su vista de esas tres mujeres tan extraordinariamente bellas.

—Sé que lo que estáis viendo jamás será visto; lo hicimos sin pudor pero sin intención; ahora, si no os importa, caballeros, necesitamos un poco de intimidad.

Los cuatro nos sentimos avergonzados de seguir con los ojos fijos en la belleza, pero apelamos a la mesura de que lo ofrecido daba paso a la intimidad. Callados, nos dirigimos hacia interior de la gruta; por supuesto, a nadie se le oyó comentario alguno.

Con la celeridad solo cogimos una linterna y pasado el encantamiento del ensueño, fuimos explorando la cueva. Dimos pocos pasos hasta ver de nuevo la mano del hombre. Era un trono hecho en la misma piedra, en el trono semioscuro, la estatua de un hombre, el silencio solo era roto por el chapoteo ahora no tan cercano de las tres chicas. La estatua era de tamaño natural. Nos acercamos hasta que la estatua nos habló:

—Bienvenidos, viajeros.

Reaccionamos tremendamente sorprendidos ante la estatua viva, incluso Adrián pronunció un grito ahogado. Todos dimos un paso hacia atrás menos Prometeo, que dio un paso hacia adelante para hablar:

—¿Quién eres?

—La educación y la hospitalidad me obliga a presentarme.

—Si no hemos sido invitados —contestó Prometeo.

—Sí lo habéis sido. Prosigo, mi nombre es Pedro.

—De piedra, muy propio —le siguió Prometeo con una voz extraña que sonaba con un acento de antigua sabiduría.

—Cierto, el tuyo, Prometeo. No te esfuerces en tu voz, conozco el poder que imprimes en la entonación de la palabra. Perdonadme el resto, no os conozco ni tampoco a esas tres mujeres tan bellas.

—Perdonadme, señor de este lugar, pero creo que todos estaríamos más cómodos si nos despejaras algunas dudas, como por ejemplo… ¿Cómo me conoce? ¿Qué es este lugar? —preguntó Prometeo.

—Por supuesto, cabe decir primero que no soy ninguna amenaza y sí, habéis sido invitados por la escultura de la entrada, que os invitó a entrar en mi humilde morada. Tened el favor de seguirme y Prometeo entenderá cómo en realidad, él y yo somos por definirlo de alguna manera, iguales.

Seguimos los pasos de Pedro, pero nos quedamos parados pensando que no sería muy sensato dejar solas a Derán, Raquel y Noelia. Como si nos leyera la mente, el extraño habitante de este lugar nos dijo:

—No corren ningún peligro y por lo que puedo percibir en ellas, aunque lo hubiera, dos de ellas tienen bastantes recursos para defenderse.

No estábamos más tranquilos con sus palabras, pero Prometeo empezó a caminar hacia Pedro y nosotros seguimos sus pasos. A los pocos metros, nos encontramos una gran puerta metálica. Pedro sacó su manojo de llaves y con la más grande abrió la puerta. Lo que encontramos tras esa puerta nos dejó simplemente impactados

cuando la luz se hizo: un sinfín de galerías esculpidas en piedra y no menos estanterías esculpidas en el mismo material, eran miles, más quizás, mucho más de libros, era una biblioteca.

—¿Lo entiendes ahora, Prometeo?

—Eres también un bibliotecario —respondió el aludido.

—De manera más poética, guardián de la letra olvidada.

—No sabía que hubiera más que la mía.

—Hay más, no muchas más, pero sí sé que hay algunas más, pues así me lo dijeron.

—¿Quién?

—El mismo que me dijo que quizás algún día tus pasos se encaminarían hacia el este.

—¿Quién ha construido esta biblioteca?

—Las demás no lo sé, pero esta la hice yo y fui coleccionando todos estos libros, todo es obra mía.

—¡Es imposible! ¿Cuánto tiempo haría falta para hacer esto? ¿Cuántas vidas harían falta? —protestó Héctor.

—Una, la mía. He tenido tiempo para hacerlo, exactamente dos mil ciento seis años, tres meses y dos días: tiempo suficiente.

Todos como una voz detrás de otra desde que entramos en la cueva, nos quedamos sorprendidos. Karmen miraba a Pedro y Prometeo calibrando quién era realmente el que tenía al lado.

—¿Sorprendidos? La biblioteca de Prometeo es mucho más grande.

—Pero no la hice yo.

—Alguien tuvo que hacerlo, ¿no?

Karmen se acercó a los dos. Pedro no le tenía miedo, la verdad es que su expresión apenas ha cambiado desde que lo encontramos.

—Bien, falta la pregunta que nadie formula. ¿Por qué? —dijo Karmen.

—¿Por qué? Te miro a los ojos y veo en ti también mucho tiempo transcurrido; lo que mis palabras te digan ahora serían las mismas que te podría decir Prometeo.

Se alejó de nosotros y empezó a acariciar los tomos de los libros más cercanos.

—Esto es un tesoro muy poderoso. La palabra escrita, el conocimiento, no hay nada inventado desde que se empezó a usar el lenguaje, pero, ¡ah!, los pensamientos se perdían en sus dueños; había veces que los cantares y la palabra se traspasaba, pero mucha se perdía en el camino de la muerte hasta que empezó la palabra a letra; aquí encerrada en signo, hay conocimiento, hay sueños atrapados en papel, hay vidas propias cortadas, vidas ajenas,

testigos de hechos, espectadores de acontecimientos; hay reflexiones, todas vivas en el encuadernado de un libro, también hay mentira, falsedades, dogmas y doctrinas, pero todo cuanto has leído, entiendes lo fantásticamente poderosa que es la letra y, aunque leas estrictamente, también cada persona que lee aporta su propia imaginación. Creedme, el porqué es porque hay que preservar el más preciado tesoro de toda la humanidad: el conocimiento de la palabra escrita.

—Yo no lo habría podido definir mejor —dijo orgulloso Prometeo.

—Creo que debiéramos volver con las chicas. Llevan tiempo solas y no son merecedoras de preocupaciones —advertí yo.

De pronto, le invadieron el recuerdo de las palabras de Antón, que un día con el testigo de un claro de luna me dijo: «En el camino encontrarás ayuda de aliados inesperados así como de enemigos».

¿Qué sería realmente este guardián de biblioteca? Karmen, como un espectro, se acercó a mí y como si me leyera la mente, susurró:

—De él no temas, y no me preguntes el porqué, simplemente lo sé.

Nada le contesté, entonces me di cuenta de cuán extraños eran y tan peculiares y qué poco conocía de los que me acompañaban en mi camino, como tan extraño debía yo ser para ellos, pero eran todo lo que conocía y también allí donde mis pasos llegaron a un fin donde no todos llegarían.

Llegamos a la piscina termal, las chicas ya estaban vestidas. Mejor así, dudaba mucho de que se sintieran cómodas mostrando sus desnudos; aprendía rápido de que la belleza femenina solo se mostraba a quien la mereciera y se la ganara, a excepción de la bella escena que recientemente nos mostraron las tres. Al ver a nuestro anfitrión se quedaron pasmadas, pero como nos vieron tranquilos a su lado, simplemente esperaron una explicación.

—Os presento a Pedro. Él es el guardián de este lugar.

—Sean bienvenidas, bellas damas.

No sé si se quedaron más sorprendidas de que no fuera un peligro o de que ese lugar tuviera un dueño tan hospitalario. Derán puso la expresión adusta, impropia de ella que siempre llevaba una sonrisa perenne. Se fue acercando a Pedro, el guardián de aquella biblioteca enterrada en el corazón de la roca, se acercaba poco a poco mirándolo y dando la vuelta alrededor de él, observándolo de arriba abajo. Pedro no se sentía incómodo, se quedó parada delante de él y empezó a acariciarle la piel; ella lo miraba con expectación y los demás mirábamos sorprendidos la actitud de Derán y en un

quedo susurró:

—Interesante.

—¿Qué te parece interesante? —le dijo Pedro.

—No estás vivo.

La última frase de Derán nos dejó atónitos y ahora mismo dudaba de la cordura de la dama que nos acompañaba. Pedro no contestó, ni tan siquiera se sorprendió por la afirmación.

—Difiero de sus suposiciones, mi bella amiga, muerto no estoy, por lo cual estoy vivo.

—No naciste de madre alguna.

—¡En eso sí que te puedo dar la razón!

Derán volvió a tocarle, lo que interrumpió sus palabras, aunque no cambió su actitud apacible, pero la dama blanca le causaba inquietud, y a mí toda la escena. Borraría de mi vocabulario esa frase que rondaba en mi boca en multitud de ocasiones, «y nada me sorprende ya».

—Estás tan bien logrado… Tu piel es tan suave que no tienes imperfecciones.

Derán apoyo su rostro en el pecho de Pedro queriendo escuchar su corazón:

—Tus sonidos son extraños, no son humanos, apenas los oigo. Tienes solo rumores dentro de ti.

Karmen se acercó a Derán y Pedro, ofreció serio la mano a Derán, que ella cogió sin perder la sonrisa juvenil y se acercó al cobijo de Karmen. Él la abrazo cariñosamente, fueron segundos de ternura, él la apartó delicadamente. Derán le dio un beso chico en la boca de Karmen y él hizo un amago de sonrisa y se dispuso a hablar con Pedro:

—Diles a esta gente qué eres. Yo ya lo sé, os he visto y no en este tiempo, aunque no tan extremadamente perfecto como eres; me gustaría que tú mismo dieras las explicaciones al fin y al cabo, eres nuestro anfitrión —fueron las palabras de Karmen que fueron dichas con extremo respeto.

—Bien, ya se me hace extraño hablar con alguien y más desvelar mi naturaleza. Ya desvelada mi antigüedad, ya desvelado que conocía a Prometeo como bibliotecario, he de deciros, sin sorprenderos, al menos a los que vivís en estos tiempos, que tienen la tecnología pasada enterrada y olvidada, mis invitados… soy un autómata.

—¿Qué es un autómata? —soltó Raquel sin avisar.

—Un robot, querida, inteligencia artificial de hace dos milenios, pero mi mente no difiere mucho de la vuestra, aunque tengo una

gran diferencia sobre vosotros: no puedo soñar, por lo cual los libros han suplido esta carencia y con ellos he podido comprender muchos conceptos y, mi pequeña y hermosa dama, tengo sentimientos.

—¿Cómo has podido sobrevivir tantos años si tus iguales no lo han hecho? —siguió interrogando Karmen.

—Como muchas cosas que han ocurrido en la humanidad: por error. Yo era un prototipo avanzado que estaban construyendo en secreto. Cuando ocurrió la primera gran guerra estaba conectado a un ordenador que tenía que pasarme toda la codificación más los conocimientos en unas horas; donde me encontraba estaba bien protegido de las explosiones, pero no de la radiación. Todos aquellos humanos del proyecto murieron por ella; aquel lugar tenía autonomía energética y el ordenador que tenía que pasarme la información durante unas horas, lo hizo durante ochenta años. Cuando se apagó, desperté y abandoné el lugar. Vagué entre ruinas y devastación durante mucho tiempo hasta que me encontró una persona singular y me dio un propósito. Andaba yo perdido, y él me regaló un camino. Fue la misma persona que, pasado el tiempo, me visitó y me enseñó una fotografía tuya y me dijo que éramos iguales: guardianes de los tesoros de la humanidad, los libros.

—¿Esa persona misteriosa tendrá un nombre? —dijo Prometeo.

—Todos tenemos un nombre, aunque por tu modulación de la voz quieres que te confirme una sospecha, ¿verdad?

—Por supuesto —replicó ya con una sonrisa Prometeo por la agudeza de ese ser.

—Antón el rojo, Antón el guardián de los secretos —irrumpió Karmen.

—Sí, ese es su nombre.

—Está en un juego moviendo sus secretos; parecemos fichas que saltamos de una casilla a otra —refunfuñó Héctor.

—Demasiados susceptibles sois. Si no fuera por su ingenio, casi todos los que estáis aquí estaríais muertos, y os veo muy vivos —nos aleccionó Karmen con un acento de reproche, recorriendo con su mirada a cada uno de nosotros.

—Gracias, Pedro, por tu hospitalidad. Creo que tenemos que proseguir nuestro camino. ¿Sabrás dónde nos dirigimos, verdad? —dijo Karmen.

—Por el camino que vais hacia el este, lo único que hay en esa dirección es el mar.

—Exacto.

—Si me permitís una sugerencia, descansad aquí. Tenéis

tranquilidad, calor y nadie, aparte de Antón, conoce este lugar. No conozco de ningún refugio más en lo que os queda de camino.

Nos miramos unos a otros y asentimos con la cabeza. No todos teníamos la misma fortaleza, y el descanso era necesario.

—¿Y los caballos? —dijo nervioso Adrián.

—Allí en la entrada hay una puerta; yo mismo meteré los caballos y la cerraré. Víveres no os puedo ofrecer, yo no los necesito, por eso no tengo.

—¿Y de qué te alimentas, ser sin corazón? —dijo Derán con una risita traviesa.

—De lo mismo que vosotros, pero sin proceso alguno. Me alimento de energía, y mi mente de conocimientos; hay corrientes subterráneas y allí tengo generadores que se alimentan del movimiento del agua, y yo, de esa energía. Espero haber saciado vuestra curiosidad.

Todos callamos. Pedro no tenía habitaciones y las dependencias de la biblioteca eran sumamente estrechas, por lo cual ocupamos una parte llana de la cueva y allí montamos un campamento. Pedro se ausentó, pero al poco de una hora volvió con nosotros. Creo que disfrutaba de nuestra compañía. Al no tener cielo, no teníamos mucha noción de tiempo. Teníamos que consultar nuestros relojes para tener certeza horaria. La tarde pasó amena, nos íbamos turnando para ir a la piscina termal; algunos paseaban descubriendo la cueva. Prometeo se llevó a Noelia a la biblioteca; Raquel a ratos, estaba a mi lado sonriente y a otros, se iba con Derán a corretear por la cueva. Al final de la tarde, las chicas volvieron a la piscina advirtiéndonos de que sería sin público y que ya había sido bastante regalo la escena pasada, que tanta belleza nos emborracharía.

Héctor seguía con la mirada a Raquel y cuando se encontraba con la mía, se encogía de hombros, no lo podía evitar y a mí no me causaba enfado alguno.

Yo también podría haber vivido como vivía Pedro o vivió Prometeo si no tuviera a mi lado a Raquel. No cabía el egoísmo cuando tenía una vida compartida y el grupo de personas que formábamos esta pequeña compañía. Me sentía responsable de sus destinos con la excepción de la misteriosa dama blanca, tan inocente y al mismo tiempo tan extraña. Me tumbé reposando la cabeza en la mochila y al poco volvió Raquel. Se puso a mi lado y los dos, con miradas cómplices, nos decíamos en silencio que añorábamos una intimidad que se nos negaba y que, a buen seguro, buscaron en la biblioteca Prometeo y Noelia. No nos atrevimos a seguir sus intenciones simplemente porque ninguno de los dos lo

sugirió.

Ya llegó la noche en nuestra apreciación, y todos los que se esparcieron volvieron a reunirse. No hacía falta hacer guardias, pero Karmen insistió sin que nadie le contradijera. Pedro pasó buen tiempo hablando con Karmen primero y después con Prometeo. Derán se fue al cobijo de Karmen, que él la trataba más como una hija que como una amante.

Cuando ya todos acomodamos los lechos, Pedro con su semblante sereno nos dijo unas palabras:

—Me retiro, así os dejo descansar. Estaré en la biblioteca, dejaré la puerta abierta por si algo necesitarais; si no me veis, llamadme; volveré por vuestra mañana, pues aquí el tiempo pasa diferente. —Se quedó pensativo en su última frase—. Creo que soy más humano que lo que me pertenece.

Mi guardia fue lo más tranquila de las que pasé, solo oía corrientes lejanas de agua ensordecidas por toneladas de piedra y pequeñas gotas de humedad que impactaban en la roca. Aquel lugar me inspiraba a dejar dormidas todas mis preocupaciones y, al mismo tiempo, quería volver a ver cielo abierto, sentir el viento en el rostro y que abanicara en ondulaciones el vestido de Raquel, que revolviera su pelo; me encantaba el movimiento de su mano apartando el cabello de su cara. Adrián me reveló de la guardia, un simple buenas noches, pues poco hablaba. Busqué el calor de Raquel y ella buscó mi cuerpo, con lo que no tarde en caer dormido.

Cuando desperté, no fui el primero. Prometeo me acusó de perezoso entre risas que me parecían música. Raquel se desperezaba y empezamos todos a recoger para partir. Teníamos un camino que proseguir. Pedro se presentó y nos acompañó hasta el mismo camino. Tuvo palabras para todos y su amabilidad era sincera. Se quedó mirando al cielo encapotado de la mañana que aún nos trajo niebla, pero mucho menos densa que el día anterior, y nos dedicó unas palabras cargadas de razón:

—De lo mucho leído, siempre encuentro una similitud, que siempre en todos los relatos, aquellos que son diferentes son perseguidos y les obligan a esconderse bien.

—Razón de más para que poca gente sepa de este lugar y de tu existencia.

Fuimos partiendo y yo, como siempre, me quedé en la retaguardia, ocasión que aprovechó Pedro para hablar conmigo:

—No creas que no me doy cuenta de que tú eres el eje de este grupo; veo en ti una sensibilidad que no expresas con palabras. Aún no has nacido.

—¿Qué te habrá contado Antón de mí?

—Tú no existías la última vez que hablé con Antón. Toma, tengo un regalo para ti.

Me entregó un libro y por primera vez vi una sombra en el rostro de Pedro; desapareció en el laberinto y no supe cómo interpretar sus últimas palabras. Abrí el papel que envolvía el libro y leí el título: *La Odisea.*

38. EL VIEJO Y EL MAR

Seguíamos la senda después de la extraña estancia en la cueva de Laberintia. Compartir esas horas con el extraño personaje de Pedro era ya algo que surgía a cada casilla de este camino; realmente, de todo este grupo de gente que compartíamos estas aventuras o desventuras, según como mirara el prisma de los acontecimientos recientemente ocurridos, solo era conocido Gabriel y no tanto, pues en vez de padre, era guardián. Ni la misma Raquel, de la que estaba incondicionalmente enamorado; fueron muy pocos los momentos que compartimos juntos. Si yo tenía estos pensamientos, ¿cuáles deberían ser los suyos? Supuestamente parecidos. Anduvimos junto a unos desconocidos un mismo camino, eso sí, juntos.

Prometeo y Karmen encabezaban la marcha. Raquel, Noelia y Derán en el centro, si bien la dama blanca aparecía y desaparecía por los márgenes de la estrecha senda, a veces con la capucha quitada y el pelo mojado de atravesar arbustos y ramas bajas cargadas de nieve que ella desprendía a su paso. Karmen le recriminaba constantemente que no era buena idea abandonar caprichosamente el grupo; la reñía hasta que, cansado de hacerlo, desistió. Aparte de su extraña conducta, más propia de una niña caprichosa que a todos encantaba con esa locura suya y el aura invisible de atracción que a todos nos afectaba como un conjuro de simpatía, no creo que en la definición de ella entrara la debilidad: ¡qué secretos escondería! Al trío de mujeres, seguía Adrián, el cual se mantenía mudo y nos daba más la certeza que la impresión de que se encontraba fuera de lugar. Héctor seguía teniendo la vista muchas veces en Raquel, y muchas veces se giraba hacia mí con una mirada de respeto por mis palabras pasadas a un sentimiento. Yo también le respetaba, su actitud respetuosa hacia mí me hacía sentir una empatía hacia él que reforzaba con esa tristeza que se asemejaba a la mía.

La senda siempre empinada cuesta abajo se volvió llana y algo ancha, lo que aprovechamos para viajar más juntos. La vegetación clareaba y en todo el viaje, si bien no vimos el sol, no nos nevó ni llovió desde que partimos del laberinto. Hicimos alto en unas ruinas que vimos cerca del camino; inspeccionamos sus alrededores para ver si tenía alguna sorpresa como el anterior lugar. Al ver que no había nada extraño en ellas, Prometeo empezó a reír, lo que extrañamente contagió a Karmen.

—Son unas simples ruinas —dijo Prometeo casi llorando de la

risa.

—Creo que ya estamos más que servidos de sorpresas —le contesté.

—Hablando de todo un poco, ¿cómo vamos de víveres? —dijo con voz práctica Héctor.

—No vamos mal, pero van menguando y no sabemos aún cuánto queda de camino; de hecho, ni sabemos qué nos encontraremos —dije con cierta ironía.

Vimos como Derán corría por el prado despejado que había alrededor de las ruinas jugando con Raquel y Noelia, tirándose bolas de nieve hasta que vino en una carrera corta hacia nosotros que, al estar aproximadamente a un metro de nosotros, se quedó parada y sonriendo con su jovial alegría dijo:

—¿Qué os preocupa tanto?

—Silvan está preocupado porque no sabemos qué camino aún nos queda —dijo Prometeo.

—¡Huy! Qué bonita voz. ¿Alguna vez me recitarás poesía, Prometeo?

—Si le pides permiso a Noelia…

—¡Ahora voy! Por cierto, muy guapa tu Noelia.

Anduvo unos pocos pasos hacia las dos chicas que la estaban esperando hasta que paró y poco a poco, se dio la vuelta hacia mí:

—Queda mucho menos del que has recorrido.

—¿Derán? —le grité, pero hizo caso omiso a mi pregunta y reanudó sus juegos con Noelia y Raquel.

Todos nos miramos con una interrogación en nuestra mirada, hasta que Karmen suspiró y dijo:

—Es Derán, es así. No os preguntéis ninguno el porqué y vayamos a lo práctico. Voy a salir a cazar yo solo, pues si nos dispersamos más de uno, perderemos defensa y no sé cómo son estas tierras ahora de peligrosas.

Solo me quedé con una palabra: «ahora»; me dispuse a preguntarle a Karmen cuándo había estado aquí antes cuando él me leyó el pensamiento y me contestó antes de que le formulara la pregunta:

—No, Silvan, no sé cuánto nos queda de camino; he deambulado por muchos sitios, pero no tengo mucha memoria de todos los recorridos. Derán tiene razón, pero no sé cómo de cerca queda el mar. Lo sabremos cuando el aire huela a él.

Salió andando sin girar la vista atrás. Prometeo se encogió de hombros e indicó que recogiéramos leña, cuanta más seca mejor, pues tendríamos que hacer fuego a pesar del peligro que

conllevaría. Las ruinas no tenían techo, pero nos protegerían del viento, mas no del frío que nos esperaba al caer la noche. Pusimos a los dos caballos lo más protegidos que pudimos y les aliviamos de la carga para un descanso; hicimos un círculo y cavamos en el centro un hoyo para encender el fuego. El suelo de las ruinas estaba bastante llano, con lo que bastó con quitar unas pocas piedras para poder hacer el agujero de la hoguera.

No tardó mucho en volver Karmen con un venado en sus hombros. Derán salió al paso, lo que hizo que Karmen parara. No dijeron palabra alguna cuando descargó el venado delante de Derán; ella se agachó hacia el animal muerto mientras Karmen la miraba de pie; Derán acariciaba su piel y le hablaba en voz baja. Se levantó y Karmen volvió a cargar el animal; Derán se sentó al lado de Raquel y nos miró a todos.

—El venado nos deja ser nuestro alimento, lo comprende.

Si alguien tuviera idea de hacerle alguna observación o comentario, el abrazo protector de Raquel a Derán silenció cualquier palabra. Así, Karmen y Adrián se pusieron a desollar y cortar el animal cuando Prometeo le invitó a sentarse de nuevo, argumentando que estaba más segura con el grupo. Él volvería y así lo hizo.

Caía la noche y arreciaba el frío; con ella y el silencio, comimos el asado que agradecíamos el poder comer algo caliente. Después de tanta ración de comida fría, hubo pocas palabras aquella noche, fuera por el cansancio de algunos o porque seguro que todos queríamos volver a hacer camino. Sentí la necesidad de amar a Raquel con la misma fuerza que la noche de Mont-Elo, pero al ver que caía rendida entre mis brazos, tomé mis deseos como egoísmo y desistí del intento. Me quedé tumbado hacia el cielo, y la noche quedó despejada, el fuego era ya ascuas cuando se me ofreció sin contaminación la vista de miles de estrellas en el firmamento; alguna vez, las estrellas fugaces recorrían el cielo y esta noche limpia me dejó ver los que las noches de Vera no me dejaban por la iluminación de sus calles, pequeños regalos que no nos paramos a apreciar por mor de nuestras constantes preocupaciones.

Nos levantamos pronto, pues las primeras horas de la mañana fueron acompañadas de una copiosa nevada que si hubiera sido en la madrugada, nos hubiera sepultado en blancos montones de nieve. Así, emprendimos la marcha en una mañana blanca.

Fue amainando el temporal de nieve y paramos a comer en el mismo camino, en todo el largo recorrido que bastante fue desde que dejamos el hogar de Pedro, el autómata. No nos encontramos

con alma alguna ni tampoco ningún lugar habitado: esto sí que era Tierra de Nadie, por lo que a nadie vimos.

Nos llegó el atardecer ya con copos muy dispersos de nieve; estábamos casi todos oteando algún lugar propicio para la noche cuando Héctor nos señaló en una dirección y allí vimos el brillo de un fuego no muy lejano y, sin tan solo saber qué nos encontraríamos, apretamos el paso para llegar antes de que cayera la noche justo cuando la última línea del horizonte aún conservaba cierta claridad. Llegamos a la procedencia de las luces: era un poblado con una veintena de casas las cuales hacían de muralla, en la parte exterior no tenían apenas ventanas; sí había algún espacio entre casa y casa que un muro sólido las unía. El poblado estaba a un lado del camino y tenía una bifurcación del mismo que entraba en el pueblo. El camino topaba con un portón de madera al cual llamó Karmen con su palma llana; nadie abrió hasta que Prometeo alzando bastante la voz llamó a sus habitantes. No tardó mucho en abrirse una compuerta pequeña en la puerta derecha; en ese hueco aparecieron unos ojos iluminados con una antorcha:

—¿Quiénes sois?

—Viajeros que buscan cobijo para esta noche; venimos en paz.

—¡Sois muchos!

—Vienen mujeres con nosotros; solo estamos de paso.

—Por el camino que venís, pocos andan.

—Es el que nos trajo hasta estas puertas.

—Esperad, hablaré con el alcalde.

Ese título no nos sentó bien, pero estábamos alejados de las cinco ciudades y era normal llamar alcalde a quien dirigía un núcleo de población, pero eso no nos calmó, menos a Prometeo que se reía de nuestras cábalas.

Pasaron unos minutos y se abrió una puerta en la que apareció un hombre fornido de mediana estatura; todo el pelo que le faltaba en la cabeza lo tenía en una poblada barba. Junto a él le rodeaban tres jóvenes de anchas espaldas y buenas armas; esta gente obviamente no estaba acostumbrada a visitas, se subió un poco el cinturón que portaba una gran hacha, nos miró y nos preguntó:

—¿Quiénes sois, que llamáis a nuestras puertas de anochecida a nuestra villa?

Con una voz que inducía a la tranquilidad, Prometeo, con su don de la palabra, habló:

—Somos viajeros que solamente buscamos refugio para esta noche; somos gente de bien. No tema nada de nosotros, señor de esta villa.

La voz de Prometeo calmó a la comitiva de recepción viendo como relajaban su postura al mismo tiempo; el vello de la boca del alcalde se curvó de orgullo al llamarle señor alcalde de ese lugar.

—Soy Oberto, y Larín es el nombre de esta villa. No estamos acostumbrados a recibir visitas de extranjeros y menos por el camino de donde venís. Somos gente de bien también, pero, como comprenderéis, y más en estos tiempos, recelamos de los forasteros.

—Y bien hacéis, pero miradnos, poca pinta tenemos de hacer mal.

—No parecéis mala gente.

—¿Y bien? ¿Nos concedéis vuestra hospitalidad?

—Somos gente pobre y no somos muchos; tenemos una taberna para reunirnos donde tendréis techo y calor. No muchas comodidades más; tendréis comida y se os dará agua caliente para que os podáis asear, pero algo nos tendréis que dar. ¿Qué me podéis ofrecer?

—Os daremos nuestros dos caballos, que seguramente falta os harán si me respondéis a una pregunta.

—¿Cuál es esa pregunta?

—¿A cuánto queda el mar?

—A un día de marcha andando, siguiendo el mismo camino; allí hay un pueblo pesquero pequeño; ese pueblo es costa con la mar.

—¿Entonces aceptáis nuestro ofrecimiento?

—No salís ganando, pero un par de animales como los que lleváis nos vendrían bien. Hecho pues, yo mismo os llevaré a la taberna. ¡Chicos, llevad comida a la taberna y que vayan encendiendo la caldera para el agua caliente!

Fuimos andando hasta el centro de la villa, que fueron pocos pasos. En medio de la villa, se encontraba un edificio de dos pisos el cual portaba un cartel de la figura de un cerdo y se leía: *El gorrino borracho*; no fui el único que sonrió ante la imagen de ese cartel.

—Sé que en un sitio tan chico, el tener una taberna es un poco absurdo, pero se empeñó en tiempos de mi padre un personaje muy raro; me contó mi padre que un día se presentó por aquel entonces; eran poco más de cinco familias, vamos cinco casas. Se presentó y cuando mi padre le preguntó a qué venía, dijo que les daría buenos consejos y buena suerte, y ¡vaya si fue verdad! Luego hicimos comunidad con cinco pueblos más; ahora solo quedan cuatro y no tenemos muchas comodidades, pero vivimos más o menos bien. Aquí hay gente trabajadora, buena gente. Los molinos nos dan un poco de electricidad, esta es un poco de nuestra vida. Vamos dentro, que ya hace frío.

Seguimos al interior del edificio a nuestro parlanchín anfitrión. Era un salón amplio con cinco o seis mesas de madera y una barra al fondo; en una esquina, una gran chimenea que caldeaba muy bien la sala, ya que al entrar sentimos un agradable calor; encima de la barra de madera había un gran barril de madera con un pequeño grifo. El alcalde llegó a la barra y con sus manazas pegó un golpe en la barra que hizo temblar el edificio.

—Hay un cuarto a la izquierda para poder bañaros; no tardarán mucho en traeros el agua caliente y la comida. Yo os dejo aquí, me retiro; mañana nos vemos. Tengan ustedes buenas noches.

Salieron Adrián, Héctor y Karmen a quitar nuestros víveres de los caballos y entregarlos; en ese tiempo, nos fuimos acomodando en el salón. Pasar una noche sin tener el cielo como techo era de agradecer. Volvieron con los bultos y algunos habitantes del pueblo entraron con educación portando viandas y agua caliente, despidiéndose con unas buenas noches, que la educación de la gente sencilla era mucho de agradecer.

Cenamos con fruición y teníamos ganas de que pasara la noche para emprender el camino sabiendo que estábamos a una sola jornada del mar. Terminamos de cenar cuando las chicas se fueron al cuarto a bañarse; nosotros aguantaríamos un día más. Nos sentamos al lado del fuego tan plácidamente que todos nos quedamos embobados mirando sus llamas. Al pasar una hora, entraron al salón Raquel, Derán y Noelia con la satisfacción de un buen baño. Empezamos a colocar al lado del fuego del hogar donde dormir, cuando entró en escena un inesperado actor.

Desde detrás de la barra vino dando tumbos un peculiar personaje: era muy bajito y pintoresco, pues vestía una camisa azul a juego con unos pantalones amarillos el cual sujetaba con una cuerda de cáñamo, los pantalones eran cortos y se los sujetaba en mitad de una prominente barriga; calzaba unos zapatos tan desgastados que del izquierdo le salía el dedo gordo del pie; tenía poco pelo, era como grisáceo y el cual tan despeinado que parecía una llama blanca. Llevaba una barba de pocos días que su aspecto era lo más parecido a un mendigo. Su entrada fue con un gran bostezo seguido de un hipo.

—¡Cuánta gente y forastera! ¡Hola! ¡Hip!

Se acercó a nosotros tambaleándose, no sin coger de la barra una botella de líquido blanco que tenía debajo el mostrador y se sentó cerca de nosotros:

—Hola otra vez —dijo al tiempo que le daba un trago interminable que dejó la botella temblando.

Todos le miramos como quien no había visto jamás a una persona ebria, y la verdad era que nunca lo vimos algunos de nosotros.

—¿Quiénes sois? Si no es mucho pedir vuestros nombres —continuó diciendo este personaje.

Esta vez fue Héctor quien nos presentó. Derán se escondía detrás de Raquel y miraba de reojo a aquel personaje:

—A ti, sí, a ti, chiquilla, a ti te conozco yo. ¡Uuuff! Si sigues igual de joven que hace… ni me acuerdo de cuánto tiempo.

—Seguro que no —le contestó Derán balbuceando.

—Bueno, si tú lo dices, pero te pareces a alguien que yo conocí.

—¿Su nombre, señor? —le pregunté cortando la incomodidad de Derán.

—Tolón.

—¿Qué nombre más extraño, no? —dijo Karmen divertido.

—Pues sí; yo no tenía nombre, pues estuve vagando tanto tiempo en esta tierra que nos sostiene los pies, siempre solo, que claro, yo no me llamaba a mí mismo. Si nombre tuve alguna vez, se perdió en los caminos. Llegué después de…

Inclinó la cabeza hacia abajo y empezó a roncar. Lo dejamos unos minutos y cuando ya pensábamos que estaba dormido, levantó la cabeza, nos miró con la boca abierta y la mirada perdida hasta que se centró y continuó diciendo:

—¿Qué estaba diciendo?

—Su nombre —le aclaró Karmen.

—¡Ah, sí! Que no tenía. Vi este sitio y me gustó. ¡Qué gente más buena habita aquí! Gente sencilla, todos llenos de bondad, aunque les faltaba alegría.

Le propinó un largo trago a la botella que la dejó sin una gota, la miró y la remiró, y se volvió a la barra dando tantos tumbos que creíamos que en cualquier momento se caería, pero no lo hizo. Agarró otra botella por el cuello y volvió a nosotros con el mismo baile que se fue para continuar explicando:

—No me olvido… eso, que aquí todo el mundo me preguntaba cuál era mi nombre. Tanto insistían que me dolía la cabeza, hasta que pasó una vaca con su cencerro con la misma insistencia que los aldeanos: ¡Tolón! ¡Tolón! ¡Tolón! Y les dije: ¡Tolón! Y con Tolón me quedé.

Estalló en risas mientras lo estaba contando mientras los demás estábamos poco más que sorprendidos.

—No me miréis así; un nombre es solo eso. ¿A dónde os dirigíais?

—Al mar —contesté con lo primero que se me ocurrió.

—¿Al mar? ¿Tú sabes de su humor? El mar es inmenso, allá donde mires, agua solo ves; arañas su superficie, pero abajo tiene tanta profundidad que la más alta montaña que jamás vieras la engulliría entera. Cuando está calmada, parece un espejo, pero te quiere engañar pues cuando se enfada, se encabrita formando grandes olas que te quieren tragar, suelta espuma por su boca y embiste contra las rocas con tanta fuerza que la quiebra. Es un monstruo que te espera y cuando te llena de heridas, no contenta, te llena de sal. Yo no lo quiero, aquí mis pies están firmes y no quiero verla enfadada más. ¡Hip!

Espere que terminara de hablar para poder replicarle que era nuestro destino, por muy horrible que fuera, cuando se quedó dormido otra vez. Estuvimos esperando unos minutos y persistía en su sueño. En silencio fuimos ocupando sitios para dormir, cuando se despertó otra vez:

—¿Vais al mar?

—Se lo dijimos —le contesté impaciente.

—¿Te he contado cómo de peligroso es el mar?

—Bastante, con todo lujo de detalles —dijo Prometeo.

—¡Uf! Esa voz… suena como el principio de los tiempos, qué bonita es, pero ya la he oído en otros, cuánta fuerza… ¿Qué estaba diciendo antes?

—El mar, Tolón —dije yo.

—Sí, ya… al este está.

—Eso ya lo sabemos. Tenemos que descansar y usted también.

—¡No! No sabéis nada, lo sé; no sabéis dónde vais, por qué huis y, además, hace mucho que nadie anda vuestro camino.

—Nos dijo el alcalde que usted provee de buen consejo y, si a bien le viene, denos uno que sepamos dónde va nuestro camino —le dijo Prometeo.

—Sí, para eso estoy. —Volvió a mirar a Derán con solo un ojo—: ¿Seguro que no te conozco? Me eres muy familiar.

Derán se escondía detrás de Raquel y no contestó. Tras una larga mirada inquisitiva de Tolón, sonrió y volvió a dar buena fe de la segunda botella, se quedó mirando al vacío y volvió a su verborrea:

—Porque aquí habéis venido siguiendo una senda que tenía que pasar por aquí, buen lugar para parar y para poder tener buen consejo. Vais perdidos y yo os encuentro.

Pegó una nueva cabezada, pensamos que perdería el conocimiento, pero se recompuso y a duras penas se logró poner de pie:

—Seguid hacia el este un día, pero esto ya se dijo. Lo que no está dicho es que tengáis que buscar al más viejo del lugar; lleva muchos años construyendo un gran barco sin saber aún por qué. Ansía hacerse a la mar y perder la costa. Decidle que os lleve siempre hacia Oriente y no…

Tolón ahora se quedó inerte en la silla y esperamos unos minutos que al final fue una hora y no daba señales de despertar. Héctor y Karmen lo pusieron encima de una mesa y empezó a roncar sonoramente. No esperamos más sus palabras, pero se me acercó Prometeo para hablar:

—Escúchame, Silvan, este personaje, aunque parezca ridículo, en su palabra tiene un poder que solo creo yo haberme dado cuenta; sea cierto o no, yo le haría caso.

—Y así lo haremos pues poco perdemos —le contesté.

—Buenas noches, Silvan.

—Las mismas, Prometeo.

Nos fuimos todos a dormir; a pesar de la supuesta seguridad de la villa, Karmen impuso hacer guardias. Dijo que no había lugar seguro en este mundo, pero yo sabía que de Tolón había poco de lo que temer. Llegó la mañana y a mí me pilló en la guardia del alba; no pasó mucho tiempo hasta que todos empezaron a despertarse.

Tolón no estaba en la mesa en la que durmió. Al pronto, el alcalde se presentó.

—Buenos días tengan todos.

—Buenos días —le respondimos todos a coro.

—¿Parten ya?

—Esa es nuestra intención.

—Si lo desean, pueden quedarse una noche más. El pago suyo ha sido bastante generoso y me da cargo de conciencia de que haya sido poco lo ofrecido.

—Ha sido justo. Tenemos prisa por llegar a nuestro destino.

—¿Os proveyó de consejo Tolón?

—Sí, y bueno.

—Siempre lo da. Deseo que tengáis un buen camino. Las puertas quedan abiertas.

Adrián se adelantó:

—Alcalde, ¿puedo quedarme aquí?

—Falta nos hacen manos fuertes y Adora quedó viuda, pero aún es joven y bella, podrías cortejarla, necesita de un hombre de manos fuertes y buen corazón. Si tú tienes de eso, y a ella le agradas, a mí no me importa que te quedes aquí, nos hacen falta hombres fuertes. Aquí es pura supervivencia.

—Me conformo.

Adrián se acercó a Héctor:

—¿Queda cumplida mi deuda? Quiero empezar una nueva vida. La verdad es que el tiempo vivido con vosotros ha sido como vivir una novela, pero vosotros parecéis sacados de libros épicos y yo no soy como vosotros: ni tan inteligente como tú lo eres, ni tan fuerte como tú, Karmen, ni tan misterioso como Prometeo y esa chiquilla rubia y, por supuesto, tan noble como Silvan y el resto. No formo parte de vuestro grupo y quiero rehacer mi vida.

—A veces pienso lo mismo que tú, pero lo prometí y aún sin saber qué lugar me corresponde en este grupo, creo que su camino es el mío. Tu deuda está más que cumplida; aquí estarás bien. ¡Cuídate, Adrián!

—Despídame del resto, les he cogido cariño. Ha sido un placer haberle conocido, Héctor, hay poca gente como usted.

Esas palabras enorgullecieron a Héctor y entonces se fundieron en un abrazo y lágrimas que empaparon los ojos de Adrián. En este pequeño pueblo podría ser mejor hombre del que fue en Vera; «al menos —se dijo Héctor—, algo he hecho bien».

Héctor se reunió con nosotros, y yo pregunté por Adrián:

—Se queda aquí, Silvan; es un buen hombre que busca una vida sencilla y cree que aquí la encontrará.

—Le deseo lo mejor, pero no quiero irme sin despedirme bien de él.

Me acerqué a Adrián y conmigo se acercó también Derán. Ella fue la que más tiempo le dedicó, pues le abrazó unos minutos y le susurró palabras al oído que le hicieron sonreír; lo veía liberalizado de nuestra compañía y seguramente de su antigua vida.

Fuimos saliendo de la pequeña villa. Todos los curiosos de la villa estaban allí; antes de salir, me di la vuelta para ver a Tolón en la puerta de la taberna, le sonreí y me sonrió: no lo vi igual que la noche anterior, estaba sobrio y con un porte sereno; sospecho a ciencia cierta que la de anoche fue una gran actuación. Reí con ganas hasta que mis compañeros me miraron como si ahora fuera yo un extraño:

—¿Silvan? Alguna gracia que quieras compartir. —Sonrió Prometeo.

—¡Cosas mías! Prosigamos, pues ya queda menos y tengo las mismas ganas de llegar que vosotros.

—Luego me lo cuentas —dijo Raquel guiñándome un ojo.

El paisaje que se iba descubriendo era muy diferente del pasado: todo era llano, el camino estaba mucho más cuidado, muchas

tierras de labranza que ahora estaban cubiertas por un manto blanco de nieve; veía muchos olivos colocados en hileras artificiales en ese terreno llano. Conforme íbamos andando algunos kilómetros, veíamos tanto a un lado como al otro del camino, pequeñas villas con grandes molinos de viento, pero ninguno en la vera de este camino.

Había aquí más humanidad que en varias jornadas y ya la senda era camino. Derán seguía yendo de un lado a otro, pero estábamos más tranquilos pues no había vegetación que la escondiera. Con menos dificultades, nuestro caminar era más vivo. Paramos a comer y dar descanso cuando me quedé pensativo. Raquel se dio cuenta y me miró intensamente, intentando leerme el pensamiento:

—¿Qué pensamientos tienes, mi amor, que te ensombrecen?

No pude más que abrirme a ella, no se merecía menos y que por una vez mis revueltas sensaciones les diera una puerta abierta con palabras.

—Estaba pensando que desde que vi a Antón, desde que intentaron matarme en Vera, ha sido todo un continuo conocer y despedirse, como si nos moviéramos de casilla en casilla de un juego de mesa, conociendo uno tras otro a personajes peculiares.

—Sí, y seguro que de cada uno has aprendido cosas nuevas.

—Nunca me lo planteé de esa manera.

—Mi amado, soy de todos la más débil, la más frágil; aun así, aunque me llegue la muerte en lo que nos quede, he de estar agradecida.

—¿Por qué dices eso? No permitiré que nada te ocurra.

—De eso estoy segura. Sé cuánto me quieres tan solo con mirarte a los ojos, pero todos, más tarde o más pronto, moriremos.

—Cuéntame, ¿por qué estás agradecida?

—Así como a ti te aflige tantos lugares descubiertos y algunos de ellos, muy bellos y tanto personaje peculiar… hay gente que en toda su vida nunca verá nada de lo que hemos visto y también estoy muy agradecida por estar a tu lado, sin importarme el destino mientras pueda estar contigo.

—¿Cómo haces para que cada día te quiera más?

—Porque pongo todo mi empeño quizás.

—El destino nos unió.

—No, mi amor, desde el primer día que te vi en la universidad, ya dije que serías mío. No te engañes, cariño, desde que el mundo es mundo, quien elegimos siempre somos las mujeres.

—Buena lección.

Nos reímos y sellamos el fin de la conversación con un beso que

me supo a dulce primavera. Bueno es ver las vivencias con los ojos de otra persona. Reanudamos el camino, iba pasando el tiempo y no encontramos más signos de civilización, pero sí de ruinas. No muy lejos vimos a un grupo de caminantes de grandes proporciones que en grupo se alimentaban escavando en la tierra. Karmen se les quedó mirando y la reacción que tuvieron fue la de huir en cuanto nos divisaron, y a pesar de que hicimos camino, nunca nos encontramos a ningún viajero por esta senda. Prometeo paró y se puso con los brazos abiertos girándose poco a poco:

—¿No lo hueles, Silvan?

—Algo extraño noto en el aire, pero no sé lo que es.

—¡Silvan, huele a sal!

Pequeñas partículas que irritaban levemente mis fosas nasales me hicieron recordar a Vera, cuando Gabriel salaba la carne para conservarla. ¿Así olía la sal?

—Lo dijo Tolón, ese viejo borracho, que no tardaríamos en oler a mar —habló Héctor.

—Alguna vez aprenderéis a distinguir las falsas apariencias; ese tal Tolón, ni ese fue su nombre ni era lo que aparentaba. Eso sí, viejo sí era, pero que muy viejo, ¿verdad, Derán? —dijo inquisitivo Karmen.

—No sé de qué me hablas —contestó Derán nerviosa.

—Es lo que tiene vivir tanto tiempo como he vivido yo, que te da sabiduría y aciertas a ver lo que los demás no quieren ver.

Yo ya, entre tantas divagaciones y palabras que dejaban más preguntas que certezas, me puse serio y me encaré con Karmen sin ser demasiado agresivo:

—¿Cuándo naciste, Karmen? Todos esconden misterios, pero alguna vez podríamos hablar con verdades enteras.

—Si no lo he dicho es porque hasta ahora no me lo has preguntado, mi sensible Silvan. Nací el catorce de diciembre de mil novecientos veinte, y nacía por segunda vez en verano de mil novecientos setenta y tres. Como verás, ya he cumplido muchos años.

Todos nos quedamos boquiabiertos, pues estábamos frente a una persona con más de dos mil años, menos Derán, que se dio una de sus famosas fugas a campo abierto. Karmen prosiguió:

—Prometeo, ¿cuándo naciste tú?

—No puedo ser sincero, Karmen, mi memoria empezó en la biblioteca. Antes de estar allí, no recuerdo nada.

—¿Y desde que estuviste en la biblioteca hasta estos momentos?

—Allí no tenía medida de tiempo, unos cuantos años. No

miento, nunca puedo mentir, al menos de palabra.

—Pues en papel escrito sí mentiste —dijo enfadada Noelia.

—¿Lo de Ulsan? Dije de palabra, amor mío; ahora sabes que nunca te podré engañar.

—Interesante descubrimiento.

Derán vino corriendo alegre y divertida: Karmen no dejó escapar la presa de sus preguntas:

—¡Derán, mi dama blanca!

—¡Huy, qué caballero! Qué menos que el honor de mi beso.

Derán se acercó traviesa a Karmen y le dio un tierno beso en la boca que hizo sonreír a Karmen.

—¿Tendrías el honor de decirnos tu edad?

—Ahora, insolente, ¿será posible que con todos los años que dices que tienes no hayas aprendido que a una dama jamás se le pregunta por la edad?

Derán se puso en jarras haciendo pucheros de indignación; se dio la vuelta en una acción teatral muy femenina de desprecio y se alejó pocos pasos andando, dándonos su espalda y volvió a sus «idas y venidas» propias de ella dando saltitos.

—No sé cómo lo hace, pero siempre me derrota —dijo ligeramente abatido Karmen.

—Aprende, Karmen, tiene ventaja, es mujer —dijo Noelia guiñando un ojo y haciendo las pocas veces que Karmen sonriera.

—Tenemos que seguir, tengo ganas de ver el mar —interrumpió Prometeo carraspeando y zanjando un poco aquellas casi confesiones.

Asentimos todos, eso sí, con una sonrisa en los labios. A pesar de eso no pude menos que no dejar de pensar en la edad de Karmen y preguntarme cuántos años tendrían Antón y Gabriel.

No fue mucho recorrido cuando al fin lo vimos, la primera vez para mí y para otros por sus rostros también; fue la primera vez que vi el mar. Esa inmensidad me hizo tan pequeño, tan insignificante. El cielo se desgajó para dejar pasar haces de luz amarilla que incidían blanqueando el azul intenso que en su mayoría predominaba, así me acercaba y oía el batir de sus olas en la piedra desgastada; era como una canción de cuna que relajaba. Ya dejé de andar cuando me dejé descansar en una piedra que tomé como asiento. Raquel se me acercó y me cogió de la mano dejando posar su cabeza en mi hombro y con una voz cautivadora y llena de razón dijo:

—Ha merecido la pena solo por ver esta maravilla.

—Nunca pensé que me impresionara tanto.

Quise replicarle, pero omití cualquier cuestión. No quería perder ni un instante de la bella estampa, adornada por el calor de Raquel, y la presencia de Derán para nada me disgustó. El tiempo pasó caprichoso como siempre y el sol que veíamos lo que nos dejaba las nubes iba tomando camino del horizonte.

—No tardará en anochecer y tenemos que encontrar el pueblo de costa que nos indicaron. El mar aun a mí me encandila, pero no podemos dejar que el tiempo nos demore —dijo comprensivo Karmen.

Reaccionamos todos ante la razón de las palabras de Karmen, aparte de que tampoco disgustaba pasear a la orilla del mar.

Veía que el frío era menos y que su cercanía influía en el ánimo de todos; calificarlo era harto difícil, pero a mí os aseguro que dejó mi mente más abierta.

La oscuridad iba cercándonos y no encontrábamos ningún sitio que tuviera población y así como la noche cayó, a lo lejos, distinguimos luces pequeñas. Nuestros pasos se dirigieron hacia allí y así como nos acercábamos, vimos como era un poblado amurallado hasta el mismo mar. Era más grande de lo que parecía desde la lejanía. Miraba a la parte que de costado podía apreciar, la parte abierta tenía la mejor defensa: el mar, aunque no creo que en esta tierra hubiera muchos peligros. No encontramos nada peligroso en todo el camino desde el laberinto. No tardaría mucho en llegar la tarde y con ella la noche que sería otra frontera. El portón al cual se accedía a aquella población costera estaba abierta totalmente, aunque no veíamos que entrara ni saliera nadie.

Karmen nos detuvo, ya que todos pretendíamos entrar en la población sin más, despejado del embrujo del mar. Pensé lo mismo que Karmen; no era buena idea.

—¡Esperad fuera! No sé si esta gente está acostumbrada a recibir visitas. No sería muy prudente que entráramos siete personas de golpe y además armadas. Entraré yo solo. Poneos en un costado de la muralla sin que os puedan ver desde la puerta.

Así lo hicimos. Vimos desaparecer a Karmen, momento que aproveché para quedarme mirando hacia el mar. Su sonido era tan embriagador que no me di cuenta de que, por una vez, Derán estaba quieta, cómo no, al lado de Raquel. Karmen volvió con una sola persona, era una persona de mediana edad, de estatura baja pero fornido, con el cabello grisáceo y unas patillas pobladas que le llegaban casi a la boca. Se le veía hosco, pero el hecho de que viniera solo significaba ya que fuera demasiado confiado o que no tuviera miedo.

—Buenas tardes, señores y señoras —se mostró cortés el aldeano —. Mi nombre es Guillermo, soy el que lleva esta ciudad. Vuestro compañero me ha dicho que venís de buenas maneras y que no queréis molestar, pero no sé qué buscáis en este humilde lugar.

Derán, mientras yo buscaba las palabras adecuadas, se adelantó a la verdad de Guillermo y, sin presentación, soltó lo que todos queríamos decir:

—Queríamos hablar con el más anciano del lugar.

—Extraña petición. Supongo que querréis pasar la noche aquí también.

—Sí pudiera ser, pero no tenemos nada que ofreceros a cambio —le dije yo ahora acordándome de los caballos entregados en Larín.

—Si tenéis las buenas maneras, nada más, pero solo una noche os puedo dar. No estamos acostumbrados a visitas, mas no somos unos salvajes y no hemos olvidado las viejas costumbres como la hospitalidad. ¡Seguidme!

Cogimos nuestras pertenencias y seguimos a Guillermo. La población tendría que tener entre trescientas y quinientas personas. Nos mostró una alfarería, una herrería, una fábrica de vidrio; nos contó lo orgulloso de tener electricidad que provenía de lo que ellos llamaban los molinos del mar; tenían buena salud, ya que tenían gran conocimiento de las hierbas y sus propiedades. Su casa estaba justo al lado de la lonja donde los pescadores dejaban sus capturas para luego repartirlas lo más justo que se podía. También tenían granjas, eran casi autosuficientes, pero no estaban solos: un conjunto de diez poblaciones se ayudaban unas con otras sin tener moneda por medio. Así decía que lo que se inculcaba era la cooperación y que nadie era más importante que nadie. Lo que más costó, que ya empezaron los padres de sus abuelos, fue el puerto y que era la herramienta que les daba su mayor riqueza: los frutos del mar.

Fuera del estorbo de las edificaciones, vio mi vista limpia el océano, bajé la mirada para ver un gran número de embarcaciones pequeñas; algunas salían del puerto y otras volvían. Se veía a mujeres sentadas cosiendo redes y niños jugando con bolas de trapo. Miré a Raquel y le quise proponer quedarnos a vivir aquí, pero mis palabras se ahogaron pensando: «No estamos lo suficientemente lejos».

—¿Por cierto, de dónde venís? —preguntó Guillermo.

—De las cinco ciudades hacia el este —dijo Karmen.

—Sé de oídas de ellas: igual de grandes que de enfermas.

—Es lo que siempre pensé yo —se escaparon las palabras de mi

boca.

—Sois fugitivos; sin tener que preguntar se os nota. No hace falta que me lo afirméis. Allí, trabajando en la nave más grande del puerto, encontraréis a la persona más anciana del lugar, y la más loca, por cierto; su nombre es Villón.

Guillermo dio unos golpes al casco de la nave nada más llegar a ella y por encima de él salió un anciano delgado con una larguísima barba y unos anteojos, que con un martillo de madera nos miró sorprendido.

—Estos señores te están buscando, Villón.

—No los conozco.

—Al menos, habla con ellos. Además, ya tienes terminado el barco.

—Siempre hay algo que hacer.

—¡Baja!

—Se han tenido que buscar al más gruñón para dirigir este pueblo.

Guillermo rio cuando no lo vio Villón y se despidió de nosotros diciéndonos que antes del anochecer preguntáramos por él para que nos enseñara dónde pernoctar.

—¡Ya estoy aquí! Bueno, ¿qué queréis?

Nos fuimos presentando a lo que el anciano no se inmutó y Prometeo con voz amable le preguntó:

—¿Y esta nave tan grande que construyó?

—Toda mi vida he construido barcas de pescadores; era lo único que hacía. Hace cuarenta años murió mi esposa y un forastero vino al pueblo, se sentó a mi lado un día de verano, a la fresca, y me dijo que si la pena me había quitado las ganas de trabajar y yo le contesté que sí. Se quedó callado largo rato y sin mirarme me dijo: «Lástima que tan gran maestro astillero se dedicase a hacer barcos para niños», que si no sabía hacer barcos más grandes. Yo me enfadé y le dije que podría hacer lo que quisiera, se lo dije de muy malas maneras, pero no se percató porque solo me dijo: «¿Y a qué esperas?». No lo volví a ver más y, al día siguiente, me puse a hacer a ratos esta belleza de doce metros: es mi hijo.

—¿Cómo era ese forastero?

—Pequeño, muy mal vestido. Parecía un mendigo, regordete, pero sin nombre, porque se lo pregunté, y me dijo que no tenía porque nadie lo llamaba, por lo cual, no le hacía falta.

—¿Y si le digo que el mismo nos mandó aquí a preguntar por usted? —dijo Prometeo.

—¿Y para qué? Después de tantos años.

—Para partir mañana mar adentro —interrumpió Derán.

—¿En mi barco? Es mi ilusión hacerme a la mar, pero necesito tripulación. Nunca me alejé de la costa: sé fabricarlos, pero no mucho llevarlos.

—Soy capitán de barco, entre otras mil cosas más —dijo Karmen.

—Yo podría ayudar; leí mucho de navegar —secundó Prometeo.

—Si me decís qué hacer, puedo ayudar —comentó Héctor.

—Yo me apunto también —dije.

—¡Bien! ¡Bien! Yo soy el grumete —dijo Derán dando saltitos.

—Esto me suena a una santa locura, pero qué demonios, no me queda mucho tiempo de estar en esta tierra. Quiero ver mi nave navegar. ¡Mañana partiremos, mi tripulación!

Héctor se le quedó mirando como si algo faltara:

—¿Cómo se llama el barco?

—¡Ah! Sí, claro… La dama blanca.

39. MONASTERIO

Eco de pisadas metálicas en un suelo pulcramente abrillantado, luz blanca que incluso dañaba las retinas; al final, una puerta abierta y sin tan siquiera llamar se abrió. Entró como si fuera su casa.

Una mesa sencilla en una sala inmensa y una persona sentada detrás de ella, apoyaba sus codos acomodados en la misma, y la seguridad en su cara. La sala estaba también demasiado iluminada; unos segundos de silencio y, posteriormente, unas palabras:

—Bienvenido a Monasterio, Albert. Si te es más cómodo, te llamo director de Ulsan.

—Aquí es irrelevante, ¿verdad, Honorius?

—Aún recuerdas mi nombre. Fuera de aquí nos deshacemos de ellos; no nos hace falta. ¿A qué se debe tu visita a nuestra casa, después de tantos siglos?

—A los recientes acontecimientos —contestó Albert.

—Funestos y muy poco acertados. ¿De quién fue la idea?

—Si te sirve para que tengas más confianza en mí, todo se hizo a mis espaldas.

—Supongo que todo fue urdido por Raven, ¿no? —preguntó Honorius.

—No es su nombre; tú le pusiste ese y creo que a él no le hace mucha gracia.

—Me es indiferente su estado de humor a tenor del desastre que ha ocasionado.

—¿Tienes constancia de que me intentó matar? —le preguntó Albert a Honorius.

—Sí, pero, como es obvio, no lo consiguió.

—No, ciertamente, y según nuestras leyes, es pena de muerte.

—En los primeros tiempos, sí, esas eran nuestras leyes.

—¿Y en estos tiempos? —preguntó Albert.

—Pues proceder a ser más sensatos.

—Por la misma regla, tengo la opción de intentar asesinarlo sin esperar castigo ninguno.

—No te lo recomendaría por la simple razón de que sus conocimientos son más necesarios que los tuyos, pero, por mucho tiempo, permanecerá recluido en Monasterio.

—Es tu decisión. Es un psicópata, un ser retorcido; solo tienes que ver sus creaciones; ha dado vida a todas las criaturas de la literatura de terror. ¡Ojalá hubiera tenido otros gustos literarios!

—No lo niego; habría sido mejor que pusiera unicornios y elfos,

pero, ha puesto a nuestra disposición armas, Albert, las herramientas son buenas según el uso que les des.

—Se pasó cientos de años intentando crear vampiros —le recriminó Albert.

—Quédate tranquilo, pues no lo consiguió aunque le puso bastante empeño. Deja de obsesionarte con él que ya lo tengo controlado.

—¡Después de la muerte de cuatro de nuestros hermanos!

—Pero sabes que no los mató él.

—Pero sí provocó esas muertes aparte de la destrucción de Mont-Elo. Perdimos la frontera.

—Sí, no niego que sus acciones han provocado reacciones inesperadas y totalmente contradictorias a nuestros propósitos, un gravísimo error; te reconozco sinceramente que tienes razón.

—No me aplacan tus palabras, no voy a mentirte; vayamos a otros temas. Antón y Gabriel vinieron a visitarme.

—Grata noticia de que estén vivos; los tenía por muertos. ¿Qué te dijeron?

—Lo mismo que te estoy diciendo yo: me recriminaron nuestras últimas acciones y que si quisieran ya nos habrían destruido, que no somos tan longevos como ellos y que esperarían a vernos morir.

Honorius se levantó de su silla, se empezó a reír solo y se acercó a Albert, el director de Ulsan.

—Y tiene toda la razón del mundo; difiero mucho de que ahora nos pudiera destruir, pero lo segundo es cierto. Moriremos antes que ellos, no hemos podido conseguir lo que él consiguió, pero aún no estamos muertos, aún queda bastante tiempo para que eso ocurra.

—Karmen asesinó a nuestros cuatro hermanos y a más de cincuenta soldados. ¿Quién es Karmen? ¿Por qué está ahora con ellos?

—Es anterior a todos nosotros por lo que veo; no fuimos los únicos científicos en intentar mejorar nuestra genética, y evidentemente, alguien lo consiguió —le respondió Honorius.

—Me inquieta este personaje, mucho más que las amenazas de Antón.

—Antón… era, es un genio, pero Karmen era, es y será un enigma; ya vemos lo que pasa cuando se enfada, pero tenemos que tomar decisiones y ya.

—No sé si llegarán tarde esas decisiones, nos hemos equivocado y mucho.

—Sí, las cinco ciudades puede que sean un error de fondo; les

quitamos todas las distracciones posibles, la mínima tecnología con la intención de que no se volvieran a cometer los mismos errores.

—Hay más lugares poblados en este mundo.

—Pero las cinco ciudades eran la semilla de la sociedad perfecta.

—Pues no lo fueron. Tenemos una sociedad gris, que tiene carencias y que nos está mirando al mismo tiempo con temor y con odio —dijo Albert.

—Sí, no teníamos que haber escuchado las voces que nos envenenaban y haber hecho más caso a Antón.

—Ya es demasiado tarde.

—Siglos tarde. Pues ya que las voces anteriores me han dado malas directrices, escucho la tuya, te escucho —rectificó Honorius.

—Lo primero, retirarnos de todas las ciudades.

—Si las dejamos en las manos de los alcaldes, creo que será peor; nosotros hemos criado a esa estirpe en sus más bajas intenciones, son ruines y caprichosos.

—Sin nuestro apoyo, no tardarán en derrocarlos.

—Prosigue, te lo ruego, estudiaremos esa vía.

—En Vera descubrieron a un joven prodigioso. Lo pusieron a prueba y resultó ser letal. Ese joven estuvo bajo la protección de Gabriel durante veinticinco años sin que nos diéramos cuenta. El día que intentaron apresarle, Antón intervino y huyeron con relativa facilidad de Vera. Y para rematar, el estúpido del alcalde de esa ciudad mató a la madre de la supuesta novia de ese chico.

—Perdona que te interrumpa, ¿su nombre?

—Silvan Ellan.

—Ojalá se hubieran quedado Antón y Gabriel en la hermandad. Ambos son brillantes, merecen mis respetos al mismo tiempo que mis deseos de matarlos.

—¿Sigo? —le preguntó Albert.

—Es más, te lo ruego.

—Se envió a Karmen a por él; no sabemos cuánto tiempo hace que tiene relación con Antón, pero lo cierto es que está con ellos. Hay más personajes en este tablero de juego; nada más matar a la madre de la amada de Silvan, la hija huyó de Vera sin dejar rastro alguno. La huida fue brillante, por lo cual creo que la ayudaron y creo que también tuvo algo que ver Antón junto a más durmientes. Una de mis mejores agentes descubrió a un durmiente, más o menos en las mismas fechas que este chico huyó de Vera. Entró en Ulsan, de eso estoy seguro, jugó con mi agente cómo y cuando quiso. Aprobé una partida para saber algo de ellos, pero todos mis agentes volvieron sin tener memoria y mi agente especial desapareció.

—Por lo que ves, Antón no está solo y son muy poderosos e inteligentes.

—Soy más que consciente de ello.

—Mi teoría es que si están protegiendo a ese chico, Silvan, es que tiene que ser muy importante; creo que todos nuestros esfuerzos deberían dedicarse a localizarlo y saber por qué es tan importante. Ese chico es la clave.

—¿Tienes idea de dónde podría encontrarse ahora?

—Su idea es ponerse todo lo lejos de nuestro alcance. Si yo fuera ellos, buscaría una frontera infranqueable.

—¿El mar?

—¡Exacto! Si no están en la costa, estarán muy cerca de ella. No sé por qué, pero ese chico tiene algo que proteger.

—Silvan es nuestro objetivo. ¿Cuál es tu plan?

—Aquí, si somos cautos, no nos atacarán, lo tengo más que descartado. Si alguien nos quiere buscar, solo encontrarán las ruinas de un monasterio en la superficie. No me creo el plan de Antón de atacarnos directamente aquí. Al retirarnos de las ciudades, daremos un efecto sorpresa que él no sabrá achacar.

—Todo nuestro esfuerzo será en encontrar a ese chico. Necesito de las creaciones de Raven y de los recursos de la hermandad.

—Llamaré a que vuelvan a Monasterio todos los que ahora están en las ciudades. Dispondrás de todos los recursos de la hermandad y tú mismo dirigirás esta empresa. ¿Qué hago con el que tú llamas Raven?

—Estará a mi lado, es la mejor manera de tenerlo controlado.

—Puede que vuelva a atentar contra ti.

—No respondo si lo vuelve a intentar. ¿Lo comprendes, no?

—Por supuesto que no.

—Empiezo a organizar esta misión. Adiós, Honorius, espero tener razón.

—Adiós, Albert, pero antes, una cosa.

—Dime.

—Si fracasaras, no vuelvas a Monasterio, pues yo mismo te mataré. Tú sí eres prescindible.

—No esperaba menos de tu clemencia, Honorius.

—No la tengo. Suerte en tu empresa, Albert.

40. MAR ADENTRO

Guillermo nos condujo a un almacén vacío que olía fuertemente a pescado. Allí nos acomodamos esperando la noche. Volvía a echar de menos la intimidad que se nos concedió en Mont-Elo, quería la privacidad necesaria para amar a Raquel; el deseo era tan fuerte que hasta me hubiera dado igual cualquier espectador, pero veía en Raquel el decoro razonable de mantener las formas. Necesitábamos estar solos para disfrutar de la fruta que solo pudimos gozar una vez.

La noche pasó con el murmullo de las olas. Karmen nos obligó, a pesar de las protestas, a que hiciéramos guardias. No nos podíamos fiar de nada ni de nadie; si no sabíamos esa lección, la aprenderíamos tarde o temprano. Así, empezamos las guardias; solo éramos cuatro hombres, pensaba cómo le iría a Adrián, y creo que tomó la mejor opción, repasaba más tranquilo y desde otra perspectiva, toda esta senda de aventuras y desventuras, todos los personajes que he conocido en los pasos dados desde Vera a esta villa del mar.

Descubrir a Antón ante una incógnita, un guardián de tantos secretos, volver a casa y encontrar que mi padre no era tal y ver a un conocido como un extraño, conocer la muerte de mi madre no cómo me contaron de pequeño, y nadie tener idea de quién podía ser mi padre. Según Antón, todos ellos eran estériles, pero solo había una mujer y era mi madre, un misterio más a una suma de ellos. Conocer en mi último día de universidad a Raquel, la luz que iluminó mi vida oscura, mi ancla para superar tantas sorpresas y adversidades, la huida de Vera por sus cloacas y cómo Gabriel había previsto nuestra fuga, seguramente, desde los primeros días que llegamos a Vera, la angustia de alejarme de Raquel sin que supiera por qué huía. El bosque en las inmediaciones de la ciudad, la magia del claro de luna que me procuró tanta paz; la entrega de las armas de mi madre, la satisfacción de tener un objeto suyo en mis manos, la primera vez que descubrí mi extrema sensibilidad en las ruinas y conocer al enigmático y poderoso Noche, estar fuera de la ciudad donde pasé toda mi vida, la primera vez que monté a caballo y la nobleza de esos animales, la tensión angustiosa de sentirse perseguido, la lucha en Nocturna y sus habitantes, allí pudimos morir si no hubiera venido Karmen; ahora lo miraba en la semioscuridad de aquel recinto, allí dormido parecía tan inofensivo…, pero yo lo vi en acción: era realmente el ser más peligroso que nunca vi. Todo era tan nuevo para mí y no tenía

oportunidad de digerirlo después de un largo camino montañoso, después de pasar la alameda de los caidos y su triste historia, más camino y la trampa de la estrecha garganta de piedra; después Mont-Elo, la llegada de Raquel: momentos de dulces reencuentros y descubrir el sexo con la persona amada, conocer allí al también misterioso Prometeo, a Noelia, al noble Héctor que hizo despertar en mí la sincera admiración hacia una persona, Adrián y, sobre todo, Derán junto con la conversación que tuve con ella en una noche en vela que me dejó con más preguntas que respuestas, y lo que creía una sencillez, se troncó en una complejidad que aún siento: Román, el duque de Mont-Elo, que en paz descanse. Sintiendo cada una de sus palabras como la sabiduría más pura para después ver cómo destruía su hogar presa del fuego, para que la hermandad quedara sorprendida por su acción, después seguir el llano que circundaba Mont-Elo con todos sus habitantes para abocar en una pequeña senda en continua bajada hasta que los que éramos cientos, nos convertimos en los pocos que estamos ahora, con la falta de Adrián, la sorpresa de que nos dejarán Antón y Gabriel, las sangrientas acciones de Karmen, encontrarnos en la más cerrada niebla la estatua de Prometeo que daba paso al laberinto que nos condujo a la cueva donde vivía el singular Pedro, su biblioteca, la condición de bibliotecario de él y Prometeo, conocer al primer ser no vivo, pero con una inteligencia tan humana… Ahora sonreía por la escena de ver cómo con tal elegancia y sensualidad se desnudaron delante de todos nuestras tres mujeres con sus peculiares bellezas, si hubiera tenido el don de la pintura, las hubiese inmortalizado.

Después de finalizar la senda para encontrarnos con el llano y una tranquila villa donde conocimos a Tolón, no menos peculiar que los demás personajes de esta historia que nos encaminó hasta el mar que tanto me impresionó, y hasta esta guardia en la puerta de un almacén, recordando aventuras pasadas, ahora pensaba también lo que tuvieron que superar los demás compañeros hasta que nuestros caminos se unieron.

Suficiente para escribir un libro creía yo; lástima que tampoco tuviera creatividad literaria para hacerlo y menos la paciencia para escribirlo.

Me tocó la última guardia. Agoté todos los recuerdos pasados y si antes el atardecer en el mar me pareció precioso, el alba ya fue espectacular, así como subía el sol el agua tan calmada me parecía un inmenso espejo que reflejaba esta mañana raramente despejada.

Estaba tan embelesado por el encanto marino del amanecer que

no me di cuenta cómo Raquel me abrazaba por la espalda:

—Me he acostumbrado a dormir contigo que me he pasado en vela viendo tu figura en la puerta descansando en un marco. ¿En qué pensabas?

—En todo lo pasado.

—Pues yo no miro hacia atrás, me produce tristeza. Miró solo hacia el futuro.

—Perdona, al menos conociste a tu madre. Yo no pude ni tan siquiera verla.

—Silvan, no es momento para la melancolía, nos espera adentrarnos en el mar que ahora contemplas.

—¿Qué nos esperará al final de esta travesía?

—Más noches como las de Mont-Elo. Solo piensa en ello, mi triste Silvan, y así desaparecerán todos tus temores.

—Tienes razón. Echo de menos estar en esa comunión contigo.

—Muy poético. No cambies.

Se fueron levantando los demás, uno a uno y en parejas. Sea el caso de Prometeo con Noelia que les veía una complicidad como la nuestra. Karmen fue el último, se desperezó, se quitó la camisa quedándose con el pecho descubierto y descalzo; en una corta carrera, dejándonos a todos sorprendidos y a los pocos transeúntes que pasaban al lado con la misma cara de sorpresa. Se tiró al mar y desapareció en el fondo de sus aguas.

Apareció por la puerta Guillermo:

—No tiene frío vuestro compañero.

—Al parecer no —respondió Prometeo.

—¿Cómo habéis quedado con Villón? —preguntó Guillermo.

—Zarparemos hoy —le respondió Prometeo.

—Me da pena perder un constructor de barcos, pero, por su edad, tengo que respetar su decisión. Tendréis que necesitar víveres, ¿verdad?

Apareció Karmen al finalizar la pregunta Guillermo.

—No os pedí nada a cambio de pasar la noche aquí, pero aprovisionarnos ya es otro trato.

—Por supuesto, mas lo comprendemos —decía Karmen mientras se secaba.

Se dirigió hacia uno de nuestras bolsas de viaje, donde teníamos escondidas armas de fuego, sacó una pistola y una caja de munición.

—¿Es suficiente pago? —le preguntó Karmen con una sonrisa complaciente.

—Más que suficiente. Simplemente, es preciosa.

—Haga buen uso de ella —habló Prometeo desde el fondo.

—No soy un asesino, pero me servirá como buena defensa. Por cierto, Villón ha estado toda la noche en el barco. Seguro que se habrá quedado dormido de agotamiento allí. Ahora os mandaré barriles de agua potable y viandas para el viaje.

—Agradecimos quedamos —dije yo.

—Cuidádmelo, aunque me da que no volveremos a vernos.

Recogimos todo aquello que trajimos; nos pusimos las capas y, ante la mirada de los habitantes de la villa, nos dirigimos al pequeño puerto de la villa. Como dijo Guillermo, encontramos a Villón dentro del barco sumido en un profundo sueño con un martillo en la mano. Karmen lo despertó con suavidad; el anciano se sobresaltó, pero al poco tiempo se recompuso.

—Está el barco listo para zarpar.

—Ahora nos traerán víveres —atajó Héctor.

—Estoy deseando que mi barco surque el mar. No sé qué tierras habrá allende estas aguas.

—Yo las conozco todas, anciano, pero hace mucho tiempo. No sé cómo estarán ahora, una incógnita —dijo Karmen.

—Bueno, dijiste que eras capitán de barco.

—Sí, y lo afirmo ahora. He estado recorriendo este mar y otros —dijo con melancolía Karmen.

Villón se quedó callado y se quedó mirando con admiración a Karmen, después volvió a sus quehaceres. Karmen aprovechó para darnos explicaciones breves de navegación a Prometeo, Héctor y a mí.

No tardaron mucho en aproximarse un carro lleno de barriles y cajas, seguramente de comida. Unos chicos jóvenes fueron subiéndolos por una pasarela de madera que extendió Villón. Cuando terminaron de ponerlas en el barco, algunos se acercaron al anciano y lo abrazaron. No vi en ellos ninguna mirada más que de respeto hacia el viejo Villón.

—¡Venga! ¡Démonos prisa! Tengo más de ochenta años y no puedo perder un minuto de tiempo.

Evidentemente, subimos todos prestos al barco. Bajamos a la bodega donde vimos ocho hamacas suspendidas que serían nuestras camas durante la travesía. Los camarotes eran más funcionales que cómodos, todos abiertos. Sería demasiado pedir intimidad al que solo veía navegación. Villón estaba en la cubierta dando órdenes a los jóvenes para que soltaran amarras.

Cuando el barco se despegó un poco del puerto, vimos cómo venía un hombre a caballo corriendo por las calles de la villa sin

ningún miramiento.

—Sea lo que sea, mi barco está en la mar —dijo Villón.

—No podemos parar sea lo que sea —aseguró Karmen.

Aquel extraño jinete paró al borde del puerto y gritó con voz desesperada:

—Selva ha caído; Florián ha muerto, eres por derecho el duque de Selva.

Cayó rendido al suelo agotado hasta la extenuación. Héctor se quedó con los ojos abiertos como platos, se aferró con fuerza a la barandilla del barco; por unos momentos, creímos que saltaría, pero se dirigió hacia mí, cosa que me puso muy nervioso.

—¿Qué debo hacer? —me preguntó Héctor.

—Lo primero, mantener la tranquilidad; esto no quedará así, pero no nos podemos precipitar —aconsejó Karmen.

—Mi deber… —balbuceó Héctor.

—Te ayudaremos. Ya viste cuán efectivo soy. No te lances al agua, pues morirías de hipotermia. Recuperaremos lo que te pertenece. Vive hoy para luchar mañana —dijo con acento tranquilizador Prometeo.

Derán se acercó a Héctor para suavizar su estado, le susurró al oído palabras que nadie oímos y lo acompañó debajo de la cubierta. La mar en calma nos hizo avanzar lento; la falta de viento dejaba flácidas las velas y poco a poco vimos empequeñecer la costa. Así pasamos intentando casi todos consolar a Héctor y, cuando no, mirando el inmenso mar. Karmen estaba al timón con la vista únicamente al frente; paramos a juntarnos al mediodía para comer juntos. Héctor apenas probó bocado y Raquel le llevó a Karmen la comida en su puesto.

A la tarde, Prometeo le dio descanso a Karmen como timonel, ya que por la noche él quería manejar la nave. Villón estaba orgulloso de que nos fuera tan bien con Prometeo dirigiendo la nave. Por la tarde, se levantó un ligero viento y con las instrucciones de Villón desplegamos la vela que, hinchada, alegró un poco la velocidad. Fue tranquilo el viaje desde Mont-Elo, pues no nos deparó ninguna contrariedad; llegó el atardecer que contemplé de la mano de Raquel. Llegó la noche. Las hamacas eran individuales. Fue la única noche que Karmen no demandó que hiciéramos guardias, porque él dirigía la navegación; conocía la orientación a través de las estrellas, y esta noche estaba muy despejada. Logré conciliar el sueño durante unas horas, pero al no tener el calor de Raquel, mi mente empezó maquiavélicamente a hacerme preguntas que aún no tenían respuesta, en el epicentro de mi desconocida mente no podía

dormir así, fui a acompañar a Karmen. Me miró sonriendo; cuanto más lo conocía, mejor me caía.

—¿Echas de menos las guardias, Silvan?

—No, es que los sueños no eran buenos.

—Conozco ese mal, antes lo sufría a diario y eran muchos días, demasiados que los recuerdos me castigaban continuamente.

—¿Antes?

—Sí. Derán, en el bosque que estaba en las proximidades de Vera, me las quitó.

—¿Qué es Derán, Karmen? Cuéntamelo si lo sabes.

—¿Saber? Hace tiempo buscaba el conocimiento y cuanta más sabiduría aprendía, más interrogantes se me presentaban. Cuando dejé de buscar el conocimiento, vino a mí poco a poco prestando solo un poco de atención a lo que me rodeaba.

—No me has contestado, Karmen.

—No. ¿Qué es Derán? ¿O qué parece? Voy a ser insultantemente místico: ¿un hada?, ¿un ángel? No, ese es Prometeo, que los poderes más poderosos que tenían provenía de la palabra. ¿Y tú? Un mago oscuro que ni tan siquiera conoce sus límites. Noelia, una encantadora criatura que, como las rosas, en su belleza esconde envenenadas espinas. Héctor, tan débil y al mismo tiempo tan inteligente.

—Faltas tú…

—El cazador, eso soy yo. He dado caza, mas ninguna criatura se ha atrevido a dármela a mí, y las que lo intentaron murieron en el intento. Así me hicieron.

—¿Antes eras así?

—Hasta mi cuarenta cumpleaños era un ser débil, lleno de complejos, de inseguridades; cada día, como un reloj de arena, se me perdían en granos las ganas de seguir viviendo, por eso acepté a los experimentos que un colega de universidad estaba haciendo sobre genética. Mira, eso es lo que soy, el fruto de un científico adelantado a un tiempo.

—¿Él también es tan longevo como tú?

—Si soy sincero, no lo se.

—¿Cómo era el mundo antes de la gran guerra?

—Silvan, me está doliendo la cabeza, hacía muchos siglos que no me sinceraba. Creo que por hoy ha habido bastante, eres un mar inmenso de preguntas. Ya tendremos más tiempo, ahora baja y descansa, que no sabemos lo que nos acontecerá el futuro.

Le hice caso; supongo que necesitaba de una íntima soledad. Ya en la hamaca, me induje al sueño.

Raquel me despertó para ver amanecer, seguía siendo de noche y una franja anaranjada se dibujaba débilmente en el horizonte. Ni una sola nube se encontraba sobre nuestro techo que era el cielo, y así el día nos saludó con un anaranjado semicírculo que pronto se coronó entero sobre el cielo. Todos menos Héctor gozábamos de buen humor, y ninguno lo dejaba solo dándole compañía y buenas palabras. Las mejores personas son quienes te acompañan en los malos momentos.

Al mediodía, Villón, el viejo marinero, se quedó largo rato mirando el horizonte. Era normal que estuviese abstraído, pero Prometeo lo acompañó y se quedó en la misma pose. Empecé a preocuparme un poco, pues algo no debía ir bien por lo que me uní a ellos.

Una banda de nubes negras avanzaba por donde dirigían las miradas, en sus capas superiores veían relámpagos que destellaban blancos sobre su negrura, vi como la superficie del mar rizaba. Apareció Derán, la miré y descubrí que su eterna alegría desaparecía; vi cómo sus azules ojos empezaban a llenarse de futuras lágrimas y su voz que venía de lejos a pesar de estar casi pegada a mí.

—No, el camino está rompiéndose y no puedo hacer nada.

Salió corriendo hacia los camarotes con sus pies casi sin tocar el suelo. Miré a Villón y no pude más que apelar a su experiencia.

—¿Nos cogerá?

—No lo sé, pero no es una tormenta normal; si no la podemos evitar, podemos darnos por muertos; este barco no aguantará.

El mar empezó a encabritarse y las nubes de la tormenta cada vez estaban más cerca; subí hacia donde estaba Karmen.

—¿La podremos evitar, Karmen?

Miró hacia las nubes y me miró fijamente; no hizo falta su contestación cuando la tormenta tapó la luz del sol; solo pensaba en Raquel, cuando Héctor señalando a un punto gritó:

—¡Tierra! ¡Allí!

El barco empezaba a mecerse y las nubes, con una velocidad siniestra, parecían querer engullirnos; las olas empezaron a crecer; vi cómo a una orden de Karmen, Héctor y Prometeo empezaban a recoger la vela. Bajé apresurado a la bodega del barco y vi a Raquel abrazada a una temblorosa Derán. Raquel me miró sin saber qué pasaba, pero Derán me habló:

—El mar se enfadará tanto que nos querrá comer, pero no temas por tu amada, está bajo mi protección. ¡Corre a cubierta!

No sé por qué hice caso a Derán, ya que cuando subí, el barco

bamboleaba con más fuerza y en ese momento la tormenta descargó toda su violencia. Las gotas de agua caían con tanta fuerza que al impactar en el rostro hacían daño. Nos envolvían decenas de rayos seguidos de truenos que herían los oídos. El barco cada vez cabalgaba en olas que eran mayores; oía cómo las maderas del barco crujían y las olas querían inundar el barco, pero se notaba la pericia de Karmen; apenas se divisaba nada por la cortina acuosa de la lluvia y cuando pensé que la cosa no podía empeorar más, los relámpagos se duplicaron. Entonces, vi como un rayo partía el palo principal. Villón le gritaba a la tormenta, y Prometeo se iba a la bodega protegiendo a Noelia con su cuerpo. Héctor los siguió.

Karmen dejó el timón para atar una cuerda al mástil caído. El barco se movía violentamente, lo que me hizo perder el equilibrio haciéndome chocar con las maderas una y otra vez, hasta que sentí la sangre en mi boca. Una ola gigantesca nos hizo remontar una pendiente casi vertical que me hizo resbalar hacia abajo e impacté una y otra vez viendo cómo crujía la madera; mi cuerpo gritaba ronco el nombre de Raquel sin parar de repetirlo, aun a sabiendas de que la tormenta ahogaba mi voz.

Hubo un segundo en el que el barco quedó suspendido en la cresta de la gigantesca ola y entonces, en esa pausa, oía cómo el barco se partía en dos. Hice acopio de todas mis fuerzas y logré ponerme en la parte delantera. Vi como estaban juntos Noelia, Héctor y Prometeo, vi cómo se separaba el barco en dos mitades y a Derán suspendida en el aire, con semblante concentrado, vi o creí ver cómo a los tres los envolvía en una burbuja verdosa y que unos filamentos llegaban desde la burbuja a la mano de Derán, y con la otra mano surgían otros filamentos que llegaban a esconderse en la mitad delantera. Empezó Derán a brillar y a elevarse; apareció la otra burbuja, donde se encontraba en su interior Raquel. Derán se elevaba y cada vez irradiaba más luz blanca. Los filamentos se desataron de las dos manos y las dos burbujas empezaron en sentidos contrarios a acelerar y a desaparecer de mi vista. Veía a Derán elevarse más y más; su luz rivalizaba con los continuos relámpagos hasta llegar a un brillo máximo y después se apagó. Fue entonces cuando el mar me engulló en sus fauces. Estaba suspendido en sus aguas sin oír más que una monótona canción; cada vez me hundía más hasta que sentí que una mano cogía de mi pecho y me tiraba hacia la superficie; entonces perdí el conocimiento. Mis ojos cerrados, mi cuerpo maltrecho y el sonido de las olas era lo único que sentía; poco a poco fui abriendo los ojos y vi arena, solo arena, cuando oí la voz de Karmen:

—Levanta.

Me fui incorporando como pude; la luz cegadora del sol me producía dolor en los ojos; me dio un ataque de tos que me puso de rodillas, fui recuperándome así como pude y vi que estábamos solo Karmen y yo.

—¿Y los demás?

—Estamos solos. Derán salvó a los demás.

—¿Y ahora qué?

—Buscar a los demás, levanta, Silvan, aún tenemos que escribir más, pues tu senda todavía no ha terminado.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS
1. HOGAR
2. PASOS
3. UNIVERSIDAD
4. VOLVER
5. AYUNTAMIENTO
6. LA CÚPULA ETERNA
7. LLEGA LA NOCHE PRIMERA
8. ACECHO
9. BRISA
10. EL VIAJE DE PROMETEO
11. LA NOCHE
12. ULSAN
13. KARMEN
14. ESPERANZA
15. ORÍGENES
16. LAS HUELLAS
17. LAS DEUDAS DEL PASADO
18. LAS RUINAS
19. LA HUIDA
20. UN GIRO INESPERADO
21. TORMENTA
22. DESPUÉS DE LA TORMENTA
23. TIERRA DE NADIE
24. NOCTURNA
25. SELVA
26. LA CUERDA TENSA
27. MESA
28. CAMINO
29. EL DÍA QUE FUE NOCHE
30. SANGRE NEGRA
31. SELVA MARCHITA
32. MONT-ELO
33. REUNIÓN

34. FUEGO Y NIEVE
35. SENDA
36. LABERINTIA
38. EL VIEJO Y EL MAR
39. MONASTERIO
40. MAR ADENTRO

LA SENDA DE SILVAN

LIBRO II: EL MAGO

ÁNGEL PABLO GALLEGO MOYA

LIBRO II: EL MAGO

ÁNGEL PABLO GALLEGO MOYA

Segunda edición: 2020
Título Original: **La senda de Silvan.** Libro II: El Mago
© Ángel Pablo Gallego Moya
Diseño de portada: Tallers del Molí • Damian Renet
Maquetación: Olalla Pons • Oindiedesign

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Dedico este libro especialmente a Paquita, mi mujer. Así como caminamos de la mano juntos en esta vida, ella también ha escrito a su manera este libro.

A Carmen también, por su fe en este libro.

A un ser querido que hace mucho que no está con nosotros: mi abuela Arcadia. Su recuerdo siempre estará vivo.

El primer capítulo se ha hecho con la chispa de la idea de Marisa Moragues, escritora, le dedico el primer capítulo.

A mi padre.

INTRODUCCIÓN

Mi nombre es Silvan y aún con sabor a sal en mis palabras y con mis rodillas enterradas en la arena de una playa, recuerdo todo lo acontecido en el pasado reciente. La medida del tiempo se pierde en esta vuelta atrás en la memoria y en la distancia.

No hace mucho que estaba en mi vida gris en la ciudad de Vera (una de las cinco ciudades del este) transcurriendo más de dos mil años después de la gran guerra y otras que surgieron cuyas casi acabaron con la raza humana, según leí en la verdad que querían mostrarme los libros de historia.

Pasaron años que fueron puramente de supervivencia donde los únicos núcleos de población numerosa se centraban en esas ciudades. A todo el territorio exterior se le llama Tierra de Nadie; junto a estas cinco ciudades, unas poblaciones satélites que se le llamaban feudos y todo dominado por la hermandad que, en la sombra dirigía la vida insulsa y carente de las grandezas humanas de milenios anteriores.

Una vida restringida al trabajo, al descanso y algunos privilegiados como yo, al estudio. Allí, en la universidad de mi ciudad, empezó una senda llena de sorpresas que me ha llevado a las orillas de este litoral y en la que me queda aún por andar.

En aquellos pasos de mi casa a la universidad fui atacado y allí descubrí que no podía ser alguien normal al rechazar a mi agresor con gran facilidad, lo cual me asustó.

Empezaron allí mis despertares: en mi último día de universidad conocí a mi amada, lejos ahora de mí y aprendí cómo puede uno enamorarse en unos instantes. Raquel, su nombre me llena de añoranza.

De vuelta a mi casa, volvieron a atentar contra mí y allí conocí al señor de los secretos, Antón el Rojo, que, junto con Gabriel (a quien creía que era mi padre mas aunque no lo sea así lo considero), me contaron quiénes éramos los durmientes: aquellos que escaparon de los experimentos de la hermandad antes incluso de crearse las cinco ciudades del este. Yo era una anomalía, no debía existir. Todos los durmientes eran estériles pero yo nací de una de ellos. Y solo, en el silencio del pensamiento, la palabra *madre* me produce tristeza que se acumula en mi personal melancolía.

Huimos de Vera no sin dejar a Raquel, mi querida Raquel, en aquella ciudad dejándome huérfano de su amor. Recorrimos lugares

peculiares y en unas ruinas despertó en mí otra sensibilidad a la que no me acostumbro aun después de lo pasado. Era como si el contacto con los elementos me descubriera otros mensajes ocultos al entendimiento. Nos perseguían unas aberraciones creadas por experimentos genéticos de un miembro de la hermandad. Casi a punto de morir conocí a Karmen, un ser enigmático más antiguo que los propios durmientes. Él nos salvó.

Después, en el feudo que hacía frontera con el este, conocí a Héctor que rescató a Raquel de una muerte segura a manos de la hermandad. También a Derán, la Dama Blanca: un personaje que estaba fuera de lugar, fuera de estos tiempos, pues es enigmática y con una belleza atemporal. Allí también conocí a otro durmiente: Prometeo, cuyo amor por una espía de la hermandad de nombre Noelia, forjó otra alianza.

En Mont-Elo conocimos a más personajes así como a otro durmiente que se quitó la vida antes de que una rara enfermedad lo hiciera. Era Román, duque de Mont-Elo; que su memoria siga en nuestro recuerdo. Aquel feudo murió pasto de las llamas junto a Román. Así, la hermandad solo encontraría tierra quemada.

Ya la rueda de los acontecimientos era imposible de parar. La hermandad mostró en una facción que dominó las decisiones de su lado más cruel tomando por la fuerza y matando a su duque solo por haber dado amparo en su huida a Héctor. De Mont-Elo partimos hacia el mar, puesto que era la frontera que no traspasaría en nuestra caza la hermandad.

Durante mi senda conocimos a más personajes y a cada cual más peculiar hasta que, una vez embarcados hacia el este, una tormenta del mar nos dividió sin que una extraña fuerza interviniera para salvar a casi todos los componentes de la compañía. Después del naufragio, aquí, en esta costa junto a Karmen, siento lejos al resto de la compañía. Tengo que levantarme y caminar pues nos tenemos que volver a reunir. Noto con mis palmas humedecidas en agua de mar, como si la tierra me quisiera hablar…

1.PRIMERA DECISIÓN PROPIA

Volaba un cuervo en la profunda noche oscura recibiendo pequeños impactos de una lluvia clareada y fina que producía pequeños destellos en la negrura. Algo buscaba el cuervo que viajaba del este hacia el sur: ¿sería mensajero?, o ¿quizá un espía? En su viaje entre los verdes apagados por la ausencia de claridad, algo le atrajo que le hizo descender entre la espesura del monte bajo. Aterrizó en el hombro de una estatua humana al borde de una senda estrecha y sus ojos negros veían que a la espalda de esa blanca estatua había un laberinto hecho de piedra labrada. Giró sus ojos hacia el este y en la lejanía, vio unos resplandores en la bóveda celeste, una tormenta que se alejaba en la misma dirección en la que miraba.

La parada, aunque agradecida por el descanso otorgado, tenía que reemprender su viaje buscando algo que solo el cuervo sabía. Fue abrir sus alas cuando sintió que su cabeza estaba aprisionada por unas poderosas garras envolviendo la noche más larga al cuervo que murió súbitamente.

Un gran búho blanco tomó el sitio del cuervo en la estatua; aún tenía al cuervo en una de sus patas dejando rieles carmesíes de sangre que se deslizaban por los contornos tallados de la imagen esculpida. Soltó a su presa dejándolo caer a la senda. También se fijó en el laberinto, pero su mirada era más profunda. Intentaba escrutar lo que no se veía: emitió un sonido propio y potente que inundó las cercanías. Miró hacia el norte y abrió sus alas con majestuosidad para iniciar su camino. En ese lugar, donde la estatua de un bibliotecario atrajo al negro pájaro que allí encontró su muerte.

Después del laberinto, más allá de las piscinas termales, incluso adentrándose en la biblioteca escondida donde los libros dormían para despertar con una mirada que descifrara sus letras, aún más en las entrañas de la tierra, allí donde corrientes de agua subterránea movían turbinas para producir electricidad. En un depósito contiguo se encontraba toda la chatarra recolectada después de la gran guerra, y allí se encontraba Pedro. Estaba atornillando una batería. Lo hacía despacio aunque podría hacerlo cien veces más rápido, pero lo hacía a la par que lo haría un humano pues así se lo recomendó Antón el Rojo el año que pasó a su lado aleccionándolo para comprender la importancia de ser bibliotecario. Pero él no era humano, era un autómata, un robot, el único que quedaba según le

dijo Antón; de hecho, el mismo Antón le recuperó casi a punto de agotarse su energía y perder todos los datos y la memoria. Le había salvado la existencia y le enseñó la importancia de su nueva misión: la protección del conocimiento. Pedro le dijo que todos los libros se podían guardar en una memoria de datos; entonces Antón se rio y le dijo que nunca sería lo mismo que contemplar la decena de miles de tomos impresos en papel tal como habían sido puestos a disposición de los ojos humanos. No, no era lo mismo; el proceso del entendimiento no tiene caminos lógicos. Antón le obligó a tener un ciclo de desconexión de ocho horas y siempre de noche. Quería que Pedro fuera más humano y él mismo, también.

El autómata solo recibía órdenes y las cumplía. Antón era con el único humano que tenía contacto; sus palabras eran órdenes para Pedro pero para Antón solo eran simples consejos. Él no era consciente de que tenía libertad de acción pues solo era un autómata, pero Antón esperanzaba que algún día fuera más.

Al entrar en la biblioteca que le habían asignado, se sorprendió de la enormidad del trabajo hecho por los buscadores y recolectores de Antón.

Cogió un libro y empezó a copiarlo en su memoria. Antón puso una mano encima de las hojas del libro abierto y le dijo a Pedro que no solo absorbiera la información, sino que el libro había que leerlo y comprender lo que quería transmitir el escritor con sus letras: emociones. Antón le sugirió que empezara por el pensamiento abstracto: la poesía.

Empezó a leer en vez de simplemente copiar la información en su memoria. Era un proceso muy lento. Él no poseía los mismos sentidos que los humanos: no poseía el gusto y, por eso, él no comía; el olfato solo era un sensor de elementos gaseosos; la vista era lo único que parecía humano y el tacto solo era para aplicar la presión adecuada según la densidad y peso de los objetos.

Antón no desconocía sus limitaciones por lo que el último día que lo vio solo tuvo unas pequeñas frases para Pedro: «sigue leyendo, comprende, deja un poco de caos en tu razonamiento, intenta vivir tú mismo todo lo que muestran las letras de estos libros. Tienes en tu custodia el mayor de los tesoros humanos. El conocimiento de decenas de miles de vidas que han dejado parte de ella en sus libros escritos, es su legado. Ellos ya no existen, tú sí». Fue el último día que vio a Antón y Pedro, el bibliotecario de Laberintia, pasó a tener una existencia más pausada teniendo, a través de los siglos, el aprendizaje de intentar comprender a los humanos y ser más próximos a uno de ellos a través de los libros

que custodiaba.

Recorriendo las interminables galerías de su biblioteca, eligió un libro al azar, acto extraño en un ser tan lógico como un autómata. Al abrirlo, cayó una fotografía de un ser que parecía angelical y en la que en trazos bruscos y apresurados ponía: «bibliotecario».

Un igual suyo, otro bibliotecario.

Pedro ya había fabricado (simplemente por diversión), un laberinto en el exterior de la puerta que accedía a su biblioteca; entre la chatarra —tal como definió Antón a todo lo que depositaron todos sus recolectores en las entrañas de la biblioteca— había varios bloques de mármol con los que decidió hacer una estatua de su compañero. Toda acción tiene una reacción.

Pasaron años y siglos hasta que alguien abrió la puerta de la biblioteca, su biblioteca. Todo cambió para él al descubrir a la compañía que seguía al que era el mismo que esculpió siglos atrás. Todo lo que les envolvía era extraño y grandioso, todas sus reacciones y todo aquello que emanaba de ellos era fascinante para Pedro, parecían héroes de leyenda tal como había leído en infinidad de libros y aunque Prometeo, su igual, era el que más le atraía, había alguien que destacaba por encima de todos y a él le parecía una luz en la oscuridad. Su nombre era Silvan.

Cuando pasaron unos pocos días desde que se fueron, Pedro sintió un vacío difícil de entender y en su confusa mente artificial se produjo una extraña sensación de vacío que nunca antes había tenido y, por primera vez en su existencia, tomó una decisión propia sin ninguna orden previa. Tenía que encontrar y estar al lado de esa compañía de hombres y mujeres que estaban al lado de Silvan; quería dejar de leer aventuras para poder vivirlas y, así, se insertó la batería nueva y salió al exterior de Laberintia.

¿Cómo encontrarlos si no tenía los datos precisos para ubicarlos? Así, en su memoria interna rebuscó frases de Antón: «un humano, para encontrar algo, pregunta y escucha; así se obtiene la información».

Salió Pedro de Laberintia pero una anomalía le llamó la atención. Miró hacia la estatua de Prometeo mancillada de sangre y un cuervo muerto a sus pies. ¿Casualidad o premonición?

Debía hallarlos por lo que se puso a correr en una dirección hacia el norte, donde el búho blanco se dirigió.

2. EMPIEZA LA BÚSQUEDA

Era noche oscura y eran altas horas de la madrugada. Mi espalda estaba apoyada en el árbol más grueso del bosque. Tenía la capucha de cuero de mi capa cubriéndome totalmente el rostro. Llovía gotas gruesas que impactaban rítmicamente. La lluvia creaba una cortina acuosa alrededor de todo el bosque; presionaba hacia atrás sintiendo todo el relieve de la corteza del tronco y sentía la humedad que lo recorría. Cerraba los ojos para sentir aquello a lo que tenía que prestar atención mis sentidos: el hedor de su olor me llegaba claro.

Se acercaban sin ninguna cautela y sin saber lo que les esperaba. En una cercanía, el llanto de un recién nacido rompía la música de esta noche húmeda; sentía como ese llanto reclamaba y aceleraba a los salvajes un poco más su carrera hacia sus víctimas: una mujer y su hijo, débiles, vulnerables y presas fáciles.

Tenía mis manos extendidas y apoyadas en los pomos de las espadas de la luna, hundidas en la tierra para que el reflejo de sus hojas no delatara mi presencia. Creían que tenían el camino limpio hacia sus presas y no sabían que un peligro mayor que ellos se le interponía en su camino. Se iban acercando. No me hacía falta abrir los ojos para verlos avanzar entre las oscuridades de esta noche sin luna. No sería mucha la espera pues estaban cerca y yo ahora era sombra entre sombras: era la muerte.

No eran ni mutantes ni ninguna clase de abominación alterada por la genética. Eran humanos, sin palabra ni letra y sin ningún tipo de conciencia; eran salvajes que buscaban simplemente carne fácil: la debilidad de una madre con un hijo de pocos días sin más protección que una cabaña de madera abandonada en las puertas del invierno; era el motivo para que los cazadores sin conciencia esta noche les atacaran. Pero hoy, ni niño ni madre morirían.

Estaban a mi altura mas no se dieron cuenta hasta que saqué las espadas de la luna de la tierra y su reflejo les hizo pararse ante esta anomalía. Los dos primeros cayeron sin que tan siquiera la sorpresa pudiera darle reacción; los siguientes, nunca supieron de dónde les caía la muerte que les daba caza; eran pocos y fue demasiado fácil. No me produjo ningún placer acabar con sus vidas. Me hastiaba en demasía esta carnicería pero no podía permitir que murieran inocentes, ni hoy ni ningún día.

Apareció Karmen entre las sombras sin apenas darme cuenta. Miraba el suelo lleno de cadáveres mientras las gotas de lluvia caían

sobre su pecho desnudo. No apartaba su vista del macabro escenario.

—Karmen, no me has ayudado.

—¿Acaso hacía falta?

—No creo.

—Te contestas a ti mismo. No puedes salvar a todo el mundo; cuando nos vayamos de aquí, esa mujer en esta tierra de salvajes no durará mucho más que un día —dijo Karmen.

—No puedo salvar a todo el mundo, pero hoy estaba en esta tierra y en este tiempo y, siempre que se me dé el caso y en mi mano pueda, haré lo posible porque la gente pueda vivir más tranquila —afirmé.

—Eres noble, no lo niego, pero si queremos ayudar a esa mujer no es matando a sus posibles peligros sino orientándola fuera de él. Tenemos aún muchas cosas que hacer, ¿verdad?

—Para mí, lo primero es encontrar a Raquel —dije.

—Vamos a la cabaña. Esa mujer no se puede quedar aquí y tampoco nos la podemos llevar con nosotros ni protegerla para siempre —afirmó Karmen.

—Vamos.

Nos fuimos acercando al grupo de cabañas abandonadas que formaban un círculo, pero solo una estaba habitada. Había un fuego que era un faro en esta noche negra pero era morir de frío o morir de cualquier manera. Abrimos la puerta y la mujer profirió un grito que hizo que su hijo rompiera en un llanto más avivado. El viento que entró al mismo tiempo que entramos nosotros hizo que casi el débil fuego se apagara; el miedo que invadió la cabaña a nuestra entrada se hizo patente al ver que la mujer se dirigía a un rincón de la pequeña casa y, con lágrimas en los ojos junto a la voz quebrada, se dirigió a nosotros.

—Haced lo que queráis conmigo, pero no nos matéis. ¡Haré lo que queráis!

—Quédate tranquila que no queremos nada de ti. De hecho, estás viva porque te hemos protegido. ¿Qué hace una mujer sola con su hijo en esta tierra tan peligrosa? —le preguntó Karmen.

—Me expulsaron de mi tierra por la deshonra de quedarme embarazada sin tener unión con nadie.

—Mucho castigo para tan poca culpa. ¿Tienes hambre?

—Mucha —respondió la mujer.

—Silvan, dale algo de comer.

—Aquí tienes y no temas, con esto tendrás provisiones para varios días.

—¿Y vosotros? ¿Por qué hacéis esto conmigo sin pedir nada a cambio?

—La bondad no abunda, ¿verdad? —le contestó Karmen.

—No, aunque creo que hoy la he descubierto.

—Esta noche estaremos aquí. Yo necesito dormir y tú también lo harás ya que no habrá peligro ninguno. Mi compañero velará por nosotros esta noche. Mañana, cuando el día despunte, te dirigirás al norte, solo al norte; si sigues en cualquier otra dirección morirás con toda seguridad. Es tierra salvaje y es donde la debilidad se paga con la muerte —expuso Karmen

—¿Puedo dormir con usted? No me tome por una descarada, pero dormiría más tranquila y más caliente.

—¡Claro, mujer! Mas no temas que se te pudiera pedir más; bastante tienes con sobrevivir en estas tierras tan hostiles.

—Gracias. ¿Vuestros nombres?

—Silvan Ellan y Karmen. Ahora, prepara la cama y pon tu hijo en sitio caliente, pues no queda mucho para que el día despunte y nosotros tenemos aún mucho camino que hacer. Silvan, pon leña en el fuego y la guardia es solo tuya —propuso Karmen.

—Por supuesto, Karmen. Podéis dormir tranquilos pues yo velaré por vuestro sueño —afirmé.

Karmen se acomodó en la tosca cama de la cabaña. La mujer esperó junto a su hijo a que Karmen se situara para luego acomodarse con el calor del cuerpo de él. Sin más que la necesidad de calor, se acostó a su lado, aunque la necesidad fuera premura. La escena a mis ojos fue tierna. Karmen ya dormía, pero los ojos de la mujer eran aún de intranquilidad. Poco a poco, fue abandonándose al cansancio acumulado y dejando al niño en su regazo. No tardó en sumirse en un sueño que seguramente no tendría en los días anteriores; no percibía peligro ninguno, pero la pesadumbre del paradero de Raquel me ensombrecía más el ánimo que esta noche oscura. Me giré para ver como esa mujer dormía plácidamente en el regazo de un extraño. ¿Cuánto habría sufrido con su niño en estas tierras salvajes? ¡Era un milagro que estuviera viva! No todos los dramas son de mi propiedad pues toda vida padece sus propios problemas; eso me alivió un poco más, aunque no todo lo que yo quisiera.

Salí fuera de la cabaña al abrazo de la noche. Me senté en la misma puerta intentando concentrarme y que la tierra me ayudara, como en otra ocasión, a ver más allá de mis sentidos: «todo lo que fuera por localizar a Raquel». Hundí mis dos manos en la tierra húmeda por la lluvia, incliné mi cabeza y ausenté mis sentidos para

intentar estar en comunión con ella. Empecé a sentir las mismas sensaciones que fueron de otro día: sentía las raíces hundirse en la misma tierra, filtrarse el agua de lluvia a cada momento en el interior de ella, así como los pequeños insectos y las semillas en letargo. Avanzaba por dentro de ella en una dirección y otra intentando buscar alguna señal de mi amada, pero ni un alma. Estábamos solos en varios kilómetros a la redonda. Extraje las manos rápidamente rompiendo el vínculo con la tierra. A cada segundo me agotaba y temía caer en el sueño. Hoy no podía permitírmelo, pues era el guardián de tres vidas; no podía más que esperar que llegara el alba y así, con el despertar de Karmen, volver a empezar la búsqueda.

Desde que arribamos a la playa, recorrimos lo que pudimos intentando encontrar alguna pista del paradero de Raquel. Derán salvó a los más débiles; no sé cómo pudo hacerlo, pero su decisión fueron segundos dejándonos a nuestra suerte a los más fuertes. Solo en mi mente tiene lugar el agradecimiento, no pudiera ser de otra manera, pero estábamos perdidos y no podía hacer más que tener paciencia y esperar a que la suerte nos diera la buena cara junto con algún indicio sobre los pasos a seguir.

Sosegué mi ánimo pues de nada serviría ponerme nervioso. Volví a calmarme sintiendo la bendita lluvia sin dejar mis sentidos mitigados. Esta era tierra más salvaje de la que dejamos atrás. Desde que llegamos, los salvajes intentaron atacarnos: pobres almas, los evitamos en lo que pudimos, pues Karmen me dijo que no hay nada más sagrado que la vida y solo se arrancaba una cuando no quedaba otro remedio. Pasaron las horas hasta que el alba invitó al sol para que apareciera y nos diera la luz de un nuevo día. Recorrí los alrededores sin alejarme mucho de la cabaña donde dormían Karmen y la mujer. Era terreno llano pero de mucho bosque; ninguna elevación lo suficientemente alta para que pudiera darme una vista más amplia. Oí ruidos dentro de la cabaña; estaban despertando, así que me acerqué a ella. Salía Karmen y detrás de él, tímidamente, la mujer sosteniendo en brazos a su hijo tapándolo con lo poco que tenía para que la mañana no enfriara su débil cuerpo. En los ojos de la mujer había temor por la llegada de un nuevo día y porque nosotros dos seguíamos siendo dos extraños.

—Buenos días, Karmen.

—Sean, Silvan; ¿ha sido la noche tranquila?

—Sí, intenté entrar como la otra vez en comunión con la Tierra, pero en los alrededores no sentí nada anormal. Estamos en un terreno virgen.

—Así me temo. Hacía mucho que no estaba por estas tierras pero creo que sé dónde encontrar algo de civilización, aunque, la verdad, no sé si evitarla pues es aún más cruel que la hermandad y las cinco ciudades del este. Pero tenemos que seguir buscando.

La mujer nos miraba con ojos llorosos, pues no la mencionábamos y seguramente estaba ansiosa por saber qué haríamos con ella. No era tierra para dejar a una mujer sola y menos con un niño en sus brazos. Karmen se dio cuenta y se dirigió a mí apretando los labios en signo de amargura.

—Silvan, dale una brújula a esta mujer y dale una daga para que pueda valerse sola. Mujer, dirígete al norte, pues es la única dirección que te dará cierta seguridad.

—¡No, Karmen! Creo que esto es una señal. Nos dirigiremos al norte escoltándola a ella pues no podemos dejarla a su suerte.

—No podemos recoger a todo el mundo; no tenemos capacidad ni tenemos recursos. ¿Qué será lo próximo, Silvan? ¿Crear una ciudad para todos los exiliados y perdidos? —reprochó Karmen a Silvan.

—No me des ideas —contesté.

—Sí, creo que es mejor no dártelas pues bien capaz eres de hacerlas. Bueno, buena mujer, tendrás escolta hasta que podamos dejarte en un lugar más o menos seguro.

Ahora la mujer dejó caer lágrimas de agradecimiento y se abrazó a Karmen, el cual se encontró incómodo con la nueva situación. Entonces, salió al paso con una pregunta.

—¿Cómo te llamas, mujer, ya que vamos a compartir camino?

—María.

—¿Y tu hijo?

—Jesús, le puse.

—¡Venga ya! —exclamó furioso Karmen alejándose unos pasos.

—¿Qué he dicho yo que he podido ofenderle? —dijo suplicándome la mujer.

—Nada, espera un momento — le dije a la mujer.

Fui en busca de Karmen y lo alcancé cerca; esperé unos segundos y se giró hacia mí con cara de interrogación, pero yo le ataqué primero con mis palabras:

—¿Qué te ha molestado de esta mujer?

—¿Sabes cuál es mi nombre real, el que me dieron al nacer?

—No —contesté.

—Mi nombre real es José. ¿Entiendes esta maldita casualidad? Hemos dormido en una cama de paja, como si un pesebre fuera —afirmó Karmen.

—Creo que he leído algo sobre eso.

—Leíste de las antiguas religiones, el catolicismo… de hecho, yo era católico.

—Sí, ahora recuerdo. ¡Vaya casualidad! —contesté.

—Mira, Silvan, desde que empecé a seguirte la pista me han pasado más cosas que en siglos pasados. Creo que, desde luego, en lo que nos quede de camino, aburrirnos no nos aburriremos.

La mujer se acercó con pasos tímidos presa de la incertidumbre, pero con la valentía de una madre:

—¿He hecho algo malo?

—No mujer, nada. Este hombre, desde luego, me está haciendo ser más humano —le respondió Karmen con una sonrisa.

—¿Qué haremos, pues? —le demandé yo.

—Como dije, iremos hacia el norte. Donde vamos tú y yo no es lugar seguro para esta mujer, pero creo que aún hay poblaciones alrededor de donde nos dirigimos y podrán acoger a una mujer joven y sana. Después iremos buscando pistas de dónde podrían estar Raquel y Derán. Tenemos que encontrarlas pues la compañía no puede estar disuelta.

—María, ¿cómo has sobrevivido desde que te expulsaron de tu poblado hasta estas cabañas? Ahora que pienso, es imposible que lo hayas hecho sola —apuntó reflexivo Karmen.

—A las pocas horas de andar, vi un hombre singular sentado en una roca mirando a ningún sitio. Era un hombre con una túnica gris y tenía barba blanca, pero su piel era la de un joven. Era muy moreno de piel y en su mano sostenía un bastón muy grande que tenía la cabeza de un ser que parecía como un lagarto; tenía un sombrero muy raro que parecía un cono, con mucho vuelo. Si no te acercabas, apenas se le veía la cara. Me preguntó si estaba perdida y le respondí que pronto lo estaría y seguramente muerta. Él me dijo lo mismo que vosotros, que me ayudaría hasta dar con un techo. Anduvimos mucho a paso lento, tanto, que a veces me dejaba sola, pero volvía con alimento. Nunca en nuestro camino encontramos peligro alguno (raro en esta tierra salvaje). Lo que más me llamaba la atención de ese hombre eran sus ojos, su mirada, se le veía tanta inteligencia…Llegamos a estas cabañas y él me proveyó de leña, encendió el fuego y, en un momento determinado, levantó la cabeza poniendo el rostro serio. Había advertido algo, a lo que le siguió una sonrisa y las siguientes palabras: «te voy a dejar aquí sola, mi niña, pero no temas, puede que pronto tengas compañía». No entendí sus palabras, pero las mías fueron de agradecimiento. Le pregunté cómo se llamaba y él me contestó…

Karmen le cortó raudo, pues había prestado atención al relato con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Te contestó: El Mago —afirmó Karmen.

—Sí, eso me dijo. No entendí ese nombre, todo en él era raro. ¿Acaso lo conoces? —le preguntó sorprendida María.

—De hace años, de hace siglos, de algún milenio…—contestó pensativo Karmen.

—Todo esto es muy raro para una persona tan ignorante como yo —dijo María casi saltándose las lágrimas.

—¿Me podrías decir quién es El Mago? —le dije yo para despejar tanto misterio.

—Fue el que me creó, fue o es mi amigo, es como yo o parecido; nunca lo busqué porque pensaba que estaba muerto, pero ahora sé seguro que está vivo y tengo la sospecha de que quiere que le encontremos —aseguró al mismo tiempo que reflexionaba Karmen.

—Tendremos que ir en su encuentro allá donde esté pero no sabemos dónde se puede encontrar —le dije ante la duda de que nos desviara de la misión de encontrar a mi amada Raquel.

—María, ¿dijo algo extraño que nos pudiera orientar? —preguntó Karmen.

María frunció el ceño, se puso a recordar en silencio palabras que pudiera decir ese extravagante personaje que ahora se ponía en escena de una manera singular y abriendo los ojos, se dirigió a Karmen con una revelación.

—A veces hablaba solo, murmuraba o incluso a veces entonaba alguna canción que apenas podía oír. Pero en una ocasión, de su boca salió una palabra extraña que no pude saber qué era, pues nunca antes la oí. En una frase que dijo para sí mismo, solo pude oír: Inferno.

Karmen se conmovió, pues aquella palabra no era de su agrado. Sus labios hicieron una mueca de desagrado mientras caminaba un pequeño tramo a pasos pausados volviendo sobre su mismo camino instantes después para decirme, alto y claro:

—A Inferno vamos; tenemos que encontrarle, pues él nos puede ayudar.

—¿Un mago? ¿Hace magia? —pregunté sorprendido.

—¡No! No lo llamamos así precisamente por eso; el apodo se lo ganó porque siempre manejaba estupefacientes. Él decía que hacía magia. Si está como cuando yo lo conocí, estará un poco loco o loco del todo, pero tiene aptitudes de las cuales podremos sacar provecho. A pesar de su demencia, es una de las personas más inteligentes que he conocido y, ahora, sé que está vivo.

—Si es así, estoy muy preocupado por lo que le pudiera pasar a Raquel —dije.

—Creo que Derán no murió en su intento de salvación y si así es, creo que tu amada no puede estar en mejores manos ni más protegida que por esa misteriosa mujer.

María estaba escuchando la conversación con cara de no entender nada, pero tenía ganas de decir unas palabras que indicó con un silencio.

—¿Sí, María? —le dijo Karmen

—Solo agradecerles lo que están haciendo por nosotros. No sé por qué razón no sois personas normales; no soy tan tonta para no verlo. Os debo la vida. ¿Qué puedo hacer para agradecéroslo?

—Estar lo más cerca de nosotros que puedas y cuando te dejemos en lugar seguro, nunca olvidarte de nuestros nombres ni dejar de recordárselo a tu hijo, ni a tus nietos, ni que ellos se olviden de recordárselo a la generación siguiente.

—No lo olvidaré nunca. Ahora, vuestros nombres serán palabra y, si puedo, serán canción.

3. PLANES FORZADOS

Antón y Gabriel evitaban en lo posible todas las ciudades a pesar de haber visitado al director de Ulsan, que fue la única excepción después del despertar de los durmientes.

La hermandad se había agitado en demasía, nunca habían esperado tal respuesta ni tan desproporcionada.

Llevaban algunos días vagando en Tierra de Nadie hasta que se acercaron al feudo sur de Ulsan: era pequeño e inminentemente agrícola. Su nombre era Azuer, situado en un pequeño valle por el cual discurría un río de poco caudal y con unas montañas que le protegían de los vientos. En esa hondonada, dirigieron sus pasos habiendo renunciado a los caballos; su camino se hacía más lento hasta que Antón cayó de rodillas al suelo y, con una mano protegiéndose el vientre, aulló de dolor. Gabriel se acercó a socorrerle:

—¿Qué te ocurre, Antón? ¡Nunca te vi enfermo!

—Se ha rasgado el velo de los acontecimientos. Siento dolor; el camino está roto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gabriel.

—Que hicimos mal en dejarlos solos. Ahora están separados, al menos aquellos con quienes tengo vínculo. Sé cierto que están distantes —afirmó Antón.

—Son malas nuevas; yo también siento algo, pues tengo el mismo vínculo que tú pero no siento ese dolor que te aqueja; sea como fuere, están bien.

—¡Claro! Tú no trazaste los planes; no hiciste que fueran por el camino adecuado ni preparaste toda la trama para que llegaran al destino que yo pretendía. Esa trama está rota y por eso mi dolor. Es lo que tiene potenciar de esta manera el vínculo con los nuestros —le respondió Antón con gran pesar.

—¿Y qué debemos hacer? —preguntó Gabriel.

—Vayamos a Azuer; es pequeño y no llamaremos mucho la atención, pero sé cierto que allí encontraremos algo que nos volverá a guiar al camino correcto a seguir —dijo reincorporándose Antón.

—¿Sabes que Azuer está muy cerca de Monasterio? —inquirió Gabriel.

—¿Acaso crees que no sé dónde está lo que fue el inicio de todo esto? Pero tenemos que ir a algún punto que nos dé información, alguna señal que nos indique dónde proseguir; tenemos que ser nosotros quienes enderecemos el camino que se ha roto.

—¿Sabes? Creo que el hecho de que estemos tan cerca de Monasterio es una señal —afirmó Gabriel.

—Demasiada casualidad.

Encaminaron sus pasos a la puerta de Azuer. Estaba a un costado del río con unas murallas fuertes de piedra que no tenían mucha alzada; era tierra tranquila o al menos eso creían sus habitantes. Su población no superaba las doscientas almas; tenían poco trasiego de gentes a excepción de los transportes de comida a Ulsan, pero ahora que se acercaba el invierno era menos el tráfico desde Azuer a Ulsan, pues ahora empezaba el tiempo de guardar para sobrevivirlo y este año el invierno era temido.

Pasaron sin muchos apuros el control de la puerta dándose identidades de la ciudad de Vera, aunque más que sus supuestas identidades, era el atardecer que recrudecía el frío y se compadecieron de ellos pensando que fuera de las murallas pudieran perecer en la proximidad de la noche.

El ir bien vestidos les favoreció pues fueron recibidos por su duque: un hombre sencillo que no les hizo muchas preguntas pero que les avisó de que en un lugar tan pequeño como su feudo, no tenían casa de invitados.

De pronto, un hombre se acercó al duque de Azuer y él mismo ofreció hospitalidad a los forasteros. Antón sonrió y Gabriel lo miró adivinando sus pensamientos, aunque de poco le serviría al señor de los secretos sonsacarle alguno hasta que no fuera necesario.

—Mucho tiempo que no pasáis por este lugar. Yo era un niño la última vez que lo hicisteis, señor Antón —dijo el hombre.

—Espero que vuestro padre, que en paz descanse, os aleccionara —le respondió Antón.

—¿Cómo sabe que murió?

—Obvio, si no, hubiera sido él quién nos ofreciera su casa.

—¡Cierto! No hablemos aquí; aunque pocos espías hay, dentro de unos muros habrá menos peligro de que nos escuchen.

No fue mucho el camino que anduvieron hasta llegar a una casa humilde de un piso con una sola ventana en el piso superior; en la planta baja, solo una puerta de apariencia robusta y de gruesos muros para guardar el silencio y ahogar las palabras que se dijeran dentro de ellos. El anfitrión avivó el fuego y de un pequeño armario sacó una botella de barro con tres vasos; escanció el líquido y se sentó mirando a sus invitados esperando que ellos empezaran con sus palabras.

—Gracias por tu hospitalidad. Nos sería de mucha utilidad la información que tuvieses —dijo Antón.

—Ya me advirtió mi padre que cuando recibiera tu visita, sería porque algo fuera de lo normal acontecería y de qué manera es tu llegada a lo que está pasando en las ciudades.

—Contad lo que está ocurriendo porque, por tus palabras, tiene que ser algo inédito —le urgió a que prosiguiera Gabriel.

—¡Y tanto! Lo que nunca jamás ha ocurrido en toda la historia de las cinco ciudades. Los directores están dejando las ciudades sin ningún motivo aparente y delegando el control de ellas a los alcaldes.

—¿Cómo? —siendo casi una exclamación la pregunta de Antón.

—Lo que les estoy contando. Se están yendo sin ningún ruido todos los directores, toda la hermandad está desapareciendo.

—Esto es sumamente extraño. No sé por qué lo están haciendo; no somos tanta amenaza para que rompan el orden establecido durante tantos siglos. De pronto, la hermandad se repliega sobre sí misma dejando el control a sus marionetas, las cuales algunas son personas abandonadas a sus vicios y sin ningún tipo de vocación de servicio hacia sus ciudadanos —respondió enfadado Gabriel.

—No todos, Gabriel, no todos son así. Decidme, ¿cómo has obtenido esa información? No he visto palomas ni cuervos por el feudo. Perdona que te haga esta pregunta, pero quiero asegurarme ya que la información que estás dando es de demasiada relevancia —preguntó Antón.

—En persona. No estamos muy lejos de Ulsan y en una casa excavamos un túnel hacia el exterior justo detrás de unas piedras que cubrían nuestra salida al exterior. Hay pocos caminantes porque estamos, como dije, demasiado cercanos a Ulsan; aun así, en los últimos años hemos tenido alguna baja.

—Entonces, la información es verídica —dijo Antón.

—¿Qué hacemos, pues? Esto es muy raro. ¿Tendrá que ver con nuestra visita al director de Ulsan? —decía Gabriel mientras caminaba alrededor de la mesa.

—Dudo que él sea de los que se asustan fácilmente y sea quien sea el que esté dirigiendo a la hermandad ahora, también le dé mucho miedo. Creo que es un movimiento estratégico para darnos caza, aunque no saben que estamos separados y ni siquiera nosotros sabemos dónde están los demás —le contestó Gabriel.

—Perdonad que os interrumpa, pero el que no se ha visto que saliera de la ciudad fue el director de Vera que lleva varios días desaparecido. Creo que él es la raíz de los últimos acontecimientos.

—Este es muy peligroso y nos odia desde antes de ser durmientes, por lo cual, solo nos queda un destino hacia donde ir

antes de que se acreciente el problema, o, al menos, saber cuál es el problema en sí —dijo sumamente serio Gabriel.

—No pensarás ir donde ahora mismo pienso que vas a decir, ¿verdad?— preguntó con una sonrisa burlona Antón.

—Tengo la llave para entrar. Vamos a Monasterio, el último sitio donde pensarán que podemos estar —le contestó Gabriel.

—¿Y qué hacemos? ¿Llamar al timbre? —preguntó Antón.

—Entraremos por la puerta de atrás y sin hacer ruido. Te lo he dicho, aún tengo la llave maestra de Monasterio; no creo que la hayan cambiado pues no hay repuestos para fabricarlas de nuevo —dijo Gabriel.

—No seremos bienvenidos y eso si no morimos en el intento. Al menos, después de más de dos mil años, volveremos a casa —dijo riendo Antón.

El anfitrión se quedó mirando estupefacto a sus dos invitados al oír la última frase de Antón; las leyendas estaban en su casa en carne y hueso y habían compartido con él su vino; entonces, su voz temblorosa se dirigió a ellos:

—Entonces, ¿no solo conocerías a mi padre?

—A tu abuelo, al padre de tu abuelo y a todos tus antepasados. Haz cuentas si has oído mis palabras anteriores —le contestó Antón seriamente.

—Los durmientes…

—Sí, así nos llaman. Te agradezco la información y también tu hospitalidad. Tenemos un nuevo destino al que llegar. Por cierto, así como hice petición a tus ancestros, por favor, de lo que has escuchado, simplemente, tu silencio.

4.VOLVER AL INICIO

Abandonaron Azuer esperando el amparo de la noche sin más seña que un breve saludo al guardián solitario de la puerta que, se quedó mirando cómo dos extraños podían irse en una fría y oscura noche sin temer los peligros que ofrecía la Tierra de Nadie.

Se dirigieron al sureste. No tenían monturas y aunque las hubieran tenido, no habrían avanzado mucho más deprisa pues una violenta tormenta de nieve les sorprendió al poco de dejar el cobijo del feudo de Azuer. La tormenta les castigaba dándoles razones para abandonar su destino y buscar refugio para protegerse de ella; no se produjeron palabras, pues hubiese sido un esfuerzo en vano y se hubieran ahogado en la furia de los vientos helados. Cualquier humano perecería ante los elementos pero ellos eran más fuertes y más resistentes que cualquier humano; claro es que sufrían el lento avance. Ya sus pasos se hundían hasta la rodilla en el manto blanco de la nieve, pero esta tormenta sería aliada ya que todos los caminantes más peligrosos estarían escondidos protegiéndose de esta noche.

Los vientos silbaban como una sinfonía de aullidos tenebrosos; pasaba el tiempo, la noche avanzaba y la tormenta no amainaba. A Antón y Gabriel les parecía que la inclemencia sería eterna, pero cuanto más dificultosa se hacía la marcha y menos esperanza había que se calmase, la tormenta paró totalmente haciendo burla de sus expectativas hasta el punto de que las nubes se separaran en jirones para dejar un cielo parcialmente estrellado. La visión de esas estrellas les confirmó que se dirigían en la dirección correcta, aunque la acumulación de nieve seguía impidiéndoles avanzar y que era más conveniente que llegaran a Monasterio amparándose en la oscuridad de la noche. Aunque ellos tuvieran buena visibilidad en la noche, era una noche sin luna con rachas de viento muy frío que aparecían furtivas, sin previo aviso. Seguían sin poder hablar. Poco a poco, paso a paso, el camino se hizo menos dificultoso; los pasos a dar eran más amables y la distancia hacia Monasterio empezó a menguar. El viento, antes molesto, se tornó una tenue corriente de aire y, bajando una pendiente nevada, al fin vieron su destino.

Monasterio no era más que unas simples ruinas que ocultaban un gran complejo subterráneo que bien conocían Antón y Gabriel, pues allí empezó la hermandad: en un laboratorio de biogenética que investigaba la longevidad y la perfección de la raza humana. La gran guerra devastó su superficie y permitió que aquellos con los

que experimentaban huyeran de él y, tanto aquellos científicos como el personal que pudo sobrevivir, fundaron la hermandad en su parte subterránea. Era un reducto que conservaba parte de la tecnología antigua.

Antón y Gabriel conocían bien Monasterio pues fueron parte de aquellos que sobrevivieron. Ellos también eran la hermandad; tenían un grupo de humanos que estaban alterando genéticamente para que fueran más fuertes, más resistentes y más longevos. El complejo estaba alimentado por energía nuclear, lo cual le permitía tener energía casi infinita ya que contaban con los últimos avances en tecnología. Conscientes de que en la superficie solo existía un mundo casi devastado por las explosiones nucleares y estando en guerra, cerraron los accesos dejándolos apartados del mundo exterior. Por esa razón, bautizaron a ese lugar como Monasterio: un lugar totalmente cerrado. Algún científico excéntrico, pero realmente acertado, empezó a acumular mucha comida además de repuestos por el miedo a las tensiones en el mundo que apuntaban a tiempos de guerra. Aquellos científicos e ingenieros se dispusieron a discutir qué harían en cuanto la radiación en el exterior fuera aceptable. El mismo Gabriel instó a diseñar unas ciudades en las que pudieran convivir la gente sin cometer los errores del pasado; todo, después de esa idea, se desarrolló con buenas intenciones: el trabajo fue bueno, los humanos que estaban en cápsulas herméticas evolucionaban bien en el ala de investigación. Todo fue bien hasta que descubrieron un ala en los niveles inferiores de Monasterio donde alguien creaba abominaciones sacadas de libros de terror. Descubrieron al culpable que clandestinamente así lo había hecho y tras muchos reproches, su trabajo no fue desechado lo que creó una fuerte división de opiniones: la manzana antes sana se empezaba a pudrir. Las buenas ideas se fueron hasta los extremos y lo que parecían buenos aires para la humanidad, al tiempo olía rancios y demasiado estrictos. Antón y Gabriel diferían en las ideas de los que tomaron las riendas de la hermandad.

Vieron como se quedaban solos. Tomaron una decisión un tanto muy arriesgada y es que, ellos mismos, se inyectaron las soluciones que solo ellos dos conocían para poder evolucionar y ser supuestamente como aquellos que estaban dormidos en las cápsulas. El tiempo pasaba lento y la brecha de confianza entre ellos dos y el resto de la hermandad era cada vez más grande. Sus avances eran formidables, pues cada vez ellos dos eran más fuertes y más resistentes. El resultado de sus experimentos estaba siendo exitoso. Tomaron una decisión peligrosa: despertar a aquellos que estaban

en dichas cápsulas y huir de Monasterio con ellos, por la responsabilidad autoimpuesta de cuidar y proteger a la humanidad. Los fueron despertando uno a uno; todos estaban en buen estado de salud y comprobaron que los experimentos habían tenido resultados sorprendentes. No tenían un plan claro hasta que la casualidad hizo que una fuerte explosión dejara al exterior esa parte del complejo científico. Ese boquete abierto al cielo fue su salida al mundo; era difícil la escalada entre escombros de chatarra, pero ellos dos y aquellos a los que despertaron eran fuertes y ágiles.

Cuando salieron a campo abierto, una figura, extrañada de ver a ese grupo de gente, les ofreció ayuda; le preguntaron el nombre y fue Karmen el nombre que dio. Aquellos que huyeron de Monasterio fueron perseguidos, pero la pericia y la inteligencia de ellos hicieron casi imposible encontrarlos. Pasaron los años y los siglos por lo que la hermandad pensó que habían muerto. Así, se convirtieron en leyenda, una leyenda olvidada a través de siglos. En Monasterio, casi todos se olvidaron de los huidos, pero algunos de los miembros de la hermandad sostenían la teoría de que estaban dormidos y algún día aparecerían. Así, se les denominó «los durmientes».

Su despertar en estos tiempos actuales provocó una cadena de acontecimientos que nadie jamás previó: todo efecto tiene una reacción y tenían que descubrir la razón de esa exagerada respuesta que tanto desconcertaba a Antón y Gabriel.

Ellos jamás pensaron que algún día volverían al origen de todo, al lugar de donde tuvieron que huir.

El terreno ahora se elevaba un poco y las inclemencias del tiempo empezaban a ser benignas, aunque les amparara una noche oscura y el manto de nieve del suelo amortiguara el sonido de sus pisadas. Avanzaron con cautela, estaban muy cerca de Monasterio y, en el punto más elevado, pudieron observarlo. Eran unas pequeñas ruinas en mal estado de lo que fue antiguamente un gran edificio; ahora quedaba poco de su pasada grandeza. Empezaron a bajar hacia esas ruinas cuando los dos se quedaron quietos, mirándose uno al otro:

—Antón, algo no está bien. ¿Lo notas? —preguntó Gabriel.

—¡Sí! No hay guardias a pesar de que sea todo subterráneo. Aparte, percibo demasiada tranquilidad, como si realmente fueran unas simples ruinas —respondió Antón.

—Esto no es la cuna de la hermandad que abandonamos tiempo atrás. Había muchas medidas de seguridad y ahora no hay ninguna.

—Puede ser que se hayan trasladado lo cual sería una buena jugada por su parte —dijo riendo Antón.

—No lo creo. Nos hubiéramos enterado. Además, ¿cómo podrían trasladar todo lo que había dentro? No tienen los transportes adecuados y menos sin llamar la atención —le replicó Gabriel.

—Creo que solo hay una manera de saberlo y es comprobándolo. Después de ti, señor de las llaves.

—¿Aquí no tendrás ningún secreto, verdad, señor de ellos?

—Me temo que no —respondió Antón.

Dieron un rodeo por la parte sur para comprobar que realmente no había guardias. Una vez que era seguro que nadie guardara esas ruinas, avanzaron con sigilo hacia el edificio. Entre las sombras de sus muros, sin más techo que el firmamento y la incertidumbre de ese lugar, les acudían recuerdos muy remotos hasta que llegaron donde se suponía que estaba una de las entradas situada en el suelo. Gabriel extrajo de uno de sus bolsillos una placa rectangular del tamaño de la palma de la mano y la introdujo en una ranura que había; se escuchó un sonido metálico. Gabriel sonrió, pero Antón no lo hizo; la faz de Gabriel cambió y le trasladó sus inquietudes a Antón.

—Esto es demasiado fácil. No me gusta esta facilidad de entrar aquí; antes era casi imposible la entrada a este lugar.

—No lo sé, Gabriel, pero comparto contigo tus inquietudes. ¿Entramos? Aún podemos volver sobre nuestros pasos y encontrar a Silvan y a los demás, de los cuales no sabemos cómo están ni dónde.

—Estarán bien, no temas por ellos, al menos por ahora y, sí, entremos.

Entraron y descendieron por una escalerilla que, por el polvo acumulado, hacía mucho tiempo que no se usaba. Era la puerta trasera de Monasterio. Menos mal que el mecanismo de apertura era simple pues si hubiera sido con otra tecnología se hubiese deteriorado con el tiempo y estaría inutilizable. Llegaron al final de la escalerilla y, al poner los pies en una superficie llana, levantaron una nube de polvo. Gabriel encendió una lámpara de aceite para iluminar lo que fue un tubo de poco más de dos metros de diámetro. Fueron avanzando. Parecía un lugar abandonado al paso del tiempo; era un túnel que se diseñó en sus inicios para tener una vía de escape ante alguna emergencia. Hacía mucho que no se usaba. Fueron caminando hasta que toparon con una puerta blindada que tenía un panel con los dígitos decimales. Gabriel miró ceñudo a Antón y este le miró extrañado:

—Tengo que confesarte que lo que voy a hacer ahora no sé si funcionará para abrir la puerta —dijo Gabriel.

—Llegar a este punto y no poder abrir esta puerta sería un fracaso. No sé por qué pero tengo fe en que funcionará.

—No tengas tanta. Cuando diseñé el sistema de seguridad de todo este lugar, dejé puertas traseras para que yo solo pudiera abrirlas, pero puede que después de más de dos mil años no funcionen o las hayan descubierto.

—Probemos —dijo Antón.

Gabriel se acercó al panel y pulsó cinco veces que era el total del número de dígitos que pedía la contraseña; después pulsó el siete y entonces la puerta se abrió al pulsar un dígito más del que pedía el panel. Antón rio:

—Muy ingenioso —dijo Antón.

—Nadie sospecharía que la otra manera de abrir sería el añadir un dígito extra de lo que se pedía para abrirla, al menos eso pensé y ha funcionado —le contestó Gabriel.

—Entremos, a ver qué sorpresas nos encontramos. No espero que nos den la bienvenida.

—¿Y si intentan matarnos? —preguntó Gabriel.

—Tendremos que defendernos —respondió Antón.

Una luz intensa sorprendió a sus pupilas; se pusieron la mano a modo de visera esperando que su vista se acostumbrara a la repentina claridad: ¡tanta luz en estos tiempos de oscuridad! Otro pasillo vacío e impoluto donde se miraron esperando alguna guía cómplice para proseguir, pero ninguna palabra articulada salió de los labios de ellos y decidieron seguir. Antón miraba hacia adelante y a sus espaldas esperando que alguien les sorprendiera. Gabriel caminaba con paso más firme delante de Antón hasta que, súbitamente, paró. Su bota estaba pegajosa por lo que miró al suelo. Un líquido carmesí de color ocre y metálico inundó de repente sus fosas nasales. Gabriel miró horrorizado el suelo y sin ningún reparo a lo que el eco de sus palabras pudiera alertar, dijo en voz que suprimía cualquier cautela:

—¡Es sangre!

—¿Qué ocurre aquí para que la inmaculada blancura de Monasterio se tiña de sangre? —dijo Antón alarmado.

—No lo sé, pero esto no se nos puede atribuir a nosotros. Sea lo que haya pasado aquí, tenemos que averiguarlo.

Antón asintió. Del pasillo en el que estaban, sus pasos desembocaron en una sala donde descubrieron el espectáculo dantesco de cuerpos desmembrados, mutilados y esparcidos por toda ella. Tal era el estado de ese lugar, que no pudieron imaginar qué podría haber causado tal desmedida violencia. Fueron

avanzando, encontrándose a cada distancia el mismo macabro cuadro; reconocieron a algunos de la hermandad pero otros cuerpos fue imposible reconocer quiénes eran debido a su estado. Lo blanco se teñía de rojo y el pesar de esta atmósfera afectaba a Antón y Gabriel. Nunca hubieran deseado este desenlace por muy malas intenciones que tuviera la hermandad. Llegaron a la sala donde experimentaron con los que ahora llamaban durmientes; estaba pulcramente vacía y sellado el lugar donde huyeron al exterior de Monasterio. Fueron bajando niveles hasta la sala en la que se ensayaba con la creación de monstruos engendrados con la tecnología de la biogenética y vieron que las jaulas y celdas estaban vacías. Dedujeron que alguien las había abierto y que eso quizá fuera el origen de esa matanza. Subieron un piso esperando que en el despacho del que ahora fuera la máxima autoridad de la hermandad hubiese resistido allí para así poder encontrar respuestas. Sintieron que alguien vivo estaba cerca pero que no era una amenaza. Una chispa de esperanza les iluminó aunque fueran segundos. Tres personas estaban delante de un cadáver en un gran sillón cuando advirtieron la presencia de Antón y Gabriel; dos de ellos se giraron y avanzaron hacia ellos para atacarles. Antón, como un relámpago, sacó dos pistolas y les apuntó hacia la cabeza hasta que una voz conocida gritó una orden que dejó el tiempo congelado:

—¡Quietos!

Era la voz del director de Ulsan, Albert, que se giró y en su cara se dibujó la sorpresa al ver a Antón y Gabriel.

—¿Qué hacéis aquí? Si no hubieseis llegado ahora pensaría que vuestras amenazas fueron hechas realidad —dijo Albert.

—Sabes de sobra que solo fue una advertencia; podría decir lo mismo de ti. ¿Qué haces aquí? —apuntó Antón.

—Vine a la llamada de repliegue de la hermandad, solo que una tormenta me retrasó y, por lo que veo, me salvó la vida —dijo con pena Albert, el director de Ulsan.

—¿Tienes alguna idea de qué o quién provocó esta matanza? —preguntó Gabriel.

—Sí.

—¿Cómo? —dijo en voz alta Antón.

—¡Obvio! Por simple descarte. Llevo aquí más tiempo que vosotros y he visto todos los cadáveres, pero me falta uno; tengo la firme convicción de que solo el que no encontré puede haber provocado esta masacre; falta el cuerpo de Raven y ninguna de sus creaciones está aquí.

—No es su nombre, es el apodo que le pusiste tú —interrumpió Gabriel.

—¿Y no lo hice bien? Es como un cuervo: siniestro y carroñero, amante y ladrón de todo lo que brilla y mira cómo lo ha apagado: con la muerte de casi todos los miembros de la hermandad.

—La hermandad está muerta —dijo con pena Antón.

—¡No! Es peor aún, ahora la hermandad es Raven, nada más pésimo y con más incertidumbre que antes.

—Tenemos que encontrarlo y neutralizarlo cuanto antes —advirtió Gabriel.

—Hay peores noticias. Estábamos investigando una solución para evitar el lento envejecimiento de los miembros de la hermandad, pero aún desconocíamos sus efectos secundarios. Ha desaparecido por lo que intuyo que Raven se lo ha suministrado a sí mismo —informó Albert, director de Ulsan.

—Son muy malas nuevas; no sabemos cómo le afectará —dijo Antón.

—Sea lo que sea que intenten, señores, ahora me declaro aliado vuestro. Tenemos un enemigo en común; es un ser del cual esperamos cualquier cosa pues solo hay que ver lo que ha hecho aquí; os tiene un odio muy visceral y ahora estamos bajo su punto de mira. Siempre fue una mente inestable, pero ahora es una clara amenaza y tiene una fijación especial hacia vuestro protegido: Silvan.

—¿Y qué debemos hacer, según tus suposiciones? —preguntó Gabriel.

—Yo ahora tengo trabajo que hacer aquí. Sobrecalentaré el reactor nuclear y provocaré la destrucción total de este lugar. No puedo dejar que esta tecnología caiga en manos inadecuadas. Es un acto de responsabilidad. Fiaros de mis intenciones pues la amenaza no es baladí; después de que destruya este lugar nos reuniremos en Azuer y decidiremos entre nosotros la estrategia a seguir.

—Me parece justo. No tardes mucho, pues tenemos que volver a unir lo que ahora está separado —dijo Antón refiriéndose a aquellos que acompañaban a Silvan y a él mismo.

—Id en paz. Allí nos veremos.

Aquella noche fría, después de la tormenta de nieve, se escuchó una atronadora explosión que despertó a gran número de personas en varias ciudades y feudos pensando que fue un terremoto. Con ese estruendo violento, Monasterio dejó de existir.

5. RETORNO

Prometeo, Noelia y Héctor viajaban en el centro de la esfera verde que creó Derán para salvarlos de que la tormenta les engullera en el iracundo mar. El interior era de una atmósfera tan densa que los mantenía en el centro evitándoles los embates de la inercia. Se desplazaba a una velocidad vertiginosa obviando cualquier ola y seguía una línea recta inalterable. No tardaron mucho en divisar la costa al unísono cuando vieron que el amanecer empezaba a hacer presencia desplazando lentamente los oscuros colores de la noche. Segundos fueron los que tardaron desde que vieron la costa hasta que estaban frente a las rocas que hacían frontera con el mar; del pavor al impacto a la sorpresa al atravesar la piedra como si fuera agua. La esfera dibujaba un surco lineal que traspasaba cualquier obstáculo. Fue desacelerando hasta que quedó quieta y explotó como una pompa de jabón. Aunque ellos no notaran nada, la onda expansiva de energía aplanó el terreno en varios metros alrededor de ella. Sorprendido, miró Prometeo a Héctor y no pudieron articular palabra alguna hasta que Noelia hizo una exclamación:

—¡Joder con la rubia!

—Cariño, esa boca. Derán nos ha salvado la vida —le recriminó Prometeo.

—Sí, y le estaré eternamente agradecida, pero mira qué pelos llevo y aún me tiemblan las piernas del viajecito. Además, cuando estoy nerviosa, suelto tacos —dijo Noelia mientras se componía su vestido y se arreglaba su larga cabellera.

—Creo que ahora tenemos problemas mayores que tu aspecto —dijo enfadado Héctor.

—…tranquilos.

Prometeo usó la palabra haciendo que Noelia se relajara mientras que Héctor rebajó su tono de voz. Al instante, Prometeo se arrepintió de usar palabras de poder con su amada y con Héctor, pero fue un acto reflejo:

—¿Cómo lo has hecho? Fue oír tu voz y el enfado se esfumó al tiempo que terminabas de vocalizar la palabra —dijo enigmático Héctor.

—Lo siento, no fue mi intención usar la palabra de esta manera con vosotros. Ha sido como un resorte que ha saltado de mi boca. No temáis que no la usaré para manipularos —aclaró avergonzado Prometeo.

—Todos estamos alterados, mi amor, no te lo tengo en cuenta ni tampoco a ti tu enfado, Héctor —habló Noelia acariciando a Prometeo.

—Mis disculpas, Noelia, no soy así normalmente pero es que hace bastante tiempo que nada es normal —dijo Héctor con un sincero arrepentimiento.

—Ni para nosotros tampoco; ahora estamos en una fase de ruptura de nuestras vidas anteriores. ¿Qué haremos ahora, cariño?

—Este viaje en la burbuja ha sido de vuelta, un retorno; estamos al norte de donde partimos con el barco y solo tenemos una cosa que hacer —afirmó Prometeo.

—¿Cuál es? —preguntó Héctor.

—Encontrar a Gabriel y Antón. Es lo único que se me ocurre ahora —explicó Prometeo sin mucha convicción.

—Sí, Antón siempre sabe lo que hay que hacer. También te recuerdo que yo tengo un feudo que recuperar y una muerte que vengar —habló con firmeza Héctor.

—Y te ayudaremos, pero ahora está allí fuerte la hermandad. Tenemos que ver la manera de cómo volver a estar todos juntos otra vez. Yo conozco a la hermandad y no es para enfrentarse a ella sin los apoyos adecuados. Tienes que tener paciencia —le calmó Noelia.

—Cierto es, necesito mucha ayuda. Noelia, has sido sincera al decir que eras una antigua espía de la hermandad, pero ¿quién eres tú, Prometeo, que tienes ese poder en tu voz? ¿Un durmiente?

Prometeo se quedó pensativo: «los durmientes». Pero ¿era él, realmente, un original de ellos? No lo sabía. Así contestó a Héctor con las únicas palabras que se le debían: las de la verdad.

—¿Queréis saber de dónde procedo? ¿La verdad?

—Te agradecería mucho que nos lo dijeras —le dio pie Héctor.

—Así pues, seré sincero. No recuerdo madre alguna ni recuerdo haber sido niño ni adolescente, solo a Antón y la biblioteca. La primera vez que la vi, eso sí lo tengo grabado en el recuerdo, era inmensa: largas galerías de libros, niveles y niveles de galerías llenas de palabras escritas, de un espacio enorme de conocimiento; ese lugar despertó en mí un ansia de leer. Leí cientos, miles de libros; cuando tenía sueño dormía, cuando tenía hambre subía a la superficie y cazaba o recolectaba lo que la naturaleza me ofreciera y volvía a la biblioteca a seguir con la lectura. Nunca tuve sensación de que esa hambre de conocimiento se desvaneciera. Siempre la lectura era muda hasta que al mismo tiempo que mis ojos se posaban en las letras, mi boca empezaba a vocalizar todo aquello que leía. ¿Cuánto tiempo? No lo sé, perdí la noción de la medida

del tiempo al entrar en ese lugar. Cuando pronunciaba las palabras leídas me di cuenta de que la palabra podía tener diferentes acentos. Empecé a modularla, a ver cómo en el eco de ese lugar no era la misma según se pronunciara ni la fuerza que yo le imprimía; pero cuando me di cuenta del poder que tenía, fue un día que cazaba en el bosque contiguo a la biblioteca y me encontré con un grupo de hombres; ellos no tenían buenas intenciones pues nada más verme me atacaron. Yo solo dije una palabra con mucha fuerza: ¡alto! Y, de pronto, todos se quedaron parados. Vi en sus ojos la sorpresa de que su parada fue forzada por mis palabras, entonces volví a usarlas con la misma entonación que la primera; les pedí que se fueran lejos y que nunca volvieran por aquí, les dije que era tierra maldita, que olvidaran mi presencia y lo que allí ocurrió. Como corderos mansos, así lo hicieron. Así me di cuenta de que podía usar la palabra como una poderosa arma y así fue desde el principio de los tiempos. Mucha gente ha usado la palabra y las letras como tal, pero no creo que con la fuerza explícita con la que yo las uso. Héctor, esta es mi historia, es la verdad.

—Impresionante. Yo no tengo tu don, pero lo que me has contado tiene adjetivo de sinceridad —dijo Héctor.

—¿Y tenemos algún camino que tomar? Pues tenemos que saber dónde ir y qué buscar —interrumpió Noelia.

—Al oeste, tengo la certeza de que tenemos que retornar sobre nuestros pasos para poder avanzar —señaló con la mano Prometeo.

—Te seguimos sea donde sea, confío en tu intuición—dijo Héctor.

Prometeo sonrió y cogió de la mano a Noelia; Héctor caminó detrás de ellos.

6. UNO MÁS

Albert ya no tenía título alguno, ya no sería nunca más director de ninguna de las ciudades. La hermandad estaba muerta y solo quedaban cuatro de los que la fundaron: dos renegados, que eran Antón y Gabriel, aquel que la destruyó, el infame Raven, y Albert.

Cabalgaba cabizbajo siguiendo el camino blanco que llevaba a Azuer. Escoltaban a ambos lados columnas arbóreas que daban poca visibilidad al resto del terreno, la misma poca visión que tuvo de no prever lo que haría Raven. Albert nunca pudo imaginar que Raven sería capaz de destruir a la hermandad asesinando a todos en Monasterio y aprovechando el repliegue que él mismo sugirió para abordar la amenaza de los durmientes, cuando la amenaza real estaba en el mismo corazón de la hermandad: «un corazón negro y corrompido por su retorcida mente». Ahora que le tenía que hacer frente, no había otro remedio que unirse a los durmientes pues tenían ahora un objetivo común: destruir a Raven.

Albert estaba escoltado por sus dos guardias cuando llegaron a las mismas puertas del feudo de Azuer. Ya quedaba poco para que la tarde diera paso a la noche y decidió buscar al humilde duque del pequeño feudo, el cual, al mirar al antiguo director de Ulsan se sobresaltó, pues lo conoció en una pequeña reunión de duques de los feudos de Ulsan y ahora lo tenía en sus puertas esperando a que se las abriera.

—Señor director de Ulsan, perdone, aún estamos conmocionados por el terremoto de esta tarde.

—Ya no soy director de nada y no temas por la hermandad pues ha desaparecido. Te pido hospitalidad como una persona sin título —afirmó Albert.

—Sois bienvenidos, pasad.

—Por cierto, ¿han llegado dos hombres altos, uno de pelo rojo?

—¡Sí! Vinieron esta mañana y volvieron esta tarde justo cuando el terremoto aconteció.

—¿Me podrías indicar dónde están, por favor?

—Seguid recto y girad la primera calle a la derecha. Desde que llegaron están fuera de la casa. Me extrañó, pues es como si estuvieran esperando algo o a alguien, y ahora creo que era a vos.

—Gracias.

Albert se paró ya que aún le rendían pleitesía y no debía ser así, pues un nuevo orden se avecinaba y todas las ciudades y feudos no eran conscientes todavía de que, con la desaparición de la

hermandad, empezaría el caos a merced del capricho de los alcaldes, no todos de buen corazón: las luchas de poder, posibles alianzas y traiciones… La historia se repetía inexorablemente, una y otra vez.

Las intenciones del antiguo director de Ulsan siempre fueron buenas y ahora tenía que remediar la amenaza de la sombra de Raven. Con sinceridad, se dirigió al duque de Azuer:

—Nada me debes, te lo repito, ahora no soy nada.

—Eres una persona a la que le ofrezco la hospitalidad de mi pueblo pequeño, pero humilde. Y sabed, señor, que soy consciente de la tormenta que se avecina; tengo mis años y sin orden pueden pasar muchas cosas. Intentaremos estar preparados hasta para dejar estas tierras y buscar la paz en otras lejanas.

—Eres un hombre sabio —le sonrió Albert.

—Soy un hombre práctico. Disfrutad de nuestro humilde hogar.

—Así sea.

Albert y sus guardias siguieron las indicaciones del duque de Azuer. Cabalgaron pocos metros cuando giraron a la derecha y encontraron, tal como le dijo el duque, a Antón y Gabriel en la misma calle con un hombre desconocido al lado. Desmontaron y se acercaron a ellos. Antón se adelantó y le dijo con preocupación:

—Habéis tardado mucho.

—No fue fácil sobrecalentar el reactor sin morir en el intento; tuve que buscar un temporizador. Te aseguro que muerto soy de muy poca utilidad —le reprochó Albert.

—Deja la ironía Albert, no tienen mis palabras ningún reproche. El tiempo es muy valioso ahora —le apuntó Antón.

—Te pido disculpas, estoy muy alterado y es normal sabiendo el giro de los últimos acontecimientos. Mientras buscábamos el temporizador investigué algo en Monasterio y encontré algo preocupante.

—¿Algo relevante? —preguntó Gabriel.

—¿Relevante? Más bien preocupante. Todos los materiales de las investigaciones de Monasterio desaparecieron. Estábamos obsesionados con llegar a los resultados que tú obtuviste, Antón. El especialista era Raven, él también se dedicaba a alterar la genética a su macabra manera, porque seguramente, en varias ocasiones, os atacarían sus creaciones, ¿no? —preguntó Albert.

Antón se dio cuenta de que varias casas tenían ojos y oídos en sus ventanas. No debía alarmar ni dar propaganda a las palabras que se dijeran allí. Con un gesto de su mano, indicó que entraran en la casa pues estas conversaciones tan transcendentes se tenían que

debatir entre cuatro paredes y, a poder ser, que fueran bien gruesas.

El mudo anfitrión de la casa en la que se refugiaron avivó el fuego después de oír las palabras del antiguo director de Ulsan. Ya no temía nada, pues los que temía habían muerto. La hermandad se representó falsamente en solo una persona, pero a pesar de ello, en Antón y Gabriel veía caras de preocupación y eso no le confortaba; más bien le inquietaba y tenía motivos para eso. De todas maneras, lo que tuviera que suceder sería en un próximo futuro y esta noche, el contacto de Antón en Azuer tenía fuego para calentar y vino para ofrecer. Pasó dos jarras llenas de vino y seis vasos; no había sillas suficientes para todos, aun así, Albert indicó a sus guardianes que se sentaran donde pudieran para luego ofrecerles un vaso de vino a cada uno. Se levantó y, calentándose enfrente del fuego y dando la espalda a todos, dirigió claramente sus palabras a Antón y Gabriel abriendo la conversación:

—¿Qué pasos debemos seguir ahora?

—Cuando realicé los experimentos con los que llamabais durmientes también lo hice con Gabriel y conmigo. En esos mismos experimentos había una conexión neuronal que, casualmente, hizo que creáramos un vínculo extraño entre nosotros, por lo cual, aunque nos dispersáramos, podíamos saber de manera misteriosa dónde encontrarnos. Por eso y con eso, tenemos la herramienta para buscar a Silvan —explicó Antón.

—Pero ¿por qué él?

—Porque él es especial. Nació de uno de nosotros cuando todos éramos estériles, pero, es más, a él se unió gente a la que atrajo como un imán. Significa que es aún más especial que nosotros y mayor razón para encontrarlo que la obsesión que tiene Raven hacia él —explicó Gabriel.

—Buen razonamiento. Él tiene la clave —dijo Albert.

—Demasiado simple —interrumpió Antón.

—Sea como fuere, ahora debemos encontrarlo y por lo que percibimos, las noticias no son buenas —dijo Gabriel.

—¿Cuáles son esas noticias? —preguntó Albert.

—Sé que está con Karmen y se dirigen hacia una persona muy especial; lo sentimos como dos puntos que se unen. Esta persona es un enigma y no encaja con la gente que conocemos, pero sé que se tienen que unir. Más misterios que asimilar —dijo pensativo Antón.

—¡Un momento! Tengo que asimilar muchas cosas de golpe y ahora no las puedo digerir todas. ¿Qué hace el más letal asesino de la hermandad con Silvan? —dijo sorprendido Albert.

—Karmen siempre fue de los nuestros, Albert —le explicó

Antón.

—¡No puede ser! Él no estaba en los experimentos que iniciaste tú con la hermandad —espetó Albert.

—Él es aún anterior a nosotros, varios siglos atrás. No fuimos los únicos en tener éxito en los experimentos. Lo encontramos, o él nos encontró. Es una historia muy larga —le dijo Gabriel.

—Esto son muchas revelaciones para mí; aun así, debo despejar más dudas. ¿Asesinasteis a mi mejor agente? Es una mujer muy hermosa y su nombre es Noelia —preguntó Albert.

—No somos como erais vosotros. Ella se enamoró de uno de los nuestros y él de ella. Ahora están juntos —le dijo Antón.

—Increíble, pero, sinceramente, hoy poco puede sorprenderme.

—Bien, Albert, tú decides. Vamos al norte en busca de Silvan. Tú eres libre de hacer lo que desees, no tenemos nada en tu contra. Esperaremos que Raven, como tú lo llamas, dé la cara. ¿Qué vas a hacer? —le preguntó Antón.

—Iré con vosotros, os ayudaré en todo lo que pueda pero una simple petición —dijo seriamente Albert.

—Di.

—Quiero matar personalmente a Raven.

—Así pues, vayamos a descansar. A la mañana nos dirigiremos a intentar encontrarnos con Karmen y Silvan.

7. LA ISLA

Raquel estaba dentro de la esfera verdosa que la protegía de la iracunda tormenta. La bola se desplazaba a una velocidad vertiginosa; seguía una trayectoria recta que ningún elemento desviaba: ni el viento huracanado ni el embate de las gigantescas olas. El aire denso del interior impedía que la inercia bamboleara a Raquel por la aceleración, de hecho, la mantenía cómodamente en su centro. El sonido era claro, pero estaba asustada por lo que veían sus ojos: muros espumosos de agua que se elevaban a gran altura para luego descender rápidamente e impactar envolviendo a la esfera; también oía los vientos ululando canciones de guerra, la guerra de los elementos enfurecidos.

Cuando la esfera traspasaba inalterable las olas, todo el ruido ensordecía, pero percibía otros sonidos antes no escuchados por ella: el del profundo mar atrayente y extraño. Fue al traspasar la enésima ola cuando observó horrorizada como la esfera que la mantenía a salvo se precipitaba hacia un saliente rocoso; cerró los ojos convencida de que la misma roca destrozaría su envoltorio protector, incluso esperó con angustia lo peor. Pasaron segundos interminables y nada ocurrió, pero abrió los ojos y vio, sorprendida y aliviada, como la esfera atravesaba la roca con la misma facilidad que lo hizo con el agua. Fue poco a poco desacelerando creando un surco ya en tierra firme hasta que al final paró. No se oía ya ningún sonido de la tormenta, solo el impacto de la lluvia sobre la tierra que, aunque fuerte, nada tenía que ver con la violencia pretérita. Raquel se empezó a calmar no con prontitud, sino porque asimiló que estaba más o menos segura. El cansancio acudió reemplazando la tensión y sus ojos empezaron a cerrarse pues el sueño acudía reparador a su cuerpo, no sin antes proferir una palabra que surgió de sus cansados labios.

—Silvan…

Mientras Raquel dormía, la noche daba paso a la mañana y cuando los primeros rayos de la luz del alba incidieron en la esfera que protegía a Raquel, provocaron que la misma se expandiera y explotara con la misma suavidad que una pompa de jabón.

Raquel se despertó y miró en derredor. Su cuerpo descansaba sobre un bancal de amable arena y la luz del amanecer le mostraba poco a poco los alrededores: a su izquierda, un bosque de pinos sobre arena con mucho matorral; delante de ella, una laguna demasiado rectangular para ser natural y con poca profundidad de

agua. Esperaba que el frío fuera intenso aun así, era soportable. No veía animal alguno en sus cercanías y elevó la vista al cielo para ver como alguna gaviota solitaria surcaba con su vuelo en las alturas. Todo era tan distinto de lo que antes había andado, que supuso que estaba bastante lejos de donde la tormenta destrozó el barco donde viajaba la compañía de Silvan. ¿Y los demás? ¿Habían sido protegidos como lo fue ella? Con cierta duda, confió en que así fuera pero olvidó lo evidente: estaba sola en tierra extraña, sin comida, sin agua y teniendo poco conocimiento de cómo proveerse de esos vitales sustentos.

Sola, no creyó jamás tal soledad. Siempre estaba su madre a su lado y su reciente fallecimiento le hizo caer de rodillas en tierra para llorar su pérdida. Después estuvo con Silvan, su amor: ¡cuánto echaba de menos a los dos! Entre lágrimas de añoranza, vio algo blanco entre el bosque de pinos de su izquierda, una clara anomalía en este extraño paraje en el que se encontraba Raquel. Algo tenía que hacer y se encaminó a lo que extrañamente vio. La arena estaba amable al descansar sus pies en la superficie; sin mucha prisa y con cautela se adentró en el bosque de pinos.

Repentinamente, una pequeña figura saltó de detrás de un grueso pino para ponerse delante de Raquel; la sorpresa fue tal que le hizo caer sentada de culo en el suelo, tal fue el susto que boqueaba como si le fuera a salir el corazón de su boca. La blanca figura habló sin que Raquel aún no asimilara la sorpresa.

—¡Hola!

—¿Derán?

—Sí, así me llaman y así me quiero llamar yo. ¡Cuánto me alegro de que estés bien! Aunque podías haberte peinado un poco: ¿no sabes que hay que cuidar mucho el decoro y más cuando somos tan bellas, tú y yo?

—Pero… ¿Cómo lo has hecho? ¿Esa esfera la creaste tú? ¿Cómo estás viva? ¿Y los demás? ¿Y mi Silvan? ¿Dónde estamos?

—¡Ufff! Demasiadas preguntas, siempre preguntáis mucho. En vez de abrazarme y besarme, me interrogas… ¡Mmm! Dame un abrazo mi amiga, a mí me hace falta. Ahora pregunto yo: ¿a ti no te hace falta?

Raquel, de su perplejidad pasó a olvidarse de cada una de las preguntas formuladas, se levantó del suelo y salió corriendo a abrazar a Derán. Ella le devolvió el abrazo con su cariño maternal. No se podían separar pues era tan angustioso lo anteriormente acontecido que le hacía falta un ancla para no naufragar en la desesperación y ese abrazo lo fue. Derán le habló con palabras tan

dulces como pudo articular.

—No tengas miedo, mi Raquel. Los demás están bien, son muy fuertes y poderosos, no temas por ellos. El mar se enfadó y no tenía por qué, pero así de caprichoso es el humor de la naturaleza. Ahora, tú y yo tenemos que volver, no podemos dejarlos solos. Algo que no tenía que haber despertado lo ha hecho y nos necesitan. Tú eres muy importante y, aunque no te lo creas, en esta cadena que hemos forjado tú no eres el eslabón más débil, eres el que tiene que estar al lado del más fuerte.

Raquel no entendió realmente todo aquello que Derán le confesaba pero oír que los demás estaban bien la reconfortó, pues creía en las palabras que decía ella. Recordó las palabras de la Dama Blanca sobre el decoro y se puso a peinar con la mano. Derán sonreía como una chiquilla; el efecto que causaba esa mujer que parecía aparentemente una adolescente era tan benigno que dudaba incluso de que, en este mundo de maldad, ella fuera real. Solo había una simple pregunta que a la fuerza Raquel formuló.

—¿Qué hacemos?

—Volver, te lo dije, tenemos que volver. Esto es más grande de lo que fue ayer; es una isla y aquí hay muy poca gente, pero tendremos que encontrarla. Siempre en una isla, la gente vive del mar y tiene embarcaciones. Tenemos que ir en una de ellas para ir hacia la costa, allí donde tú viste por primera vez el mar. ¿A que era bello?

—Sí que lo es, pero me asustó mucho cuando se enfadó.

—A veces chocan aire y agua pues son dos elementos que no se llevan muy bien; siempre quieren medirse en fuerza y nunca gana ninguno de los dos; son orgullosos y el orgullo desmedido no es bueno.

—Derán, no te enfades, pero a veces no te entiendo.

—No te preocupes, me lo dicen muchas veces, imagínate que me han llegado a decir incluso que soy rara.

—Eso es que no te conocen bien.

Las dos mujeres se miraron cómplices y se pusieron a reír; la risa hizo olvidar la angustia pasada. Derán se dispuso a hablar mientras miraba a los ojos de Raquel.

—¡Vámonos! Tenemos que buscar la manera de retornar junto a ellos.

—Tengo ganas de estar al lado de Silvan.

—Y yo, aunque no de la misma manera que tú deseas estar.

Rieron las dos y empezaron el camino que tenía la incertidumbre de lo que les depararía. Los pies se hundían en la

arena fina y a sus pasos sorteaban los pinos altos; en el suelo, los matorrales dispersos no les impedían en demasía su trayectoria. A veces posaban sus pies en roca angulosa que parecían pequeñas cuchillas y era demasiado irregular para ir andando normal y que, a pequeños saltos, evitaban los huecos horadados que podían torcer un tobillo a un paso fallado.

Raquel seguía a Derán; antes pensaba que era una joven como ella: indefensa e inocente, pero aquello que pasó en la tormenta hizo trastocar esos adjetivos a antónimos. Lo que era esa apariencia de debilidad y candidez de Derán, con ese punto de desenfado y alegría que se aderezaba con una pizca de locura, fingida o no, creía ahora que escondían una fortaleza y una sabiduría que ocultaba.

Eran no pocas las veces que aparecía y desaparecía siempre danzando y jugando con las flores; volteaba los troncos de los pinos mientras cantaba bajito canciones que Raquel jamás oyó y tenían un son que parecía pertenecer a tiempos pasados. Apenas entendía lo que Derán entonaba, pero a través de horas de recorrid, concluyó que había un común denominador en todas aquellas canciones: era la esperanza. Esa mujer recién florecida siempre mantenía un aura de alegría que pocas veces menguaba ante las adversidades; la tormenta que separó al grupo fue uno de los pocos momentos que la ensombreció.

Raquel caminaba no tan alegre como Derán. Estaba aliviada cuando estaba al lado de la Dama Blanca, pero sentía un vacío en su corazón que solo los brazos de su amado Silvan podían llenar.

Ya estaba empezando a pesar el tanto andar y el cansancio se notaba en Raquel pues llevaban varias horas caminando, y aunque Derán diera tres veces más pasos que su compañera de viaje con su ir y venir saltarín, hacía que su vestido blanco descubriera a intervalos sus bonitas piernas y parecía tan fresca como al principio de sus andares. Derán se dio cuenta de que el paso de Raquel se ralentizaba progresivamente. La Dama Blanca paró y, como no podía ser de otra manera, dibujó una inocente sonrisa en su cara inmaculada para hablarle a Raquel.

—Paremos a descansar un rato; hacia donde vayamos no nos esperan, da igual que lleguemos un poco más tarde o un poco más temprano —dijo risueña Derán.

—Te lo agradezco. Sí es verdad que estoy agotada, también tengo hambre. ¿Cómo lo haremos? —dijo aliviada por el descanso Raquel.

—¡Ah! Cierto es, déjalo de mi mano, descansa aquí pero no duermas, no sin mí a tu lado —advirtió Derán.

—No, no lo haré hasta que estemos en un lugar medianamente seguro— apuntó Raquel.

—No temas, esta tierra es menos peligrosa que la que dejamos al otro lado del mar, pero no quiere decir que tenga peligro ninguno. Volveré pronto, llámame si tienes aunque sea una mínima sospecha de peligro —hablaba Derán mientras se alejaba de Raquel.

El tiempo que pasó a la ausencia de Derán posiblemente no fuera mucho, pero a cada vez que avanzaban los minutos parecía eterno el transcurrir del tiempo. Estaba en un claro moteado de arena a trozos y a roca en otros cuando vio que algo movía algunos arbustos. Supuso que era Derán pues los arbustos eran más altos que ella, pero la Dama Blanca se fue en otra dirección cuando la duda se despejó al entrar en el claro dos lobos. Raquel profirió un chillido corto de alto volumen para taparse la boca con las manos, el cual alertó a los lobos que ni se habían dado cuenta de la presencia de la mujer. Viéndola, encresparon su pelo y enseñaron sus dientes mientras se acercaban cautelosos dando un rodeo hacia Raquel. Ella estaba inmóvil de miedo: «¡qué triste acabar aquí, en ninguna parte, tan joven y sin cumplir ninguno de los objetivos que tenía en la vida!». Justo en el momento que perdía la esperanza de ayuda, apareció Derán a su lado que, al ver a los dos lobos, dejó caer raíces, frutos y cualquier vianda que acunaba en su falda blanca.

—Derán, nos van a atacar —nerviosa le apremio Raquel.

—Y cuanto más nerviosa te vean, más confiaran en atacarnos —bufó Derán.

—¡Haz magia como hiciste en la tormenta, y líbranos de esta amenaza! — le chilló histérica Raquel.

—¿Magia? Bueno, si eso quieres, así lo haré —dijo encogiéndose de hombros Derán.

La Dama Blanca miró extrañada y frunció el ceño. Velozmente, se agachó hacia el suelo y recogió dos piedras que el terreno le ofrecía para seguidamente lanzarlas hacia los lobos. Fueron tan certeras, que una impactó fuerte en la paletilla izquierda del lobo más cercano; el lobo profirió un aullido lastimero y salió corriendo con la cola entre las piernas. El segundo disparo acertó en la cabeza del lobo que se encontraba más lejos; el golpe le hizo que se moviera trastabillándose como un borracho hasta que cayó al suelo. Se repuso en muy poco tiempo y siguió en la huida a su compañero. Las dos los vieron irse.

Cuando desaparecieron de su vista, Derán, con un saltito se puso delante de Raquel extendiendo sus manos a la altura de sus caderas

y gritó una única palabra.

—¡Abracadabra!

Raquel se quedó inmóvil y estupefacta; la Dama Blanca le dijo con su juvenil desenfado.

—¡Ale, ya he hecho magia! Sigamos el camino.

Derán se puso a bailar dando saltitos y canturreando una canción como si no hubiera pasado nada. Raquel, que esperaba juegos de luces, llamas o relámpagos, vio como con dos simples piedras la Dama Blanca eliminó la amenaza de los lobos.

Se acercaron hacia la costa. Derán, al pasar junto a árboles, arbustos o flores que estaban en sus cercanías, extendía su mano para acariciarlos. Si algún animal se cruzaba en el camino de las dos mujeres no huía despavorido sino que, por el contrario, paraba unos segundos para mirarlas sin miedo y proseguir su camino. Raquel no era tan tonta como para no darse cuenta de esos pequeños detalles ¿Quién era esa aparentemente frágil y hermosa chica que iluminaba con su presencia el entorno? Estar cerca de ella te inundaba de paz y misterio. Como si leyera el pensamiento, Derán ralentizó su danzarín andar hasta quedarse parada y girándose hacia Raquel cuando le habló:

—Estás muy callada, ¿en qué piensas?

¿Sería cierto que quizá leyera el pensamiento? Raquel, en un ataque de sinceridad, con palabras abrió su mente.

—En ti.

—¿Ah sí? Yo también lo hago; me gustas mucho pero también me gustan mucho quienes hemos dejado atrás y tengo añoranza de ellos. Quiero que sea poco el tiempo que tardemos en encontrarlos, por eso estoy aquí —Derán pausó un breve espacio de tiempo reflexionando—. ¡Oh! Perdona, me parece que no terminaste de hablar, pero date prisa que no podemos esperar a que la noche nos engulla en su oscuridad.

—Es que eres un misterio. No dudo que no conozco realmente a nadie con quien he compartido estos últimos días de mi vida, incluso no conozco a mi amado y me da igual lo que sea porque solo sé que le quiero. Pero mi bella Derán, dímelo: ¿quién eres tú?

Derán soltó un bufido de fastidio y se puso las manos en jarras; poco le duró el fingido enfado y su alegría volvió con la misma rapidez que desapareció. Fue hacia Raquel, la abrazó rodeándole la cintura y apoyó su oído en el corazón de Raquel; instantes breves de silencio con la música de las olas de mar de fondo, esos momentos ausentes de palabra dieron paso a la misma con dulce acento.

—¿Por qué preguntáis tanto? Nunca nadie sabrá todo pues todo

es tanto que no se puede asimilar y es mejor a veces la ignorancia que el conocimiento, créeme —con dulce voz se expresaba. Pero estas últimas palabras estaban cargadas de una sabiduría profunda; volvió a su locura desenfadada y juvenil que era compañía de sus formas—. ¿Quién soy? Una y mil veces lo diré: soy Derán, la Dama Blanca. ¿A que soy bella? Aunque te digo, Raquel, que tú eres también preciosa.

Cogió las manos de Raquel y empezaron a bailar. Derán empezó a cantar con una voz que no necesitaba música alguna pues cuando cantaba, su voz era acuosa y clara. Cantaba una balada que acompañaba los pasos danzados. Derán contagiaba tanto que al terminar su baile, hizo un corro y empezó a reír con una simpática y risueña risa que hizo que Raquel también riera. Las dos, de la mano, siguieron su camino. Raquel se olvidó de las preguntas que le formuló y que no tuvieron respuesta; desaparecieron las ganas de volver a preguntarle algo sobre ella y el misterio siguió siendo un secreto.

Al pasar un recodo de una pequeña concentración de pinos jóvenes que les impedía la visión, lo bordearon y divisaron una bahía. En ella, en una curva, una playa de blanca arena fina y sobre ella, alejándose un poco del mar, había una alta construcción de muchas aberturas en toda su fachada. Estaba el edificio envolviéndolo casi al completo de una extraña enredadera de tronco muy grueso y con poca hoja; se adentraba por todos sus huecos. Más que enredadera, parecían raíces que, en vez de crecer hacia los interiores de la tierra, crecían hacia la bóveda celeste. Iba acercándose la pareja de chicas hasta que Derán estiró su mano pequeña para parar a Raquel y con una voz en susurros le dijo.

—Observa.

Terminaba esta palabra cuando un sonido casi inaudible fue tomando un *crescendo* de roca y madera resquebrajada. Tanto se asemejaba a un lamento que la visión de grietas finas recorrió como venas veloces todo el edificio para ensancharse, cuando en la parte superior caían fragmentos gruesos que producían ondas sonoras de impacto y, en un súbito final, la construcción se engulló a sí misma replegándose en su desplome al interior. Todo lo que fue un alto edificio, tornó en un cúmulo de escombros que dejaba ver el paisaje que antes ocultaba y la sombra que antes proyectaba y ahora se podía ver el sol. Raquel miró el espectáculo con turbación y Derán rio.

—Al final, la naturaleza impone su fuerza, es paciente, solo necesita tiempo.

Raquel no replicó y siguió a Derán. La nube de polvo que provocó el derrumbe se disipó y pasaron al lado del edificio derruido; lo dejaron atrás y siguieron andando varias horas pisando más roca que arena. Raquel estaba ya muy agotada y tenía mucha sed y hambre; era difícil de soportar la carencia de descanso, alimento y bebida. Derán, igual que la vez anterior, la miró y con su sonrisa le dijo una frase melosa.

—Ya estamos cerca.

Raquel no entendía cómo la Dama Blanca no estaba cansada pero no quería hacerle ninguna pregunta; la vitalidad de esa juvenil figura era formidable, pero ella carecía de tanta resistencia.

—No pienses tanto y menos cuando tengo la solución. —Sorprendió Derán con su palabra a Raquel.

Se acercaron al límite de la roca con el mar. Derán dejó la mano de Raquel y descendió por una escalera natural del acantilado bajo; con un gesto de su mano, animó a Raquel a que la imitara. Cuando descendieron unos pocos niveles de peldaños de roca irregulares, vio que debajo de lo que parecía roca maciza había una cueva que estaba la mitad horadada en la roca y su otra mitad hundida en el agua del mar; abajo, a su derecha, había un saliente ancho y plano que le permitía amablemente andar sin dificultad. Con un dedo en sus labios, Derán le indicó silencio a Raquel.

No anduvieron mucho hasta que vieron luz al fondo de la cueva. Eran antorchas, un par de ellas, pero fue suficiente para indicar que alguien vivía allí. En el agua, más en sombras que en la débil iluminación, vieron que había dos embarcaciones de vela: una más grande que otra y en la cubierta de la más grande, un hombre que cosía una enorme red. Los pasos de Derán y Raquel eran silenciosos a pesar del eco de la oquedad. El hombre estaba concentrado en su labor hasta que la voz de Derán, en la acústica de la cueva, sonó potenciada.

—Hola, buen hombre.

El hombre se sobresaltó y su primera reacción fue coger un cuchillo largo que tenía a mano; cuando vio que eran dos mujeres jóvenes y de frágil aspecto se relajó sin dejar de estar excesivamente sorprendido.

—¿Quiénes sois que irrumpís aquí como furtivos?

—Soy Derán, la Dama Blanca, y me acompaña la bella Raquel. Buen hombre, solo tenemos buenas intenciones.

El hombre se quedó parado contemplando a las dos mujeres jóvenes. Era algo sumamente inesperado y un poco irreal. Se reincorporó y saltó del barco al saliente; estaba desconcertado, pero

se dirigió a ellas manteniendo las distancias para que no tomaran la cercanía como amenaza.

—¿Cómo dos mujeres jóvenes se atreven a aventurarse a andar solas en estas tierras peligrosas?

—Por necesidad —replicó Derán.

—¿Necesidad de qué? Aquí, que yo sepa, en esta isla vivimos poco más de un centenar de personas. Se aprovecha el día, pues la noche es peligrosa. —Se quedó mirando a Raquel pues era evidente el cansancio que reflejaba su rostro; las facciones del hombre se relajaron y su tono de voz cambió—.Soy un necio, pero aunque ahora esté olvidada, yo aún la recuerdo y es la ley de la hospitalidad. En su tiempo, era una regla sagrada entrar en mi humilde casa; allí os proveeré de comida y agua dulce. Cuando hayáis comido y bebido seguiremos hablando. Comprended que esté sorprendido de vuestra presencia: hace años que no veo a un alma y ahora veo dos jóvenes que no conozco y acuden a mi casa. Entrad y no temáis de mí.

El hombre entró en una edificación que aprovechaba la roca y que sellaba su entrada una fuerte puerta de madera; el interior, aunque humilde, era bastante amplio. Un habitáculo abierto donde estaba tanto la cocina como el dormitorio; había en el fondo un fuego y encima de él descansaba un caldero que desprendía un olor que a Raquel le parecía el olor más rico que hubiera olido en su vida: olía a alimento. Sobre una mesa de madera con dos sencillos bancos, el marinero, con un gesto, indicó que se sentaran las invitadas. Con una cuchara llenó dos cuencos amplios de madera y les sirvió en la mesa. Acercó un odre a dos vasos también del mismo material que llenó hasta el borde; la comida era un excelente caldo de pescado que las mujeres agradecieron. El líquido del odre era de agua dulce con un toque de zumo de limón. Comieron con avidez pues mucha era el hambre y la sed. Ya con el estómago lleno y la seguridad aparente del lugar, Raquel incluso cabeceó en un amago de sueño. Derán estaba avispada pero el hombre no irrumpió con ninguna palabra esperando con paciencia que terminaran de comer y beber en paz. Era de esperar la necesidad de más explicaciones que tenían que dar; miró a la más menuda que por su serenidad, a pesar de su frágil aspecto, era la que guiaba. El marinero le habló pues sabía que no habían acudido solo allí por las viandas y el descanso.

—Habla, Derán, así como me has dicho que te llamas. La belleza de las dos me turba en demasía y aún no alcanzo a comprender cómo habéis sobrevivido hasta llegar aquí, ni cómo habéis llegado a

este lugar escondido. Al mismo tiempo, me reconforta que estéis bien, mas creo que tenéis algo en petición y creo que no me equivoco.

Derán le dedicó una cándida sonrisa y se puso de pie, pues no es de buena educación responder a una persona que estaba erguida estando sentada.

—¡Cierto es! Lo que ahora te pediré es mucho, pero nuestra necesidad ahora se resume en una sola palabra: volver. Presentí que aquí vivía una persona de las pocas que tienen una condición escasa y es el buen corazón que se acuna en la bondad. Tú eres una de esas pocas personas y yo, Derán, la Dama Blanca, te formulo una petición.

—¿Cuál es tu petición? ¿Qué puedo hacer yo para ayudaros a lo que tú dices de volver? ¿Y hacia dónde tenéis que ir? —habló el hombre con una interrogación en su expresión y en sus palabras.

—Necesitamos una embarcación para retornar al continente. Es urgente que encaucemos el devenir de los futuros acontecimientos; sin nosotras, no pueden estar aquellos que tienen el poder para forjar el futuro. Somos piezas básicas aunque ellos no lo sepan. Nos necesitan y tenemos que ir a su encuentro —expresó Derán con una tilde de angustia en sus argumentos.

El marinero empezó al principio a estar estupefacto ante la petición de esa pequeña y bella dama hasta que su sorpresa pasó a una risa abierta sin contención, que incluso asustó a Raquel. Miró a la mujercita de cabellos de plata y oro escrutando sus intenciones, y resoluto, le contestó.

—¿Tienes idea de lo mucho que me ha costado construir estas embarcaciones con los pocos medios de los que dispongo, para que ahora se las regale a alguien que apenas conozco? —respondió a Derán con evidente enfado.

—Sí que la tengo y te quiero dar un regalo acorde al sacrificio que te demando; es lo más justo y así lo comprendo —dijo con una curvatura de sonrisa la Dama Blanca.

—¿Qué puedes darme que compense la valía de mi trabajo y el tiempo dedicado?

—Soy Derán, la Dama Blanca y esto que ahora te daré es con la generosidad de mi corazón —dijo con solemnidad Derán.

Derán sorprendió a todos acercándose a su interlocutor abrazándole suavemente; hundió sus pechos generosos y suaves contra los pechos de hierro de un hombre forjado a través de los años de duro trabajo. El hombre, sorprendido, empezó a sentir la ausencia de deseo hacia esa mujer menuda y extremadamente

atractiva. Despacio, le invadió una sensación perdida que solo recordaba en su niñez: la inocente ternura. Abrazó al frágil y menudo cuerpo de la Dama Blanca, hundió su nariz y boca en los hilos de plata y oro del cabello de Derán; la Dama Blanca puso una mano en su nuca para que relajara los músculos de su cuello y dejara descansar su cabeza totalmente en el hombro de ella; ella articuló unas palabras susurradas que tenían un acento profundo.

—Cierra los ojos.

Obedeció y una sosegada calma le inundó; el olor del cuerpo de esa chiquilla le inundó pues olía a hierba fresca, a romero y espliego, a naranjo floreciendo, olía a todo lo hermoso y bello; todo aquello le invadió lentamente hasta que encontró lo que había buscado en años: la paz. Derán habló tan suavemente que parecía una voz lejana que el viento transportaba envolviéndolo; su relajante tono era como una oración perdida, era el sonido de la corriente de un arroyo, o la de la voz de una lluvia suave.

—Yo, Derán, la Dama Blanca, te libero de tu culpa.

El hombre abandonó muy lentamente el hipnótico abrazo de la muchacha de exótico atractivo. El marinero, con voz relajada y que parecía que estaba a las mismas puertas del sueño, habló:

—¿Cómo sabías que sufro un tormento?

—¿Qué hace aquí un hombre de gran corazón, sino recluirse en la amargura de una culpa que lo atormenta?

—Maté a una persona. Esa es la razón, aunque nunca fue mi intención hacerlo pero no podía consentir que hiciera más daño a la gente, que abusara como hacía de su poder. Mi única intención era que se fuera… Me enfrenté a él; se creía confiado en su fortaleza pero no sabía que la razón de mi determinación igualaba fuerzas. Nos peleamos, él me hacía daño, pero yo aguantaba sus golpes; él también recibía los míos hasta que un mal golpe lo dejó en el suelo y allí se quedó sin vida. Cometió una última maldad con su muerte: convertirme en un asesino.

—He dicho que te libero de tu culpa; te he regalado la paz que tanto ansiabas. Ahora tienes que volver, como tenemos que hacer Raquel y yo. También a ti te necesitan.

—Es verdad, siento paz en mi interior y con el desahogo de mi confesión me siento como jamás me sentí. No puedo deshacer lo que ocurrió. — Agachó la cabeza reflexivo, hasta que, mirando a los ojos a Derán, retornó a hablar—. Voy a hacer más de lo que me pedís: os acompañaré en la travesía pues aparte de constructor de navíos, soy experto marinero. Os protegeré en vuestro viaje hasta que lleguéis sanas y salvas a vuestro destino.

Derán sopesó el ofrecimiento del hombre, pero ella con voz calmada le replicó.

—En parte sí, en parte no. Nos serás de gran ayuda en la travesía hacia el continente, pero cuando alcancemos la costa darás media vuelta para retornar hasta este lugar, pues desde tu ausencia en tu poblado dejaste una mujer con el corazón roto y un hijo sin padre hace más de una década. Tienes que coser el corazón que rompiste y recuperar los años perdidos de la infancia de un hijo.

—¿Cómo sabes eso? Estas nuevas cambian todo. Así sea, caso te haré.

Al marinero empezó a temblarle el labio por la emoción y las lágrimas empezaron a brotar de las cuencas de sus ojos. Un tumulto de sentimientos se le acumulaban. Derán se acercó y cogió de la mano a Raquel, volvió a abrazar al hombre para reconfortarlo e instó a Raquel a que la imitara. Raquel hizo lo mismo y en esa tierna escena, la Dama Blanca con voz baja le dijo al marinero.

—Sé muchas cositas, son secretitos, pero a todas las preguntas que me hacen no quiero responder ¿Estás mejor? —rompiendo el abrazo le susurró Derán.

—Mucho mejor, ¿sois ángeles? Me habéis hecho sentir bien pues tengo ganas de volver por mi hijo y mi mujer, pero tengo resquemor por lo que hice en el pasado.

—Sabes que hay un sitio al que jamás se puede volver, ¿no?— dijo seria Derán.

—No te entiendo, ¿cuál es ese lugar al que jamás se puede volver?

—Al pasado. Nunca se puede volver a él, así que forja un futuro y no pierdas más tiempo del que has perdido —volvió la sonrisa a Derán.

—Sí, Dama Blanca, así lo haré. Nunca entenderé cómo una mujer tan joven pueda tener tanta sabiduría.

Derán sonrió halagada por las palabras amables del marinero y caminó orgullosa de haber liberado a ese hombre de un injusto tormento.

—Mañana partiremos al alba, pues mis palabras son promesa y hasta que no las cumpla no descansaré. Las palabras juradas jamás se pueden romper —dijo ya entero el marinero.

—No has terminado el protocolo de hospitalidad —dijo en jarras Derán.

—¿Qué ha faltado que no os he ofrecido? —dijo enigmático el marinero.

—Tu nombre.

—Todo ha sido tan sorpresivo que me olvidé, perdonad las dos. Mi nombre cuando nací fue el de Bartolomé.

—¿Y el nombre de ella, aquella que abandonaste? —esta vez preguntó Raquel, con curiosidad.

—Su nombre cuando nació fue el de Cecilia.

—Bonito nombre —apuntó Raquel.

—El nombre y ella, tanto de cuerpo como de corazón —habló orgulloso el marinero Bartolomé.

—Ahora vamos a dormir pues Raquel y yo lo necesitamos. Guarda nuestro sueño. Ahora las prisas son de todos, pero debemos descansar.

Derán se acercó a Bartolomé y le dio un beso chico en la mejilla.

Bartolomé sonrió al acto de la muchachita. Esta noche no dormiría. Abandonó la confortable choza y así, miró desde las sombras el mar en una noche donde la luna se escondía en la oscuridad.

8. CAMINO A INFERNO

Íbamos caminando con paso descansado sobre un camino alfombrado por una capa de nieve espesa, pero no tanta como para entorpecernos en demasía. Karmen encabezaba la marcha con decisión; mas de vez en cuando, su mirada se volvía hacia María seguramente para aminorar la marcha si la viera con dificultades en seguir nuestro ritmo. La capa que le ofreció Karmen le quedaba muy holgada pero parecía protegerla lo suficiente en este día que avanzaba hacia el invierno. Yo me quedé en retaguardia por si sufriéramos algún ataque traicionero por la espalda, aunque frecuentemente me adelantara hacia la altura de la mujer por si su rostro mostrara alguna dificultad en este viaje aunque yo veía la determinación férrea de una superviviente. Siempre con la mirada fija en la espalda de Karmen y un brillo de anhelo que percibía con claridad, esa mujer estaba prendada de él. Podría contar, si aún esta senda impredecible no me arrebata la vida, que Karmen a pesar de esa coraza hermética que muestra inmune a los sentimientos, fue amado por una extraña en un accidentado camino, y él aunque no lo dijera y aunque no mostrara ni un ápice de correspondencia, en lo que escondía, yo veía que a él también, aunque fuera poco, que ella le agradaba.

Nos sorprendió de pronto un caminante de grandes proporciones; cortó el camino en el que nosotros andábamos con tanta velocidad que derrapó sobre sus cuartos traseros. María dio un grito tanto de miedo como de sorpresa; yo me puse a su lado desenvainando las dos espadas de la luna. Karmen levantó un brazo con la mano cerrada, signo que interpreté como que no hiciéramos nada. El ser, en cuanto se estabilizó, gruñó con tanta potencia que hizo que María se pusiera de rodillas abrazando a su hijo en el blanco manto de nieve; se irguió ese caminante sobre dos patas y, tanta era su envergadura, que hizo sombra sobre el camino. De seguro que su altura era más de tres metros; impresionaba, pero a mí no me acudía el miedo. Karmen se quedó tan quieto que parecía una estatua; impávido y seguro dio un solo paso, uno firme hacia la enorme criatura. El caminante de pronto dejó de bramar sorprendido por la acción de Karmen que estaría acostumbrado a que todos huyeran de él. Ahora era otra escena, extraña para él; se asentó en cuatro patas y, junto a Karmen, empezaron una danza lenta y circular manteniendo las distancias y midiéndose el silencio; la tensión de este momento hizo que desaparecieran todos los

sonidos de las cercanías ante este reto. Hubo un punto en que los dos se quedaron inmóviles, uno frente a otro y a una distancia prudencial; el vaho de la bestia era humo blanco que salía de sus fosas nasales. Tuve la impresión de que el tiempo se detenía en el instante que los dos medían sus fuerzas, fue poco pero pareció eterno. Yo estaba preparado para intervenir pero tenía la corazonada de que sería una acción innecesaria.

Aquel caminante equivocado pensó que su fuerza era más que la de aquel que le retaba. Karmen advirtió que sería necesaria una intervención, me miró y me dijo girando levemente su cabeza hacia mí.

—Tápale los ojos, rápido.

Lo hice tan rápido como pude, dejé caer una espada y puse las manos debajo de la frente de María obstaculizándole la visión. La espada cayó de punta, miré y vi como el blanco grisáceo de la hoja de mi espada reflejaba el blanco de la nieve posada; alcé la vista y vi desaparecer a Karmen para luego verlo en el aire a la altura del cuarto delantero de la bestia. Le propinó un golpe potente en su pata izquierda que hizo que un quejido de dolor saliera de sus fauces y rodara sobre sí mismo unos pocos metros. El caminante, poderoso, agachó la cabeza y miró sorprendido a Karmen; sin mucha prisa abandonó dolorido el camino sin dejar de mirar a su contrincante temiendo un segundo ataque. Aún tardó unos instantes más hasta que desapareciera de nuestra vista; en ese momento acudió un momento de pausa. Fue cuando María rompió a llorar y su hijo la imitó. Acudí a ella y la calmé con mis palabras.

—No temas, mujer, al menos mientras estés con nosotros.

—No puedo evitarlo, temo por mi vida y por la vida de mi hijo desde el mismo momento que nos exiliaron —dijo María con sentida angustia.

—Tenemos que buscar refugio; este caminante era poderoso e inteligente, puede que no sea el único. Huelo a tormenta, no sé si la mujer y su niño pudieran sobrevivirla —advirtió Karmen.

—Sigamos el camino un poco más. Perdonadme mi debilidad, pero siento que seamos un estorbo —habló secándose las lágrimas María.

—No hay nada que reprochar, no te excuses más de que seas lo que no eres. Hemos decidido protegerte y así lo haremos, no cejaremos hasta que encontremos un lugar seguro para ti y tu hijo, la vida es lo más importante —hablé intentando calmarla.

No me di cuenta mientras hablaba con María, pero justo a su espalda vi una puerta: otra ilusión más de mi imaginería. No se

veía clara, tampoco se veía cerca pero parecía sencilla a pesar del encuadre invernal en el que nos hallábamos. Aun en la lejanía supuesta, la puerta tenía un aspecto primaveral y su misma sencillez le otorgaba también belleza. Me invitaba su visión a traspasarla, era una señal que no podía obviar así que empecé a andar hacia ella, pero unos segundos de realidad hicieron que girara mi cabeza y con una sola palabra les invitara a unirse en este nuevo camino.

—Seguidme.

Karmen se sorprendió de que fuera yo quien guiara, pero no puso objeción alguna a mi resolución. María, sorprendida de que abandonáramos el camino, se incorporó al ver pasar a su lado a Karmen que seguía mis pasos y con celeridad se puso a la sombra de Karmen. Esa puerta me indicaba una línea clara hacia dónde dirigirnos.

Al abandonar el camino firme, nuestros pies se hundían en la nieve: oía el crujir de las ramas bajo mis pies, olía cómo una tormenta potenciaba el ozono de la atmósfera, pero, lo que más presentía, era cómo la puerta que yo solo veía me llamaba, cómo me atraía como un potente imán y tenía la certeza de que, al traspasarla, daría con la solución a alguno de los muchos problemas que teníamos. Dibujé una sonrisa que fue la primera desde que perdí el rastro de Raquel.

Expectante, Karmen no dejaba de mirarme intentado averiguar lo que guiaba mis pasos. Detrás de él, buscando el amparo de su persona, iba sumisa María, la cual miraba a todos lados con el miedo de que en este terreno fuera del camino del que nos apartamos, surgiera cualquier horror que nos volviera a amenazar la vida. Tenía abrazado a su hijo contra sus pechos el cual ahora dormía.

Me paré enfrente de la puerta a muy pocos pasos. Era extraña, pues no pertenecía al entorno: era una puerta de primavera, en la cual, a su marco se abrazaba en espirales una enredadera que daba una flor de campanillas lilas que la embellecían. La puerta estaba completamente abierta, no era de grandes dimensiones como otras que traspasé en el pasado. Esta tampoco me producía incertidumbre; la sensación que despertaba en mí era una bella palabra: *esperanza.* La traspasé con una sonrisa, pero en contraposición me invadió una extraña melancolía. Lo que fuera antes sonrisa, ahora mis labios dibujaban una línea recta. Después de pasarla seguí una espesura vegetal que apartaba con mis manos y la nieve caía a cada movimiento que daba hasta llegar a un extraño claro. Karmen y yo nos miramos hasta que él habló.

—No sé por qué motivo nos has traído hasta aquí, pero este espacio está creado por manos humanas —advirtió Karmen.

—Mejor no te cuento lo que me ha guiado hasta este claro —dije yo.

—Me estoy empezando a acostumbrar a tus rarezas, y sí, te agradecería que no me lo contaras, al menos por ahora —dijo suavizando las palabras Karmen.

—Sois muy extraños, no entiendo las cosas que pasan y no veo lo que vosotros veis, me siento muy incómoda —dijo María con voz asustada.

—Sí, lo somos. Yo creía que era muy raro hasta que me encontré a este joven. Desde que lo conocí me han ocurrido más cosas que en todos mis años vividos, y han sido muchos, demasiados —dijo con un triste acento Karmen.

—No eres tan viejo y yo te veo muy gallardo —dijo María sonrojándose a pesar del frío.

A Karmen le agradó cómo le sorprendió la declaración de María. Al ver que despertó su hijo, aprovechó la parada que hicimos al hablar para dar el pecho a su hijo. Karmen la miró con un atisbo de franca ternura en sus ojos. Dentro de sí había una batalla interna de sentimientos contrariados; esa mujer era bella y poseía la determinación de quien sabía lo que quería. Los dejé en paz a ellos dos y solo intenté investigar la razón por la cual la puerta me indujo a entrar en ella y llegar a este claro. A mi frente se levantaba una pequeña elevación rocosa y el resto que circunvalaba mi visión era un bosque poco denso en el que predominaban más los arbustos que los árboles. Empecé a andar para tener más visión de los alrededores y, a los dos pasos, pisé algo que sonó metálico que lo ocultaba la nieve. Karmen se alertó al oír ese sonido y despertó del ensueño de ver a María en lo que hasta a mí me parecía lo más tierno, que era que una madre alimentara a su hijo de su propio cuerpo.

Me puse de hinojos y quité la nieve para poder ver mejor el motivo de ese sonido metálico. Estábamos en mitad de ninguna parte, alejados del camino. Era una trampilla metálica; extraño era, pero tenía que descubrir su función. Karmen, con su voz, paró mi acción.

—No sabes hacia dónde nos conducirá, ¿crees que es buena idea?

—Algo que no puedo explicarte me ha dirigido hacia aquí. Mira la tormenta que se avecina, nosotros podemos sobrevivirla pero esta mujer y su hijo… temo por ellos. Lo que haya bajo esta trampilla no

creo que sea más malo que exponer a María y a su hijo a la inclemencia de los elementos —dije con triste acento.

—Ábrela, al menos espero que les demos cobijo —afirmó Karmen resoluto.

Era pesada, pero tenía fuerza suficiente. Me costó menos de lo previsto abrirla. Karmen estaba a mi lado preparado por lo que pudiera acontecer cuando sentí un sonido metálico en el fondo oscuro de la oquedad que dejé al abrir la trampilla; al mismo tiempo que el calor exhalado por el interior subía hacia nosotros, ese sonido me dio una alerta clara que me hizo alejarme del lugar abierto. Dos atronadores disparos sonaron del interior y vi como dos balas silbaban trazando una línea ascendente donde antes estaba mi cuerpo. María se asustó y se puso a llorar contagiando a su hijo que hizo lo mismo, hecho que propició un murmullo en el interior de aquel lugar. Fuera donde condujera aquel sitio en el que nos dispararon a matar, era ahora momento de que las palabras tuvieran lugar.

—Somos gente de paz, no somos una amenaza—hablé intentando pacificar.

Pasaron unos minutos de silencio; nos apartamos unos metros del agujero para que, si salían, tuvieran espacio. No estábamos seguros de que salieran, pero esperamos. A los pocos minutos, salió una cabeza protegida por un extraño casco metálico que, cuando pudo, nos apuntó con un cañón largo al ver a Karmen con el pecho desnudo a pesar del intenso frío. El viento empezó a arreciar pues la tormenta avanzaba; dirigió el cañón hacia él, porque el guardián sentía una amenaza en nosotros (cabe decir que Karmen no cambió su porte, si bien bajó su cabeza en un pequeño gesto de rendición). Aquel que salió estaba extrañado mirándome a mí, a Karmen y a la mujer; levantó la vista al ver la tormenta que se avecinaba evaluando la extraña escena, cuando detrás de él salió otra persona pero portando una pistola en cada mano. Este último se dirigió a nosotros.

—¿Cómo habéis encontrado la entrada a nuestra morada? —preguntó el segundo hombre claramente molesto.

—Una casualidad, buscábamos refugio para protegernos de la tormenta que se avecina, cuando nuestros pasos dieron con esta trampilla — intenté ser convincente.

Los dos hombres deliberaron, les dejamos tiempo y espacio; a pesar de nuestra actitud pasiva, echaban miradas furtivas tanto a nosotros como al cielo. Fueron minutos lentos pero a lo último de su parlamento, miraban más a la mujer que a nosotros. Yo

comprendí sobradamente lo extraño de nosotros, tanto el contraste como nuestra rareza, hasta que al final se dirigieron a nosotros.

—Esperemos no equivocarnos. No nos inspiráis confianza ni tú, ni tu compañero que, por lo visto, no teme a este frío, pero esto lo hacemos por piedad a esta mujer y su hijo que no creo que sobrevivan a esta tormenta, ¡bajad!—dijo sin dejar de encañonarnos.

María dio un suspiro de alivio, cosa que calmó a los guardianes de ese lugar; uno de ellos la ayudó a bajar. Nosotros no teníamos que protegernos de la tormenta venidera, pero no podíamos dejar a María y a su hijo sin cerciorarnos de que era gente de bien. Si no lo fueran, aseguro que tendrían razón de sobra para temernos.

Uno de ellos empezó a dar vueltas a los alrededores cerciorándose de que éramos los únicos que nos encontrábamos en las cercanías de la compuerta, volvió a mirar una vez más hacia el cielo torciendo el gesto al ver la tormenta ya inminente; fue hacia el bosque y volvió con una piedra que colocó a un lado de la compuerta para que se acumulara la nieve con más celeridad y ocultara el acceso. Con un gesto nos indicó que descendiéramos. María se quedó parada sabiendo que no podía descender con el niño en brazos; Karmen se le acercó, cogió al bebé con dulzura y con una leve sonrisa tranquilizó a la mujer. Así descendimos con cuidado los tres siendo los guardianes de ese lugar escondido los últimos en hacerlo. Al cerrar la compuerta por dentro, se hizo un silencio incómodo. Karmen devolvió al bebé a su madre con un «gracias» que fue un susurro arrancado de sus labios, temiendo quebrar el vacío del sonido del aquel lugar.

Empezamos a caminar por unos pasadizos subterráneos débilmente iluminados que parecía un laberinto labrado por mano humana. Los guardianes de ese lugar no perdían de vista a Karmen ni bajaban sus armas de fuego; impresionaba verlo con el torso desnudo, le temían y no les faltaban razones. A los pocos minutos topamos con una puerta de hierro maciza: sus gruesos tornillos indicaban su consistencia. Dieron unos golpes a la puerta esperando la respuesta de la llamada. La portezuela, con una mirilla que había en el centro de dicha puerta, se abrió y pude distinguir como los ojos de aquel que estaba detrás de la puerta se abrían desmesuradamente y volvieron a su estado natural al ver a María y su bebé.

Con un sonido chirriante que hizo eco en aquellos pasajes pétreos, la puerta se abrió (una más en el camino andado, un lugar singular más). Nada más pasar la puerta nos invadió un calor

intenso pero agradable. María suspiró aliviada de que, por fin, sentía una temperatura cómoda. Al fondo, empezaron a sonar martillos contra metal; anduvimos un poco más y llegamos a una sala inmensa de roca natural. Vimos al fondo saltar chispas ígneas disparadas por el aire de enormes fuelles y se olía el sudor de hombres fornidos trabajando duro; así, se dieron cuenta de nuestra presencia. Sus ojos se clavaban en nosotros con signos claros de interrogación. Karmen y yo manteníamos la calma, no lo mismo que sentía María, hasta que un hombre de mediana estatura, de gran musculatura de años trabajados, calvo y con barba de pocos días, nos miró detenidamente hasta que tomó uso de la palabra.

?Sois guerreros¿—

Karmen se adelantó y le contestó con serenidad calma.

—Lo somos, pero no debemos lealtad a nadie.

—Se ve claramente que lo sois, pero lo que no cuadra es la mujer que os acompaña con su bebé. ¿Alguno de vosotros es su padre? —interrogó el que parecía el jefe de este lugar.

—No, la encontramos en el bosque; la repudió su comunidad y desde que la vimos, la protegemos —le contesté yo imitando el mismo tono de voz que usó Karmen.

Aquel hombre sonrió negando con la cabeza; miró a la mujer como si mirara algo valiosísimo con carencia de maldad en todos sus gestos.

—Algunos tiran a la basura tesoros. Bien, mi nombre es Rufus; esto que veis aquí son las fraguas del manantial: un lugar secreto y escondido hasta que vosotros lo habéis descubierto justo a tiempo, pues la tormenta ya está encima de nosotros. No creo que la hubierais sobrevivido. ¿De dónde procedéis? —volvió a preguntar Rufus.

—De las cinco ciudades del este —contesté yo.

—He oído hablar de ellas. Estáis muy lejos de esas ciudades y demasiado cerca de Inferno: un mal lugar. Por eso nos escondemos aquí; solo salimos si es preciso y con mucha cautela. Inferno es una ciudad que su propio nombre la delata y quien allí se hace llamar rey, es un infame…

—Allí es donde nos dirigimos —le cortó Karmen.

—¡Estáis locos! Allí solo se respira muerte y degradación; esa ciudad no es para esta mujer y su bebé. Su rey es cruel, está loco…

—Somos conscientes, pero allí se encuentra alguien que es muy importante para nosotros —volvió a cortarle Karmen.

—Esta mujer y su bebé, repito, ¿la llevaréis a esa ciudad? —preguntó angustiado Rufus.

No sabía qué palabras articular y cuando el señor de este lugar me vio dubitativo, volvió a hablar.

—Dejadme enseñaros este lugar pues esperaréis seguramente a que amaine la tormenta. Seáis bienvenidos y comprended las reservas de la gente de este lugar. Aquí nunca entran extraños y sois los primeros desde que nació esta comunidad, por lo que seréis vigilados por guardias. ¡Comprendedlo! Nuestra seguridad es lo primero —dijo Rufus con tono amable.

—Lo comprendemos y lo aceptamos —le respondí respetuoso.

Empezamos a andar por anchísimas galerías, por casas labradas en la misma tierra alejadas unas de otras en ese poblado subterráneo; pasamos al lado de un manantial que manaba del alto de una roca, para caer en una piscina artificial y discurrir por una sima para perder la corriente acuosa de vista. No había mucha belleza en esa cueva, todo era práctico y funcional. Pasamos al lado de una plantación de champiñones y de otra de setas que no pude determinar. Pasó una hora hasta que llegamos a una casa un poco más grande que las demás: era una casa única que no estaba hecha dentro de la roca, sino que se situaba en una amplia cámara justo en su centro. Entramos en ella y un pequeño fuego en su centro daba el calor necesario para una temperatura amable. Rufus nos invitó a que nos sentáramos en unos sillones de madera forrados de pieles, que, a pesar de su tosco aspecto, eran bastante cómodos. María aprovechó para alimentar a su bebé: todos hicimos pausa al ver como de su pecho desnudo alimentaba a su hijo. Vi que a Rufus ese gesto le hacía humedecerse los ojos y que una lágrima resbalaba en su rostro; con un pañuelo se secó y, sentados cómodamente todos, él empezó a hablar.

—Hace más de tres décadas vivíamos algunos de los que habéis visto en una aldea en la superficie, hasta que un fatídico día las huestes de Inferno nos atacaron y la destruyeron, no sin pagar un alto coste en su incursión. Los pocos supervivientes emprendimos un exilio el cual nos supuso también un coste humano en el trayecto a cuenta de los más débiles. Fue una casualidad que uno de nosotros descubriera esta cueva en la cual nos encontramos, y al explorarla, nos dimos cuenta del gran potencial que tenía para ser nuestro hogar: una mina de hierro, un manantial de agua pura y espacio de sobra lejos del peligroso exterior. Teníamos herramientas (el único bien que tuvimos que rescatar de nuestra aldea extinta). Sellamos todas las entradas que tenía la cueva y creamos algunas galerías, casas labradas dentro de la misma roca, hornos para fundir el metal y herrerías para crear herramientas útiles y armas. Solo

salen exploradores de vez en cuando para informarnos de lo que ocurre en la superficie y proveernos de caza al igual que de madera; yo mismo soy explorador. Aquí hemos encontrado la seguridad y la tranquilidad que no nos ofrecía el exterior pero tenemos un problema grave.

—¿Cuál es ese problema? —le insté con mi pregunta a que lo expusiera.

—Aquí vivimos noventa hombres y veinte mujeres. Ahora mismo, para nosotros las mujeres son motivo de veneración. Ellas mandan aquí menos en el puesto de señor, que lo ocupa hombre o mujer; mandan porque tienen que atender con su consentimiento a varios hombres, y los hombres tienen que tratarlas lo mejor que pueden para ese mismo hecho. Las mujeres son nuestro más preciado tesoro, más aún que el hierro y el agua —dijo resoluto Rufus.

—Pensáis bien. Solo el hecho de ser madre es motivo de veneración —dijo Karmen.

María alzó la vista orgullosa de las palabras de Rufus. Donde ella nació la despreciaban y aquí, una mujer adquiría su real importancia. Seguía mirando a Karmen, mas nunca dejó de hacerlo.

—Llegados a este punto y en vista de que tenéis un destino muy peligroso, os ofrezco mi hospitalidad el tiempo que requiráis. ¿Cuándo pensáis partir? — preguntó Rufus.

—Ahora mismo —cortó Karmen.

Todo el mundo se quedó en silencio; ni yo mismo esperaba esta premura en las palabras de Karmen, pero estaba incompleta la exposición de sus palabras y Karmen volvió a hablar.

—Si a María le parece bien, se quedará a vivir en este lugar pues a nuestro lado y en nuestro camino hay demasiado peligro para sobrevivirlo, y este me parece un buen hogar para ella —dijo Karmen con una tristeza que se escondía detrás de sus palabras.

—Para nosotros y para esta comunidad, ella y su niño serían un regalo que os aseguro aquí será bien tratada, siempre que sepa que no será mujer de un solo hombre; los que ella permitiera y nunca sin su consentimiento. Aquí no obligamos nada a nadie y a vosotros, os ofrezco asilo si volvéis vivos de Inferno. Necesitamos guerreros —dijo con sinceridad Rufus.

—Nosotros tenemos nuestro camino, pero no os olvidaremos — se dirigió a María—.¿Qué te parece la oferta del señor de este lugar? Aquí, tu hijo crecerá sin peligro y tú podrás estar segura. Es tu decisión, solamente tuya.

María dejó a su niño acunado por las pieles de los rústicos sofás.

Llorando, dio unos pasos que aceleró hacia Karmen y lo abrazó con desesperación. Karmen se quedó desarmado y vi lo que jamás pude ver en Karmen: ternura. Le correspondió en el abrazo y dejó unos instantes de pausa a lo que María le habló rota por la emoción.

—¡Quédate conmigo aquí, te haré feliz! —dijo angustiada María.

—No puedo; no niego que hayas despertado en mí algo ya olvidado, pero no tendría más de lo poco que me queda de corazón para primero amar y luego verte marchitar y después morir; otra vez. No sabes cuánto tiempo llevo viviendo en este mundo, y por tu bien, por tu felicidad, déjame marchar en paz, María —expuso Karmen con la amargura de palabras antiguas de su pasado.

María se puso a llorar amargamente. Karmen avanzó unos pasos dando la espalda a María y yo me adelanté a consolarla sabiendo la razón que tenían las palabras de Karmen. María me miró asintiendo y, mirando a su bebé, lo cogió en brazos. No dejó ni un momento de mirar a Karmen, aunque también miraba a su bebé hasta que Karmen rasgó con sus palabras el velo de incertidumbre que aún había en la sala.

—La decisión está tomada. Aquí estarás bien mujer, mejor que la vida que yo te pudiera ofrecer. No lo hago por egoísmo, créeme, lo hago con la generosidad del que sabe cuál es la mejor decisión —le dijo Karmen con un tono de voz que yo nunca le había oído vocalizar.

María dejó otra vez con cuidado a su bebé en las pieles del sofá, ya calmado y a pesar de que Karmen estaba de espaldas, se acercó a él, y ya con palabras serenas, aunque no la viera, la oiría.

—Sé que me amas, sé que quieres lo mejor para mí aunque me dejes. Ahora te digo que, aunque no sepa escribir, mis hijos sabrán y tu nombre será recordado por mi hijo, y los hijos de mis hijos que en este lugar o en otros sean recitados. Todo aquello que vi en vosotros será recordado, porque si estamos vivos es por vuestra generosidad. Sigue tu camino que sabes que siempre por mí serás amado —afirmó rotunda María con los ojos inundados en lágrimas contenidas.

Intervino Rufus, pues la escena se alargaba y alguien tenía que darle fin:

—María, ¿te quedas con nosotros? Aquí estarás segura y tu hijo crecerá sin peligros.

—Así sea —dijo María sin dejar de mirar a Karmen.

—Gracias por dejarnos este tesoro; gracias, María, por confiar en nosotros —habló Rufus.

—Partiremos ahora, no podemos esperar pues tenemos que

encontrar a una persona y el tiempo se nos echa encima. Tenemos que dar un paso para atrás para dar dos pasos hacia delante —dijo ausente Karmen.

—¿Con esta tormenta? —habló Rufus sorprendido por el peligro que era el exponerse a los elementos.

—Para nosotros no es ninguna dificultad, te lo aseguro; solamente nos ralentizará —replicó Karmen.

—Es vuestra decisión, pero tengo que ofreceros un presente porque esta mujer y su hijo son un regalo para nosotros.

Rufus fue hacia una habitación contigua y a los pocos minutos, apareció con unas cajas alargadas.

—Aquí tenéis dos pistolas y bastante munición; son de las mejores que hemos podido fabricar aquí y tenemos años de experiencia. Espero que os ayuden a protegeros porque el lugar hacia donde os dirigís es posiblemente el lugar más peligroso conocido.

Las cogí y con un movimiento leve de mi cabeza asentí en signo de agradecimiento. Miré a Karmen que se mantenía ausente; salimos fuera de la casa del jefe de esta comunidad y varios guardias con las armas bajas nos flanquearon para acompañarnos hacia la salida. Empezamos a caminar cuando vi a María salir de la casa y, a paso vivo, llegó hasta nuestra altura, miró a Karmen a la cara y le besó en los labios. Karmen le devolvió el beso.

—Nunca me olvidarás —dijo María.

—No pensaba hacerlo —replicó Karmen.

María aceptó la resolución de su futuro y volvió a la casa. Siempre la madre cuidará de su hijo por encima de todo. Vi una herida abierta en la coraza de mi compañero. Rufus titubeaba como si nos quisiera decir algo, yo estaba pendiente de que lo soltara hasta que su indecisión me impacientó y con mis palabras le induje a que hablara lo que ahora callaba.

—Rufus, quieres decirnos algo, ¿es así?, ¿no?—le pregunté.

—Así es. Soy explorador y hace dos días vi a un personaje extraño que se dirigía en la dirección de Inferno. Llevaba una túnica gris y un gorro de punta; caminaba apoyándose en un bastón que le superaba en altura, un caminante extraño —dijo dubitativo Rufus.

—El Mago; nos va indicando el camino para encontrarlo — afirmó rotundo Karmen.

—Vamos, pues, perdemos tiempo. Yo también quiero encontrar a Raquel — dije angustiado.

Fuimos recorriendo las galerías y cámaras de la entrada en el sentido contrario hacia la salida que encontramos. No fue mucho el

tiempo que tardamos en volver al laberinto de pasadizos del principio y subimos al exterior con Rufus. Karmen lo apartó en un rincón solicitando hablar. No oí la conversación a pesar de mis sentidos agudizados, pero vi turbado a Rufus. Karmen se acercó a mí y subimos la escala que nos llevaba al exterior; una vez fuera, los elementos nos castigaron con fuerza. La tormenta era iracunda, pero no nos afectaba puesto que podíamos con ella. La trampilla se cerró tras nuestra salida y empezamos a andar con la dificultad que nos ofrecía la tempestad. Sentí a Karmen extraño; fuimos hacia una cornisa que nos protegía y Karmen se dirigió a mí.

—Necesito descansar. Sé mi vigía esta noche desolada, solo necesito unas pocas horas de sueño.

—Karmen, dime, si quieres, ¿ha sido duro para ti?

—¡No te lo puedes imaginar! Siendo sincero, realmente esa mujer era especial pero no podía anteponer mis deseos a su bienestar, sería egoísta. Cuando vivas los mismos siglos que yo he vivido, lo comprenderás. Ahora, busquemos refugio.

—¿Y después?

—El Mago nos está indicando el camino, vamos a Inferno. Prepárate para ello; ahora que sé que está vivo, puede ser el mejor de nuestros aliados y, posiblemente, un claro protagonista de esta historia.

En esa cornisa natural que nos protegía de los vientos fuertes de la tormenta, allí Karmen se acurrucó en su interior y empezó su sueño. Entonces vi la humanidad de mi compañero. Cuando ya estaba dormido, me expuse a la tormenta y, a pesar de que era violenta, solo pensaba en volver a estar al lado de mi amada. Así pues, mi guardia comenzó con el pensamiento de volver a estar en los brazos de Raquel.

9. SOMBRAS EN NOCHE SERENA

En la madrugada más oscura y desolada, donde la tarde fue una tormenta fría y violenta y la noche pasó calma pero tremendamente gélida, en la más grande de las cinco ciudades del este, era una sombra entre sombras, un ánima con las manos embadurnadas de sangre la que llamó a la puerta. El guardia lo reconoció y el miedo le invadió súbitamente: ¿no se habían marchado todos los directores de las ciudades y al poco acudía el director de Vera a su ciudad? A pesar de la poca luz, vio en él algo diferente: una negrura que era patente en su mirada. No hubo palabras.

El chirrido de las bisagras al abrir la puerta fue el único sonido de esa noche en la que hasta el viento estaba ausente. Al guardia no le pasó inadvertido lo fuertemente armado que estaba el director de Vera. A la espalda llevaba un rifle; en los costados, dos pistolas de gran calibre y en el pecho, un cuchillo de caza que se enfundaba en una correa que le cruzaba el pecho. Pasó con su montura a través de la puerta con el mismo silencio con el que se presentó, ni tan siquiera una mirada a los guardias que custodiaban la puerta de esta noche; tampoco ellos dieron pie a ninguna conversación. La sorpresa de verlo enfundó las palabras en una pausa que desapareció al ver como la espalda del director desaparecía engullido por las calles de Vera.

Nadie en la ciudad lo vio. El frío intenso hizo que sus habitantes se esmerasen en que las chimeneas estuvieran bien alimentadas y no perdían tiempo en mirar las calles de la ciudad. Tampoco había patrullas ya que todas ellas estaban intentando calentarse en cualquier fuego. El director de Vera recorría sus calles con la cabeza gacha; estaba muy cansado pero si alguien se hubiera fijado en su cara, dibujaba una débil sonrisa triunfal. Los cascos del caballo levantaban ecos en su paso sobre el empedrado de la ciudad pero se ahogaban en la gélida atmósfera. Levantó la cabeza al ver el ayuntamiento. Esperaba que la noticia del abandono de la hermandad de las ciudades aún no se hubiera arraigado en sus nuevos dirigentes: los alcaldes. Ahora las cinco ciudades eran suyas. Desmontó justo en las escaleras del ayuntamiento. El bedel lo vio pero no lo reconoció; dada las horas y la sorpresa, dio la alarma. El director de Vera, al subir el quinto escalón, vio como cinco hombres se le acercaban. Estaba débil y cansado, si no, los hubiera matado. Se echó la capucha hacia atrás descubriendo su rostro. A la orden de uno de ellos, todos pararon al reconocerlo y agacharon la cabeza

a modo de saludo. Él les replicó, pues no tenía en la boca muchas palabras; solo quería llegar a la cúpula eterna para ejecutar su plan y necesitaba urgentemente descansar.

Fue recorriendo las dependencias del ayuntamiento escoltado por la guardia de la noche hasta que, estando cerca de la escalera que daba entrada a la cúpula eterna, paró y con un gesto de la mano, los despidió. El último tramo que accedía a su hogar agradecía hacerlo en soledad; sentía como las fuerzas daban aviso de abandono, pero no podía ceder al cansancio, aún no. Llegó a la parte blindada de la cúpula eterna, el lugar más elevado de la ciudad de Vera que dominaba toda la ciudad, se paró unos segundos ante ella y dio unos golpes. Nadie contestó, esperaba que su fiel sirviente aun estuviera dentro; vio como la espera empezó a aflorar una ira que le era familiar cuando oyó unos ruidos detrás de la puerta que le aplacaron; la puerta empezó a abrirse y vio en la apertura la silueta de su deforme sirviente Paolo, el cual se quedó sorprendido y pasó unos segundos para que se recuperase de la sorpresa.

—¿Señor director?

—¡No ves que soy yo! ¡Abre, no tengo hoy mucha paciencia!

—No lo esperaba, señor. Pensaba que venían a ocupar la cúpula eterna los hombres del alcalde; como la hermandad se fue de las cinco ciudades, esperaba mi muerte, señor.

—No, Paolo, hoy no.

—Me alegro de verle, señor; le veo diferente. ¿Qué necesita? Lo veo muy cansado.

—Y lo estoy, pero no hay tiempo que perder. Llama al alcalde y me da igual si está dormido o lo que haga a estas horas. También necesito que mandes el siguiente mensaje a las otras ciudades y feudos: «la hermandad no ha abandonado las ciudades; ahora, en Vera, está quién dirigirá todas ellas».

—¿Y los demás directores? ¿Ocuparán sus puestos? ¿Todo volverá a la normalidad?

—No, Paolo, no volverán. Están todos muertos, fui yo. Ahora, la hermandad y el director de todas las ciudades, soy yo.

Paolo se quedó pensativo; sabía que su amo había cambiado pero no sospechaba cuánto. Se quedó un segundo observándolo y vio un aura de oscuridad y muerte que le envolvía. Reparó en sus manos y vio costras de sangre reseca en ellas.

—No me mires así; tenía que hacerlo. Se avecina una nueva era y ellos solo eran un obstáculo. Me estoy transformando y no puedo ser débil. Me inyecté una solución que yo mismo preparé, pero no

sé lo que puede provocarme; mañana, si estoy vivo, es que ha funcionado. Si me afecta negativamente huye de aquí, mi fiel sirviente, pues no tardarán en matarte en cuanto descubran mi cuerpo.

—Mi señor, he vivido con la muerte desde que tengo uso de razón, de hecho, al oír la puerta esperaba que fuera ella la que me llamara.

—¿Acaso la deseas?

—No, señor, vivo con ella, a su capricho y a su suerte.

—¡Basta de cháchara! Las fuerzas me abandonan; ve y haz lo que te dije.

Paolo abandonó la habitación y el director de Vera, a pesar del cansancio, se acercó a los ventanales que rodeaban la habitación circular y que no perdía ningún ángulo de la ciudad; no podía ceder a los deseos de perderse en la inconsciencia y se recreó en las vistas de la ciudad desde el privilegio de las alturas de la cúpula eterna. Sus ojos se entrecerraban paulatinamente a pesar del esfuerzo de mantenerlos abiertos cuando los pasos de dos personas hicieron que se sobrepusiera. Era Paolo con el alcalde, lo cual era de esperar.

—Señor, el alcalde.

—Señor director.

—Espero no haberlo molestado en demasía, más llevas poco en el cargo que yo mismo te asigné; espero que no seas igual que tu predecesor, no hace falta que te diga cómo acabó. Por mi tono de voz, verás que estoy extremadamente cansado y quiero que atiendas a mis palabras. Ahora, las cinco ciudades tienen un líder que soy yo pero quiero que solo lo sepan los alcaldes de las cinco ciudades. Necesito disponer de la gente que tenéis a vuestras órdenes, pues se inicia un nuevo orden. ¿Alguna objeción?

—Ninguna señor, les haré saber.

—No hace falta, ya se ocupará mi sirviente de que tengan conocimiento; solo quiero mirarte a los ojos y saber que estás a mi lado.

Raven miró a los ojos del alcalde de Vera y vio su miedo manifiesto, lo cual le encumbró de poder y, satisfecho, lo despidió sin permitir que hablase.

Se tiró en un sillón abandonándose a la fatiga. Paolo le trajo una copa de licor, la cual apuró de un trago. El sirviente no dejó de ver una sonrisa maliciosa en su dueño; le volvió a llenar la copa y volvió a vaciarla con la misma celeridad que la anterior. El sirviente ya no temía a la muerte después de tantos días de esperarla, entonces la osadía le instó a preguntar.

—¿Qué va a hacer ahora, mi señor?

—Lo que quise desde el principio: matar a todos los durmientes y tener el control de las cinco ciudades. Ya no habrá más intromisiones en mis planes; además, estoy transformándome para ser más fuerte y tengo escondidas más creaciones en un refugio para cuando nos haga falta.

—Tiene que descansar, ¿necesita algo más?

—Sí, necesito comida, mucha comida y cuando la traigas, cierra esta puerta bien fuerte. No sé quién seré mañana cuando despierte y no te olvides de hacer saber que, desde ahora, la hermandad soy yo, solo yo.

—Como desee, así se hará, señor.

Paolo hizo caso de su señor y trajo ingentes cantidades de comida a las dependencias privadas, las cuales cerró así como le indicó. Cuando las abriera, sabía de sobra que no sería el mismo señor que antes era pues vio como la locura se abría paso hacia él, pero ¿qué podía hacer un ser deforme en este mundo cruel?

En la puerta contraria por la que entró el director de la ciudad de Vera, se abrió la portezuela (en vez de las dos grandes hojas) y una persona con la cara tapada, de mediana estatura y con un sombrero de poca ala pasó por dicha portezuela. Miró hacia sus dos laterales y vio que no había más guardias. Los que custodiaban la entrada estaban muertos a su espalda. Se empezó a tantear su cuerpo, empezó a flexionar sus piernas y rio satisfecho. Habló bajito para sí mismo.

—No está mal, nada mal. Pensé que no encontraría un cuerpo digno pero las prisas eran muchas y tenía que poseer rápidamente un fallecido reciente. Tuve suerte, pues me gusta este cuerpo, aunque ya lo iré mejorando así vaya teniendo más fuerza —finalizó su conversación con una risita un tanto tenebrosa.

Miró los alrededores sin moverse y vio la ciudad de Vera desde su entrada norte. Se bajó el pañuelo que le tapaba la cara y realmente satisfecho de lo que veía, empezó a andar por las calles de esa ciudad. Iba de acera en acera casi trotando, paraba, volteaba su cuerpo y seguía andando; le gustaban las edificaciones que habían creado estos supervivientes, le encantaban las laberínticas calles y aún más cuando era de noche. Hacía mucho tiempo que estaba latente, que dormía suspendido en el olvido y jamás pensó que pudiera despertar de la cárcel del letargo al que le habían condenado sus hermanos; les haría una visita uno a uno, pues él tenía la convicción de que solo tenía que quedar uno: solo él. Despertó porque un hecho que pensó que jamás pudiera ocurrir,

ocurrió, y fue hace tan poco que tenía que ver a aquel que pudo contactar con la madre Tierra. Quería que le enseñara cómo lo hizo pues quería hacer lo mismo; sentía quiénes estaban despiertos pero no los podía ubicar y eso le hizo enfadar. Pero no estaba en esta ciudad por ese motivo, pues ninguno de ellos se encontraba aquí en este reducto artificial de creación humana. Seguía a un ser que vio en él una oscuridad profunda, tanta que quizá rivalizara con la suya; tenía que ir hacia él, pues necesitaba aliados en este tiempo que no era aún suyo y esa persona era el perfecto socio. ¡Cuánta ira, cuánto rencor y cuántas ansias de sangre! Veía en él una sombra que estaba enraizada; siguió andando, mirando ventanas y portales, todos cerrados hasta que, al girar una esquina, se encontró dos guardias, un leve contratiempo.

—¡Alto! ¿Es que no sabe que es el toque de queda? —dijo un guardia.

—No lo sé, no soy de aquí y soy de todos sitios —riendo contestó.

—Menos guasa, identifíquese —con la porra desenvainada habló el segundo guardia.

—¿Mi nombre? He tenido tantos…Bueno, tuve uno al nacer pero ya no lo recuerdo, fue hace mucho tiempo; pero por un pecado me quitaron el nombre porque yo soy el caos y el miedo y, salgo en tus peores pesadillas. Me encanta susurrar inquina para otros, me divierto con las maquinaciones viles y los juegos de poder que siempre portan sangre derramada, soy alguien que jamás deberíais haber encontrado —dijo con una malévola sonrisa.

Los guardias se quedaron perplejos. Querían pensar que estaba borracho, pero hablaba claro. Un loco, pensaron, pero no podía estar aquí así que se acercaron los dos hacia él para apresarlo cuando, en su interior, el instinto les mandaba salir corriendo lejos de ese ser. Él los miró impertérrito con la misma sonrisa en su rostro. Un guardia descolgó los grilletes de su cinturón y raudo el extraño personaje se los arrebató para sorpresa de los guardias: golpeó al más cercano en la sien causándole la muerte instantáneamente. Al muerto le arrebató la porra y se puso delante del otro guardia; los momentos de confusión fueron fatales, pues dudó y los golpes que recibió fueron certeros sin tan siquiera luchar. Cayó al suelo por los embates de la porra y allí, inconsciente, recibió la muerte.

El personaje de sombrero de poco vuelo estaba satisfecho pues matar le proporcionaba placer, pero era demasiado fácil. Necesitaba grandes intrigas que desencadenaran dolor. Alzó la vista y notaba

una anomalía que trastocaba sus inmediatos planes. Aquel que portaba esa sombra oscura estaba muy cerca de la muerte, lo presentía claramente pero no podía dejar que ocurriera, pues lo necesitaba: era una pieza básica en sus movimientos, así que corrió hacia donde él estaba. En una plaza despejada vio un edificio que superaba en altura a cualquiera de la ciudad. Allí se encontraba aunque advirtió que estaba bien custodiada. Podría matarlos a todos aun con este cuerpo incompleto, pero tenía prisa. Miró la estructura y decidió escalarla como una sombra en esta noche calmada. Empezó a trepar para encontrar al que le ayudaría con gusto a sus fines los cuales eran realmente viles.

A más de cien kilómetros al sureste, se desplazaban cinco personas en una noche en calma en contraste con la tormenta del día pasado; ya estaban fuera del alcance de las luces del feudo de Azuer y se desplazaban callados. Para tres de ellos era terreno desconocido y a pesar de que estaban bien abrigados, sus miradas se volvían hacia todos lados esperando que en la complicidad de la noche fueran atacados. En primera línea estaban Antón y Gabriel, tranquilos y diligentes en la dirección a seguir; sus atributos les permitían ver más claramente en la oscuridad que a sus acompañantes. Bruscamente pararon y sus miradas se dirigieron en dirección hacia el norte. Así estuvieron unos pocos minutos los cuales dejaron perplejos a sus acompañantes. Albert, el que fue director de Ulsan, se adelantó, pero no los interrumpió hasta que Gabriel habló:

—Algunos de ellos han vuelto. ¿Lo sientes?

—Sí, no están demasiado lejos; nos buscarán, pues ahora están perdidos. Tenemos que ir hacia allí, pero no está Silvan entre ellos —le contestó Antón.

—¿Cómo lo sabéis? —interrumpió Albert.

—Tenemos un vínculo entre nosotros. Aunque los que han vuelto ninguno pertenece a los durmientes, uno de ellos creó el mismo vínculo como si lo fuera, y no está solo —le explicó Gabriel.

—Realmente estoy sorprendido, digamos, de vuestras habilidades. Sois muy poderosos, más de lo que imaginaba —se sinceró Albert.

—Aún no has visto nada, pero estoy preocupado por lo que haya podido hacer aquel que tú llamas Raven. Aunque se haya inyectado reactivos, no es tan tonto como para perder las cinco ciudades. Creo que se está transformando si su locura no lo mata antes; hemos de temerlo y no sin encontrar primero a aquellos que han vuelto. Debemos evitar feudos y ciudades, tenemos que encontrarlos —

ordenó Antón.

—Sea, pues. Os confío a vuestro juicio mi vida y vosotros sabéis mejor que yo por dónde caminar en Tierra de Nadie. Solo nos une el fin de ese loco psicópata que ha matado a la hermandad y no pararé hasta que le vea agonizar con mis propios ojos —dijo seriamente Albert.

—Sigamos entre la oscuridad que nos ampara en esta noche, pues queda aún trecho por recorrer y estate tranquilo, que por nosotros no serán desacertados los deseos que tienes, pues son los mismos que los nuestros; tenemos que matarlo por el bien de esta humanidad —dijo Antón.

10. ECOS DE LA CIUDAD DE PIEDRA

El paisaje se volvía más espeso según avanzaban. Tenían que tomar dirección sur.

Prometeo se dio cuenta de que Antón y Gabriel percibieron el vínculo que tenían entre ellos. Él no recordaba nada anterior a su estancia en la enorme biblioteca subterránea en la que pasó un tiempo, y en la que nunca tuvo medida alguna absorbido por las letras de los libros que, por muchos leídos, nunca saciaban sus ansias de conocimiento, ni de sumirse en las historias relatadas en ellos. Él moldeaba en su imaginación cada personaje y cada paisaje que leía absorbido en cualquier libro. Ahora era tiempo de vivir fuera de la biblioteca su propia historia sabiendo que estaba fuertemente encadenada a Silvan y que para poder avanzar, tendría que volver atrás. Sabía que estaba vivo pues su vínculo con él era tan fino como un hilo quebradizo, aunque sentía que estaba muy lejos. Ahora era tiempo de reunirse con Antón y Gabriel y, con más premura, el de proteger a Héctor y Noelia. La noche estaba encima y aunque fuera en principio calma, el frío sería más intenso y ellos, con la ropa que ahora llevaban, no la aguantarían.

Caminaban sin guía ni camino; era terreno llano pero cada vez más tupido de vegetación. Prometeo se volvió hacia Héctor y Noelia y ellos le miraron sorprendidos de parar la marcha. Noelia le miraba con la angustia de tener que volver a las cercanías de las fronteras de la hermandad; Héctor tenía una mezcla de tristeza y rabia por la muerte de su único familiar, Florián de Selva. Él le devolvió una mirada de comprensión: la esperanza la había truncado una tormenta en el mar, pero no había cuerda rota que no se pudiera anudar. Quería hablar, pero creyó que sería la única vez que el silencio fuera mejor consuelo. Siguieron andando hasta que vieron una loma lo suficientemente elevada para poder tener mejor panorámica; aceleraron el paso, pues el tiempo estaba en su contra. Así como la noche avanzaba, las temperaturas descendían y tenían que buscar refugio y calor o la cuerda se dañaría aún más. Si mucho apreciaba a Héctor y si Noelia pereciera, no podía imaginar su reacción mas eso no podía pasar. Quemaría el bosque aunque fuera necesario solo por preservar la vida de Noelia aun yendo en contra de la naturaleza que tanto amaba, pues amaba más a aquella mujer que a sus principios. Veía como una sombra oscurecía su corazón al tener esos pensamientos, pero no hay luz sin oscuridad, pensó sin mucha razón.

Coronaron la loma con el frío adhiriéndose a la piel de sus compañeros cuando la vista privilegiada de Prometeo vio unas luces no muy lejos de donde estaban. Prometeo les señaló el sitio pero ellos estaban más preocupados de conservar el calor; parecían fantasmas que le acompañaban, por lo cual, Prometeo fue hacia el lugar de las luces sin perder tiempo. Noelia, al poco de empezar a descender la loma, cayó. Prometeo fue hacia ella con mucha preocupación y al levantar la cabeza, Noelia le sonrió:

—Mi amor, no pienso morir aquí. Solo estoy muy cansada.

Héctor también se acercó e intentó incorporarla. Prometeo se arrodilló y la cogió en brazos agradeciendo a Héctor su ayuda. Héctor sabía que Prometeo le superaba en fuerza y resistencia; él también estaba notando el efecto del frío en su propio cuerpo. Así, se dirigieron hacia las señales luminosas. Estaban más cerca de lo que parecía. Había una empalizada de madera fuerte protegiendo un poblado que estaba pegado contra una pequeña montaña y, por lo que pudieron ver desde el exterior, casas excavadas en la propia piedra.

Justo en lo que parecía la puerta, ningún vigía había pero Prometeo usó su voz en palabras claras y elevadas que seguramente despertaron a aquella población. Clamó:

—¡Somos viajeros que buscan refugio! ¡Apelamos a vuestra hospitalidad!

Se oyeron muchos ruidos; las palabras en verdad alertaron a todo aquel asentamiento. Aun en las grutas excavadas, se oyó el llorar de los niños a los que sus palabras despertaron del sueño. Fue poco el tiempo que pasó hasta que se abrió la puerta y, sin ninguna objeción, se les dejó pasar. Los guardias, al ver que Prometeo llevaba en brazos a una mujer, se calmaron y le indicaron que fuera a lo que parecía la casa con la puerta más grande porque ninguna se le adivinaba su tamaño ya que estaban excavadas en la roca. Dos hombres armados acompañaron a los tres viajeros; fueron caminando unos pocos metros pues la distancia entre la empalizada y las puertas que daban paso a la vivienda de ese lugar, era poca. Los dos hombres armados abrieron la puerta más grande que había en el frente recto de roca, entrando en una sala inmensa que mantenía un gran fuego encendido en su centro. Prometeo depositó a Noelia cerca de él hasta que comprobó que dejaba de titiritar. Héctor se quedó a su lado calentándose.

Prometeo puso su oído en el pecho de Noelia notando que respiraba plácidamente. Se giró y se dirigió a los dos guardias que se encontraban a su espalda mirando al trío fijamente. Solo se le

ocurrió una mágica palabra:

—Gracias.

Los dos hombres asintieron en signo de correspondencia y sin ninguna palabra, abandonaron la gran sala que seguramente fuera el centro de reunión de ese poblado. Prometeo acomodó a Noelia que estaba sumida en un profundo sueño. Héctor miraba abstraído las llamas, ausente; la muerte de su familiar en Selva le había afectado más de lo que él mismo pensaba. Prometeo quería consolarlo tras la decisión difícil de que les acompañara en este camino, por lo que merecía al menos unas palabras de agradecimiento y consuelo. Se dirigió hacia su compañero, pero la abertura de la puerta interrumpió sus intenciones. Vio dos mujeres que llevaban en sus manos varios canastos; detrás de ellas, tres personas: un anciano, un hombre de mediana edad y una mujer adulta bastante hermosa. Prometeo tuvo una percepción un tanto particular, parecía que esas tres personas iban aparte de las dos mujeres. En ningún momento que anduvieron juntos se cruzaron miradas entre las dos mujeres y el trío que ya andaba en paralelo. Ese trío se paró para que las dos mujeres se adelantaran y pusieran los canastos de mimbre en el suelo, justo enfrente de Noelia, Héctor y Prometeo. La más mayor de las dos mujeres se dirigió a Prometeo mirando con preocupación a Noelia. Prometeo, a pesar de la intención de la mujer, fue él quien inició la conversación.

—Está bien, solo necesita descansar.

—Estábamos preocupados por la mujer; no sabíamos si estaba herida. Aquí os traemos ropa para el frío: es de pieles que han cazado nuestros hombres y os protegerán bien. Aquí tenéis mantas que también os podréis llevar en vuestro viaje, comida que dura bastante tiempo y comida para ahora. Es lo poco que os podemos ofrecer. Nuestra aldea es pobre.

—Es mucho. Sin vuestro auxilio no sabría lo que podía haber pasado.

—Descansad ahora. Buenas noches, extranjeros.

Las mujeres abandonaron la sala sin dirigir ni una sola mirada al trío que esperaba detrás de ellas; quizá las emociones recientes nublaran el juicio a Prometeo.

Del trío silencioso que esperó a que se fueran las dos mujeres, el más anciano de todos se adelantó y pausó para mirar a Prometeo, examinándole. Se dirigió a él con palabras seguras.

—¿Quiénes sois, que os atrevéis a viajar por estas tierras yermas en la noche más fría?

—Venimos del norte, de camino hacia las cinco ciudades cuando

nos sorprendió la noche y no pudimos encontrar ni refugio ni amparo alguno.

—Estáis muy lejos aún de las cinco ciudades, y aun así, habéis tenido mucha suerte. En muchos kilómetros a la redonda, esta es la única población que hay.

—Sí, y muchas gracias por darnos hospitalidad.

—¿Tu voz? ¿Cómo has podido despertarnos y al mismo tiempo no causar alarma? —preguntó con sabiduría el anciano.

—Tengo bastante potencia de voz, además, no creo que una voz desesperada cause alarma. Voy a ver a mis compañeros y ahora hablaré con usted, noble anciano; creo que tendrá ganas de saciar su curiosidad.

—Y tanto.

Prometeo se dirigió hacia donde estaban Héctor y Noelia. Vio como Héctor utilizaba una manta como almohada para colocarla debajo de la cabeza de Noelia y como cubría su cuerpo con otra manta. Prometeo, desde las cercanías, vio como Noelia respiraba plácidamente lo cual le tranquilizó. Héctor estaba tenso y vigilante; debía descansar, pero él se resistía. Entonces, Prometeo se le acercó y Héctor empezó a hablar:

—Prometeo, no podemos fiarnos de…

—Duerme, mi amigo. Te necesito con toda tu lucidez y fuerzas —le susurró Prometeo.

Héctor cayó dormido al ritmo de las palabras de Prometeo y, al acabar la frase, ronquidos placenteros acompañaban al crepitar de la gran hoguera que estaba en mitad del gran salón. Prometeo, así como dijo, cumplió y volvió hacia aquel que le había dirigido la palabra. El anciano estaba sentado en una mesa de madera que se encontraba a varios metros de la hoguera y le ofreció una copa con una sonrisa ligera de invitación a que bebiera. Al mismo tiempo, Prometeo vio sabiduría y compasión en su vieja mirada.

—Bebe, forastero; te calentará en esta fría noche.

—Gracias, en verdad lo necesito.

—¿De dónde venís? Estamos bastante lejos de cualquier lugar con algo de población.

—Si le contara nuestra historia, seguramente no nos creería y no le miento si le digo que tenemos que encontrarnos con otros cerca de las cinco ciudades —le habló Prometeo con la necesidad de contarles quiénes eran.

—¡Qué descortés soy! ¡Ni tan siquiera nos hemos presentado! Mi nombre es Uriel y a este lugar lo llaman la Ciudad de Piedra; evidentemente, sabes por qué. Y ¿tu nombre es?

—Prometeo, señor.

—Bonito nombre y, referente a vuestra historia, tenemos tiempo. No es necesario que confiéis mucho en decirme la verdad completa, ya que en estos tiempos oscuros, confiar en extraños puede tener un alto precio. Tengo muchos años vividos y ya estoy en el ocaso de mi vida, pero sé que tú eres muy diferente a tus otros compañeros y también sé, por lo poco que he visto, que la chica es tu amante.

—¿Por qué no ser sincero? Además, puedo confiar, pues nada temo. Sí, ella es mi amante, o mi amor, pues esta sería una definición más acertada y también tenéis razón, soy diferente. ¿Habéis oído hablar de los durmientes?

—Sí, una de las tantas leyendas preservadas a través de los siglos. ¿Sois uno de ellos? Alegradme el final de mis días diciéndome que estoy delante de una leyenda.

—Soy un durmiente.

Al anciano se le iluminaron los ojos. Aquellos que acompañaban al anciano en el gran salón se giraron sorprendidos de las palabras del forastero. Uriel hizo caso omiso a sus sorprendidos acompañantes.

—¿Sería muy impertinente por mi parte pediros que me lo demostrarais?

—Creo que sería hasta conveniente; mirad a vuestra espalda.

El anciano se giró y vio a las dos personas que lo acompañaban.

—No veo nada.

—¡Dormid! —dijo Prometeo con voz cálida que invitaba al sopor.

La pareja, que era de la comitiva que entró en el gran salón, cayó suavemente al suelo; el anciano se quedó sorprendido y miró con otros ojos a Prometeo.

—¿Es lo bastante convincente? Aprovecharemos ahora que estamos los dos solos, sin más ojos y oídos que los nuestros —habló Prometeo con sinceridad.

—¡Impresionante! Pero no sois vosotros la única leyenda. Creo que el destino os ha hecho venir aquí para que escuchéis otras historias. ¿Queréis?

Prometeo se quedó pensativo. ¿Qué serían esas leyendas que, al igual que la de los durmientes, pudieran ser ciertas?

—Os lo agradecería en demasía —le animó a contar esas leyendas Prometeo.

—Te voy a contar vuestra leyenda y después, otra, aunque quizá no sean ciertas; son cantos populares que se pasan de generación en generación y quizá ninguna está escrita en papel: la de los

durmientes es que hace miles de años experimentaron con humanos para hacerles más fuertes, más inteligentes y más longevos que el resto de los mortales; cuando estalló la gran guerra que casi exterminó a la humanidad, ellos, que estaban confinados pudieron escapar y se escondieron de aquellos que los crearon hasta que se dejaron de ocultar por un motivo que lo mereciera; eran hijos de la oscuridad, pero no tendríamos que temer de ellos pues no tenían maldad. No todos eran de la misma procedencia, pero los unía un poderoso vínculo. ¿Porta algo de verdad esta leyenda, la vuestra? —relató Uriel.

—Sí, bastante, aunque, que yo sepa, yo no provengo de ningún laboratorio o, al menos, no tengo constancia de ello.

—Tu voz es poderosa y agradezco que no la uses conmigo —agradeció el anciano.

—No abuso de un poder, si no, sería irresponsable con mi don. ¿Cuál es la otra leyenda? —le animó a seguir Prometeo.

—Es más antigua e incierta; es la de los ancianos que llevan viviendo entre nosotros desde el principio de los tiempos. A veces han ido guiando a la humanidad sin mostrarse; otros de ellos han sido seres viles y malvados que han hecho que la humanidad cometiera actos terribles; aun así, se ha dicho que son seres de poder inimaginable. El folclore le ha dado mil nombres, pero ahora que estás delante de mí y he visto lo que has hecho solo con tu voz, tanto creo la primera como la segunda leyenda —concluyó Uriel.

—He leído miles de libros y nunca he tenido constancia de esa leyenda que me has contado. Se hacen miles de referencias a seres extraordinarios, pero todos imaginarios.

—Ya te dije que es palabra hablada, pasada de generación en generación, no escrita y que no tiene por qué ser cierta. Creo que he abusado de ti y necesitas descansar. ¿Te importaría despertar a mis acompañantes? Yo no necesito escolta para retirarme, pero veo poco cortés dejarlos aquí durmiendo en el frío suelo, es más, quiero oír otra vez esa voz. Despiérteles, por favor —le pidió el anciano.

—Por supuesto...

Prometeo se levantó y, con un silencio como pausa, modulando el tono de voz, dijo una sola palabra:

—¡Despertad!

El hombre y la mujer que acompañaban a Uriel empezaron a despertar del sueño impuesto por las palabras de Prometeo. Se empezaron a mirar extrañados y confusos. La mujer empezó a mostrar en su rostro signos de enfado, pero miró al anciano y desaparecieron. El anciano se levantó, miró con una gran sonrisa de

satisfacción a Prometeo y se dirigió a él:

—Buenas noches, Prometeo.

—¡Qué descanséis, maese Uriel! Yo haré lo propio. Sean para usted también.

—Lo han sido y no sabéis cuánto.

Prometeo se acercó a Noelia y la abrazó. Él sí necesitaba su calor y pensó en Uriel, el anciano de la aldea de Piedra y, a pesar de la seguridad que siempre tenía, le había perturbado el que conociera la leyenda de los durmientes y que le hablara de la otra leyenda que le era desconocida. Así, rodeando con sus brazos a Noelia, cerró los ojos y se indujo al sueño el cual fue inquieto.

Prometeo despertó acurrucado junto a Noelia. Lo que antes fue fuego, ahora eran ascuas. Se reincorporó con cuidado para no despertarla pero su esfuerzo fue en vano. En cuanto se despegó del cuerpo de Noelia, ella se giró y abrió los ojos. Sonrió y le dirigió una dulce sonrisa a Prometeo que él devolvió.

—Da gusto despertarse al lado del calor de un fuego y de tu cuerpo —dijo satisfecha Noelia.

Prometeo sonrió y vio la sala desierta; al pasar al lado de Héctor le dio una palmada en la espalda para despertarlo. Se revolvió de manera violenta hasta que vio a Prometeo, que le sonrió y cuya sonrisa no tuvo réplica. Héctor también tuvo sueños inquietos y su cara era el reflejo de ellos. Paseó por la gran sala comunal. Debían de haber dormido bastante, aunque ninguna luz natural le diera noción de tiempo. Héctor se colocó en una silla de una mesa sujetándose la cabeza con las dos manos. Prometeo se compadeció de su tormento y pensó que el silencio sería el mejor bálsamo para su padecimiento. Noelia estaba ya incorporada para regalar a Prometeo un beso en los labios y unos buenos días. Se fue certera hacia Héctor, que más falta le hacía tener una dosis de ternura femenina.

Se abrieron las puertas de la gran sala y entraron en ella varias personas bien abrigadas con pieles; todos eran hombres jóvenes: uno de ellos, de constitución más fornida, se adelantó hacia ellos.

—Soy Gregorio. Espero que hayáis pasado buena noche.

—Gracias a vuestra hospitalidad, así ha sido.

El hombre se sentó en una de las sillas y miró curioso al trío.

—¿Hacia a dónde os dirigís, que viajabais en una noche tan fría?

—Ya se lo dije a vuestro anciano, Uriel me dijo que se llamaba; a las ciudades del este.

—Aquí no hay ningún anciano. Hace pocos años que habitamos la Ciudad de Piedra y aquí nadie tiene ese nombre.

Prometeo se quedó inmóvil digiriendo la sorpresa. Él tenía bastante certeza de lo que era real y lo que era imaginario. Fueron unos segundos que asustaron a Héctor y a Noelia, pero de pronto, sonrió hacia Gregorio.

—Creo que el cansancio me ha hecho una mala jugada y he imaginado cosas que no eran —dijo con palabras engañosamente sinceras.

—Es lo que creía. Aquí os traigo un mapa de los asentamientos más cercanos. Si viajáis de noche, moriréis, pues el frío es muy intenso. Poneos la ropa de abrigo, la que lleváis no es la adecuada. Es lo único que podemos hacer por vosotros.

—Y os estaremos muy agradecidos. ¿Podemos hacer algo por usted? —saltó Héctor con voz cansada.

—Que nuestros esfuerzos no sean en vano y lleguéis vivos a vuestro destino.

Gregorio se levantó con una franca mirada que realzaba la veracidad de las palabras dadas.

—Os dejamos unos momentos a solas. Vestíos y preparaos para partir. Os esperamos fuera; tomaos el tiempo que queráis, pero mi consejo es que no os demoréis pues tenéis que aprovechar la luz del sol para viajar y la noche para guarneceros.

—Cierto.

El silencio se hizo hasta que la puerta de aquella instancia se cerró y entonces Héctor se dirigió hacia Prometeo.

—Prometeo, ¿qué es eso que antes has dicho sobre un anciano que habló contigo anoche mientras dormíamos?

— Que es cierto. Sé distinguir los sueños de la realidad. Junto a ese anciano, había una pareja más que hice dormir con mi voz. Es un aviso, Héctor; nosotros creemos que somos los durmientes y ahora tengo la certeza de que son otros más poderosos con una sabiduría ancestral. Pero es algo a considerar. Ahora tenemos que centrarnos en reunirnos con Antón y Gabriel. Esto que me pasó es harto importante, pero por ahora solo tenemos que esperar que se muestren otras señales. Hagamos caso a Gregorio y partamos con la luz temprana del día. Nos vestiremos con estas ropas más adecuadas al viaje.

—Esto se complica más a cada día que pasa, Prometeo, no soy tonto para no darme cuenta —dijo enfadado Héctor.

—¿Y quién dijo que el camino que siguiéramos fuera a ser fácil? —le contestó Prometeo con palabras amables.

—Nadie, y ningún camino lo es —ratificó Héctor.

—Vistámonos y partamos. Por cierto, estad preparados para

cualquier sorpresa que depare el viaje, esta no será la única.

—Bueno, mi amor, ¿quién tendrá el valor de escribir nuestras desventuras y aventuras? —dijo Noelia intentando quitar gravedad a la situación.

—Alguien que primero las creyera y, después, que tuviera la certeza de tener las palabras acertadas para no errar en describir tanta locura; no somos nosotros quienes tenemos que forjar una leyenda, sino acompañarla y protegerla.

—¿Hablas de…? —habló Noelia.

—Silvan. Él ha despertado a los durmientes y no hablo de nosotros. Dejemos este debate para futuras pausas y vayámonos de aquí cuanto antes. A pesar de ser bien tratados, este lugar no es de mi agrado.

Se vistieron con las pieles que les dejaron y se las ajustaron con correas para que se les adaptara al cuerpo. Noelia se miraba y hacía muecas de desagrado; despertó su aptitud unas sonrisas a Héctor y a Prometeo, los cuales le dejaron cierta intimidad dándole la espalda para que se vistiera con comodidad.

—Este atuendo no es muy femenino que digamos; eso sí, es calentito — dijo Noelia.

—Te pongas lo que te pongas, eres una mujer espectacular, Noelia. Nuestra prioridad es mantenernos vivos, pero aun así, estás bellísima —comentó Héctor.

—Secundó sus palabras una a una. Mi amor, estás divina —dijo sonriendo Prometeo.

—Al menos, sonrío a la muerte con dos galantes caballeros —se sinceró con su deje de tristeza Noelia.

—Te equivocas. La muerte no está cerca, al menos aún y, si lo estuviera, tendría aún palabras para convencerla —sonrió Prometeo.

Noelia sonrió y se ajustó lo que pudo la primitiva indumentaria que portaba; metieron en mochilas toda la comida que pudieron. Entre todo lo que les entregaron, había tres cuchillos largos con runas grabadas en sus hojas; se las ciñeron en el costado, pues sabían que les harían falta. Los tres salieron al exterior de la sala comunal. Gregorio les estaba esperando fuera por lo que Prometeo se dirigió hacia él:

—¿Cómo podríamos agradeceros vuestra hospitalidad? —dijo Héctor repitiendo la misma pregunta que hizo Prometeo.

—Os podría decir que librándonos de todo mal que nos aqueja, pero no sería justo; siendo práctico, que os mantengáis con vida y que jamás habléis de este lugar. Es tierra poco poblada, pero a su

vez, muy privilegiada, muchos la codiciarían y supondría nuestro fin —dijo Gregorio.

—Si así me lo pedís, no comentaré que estuvimos aquí pero creo que tenéis alguna protección en este lugar que os oculta de la avaricia de otros. Aun así, es poco precio nuestro silencio por lo que habéis hecho por nosotros —dijo Prometeo.

—Os pediría que os quedarais, pues somos pocos y necesitamos gente como vosotros; pero creo que, dado que tenéis un objetivo claro, ni tan siquiera os lo comento —sonrió Gregorio.

—Es un buen lugar para echar raíces, pero nuestro destino no es nuestro, nos obliga a seguir nuestro viaje con toda la prisa que podamos, pues tenemos sospechas nuevas de que hay más de lo que parece y que, desde esta noche veo más claras. Ciudad de Piedra, os deseo la mejor de las venturas —dijo sincero Prometeo.

—Alguien te escuche; id en paz.

Anduvieron lentos. El manto de nieve era espeso y se dirigían al próximo refugio en línea recta, siempre al sur. No había señales de caminantes y pocos animales se cruzaron en su camino. Gracias a las provisiones que les obsequiaron en la misteriosa Ciudad de Piedra, ahora eran conscientes de las pocas probabilidades que tendrían si no hubieran encontrado aquel lugar. La indumentaria les protegía del frío y las viandas que llevaban en las rústicas mochilas les aseguraban el alimento durante varios días. Aun así, Héctor y Noelia observaban intranquilos cómo la seguridad que siempre portaba Prometeo había desaparecido y se le veía pensativo en exceso. Harta de callar, Noelia se le acercó preocupada hasta llegar a su altura:

—¡Prometeo!

—Dime, mi amor, ¿voy demasiado deprisa?

—No es eso lo que me tiene preocupada. Es tu actitud. Desde que salimos de aquel lugar estás muy pensativo y ese buen humor tuyo ha desaparecido.

—Es cierto y tienes motivos. Desde el encuentro con ese anciano me he dado cuenta de que todo ha cambiado. El tablero de juego se ha vuelto más grande y no sé las dimensiones que ha tomado. Siempre tengo todo bajo control y ahora se me escapa, no solo lo predecible, sino de lo que pueda ser. Ya no es solo huir del influjo de la hermandad, es mucho más y tengo que decírselo a Antón y Gabriel.

Héctor se adelantó a la altura de Noelia y Prometeo:

—Tú vas más deprisa que nosotros. adelántate; creo que con el mapa podremos llegar nosotros solos. Tenemos provisiones e intuyo

que es urgente este asunto. Nosotros somos un estorbo —dijo con firmeza Héctor.

—¿Sacrificar a unos pocos por el bien de muchos? No, Héctor, no creo que eso funcione así. No os dejaré ni a ti y mucho menos a Noelia. Soy el único que puede protegeros en estas tierras hostiles y salvajes. Te agradezco, mi amigo, tu noble ofrecimiento pero no es una buena idea. Seguiremos juntos —dijo con firmeza Prometeo.

Noelia lo abrazó y tiernamente lo besó en los labios.

—Tranquila, mi amor, pero no me pienso separar de ti y tampoco dejaré a Héctor. No quiero oír hablar de que nadie sea un estorbo, pues en cualquier historia que se precie, hasta el más insignificante personaje tiene su cometido y no sois precisamente insignificantes. Sois muy valiosos. ¡Prosigamos! — habló Prometeo.

La mañana pasó entre los dificultosos pasos que entorpecía la nieve hasta que el sol de este día despejado llegó a su cumbre del mediodía y Prometeo intuyó que, a pesar de que no oyera quejas, sabía que el cansancio había hecho mella en sus compañeros. Así, divisó un lugar que cubrían parcialmente dos cornisas de piedra y le pareció un buen sitio para descansar. Así paró, lo cual Noelia y Héctor agradecieron mucho. Prometeo les indicó que esperaran; se aventuró en las cercanías buscando leña para intentar encender un fuego que les aliviara las bajas temperaturas de estos días fríos. Fue dando círculos recogiendo troncos semisepultados por la blanca nieve, hasta que el haz se le hizo suficiente. Cuando volvió al sitio donde acamparon, los troncos se cayeron de sus manos y su corazón se hinchó de ira.

Había cinco hombres fornidos. Unos estaban sujetando a Héctor y con un cuchillo amenazante clavándoselo levemente debajo de la barbilla, arrancándole un hilo de sangre; otros dos estaban forcejeando con Noelia quitándole la ropa para poder aprovecharse de ella. Si alguien hubiera visto el rostro de Prometeo, vería que su bello rostro se ensombrecía y si mirara sus pupilas, divisaría un punto rojo en el centro de ellas; sintió algo que no había sentido antes, una ira que le consumía. Al verlo, los que sujetaban a Noelia dejaron su intento para más tarde y le pusieron el cuchillo en el cuello a ella. Al verle desarmado no contuvieron una sonrisa triunfal, pero no tenían conocimiento de lo que se les avecinaba. Uno de los que participaban en tener a Noelia se adelantó hacia Prometeo con una única intención: matarlo. Prometeo estaba iracundo y un débil aura azul le envolvió; quería proferir una palabra que era prohibida para su poder: *muerte*. Pero en un instante de lucidez, hizo que recitara otras poderosas palabras de

poder:

—¡Soltad las armas!

Los atacantes, nada más oír su voz, vieron como los puños que cerraban las empuñaduras de sus cuchillos se abrían y los dejaban caer en el suelo blanco. La faz de Prometeo era la escenificación de la ira. Héctor le propinó un codazo a su agresor que lo dejó fuera de combate y se enfrentó al siguiente con el cuchillo que dejó caer al suelo. A Prometeo eran los que le amenazaban, los que se encontraban a corta distancia y fueron unas palabras oscuras y tenebrosas las que salieron de su boca, que jamás hubo otra que le imprimiera ese acento:

—¡Conoced el terror desde mi voz!

El primer atacante se quedó con los ojos abiertos exageradamente, boqueando aire, echándose las dos manos al corazón y cayendo al suelo temblando de miedo. Aquel que recibió el codazo de Héctor sufrió el mismo efecto que su compañero y volvió otra vez a caer al suelo. Se incorporaron como marionetas rotas y salieron huyendo. Noelia también tenía sus recursos; no era una persona indefensa y le clavó el cuchillo ornamental que le dieron en la Ciudad de Piedra entre el hueco de las dos costillas de su atacante. El que estaba detrás fue a prender a Noelia, pero recibió en la cabeza el impacto de una piedra. La había lanzado Héctor que en la otra mano llevaba el cuchillo lleno de sangre pintando, gota a gota de rojo carmín, el blanco suelo; el único superviviente emprendió una huida que solo recorrieron con la mirada Héctor, Noelia y Prometeo.

Noelia salió corriendo hacia Prometeo al que abrazó y besó con una pasión fruto de la angustia pasada. Héctor se quedó cabizbajo pues no tenía a nadie a quién abrazar. Prometeo, calmado, miró a los ojos a Noelia y dirigió la mirada hacia Héctor. Ella fue hacia él, lo abrazó y lo besó en las mejillas. Héctor, nunca mejor que este momento, necesitaba esas muestras de cariño.

—Gracias, Héctor —dijo con lágrimas en los ojos.

—Aunque te creas que estás solo, no es cierto. No lo estás, estás con nosotros, en familia —dijo Prometeo acercándose a los abrazados Noelia y Héctor.

—Ahora me siento mejor. Gracias a los dos por vuestro apoyo —dijo ya con mejor ánimo Héctor.

—Aquí todos somos importantes. Ni tú ni yo sabemos el papel que nos corresponde en esta escena que se representa. A mí solo me gustaría, si te soy sincero, que sea como se resuelva el final de estos acontecimientos, que Noelia no muera —dijo Prometeo con

palabras sinceras.

Héctor sonrió. Supo que las palabras de ánimo de Prometeo eran sin poder alguno más que la convicción de ellas.

Cuando más tranquilos estaban, desde una cornisa cercana cayó el cuerpo de un hombre sin vida a sus pies dejándolos sorprendidos, cosa que hizo que sus miradas se dirigieran hacia donde cayó.

Desde esa cercana altura, una mujer de cabellos casi anaranjados, de pelo largo y rizado, alta y con mirada seria, los observaba desde arriba. Bajó de esa cornisa más rápidamente de lo que daba la propia gravedad, pero aterrizó a una distancia prudencial para no indicar ser una amenaza. Le cubría un amplio abrigo de pieles blancas que el traicionero viento abrió para mostrar que solo estaba vestida en la parte superior; solo cubría sus pechos una tela con metal. Su cuello estaba adornado por un aro ancho de labrados extraños y en su cintura, abierta en un frente, una falda corta de bandas metálicas; sus pies estaban calzados con unas botas del mismo material que su abrigo. Miró al trío con curiosidad, pero sus ojos se pusieron fijos en Prometeo que ladeando la cabeza hacia un lado, indicó curiosidad. Él mismo se dispuso a hablar cuando la extraña mujer se llevó un dedo a su boca en signo de silencio. Prometeo hizo caso a su señal; un viento repentino abanaba su abrigo y su pelo ensortijado. El frío era silencio hasta que la mujer dio un paso gracioso y pausado al frente:

Mi nombre es Sara y busco a la Dama Blanca.

11. EL PACTO

Se acercaba la mañana despejada y en la cúpula eterna, unos ojos observaban la ciudad con mirada triunfal. Lo que antes parecía una cárcel ahora era un trono. Su fiel sirviente volvió de los encargos encomendados pero veía preocupación en la voz temblorosa de Paolo. Tenía una confianza ciega en sus actos, no quería más estorbos ni estar subordinado a nadie ni a nada. Ahora él era la ley y tenía que tener bajo control las cinco ciudades del este, pero tenía que esperar a ser más fuerte para enfrentarse a la amenaza de los durmientes. Sus creaciones estaban guardadas en un refugio seguro para cuando le hicieran falta. Se giró y miró a Paolo con confianza en sí mismo. Paolo le habló sin ella:

—Señor, ya enviamos a las otras cuatro ciudades.

—¿Y? ¿Recibimos contestación?

—Sí, señor. Siguen fieles a la hermandad, como siempre, ninguna respuesta indica lo contrario.

—Bien. Al menos, el poco tiempo pasado desde que los directores dejaran las ciudades hasta que llegué no ha dado tiempo a rebeliones.

—También hemos reforzado la seguridad en el ayuntamiento y he mandado mensajes a todos los espías para que informen de cualquier movimiento extraño.

—Estoy complacido con tus servicios; comunica a todos los alcaldes que se reúnan aquí, en Vera, con la mayor celeridad posible. Es asunto harto urgente.

—Así se hará, mi señor —contestó obediente Paolo.

—Bien, pues —le dijo Raven como despidiéndole.

—Mi señor, tiene mal aspecto. ¿Le ocurre algo?

Raven se acercó a un espejo cercano y vio como su rostro estaba seriamente demacrado y casi todas sus venas hinchadas. Su cara estaba tremendamente blanca. Eran las consecuencias que le parecían normales tras inyectarse una solución propia que alteraría su genética, pero era un secreto que tenía que ocultar hasta que se completara su transformación. Era crucial que fuera una criatura más fuerte pues tendría, tarde o temprano, que enfrentarse a los odiados y escurridizos durmientes. Tenía dos nombres que temía y al mismo tiempo deseaba que desaparecieran de la faz de este planeta: Karmen y Silvan.

—Gracias, Paolo. Ahora, si no te importa, déjame solo. Estoy bien, solo necesito descansar.

El sirviente dejó las dependencias privadas de la cúpula eterna con preocupación, pero en su interior le preocupaban mucho los recientes acontecimientos. No temía por él sino por el pequeño mundo que le rodeaba y no le auguraba un buen futuro; pero ¿quién era él más que un deforme sirviente que vivía de la caridad de una persona que tenía el juicio ido? Él no era nadie y se dijo a sí mismo que era una pobre justificación.

La mañana transcurría y el director encontraba consuelo en una copa de cristal que no dejaba que se vaciara para calmar el dolor. El reloj del ayuntamiento tocó el mediodía. Seguía contemplando desde ese privilegiado mirador su ciudad. Notaba el sudor en su frente y sentía escalofríos. Cerró los ojos intentando ausentarse de las señales. La fiebre era un efecto secundario de la solución que se había inyectado y estaba dentro de lo normal. Se tomó una copa más mientras el cálido licor le recorría las entrañas. Recordaba sus años, sus siglos subyugados a esa organización tan corta de miras: ¿para qué esconderse con el poder que tenía? Siempre retenido por los demás.

Ellos eran seres superiores que habían abandonado su humanidad para ser seres más elevados y ya solo quedaban él y el estúpido Albert, al cual no encontró entre los cadáveres. Algunos estaban destrozados por sus creaciones, pero aun así, habría sabido si estaba muerto por lo que estaba convencido de que seguía con vida. De todas maneras, acabaría con él y con todos esos durmientes. No tardaría mucho en ser lo suficientemente poderoso para matarlos con sus manos.

Se dobló de dolor al recibir una punción intensa en el estómago. Vomitó tan fuerte que la garganta le dolía. No había suficiente luz para ver si había sangre, pero se pudo incorporar con dificultad y correr las cortinas para que entrara la luz. La claridad del sol al invadir la instancia, le provocó ceguera y dolor en los ojos por lo que las corrió al momento; su boca sabía amarga y ahora sentía el alivio de que pasara el dolor. Se sirvió una copa más con una sonrisa que le pareció demasiado húmeda. Con el reverso de la mano se limpió y vio la manga de su chaqueta manchada: era sangre. Poco precio para poder ser poderoso. Tenía que abandonar su blanda coraza humana para convertirse en un ser poderoso e inmortal. Tenía el cálculo hecho hacía siglos: la solución que le transformaría la tenía preparada, pero el valor para hacerlo, hace poco.

Otra ráfaga de intenso dolor le hizo caer de rodillas. La copa de licor salió despedida y se estrelló contra el suelo. Ahora era un

dolor difícil de soportar; tendría que aguantar pero tenía ganas de aullar, de gritar, aunque no quería que se alertara con sus gritos a la guardia apostada cerca de la cúpula eterna. Ahora era un ser débil en esta transición y jamás deberían verle así, jamás. Estaba aguantando en posición fetal el tormento de su transformación, cuando ahora sentía convulsiones violentas que hacía que sus miembros chocaran contra muebles. Oyó, en algún choque, el crujir de huesos que no supuso más de lo que ya estaba sufriendo.

Ya duraba horas y no amainaba; suplicaba desmayarse para poder soportarlo ya que nunca pensó que fuera tan agoniosamente largo; pero, de pronto, le surgió la duda y su mente empezó a considerar si algo no iba bien; ahora sus dudas hacían luz hacia otra dirección: ¿se estaría muriendo?

Quiso gritar pero no pudo pues la sangre en su boca se lo impedía. Él mismo había sido irónicamente su propio verdugo; ya no podía ver con claridad hasta que sus ojos y su razón demente le traicionaron viendo como un hombre paseaba por las dependencias de la cúpula eterna, e incluso oyó una voz:

—¿No va todo como lo planeado, verdad? Es una pregunta sin contestación, pues ya no puedes ni hablar; eres consciente de que te estás muriendo después de una vida amargada y contenida durante siglos en grandes aspiraciones. ¡Cruel destino! Después de los planes trazados y que te abandone la muerte encima de tu propia mano; eres tu propio asesino: ¡qué ironía! Antes de que te cuestiones estas palabras, yo soy real, muy real; aún te quedan unos pocos minutos para expirar entre insoportables estertores de dolor, tanto, que ahora incluso la muerte sería un alivio y te aseguro que la tienes cerca. Eres un ser tan cruel y tan ambicioso, que no te importa regar con sangre ese camino. Pudieras encontrar hasta gracioso que tus odios hacia esos que llamáis durmientes te hayan conducido hasta este fin, pero esos que denominabais durmientes, no lo son. Son otros los que han despertado y todos ellos quieren eliminarme, hacerme desaparecer. Por eso tengo que moverme sin hacer mucho ruido, porque yo sí soy un durmiente y vuestra longevidad me da risa. He despertado porque existe un ser que puede quitarme mi esencia y condenarme a la no existencia; aunque todavía no tiene esa capacidad, sé que pronto la tendrá. Además, lo tienen protegido por lo que no puedo acercarme a él sin que me detecten los demás. Por esto, necesito aliados que me ayuden. Al fin y al cabo, tú y yo tenemos intereses comunes. Por cierto, la transformación que deseabas era un poco burda; hay que ser más elegante, parecer humano y no serlo: no se necesitan dientes ni garras para eso.

Perdona si me extiendo tanto en mis palabras, pero hacía mucho que no usaba el lenguaje y además, estoy disfrutando con tu sufrimiento. ¿Cómo lo llamarías? Soy un ser siniestro y mi placer está en el dolor. Cada uno se entretiene como quiere. Me gustaría tener este planeta para mi disfrute, pero estando dormido, sentí mi sentencia y era el momento de crear mis herramientas para que eso no ocurriera. Tú eres una de ellas, así pues, no tienes opción. Te concederé la transformación que deseas, pero no tan basta como tú querías; la llevarás dentro de tu carcasa de humano. Yo te ayudaré, pues veo en ti un alma gemela. Yo guiaré tu camino que es el mismo que el mío. Seremos asociados en la empresa que tenemos que abordar y así, con este signo, pongo fin a tu sufrimiento.

El extraño hombre que se encontraba enfrente de él, de mediana estatura y con el sombrero de ala corta, con la cara tapada con un pañuelo, aquel que antes entró en Vera al mismo tiempo que el director de la ciudad, aquel que seguía la estela de su sombra oscura como la suya misma, miró unos minutos el sufrimiento de Raven. Cuando la muerte llamaba a la puerta del agonizante, justo un segundo antes, tocó la frente del director y, al retirar su mano, empezó a sentirse aliviado de todo dolor. Aun así, sentía como todo el cuerpo se le descomponía y al mismo tiempo cambiaba; se fue reincorporando poco a poco mirando al extraño personaje con recelo. Aquel hombre dejó descubrir lo que ocultaba bajo el pañuelo para dejar ver una sonrisa siniestra. Raven se acercó al espejo cercano y vio como no se apreciaba cambio ninguno, solo que el color de la cara volvía a ser normal. El sueño, fruto del coste del sufrimiento, le empezó a invadir, así que empezó a abandonarse a él con resistencia, pero nada podía hacer; aun así, oyó las palabras de su salvador:

—La primera pregunta cuando despiertes será: ¿era real? Claro que lo soy pues si no lo fuera estarías muerto y sabes que es cierto. La segunda sería: ¿Por qué lo ha hecho? Entonces la respuesta te la dije, pero te la vuelvo a repetir: seguimos objetivos comunes. La tercera sería: ¿quién era? Esa no tiene transcendencia; no tengo nombre y no vuelvas a preguntármelo jamás. Ahora duerme y recupérate.

A Raven se le cerraron los ojos con el convencimiento de que mañana, cuando despertase, sabría que todo había sido real.

Llegó el día siguiente y empezó a abrir los ojos; no sentía ningún dolor sino una plenitud que jamás sintió. Se reincorporó con una rapidez que le sorprendió; se miró al espejo, al mismo que fue testigo de su sufrimiento y se vio igual que estaba antes de

inyectarse la solución que estuvo a punto de matarle, pero él sabía que era mucho más poderoso. Sonrió al espejo y vio cómo el suelo de las instancias de la cúpula eterna estaba lleno de sangre y vómito.

Miró por los amplios ventanales y abrió una ventana. Quería sentir el viento frío en su rostro; dibujó una sonrisa maliciosa y dijo al viento: ¡os mataré a todos!

No percibió que hubiese alguien más cerca. En una silla del rincón más oscuro de la cúpula eterna estaba sentado el personaje que creyó que era fruto de una alucinación. Con el sombrero tapándole la cara, pensó que estaba durmiendo hasta que le habló.

—Y lo estarán, pero ahora no. Ya sabes las respuestas a las tres preguntas que te pudieras hacer. Ahora, socio, empecemos a trabajar.

A unos kilómetros, entre Vera y Ulsan, Gabriel y Antón junto a Albert y sus dos guardaespaldas, viajaron durante toda la mañana entre sendas ocultas evitando toda población. En ese día frío y despejado, pararon de repente sorprendidos ante una escena peculiar: decenas de cuervos que posaban su negrura en las ramas cubiertas de nieve y hielo de los árboles circundantes. Antón y Gabriel se miraron con miradas de extrañeza hasta que Antón alzó la mano y uno a uno, consecutivamente, los cuervos se posaron en su antebrazo; a algunos les arrancaba tiras de papel de sus patas, otros regurgitaban pequeñas cápsulas; así hasta que los negros cuervos volvieron a posarse en los árboles circundantes moteando de negro la blancura envolvente. Antón fue leyendo los textos traídos por los siniestros mensajeros y torcía el gesto cada vez que leía.

Albert se puso a la altura de Antón y Gabriel y no pudo más que preguntarle:

—¿Qué dicen los mensajes?

—Todos dicen lo mismo; desde todas las ciudades y todos los feudos, es el mismo mensaje con diferentes palabras —dijo ceñudo Antón.

—¿Y qué dicen? —preguntó nervioso Albert.

—El antiguo director de Vera ha tomado el control de las cinco ciudades en nombre de la hermandad —contestó Antón.

—Qué hábil. Ahora no nos podemos acercar a ninguna ciudad o feudo —dijo Albert con amargura.

—No lo hubiéramos hecho de todas maneras; hay que ser prudentes —replicó Gabriel.

—No tengo la percepción que tenéis vosotros, pero me temo que

ahora, Raven es más peligroso que nunca —se sinceró Albert.

—Lo es y es más poderoso que antes. Miramos hacia Vera y vimos una sombra de oscuridad encima de la ciudad —dijo Antón.

—Tenemos que ir en busca de los que volvieron hacia atrás; tenemos que ser más. Ya nos ocuparemos de Raven después —dijo Antón.

—Más camino. No perdamos tiempo en palabras para aplicarlo en andar —dijo firmemente Gabriel.

—Espera, Gabriel, te voy a pedir la más poderosa de las armas —habló Antón con una gran sonrisa.

—¿Cuál es el arma más poderosa? Habláis a veces tan raro que me cuesta seguiros —extrañado interrumpió Albert.

—Papel y pluma. Tengo que enviar a algunas de estas aves los mensajes que activarán muchos secretos —miró convincente Antón a Albert.

—¿Qué vas a hacer? —dijo perplejo Albert.

—Tejer una tela de araña tan grande que envolverá a Raven. A partir de que los mensajes sean leídos, una cuenta atrás empezará para recuperar las cinco ciudades del este, pero los tiempos son importantes y no estoy solo en este menester. Hay otras fuerzas que ayudan y, lo mejor de todo, es que no sé cuáles son, pero sé que existen. Empieza una guerra de tramas, Albert.

Gabriel se acercó a Albert y posó una llave en su mano. Albert la miró extrañado.

—¿De dónde es? —extrañado habló Albert.

—La última puerta de la cúpula eterna que es el último piso superior del ayuntamiento en Vera. Así podrás abrirla y así tendrás el camino más fácil para vengarte de los muertos en Monasterio —dijo Gabriel.

—¿Cuántos ases más de las mangas os sacaréis?—dijo Albert.

—Secretos, el señor de ellos es Antón; el de las llaves soy yo —habló de espaldas Gabriel.

12. ALTAMIRAS

Al oeste de Ulsan, después de la ciudad de Erdia y a unos doscientos cincuenta kilómetros aproximadamente, se encontraba una de las ciudades del este: ni la más grande ni la más pequeña. Su nombre era Altamiras porque en cada extremo de la ciudad, coincidiendo con los cuatro puntos cardinales, altas torres se alzaban y destacaban del resto de los edificios de los cuales ninguno superaba las dos plantas. Algunos forasteros dijeron que esas torres eran señal de que la ciudad tuviera altas miras y su antiguo nombre se borró en el tiempo para que se llamara actualmente Altamiras. Era una ciudad humilde en la que incluso el propio alcalde era un hombre sencillo, lejos de sus iguales que el resto de ciudades se abandonaban a los vicios y a los excesos. La presión de la hermandad era la misma que en el resto de las ciudades, pero Marcos, el alcalde de Altamiras a pesar de su rectitud, amaba a su ciudad, incluso mantenía una distante pero cordial relación con el antiguo director de Altamiras.

La ciudad era gris y apagada por la ausencia de alegría como el resto de ciudades del Este. Resonancia de silencio después del toque de queda y caída la noche sobre la ciudad cubriéndola de negrura, apenas dispersada por una iluminación eléctrica de poca potencia. Sus calles estrechas se entristecían más por la oscuridad que las envolvía que el poco ruido de la ciudad dormida. El sonido de unos pasos firmes rompía esa calma. Era el comandante de la guardia de Altamiras: un hombre alto e imponente a la vez que regio. Sus guardias lo llamaban el Hombre de Hielo, pero no sabían ellos lo alejado que estaba el apodo de su verdadero carácter. Caminaba paso a paso con la cabeza gacha y pensando, pues tenía problemas y quería solucionarlos.

La más alumbrada fachada del ayuntamiento le hizo volver a la realidad inmediata y se concentró en su trabajo. Fue hablando con los componentes de su guardia que protegían el ayuntamiento y preocupándose por ellos; siempre lo hacía, cosa que le hizo ganarse su respeto.

Vio a un agente del director asomarse por la puerta principal con desaire y sin tan siquiera saludar, miró a los guardias apostados en esa misma entrada hasta que se encontró con la mirada iracunda de Manuel; escupió al suelo el agente del director y empezó a pasear en las cercanías del ayuntamiento. Manuel le seguía con la mirada; las tensiones entre la guardia de Altamiras y

los agentes de la hermandad eran centenarias, pero nunca se rompió ninguna línea roja. Cuando algún agente del director asesinaba a alguien en la ciudad de Altamiras, poco tiempo transcurría hasta que ese mismo agente apareciera muerto en extrañas circunstancias. Llegó un tiempo en que no hubo más extrañas muertes en esa ciudad, y en estos días, aún sigue igual.

El agente era un asesino al igual que sus compañeros, pero Manuel no era equivalente a ese personaje, aunque también sabía ser letal.

Su puesto era vocacional, transmitido de generación en generación en su familia; su deber era claro: servir y proteger a la población de Altamiras hasta de los mismos agentes del director. El alcalde de Altamiras compartía su mismo camino y una única misión.

Un viento que silbaba a su paso levantando espirales de copos chicos de nieve limitó la visión haciendo desaparecer esa tensión hasta que, sin aviso previo, una paloma blanca apareció para posarse en el brazo de Manuel; en una de sus patas tenía enrollado un papel. Manuel lo desenrolló y lo guardó en su mano cuando, a su espalda, se oyó una voz quebrada y grave del agente del director de Altamiras:

—¿Qué noticias porta?

Manuel se giró hacia él en toda su talla. Era más alto que el agente de la hermandad y le miró al único ojo que tenía de una cara desfigurada por el fuego; la voz que Manuel moduló era un eco de convicción:

—A ti no te incumbe nada de lo que a mí se me informe. Sal de mi alrededor y deja que nosotros nos ocupemos de nuestros asuntos. ¡Fuera!

El agente arrugó su boca en una mueca de enfado, pero el tono y las palabras de Manuel hicieron efecto y el agente entró en el ayuntamiento.

Manuel abrió el rollo estrecho de papel y abrió los ojos con sorpresa. Él también era un secreto del señor de ellos.

La noticia era preocupante. La hermandad se había hecho con el control de las cinco ciudades. Selva había sido violentada y su duque asesinado. Mont-Elo ardía en llamas y casi todos los hermanos de Monasterio estaban muertos. Los vientos de tiempos de cambio soplaban con fuerza.

Manuel salió a paso vivo hacia la casa del alcalde. Eran altas horas de la noche, pero la grave importancia de las nuevas permitía irrumpir en el santuario del alcalde: su casa. Al llegar, tres

atronadores golpes en el llamador de la puerta; un viejo sirviente apareció a los minutos en pijama y, con un semblante de preocupación en su rostro, le sorprendió aún más quién había llamado a la puerta: el mismísimo comandante de la guardia de Altamiras. Grave cuestión había de ser.

—¡Señor comandante, jamás había sido roto el descanso de la noche de esta casa! ¿Qué asunto hace que en la madrugada esté llamando a la puerta?

—Algo importante. Despierte al alcalde y no se preocupe por su ira, que ya me encargo yo.

—Pase, pues, y espere en el recibidor.

Manuel agradecía el calor de la casa ya que en el exterior el frío arreciaba. Se distrajo mirando la decoración y fueron sus ojos a donde no querían ir, pero así lo hizo: un cuadro de más de un metro de alto por la mitad de ancho mostraba en sus trazos pintados a la hija pequeña del alcalde de Altamiras: Marina.

Quizá fuera de las mujeres más bellas de la ciudad: no de mucha talla, rubia y con unas generosas curvas, pero lo que más atractiva la hacía era su sonrisa.

Sabido era que tenía ella carácter propio y una marcada personalidad inquebrantable. Aun estando en edad casadera, su padre intentó desposarla con algún hijo de gente noble de la ciudad o algún hijo de duque de los feudos de Altamiras, pero fue misión fallida, pues Marina tenía bien claro a quién quería aunque su padre lo desconocía.

Manuel se giró cuando oyó pasos en una escalera cercana. El alcalde ya se acercaba, por lo que fue a su encuentro.

Así se encontraron los dos en el salón principal siendo mitad el fuego del hogar. Hubo segundos de silencio tenso. Marcos, el alcalde de Altamiras, lo rompió con su seriedad y autoridad.

—Si me levantas de mi lecho a estas horas de la noche, creo que tienen que ser noticias muy preocupantes.

—Y lo son, mi señor —le respondió Manuel.

—Apresúrate a comunicármelas inmediatamente; sé directo, pues no creo que en estos tiempos algo me sorprenda.

—Señor alcalde, la hermandad ha tomado el control de las ciudades del este.

—Eso no es noticia, ya que siempre la han tenido —le replicó el alcalde.

—Sí, mi señor, pero nunca por la violencia. Han tomado Selva por fuerza y han matado a Florián de Selva; Mont-Elo ardió en llamas y casi todos los hermanos de la hermandad han sido

asesinados.

Marcos no se inmutó ante las nuevas fatales de Manuel. Le indicó con una mano que se sentara. Se acercó a su armario cercano y abrió sus puertas donde, en sus compartimentos, se encontraban frascos de diferentes formas y tamaños que contenían líquidos de diferentes colores. En otro armario pequeño había copas de metal labradas. Manuel, al ofrecerle Marco una copa de color gris claro, supuso que era de plata. Ese gesto le pareció harto extraño proviniendo de una persona tan austera como el alcalde. Alcanzó una botella de un color ambarino, extrajo el corcho y rellenó la copa que ofreció a Manuel y la suya propia.

Marcos se sentó en el sillón contiguo al de Manuel y bebió un trago largo de la copa de plata. Miró directamente a los ojos del comandante de su guardia y dibujó una leve sonrisa que era contraste del anuncio que le hizo Manuel, y así, en ese extraño ambiente de camaradería que creó el alcalde de Altamiras, Marcos le dirigió la palabra:

—Creo que quieres contarme algo más, ¿verdad?

Manuel se quedó extrañado de la tranquilidad del alcalde y de sus palabras. Era el momento de la verdad, era Altamiras y su gente: el objetivo de su vida, tal como fue el de sus antepasados, y ahora, la máxima autoridad de su ciudad le hacía la pregunta certera. Un secreto tenía que romperse, tenía fe en el hombre que dirigía la ciudad donde vivía y a la que amaba sin reserva alguna.

—Sí, señor. Quizá se acuerde de los cuentos que nos contaban cuando éramos niños donde había unos hombres de vidas milenarias que habitaban entre nosotros y que se llamaban los durmientes.

—¡Sí, las conozco! —afirmó con la cabeza Marcos.

—Hace tiempo que uno de ellos tomó contacto conmigo —prosiguió Manuel.

Marcos frunció el ceño sorprendido y con un gesto animó a su comandante a proseguir.

—Me convenció de que su único propósito era preservar el bienestar de toda la humanidad; me instó a que, en el anonimato, hiciera todo lo posible para la seguridad de la buena gente de esta, nuestra ciudad. Le informaba de lo que podía. Su nombre es Antón, es un ser milenario y de gran sabiduría. Si se lo oculté a pesar de la lealtad que le tengo a usted, es por su propio bien; soy un disidente en contra de la hermandad. Júzgueme como usted crea conveniente.

Manuel estaba preparado para todo menos para la reacción que tuvo el alcalde de Altamiras. Marcos soltó una carcajada ruidosa

que dejó atónito al comandante de la guardia de la ciudad. Jamás había visto reír, ni tan siquiera una sonrisa a su superior. Aquello lo confundió, pero fueron sus consiguientes palabras las que dejaron totalmente atónito a Manuel.

—El señor de los secretos, Antón el Rojo, tejió una grandiosa telaraña, y no fue a ti solo. Desde que tiene conocimiento mi familia (claro, que siempre en secreto), hemos mantenido una estrecha colaboración con él: generación tras generación, y por lo que veo, tú también estás en esta trama. Bien, mi comandante, tus noticias son antiguas. Hace tiempo que nuestro director acudió a la llamada de Monasterio, la base de la hermandad y allí encontró la muerte así como la de muchos de sus hermanos. La hermandad, tal como pudiera decirte Antón, está destruida. Solo hay un hombre que la representa: el más cruel y ruin de ellos. Ahora hay que mover pieza en este tablero de caos, pero no es ahora el momento de tomar decisiones, así que mañana, tomando el descanso que precises, volverás aquí siendo la luz del día la que nos ilumine para que te dé instrucciones. Ahora, retírate, Manuel y de esta conversación no hables con nadie.

—Así sea, mi señor.

—Una cosa, Manuel; de todas las cosas que ocultas, tengo conocimiento de ellas, así que por favor, no más secretos. Ve en paz y vuelve como te dije mañana, cuando despiertes.

Manuel se quedó extrañado de lo que pudiera saber su superior; le apretó la mano en signo de compañerismo más que de sumisión, pero no alcanzaba a comprender sus últimas palabras.

Salió de la casa perplejo, pues él tenía secretos, pero… ¿cuáles conocía el alcalde? Alzó la vista al cielo, las débiles luces de la calle apenas iluminaban el entorno y el polvo de nieve empezó a hacer que se perdiera la visión. Tenía Manuel aún en esta extraña noche un destino, por lo que a él se dispuso a andar.

En la parte trasera de la casa del alcalde, una ventana se abrió y una encapuchada figura salió de ella. Era de poca altura, el viento jugaba con su capa entallándola y atrapándola para luego soltarla; salió del barrio más pudiente hasta adentrarse en las calles del barrio de los trabajadores, puesto que era donde había menos guardias y por donde podía pasar más inadvertida. Se alejó de ese barrio a paso apresurado pues el tiempo que transcurría era su enemigo; la noche la ocultaba, pero la misma se acabaría y no podía permitir que llegara el alba. Se detuvo en un gran terreno baldío acordonado con una verja de hierro forjada y en mitad de ese terreno, bajo el amparo de la enorme torre del norte, una casa de

muros ennegrecidos con paredes desgarradas porque en su pasado fue pasto de las llamas. Era el antiguo cuartel de la guardia de Altamiras que fue quemado por los agentes de la hermandad en una represalia por las muertes de varios agentes ejecutores de su antiguo director; allí murieron varios guardias por el implacable fuego. El edificio quedó tal cual para ser recordatorio del asesinato allí cometido.

La figura encapuchada dirigió sus andares hacia la entrada y abrió la puerta; fue hacia el edificio haciendo que, a su paso, la capa barriera del suelo la nieve posada y creara un testigo de su camino. Se adentró en las ruinas y en un lugar escondido activó un complejo mecanismo; una losa de piedra enorme empezó a deslizarse del suelo rompiendo el silencio de esta noche llena de revelaciones con la fricción de la piedra. Una apertura ancha dejó vista del interior iluminando el sótano, entonces, se adentró en su oquedad; activó otro mecanismo más sencillo y así, la entrada a ese lugar se clausuró engulléndola en un descenso de sus entrañas. La figura conocía muy bien por dónde andaba, pues los sótanos del antiguo edificio de la guardia de Altamiras sí estaban en funcionamiento, en contraste con su exterior. Fue abriendo puerta tras puerta, recorriendo pasillos, pasando por salas hasta que llegó donde tenía que llegar. Era una sala pequeña, iluminada solo por una extraña chimenea que distribuía su salida de humos por varias cañerías que tenían la misión de no delatar al exterior que ese edificio estaba activo. Allí, un hombre alto y fornido tenía su espalda a la recién llegada y su mirada entretenida en las danzantes llamas. Entonces, sus palabras surgieron lejanas:

—Has tardado.

—No he podido llegar antes. Mi padre se reunió esta noche y tuve que esperar a que terminaran.

—¿Oíste algo de lo que hablaron?

—No. Si me hubiera acercado a escuchar, mi padre se hubiese dado cuenta. ¡No sabes lo inteligente que es!

—Sí, lo sé. Hoy me ha dado una lección de ello.

—¿Eras tú quién se reunió con él?

—Sí, así es.

Hubo un silencio que podía haberse llenado de palabras, podría haber sido debate de explicaciones, pero la figura encapuchada decidió que era tiempo de otra expresión.

Con un cruce de sus manos, deslizó su capa por la espalda cayendo al suelo; una rubia cabellera apareció de las sombras a la débil luz de las llamas, hábiles manos suyas desabrocharon el

vestido que la envolvían para descubrir la desnudez de su cuerpo. Así, en breves momentos, entre el jugueteo de las luces y las sombras de la iluminación del fuego, se mostró un cuerpo digno de las odas de los poetas, con la magia de la notoriedad de las curvas que ahora observaba el que esperaba.

Él la imitó y se desprendió de su ropa mostrando su cuerpo cincelado por años de ejercicio y disciplina; hubo una lenta pausa donde uno miraba al otro complacientemente hasta que se fueron acercando y el fuego no fue de llamas, sino de la pasión mutua: besos de ardor, manos recorriendo con avidez las líneas del otro, no había comodidad en el encuentro. Ella se dio la vuelta y él la rodeó con sus fuertes brazos; ella sintió en su espalda pechos y abdomen de acero y, así, consumieron con extrema pasión el encuentro.

Después del éxtasis, se recostaron contra la pared abrazados, sin perder jamás el calor de la piel del otro; querían dormir, querían perderse en el sueño abrazados uno con el otro, pero la cordura salió de una voz femenina:

—Tengo que irme.

—¿Marina…?

—No temas, cielo, no es el último encuentro que tendremos. Te lo dije una vez: te necesito, eres aquello en lo que me apoyo en los peores momentos, eres el centro de mi universo y quiero que estés en mi vida, es lo que más anhelo.

—Corren tiempos turbios, pero quiero decirle a tu padre que te pretendo.

—Muy valiente, pero tenemos que ser prudentes. Él me quiere en la élite de la sociedad de Altamiras y tú no estás en ella. Sabré por dónde dejar palabras que tuerzan su decisión, eso sí, con tiempo.

—Creo que es cosa de la cual carecemos.

—¿Por qué dices eso?

—Se están produciendo muchos acontecimientos en estos momentos y quizá sea tiempo de actuar. Mañana he de recibir órdenes de tu padre.

—Dentro de pocas horas, querrás decir —le corrigió Marina.

—Sí.

—Dame un beso, mi héroe, he de irme pues el límite de tiempo se agota.

Manuel la besó de la manera que solo puede hacerlo quien ama. Así se disolvió el encuentro clandestino de un amor.

El amanecer invadió la ciudad de Altamiras con su claridad; la actividad obrera llenó de gente sus calles y entre la multitud

trabajadora de la ciudad, una figura destacaba entre la gente: el comandante de la guardia de Altamiras. Sin escolta alguna, se dirigía a la casa del alcalde. A su paso, toda la gente asentía en un signo de respeto que él correspondía; estaba cansado, apenas había dormido, pero su vigilia merecía harto la correspondencia de una pasión. Sin apenas darse cuenta, perdido en sus pensamientos, se encontró frente a la casa del alcalde. Siempre era su puerta una frontera difícil de traspasar; tragó saliva y con su mano golpeó el llamador de su puerta. Fueron breves instantes hasta que el mayordomo de la casa abrió la puerta y le invitó a pasar. Llegó al salón de la noche anterior y el alcalde estaba allí, sentado en un sillón. Al oír entrar a Manuel, sin moverse, habló:

—Toma asiento enfrente de mí.

Manuel así lo hizo. Hubo un momento de pausa el cual quiso proclamar su amor por Marina a pesar de las órdenes que pudiera recibir, cuando la voz de Marcos irrumpió en su posible confesión:

—Marina, haz el favor de servirnos el desayuno.

Su nombre hizo estremecerse a Manuel, pero calló. Marina, visiblemente cansada, hizo aquello que su padre le ordenó.

—Bien, Manuel, todo será breve; atiende a mis instrucciones, pues son de vital importancia que todo se ejecute rápidamente.

—Dígame, mi señor:

—¿De cuántos soldados disponemos en este momento que nos sean fieles?

—Una palabra solo: todos —le contestó Manuel.

—Di un número.

—Mil trescientos noventa, mi señor.

—Suficientes, o eso creo; es una empresa arriesgada y puede suponer nuestra muerte.

—Un riesgo que hay que aceptar.

—Primero, elimina de esta ciudad con todas las fuerzas que dispones a todos los agentes del director; no habrá represalias pues su director está muerto. Segundo: reúne la mitad de todos los guardias y dirígete en tren hasta Erdia, allí tomarás la ciudad.

—¿Cómo?

—Confío en ti; tú sabrás cómo hacerlo.

Marina estaba sirviendo el desayuno mientras oía las palabras de su padre. Manuel se levantó y se dirigió a su alcalde:

—Así se hará.

—Una cosa más, Manuel —dijo el alcalde—, y esta quizá para mí sea de vital importancia por la sangre que me une.

—Señor, ¿qué es?

—Si logras sobrevivir a esta misión, si logras obtener la victoria de los justos, tienes mi bendición para que Marina sea tu mujer.

Una bandeja cayó al suelo y la loza se destrozó en un suelo inmaculado. Marina descubrió que su secreto había sido descubierto.

—Te lo dije, Manuel, sé de muchos secretos; forma parte de la liberación del tuyo y serás quien tiene lo que ya posee, pero con mi beneplácito. Suerte, Manuel.

En ese momento, no hubo concesión ni recato al cual Marina abrazó y besó a Manuel, mas solo pudo articular entre lágrimas las siguientes palabras:

—Vuelve vivo o te perseguiré aunque suponga mi muerte.

13. INFERNO

Seguimos andando sin camino ni sendero. Dejamos bastante atrás las fraguas del manantial. Karmen estaba ahora enfundado en la amplia capa de cuero cuando empezó a nevar suavemente. Al poco, sentí el ligero peso de la nieve que se adherían a nuestros cuerpos; me sentía un poco vacío al no tener cerca a María y a su bebé, pero sabía con certeza que Karmen la echaba más de menos que yo. Aunque él llevaba la coraza puesta que ocultaba sus sentimientos desgastados durante siglos, en su interior era tan humano como otro cualquiera.

La nieve caía casi con una lentitud parsimoniosa que me hizo parar para contemplarla. Espaciados, danzaba bamboleante entre los blancos y reflejos, lenta, pero constante hasta casi cubrir el poco verde de los alrededores. Al darse cuenta Karmen que me paré y no lo seguía, se giró y se quedó observándome en silencio. Creí ver un atisbo de admiración por mi particular sensibilidad. Se dio la vuelta y siguió andando. Al momento, seguí sus pasos a pesar de que podía permitirme el lujo de abstraerme, pues encontrar a Raquel era mi principal misión. Claro que me preocupaba la suerte de todos los demás que me acompañaban, pero estaba sin corazón, ya que estaba entregado y Raquel lo tenía consigo. Tenía que recuperarla.

Seguíamos los dos hundiendo nuestras pisadas en la mullida capa de nieve. No sentía cansancio ninguno, pero la tarde pasó a la noche viajando en aquel bosque poco espeso. Entonces, con ningún refugio a la vista, recordé que Karmen tendría que descansar pronto. Le puse la mano en el hombro y él se giró sorprendido; enseguida usé la palabra:

—Paremos a descansar; lo necesitas.

—Sí, podemos parar en cualquier sitio. No necesitamos ni calor ni cobijo.

—¿Te parece bien al amparo de aquellas rocas?

—Un lugar tan bueno como otro cualquiera.

Llegamos a ese lugar, nos sentamos, cruzamos las piernas y las capas, al ser tan grandes, nos cubrieron enteros. Bajamos la cabeza y de pronto me di cuenta de que no exigía guardias.

—¿Y las guardias?

—No tenemos a quién proteger. Pocos seres podrían hacernos daño y los sentiríamos antes de que se acercaran demasiado. Descansa, sea tanto tu cuerpo como tu mente.

Bajé la cabeza escuchando el levísimo crujido de cada copo de

nieve que se adhería a cualquier superficie y aunque no lo necesitara como Karmen, entré en el sueño sin darme cuenta, tan furtivamente como el silencio de esta noche callaba todos los sonidos nocturnos.

Soñé con sombras y luces en un eterno equilibrio que fluctuaba con las eras; sentí todo el dolor de los seres que habitaban en esta tierra. Me hacían sentir una profunda tristeza y veía las injusticias pasar delante de mí sin poderlas remediar: vidas arrancadas sin apenas poder llegar a la madurez, vidas que podían haber sido felices sin poderse realizar truncadas por la avaricia, la envidia o por la simple crueldad. Veía sonreír a Derán en el patio interior de la mansión de Mont-Elo y como se quemaba la carne de Román sin que profiriera ni un solo grito de dolor. Ahora oía a Raquel repetir mi nombre, preguntándome dónde estaba y cómo, en voz baja, decía que lo que se había unido con amor no se podía separar. Aún con el frío gélido alrededor, desperté empapado en sudor.

No desperté a Karmen. La noche era negra y me confundió tanto que no sabía si aún estaba dentro del sueño. No nevaba ya pero un incómodo silencio reinaba en rededor; de un salto alcancé el muro de roca que nos daba amparo y empecé a girar sobre mí mismo hasta que situé la voz de Raquel y percibí que estaba al este, lejos. Pasé en cuclillas todo lo que restaba de noche mirando fijo en esa dirección hasta que el amanecer llegó. El primer rayo de claridad que incidió sobre Karmen lo despertó; se irguió mas sabía dónde me encontraba pues no me buscó con la mirada, sino que se fijó directamente en la misma posición donde me encontraba.

—¿Alguna revelación, señor misterioso? —preguntó Karmen.

—Sé en qué dirección está Raquel.

—Sí, lo sé, está al este, pero hay bastante agua de por medio.

—¡Cómo! ¿Lo sabías y no me lo habías dicho?—pregunté yo…

—¡Lo sabía! Vi hacia dónde se dirigían las dos esferas, en dos direcciones opuestas: este y oeste. En la del este había una sola figura y sé a ciencia cierta que era ella, pero nos dirigimos hacia el norte, la única dirección que no deberíamos tomar para encontrar a los demás. Allí, en el norte, se encuentra la ciudad de Inferno donde está El Mago. Por favor, no me preguntes más pues no tengo más respuestas, simplemente, sé que lo necesitamos.

—Confío en ti —le dije yo.

—Pues no debieras confiar en nadie y este es el mejor regalo que te doy: mi consejo, más yo me fie de tu intuición y por las veces que yo seguí tus pasos en tus extraños caminos, ahora fíate de mis instintos, pues sé que para avanzar debemos retroceder —confesó

Karmen.

—Cierto, te lo debo.

—Pues no perdamos tiempo. Sé que donde vamos te hará cambiar, no sé si para bien o para mal, eso ya lo veremos.

—Me intrigas, Karmen; eres una persona misteriosa.

—Si yo soy misterioso, ¿qué eres tú, que todos te siguen y protegen? —preguntó Karmen.

Ante tal brutal afirmación, callé, pues no tenía más argumentos y solo nos quedaba proseguir hacia ese infierno del que Karmen no me detalló. Solo por su nombre podía deducir hacia dónde nos dirigíamos. ¿Quién podía llamar así a un sitio? No me podía adelantar a las suposiciones sin saber del lugar, pero sin duda, el nombre me ponía sobre aviso.

Caminamos como anteriormente: siempre en línea recta y yo siguiendo los pasos de Karmen; apenas había alguna leve elevación y el bosque clareado era continuo, pero la constante era una inapreciable soledad. Era muy raro que no nos hubiéramos topado con algún caminante, ni tan siquiera algún animal o algún asentamiento, hasta llegué a pensar desde que iniciamos nuestra huida, que las cinco ciudades del este era lo más avanzado que existía.

Todas mis divagaciones cesaron cuando Karmen paró y se dirigió a mí:

—Estamos muy cerca; estarás fuera de lugar. No cometas ninguna tontería; por una vez doblega tu nobleza a mi sabiduría. Sabrás realmente cuándo actuar y también sabrás por qué ese lugar se llama Inferno.

—Haré caso de tus consejos —le respondí.

—Me alegro de que lo comprendas; necesitamos al mago y no sé por qué aún.

No fue mucho el camino andado hasta que llegamos a una vasta ciudad que se dibujaba a una corta distancia. A primera vista, desde el punto en que la observábamos, no me pareció nada a lo que sugería su nombre. Karmen sonrió ante mi aptitud pues sabía que cuando estuviéramos en sus puertas, lo descubriría. Cuando al fin ya sus cercanías llegaban por nuestros pasos, empecé a ver lo que nos podía ofrecer una ciudad que ahora se dibujaba maldita. Otra puerta, ya única, la veía entre dos árboles sin verdor alguno: era metálica y solo estaba el marco entre negro y de anaranjada herrumbre rodeado de enredaderas muertas que la recorrían insectos y esta fue la única que despertó mi olfato; el olor que desprendía era de un olor a muerte de hacía muchísimo tiempo.

Karmen me miró, pues al mantener la mirada fija en un punto le llamó la atención.

—¿Qué ves que no veo yo? —me preguntó Karmen.

—Descomposición —me sinceré.

—Es Inferno.

Le miré cuando dibujó una mueca de asentimiento confirmando lo que mi imaginación o alguna manera de clarividencia se me ofrecía y que no alcanzaba a comprender, hasta que llegamos a sus puertas y una escena macabra que me repudiaba me hizo recordar a algo leído. En su puerta había tres cadáveres en avanzada descomposición, clavados en tres cruces invertidas de madera podrida; nuestros pasos siguieron hasta traspasar la puerta de ese lugar en el que no había guardias que la custodiaran, ni nadie más que nosotros que quisiéramos adentrarnos en aquel lugar.

Entramos con paso firme pero pausado en sus calles; el olfato es lo primero que me impactó: olía a orinas, a heces, a vómitos, cuerpos sin asear y a sexo; veíamos cuerpos esparramados, algunos con una botella en la mano y otros delirando. Vimos dos hombres tomando una mujer que parecía ajena a lo que le hacían. A pesar de la degradación de todo lo que veía, hice caso de Karmen y me mantuve al margen, no sin que no me costara intervenir. Llegamos a un edificio que superaba en altura a los demás. Karmen me paró y se puso tan serio que me asustó.

—Silvan, ahora sabrás qué hacer.

Me quedé sorprendido ante sus palabras que por su acento eran harto sinceras; empezamos a ver mucha guarnición que custodiaba ese edificio. Solo en la entrada había dos hombres vestidos con una amalgama de dispares partes de armadura y unas máscaras que les cubrían la cara; nos miraron sorprendidos. Nos quedamos a una distancia prudencial pues si hubiéramos avanzado más, estoy seguro de que nos hubieran atacado sin tener por qué darnos ningún aviso. Los dos guardias se miraron y uno dio unos pasos hacia adelante; Karmen buscó en los bolsillos interiores de la capa, sacó una rosa negra y, adelantando la mano, se la ofreció al guardia.

—Entrégasela a tu rey. Él entenderá el mensaje.

El guardia se quedó absorto mirando la rosa negra como si fuera un objeto jamás visto. Se quedó unos minutos sopesando si tenía o no que hacer caso omiso a las palabras de Karmen. La seguridad del extraño mensaje en forma de rosa fue lo que indujo al incrédulo guardia a entrar dentro del edificio a entregar esa rara señal a su rey.

La espera fue corta. Desde el interior se oyó un estallido de insultos rabiosos y el ruido de madera quebrada. De la puerta principal salió la cabeza cercenada del guardia que fue rebotando por los escalones hasta que llegó a nuestros pies. Karmen torció el gesto con rabia:

—Nunca se mata al mensajero.

De pronto salieron corriendo y trastabillando varias mujeres desnudas con argollas en sus cuellos y cadenas en sus manos. Por la puerta empezó a salir un reguero de sangre que empezaba a empapar los escalones de la entrada. Karmen se dirigió a ella y, en ningún momento, el único guardia se interpuso a que entráramos. Una voz poderosa y grave fue la bienvenida a la casa principal de Inferno.

—¿A quién se le ha ocurrido esta broma? Sufrirá tormentos hasta que desee la muerte como consuelo.

Entramos en una gran sala que al final había unas escaleras que finalizaban en un ostentoso trono hecho de materiales preciosos y labrados muy trabajados. Ese ser que gritaba con rabia estaba entre sombras y nosotros nos acercábamos a ellas. Karmen habló:

—¿Quién dijo que fuera una broma? Rey de Inferno, ¿o te puedo llamar por tu nombre, el que tuviste?

El ser que coronaba las alturas de esas empinadas escaleras se quedó mudo y quieto. La voz de Karmen le dejó paralizado.

—¿No, rey de Inferno? Tu nombre, que pocos conocen, es Valu y es lo que produjiste desde que naciste.

De entre las sombras empezó a bajar un ser sacado de una pesadilla: su torso desnudo estaba lleno de tatuajes y en su pecho tenía una escala de metales insertados en la piel que llegaban al tórax. Sus ojos eran negros sin pupilas; llevaba una falda de cuero que cubría sus piernas y en el pelo una cresta que se antojaba metálica. Todo su cuerpo estaba perforado y adornado con inserciones de hierro negro, pero a pesar de su estampa aterradora, su semblante mostraba temor.

—No había oído esa voz en muchos años, ni ninguna rosa negra he visto en bastante tiempo, Karmen —dijo el rey con voz segura.

—Te he advertido. Sabes de sobra lo que significa una rosa negra. Este teatro de sangre y rabia no me ha impresionado en absoluto, es más, me asquea.

—No te temo; esperaba que vinieras algún día a este lugar de degradación y dolor. ¿Ves? He recreado el mismo infierno en la tierra. Demasiado tiempo ha pasado desde que te vi por última vez.

—Nos hemos visto antes y tú lo sabes. Vagando por Tierra de

Nadie, acompañaste a algunos durmientes y a pesar de acogerte, quisiste traicionarlos. Tuve clemencia y te dejé ir, pero veo que ahora has prosperado.

—Esos tiempos están desaparecidos en el recuerdo; soy muy poderoso ahora, soy el mismo infierno, la misma degradación. ¿Qué es tu advertencia? Tu insolencia es la muerte, pero tengo curiosidad.

Karmen sonrió como si una hormiga retara a un león, gesto que molestó agriamente al rey de este infierno.

—Quiero al mago —dijo Karmen.

Una horrenda y prolongada carcajada siniestra hizo temblar los cimientos de esa sala.

—¿Qué te hace pensar que te lo daré? —le dijo entre risas Valu.

—Te hago una sencilla propuesta: tu vida porque me entregues al mago; es muy fácil, nos entregas al mago y te dejamos seguir con la locura tuya.

—¡No estoy loco! Y tú, ¿acaso crees que alguien puede matarme? Lo han intentado muchos y todos han fracasado, ¡todos! —dijo burlescamente el rey de Inferno.

El ser que reinaba en lo alto de las escaleras reparó en mí mirándome enigmático; él sabía que Karmen siempre iba solo. No me amedrenté con su mirada, todo lo contrario, empezaba a molestarme su soberbia y su crueldad. Algo dentro de mí crecía con fuerza y mi desprecio hacia él empezaba a superar mi racionalidad.

—¿Quién es este? —preguntó con desprecio Valu.

—Un habitante de las cinco ciudades del este —respondió Karmen.

—¿Un señorito? No sé a cuál de vosotros dos mataré primero.

—Tendrías que tenerle más respeto —le advirtió Karmen.

—¿Por qué?

—Pregúntale su nombre y su apellido, igual te sorprendes pues es a él a quien tienes que temer.

No esperé a que él formulara la pregunta así que yo mismo, dando un paso al frente, me presenté.

—Mi nombre es Silvan…

—No me dice nada y me estáis hastiando —dijo el rey de Inferno.

—…Ellan —terminé la frase.

—Llevas el mismo apellido de una durmiente a la cual conocí cuando andaba con ellos; entonces Inferno no existía —dijo Valu hablando de un pasado lejano

—Mi madre —le confesé.

—No es posible, me estás mintiendo. Sois estériles.

—Creo que soy la prueba viviente de que no es así. Soy hijo de Elisa Ellan y por la memoria que me honra de ella, yo te digo, rey de Inferno, ¡atiende a nuestra demanda!

—¡Jamás! Se acabó el tiempo de las palabras. No sois dignos de pedirme nada; os doy la oportunidad de iros con vida de mi ciudad —dijo sonriente el rey de Inferno.

Extraje instintivamente las dos espadas de la luna que en la semioscuridad de esa sala relucieron como dos luceros en la noche más oscura.

Karmen se puso a mi altura y respiró hondo; su paciencia empezaba a agotarse pues vi cómo se le hinchaban las venas de las sienes. No era una buena señal, pero una voz salió calmada y el acento tenía un cariz aterrador.

—Por segunda vez, quiero al mago —insistió Karmen.

—¡No más palabras! —escupió de su boca Valu.

—¡El Mago! —dijo Karmen con un grito que hizo temblar los mismos cimientos de la pequeña fortaleza.

—El Mago está en los sótanos de mi palacio de terror y dolor. Lleva aquí desde anteayer —contestó el rey de Inferno.

—¿Cómo puedes tener una persona encerrada sin motivo alguno? —le repliqué yo.

—¿Sin motivo? Sé quién es y sé lo valioso que es —dijo bajando poco a poco las escaleras que estaban frente a su trono.

—¿Qué es lo que buscas de él para tenerlo preso? —preguntó Karmen iracundo.

—Su conocimiento de la tecnología antigua. Es poder para convertir a todo el mundo en un infierno, para sacar lo más oscuro de la humanidad a mi servicio, ser el rey del mundo entero y para ello dispongo de todo el tiempo.

Acabó su frase triunfalista con una carcajada que sonaba a infecta locura hasta que, un movimiento de Karmen le hizo cambiar la faz de su cara para dejarla en un gesto de estupefacción: una rosa roja se encontraba en los pies del rey de Inferno.

—¿Tú serás quien me mate, Karmen? Inténtalo, si tienes valor.

Sus palabras llenas de orgullo y vanidad me producían punzadas de dolor en el cerebro. Desde un escondido recodo de mi mente, empecé a crecerme pensando cuánto dolor habría causado ese ser. Iba en aumento la determinación de que el mundo sería mejor sin ese rey de este lugar y con un nombre tan apropiado. Sentía como la adrenalina corría por mis venas; una voz blanca me decía que la vida siempre es lo más importante. Por esa noble razón, tenía que

matarlo, porque sin él habría más vida y mis palabras fueron tan incisivas que hasta Karmen se quedó paralizado.

—¡No! ¡Seré yo quien lo haga! —sentencié yo.

La risa despectiva de él no me afectó; le devolví su desprecio con una leve sonrisa que apoyaba mi decisión; dejé que la capa cayera por mi espalda y él me miraba como si ya tuviera la victoria antes de luchar.

—¡Estás muerto! ¿Lo sabes, verdad? —con soberbia dijo el rey de Inferno.

—¡No, no dejaré que me mates! Y además, no sé si tú podrás hacerlo —le contesté yo.

Dio un paso al frente pisando la rosa roja de Karmen. Una grotesca sonrisa brotaba de unos labios negros, al igual que su alma. Como una exhalación, recorrió la distancia que nos separaba y me lanzó un barrido con un puño para impactar en mi cabeza. Yo ya lo había previsto, por lo que me agaché lo justo para sentir como la fuerza y la velocidad que le imprimió provocaba una corriente de aire que acompañó mi pelo en su inercia. Dejó así un torso desprotegido, lo cual aproveché para golpearle con mis dos manos en el tórax. Salió despedido hasta su trono con tanta velocidad que lo destrozó y oí como a su paso barría varios muebles que había detrás. Creí que el combate había terminado cuando, en el fondo de aquella instancia de poca luz, oí un bramar rabioso. Lo vi aparecer al lado del trono destrozado; se pasaba la mano por la boca ensangrentada. Nunca dejé de pensar en ningún momento que sería fácil acabar con él, pero tenía la convicción de que lo derrotaría. Empezó a andar lento hasta mí, hasta que desapareció y lo vi fugazmente en varios puntos no muy cerca de mí. Hasta casi en la parte derecha de mi campo de visión, lo vi más nítidamente y lanzó un puño contra mi pecho. Sin moverme con mucha presteza, el puño impactó con el aire; su rostro, que antes mostraba una seguridad, ahora entrañaba sorpresa. Me agaché y le quise barrer con mi pierna izquierda; él saltó y justo en el momento que su cuerpo se encontraba en el aire sin ningún apoyo, me giré dando media vuelta y mi puño impactó en su costado con una fuerza que antes no había sentido en mí. Oí crujir, al menos, dos costillas pero más huesos crujirían al impactar contra la pared. No sé si le dolió más el orgullo herido o el golpe recibido, pero él jadeaba y yo aún no empezaba a sudar. No podía esperar a un combate largo. Fui hacia él rápidamente cuando sentí que desapareció y reparé en que estaba detrás de mi espalda. Antes de que descargara el puño sobre mí, me moví hacia delante y otra vez su puño impactó contra la

nada. Me cubrí para descargar mi codo derecho sobre su cabeza y la vi torcer hasta un punto antinatural la cual se colocó con las dos manos. Usé ahora las dos espadas de luna y me dispuse a ejecutar con ellas una danza mortal la cual solo podía esquivar y retroceder. Mi determinación era tal que él también la percibía en su gesto. Lo vi desplazarse hacia atrás con una velocidad vertiginosa y desapareció de mi campo de visión; sabía que intentaría tomar la iniciativa hasta que apareció suspendido en el aire justo encima de mí, asiendo con fuerza una enorme espada curva con el filo aserrado; di un paso hacia atrás, no hacía falta más para evitar que me partiera en dos mitades; vi como la hoja pasaba justo enfrente de mi rostro, olía a óxido y a acero viejo. A la altura de mis ojos vi el reflejo de ellos en la hoja de la espada, hasta que el tiempo volvió a su medida natural y su filo se incrustó violentamente en la piedra del suelo, a pocos centímetros de mis pies. Me bastó una patada en el pomo para desarmarlo; lo miré fijamente. Ahora ya era consciente de que no me podía derrotar. Nunca tuvo la más mínima probabilidad y ahora se daba cuenta, pero el orgullo de su rabia se resistía a contemplar ninguna posibilidad de victoria.

Empezaba a hastiarme en demasía que se prolongara más esta lucha que solo tenía un resultado: su derrota.

Me impulsé hacia delante con la rodilla en estilete que impactó en su pecho cosido de metal hasta que impactó contra el frío suelo pétreo, aprisionado por mi peso. Levanté las dos manos en el aire y, con presteza, inserté fuertemente las dos espadas de la luna a ambos lados de su cuello, incrustándolas varios centímetros en la piedra y las cruzándolas en equis para dejarlas a pocos milímetros de su piel: si se moviese, se decapitaría él solo. Me incorporé y miré su rostro lleno de incredulidad y horror; solo tenía que cerrar la cruz de mis armas para terminar con una vida que sembró dolor en su reinado de locura creando un infierno en sus dominios.

Empezó a llover y me evadí de la situación que tenía a mis pies que, a pesar de la victoria, tenía el sabor de boca lleno de agria amargura. Empecé a sentir cientos de miles de gotas impactar en el tejado y en las calles de tierra de esta ciudad maldita y abandonada a una mente demente. Me movía lentamente para captar esa música que ahora era un bálsamo para una escena que aunque provocara, en realidad, no tenía la más mínima ganas de protagonizar; cerraba los ojos y cada gota de lluvia componía un sonido que ya disfruté en otros momentos pasados, pero ahora más que nunca necesitaba. Sé que el tiempo transcurrido fue menor al percibido, pero tenía que cerrar el acto de esta escena. Sus palabras me despertaron:

—¿Qué esperas para terminar esto? —preguntó el rey de Inferno.

—¿Yo? Yo no decido, pues te doy a elegir a ti. La clemencia que no has tenido para los demás la tengo para ti. Si te levantas, tú mismo acabarás con tu vida, pero yo te doy otra opción.

—¿Cuál es?

—Irte fuera de aquí. La próxima vez que nos veamos no habrá clemencia.

—¿Sabes que volveré a por ti si me dejas ir? —le dijo amenazante Valu.

—¡Sí! No esperaría menos de un ser tan cruel como tú, pero ¿sabes? El resultado será siempre el mismo y, la próxima vez, morirás.

—Me arriesgaré. Quita esas espadas pues me siento aprisionado por sus filos.

Me acerqué a él y, en un movimiento brusco, despegué el metal de piedra y las dos espadas de la luna volvían a sus fundas. Me quedé observándolo por si tuviera alguna duda de mis palabras, pero él veía en mis ojos negros la determinación de ellas.

—He tenido clemencia. Ahora, ¡fuera de aquí y desea que nuestros caminos nunca se vuelvan a cruzar!

Me dio la espalda y desapareció a paso lento y orgulloso. Me dio a entender que no se rendía, pero al menos, este infierno no seguiría. Me volví hacia Karmen que se mantenía impasible como un privilegiado espectador.

—¿No me juzgas? —le pregunté.

—No. ¿Y por qué debería hacerlo? ¿Acaso no has hecho tu propio juicio?

—¿He hecho bien?

—Contestar a esa pregunta es irrelevante; has hecho lo que debías hacer. El resultado de tus decisiones tendrá sus consecuencias, pero eso sí, tienes mejor corazón que yo; conmigo de juez ya estaría muerto —se sinceró Karmen.

—No tengo el derecho de ser un ejecutor.

—Ni nadie, pero a veces si matas a alguien, salvas muchas vidas.

—Ya veremos el curso de mis decisiones.

Entre las sombras apareció un joven con una túnica y la cabeza oculta en una capucha ancha que avanzaba nerviosamente hacia nosotros. Era evidente el miedo que emanaba en cada uno de sus gestos. Pasaron unos segundos hasta que su voz temblorosa se dirigió hacia nosotros.

—Señor, ¿ahora vos sois el rey de Inferno? Estoy a vuestro

servicio, pues soy el escriba de esta ciudad, ahora suya.

—¿Tengo el poder de que cualquier decisión sea ejecutada? —le respondí con una pregunta.

—Sí, señor, todo lo que ordene se hará.

—Seré breve. Primero, nos conducirás hasta El Mago y nos lo entregaréis; después, todo aquel que viva aquí se dispersará en todas las direcciones. Cuando este lugar quede vacío, quiero que se queme hasta los mismos cimientos y que su nombre quede en el olvido.

El muchacho se quedó estupefacto ante mis palabras pero no dudó mucho tiempo en asentir con la cabeza.

—Así sea. ¡Seguidme!

—Antes de dar un paso, si tú has de guiarnos hazme el favor de decir vuestro nombre —le hablé más que ordené.

—Mi nombre al nacer fue Rafael.

Lo acompañamos un tramo entre las dependencias del supuesto palacio del rey hasta que bajamos unas escaleras que desembocaron en unos pasillos dentro de la tierra forrados de piedra. No sabíamos si nos adentrábamos en la boca del lobo o si la oscura perversidad era el adjetivo de esta ciudad; donde nos dirigíamos ahora supuraba degradación y maldad y, con el malestar y la pérfida atmósfera que se preveía, nos adentramos en las mazmorras de Inferno.

14. SARA

Prometeo, Héctor y Noelia miraban sorprendidos a aquella chica pelirroja semidesnuda que con un gesto había hecho callar a Prometeo, pero que no consiguió callar a Noelia:

—¿Quién eres?

—¿Y quiénes sois vosotros, que me habéis hecho ir a vuestro encuentro? —contestó la chica desconocida.

Héctor, diligente, se adelantó un paso y se dirigió a la belleza escarlata.

—Creo que este brusco encuentro nos ha hecho perder las formas. Mi nombre es Héctor de Selva y ellos son Prometeo y Noelia.

—Sin duda es difícil encontrar un caballero como vos en esta tierra tan violenta; mi nombre es Sara.

—No sabemos el por qué de tu pregunta. ¿Qué hemos hecho para que nos hayas buscado? —preguntó Noelia.

—Estáis impregnados de ella, de aquella a la que busco, aquella a la que he de hallar. Oléis a ella y tenéis su tacto en vuestra piel con un olor tan fuerte que, cualquiera como yo os encontraría en un radio enorme.

—¿De quién hablas? —preguntó Noelia.

—De la Dama Blanca.

—¿De Derán? —habló Héctor.

—Ese nombre no me es familiar; ha adoptado tantos nombres en eras, que solo sé de ella que, fuera el nombre que adoptara, siempre sería la Dama Blanca. Prometeo, ya puedes hablar siempre que no uses palabras de poder; percibí lo que hiciste a los ancianos en la Ciudad de Piedra.

—¿Buscas en mí lo mismo que esos ancianos? —preguntó Prometeo.

—No; esos ancianos están preocupados por tu poder. Yo, en cambio, solo quiero encontrar a la Dama Blanca.

—¿Puedo preguntar por qué? —dijo Prometeo.

—Si una respuesta a una pregunta me lleva a ella, es justo precio. Porque lleva tanto tiempo sin aparecer que, el que ahora lo haga tiene que tener una importancia capital en las cuerdas que entrelaza el destino de la humanidad.

—Si a bien no quieres decirnos quién eres, al menos dinos quién es ella. Hemos compartido camino con ella y, si antes nos parecía enigmática, ahora con tus palabras no puedes ni imaginar hasta qué

punto lo es —le contestó Prometeo con una voz calmada ausente de poder en las palabras, pero no de razón.

—Ella es aquella que se pierde en el tiempo buscando a quien merece su protección y su gracia. Tan especial es esa atención que ha hecho despertar fuerzas que no son precisamente del lado de sus fines.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu papel en esta representación que ahora con tus palabras nos dejas aún más intrigados?

—Soy Sara, la que ha nacido tantas veces y muerto como humana. Sin serlo, ahora lo único que pretendo hacer es estar junto a la Dama Blanca.

—Nosotros buscamos a quienes antes estábamos juntos; todo está cambiando demasiado —respondió contrariado Prometeo.

—Veo en tu mirada mucha sabiduría y una fuerza que no es propia de un humano normal. ¿Y tu voz? Tiene un acento peculiar, unas cadencias escondidas; cuando hablas se escuchan unas palabras pero en el fondo son otras más. He oído, en la aldea en que me crie en esta vida, leyendas de unos durmientes que despertarían cuando los tiempos más oscuros ensombrecieran la raza humana; estaban equivocados en sus leyendas pues los que despertarían serían otros muchos más antiguos que aquellos que se hablaban en sus relatos. Pero este no es lugar para hablar al menos para aquellos que padecen el frío. Encontraremos refugio y en la conversación al lado del fuego igual podemos ayudarnos. Ahora en el camino que queda, Prometeo, no pronuncies ninguna palabra —dijo Sara.

Sin dejar tiempo a ninguna réplica, se dio media vuelta y empezó a caminar. No había más opción que seguirla.

Prometeo ayudaba a Noelia a proseguir el paso que dejaba la enigmática belleza pelirroja que había interrumpido en el destino de ellos tres. Héctor no parecía, en cambio, tener dificultad alguna en seguir su estela. Era un faro inesperado en la oscuridad que lo envolvía.

Seguían en línea recta atravesando bosques vestidos de blanco; el viento sacudía la nieve del ramaje para convertirlo en una danza de partículas caprichosas que envolvían el camino del cuarteto. La mañana se volvió tarde y nadie demandó pausa. El silencio era ahora la ausencia de palabra y la espera de cualquier refugio para poder retomarla era esperada.

En los laterales de nuestro camino, no con mucha cercanía, sentían como algunas bestias huían del paso que seguían. Prometeo se sentía tentado de demandar una pausa antes de que el cansancio le llegara tanto a Noelia como al hipnotizado Héctor, pero calló. No

porque no quisiera, sino porque así se lo pidió Sara. Llegaron a una elevación rocosa y la misteriosa Sara paró, miró hacia la roca ladeando ligeramente la cabeza, se dio media vuelta, miró a sus tres acompañantes y, por una vez, sonrió:

—Hemos llegado.

Volvió a emprender sus pasos y a los pocos metros, los tres vieron como había una abertura entre aquella formación pétrea en la cual desapareció Sara. Se quedaron parados unos segundos sin saber qué hacer, mirándose los unos a los otros, cuando Héctor tomó la iniciativa y desapareció en la oscuridad de la gruta. Prometeo, abrazado a Noelia, le siguió. El calor a los pocos pasos les invadió placentero y seductor. La oscuridad inicial desapareció a los pocos metros al ver al fondo una hoguera que caldeaba esa oquedad en la piedra. Detrás de esa fuente de calor, estaba sentada Sara con la mirada perdida en las llamas. Héctor, a una distancia prudente se sentó a su lado sin que ella se inmutara. Noelia, agradecida por el calor, se sentó cerca y Prometeo no muy lejos de ella; esa hoguera hacía tiempo que había sido encendida.

Sara levantó la vista y miró al trío con una sonrisa en sus labios cerrando sus ojos. Habló sin que sus palabras evitaran el eco en una instancia cerrada.

—Siempre ha sido así, que las historias se contaran delante de un buen fuego y, más que historias, siempre ha sido así que recibieran respuestas a muchas preguntas. Ya puedes hablar, Prometeo.

—¿Cómo has podido hacerme callar? —le preguntó Prometeo.

—Yo no tengo el poder de hacerte callar pero tú creíste que sí y por eso lo hiciste —contestó Sara.

Prometeo, como no hacía en mucho tiempo, se quedó sorprendido. La astucia de una mujer le había desarmado y más su sinceridad.

—Si anteriormente estuvisteis con ella, ¿dónde fue que os separasteis? Cualquier pista es buena —preguntó Sara.

Héctor, diligente, le contó toda la historia desde Mont-Elo hasta el desafortunado naufragio, la cual Sara escuchaba atentamente. Nunca dejó un resquicio de sorpresa en el relato de Héctor hasta que Noelia hizo la pregunta que todos deseaban hacer, pero nadie formuló ni en días anteriores, ni ahora:

—¿Por qué la buscas?

Sara la miró sorprendida de que fuera ella quién formulara la pregunta y no hubiera sido ni Héctor ni Prometeo quienes lo hubieran hecho, pero Noelia era mujer y ellos no.

—Si la busco es para ayudarla pues así es mi destino. Estoy unida a ella haga lo que haga. ¿Por qué? Porque está protegiendo a alguien y esa protección ha alertado a otros. Tengo que estar a su lado fueran cuales fuesen las decisiones que ella tomara. Ahora, respondedme a esta pregunta. ¿A quién protege?

—Sospechamos que, ahora, a Raquel —se apresuró a contestar Héctor.

—¿Quién es Raquel? Y, ¿por qué a ella?

—Será porque es la mujer de Silvan al que todos tenemos la afinidad de seguir —contestó Noelia.

—¿Y qué tiene de especial ese Silvan?

Prometeo no intervenía en la conversación hasta que el nombre de Silvan le hizo saltar una alarma interior, pues por ese motivo le llamó Antón: para proteger a ese joven tristón que en su huida había conseguido su despertar.

—No lo sabemos, en realidad, pero los que dormíamos hemos sido despertados para estar a su lado y seguir su senda—intervino Prometeo.

Una sonora y juvenil carcajada inundó en su eco aquella gruta pétrea que compartía el cuarteto y que sorprendió a todos, ya que aquella mujer siempre había tenido una actitud seria.

—¿Vosotros? ¿Los que escuché en leyendas de niñas en mi aldea? No, Prometeo. Tú que posees el poderoso don de la palabra y vosotros, no sois los verdaderos durmientes; son otros más antiguos que vosotros, más primigenios y todo porque la Dama Blanca os acompañó tomándoos a todos vosotros bajo su tutela. Ahora, aquellos que os digo que han despertado, son tan antiguos que la media de vida de los humanos es insignificante para ellos y quieren saber a quién protege, ya que tiene que ser alguien muy especial.

—¿Vosotros sois los durmientes? No entiendo —replicó Héctor.

—La historia de la humanidad se remonta a pocos miles de años cuando este planeta tiene una historia mucho más extensa que la que reflejáis en vuestro conocimiento. En un tiempo más remoto del que registra vuestra historia, surgieron civilizaciones de las que ahora no hay ninguna pista y nosotros fuimos la primera; en realidad, fuimos nosotros los primeros humanos que pisaron esta tierra: cientos de miles de años. Teníamos el recuerdo de cómo empezamos a evolucionar desde seres simples a seres inteligentes; éramos pocos y mirábamos cómo otros primates en el tiempo adquirían la inteligencia para evolucionar en seres más complejos, incluso les ayudamos aunque tuviéramos caminos diferentes. Su ambición era la contraposición a nuestra paciencia; vimos que

obtenían objetivos a cualquier precio sin importarles nada el ser primigenio que nos concedió la vida: la madre Tierra. Así, perdidos en su ambición que detestábamos, los abandonamos. Aunque no fue por todos, algunos los guiaron por caminos oscuros y se produjo una división entre nosotros y, como una decisión silenciosa, nos esparcimos por la tierra buscando la forma de que no se nos descubriera. Nos escondimos en las sombras del tiempo, pero también nos unimos a vuestra raza que no era la nuestra; nos fusionamos. En vosotros hay trozos nuestros y yo decidí nacer y morir como vosotros. En vuestro llamado código genético, que es mucho más complejo del que lograsteis descubrir, me introduje y cada cierto tiempo renazco como yo misma del vientre de cualquier madre y, al llegar a mi madurez, acude a mí todo el conocimiento de cientos de miles de años, renovándome. Pero aparte de mí, hay más de nuestra primigenia raza y no todos son benignos.

—¿Y Derán? —preguntó Noelia.

—¿Derán? —replicó Sara enigmática.

—La Dama Blanca —completó Noelia.

—¡Ah! ¡Ella! Ha salido en tantas leyendas… Sí, ella es nuestra, es la madre, la protectora amada tantas veces y deseada, siempre buscando el vínculo con el ser más antiguo de este planeta.

—¿Quién es? —le cortó Prometeo con una voz que sorprendió a todos. Prometeo bajó la cabeza al usar instintivamente el poder de su palabra al ver un atisbo de enojo en la mirada de Sara—. Perdonadme, han surgido de mi boca sin pretenderlo; es que estamos ante el desvelo de tantos misterios que la ansiedad me pudo —se excusó Prometeo.

—Quedas perdonado. Iba a contestar sin necesidad de que me obligaras con tu voz. No estoy acostumbrada a que nadie me pueda dominar, al menos, en mi madurez; es más, nunca se ha dado el caso hasta hoy. Es curioso, tu poder me causa mucha inquietud, pero prosigamos —dijo bastante seria Sara.

—Intentaré que no vuelva a ocurrir. Hasta hace unos pocos días no tenía compañía ninguna y me tengo que acostumbrar a contenerme —volvió a hablar Prometeo con tono conciliador.

—Luego hablaré de ti pues si yo os estoy revelando los misterios de este mundo en el cual tenemos nuestras vidas, tú has de hacer lo mismo: un trato justo —dijo Sara dulcificando su voz.

—Es justo —habló Héctor mirando tanto a Sara como a Prometeo.

—Prosigo. El ser más antiguo de este planeta… es la madre Tierra, es un ser complejo. Su naturaleza es tan desconocida que

aún nadie conoce cómo es, pero la percibimos. Un gran ser vivo del cual formamos parte y, si la Dama Blanca y yo hemos despertado, es porque ella ha encontrado a alguien que ha entrado en comunión con la madre Tierra y ahora ese vínculo del que no tenemos conocimiento en el tiempo ha sido creado.

—Cuéntanos de vosotros —le pidió Prometeo con tono cauteloso.

Sara avivó el fuego mirando las llamas. Su pausa reflexiva hizo que el silencio invadiera la cueva. Nadie se atrevía a construir de su boca ninguna palabra. Sara se perdía hipnotizada en la flamígera hoguera hasta que en su cara reflejó un rictus de seriedad que se reforzó mirando a cada uno de los presentes. Empezó a hablar con un acento que surgía de una sabiduría antigua.

—Somos los primeros hombres y mujeres que han pisado esta tierra, mucho más antiguos que vuestra raza y, aunque físicamente seamos tan parecidos, no tenemos más similitudes que en lo aparente, aunque sí he de reconocer que, en cierta manera, os hemos ayudado a que fuerais parecidos a nosotros. Tenemos consciencia y recuerdo de nuestros orígenes primigenios; evolucionamos como vosotros pero en un tiempo más remoto que el vuestro, hasta que surgió una mutación que nos hizo diferentes. Al llegar a una edad, nos manteníamos siempre jóvenes; el tiempo tomó otra medida pues nos costaba mucho reproducirnos y cuando ocurría, eran festejos de varios días al nacimiento de uno de los nuestros. Creamos una civilización, alcanzamos el equilibrio y casi la perfección. No éramos muchos e hicimos una urbe diseñada en una preciosa isla buscando una forma que se asemeja al infinito: el círculo. Respetábamos a nuestra madre, la madre Tierra y nos creíamos eternos hasta que nuestro orgullo fue destruido por un accidente que casi nos extinguió: un volcán en el epicentro de nuestra preciosa ciudad la destruyó y, con ella, todos aquellos que la habitaban. Solo sobrevivimos unos cientos que estábamos fuera de ella.

Sara volvió a mirar con nostalgia el fuego y se hundió en el negro recuerdo de esos momentos. Una lágrima recorrió desde su ojo hasta la cornisa de sus labios hasta que llegó a su barbilla.

—Prometeo, sí es cierto que hablo de otros tiempos más antiguos que cualquier civilización humana.

—¿Pero…? —empezó a formular una pregunta Prometeo.

—Preguntas y más preguntas. Nunca se saciará vuestra curiosidad. Ahora yo soy quién las formulará, es mi derecho y más ahora que tenéis más conocimiento que todos vuestros antepasados

juntos. Noelia, eres una de las humanas más bellas que jamás haya visto en todos los tiempos y, además, muy inteligente. Héctor, llevas en tus espaldas cargas que difícilmente llevarás por mucho tiempo y de ellas, la venganza igual sea tu propia muert, pero tu determinación es poderosa. —Miró largamente a Prometeo—. Sé de las leyendas de los durmientes, seres alterados genéticamente, seres superiores a la raza humana que fueron más aún de lo que pretendían sus creadores pues su conexión neuronal multiplicó sus características, poderosos hasta de ser leyenda pero no son los que han despertado, son otros los que lo han hecho.

Prometeo se levantó y miró a Sara. Ella lo siguió con la mirada.

—¿Entonces, no somos los durmientes? —preguntó Prometeo.

—No. Ni tú lo eres, ni eres de los otros; tú no tienes nada que ver con ese grupo que acompañas ni tampoco con los míos.

Todos miraron a Prometeo con los ojos abiertos por las revelaciones de Sara.

—¿Quién soy yo, entonces? —pronunció Prometeo con la amargura de una incertidumbre.

—Yo que tengo el conocimiento de muchas eras pasadas eres un ser muy singular. Los ancianos te temen mucho a ti por lo que hiciste la noche pasada y algunos de aquellos que ha impregnado la Dama Blanca.

—Pero yo no recuerdo nada de mi pasado —reveló Prometeo.

—Al final todo será descubierto, siempre es así. Eres un misterio y vosotros, junto a los que están buscándoos, me conduciréis hasta la Dama Blanca. He de protegerla de sí misma y de aquellos que quieren saber de su propósito. Dormid y recuperad fuerzas, pues aún nos queda llegar hasta nuestro destino. Sumíos en un reparador sueño pues estos días, ante la incertidumbre de cualquier movimiento, requieren que tengamos la máxima fuerza para afrontar sus consecuencias. Es tarde, yo velaré vuestro sueño.

Hicieron caso de las palabras de Sara. Noelia y Prometeo se acurrucaron juntos. Héctor lo hizo cerca de Sara que, con una sonrisa, le indicó que no le molestaba. Aparte de la vigilia de Sara, hubo otros ojos que no concibieron el sueño y fueron los ojos de Prometeo ya que no necesitaba dormir. Héctor y Noelia estaban muy cansados. En medio de sus cavilaciones, Noelia rodeó con sus brazos a Prometeo: sintió sus pechos en su espalda y cómo le envolvía con sus extremidades su cuerpo; sentía la tranquila respiración de Noelia en su cuello. Instintivamente, cerró sus ojos para que otros sentidos tomaran mayor relevancia. A Noelia le invadió en su tacto y en su mente; apartó otros pensamientos que

apabullaban su pensar y, traicionero sin avisar, aunque no lo necesitara, entró en el sopor del sueño.

Despertaron al alba. Habían dormido mucho, quizá demasiado (demasiado tiempo perdido). Debían ponerse en marcha pues tenían muchas cosas por hacer y ahora, el tablero donde se jugaba el destino de sus vidas y las de otros se hizo tan enorme que no veían las fronteras que lo delimitaran. Héctor sospechaba que tan largo descanso lo había propiciado Sara; ella estaba en la entrada de la cueva, vigilante, mirando al exterior. Era una mujer muy bella, pero es que todas las que por ahora se le habían cruzado desde que inició su huida de Vera lo eran: tan diferentes y al mismo tiempo tan atrayentes, aunque la más cercana y humana era Raquel. Aun así, vio como la melena rojiza de Sara danzaba al son del viento congelando el tiempo y no tuvo más impulso que acercarse a ella. Sara, sin girarse, le dirigió la palabra:

—¿Habéis descansado lo suficiente?

—Más de lo que debiéramos; tenemos mucho que hacer y el tiempo nos va aprisionando en nuestro camino —le contestó Héctor.

Prometeo y Noelia, de la mano, se acercaron a Héctor y a Sara; al sentir su proximidad, Sara se giró y les dedicó una cándida sonrisa.

—He estado todo el tiempo que habéis recuperado fuerzas meditando y he sentido dos personas hacia el sur que también están impregnadas de la presencia de la Dama Blanca, pero a ella no la percibo y creo que nuestros caminos están entrelazados. Si pretendo encontrarla, vosotros, de una manera u otra, me conduciréis hasta ella.

—¿Realmente es a ella a quien buscas? —dijo Héctor sin medir realmente sus palabras.

—Eres muy inteligente, cada vez estoy más convencida de ello y sí, la busco. Además, tengo que estar al lado de Prometeo también, para saber quién es —replico Sara.

—A mí también me gustaría saberlo. Pensé que era como aquellos que despertaron de aquel laboratorio. Antón me condujo a la biblioteca escondida del bosque. No tengo memoria anterior a ese acontecimiento —confesó Prometeo.

—¿Quién es Antón? Se van sumando muchos actores en esta representación.

—Al que seguramente percibes, a él y a Gabriel: «el guardián de los secretos» y «el guardián de las llaves». Ellos sí son aquellos que se escondieron de la hermandad y son a los que estamos buscando.

Sara miró perpleja ante las palabras de Héctor que alimentaron

su determinación en ayudarlos.

—Coged aquello que necesitéis y abrigaos bien. El día que amaneció hoy no difiere mucho de ayer —ordenó Sara.

Salieron de la cueva y aunque el sol hoy imperaba una azulada cúpula celeste, rachas de aire gélidas cortaban su calor como cuchillas de hielo. Se dirigieron directamente hacia el sur.

Sara encabezaba la marcha (otra vez camino). La seguía Héctor, mientras que Prometeo y Noelia no se separaban. Llegaron al lecho de un río cuyas aguas congeladas no impedían su avance. Héctor miró a su alrededor y cuando se topó con la mirada de Sara, obtuvo una alentadora sonrisa la cual provocó que él pensara que era la mujer más bella del mundo. Lástima de un corazón robado, aun así, una sospecha que le perseguía desde hace largo trecho la convirtió en palabra:

—Tengo la impresión de que somos observados —dijo Héctor.

—Y es así, pero nadie se atreverá a atacarnos. Tienen miedo —le calmó Sara.

—¿De ti? —preguntó Noelia que escuchaba la conversación.

—Esta vez, no. Es de Prometeo —atajó Sara.

—¿Y quién soy yo para que me teman? —replicó Prometeo.

—Es algo que me gustaría saber y no sabes cómo atrae mi curiosidad — confesó seria Sara.

—Es un ángel, eso es lo que es: mi ángel —dijo furiosa Noelia.

Sara paró bruscamente ante las palabras de Noelia y miró con los ojos desorbitados hacia Prometeo. Cerró los puños y la nieve circundante salió despedida fuera de las cercanías de la misteriosa mujer. Prometeo se la quedó mirando.

—¿Qué? —dijo Sara

—¿Es que acaso existen los ángeles? —volvió a hablar Noelia.

—No como salen en algunas escrituras, ni nadie se puede imaginar cómo son, también se le han llamado guardianes —sin dejar el acento serio habló Sara.

—¿Por qué has reaccionado así, Sara? —preguntó con voz de calma Héctor.

—Porque entre los ángeles, hay demonios.

Todos se quedaron parados sin saber qué contestar a Sara.

—No os hagáis imágenes que no son; ya os digo que nada tienen que ver con lo que los libros hablan de ellos; estaban extintos, tanto unos como otros, pero no os podéis imaginar cómo son realmente los demonios —reanudó después de la pausa Sara.

—¿Cómo son? —dijo apresuradamente Prometeo.

—Son muy antiguos. En principio eran los protectores de los

ancianos, de nosotros, hasta que al cabo del tiempo dejaron algunos de servirnos y los que no nos traicionaron desaparecieron. Los segundos pretendían conseguir el poder, mas nosotros éramos más poderosos que ellos; los de mi generación obviamos la primera ley de respetar toda vida pues así conseguimos eliminar a los guardianes traidores. Por quebrar esa ley fui repudiada por los que llamáis ancianos, aquellos que viste en la ciudad de piedra. Yo los evito.

—Ten por seguro que no soy uno de ellos —dijo con furia Prometeo.

—Ni tú ni yo sabemos qué eres. Vayamos hacia el sur en busca de aquellos dos que impregnó la Dama Blanca.

15. HORNOS

El resplandor irregular del metal incandescente y fundido iluminaba la espalda sudorosa de Valerio. Él se afanaba en su trabajo en la sofocante atmósfera de la fundición. Se oían los golpes constantes de los martillos contra el metal de decenas de trabajadores. Era una nave inmensa en la cual tanto se purificaba el metal como, al mismo tiempo, lo convertían en piezas o en herramientas.

Valerio era un gigante musculoso de más de dos metros, de barba y melena poblada, parco en la palabra pero amable con sus compañeros. En una pausa, se acercó a las pocas ventanas sucias de aquella descomunal nave donde trabajaba. Veía como nevaba y como lentamente los copos de nieve danzaban en espirales violentas por un caprichoso viento que cambiaba constantemente de dirección. Se dirigió a su mesa de trabajo cuando una sirena anunciaba el cambio de turno. Hoy su labor había finalizado; se acercó a las taquillas y se enfundó su gorro de piel, así como un tosco abrigo que apenas sobrepasaba su cintura; los compañeros lo saludaron y él les correspondió con un leve movimiento de cabeza. Lo conocían pero no les molestaba el aislamiento que él mismo propiciaba con su comportamiento. Salieron todos en grupo de la fundición: musculosos hombres cansados, con la cabeza gacha evitando capturar en sus caras los copos de nieve, aprisionándola contra el suelo con sus pesadas botas. Poco a poco, el grupo disminuía según se dirigían a sus casas donde el calor de sus mujeres les esperaba; todos menos Valerio, que era el único que no tenía compañía femenina y era el que vivía en una casa diminuta en el extremo más exterior del feudo de Hornos.

Este era el único feudo de la ciudad de Alana, la situada más al oeste de las cinco ciudades del este. Su frontera no les preocupaba ya que al oeste solo estaba la tierra devastada donde se cebó la última guerra, tanto que después de dos milenios, la naturaleza apenas se atrevía a renacer. Como todos los días, al finalizar el camino después de la jornada laboral, se encontró encaminando solitario hacia su pequeño hogar. Se paró, pues oía pasos cerca de él. No había nada que temer en Hornos ya que casi todos eran trabajadores de la fundición, casi todos.

Un hombre menudo que temblaba de frio, presuroso, le dio un sobre a Valerio. Él miró sin mucho interés al hombrecillo que no sabía decir si temblaba de frío o intimidado por la gran envergadura

de Valerio; con una voz que incluso espantó los copos que cercaban su cara, le habló:

—Dile que ahora mismo iré.

El hombrecillo casi no esperó a terminar la frase para salir corriendo en la dirección contraria que ahora mismo recorría Valerio. Caminó despacio, pues tenía que dejar que el mensajero tuviera tiempo de llevar el mensaje.

Valerio recorría las calles anchas de Hornos, con casas separadas y jardines invadidos por la nieve, parando de vez en cuando en el silencio de la noche para disfrutar de la soledad del camino que se le había negado en su humilde morada. Sus pasos se aceleraron, sus grandes zancadas devoraban los metros del camino hasta que llegó a una verja metálica que era de la casa más grande de Hornos. No era bonita, pero su elevación sobre las demás casas del feudo la hacía singular. Abrió la verja pues no había ningún guardia.

Era la residencia del alcalde y, al mismo tiempo, duque del feudo de Hornos, el único alcalde de las cinco ciudades del este al mismo tiempo que alcalde, era duque. Valerio llamó a la puerta y tras una pausa, se abrió. Un sirviente, al instante de verlo, lo reconoció.

—Lo estábamos esperando. Pase, hace mucho frío afuera.

Valerio entró. Con su tamaño, casi ocupaba el pasillo de la entrada de la casa. Siguió al sirviente por un camino que ya conocía hasta una puerta sencilla que, al abrirse, desembocaba en una gran sala dominada por una inmensa chimenea (era el único foco de luz de la instancia). Enfrente del fuego solo había dos sillones de gran tamaño que estaban de espaldas a la entrada de la sala: uno estaba ocupado por alguien que sostenía una copa de cristal y la otra estaba vacía. Valerio esperó a que se pronunciase el señor de la casa y sin apenas moverse, con una voz afable, se dirigió a Valerio.

—Disculpadme que sea tan mal anfitrión y no te reciba como es debido, pero la comodidad me puede. Toma asiento a mi lado, es más que necesario que hablemos.

En silencio, Valerio tomó asiento a su lado y solo dispuso su mirada en el mismo punto que tenía su interlocutor: el fuego, que grandioso llameaba consumiendo una gran cantidad de leña.

—¿Qué sabes de los últimos acontecimientos que han ocurrido?

—Solo de uno que me ha producido gran dolor —contestó Valerio.

—Sí, tu conexión con él es más potente que con el resto. Sí, tu hermano y gemelo Román ha muerto; mis más sinceras

condolencias, Valerio, una gran pérdida.

—Estaba enfermo; él mismo acabó con su vida antes de que la enfermedad que le aquejaba se la arrebatara —dijo con tristeza Valerio.

—Sigue siendo una gran pérdida. ¿Por qué estás en este feudo tan apartado? ¿Escondiéndote de qué?

—No me escondo, Claudio, alcalde de Alana y duque de Hornos, solo duermo.

—Pues creo que ya tienes que despertar como los demás han hecho. Han ocurrido demasiados acontecimientos para que nos quedemos quietos.

—¿Qué sugerís vos? A pesar de lo que me digas, las decisiones siempre son y serán mías.

—¡Por supuesto! Solo te enumeraré lo que mi red de silenciosos espías ha logrado recabar y, más que información, es un torrente de noticias que, al menos a mí, me ha desbordado. Hace poco, los directores de las ciudades del este se marcharon a Monasterio. Ninguno regresó y sin apenas reponernos de esta sorpresa, aparece el director de Vera diciendo que él es ahora la hermandad, su único representante, y bien sabes tú que la hermandad estaba compuesta por bastante gente. ¿Qué habrá sido de esa gente? Mi razonamiento vira hacia unas oscuras sospechas y es que el resto de la hermandad está muerta. El paradero de Monasterio está al sur, entre Ulsan y Vera, aunque tú ya sabes dónde está.

—Sigue, por favor —le apremió Valerio.

—¡Claro! Mis espías se sobresaltan por un terremoto cerca de la ubicación del mismo Monasterio y al acercarse, descubren que estaba totalmente destruido. ¿Sabes? En pocas horas he sido convocado por dos personas: una, el alcalde de Vera y otra, por Antón, el guardián de los secretos, el cual sabe que estás aquí y está buscando apoyos, pues Florián de Selva, mi tío, fue asesinado hace varios días por el mismo director de Vera o ¿cómo lo llamáis vosotros?

—Raven, aunque si quieres, le podría poner otros adjetivos.

—No hace falta, los sé todos; soy un simple mortal que tiene la mejor red de espías que me proporcionaron una cantidad ingente de información —confesó Claudio.

—Raven siempre fue una persona inestable, tendríamos que haberle eliminado.

—Lo tendremos presente. Su amenaza va creciendo y, por supuesto, no acudiré a una reunión con los demás alcaldes aduciendo problemas de salud; no me fío de sus intenciones. Antón

y Gabriel huyeron con un joven de la ciudad de Vera hasta alcanzar Mont-Elo. Su apellido era Ellan y de nombre, Silvan. ¿Te suena?

—¿Ellan?

—Veo que sí; a partir de esa huida se han precipitado todos los sucesos. Además, aquellos que me sirven como informadores me han dicho con gran sorpresa que hay algunos personajes que acompañan a los durmientes, a vosotros. ¿Te suena el nombre del mejor asesino de la hermandad, Karmen? —preguntó Claudio.

—Siempre estuvo de nuestro lado —contestó Valerio.

—Veo que no tengo todos los secretos míos solos —dijo Claudio.

—Llevo caminando por esta tierra más de dos milenios. Que haya elegido la soledad como refugio no significa que no conozca los hechos pasados. Karmen es mucho más de lo que hablan sus leyendas y es anterior a los que vosotros llamáis durmientes. Claudio, haz el favor de abreviar el propósito de esta reunión. ¿De qué quieres convencerme?

—¡Siempre a la raíz del asunto! ¡Qué poco te gusta perder el tiempo cuando dispones de tanto! La información y los secretos son mi poder, al igual que la vasta red de espías que tengo. No te puedes imaginar cuánto tiempo y esfuerzo me ha llevado llegar a este punto; tenía la confianza de que en algún momento llegaría. Una ruptura en el orden establecido, al contrario de mis colegas alcaldes que se abandonan a sus depravados vicios y a disfrutar del seductor poder. Mi placer se centra en intentar que la población de las cinco ciudades del este, sus feudos y los habitantes de la Tierra de Nadie (sí, ellos también me preocupan), tengan mejor calidad de vida; siempre he sido un soñador como aquellos que, en sus sueños, intentaron forjar el mundo antiguo, pues Valerio, ese es mi objetivo —relató Claudio.

—¿Y cómo piensas lograrlo?

—No iré a reunirme con el que ahora representa a la hermandad. Tengo una sorpresa en cuanto salgas de esta casa. Selva fue tomada por la hermandad de una manera brutal y no acabaron con la estirpe de Florián, también mi familia, pues mi madre y él eran hermanos. Su sobrino Héctor se escapó y ahora está muy al norte, en busca de Antón, pero lo encontrará, sé que llegarán a coincidir. ¿Te suena el nombre de Prometeo?

—No, para nada —contestó Valerio.

—¡Sorprendente! ¡Cuánto misterio hay en los que se reunieron en la casa de tu hermano Román! Bien, una vez que se reúnan por segunda vez, Héctor querrá volver a conquistar aquello que por derecho le pertenece.

—No sé dónde quieres que encaje en esta historia —preguntó Valerio.

—Tú y yo seremos quienes le ayuden a recuperar Selva.

—¿Yo solo contra la hermandad?

Claudio se levantó sin perder la mirada en el fuego del hogar de esa inmensa sala y, sonriendo a Valerio, dijo:

—Acompáñame; en cuanto salgamos de esta casa, creo que lo entenderás todo.

Valerio, con desgana, se incorporó; el sirviente entró en la sala y ayudó a Claudio a enfundarse su pesado abrigo y su gorro de piel. Le dieron una voluminosa mochila y emprendieron sus pasos en dirección a la salida. En cuanto Claudio abrió la puerta, Valerio se sorprendió del espectáculo que le esperaba. Cientos de faroles les esperaban a pocos metros de la casa de Claudio. Todos aquellos que las portaban eran hombres recios de la fundición, sus compañeros de trabajo, aquellos a los que cada jornada los saludaba escuetamente. Estaban allí, debajo de la copiosa nevada; eran todos hombres curtidos en el esfuerzo del trabajo de la forja, todos portaban en sus espaldas voluminosas mochilas y en sus costados, los martillos que usaban cada día para golpear el metal. Todos ellos le miraron a él como una luz a seguir.

—¿Qué significa esto? —preguntó sorprendido Valerio.

—Son tus hermanos, los que te han acompañado cada día en el trabajo sabiendo quién eras y los cuales han guardado el mismo silencio que tú al mismo tiempo. Desde que éramos niños nos preparamos para la lucha; tienen armas de fuego de muy buena calidad creada por ellos mismos, así como una preparación militar desde que eran adolescentes. No sabes cuán letal compañía te acompañará ahora.

—¿Por qué yo? —preguntó Valerio.

—Porque eres un ser milenario; porque, a pesar de esconderte, tienes que tener un papel protagonista y porque prefiero morir por una buena causa antes que perderme en la comodidad de las órdenes de un demente al cual tenemos que detener.

—Me aburría tanta tranquilidad —dijo Valerio.

—Iremos en el tren como refuerzo para la forja de Selva. Una vez dentro, no habrá fuerza que nos pare.

Valerio no habló, se quedó mirando a los que fueron sus compañeros de trabajo y ahora soldados; ellos mantuvieron la mirada fija en sus ojos.

—Montemos en el tren; espero que os hayáis despedido de vuestras familias pues no sé cuántos de vosotros volveréis a verlas.

Al paso de Valerio se le unieron todos aquellos que fueron llamados por Claudio y él mismo encabezó la marcha.

16. EL MAGO

A mis órdenes, el joven encapuchado nos condujo a las entrañas de la ciudad de Inferno. Bajamos unas interminables escaleras que terminaron en las más profundas mazmorras. Nada más entrar en ellas, el hedor era insoportable.

Me escoltaba impasible Karmen. Por cada pasillo que recorríamos, los guardias se levantaban amenazantes al ver a unos extraños hasta que veían al joven menudo que nos acompañaba. Él les dirigía unas breves palabras y, al terminar su parlamento, se arrodillaban a nuestro paso. En este trayecto, la luz era tan débil que apenas alumbraba, pero no nos hacía falta, ya que nuestra visión era diferente. Lo más deprimente eran los lamentos de los cautivos que sonaban como una macabra sinfonía. Paré al escriba porque tenía el deber de hacer algo pues no podía soportar tanta atmósfera desalentadora y humillante.

—¿Por qué esta gente está cautiva aquí? —pregunté yo.

—Por orden del destronado rey. ¿Qué queréis hacer vos?

—No me has contestado. ¿Cuál es el motivo de que estén aquí, en estas condiciones tan infrahumanas?

—Por ser disidentes de sus ideas, por capricho suyo, por cometer algún delito contra él de palabra o hecho. Son varias las causas, pero un mismo fin: estar confinados hasta la muerte.

—¿Por qué tengo la impresión de que no merecen este destino? Posiblemente alguno sea tan culpable que merezca esta pena, pero ¿todos ellos? Lo pongo en duda —dije con tristeza.

—¿Qué deseáis hacer vos con estos reos? —me preguntó complaciente el escriba Rafael.

—Liberarlos a todos, que les guíen al exterior, les den víveres y abrigo y que huyan de este lugar infame. Sé que no están en condiciones de estar en Tierra de Nadie, pero aquí la muerte es más que segura.

—Sus palabras son órdenes, mi rey.

Las palabras de él sonaban con una entonación sincera, pero algo en mi interior recelaba de la facilidad de obtener el poder en este lugar: solo por derrotar al rey vigente.

Las sospechas se disipaban al ver que se cumplían mis órdenes. El escriba se acercó a varios guardias que, al oír las órdenes transmitidas por mi interlocutor, aunque tuvieron una reacción de sorpresa, obedecieron. Fueron moviéndose por las diferentes celdas y oía el clic metálico de las llaves al abrirlas. Los que allí estaban

presos, algunos esperando la muerte como alivio, fueron desfilando sorprendidos por su puesta en libertad arrastrando sus pies por los pasillos de esas mazmorras apestadas de la podredumbre del hacinamiento humano. Karmen estaba tenso, un resorte a punto de saltar. Había alguna anomalía que no habíamos detectado; solo ver la sospecha en los ojos de mi compañero me indicaba que debía estar alerta. Algunos de los reclusos miraban con contrariedad su libertad, pero en otros sus miradas eran de sincero agradecimiento por el fin de su sufrimiento y sabiendo que éramos nosotros la razón de su libertad.

Karmen mostró algo que antes no había mostrado: un grado de impaciencia inédito en él. Sospechaba que no todo debería ir como debiera, hasta que él mismo se dirigió al escriba menudo de nombre Rafael y sus palabras fueron de un acento fuerte y cortante.

—¿Dónde está? —preguntó Karmen.

—Está en lo más profundo de los sótanos de Inferno; hay más de diez guardias custodiándole. No falta mucho para que lleguemos — contestó Rafael girándose hacia Karmen sin el más mínimo temor en sus palabras.

Aquel muchacho siguió impartiendo órdenes a los guardias que se encontraba en nuestro camino con el mismo efecto de las anteriores. Bajamos unas escaleras estrechas que nos condujeron a una sala amplia sin ningún mobiliario, solo unas bombillas que daban una luz tenue que hacía más tenebrosa la estancia donde ahora nos encontrábamos. Enfrente de nosotros había una gran puerta metálica y oxidada que ocupaba la mitad de la pared; los dos guardias que escoltaban la puerta se quedaron sorprendidos por nuestra llegada, pero no nos atacaron porque estaba delante de ellos el sirviente del antiguo rey de Inferno. Éste extendió la mano con la palma abierta pidiendo algo. Uno de los guardias se adelantó y, mirándonos con gran recelo, le entregó a Rafael un manojo de llaves. Karmen se puso delante del pequeño escriba y le dijo:

—Que se vayan todos—seriamente ordenó Karmen.

—Solo acepto órdenes del rey y vos no lo sois — le reprochó Rafael.

—Yo sí lo soy y él habla por mí también —le dije a las espaldas del pequeño escriba.

—Así sea, rey —con un tono de reproche en sus palabras contestó Rafael.

Un guardia que custodiaba la puerta escuchó las palabras que le dirigía Rafael. Al principio, se quedó estupefacto por lo que significaban, pero asintió resignado al final de lo hablado. Rafael

abrió el gran portón metálico y el guardia con el cual hablaba se adentró engulléndoles las sombras que estaban detrás de las puertas. En silencio, esperamos unos pocos minutos a la orden dada y, al poco, fueron desfilando los guardias que se encontraban detrás de esa puerta. Todos nos miraban a nosotros con desprecio, pero al pasar por Rafael, bajaban ligeramente la cabeza. Era evidente el poder de ese hombre pequeño y aparentemente débil.

—Estamos solos como me ordenasteis, señor —confirmó así Rafael lo que parecía evidente.

—Entremos —ordené, más que dije, yo.

Traspasamos la puerta para adentrarnos en la oscuridad de unas escaleras más amplias que las que recorrimos antes, para entrar en una sala sin ninguna celda, tan débilmente iluminada como todo el recorrido pasado. En medio de esta sala nos encontramos con un hombre arrodillado, encadenado de pies y manos. Se mantenía en el aire, pues las cadenas de sus manos estaban tensas y no le dejaban tomar tierra. Era un hombre alto, de melena y barbas blancas, su piel era negra como el ébano; vestía una túnica gris que se ajustaba a su cintura con una soga grande, la cual, en sus giros, veía destellos de algún hilo de oro; de esa soga colgaban varios saquetes de piel que le rodeaban; lo que más me llamaba la atención era que, a pesar de su pelo canoso, su piel era tersa como la de un joven que apenas pasaba la pubertad. Estaba totalmente dormido o sedado; sentía su corazón latir con normalidad. Levanté la vista y vi colgada una larga capa del mismo material que su túnica junto con un sombrero harto extraño; era de ala ancha y de alta forma cónica, en esa copa del sombrero, una cinta negra y entre la cinta y la copa había un naipe: el as de corazones. Apoyado al lado de esas dos prendas, había un bastón de más de dos metros de madera vieja y bien curada con aceite; su base era tan fina que podía ser usada de lanza; en la parte superior había una cabeza de un dragón que bien podía ser usada de maza. Estaba seguro de que era más un arma que un auxilio para ayudar a andar. Karmen estaba dando círculos a su alrededor sin articular palabra. Al final, pregunté:

—¿Es él, Karmen?

—Sí, lo es; hacía tanto tiempo que no lo veía que creí incluso que estaba muerto. Está sedado. Ahora que lo podemos tener a nuestro lado, si él quiere, sería una pieza muy importante —confesó Karmen mirando al mago con nostalgia.

—¿Tiene poderes extraordinarios? — le pregunté.

—No sé lo que ha adquirido en estos más de dos milenios. Es mi creador tal como soy hoy. Ya con su condición natural humana era

el ser más inteligente que conocí. Será buena guía para ti y esperemos que su deseo sea el de seguir tu senda —dijo serio Karmen.

—¿Cómo lo puedes saber? —le cuestioné yo.

—El último acontecimiento nos ha conducido hasta él; nos estaba guiando dejando a María y a su bebé solos porque sabía que los encontraríamos. En las Forjas del manantial se dejó ver claramente aunque no fuera el camino más recto, todo para que lo siguiéramos hasta aquí. Es muy listo, mas no sé de su propósito, pero algo importante hay para que él nos haya traído hasta aquí —dijo Karmen apoyando su mano en su barbilla, pensativo.

—No está consciente —le recriminé.

—No tardará en despertar.

Así, Karmen se quedó acuclillado delante del mago. Yo estaba cerca y Rafael se quedó en el rincón más oscuro de la estancia. Pasó el tiempo sin que mediara palabra; aquel sitio claustrofóbico, más el silencio, hacía ralentizar al mismo tiempo. No sé cuánto tiempo transcurrió porque yo me perdí en el tiempo y la memoria; recordaba mis momentos con Raquel, sobre todo en la casa de Mont-Elo donde realmente la amé. En esos momentos etéreos que hacen evadirte de todo lo que no sea el cuerpo de tu amada, un movimiento de cadenas rompió el embrujo de los buenos momentos pasados; poco a poco levantaba la cabeza El Mago hasta que llevó sus ojos aún casi sin abrir a la altura de los ojos de Karmen.

—¿José? —dijo balbuceante El Mago.

—Ahora me llamo Karmen, mago. ¿Estás bien? —le dijo con atisbo de dudas Karmen.

El Mago volvió a cerrar los ojos. A Karmen se le notaba preocupado, por lo que fue hacia las argollas de las cadenas y no le hizo falta llaves para romperlas. Separó los metales sin apenas esfuerzo y no dejó que El Mago cayera a la piedra. Lo recostó y vi como volvía a abrir los ojos. Aunque le costó, los mantuvo abiertos del todo: miraba el techo, después miró a Karmen, entonces dibujó una sonrisa y empezó a cantar. La canción era un susurro, hasta que ya, con el tono más elevado, dos frases llenaron el espacio:

—¡Abre los ojos! Las cosas no son lo que aparentan…

Karmen se levantó y empezó a pensar el significado de las frases; solo entre esas cuatro paredes había un elemento misterioso y se fue hacia él. Rafael oyó las frases de la cantinela del mago y empezó a rebullirse. Karmen se paró a un solo paso de él.

—Quítate la capucha para que vea tu cara, Rafael —le ordenó Karmen.

Él hizo lo propio y la capucha dejó de ocultar su rostro. Tenía el pelo rapado y parecía muy joven, tenía una cicatriz que le recorría desde el lóbulo derecho de su oreja hasta la frontera de la curvatura de los labios. Miró a los ojos de Karmen sin pestañear y lo que ocurrió a continuación me puso en alerta.

Karmen, en un movimiento raudo, cogió del cuello a Rafael y lo levantó dos palmos del suelo aprisionándolo contra la pared.

—Ni tan siquiera ocultas el nombre. ¡Claro que te conozco! Fuiste el primero que auxilié en Monasterio cuando ocurrió la explosión. ¿Tú? Tú eres el rey de Inferno, tú eres su creador y el otro es una marioneta mutante que solo te sirve para ocultarte en las sombras de tu creación —le dijo gritándole Karmen.

—Sí. Este que llamáis mago es una caja de sorpresas. Os atrajo hacia aquí y yo escuché el relato de este joven, el hijo de Elisa Ellan. Os llevé hasta aquí porque no me podía enfrentar a vosotros, aún no. Siempre fui el más débil de todos los que salieron, de todos los que duermen, pero sé dónde están. Yo pude romper el vínculo que me une a todos ellos. Yo creé Inferno y lo pienso hacer más grande; quiero llegar a las cinco ciudades pues quiero tenerlas para mí. Ahora que tenía al mago pensé que adquiriría ventaja, pero fue una trampa —habló Rafael con rabia.

Fue terminar esas frases cuando la puerta metálica se abrió y entraron guardias armados hasta los dientes. En el preciso instante en que giramos la cabeza, Rafael se deshizo del aprisionamiento de la mano de Karmen y no oímos más que un sonido de una trampilla cerrándose. Fue muy rápido deshacerse de la tenaza de las manos de Karmen y huir. A pesar de la sorpresa de la huida de Rafael, reaccionamos y fuimos al encuentro de los guardias. Yo, con las espadas desenvainadas y Karmen con su determinación, nos dimos cuenta de algo extraño: nos giramos los dos donde yacía El Mago y abrimos los ojos como platos al verlo erguido. Era más alto incluso que yo, estaba poniéndose el sombrero alto de ala ancha y forma de cono y empuñaba el bastón de madera. Con una claridad en su voz y una sonrisa, dijo en voz alta:

—¡Alto!

Quedamos parados, no solo nosotros sino también los guardias que avanzaban hacia nosotros. Nos sobrepasó y le dio una palmada en la espalda amistosa a Karmen junto con una sonrisa amable hacia mí. Se puso enfrente de los que nos amenazaban, dio un golpe potente con su bastón en el suelo que en el eco de esa instancia tuvo la fuerza de un trueno. Entonces, les empezó a hablar.

—Señores, no creo que hoy haya la necesidad de morir pues

contra quien os enfrentáis no tenéis la más mínima posibilidad. Idos de aquí, pues vuestro rey, el de verdad, ha huido y el rey títere, también. Moriréis por nada y dentro de poco, Inferno arderá en llamas; huid de aquí mientras se os dé esta oportunidad y esto que ahora os digo no tiene mentira ni engaño, son palabras de verdad— expuso con solemnidad El Mago.

La duda sembrada tras las palabras y la seguridad del mago hicieron mella en algunos de los guardias; otros murmuraban entre ellos, estaban nerviosos sin saber qué hacer hasta que otro atronador sonido producido por el bastón del mago les sobresaltó.

—¡He dicho que os vayáis, o que estas cuatro paredes sean vuestra tumba!—dijo El Mago.

Las palabras fueron como lanzas que querían esquivar sus oyentes y empezaron a huir tropezándose unos con otros, hasta que el camino quedó libre.

—Lo mío siempre fue el teatro, que buen actor hubiera sido —dijo para sí mismo El Mago.

Se giró hacia nosotros con una sonrisa de blancos dientes haciendo contraste con su piel y el acompañamiento de su poblada barba.

—¿Ahora te llamas Karmen? —preguntó El Mago.

—Así es, mago. Has cambiado mucho, viejo amigo —le respondió Karmen.

—Tú también estás cambiado; pero, por favor, qué maleducado, primero las presentaciones, porque… Karmen ya te habrá contado algo sobre mí, pero yo no sé nada sobre ti, joven acompañante de mi amigo —habló El Mago mirando hacia mí.

Algo en mi conciencia me decía que no todas las palabras que dijo aquel que se hacía llamar El Mago eran totalmente verdaderas, pero sin duda, aquel hombre era otro más de los extraños personajes que me encontraba en mi camino.

—Mi nombre es Silvan, Silvan Ellan—le dije con educación.

—El mío es Romualdo, aunque, como sabrás, me llaman más El Mago —dijo él para presentarse.

—Me dijo Karmen que usted es el hombre más inteligente que ha conocido y él lleva muchos años vividos —le dije interrogativo

—Qué halagador es; es mi mejor amigo, siempre lo fue, en los viejos tiempos y en los largos tiempos que no nos vimos. No sé lo inteligente que soy, igual lo evalúas tú al pasar el tiempo —contestó El Mago

—¿Viene con nosotros? Se lo iba a preguntar, pues Karmen me dijo que usted es necesario —le dije sorprendido.

—Qué inocente eres. ¡Cómo no voy a venir si os he traído hacia mí! —dijo serio El Mago.

—Me lo dijo Karmen y usted me lo confirma. El destino es claro y la necesidad de guía es evidente, os necesito —le confesé.

—Tengo muchas cosas más que he de contar y vosotros asimismo tenéis también muchas cosas que contarme a mí, pero tenemos que salir de aquí. Esta ciudad me da asco y si vine aquí, era con un propósito claro; vayámonos de aquí ya, que campa la maldad en cada rincón sembrada por Rafael. Espero volverlo a ver —dijo con rabia El Mago.

—Una pregunta: ¿te capturaron o dejaste que te capturaran? —le preguntó Karmen.

—Karmen, a veces me ofendes, es obvio —dejó caer El Mago.

Sin dejar réplica alguna, fuimos recorriendo todo el camino que nos condujo hasta el salón del trono. Allí se congregaba gente hablando que enmudecieron al vernos a nosotros tres. El Mago se quedó en el mismo trono de pie, dio tres atronadores golpes en el suelo y, con una voz potente, se dirigió hacia los que estaban debajo de las escaleras que daban hacia donde estaba él.

—Escuchadme bien y difundid mis palabras: que todo aquel que habite este lugar huya, que huya todo lo lejos que pueda. Dentro de una hora, toda la ciudad arderá y, de verdad, esto será un infierno ¡Corred y decídselo a todo aquel que veáis, si no, moriréis! —gritó El Mago.

Todos se miraron extrañados y ante los momentos de duda, siguieron los momentos de premura; todo aquel que oyó las palabras habladas, las fue repitiendo mientras huía. El Mago con una mano nos indicó que siguiéramos quietos unos minutos más mientras por toda la ciudad se oía la retahíla de frases de fuga, del rey huido y de que tres monstruos salidos del infierno iban a matar a todo ser que se quedara en Inferno. Yo tenía una duda y se la comuniqué a Karmen.

—¿Y los ancianos y los niños?

—Aquí no se llega nunca a anciano y aquí no puede vivir ningún niño. No temas, no hay ni de unos ni de otros. Por cierto, tengo un asunto que atender. Mago, haz arder este lugar, que sus cenizas sean fe de lo que no puede volver a nacer. Silvan, no lo dejes ir solo, es peligroso —dijo riéndose, cosa que me sorprendió, pues pocas veces había visto reír a Karmen.

—¡Vámonos, Silvan, salgamos de esta ciudad! Lo haremos poco a poco, que nuestra presencia dé aviso a quienes se quieran quedar, o daremos el gusto de luchar a quien oponga resistencia; aunque

siendo sincero, creo que encontraremos pocos de los últimos. Vamos —habló El Mago.

Salimos de la pequeña fortaleza y anduvimos despacio solemnemente entre la podredumbre que emanaba de Inferno. La gente corría evitándonos; en alguna intersección, al encontrarnos de frente, algunos caían al suelo y se levantaban corriendo. Tal fue la exageración de la palabra que pasó de boca en boca, que seguramente ya habríamos cometido una matanza y aquel que se nos cruzara encontraría la muerte. Nadie tuvo el valor de enfrentarse a nosotros, tal como vaticinó El Mago. Nuestro camino terminó en las mismas puertas de Inferno. Mantuvimos una distancia lo bastante lejana para que la gente pudiera huir sin que estuviéramos enfrente. El Mago me miró y habló con su sonrisa:

—Esperaremos a Karmen e iremos donde tú digas; no hables ahora, sino cuando esté con nosotros —dijo El Mago sin dejar réplica.

El rey títere andaba por las calles de Inferno alterado por su derrota y su destierro, incluso asesinó a una mujer y un hombre que, de frente, se encontraron con él. La sangre derramada no le calmó; había sido lo que nunca fue: humillado por un desconocido. Seguía caminando hasta que, en una amplia calle, en lo poco despejado por la basura acumulada en sus costados, encontró algo bello y algo que le desconcertó. La amargura le llegó a los labios pues sabía lo que significaba. La recogió y la miró: era una rosa roja, era su muerte.

De entre las sombras salió la figura de Karmen que se puso delante del rey títere de Inferno.

—Ya no es una advertencia, ya es sentencia. No niego que sabía que acabaría algún día así, pero no tan pronto —dijo con desasosiego el mutante.

—Vas a morir, es una evidencia, pero ahora te formularé una sencilla pregunta que no tienes por qué responder, ni me importa si lo haces o no, pero te la tengo que formular —seriamente dijo Karmen.

—Di.

—¿Dónde está Rafael? —preguntó Karmen.

—No lo sé, soy sincero y nada pierdo con mentir ni nada gano. No lo encontrarás y no te fíes de su aspecto frágil, pues es muy poderoso y muy inteligente, aunque a veces, como estos días, un estúpido —habló el rey títere de Inferno.

—Te creo. Despídete de este mundo en el cual has derramado tanta sangre —sentenció Karmen.

Fue a abrir la boca para articular alguna palabra, intentó ponerse en defensa o incluso le pasó por su mente atacar a Karmen cuando un crujido de su cabeza acabó con su vida. Fue rápido y tenía prisa. La crueldad no era para él; dejó el cuerpo allí donde murió. Sin pena y sin ningún gusto en la muerte abandonó Karmen el escenario.

Karmen salió a nuestro encuentro. Los dos le miraros sin preguntas. Yo sospechaba que iría a buscar a Rafael, pero la expresión de Karmen era fría por lo que podía deducir que no tuvo éxito. El silencio lo rompió El Mago.

—¿Nos vamos? —nos preguntó.

—Sí —dijimos al unísono.

—¿Siguiente destino, maese Silvan? —me preguntó a mí.

—Raquel…

—Entonces, al sur. No perdamos tiempo pues los que se han separado tienen que volverse a unir y no solo los amantes. Por cierto, algo malvado se cierne sobre las cinco ciudades del este y te compete a ti, Silvan, salvar a ese reducto de la humanidad de esa sombra —se dirigió serio hacia mí El Mago.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —dije extrañado de tales afirmaciones.

—Porque lo dice El Mago que es quién va a seguir y guiar tus pasos. Ahora, silencio, vienen los fuegos artificiales —cortó Romualdo.

El Mago extrajo de una manga suya un artefacto con un botón rojo y lo pulsó; fuertes explosiones estallaron dentro del recinto de la ciudad y largas llamaradas de fuego se escupían hacia el cielo.

—¡Arde, Inferno! —gritó Romualdo.

17. MEMORIA DE ADOLESCENCIA

Encabezaban la larga marcha tres personas: un guía (que sabía dónde se encontraban unas ruinas que podían servir de futuro asentamiento para los exiliados de Mont-Elo), un viejo escriba de mucha edad llamado Ataúlfo (que montaba un mulo manso) y una mujer de extraño atuendo que montaba un alazán blanco como la nieve que los rodeaba; cubría su cabeza con un sombrero de copa con una pluma que lo adornaba, llevaba su larga melena rubia suelta y el viento jugaba con ella; sus espaldas estaban cubiertas con una larga capa de piel y terminaban sus largas piernas revestidas con un pantalón de cuero y unas botas de caña alta. Era la regidora de Mont-Elo. Su nombre: Marion.

La caravana avanzaba excesivamente lenta ya que llevaban bastantes carromatos de víveres y utensilios y, además, en los caminos estrechos que transitaban se hacía bastante difícil el moverse. Era bastante gente, unos setecientos de los cuales doscientos de ellos eran soldados. La protección estaba asegurada pues todos ellos, a pesar de la prohibición de las cinco ciudades del este, llevaban armas de fuego y sobrada munición.

Marion dirigió la vista hacia atrás mirando a la larga hilera de gente de la que ella era responsable; volvió a mirar al frente y escondida en los pliegues de su capa, pensando que nadie la viera, empezó a llorar en silencio. Dejó que su caballo guiara, agachó la cabeza y se sumió en los recuerdos de la adolescencia. Marion acababa de cumplir sus cuarenta años cuando vio a Gabriel hacía pocos días en las puertas de Mont-Elo; era consciente de que, a pesar de su edad, aún lucía bellísima. El verlo otra vez despertó en ella una semilla sembrada cuando apenas era una mujer y otra vez volvió a verlo partir sin poderle decir lo que sentía por él: le provocó el llanto de impotencia que ahora tenía. Los acontecimientos que precedieron a la llegada de aquellas extrañas personas, más la decisión de su duque y mentor Román, no dio tiempo a los sentimientos y su memoria aún volvió más hacia el pasado.

Marion llegó al feudo de Mont-Elo en los brazos de su padre: un hombre alto y rubio que llamó a sus puertas y el propio Román fue quien le abrió. Contó que le atacaron y que su mujer murió; él solo se apresuró a huir para proteger a su única hija; habló de que venía del norte, de muy lejano lugar, allí donde habitaba muy poca gente civilizada y no era buen sitio para criar a una hija ante tal barbarie.

Así que se dirigió hacia el sur con la esperanza de un futuro mejor hasta que, en el camino, encontró la muerte de su mujer. No era, pues, muy diferente el lugar de origen de lo que se encontró. Dejó en las manos de Román a su único tesoro y demandó un arma para vengarse de quienes arrebataron la vida de su amor, petición que fue concedida y así por donde vino, volvió. Así se lo contaron a ella cuando creció y ella se lo creyó.

Desde el día en que entró de la mano de su padre, el cual jamás volvió, los años fueron pasando hasta que el recuerdo de él desapareció y tuvo edad para ir a la escuela. En ese feudo, la escuela era importante tanto para los que allí residían como aquellos niños que venían y se iban. Las impartía el profesor Gabriel: un hombre de porte elegante que, aparte de la docencia, siempre que no impartía clase estaba al lado de Román en la misión de dirigir el feudo de Mont-Elo (era la frontera este y limitaba los límites de la hermandad). Gabriel era tan amable y correcto, tan elegante en las formas que a todos aquellos que tenía en su tutela educativa hacía que absorbieran sus conocimientos con más celeridad. Ya de pequeña sentía una admiración hacia Gabriel y se esforzó tanto en los estudios que no tardó mucho en destacar muy por encima de los demás; mientras los demás niños jugaban, ella engullía libros para adquirir conocimientos y agradar en sus progresos a su profesor. Como reconocimiento a su esfuerzo, un día le regaló Gabriel a Marion una pluma (la que ahora ella portaba en su sombrero de copa).

El tiempo pasó inexorable. De niña pasó a una madurez como mujer a una pronta edad. Ya con solo trece años era toda una mujer de cuerpo y mente. Tenía sensaciones que le costaba comprender: la admiración a un profesor se tornó en amor y deseo hacia él. A Gabriel, a pesar de los pocos años transcurridos, no se le notaba el paso del tiempo que sí veía en otros hombres de su alrededor. No podía, por mucho que pusiera en su empeño, quitárselo de su mente. Sabía que era muy especial, pero no sabía por qué (ella forzando algo que en su juvenil conciencia no debería hacer). Demandó clases particulares solo por tenerlo para ella sola, a lo cual él accedió sin saber las verdaderas intenciones de su alumna. Ella, con estar unas pocas horas a solas con él, se contentaba. Llegó a cumplir su quinceavo cumpleaños cuando pensó que ya no era tan niña para poder pedir que estuviera solamente como alumna, ya que tanto en cuerpo y mente, le pertenecía a él. En un arrebato de valentía, fue a su encuentro cuando, sorprendida, vio que él no estaba solo; estaba parlamentando con un extraño que

tenía el pelo rojo y discutía airadamente con Gabriel. No pudo oír aquello que dijeron, pero fue el último día que vio a Gabriel.

No se dio apenas cuenta de que estaba enfrascada en sus memorias de adolescente cuando Ataúlfo, mirándola curioso le dijo:

—¿Qué te entristece, Marion?

—¿Por qué supones que lo esté?

—Llevas mucho tiempo callada y estás llorando. ¿Qué más indicios necesito para formularte mi pregunta?

Marion se echó la mano a la cara y notó los dedos humedecidos, buscó un pañuelo y secó sus lágrimas.

—¿Es por qué se ha vuelto a ir? —volvió a preguntar Ataúlfo.

—Así es, Ataúlfo; nunca he podido expresar lo que sentía hacia él.

—No se puede estar tanto tiempo guardando sentimientos. ¿Cuánto llevas queriéndoselo decir?

—Ríete, mi viejo amigo: desde que era niña y nunca desapareció con los años. Creí que era admiración, pero ahora, cuando la juventud me abandona, sé cierto que es amor —le confesó Marion.

—No es cosa de risa. Estamos viviendo tiempos inciertos. Mi edad es muy avanzada mas nunca creí que viviría lejos de los muros de Mont-Elo y mira ahora, exiliados hacia un lugar desconocido. Pero lo que más me angustia es que mi compañera de viaje esté triste. Tenemos que llevar a esta gente a lugar seguro y no sería bueno que vieran en nosotros dudas.

—No las tengo Ataúlfo; sé la responsabilidad que tengo en este exilio. Soy la regidora de Mont-Elo y mi cargo confiado por Román, aunque muriera, no lo voy a desatender. Pero permíteme ser humana y tener mis propios secretos —afirmó Marion.

—Ya no lo son, pues ahora sé lo que te aflige. No puedo darte ningún consejo ya que lo malo de darlos es que si salen bien, buenos son, pero si no son acertados, la culpa cae sobre quién los dio —dijo con sabiduría Ataúlfo.

—No te preocupes. Sigamos la marcha de esta caravana. Solo han sido momentos de debilidad. Ya estoy casi entera para asumir mis responsabilidades, mi viejo amigo —habló Marion ya sin lágrimas en sus ojos.

—La verdad es que desde que aparecieron los misteriosos personajes en nuestra ciudad, todo cambió aunque no les echo la culpa. Recuerdo sus nombres, aunque no el de todos —se concentró el viejo Ataúlfo.

—Ya te los digo yo: mi querido Gabriel; Antón, quien me arrebató a mí amor; la misteriosa Derán; Raquel, Noelia, Héctor,

Prometeo, Adrián, Karmen y por último, el que más retuve en mi memoria: Silvan.

A pocos kilómetros, Pedro, el bibliotecario de Laberintia, con todos los sentidos de que disponía abiertos oyó los nombres a los que en su primera decisión quiso seguir y, consecuentemente, siguió hacia la voz que los enumeró. Ya tenía datos para marcar rumbo pues seguir la dirección de un gran búho blanco no era muy lógico, aunque esta ave iba en dirección de la voz; aceleró raudo hacia los primeros datos que le conducirían hacia la compañía de Silvan y aquellos que estaban con él.

La caravana de exiliados de Mont-Elo seguía su lento camino. Marion se sentía un poco mejor al desvelar su secreto a Ataúlfo, cuando desde un lateral, saltó un hombre que apareció de entre los arbustos. Provocó un gran grado de sorpresa a la comitiva que encabezaba la caravana que rompió pronunciando una palabra:

—¡Hola!

Al instante, veinte cañones le apuntaban y tal como leyó Pedro en muchos libros, levantó las dos manos en signo de rendición. Marion se adelantó empuñando una pistola ante aquella persona que paró el paso de los exiliados.

—¿Quién eres tú?—dijo Marion sorprendida.

—*Mi lady* —dijo Pedro haciendo una reverencia muy adornada, tal y como leyó en algunos libros prosiguiendo con su presentación —: soy Pedro, el bibliotecario de Laberintia.

—¿Bibliotecario? —cortó Ataúlfo sorprendido ante una profesión olvidada.

Pedro se paró unos segundos a analizar por qué su profesión, su cometido, era motivo de interrogaciones. Era demasiado tiempo que no tenía noticias del exterior, de hecho, nunca las tuvo desde que entró en la biblioteca.

Marion enfundó su arma y desmontó de su caballo, miró al rostro sin emociones de Pedro, vio lo bien vestido y limpio que iba y le animó a seguir.

—Como he dicho, soy el bibliotecario de Laberintia. Se sitúa justo al sur de aquí y hace unos días recibí la visita de un colega mío con sus acompañantes (hacía tantísimo tiempo que estaba solo…). Eran hombres y mujeres notables, tanto me impresionaron que por primera vez decidí tener una decisión propia y salí de mi biblioteca para ir tras ellos con el fin de unirme a su compañía. No sabía qué dirección tomar y dejé la decisión de mi rumbo a cualquier anomalía que viera; al ver volar a un gran búho blanco hacia el norte, tomé esa dirección cuando oí de vosotros los

nombres de quienes me visitaron.

—Repíteme esos nombres, si me haces el favor —dijo Marion con firmeza.

—Será un placer. Prometeo, Noelia, Raquel, Adrián, Derán, Héctor, Karmen, y el último, el que intuía que era un líder, Silvan.

Marion y Ataúlfo se miraron sorprendidos ya que lo que ellos hablaron apenas lo pudo oír nadie más que ellos.

—¿Sabéis dónde pudieran estar? —insistió Pedro.

—Realmente, no. ¿No os faltan dos nombres más? —inquirió Marion

—No, ellos solos son los que estuvieron en la biblioteca.

—Te faltan dos: Antón y Gabriel —dijo con casi una pregunta Marion.

—Allí no estaban, mas conozco de muchos años a Antón pues él fue quien me llevó a la biblioteca y me dio un fin y un propósito: cuidarla y que cambiara a través de los libros que allí había —dijo con un poco de nostalgia Pedro.

Marion y Ataúlfo se volvieron a mirar. Ataúlfo se encogió de hombros pero Marion empezó a comprender algo más de ese misterioso personaje que interrumpió el camino de la caravana. Antón el rojo, el señor o guardián de los secretos y el ladrón de la presencia de Gabriel en su vida. Marion torció el gesto y Pedro se dio cuenta.

Por encima de ellos, un gran búho blanco planeaba hasta que empezó a descender. Marion sentía una presencia y se giró viendo el gran búho e, instintivamente, tal como hizo tantas veces en Mont-Elo, levantó el brazo invitando a tan elegante ave a que se posara en su brazo. Ella se quedó perpleja y Ataúlfo se dirigió a Marion:

—¿No es el búho de Román? —dijo aún incrédulo Ataúlfo.

—Es él, sin duda, pero no lleva mensaje ninguno. Solo se posaba en mi brazo cuando había alguna notificación de Román y él…

—Está muerto —terminó la frase Ataúlfo.

Marion entristeció súbitamente ante el recuerdo de la muerte de un gran hombre. De Román, el fallecido duque del feudo de Mont-Elo.

Pedro, con sus palabras, irrumpió en el estado de Marion.

—Este es el búho que me marcó la dirección a tomar y vosotros estabais en ella. No creo mucho en las casualidades.

El búho, con sus dos metros de envergadura en sus alas, levantó el vuelo sin dejar de asir el brazo de Marion. Ella, al no esperar esa acción que jamás hizo antes la majestuosa ave, se vio arrastrada y a punto estuvo de caer si no fuera por Pedro que evitó con sus brazos

que se produjera. En el preciso momento en que Pedro auxilió a Marion, el búho miró fijamente a los ojos de Marion y sus garras dejaron de aprisionar el brazo de ella levantando el vuelo hasta que voló a una rama no lejana donde se posó. Allí volvió a mirar fijamente a Marion durante unos segundos y levantó otra vez el vuelo en línea recta marcando claramente una dirección. Todos estaban realmente sorprendidos. Ataúlfo preguntó a Marion preocupado:

—¿Estás bien?

—Sí, gracias Pedro. Esto es extraño, jamás hizo esto. ¿Quién lleva una brújula? ¿Hacia dónde se dirige? —preguntó rápidamente Marion.

—Al sur variando un poco al oeste —respondió Pedro sin necesidad de ningún instrumento.

—¿Allí no está…? —habló mirando a Ataúlfo.

—Mont-Elo, o lo que queda de él —respondió Ataúlfo extrañado.

Marion se quedó reflexiva mirando al suelo, anduvo unos pasos dando tiempo a asimilar todo lo que ocurrió. Miró a Pedro, luego la dirección que tomó el vuelo del búho y su mirada se quedó perdida.

—Demasiadas casualidades, demasiados indicios para ser obviados. Vuelvo a Mont-Elo —dijo con determinación la regidora Marion.

—¿Puedo ir contigo? —acompañó con sus palabras Pedro.

—Sí, no sé lo que me encontraré allí. Partiremos ahora mismo. Ataúlfo, ahora eres el máximo responsable de esta gente —le comunicó Marion a Ataúlfo.

—Soy demasiado viejo para estas cosas —bufó Ataúlfo.

—Perdóname, amigo, por poner en tus espaldas tal responsabilidad, pero tengo que averiguar por qué el búho de Román me ha marcado el camino —casi en tono de disculpa se expresó Marion.

—Asumiré tal responsabilidad; eres joven y siempre confinada en tu cargo. No puedes perderte la posibilidad de encontrar tu propio camino. Estas señales que han aparecido bastan para mí, pues son de una extrema claridad; igual encuentras aquello que anhelas o, en cambio, encuentras adversidades pero es tu decisión y la respeto. Eres como una hija para mí y no te voy a dejar que partas tú sola. No sabes, no sabemos qué te encontrarás en el camino ni en tu destino. En la caravana hay protección de sobra. Partirás con cien de la guardia de Mont-Elo, todos a caballo y bien armados si el capitán de la guardia está de acuerdo.

El capitán de la guardia de Mont-Elo, al ser nombrado, se

adelantó y asintió. Ataúlfo entonces prosiguió.

—Decidido está. Capitán, decida usted quién acompañará a nuestra regidora —ordenó Ataúlfo.

—Irán los mejores y yo mismo. La caravana estará sobradamente protegida con los que quede aunque nos vayamos la mitad de nuestros soldados. Regidora Marion, denos unos minutos —habló el capitán de la guardia de Mont-Elo.

Marion asintió. Así en el extremo sur, mirando hacia donde el búho voló, se reunieron cien fieles monturas al servicio y protección de su regidora. Marion se acercó a Ataúlfo y le dio dos besos de sentido cariño.

—Por primera vez nuestros caminos se separan, amigo.

—Sí, Marion, mi niña no nos volveremos a ver. No te apenes, pues soy más viejo de lo que ningún humano de nuestro antiguo hogar lo fue y aunque no lo desee, pronto acudiré a los brazos de la muerte. Si no llega en este camino que andamos, llegará cuando lleguemos a nuestro destino. No sabes lo cansado que estoy; me pesan los años y los recientes acontecimientos. Ten recuerdos gratos de todo el tiempo que compartimos. Ahora, parte sin que haya un adiós.

Marion se puso a llorar. Nunca se había separado de Ataúlfo. Aunque la resolución de volver a Mont-Elo, a sus ruinas y a lo que se encontrara, fue firme, le dolía mucho separarse de uno que consideraba su padre. Sin un adiós y con lágrimas contenidas en sus ojos, fue poco a poco hacia la dirección que le marcó el búho.

Pedro andaba junto a ella intentando comprender dificultosamente todas las emociones humanas que le sucedían a aquella mujer, cuando Marion le ordenó:

—Sube a la grupa del caballo.

Pedro quería replicarle que él podía correr más rápido que su caballo, cuando unas palabras de Antón le iluminaron: «compórtate como un humano».

Pedro montó en la grupa del caballo de Marion y no sin mirar atrás la antigua regidora de Mont-Elo, partieron hacia el suroeste sin saber por qué tenían que volver a lo que fue su casa.

18. CÓNCLAVE DE ALCALDES

El patizambo sirviente del director de Vera caminaba por los pasillos del ayuntamiento. Hacía un día que no subía a la cúpula eterna pues así se lo ordenaron: que no se le molestara hasta que no llegaran los alcaldes a la ciudad.

Paolo se hizo cargo de los más cercanos y los primeros que llegaron fueron atendidos. Aparte, supervisaba el normal funcionamiento del ayuntamiento desde las sombras a pesar de las frías temperaturas. Tuvo la tentación de salir al exterior pues hacía mucho tiempo que no lo hacía; siempre estaba confinado en las dependencias del ayuntamiento. Después del corto exilio de toda la hermandad y sus representantes en las ciudades (los directores) temió por su vida; si no estaba el director, él ya no era de utilidad.

Un guardia con cara de asco hacia su malhecho cuerpo le entregó a Paolo la comunicación de que todos los alcaldes o representantes estaban ya en la ciudad de Vera esperando la reunión. Era el momento de subir. Paolo fue subiendo los tramos que faltaban para llegar a la cúpula eterna con dificultad, recordando el mal aspecto que tenía el alcalde la última vez que le vio; no lo hubiera abandonado si no hubiera sido el mismo director quien se lo ordenara.

Cuando llegó a la puerta que daba con la cúpula eterna, los dos guardias la abrieron para que él pudiera entrar sin más preámbulo. Vio que todo estaba más o menos como lo dejó, si bien de reojo vio el armario que contenía la licorería y con la puerta abierta del gran mueble, atisbó que se había usado bastantes veces pues faltaban muchas botellas de licor. No era mala señal, pero no sabía si también era buena. Ya se encontraba en la sala circular diseñada para ver en toda su totalidad la ciudad y las cortinas todas cerradas obstaculizando la luz; apenas había visibilidad. Paolo hizo ademán de ir a correr algunas para que la luz inundara la gran habitación hasta que la voz del director frenó su acción.

—Déjalo estar, Paolo, aún me estoy recuperando y la luz del día me molesta. Si estás aquí es que has cumplido aquello que te ordené, ¿cierto?

—Así es, mi señor. Ya se encuentran en Vera los alcaldes o representantes de ellos —contestó Paolo agachando la cabeza.

—¿Representantes de ellos? Creo que fui muy claro sobre la importancia y urgencia de esta reunión para que delegaran sus cargos en otras personas. ¿De qué ciudades son dichos

representantes? —expresó con furiosas palabras el director.

—Los representantes de las ciudades de Alana y Altamiras —enumeró Paolo.

—Interesante, las dos ciudades más al oeste. ¿Conoces acaso las causas de que no hayan venido esos dos alcaldes?

—El de Alana, por causas de salud; he contrastado la información y es cierto; el alcalde de Alana sufre de una enfermedad que lo mantiene recluido en su casa que no está en la ciudad, sino en Hornos, un feudo cercano y pequeño. La información de los agentes de la hermandad, sus agentes, es que está cercano a la muerte —terminó su relato Paolo.

—Es verdad que, antes de irme, conocía de los problemas de salud de ese alcalde. ¿Y el de Altamiras? —preguntó otra vez el director.

—Solo una carta aportada por su representante en el que asuntos urgentes le retienen en la ciudad sin explicar claramente cuáles son —contestó Paolo.

—Raro es que el único alcalde que siempre hemos respetado por su afinidad a la línea de la hermandad y que no estaba corrompido por el poder de su cargo, no acuda a la llamada de la hermandad, a la mía. ¿Contrastaste la información? —preguntó el director.

—Lo raro, señor, es que no hemos recibido ninguna información de nuestros espías en Altamiras; hay un silencio incómodo, ninguna comunicación. Pudiera ser que no haya nada que informar —contestó Paolo.

De entre las sombras surgió un actor inesperado de mediana estatura, vestido como alguien normal. Lo que la poca luz dio a ver era una sonrisa que torcía siniestra y que habló con un acento extraño, innatural:

—Extraña tu reunión. No acuden todos los que lo tendrían que estar —habló el extraño dibujando una sonrisa rara.

Paolo, sorprendido de que hubiera alguien más en las sagradas instancias de la cúpula eterna, donde solo él director y él habitaban, le produjo gran sorpresa y empezó a articular una pregunta que su señor selló con sus palabras.

—Paolo, si quieres preguntarme algo, este no es el momento. Comunica que el cónclave de los alcaldes será aquí, en la cúpula eterna mañana a primera hora. Retírate —habló el director de la hermandad con palabras que no requerían réplica.

Paolo hizo caso solícito de las órdenes dadas por su señor, no sin mirar al extraño que enigmáticamente había aparecido en escena.

Raven se frotó las sienes reflexionando cabizbajo hasta que miró

al extraño.

—Sospecho que algo va mal.

—¿Acaso lo dudas? Siempre las cosas no transcurren sin ningún contratiempo, el caso es afrontarlas. Creo que ya somos socios y he estado fuera del tablero bastante tiempo. ¿Podrías informarme de la situación? —le dijo el extraño en un tono demasiado amable.

—Te haré un resumen pues no tengo humor para mucha palabrería. Las cinco ciudades del este, la parte más poblada del planeta, cada una de esas ciudades tiene una influencia: zonas de población más reducida que llamamos feudos; en esos feudos comandan los duques y ellos están subordinados a la ciudad a la que pertenecen. En cada ciudad hay un alcalde que es quien rige en cada una de ellas, pero en realidad, quien manda en todas es la hermandad de manos de los directores: yo era uno de ellos —explicó Raven.

—¿Cómo es que *eras?* —preguntó el extraño.

—Porque ya no existen más directores ni más miembros de la hermandad que yo —dijo tajante Raven.

— ¿Y qué fue de ellos?

—Los maté a todos —contestó Raven mirando con los ojos entrecerrados por la rabia.

El extraño empezó a reír complacido. Raven lo miraba contrariado. Sus palabras le tenían que haber infundido temor o por lo menos, sorpresa; aquel se acercó a paso lento y, teatralmente, se inclinó para decirle al oído:

—No me has dicho la verdad completa. Yo sé cuándo la gente miente o dice la verdad —se expresó el extraño en un tono deliberante.

—No, a todos no maté. Quedó vivo el director de Ulsan aunque seguro que si sabe de las últimas noticias, se irá huyendo —habló Raven.

—Eso no lo sabes; es solo una suposición —indicó en tono de voz normal el personaje.

—No lo niego.

—Bien, la organización de esta civilización es sencilla. Ahora, tú eres la hermandad y tú eres el máximo gobernante de lo más florido de la humanidad. Me enorgullece que el alma oscura que tú albergas sea de un rey —aplaudió el extraño—. Ahora dime lo que más me interesa, el detonante de la situación en la que nos encontramos ahora.

Raven se levantó del asiento, corrió una cortina de la ventana y miró la ciudad. Ya la tarde se echaba encima y la luz del sol

empezaba a debilitarse. El director se tomó una larga pausa mientras admiraba desde la altura la ciudad de Vera. Aquel que esperaba que retomase las explicaciones le dio espacio, pues tenía una virtud muy desarrollada: la paciencia.

Raven, al cabo de más de media hora observando, le dio la espalda a la ventana corriendo la cortina primero y luego, se dirigió con voz pausada al otro personaje que estaba en la cúpula eterna.

—Cuando empezó la gran guerra, aquella que hizo diezmar como nunca a la humanidad, un grupo de personas estábamos confinadas en unas instalaciones subterráneas y secretas (lo llamamos Monasterio), que estaban dedicadas a mejorar al ser humano, hacerlo más longevo, más fuerte y más resistente.

El otro interlocutor le interrumpió:

—¿Erais brujos, chamanes o magos?

—Científicos —cortó abruptamente Raven.

—Prosigue; es que me he emocionado. Perderme la guerra que casi acaba con la humanidad —con una corta risita concluyó el siniestro personaje.

—En el momento en que nuestros avances estaban bastante avanzados, cuando ya teníamos los resultados óptimos, una gran explosión ocasionó que se abriera un boquete justo donde estaban todos los humanos con los que experimentábamos. Dos de los nuestros aprovecharon la ocasión para despertar a los sujetos y huir; nada más supimos de ellos. Se escondieron de tal manera que no fue posible localizarlos, seguramente fueran a donde denominamos la Tierra de Nadie y aquellos que huyeron los llamamos durmientes. Al pasar el tiempo, decidimos retomar una idea que justamente se le ocurrió al que huyó: «crear una nueva civilización, nuevas ciudades que no cometieran los mismos errores que en el pasado cometió la humanidad». Todo eran buenas intenciones, pero yo, por supuesto, estaba en contra.

—No esperaba menos de ti —sonrió satisfecho su misterioso socio.

Raven no estaba acostumbrado a que le interrumpieran, pero ese ser le salvó la vida y le estaba proporcionando un cuerpo poderoso; tenía unas ganas infinitas de preguntarle quién era, pero el mismo extraño formuló las preguntas con sus respuestas que zanjaron cualquier réplica futura.

—Yo no estuve en ningún proceso de la construcción de las cinco ciudades del este, pero sí estuve activamente en otros dos proyectos: en el primero, que nos hizo mejores gracias a los experimentos realizados los cuales conseguimos que nos hicieran

más longevos, pero el reactivo que mejoraba nuestra raza se la llevó aquel que huyó con los hombres y la mujer con los que experimentamos. El segundo proyecto fue petición mía: era el mejorar a humanos con el fin de ser protectores nuestros y conseguir grandes progresos. Junté hombres con lobos, pero potenciando el tamaño para conseguir terribles bestias; construí golems de carne que no sentían dolor ni cansancio. Me pararon los demás miembros de la hermandad porque temían que fueran tan poderosos que se volvieran contra nosotros, pero después de eso, salí voluntario de director y en mis primeros años, dediqué mucho tiempo a trasladar mi laboratorio fuera de Monasterio.

—Un creador de monstruos que jamás existieron; no sabes cuán gratamente me sorprendes. Ahora que tu descanso está cercano, dime el final de la historia hasta estos días.

La cara de Raven tornó amarga en la conclusión de su relato.

—Hace más de una semana detecté a una persona que, a pesar de que me lo ocultaran, era excepcionalmente inteligente además de intentar pasar desapercibido: dos hechos que me hicieron sospechar. Le puse a prueba con dos ataques para ver si era más de lo que parecía, pero fueron los resultados más que las dudas. Se deshizo de las amenazas con una facilidad impropia de un humano; fui a apresarlo y desapareció de la ciudad, con ayuda, seguramente. Pedí ayuda a la hermandad ante la sospecha de que fuera un durmiente; nuestro mejor asesino fue en su búsqueda, pero descubrimos la traición de que tal asesino era uno de ellos que se volvió en nuestra contra causando sangre y muerte entre la hermandad. Fueron apareciendo más sospechosos en otras ciudades que confirmaron que los que estaban durmiendo ahora estaban despertando, así que tomé voz en la hermandad para tomar partido en la amenaza. Dimos la cara con violencia en las ciudades y feudos que sospechábamos que eran afines a los durmientes, hasta que después se me recriminara por mis métodos. Tomé la decisión de que la hermandad era realmente un obstáculo en mis planes y los eliminé a todos. Ahora yo soy la hermandad, sin nadie a quien rendirle cuentas —dijo mientras miraba fijamente con firmeza a los ojos del extraño.

—Somos socios, no me mires así. Yo te apoyo; juntos haremos grandes cosas, mas lo veo en tus ojos. Dime los nombres de quienes temes —en tono de paz habló el extraño.

—Karmen y Silvan.

—Mañana es la reunión y ahora debes descansar, aunque ahora estés mucho mejor. Toda transformación requiere su tiempo;

descansa, socio, pues aún tenemos que guardar fuerzas por las cosas que hacer —como si fuera un conjuro, le recitó el extraño.

Las palabras de ese personaje hicieron que el director sintiera un profundo sopor y las ganas de descansar le invadieron sin clemencia; aun así, de camino al dormitorio se giró y le respondió.

—¿No vas a dormir tú también?

—Ah, no, a mí ya me tuvieron durmiendo bastante tiempo. Ve y no te preocupes por mí, socio.

Raven no tuvo ni tiempo de desvestirse. Al llegar al dormitorio cayó todo lo largo que era en la cama y allí durmió. El extraño personaje descorrió la cortina de los circulares ventanales de la cúpula eterna y se dispuso a mirar la ciudad toda la noche hasta que las primeras luces del alba inundaron la ciudad de Vera.

Paolo subía con gran esfuerzo los últimos tramos de las escaleras que conducían a la cúpula eterna, allí donde decidió su señor que estaría el cónclave de alcaldes. No sabía aún porqué había depositado en él tanta confianza: de ser un sirviente confinado en lo alto del ayuntamiento a ahora adoptar un papel tan importante en los planes de su señor. Hasta los guardias se sorprendieron de ver que un ser deforme como él les mandara, pero el temor que le tenían al director de Vera y ahora de todas las ciudades del este, se imponía sobre la desgarbada figura de Paolo.

Ya entrando en la misma cúpula, vio como estaban ya esperando tanto su señor como el extraño acompañante de él, ambos estaban de pie. Vio como ya habían dispuesto ellos una mesa con seis sillas para la reunión; todas las cortinas estaban descorridas para que las vistas de Vera desde la cúpula eterna, que era el punto más alto de la ciudad, les impresionaran. Paolo nunca, en sus años de servicio, jamás persona alguna pisó esas dependencias, más que él y el director de la ciudad. Se inclinó ante su señor y su acompañante pero se dirigió únicamente a Raven.

—Están todos esperando para subir a la reunión. ¿Da usted su permiso? —dijo Paolo agachando la cabeza.

—Que suban —contestó el director.

Paolo hizo obediente lo que le mandaron; el silencio se hizo a la espera de que subieran los representantes de las ciudades del este y así fueron entrando desfilando, uno a uno. El primero fue Niceto de Ulsan, cruel y abandonado a los lujos; el segundo, Jaime de Vera, de la ciudad de la que fue director Raven los últimos años, un títere suyo pero que en su ausencia se envalentonó en su cargo; el tercero en entrar fue Evelio. Raven se extrañó mucho ya que lo conocía, pues era un agente de la hermandad y tenía informes de su malestar

en la ciudad que le asignaron en Altamiras y, sobre todo, de su enemistad con el comandante de la guardia, Manuel; pero como Altamiras era la ciudad más ordenada y que mejor mantenía el orden no se le hizo mucho caso ya que en Altamiras no existían tan siquiera los suburbios; al pasar el agente se encogió de hombros pues ni él mismo sabía por qué representaba a la ciudad que tanto odiaba. De la ciudad de Erdia, la más pequeña de las cinco ciudades, entró Cipriano mirando directamente a los ojos de Raven, el más insolente de todos y un déspota. El último en entrar fue el de la ciudad más al oeste de la confederación de ciudades de la industrial Alana, un hombre que se presentó como Sauro. Evelio y Sauro se reconocieron y saludaron, por lo cual, aunque no sabía quién era, al mirarle Evelio a los ojos y asentir, sabía ahora que también era un agente de la hermandad. ¿Coincidencia que los ausentes enviaran agentes de la hermandad? No le gustaba pero tenía una reunión que dirigir.

—Señores, tomen asiento —ordenó Raven.

Todos los alcaldes y representantes miraron al misterioso personaje que se recostaba en un aparte de la instancia, a pesar de que los cánones de la educación no permitieran llevar sombrero donde hubiera techo; él portaba en su cabeza uno. Estaba ni muy lejos ni muy cerca de la mesa donde estaban ahora los representantes de las ciudades y Raven. Lo tomaron por un guardaespaldas suyo. Raven tomó la palabra.

—Como ya han sido informados, ahora la hermandad es un solo hombre: soy yo. Ustedes tres más los dos que tienen que comunicar a sus alcaldes que ahora representan, no tendrán ningún director que les supervise; todos me rendirán cuentas solamente a mí. Obtendrán más poder, pero bajo mis leyes y mis directrices —dijo solemne Raven.

El más descarado fue el primero en preguntar. Era Cipriano de Erdia, con su voz llena de subida ironía soltó sus palabras:

—¿Qué ha sido de los demás directores y miembros de la hermandad? ¿Se han escondido? —habló con tono burlesco.

—¡No! Están todos muertos pues los maté yo —le contestó tajante Raven.

La faz de superioridad de Cipriano desapareció para llegar a tener un matiz de sorpresa y miedo. Los demás se quedaron sorprendidos por la contestación de Raven, el cual intervino otra vez.

—Novedades actuales de vuestra propia boca —ordenó Raven.

Empezó Aniceto de Ulsan.

—En Ulsan todo bien. No tiene por qué preocuparse; desde que se fue el director de la ciudad he impuesto mano dura —dijo con satisfacción.

Jaime se levantó a continuación.

—Todo sigue tal como me ordenó usted mismo…

Raven le cortó, pues empezaba a arrepentirse de esta reunión. Miró a la esquina donde estaba apartado su extraño salvador y vio como ahora su siniestra sonrisa era más abierta y descarada, un gramo que sumó a su enfado. Se volvió hacia la mesa:

—No hacía falta que dijeras nada, sé que sigues mis órdenes; si no, te habría pasado lo mismo que el que antes que tú fue alcalde —habló con menosprecio el director de Vera—. Es más, solo quiero oír a los que representan a los alcaldes que no han acudido a esta reunión: Altamiras y Alana. ¿Por qué no están aquí vuestros alcaldes?

Evelio se dirigió a Raven con una indiferencia que molestó al ahora director de todas las ciudades del este:

—No tengo la más mínima idea, ni sé por qué estoy aquí. En esa ciudad no ocurre nunca nada. Es tan pulcra que hasta asquea. Los agentes que estamos allí no hacemos nada, ni de nada hay que informar. Ese alcalde lleva todo en un orden estricto y tampoco sé la razón de por qué no está aquí; solo dijo que asuntos de vital importancia le impedían salir de la ciudad. ¡A saber! —exclamó al tiempo que se sentaba.

Ese tono de desprecio del representante molestó mucho a Raven, el cual con su mano dio pie a Sauro para las explicaciones.

—Mi señor, el alcalde Claudio siempre ha tenido desde su niñez una constitución débil. Siempre ha estado aquejado por la enfermedad. Desde que estoy en Alana, hemos sabido de largos períodos de convalecencia en su casa, en el feudo de Hornos, pero la productividad de la industria a Alana siempre ha sido más que óptima. Últimamente, su enfermedad se ha agravado y sospechamos que su vida corre peligro; ese es el motivo de que no esté aquí —dijo con palabras sinceras Sauro.

Raven veía todo en orden menos en Altamiras, pero en todo lo conocido por él, Altamiras era la ciudad más fiel a la hermandad. Tendría que indagar pues esta sospecha le molestaba. Sin embargo, creyó de la fragilidad de Claudio de Alana pues ya conocía de su enfermedad.

En estos momentos de reflexión, estando de espaldas a la mesa, empezaron los alcaldes, e incluso los dos representantes, una continua interrupción unos con otros en la exposición de peticiones

que después tornaron incluso exigencias que demandaban. Todo iba *in crescendo;* Raven miraba atónito cómo sus subordinados cacareaban palabras que se estorbaban unas contra otras al hablar al mismo tiempo; su enfado era ya bastante insoportable. Las voces que oía eran como un gusano que devoraba su cerebro y un dolor que nacía de la boca del estómago hasta sus sienes, le invadía al no reaccionar para hacerlos callar, incluso empezaron a discutir entre ellos. La ira ahora le inundaba tanto que le quemaba por dentro. Desenvainó una daga que siempre la tenía a mano y, sin previo aviso que tuviera la finalidad de acallar esas voces molestas que lo herían, saltó velozmente sobre la mesa y un silencio lleno de horror acudió a la cúpula eterna. Degolló al primero que a mano tuvo y no supo tan siquiera quién fue. La instancia se llenó de gritos y lamentos, de sangre y vísceras. Raven estaba ciego de ira. Todo aquel que allí se encontraba encontró la muerte a través de su daga y sus manos. Su rabia no amainaba; alguno intentó esconderse pero él fue implacable y cruel, hasta que fue hacia el único que quedaba en pie. Cuando al dirigir su arma para atravesar su corazón se encontró con una mano firme que sujetaba su antebrazo la rabia aumentó, pero esa mano tenía tanta fuerza que no la pudo mover un milímetro. Raven empezó por la sorpresa de la resistencia a calmarse y vio al extraño personaje que seguía sonriendo a pesar de su ataque; entonces, él le habló:

—Te va a hacer falta mucho más que una daga para matarme. Tienes que controlarte; la rabia y la ira te han dominado y tú tienes que dominarlas a ellas. Eres mucho más poderoso que antes y todo gracias a mí, pero, sinceramente, no esperaba más de ti, más que el final de esta absurda reunión. Socio, me has complacido —habló el extraño el cual con una fuerza extraordinaria despidió a Raven hacia atrás, tanto que destrozó todo lo que había en su paso.

Raven se levantó observando la carnicería y como el extraño personaje sin nombre paseaba complacido mirando los cadáveres. Dibujó su sonrisa que ahora le causaba respeto al director y habló hacia Raven:

—¿Y ahora qué? No puedes matar a todo aquel que te moleste.

Raven iba a contestar cuando Paolo abrió la puerta que accedía a la cúpula eterna y, con estupor, miró el macabro espectáculo que se le ofrecía ante él. Se quedó hundido y sin saber qué hacer, hasta que unas palabras surgieron de unos labios temblorosos.

—¿Qué ha hecho usted?

Raven se quedó mudo. Ese ser deforme, ese mutado que estaba a su servicio, el ser que siempre le fue fiel, le causaba mucho respeto.

Era la conciencia que siempre le faltaba en un alma de asesino.

—Reacciona y ordena —dijo el extraño personaje que aún se encontraba en un lugar apartado.

Las palabras del extraño entraron como una orden que le hizo entrar en razón. Un sentimiento humano hizo aflorar al ver el horror de la mirada de Paolo. Fue fugaz. Volvió en sí mostrando un rictus de seriedad y, con palabras de hielo, se dirigió a Paolo.

—Haz que limpien esto. Pon a hombres de mi confianza en todas las ciudades incluso en Altamiras y Alana; que indaguen en estas dos. Prepara dos caballos fuertes y resistentes pues en pocas horas partiremos hacia donde tengo guardadas mis criaturas, mis creaciones. Antes de partir, da orden en mi nombre de reclutar todos aquellos que puedan manejar armas. Confío en ti —concluyó Raven.

Entonces, el extraño, con cara de admiración se dirigió al director:

—¿Guerra?

—Así es. Sin cuartel, hasta que aquellos que suponen una amenaza mueran —dijo sonriente Raven.

—Me complaces —sonriendo macabramente le contestó el extraño.

Así, salieron los dos de la cúpula eterna. Paolo llamó desde las escaleras a la gente del ayuntamiento e impartió las órdenes que le dijo Raven. Cuando aquellos que fueron llamados a cumplir todo lo que ordenó, Paolo se quedó solo y se sentó en una silla así como pudo su maltrecho cuerpo. Puso las dos manos en la cabeza y empezó a llorar; una sola frase expuso en la soledad de la cúpula eterna:

—¿En qué te has convertido, mi señor?

19. A ORILLAS TRANQUILAS

Un barco velero atravesaba el mar rompiendo su superficie calmada que parecía un espejo reflejando la luz de las estrellas. Un farol débil en la proa era la única luz que había en todo el navío. Llevaban un día y esta noche en el mar desde que partieron de la costa. El viento era suave, aunque suficiente para avanzar. Al lado del farol de proa estaba la Dama Blanca mirando siempre al frente, pareciese que algo quisiera vislumbrar en la oscuridad. Raquel dormía apoyando su cabeza en cuerdas gruesas. Bartolomé, el marinero, estaba muy despejado y tranquilo manejando el timón en la popa del barco.

El barco no era grande, pero era robusto. Bartolomé preguntó a la Dama Blanca:

—¿Qué es lo que estás viendo que yo no veo?

—Oscuridad —dijo Derán raramente con voz seria.

—Entonces los dos vemos lo mismo —respondió Bartolomé.

—No es la ausencia de luz a lo que me refiero, sino la oscuridad que lleva alguien que ahora está despierto —la voz de Derán se ensombreció.

Bartolomé, como buen marinero, era supersticioso y la tilde que le imprimió Derán a la corta conversación puso serio a Bartolomé. La Dama Blanca se volvió hacia el hombre que manejaba la nave con la sonrisa suya y danzando el trecho que iba desde la proa hasta la popa con dificultad al bamboleo del barco. Era un espectáculo de belleza el juego de luces del farol que llevaba en su mano, junto con la juguetona brisa que levantaba su falda y la hacía ondear a su capricho. Se plantó delante del marinero esbozando su más florecida sonrisa para agacharse y darle un beso en la frente a Bartolomé, sujetando con sus delicadas manos debajo de la barbilla del marinero y con su voz jovial, casi como si cantara, susurró:

—Perdona que te preocupara. Las cosas cambian y no como yo quisiera; eso me altera y yo quiero ser solo yo.

—No importa; demasiado tiempo solo.

—Ese tiempo ya acabará pronto —le contestó la Dama Blanca sonriendo.

Ella se acercó más a él y se sentó en sus rodillas; apoyó su delicada cabeza apartándose la cascada de cabellos de oro sobre el hombro del marinero; éste se quedó sin palabras pero el calor que emanaba de esa frágil muchacha le era tan agradable que las palabras podrían romper la magia de este momento, mas las que

surgieron de ella lo enaltecieron.

—Soy Derán, la Dama Blanca, y si te doy mi cariño es porque eres un hombre de gran corazón, un hombre bueno.

—Agradecido de tu atención, mi Dama Blanca.

—¿Quieres que mientras llegamos a la orilla te cuente una historia? —le dijo mientras alzaba la vista para encontrarse con los ojos del marinero.

—Sí, vendría bien. Es buen momento para historias.

—No mientas —dijo Derán mientras le daba un golpe suave en el hombro que fue casi una caricia, mientras una risa acompañaba el gesto.

—Cualquiera dice que no a la mujer más bella que jamás he visto —dijo Bartolomé ahora con una gran sonrisa.

—¡Ooooh! ¡Qué bonito! Me lo han dicho muchas veces, pero nunca sin querer poseerme, lo que hace esas palabras más bonitas —acabó la frase Derán y le dio dos besos en las mejillas.

—¿Entonces, ya no contarás la historia? —dijo Bartolomé soltando un suspiro.

—La voy a contar, quieras o no —dijo fingidamente seria Derán.

—Yo también la quiero oír —habló con la voz del que se acaba de despertar Raquel.

Raquel se desperezó y se sentó con las piernas cruzadas delante del marinero y la Dama Blanca. Derán bajó de las rodillas del marinero y se puso al lado de Raquel apoyando la cabeza en el hombro.

—Pues la oiréis —dijo ahora ligeramente ausente Derán.

En el fin de sus palabras, el débil viento paró tanto que dejó flácidas las velas. En ese preciso momento, en la semioscuridad de la popa, Derán pausó y tanto Bartolomé como Raquel fueron absorbidos por la atención de la Dama Blanca. La sonoridad de las primeras palabras del relato tenía un trazo de melancolía:

—Hace muchos años, tantos que se pierden en la enumeración del tiempo, en un estrecho valle junto a un cantarín río, vivíamos pocos de mi pueblo del cual ahora somos menos. En ese pueblo bello y pequeño, aunque no tan majestuoso como la ciudad que fue destruida por la erupción de un volcán…

La dama hizo pausa. Una pequeña lágrima se derramó de sus ojos; nadie se dio cuenta porque estaban absortos en la historia de ella. Era la primera vez que la tristeza la envolvía en muchos años. Derán continuó narrando:

—Allí, justo en el centro del poblado pegado al río, estábamos

en el jardín de las mil flores jugando mi hermana Sara y yo. Mi pelo era de oro blanco, era menuda pero tremendamente agraciada. Mi hermana, pelirroja y alta con una belleza femenina que ninguna otra mujer superaba. Siempre vestía de blanco, por eso mi hermana me bautizó como la Dama Blanca. Ella vestía con lo mínimo que el decoro exigía, pues esconder tanta hermosura sería un sacrilegio. Era muy raro concebir un hijo en nuestro pueblo y nuestra madre tuvo dos hijas, hecho que se celebró con fiestas en el pueblo que nos vio nacer. Mi madre era especial y doy fe de ello. Arcadia era su nombre y heredamos de ella su belleza. Sara era idéntica a ella y yo no me parecía a ninguno de mis padres. Sara era muy protectora conmigo; siempre me reñía pues yo pecaba de inocente y aunque aquel lugar era la ausencia de cualquier maldad, terminó esa paz el día que entró nuestro padre con semblante terriblemente desapacible y cargado de una preocupación angustiosa. Nuestro padre era tan grande que hizo sombra al sol y, con su preocupación, nos contagió a todos. Mi madre, al verlo así, acudió a su encuentro y lo abrazó. Nos contó que algo que jamás aconteció en nuestro pueblo, hoy terriblemente ocurrió. Alguien había cometido el mayor de los horrores, algo impensable entre los nuestros, alguien había arrebatado la vida de otro cruelmente; habían asesinado a una mujer y habían mancillado su cuerpo. Para nosotros, la vida era lo más sagrado de todo y la ira, algo que jamás vimos antes en mi padre, apareció y nos turbó en demasía. Sara le preguntó si habían encontrado al culpable ya que nosotros detectábamos en las personas tanto el bien como el mal, pero dijo que se escondía hábilmente. Habían desarrollado esa capacidad, por eso cometieron ese crimen que fue más grave al ser mujer: una posible madre, algo sagrado en nuestras costumbres. Ese hecho ensombreció a todo el pueblo, pues acudieron cosas que antes no existían: la desconfianza y el miedo. Más crímenes que cargar a los asesinos. Al día siguiente, otra mujer apareció muerta en las cercanías del pueblo. No se podía esperar a actuar; la situación fue insostenible. Lo que antes era alegría, ahora era dolor. Los más fuertes, de los cuales mi padre era uno de ellos, se reunieron para tomar una decisión pues él temía mucho por su mujer y sus hijas, pero éramos valientes y Sara juró eternamente que nadie haría daño a su hermana; con un corte en la mano y poniéndola en la tierra, con nuestra primera madre, selló el más poderoso de los juramentos: ella siempre me protegería sin juramento o con él. Yo tenía el don más desarrollado de la clarividencia y dije a mi padre que, por mucho que se escondieran, yo podía detectarlos; solo tenía que dormir y concentrarme y así lo

hice. Me sumí en un profundo sueño junto a mis padres y mi hermana. Pasaba el tiempo y supuse que la noche cayó. Nada apreciaba en el pueblo más que un desgarrador dolor y eso me dio la pista necesaria: ¿quién era el que no sentía ese dolor? Era el asesino; de pronto, vi clara su indiferencia y su negrura apareció: iba a asesinar otra vez. Desperté y le comuniqué a padre dónde estaba y que se disponía a asesinar. Él salió corriendo sin arma alguna ya que nunca la necesitamos. Temíamos por él, pero ¿acaso había alguien más poderoso que mi padre en el poblado? A los minutos pasados de mi revelación, vi a Sara muy seria y, dándonos un beso a las dos, salió por la ventana de la habitación siguiendo los pasos de padre. Yo la imité cuando la sorpresa me dejó inmóvil: no era un asesino, eran tres. Nunca se pudo sospechar que este hecho extraño tuviera más de un protagonista. Cuando llegué al granero principal del poblado, vi que allí mi padre yacía muerto y Sara no estaba. Temí por ella. Madre llegó y, al ver a su marido inerte en el suelo, rompió a llorar; la intenté consolar, pero era vano esfuerzo y agrias lágrimas también que brotaban como un manantial de mis ojos. Todo el pueblo se enteró y acudió al siniestro escenario del crimen; el dolor era tan patente en sus rostros que acentuaba más mi pena. Llevamos el cuerpo de mi padre y de la chica asesinada hacia un sitio donde la madre Tierra estuviera más salvaje y presente: el bosque. Allí los enterramos para que sus cuerpos fueran luego árboles arbustos o flores y el ciclo de la naturaleza nunca acabara. El duelo era intenso, tanto sentía la muerte de mi padre como la ausencia de mi querida hermana. Ante el hecho tan insólito de la muerte, la gente del pueblo no sabía cómo reaccionar; todos estaban tristes y perdidos. Por mis padres nada podía hacer, pero algo sí por mi hermana. Me dirigí al resto de los que allí estaban para demandar ayuda para encontrar a Sara. Al inicio no reaccionaron, lo comprendía, estaban conmocionados, pero después todos se ofrecieron a ello. La última palabra que no estaba en nuestro vocabulario salió de uno de nosotros: venganza. Íbamos a partir cuando una figura femenina apareció. Era ella, Sara; tenía los ojos enrojecidos por el dolor y llevaba algo en su mano que tiró en medio de los presentes. Era la cabeza cercenada de uno de los asesinos y solo pudo articular que los restantes asesinos habían huido en diferentes direcciones. De los tres que cometieron los atroces asesinatos, solo pudo dar caza a uno. Llegó corriendo a la tumba de nuestro padre y se derrumbó en lágrimas. No hubo posibilidad de consuelo ni mío, ni de madre; tanto dolor en tan poco espacio de tiempo rompió y quebró a mi querido pueblo. Las

consecuencias posteriores fueron aún más graves; a la mañana siguiente, la gente del poblado con lo puesto y víveres suficientes, empezaron a irse de este lugar como si estuviera maldito. Todos en direcciones diferentes, algunos incluso solos. Toda unión desapareció y nosotras hicimos lo mismo: lo que antes era concordia y alegría, ahora eran sombras. Mi hermana y yo decidimos que nuestra misión sería protegernos de los asesinos y de tener la posibilidad de eliminarlos. Madre desapareció presa de la locura de la muerte de su amado y las dos juntas iniciamos el camino de este vasto mundo. Fin —dijo Derán cambiando el tono de su voz de la melancolía al desenfado.

—¿Por todo eso pasaste?—preguntó Raquel con lágrimas en los ojos.

—No, me lo acabo de inventar; es para que el tiempo transcurra más ameno hasta que lleguemos a nuestro destino —dijo riendo Derán.

—Casi me lo creo. He estado a punto de llorar —habló con sinceridad Bartolomé.

Los tres rieron de cómo les había engañado Derán, la Dama Blanca, cuando ella se giró hacia el mar sin que su rostro lo pudieran ver ni Raquel ni Bartolomé y su juvenil alegría se tornó tristeza y melancolía.

El alba, como el ciclo eterno del día y la noche, apareció rojizo en el horizonte. Tan concentrados estuvieron en el relato de la Dama Blanca que les sorprendió el viento; se levantó para hinchar las velas y el barco aceleró la mañana con los amarillos del naciente sol que dejó entrever la silueta de tierra a la vista. Todos se alegraron pues era lo deseado y la travesía tan tranquila, aunque lenta, fue agradecida. No tardaron mucho en llegar a la orilla. Bartolomé echó el ancla a unos cuantos metros de una playa y bajó el bote auxiliar de la nave para llevar a las dos mujeres a tierra. No fue mucho el tiempo y todo en silencio; en la playa, el cambio de temperatura era evidente. Bartolomé les dio prendas de abrigo a Raquel y Derán y entonces el marinero se dirigió a ellas:

—Aún tengo el ofrecimiento de acompañaros hasta que lleguéis al fin de vuestro camino.

—No, Bartolomé, debes volver pues te esperan tu mujer y tu hijo. No sufras por nosotras ya que sabemos qué pasos hemos de recorrer —le dijo Derán con su característica sonrisa.

—Gracias, buen hombre. Sin ti no podríamos haber vuelto —dijo Raquel acercándose al marinero y dándole un beso a continuación.

Raquel anduvo unos pasos y Derán bailó cerca de la frontera

entre el mar y la arena; alegre se acercó a Bartolomé y le besó en la mejilla con una simpática sonrisa. Él, sin violencia, la retuvo cogiéndola de un brazo:

—Soy analfabeto y no he sido dado a las ciencias, pero Derán, la Dama Blanca que has dado paz a mi vida, sé ciertamente que tu historia tiene algo de cierto y, seas lo que seas, gracias por todo.

Derán solo sonrió y se abrazó al marinero despidiéndose de él, y a orillas tranquilas, tanto Derán como Raquel, empezaron a andar.

Las olas del mar con un espumoso final impedían que el blanco de la nieve invadiera también la playa. Dejaron atrás la costa dos mujeres solas en Tierra de Nadie; de día, alguna remota posibilidad tendrían, pero la noche sería distinta. Raquel no tenía miedo, solo determinación de encontrar a Silvan. Derán simplemente no tenía por qué tener miedo. Raquel no se preguntaba ya quiénes eran los personajes que fue conociendo desde que saliera de su ciudad y la que ahora le acompañaba, era sencillamente la Dama Blanca, pero ¿la dirección a tomar? Eso sí preguntó:

—Derán, ¿hacia dónde nos dirigimos?

—Todos están dispersos y todos tienen el deseo de que nos volvamos a juntar. Ahora ha cambiado todo el plan: sombras acechan y no podemos mirar hacia otro lado. Sé cosas que no te quiero contar y te pido que no me preguntes sobre ellas, están de más. ¿Dónde irían a juntarse aquellos que, sin quererlo, se han separado?

Raquel se quedó pensativa, pero su inocencia no era sinónimo de falta de inteligencia.

—Al último sitio que estuvimos reunidos, al pueblo donde cogimos el barco para huir de la hermandad —dijo Raquel.

—Raquel, he dicho todos; en aquel lugar ya se separaron algunos. ¿En qué lugar, pues?

—En Mont-Elo —dijo Raquel.

—Allí es donde iremos.

Raquel, ante la lógica del razonamiento de su compañera, dibujó una sonrisa, y ante la adversidad del camino a recorrer puso un pie delante de otro dejando a Derán atrás. La Dama Blanca se sorprendió de la determinación de Raquel y la fuerza del amor. Así, la siguió hasta que a su altura le cogió de la mano y con su cándida sonrisa, la miró.

Fueron haciendo camino sin prisa pero sin pausa y la mañana dio paso al mediodía. Raquel agradeció la ropa de abrigo que le dio Bartolomé, el marinero, y la bondad de su corazón: le echaba de menos.

Solo al transcurso de unas pocas horas, Derán sabía dónde encontrar las luces que iluminan a los hombres buenos. Alcanzaron la cima de una loma para encontrarse con algo insólito. Raquel pensó que era una alucinación, pero al ver la misma cara de sorpresa en Derán vio que no lo era; por cierto, jamás vio a la Dama Blanca sorprendida. La imagen fue ver una mesa larga montada con su mantel de vivos colores; en medio de la mesa, múltiples viandas de sobra para alimentar a diez hombres con buenas ganas; las sillas eran altas y estaban hechas por la mano de un artista. Presidiendo la mesa, una silla que les daba la espalda sin saber si había en ella alguien sentado, y aún un detalle más curioso, es que alrededor de ella no había rastro de nieve, sino de verde hierba.

Se acercaron un poco más cuando la silla que presidía la mesa se giró y apareció un personaje conocido, aunque jamás pensaron que lo encontrarían allí. Raquel vio como en una ilusión, que la luz de Derán se ensombrecía y una negrura extraña la cubría cuando el personaje que estaba sentado se levantó. Lo que más sorprendió de la escena es que la Dama Blanca diera un paso hacia delante, desafiante. El extraño personaje bajito y barrigón, que vestía con piezas de diferente color y llenas de remiendos, con una paja de trigo en su boca se levantó de la silla, cabe decir que apenas se mantenía en pie, habló:

—Vengo en son conciliador, es más, vengo a ayudar, si aceptáis mi ayuda, ¡hip!

Era Tolón, el borrachín que se encontraron en la villa de Larín, el pueblo que les acogió antes de la villa portuaria que les llevó por mar desafortunadamente. Raquel se adelantó mirando extrañada la aptitud desafiante de Derán.

—Y agradeceremos cualquier ayuda, pero ¿este banquete que tenéis preparado en mitad de ningún sitio? ¿Cómo sabías que vendríamos? —le preguntó Raquel.

Derán se adelantó y con sus formas juveniles y desenfadadas volvieron atajando cualquier contestación de Tolón:

—Es mejor que no preguntemos nada, amiga, sino más bien que nos diga aquello que nos quiera decir y prosigamos nuestro camino lo antes posible.

—Sabias palabras, muchacha, ¡hip! ¿Os sirvo alguna bebida? —dijo a la vez que iba preparando unas tazas de té.

Raquel se sentó en la mesa. Derán, sin dejar de mirar al extraño y variopinto anfitrión, miró a Raquel y le dijo en un susurro:

—Bebe poco a poco, no es precisamente una infusión.

Raquel bebió un poco y lo escupió. Era un licor fuertísimo y ella

nunca había bebido alcohol. Tolón rio bajito y bebió directamente de la tetera hasta que se dejó caer violentamente en la silla que presidía la mesa, tanto, que se inclinó peligrosamente hasta un punto que parecía que iba a caerse, pero justo con premura volvió a su sitio hasta el punto que poco le faltó para darse con la cabeza en la mesa. La escena fue cómica con hartura. Cuando se repuso, volvió a beber de la tetera y profirió un sonoro eructo. Después, se quedó dormido. Las dos chicas lo miraron atónitas por su comportamiento y empezó a roncar hasta que un ronquido sonoro le despertó a él mismo.

—¿Por dónde iba la conversación? —habló Tolón sin saber siquiera dónde estaba.

—Aún no hemos empezado a hablar, Tolón —le dijo Raquel.

—¿Me llamo así ahora? Si yo nunca he tenido nombre —le respondió él.

—No se llama así. ¡Habla, pues! El tiempo corre y la prisa es necesaria —dijo bufando Derán.

—¡Ah, sí!, no os quiero demorar, Dama Blanca. Tenía que advertirte de que alguien ha hecho lo que jamás ninguno creyó: habló con la madre Tierra y no solo se comunicó, ¡hip! —Y Tolón se quedó dormido otra vez.

Derán se levantó de su silla y le propinó una patada en la espinilla que lo despertó:

—¡Ay! ¡Esto ha dolido! Te perdono pues era necesario eso que contaba. Prosigo: no solo se comunicó, sino que la madre Tierra lo tiene en estima y los ancianos que se aletargaban han sido despertados, curiosos, sin tener maldad ninguna; pero la sombra que ha estado confinada se ha liberado del destierro y vaga por estas tierras sin saber qué forma adopta. Hay otra sombra aún más negra (si aún se puede albergar más maldad), que tiene la capacidad de ocultarse y es la que más se pueda temer. El juego grande ha comenzado otra vez y el equilibrio se ha de restablecer. Hay una ventaja, la vi con mis propios ojos: la compañía que estaba contigo son personas poderosas, como jamás entre los humanos vi; hace menos de lo que llegasteis aquí, uno de ellos incluso doblegó a dos grandes ancianos. ¡Sabes elegir a quienes te acompañan! —terminó así Tolón.

—No me acompañan, más bien yo les acompaño como todos hacen, al lado de Silvan que es el nombre que no pronunciaste. Y sí, vi la sombra, por eso tú, que siempre has sido neutral, ahora yo te pregunto: ¿dónde te posicionas? — dijo seria como no era normal ver a Derán.

—Con tanta amenaza, al lado de quien quiera preservar el equilibrio y no es a la vera del que no tiene nombre y que ahora camina por una tierra que no le quiere, ¡hip! —Y Tolón, al terminar de hablar, se quedó otra vez dormido adornando con sonoros ronquidos su sopor.

—¿Qué ha querido decir? No entendí nada —se quejó Raquel con razón.

—Fácil, mi amor, mi dulce Raquel, que ahora tenemos más prisa en volver al lado de Silvan —con dulce acento así le habló Derán.

—¿Lo dejamos así? —respondió Raquel.

—Eres más inteligente de lo que muestras; sabes de sobra que no corre peligro. Prosigamos nuestro camino pues me ha dicho algo que no sabía y en el fondo, se lo agradezco —contestó Derán con palabras de sabiduría.

—Y me dirás ahora que no es el momento de formular más preguntas, sino el de hacer camino, ¿verdad?

—Por eso te quiero tanto, porque comprendes y porque no hay mejor mujer para Silvan que tú; tiene una suerte enorme —dijo bajito Derán, la Dama Blanca.

Así, empezaron a hacer camino dejando a Tolón dormido y con Raquel muy pensativa por hacer encajes de todo lo ocurrido. Derán fue la que siempre era: más que andar, parecía bailar y nunca seguía una línea recta; aparecía y desaparecía del campo visual de Raquel, que a veces se sorprendía de que partiera de un sitio y volviera por el contrario. Raquel ya se habituaba a tanto misterio y al extraño mundo con el que se encontró al salir de Vera. Ahora todo lo que a un principio le pareciera extraordinario, tornaba algo habitual y sabía que si quería formular preguntas sobre todos los hechos acontecidos, serían más dudas que respuestas, así que lo dejó estar.

Fueron andando mucho camino; no tenían paso vivo, lo cual no cansó mucho a la bella Raquel. Derán hacía el triple de esfuerzo zigzagueando, apareciendo y desapareciendo hasta que la tarde fue viniendo a su encuentro. En su última fuga de la compañía de Raquel, la Dama Blanca trajo leña y le indicó que entre su formación rocosa encontrarían refugio. El fuego fue encendido y el calor de las llamas agradecido; extrajeron alimentos que tomaron de la mesa adornada que presidía el borrachín Tolón y comieron, ya que eran alimentos perecederos; durmieron juntas dándose calor bajo las mantas que les dio el bondadoso Bartolomé, el marinero, que a estas orillas tranquilas les acompañó.

Despertaron al alba y las llamas eran ascuas que aun así

produjeron calor; recogieron sus bártulos y cuando quisieron partir, algo se lo impidió. Una partida de hombres, armados de lanzas y arcos, un grupo de cazadores, se acercaban sin buenas intenciones ante ellas. El más grande de ellos, entre vahos de su boca, les habló:

—¡Mirad qué dos regalos nos ofrece esta tierra! Dos jóvenes solas y bellas para que podamos disfrutar de ellas —dirigió sus malintencionadas palabras hacia sus compañeros el más grande de ellos.

—Hola, soy Derán, la Dama Blanca. Soy bella, ¿verdad? Una de las más hermosas que jamás pudierais ver. Mi cuerpo han sido letras de poetas y lienzos de pintores enamorados, pero lo que vosotros queréis, jamás os lo daré y nunca por la fuerza.

Después de que aquella partida de hombres saliera del embrujo de su danza y de sus palabras, empezaron a andar hacia ellas para, a pesar de la advertencia de la juvenil dama, tomar con violencia lo que su cuerpo le demandaba. Todos se quedaron quietos de asombro al ver que detrás de esa muchacha joven y bella, unos lobos enormes aparecían, tan grandes que su cruz estaba a la altura de la cabeza de Derán: uno de los lobos, el más grande que los demás de la manada, erizó su pelo y mostró su destello de luz roja en sus ojos; los hombres tomaron una actitud defensiva e insegura sin saber qué hacer, hasta que las palabras de la pequeña dama les dio pie a una iniciativa.

—¡Huid! Nada os culpo de vuestra naturaleza, pues sois todo lo salvaje que os ha enseñado vuestra tierra, pero os advierto que solo os encontraréis con la muerte en vuestro empeño, pues jamás poseeréis estas bellezas por la fuerza —dijo Derán con voz sincera.

Todos los hombres recularon y miraron a su líder para saber qué hacer; ante la muerte inminente por aquellas bestias y la tregua que le ofrecía aquella delicada dama, dieron su espalda a la amenaza de los lobos y se perdieron sus pasos por donde vinieron.

La Dama Blanca montó en uno de los grandes lobos y le dijo a Raquel.

—Súbete al más grande de ellos, no sabes cuán veloces son y nos protegerán hasta llegar a Mont-Elo.

Raquel obedeció y el lobo más grande le ayudó. Cogió su pelo con sus manos para no caerse y, cuando estuvo segura, el lobo y su manada empezaron a correr hacia la dirección que le demandó Derán, que fue al último sitio de reunión: Mont-Elo.

20. RECAPITULACIONES DEL MAGO

Romualdo, Karmen y yo fuimos andando hacia el sur dejando atrás la ciudad de cuyo nombre no quiero acordarme. Hicimos un alto y nos sentamos en un claro; fue tiempo para contar las aventuras pasadas: desde que yo recibí mi primer ataque en Vera hasta que Karmen nos encontró y salvó en Nocturna. Al terminar nuestros relatos, paró y empezó a procesar tanta información:

—¿Y cuántos días hace que empezó todo lo que me habéis contado?

—Más de una semana —le respondí.

—¡En tan poco tiempo han ocurrido tantos hechos y tan extraordinarios! —dijo teatralmente sorprendido Romualdo.

El Mago empezó a andar murmurando para sí con sus manos detrás de su espalda e inclinando la cabeza, tanto que pensé que se le caería su voluminoso sombrero. Hizo unos cuantos círculos teniéndonos a nosotros como centro; miró una voluminosa piedra muy cerca, era prácticamente cuadrada, hincó su bastón a la derecha en la tierra, lo justo para que no cayera; vimos que nos miraba con sus ojos bajo la sombra del ala de su sombrero y, con un giro de su cabeza, nos animó a que nos acercáramos.

—Bien, señores, recapitulemos y pongamos en orden de lo que tengo conocimiento y, al mismo tiempo, busquemos luz en vuestras aventuras. Silvan, eras un destacado alumno de la universidad; justo el último día de tu clase recibes un ataque que neutralizas con suma facilidad. ¿Pudiera ser que te quisieran robar? Ese último día conoces a Raquel, tu amada, y solamente con veros y hablar poco tiempo, os enamoráis uno de otro.

—Ella ya estaba enamorada de él hace tiempo, así nos comentó Gabriel que la había visto rondar por la casa donde vivía Silvan —le cortó Karmen.

—Eres mi amigo, Karmen, pero no veas cómo me molesta que me corten el relato de mis observaciones —dijo enojado Romualdo.

—Mis disculpas, mago —se disculpó Karmen.

—Aceptadas —con una sonrisa le contestó Romualdo—. Bueno, sigo; un flechazo (el amor de lo que carece es de muchas matemáticas). Al volver hacia tu casa te tienden una trampa para poder ponerte a prueba sobre tus habilidades; sin casi esfuerzo, matas a dos humanos y a un mutante (interesante). Aparece en escena Antón (de este, sé de él aunque él no me conozca), entonces, te acompaña a casa; allí descubres que el que creías que era tu

padre, resultó ser tu protector, Gabriel (lo conozco de Mont-Ello hace más de veinticinco años, que son los que tienes tú). ¿Cierto?

—Así es —le confirmé yo.

—Uno es el señor de los secretos y te aseguro que lo es, pues tiene muchísimos secretos; en los más de dos mil años que fue cuando nació hasta ahora, no ha estado quieto ni un momento enlazando las estancias cortas en las cinco ciudades del este y os puedo asegurar que es el lugar más poblado de nuestro mundo actual. Descubrí que en muchos puntos de ellas estableció alianzas secretas con mucha gente: algunas de centenaria tradición en sus descendientes. Él es una piedra angular en esta y la futura historia que te concierne, Silvan. Sobre el señor de las llaves, Gabriel, tu protector, no sé de sus habilidades, pero por la historia de la huida de Vera, es sumamente inteligente. Antón envía una carta a la casa de tu amada y a ti, Karmen, te contrata la hermandad para eliminarlo (bonito gesto el de la carta, aunque de funestas consecuencias al igual que Karmen con su tapadera en la hermandad). ¿Sabes, Silvan, que en las partidas de rol que teníamos Karmen era el cazador?

Fui a contestar, pero poniendo un dedo en los labios me indicó que no lo hiciera.

—Y ahora lo es. Al salir de Vera en vuestra caza, sin saber quiénes erais, muchas cosas le entorpecieron: una trampa de cloroformo que le hizo tomar un descanso; una imperfección suya (el coste del querer ser tan poderoso), pero fue él quien se hizo a sí mismo; yo solo le mejoré su mente y su mente moldeó quien es ahora, al igual que la mía hizo lo propio con el mío. Luego, Karmen tuvo la sensación de que el bosque por donde estuvisteis le impedía el paso…

—Así fue, es la impresión que tuve y me importa una mierda el interrumpirte —le dijo serio Karmen.

Romualdo se puso serio, pero apretando los labios se volvió hacia Karmen:

—Pues, mira, aunque me moleste que me interrumpan y te importe eso que has dicho, siempre fui más educado que tú y lo sabes. Te voy a contestar: sí, puede ser cierto; los bosques son un hervidero de seres vivos que pudieran interactuar entre ellos en el conjunto vasto que llamamos naturaleza, al igual que nuestro cuerpo está compuesto de millones de seres vivos simples y somos un solo ente, y lo que me contó Silvan después lo confirma. ¿Quedó aclarada tu duda?

—Sí, mago —dijo complaciente Karmen.

—La próxima vez no te avisaré y te daré tal golpe con el bastón que te dolerá la cabeza tres vidas, como me vuelvas a interrumpir —dijo El Mago agarrando el bastón con la diestra.

—Y yo te arrancaré el corazón con mis manos —dijo con burla Karmen.

—Yo también te quiero, Karmen —dijo ofendido Romualdo.

Los dos rieron y la mejor frase que pudiera definir las palabras entre Romualdo y Karmen era la camaradería de los viejos tiempos.

El Mago volvió a sus conclusiones:

—Después, Karmen se encontró con una manada de lobos blancos enormes que lo retaron, pero que comprendieron que tú eras amenaza mayor y se retiraron; yo jamás he visto lobos blancos enormes y mira que he visto mutaciones extrañas, pero aun así, te creo. Luego te encontraste a Derán, la Dama Blanca: un ser primaveral y lujuriosamente juvenil, de exótica belleza que te hizo dormir sin el tormento de tus recuerdos de las tres mujeres que amaste, todo por ralentizar tu caza —Romualdo hizo una pausa y exclamó—: ¡me encanta este personaje! Me hubiera encantado poderlo crear en cualquier libro de fantasía, lo mejor es que es real: ¡cuán cúmulo de misteriosa confusión provee y dentro de su debilidad, tanta fuerza! Sencillamente épico y la conclusión es que protege a Silvan por un hecho que ocurrió después y que ha dado pie a otros sucesos de elevada categoría. Ahora sigo con lo que me contaste tú, Silvan: en un claro que te parecía que magia tenía, allí Antón y Gabriel te contaron tus orígenes y lo de tu madre, Elisa; os aviso de que todo lo que cuento no es exactamente cronológico, sino que sigo impulsos de entendimiento. Bien, te contaron simplemente la verdad. Yo sí conocí a tu madre, incluso compartí aventuras con ella: era muy hermosa y valiente y en su memoria, aparte de que Karmen, mi viejo amigo, me lo pidió, te ayudaré en tu senda más que camino.

—Gracias —le dije sentidamente.

—De nada, pero no me interrumpas, te lo ruego —habló abriendo un solo ojo que me miraba.

Sus palabras últimas sellaron mi boca.

—En las ruinas, allí sentiste el primer contacto. Conozco a Noche (sé también su nombre real), es más inteligente de lo que aparenta y uno de los mutantes más poderosos que conozco. Allí, en esas ruinas, hiciste ver a la madre Tierra tu particular sensibilidad ante todas las cosas y ese fue el punto que luego te permitió contactar con ella. Luego fuisteis evitando feudos y ciudades por la alameda de los caídos (lugar misterioso y de gran tristeza); yo viví

aquella angustia y les ayudé cuanto pude e hice perpetuar la memoria de esa tragedia; los descendientes en mi memoria no se les quedó mi nombre, pues no les dije cuál era, pero empezaron a imitarme en su vestimenta. Confírmamelo, Silvan, puedes interrumpirme.

—El que se puso en mitad del camino llevaba una túnica y se apoyaba en un bastón tan alto como el suyo, pero menos labrado —le confirmé yo.

—¡Así es! Después oísteis unos aullidos extraños que reconocen Antón y Gabriel y os refugiáis en un santuario de paso de los caminantes. Yo no sé quién le puso ese nombre; hasta allí, os persiguen unos enormes hombres lobo, que tampoco antes de que me lo contarais jamás existieron y, tras una ardua batalla, tú te debilitaste por el veneno de sus garras y Karmen os ayudó; lo primero, arreglar esta imperfección.

El Mago rebuscó en sus bolsillos y antes de que me pudiera dar cuenta, tenía una jeringa transparente de un líquido verdoso inyectado en mi hombro; se me nubló la vista, empecé a tener náuseas, vomité hasta la primera comida que tomé al nacer y caí tendido en el suelo cerrando los ojos. No sé cuánto transcurrió hasta que los abrí y allí estaban tanto Karmen como Romualdo. Yo le susurré a Romualdo:

—¿Qué me has hecho?

—Hacerte inmune al veneno de esas bestias y al de muchos más seres que pudieras encontrarte. ¿Estás lo bastante claro para seguir con mis conclusiones?

—Sí, creo —le dije mareado.

—Me gustaría creer que eran seres ocultos los que os atacaron, pero siendo ellos fruto de la imaginación humana, al igual que otros monstruos, son seres fabricados por el hombre, por lo cual, sé que si hay más, irán a por ti o a por nosotros. Luego, tú, Silvan, hiciste algo que tú mismo me confesaste, algo inédito que ha hecho que en consecuencia tome una magnitud de proporciones inimaginables: te comunicaste con la madre Tierra desvelándote que te perseguían seres parecidos a golems de carne. Gracias a tus revelaciones, confirmaste algo que sospechabas: vivimos dentro de un gran ente vivo que envuelve este planeta y tú eres el único que has podido tomar comunión con ella. Sobre esos seres que os atacaron (obra humana también), venían de la hermandad, eran los únicos que poseían los recursos para fabricarlos y tú, Silvan, en esos dos encuentros con bestias y hombres sin ánima, demostraste ser un guerrero excepcional. Ahora, lo que más me fascina, fue la reunión

que tuvisteis en Mont-Elo, que para vuestra información, es un asentamiento humano antiquísimo que significa en lengua antigua «Monte de Dios» y hace poco se encaminaron dioses y semidioses a su seno: significativo, quizá un poco exagerado, pero qué bien quedaría escrito. Oído de ti Silvan, vosotros dos, más Antón y Gabriel, fuisteis los primeros en entrar. Allí os recibieron el escriba Ataúlfo y Marion, la regidora. Tanto a Antón como a Gabriel los reconocieron; normal, pues Gabriel fue uno de los que reconstruyeron Mont-Elo; él volvió a su hogar y los que después acudieron a la reunión fueron Héctor, Adrián, Raquel y Derán. Por fin llegó tu amada, Silvan, por fin su calor y su presencia te dieron paz; tengo ganas de conocerla, tiene que ser magnífica. Detrás de un gran hombre hay una mujer aún mejor. No contestes aunque tengas ganas, Silvan, no es bastante lo que me despisto yo para que me distraigan más las palabras ajenas a mis cavilaciones. Empecemos a andar; el tiempo realmente es nuestro mayor enemigo en estos confusos momentos.

—¿Hacia dónde nos tenemos que dirigir? —pregunté yo.

El Mago me miró molesto por la nueva interrupción y con su mano señaló una dirección mientras empezaba a hablar.

—Suroeste, hacia las ruinas de Mont-Elo, dónde si no; es el único sitio donde todos estuvisteis juntos, es allí donde está el punto de referencia para encontrarse otra vez.

Fue terminar sus últimas palabras cuando recibí un golpe suave en mi cabeza que me dejó sorprendido. ¿Vi al mago cerca o tan rápido era que ni tan siquiera lo vi venir?

—Eso para que no me vuelvas a interrumpir y por favor, estamos en tierras muy salvajes, estate más alerta. Bueno, sigo con mis conclusiones: Adrián, un sirviente de Héctor que en realidad era un doble espía y que Héctor usó para sí mismo, propició una huida con Raquel que nadie en Vera se dio cuenta. Sumamente inteligente e ingenioso Héctor, digno de estar con vosotros, y mi personaje favorito: la misteriosa Derán. Encima se adorna con la Dama Blanca (cuento hasta los segundos para tenerla cerca y descifrar sus misterios), pero no se completó la compañía de Silvan hasta que llegaron los últimos que se esperaban, aunque en realidad, solo se esperaba a uno: Prometeo, a quien acompañaba Noelia. El primero, un bibliotecario y un ser sin memoria que tiene el grandioso poder de la palabra (grandes aliados tienes, Silvan, muy grandes). Noelia era una antigua espía de la hermandad que se enamoró de Prometeo y abandonó su antiguo oficio para unirse a vosotros por la más poderosa de las razones: por amor. Entonces aparece el duque

de Mont-Elo, Román (qué drama la muerte de un amigo); a él sí lo conocía bien: era un hombre profundamente sabio pero una enfermedad lo mataba lentamente. Lamentaré su pérdida todo lo que me resta de mi vida, aunque dure solo un día. Llega la noche y tú, Silvan, consumes tu amor con Raquel (esto no me lo contaste, pero lo sé) y en la madrugada, una música atrayente te condujo hasta Derán, la Dama Blanca; las palabras que no entendiste te las dijo claras en su fingida locura juvenil; tú y quienes te acompañaban estaban bajo su protección. Amanece y el feudo está en llamas. Román muere y se inicia un exilio; vuestro camino era en dirección al mar. La hermandad se quedaría confundida con la decisión de Román. Ya fuera del feudo, a mi amigo le entran las ganas de venganza y se vuelve a Mont-Elo, donde seguro que llegó la hermandad y, por supuesto, Karmen lió una cacería que bañó de rojo el suelo carbonizado de Mont-Elo con la sangre de la hermandad; dejó a uno vivo para que lo contara: una acción imprudente, Karmen, y más cuando no mataste al único que merecía la muerte; pero, amigo, la imperfección va unida a nuestra parte humana. Bueno, sigo: al poco de iniciar el camino, Antón y Gabriel os dejan alegando graves asuntos que atender y razón llevaban. Después de andar camino llegasteis hasta un laberinto. ¿Un laberinto en mitad de la nada? Vuestro relato está tomando tintes, podía hasta aventurarme de calificarlo de leyenda; un hecho impensable os hace investigar ese sitio: la estatua de Prometeo de mármol blanco. Entráis y lográis salir del laberinto gracias al ingenio de Héctor. Allí os encontráis en una gruta natural que luego resulta ser una biblioteca escondida; conocéis a Pedro, que resulta que Derán y solo ella descubre que es un robot de última generación y el único que sepamos que existe después de tantos siglos. Os ayuda en lo que puede y partís otra vez camino hacia el mar. Antes de llegar al pueblo que se denomina Larín, os encontráis hospitalidad pero un extraño personaje que se llama Tolón os da consejo. Yo he estado allí y no vi hablar de tal personaje, pero fue hace tanto tiempo que no sé si por ese lugar se renovó más de una generación. Por fin llegasteis a un pueblo costero donde, mira qué casualidad, encontrasteis a un hombre que dedicó toda su vida a fabricar un navío de grandes dimensiones. Os hicisteis mar adentro con el propósito inicial de huir de la influencia de la hermandad y una poderosa tormenta truncó esos planes. Karmen me dijo que vio una luz blanca elevarse en el cielo antes de que el barco naufragase y dos esferas que en su interior llevaban personas irse en opuestas direcciones. Solo quedasteis vosotros dos expuestos al enfado de la

tormenta: los más fuertes. Karmen te salvó. Os dejé migas de pan en cuanto sentí que estabais cerca de mí. Cuidasteis de María y de su hijo, lo mismo que yo hice antes de encontrarme en Inferno. Derrotasteis al rey títere pero el que era el verdadero rey de Inferno, Rafael, huyó, aunque ya volverá o ya lo buscaremos. Fascinante todo lo que me habéis contado y, cosas que aún no sabéis os iré contando yo. Mayores problemas de los que pasasteis vienen a amenazarnos. Podéis ya hablar, por cierto.

—No soy ningún líder ni tan siquiera escogí este camino, pero si tengo que estar obligado a andar, necesito los más poderosos apoyos y, tal como me dijo Karmen, tú eres un importante aliado. Quiero que estés a mi lado, Romualdo.

Sellamos con un apretón de manos un pacto tal como se hiciera en tiempos antiguos. El Mago ahora cambió su tono de voz con una seriedad profunda.

—Ahora tengo que contaros a vosotros lo que ha ocurrido desde que vuestra compañía se disolviera por el capricho de la naturaleza de este planeta; la hermandad realmente ha desaparecido. Solo hay uno de ellos y ha tomado el control de las cinco ciudades del este; ahora, en estos momentos, está siendo ayudado por uno de los ancianos más perversos que existen y quiere propagar su sombra sobre toda la humanidad por el simple placer de hacerlo. Nosotros y aquellos que os acompañan lo impediremos. Antón ya ha movido los secretos que eran alianzas de muchos años hechas, pero no es suficiente.

—¿Ancianos? —repliqué yo.

—Sí, ancianos, así los llamo yo. Los descubrí en mi deambular por este mundo. Son más que humanos y llevan viviendo entre nosotros más que la cuenta de miles de años, ocultos hasta que tú, Silvan, con el inédito hecho de lo que jamás nadie logró, llamaste su atención; pudiste comunicarte con el ente más antiguo que existe: la Madre Tierra. Ahora no contestes pues hemos de partir raudos. Somos los que más lejos estamos.

21. LA VOZ DESPIERTA

En la gruta que les protegía del frío dormían profundamente Prometeo y Noelia en un abrazo de enamorados y Sara, un poco más lejos. Héctor era el único que no tenía buen sueño, pues se removía constantemente entre las pieles que le cubrían hasta que se irguió súbitamente dejando su tronco en un ángulo de noventa grados profiriendo una sola palabra con la voz de quien no tiene resquicios de sueño:

—¡Mont-Elo!

Todos despertaron sobresaltados por la nominación de ese lugar; después miró a Sara y prosiguió:

—Allí está o estará Derán, la Dama Blanca; allí estarán todos, todos los que nos dispersamos volveremos al último punto de reunión.

Sara lo miró y su rostro reflejó satisfacción. Se dirigió hacia Héctor y al estar a su lado, le preguntó

—¿Dónde está ese lugar?

Héctor, embrujado por la ahora dulce voz de Sara, le respondió con voz hundida por los padecimientos de dolor de los últimos acontecimientos.

—No sé dónde estamos, por lo poco que pueda entrever de donde partimos y que ahora sufrimos más frío, estamos más al norte de donde nos embarcamos hacia el mar.

—Yo creo que tienes razón; tenemos que ir hacia el sur, pero no sé lo lejos que estamos. ¡Buena lógica, Héctor! —le animó con sus palabras Prometeo.

—Es lo único que tengo: mi inteligencia ante tantos hombres y mujeres extraordinarios como vosotros —con estas últimas palabras, Héctor se volvió a sumir en las sombras que le habían cubierto estos últimos días.

Fue breve el tiempo que tardó el alba en inundar con su anaranjada luz la antesala de la caverna. Todos en silencio empezaron a recoger en sus toscas mochilas aquello que les hiciera falta para su viaje. Sara veía que Héctor no estaba entero y empezó a mirarle, pues era una sombra suya. Se acercó a Prometeo y le susurró sin que Héctor le oyera:

—Ese hombre es más de lo que parece. Yo lo veo, tiene pesares que le impiden ser quien realmente es y lo necesito. Dentro de mí crece la certidumbre de que en estos tiempos inciertos, todos aquellos que me habéis contado de ellos y vosotros mismos, sois

muy importantes en el desarrollo de los acontecimientos. Él es un líder y Prometeo, los poderes que tenga cada uno son para usarlos sabiamente, no para esconderlos. Ve hacia él y conviértelo en quién es.

Sara se giró obviando a su interlocutor y miró hacia un punto con los ojos llenos de preocupación. Volvió su rostro hacia Prometeo con inquietud en sus próximas palabras.

—El ser más sombrío y perverso que jamás conocí ha despertado. Urge que empecemos a tomar decisiones. Hemos de reunirnos tanto los que antes lo hicieran como los nuevos.

Sara se interrumpió para volver a mirar al mismo punto que antes fue de su atención; bajó la cabeza negando con un movimiento lateral y se volvió hacia Prometeo que, boquiabierto, esperaba más palabras funestas de Sara:

—Es aún peor, están juntas dos ánimas negras: una anciana y otra nueva. La amenaza ahora aumenta, ahora mis palabras son un ruego.

Prometeo asintió. Noelia estaba callada escuchando las palabras de Sara, la miró y ella asintió. Prometeo se quedó unos segundos mirando las pupilas de su amada y entonces se dirigió hacia ella.

—Eres parte de mí; no puedo hacer más que pedirte opinión de lo que esta dama me demanda, Noelia.

—Hazlo, le harás un gran favor. Yo quiero a Héctor, no como a ti, pero le tengo mucho aprecio para verlo tan gris. Hazlo, mi amor.

Sara, en ese momento, admiró a Noelia. Sus palabras denotaban la gran fortaleza de ella y la humildad de Prometeo. Ahora estaba segura de que ellos y los que les acompañaban eran seres formidables, de las mejores cualidades para afrontar la amenaza que ella veía.

Prometeo se acercó a Héctor que, cabizbajo y sin mucho ánimo, recogía sus cosas. Advirtió la presencia de Prometeo y dejó lo que hacía. Vio extrañado cómo él venía con una determinación en su rostro que desconocía a qué se debía. Prometeo se puso a su altura y cogió con sus manos los hombros de Héctor. Con su voz poderosa y unas palabras escuetas que resonaron en aquel habitáculo pétreo, dijo:

—Héctor.

—¿Dime?

—¡Despierta!

Héctor cayó al suelo ante el efecto del poder de la voz de Prometeo. Le dolía mucho la cabeza, más aún que los días anteriores, pero poco a poco fue remitiendo. La claridad le inundó y

aquello que le aquejaba, desapareció. Empezó a mirar a los otros con extrañeza.

—¿Qué me has hecho? —protestó Héctor.

Sara se adelantó e intervino:

—Lo que yo le pedí. A partir de ahora, tú eres nuestro líder —dijo tajante Sara.

—¿Es una broma? Soy el más débil de vosotros, incluso Noelia es más fuerte que yo. No tengo ningún poder especial por lo que no entiendo vuestra decisión.

Entonces Noelia le arrebató a Sara las palabras y con el aprecio que tenía a Héctor, ella misma le contestó:

—¿Broma? No es un líder ni el más fuerte ni el más inteligente, ni el que tiene aptitudes especiales. Un líder es quien toma las mejores decisiones y quien elige el mejor camino para quienes le siguen, y nosotros te seguimos a ti. Empieza a tomar decisiones ahora mismo —le dijo Noelia en tono alto sin tener el poder de las palabras de Prometeo.

Las palabras de Noelia hicieron más efecto que las de su amado. Héctor no pudo replicar el razonamiento de Noelia; si estaba con esa gente excepcional, era por algo y miró al trío que esperaba que algo dijera.

—Acepto, pues. Iremos al sur y si estamos lejos de nuestro destino, que así lo creo, necesitaremos información y un medio de transporte rápido, como mínimo, caballos.

Héctor miró a Noelia y a Sara y les ordenó, sin ser brusco:

—Noelia, has de cambiar de ropa. Aunque mucho te favorezca el vestido, tienes que ponerte ropa de abrigo por el frío. Sara, si nos dirigimos a asentamientos para preguntar u obtener víveres, no puedes ir tan provocativa; ponte ropa similar a la de Noelia y debido a que sois dos mujeres muy bellas, ocultad vuestros atributos en lo que podáis, pues no sabemos qué gentileza esperaremos en aquellos que encontremos en nuestro camino —habló Héctor expeditivo.

—Me arrepiento de que hayas vuelto a ser quien eras, pero eres mi líder y te debo obediencia. Tengo atrás prendas de abrigo y víveres. Noelia y yo iremos a mudarnos mientras vosotros nos otorgáis intimidad —dijo complacida del cambio Sara.

—Por supuesto —contestó con una sonrisa Héctor.

Sara y Noelia se fueron a un extremo de la cueva desapareciendo del campo visual de los dos hombres. Ellos las siguieron con la mirada hasta que, al estar solos, Héctor tomó la palabra:

—Prometeo, espero que no te moleste lo que he de decirte, pero

cuando tengamos que tomar contacto con otros humanos, seré yo quien tome la palabra. Sé que tienes mucho poder en las tuyas, pero yo tengo más experiencia en el trato de la gente. Ya sabrás cuándo necesite de tu ayuda.

—No me molesta, es más, me parece lo más apropiado. Muchos años de soledad me han restado soltura en el trato —contestó con complacencia Prometeo.

Pasaron unos minutos y el sol subía elevándose majestuoso a la bóveda celeste. Héctor se notaba impaciente por la tardanza de las mujeres y le dijo a Prometeo:

—Mucho tardan. Voy a ver qué les retrasa o… ¿quieres ir tú, Prometeo?

—Ve tú, averigua por qué no están ya preparadas. Tenemos que aprovechar la luz del día y el calor que nos provea —dijo seguro Prometeo.

Héctor se dirigió al interior de la gruta. No estaban lejos pues escuchó risas cómplices entre las dos mujeres. La luz del sol en vertical iba alumbrando la cueva y antes de que Héctor profiriera palabra alguna, en el breve camino corto que anduvo, la luz descubrió el cuerpo desnudo de Sara estando ella de espaldas. Héctor se quedó petrificado al ver una mujer tan bella: sus rojos cabellos llegaban casi hasta sus glúteos, ensortijados en curiosos tirabuzones para luego seguir en una cintura estrecha que luego derivaba en un trasero casi perfecto y generoso en sus formas; las piernas estaban muy bien torneadas y ausentes de imperfecciones; le parecía a Héctor que aquella mujer era irreal y perfecta. Sara, sin girarse, le habló:

—¿Me estás mirando algo que no debieras?

—Yo… no pretendía… —habló Héctor muy nervioso.

—Pues míralo, que todo es bien bonito —le dijo Noelia que estaba más al fondo que Sara.

Sara se giró y mostró a Héctor el resto del cuerpo de una diosa; su cuello grácil, sus pechos con sus rosados pezones y una sonrisa en los labios que invitaban a besarla.

Héctor, desarmado, no podía pronunciar palabra. Hace tres días vio a tres bellezas desnudas en Laberintia, diferentes y sin poder decir cuál de ellas era la más hermosa. Pero al ver a Sara, para él ella irradiaba más sensualidad que las demás, sea porque dos de ellas tuvieran dueño o porque en estos temas la lógica nada tuviera que ver. Dio gracias a que Sara interrumpiera esa incomodidad.

—Déjanos unos momentos más para que nos arreglemos según tus órdenes; no será mucho tiempo y no me molesta que me veas

desnuda, pero el tiempo apremia.

—Os dejo vuestro espacio y mil perdones por llegar a vosotras sin avisar —dijo ya compuesto Héctor.

Así como se alejaba, oyó risas traviesas entre ellas. Héctor se alegró de que algo de simpatía infiriera en la negra realidad. Cuando llegó hasta Prometeo, dijo con sinceridad:

—Nunca vi mujeres más bellas que las que nos acompañan ahora y te lo digo sin maldad —se sinceró ante Prometeo.

—Solo dices la verdad, Héctor.

Pasó poco tiempo a la espera de que ellas llegaran a nuestro encuentro; se preparaban para el viaje. Sara se acercó a los dos hombres con una bolsa de cuero alargada.

—Aquí tenéis algunos regalos; elegid lo que mejor os vaya u os guste.

Héctor abrió las hebillas que mantenían cerrada las bolsas. Tanto Sara como Noelia vestían acorde al viaje que les esperaba; las larguísimas melenas estaban recogidas con moños elaborados que guardaban en sombreros prácticos de piel. Aparte de la bolsa, Noelia les entregó a ellos varias prendas hechas también de pieles de animales. Sara, con un gesto (después de que tanto Héctor como Prometeo se hubieran puesto lo que les entregó), les animó a que abrieran la bolsa y vieron que eran armas, tanto blancas como de fuego.

—Son de diferentes épocas pero de gran calidad. Digamos que siempre tuve sitios escondidos. No sois a los primeros que he auxiliado —explicó Sara.

Prometeo fue colocando sobre el suelo el cuantioso contenido y se quedó mirando aquel arsenal; solo cogió un arma, una espada larga de un pomo tan labrado que engarzaba piedras preciosas. Héctor se armó hasta que no supusieran las armas un estorbo para moverse: dos pistolas con mucha munición y varios puñales que fue distribuyendo por su cuerpo.

—¡Ojalá no las tengamos que usar! —dijo Héctor a todos en un tono triste.

—Que tus palabras acompañen a los futuros acontecimientos —le dijo Sara en el mismo tono que habló Héctor.

—Yo sabía que cogerías esa espada, mi amor —dijo sonriente Noelia.

—¿Por qué? Desvélame ese misterio —habló gracioso Prometeo.

—Evidentemente, porque solo quieres para ti lo más bello —dijo coqueta Noelia.

Los dos espectadores, que se dieron cuenta del doble sentido de

las palabras de Noelia, se sonrieron ante la escena que sellaron con un sensual beso.

—¿Y tú, cariño? Un rifle, una pistola, cuchillos largos, puñales…

—Ahora estoy armada y soy peligrosa; ahora me alegro de no haberte matado.

—Pues varias veces lo intestaste —dijo Prometeo.

Se fundieron en un abrazo mientras Sara se dirigió con voz baja a Héctor.

—¿Cómo que lo intentó matar y ahora son amantes?

—Tienen una extraña historia de amor. En otra pausa te la cuento. Debemos partir pues el tiempo siempre es un enemigo silencioso —con una sonrisa abierta le contestó Héctor.

—No para todos, pero partamos —dijo Sara mientras se quedaba mirando a los enamorados.

Ahora, aunque las temperaturas fueran frías, las ropas que portaban eran las adecuadas para el viaje. Héctor era quien encabezaba la marcha. Sara era quien seguía su estela (estaba contenta de que hubiera despertado el líder que era). Sara empezaba a tener un atisbo de admiración hacia Héctor (su mirada la delataba).Cerraban la marcha Noelia y Prometeo; seguían hundiendo sus pasos en el suelo blanco. El paso era vivo pues el ánimo del cuarteto era bueno.

Del terreno afloraban piedras pulidas y cuarteadas que les ofrecían tierra más firme. La visibilidad era clara por la climatología y porque solo había arbustos que, más que molestar, adornaban el paisaje. Fueron avanzando kilómetros sin impedimentos hasta que, a pesar de estar todo nevado, un pequeño desnivel continuo del terreno que a la distancia de unos pocos metros se elevaba lo mismo que se hundía en la más cercana, era un camino que estaba en la dirección correcta a la que ellos se dirigían. Héctor fue el primero en darse cuenta, así se lo dijo a sus compañeros y así, empezaron a tener una dirección clara con el camino más llano. Al poco de que pasara una hora, el sol estaba en su cenit dando la señal de que era mediodía; comieron mientras andaban. El paso era cómodo, tanto que no pararon a descansar, pero Héctor fue el primero en usar la palabra en la plácida marcha.

—¡Qué raro que no hayamos tenido ningún obstáculo en todo el camino!

—Es que no hay ninguno de nosotros que atraiga tanto el peligro como los que antes nos acompañaban—dijo Noelia.

Prometeo se rio y todos pararon extrañados:

—¿Cómo dices eso? Si tienes a tu lado a quien, a pesar de

haberlo evitado, se fue a buscarlo con una merecida recompensa.

—¿Yo? ¿Yo, un peligro? —dijo con un fingido tono de indignación Noelia.

Héctor cabeceó riéndose también y Sara miraba a la extraña pareja:

—Son muy raros estos dos pero están tan unidos que las cuerdas de emociones que los unen son rígidas.

—¿Luego me podrás explicar lo que tú ves y yo no? —dijo Héctor.

—¿Dispones de unos cuantos siglos en tu vida? —preguntó Sara.

—Ninguno, y tú, que dices que mueres y naces como una humana una y otra vez. ¿Cómo lo harías? —preguntó Héctor.

—A cada veintiún años de mi muerte, volvería en el mismo punto de la lección que dejara cuando expirase —replicó seria Sara.

—Eres más inteligente que yo —vencido respondió Héctor.

—Sí, pero no porque haya vivido milenios, no por eso, simplemente porque soy mujer —dijo triunfalmente Sara.

Por supuesto, dándole la razón, Héctor no volvió a hablar y con una sonrisa sincera terminó la conversación.

Empezaron a caminar por el camino nevado cuando algún árbol solitario los escoltaba al borde del camino. Pasaron ya dos horas las cuales Héctor y Sara estaban en paralelo. Héctor la miraba, su rostro era realmente precioso y más cuando un mechón de su pelo rojizo se escapaba de la prisión de su sombrero de piel y se dejaba mecer al capricho del viento de este día. Era nunca mejor dicho, el cuerpo y el rostro de una diosa (esperaba que no pudiera leer el pensamiento); ella le devolvía la mirada con simpatía. Qué estúpido pudiera ser pretender que un ser tan extraordinario como su compañera de viaje, pudiera ser amada por un simple humano como él: ¿qué podía ofrecerle él para que ella le aceptara? La pesadumbre volvió a él y con ella, el desánimo y sus pasos fueron más cortos y su porte más encorvado. Sara se dio cuenta pero no sabía ella qué había producido ese cambio de humor:

—¿Qué te ocurre, Héctor? ¿Qué te apena?

—Que no soy merecedor de tus expectativas —sonrió forzadamente Héctor.

—Sí lo eres; no te hagas pequeño cuando no lo eres. Soy capaz de reconocer a un gran hombre al instante, contigo tardé porque te escondías. Sé el que tienes que ser, pues tienes mucho que ofrecer —selló sus palabras con un beso en la boca de Héctor. (Ni ella misma comprendió porqué lo hizo).

Héctor se quedó tan extasiado como sorprendido por las

palabras y el beso de ese ser tan excepcional. Faltaban dos horas para que anocheciera. Debían buscar refugio y, al fondo, un frondoso bosque dominaba toda su vista; el bosque engullía el camino que seguían. Sara paró y los demás con ella.

—Este bosque lo conozco pero no sé por qué; de mi cabeza solo guardo los recuerdos necesarios, si no, sería imposible mantener la cordura. Algo me advierte qué algo extraño hay en él —dijo Sara.

—Tú decides si entramos o no, Sara —le ofreció elección Héctor.

—Las decisiones las tomas tú, es tu cometido —miró con una mirada dulce Sara.

—Entremos, sigamos el camino —decidió Héctor.

—¿Qué te ha llevado a tomar esa decisión?—preguntó extrañado Prometeo.

—¿Qué es lo que pueda ser más peligroso que nosotros cuatro?

—Mirándolo así, tienes razón —dijo Noelia.

—Casi siempre la tengo y eso que no soy mujer —rio Héctor.

Todos rieron ante la última ocurrencia de Héctor. Prometeo le cogió del hombro y empezaron a caminar juntos. Sara estaba complacida de la compañía, pero sabía que poco duraban los buenos momentos; lo sabían todos pero querían aprovecharlos. Alegría era palabra breve.

Entraron en el bosque, la luz disminuyó y las voces de los árboles les envolvieron. Sara acariciaba a los troncos arbóreos que tenía cerca de ella. Héctor recordó ese gesto de otra mujer que no estaba ahora entre ellos, los pequeños detalles dictan un mayor conocimiento hasta que Sara paró a la hora que discurrió el entrar en el bosque.

—Hay un asentamiento humano muy cerca de aquí. Tendremos refugio si somos bien acogidos —informó ella.

—Vayamos, queda poco tiempo de luz —afirmó Héctor.

Pasó media hora de camino hasta que entraron en un gran claro artificial. En medio de ese claro había unas murallas de piedra y por encima de ellas sobresalía una alta torre circular. Se oía el ruido del agua cerca del lugar, pero lo más extraño era que bellos jardines rodeaban las murallas que se mantenían floridos gracias a que varias hogueras, bien distribuidas, daban un calor que mantenía las flores vivas. Era simple, pero mucho esfuerzo y trabajo para mantener la belleza del lugar. Se acercaron sin ver ningún centinela en las almenas hasta que dieron un rodeo y vieron el río que transcurría su corriente detrás del pueblo amurallado y una gran puerta de madera, que era la entrada; hicieron lo que se tenía que hacer ante cualquier puerta cerrada que quisieras pasar: llamar. Los

golpes fueron fuertes, pero pasó el tiempo y si no hubiese sido por los jardines circundantes tan bien cuidados y el fuego vivo de las hogueras que impedían que las flores se marchitaran por el frío, hubiéramos pensado que aquel lugar estaba deshabitado, cuando por encima de la muralla la cabeza de un anciano salió.

—¿Quién llama a nuestra puerta tan cerca de la noche?

Prometeo obedeció a las órdenes de Héctor y le cedió la iniciativa:

—Somos viajeros que buscan refugio. Apelamos a la hospitalidad. Dejadnos pasar —se dirigió Héctor al anciano de la muralla.

No tuvieron respuesta y todos se quedaron esperando. El anciano se les quedó mirando arrugando la frente:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué no contesta? —preguntó Héctor.

Sara siguió mirando los alrededores.

—Este lugar es muy especial. Las flores, la piedra, todo forma una extraña composición. Quien creara esto era un genio; esta es la mano de un artista. No sé por qué, pero descubriremos quién fue.

Al final, el hombre del alto de la muralla se dejó de ver y desapareció hasta que vieron que se abría un poco la puerta de la entrada por la cual salió:

—¡Vaya! Qué poco me queda de vista. ¿Guerreros?

—Todos —respondió Héctor.

—Os doy dos alternativas: una, quedaros con nosotros y morir luchando; otra, iros y seguir viviendo. Elegid —dijo el anciano directamente sin preámbulos.

—Anciano, mire lo que le digo: nos quedamos y todos seguiremos viviendo, lucharemos y sobreviviremos —le aseguró Héctor.

—Bienvenidos a un bonito cementerio —dijo irónicamente el anciano.

Entraron dentro del pueblo amurallado. Era una composición de casas preciosamente adornadas; no había un rincón de ellas que no tuviera detalles elaborados, todos con los motivos de la naturaleza. ¿Qué tenía que ver tanta belleza con un cementerio, tal como dijo el anciano que les abrió la puerta? Pero ante tanta hermosura arquitectónica, de lo que el cuarteto se dio cuenta era de que se respiraba una palabra: miedo. No encontraron alma alguna en su camino hasta que llegaron a la plaza del pueblo donde regía una estatua de gran tamaño de un hombre con barba y un sombrero extraño que terminaba en punta, con un gran cayado que finalizaba en su mano en forma de un gran lagarto; la estatua, casualmente,

miraba hacia el sur. Los habitantes de la aldea estaban congregados alrededor de esa estatua como si ella los protegiera, pero el miedo era patente en la atmósfera que se respiraba. Sara se acercó a la estatua y fue el momento en que la gente se dio cuenta de su presencia; sus miradas eran curiosas e incomodadas ante lo que eran: unos extraños. Sara seguía tocando la estatua. La gente exclamaba la palabra sacrilegio en voz baja, pero nadie se atrevía a parar a esa joven. Ella habló en voz alta:

—Lo conozco, lo he visto en varias vidas. Se ha preocupado de encontrarme varias veces antes de que cumpliera los veintiún años y siempre me decía lo mismo.

—Qué estupidez hablas, mujer. Es El Mago y murió hace siglos. Fue el constructor de este lugar, el que guió a mis antepasados a este emplazamiento y les dibujó los planos de esta villa, casa por casa, jardín por jardín; todo perfectamente detallado. Estamos hablando de cinco generaciones atrás. ¿Cómo pudiste conocerlo, si apenas eres una chiquilla?

—No soy lo que parezco, anciano. —Y con estas palabras, el anciano calló.

—¿Qué te decía ese mago antes de que tuvieras conciencia de tu condición? —le dijo enigmático Héctor.

—«Pronto llegarán tiempos amargos. Hasta entre los vuestros, es necesario que te prepares para ello; son mis palabras, es mi consejo». Siempre, todas las veces, la misma oración. Creo que todo no es casualidad.

El anciano llegó hasta ellos, pero su semblante era excepcionalmente triste. Aun así, habló.

—He oído todo, podría incluso creérmelo, pero hoy es el día en que moriremos todos. Vosotros, al entrar aquí, habéis cavado vuestra propia tumba —dijo triste el anciano.

—Anciano, vuestros malos agüeros deben tener una explicación, pues ¿cuál es la razón de que penséis que tanta belleza morirá hoy? Ya os ruego que nos digáis la razón —exigió Héctor.

Agachó la cabeza y empezó a sollozar, lo cual tuvo una reacción entre la gente congregada en la plaza de la villa. Se hundieron en la pena y la desesperanza; el cuarteto se dio cuenta de que no había hombres jóvenes entre ellos, solo ancianos, mujeres y niños. El anciano se repuso y habló con voz grave:

—Siempre hemos vivido en paz. Somos pocos dedicados a la herencia de preservar la belleza de este lugar, tal como dictó aquel que ahora señorea la plaza de este lugar. Pero nuestros chamanes, hace poco tiempo, vaticinaron que los tiempos cambiarían y nuestra

tranquilidad se rompería en pocos días y, así como lo dijeron, avistamos unos salvajes que merodeaban nuestras fronteras. Los dejamos estar, pues no somos un pueblo belicoso, pero sin pasar más de un día, nos atacaron. Eran pocos y los más jóvenes los derrotaron. Tenían el coraje y las armas para hacerlo. El Mago avisó de que estuviéramos preparados ante alguna amenaza (no se perdieron en el tiempo esas palabras). Hubo pérdidas en vidas humanas de los más jóvenes que se enfrentaron a aquellos salvajes, lloradas durante semanas pero la villa se salvó. Creímos que jamás volverían, pero ¡qué equivocados estábamos! Volvieron por segunda vez, muchos más que la primera y más organizados. Teníamos fuerzas equilibradas, pero como todos los jóvenes, cometieron una imprudencia al combatirlos en campo abierto. Los nuestros defendieron el lugar con valentía y disciplina dictados por nuestro arquitecto El Mago, pero había muchos más salvajes de los que parecía y lo que parecía una victoria fácil, se convirtió en una derrota amarga. Todos nuestros jóvenes murieron no sin causar grandes bajas entre los salvajes. A nosotros no nos quedan fuerzas para hacerles frente y ellos están reuniendo más de de los suyos para el asalto final. Hoy es cuando lo harán; habéis hecho mal en venir aquí pues no encontraréis aquí refugio ni hospitalidad, sino una muerte segura —así hundió el anciano su cabeza entre las rodillas.

—No será hoy cuando este bello lugar desaparezca. Hemos llegado en el momento adecuado de auxiliaros, os lo dice quien ha sido preparada durante años sobre ello. Escribid, quien tenga memoria, que cuatro extraños vinieron en una noche sin previo aviso a salvaros —dijo muy convencida Sara.

Toda la gente que escuchó a Sara quedó prendida de las palabras de ella y una palabra empezó a invadir a la gente que estaba congregada en la plaza de la villa: ¡esperanza!

Héctor tomó la decisión que creía la más adecuada:

—Los combatiremos fuera de las murallas de la villa. Espero que todos vosotros me secundéis en mi decisión.

—Eres nuestro líder y acatamos tus palabras —dijo Sara.

—Si alguien muriera hoy, sería héroe, pero no permitiré que eso ocurra —dijo muy serio Prometeo.

—Es hora del acero y la pólvora, no de las palabras —contestó Noelia.

Era ya noche y en el interior del bosque se veían una docena de antorchas. Estaban aún lejos pues eran diminutos puntos de luz. Héctor y Prometeo estaban de pie mirando las luces; Sara y Noelia,

un paso detrás.

—¿Algún plan, Héctor? —le dijo en voz baja Prometeo.

Héctor se dispuso a hablar, pero Sara pasó delante de ellos cortando la respuesta a Prometeo.

—Ya he visto quién es el líder. Héctor, el arco y las flechas —pidió Sara.

Héctor se lo entregó. Ante la táctica de cortar la cabeza al león, nadie objetó. Sara clavó las flechas del carcaj en la tierra e hincó una rodilla en ella. Poco a poco, las luces de las antorchas se hacían más grandes. Sara, en voz queda, empezó a recitar una oración:

Lo más sagrado, madre,
es la vida,
quiero tu consentimiento
para arrebatar una.
Pido perdón a su madre y padre,
aunque no vivan.
Pido perdón a su esposa o marido,
la tenga o no.
Pido perdón a sus hijos,
si los tiene.
No los tendrá ya.
Pido perdón a la Madre Tierra
por derramar sangre en ella.

Sara miró al frente y empezó a levantar el arco cuando un fuerte sonido atronó a todo el bosque cuando vieron como una antorcha cayó al suelo. Todos se giraron hacia el origen del sonido. Noelia había disparado un fusil de largo cañón del que salía humo aún.

—Ya no hace falta que pidas perdón por nada, Sara —dijo Noelia seria.

Todos volvieron a fijarse en el efecto que había tenido la muerte de su líder y no fue el deseado. Las antorchas se quedaron quietas unos segundos y después, unos gruñidos de rabia. Confirmaron que habían agitado el avispero y las antorchas, bajando y subiendo, se hacían grandes.

—No pienso morir hoy —dijo con rabia Héctor.

—Eso no pasará esta noche, no moriremos hoy y la gente de esta villa esta noche dormirá tranquila. Prometeo, lucha, no uses tu voz, no quiero que te localicen los ancianos —dijo Sara.

Salieron del bosque una docena de salvajes corriendo encolerizados. Héctor descargó los dos tambores de sus pistolas.

Noelia efectuó dos disparos con su rifle y Sara pudo lanzar dos flechas. La mitad de ellos cayeron, tuvieron el fatal error de mirar a sus compañeros muertos, pues un hacha voló hasta clavarse entre los ojos del primero que volvió la vista. Los cinco restantes ya estaban en la distancia del cuerpo a cuerpo: Sara se adelantó sacando dos espadas pequeñas y curvas, cruzó la trayectoria de los brazos extendidos hasta terminar con una equis bajo la altura de su cintura, dos más cayeron; Prometeo acabó con uno de ellos clavando la espada en su corazón; Noelia, que era la que más víctimas portaba, mató al salvaje que se confió de ver a una mujer como una presa fácil y, con dos movimientos de izquierda a derecha rápidos y evitándolos, para luego dar media vuelta haciendo eje en sus rodillas, el salvaje se giró hacia Noelia irritado ante la agilidad de ella y se miró el cuerpo al sentir el dolor de ver los tres puñales insertados en su cuerpo; el último fue abatido por Héctor con un disparo a quemarropa. El suelo estaba sembrado de cuerpos alrededor del cuarteto. Solo quedó el olor acre de la muerte y de la pólvora y el silencio que daba fe de que la amenaza había desaparecido, al menos, por esta noche.

Sara se giró y se quedó mirando a sus tres acompañantes como si fueran extraños.

—¡Qué excelentes guerreros sois! ¡Y tú eres tan bella como mortal! ¡Y tú Héctor, no te ha temblado la mano!

Así acabaron sus palabras. Se acercó a Héctor para darle un abrazo y posteriormente darle un beso en los labios. Noelia y Prometeo hicieron lo propio cuando una voz quebró el momento.

—Aparte de guerreros, amantes —dijo un anciano que miraba los cuerpos—. No os ha costado nada ni sangre vuestra ha sido derramada, ni tan siquiera os ha supuesto gran esfuerzo. ¿Quiénes sois? —dijo mirando con admiración el anciano.

—Los cuatro amantes, aquellos que en una noche fría de finales de otoño os libraron de una muerte segura —le dijo Noelia con una sonrisa.

—Anciano, estamos hambrientos y cansados. ¿Nos hemos ganado vuestra hospitalidad? —le habló Héctor.

—Podéis incluso, si queréis, tomar posesión de todo el pueblo, todo es vuestro. Vayamos dentro. Pondré vigías por si acaso, pero creo que hoy dormiremos tranquilos —dijo el anciano.

Cuando entraron en el pueblo, no vieron a nadie y cuando llegaron a la plaza, vieron que estaba desierta. No esperaban vítores ni aclamaciones de una población liberada pero al menos un “gracias”.

—¿Y la gente? —preguntó Prometeo.

—En sus casas. Son gente agradecida pero os tienen miedo; habéis acabado con una amenaza de días en cinco minutos. Ahora que estamos tranquilos, podemos hablar. Iremos a casa del más anciano del lugar pues tiene algo que daros. ¡Vayamos!

Así se pusieron a andar. Fue poco trecho pues aquella amurallada villa era muy pequeña, no más de cien almas vivían en ella. Entraron en una casa tan bella como las demás, ni más grande ni más pequeña; al entrar vieron que este pueblo, las fachadas y los laterales de las casas eran casi una obra de arte, por dentro eran aún más bellas. Los cuadros allí pintados en varios estilos reflejaban gente laboriosa construyendo la villa. El fuego del hogar estaba entre dos columnas cinceladas en relieves de arte ancestral. Sara estaba maravillada al ver el puzle de belleza de muchas culturas de miles de kilómetros y miles de años de distancia. Enfrente del fuego estaba el hombre que parecía el más viejo que jamás habían visto: en su cráneo pelado, caían por los lados solitarios hilos de plata; no debería de pesar más de cuarenta kilos; estaba tan quieto que temían que estuviera muerto. Abrió los ojos y los miró sin levantarse, seguramente no podría; no parpadeó ni una sola vez y con su débil hilo de voz dijo:

—Sois especiales; me han contado que nos habéis salvado. ¡Gracias!

Alargó con gran dificultad un cilindro de colores rojos y negros con dibujos de espirales. Héctor se adelantó y lo cogió, agachó su cabeza en signo de agradecimiento y el anciano siguió hablando como pudo.

—No hace mucho vino un mensajero en un gran caballo blanco, llevaba un objeto que solo entregaría al más anciano del lugar, dijo que lo guardáramos hasta que nos visitaran personas especiales. No sabemos lo que contiene pero os hará falta.

Héctor abrió el cilindro y desenrolló el pergamino, que era lo que contenía. Abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Qué es? —preguntó impaciente Noelia.

—Lo que más falta nos hace… un mapa —dijo realmente extrañado Héctor.

—Déjame verlo —dijo Prometeo.

Lo miró unos minutos; tenía el elegante aspecto de los mapas antiguos, pero en la esquina derecha estaba dibujada una runa que jamás había visto en los miles de libros leídos ni nada que se le asemejara. El signo de interrogación que dibujaba la cara de Prometeo llamó la atención de Sara.

—¿Qué es lo que te extraña, Prometeo? —preguntó Sara.

—Aquí hay un dibujo que jamás he visto; es muy extraño, unos signos simples y al mismo tiempo bellos.

—Déjamelo ver —dijo Sara mientras cogía el mapa.

Sara emitió un corto chillido de sorpresa; un ser así era difícil de sorprender. Noelia se acercó a ella pues estaba hipnotizada dentro del dibujo del mapa.

—¿Lo conoces, Sara? ¿Qué es lo que te ha sorprendido? —le dijo con voz calmada Noelia.

—¡Es la runa de mi casa! Es imposible que él sepa esto; este acontecimiento está perdido en el tiempo.

—Esto es demasiado extraño —dijo Prometeo—. Tengo unas preguntas, si aún os quedan fuerzas para contestarlas, honorable anciano.

—Me place hacerlo, joven.

—¿Quién vive en la torre circular que se eleva por encima de la muralla?

—Nadie, en esa torre fue donde El Mago vivió y se conserva tal como estaba siglos atrás.

—¿Y el nombre de esta villa?

—La Torre del Mago.

Prometeo hizo memoria pero Héctor interrumpió su meditación; es normal que se llamase así.

—Héctor, la Torre del Mago no es el nombre del pueblo, es el título de un libro de hace más de dos mil años —contestó Prometeo.

Todos miraron a Prometeo, sorpresa sobre sorpresa y al cuerpo sin darle descanso: demasiado que digerir y el tiempo ahogándose. Héctor enrolló el mapa y se lo guardó, ya lo mirarían después, pues tenían que descansar.

—Sé que todo es muy raro, si para mí lo es, no quiero saber lo que os ha sorprendido a los demás, pero tenemos objetivos que alcanzar y tenemos que llegar —dijo Héctor subiendo ligeramente el tono para que los demás volvieran en sí.

El primero que habló después de Héctor fue el anciano que les acompañó a la casa.

—Aquí tenéis varias habitaciones. Por la mañana tendremos preparados cuatro caballos, lo más fuertes que tengamos. ¡Buenas noches!

Al unísono, todos se las devolvieron. Bajo unas escaleras se encontraba una mujer joven.

—Tenéis preparadas varias habitaciones con fuego encendido y abundantes viandas.

—Noelia y yo nos vamos a dormir. Buenas noches, Sara y Héctor.

Héctor le dio las buenas noches a la pareja y se dirigió hacia Sara.

—Buenas noches, Sara, que descanses.

Empezó a encaminarse hacia la escalera y sintió que Sara le aprisionaba la muñeca:

—Las buenas noches me las darás en la cama —dijo Sara besándole los labios a continuación de pronunciar dichas palabras.

Así, esa noche de sangre y de enigmas, se consumó con los placeres del amor: uno ya confirmándolo y otro siendo la primera noche de deseo.

22. OSCUROS CONSEJOS

Raven y su oscuro socio miraban aún cómo, después de un día entero, los sirvientes del ayuntamiento seguían limpiando la matanza que había perpetrado en un ataque de ira el único director de la hermandad.

Paolo supervisaba los trabajos dándoles un poco de tranquilidad a los sirvientes que, a pesar de las horas pasadas, aún les temblaban las manos por el miedo que causaba el director; mas tenían razones para ello.

El sombrío socio de Raven se alimentaba del pavor de aquella gente, pues se paseaba complacido de rincón a rincón. Finalizaron la labor y aunque quedaron rastros de sangre, Raven se levantó por fin de la silla, los despidió y cuando salieron de la cúpula eterna, respiraron aliviados de que aún se encontraran vivos. Paolo se volvió serio hacia su señor:

—¿Alguna cosa más, mi señor?

—Nada más. Necesitamos parlamentar solos mi socio y yo.

Paolo abandonó la sala, pero Raven no se apercibió de que su socio estaba a su lado.

—Aprecias a ese sirviente tuyo, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?—le contestó Raven.

—Porque está vivo. Es al único que está cerca de ti que no has intentado matar. A mí, porque no pudiste.

—No fue mi intención; me invadió la locura y no es buena.

—Sí, hacen falta planes porque mis oídos y mi vista han observado serias sospechas en ti. Estamos demasiado quietos mientras aquellos a los que persigues están moviendo piezas y forjando alianzas. Hasta otros que no conoces lo hacen también. Hace falta urdir planes.

—¿Qué propones tú? Yo tengo aún cartas en mi mano. Ya no huyen, lo sé, pero vienen a por mí porque quieren matarme.

La risa siniestra del extraño resonó macabra en el eco de la cúpula eterna.

—Después de todo lo que has hecho, es lo mínimo que van a intentar y, ahora, escucha mi consejo: estoy en terreno desconocido, pero antes de que ellos te ataquen, ten tú la iniciativa. Alimento mi alma del miedo y el dolor, del desasosiego y la desesperanza, pero también hay que ser inteligentes, aun así me diste la palabra adecuada: “guerra”, y te veo silencioso y parado, como si nada ocurriera, ¡Despierta!

Raven se levantó y tiró la silla donde se sentaba; empezó a descorrer todas las cortinas con violencia, no esperó a abrir las ventanas pues las rompió con las manos y, desde una de ellas, emitió un grito de liberación. Ese sonido provocó en la ciudad de Vera la noche de las pesadillas e hizo la urbe aún más oscura de lo que era.

—Sí, expulsa la rabia, pero ahora dime tus planes pues yo ya te di consejo.

Raven miró furioso a ese extraño que le había salvado la vida o se la había condenado del todo. Veía como ese ser llevaba razón. No se podía quedar allí parado mientras iban en su búsqueda; eran muy poderosos y él, ahora, también.

—Déjame dar unas órdenes; nos iremos de viaje.

—Me encanta moverme de estas cuatro paredes; dejemos de ser prisioneros para ser cazadores.

Raven llamó a Paolo, el cual presto acudió.

—¿Mi señor?

—¿De cuántos agentes dispongo en Vera, Paolo?

—Cuatrocientos normales más veinte especiales.

—Envía a los especiales a Tierra de Nadie, que se muevan intentando encontrar algún indicio de los durmientes en los alrededores de las cinco ciudades del este. Los otros cuatrocientos, que vayan a feudos y ciudades para que recluten a toda la gente que crean conveniente para formar un ejército y de los almacenes escondidos de la hermandad, que saquen las armas de fuego. Al mismo tiempo que reclutan, que averigüen qué ocurre en las ciudades y feudos y que informen de todo lo que vean sospechoso. Prepara dos caballos en la puerta sur pues me voy de viaje.

—Prepararé la escolta.

—No, Paolo, vamos solos.

—Pero, mi señor…

—No temas, no vamos lejos y volveremos pronto. Dame dos prendas de la casa donde vivía el tal Silvan, a ser posible, sucias.

—A sus órdenes, mi señor.

El socio de Raven estaba contento, pero las dudas del destino le corroían.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar que tú mismo te sorprenderás.

—¡Magnífico! Algo inédito en siglos. Eres el socio perfecto. Hay un compañero que echo de menos, pero no sé si aún existe; ese, nos daría lecciones de maldad.

—No busco maldad; ya sé que la llevo en mí, mas no la quiero.

Solo quiero poder. Tienes que cambiarte de atuendo, pues pareces un pordiosero y eres poderoso. Vístete acorde a lo que representas —dijo serio Raven.

—Estoy de acuerdo.

—Allí están mis aposentos y un armario bien nutrido; tenemos la misma hechura. Usa prendas gruesas que fuera hará frío.

—No lo padezco —protestó el oscuro personaje.

—Pero tiene que parecer que lo tienes. No soy tan estúpido para saber que eres muy poderoso, pero allí donde vamos me lo guardan humanos y mutantes; tienen que vernos como lo que no somos: humanos.

Su socio asintió complacido y se dirigió a los aposentos de Raven. Salió al cuarto de hora vestido de cuero negro, pero conservaba el sombrero de ala corta. Le tiró a Raven un abrigo largo.

—¿Te bastará para aparentar? —le dijo riéndose de él.

Antes de que floreciera la ira, entró Paolo en la cúpula eterna con una escueta anunciación.

—Todo está preparado mi señor; aquí tiene una prenda del señor Silvan, otra de su supuesto padre y la rosa de Karmen, por si le hiciera falta

Raven cogió las dos prendas y miró la rosa de Karmen, la cual tiró.

—¿No te sirve? —dijo el socio de Raven.

—No quiero malgastar nada enviándolo a una muerte segura.

—¿Tan poderoso es ese denominado Karmen? —habló extrañado el siniestro personaje.

—Es a quién más temo.

—Se pone interesante. Mira que he vivido mucho tiempo, más de lo que tú pudieras imaginar, pero nunca vi un escenario con tantos personajes y creo que hay muchos más de ellos.

Raven lo miró sin entender mucho.

Bajaron de la cúpula eterna al ayuntamiento donde siguieron a pie hasta que divisaron la puerta sur. Llegaron a dicha puerta y unos guardias abrieron la portezuela; salieron al exterior. Allí les habían preparado dos caballos fuertes y resistentes. Raven y su acompañante montaron en ellos; a los animales no les gustó que subieran a su lomo pues se mostraban inquietos. El director se extrañó y subestimaba la sensibilidad de esos animales. ¿Acaso percibían la maldad que tenían? No podía distraerse en cavilaciones que no tenían fruto y con sus talones pasaron de estar parados, al galope.

Pasó el tiempo raudo por caminos de la Tierra de Nadie. Ya la madrugada estaba bien entrada cuando llegaron a su destino. Dos hombres se alertaron y amenazantes, se dirigieron a ellos.

—¡Soy yo! —gritó el director antes de que les atacaran.

Los guardianes del lugar reconocieron la voz y se inclinaron. Nada más desmontar, los caballos huyeron despavoridos desapareciendo en la oscuridad de la noche. Ese hecho no pasó inadvertido entre los guardianes del lugar. Miraron a su jefe detectando cambios en él más que el hecho de que llegara acompañado. Ese lugar era secreto, nunca antes vino con alguien más, pero ellos solo custodiaban la entrada.

Raven se dirigió a los dos guardianes cuando una pequeña puerta se abrió y salieron cuatro más bien armados, con un hombre que solo llevaba un delantal de cuero y de avanzada edad. No hizo falta hablar, pues ya lo hizo ese personaje.

—Mi señor, ¿a qué se debe su visita? ¿Necesita de mis servicios?

—Pasemos dentro. Ahora, esta persona que me acompaña es mi socio, por lo cual, tiene vuestro respeto. Quiero ver cómo están mis creaciones.

—Pase, pues. Verá que todo está como usted ordenó. He de comunicarle que hemos tenido algunos problemas.

Todos pasaron al interior y Raven hizo caso omiso a los problemas que le comunicaba aquel hombrecillo con un curioso delantal de cuero. El socio siniestro de Raven miraba admirado lo sofisticado de aquel secreto. Pasaron estrechos pasillos iluminados por luces eléctricas para bajar escaleras interminables que les hundían en las entrañas de la tierra. Siempre en espiral, sin ningún descansillo, olía a humedad y a hacinamiento. Pasó más de una hora hasta que llegaron al final de la escalera metálica y ante una puerta grande y maciza de acero; había más guardias, algunos de proporciones extrañas lo cual indicaban que eran mutantes: todos armados hasta los dientes. El socio de Raven no cabía de admiración hacia quien había elegido; estaba deseando saber qué había detrás de la puerta.

Al abrirse la puerta, un golpe de hedor invadió la sala e hizo que muchos guardianes se taparan la boca. Para el siniestro acompañante fue una invasión rica de odio e ira que le alimentó en demasía. Llegó a ser embriagador, mas el éxtasis terminó con las palabras de Raven al traspasar la puerta de macizo metal.

—¿Cuál es el problema que habéis tenido?

—Señor, hay un lupino más grande que los demás. Tiene un mechón blanco en la crin, tuvimos que separarlo de los demás

lupinos porque los mataba.

—¡Sigue!

—Estando solo, escapó de su prisión reventando la puerta. Mató a seis guardias; aun disparándole sedantes, mató a un mutante que incluso creímos que él solo podría con él. ¿Qué hacemos, mi señor?

Entonces, el que acompañaba a Raven, radiante por la atmósfera que ahora respiraba, tomó la palabra.

—Quizá no sepa quién es quién manda. Llévame a su cárcel. Lo necesitamos, pero antes tiene que saber que no es él quien tiene el liderazgo.

Raven, ante tanta valentía, accedió. No le molestaría mucho ver descuartizado a su sombrío consejero; quizá lo necesitara pues su supuesta locura lo molestaba. El hombre del delantal de cuero tomó como loco al acompañante de su señor, pero ante el asentimiento de él, lo fue llevando por un sinfín de pasillos hasta una puerta pequeña de hierro tan fuerte como aquella que traspasaron. El que supuestamente era el encargado del lugar empezó a sentir signos de fatiga y aprovechó una pausa que él mismo propició para volverse a su señor.

—¿Está seguro de ello? Es muy peligroso.

—Ya lo he oído. Ese lupino necesita saber quién manda y él se lo va a demostrar —le habló Raven con un tono de maldad.

El encargado pensó que era una temeridad y al director no le importaría prescindir de él, pues la advertencia era clara y el escenario futuro aún más obvio. Tendrían que limpiar los trozos de ese loco valiente mucho rato. Siguieron un largo pasillo ya menos alumbrado. El óxido era evidente, estaban en la parte más deteriorada de aquel raro complejo. Llegaron a otra puerta más. Se oía el tensar violento de cadenas y aullidos que se hendían como puñales en los oídos.

—Hemos llegado.

El invitado por Raven se quitó el abrigo largo, dejó caer el sombrero que tanto tenía en estima en el suelo y se desvistió hasta dejar su pecho desnudo. Con la uña de su índice, hizo una incisión en su pecho para que sangrara, lo que provocó más a la bestia confinada. Oyeron incluso como algún eslabón se rompía.

—¿Estás seguro de ello? No lamentaré tu muerte —dijo Raven.

—Yo no muero y necesitamos a un ser tan poderoso como él; lo único es que tiene que estar domesticado.

—¡Allá tú! Abre la puerta.

El hombre del delantal de cuero obedeció sin saber ni querer averiguar los motivos de esta locura. Él solo se encargaba de las

creaciones de su señor y abrió la puerta. Entró el siniestro personaje viendo que ese lupino de más de tres metros de altura ya tenía una garra libre. Se acercó hacia él calculando exactamente la extensión de la longitud de sus cadenas y se quedó allí quieto. El poderoso lupino se abalanzó a él hasta que las cadenas quedaron tensas. A pocos centímetros de él, gruñendo con rabia y con la zarpa liberada, le quiso hacer daño, pero la esquivó sin apenas inmutarse. El socio del director empezó a moverse tan rápido que la vista humana no podía seguirlo y golpes metálicos deshicieron las ataduras de la gran bestia. Ahora estaba libre, mataría al que lo había liberado. Un instante lo vio ante él y oyó claras unas palabras que expresó:

—Aprende quién manda.

Sin saber de dónde vino, el animal rabioso que allí estaba confinado recibió un golpe tan fuerte que le hizo rodar varios metros hasta la pared que absorbió el impacto, pero volvió a atacar extendiendo sus garras y su boca en una cruz mortal de las mismas. Su adversario desapareció y sintió un peso en su espalda. Recibió un golpe potente en su cabeza que le dejó inútil en el suelo de su prisión; en su campo de visión vio un débil humano. Se levantó y fue otra vez a por él; recibió otro golpe en la mandíbula que le hizo besar nuevamente el suelo. Ahora el dolor superaba la rabia y lo que era peor, aquella bestia sabía que no lo podría derrotar nunca. Puso su bota en la cara y le susurró al oído.

—Ya sabes quién manda.

La bestia lupina se quedó mansa. Sabía quién era quien lo dominaba. Raven quedó más complacido de la demostración de fuerza del extraño de que hubiera muerto. Su socio salió de la sala.

—Te lo dije.

—Y razón tuviste.

Raven le entregó una de las prendas al encargado de aquel complejo.

—Manda una manada con esta prenda. La manada llevará como líder a este lupino.

Entregándole la segunda prenda, le dijo:

—Con esta prenda, manda a la bestia especial. Ya es hora de liberarla.

—Sus palabras son órdenes, mi señor.

—¡Empieza la guerra! —dijo el socio de Raven gritando exultante.

23. LA PLUMA Y EL PAPEL

El antiguo alcalde de Ulsan miraba como no paraban de venir cuervos y blancas palomas a Antón. Gabriel, durante el camino, también le ayudaba a escribir con pluma mensajes que ataba a las patas de las aves y que volaban en todas las direcciones de vuelta a sus destinos. Albert se echó mano al centro de su pecho para sentir la llave que colgaba de una cadena de plata, la que le regaló Gabriel: la última puerta de la cúpula eterna. Fueron muchos kilómetros que la mano de Antón y Gabriel seguían con la danza de la escritura, hasta que el último mensajero alado voló. Antón guardó en un estuche los útiles de escribir; Gabriel le dio el papel y la tinta pero puso la larga pluma en un bolsillo exterior adornándole el pecho. Albert cabalgó un poco más rápido para ponerse a su altura. Tenía aún muchas cosas que preguntar.

—Caballeros, me corroe la curiosidad.

—Sáciala, pues aún nos queda mucho camino —le dijo Antón echándose la capucha de su capa hacia atrás para que se viera la cara.

—Ahora que estoy con vosotros, espero que vuestras respuestas sean sinceras — indicó el antiguo director.

—No puede ser de otra manera; no mentiré, simplemente no contestaremos, ¿no, Gabriel? —preguntó Antón.

—Así es.

—Primero: ¿hacia dónde nos dirigimos? —habló Albert.

—A Mont-Elo. Allí nos juntamos todos y los que se perdieron volverán a ese punto, junto a algunos actores más que se unirán a esta gran obra teatral que, por ahora, es un drama —expresó serio Antón.

—Todos esos mensajes recibidos y enviados… ¿Cuánta gente había en las cinco ciudades en contra de la hermandad?

—No te lo puedes ni imaginar —afirmó Antón sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Antes os podíais haber sublevado. ¿Por qué no lo hicisteis?

—Hicisteis muchas cosas mal, pero a pesar de vuestras absurdas prohibiciones y jerarquía decadente, la gente vivía mejor que en Tierra de Nadie y no podía tener en mi conciencia más sangre inocente que mancharía cualquier enfrentamiento. Si traspasabais a lo intolerable, entonces mis hilos tejidos se usarían al unísono para poder tomar las cinco ciudades, como estoy intentando hacer ahora —confesó Antón.

—Pero no somos nosotros solos quienes lo derrotaremos. Hay una información reciente de un empleado del ayuntamiento de Vera. Raven no está solo —interrumpió Gabriel.

—Cierto, no está solo. Afirma este mensaje sobre un hombre silencioso de pocas palabras, al menos mientras estuvieron con ellos dos. Vestía de manera sencilla, con un sombrero de ala corta y una sonrisa siniestra; de las pocas palabras que escucharon, una fue la de socio —prosiguió Antón.

—Tenéis más espías que nosotros —refunfuñó Albert.

—Secretos, amigo, secretos —le corrigió Antón.

—Hay algo que no me cuadra; los sirvientes nunca limpian delante de los directores. ¿Estaba en las oficinas del ayuntamiento? —dijo dubitativo Albert.

—En la cúpula eterna —subrayó Gabriel.

—¡Imposible! Nadie sube a la cúpula eterna. Solo había un criado que lo atendía, un mutante que protegía; nadie más ha pisado la cúpula eterna estando en ella Raven, excepto Karmen —aseguró convencido Albert.

—Estos dos últimos días sí ha subido gente a la cúpula eterna; allí subieron algunos de los alcaldes y representantes de las cinco ciudades del este. Los asesinó allí a todos. Este secreto nuestro, o espía, si así quieres llamarlo, estaba limpiando los restos de sus cuerpos. Espero que no te sorprendas de los arrebatos sangrientos de este vil personaje —dijo Antón escupiendo al suelo.

—¿Los ha matado a todos? Ahora él es el único mandatario; su locura no tiene fin. Sospechaba que estaba desde siempre desequilibrado, pero no que fuera un asesino insaciable de sangre que es ahora. Tenemos que pararlo por el bien de los habitantes de las cinco ciudades, aunque nos vaya la vida en ello —dijo con rabia Albert.

—A todos, no. Marcos y Claudio no acudieron a esa reunión —añadió Gabriel.

—Claudio siempre ha tenido la salud frágil, pero Marcos era el mejor alcalde que teníamos. El director de Altamiras siempre estaba satisfecho de su rectitud y de la excelente gestión de la ciudad. —Albert se quedó mirando con una sospecha suspendida—. Creo que tenéis más información que compartir.

—Claudio no es un hombre fuerte, pero casi nunca ha estado enfermo; era una pantalla para vivir en Hornos. Allí, con menos presencia de la hermandad y escondiéndose en su enfermedad, tenía el control real de la ciudad y de su feudo. Alana ya no es de la hermandad; Marcos era y es un excelente alcalde, pero para su

ciudad. Altamiras tampoco es ya de la hermandad. En breve, Erdia también caerá con poca resistencia por parte del poder que pueda tener los agentes de Raven. Así, quedará solo Vera y Ulsan: las dos ciudades más grandes —explicó Antón.

—¡Increíble! —se dijo Albert casi más así mismo que a Antón y Gabriel.

—Pero hay alguien que nos está ayudando. Sabemos a ciencia cierta que una persona cose los hilos rotos para que todo este entramado sea perfecto. Creo saber quién es, pero es solo una sospecha —aseguró Gabriel.

—También me he dado cuenta y, ¿por qué es tan anónima esta ayuda? —dijo encogiéndose de hombros Antón.

—Igual no quiere que sepáis quién es —sorprendió Albert con su comentario a todos.

—¿Y por qué? —respondió Antón.

—Porque sería él un secreto que no quería ser descubierto y menos por el señor de ellos —concluyó Albert.

Antón se quedó pensativo. Ese misterioso personaje podría ser el eslabón que faltaba a la cadena para que fuera más firme y duradera. Con el mismo estilo que el suyo, incluso llegara a ser la misma cadena.

—Pudiera ser, no lo niego. Antes lo tenía todo tan claro, incluso tuve la soberbia de pensar que era yo quien, desde la sombra, manejaba los hilos del destino del futuro y nunca estuve más equivocado. ¡Buena lección! —habló humildemente Antón.

Gabriel se acercó a Antón, le puso la mano en el hombro y, jocosamente, le dijo:

—No sufras, Antón, siempre serás mi amigo —le dijo casi riendo.

Los dos rieron al final y prosiguieron el camino. Albert tenía muchas preguntas que hacer, pero las dejaría para otro día.

La tarde avanzaba y pronto sería anochecida. Seguían en tierra muy peligrosa. El antiguo miembro de la hermandad estaba saturado de tanto secreto desvelado y ahora, que iba solo detrás de Antón y Gabriel y delante de sus guardias, el cansancio acudió a él traicioneramente.

Habían sobrepasado ya Ulsan aunque por el sur, no por el norte, como fue la última vez. No temían que ninguna patrulla estuviera en Tierra de Nadie.

Pararon delante de unas casas deshabitadas, pero en buen estado y de pobre construcción; las inspeccionaron y encontraron todos los muebles destrozados o volcados, junto con restos de sangre

vieja, signo de que el salvajismo se había tomado víctimas en ese lugar. Se encendieron dos hogueras grandes a la entrada del pequeño poblado para ahuyentar a las bestias. Comunicaron a Albert y sus guardias que descansaran. Ellos harían guardia toda la noche pues no necesitaban dormir.

Se sentaron ante el fuego y se apenaron por la muerte que había llegado a aquel pequeño asentamiento, pero Tierra de Nadie era cruel con los débiles.

Empezaron a recuperar la camaradería perdida recordando los años vagando por las tierras lejanas, para descubrir que no había muchos núcleos grandes de población humana. Al pasar de los años, Gabriel decidió volver cerca de las cinco ciudades y Antón quiso vagar aún más: recorrer el mundo devastado por la última gran guerra. Antón volvió al cabo de siglos y encontró a Gabriel en Mont-Elo junto a uno de ellos, Román, y le tuvo que pedir el favor de guardar a un bebé nacido de la única mujer del grupo que escapó del laboratorio de la hermandad. Así, Gabriel se quedó en Vera cuidando de Silvan y Antón desapareció de las ciudades hasta que percibió peligro cerca de esa ciudad donde se encontraban ellos dos. Volvió por lo que pudiera ocurrir.

Un aviso de alarma invadió a Antón y Gabriel, se levantaron y desenvainaron sus armas: aquello que se acercaba era realmente silencioso pero estaba muy cerca. De entre las sombras, salió un ser enorme con ojos grandes; parecía un híbrido entre mamífero y reptil, con los cuartos delanteros más grandes que los traseros. Desde la frente al resto del cuerpo todo era una coraza ósea. Abrió sus fauces donde mostró sus afilados dientes con cuatro colmillos prominentes; su garganta profirió un rugido que asustó a la misma noche y avanzó hacia ellos con la seguridad de su superioridad. El rugido despertó a Albert y a sus guardaespaldas. Ellos cumplieron con su cometido y se fueron hacia la bestia. Antón y Gabriel les gritaron que se apartaran; esos gritos captaron la atención de aquella aversión, pero no consiguieron parar a esos dos temerarios hombres; estaban entrenados pero no ante semejante ser. Uno de ellos, con una rapidez que no era humana, logró clavarle media espada, cosa que enfureció a la bestia. A pesar de su tamaño, era tremendamente ágil y de un zarpazo destripó al que le hirió y con una cola que ocultaba en forma de látigo, partió en dos a aquel pobre hombre. El segundo le disparó a la cabeza sin que la baja de su compañero le amedrentara; este ser bajó la cabeza, que mostró una coraza, y la bala rebotó en la parte superior de su cráneo; le lanzó varios cuchillos que pocos lograron incrustarse en su piel y

fue más una molestia que herida. Antes de que se incorporara, en un movimiento hacia delante como un relámpago, lo apresó en sus fauces y encontró la muerte en los colmillos de la bestia.

Albert miraba hacían Antón y Gabriel. Ellos le indicaron claramente que no hiciera nada. Albert se escondió, no era un cobarde mas nunca lo fue, pero hizo caso de los que se habían desenvuelto solos en estas peligrosas tierras.

La bestia, a pesar de verlo, obvió a Albert y entonces se dieron cuenta de que miraba especialmente a Gabriel. La extraña criatura empezó a atacarlo, pero Gabriel y Antón no eran precisamente débiles. La rapidez con la que lo esquivaban y la estrategia de separarse para que el más lejano atacara no funcionaba todo lo bien que quisieran. Quiso atrapar en un mortal mordisco a Gabriel y, cuando pensó que lo tenía en su boca, encontró solo entre sus dientes tierra y nieve. Antón disparó dos veces: una rebotó en su coraza y la otra hirió al engendro en un costado. Dio un barrido con su cola y Antón lo evitó saltando; el barrido destrozó una casa como si fuera de papel. Viendo que Antón se encontraba en el aire, embistió hacia él, pero Antón no estaba ya allí y chocó contra la roca; tan potente fue el impacto que hizo temblar la tierra y quedó atontado. Solamente un segundo y los dos, en fuego cruzado, pudieron infligirle heridas leves, pero al caso, heridas. Tomaron conciencia de que la lucha sería muy dura y que aquel ser tenía bastantes posibilidades de derrotarlos.

La bestia se irguió y otro rugido amenazador salió de su boca. Empezó otra danza esquiva de Antón y Gabriel, pero una zarpa logró herir superficialmente a Antón. La sangre animó más a aquella aberración que redobló sus esfuerzos por matar a aquellos molestos seres. Era muy rápida y las heridas no parecían hacer mella en aquel ser.

No pintaba bien la batalla para los dos durmientes, pensó así Albert desde su refugio; incluso pensó que, si debía morir, al menos presentaría batalla, cuando de repente, vio algo que le dejó atónito: detrás de la bestia, un descomunal búho blanco descendía hasta él ululando y atrayendo su atención. Cuando la bestia giró su cabeza hacia el sonido, aquella ave incrustó sus garras en el cráneo acorazado reventándole uno de sus ojos y produciéndole gran dolor. Antes de que pudiera reaccionar, el búho había escapado hacia un saliente imposible de alcanzar. Mientras la bestia miraba a aquella ave que le había hecho perder la mitad de su visión, no se dio cuenta de que, detrás de él, un ser oscuro como la noche de más de tres metros de alzada, como una montaña de obsidiana se

abalanzaba hacia él. El impacto entre las dos bestias fue tan violento que todo lo que había en rededor se estremeció. La negra mole le propinaba golpes demoledores que proporcionaban dolor; intentó asestarle un golpe por la espalda con su mortífera cola, la cual, la bestia que parecía la noche encarnada agarró y cercenó con una fuerza descomunal, pero no era su única arma; un zarpazo hirió a su contrincante.

Antón y Gabriel observaban la lucha. Noche, el guardián de las ruinas, era una mole oscura que infligía con su musculatura graves heridas a la abominación que quería eliminarlos, pero tenía armas en forma de garras y dientes que también herían a su guardián. Gabriel no consentía el daño que recibía su apreciado aliado.

—No lo aguanto más; siento cada herida que le infligen. ¡Dame una pistola! —le demandó con rabia a Antón.

Ante la sorpresa de la rabia de Gabriel, Antón le lanzó un arma al aire que capturó con su mano Gabriel y, con una presteza que huyó hasta del ojo humano, Gabriel se unió a la lucha. Noche, cuando vio la sombra unirse al ataque, emitió un grito de rabia. Él se sacrificaría pero no consentiría la muerte de los que tanto aprecio tenía. Redobló la tenaza que tenía en aquel ser abominable, el búho ululó y Albert se acercó a Antón con un arma de fuego en su mano.

—¿Gabriel está loco?

—Lo subestimas; confío en él o moriré con él —con una sonrisa, desapareció de la vista de Albert.

Noche levantó la cabeza de la bestia; Gabriel, como una estela, subió evitando un zarpazo y se elevó suspendiéndose frente a la cabeza aprisionada de aquel ser abominable. Sacó la pluma de su bolsillo: era una pluma larga de más de veinte centímetros de largo y con una rapidez y fuerza proveniente de su determinación, se la clavó en el único ojo que le quedaba. Aquella abominación abrió la boca en un rugido de dolor. Gabriel aún estaba en el aire y aprovechó la abertura para disparar a su boca ascendentemente hacia su cerebro; el disparo destrozó el paladar y se hundió en su cerebro. Dos disparos más se oyeron; eran provenientes de las manos de Antón: uno se incrustó en un ojo malherido y otro se hundió en el hueco que creó Gabriel con su primer disparo. La bestia ya hacía segundos que estaba muerta.

Noche soltó su tenaza sobre la abominación que cayó sin vida sobre el suelo. En ese momento, el majestuoso búho blanco alzó el vuelo y desapareció en la negrura de la noche. Gabriel se acercó a la oscura mole, junto a Antón.

—¿Estás bien, amigo?

—No…mucho… daño — articuló dificultosamente Noche.

—¿Cómo sabías que estábamos en peligro? —preguntó Antón.

Noche no podía hablar más y señaló al búho blanco que le había acompañado. Todos se quedaron mirando la rama donde antes estuviera tan majestuosa ave.

—¿Ese no es el búho de Román? —preguntó Antón.

—Sí, lo es, pero Román murió. Lo sé seguro y lo sabes tú también —concluyó enigmáticamente Gabriel.

—¿A quién obedece, pues? Esto es muy extraño, pero estamos vivos. ¿Qué era esa cosa que nos atacó? No he visto ningún caminante tan poderoso en mi larga vida —dijo Antón.

—No es un caminante, es otra abominación de Raven. Este ataque es guiado por el olor ya que había prendas en Vera de Gabriel y Silvan. Hay más de estas criaturas. Maldigo el día que le permitimos que creara estas bestias —apesadumbrado explicó Albert.

Albert miró los cuerpos mutilados de su escolta. Admiró hacia sus adentros su coraje y la lealtad que hasta su muerte tuvieron. Gabriel se dio cuenta y consoló con palabras al antiguo director de Ulsan.

—Fueron valientes, les honran mucho sus actos.

—Están muertos; no hay honra en la muerte y si estamos vivos, es por ti, Gabriel.

—Y por Noche —dijo dirigiendo sus palabras a aquella mole oscura que les miraba esperando órdenes.

Antón se adelantó y posó su mano en aquel ser que apenas se distinguiría en la negrura de esta sangrienta madrugada.

—¿Estás bien, amigo nuestro?

—Sí… nada grave… ¿Vosotros bien? —dificultosamente se expresó Noche.

—Estamos bien gracias a ti amigo y gracias a quién te haya avisado. Regresa a nuestro santuario; nuestro camino no lo has allanado. Gracias, Noche, nos volveremos a ver —agradeció Antón.

Aquella enorme mole se fue adentrando en la oscuridad hasta que desapareció. Solo era señal de su presencia sus pisadas, que eran como pequeños terremotos al hundir sus extremidades en el suelo.

Antón y Gabriel, incluso Albert, se miraron intentando buscar palabras explícitas de lo que esta noche dio. Albert fue el primero en hablar.

—No podemos subestimar el poder de Raven. En esta misma noche deberíamos partir a nuestro destino, pues no sabemos qué

tiene ese demente preparado para nosotros.

—Sea, pues. Lleguemos al destino y veamos quién arribó antes que nosotros —dijo Gabriel.

—Sabes de sobra que estamos ganando esta contienda con pluma y papel, aunque ahora la pluma fuera un arma que jamás pensé usara de esta manera...

—Cierto es.

24. ERDIA

El jefe de la estación de Erdia estaba adormilado en su cabina. Tenía una estufa pequeña de hierro fundido que daba calor en su oficina. Sonreía al pensar que tenía el mejor trabajo de la ciudad, pues nada más arribaban, como mucho, dos trenes por día. Solo debía supervisar el mantenimiento de las vías y el control de pasajeros, que únicamente, con permisos muy especiales, se podía viajar de ciudad a ciudad y los más numerosos eran por motivos laborales dependiendo de la necesidad de operarios de cada ciudad mas nunca por la noche. La gracia es que nunca sabía cuándo llegaba un tren por la prohibición de la hermandad de que no hubiera comunicaciones entre las ciudades. Solo viajaban, por visitar las otras, miembros de las más altas esferas u obreros premiados por su dedicación a una corta estancia en otra ciudad de su elección.

El jefe de estación salió de su cabina y confirmó que sus operarios habían realizado las tareas encomendadas; miró hacia el fondo abovedado de la estación y vio que ya era negra noche. Despidió a sus subordinados ya que hacía mucho frío para estar allí. Él se iría a casa al lado de un buen fuego y un par de libros: tenía escondidos dos libros, que aunque fueran prohibidos, los había conseguido al colar a dos personas en un tren saliente.

Se fue a su cabina, esparció un poco las ascuas de la estufa para que se apagaran más rápido y se abrigó bien para el camino (su padre, en buen consejo, le dijo: antes de irte de cualquier trabajo, mira hacia atrás por si algo te dejaras olvidado). En este día no tendría que volver la vista atrás. Cuando se giró, vio en la lejanía dos luces paralelas y vio como las vías vibraban. Un tren venía a su estación, era un tren fantasma. De manera muy rara, algún tren no esperado venía a la estación de noche. Eran tan extrañas estas arribadas que las llamaron trenes fantasmas y, justo en esta noche tan fría y con las ciudades tan revueltas. Ahora mismo, Erdia no tenía ni director ni alcalde pues estaban ambos desaparecidos. El jefe de la estación se resignó y se puso a esperar a que el tren llegase. Miraba impaciente cómo las dos pequeñas luces del tren se hacían poco a poco más grandes. No muy lejos, reconoció la locomotora: había pocos modelos de ellas y vio que era la más potente que había en las cinco ciudades; la última curva desveló el número de vagones que arrastraba, nada menos que diez. Puso los ojos como platos, pues todos los vagones iban repletos de pasajeros;

jamás en sus años de trabajo había visto que un tren arrastrara más de siete vagones y, además, eran mixtos o únicamente de mercancías, pero jamás de pasajeros. Por un momento se vio tentado de avisar de este hecho inaudito pero la curiosidad le pudo más que igual dar una alarma infundada. La espera fue corta; justo paró el tren y la puerta del primer vagón quedó justo enfrente de él; un bufido de vapor retumbó en toda la ahora solitaria estación. Se abrió la puerta y de ella salió un hombre alto y uniformado, con la espalda bien recta y que saltó los tres escalones que distanciaban el vagón del andén de la estación. Se puso delante del operario y lo miró con una mirada más fría que la que había en toda la estación, pero la disciplina del operario tuvo que hacer la mecánica pregunta de rutina.

—¿Quiénes sois vos? ¿A qué debemos vuestra visita?

—Soy el comandante de la guardia de Altamiras y vengo a tomar la ciudad.

El jefe de la estación estuvo muy cerca de desmayarse delante de Manuel tras la sorpresa; su cerebro empezó a procesar lo que le habían dicho pues jamás había ocurrido en la historia de las cinco ciudades. Las puertas de todos los vagones se abrieron y empezaron a salir soldados fuertemente armados con armas de fuego que estaban prohibidas. Había más o menos setecientos de ellos, lo que daba fe de las intenciones que le dijo sin miramiento aquel comandante. El jefe de la estación temió por su vida por lo que con mucho esfuerzo preguntó:

—¿Y… yo?

—No temas. Si puedo, no pienso derramar ni una gota de sangre en esta empresa; es por vuestro bien. ¿Dónde está tu alcalde y tu director? —dijo fríamente Manuel.

—Aquí no están, no sabemos nada de ellos —le respondió asustado el jefe de estación—. Soy sincero —añadió.

—Sé que me dices la verdad pues los dos están muertos. Ahora, un asesino de la hermandad os gobierna y el único director que existe es un ser cruel y desequilibrado. Nosotros venimos a restaurar el orden, venimos a salvaros, ¿entiendes?

—No mucho —respondió sin pensar.

—Estás nervioso. Después darás valor a mis palabras; no te separes de mí pues será lo más seguro.

El comandante de la guardia de Altamiras empezó a andar ante sus hombres. Se pusieron en fila de tres; a bastantes de sus hombres les fue repartiendo papeles con una dirección y una copia del mapa de la ciudad: eran todos los espías y asesinos de la

hermandad. Manuel se dirigió a ellos:

—Discreción y, violencia la mínima; si puede ser, ninguna gota de sangre. Habéis estado sobradamente entrenados para esta empresa.

Casi todos fueron desfilando en grupos de tres hacia la salida de la estación. Otros del grupo de la formación se juntaron en parejas y Manuel les fue entregando instrucciones en papel.

—Estos son los itinerarios de la guardia de noche de Erdia; son pocos. La ciudad es pequeña y algunos están con nosotros. Los demás no sospecharán mucho pues vais uniformados y es de noche; nuestro uniforme no es muy diferente del suyo pero recordad mencionar nuestra ciudad para que los que estén con nosotros, sepan quiénes sois. Suerte y utilizad la mínima fuerza, pues ellos no tienen culpa de la doctrina recibida y, además, tienen familia. Ni una sola gota de sangre ya que a ellos también venimos a liberarlos.

Los hombres asintieron. Después, el resto formaron delante de su comandante de quien también fueron recibiendo instrucciones.

—Aquí tenéis las ubicaciones de los guardias de las puertas de Erdia y de los vigías de sus murallas. Ya habéis oído lo que he dicho a vuestros compañeros.

El tercer bloque de soldados fue saliendo de la estación.

El jefe de la estación estaba perplejo ante la complejidad y las palabras de aquella persona de regio porte y de una seguridad inimitable. Se dio cuenta de que la toma de Erdia no era algo burdo, sino que era una operación quirúrgica con el propósito de hacer el menor daño posible. El comandante de la guardia miró al jefe de estación y en la mínima curvatura de la comisura de los labios de Manuel, apareció un débil atisbo de sonrisa y le dijo al que enfrente de él estaba:

—Vamos al ayuntamiento.

La guardia personal del comandante incluido él mismo, fueron hacia las escaleras de salida. El jefe de estación, en un arrebato de sinceridad, habló a Manuel:

—Perdonad, sé que no es de mi incumbencia pero debido a los hechos de estos últimos días, la seguridad del ayuntamiento ha sido reforzada. No creo que seáis suficientes —dijo con palabras de sinceridad.

—¿Qué te hace pensar que estamos solos en esta ciudad?—le dijo el comandante empezando a andar.

Salieron de la estación por la escalera sin que, en el poco tiempo transcurrido, se oyera ningún cañón escupir pólvora, cosa que complació al comandante de la guardia. Fueron desfilando

todos en el silencio que pudieron por las calles de la ciudad bajo el amparo que daba la oscuridad de la noche; encontraron a algunos de los suyos que se adherían a los soldados de Altamiras. Desde algunas casas se abrían sus puertas y hombres de paisano se sumaban a la procesión militar susurrando «Altamiras», cediéndoles alguna arma. Fueron muchas las casas que fueron abriendo las puertas y guardias de la noche que se unían; habían doblado el número en la mitad del camino que faltaba para llegar al ayuntamiento de Erdia.

Por las calles adyacentes ya no eran personas aisladas que daban la contraseña, sino grupos numerosos los que se unían. Llegaron a la plaza que estaba delante del ayuntamiento. El más de millar de personas bien armadas empezaron a llenarla; alguien dio la alarma desde los pisos superiores del ayuntamiento. Solo una campana sonó que lo único que hizo fue despertar a los habitantes de esa ciudad que dormían ajenos a lo que allí ocurría. Del ayuntamiento salieron cien guardias armados con armas de fuego. El jefe de la estación se sorprendió de que la guardia de su ciudad también portara armas prohibidas. Era un espectador mudo de un hecho histórico.

El comandante de la guardia de Altamiras, de nombre Manuel, se adelantó unos pocos metros por delante de su ejército; por la parte contraria, un hombre ya entrado en años pero con una figura distintiva de mando, hizo lo mismo. De la puerta del ayuntamiento salieron decenas de lo que parecían guardias junto a un agente del director de Vera. Era un asesino y la rabia le invadió ante la sorpresa del hecho de tener un ejército hostil en las mismas puertas de su recién ascendido puesto. Manuel obvió a aquel personaje y se dirigió a su homónimo.

—Solicito parlamento.

El capitán de la guardia de Erdia asintió y fueron los dos a juntarse justo en el centro neutro de las dos fuerzas. A menos de un metro estaban uno enfrente del otro; sus miradas se medían en fuerza en la determinación de cada uno de ellos. El momento era tenso a pesar del frío; algunas gotas de sudor caían de frentes alteradas por el delicado momento. El capitán de la guardia de Erdia solo dijo una palabra:

—Altamiras.

Tanto él como Manuel se fundieron en un fraternal abrazo. Los subordinados del capitán de la guardia de esa ciudad se giraron hacia la escolta del nuevo alcalde que no podía dar crédito a lo que ocurría.

Fueron todos hacia el ayuntamiento de Erdia pues la toma fue perfecta aunque esperaran represalias del mismo director que quedaba de la hermandad. Manuel se acercó al jefe de la estación que antes sufrió la tensión de este hecho histórico. Lo cogió con su brazo del hombro y le sonrió:

—Te lo dije; sin derramar ni una sola gota de sangre. En una noche fría se tomó la ciudad de Erdia y que sepas que quién más sufriste, fuiste tú.

Manuel se separó del operario y este, después de todo lo ocurrido y padecido, solo pudo decir sin que nadie lo oyera:

—Hombres y líderes como tú son lo que hace falta en este triste mundo.

25. CAMINO AL SUR

Íbamos a buen paso sin ningún descanso. Desde que salimos de Inferno, toda la gente que evacuó la ciudad fue hacia el norte. Nosotros nos dirigimos hacia el sur y supimos por qué. En más de ocho horas de marcha continua no encontramos ninguna población ni asentamiento. Las Forjas del manantial, el lugar donde dejamos a María y su hijo, estaban al oeste. Me preguntaba si estarían bien. Karmen también miró hacia el oeste y me leyó el pensamiento, pues sonrió. El Mago irrumpió con sus palabras esta leve telepatía.

—María y su hijo están bien. No tienen casi mujeres; para ellos, lo que le habéis dejado es un tesoro y la tratarán como tal.

No dimos réplica a sus palabras, asentimos solamente y seguimos nuestro camino. El paisaje era continuo y monótono. La nieve adornaba con sus puntos blancos a nuestro alrededor, pero todo era monte bajo con algún árbol sin gran altura. La tarde pasó a la noche y aún anduvimos un trecho en la oscuridad. Nos guiaba El Mago hasta que paró y miró un reloj metálico que se veía cuando levantaba la tapa y estaba unido a un bolsillo con una cadena; entonces se giró.

—Aquí pararemos. Id a por leña pues ahuyentará a las bestias y no creo que traiga a ningún caminante en estas tierras agrestes. Como os habéis dado cuenta, no hay ningún núcleo humano en mucha distancia de donde estamos.

Fuimos Karmen y yo a buscar leña tal como nos mandó El Mago. « ¿No sé cómo hará que ardan estos troncos húmedos?», me preguntaba cuando los recogía. También recordaba la ciudad que destruimos: no comprendía cómo podía llegar el ser humano a tal decadencia, cómo podía tener tal desprecio a la vida y sufrimiento de otros o disfrutar con ello: eran las dos caras de la humanidad y ahora ese sufrimiento lo padecía él. Lo inexplicable era que, a través de tantos siglos, la humanidad no hubiera avanzado como lo hizo en tiempos antiguos y ahora no le daba más espacio que alimentarse y sobrevivir. Ya tenía suficientes troncos para un buen fuego y con ellos y la angustia de mis pensamientos, fui hacia mis compañeros de viaje. Romualdo vio mi semblante y directamente, sin preámbulo, me preguntó:

—¿Qué es lo que ahora te aflige, Silvan? Llevas la tristeza en tu cuerpo, tanto que hasta la contagias.

—Lo que vi en Inferno; ¿cómo puede llegar a tratar así el ser humano a sus semejantes?

—Pues lo hace, pero también hay gente de buen corazón que lucha por el bienestar de los suyos. Es el equilibrio que se tiene que mantener: no hay educación, es la ley del más fuerte. Ya es bastante sobrevivir en estas tierras. Cuando expulsan a alguien por cualquier regla moral estúpida o porque realmente cometiera un crimen, es condenarlo a muerte. Ahora tenemos que ir hacia nuestro destino y no vamos rápidos. Estarás deseando volver a ver a tu mujer, ¿no? Céntrate en ello. Ya habrá tiempo para librar a la humanidad de algún peligro que como una sombra le acecha. Yo hago la primera guardia, en cuanto cenemos, tú y Karmen podréis dormir.

—No lo necesito —le respondí enfadado.

—Créeme, sí lo necesitas. Tu cuerpo quizá no tanto pero para tu paz, será beneficiosa en demasía —su voz era profundamente cargada de sabiduría lo que me impidió darle réplica.

Karmen apareció con un jabalí no muy viejo y le pasé un cuchillo para que lo arreglara; Karmen nunca usaba armas pues no le hacía falta. El Mago ponía los troncos recolectados en una pirámide colocándolos todos inclinados, sacó un frasco de algunos de sus escondidos bolsillos y lo vertió en los troncos. Sacó un artilugio que era un cilindro del tamaño del dedo meñique con una ruedecilla dentada al final del mismo. La rodó con el pulgar y surgió una pequeña llama que acercó a donde vertió el líquido del frasco; ardieron todos al instante, puse dos palos en vertical al lado del fuego y pusimos encima de ellos el jabalí ensartado. El Mago sacó varios cilindros que iba abriendo y esparcía unos polvos encima del asado: eran especias. Lo que ya podía confirmar es que Romualdo estaba preparado para todo. ¡Ojalá lo estuviera para lo que se nos venía encima! Tardó en estar el asado más de dos horas; una vez que estuvo hecho, comimos en silencio. El frío era muy intenso para que los animales y los caminantes le invitaran a pasear por ella.

Karmen se fue a dormir y yo le seguí. Dimos las buenas noches a Romualdo que nos deseó dulces sueños; se quedó sentado en una roca, perdidos sus ojos y pensamientos en la pira ígnea que atrapaba su atención. Me parecía un ser sacado de los libros antiguos y me pregunté: ¿cuánta gente excepcional he de encontrar más en la senda que camino? Así, me sumí en sueños donde reinó Raquel y su presencia onírica me dio tanta paz, que no tardé en caer en el sopor del dormir.

Romualdo nos levantó con golpes de su bastón; nos soltó una retahíla de sinónimos de vagos y perezosos pero siempre con su sonrisa característica. Aún era de noche pero faltaría poco para

amanecer así que, nos pusimos nuestras capas, me coloqué mis armas y la mochila. Romualdo estaba delante de nosotros.

—Caballeros, hoy no será como el día de ayer. Estad preparados pues tengo el presentimiento de que hoy tendremos entretenimiento.

Karmen me miró pues yo no presentía peligro ninguno, pero las palabras del mago hicieron que tuviera los sentidos alerta. Romualdo empezó su guiar pero paró olvidando decirnos algo más.

—Por cierto, estamos cerca de un lugar peculiar que nos proveerá de monturas. Tenemos que ir más rápido si queremos llegar sin retraso a la hora adecuada que tenemos que arribar; todo tiene que ser en el momento preciso.

Quise replicar sobre las palabras dichas pero Romualdo me hizo callar. Ya sabía yo lo que le enfurecía que lo interrumpieran.

El alba, con su rojiza naranja, nos dio la bienvenida a un nuevo día. Seguimos andando por el paisaje anterior descrito todo llano, hasta que vi como un bosque con sus árboles alineados hacía una frontera. Así, nos íbamos acercando a él. Su entrada era otra puerta de mi imaginación: era sobria y grande, era de madera oscura y ennegrecida mas parecía a partes que había sido quemada; estaba en muy mal estado puesto que se veían también trozos carcomidos que recorrían insectos y larvas por sus vetas; fuimos acercándonos. Karmen paró ante el bosque y no porque viera mi puerta, sino porque antes de entrar en un bosque recitaba una oración. El Mago asintió de las palabras de respeto hacia el bosque de Karmen y a mí me miraba curioso. Cuando traspasé la puerta el olor a humedad vieja me invadió; no era buena seña esta última frontera. Romualdo se giró hacia mí:

—Maese Silvan, si en algún momento quiere contarnos lo que ve que nosotros no vemos, le estaré muy agradecido.

—Todos tenemos pequeños secretos, Romualdo; algún día os lo contaré —dije con palabras amables.

El bosque lo traspasamos sin dificultad; tenía poca maleza y los troncos de sus árboles estaban espaciados casi en orden. Era un bosque joven. Romualdo paró muy serio mirando hacia el sur y yo agudicé los sentidos, pero nada me alertó. Karmen esperaba concentrado y Romualdo me dirigió las palabras.

—¿Puedes hacerlo ahora?

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —dije confundido.

—Comunicarte con la tierra —casi me suplicó El Mago.

—No lo sé, lo intentaré, pero ¿por qué?

—Tengo serias dudas de que nos aceche un peligro y no voy a

negar que quiero saber cómo lo haces —se sinceró Romualdo.

Anduve unos pasos separándome de mis compañeros, vacié mi cabeza de cualquier pensamiento para tener toda la concentración que pudiera e hinqué la rodilla en el suelo; bajé mi cabeza y cerré los ojos hundiendo mi puño en la tierra y, bajo la tierra húmeda y fría, abrí mi mano poco a poco. Ya no sentía mi cuerpo pero sentí el subsuelo a mis pies y lo percibí tan bello que una paz acudía en una única sensación. De pronto, empecé a viajar no a cualquier lugar que quise, sino al que me guiaban en el camino que recorría. La paz se volvió inquietud porque a unos cuantos kilómetros de donde estábamos nosotros, unos seres superficiales que a la tierra le asqueaba se iban dirigiendo hacia nosotros a una velocidad endiablada. Eran los mismos seres que nos atacaron en Nocturna pero había uno de ellos más poderoso que el resto. Supuraban rabia por todos sus poros y el que parecía diferente al resto, no tenía el instinto primitivo de matar aunque quería algo más, algo que era la victoria sobre un reto difícil. Tenía que avisar a mis compañeros pero la comunión con la tierra no me dejó desconectar pues me quiso mostrar más. Seguí viajando cada vez más rápido hasta que llegué a mi ciudad, a Vera; seguí por sus calles hasta el ayuntamiento, pasé sus puertas y subí por la piedra hasta que, de pronto, sentí un profundo dolor. Era insoportable: dos sombras oscuras y siniestras estaban allí imperando su maldad que no podía consentir que existiera sobre sus pies. Con mucha dificultad, vi que uno era el antiguo director de Vera (nunca lo vi), pero así me lo decía la Madre Tierra; la otra sombra no la pude reconocer, mas se me reveló como un antiguo mal. Las cinco ciudades estaban en peligro al igual que quien habitaba en ellas. Quise otra vez volver en mí pero mi conexión no se rompió. El dolor tan profundo que me aquejó al ver a aquellas sombras de maldad remitió y la sensación que ahora predominaba era de una leve advertencia. Fui viajando por sus entrañas más lejos y más deprisa hasta un lugar donde caminaban tranquilos dos hombres y una mujer: uno parecía un anciano; el otro, un hombre de buen porte y la mujer, aunque no joven era tremendamente bella. Ellos pararon, se dirigieron hacia donde me hacía viajar la Madre Tierra y me miraron como si allí estuviera, con los ojos abiertos de sorpresa y como si realmente yo fuera el que estaba allí. Se rompió la comunión con ella y caí extenuado al suelo; el dolor me había agotado pues nunca había tenido una comunicación tan intensa. Romualdo se acercó con una cara de fascinación e ilusión casi infantil. Fui a hablar pero me cortó:

—¡Lo he visto! ¡Al final sé cómo lo hace! ¡Fantástico! ¡Increíble! Es electricidad, la misma con la que se comunica el cerebro; de tu mano emanó hasta que llegó a tu cabeza y tu mismo cerebro tradujo lo que te quería comunicar en todas las zonas, hasta podías oler y sentir dolor. ¡Tan simple y tan complejo! Eres un ser privilegiado, Silvan. Eres el primer ser inteligente que lo ha hecho. ¡Te envidio! —dijo exultante Romualdo.

—No te he querido interrumpir porque lo odias pero son muchas cosas las que me mostró hoy.

—Cuenta Silvan, serán muy importantes —dijo Karmen.

—Lo más importante es que ahora, en las cinco ciudades del este, dos seres viles y llenos de maldad están en la ciudad de Vera y su sombra se extiende sobre las ciudades. Otra es que muy lejos de aquí, tres personas me han visto como si yo estuviera delante de ellos y…

El Mago cortó mi relato muy serio mirando al sur y, con palabras profundas llenas de un antiguo conocimiento y sin mirarnos, profirió:

—Sobre esos dos oscuros seres ya tengo yo conocimiento y nuestro amigo, Antón el Rojo ya ha tomado partido con una jugada compleja de su maestro de la estrategia y de los secretos. Yo le estoy ayudando aunque él no lo sepa. Sobre esos tres personajes que has dicho inquieto y que te han visto, sé quiénes son pero no puedo desvelar este último misterio, es aún muy pronto; no hay peligro, al menos, por el momento. Se está haciendo muy grande esto y tenemos que ir pronto al punto de reunión. Os lo dije, tenemos que llegar en el momento justo.

Romualdo empezó a andar y de manera brusca, se paró a mirar a Silvan:

—Tengo la impresión de que no has dicho todo lo que tenías que decir, ¿no?

—No, lo que más urge en este momento es algo vital.

—¿Qué es tan vital e importante, Silvan? —dijo Karmen.

—Preparaos para luchar. Las bestias que nos atacaron en Nocturna están aquí para darnos caza y la comanda un ser más poderoso que ellas. Están aquí… ¡ya! —grité para que tomaran conciencia del peligro.

Cerré mis ojos y sentí como rasgaban con sus garras la tierra hiriéndola con el veneno con el que estaban impregnadas. Vi como un largo viaje les agotaba pero la ira les invadió ignorando el esfuerzo. Su rabia era tal, que solo podía calmarles la sangre de su objetivo. Vi que una tenía una prenda mía (olía a mí mismo), pero

el olor no era guía suficiente para que los guiara a tanta distancia de donde nos encontrábamos. El Mago habló lo cual terminó mi concentración:

—Son trece. Mal número.

—Pronto lo menguaremos a cero. No temas por las matemáticas, amigo —contestó con una férrea seguridad Karmen.

Karmen se despojó de su capa y se quedó con el pecho descubierto. Dio un paso y sin que ningunos de los restantes le esperásemos, emitió un grito de guerra que incluso hizo parar por unos segundos a las aberraciones en su carrera. Yo extraje dos pistolas de un solo disparo aunque de extraordinaria potencia y esperé adelantándome a mis compañeros. Sentí que estaban cerca pues la nieve impedía verlos, pero la vista era solo un sentido; cerré los ojos y sentí que dos de las enormes bestias tomaban delantera, bien porque fueran más fieras o tuvieran más fuerza, serían las primeras.

Dos truenos sin haber tormenta, inundaron el espacio del día que nevaba, impactando en sus cabezas reventándolas y parando fatalmente su carrera hacia la sangre que nunca derramarían.

—¡Once, ya es mejor número! —dijo El Mago sonriendo.

Él no se movió del sitio. Yo extraje las dos espadas de la luna, (la herencia de mi madre que hoy, en su memoria, le daría buen uso). Karmen desapareció en dos pasos hacia delante y una bestia saltó hacia Romualdo, pero Karmen, en el aire, la atrapó; los ojos de aquella abominación se abrieron por la sorpresa. Karmen invirtió el impacto hacia el suelo girándolo en el aire para que su espalda fuera la que chocara contra el suelo, movimiento que aprovechó Karmen para hacer más fuerza y que el daño fuese mayor. Las vértebras de aquel monstruo chocaron contra las rocas quebrándolas y más no se movió. Karmen buscó a su siguiente víctima. Yo me recosté contra un árbol grueso esperando al siguiente depredador y la embestida que imprimió hacia mí se volvió en su contra, pues donde antes estaba yo solo encontró madera; la fuerza con la que impactó contra el árbol le hirió bastante, pero no fatalmente, por lo que lo rematé clavándole una espada en la nuca.

—Nueve, ya la resta es buena —gritó Romualdo.

Mientras hablaba delante de Romualdo, saltó otra bestia, pero El Mago le dio la vuelta a su bastón terminado en punta y se lo clavó en su pecho muriendo así la bestia en el instante. Empezaban a ser más peligrosas porque las bestias venían agrupadas, pero vi a Karmen desplazarse rápidamente por mi derecha, así que, en esa

dirección decidí abrir brecha del cerco que pretendían. La velocidad de Karmen sorprendió a una bestia que solo pudo ver, antes de morir, su corazón en las manos de Karmen y acto seguido se desplomó.

—Siete quedan; es un número mágico, pero no para ellos.

Al que estaba al lado de Karmen, cerca del que abatió, le abrí la garganta de un tajo y al más próximo decapité sin que tan siquiera se dieran cuenta.

—Cinco son y no huyen. ¿Tan tontos son? —recitó Romualdo.

Detrás del mago se cernió la sombra de una bestia y cuando fue a atacarle, El Mago lo esquivó y la bestia recibió un golpe de su bastón que lo aturdió; cuando la abominación se sobrepuso, una daga se encontró entre ojo y ojo que yo lancé. Karmen era una sombra escurridiza que en su pericia sorprendió a otra bestia y lo desnucó con un golpe en la cabeza.

—Tres, solo quedan tres —dijo Romualdo con pasión.

Una de las bestias, la que tenía un mechón blanco en su frente, estaba quieta detrás de sus congéneres esperando el momento de actuar. Era mucho más grande que las demás y con un gruñido, ordenó a los otros que atacaran. Sutil orden de muerte anunciada. De los tres restantes, el primero llegó a mí que estaba quieto ante su ataque: garras y dientes salvajemente fueron hacia mi cuerpo; levanté mis dos espadas en una cruz mortal y su cuerpo aterrizó ante mí sin su cabeza. El otro se dirigió hacia El Mago; antes de que pudiera atacar con su bastón, recibió el impacto en su cabeza; varios dientes dieron contra el suelo y yo hundí una espada en su cráneo que no le hizo levantar nunca más.

—Solo queda uno, el más poderoso de la manada; es buen número ahora —gritó Romualdo sin emoción.

Todos fuimos hacia él ya que era más poderoso que los demás, pero Karmen nos paró; era su presa. El Mago me comentó en un susurro:

—No tienen ni idea de lo poderoso que es Karmen. Quien haya enviado a estas bestias aquí sabe que poco tienen que hacer. Él podría haberlas eliminado a todas.

Sabía seguro que las palabras de Romualdo eran ciertas. Dejamos a Karmen ante la última amenaza que nos impedía seguir nuestro camino. La bestia tampoco tenía miedo alguno. Me adelanté para ayudar a Karmen pero él, con su mano abierta me indicó que no interviniera.

Se midieron en círculos cada uno con seguridad en sí mismo; una pausa hubo en el campo de batalla que fue hasta un punto

inquieta y tensa. Aquella bestia atacó primero y un trueno sonó. La abominación miró a su pecho que emanaba sangre abundante y cayó muerta en el suelo. El Mago sopló el cañón de su arma que nadie supo de dónde salió. Karmen habló:

—¡Era mío!

—Karmen, amigo, el tiempo es nuestro enemigo en este momento. Esto ha sido un contratiempo. Tendrás en el futuro más gestos heroicos que relaten aquellos que quieran. Tenemos que llegar a tiempo a nuestro destino ¿recuerdas?

—Razón llevas. Lo importante es el destino.

—Pero nunca obviar el camino —resaltó Romualdo.

Me sorprendió la facilidad con la cual nos deshicimos de esta amenaza. A cada día que pasaba me encontraba más poderoso, pero mi única preocupación era llenar el vacío doloroso desde que la tormenta me separó de Raquel; después ya salvaríamos el mundo en la eterna lucha que siempre ha existido y existió. Miré a Karmen y Romualdo:

—¡Sigamos, el tiempo apremia!

Y sin ninguna objeción, así lo hicieron.

26. LA VÍA OLVIDADA

De la locomotora que llevaba cinco vagones, dos de ellos que eran especiales, no paraban de bambolear. Llevaban día y medio de camino entre Erdia y Vera.

Claudio estaba tranquilo en el primer banco del cuarto vagón; miraba el blanco paisaje demasiado fijamente para pensar que estaba disfrutándolo. Valerio, el hermano de Román, el fallecido duque de Mont-Elo estaba en el último banco del quinto vagón. Sentía una soledad autoimpuesta. Miraba a todos aquellos compañeros de trabajo que en realidad eran soldados camuflados de Claudio y que no le seguían a él, sino al gigante silencioso que ocupaba el último banco.

Siguió mirando el paisaje blanco, cómo los árboles se movían raudos y así se quedó observando hasta que vio algo que le hizo ponerse en pie. Un ser de un metro escaso de altura con una abundante mata de pelo, le estaba saludando con la mano: no era humano. Valerio se volvió hacia la parte trasera del vagón y abrió la puerta que daba al exterior; remolinos de viento con nieve entraron a su apertura. Miró hacia el punto donde vio ese pequeño ser y nada halló. Pudiera ser que empezara a volverse loco; entró y cerró la puerta. Sus compañeros estaban mirándolo con curiosidad y él pidió perdón; todos asintieron con una sonrisa y varios se dieron con el puño en la mitad de su otro brazo; era el saludo de los trabajadores de Hornos, en palabras, era solo una: «respeto».

Valerio devolvió el saludo y se fue a sentar cuando vio que en el principio del vagón estaba el alcalde de Alana. Iba caminando y saludando a todos aquellos que le acompañaban en esta empresa; ya iba a mitad del vagón cuando la puerta se abrió y una persona ajena a la gente de Hornos fue en busca de Claudio. Él se giró sorprendido y él mismo se presentó.

—Soy agente de la hermandad —lo dijo mostrando una placa.

Claudio abrió los ojos y levantó sus cejas con una cómica y fingida sorpresa. Dio un paso hacia el agente y le tendió la mano.

—Claudio, el alcalde de Alana. Encantado —le respondió con una amplia sonrisa.

Aquel agente se sorprendió mayúsculamente de ver al alcalde de Alana tan lejos de su ciudad.

—Señor alcalde, ¿cuál es el motivo de que esta gente viaje en el tren? No tengo ninguna notificación.

—Vamos hacia Selva por motivos laborales. Me pidieron

refuerzos y hacia allí vamos.

—¿Sabe que Selva fue tomada por la hermandad? Igual eran notificaciones antiguas.

—Y lo hicieron con gran destrozo, por eso nos dirigimos hacia allí. Lógico, ¿no? —elegantemente contestó Claudio.

—Visto así, sí lo es. Y vos, ¿no estabais enfermo que no acudisteis al cónclave de alcaldes? Pero ¿cómo pudisteis mandarlo si ya estabais vos de viaje?

—Estáis sobradamente informado. ¡Vaya, me habéis pillado! Hubiera sido mejor no haberme descubierto.

Todos aquellos que estaban al lado del agente se levantaron. Aquel ser se encogió al ver los musculados cuerpos de aquellos hombres forjados por años de trabajo. Entre ellos, surgió una mano enorme que lo cogió de su ropa y lo levantó en el aire; se lo llevó arrastrando por el pasillo sin violencia hasta el último banco del tren. Sentó al agente, levantó una mano y un objeto que le lanzó un compañero cayó en su palma que cerró para asirlo; con la otra mano libre cogió las dos muñecas del agente y las apresó en unas esposas sin apretarlas mucho. El hombre, temblando de miedo, preguntó:

—¿Me vais a matar?

—No somos como vosotros. No destruimos lugares ni asesinamos a la gente. Sabes que vamos a Selva y ahora te digo que es para liberarlo; ni se darán cuenta. Estarás con nosotros y antes de que lleguemos hasta donde tenemos que llegar, te soltaremos; pero, por supuesto, en Tierra de Nadie. Ahora, te lo ruego, guarda silencio.

Repentinamente, Claudio se acercó hacia la ventanilla y Valerio le llamó la atención; entonces vio a un segundo ser que, con una mano alzada, levantaba dos dedos de la mano. Valerio sorprendido, miró a Claudio:

—Entonces son reales; no me estoy volviendo loco —exclamó Valerio.

—No, no estás loco; son reales pero solo podemos verlos tú y yo. Somos especiales, unos privilegiados —le confesó Claudio.

—Tú no eres un durmiente; te habría reconocido aunque hubieses cambiado físicamente. Tenemos un vínculo.

—No, no lo soy. Simplemente en mi niñez, que fue muy solitaria y yo era muy inquieto, encontré una salida fuera del feudo de Alana. Unos pasadizos quizá conocidos o no que salían al exterior de las murallas, a la Tierra de Nadie. Pasaba poco tiempo fuera pues no quería que notaran mi ausencia: mi padre me hubiera castigado y mi madre dos veces más. Mi madre, por cierto, era hermana de

Florián de Selva y Héctor es mi primo hermano. En una de esas escapadas me encontré con un ser de gran pelaje y muy pequeño que estaba enfermo; como pude, lo metí en una cámara pequeña que había en esos pasadizos. Allí pasé, cuando podía escaparme, mucho tiempo cuidando a esa pequeña criatura. A mis cuidados sanó y lo devolví al exterior pues no quería que pensara que lo tenía retenido. ¡Divina niñez que aún te queda lo que pierdes de mayor! La inocencia. Me despedí de él y aún casi todos los días que podía, salía a Tierra de Nadie a ver si me encontraba al que decía que era mi amigo. Cada día me aventuraba más hasta que un día me perdí; dormí encima de un árbol y menos mal que era verano. Al final, me encontró una partida de exploradores que mandó mi padre. El castigo fue severo pero fue mayor castigo el ver las lágrimas de mi madre; la amargura que le causé por perderme y ella temer lo peor. Me abrazó tan fuerte que me hacía daño, mas no me regañó. No desvelé los pasadizos, pero les dije que salía por una puerta de la ciudad que estaba abierta y no volví a salir más. Un día, plácidamente durmiendo, sentí un peso en la cama y al abrir los ojos vi al ser que salvé sentado en los pies de mi cama sonriéndome. Me dio un círculo hecho de ramas con adornos de hojas muertas y conchas de animales cosidas. Era hermoso. Me estaba dando las gracias. Muchas noches me visitaba y luego fueron más los que acudían y nos comunicábamos con señas: me dieron a entender que solamente yo podía verlos y así hasta estos días. Aunque hicieron más por mí, ya verás —contó Claudio.

Valerio miró a los hombres que estaban más próximos y no vio que se alteraran lo más mínimo. Claudio le sonrió.

—Me estás sorprendiendo mucho, Claudio. Y los hombres que nos acompañan, ¿lo hacen porque simplemente se lo ordenas? —dudó Valerio.

—Estos hombres no son mis súbditos, son mi familia, mi sangre. Me conocen de sobra y hacen y hago lo mismo que hacemos todos: cuidarnos y protegernos a nosotros y a nuestras familias. Y en estos momentos, dando auxilio a Selva. Tú también eres familia mía, Valerio.

Claudio volvió a mirar hacia los cristales y junto a Valerio, vieron otra criatura pequeña que levantaba la mano con solo un dedo.

—Es la última señal—le dijo a Valerio.

Claudio se levantó y se dirigió al herrero que estaba más cerca de él.

—¡Es el momento! Suelta los dos vagones, coge a un compañero

y tened cuidado —le dijo Claudio con buenas palabras.

Aquel que eligió Claudio salió hacia el cuarto vagón y en el camino se le unió un compañero. Claudio, en voz alta, dijo:

—Agarraos, pronto entraremos en las vías olvidadas. Esperemos que estén en buen estado o bailaremos todo el camino.

Un murmullo de risas inundó el vagón y en el cuarto vagón, un hombre repitió las advertencias de Claudio. Entre el tercer y cuarto vagón dos hombres estaban en la intemperie. El tren empezaba una pronunciada pendiente descendente. Uno extrajo un enorme martillo de poco palo y de espaldas, solamente su tronco, fue inclinándose peligrosamente hacia el suelo; el acompañante lo sujetaba para que no cayera. El enganche que había entre vagón y vagón era muy simple: dos piezas circulares huecas superpuestas y una barra de hierro macizo que las mantenía unidas. Desde abajo, un golpe seco y potente hizo que la barra subiera hasta arriba. Tan fuerte fue que salió hacia el suelo fuera de las vías; también porque una mano enguantada la desvió fuera. Las puertas que comunicaban los vagones eran macizas lo que impidió que los otros vagones vieran como dos de ellos se alejaban. La vía iba en línea recta, lo cual les favorecía que no pudieran verlos desde las ventanillas. El maquinista vio como el tren cogía más velocidad, incluso sospechó que fuera porque llevaba menos peso que antes pero lo atribuyó más a la bajada; por unos momentos estuvo tentado de salir para ver si algún vagón se hubiera perdido, pero hacía mucho frío.

El cuarto y quinto vagón iban perdiendo velocidad separándose del resto del tren. Cuando empezó a nevar con un viento caprichoso que hacía perder mucho la visibilidad, la climatología se convirtió en un aliado. Ya perdidos de vista, las vías cambiaron y se dirigieron a otra dirección con más pendiente. Los raíles, al paso de los dos vagones, se iban descubriendo ya que estaban cubiertos de ramaje y nieve. Descendían rápido y así fue durante algunos kilómetros hacia el noreste hasta que un llano fue poco a poco frenándolos despacio, hasta que quedó a menos de un metro de un montículo de nieve que obstaculizaba el camino.

—¡Vaya! Un contratiempo —gruñó Valerio

—Te equivocas; todo va según lo planeado. Salgamos —le apremió Claudio.

Todos los que estaban en los vagones salieron al exterior; la ventisca helada los castigaba, pero eran hombres extremadamente duros y muy entrenados por si la ocasión lo necesitara. Ocurrió que el entrenamiento fue para algo; más de diez de ellos por cada lado bordearon el montículo y se alinearon, se agacharon hacia el suelo

y parecía que algo cogían. En movimientos coordinados, descubrieron que el montículo de nieve que les obstaculizaba era una locomotora; la cubría una gran lona que, junto con la nieve, la camuflaba.

Valerio estaba muy sorprendido del ingenio de Claudio.

—¿Esto no será obra de Antón, verdad? —dijo sospechando Valerio.

—Obra, no. Todas estas cosas ocultas y las siguientes que veas son cosa mía, pero el momento de las acciones lo coordina él —le dijo guiñándole un ojo Claudio.

Valerio subió a la locomotora y vio que era antigua pero que estaba en buen estado, aunque no tenía combustible y así se lo avisó a Claudio.

—¿Y el carbón? —preguntó.

—Las mochilas, chicos.

Todos los trabajadores de las forjas de Hornos, poco a poco se dirigían a la locomotora y vaciaron sus mochilas que solo llevaban carbón. Cuando el último vació su mochila, encendieron y alimentaron la caldera. Claudio empezó la maniobra de enganche y cuando los vagones estaban unidos a la locomotora, ordenó a todos que subieran excepto a dos que debían alimentar la caldera con carbón. Valerio se quedó en la locomotora y empezó una lenta marcha que fue cogiendo cierto brío. La locomotora tenía en su delantera unas protecciones que iban limpiando el camino. Pasó el tiempo y los kilómetros iban pasando hasta que, pasadas las dos horas largas, las vías terminaban entre un saliente de piedra que al poco engulló al tren. Fueron saliendo todos aquellos que estaban confinados en los vagones y se dispersaron con disciplina sabiendo todos qué tenían que hacer. Se fueron encendiendo una detrás de otra, hogueras que fueron dando luz a la caverna que engulló el tren. Descubrieron una extraña estación dentro de una gran cueva con varios edificios. Valerio bajó y estaba asombrado del plan de Claudio. Él lo recibió anticipándose a sus preguntas.

—¿Te preguntabas dónde terminaban las vías olvidadas? Aquí, en la estación perdida. Un secreto de familia —le contestó Claudio.

—Es imposible que hayas hecho esto para tomar Selva; esto es obra de muchos años, Claudio.

—Claro que es imposible. Empezó todo esto, al igual que las vías, mi abuelo; lo siguió mi padre y yo lo terminé. Debido a que mis anteriores generaciones temían a la caprichosa hermandad, mis antepasados construyeron una vía escondida y olvidada para poder escapar en caso necesario y no son estas las únicas vías de tren

escondidas, ni el único lugar previsto para esconderse; aquí, aprovechando lo alto y ancho de esta cueva, un emplazamiento para bastante gente con barracones para dormir y sitios de defensa. Todo muy calculado. Aquí tenemos refugio y víveres para muchos días. Esperaremos noticias de Antón el Rojo y de mi primo Héctor. No están muy lejos.

—¿Cómo lo sabes tú? —preguntó Valerio.

—Intuición. A veces funciona.

—¿Y el agente? ¿Qué hacemos con él?

—Le daremos cobijo y comida. No somos salvajes, no somos como ellos pero no podrá salir de aquí—le contestó Claudio.

—Me ha sorprendido mucho tu ingenio, Claudio, y te lo dice alguien que ha vivido muchos años.

—Como un lobo solitario. Espero que sigas con nosotros y con nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Pero pregunta, que lo veo en tu rostro.

—¿Dónde estamos?

—Muy cerca de Selva y cerca de Vera, pero escondidos y lo suficientemente lejos de ellas para poder pasar inadvertidos —contestó Claudio.

—¿Cómo es que aquí los caminantes no se han apoderado de este lugar?—preguntó Valerio.

—Porque los duendes lo han custodiado. Ya estás preguntando mucho; deja algún misterio en el tintero, Valerio.

—Tú comandarás el asalto de Selva, pero espero que no te mueva la venganza, Claudio —dijo serio Valerio.

—Te equivocas. Yo aquí pierdo protagonismo pues tú eres el que comandarás a esta gente; ellos saben lo que eres y te tienen mucho respeto. No es venganza, es liberar a la gente para que ese feudo vuelva a ser lo que era: el sitio más bello de las cinco ciudades del este y con la menor violencia posible. Solo deseo eso. ¿Conforme con mis palabras, Valerio?

—Contigo, sí, pero recelo de Antón el Rojo y sus tramas, que él llama secretos.

—Puede ser que Antón tenga muchos secretos, pero sin ellos, el ahora ser más oscuro y cruel de la hermandad no tendría trabas para conseguir reinar en estas ciudades y las personas sufrir las consecuencias de su mandato —confesó Claudio.

—Comandaré a tus hombres y lucharé contra las sombras. Seré el guerrero que siempre fui y me quedaré aquí con vosotros, pero no prometo qué haré después.

Varios hombres oyeron la conversación y los más próximos

empezaron a gritar el nombre de Valerio. Le secundaron otros hasta que todos lo hicieron. El eco de la caverna aumentó la potencia de su nombre y Claudio le susurró:

—Te corrijo. No son mis hombres, son los tuyos. ¡Despierta ya, durmiente!

27. ENCRUCIJADA

Sentía como el bosque por donde andábamos agradecía que aquellas bestias no volvieran a poner sus venenosas extremidades sobre mí. Iba encaminando la marcha y mi ira iba amainando. Lo que en unos días en Nocturna fuera una dura batalla, ahora solo eran molestias. La impaciencia se entremezclaba con la ira diluida. No tenía que estar donde estaba ahora, tenía que estar más hacia el sur. Romualdo y Karmen me dejaron tranquilo, supongo que ellos entendían que, al fin y al cabo, mis sentimientos impetuosos eran los de un joven y no los de un ser milenario como ellos.

Las columnas marrones de los árboles hicieron otra vez frontera y salimos a una copia del llano pasado: otra repetición. Es como si no hubiéramos recorrido ni un metro tan solo. Fui humano y me derrumbé hincando mis rodillas en el suelo. Llegó Romualdo a mi cercanía:

—No es ahora tiempo para el desánimo, mi joven amigo. Levántate, pues aún has de caer muchas veces más. Así es el destino de todo el que camina. Solo que a cada vez que tropiezas, tienes que levantarte con más fortaleza.

Le miré a los ojos y él me sonrió con sus labios escondidos en esa barba blanca ensortijada, acompañada de una mirada profundamente llena de sabiduría; me ofreció la mano y yo la tomé para levantarme. El Mago empezó a caminar cuando sentí la mano de Karmen en el hombro y me adelantó siguiendo la estela de Romualdo. Yo terminé por pisar las huellas de mis compañeros. Anduvimos un par de horas en silencio hasta pasado el mediodía de este día que empezó a envolvernos con vientos cargados de blancas partículas. Al fin, la monotonía de aquel aburrido llano empezó a cambiar al subir varias lomas y una elevación más alta que ya tenía la denominación de montaña se interponía en nuestro camino. La subimos, yo era el último; la pendiente estaba tan empinada que incluso tuve que ayudarme de mis manos. Quedaba poco; Romualdo había coronado primero la cima y nos miraba a los rezagados. Después, señaló con una mano. Llegué a su lado y todo el paisaje cambió. Vi un serpenteante río semi helado que discurría por un valle profundo y veíamos columnas de humo de las chimeneas que daban batalla a este día contra el frío. Apenas eran una decena de casas pero estaban espaciadas y, a pesar de la nieve y un bosque denso que estaba a su izquierda, en la mitad de la aldea había una cruz de caminos que seguían hasta que se perdía la vista. Había

otros caminos engullidos por los accidentes naturales por donde se adentraban y uno perdido al entrar en el bosque: árboles tan prietos que no dejaba pasar la luz. El Mago me dirigió su voz.

—*Nunquam desperase*…

—Nunca pierdas la esperanza o empezarás a morir —terminé la frase.

—Repito, llegaremos donde tengamos que ir y llegaremos a tiempo. Aquello que ves es La Encrucijada, la única villa en muchos kilómetros a la redonda; es un santuario para los que vosotros llamáis caminantes en Tierra de Nadie. Son muy supersticiosos, ni los más salvajes humanos osan atacarlos. Cuenta la leyenda de ese lugar que, una vez, se aprovecharon de que no tenían defensas y poca población para repeler un ataque y aprovecharon para poder pertrechar una incursión; encontraron el pueblo vacío y se encontraron con un ejército fantasma que mató a aquellos hombres y dejó a uno solo vivo para que lo contara, allí donde viajaba el único superviviente relataba que aquel pequeño poblado era un santuario.

—¿Era cierta? Después de todo lo vivido no me extrañaría nada —le respondí.

—Casi todas las leyendas son falsas, casi todas —apuntó Karmen.

—Más que leyendas, necesitamos un milagro —les dije sincero a los dos.

—Es cierto, pues trabajemos en ello. Mas, en ese pequeño pueblo hay un lugar que añoro mucho de los viejos tiempos, una joya: ¡una taberna con un vino excelente y una cocina exquisita!

Estaba a punto de recriminarle la frivolidad de querer parar en una taberna cuando el tiempo tanto nos apremiaba; entonces, una paloma blanca se posó en el hombro de Romualdo. Éste extrajo de uno de sus innumerables bolsillos papel y un carboncillo fino, escribió en el papel y lo enrolló en la pata de la paloma. Romualdo le dio un golpe suave y salió planeando sobre el bello valle. Iba a preguntar cuando me dejaron con la palabra en la boca descendiendo hacia el valle; nos llevó tiempo pues la distancia engañaba. Llegamos a la aldea de apenas diez casas y empezó a saludar a toda la gente que veía como si así fuera todos los días. Éramos extraños y éramos raros, pero la gente nos miraba como si nos conocieran de toda la vida. Las diez casas eran más altas de lo que parecían en la lejanía y las pocas calles que las envolvían estaban perfectamente adoquinadas. Al llegar al centro de ese lugar, había una taberna que ocupaba la primera planta de una de las

grandes casas. El letrero ponía La Encrucijada. Entramos y un agradable calor nos invadió; allí estaban sentadas pocas personas a las mesas que nos saludaron al entrar: eran gente amable y sencilla que transmitieron más calor humano y el conjunto fue tan agradable que mi ánimo se levantó un poco más. Detrás de una barra de madera había una mujer oronda de pechos enormes y mejillas sonrosadas. Al vernos entrar, salió de la barra, se quitó el delantal y se puso en jarras frunciendo el ceño en signo de enfado.

—Mucho has tardado en volver, mago; casi nos habíamos olvidado de tu nombre, Romualdo.

—Mis más sinceras disculpas, Margarita. Varios asuntos me han tenido ocupado. El fin de este mundo y otros asuntos menores, pero he vuelto, ¿no me ves? Aquí estoy y tengo un regalo acorde a la mujer más bella del mundo —terminó de hablar sacando un bello colgante de sus infinitos bolsillos.

La mujer abrió los ojos como platos, aceptó el regalo de Romualdo y lo abrazó tan fuerte que pensé que perderíamos al mago ahogado entre dos pechos tan grandes que era imposible no mirarlos. Yo miré a Karmen.

—¿Es su mujer?

—No, Romualdo tiene otros gustos. Le gustan los hombres y espero que no te incomode.

—No, para nada. Siempre respeté el gusto de cada persona.

—Tomad la mesa que más os guste. Ahora mi hija os traerá vino y os servirá un guisado de patatas como antes jamás habéis comido —nos ofreció Margarita.

Nos sentamos al lado de la puerta cerca de una gran cristalera, un poco apartados del resto y en sillas recias al lado de una mesa de fuerte madera. Yo miraba intrigado a Romualdo. Él se me quedó mirando y Karmen hizo algo que poco hacía: sonreía.

—¿Qué, Silvan?

—Aquí te conocen bien.

—Sí. ¿En qué te has dado cuenta? —Romualdo dijo su jocosa frase enmarcándola en una sonrisa.

—En nada, pero ya que aquí estamos, conversemos pues es buen momento para hacerlo —le respondí.

En ese momento, una mujer joven llevando una bandeja con una gran jarra de barro y tres vasos del mismo material se acercaba a nosotros. Era muy bonita y tenía unas curvas muy femeninas que ocultaba su vestido. Se parecía a su madre, pues así tuvo que ser ella de joven: espectacularmente hermosa. Se acercó y posó el contenido en la mesa. Esa joven me miraba intensamente y con su

mano se acariciaba su pelo; traicioné a Raquel en un fugaz pensamiento pero el amor que le profería a ella era superior a cualquier deseo y lo fugaz pasó como una pequeña mancha en mis sentimientos. Llegó su madre con una olla grande que puso en la mesa. La joven desapareció y trajo platos y cubiertos; se acercó tanto a mí que sentía hasta el palpitar de su corazón y el mío, traicionero, se aceleró. Su madre se dio cuenta de los coqueteos y con voz potente dijo:

—¡Ah, no! Si vas con Romualdo, buen hombre tienes que ser pero mi hija es mi mayor tesoro, es lo único que tengo y si la quieres tener has de hacer muchos méritos para merecerla.

—No tema, Margarita. No niego que su hija es una de las mujeres más bellas que he visto; ha heredado eso de usted y es normal que la admire desde el respeto, pero yo ya amo a una mujer y no pienso traicionar su amor. Quédese usted tranquila.

Los halagos agradaron a las dos. Que yo ya tuviera mujer le molestó a la joven, pero el que hubiera alabado su belleza tapó la decepción. Las dos se retiraron a sus quehaceres y yo me volví hacia Romualdo. Entonces, Karmen habló:

—Romualdo, sacia la curiosidad de Silvan, es muy insistente y muy preguntón —dijo Karmen al mago.

—Bien, de algo tenemos que hablar mientras el vino nos calienta y esta comida exquisita sacia nuestra hambre. Me conocen porque vengo mucho por aquí; te habrás dado cuenta por la familiaridad con la que me tratan. Yo ayudé a construir este lugar; aparte de mago, me llaman también «el arquitecto» y, además, los he protegido difundiendo leyendas de un ejército fantasma que custodia el lugar —terminó Romualdo.

—Karmen me dijo que eras químico —le contesté yo.

—Sí. Hace milenios, cuando Karmen me conoció en la universidad en 1972, compartía mi vida con un arquitecto; yo me interesé mucho por su trabajo y aprendí mucho de él. Fue mi gran amor… Espero que no te moleste mi condición—confesó melancólicamente Romualdo.

—Para nada. La libertad de uno termina cuando empieza la de otro; así de simple. Lo demás, estúpidos prejuicios son.

—Silvan, me gusta como piensas, me caes un poco mejor.

Todos reímos, si bien creo que nos ayudaron las dos copas de vino que antes bebimos; aquel guiso que comimos era lo mejor que comí en toda mi vida. El ingrediente que más puso Margarita en su comida fue el cariño con que lo hizo. Fue buena la pausa pero innecesaria. Ya habíamos comido y bebido, hacerlo más era perder

el tiempo y así se lo trasladé al mago.

—¿No tenemos que partir ya? —le apremié.

—No, Silvan. Pediste un milagro y estamos esperándolo.

Estaba a punto de preguntarle por él cuando en la taberna entraron tres hombres fuertemente armados, que a pesar del frío llevaban sus brazos desnudos, llenos de tatuajes y muchas cicatrices. Su aspecto daba pista de su procedencia: venían o eran de Inferno, pero ¿tan lejos? Se sentaron y dieron un golpe de mesa. La hija de Margarita fue a atenderlos y a esos tres hombres se les encendieron los ojos al verla. Nosotros tres nos miramos. Uno de los hombres le dio una sonora palmada en los glúteos a la hija de Margarita que le hicieron saltar las lágrimas, pero fueron mucho más dolorosas las palabras siguientes que le hicieron temblar de miedo, a todos, menos a tres.

—Tráenos comida y bebida hasta que nos hartemos y después, tú nos complacerás a nosotros. Si no lo haces, tendréis problemas graves.

Eso lo dijo agarrándola del brazo fuertemente y en el rostro de la muchacha se veía dolor y miedo; se retiró antes de que sus lágrimas cayeran sobre el suelo de aquel amable local. Me levanté como un resorte y ellos me intentaron agarrar, pero no lo consiguieron. Romualdo se giró a Karmen y solo preguntó:

—¿Lo va a hacer?

—Claro que sí. Es imposible que él pueda ver ninguna injusticia. Es un caballero —explicó Karmen.

—Cuánta verdad en que lo sigáis todos, yo incluido. Espero que no derrame sangre —con palabras sinceras contestó Romualdo.

—Si no lo hace, igual lo hago yo —dijo serio Karmen.

Me acerqué a la mesa de aquellos que querían tener todo por la fuerza y el desprecio por los demás.

—¿Caballeros? —con ironía le pregunté.

—Mira, un señorito; de caballeros no tenemos nada. ¡Vete a tu mesa! No sea que te arrepientas estúpido bien hablado —contestó quien parecía llevar la voz cantante.

Obvié sus comentarios insultantes y volví a las palabras.

—Ahora os disculparéis ante la mujer que habéis amenazado y con tan poco respeto habéis tratado. Ella no hará lo que le habéis exigido porque solo ella es dueña de su cuerpo y no hará nada que ella no quiera.

El trío empezó a soltar carcajadas; el líder intentó asir una de mis muñecas y yo le dejé que lo hiciera.

—¿Y qué nos vas a hacer, señorito de buenas palabras?

Sacó un cuchillo e intentó elevarlo hacia mi cuerpo mientras sujetaba mi muñeca; con la otra mano en la mitad del recorrido, se lo arrebaté y se lo hinqué a menos de un milímetro de su mano que descansaba en la mesa con una rapidez que no vieron ninguno de los allí presentes. Deslicé la presa de su mano en mi muñeca y me retiré un paso hacia atrás. Los tres se levantaron de golpe, amenazantes iban hacia mí y una voz poderosa que incluso me afectó a mí, llenó aquella taberna:

—¡Quietos! —gritó Romualdo con mucha furia.

Y todos hicieron caso. Karmen se levantó y se quitó su capa que llevaba puesta por el decoro de no mostrar su cuerpo desnudo. En esta ocasión habló Karmen.

—Ese que llamáis señorito ha derrotado sin esfuerzo a vuestro falso rey en Inferno y nosotros tres hemos destruido vuestra ciudad ponzoñosa. Ahora haréis lo que yo os diga o dejaré que mi amigo, solo él, os quite la vida. Saldréis de aquí y olvidaréis este lugar; no volveréis jamás aquí y si alguien os preguntara por este sitio, diréis que es un santuario que no admite ninguna clase de violencia.

La musculatura y las cicatrices de Karmen les impresionaron; la sonrisa del que estaba al lado les inquietaba y después de ver la rapidez con que me movía, empezó a convencerlos y, poco a poco, con recelo, fueron abandonando la taberna. Así salieron y así salí yo sacando mis dos espadas de la luna, lo que hizo que aceleraran el paso y, hasta que no desaparecieron de mi vista, como una amenazante estatua me quedé yo.

Cuando entré en la taberna sentí la admiración de los que allí se encontraban. Vi a Margarita, la regente de la taberna, secarse las lágrimas con su pañuelo aliviada; después de la tensa escena, su hija se abalanzó hacia mí abrazándome con fuerza y llorando también. Me sentía bien y sentí agradecimiento con estas muestras afectivas. Yo me abracé a esa muchacha porque también necesitaba alivio a mis pesares. Nos separamos con una sonrisa y volví a la mesa de mis compañeros.

—Gentil gesto, Silvan. Me pediste algo parecido a un milagro y no tardará en llegar.

Me quedé sorprendido por las palabras de Romualdo. Cuando se levantó de la mesa y Karmen le imitó, nos despedimos de los allí presentes. La hija de Margarita empezó a llorar sospechando que fue por mi partida, pero mi dueña era Raquel y recordé las palabras que me dijo Karmen: a todos no puedes contentar y es imposible hacerlo, terminé yo mismo mi conclusión. Al salir de la taberna de la encrucijada, vimos como el sol empezaba a declinar. Fuimos

hacia el sur y nos fuimos alejando del pueblo hasta que Romualdo nos paró. Entonces, antes de que el sol terminara de dar su luz, un hombre a lomos de un caballo grandísimo blanco como la nieve de alrededor, junto a otros dos, se paró delante de Romualdo, se bajó y le dijo al mago.

—Su encargo está aquí, mi señor.

No podía dejar de ver a esos tres magníficos animales de crines largas y bien cuidados. Romualdo me habló más a mí que a Karmen.

—Os presento a Javier, mi pastor de unicornios.

Karmen y yo le dimos la mano, pero yo me dirigí a Romualdo.

—Para ser unicornios les falta algo, y pastor, no hay pastores de unicornios ni de caballos.

—Lo del cuerno no lo he conseguido aún y, sí, pastor es. Pero mira qué bellos son y tócalos: son rápidos como el viento y resistentes como el hierro. Nos llevarán hacia nuestro destino en poco tiempo.

Toqué a uno de ellos el cual me miró con sus ojos dilatados por ver a un extraño y cierto era que tenían una musculatura desarrollada. Poco entendía de animales pero creía en Romualdo. Montamos en ellos a pelo y sorprendido, empezaron a galopar a una velocidad que no creí que fueran a alcanzar. No hacía falta guía. En el frenesí de la carrera, vi al mago guiñarme un ojo y recordé sus palabras pasadas:

«Llegaremos donde tenemos que estar y en el tiempo que nos corresponde».

28. UN LUGAR EN EL MAPA

Héctor volvió a abrir el mapa que le entregó el anciano en la Torre del Mago. Ya lejos de allí, estaban descansando mientras los caballos pastaban lo poco verde que la nieve no cubría.

Héctor sabía que la dirección era el sur pero no tenía la más remota idea de los nombres que ponía en el mapa. Igual el mapa era tan antiguo que ya no existían esos lugares, al menos con esos nombres.

Habían cabalgado bastantes horas; partieron justo al alba y ya era cerca del mediodía. Les quedaban, como mucho, poco más de cinco horas de luz. Héctor se comió su orgullo y llamó a Prometeo que era más ilustrado que él.

—Prometeo, ¿reconoces algunos de estos lugares? —le dijo Héctor entregándole el mapa a Prometeo.

Prometeo se sentó en una roca y empezó a mirar el mapa concentrado en la información que pudiera descubrir; pasaron los minutos y se levantó. Se dirigió hacia Héctor con el rostro serio:

—Solo me suenan los accidentes del terreno porque los hemos pasado. Pero estos nombres tienen algún parecido con algunos textos leídos, aunque solo son casualidad. En la biblioteca hay una cantidad de libros inmensa y después de la gran guerra, no se editó ninguno más. Solo están los de las cinco ciudades del este; no hay más que libros adulterados y de adoctrinamiento. Siento no poder ayudarte.

Noelia se acercó y acarició a Prometeo. Él le sonrió. Sara estaba cuidando a los caballos cuando se dirigió a ellos.

—Estáis muy serios. ¿Qué os pasa?

—No logramos descifrar ningún nombre del mapa —dijo Héctor bastante serio.

—En mi antiguo oficio de espía escuché muchas historias; no te creas que no son pocos los que se aventuran en Tierra de Nadie, aunque vuelven menos pues es el riesgo que tiene ser valiente. He estado en muchos sitios y mi misión era oír lo que decía la gente, por si averiguaba algo sobre los durmientes. Antes de que me preguntéis, nunca tuve ni la más mínima pista de vosotros. Si pudiera ver el mapa… —pidió Noelia.

Noelia se sentó elegantemente en una piedra grande. Tenía la distinción de las formas en ella; hasta vestida primitivamente de pieles, la belleza que irradiaba se notaba de lejos. Estuvo mirando el mapa y sus nombres hasta que soltó un:

—¡Ajá!

Prometeo y Héctor se acercaron a ella, quien los recibió con una sonrisa de triunfo.

—Este lugar me suena mucho al igual que el que está al lado. Yo creía que eran burdas mentiras pero ahora creo que son ciertas. Aquí, casi al sur del límite del mapa, la Alameda de los Caídos: grandes árboles que nacieron y se murieron de la sangre de los inocentes hace milenios; me contaban que allí aún viven los descendientes de los pocos que sobrevivieron y guardan esa tierra de bestias y extraños. Cualquiera que se atreva a ir por Tierra de Nadie tiene que evitar ese lugar pues es tierra de dolor y lágrimas, tierra que está en eterno duelo por los inocentes muertos; quien la perturbe se arriesga a la muerte. Eso me contó el viejo que pensé que quería asustarme con cuentos para niños. Ahora creo que, al menos, el lugar es cierto, que existe y este lugar, de nombre Nocturna, está al límite del mapa, al sur que es hacia donde nos dirigimos. La verdad es que aunque fueron varios los que me informaron sobre el lugar, no di parte a la hermandad por lo fantástico de los relatos. Todos coincidían en que era un santuario para los caminantes y que solo se abrían sus puertas con una palabra secreta. Era un edificio que sobrevivió a la gran guerra y está cerca, a varias horas más o menos de donde estamos. Es una pista, podíamos ir allí para averiguar más —dijo Noelia con voz segura.

Sara se acercó sin que la vieran ya que los dos hombres estaban absortos en el relato de Noelia. Miró al reverso del mapa y les dijo a todos: aquí hay escrita una palabra. Noelia le dio la vuelta al mapa y lo volvió a girar:

—Está justo al reverso de Nocturna, esta es la palabra que nos abrirá sus puertas. ¡Estoy segura!

Prometeo se sintió orgulloso de Noelia. Era tan hermosa como inteligente; ella se dio cuenta y le guiñó un ojo cómplice. Héctor ordenó a todos montar a los caballos. Prometeo se adelantó y mirando a los tres jinetes que iban detrás, dijo:

—Yo guiaré ahora; he visto el camino en el mapa.

Confiado, no se giró mientras su caballo empezaba a trotar cuando una rama gruesa le impactó y lo desmontó. Noelia corrió hacia él temiendo que se hubiera lastimado. Sara y Héctor lo miraban esperando que no se hubiera hecho daño. Se levantó Prometeo más avergonzado que dolido y, humildemente, dijo casi riendo:

—Héctor, guíanos tú. La naturaleza ha dictaminado que no soy

apto para este cargo.

Todos, incluso Prometeo, se pusieron a reír. Una rama ha derrotado al señor de la palabra, un hecho histórico que por no manchar su reputación deberían todos mantener en secreto. Ya montado, dejó pasar a Héctor y cuando pasó al lado de Sara, ella le habló:

—Hay que cuidar siempre las espaldas pero sin dejar nunca de mirar al frente; este consejo es gratis.

Prometeo sonrió. Se puso la mano en el cogote y se dijo para sí mismo: «buena lección». Noelia se puso a su lado, tan cerca arrimó el caballo que pudo besarle los labios.

Cabalgaron sin forzar mucho a los caballos. Héctor guiaba mirando el mapa. No cabe decir que ninguno dejó de mirar a su frente por si hubiera más ramas bajas que les pudieran golpear.

Pasó el tiempo sin dejar de ver el paisaje blanco que los envolvía hasta que un edificio negro sin ventanas ningunas les hizo parar. Era Nocturna. Casi no distinguieron las dos enormes puertas de la entrada que eran del mismo color; vieron que estaban reparadas, pues era evidente que los golpes que tuvieron aún se notaban. Desmontaron delante de ellas y se miraron unos a otros, pues sabían la palabra secreta que les abriría. Sara se adelantó ante las dudas de sus compañeros y miró a Prometeo.

—Sé que tendrías que ser tú quien mejor la dijera, pero no quiero que tu voz haga que nos detecten. Si me permites, la diré yo.

—Por favor, Sara, da igual quien diga o quien haga; lo importante es que lleguemos a nuestro destino y si este sitio es una pista, da igual quién la revele.

Sara sonrió. Le gustaba la compañía que tenía y más aún a su líder y su amor: Héctor. Ella siempre necesitó amar y que le correspondieran; no había mejor hombre que el que ahora eligió: su gran hombre para una mujer de leyendas.

Sara pronunció la palabra secreta. Esperaron unos minutos y no fue mucho tiempo, pues con un chirrido estremecedor empezó a abrirse una hoja de la gran puerta. De su abertura salió un enano con un gran sombrero de copa y a su lado, un joven fornido que vestía unas humildes ropas. El enano guardó las distancias y les habló con soberbia.

—Os he abierto porque habéis pronunciado la palabra de abertura de las puertas de Nocturna, pero antes de entrar, ¿quiénes sois? Es la primera norma de Nocturna.

—Soy Sara, de las tierras salvajes del norte y mujer de Héctor.

Las últimas palabras de Sara fueron las más bonitas que Héctor

oyó; dio un paso y se presentó:

—Soy Héctor de Selva, heredero de su feudo y hombre de Sara.

Sara sonrió complacida y se puso al lado de Héctor cogiéndole la mano. Prometeo y Noelia fueron juntos al lado de la pareja y Noelia fue la primera que habló.

—Soy Noelia de Ulsan, mujer de Prometeo.

Prometeo la miró embelesándose de la mirada de Noelia y se presentó el último.

—Soy Prometeo, aquel que desconoce su pasado, bibliotecario y señor de las palabras, pero mi título más importante: hombre de Noelia.

Noelia sonrió cuando Prometeo, sin usar su poder, puso más énfasis en las últimas palabras.

El enano reconoció todos los lugares y le impresionó las presentaciones, pero hizo una pregunta que a todos sorprendió:

—¿No os perseguirán bestias inmundas para que busquéis refugio en Nocturna? —dijo con un leve atisbo de miedo el enano.

Todos se miraron sorprendidos ante tal cuestión y Héctor le respondió:

—No, que yo sepa no nos sigue nadie —dijo convencido Héctor.

—Pasad, pues. Días atrás tuvimos aquí una gran lucha y he de asegurarme de que no se produce otra vez —dijo furioso el enano.

El enano traspasó la puerta y, junto a los caballos, pasaron a Nocturna Héctor, Sara, Noelia y Prometeo. El joven que acompañaba al enano se quedó en el exterior y a cada uno que pasó, con buena educación, mudamente les saludó.

El cuarteto entró en el santuario de Nocturna. Allí encontraron a dos mujeres jóvenes y una pareja de mediana edad que estaban limpiando. En un costado, había un hombre que dormía en un rincón; llevaba un sombrero con un as de corazones en su cinta que, al tener la cabeza inclinada no se le veía el rostro. El lugar era extraño pues a la izquierda, nada más entrar, había un escenario con unos telones rojizos y muy altos que tapaban su interior; al fondo había un edificio de tres plantas con escaleras en su exterior. Nocturna era grande y extraña. El enano, dándose aires, habló:

—Hace unos cuantos días libramos aquí una gran lucha que resolvimos heroicamente.

—Libraron —le corrigió el joven.

El enano miró con fuego en los ojos al joven y las risas de las jóvenes que limpiaban lo enfurecieron más.

—Gigantes de más de cinco metros, mitad hombres y mitad bestias nos vinieron a atacar. Aún estamos limpiando los restos de

tan heroica lucha — orgulloso relató el enano.

—Medían poco más de dos metros y tú no has limpiado nada; solo mandas —le volvió a corregir el joven.

El enano dio un pisotón en el suelo para que el joven dejara de desacreditarlo.

—Pero después de un gran encarnizado combate, los matamos a todos y Nocturna está libre de amenazas —dijo dándose aires el enano.

—Los mataron otros; nosotros solo nos escondimos —apuntó el joven.

—¿Es que siempre tienes que dar tu versión de los hechos? —dijo el enano.

—No, solo digo lo que en verdad aconteció —habló con sinceridad el joven.

Héctor se adelantó hacia el enano y muy seriamente, le preguntó:

—¿Quiénes fueron quienes mataron a esas bestias? Es muy importante.

El enano agachó la cabeza ante las miradas inquisitivas del cuarteto que entró en Nocturna; el que quiso atribuirse méritos de lo que nada hizo, calló. El joven soltó un bufido de desaprobación y una voz se oyó. Era el hombre que se encontraron durmiendo.

—Alan, di los nombres que viste, si no, se los digo yo —dijo el extraño.

Al enano le turbaron las palabras como si fueran órdenes, pero al final habló:

—Cuatro nombres: Antón, Gabriel, Silvan y Karmen.

—Aquí estuvieron pero de eso hace tiempo y creo que antes de que llegaran a Mont-Elo. Solo es un rastro que en nada nos ayuda —dijo Héctor.

El extraño se acercó y descubrió su rostro al quitarse el sombrero. Era joven y su constitución era atlética, pero sus ojos eran de la experiencia. Iba fuertemente armado. Se acercó con el sombrero en la mano a aquellos que entraron y les habló.

—Al contrario Héctor, como oí decir que te llamabas. Por esa razón, aquí estoy yo. Esperándoos, como otros hombres en diferentes puntos que pudierais llegar; igual quien me mandó viajar hasta aquí te suene —dijo el extraño.

—Dinos, pues, quién te envió —apremió Héctor.

—Se hace llamar El Mago y según lo último que me informó, él está con Karmen y Silvan. Se dirigen donde antes todos os reunisteis, pero ese no es vuestro destino. Cuando salgáis de

Nocturna, se os indicará dónde ir y, Héctor, sobre todo tú, te reconfortará el destino que te tiene preparado. Salid de aquí pues ya de aquí nada tenéis provecho. Solo mis palabras.

El extraño hizo un leve saludo y salió por la abertura de la puerta. Nadie lo siguió.

—¡Está loco! No le hagáis caso —dijo Alan, el enano.

—Yo creo que no —dijo el joven que acompañaba al enano.

—Aquí quien manda soy yo. Deja de contrariarme en todo momento —dijo sumamente irritado Alan.

El joven sonrió ya que tenía mucho placer en corregir a esa particular persona, pero ellos, a pesar de las discusiones, veían en ese lugar armonía.

Héctor reflexionó sobre las palabras del extraño y no fue el único. Allí donde estuviera aquel personaje, construyó ese lugar hace ya muchos años, por lo tanto, un ser muy avispado. Tenía que tener una longevidad más allá de cualquier humano y les estaba ayudando en el pasado y en la actualidad. Debían de salir de allí para saber dónde ir. Si estaba con Silvan y con Karmen, era signo de credibilidad.

Con unas miradas mudas, todo el cuarteto supo que era fuera de allí donde encontrarían el camino a seguir. Se despidieron de los habitantes de Nocturna. Prometeo, en un aparte, le agradeció al joven que escoltaba al teatral enano que siempre dijera la verdad y así, en la breve visita volvieron a salir.

Esperaban encontrarse al extraño personaje que nombró al mago cuando al estar en el exterior a nadie vieron y, solo oyeron cómo se cerraban las puertas de Nocturna; no sabían qué hacer hasta que algo les llamó la atención. Un búho blanco se posó en un árbol cerca de ellos; ululó llamando la atención en un corto vuelo y fue Héctor quien ofreció su brazo para que en él se posara. El búho lo miró fijamente y volvió a volar hacia el oeste.

—Esa ave la reconozco. Si creo que es ella, es el gran búho blanco de Román —dijo convencida Noelia.

—Es él, pero Román está muerto —dijo Prometeo.

—Va hacia el oeste. Si todo lo que vi es cierto, va hacia Selva —dijo con mejor ánimo Héctor.

—Sigámoslo, pues quien lo haya mandado estará de nuestro lado. No tenemos otra guía —dijo Sara.

—¿Estáis todos de acuerdo?—preguntó Héctor.

Todos al unísono respondieron asintiendo.

—Pues ahora me siento completo. Si no vamos hacia Selva, cerca estaremos.

29. CENIZAS SOBRE NIEVE

Sobre un atardecer frío, el viento desprendía partículas negras que bailaban a su capricho para luego hacer lunares en la piel de la tierra blanca por la nieve. Volvía el viento en sus embates a erosionar troncos quemados y negra piedra, cuando el sol y su luz desaparecieron en el horizonte dejando de verse claramente. En aquel lugar que antes bullía de gente, ahora solo hablaba el viento quemado y desierto con sangre derramada que la nieve cubrió lentamente.

Tres jinetes que cabalgaban con brío llegaron a aquel cementerio de casas. Al pasar la entrada, sin hojas de madera, sin puerta y con un lateral derruido, uno a uno fueron entrando y mirando hacia todos lados pues esperaban no ser los primeros en llegar. Necesitaban ver qué caras amigas estuvieran allí antes que ellos. Uno de ellos estaba triste y el que más cerca estaba se dio cuenta del ánimo de su amigo.

—Te entristece verlo así, ¿verdad? —abrió la conversación Antón, el señor de los secretos.

—Román y yo construimos este lugar con la ilusión de que la gente fuera de las cinco ciudades pudiera tener refugio en esta frontera. Román fue el que pidió a la hermandad que Mont-Elo pudiera ser feudo y que se usara como frontera al este. Él cambió mucho físicamente, era imposible que lo reconocieran. Al final fue feudo, levantado de las ruinas y con el mismo nombre que antes tuvo, y ahora, a ser ruinas tornó como si nada hubiéramos hecho —dijo entristecido Gabriel.

—En la rueda del tiempo y los cambios que nosotros propiciamos una y otra vez, cambian las personas y no los hechos —agregó Albert.

—Tus palabras son ciertas —afirmó Gabriel.

Ya era noche entera y, al pasar la segunda muralla a la derecha, había una edificación que poco había sufrido los efectos del fuego.

—La casa de los invitados parece estar casi intacta —observó Antón.

Miraban en la dirección que señalaba Antón y vieron que sus palabras eran ciertas. Antes de llegar a la casa, desmontaron y vieron también que todas las persianas de madera maciza estaban cerradas; la chimenea empezó a echar un hilo de humo que se fue engrosando según andaban hacia la casa. Delante de ella, todo el

jardín estaba quemado y vieron un gran montículo blanco delante de la puerta, un tanto extraño. Dieron un solo paso más, uno, que quebró quejándose sonoramente una madera quemada que en el suelo se hallaba. En el montículo blanco de la entrada se movió ante el asombro de los tres para ver un enorme lobo blanco que ahora les enseñaba los dientes. Al gruñir de advertencia de lo que parecía un guardián, la puerta principal se abrió y una chica joven con una larga cabellera rubia, casi rozando lo blanco, apareció y se fue ante el gigantesco animal acariciándolo. El lobo se calmó y se fue paseando cerca del trío. Ignorándolos, la chica joven y bella los invitó a pasar con estas palabras.

—¡Hola! ¡Os estábamos esperando! A vosotros y a otros más.

—¿Derán? —dijeron al unísono Gabriel y Antón.

—Sí, así me llamo. Soy Derán, la Dama Blanca; una mujer graciosa y muy bella. No os quedéis fuera —dijo la Dama Blanca.

Aceptando la invitación, entraron en la casa.

Allí entraron en la misma casa que en un pasado cercano estuvieron todos reunidos. Lo que antes estaba disuelto, ahora volvía otra vez a unirse. Antón y Gabriel ni tan siquiera preguntaron a la enigmática Derán quién más estaba. Sabían a ciencia cierta que no era ninguno con los que mantenían un vínculo. Albert les seguía sin saber por qué había un lobo enorme delante de la entrada, ni quién era esa bella adolescente que les abrió la puerta ni cómo vestía esa ropa tan ligera con el frío que hacía.

Al entrar en el salón vieron a una chica alta, de larguísimo pelo, castaña y delgada. Cuando se giró al oír los sonidos de los pasos de quienes entraron, vieron su cara fina con esos ojos grandes que la hacían tan bella.

—¡Raquel! —exclamó Gabriel abrazándola.

Antón hizo lo propio y Albert se quedó esperando a que lo presentaran.

—Aquí te presentó a Albert, antiguo director de Ulsan y miembro de la hermandad.

Albert la saludó cogiéndola de la mano y besándola el revés mientras se inclinaba un poco. Raquel tenía desorbitados los ojos.

—Pero ¿era él quién nos perseguía y el que hizo matar al tío de Héctor en Selva? —dijo Raquel dando un paso atrás mirando a Gabriel y Antón.

—Ya te lo puedo explicar yo. Antes de nada, aunque lo hiciéramos mal, no todos los miembros de la hermandad son iguales. De hecho, Antón y Gabriel fueron de la hermandad —dijo

Albert mirando a Antón y Gabriel.

—Es cierto —confirmó Antón.

—Bien, ellos dos huyeron con algunos humanos que experimentábamos. Fueron fugitivos de la hermandad porque no estaban de acuerdo con el rumbo que tomaban las decisiones. Yo tampoco las compartía pero me quedé. Desaparecieron todos los huidos misteriosamente por eso les llamamos los durmientes. Es cierto que los perseguí, pues consideré que eran peligrosos: ese hecho no lo niego. En cuanto a lo de Selva, fue en contra de mis consejos, tanto, que el director de Vera intentó matarme; por eso estoy con vosotros, solo si queréis pues tenemos que parar a ese malvado. Ha matado a todos los miembros de la hermandad, menos a mí.

—¿Qué? —se sorprendió Raquel.

Cerca se oía como un zapato acolchado daba golpes insistentes en el suelo; cuando captó la atención de los demás, la vieron con los brazos cruzados y refunfuñando:

—¿Y yo que soy? ¿Un mueble? ¿Es que no me merezco yo abrazos y besos y que me presenten a un extraño? Me indigna vuestra indiferencia —dijo con voz de enfado la Dama Blanca.

—Mis más sinceras disculpas, mi dama —se disculpó con una gran sonrisa debajo de su pelirroja barba Antón.

Antón la levantó abrazándola. Qué liviana le debió parecer al señor de los secretos pues le empezó a dar vueltas, lo que hizo que una risa juvenil llenara con su alegría la instancia. La dejó al lado de Gabriel y ella se abalanzó hacia él abrazándolo. Cuando se soltó, se puso enfrente de Albert esperando que se presentase, cosa que hizo él:

—Mi nombre es Albert —dijo cortés sin nada más que añadir.

—Soy Derán, la Dama Blanca. Quizá una de las mujeres más bellas que jamás habrás podido ver.

Albert asintió con su cabeza y en un aparte, preguntó a Antón:

—¿Quiénes son en vuestro grupo, dos mujeres extremadamente tan bellas, pero débiles?—dijo con voz muy baja Albert.

—Raquel es la mujer de Silvan, el objetivo por el cual se obsesionó Raven; Derán de débil no tiene nada y sigue siendo un misterio quién es.

—Interesante grupo —dijo Albert.

—No te lo puedes imaginar, ya lo verás si nos volvemos a reunir todos—apuntó Gabriel.

—Con permiso, Albert, necesito preguntar por la suerte de los demás—interrumpió Antón.

—Por supuesto.

Antón se fue cerca del fuego, cogió una silla e invitó con sus manos a que le imitaran. Obedientes, todos lo hicieron y una vez estuvieran cómodos, Antón empezó por preguntar:

—Raquel y Derán, ¿qué ha ocurrido desde que os dejamos en las afueras de este lugar la última vez?

Raquel y Derán se miraron para ver quién contaba lo ocurrido. Derán empezó a hablar, pero para pasar la voz.

—Raquel, cuéntalo tú que lo relatas mejor —dijo Derán sonriendo y encogiendo los hombros.

—No sé si os creeréis todo lo que pasó desde que os despedisteis hasta ahora — habló sincera Raquel.

—Aseguro que nada nos sorprenderá — dijo Gabriel.

—Bien, empezaré e intentaré resumir todo lo que pueda.

Raquel se acomodó y mirando al fuego, recordando y ordenando, empezó el relato.

—Una vez que nos separamos de vosotros y de la buena gente que se exilió de Mont-Elo, no sabíamos qué camino tomar. Derán tomó la decisión de elegir. Nos adentramos por una senda tan estrecha que cabía una sola persona. La niebla nos envolvía, aunque a mí me pareció hermosa con la piedra musgosa y los árboles tan prietos, que incluso no dejaban que la nieve llegara al suelo. Yo misma la bauticé, porque tanto me gustó, que la llamé la Senda de Silvan. Todos nos paramos en seco ante una estatua de un ángel sosteniendo una lanza, era enorme y el rostro era el de Prometeo.

Antón empezó a reír ocultando su rostro en sus brazos. Todos lo miraron.

—¿Tú sabes algo de ese lugar?—le preguntó Raquel.

—Luego diré, pero prosigue y mis disculpas por la interrupción —dijo ya más serio Antón el rojo.

—Entonces, entramos en un laberinto. Menos mal que el ingenioso Héctor descubrió el final del mismo. Entramos y…

La Dama Blanca emitió un carraspeo llamando la atención de Raquel; esta la miró y recordó:

—Perdón, y abrimos la puerta gracias a que Derán descubrió el mecanismo. Era una cueva que escondía unos baños termales naturales. Allí nos bañamos y los chicos encontraron a quien custodiaba aquel lugar: se llamaba Pedro. Luego me contó Prometeo que era bibliotecario al igual que él también fue. Pero lo que más me dejó extrañada es que era un autómata; aún sigo sin entender lo que es porque yo lo encontré muy humano y se comportó muy bien con nosotros. Derán explicó que no estaba vivo y que no nació de

madre alguna. Hicimos camino hasta que un poblado llamado Larín nos dio hospitalidad, en un lugar que llamaban taberna El Gorrino Borracho. Allí nos encontramos un peculiar personaje que iba muy mal vestido, con todas las piezas de diferentes colores y muchos remiendos; ese día aprendí cómo era una persona bebida o borracha y, encima, se llamaba Tolón (vaya nombre para una persona). —Raquel hizo una pequeña pausa para ordenar los recuerdos y siguió —. Él nos dijo, si bien creo recordar, que nos dirigiéramos al este, hacia el mar. Allí encontraríamos medios para poder navegar por él y así lo hicimos; llegamos hacia la costa y esa fue la primera vez que vi el mar: era tan inmenso… Encontramos un hombre anciano que llevaba toda su vida construyendo un barco que a mí me pareció grandísimo y nos hicimos a la mar. Fue el último viaje de aquel hombre.

Raquel se puso a llorar y los demás esperaron a que se desahogara; aún con lágrimas en sus grandes y bellos ojos, prosiguió:

—… Hasta que una tormenta como jamás vi, nos hizo naufragar, me vi…

Raquel no supo por qué miró a los ojos de Derán que, sin mover los labios y sin que nadie más lo escuchara, oyó la palabra *no*. Raquel obvió lo de la esfera que la llevó a la costa.

—… me vi a la orilla de una isla con Derán. Allí, un hombre de gran corazón nos trajo en otro barco hacia aquí. Nunca olvidaré su nombre: Bartolomé. Después encontramos a Tolón, el borrachín de Larín que nos esperaba a unos kilómetros del interior; habló con Derán y de lo que ellos hablaron, no entendí nada. Nada sabemos de los demás. ¿Sabéis algo vosotros? —terminó suplicante Raquel.

—No, pero tienen que venir aquí, pues es el lugar de reunión. Creo que están bien o así lo percibimos Gabriel y yo.

—Derán, ¿podríamos aclarar unos puntos del relato de Raquel? —habló Antón mirando fijamente a Derán.

Derán seguramente empezaría con su retahíla de evasivas aderezándolas con una pizca de locura, cuando se oyeron unos golpes en la puerta que siguieron a unos gruñidos intensos que captaron la atención de todos. Todos se dirigieron hacia la puerta, algunos con ilusión, otros con escepticismo de quién se encontraría detrás de ella. Al abrirla se encontraron con el gran lobo guardián, que gruñía a las alturas y de esas alturas, se oyó una voz.

—¡Nunca se mata al mensajero! ¡Es ley!

Derán salió y se acercó hacia el lobo que, acariciándolo, le dijo:

—Idos tú y tus hermanos que ya estamos seguras; tenemos a

quien nos cuide. Escondeos en los blancos bosques —les habló la Dama Blanca en un susurro de tono musical.

El enorme lobo blanco salió corriendo y los recodos quemados de las calles de Mont-Elo hicieron perder la vista de él.

Un joven saltó desde las alturas para caer sin dificultad al suelo. Llevaba dos espadas cruzadas en su espalda y un arco con carcaj en su centro; un cuchillo enorme en una bandolera que le cruzaba el pecho, dos pistolas en sus caderas y más armas que sabían que tenían pero que no se veían. Era alto sin serlo tanto como Antón: musculoso y ágil, por el salto y por las hechuras, tenía un sombrero en su cabeza con un as de corazones en la cinta del mismo.

—¡Buenas noches!

Todos se quedaron mirándolo intentando reconocerlo. Unos se miraban a otros y ante tanta confusión, se dispuso a presentarse, no sin antes entrar.

—¿Puedo entrar?

—Por favor, entra —le indicó con la mano Antón.

Estando ya dentro todos, aquel muchacho habló:

—Mi nombre es Iván. Ni me esperabais ni me conocéis; vengo de parte del mago para dar luz a vuestras incertidumbres con certera información. Aquí hay quien conoce al mago, un caballero llamado Gabriel. —Iván miró a todos hasta que el mismo Gabriel dio un paso y asintió—. ¿Sois vos? Entonces estoy donde tenía que estar; y también lo conoce la mujer bellísima e inimitable, singular en su hermosa presencia, Derán, la Dama Blanca, acaso… ¿sois vos, bella dama?—dijo mientras miraba a Derán que estaba regodeándose con esas palabras tan engalanadas.

—Sí, soy yo. ¡Qué bien habláis! Me regaláis los oídos con tan bonitas palabras y ese acento encantador con que las adornas. Soy Derán, la Dama Blanca. ¿Tan bella soy como os dijo el adulador mago? —dijo sonrojada Derán, la Dama Blanca.

—No, mi señora, El Mago a ciencia cierta se quedó muy corto. Mis palabras anteriores se quedaron muy lejos de la belleza que ahora tengo ante mí.

Ante los extremos tintes románticos que tomaban ahora las palabras, Antón decidió cortarlos para tener valoración de la información.

—Mi nombre es Antón el rojo; aquí, Albert, Raquel, Gabriel que ya lo conoces y Derán, que ya os conoceréis después de que nos informes.

—Encantado. Lleváis razón pues el tiempo es crucial. Bien, expongo lo que necesitáis saber. Vengo de Nocturna; allí esperé a

que vinieran los que al final llegaron: Héctor, Noelia, Prometeo y otra mujer de la cual no recuerdo el nombre (siempre tuve buena memoria, pero se me nubla la mente ante el recuerdo de su nombre). Tenían que venir aquí, pero yo los envié en la dirección contraria: "órdenes del mago". Me fue dicho por él mismo que tú, Antón, mandaste una hueste de guerreros a la estación olvidada cerca de ese mismo feudo, pero El Mago los mandó hacia ellos, pues es de capital importancia que sea Héctor quien lidere la toma de Selva, por derecho de sangre y porque conoce los secretos de ese feudo. Me expuso que te informara de que tanto Prometeo como las dos mujeres son también de gran ayuda a vuestro amigo. Antón, El Mago dice que eres bueno con los secretos y los planes y él te está ayudado a que tengan éxito. Ahora mis palabras son para una mujer: El Mago está con Silvan y Karmen, les aconseja y les ayuda y no están muy lejos de aquí. Viajan en unicornios rápidamente.

—Los unicornios no existen pero me encanta oírte; sigue hablando que me harás besarte solo por tu voz —dijo dando saltitos con las manos juntas Derán.

—Agradecido de vuestras palabras, hermosa dama. El que llamáis Raven ha matado a tres alcaldes de las ciudades y a dos representantes de los alcaldes que no pudieron acudir. Antón sabe por qué no lo hicieron y vuestros planes en tres ciudades han sido satisfactorios. Alana, Altamiras y Erdia ya no son de la hermandad y la más notoria y no menos significativa noticia, es que se ha hecho sin derramar ninguna gota de sangre. En no mucho más tiempo de estas palabras que ahora profeso, ese ser malvado tendrá noticias de las insurrecciones y, por último, también comunicaros que tiene un socio muy misterioso, pero que no reconocieron nuestros informantes.

—Cada vez está más inestable el que ahora quiere ser el representante de la hermandad. Temo ante la reacción que tenga de perder tres de las cinco ciudades del este —dijo Albert.

Raquel estaba sentada llorando de alegría ante la noticia de que Silvan estaba bien. Lo presentía, pero la certeza de que así era le inundaba de dicha. Derán miró hacia un punto y se puso muy seria, cosa que nunca vieron en ella. Gabriel se acercó advertido de que Derán ocultaba algo.

—¿Qué ves que yo no veo? Derán, dímelo —le apremió Gabriel.

—Que es cierto que son dos sombras oscuras las que están ahora encima de mucha gente inocente y temo sus intenciones —dijo Derán sonriendo cándidamente a Gabriel al finalizar sus palabras.

Iván interrumpió el murmullo que empezó después de sus

informaciones.

—Aún hay más. Vendrán más visitas inesperadas pero gratas durante esta noche gracias a que vuestros guardianes fueron despedidos, pues hubieran causado problemas a los que aquí tienen que llamar a esa puerta —dijo Iván señalando la puerta de la entrada.

—¿Algo más que informar? —preguntó Antón agradecido por toda la información recibida.

—No, mi señor —respondió Iván.

—Gracias, Iván. Cumpliste tu misión, por lo que puedes partir cuando quieras —casi como una orden le habló Antón.

—No es solo mi misión la de informar. El Mago me dijo claramente que me quedara con vosotros y os ayudara. Si no hay ningún inconveniente, eso haré —rotundo le contestó Iván.

—Hay mucho peligro y mucho riesgo en nuestra empresa —le advirtió Antón.

—No esperaría menos —dijo muy serio Iván.

—¡Deja que se quede! ¡Deja que se quede! —Nerviosa como una adolescente hablaba Derán.

—Bienvenido, pues —dijo Antón estrechando la mano de Iván.

Al acabar de hablar Antón, empezaron a oír cascos de caballos y ruedas de carromatos en el exterior; es como si un ejército estuviera acampando fuera de la casa. Antes de que fueran a comprobarlo, llamaron a la puerta. Hubo unos segundos de pausa y al mismo paso, todos se dirigieron a la entrada. Abrieron la puerta y se encontraron con una mujer alta, rubia y con un aire extranjero; llevaba en su cabeza un sombrero de copa adornado con una pluma, botas de caña alta en unas larguísimas piernas y una capa hecha de cien retales cosidos. Era Marion, la regidora del lugar donde ahora se encontraban. Detrás de ella había movimiento de muchos hombres que montaban tiendas para protegerse del frío de esta noche, hasta que la voz de Gabriel rompió el momento de la sorpresa:

—¡Marion! ¿Por qué has vuelto? —dijo amargamente Gabriel.

—Porque un búho blanco me hizo volver, era la mascota de mi mentor; y porque después de muchos años callando, tengo algo que confesar: Te quiero, Gabriel, siempre te quise desde que era una niña y si has de correr peligros, déjame que esté a tu lado pues no puedo estar en otro lugar —dijo Marion aflorando lágrimas en sus ojos.

Gabriel se acercó a ella y la besó en los labios. Ella le correspondió apasionadamente y ese fue el momento que en esta

noche de reunión hizo que Gabriel olvidara todos sus sufrimientos en el amor de una mujer.

Por la puerta llegó un personaje divertido con poca ropa para el frío que hacía; su cara tenía una expresión fija y de una floreciente sonrisa. Antón lo reconoció primero y no fue el único.

—¡Pedro! ¿Qué haces aquí? —le preguntó con una sonrisa Antón.

—Tomé una decisión, mi primera decisión y muy ilógica desde que me visitaron en Laberintia seres singulares como extraídos de los libros leídos. ¡Hola, Derán y Raquel! —exclamó artificialmente Pedro.

—¡Hola, Pedro, me alegro de que estés aquí! —se alegró Raquel.

—Para estar muerto, has venido hasta aquí —miró divertida Derán.

—Estoy vivo, Dama Blanca, estoy aquí. Quiero vivir vuestra historia y, por una razón que no está en ninguna lógica, creo que os hago falta —contestó sin emociones Pedro.

—Bienvenido Pedro, esta decisión te hacer ser más humano; no esperaba menos de ti —dijo orgulloso Antón.

—¿Cuántos hombres has traído, Marion? —preguntó Gabriel sin soltarla de su lado.

—Cien, todos soldados formados; han venido voluntariamente pero yo vine por más que eso.

Antón se puso en el centro de todos y muy serio habló:

—Tengo semillas en Vera y Ulsan. Iremos a Vera todos con las fuerzas que tenemos para derrotar a Raven y su socio.

Iván se acercó e interrumpió las solemnes palabras de Antón:

—Tenemos que esperar al mago, Karmen y Silvan. Sin ellos, os aseguro, mi señor, que no tendremos las fuerzas adecuadas a vuestra empresa —afirmó Iván.

—¿Sabes cuándo llegarán? —preguntó Albert.

—No más tarde de que salga el sol, un poco más si encuentran contratiempos —dijo Iván.

—Bien, pues iremos a descansar. Mañana, cuando los que falten se unan a nosotros, partiremos hacia Vera. Buenas noches tengáis. —Y así, Antón se retiró.

Gabriel y Marion, cogidos de la mano, subieron las escaleras. Pedro se quedó sentado mirando el fuego; Raquel se despidió y subió sola al piso superior.

Iván se encaminó hacia las escaleras hasta que Derán lo alcanzó, le cogió de la mano, cosa que turbó al joven amigo del mago; este miró a la Dama Blanca y ella, con picardía, le dirigió la voz:

—Si la noche que queda me sigues hablando con tu peculiar vocabulario que tanto me ha embelesado, te daré algo que hombre alguno no consiguió en miles de años.

—¿Qué cosa es, gentil dama? ¿Qué regalo es tan preciado que en tanto tiempo hombre alguno no consiguió y yo, solo con mis palabras, pudiera tener?

—¡Me encanta! ¿Qué es? Mírame, soy bella, tanto como una mañana florida de primavera; soy el sueño de todos los hombres y mi regalo, solo por tu bella entonación, es una noche de amor.

Iván no soltó la mano de Derán, se acercó a ella poco a poco y la besó delicadamente en los labios. Él sintió como, por besarla, le inundaba la sensación de frescura; sonrieron mutuamente y subieron a los pisos superiores. Allí, donde esta noche del final de un frío otoño, después de años sin cuenta, Derán, la Dama Blanca, ofreciera su tesoro más preciado.

30. IRA DE LAS SOMBRAS

Raven y su socio, después de estar dos días enteros en las grutas escondidas que poseía el director y donde tenía recluidas sus abominaciones, volvieron a viajar a Vera. Pasaron por la puerta con la cabeza de los guardias gachas y con mucho miedo en sus cuerpos. El socio de Raven estaba contento alimentándose del miedo que hacía padecer el director a su paso. Las calles estaban vacías, incluso los guardias que la custodiaban los evitaban. Habían oído lo que había hecho su director y no querían estar cerca, no fuera que en un loco arrebato acabara con sus vidas.

—Es incluso excesivo para mí el miedo que provocas. Si llegas a que sus vidas teman perderlas, acabaran por alzarse contra ti —dijo el oscuro socio de Raven.

—No serás ni tú ni nadie quien tenga que decirme qué hacer —lo miró iracundo Raven.

—Entonces, si no aceptas consejos mal lo llevas, amigo.

—Que te quede claro: ni eres ni serás mi amigo —dijo Raven mientras la ira le iba en aumento.

—Ni lo pretendía; hemos perdido demasiado tiempo en los laboratorios escondidos. Dos días sin saber del movimiento de tus enemigos es un margen muy amplio desde el norte hasta el oeste. En este abanico se van acercando, los presiento —dijo muy serio el extraño compañero de Raven.

—Que vengan, tengo toda la fuerza de las cinco ciudades. ¿Acaso crees que los temo? —habló Raven un poco más calmado.

—Ese exceso de confianza es quizá un punto débil.

—Cada día me encuentro más poderoso; podría enfrentarme a esos durmientes yo solo. Ahora me gustaría tener enfrente a alguno para medirme con él —dijo con una sonrisa victoriosa Raven.

—Será pronto, más pronto que tarde —dijo encogiéndose de hombros.

Montados otra vez en los caballos y a paso lento, fueron recorriendo las calles de Vera hasta que llegaron al ayuntamiento. Allí vieron sorprendidos como había una gran acumulación de soldados de la hermandad. Todos los agentes y espías que tenía Raven en la ciudad, más todos los del alcalde que, al morir, se unieron forzosamente al mando de Raven. Allí había, más o menos, mil hombres, quizá más, armados y tomando posición defensiva.

Raven miró a quien le acompañaba y el siniestro ser se encogió de hombros. No sabía nada, desmontó de un salto y su socio hizo lo

propio; se dirigieron hacia el ayuntamiento. A su paso, toda la fuerza militar de Vera se inclinaba.

—¿Quién ha mandado esto? —dijo con voz tan potente que se hizo el silencio.

—¡Mi señor! Yo fui —dijo Paolo mientras andaba cojeando por su deformidad.

—Paolo, explícame qué es este despliegue —apremió Raven.

—Señor, vayamos dentro del edificio pues son muchas las noticias que os he de dar —habló nervioso Paolo.

Los tres entraron en el ayuntamiento. Se dirigieron en silencio a una dependencia sin nadie en ella y al traspasar el trío la puerta, Paolo las cerró.

—Dime, Paolo, te veo muy nervioso —amablemente le ordenó Raven.

—Motivos tengo, mi señor. Dos días sin saber dónde estaba es demasiado tiempo —dijo Paolo.

—Me eran necesarios para producir en el laboratorio más material con el que poder trabajar. Necesito más bestias, más inteligentes y más poderosas. Estuve el tiempo preciso —se justificó Raven.

—Demasiado tiempo, hasta tu criado te lo ha dicho. Tienes que empezar a escuchar a los demás —le acusó el siniestro personaje que le acompañaba, el sin nombre.

—¡Cállate! Tus palabras taladran mi cerebro—echando espuma por la boca le dijo a su socio.

—Señor, dejad vuestra ira, pues las noticias son graves, os lo aseguro — intentó calmarlo con sus palabras Paolo.

Lo consiguió, las facciones de la cara de Raven se fueron relajando aun cuando oyó una risa tan oscura que a Paolo le transmitió miedo. El director de todas las ciudades del este le obvió y se dirigió a Paolo:

—¡Cuéntame, Paolo! Y sin interrupciones —dijo mientras se giraba hacia su socio.

—La primera es de Alana —empezó a contar Paolo.

—¿La primera? ¿Quiere decir que hay más? No me gusta — interrumpió Raven.

—No, no le gustará ninguna, mi señor. En Alana, todos los agentes y espías de la hermandad fueron encarcelados. Lo de los agentes puede que sepan quiénes son, pero ¿los espías? Sabían quiénes eran todos, sin excepción; uno de los mejores que tiene en sus filas logró escapar y nos envió este mensaje que ahora le comunico, todo lo que pudo averiguar antes de que le apresaran. El

alcalde de Alana desapareció de la ciudad en uno de los trenes que partían junto a más de cien de los herreros de Hornos; los espías vieron a un hombre enorme que antes no vieron; hasta aquí el mensaje de nuestro hombre en Alana. Otro cuervo, al día siguiente, informó de que ese tren llegó aquí, a Vera, con dos vagones menos; nadie sabe dónde están y hemos peinado las vías hasta mitad del camino hacia Erdia. Lástima que no llegáramos hasta esa ciudad. Alana fue tomada por los hombres de su alcalde Claudio: una ciudad menos, mi señor.

—¿Cómo pueden desaparecer dos vagones en mitad de los raíles de Erdia y Vera? —dijo furioso Raven.

—No es todo, mi señor. El segundo mensaje es de Altamiras. Antes de que usted saliera de Vera, nos extrañamos de que allí no conociéramos notificación ninguna y ya sabemos la razón: Altamiras ha sido tomada por su alcalde y han sido aún más meticulosos que en Alana, porque ningún espía nos lo ha notificado.

—¿Quién, entonces, te dio ese mensaje? —preguntó Raven.

—El propio alcalde de Altamiras, por una carta escrita de su puño y letra y liberando a un agente para que le entregara a usted. Aquí la tengo —concluyó Paolo mientras le entregaba la carta a Raven.

Raven empezó a leer con los ojos abiertos como platos, apretó el papel en una mano con tanta fuerza que sus uñas traspasaron la piel y tintaron de rojo la bola de papel; unas gotas carmesíes hicieron lunares de sangre en el suelo. Lanzó la bola contra la pared y descargó un puño con tanta violencia en una mesa cercana, que la hizo dos mitades. Estuvo de espaldas a los dos hasta que, más sereno, miró a Paolo. Paolo hizo ademán de continuar, lo que Raven advirtió y sin dar lugar a que prosiguiera, le habló:

—Dime que no hay más noticias de ese calibre. ¡Dímelo! —gritó la última palabra Raven.

—Señor, sí las hay —dijo ahora con voz temblorosa—. En la estación del tren de Erdia llegó un tren con un gran número de vagones de noche. Les llaman los trenes fantasmas y esa noche descargó un montón de soldados liderados por el comandante de la guardia de Altamiras. Esto lo informó un espía que casualmente vagaba por la estación de tren de Erdia. Se escondió y los siguió. Eran más de setecientos, pero en las calles se les unían sus habitantes y casi la mitad de los soldados del alcalde, como en las dos ciudades anteriores. Apresaron a todos, menos a aquel que se pudo esconder de las detenciones en Erdia. Tomaron la ciudad en pocas horas y sin derramar una sola gota de sangre.

Raven se quedó inmóvil con la mirada perdida. A Paolo se le heló la sangre. Habían perdido tres de las cinco ciudades del este con una precisión quirúrgica; tenían toda la información y se movieron como un plan hecho con mucho tiempo para que fuera algo espontáneo. El siniestro personaje que calló cuando se lo pidió Raven, se adelantó.

—Te lo dije, te lo repetí hasta la saciedad y tú hiciste caso omiso de mis palabras. Tu orgullo desmedido y tu ira, o quizá pudiera decir tu locura, añadiendo delirios de grandeza, te han hecho descuidado —casi en un susurro alto recriminó a Raven el oscuro personaje.

—Mandaré todo y recuperaré las ciudades con violencia, quiero que vean de qué soy capaz. Teñiré de sangre sus calles.

La ira inundaba al director de las cinco ciudades del este. Por la comisura de sus labios, hilos de espuma salían de su boca. Su mirada perdida y los ojos enrojecidos eran claras señales de que explotaba en violencia desmedida como antes hizo:

—Están cerca, muy cerca, son poderosos y por lo que he visto, muy inteligentes; ¿y tú quieres dividir fuerzas? No te creía tan estúpido; igual me equivoqué de persona.

Ante el insulto de aquel que le hablaba, una daga descubrió su brillo y se lanzó hacia él rápidamente intentando asestarle un golpe mortal, pero solo se acuchillaba al aire, así una y otra vez, siempre sin éxito. Su rabia se acumulaba y tenía que derramar sangre. Tenía que calmarla: ya no era una persona, era una bestia que solo quería despojar la vida a quien fuera. Vio a Paolo y se abalanzó con la daga en alto. Su fiel sirviente no hizo movimiento alguno ni para huir ni para defenderse pues sabía que ese día llegaría. Él estaba condenado desde hacía mucho tiempo por su condición deforme, mucho su vida se había alargado y quien antes lo protegiera, ahora le quitaría la vida. El cuchillo se inclinó hacia el cuerpo de Paolo para darle muerte pero una férrea mano paró la acción y Raven vio los ojos del que dijo ser su socio: eran negros, sin pupilas y vio en ellos oscuridad. El ser siniestro lanzó a Raven hacia el otro lado de la habitación donde se encontraban con una violencia que hizo que destrozara todo lo que se encontrara a su paso. Raven, aún rabioso, se reincorporó con facilidad. Era mucho más fuerte que antes, pero un golpe que no supo de dónde vino le hizo dar otra vez con sus huesos en el suelo; se volvía a incorporar cuando otro golpe le hizo tumbar, así una y otra vez hasta que no pudo levantarse. De pie, ante el cuerpo de bruces en el suelo de Raven, aquel ser sin nombre le observaba complacido.

—¿Matar a la única persona fiel que tienes y la más inteligente que podías tener a tu lado? No es lo más adecuado por muy cruel que fueras. Intentar matarme a mí casi lo entiendo, pero a él, que es el único que ha mantenido el orden en esta ciudad y ha hecho bien… ¡Levántate!

Raven hizo caso de aquel oscuro personaje y miró a Paolo con tristeza. Nunca quiso hacerlo, pero él nunca pidió perdón aunque ese sería el momento adecuado para hacerlo.

El hombre del sombrero de ala corta paseo un corto trecho para que la ira anterior y la vergüenza actual de haber sido humillado se pasaran, al menos un poco.

—No todo está perdido, pues yo tengo muchas cosas que contrarrestar a los que vienen a atacar. A partir de ahora, yo diré qué hacer y cuándo. Aún me eres útil, director. Paolo, por tus servicios prestados y tu fidelidad, te libero; sal de la ciudad y huye de aquí. Llévate unos cuantos guardias que te protejan pues la próxima vez, no te salvaré. Y tú, escúchame: haz lo que diga sin cuestionarme, ¿entendido?

—Sí

—Que tu orgullo no te mate; quiero oírlo más alto.

—¡Sí!

—Bien, es momento de mover nosotros las piezas.

31. SELVA NUESTRA

Desde que salieron de Nocturna, un gran búho blanco dirigía el camino contrario del que debieran haber seguido. Hicieron caso de aquel hombre de Nocturna y creyeron sus palabras siguiendo al búho blanco, hasta que en la noche oscura se elevó en vuelo por enésima vez hacia el oeste.

—¿Dónde nos lleva un pájaro, solo porque un hombre simplemente nos lo dijera? —dijo enfadada Noelia.

—Porque tengo la corazonada de que es la dirección correcta. Estamos cerca de Selva —intentó razonar Héctor.

—No solo eso amigo mío; ese hombre no mentía y yo sé cierto cuándo mienten y cuándo no —afirmó Prometeo.

—Pues sigámoslo; creo en vosotros dos. Además, donde vaya Prometeo iré yo —dijo Noelia en otro tono.

—Y no me imagino en ningún lugar en el que no estés tú, mi amor —contestó Prometeo a Noelia.

—Se ha parado cerca de una gran cueva y oigo ruidos débiles de gente, de mucha gente —dijo estas palabras Sara mientras señalaba donde estaba el búho blanco.

El enorme búho blanco levantó el vuelo alzándose en las alturas y se perdió en la oscura y fría noche. Los cuatro miraron hacia el cielo y cuando el ave desapareció de su vista, pusieron sus ojos en la abertura de piedra; hacia allí fueron encima de sus monturas hasta que en su proximidad, dos hombres fornidos se interpusieron sin portar ninguna arma y sin mostrar amenaza en sus maneras; solo una pregunta:

—¿Quiénes sois?

Sara, Prometeo y Héctor miraron a Héctor pues él era el líder y quien debía hablar. Héctor simplemente se presentó como quien realmente era.

—Soy Héctor de Selva y mis compañeros…

Aquel centinela por lo visto no le hizo falta más información, pues antes de que Héctor concluyera, habló:

—Le estábamos esperando, señor; le ruego que nos siga.

Todos se quedaron callados pensando que cómo podían esperar a alguien como Héctor en aquel lugar apartado. Hicieron caso del paso que siguió Héctor ante la contestación de ese guardián de la gruta. Entraron en ella y descubrieron que una vía de tren terminaba en ella y que más de cien hombres andaban en el fondo por varias edificaciones que parecían una estación; dos vagones

estaban al final de la vía. Héctor tuvo que preguntar y así lo hizo:

—¿Qué lugar es este?

—La estación escondida. Es obra de vuestros antepasados —le contestó fríamente aquel guardián que los guiaba.

Antes de que hubiera más preguntas, un hombre de no mucha estatura y de poca constitución apareció entre hombres fuertes que le saludaban a su paso y él les correspondía. Héctor no daba crédito a lo que veían sus ojos; aquel dirigía sus pasos hacia los cuatro jinetes y, al distinguirlo claramente, Héctor desmontó y habló:

—¡Primo! ¡Qué alegría verte después de tantos años!

Era Claudio, el alcalde de Alana. Héctor se acercó hacia él y se fundieron en un fraternal abrazo.

—No nos veíamos desde que éramos adolescentes, Claudio —dijo con alegría Héctor.

—Cierto, pero seamos corteses. Preséntame a quienes te acompañan —dijo Claudio sonriente.

—Siempre la educación inculcada acertadamente por nuestra familia. Aquí te presento a mis compañeros de viaje; sin duda, sería imposible tener mejores personas a mi lado de las que ahora ves. Un privilegio que jamás olvidaré: la primera y ahora más importante para mí, mi mujer, Sara.

Claudio se acercó, Sara desmontó y la besó en las dos mejillas:

—Un orgullo que formes parte de nuestra familia —habló Claudio con alegría.

—Es más para mí estar al lado de un gran hombre —habló Sara correspondiéndole a Claudio.

—Aquí, un amigo y un poderoso aliado: Prometeo, señor de las palabras —habló Héctor mirando hacia él.

—Un placer, quien es amigo de Héctor es amigo mío —dijo Claudio dándole la mano a Prometeo.

—Y una mujer digna de admiración por su valentía, por su inteligencia y su determinación: Noelia, mujer de Prometeo y también, si ella desea decirlo, mi amiga —expuso Héctor.

—Amiga mía también y si mi primo tiene tanta admiración, también es la mía —dijo Claudio buscando el reverso de la mano de Noelia.

Noelia se sintió halagada de las palabras de Héctor y no habló pues no hacía falta, pero Sara sí lo hizo:

—¿Por qué un hombre nos dijo que siguiéramos al búho blanco que nos condujo hacia este lugar? Y ¿qué hacéis aquí?

—Te explico: esta estación la construyeron nuestros antepasados; somos estirpe de largo linaje. Mucho antes de que

Selva se construyera era una vía de escape por si las cosas mal se pusieran. Desde que era niño, mi debilidad era aparente pero no mi inteligencia. Antón el rojo, el señor de los secretos, me convenció para que fuera uno de ellos; exageré mi debilidad para convertirla en una falsa enfermedad e hice planes por si la hermandad se rompiera. Instruí a estos buenos hombres y no tengo secretos para ellos; tengo un durmiente real entre mis hombres: Valerio, hermano de Román, de Mont-Elo. Antón me comunicó que la hermandad no existía ya por las manos de un asesino demente y que deberíamos mover pieza. Lo primero, tomar mi ciudad librándola de los agentes y espías de la hermandad. Dejamos escapar a uno para que informara y pusiera más nervioso a las ciudades de Vera y Ulsan que son las únicas que quedan de la hermandad para que precipitaran sus actos. Primo, Alana, Altamiras y Erdia ya no son de ellos.

—¿Y qué es este despliegue? —preguntó Noelia.

—Estamos cerca de Vera y Selva; no es suficiente para la ciudad más grande, pero este despliegue de fuerzas es para recuperar lo que es y siempre fue de nuestra familia.

—¿Selva? —preguntó Prometeo.

—Sí, pero no el lugar sino el bienestar de su gente. Mi familia nunca gestionó desde tiempos pasados un feudo para ellos mismos, sino que la gente fuera dichosa dentro de nuestras posibilidades. Ahora sufren y nuestro deber es quitarles el yugo que ahora tienen y que vuelva a ser Selva nuestra y de quienes la habitan. Te estaba esperando a que llegaras: es tu casa, Héctor, y mi deber, devolvértela.

Claudio y Héctor se abrazaron una vez más y, a ambos la emoción les traicionó pues las lágrimas acudieron dando signos de su humanidad. Noelia era una mujer práctica e intervino dirigiéndose a Héctor.

—¿Y cómo pensáis hacerlo?

—No sé el plan que tiene mi familiar Claudio pero sé que es muy inteligente. No esperaba que nos guiara ese tal mago a mi hogar. Noelia, es mi deber recuperarlo —se sinceró Héctor.

Asintió Noelia con conformidad.

Claudio sacó un mapa del feudo y tenía señalado el plan. Lo puso delante de una mesa y se dispuso a explicar:

—Tienen una máquina motora con un cañón de gran calibre; está en la primera entrada del feudo. Debajo de ella hay explosivos suficientes para hundirla e inutilizarla. Es nuestro primer paso. Hay bastante presencia de la hermandad, por lo cual, a pesar de mis

intenciones tendremos que luchar junto a mis más de cien herreros que en secreto, han sido entrenados durante años por si surgiera algún conflicto como este. La batalla será cruenta por lo cual espero el compromiso de vuestros acompañantes.

Los tres que estaban al lado de Héctor asintieron:

—Disculpadme la intromisión pero atacar un feudo amurallado con cientos de guardias del director, con cien hombres o pocos más, es más que una temeridad —expuso con lógica Prometeo.

—No entraremos atacando directamente, gentil hombre. Por cierto, ¿recuerdas dónde jugábamos en nuestra infancia, Héctor? —preguntó Claudio.

—En los pasadizos secretos debajo del castillo. Por allí salía durante años al exterior. ¡Claro! La emoción ha nublado mi mente, pero ¿y si los han descubierto? —preguntó Héctor.

—Si los han descubierto pondrán uno o dos guardias; solo tenemos que anularlos. Hay tres entradas y tres salidas: una estaba en el castillo de Selva que ahora está derruido; la otra, en la casa de invitados detrás de la chimenea de la servidumbre, en el sótano; y la tercera, en la famosa casa encantada que nuestra familia cerró para que no hubiera más supersticiones. Eso dijeron al pueblo y ellos se lo creyeron. Lo malo es accionar los explosivos del llano amurallado. Es mi único problema.

—¿Dónde está? Nunca me lo reveló nuestro tío —preguntó Héctor.

—Ni a mí pero lo descubrí. Está en la garita que se encuentra encima de la segunda muralla, la de la derecha, oculto en el techo de madera. Allí está el interruptor —dijo Claudio.

—Hay demasiada distancia desde las dos salidas hasta la muralla. Los espías que allí están nos reconocerán y hacerlo por la fuerza nos llevaría demasiado tiempo y pérdidas; además, podrían usar esa máquina en nuestra contra —expuso Héctor reflexivo mientras daba unos pasos concentrado—. Claudio, ¿este lugar era un refugio para nuestra familia?

—Así te lo expliqué; era la función de esta estación escondida.

—Aquí guardarían víveres y ropas renovándolos durante años, ¿cierto? —dijo Héctor.

—Claro, hay baúles de ropa de mujer, hombre y niños; hay víveres que se renovaban periódicamente y varios guardabosques que evitan que los caminantes o alguna partida de exploradores diera con ella y con la vía. No sé hacia dónde se dirigen tus preguntas. Ilumíname primo, hazme ese favor —le pidió Claudio.

Héctor miró hacia sus tres acompañantes; Prometeo, Noelia y

Sara lo miraban a la vez extrañados de las intenciones de Héctor. Héctor les habló con una sonrisa en los labios.

—¿Os molestaría mucho entrar por la puerta principal?

Todos se quedaron sorprendidos.

—Vayámonos a las dependencias de esta estación. Por el camino os lo explico. Partiremos a primera hora, ¿no? —preguntó Héctor.

—Como siempre primo, nuestra familia no se esconde en la noche; lucha siempre de día —recitó una frase centenaria Claudio.

Así pasaron las vías Noelia, Sara, Prometeo y Héctor, hasta que la voz de Héctor fue tan lejana que no se le entendía. Un hombre gigantesco se acercó a Claudio.

—¿Quiénes son? —le preguntó Valerio.

—Uno es mi primo, los demás, creo que durmientes. Antón seguramente me los ha enviado para ayudarnos: es el señor de los secretos—dijo Claudio.

—Ninguno es un durmiente, al menos de los que escapamos de la hermandad y aunque reconozco la inteligencia de Antón, de que ellos estén aquí él nada ha tenido que ver y El Mago no conoce a Antón al igual que Antón no conoce al mago —dijo serio Valerio alejándose después y dejando a Claudio con la palabra en la boca.

Así, al poco de una hora cayó la estación perdida en el silencio del descanso que solo rompían las pisadas de los guardias.

Aún de noche, poco tiempo antes de que amaneciera, estaba toda la fuerza humana de Hornos formada en líneas de dos comandados por Valerio y esperando que Claudio diera la orden de salida. De las dependencias de la estación escondida salió Héctor armado y con ropas preparadas para la lucha; se acercó a Claudio.

—¿Me contarás tus planes, Héctor? —preguntó Claudio.

—Por el camino. Ahora disfruta de lo que contemplas —dijo sonriendo Héctor.

Claudio quiso preguntar a Héctor cuál sería la sorpresa a la que se refería cuando la puerta del edificio más pequeño se abrió. De él salió Prometeo vestido como un noble pero también armado. Hizo un saludo hacia Héctor harto exagerado:

—¿Cumplirá con su cometido esta pinta, amigo Héctor? —dijo con sonrisa amplia Prometeo.

—Pareces un noble de mi casa. ¿Seguro que no somos familia?

Los dos rieron y se abrazaron como en los momentos pasados. Ojalá la recta final de este viaje no la truncara.

Sara y Noelia habían despertado antes que sus hombres y se fueron a un cuarto con un espejo y varios baúles con ropa; allí se encerraron poco más de una hora.

Claudio empezaba a mostrar signos de impaciencia, a lo que Prometeo calmó:

—No creo que tarden mucho en salir.

Por la puerta, dos mujeres distintas a las que vio antes Claudio llevaban dos elegantes vestidos recatados, pero que mostraban las generosas curvas de dos bellísimas mujeres. El maquillaje y el peinado las hacían tan hermosas que, cuando la tropa formada se dio cuenta todo el murmullo de comentarios se acalló al contemplar a esas dos bellezas. No entendía por qué se vestían así. Se pusieron dos capas negras, pues el frío aun persistía en el viaje que emprenderían.

—Nos vamos; iremos despacio para daros tiempo a llegar. Tengo el cálculo hecho—dijo Prometeo.

Montaron los tres pero antes de que lo hiciera Sara, Héctor se acercó a ella y la besó restándole carmín de sus labios:

—Eres la mujer más bella del mundo, Sara —dijo orgulloso.

Desde el estribo, Noelia le dio una patada suave a Héctor que le sorprendió:

—¡Eh!

—Perdóname, Noelia; tú también rivalizas en belleza con mi amada Sara.

—Ahora está mejor —dijo fingidamente seria Noelia.

Prometeo no pudo contener la risa y antes de recibir algún golpe de Noelia, inició la marcha junto a las dos mujeres que tenían caladas las capuchas y lo siguieron hasta que desaparecieron de la estación escondida.

—¿No temes que un solo hombre y dos débiles mujeres crucen, aunque poco camino, por Tierra de Nadie? Una es tu mujer —le recriminó Claudio

—¿Yo, temer por ellos? Temo por quien se cruce en su camino con malas intenciones. Partamos y que al final de este día volvamos a abrazarnos y si así no fuera, un honor luchar a tu lado para que Selva vuelva a ser nuestra —dijo Héctor abrazando a su primo Claudio.

Las lágrimas de Claudio se contuvieron, pero no sus palabras:

—Uno de los dos ha de sobrevivir, aunque mejor si fuéramos los dos pero si no fuera así, lo mismo, primo y amigo.

Claudio se apartó y en un grito ordenó a la formación que empezaran a andar y, ordenadamente, salieron de la estación. Al poco de partir, vio Héctor a un gran búho blanco que estaba en una rama observándolos; era la misma ave que los trajo aquí.

Esa mañana en la que partieron Prometeo, Sara y Noelia era

clara y cabalgaban en medio de caminos. No tenían que esconderse y fueron a paso pausado.

Prometeo miraba el reloj; la estación escondida estaba a solo diez kilómetros de Selva en línea recta pero por el camino que iba Héctor, según le dijo Claudio, estaba un poco más lejos.

La serpiente humana del centenar de hombres de Claudio después de poco más de dos horas, se escondía en el denso bosque que estaba al norte del feudo y que le daba el nombre. Era tan tupido que de uno en uno les costaba andar, hasta que Claudio dio la orden de parar. Quitó unas piedras musgosas que ocultaban una portezuela de hierro oxidado. No tenía llave pues estaba oculta tras el recodo de una cueva cubierta de verde envoltorios y de poca profundidad. Entraron con dificultad aquellos hombres de anchas espaldas; tras pasar la estrecha puerta, las galerías de los pasadizos subterráneos de Selva ya eran lo bastante anchas y altas para que pudieran ir con comodidad. No encontraron a ningún centinela por su camino; en una bifurcación se dividieron en dos: unos a las órdenes de Valerio y otros a las órdenes de Héctor y Claudio que ya cedió a Valerio el camino más fácil y le impartió las últimas órdenes. Los dos primos llegaron al final del pasillo, Héctor puso el oído en la puerta y nada oyó.

—¿Y ahora, Héctor? —preguntó Claudio.

—Ahora a esperar; estad preparados.

Prometeo, Noelia y Sara traspasaron el puente que pasaba por encima del río que rodeaba el feudo. Se plantaron delante de la enorme puerta de la entrada; los muros lisos reflejaban el sol de la mañana. Prometeo llamó a la gran puerta y dentro se oyó cómo su llamar alteró bastante a quienes la custodiaban; una mirilla se corrió y unos ojos miraron sorprendidos a un hombre de aspecto pulcro y con aire aristocrático que descansaba su mano en un bastón de bella y elaborada factura. Detrás de él, dos mujeres cubiertas con sendas negras capas y en la abertura que no cubría, se veían vestidos que pocas mujeres se podían permitir llevar. Una vez que la sorpresa empezó a diluirse, preguntó de manera brusca:

—¿Qué diablos queréis? Selva está cerrada a cualquier visitante. ¡Largaos!

—Creo que os equivocáis; vengo a entregar un presente al nuevo duque de Selva de parte del director de las cinco ciudades del este.

A aquel hombre se le abrieron los ojos como platos y sus labios le empezaron a temblar. Quiso articular palabra pero los ojos y la seriedad de Prometeo se lo impidieron; cerró la mirilla de golpe y un chirrido de las enormes bisagras que sostenían la puerta

empezaron a quejarse llenando de su estridente sonido la entrada a Selva. Se abrió un poco más de un metro; Prometeo entró a pie llevando las riendas de su caballo en la mano. Allí, vieron la máquina motora y su cañón que ahora apuntaba hacia ellos. Era una defensa por si superaban la primera puerta. Unos guardias lo pararon y el más corpulento con demasiada seguridad, puso una mano en el pecho de Prometeo; sonreía burlesco y despectivamente le dirigió la palabra:

—Tenemos que ver la mercancía y probarla, *señorito*.

—¡Quita tu mano! Tú no vas a probar nada. Creo que no sabes quién soy y como vuelvas a sonreírme así, ordenaré que te maten de la manera que quiera mi caprichosa imaginación. Vengo a supervisar Selva, orden de palabra del mismo director de las cinco ciudades del este, el único que representa la hermandad y el único que está por encima de mí —dijo Prometeo imprimiendo un poco de poder en sus palabras.

A aquel rufián se le transformó la cara y dio un paso atrás, aún así, no pudo esquivar un golpe de aquel enviado y que dio con su cuerpo en la tierra. Se intentó levantar pero la bota de Prometeo lo hizo golpear otra vez con el suelo. Lo liberó y se reincorporó con dificultad. Prometeo esperó a que lo hiciera y se puso frente a él mirándolo desafiante.

—Ve e informa al duque de Selva de que un enviado del director está aquí. Por cierto, el tiempo que esté supervisando este feudo, si te veo estarás muerto. Escóndete bien.

Aquel desapareció trastabillando a cumplir las órdenes dadas. Los demás mantuvieron las distancias y entonces Prometeo les habló en tono despectivo.

—No necesité escolta antes y ahora tampoco la necesito; sé hacia dónde me dirijo.

Sin pensárselo, aquellos hombres se retiraron. Prometeo, altivo, prosiguió el camino y la segunda puerta defensiva de Selva se abrió antes de que llegaran.

Traspasó las puertas y memorizó el mapa que le dibujó en el suelo Héctor. Destruido el castillo, el siguiente edificio más notable de ese feudo era la casa de invitados. La gente que pasaba al lado de ellos estaba asustada y vio en sus rostros signos de violencia. Aunque mantuviera esas formas de indiferencia, supo lo que sufrieron las gentes del lugar bajo el yugo del actual duque de Selva. Algunos guardias que hacían ronda en la ciudad ni tan siquiera lo pararon ante la seguridad de su paso. Llegó hasta la casa de invitados y con teatral indiferencia se dirigió hacia la entrada

fuertemente custodiada. Los guardias se apartaron enseguida ya que un maltrecho mensajero cumplió bien su misión; entró en la casa y lo que vio le desagradó. Había un trono de madera en parte quemada que debieron recuperar del castillo. Allí había un hombre lleno de cicatrices que en sus manos tenía unas cadenas que terminaban en varias chicas semidesnudas y que estaban atadas con argollas en sus cuellos. Estaba comiendo una manzana que al primer mordisco tiró a los pies de Prometeo; era un ser despreciable. Prometeo estaba ahora satisfecho de estar allí y lo miró directamente a sus ojos, cosa que le puso furioso, pero calló. Entonces, Prometeo habló:

—Traigo aquí dos presentes por mantener la paz en este feudo.

Noelia y Sara se quitaron las capuchas y desataron las capas que cayeron al suelo desde su espalda. El que estaba en el trono se quedó admirado ante la belleza de aquellas dos mujeres y las recorrió con miradas lascivas. Ordenó que las mandaran a sus aposentos; bajó un peldaño donde descansaba su trono y tiró de las cadenas con los consiguientes gemidos de dolor de quienes las portaban. Aquel ser se complació de oír el sufrimiento de la gente; quería impresionar a Prometeo pero él seguía igual de serio.

—No os conozco y llevo mucho tiempo sirviendo a la hermandad. Veo que al final me han recompensado con algo.

—No me conoces ni tú ni nadie ni daré nombre alguno. El director también tiene sus secretos —dijo serio Prometeo.

—Has golpeado a uno de mis hombres y eso no lo consiento. Tú estás aquí ante un duque de la hermandad. ¡Arrodíllate, necio! —habló sobrado aquel duque de Selva impuesto por la hermandad.

Prometeo dibujó una sonrisa que aún enfureció más a aquel que se sentaba en un trono que no merecía.

—Creo que te han informado mal. No soy un mensajero; vengo a supervisar este feudo. Para mí, que seas duque me es indiferente pues yo solo rindo cuentas ante el director de las cinco ciudades del este. Otra insolencia más y te mandaré delante de él por no cumplir sus órdenes. ¿Te ha quedado claro? ¿O tengo que volver a explicártelo? —dijo con ira no fingida Prometeo.

Aquel hombre reculó mientras Prometeo subía lentamente un escalón.

—Disfruta de tu sofisticado regalo. Yo inspeccionaré el feudo y espero que lo encuentre todo en orden o sufrirás la ira del director —dijo Prometeo poniéndole un dedo en el pecho.

Prometeo le dio la espalda sin esperar respuesta. A la salida le escoltaron cuatro guardias de manera sumisa:

—No necesito escolta —dijo así despidiéndolos.

Una vez que se fue por la puerta Prometeo, el vil hombre se repuso y lo primero que hizo fue darle una patada a la primera chica encadenada que aulló de dolor. Decidió castigar a las dos damas que en su cama le esperaban y, después de golpearlas a placer, las tomaría. Subió la escalera seguro de sí mismo y con ganas de desquitarse de la ofensa, abrió la puerta de la habitación y lo primero que hizo fue coger a la pelirroja por el cuello y llevarla hacia él. Fue lo último que hizo en su vida, pues cayó muerto al suelo con una daga clavada hasta la empuñadura en su sien.

—¡Eres rápida, Noelia! —le dijo Sara.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó preocupada Noelia.

—No le diste tiempo.

Se quitaron la falda pues llevaban pantalones debajo ya que era ropa más adecuada para la lucha. Sara vio un arco colgado y un carcaj con flechas en un rincón. Noelia le quitó el arma de fuego que llevaba el muerto y la munición de su bandolera. Se sentó en la cama y Sara preguntó:

—Y ahora, ¿qué?

—A esperar la señal.

Prometeo ya sabía que aquel duque de papel estaba muerto pues conocía bien las capacidades de Noelia y de la misteriosa Sara.

La voz de su falso cometido corrió pronto porque ningún guardia le importunó. Subió la escalera que daba encima de la puerta de la segunda muralla y andaba seguro por el adarve hasta que llegó a la garita adecuada. Despidió al centinela, levantó la mano al techo de madera y buscó con su mano algún mecanismo que accionara los explosivos, pero nada hallaba. Empezó a pensar que la información no era cierta, pero la vio antes de que la tocara. Estaba encima de su alcance; cogió el bastón y subió la palanca por él aunque nada sucedió. Lo más importante del plan estaba fallando (mal empezar). No sabía qué hacer hasta que una gran explosión sucedió que hizo temblar como un terremoto el suelo de Selva. Delante de él, el suelo se abrió y engulló la máquina con el cañón. Desapareció y se dijo: «Es la señal».

Valerio, con su descomunal fuerza, destrozó la puerta que estaba atrancada y salió de debajo de la que decían era una casa encantada. Esperó a que salieran sus sesenta hombres del sótano de esa casa y subieron todos con disciplina hasta el primer piso. Valerio distribuyó a sus hombres en grupos de diez. Era fácil saber quién eran los guardias de la hermandad que iban armados.

Salieron de la casa y tuvieron la suerte de no encontrar nadie.

Los seis grupos salieron por diferentes direcciones. Tenían que aprovechar el elemento sorpresa. Valerio no supo la razón por la que eligió a los diez que en Hornos trabajaban cerca de él, o se pusieran a su vera para que los eligiera. Nada más empezar a ir por las calles que iban hacia el castillo de Selva, se encontraron con una guardia de la hermandad que, a golpes, intentaba controlar a la gente asustada. A uno de esos guardias, Valerio lo cogió del cuello y lo levantó a más de un metro, y con una voz que aún más lo asustó, Valerio le habló:

—¿Dónde están los guardias supervivientes de Selva?

Aquel hombre se asustó tanto ante el imponente aspecto de Valerio que no pudo decir más que la verdad.

—Están en los calabozos del castillo, están intactos; allí los encerramos. Por favor, perdóname la vida —suplicó el hombre.

Valerio movió su presa hacia un lado y aquel hombre murió.

—No soy como quieren que sea, hoy no hay compasión por los crímenes cometidos, hoy no —sentenció Valerio.

Valerio y su grupo fueron rápidos hacia el castillo. Los guardias que custodiaban las mazmorras salieron para ver la razón de ese estruendo y encontraron la muerte sin darse cuenta por la rapidez de ejecución del escuadrón de Valerio. Bajaron a los niveles inferiores y vieron a cientos de hombres hacinados en celdas. Valerio se acercó:

—¿Estáis todos bien?

Uno de ellos tomó la voz.

—¿Quiénes sois?

—Los que hemos venido a liberaros. Selva hoy será nuestra. ¿Cuántos podéis luchar?

—Todos los que nos tengamos de pie. ¿Tenéis las llaves para abrir las celdas?

—No hacen falta pues seréis libres pronto.

Valerio, con su descomunal fuerza fue reventando las puertas de las celdas. Les entregaron las armas que pudieron y todos salieron al exterior. Más de doscientos hombres, aunque faltos de alimentos pero sobrados de motivación.

En el otro lado del feudo, en el sótano de la casa de los invitados y detrás de la puerta secreta que estaba detrás de la chimenea de la servidumbre, Claudio y Héctor escucharon la explosión y abrieron la puerta sin dificultad. Pasaron por encima de las brasas de la chimenea y con una pistola en lanza, Héctor vio que la habitación estaba desierta por lo que fueron saliendo todos los herreros. Héctor no los contó pero eran más de cuarenta. Fueron los dos únicos

herederos de su familia los primeros en subir al piso superior. En la primera planta del edificio vieron un trono vacío, varios guardias muertos y muchas cadenas con argollas vacías. Asegurándose de que no hubiera más guardias en el edificio, Héctor subió un piso en el que se encontró más cuerpos, algunos con flechas incrustadas en ellos; al final del pasillo giró la esquina con el arma cargada y se encontró con que un arco le apuntaba.

—Cariño, avisa antes que has estado a punto de que te matara —dijo Sara sin soltar el arco.

—Si has de ser tú quién acabe con mi vida, no tendré mejor fin que morir en manos de la persona que más amo.

Sara bajó el arco y se abrazó a Héctor besándolo con pasión. Noelia estaba al lado y con burla les habló:

—Idos a una habitación; de liberar este feudo ya me encargo yo.

—¿Y perdernos que Selva vuelva a ser nuestra como siempre fue? No, Noelia, no te dejaremos a ti todo el mérito —le dijo sonriendo Héctor.

Bajaron los tres. Claudio suspiró aliviado de que su primo estuviera bien; cuando Héctor estuvo a su lado, le dijo en voz alta a Claudio:

—Recuperemos lo que es nuestro; es el momento.

Salieron rápidamente al exterior. Todo era caos; así como veían civiles les gritaban que se escondieran en sus casas. Se encontraron a grupos de guardias de la hermandad que eliminaron con facilidad. Héctor giró una esquina y se encontró encañonado por uno de esos guardias: era su fin, era su muerte, pues una bala sería imposible de esquivar; vio en una lentitud atemporal como el dedo de aquel hombre avanzaba en el gatillo hasta que un gran martillo que alguien lanzó le aplastó el cráneo. Héctor vio que estaba vivo y Sara se le acercó para estar más cerca de él, pues en esos breves momentos mucho sufrió. Apareció Valerio que llevaba detrás más de doscientos hombres. Se dirigió a Claudio.

—Son antiguos guardias de Selva que han sido liberados, Claudio. Ellos nos ayudarán.

—Sabía que podía confiar en ti. Sigamos, aún hay mucho que hacer.

Prometeo, desde la muralla, vio como la batalla en las calles de Selva tenía signos de victoria, pero no podía quedarse como espectador de la misma. No temía por Sara porque era más que una mujer humana, pero sí por Noelia y Héctor, que sí eran humanos y sentía gran estima por ellos, en especial por el amor hacia ella; si ella hoy pereciera no lo podría soportar por muchos años que

viviera.

Su bastón adornado de mil filigranas era también una espada y empezó a bajar la escalera eliminando a aquellos que en las alturas tuvieran un buen tiro. Todos los centinelas estaban ya anulados y descendió hasta las calles advertido de que no usara el poder de la voz, ya que delataría su posición. En las calles luchó y vio que pocos eran los guardias de la hermandad que defendían el feudo de Selva.

Noelia, Sara, Claudio y Héctor vieron andando que las calles eran ya seguras y la resistencia mínima. Habían ganado por lo que se relajaron aunque no tanto los herreros de Hornos que, bien aleccionados, se mantenían vigilantes. Claudio se dirigió a su primo con buen humor:

—Héctor, como siempre tuvo que ser, Selva vuelve a ser nuestra.

Fueron sus últimas palabras pues desde las alturas de una casa cercana, un tirador de la hermandad acabó con una bala traicionera con la vida de Claudio; pero al mismo tiempo, una flecha acabó con quien le arrebató la vida a Claudio cayendo al suelo. Héctor agarró el cuerpo sin vida de su familiar y empezó a llorar entre la sangre de su primo.

Valerio quería informar de que la ciudad estaba ya tomada cuando vio el cuerpo sin vida de Claudio. Él, en silencio, lamentó más que nadie su muerte. El ser que ahora yacía sin vida en brazos de su directo familiar era la única persona que creyó en él. Héctor, con gran pesar, lo dejó en el suelo.

De la nada aparecieron ocho seres que no medían más de un metro y empezaron a llevárselo. Héctor hizo un ademán de impedírselo pero Valerio se puso delante de él y le dijo.

—Sé que es tu familia, pero ellos son los que siempre estuvieron a su lado. Deja que le honren, es su derecho.

—No se lo impediré.

El cuerpo de Claudio desapareció a hombros de esos diminutos seres. A Héctor le llegaron en voz de grito que Selva era suya y entonces, se recompuso. Noelia le preguntó:

—Y ahora, ¿qué?

—Tendréis que ir a Mont-Elo, pues es allí el lugar de reunión. Yo me quedo aquí que es donde debo estar —dijo triste Héctor.

—Y yo contigo. No estás solo, has demostrado que eres digno de mi amor —concluyó Sara.

—Noelia y yo nos iremos pues seguramente nos necesiten, si ella aprueba mi decisión.

—Sí lo hago —contestó Noelia.

Selva era ya de quien tenía que ser a pesar del dolor. Los habitantes salieron de las casas de donde estaban refugiados. No les hicieron falta vítores sino la tranquilidad de que un buen gobernante tomaba el control de Selva. Así era Héctor y más con Sara cerca.

Prometeo y Noelia partieron hacia Mont-Elo.

A pesar de la victoria, Héctor estaba triste y aquellos a quienes gobernara no tenían que percibirlo. De eso se encargó Sara, de que a través de Héctor Selva tuviera la alegría que le pertenecía.

32. EL PRESENTE

La noche en Erdia era más tranquila de lo esperado. Después de los hechos acontecidos la noche anterior, el plan se ejecutó con una perfección que superó las más optimistas expectativas. La información que se fue pasando a sus habitantes sin hacer un multitudinario acto, fue comunicarle que no era ni se pretendía liberar la ciudad, sino de liberarlos de quien ahora representaba a la hermandad ya que dada su naturaleza vil, nada bueno se podía esperar de él.

En todo esto algo rondaba en la mente de Manuel, el comandante de la guardia de Altamiras, plantado en el andén de la estación de tren con otros diez guardias. El jefe de la estación, que siempre se llevó Manuel para que no diera la alarma, estaba junto a él por propia voluntad ya que con las pocas horas que pasó junto a él trabaron una cierta amistad. Se llamaba Francisco.

—¿Otro tren fantasma?

—Sí, pero este lleva menos vagones —contestó Manuel con una leve sonrisa.

Los diez guardias que estaban a su lado miraron esa sonrisa como algo inaudito jamás vista por muy leve que fuera. Luego se dieron cuenta de que preparaban un tren de vuelta a Altamiras. Quien viniera, sería de visita breve. Al final de la vía vieron luces y el traqueteo lejano de las vías que, con su peso, el tren a los raíles las producía. Al final, la locomotora paró delante de la comitiva de bienvenida. La puerta del primer vagón estaba justo delante de Manuel, se puso la escalerilla del vagón en el andén y bajó Marcos, el alcalde de Altamiras. Saludó a su comandante y luego a cada uno de los diez soldados transmitiendo agradecimiento y satisfacción. Con un gesto de la mano indicó a Manuel una invitación a andar junto a él y con la otra indicó a los demás que no los siguieran.

—Mi señor, con haberme mandado un mensaje hubiera sido suficiente. No tenía usted por qué exponerse en persona pues son tiempos peligrosos.

—Esta noche Erdia es la ciudad más segura del mundo; mañana, ya veremos —dijo Marcos.

Empezaron a andar por las ahora tranquilas calles de la ciudad más pequeña de las cinco ciudades del este, pero si era la más pequeña, era también más hermosa que sus ciudades mayores. Unas generaciones de grandes escultores habían embellecido la ciudad. Lo hicieron en silencio.

No había toque de queda y había gente paseando por las calles, no porque fuera agradable hacerlo sino porque la prohibición había desaparecido.

Manuel y Marcos saludaban a toda la gente con la que se encontraban. Ya encontraron una pequeña plazoleta con una fuente helada en su centro y cuatro bellas estatuas en sus esquinas. Hacía mucho frío pero iban bien abrigados. Manuel advirtió que algunos de sus hombres mantenían distancia prudencial pues estaban para protegerlos. Entonces, Marcos habló:

—Estoy aquí en persona porque traigo presentes que tengo el gusto de dártelos en persona y lo que es de vital importancia, lo que aquí te tenga que hablar solamente podemos saberlo nosotros. Diles a tus guardias que se alejen más y no dejen pasar con palabras amables a otra gente —ordenó Marcos.

—No hace falta; ya han oído su voz y ya lo están cumpliendo. Prosiga, señor —le animó con voz respetuosa Manuel.

—¿Todo fue según se planeó? —preguntó Marcos.

—Mejor aún. Todo sin derramar ni una gota de sangre. Es más, señor, ni tan siquiera una magulladura. El plan fue muy bueno.

—Un plan no es bueno si no se ejecuta perfectamente. Estoy orgulloso de ti Manuel; lo hiciste excepcionalmente bien. Tenía mi confianza puesta en ti y no me has decepcionado.

—Gracias sinceras, mi señor. He de confesar que, a pesar de mi profesión, odio la violencia. Mi vocación es evitar que nadie la sufra aunque a veces no podamos evitarla.

—Me gustan mucho tus palabras, comandante —dijo orgulloso Marcos—. Más antes de que hables, presta atención a mis palabras pues es crucial que primero las entiendas bien, pues estos días venideros serán los que decidirán el destino de estas cinco ciudades. En primer lugar y a partir de este momento, dejas de ser el comandante de la guardia de Altamiras.

—¿Cómo? —dijo Manuel sorprendido.

Marcos obvió la reacción de Manuel y siguió hablando.

—Ahora pasarás a ser el alcalde de Erdia. Esta ciudad ahora es tu hogar, con todos los guardias que aquí están y la gente que te ha ayudado a expulsar a los agentes y espías. ¿Cuántos suman en total? Tengo que tener todos los datos.

—Unos tres mil; con formación, solo la mitad. Todos los que eran del antiguo alcalde se nos han unido excepto los más allegados a él—contestó Manuel aún turbado por su nombramiento.

—Más de los que esperaba. Ahora eres mi igual, Manuel, alcalde de Erdia, pero déjame que aún te dé mis últimas órdenes. ¿Las

aceptarás?

—Señor, como siempre. Mi respeto hacia usted está más allá del estatus —dijo con palabras de fuerte convicción.

—Gracias. Esta mañana Selva ha sido tomada. Ha hecho falta una lucha encarnizada que, aunque el balance fue bueno, tuvo algunas víctimas y una de ellas Claudio, el alcalde de Alana; fue un buen hombre, eso lo puedo asegurar bien —dijo Marcos elevando su cabeza al cielo y levantándose—. Que halle la paz allá donde esté; con sinceridad, lo echaré de menos —terminó de hablar con tristeza Marcos.

—Aunque poco tratara con él, únicamente cuando lo visitaba en pocas ocasiones por su enfermiza naturaleza, lamento su pérdida —dijo Manuel.

—Nunca estuvo enfermo. Era un consumado actor, era la cortina que le permitía que la hermandad no le tuviera mucha atención. Bien, tenemos poco tiempo. En Vera, el alcalde a estas horas lo sabe todo; hemos facilitado para que lo supiera y fuera cual fuera su reacción, lo tuviéramos todo preparado. Manuel, esta noche, en el mismo momento en que yo me vaya, darás la orden de evacuar Erdia, hasta los perros y los gatos si así deseas. Estáis demasiado cerca de Vera. Si viene hacia aquí lo único que hará es perder el tiempo.

—¿Cómo haremos la evacuación en poco tiempo y hacia dónde llevaré a esta gente? —preguntó Manuel serio.

Marcos miró el reloj y prosiguió hablando:

—Vayamos a la estación, todo a su tiempo. Irán a Altamiras, pues ya tengo todo preparado para absorber a toda la población de Erdia, para alimentarlos y darles ocupación. Tú irás con esos tres mil hombres a Vera y lo harás en tren hasta la mitad del camino; bloquearás las vías del tren en los dos sentidos. El maquinista sabrá dónde parar. En ese punto iréis en línea recta hacia Selva para auxiliarla por si decide atacarla. Acabo de mandar un mensaje hacia allí informando de que recibirán apoyo; allí está un hombre notable, Héctor, sobrino del fallecido Florián de Selva y primo hermano de Claudio; Héctor es el último de su casa así que no debe morir. Si el director de las cinco ciudades del este ataca Erdia, tiempo perdido; si se decide por atacar Selva, se encontrará con fuego cruzado. Si divide sus fuerzas no tendrá ninguna posibilidad. Todo se decidirá donde ese cruel hombre derramó la primera sangre, ¡es lo justo! ¡Larga memoria a Florián de Selva y a su sobrino Claudio!

Sin darse cuenta ya estaban descendiendo las escaleras de la

estación. Manuel, el ahora alcalde de Erdia, se quedó parado viendo las vías llenas de vagones en los dos sentidos.

—Es la obra de Claudio. Imagínate esconder todo esto a los espías de la hermandad —dijo Marcos.

—¿Cómo pudo lograrlo? —admirado dijo Manuel.

—En los subterráneos enormes y bien escondidos de Hornos, el feudo más industrial de todas las ciudades del este. Ingenioso e insustituible —dijo con tristeza Marcos.

Marcos levantó una mano y del primer tren de dos vagones en el que viajó él desde Altamiras a Erdia, salieron unos operarios. El alcalde de Altamiras asintió con la cabeza y aquellos hombres empezaron a descargar cajas y cajas. Manuel no pudo aguantar el preguntar y así lo hizo:

—¿Qué son esas cajas?

—Armas, munición y útiles para viajar por la nieve. ¿No pensarás que os enviaré a Selva sin contar con las máximas garantías? Es mi segundo presente.

—Agradecido estoy, señor. Ahora mismo ordenaré a los míos que se muevan para partir lo antes posible. Yo mismo lo supervisaré —así lo dijo cuando ya le ofrecía la mano para despedirse.

Pero Marcos no le dio su mano a Manuel, por lo que este se quedó extrañado y aún las palabras del alcalde lo dejaron peor:

—No, tú no supervisarás nada. Ya tienes hombres que harán ese trabajo por ti. Tú tienes tres horas en la cuales tendrás un trabajo más importante, y aquí va mi tercer presente, mi más preciado tesoro. Todo trabajo tiene por fuerza una satisfacción y te entrego algo que te has merecido.

Del primer vagón salió Marina, la hija de Marcos, la que en la ciudad de Altamiras decían, y con sobradas razones, que era la joya de esa ciudad pues con su luz y su belleza iluminaba toda la ciudad con su presencia.

—Te entrego de mi mano a mi hija Marina, ahora tu mujer, solo si ella lo desea.

—Así es padre, deseo que Manuel sea mi hombre.

Marina abrazó a su padre y lo cubrió de besos. Marcos, ahora sí, dio la mano de despedida a Manuel.

—Adiós, Manuel; ten presente que tienes que volver ya que no puedes morir pues tienes que cuidarla, es tu deber. Ella partirá en el último tren hacia Altamiras. Tenéis tres horas para que seáis hombre y mujer de hecho.

Marcos entró en el vagón del otro tren, en la dirección hacia Altamiras. Cuando su padre partió, Marina, impulsiva, saltó encima

de Manuel sin contenerse, abrazándolo y besándolo. Con el sobrenombre que le pusieron sus hombres, el Hombre de Hielo, a pesar del frío, se derritió.

Subieron cogidos de la mano por las escaleras de la estación y mientras paseaban por las calles de Erdia, veían como la gente salía de las casas ordenadamente, con equipajes improvisados pero sin pesar en su rostro. Algunas personas que reconocieron a Manuel al verlos pasar, fueron a darle la mano y expresarle su gratitud. Marina no cabía de admiración por su hombre y ella mejor que nadie sabía que la seriedad de Manuel era una fachada. Llegaron a la plaza que daba al ayuntamiento. Marina tiró hacia él pero Manuel la paró.

—No es allí donde pernocto sino en esa casa de la esquina —dijo señalando Manuel al extremo derecho de la plaza, cerca del ayuntamiento.

De todas las casas que se hallaban en rededor, era la más pequeña y la más humilde. Marina sonrió:

—Siempre virtuoso, es otra virtud: la humildad.

—Tiene el fuego encendido y tiene todas las comodidades que preciso. No necesito más cuando ahora tengo a mi lado lo que más deseo —se sinceró Manuel, alcalde de Erdia.

Entraron en la pequeña casa. Había dos mujeres entradas ya en años limpiando y avivando el fuego. En la mesa prepararon comida para diez hombres. Manuel las despidió informándoles que tenían que evacuar hacia la estación del tren sin que se demoraran mucho en sus casas. Les agradeció todo lo que hicieron por él y ellas le llamaron el Salvador de Erdia. Solos ya, Manuel se dirigió a Marina.

—¿Quieres algo de comer?

—No, tenemos un bonito trabajo que hacer.

Manuel le cogió la mano para ir a su dormitorio, mas encontró resistencia.

—Aquí, pues no quiero perder un segundo del tiempo concedido.

Si en esa pareja de amantes alguien supusiera que el fuerte era Manuel, no hacía más que equivocarse. Marina lo hizo sentarse en una silla delante de ella, con el fuego que iluminaba caprichosamente moviendo sombras y luces al danzar de las llamas. Marina echó sus manos a su nuca y deshizo su moño para que le cayera libre en su espalda, una larga melena rubia oscura. Empezó a quitarse la parte superior y dejó sus pechos aprisionados en tela libres a los ojos de su amado; él los volvía a encerrar en sus dos manos y cerró los ojos invocando el placer. Cuando los abrió, se

encontró con la encantadora sonrisa de Marina; dejó caer su falda y se desprendió de sus medias. Sus ropas fueron una alfombra a sus pies; una desnudez descubría cuan bella era. El deseo en Manuel era ya un vaso a rebosar. Ella se dio una vuelta lenta mostrando unas piernas rectas y moldeadas, unos glúteos generosos que iba acariciando Manuel mientras torneaba su tronco Marina; su cintura estrecha quiso coger con sus manos su amante paciente, pero ella no le dejó. Puso Marina sus manos en el pecho de él y reteniéndole un poco, ella lo empezó a desnudar. Cuando estuvo sin ropa alguna, se quedaron uno enfrente del otro durante unos segundos de pausa y sus cuerpos se unieron sintiendo el calor de uno y del otro; las manos de Manuel recorrían todos los rincones del cuerpo de Marina que gemía complacida. Lentamente, sin dejar que la pasión les consumiera, quedaron de rodillas para acostarse en el suelo de la habitación; era más placentero el calor humano de su cuerpo que el del fuego que era testigo de la culminación de su amor, antes fugitivo: manos, brazos, labios, piernas, pechos y abdómenes se ensortijaban en una fricción suave. Los sonidos del crepitar del fuego se aderezaban por las respiraciones aceleradas que surgían cuando los labios no se unían y esa danza rítmica que dio placer a sus cuerpos; cuando su fin dejó sus cuerpos unidos sin tener intención de desenlazarse, quisieron caer en el sueño, pero el tiempo perdió su medida y fueron conscientes de ello. Ya dormir era demasiado lujo en estos días inciertos. Con una sonrisa que solo los amantes pueden dibujar, se volvieron a vestir y salieron de la casa no como vinieron, sino más completos. De la mano fueron por las calles ya vacías de Erdia. ¿Cuánto tiempo había pasado? En esos momentos, ya sabiendo que uno ya era del otro sin que tuvieran que esconderse, hacía que todo fuera diferente. Atacaron las escaleras de la estación con alegría a pesar de que tuvieran que separarse en breve.

El movimiento frenético de gente en la estación le devolvió a la realidad. Manuel agradeció para sus adentros el presente de Marcos: darle a su hija en unión junto con la admiración de él. Pero el tiempo ahora jugaba en su contra y la misión era muy peligrosa. Llevó a Marina al último tren que partía hacia Altamiras que por mucho que hubieran tardado los amantes, hubiese esperado, pues esas fueron órdenes de Marcos.

Allí, la última escena que aconteció fuera una escena repetida en Altamiras, pero con la diferencia que ahora no se tenían que esconder. Marina empezó a entristecerse al punto que su llanto empezó a aflorar en su rostro. Tenía que volver a separarse del que

era su amor desde que era mujer. Manuel la consoló como pudo; ella le abrazaba ya vuelta a la realidad. La amargura empezaba a hacerse hueco en Marina.

—Prométeme que volverás pues tienes que durarme mucho tiempo.

—Tú eres el eje de mi universo, eres lo más importante para mí. Pondré mi empeño en ello.

—¡No me basta!

—Lo prometo.

—Ahora sí.

Sellaron con un beso una promesa y el último tren del exilio salió de la estación.

Manuel volvió a la cruda realidad como si le hubieran propinado un doloroso golpe. Uno de sus hombres se le acercó.

—Está todo preparado, alcalde y nuestro comandante. Marcos ya nos anunció los nuevos cambios.

—Gracias —respondió triste Manuel.

Entró en el vagón. Manuel era hombre parco en palabras pero aquellos hombres lo miraban necesitando las suyas y él se las debía:

—Soldados, amigos y compañeros, pues es lo que sois, donde nos dirigimos ahora, allí quizá encontremos la muerte. Si así fuera, un honor morir a vuestro lado y que todos recuerden durante siglos cuan valientes fuimos despreciando el peligro.

Los hombres se alzaron y corearon su nombre. Manuel sonrió, pero sinceramente, su único deseo era volver a estar entre los brazos de Marina. Ella ahora también se convirtió en su deber.

33. POR FIN, LA CADENA SE UNE

Los grandes caballos que decían que eran unicornios pero que yo no creía que lo fueran, devoraban distancias a una velocidad mareante. Lo que más admiraba de esos magníficos animales era la agilidad con la que sorteaban los accidentes del terreno.

No hubo palabras en el viaje porque se las pudiera llevar el viento. Poco a poco, fueron desacelerando nuestras monturas con la noche ya caída sobre la tierra, pero mi vista, que aunque para los ojos de otros fuera oscuridad, a mí se me representaba como sombras perfiladas que descubría contornos y me visualizaba lo que me rodeaba. Al final pararon y los tres nos quedamos uno al lado del otro sin más sonidos que el bufar de esos enormes y bellos caballos. El entorno me era familiar; miré en los alrededores y muy al fondo, vi unas formas que parecían algo que ya había visitado.

—Ahora el camino lo haremos a pie —dijo Romualdo.

—¿Y cuál es la razón, si como dijiste, la prisa nos apremia? —contesté yo.

—Porque no quiero que vean a mis unicornios pues luego se crean leyendas y después me siento culpable de haber creado sueños —contestó Romualdo divagando. Sin quedarme contento, él se dio cuenta y añadió—: y porque estamos muy cerca.

Se me aceleró el corazón. Dos veces me había separado de Raquel y una vez la volví a encontrar; esperaba que esta fuera la segunda vez y que ya no hubiera más. Fuimos andando y las murallas de Mont-Elo ya estaban próximas; había decenas de hogueras encendidas. No sabíamos si era buena señal o mala.

Ya en las puertas de las cuales solo quedaba una ennegrecida por el fuego que consumió todo el feudo, había dos guardias. Karmen se acercó a mí:

—Son los guardias de Mont-Elo, han vuelto.

Romualdo oyó las palabras de Karmen pero nada dijo al respecto. Los guardias se dieron cuenta de nuestra presencia y nos apuntaron con sus armas. Nosotros levantamos las manos:

—¿Quiénes sois?

—Silvan, Karmen y nos acompaña un amigo. Se nos espera.

Uno de los guardias se fue al interior y el otro no dejó de encañonarnos. Al poco tiempo volvió y le susurró a su compañero que bajara el arma. Fuimos acompañados hacia el interior del primer círculo amurallado de Mont-Elo; en lo que quedaba de él, allí no había ningún alma. Al pasar el segundo círculo amurallado,

nos dirigimos hacia la casa que nos reunió a todos. En esta fría madrugada vimos al lado de esa casa que se mantuvo casi intacta, a pesar de aquel fuego que destrozó casi todo el feudo por una extraña casualidad, la procedencia de la iluminación que se adivinaba desde el exterior: eran tiendas de campaña donde dormían cerca de hogueras el resto de los soldados de Mont-Elo. ¿Por qué habían vuelto? Nos fueron saludando y nosotros les correspondimos hasta que llegamos a la casa de invitados. Nos miramos Karmen y yo en una muda conversación de quién estaría dentro de la casa. Karmen golpeó la puerta y yo estaba justo enfrente de ella. La puerta se abrió de golpe y una chica alta, de pelo castaño y revuelto se abalanzó hacia mí abrazándome como si fuera su vida en ello. Era Raquel; la abracé con amor y la emoción me pudo, me puse a llorar como el niño que fui y ella, entre lágrimas, me cogió con sus manos mi cabeza besándome con besos de sal; el tiempo se paró en ese momento. Estábamos tan emocionados que una voz nos volvió a la realidad.

—Está bien que demostréis vuestro amor, pero Raquel va en camisón y hace mucho frío fuera; entremos o enfermará —dijo Romualdo.

No quería que ningún mal le aquejara y la cogí en brazos para que sus pies no tocaran el suelo mientras ella jugaba con mi pelo negro. Karmen y Romualdo me miraban con unas sonrisas de complacencia en sus bocas y, al pasar por su puerta, la casa nos engulló a su interior.

En ropas de dormir encontramos a quienes teníamos que encontrar. Echamos en falta a algunos, pero había otros que no debían estar allí, algún nuevo actor. Yo estaba con mi mujer y en ese momento, por muy descortés que pudiera parecer, me daba igual quién allí estuviera. Raquel me susurró al oído.

—Ellos también sufrían por ti. Ya tendremos tiempo para nosotros, no me pienso separar jamás de ti.

Volví al mundo real, quité el egoísmo y, con un beso en la boca, dejé que Raquel fuera a los brazos de Derán, la Dama Blanca.

Gabriel se abrazó a mí y de mi boca solo una palabra salió:

—¡Padre!

Gabriel también se emocionó. Karmen estaba en un segundo plano y Romualdo casi se escondía detrás de él. Antón me abrazó también emocionado

—Sabía que volverías.

—¿Acaso lo dudabas?

—Creo que nos tienes que presentar a alguien —dijo Gabriel

mirando al mago.

Antes de articular palabra, Karmen estaba amablemente saludando a los demás:

—Aquí os presento a…

—Romualdo, El Mago o el arquitecto. Lo conozco de hace muchísimo tiempo. Él diseñó Mont-Elo. Te conservas muy joven para no ser de los nuestros —dijo Gabriel.

—El tiempo me trata bien.

—Yo lo conozco también —dijo Derán para dejar de abrazar a Karmen y besarme mientras me cogía de las manos.

—¿Pedro? —dije sorprendido de ver al autómata.

—Así me llamo yo, he venido para estar cerca de vosotros; ha sido mi primera decisión.

—Bienvenido, por mi parte.

—¿Marion? ¡Volviste a Mont-Elo!

—Sí, tenía deudas pendientes y un gran búho blanco me trajo hacia aquí —dijo abrazando a Gabriel.

—Si ha sido el que nos ha acercado a este lugar, creo que era el búho blanco de Román.

Romualdo carraspeó y un joven que estaba al lado del fuego se levantó para hablar:

—Ya que nadie me presenta, así lo hago yo. Soy Iván y vengo enviado por el que ha estado a tu lado todo el camino, Romualdo, El Mago.

—Iván el poeta —dijo Romualdo.

—Bien, tengo buenas noticias, así que luego proseguiremos con las presentaciones. ¿Cómo puede ser que no te conozca si he recorrido estas tierras durante milenios? —se interrumpió Antón a sí mismo.

—Igual porque me escondía tan bien cuando alguien como yo no quería que me encontraran —dijo Romualdo.

Antón se quedó todo serio: un secreto oculto al señor de ellos. Antón no lo entendió del todo, mas aún turbado prosiguió. Todos miraban más al mago que a Antón. Yo esperaba muchas sorpresas esta noche, ya pensaba que era el imán que las traía hacia las cercanías de mi persona.

—En Vera está Raven que se ha hecho con el control de la hermandad; los ha matado a todos —dijo Antón.

En ese momento bajó alguien que nosotros tres no esperábamos. Solo Karmen lo reconoció:

—¿Qué hace aquí el director de Ulsan? —dijo irritado Karmen.

—Ahora está con nosotros. No todos los de la hermandad son

como Raven; nosotros también fuimos miembros de ella pero nos fuimos cuando se empezó a torcer todo. Tú nos ayudaste, Karmen, cuando una explosión en la parte más cercana a la superficie nos dio la oportunidad de escapar —expresó Gabriel.

—¿Cuántos encargos te pedí yo, Karmen? —le preguntó Albert.

—Ninguno.

—Ahí tienes la prueba de las palabras de Gabriel —dijo con calma Albert.

—Cierto es que Ulsan era la ciudad más tranquila, había pocas desapariciones y en Monasterio no te tenían en demasiado aprecio —dijo Karmen.

—Monasterio no existe. Después de que Raven matara al resto de la hermandad, yo me encontré con Antón y Gabriel y me uní a ellos. Yo destruí Monasterio y no puedo dejar que Raven tome el poder de las cinco ciudades del este; casi me cuesta la vida impedir la matanza de Selva. Esto no lo hago por venganza, créetelo o no; lo hago por los habitantes que están en las ciudades pues no se merecen esta pesadilla. ¿Me aceptas como vuestro aliado, Karmen? —preguntó directamente Albert a Karmen.

—Si lo hacen Gabriel y Antón yo también lo haré.

Fueron palabras sin emoción las que expresó como contestación Karmen.

Hubo paz en la sala que acogía a los antiguos y viejos aliados que teníamos, pero empezaba a tener noticias de lo que había ocurrido en nuestra ausencia y así se lo trasladé a Antón.

—Ya veo que han pasado cosas desde que una tormenta nos separara y desde que nos dejarais a la salida de Mont-Elo. Antón, hay más, ¿verdad?

—Sí, Silvan. No contento con matar a toda la hermandad, se erigió como el representante único de ellas, el único director. Hubo un cónclave de alcaldes al que no todos acudieron. Dos de ellos son de los nuestros, por lo que enviaron a dos representantes; en esta reunión volvió a matar a todos los que allí acudieron. También me comunicaron que tenía un aliado. Aquel que me informó me dijo que era un ser siniestro y que Raven lo respetaba.

En el momento que habló del aliado de Raven, Derán miró hacia un punto con cara de preocupación.

—¿Qué ves, Derán, mi Dama Blanca? Sabes tú también que yo veo cosas que otros no ven; ¿qué ves tú que no veo yo? —dije interrumpiendo a Antón.

Me quedé al lado de Derán mirándola fijamente hasta que ella me miró, se abrazó a mí con tanta fuerza que parecía que me

suplicara algo.

—Veo dos sombras negras y oscuras capaces de todas las maldades posibles y cada vez que el tiempo pasa, se hacen más grandes.

Me besó y volvió bailando hacia donde estaba Raquel como si no me hubiera hablado.

—¿Por qué tengo la sensación que, otra vez más, el tiempo nos apremia? —dije sinceramente en voz alta.

—Aún no sabes todo. Alana, Altamiras y Erdia se han sublevado. Ayudándole con mis secretos, Héctor, Prometeo y Noelia están en Selva junto a unos cien hombres del alcalde de Alana, primo hermano de Héctor, para tomarla; tendría que ser esta mañana pero no sé nada de ellos.

—Falta hablar de una dama más que los acompañaba, los vi en Nocturna —dijo Iván.

Antón se dispuso a hablar cuando todos se giraron al escuchar un golpe en el cristal que daba con el patio interior de la mansión.

—Ábrele, poeta —dijo Romualdo.

Al abrir Iván el cristal, una ráfaga helada entró y desde el suelo del patio interior un búho enorme alzó el vuelo. Tanto era la envergadura de las alas que ocupó la altura de la sala y se posó en el brazo del mago.

Muchos señalaron a esa ave como las que les indicó el camino a seguir y a mí me llevo a Forjas del manantial. ¡Pero cuántos kilómetros recorrió ese animal! Entonces Gabriel habló:

—Es el búho que siempre estuvo al lado de Román, es suyo, estoy seguro.

—Es él, también lo reconozco yo —dijo convencida Marion.

—No, no lo es —dijo sonriendo Romualdo.

Romualdo se dirigió hacia el sitio más elevado acariciando a aquel magnífico animal. Tenía un presentimiento pero, por supuesto, sabía que El Mago no me defraudaría.

—Señores, señoritas, ¡se levanta el telón!

Todos se quedaron sorprendidos de las palabras del mago y nadie, ni siquiera yo, entendía qué significaba.

—Este era el búho que tenía Román, que descanse en paz. Marion, aquí estuve yo cuando tú apenas eras una mujer florida; has tardado mucho en poder declarar tu amor que nació aún siendo niña. Este animal tan bello se lo regalé yo; siempre ha sido mío, aunque un poco especial. Es como tú, Pedro, es un autómata: veo lo que ve y oigo lo que él oye.

En ese momento, Romualdo se puso un extraño anteojo y se

colocó algo al oído para seguir hablando:

—Ha estado en Mont-Elo y ha estado también en las cinco ciudades así como en todos los feudos. Mucho tiempo en Vera ya que no entendía por qué estaba allí Gabriel cuidando de un niño; debía ser muy especial. Lo vi crecer e ir a la universidad pero no descubrí porqué era tan especial hasta que lo vi luchar. Casualmente, mi búho real estaba allí. Luego, apareció Antón y estuve a vuestro lado desde que huisteis hasta que llegasteis aquí, a Mont-Elo. Así conocí al resto. El búho os siguió incluso en la tormenta hasta que el naufragio os trajo, también casualmente, cerca de mí. Pero fue el vínculo que tengo con Karmen el que me dio vuestra posición. En ese momento protegía a una mujer injustamente desterrada, así que, sabiendo que la protegíais fui a saldar cuentas con un durmiente con viles intenciones, su nombre os sonará a algunos: Rafael. No lo reconoceríais ahora pues no lo pudo hacer Karmen. El búho te guio hasta Forjas del manantial, un lugar seguro para esa mujer y su hijo. Me dejé ver para indicaros hacia dónde me dirigía. Antón, perdóname, eres un magnífico estratega: hombre muy sabio y poseedor de muchos secretos, pero tus planes estaban incompletos. Te eché una mano y lo hice con todos los que pude. Pedro, te hice salir de Laberintia aunque más bien lo hizo el búho que, a pesar de los obstáculos, te envió un mensaje para que salieras de tu biblioteca sin que te dieras cuenta, pero la decisión fue realmente tuya; hice que te encontraras con los exiliados de este lugar y también que Marion volviera hacia aquí justo en el momento adecuado; debía hacerlo por volver a ver a Gabriel y porque necesitábamos fuerzas para combatir la amenaza que ahora planea sobre la gente de las cinco ciudades. También traje a Noche sabiendo que ese ser poderoso que os atacó pudiera causaros daño. Sois importantes todo y no os podía perder; en cambio, no vi la amenaza que se cernía sobre nosotros. Menos mal que estaba Silvan y él pronto se dio cuenta así como me hizo ver algo que pensé que jamás pudiera ocurrir: cómo la tierra, la Madre Tierra se comunicaba con un ser humano y mira que muchos lo han intentado desde tiempos inmemorables ¿Verdad, Derán?

La Dama Blanca, como una niña ignoraba la pregunta de Romualdo.

—Sé la respuesta, preciosa dama y te doy las gracias por tu protección dada.

Derán se giró y vi en su rostro el asentimiento por las gracias dadas por Romualdo, pero puso su chiquilla locura en las palabras:

—No sé de qué hablas, mago. Soy Derán, la Dama Blanca. Tan

bella que me componen poesías los mejores poetas y hago lo que hace cualquier amiga, cuidar de quienes quieres —dijo sonriendo y poniéndose en el regazo de Raquel.

Romualdo sonrió complacido de la simple presencia de aquella joven bella y tan peculiar. Ante el aforo de aquella sala pendiente de más sorpresas, Romualdo volvió a hablar:

—Antón diseñó un perfecto plan para tomar tres de las cinco ciudades del este, pero ¿y después, qué? Raven se pondría furioso y mucha gente inocente perdería la vida así como pasó en Selva: un maldito día en el que no pude hacer nada porque estaba lejos y mi informante pendiente de la suerte de Silvan… Siento comunicarte, mi compañero de viaje, que aparte de ser único, eres demasiado importante en los futuros acontecimientos. Antón, yo sí pensé en el día después y mandé un mensaje a Marcos, el alcalde de Altamiras; lo tomó como si fuera tuyo y lo ejecutará; lo sé, ese hombre es uno de los grandes hombres que solo aparecen en pocas generaciones, salvará muchas vidas e irá en auxilio de otras. Héctor, Prometeo y Noelia estaban muy al norte y tuvieron en sus viajes visitas excepcionales. Prometeo es un ser incluso enigmático para mí; tres de los ancianos le visitaron, sí, ancianos, más que yo y que vosotros, pero nada temáis de ellos pues solo intervendrán si el equilibrio se rompe y eso ocurrirá si no actuamos pronto ya que cada uno de vosotros tenéis un papel muy importante en el futuro próximo; también se encontraron con un poderoso aliado.

—¡Sí! La mujer cuyo nombre no recuerdo: qué bonita era… dijo Iván.

—No interrumpas, te traje para que ayudaras. ¡Cuánto odio que me interrumpan y lo sabes!

—Perdón, mago —dijo encogiéndose al ver que la sombra que proyectaba Romualdo se agrandaba.

Derán se acercó a Iván con cara enfurecida, impropio de ella:

—¿Más bella que yo? ¡Dímelo ahora!

—Bella era, pero no más que vos que lleváis la luz en vuestros cabellos de oro y música en vuestra voz —recitó Iván.

Derán, la Dama Blanca, se sintió complacida y dio un beso en los labios de Iván. Aún estaba asimilando toda la información pues todo se enredaba más de lo que yo esperaba. Romualdo aún no había acabado. Dio unos teatrales pasos para dar más tiempo a todo lo revelado.

—Llevé mucha suerte, gracias sean dadas a Héctor, Prometeo y Noelia hacia Nocturna. —Miró a Iván acusativamente haciendo desistir que le interrumpiera—. Allí les esperaba Iván desde hacía

tiempo y les dijo que su destino no era este sino que siguieran al búho; él les guiaría hacia el camino correcto y efectivamente, les llevó hacia su linaje junto a Claudio, su primo, (un derecho que le pertenecía desde generaciones pasadas): que Selva fuera otra vez de su familia. Esta mañana, Selva fue tomada con ingenio pero con sangre. Claudio murió en el asedio, otra gran pérdida. Prometeo y Noelia se dirigen hacia aquí pero no llegarán a Mont-Elo sino que los veremos en el camino; y todo esto he de contar hasta ahora, todo ha sido ya desvelado.

Toda la sala se quedó mirando al mago estupefacta de su presencia y sus palabras. Quisieron preguntar mucho pero no lo hicieron. Cuando alguno quiso reaccionar, El Mago salió hacia la puerta y los soldados de Mont-Elo vieron como de su brazo, un búho blanco majestuoso levantaba el vuelo. Yo me acerqué a Raquel y me puse a su lado, junto a Derán, que escuchaba la voz de Iván que, más que hablar, recitaba.

Romualdo entró otra vez con una sonrisa que adornaba su barba blanca en contraste con su negra tez. Se acercó a Iván poniéndose de cuclillas.

—Iván, ya sabes lo que hacer.

—Sí maestro; pronto nos volveremos a ver.

—Muy pronto —dijo sin dejar de sonreír Romualdo.

El joven besó a Derán en las mejillas, cogió la mano de Raquel y la besó; a mí, me ofreció su mano y yo se la di también. Romualdo se quedó de pie a nuestro lado y miró a Derán.

—Derán, Dama Blanca, tú también sabrás qué hacer.

Derán le sonrió cándidamente sin responder. Varios se acercaron al mago en busca de respuestas y él, en voz alta, habló:

—Las preguntas se responderán todas pero ahora hay que descansar. Mañana partiremos todos y cuidaremos unos de otros pues de otra forma no puede ser.

—Iremos a Vera y allí acabaremos con la amenaza —dijo Karmen con furia en su voz.

—No amigo mío, iremos a Selva porque, al final, irán hacia allí y en ese lugar habrá una lucha que debemos ganar y tú, en esta empresa, me haces mucha falta, amigo.

—Y yo, mago, ¿qué papel tengo yo? —le pregunté.

—Dije que no es tiempo de preguntar, pero lo sabes Silvan, siempre fuiste el actor principal. Todo rueda alrededor tuyo.

Y así desapareció hacia alguna habitación del piso superior Romualdo que fue el único con sus palabras en dejarnos con la boca abierta.

Junto al fuego nos quedamos Derán, Raquel y yo. Pedro estaba en el patio interior de pie mirando cómo caían copos chicos de nieve. A pesar de desear intimidad no me molestaba la presencia de Derán pues la eché de menos igual que a todos los demás. Estando de espaldas, en el hueco del cuerpo de Raquel, Derán dijo algo que a mí y a Raquel nos dejó sin palabras:

—Te hemos echado de menos las tres; hemos esperado mucho tiempo para volver a estar contigo —dijo con su sonrisa juvenil Derán.

—¿Qué tres? Erais solo dos —le dije intentando adivinar alguna adivinanza de Derán.

—Tres he dicho: Raquel, tu hija que está en el vientre de Raquel, y yo.

En aquel momento, me desmayé.

34. MALA DECISIÓN

La estación de Vera era un trasiego frenético de muchos agentes del director. Había muchos reclutados a última hora. Paolo, aún con el miedo en el cuerpo, miraba al director que supervisaba los preparativos del viaje cuando este se dirigió a su sirviente.

—¿Por qué hay solo dos trenes?

—No lo sé mi señor; normalmente hay más pero podemos ver los que hay en Ulsan.

—No podemos esperar, tengo que recuperar lo que me pertenece.

Lo que no veía Paolo era al siniestro acompañante del director, aquel que salvó su vida en aquella habitación donde el director fue humillado. A pesar de los consejos de aquel oscuro personaje de que se fuera de la ciudad, se quedó, pero en su cabeza bullía aun esa última recomendación.

—Ya está todo listo. ¿Quiere que vaya con usted?

—No, quédate aquí y ocúpate de esta ciudad; si fuera necesario defiéndela.

Paolo miró con tristeza al director que ya no le quedaba nada de humanidad. Vivía con la rabia contenida; todo era muerte a su alrededor y no se arrepentía absolutamente nada de las atrocidades cometidas. El respeto que le tenía desapareció al manchar de sangre la cúpula eterna y al atentar contra él; lo que antes era un lugar seguro ahora era estar en un peligro constante al lado de lo que se había convertido el director o ¿quizá fue siempre así y vivía contenido?

Ya estaban todos los agentes armados hasta los dientes; el director se despidió de Paolo y fue la última vez que lo vio. Fue andando a paso vivo tras las miradas que lo veían pasar detrás de las ventanillas; ya llegaba a la locomotora del primer tren cuando, detrás de una columna, le salió al paso un ser de estatura mediana y un sombrero de poca ala que no sorprendió al director.

—Entonces, ¿rumbo a Erdia?

—Sí, tenemos que recuperar las ciudades una a una.

—¿No sería mejor obtener más información para tener la mejor decisión? —le preguntó el siniestro personaje.

—Vamos a Erdia. ¿Te vienes o te quedas?

—Voy, espero ver una victoria ante tanta decepción.

Raven, el director de Vera, arrugó la frente. Le gustaría eliminar a su socio pero era muy fuerte, ya lo intentó por dos veces y la

última lo humilló. No entendía otra manera de solucionar problemas que no fuera eliminándolos. No quería estar en ningún vagón así que se subió, a pesar de las incomodidades, a la máquina locomotora. Quería ser de los primeros en ver los muros de Erdia y en bajar del tren para, con sangre, pagar el ultraje de sublevarse. Su oscuro socio le interrumpió.

—¿Sabes algo de los perros de la guerra que enviaste?

—No, pero da igual. He enviado a todos. Serán demasiados a no ser que tengan mucha ayuda.

—Das pánico. ¡Y yo pensando que mi alma era oscura!

Raven hizo caso omiso de las palabras de aquel ser y le ordenó al maquinista que se iniciara la marcha. Un silbido profundo inundó la estación y casi sin quererlo, la máquina de vapor empezó perezosa a moverse y, al mismo tiempo, la que estaba detrás de ella. La estación protegía a las máquinas de una tormenta de nieve que daba poca visibilidad. Era ya pasado el mediodía y solo se veían partículas de nieve ensortijadas en bucles de aceleración y puntos blancos que incluso molestaban a la vista.

Pasó el tiempo a la par que en el reloj marcaban dos horas largas de marcha y el director de la ciudad estaba quieto en un costado de la cabina, callado. Después de buen rato, miraba el paisaje que no podía ver pues se lo impedían los copos de nieve que se burlaban de él. En el otro costado estaba el hombre siniestro con la cabeza gacha que el sombrero le ocultaba el rostro. Solo se oía la pala del trabajador que alimentaba con carbón la caldera. Aun con el frío que hacía, sudaba y no era por el ejercicio. El maquinista estaba incómodo pues había oído lo sanguinario que era su director y en todas las historias contadas se terminaba con que nada se exageraba. Sin apenas percibirlo, se puso el director al lado del maquinista:

—¿No vamos demasiado despacio?

—Mi señor, es lo más prudente con esta tormenta. Si fuéramos más rápido y algún obstáculo obstruyera la vía podría causarnos un accidente. Como decimos los maquinistas, es mejor llegar un poco más tarde que nunca.

—No me importa lo que digáis, dale más velocidad.

El tren fue cogiendo más velocidad, el traqueteo fue más molesto y aquel que acompañaba al director alzó su cara y se dirigió al director.

—¿Por qué vamos más rápido? ¿Acaso se lo ordenaste?

—Así lo hice.

—¿Es que nunca eres capaz de escuchar a quienes saben?

¿Quieres descarrilar el tren?

—Quiero llegar cuanto antes a Erdia.

Fue terminar sus últimas palabras cuando el maquinista empezó a accionar el freno. Una acumulación de nieve tan grande como el tren se les venía encima. Al estar ya a pocos metros de ella, vieron que era un tren parado en la vía. A pesar de que el buen maquinista hizo todo lo que pudo, el choque fue violento. Salieron despedidos al aire los que estaban en la locomotora. Todos los vagones salieron de la vía rompiéndose al arrastrarse por el suelo y chocar unos contra otros. El segundo tren, que mantenía una distancia prudencial, colisionó pero manteniendo sus vagones en la vía. El viento se unía al coro de lamentos de los heridos y moribundos: los muertos nada decían.

El director sentía mucho dolor pero podía moverse. Junto a él estaba el maquinista muerto bocarriba mirando con los ojos abiertos y una sonrisa burlona. Raven se fue recuperando rápidamente y vio como sus heridas sanaban que hubieran sido fatales para cualquiera, pero él se sentía poderoso. Fue acercándose al accidente apoyándose en el tren que obstaculizaba las vías. Vio un espectáculo de hombres tirados fuera de los vagones y cómo el suelo se teñía poco a poco de rojo. Al director no le conmovió la escena que vio, al revés, le contrariaba. Vio que ya podía erguirse y fue apartando alguna mano que le suplicaba auxilio golpeándola con el pie. Se limpió la sangre de sus labios con su muñeca. Del segundo tren bajaban a auxiliar a sus compañeros que aún quedaban con vida. ¿Dónde estaría aquel ser que decía ser su socio? ¡Ojalá muerto! Aunque dudaba de que pudiera ocurrir esa posibilidad. Un hombre de rango en sus agentes se paró enfrente de él y le informó:

—Señor director, ahora daremos auxilio a nuestros heridos y enterraremos a los muertos. Ha sido un funesto accidente. ¿Quiere dedicarle unas palabras de ánimo a sus agentes?

El director miró cómo otros oficiales se agrupaban al lado del que habló al director. Junto a más agentes esperando que hablara el director de ahora toda la hermandad, miró a aquel oficial como si fuera de otro lugar:

—Escuchad mis órdenes. Todos los que se tengan en pie, que recojan todo lo necesario para iniciar la marcha a Erdia a pie. ¡Ya!

Todos aquellos hombres miraban horrorizados a aquel director, casi pensando que esas crueles palabras no las había dicho. El oficial protestó:

—¿Y los heridos? ¿Y los muertos? No podemos dejarlos así. Me

niego a dejar a mis compañeros a su muerte; pronto vendrán los carroñeros.

Aquel oficial dejó de hablar para siempre. En su cabeza sobresalía unos centímetros la punta de una daga ensangrentada. La retiró con la misma velocidad con la que la insertó en el cráneo de ese hombre.

—¿Siguiente?

Aquel dantesco espectáculo aumentó cuando los heridos veían que se les abandonaba, pues ahora les esperaría una muerte violenta; el olor de sangre alertaría a los carroñeros y a los depredadores de Tierra de Nadie. Por muchos kilómetros que se alejaran, jamás olvidarían los lamentos de los olvidados pues se habían incrustado en su memoria para siempre y acudirían en crueles pesadillas.

El mismo director revisaba la hilera por si viera otro valiente que no obedeciera o alguno que desertara. Faltaban pocos kilómetros hasta Erdia y aun menguando en casi la mitad, aún había soldados para tomarla. Su socio seguía sin aparecer.

A unos cuantos kilómetros al norte se escuchó el golpe. Tres mil hombres en una serpiente oscura de ropajes grises a vista de pájaro pararon mirando en la dirección del sonido. Una minoría, casi todos exploradores, llevaban esquís. Gran parte de ellos llevaba raquetas para caminar sobre la nieve y los más fuertes arrastraban trineos con víveres que se iban turnando. Su paso no era rápido pero era constante; la tormenta de nieve les ralentizaba, pero seguían hasta que el estruendo que se oyó en la lejanía los paró. Manuel y tres de sus oficiales de confianza subieron a una loma para intentar ver la magnitud del accidente. Manuel habló al primer oficial:

—¿Por qué han chocado tan fuerte? Con esta tormenta cualquier maquinista habría ido lento. Yo no quería esto —dijo amargamente Manuel, alcalde de Erdia.

—Ese director está fuera de sus cabales. Ha cometido una locura detrás de otra; le mueve la rabia y no el intelecto. No es culpa suya comandante; se les puso el obstáculo para que les parara, no para causar muerte. La hemos evitado en toda ocasión. Todo esto es culpa de la locura de un demente, no de usted — le dijo el oficial.

—Pero soy el responsable. Esto los ralentizará mucho. Quiero saber el alcance de los daños causados. Manda dos exploradores pues quiero información. No estamos tan lejos —ordenó Manuel.

Las órdenes fueron dadas en silencio. A la parada se pusieron en actitud defensiva y no solo fueron exploradores hacia las vías del tren, sino que se repartieron en parejas en casi todas direcciones ya

que no querían sorpresas. La tormenta daba poca posibilidad de ver el entorno y la seguridad era una prioridad. Fue pasando el tiempo y la tormenta amainaba pero no desaparecía. Los exploradores volvían dando nuevas, pero aún no habían llegado los que se fueron hacia el sur, hacia las vías del tren. Manuel estaba fijo en aquel montículo y vio como surcos creados por los esquís serpenteaban hacia él. Llegaron los exploradores.

—¿Situación? —ordenó Manuel.

—El primer tren descarrilado; hay muchos muertos y muchos heridos. Hemos visto que los demás tomaban dirección hacia Erdia dejando a su suerte a los heridos. Han sido muy crueles mi comandante. Pronto vendrán carroñeros y depredadores; hay mucha sangre —informó el explorador.

Manuel se quedó pensando ausente mientras la nieve se acumulaba en su cabeza y sus hombros:

—Todos aquellos que tengan esquís que bajen a proteger a los heridos; por los muertos, poco podremos hacer. Nos desviamos del camino. Vamos en línea recta hacia las vías, ellos mismos han perdido mucho tiempo lo cual nos da más margen. No dejaré que gente herida perezca por la crueldad de un loco malvado. ¡En marcha!

Si antes tenía el respeto de todos, ahora era admiración por la humanidad demostrada. El ánimo era mayor y los pasos más vivos. No tardaron mucho en llegar al siniestro; siendo todo cuesta abajo, les facilitó el camino y formaron un perímetro de seguridad.

Manuel advirtió que el poco ruido era su aliado por lo que todos sacaron armas blancas, pues un solo disparo podría alertar a sus enemigos y, aunque posiblemente pudieran darles batalla y conseguir la victoria, Selva era su objetivo. Tenían tiempo si actuaban con cautela. Aún debían llegar las fuerzas del director a Erdia; ir y volver; aunque la vuelta fuera en tren, tardarían.

Fueron atendiendo a los heridos ya que por los muertos nada pudieron hacer. Cavaron muchas tumbas durante poco más de una hora de sol. La tormenta desapareció como si fuera una reacción noble ante el gesto de aquellos soldados. Pusieron a los heridos en los trineos y con mantas los cubrieron.

Iniciaron otra vez, organizados, la marcha hasta Selva y lo que antes eran lamentos de dolor, ahora los que podían, daban las gracias a los que los salvaron.

Ya desierto el lugar del accidente, de un montículo de nieve un cuerpo emergió. Era el socio del director de Vera; se palpó el cuerpo viendo que sanaban las graves heridas sufridas y fue hasta

los vagones caídos. Encontró sangre y tumbas. Pensó: «qué buen corazón tenía el director», pero empezó a investigar el lugar y vio huellas de raquetas de nieve, esquís o trineos y ellos no llevaban nada de eso. Sus cavilaciones le hicieron sonreír. Los enemigos habían ido al rescate de los suyos seguramente porque su socio los dejó a su suerte. Rio con maldad. Además de asociarse con un estúpido demente, alguien le superaba en milenios en maldad y corriendo por las vías del tren, se dirigió a Erdia.

35. LA SENDA A SELVA

Me desperté de mi desmayo en el regazo de Raquel. Tenía muchos ojos fijos en mí pero cuando empecé a recuperarme, las manos de Raquel acariciaban mi cabeza. Derán soltó una sonrisa traviesa aunque lo que primero captó la luz de mi mirada era a mi amada que ahora veía más bella que nunca.

—¿Qué es lo te ha podido hacer que te desmayaras? ¿Qué le has hecho, Derán? —dijo Karmen preocupado.

—No le ha hecho nada, se ha desmayado de la emoción —habló Raquel con voz suave.

—¿Emoción por verte? No creo que Silvan por eso se desmayara; tiene que ser algo que no esperara, que le impresionara tanto que así tuvo esa reacción —dijo preocupado Gabriel.

—Así es, llevas toda la razón, Gabriel: vas a ser abuelo y de una niña —dijo dibujando una sonrisa amplia Raquel.

—Es imposible que lo sepas; apenas lleváis juntos unos días. Hace falta más tiempo el saberlo, bastante más tiempo —refutó Antón.

— Los demás no lo saben pero yo sí sé cuándo empieza la vida; ella lleva la semilla de Silvan y ya ha empezado a florecer. Es una niña y será como sus padres: una magnífica persona —dijo realmente indignada la Dama Blanca.

Antes de que nadie más le replicara a aquella juvenil mujercita de áurea presencia y de enigmática procedencia, Romualdo se acercó al círculo que me observaba:

—Ella sí lo sabe, os lo aseguro. Levántate Silvan, ya está bien de hacer el vago —dijo con su sonrisa.

Me levanté no sin antes besar a Raquel y rodearla con mis brazos.

—Todos a descansar; mañana, con la primera luz del alba partiremos. Marion, avisa a tus hombres te lo ruego —dijo ya en voz alta.

—Perdonad la pregunta, pues no lo veo claro: ¿quién lidera este grupo? ¿Romualdo? ¿O Antón? —preguntó Albert desde la escalera.

Los dos nominados se giraron hacia el antiguo director de Ulsan, se miraron con una sonrisa cómplice y con una misma voz, solo un nombre se pronunció:

—Silvan.

Al oír mi nombre, más peso en mis espaldas, pero estaba muy cerca de liberar a las cinco ciudades del yugo de un peligroso

demente.

Subí con Raquel a las dependencias de arriba; todos se habían retirado y ya solo quedaba Romualdo de pie mirando a Derán.

—¿Por qué se lo has dicho? Se distraerá, será más débil —dijo Romualdo.

—¡Ay! Romualdo, crees que lo sabes todo, pero lo acabo de hacer el ser más poderoso que pisa con sus pies esta tierra; antes era guerrero, ahora es guardián y protector. No teme su muerte pues es el padre.

Romualdo movió la cabeza con una sonrisa debajo de la barba blanca que hizo que Derán se riera:

—Tienes razón; yo no dejaré que muera, no después de ver lo que ha hecho.

—Ni yo, mago, por eso estoy a su lado.

—Por mucho que lo detestes, habrá sangre. ¿Lo sabes, no?

—Sí, mago, pero es inevitable, ¿verdad?

—He hecho lo que he podido, aún nos esperan sorpresas: primero malas, pero después, buenas —dijo Romualdo.

—¿Sabes, mago? ¡Te odio!

—¿Cuál es la razón que ha provocado ese sentimiento?

—Que tú sabes quiénes son todos, pero tú eres un enigma para mí.

—Yo y Prometeo, no lo olvides. Bueno, Derán, mi bellísima Dama Blanca, ya sabes cómo se sienten tus compañeros de viaje ante tu misteriosa presencia—soltó una carcajada y dejó a Derán sentada.

Allí se quedó toda la noche al lado del fuego pensando sobre aquel hombre de negra piel y de barba blanca, que de lejos un viejo parecía y de cerca qué joven era. Vestía una sencilla túnica raída y un raro sombrero en forma de cono cuya punta se doblaba un poco por el peso.

Otra vez la casa se llenó de sonidos de tomar el sueño: hubo suspiros y gemidos silenciados, pero al final todos durmieron, hasta Derán lo hizo al lado de las brasas del fuego.

Yo no dormí tanto y Raquel, menos; el fuego de la pasión que nos quemaba dentro lo apagamos con caricias y besos, con el placer que los amantes que se quieren juegan placenteramente, incluso con lágrimas que nada tienen que ver con la tristeza. Así, sin que nadie nos oyera, consumimos la comunión de nuestros cuerpos. Raquel, con una sonrisa y una caricia, se quedó dormida; yo miraba su vientre, allí donde estaba mi semilla, cómo el milagro de la vida germinaba y yo sin mi propia tristeza ida, pues siempre

sería mía. Me sentía muy fuerte; cubrí a mi amada con mis brazos y hundí mi cabeza en su castaño y largo pelo. ¡Qué bien olía! Gracias que se nos dio un día de descanso y cobijo; el agua fría de cualquier arroyo se tornó en un dulce baño caliente antes de poder descansar en la privacidad de cuatro paredes.

Sería padre en meses, otro reto más que afrontar: esperaba seguir vivo para ello.

Llegó el alba y oía sonidos de los preparativos del viaje. Raquel se despertó antes y se dispuso a vestirse con unos apropiados ropajes para el trayecto que teníamos que recorrer. Yo pensé lo imprudente de que viniera con nosotros y así se lo comenté, con órdenes que salieron de mis labios:

—Te quedarás aquí con gente que te guarde. Donde vamos es demasiado peligroso.

—Y también lo fue todo el camino que recorrí desde Vera hasta aquí y el que hicimos desde la isla hasta este punto; no me disuadas si no quieres verme enfadada por primera vez. No me separaré de ti, no otra vez. Ya me dijo mi madre antes de morir que tendrías que protegerme y no será lejos de mí.

La voz de Raquel sonó con una seguridad que no admitía réplica. La abracé y asentí con la cabeza.

Me vestí preparándome lo mejor que pude para lo que pudiera ofrecerme esta nueva senda y sus sorpresas. Bajamos los dos y los demás estaban preparados. Marion se acercó y me dio dos pistolas de bella factura, mejores que las que yo tenía. Le entregué las antiguas y ella me dio munición, pues dijo que eran más potentes. Intenté otra vez convencer a Raquel de que se quedara en lugar seguro, pero su cara reflejó claramente la contestación: una absoluta negación.

Miré a todos y la compañía era más que la que anteriormente partió la última vez de aquí, aunque estaba incompleta. Echaba de menos a Prometeo, a Noelia y a Héctor. Algo me susurraba en mi súbita melancolía que los necesitaba; esa sensación me absorbió tanto que me evadió del presente.

—¿En qué piensas, Silvan? ¿Acaso echas algo de menos? —dijo cándidamente Derán, acertando en la diana mis pensamientos.

—¿Lees el pensamiento? —le contesté con una sonrisa.

—No se necesita cuando eres tan transparente. Así, es verdad que algo añoras —contestó dando pasitos graciosos y abrazándose a mi cintura mientras Raquel sonreía.

—Echo de menos a quienes faltan aquí.

—Vamos hacia ellos y algunos encontraremos en mitad de

nuestro camino —irrumpió Romualdo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Raquel súbitamente.

Romualdo se sacó el monóculo con el cable que en su finalización era como una esfera que se introducía en su oído y sonrió ampliamente: el gran búho blanco no se mostraba allí, la respuesta era obvia, lo cual no necesitó contestación.

Raquel sonrió, pues también cayó en que el ave autómata del mago estaría seguramente en Selva viendo lo que allí pasaba. Antón y Gabriel se acercaron.

—¿Estáis listos? Nos quedan dos días de camino —dijo Antón.

Todos asentimos. Gabriel me indicó con una sonrisa de satisfacción el inicio de esta extraña expedición. Yo era el líder de todos ellos, no sé por qué lo hicieron cuando Antón, Gabriel o Romualdo eran los más indicados, pero yo no puse ninguna objeción a serlo. Romualdo se acercó y me estuvo indicando una ruta más rápida que la que hicimos al contrario.

Antón, Gabriel y yo encabezamos la partida. Yo iba junto a Romualdo, después iban Antón y Gabriel abriéndose hacia los flancos. Karmen, pegado a Raquel que iba montada a caballo (no podía tener mejor escolta). Derán en ningún sitio y en todos, danzando desde el inicio hasta el final de la caravana, apareciendo y desapareciendo a su antojo. Marion iba montada también y recorría de vez en cuando todos sus soldados para hablarles y animarlos, pues esos hombres estaban extrañados de la situación. Ninguno abandonó y a ninguno se le obligó. Pedro se mantenía en silencio admirando cada momento que pasaba, como si un libro descargara su contenido en realidades. Antón nunca le perdía la vista, era como un niño chico en un mar de juguetes nuevos. Albert estaba detrás de Karmen y Raquel; era fuerte y también me gustó que protegiera al ser más débil y el que me hacía más fuerte a mí.

Desde que partimos en la mañana, la marcha fue constante y sin incidentes, cosa rara estando yo, pero lo agradecía. Paramos al mediodía y se levantó un viento molesto que peinaba de nieve las ramas de los árboles circundantes; vi que había claros de hierba para que pastaran los caballos. Hice que paráramos para comer. El camino había sido bueno y habíamos avanzado más de lo previsto. Si los cálculos de Romualdo eran buenos, a este paso no nos llegaría a dar la noche de mañana que llegaríamos a las puertas de Selva.

Empezaron los fuegos a formarse para dar calor; se entregaron víveres repartiéndolos entre todos. Miré hacia el cielo donde no se dejaba ver el sol pero que no tenía la consistencia de provocar precipitación. Vi como en las alturas, un gran búho blanco con las

alas extendidas espiaba nuestro paso. Me giré hacia Romualdo que tenía el monóculo en el ojo muy concentrado, hasta que se dio cuenta de que estaba mirándolo. Entonces, con una mano me hizo un signo del pulgar levantado con el puño cerrado. Todo estaba bien. Me acerqué a Marion que estaba siempre con sus hombres, con interrupciones queridas de Gabriel para aprovechar estar a su lado.

—Partimos en breve. ¿Cómo están tus hombres? ¿Necesitan más descanso? —me interesé.

—Mejor pregúntaselo tú, pues eres su líder y no yo: necesitan tus palabras —con convicción me respondió Marion.

Llevaba razón y debía atender a quienes me acompañaban. Fui hacia donde aquellos hombres estaban; se quedaron extrañados de verme entre ellos, pero saludando levemente a todos los que sobrepasaba. Cuando estuve más o menos en el centro de todos ellos, al lado de una hoguera, me senté para estar al mismo nivel que ellos y rompí la incertidumbre de aquel momento con mis palabras.

—Señores, partiremos en breve. ¿Necesitáis más descanso?

—No señor, estamos bien —me contestó uno de ellos.

—Quiero agradeceros que nos acompañéis en este camino y es un honor para mí que estéis a mi lado ante el futuro incierto; no sabemos hasta dónde nos llevará el destino de nuestros pasos —dije con seriedad.

Hubo silencio hasta que otro hombre nos habló:

—Marion y Gabriel nos han contado quién eres y todos los que aquí estamos te seguiremos para que logres tus objetivos. ¡Por la memoria de Román! —terminó con un grito que corearon más de cien voces.

—Gracias, pero estas son palabras de verdad y sinceras. Yo no tengo más objetivo que todos vosotros: que todos los habitantes de las cinco ciudades del este y todos sus feudos, junto con los pueblos libres que estén alrededor, logren vivir sin miedo y en paz, que vuelvan los colores donde ahora solo hay grises… Es lo único que deseo por el bien de todos. Si deseáis lo mismo que yo, seguidme; quien quiera solo provecho para él, puede irse.

Uno a uno fueron levantándose agachando la cabeza y poniendo un puño en su corazón. Marion se acercó a mí y, justo cuando estaba a un paso, agachó la cabeza y puso, como los soldados, un puño en el corazón. Yo, sin querer tan siquiera pensarlo, hice lo mismo. Marion terminó hablándome.

—Ahora son tus soldados; esperaban tus palabras, solo eso

necesitaban —dijo sonriendo Marion.

El más del centenar de hombres se dispusieron a avanzar. El sonido de la marcha contagió a los demás que empezaron a andar cuando con una mano indiqué el inicio de caminar. Desde ese momento hasta la anochecida, fue todo sin novedad. Poco se habló. Yo, de vez en cuando me acercaba a ver cómo estaba Raquel y su guardián me reprochaba en broma su falta de confianza hacia él.

Adelantamos camino a pesar de que en la lejanía veíamos como una tormenta azotaba al oeste de nuestra posición. Antes de que la noche cayera con su manto oscuro, los hombres montaron en círculo las tiendas de campaña, tal y como les ordené. Hice que se apilara mucha leña aunque la luz alertara de nuestra posición. No había tiendas para todos y la noche sería fría. Dispuse dos círculos de guardias. El más cercano, de soldados: ocho puntos en parejas; otro círculo con cuatro de los que estábamos entre los más poderosos, menos Karmen que dejé al lado de Raquel; incluí a Pedro pues él mismo se ofreció como centinela ya que era el mejor porque con su tecnología podía detectar más cosas que nuestra intuición. Derán iba y venía, a veces dando saltitos, a veces danzando hasta que se fue a dormir entre los brazos de Raquel. Marion se ofreció para estar con nosotros y yo le dije que las hiciera en el círculo interior. No quería perderla, no quería perder a nadie.

La noche era tranquila; yo esa noche no dormiría, al igual que Antón y Gabriel. En mi guardia, Romualdo se me acercó.

—¿Demasiado tranquilo todo, verdad? Muy sospechoso.

—Sí, es la sensación que tengo. ¿Qué ve tu espía, el búho blanco?

—Los caminantes que nos han visto, tanto los tranquilos como los peligrosos huyen de nuestro camino. Somos una fuerza demasiado poderosa para atacarla, casi todos guerreros y pocos puntos débiles —dijo Romualdo.

—¿Y Selva? ¿Cómo están mis amigos?

—Allí solo quedan Héctor y una chica. Valerio, el hermano de Román, es muy poderoso y Prometeo y Noelia, que los encontraremos en el camino —le contestó Romualdo.

—Ya me quedo más tranquilo —dijo Silvan.

—Mientes, no lo estás, por eso he venido. ¡Cuéntame!

—Mi percepción no me alerta de ningún peligro, pero en todo el recorrido desde Mont-Elo he oído un murmullo que me alerta, pero no sé de qué.

—¿Por qué no intentas comunicarte con la tierra?

—Tengo miedo de lo que me pueda decir.

—Cerrando los ojos no se evitan los peligros. Pronto llegará el alba; yo tomo tu punto de guardia. Allí, a unos cien metros al norte, hay un bosque de ancianos árboles, creo que es el lugar idóneo. Te espero.

—Romualdo tenía razón: la seguridad de esta gente era mi responsabilidad, pero ¿por qué no lo había hecho antes? No había sido por miedo sino por alguna razón que ahora no entendía. El murmullo del bosque era muy intenso, se movían las copas de los ancianos árboles con mucha fuerza y yo no sentía viento alguno. Entré en aquel pequeño bosque poniendo la mano en los árboles, sintiéndolos, y no vi ira en aquel entorno pero sentí mucha energía.

En mitad de aquella foresta había un pequeño claro que subí y, justo cuando puse mis pies en él, se desgajaron las nubes dejando que la plateada luz de la luna lo iluminara. Saqué mis dos espadas y dejé que sus hojas se bañaran en su luz. Entonces vi como se descubrían letras que no comprendía y escondían mensajes que solo la luz de la luna descubría. Las miré admirado; el murmullo de los árboles cesó, todo sonido se apagó; entonces hinqué mis dos rodillas en las hojas muertas, en la hierba y en la nieve; dejé caer mis manos y cayeron a mis lados las espadas. Cerré los ojos, adelanté el cuerpo y hundí mis dos manos en la tierra; fue instantánea su comunión, era urgente pues la primera sensación que se me transmitió fue la de ansiedad. Viajé muy lejos, velozmente pasé por ríos, lagos e incluso me hizo atravesar el mar; sentía todo, hasta la sal del agua y las algas bailando al son de las corrientes, incluso una torre alta sin ninguna humanidad en su vera, ni tan siquiera lejos: era redonda y vieja, por los huecos de sus piedras rezumaba un humo denso que caía al suelo donde todo estaba muerto y ennegrecido como si un incendio hubiera despojado de vida ese lugar. Miré hacia arriba y vi una gran bóveda pétrea, la misma que en todas direcciones: ¡estaba dentro de una cueva enorme! Oía en el interior de ese lugar roces de cadenas metálicas y, dentro de ese sonido, una oscuridad que me conmovió y me hacía sentir amarga tristeza. ¿Por qué me mostraba este lugar tan lejano y tan bien resguardado? Viajé hacia atrás y casi llegué hacia donde estaba mi cuerpo, pero giré hacia el suroeste y un hombre que andaba por las vías del tren de sombrero de ala corta llevaba dentro de él la misma oscuridad que vi en la lejana torre. Era una maldad antigua; volví a sentir el pesar que me transmitía. A su lado había otro ser oscuro y caótico que sí poseía el control de sí mismo y, aunque no veía el mismo poder de quien le acompañaba, sentí ahora un odio y una sensación de ira creciente. La tierra me llevó de un lugar a otro frenéticamente haciéndome

sentir la viscosa sangre que derramó filtrándose por su terrosa piel, haciéndole sangrar de dolor a ella también. Pensando que eso era lo único que me quería mostrar, empecé a retirar las manos cuando las raíces me fueron apresando sin presionarme mucho: era un aviso de que aquel mensaje aún no terminó. Como una punzada de dolor, entró en mis sentidos garras venenosas que entraban en la tierra hiriéndola y que me querían a mí y todo lo que oliera a mí, pues en un trapo que portaba un ser, al ponerlo en la tierra, me daba muestras de cómo me localizaban. Otra vez venían esas bestias a por mí y llegarían en pocas horas; la tierra me mostró que eran más de cincuenta y estaban más rabiosas que nunca. Las raíces se deshicieron de mis manos pues la amenaza era inminente y eran demasiados; sería una dura batalla. Retiré mis manos pero me quedé incompleto; faltaba algo en mí que me corroía y no sabía qué. Sin saber qué hacer, volví a meter una mano en la tierra y me envolvió sintiendo sorpresa, pero porque esta vez me comuniqué yo; pedí que raíces, árboles y roca se me unieran en la lucha que ahora sería. Sorpresa y después aceptación. Ahora ya me sentí mejor con ella y conmigo mismo.

Salí corriendo y me encontré al mago muy serio, mirándome de manera extraña. « ¿Cuál sería la razón?», pensé yo.

—¿Ocurre algo?

—Llevas mucho tiempo fuera, está a punto de amanecer.

—Si apenas ha pasado media hora.

—Te ha hecho perder la noción del tiempo

—Pues no lo tenemos, se acercan —le contesté.

—Eso lo sé, yo también los veo venir. En una hora estarán aquí —me contestó muy serio Romualdo. Pero no puede ser eso solo lo que te ha mostrado, ¿verdad?

—No, me ha mostrado sombras de oscuridad, una encerrada lejos de aquí, otras muy cerca. ¡Vayamos a prepararnos! ¡Son demasiados!

Sobrepasé a Romualdo y llegué al campamento. Las primeras luces del alba bañaron el entorno y, con mi voz, rompí el bello amanecer.

—¡Despertad! ¡Nos atacarán en poco tiempo! ¡Preparaos!

La primera reacción fue quedarse inmóviles a mis frases de alerta, pero después, un frenético movimiento de despertares y preparar de armas.

—Subiremos aquella loma de meseta ancha. ¡Soldados, círculo defensivo! En el centro, Pedro, Marion y Raquel. No disparéis hasta que estén cerca; son muy rápidos y el fuego amigo nos puede

perjudicar —ordené.

—¿Y el resto qué haremos? —preguntó Gabriel.

—Vienen del norte. Albert, flanco derecho; Romualdo, flanco izquierdo; Antón, Gabriel, Karmen y yo, en abanico en el centro; lucharemos debajo de la loma, que pasen los menos posibles. ¿Y Derán? —pregunté.

—No se la ha visto por ningún lado del campamento —contestó Antón.

—Estará bien —aseguró Romualdo muy convencido.

—Otra vez como en Nocturna —dijo serio Antón.

—Son más, muchos más, aunque nosotros también pero en campo abierto —le contesté yo.

Solo se oía el viento como si el silencio nuestro quisiera ser protagonista de este momento. Vi a los que estaban cerca y sentí su seguridad. Me giré hacia el círculo defensivo de los soldados y en el centro, Pedro, Marion y Raquel; en ninguno vi atisbo de miedo. ¡Ojalá nadie perdiera la vida en esta mañana fría! Antón y Gabriel se pusieron tensos, aviso de que pronto estallaría la lucha. Karmen estaba sumamente tranquilo. Romualdo se acercó a mí.

—No vendrán todos juntos; su irracional rabia ha hecho que, al sentirnos cerca, los más fuertes y rápidos se adelanten y así han roto su unidad. Prepárate, están cerca.

—Lo siento, Romualdo. Sea lo que sea, si así la queréis llamar, la Madre Tierra está siempre en comunicación conmigo.

El Mago abrió los ojos sorprendido y maravillado de mis últimas revelaciones. Me empezó a mirar de abajo hacia arriba viendo algo que los demás no veían. Sonrió gozoso, se apartó de mí y, antes de que la primera bestia apareciera en nuestro campo de visión, solo tuve tiempo para hacerme una pregunta: ¿dónde estaba Derán?

Veloces, las primeras bestias aparecieron. Más de dos metros de músculos, garras y dientes envenenados; por su boca aparecía espuma, solo estaban a poco más de diez metros, así que empezó la batalla.

Karmen desapareció de nuestra vera siendo una sombra al que solo se le veía la estela. Se ralentizó en el aire justo al lado de la cabeza del primero; dio un golpe tan fuerte en el cuello, que aquella abominación ni tan siquiera lo vio y muerta estaba. Su cuerpo rebotó varios metros dejando huella en la nieve.

La más cercana a la que primero cayó se dobló violentamente por su vientre y un aullido de dolor inundó las cercanías, así como su cabeza se inclinó rápidamente, subió por el golpe que le dio Karmen que la hizo caer de espaldas sin que su corazón latiera más.

Habían pasado segundos y Karmen había matado a dos; quedaban tres de los cinco que se habían adelantado.

Otra más se dobló cayendo de rodillas; el brazo de Karmen salía por su pecho con el corazón de la bestia en la mano. Antón, Gabriel y yo fuimos corriendo hacia el frente. Las dos que quedaban estaban dispersas: a una le di caza y me plantó batalla; hizo una equis con sus garras extendidas para arañarme con ellas, pero solo lo hizo en el aire; se desestabilizó y aproveché para clavarle una daga larga en su sien y extraerla rápidamente; aún no había usado las espadas de la luna ni las armas de fuego.

Karmen estaba quieto esperando uno más. Antón, en su carrera esperó el momento justo en que la bestia le atacara para caer con una rodilla en el suelo y se agachó tanto que su pecho se juntó con su pierna. La bestia, al prestar atención a Antón, no vio venir a Gabriel que le dio un golpe con el pomo de su daga que lo atontó. Entonces, Antón desenvainó una espada corta que hundió en su pecho: los primeros muertos.

A la derecha, dos bestias que nos flanquearon estaban a pocos metros de Albert. Él se dispuso a luchar cuando dos caballos aparecieron de una cortina de nieve levantada por espirales de viento. El primer jinete desmontó con una pericia inédita y desde la espalda de la bestia, dos disparos ensordecedores le abrieron un boquete en el pecho en el que cabía una mano. El segundo jinete decapitó a la bestia sin desmontar con una espada larga, ahora bautizada en sangre.

A Albert se le abrieron los ojos de la sorpresa:

—¿Noelia?

Allí estaba aquella espía que crio desde niña, desde la disciplina de la hermandad; su mejor arma era su belleza y vio que no era la única. Noelia, para sorpresa de Albert, le apuntó con un arma:

—No te debo nada y tú a mí, tu vida.

—Nada me debes. Ya no hay hermandad, mátame si quieres. Mi vida está en tus manos —dijo sin miedo Albert.

Vi como el resto de la manada venía ya compacta y todas venían en nuestro frente, solo a una veintena de metros.

—Reagrupaos cerca de la loma —les ordené con gritos.

Todos me hicieron caso; en la carrera llegué el primero y abracé a Prometeo. Los demás lo mismo hicieron, agarré a Noelia y la besé; ella, contenta, me devolvió el beso. De pronto, alguien muy ágil saltó del cerco hacia nosotros.

—¿Qué haces aquí, Pedro? —dijo extrañado Prometeo.

—Es una historia larga y ahora hay que luchar. Me alegro de

verte, bibliotecario.

—Yo también a ti, bibliotecario —respondió sonriente Prometeo.

Yo me concentré tanto que al frente vi algo extraordinario. Los árboles caían con las raíces rotas todo lo largo hacia las bestias a su paso; eran decenas de ellos, algunos tan grandes y pesados que mataron a varias abominaciones o las herían o las entorpecían. Así, a menos de diez metros, su manada fue menguada en demasía; aun así, eran muchas.

Romualdo se acercó a mí:

—¿Has sido tú el que has ordenado a los árboles que nos defendieran? Ahora me toca a mí actuar.

El Mago extrajo un cuerno corto y sopló por él. Un sonido extraño salió de él y a los pocos segundos, el mismo sonido sonó más apagado detrás de las bestias. Ese doble sonido las hizo parar en seco. Un terremoto empezó a blandir la corteza de la tierra; decenas de caballos enormes que, según él criaba, empezaron a salir de detrás de las bestias. Todos estaban con montura y jinetes que iban al galope con lanzas largas. Los caballos, con sus pechos, golpeaban con fuerza a las bestias desorientadas y muchas fueron atravesadas por las lanzas. Los jinetes llegaron hasta nosotros. Pararon y se dieron la vuelta para volver a cargar. Cuando las grandes bestias se recuperaron, lobos tan grandes a cuatro patas como la altura de un hombre normal atacaron por todos lados a aquellas bestias que murieron como quisieron matar. Derán bailaba en medio de la lupina batalla tocando a algunos que caían sin vida al suelo. Así, todas muertas. La batalla acabó sin que mucha pólvora inundara la atmosfera ahora roja, con la excepción de las armas de Noelia.

—Ha sido increíble, Silvan. Has pedido a la Madre Tierra algo y ella te lo concedió.

—¿Y quiénes montan a estos magníficos corceles? —pregunté.

Reconocí a Iván que desmontó de uno de esos caballos.

—Nosotros señor, los pastores de unicornios —me contestó inclinándose Iván.

—Derán, ¿esos lobos? —volví a preguntar.

—Silvan, a mí preguntas, no —me dijo seria Derán que acariciando a esos magníficos animales, los despidió.

Derán se acercó corriendo hacia Noelia y la abrazó con la fuerza de la añoranza; levantó su linda cabeza y con su rostro extrañado le preguntó a Noelia.

—¿A qué hueles, Noelia? Este olor me es muy familiar, pero no sé a qué me recuerda.

—¿Huelo mal? No me digas eso que me muero de vergüenza.

—No Noelia, no hueles mal. Me hueles a pasado, a un pasado muy remoto.

—Ni te entiendo ni me importa no entenderte. Dame un beso bella chiquilla.

—No podíamos esperar a si veníais o no, por eso nos dirigimos a Mont-Elo. Silvan, aquí hay gente que no conozco —se quedó extrañado Prometeo.

—Por las palabras de Noelia en el fragor de la batalla, aquí Albert, antiguo director de Ulsan y miembro de la extinta hermandad, mentor y maestro de Noelia.

—Un placer —le saludó Albert.

—Prometeo, hombre de Noelia —le respondió.

—Una gran mujer —dijo sonriendo Albert.

—Aquí Romualdo el mejor amigo de Karmen y quien lo creó —le presenté.

—Es verdad que vistes como un mago de los que aparecían en los muchos libros que leí, también eres El Mago del poblado donde estuvimos. ¿Haces magia como en los libros? —dijo entusiasmado Prometeo.

—No, me temo que no, pero como hablas tú, esa entonación que hipnotiza, tú sí que la haces. No te harás llamar Señor de las palabras, ¿verdad?

—Así es.

—Durmió a tres ancianos —interrumpió Derán como si fuera a dar la hora.

—Interesante, muy interesante. Qué magnífica compañía está a tu lado Silvan, y es un honor para mí formar parte de ella —me dijo con sinceridad Romualdo.

—Deja esa humildad aparte. Ahora no es virtud; sin ti, las cinco ciudades no se habrían rebelado contra Raven —le dije.

—No todas. Quedan Vera y Ulsan que son las más grandes. Queda salvar Selva otra vez y derrotar a Raven el cual ahora es más poderoso que nunca.

—Y más demente también —volvió a interrumpir Derán.

—Sabes de sobra que odio que me interrumpan —serio habló Romualdo a Derán.

—Por eso lo hago, soy la única que puede chincharte y no puedes enfadarte conmigo, no con la cara tan bella que tengo. —Derán se puso a hacer ojitos al mago y al final, este se rio.

Raquel, una vez que los soldados se relajaron, salió del cerco humano y corrió hacia Prometeo y Noelia, llenándoles de besos y

abrazos.

—Os echaba de menos —dijo llorando de emoción Raquel.

—Y nosotros a ti y a todos, mi amor—le dijo Noelia sin soltarla.

Después Raquel se abalanzó sobre mí, llorando ya sin contenerse…

—Nunca tuve miedo, pero esas bestias…

—Tranquila mi amor, hubiéramos podido con ellas, aunque sin la ayuda de los lobos y esos jinetes alguno de nosotros quizá hubiera muerto.

—Eso no ocurrirá hoy —dijo Romualdo.

—¿Los jinetes no vendrán con nosotros? —pregunté al mago.

—No, tienen que proteger los alrededores de donde estuvimos. Allí, en el bello lugar de la encrucijada.

Un jinete con casco se acercó con el blanco e imponente alazán poniéndose al lado de Raquel y una voz femenina le habló:

—Tienes suerte mujer, de tener un gran hombre que te quiera y yo te aseguro que te respeta, muy a mi pesar.

El jinete se quitó el casco y la amazona era la hija de la posadera de la encrucijada, ahora pastora de caballos tal como decía Romualdo.

—¿Me concedes un deseo, bella dama? —le pidió la amazona.

—Dime qué deseas y si está en mi mano, te lo daré. Habéis luchado a nuestro lado —extrañada de la petición, le contestó Raquel.

—Un beso de Silvan para que su recuerdo quede en mi piel, pues yo también, y perdóname, quedé prendada de él.

—Ese deseo no te lo puedo conceder. Yo lo amo pero no soy su dueña, solo su mujer. Ese deseo solo te lo puede conceder él —dijo sonriendo Raquel.

Raquel me miró asintiendo con su cabeza y yo ayudé a desmontar a aquella mujer que en días pasados nos dio y sirvió con dulzura bebida y comida y hoy, arriesgó su vida por el precio de un beso: poco pedía. Allí la abracé y la besé en los labios; fue sin amor ni deseo, solo como agradecimiento y respeto a sus sentimientos.

—Comprende que solo ame a una mujer y es la que ves a mi lado. Gracias por haber luchado a nuestro lado —le dije.

—Por cómo eres, cada vez siento más querer, por eso marcho. Gracias, gentil mujer —dijo al acercarse a Raquel y dándole un beso que ella le correspondió.

La vimos partir. Raquel nada me reprochó pues supo de palabras de la amazona que pude haberla engañado y no lo hice. Me acerqué hacia los soldados que me miraban como si vieran a su dios.

—¿Estáis todos bien?

—No señor, más que bien. Ahora sabemos que seguimos a alguien muy especial —contestó el más mayor.

—Soy humano también. ¡A Selva, pues!—dije.

—¡A Selva!

Y con cien gargantas gritando, nos dirigimos a ayudar a Héctor y enfrentarnos a Raven.

36. EL DUENDE

El autoproclamado director de todas las ciudades del este junto a más de mil hombres, recorrían las vías de tren a pie. La tarde se hizo noche y la ventisca de nieve en vez de amainar, arreció y las temperaturas descendieron con gran celeridad.

Él iba al frente marcando un paso demasiado vivo para sus cansados soldados. Poco a poco fueron cayendo de la larga hilera, los más débiles; sus compañeros prestos les ayudaban a seguir mirando al frente y que la ventisca ocultara a quienes cayeron. El miedo marchaba con ellos.

La columna de soldados paró pues se sorprendieron e incluso alguno erróneamente, pensó que el director se había apiadado de su cansancio, pero no fue por esa razón por la que estaban quietos. Raven levantó la cabeza ante un hombre que, parado de pie, les obstaculizaba el camino; vestía normal, no estaba lo suficientemente abrigado para las inclemencias del frío que ahora era casi insoportable, pero los que estaban los primeros cerca de Raven, vieron que dibujaba una sonrisa que si algo tenía, era siniestra.

—¿Pensabas que quizá estuviera muerto? ¡Qué alegría te hubiera dado!

—No lo niego. Te estás convirtiendo más en un incordio que en una ayuda —escupió sus palabras Raven.

—Tú eres la catástrofe y el fracaso personificado. Das muerte a todo lo que está a tu lado. Estoy aquí porque quiero ser testigo de tu caída, cuervo carroñero. Tienes más odio y maldad que yo, que he ido atesorándolo desde tiempos inmemoriales —le dijo aquel ser.

Raven estaba al límite de su asesina locura y se abalanzó a una velocidad vertiginosa hacia aquel personaje tan despectivo. Con un revés, paró la carrera del director y lo mandó varios metros tropezando con el terreno. En un solo segundo notó que alguien respiraba en su nuca y olía el olor del acero; sería atacado a traición por la espalda. El extraño ser se rio con una cadencia que asustó a los soldados espectadores de esa riña. La nuca del siniestro personaje se volvió su cara y su espalda en su pecho, y de haz, se volvió al revés de todo su cuerpo. Cogió la mano que portaba la daga, la aprisionó con una fuerza inamovible mientras que con la otra mano le cogía el cuello. El director tenía una fuerza enorme, pero no podía hacer nada ante la presa que le hizo; por primera vez, vi serio a ese ser.

—Basta ya de impertinencias. Si estás vivo es porque quiero ver cómo acaba esto y quiero saber las fuerzas tan extrañas que vienen por ti. Ahora escúchame necio demente: los muertos no sirven para nada. Haz que descansen tus soldados. No veo nadie que tenga poder en Erdia, pero en este estado un ejército de niños nos podría vencer. Que enciendan hogueras, que se calienten bien y duerman lo que puedan. No está lejos esa ciudad, así que a la mañana proseguiremos.

—¡Tú no das órdenes!

—¡Sí las doy! No tienes ni idea de quién soy, ni la más mínima noción. Si lo supieras estarías acurrucado temblando de pavor, pero hay seres muy poderosos en estas tierras y quiero ver quiénes son. Vendrán a por nosotros, lo sé seguro.

Raven se levantó y asintió con la cabeza al primer soldado que, ante la buena nueva, salió corriendo a comunicar que había descanso. Así se fue iluminando la noche a través de grandes fuegos alineados en las vías del tren.

Nadie se acercó al director pues temían su muerte si las palabras no le agradaban. Entre ellos, incluso se empezó a conspirar. Los corrillos de los más decididos se hicieron más grandes, pero aquel que no tenía nombre empezó a recorrer la hilera de todos los hombres y les robó el valor.

Raven estaba herido en su orgullo y su enfado retenido por alguien superior lo corroía por dentro. Después de la ronda que se hizo su socio para evitar la sublevación de sus propios hombres, se dirigió hacia Raven.

—Sin mí, estarías muerto. Estoy harto de recordártelo. ¿Tanto te molesta que haya alguien superior a ti?

—Sí —fue la respuesta del director.

—Vendrán a por ti, tú solo no tienes ninguna oportunidad. Conmigo tienes alguna posibilidad de lograr el objetivo que deseas y, por ahora, no es sembrando de muerte tu camino. Por una vez, ¿aceptarás mi consejo?

Raven se tragó su orgullo y su odio fue amainando ante los rotundos argumentos de su interlocutor.

—Lo haremos a tu manera porque, por ahora, todo está saliendo contrariado. Al alba, partiremos.

—Si bien en parte disfruto del miedo que alimentas con tu infinita crueldad, debemos ser un poco inteligentes.

—Dime, ¿quién eres? —cortó bruscamente Raven.

—Después de tanto tiempo, te podría decir miles de ellos, incluso en entonaciones que tus cuerdas vocales no podrían

pronunciar pero después de lo que hicimos me retiraron el nombre que es como no existir para mi pueblo: es la verdad, es lo cierto. Así te lo dije en nuestro acuerdo verbal, ¿recuerdas? Y no digas que no pues ya me encargué de que no lo olvidaras.

El director se apartó de todos y el hombre sin nombre dejó que ingiriera lentamente su escalafón en la asociación. Él también se aisló.

Ese ser siniestro fue caminando lentamente mientras disfrutaba de la soledad. Se fue desprendiendo de la ropa hasta quedar totalmente desnudo. Su piel era de un gris macilento. No tenía nada de bello en el cuerpo, solo el cabello negro. Era un cuerpo prestado pero esos pocos días después del despertar del letargo le dio tiempo suficiente para moldearlo, incluso marcaba las cicatrices que le infligieron sus enemigos. Eran esas marcas para no olvidar nunca el pasado. Se sentía gozoso de no tener ningún hombre cerca pues le hastiaba su imperfecta humanidad; en una altura cercana, dirigió su atención a un punto contrario al camino al que se dirigían y, allí, vio una concentración de puntos de poder tan claros como luceros en la noche más oscura. Si todos los que buscaban estaban en el sentido contrario, ¿por qué se dirigían a esa ciudad? Había elegido a ese humano por su maldad pero estaba cegado por ella. Dejaría que llegara al destino que él eligió, pero tenía que eliminar la amenaza real que no eran precisamente humanos normales. Se volvió a vestir. Con gran celeridad corrió por la vía hasta llegar a la ciudad de Erdia. Estaba más cerca de lo que pensaba y no vio nada anormal dentro de ella. Todos aquellos seres que tenían que presentar batalla estaban atrás, lejos por ahora. Dejaría al necio socio darle el placer de tomar la ciudad, disfrutaría alimentándose del pavor y la ansiedad de la gente. Él también quería ese placer; con la misma rapidez que se fue, volvió.

Raven estaba en el mismo sitio que lo dejó. Ya habían pasado unas horas. Los soldados estaban más descansados y calientes. El ser sin nombre se acercó al director y le habló con buen tono de voz.

—Esa ciudad está cerca. Ordena que empiece la marcha pues tenemos que llegar antes de que el alba nos descubra.

Raven obedeció incluso sin ningún signo de contrariedad. Las órdenes del director fueron acatadas con disciplina y, en menos de media hora, estaban en marcha. No hubo más sonido que el viento amainado del resto de la tormenta. Todos se pararon.

Estaban cerca de la puerta oeste de Erdia y se escondieron en pequeñas lomas cercanas preparándose para tomar la ciudad.

Aquel que no tenía nombre empezó a mirar las murallas de la

ciudad. Veía el fulgor de hogueras repartidas por las murallas pero no veía ni sentía nada más.

—Aquí ocurre algo raro.

—La ciudad aún está dormida —le explicó Raven.

—Demasiado dormida.

Un soldado con todos los trazos de ser algún oficial se acercó con demasiada insolencia cerca del director y con mucha valentía le habló.

—¡Señor!

—¿Qué quieres? —le preguntó despectivamente el director.

—Señor, en las murallas no hay ningún vigía. Yo serví aquí hace años y siempre se vigilaba sobre las murallas, además, los fuegos de los que solo vemos su luz han sido encendidos hace mucho tiempo.

Raven lo despidió con un gesto. El sin nombre se encogió de hombros y le habló con una sonrisa.

—Si no sabemos qué pasa, averigüémoslo —le dijo Raven a aquel personaje.

Se levantó sin cautela. Los soldados le miraban sorprendidos y empezó a andar hacia la puerta. Raven le siguió e indicó al resto que lo imitaran. Todos los soldados se miraron unos a otros; la puerta estaba sin guardia. Raven arrugó el ceño marcando claras arrugas en su frente; empujó la puerta que no ofreció ninguna resistencia y detrás de ella, ninguna alma. Entraron en la ciudad que, más que dormida, estaba muerta. Fueron avanzando por calles y callejuelas sin guardias ni luces en las casas y las chimeneas sin humo. La ciudad estaba abandonada.

—¿Qué significa esto? —gritó Raven.

—Que te han entregado la ciudad y ellos se replegarán en otro lugar. Te la han jugado.

—Y tú, con tu superioridad, ¿no has visto que la ciudad está vacía? —le reprochó Raven.

—Es que no lo está; aquí hay algo que ha engañado a mi sentido. Tengo ganas de ver qué es lo que me ha confundido.

—Vayamos al ayuntamiento.

Todos bajaron las armas. Los que se habían adelantado para explorar esta ciudad silenciosa, informaron de que realmente no había nadie. Tenían cierto alivio de no presentar batalla pero todos cavilaban el fin de dejar la ciudad desierta. El hombre que carecía de nombre dio órdenes a todos los soldados que entraron en las casas para coger comida y descansar en ellas, que apostaran vigías y que no se relajaran. Raven y él fueron solos camino al

ayuntamiento. Los primeros colores del amanecer clareaban por encima de las murallas y las calles estaban vacías, solo rotas por dos sombras oscuras hasta que embocaron la última calle que daba a una pequeña plazoleta delante del ayuntamiento de Erdia.

En mitad de la plaza había un pequeño ser que apenas medía un metro; estaba con sus manos peludas detrás de su espalda y que los estaba esperando.

Raven se quedó muy extrañado y el sin nombre se quedó asombrado. Raven se giró y vio que su socio expresaba sorpresa. Raven le preguntó:

—Por tu expresión, creo que sabes lo que es ese peluche gigante.

—Sí, es increíble. Aún existen.

Raven levantó una pistola para apuntar a aquel pequeño que estaba en mitad de la plaza. El sin nombre le cogió el brazo y le bajó el arma mirándolo muy serio.

—Sanguinario hombre, es un duende y no se le puede matar pues hay límites que no se pueden pasar, incluso para mí. Si hasta aquí ha sido para confundirme mas no puede hacer daño, pero querrá decirnos algo.

Los dos se pusieron a pocos metros delante del duende. Él los miró con sus ojos marrones sin pupilas y, poco a poco y sin emitir ni sonido ni palabra ninguna, levantó un brazo y señaló a Raven con un dedo.

—¿Qué significa?

El sin nombre se quedó tenso y serio. Un pequeño atisbo de rabia hizo que apretara los labios y cerró los puños con fuerza. Con palabras venidas, le respondió a Raven:

—Tu muerte está cerca y si él te señala, no la podrás evitar.

Entonces, aquel duende sin bajar su brazo, lo giró hacia el sin nombre y también le señaló a él. Él estalló en palabras que rompieron cristales de casas y resquebrajaron la piedra.

—¡Imposible! ¡No puedo morir!

Después del anuncio de sus muertes, el duende desapareció. Un cuervo se posó obediente en el brazo del director de las cinco ciudades del este y el mensaje anunciaba que las fuerzas de Ulsan estaban en Vera a la espera de órdenes.

Raven sacó un pequeño estuche y escribió claramente que atacaran Selva sin esperar a nadie.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó el director.

—A enfrentarnos a la muerte.

37. UNA NOCHE TRANQUILA

Hacía mucho tiempo que vivía en Vera, sobre todo en el ayuntamiento sirviendo en los aposentos del director de dicha ciudad, casi siempre solo. Aunque en los últimos días tuvo que tomar más responsabilidades en la ciudad y se movió más fuera de las dependencias del director, eran días de muchos cambios, demasiados. Tenía aprecio por aquel hombre que lo acogió salvándolo de una segura muerte. Él era bastante deforme físicamente: jorobado, patizambo, de poco pelo y pequeño, pero era bastante inteligente, lo suficiente para saber que aquel hombre recto y serio se había convertido en un monstruo sanguinario. No temía por su vida pues desde que nació estuvo sentenciado a la muerte. Era un milagro que su vida fuera tan longeva.

Las puertas del sur de Vera se abrieron en par. No le dejó ni una nota, ni tan siquiera quiso hablar con él. Montado en su caballo, atado para que no se cayera, con víveres y utensilios, salió de Vera poco a poco sin que ningún guardia lo parara, incluso sentían envidia. Paolo, el sirviente del director, ya avanzado unos kilómetros se giró y dijo una última frase:

—Hasta nunca, Vera, ciudad de sangre.

La columna de hombres que encabezaba Silvan caminaba más rápida que antes. La confianza adquirida después de la lucha con las bestias llenó de moral a los soldados que pronto se dieron cuenta de que compartían camino con hombres y mujeres excepcionales. Era un honor escribir sus nombres junto a ellos en la historia. El ánimo hacía que ni pesara el camino ni las inclemencias.

Se desviaron al feudo reconocido pero que solo la hermandad conocía y que no tenía contacto con las ciudades. Al llegar a la empalizada de madera se armó gran revuelo pues ese número inusitado de visitantes no era en principio nada propicio para el pobre feudo. Ya fue una noche en la intemperie y Prometeo contó a Silvan que, si se dirigían hacia el norte, ya en los dominios de Vera, aunque fueran horas de sentido contrario, encontrarían descanso y víveres para los hombres. Yo lo comenté con Romualdo a lo que contestó que podían permitírselo e, incluso, que era necesario. La amenaza estaba lejos. La sed de venganza de Raven le hacía cometer actos estúpidos y así lo expresó Romualdo.

Fui hacia Prometeo y le dije que nos indicara el camino a ese feudo. Su nombre era Mesa y así, en seis horas de poca demora llegamos a sus puertas.

Prometeo se adelantó:

—¡Venimos en son de paz!

Todos los de la empalizada reconocieron a aquel que se enfrentó a un peligroso caminante con el pecho desnudo, una lanza de madera y una canción. Se abrieron las puertas de par en par con una alegría y admiración hacia el que les habló, pero miraban con recelo a tanta gente que le seguía. El duque de Mesa salió al encuentro de Prometeo.

—Dichoso destino que os ha hecho venir a nuestro hogar.

—Sí, somos esclavos de él. ¿Cómo estáis vos?

—Mucho mejor desde que nos librasteis de esa pesadilla. Si no es mucha indiscreción, ¿no lleváis mucha gente para que sea una simple visita? — preguntó el duque de Mesa.

—No es visita, es necesidad; pero antes, tengo que contaros lo que pasa en las cinco ciudades del este para que comprendáis que…

—Que corren tiempos turbios; que, prácticamente, la hermandad está destruida y que un demente sediento de sangre quiere regir sobre las ciudades y sus feudos; que casi todos los alcaldes están muertos; que Alana, Altamiras y Erdia se rebelaron; que Selva es hacia donde os dirigís y que la recuperó el sobrino de Florián y que ahora, tú y vuestros amigos, queréis librarnos de la amenaza de ese infame director —le cortó el duque de Mesa.

—¿Cómo sabes tú toda esa información? —le pregunté sorprendido al ponerme a la altura de Prometeo—. Perdón, duque, mi nombre es Silvan.

—Excusado, el mío es Lorenzo de Mesa, y a su pregunta, porque hace horas se me comunicó todo en un extenso mensaje de uno de los pocos visitantes que nos visita con cierta frecuencia desde que se fundó este feudo hace cuarenta años, ¿verdad, mago?

Romualdo, con una reverencia y su amplia sonrisa, bastó para replicar al duque de Mesa:

—Lorenzo…

Todos nos giramos hacia Romualdo. ¿Hasta dónde llegaban sus influencias? Hasta a Antón, que tenía mil secretos escondidos lo tenía sorprendido; hasta en cierto modo, se le iba haciendo buena su capacidad para dejar boquiabiertos a todos con sus sorpresas. Romualdo habló a Lorenzo.

—¿Aceptas la petición de darnos cobijo y alimentarnos esta noche?

—No lo haré por ti, mago; lo haré por la deuda de sangre que este feudo contrajo con este hombre, de nombre Prometeo el cual arriesgó su vida por protegernos sin tener motivos para hacerlo. Así,

recibid nuestra hospitalidad.

Fuimos pasando todos dentro de aquel pequeño feudo que solo se protegía con una empalizada de madera. El duque, al ver a Noelia la saludó y ella le correspondió.

Dejamos instalados a los que ahora eran mis soldados en el calor de las familias de aquel lugar, que con gusto y agradecimiento así lo hicieron. Lorenzo nos indicó a los demás que le siguiéramos hacia el edificio comunal de aquel feudo. Yo entré primero cogido de la mano de Raquel; después, juntos, entraron conversando entre ellos Romualdo y Antón. Karmen entró después, solitario hasta que la inadvertida Derán le cogió de la mano y se apoyó en su cuerpo. Albert entró al poco de pasar la variopinta pareja, aún pensando cómo habían sabido de este feudo que se fundó con el beneplácito del director de la ciudad de Vera, aunque, por supuesto, no fue Raven. Marion entró del brazo de Gabriel, dichosa, aunque fuera por esta noche.

No vi ni a Prometeo ni a Noelia, ni al bibliotecario de Laberintia. Lorenzo se dio cuenta y me habló:

—Nuestro héroe y su mujer me pidieron tener privacidad así que les dejé una pequeña cabaña, viandas, un buen fuego y que esta noche a poder ser, les respetaran.

Me reí, pues yo también quería esa intimidad, pero ahora odiaba a quienes me pusieron al frente de esta empresa. A mí, que siempre me gustaba estar en las sombras.

—¿Y Pedro?

—No sé de quién me habláis pero uno de los vuestros quedó fuera, de pie, como un centinela.

No entendí por qué no entró y dejando suavemente la mano de Raquel, salí al exterior. Allí vi a Pedro inmóvil como una estatua, mirando a la puerta por donde entramos:

—Pedro, ¿qué haces aquí fuera?

—Esperar a que cubráis vuestras necesidades. Ni necesito calor ni necesito comida, no soy como vosotros.

—Tú formas parte de esta compañía; tienes asiento junto a nosotros. Oíste al mago, sabes también la importancia que tienes para Antón; eres compañero de Prometeo y nos diste hospitalidad en tu biblioteca. ¿Es que acaso he de argumentar más? —le dije con voz de convencimiento.

—Sois guerreros, quiero vivir vuestras aventuras y yo no puedo matar — me respondió mecánicamente Pedro.

—Romualdo dijo que eres muy importante. Al tiempo se sabrá cuál es tu misión en esta aventura. Aquí no se trata de matar;

lucharemos si es necesario, pero tú, como yo, somos seres excepcionales y nuestras aptitudes serán para librar a la gente de estos feudos y ciudades del yugo de un demente tirano.

A Pedro le costó mucho pero por primera vez en su inexpresiva cara carente de emociones, las comisuras de sus labios se elevaron casi imperceptiblemente hacia arriba.

Pedro entró, comimos, charlamos e incluso reímos. No hablamos de lo que esperábamos en el final de nuestro camino. Lorenzo nos contó cómo fundó aquel feudo, fruto del trabajo y la unión de la esperanza, de cómo las muchas dificultades de estas tierras intentaron acabar con su pueblo, pero a cada mañana, aun a pesar de la incertidumbre del futuro daban un paso más desafiando la contrariedad y salían adelante.

Esta era la humanidad que yo admiraba. Nos fuimos retirando; casi todos se quedaron en aquella sala, pero Lorenzo nos ofreció, a mí y a Raquel, el piso superior de su casa. Cuando entramos, vimos que una mano femenina había decorado aquel hogar. Le pregunté lo que luego me arrepentí de hacer:

—¿Y su mujer?

Lorenzo miró su casa como si viera en cada rincón a alguien que ahora estaba ausente, incluso Raquel advirtió la tristeza que emanaba en la casa. Lorenzo se sobrepuso y nos contestó:

—Murió hace diez años con mi hijo adolescente en una partida de recolección y de caza. De aquella expedición, así como de otras, nadie volvió ni encontramos cuerpos a los que llorar. Es el precio de vivir en estas tierras.

—Lorenzo, no tiene por qué ser así. Si salimos victoriosos de esto que ahora es nuestra misión, podremos ayudaros en la medida de lo que podamos, a hacer esta tierra más segura.

—Aquí solo tememos a las bestias, no a los hombres; igual sería al revés si esta zona estuviera más poblada. Hay demasiados hombres ambiciosos.

—Pero pocos como los que has visto con tus ojos.

—Razón no te quito.

—Razón tengo, Lorenzo; tenemos que descansar. Buenas noches tenga.

—Las mismas os deseo.

Raquel y yo subimos el primer tramo de escalera tristes por la dureza que tenían que soportar la gente en estos lares, pero Raquel se dio cuenta de que la tristeza mía volvía como antaño, a cargar de peso mi conciencia; mi bella mujer con caricias y besos, evaporó la tristeza con el calor y amor de su cuerpo y yo le correspondí.

Después de volver a juntar nuestros cuerpos en uno solo, Raquel, después de tanto pasado estos días y con la tranquilidad de mi proximidad, se quedó profundamente dormida. Yo no podía ni lo necesitaba; me puse los pantalones y miré hacia la ventana. No sé cuánto tiempo hacía que nevaba pero el ver los blancos copos de nieve bamboleándose lentamente en el pobre reflejo de la escasa luz del fuego de nuestra habitación me relajaba.

En el alféizar de esa ventana rompiendo el momento, un negro cuervo se apoyó mirándome con sus ojos negros, yo lo reté con la mirada y alzó su vuelo girando hacia mi izquierda. Entonces, vi en el tejado del porche que nacía en el piso donde nos encontrábamos, una figura sentada de espaldas justo al final de ese techo. Ya no eran sorpresas los encuentros extraños; abrí la ventana con cuidado de no despertar a mi amada y la cerré con prontitud para que el frío no entrara. El techo era robusto aun así, di unos pasos más con cuidado de revelar que allí estaba y por precaución; me senté a su lado colgando mis piernas y mirando la noche nevada:

—¿Y la música, mi Dama Blanca? Echo de menos el misticismo y misterio de otro encuentro.

—No tengo humor para adornar esta noche tranquila; solo quiero robarte poco tiempo porque hoy te debes a Raquel, a darle calor al lecho. No sabemos qué nos deparará los días siguientes —confesó Derán.

—¿Triste? Jamás pude imaginar que pudieras estar así. Dime lo que te aflige.

—Antes, dime, ¿cómo puedes tener comunicación con la Madre Tierra, si jamás nadie lo pudo conseguir?

—Ella transmite hacia mi cuerpo y mi mente impulsos eléctricos que son los mismos con los que funcionan nuestros cerebros y traduce lo que ella quiera comunicarme, pero no son palabras: son imágenes y sensaciones —le expliqué.

—Eres tan especial…Tu debilidad la transformas en fuerza; tu melancolía me atrae tanto como a los demás.

—Pero no creo que estemos aquí ocultos de todos para que expreses tu admiración hacia mí, que agradezco pero no merezco.

—Y además, inteligente. Cierto es mi gallardo y triste caballero. ¿Qué he de decirte? ¿Qué el peligro vendrá a nosotros y es mayor del que imaginas? No se le puede matar ni a él ni al otro que jamás pude encontrar.

—Tenemos aliados muy poderosos entre nosotros. Algunos tan misteriosos como tú; siempre, de una manera u otra, existe un equilibrio y tenemos que restaurarlo. Aún no entiendo ni quién eres,

ni a algunos de los que nos acompañan, pero ya no me lo pregunto. Soy egoísta, si bien quiero la dicha para los demás quiero estar con Raquel, que es lo que deseo en realidad. Y ahora quiero yo, por una vez, sorprenderte. Mira hacia allí, al sur, está Selva y allí te espera una grata sorpresa que no esperas.

Empecé a andar hacia la ventana dejando a Derán allí sentada y, antes de que diera un paso, interrumpió mi camino con una pregunta.

—¿Quién te dio esa revelación?

—A quien veneras y ella te lo tiene en cuenta. Es mujer y siempre fue madre de todo lo que vive en su corteza, como tú.

—Dale las gracias.

—¿Por qué?

—Porque por su gracia, tú estés entre nosotros.

Derán desapareció dejándose caer. Me conciencié de sus palabras y que el enemigo era más peligroso de lo que esperábamos. Fui al calor del cuerpo de Raquel y allí encontré el sueño. Soñé con la torre encerrada en una cueva hundida, en las entrañas de la tierra, del humo negro que emanaba entre los huecos de sus piedras y del chirriante sonido de cadenas rozando unas con otras de su interior. Desperté y ya Raquel estaba vestida. Nos dio tiempo a aprovechar el lujo de esta intimidad para besos y abrazos que no querían desunirse, pero fueron escasos minutos.

Abajo se oían sonidos y no solo del duque Lorenzo. Allí estaba Gabriel un poco nervioso.

—¿Silvan?

—Dime, Gabriel.

—Romualdo tiene nuevas. Estuvo toda la noche espiando a través del búho blanco.

—Dímelas.

—Mejor que de su boca te lo comunique. No os entretengáis pues partiremos pronto. Buenos días, Raquel.

Gabriel abandonó la casa y en breve periodo de tiempo salimos nosotros. Los soldados estaban ya preparados, así como el resto de nuestra compañía. Romualdo se acercó a mí con Karmen a su lado.

—Buenos días, Silvan y Raquel. Seré rápido pues debemos partir. Las fuerzas de Ulsan han llegado a Vera y Raven, junto con su extraño socio no tardarán en reunirse con esta fuerza, pero no en Vera. Han recibido órdenes de atacar Selva sin ellos; tenemos que llegar antes que ellos y aunque no es mucho el camino que nos queda, no sabemos si en el camino nos entorpecerá alguna sorpresa.

—Romualdo, no hay nada más que decir. Partamos.

—Eso lo tienes que decir tú; tu compañía y tus soldados esperan tus órdenes.

Miré mientras me ponía en cabeza a todos saludándolos a cada uno brevemente. Dejé a Raquel en el centro de la marcha y, mirando hacia el frente, con voz alta, dije:

—¡En marcha!

38. ACONTECIMIENTOS

Una densa niebla invadió de blanco la ciudad de Erdia; limitó tanto la visión que apenas se veía a pocos metros. Tanto Raven como su siniestro compañero esperaban noticias. Al que no tenía nombre se le veía turbado. La seguridad que llevaba siempre puesta se derrumbó solo porque creyera en una superstición.

—Nunca te he visto así. ¿No creerás que porque un ser de un metro te haya señalado con un dedo, has de morir? —le recriminó por primera vez Raven.

—Tú no sabes nada de los tiempos pasados. Un duende huele la muerte y ese nos lo ha dicho con las manos y yo no puedo morir.

—Ya veremos. Yo he de matar a esos durmientes que siempre han estado en la sombra acechándonos —dijo Raven.

—Pero has sido tú quien le ha hecho todo el trabajo. Solo te ha quedado matar a todos tus soldados; a mí, porque no eres lo suficientemente fuerte y a tu criado porque evité que lo hicieras. Eres tú mejor enemigo —dijo riendo el hombre sin nombre.

Ante la ofensa de sus palabras, Raven, el autoproclamado director de las cinco ciudades del este, por enésima vez se tragó su ira ante aquel personaje que salió de la nada para ayudarle pero desde que le salvó, los acontecimientos solo habían ido a peor.

Entre la tupida niebla un hombre uniformado con el emblema de la ciudad de Vera se presentó ante los dos. Lo estaban esperando, venía del ayuntamiento. A la espera de los mensajes de Ulsan, demasiado tiempo perdido en la respuesta, pero ya no podían maniobrar a ciegas pues los adversarios movían piezas con certeza.

—Señores, el tren de vuelta a Vera ya está preparado. Nos costó encontrar combustible; lo habían guardado bien. Un solo vagón como ordenó, señor.

—¿Noticias de Ulsan? —preguntó cortante Raven.

—Sí, mi señor, acaban de llegar. Debido a que tanto en Vera como en Ulsan no había trenes, tendrán que hacer dos viajes para llevar todos los soldados de Ulsan a Vera. La mitad están allí; falta la otra mitad por llegar. Tienen órdenes de marchar a Selva, sino esta noche, mañana por la mañana.

—Nos hacen perder el tiempo con argucias: dejaron sin apenas trenes a Vera y Ulsan para que no nos moviéramos con todas nuestras fuerzas y la vía también estaba obstruida —con irritación protestó Raven.

—Tienen órdenes de atacar Selva cuando estén todos, ¿no es

así? —replicó el sin nombre.

—Sí, llegaremos para pisar las cenizas de ese feudo; son demasiados para que les puedan dar batalla. ¡Vayámonos! ¡Nada queda hacer aquí!

—Señor, ¿y los soldados que aquí quedan? —preguntó quien parecía ser el oficial del ejército de Vera.

—Que se queden aquí protegiendo la ciudad y que descansen.

El oficial recibió las órdenes con agrado; nadie quería estar al lado de ese demente director, ni siquiera sus propios soldados.

Fueron paseando a buen ritmo hacia la estación de tren de Erdia. Allí esperaron que pusieran dos monturas en el primer vagón por si las necesitaran. Raven se acercó al maquinista.

—Ve despacio, aunque no lo desee. Ten la vista puesta en las vías porque habrá obstáculos —dijo.

Dio dos golpes a la chapa que protegía el lateral del maquinista y la vieja locomotora empezó a quejarse cuando la alimentaron con carbón. Raven y su acompañante subieron al primer vagón. Allí empezó a marchar sobre las vías. Irían a la mitad de velocidad de lo normal así que tardarían el doble en recorrer el trayecto: más tiempo concedido a sus enemigos.

Más al norte, muy cerca de Selva, tres mil hombres llegaban a su destino comandados por el nuevo alcalde de Erdia, Manuel. Ocultó al ejército en lo que parecía un frondoso bosque al norte de este feudo y él solo, junto a otro oficial de ese ejército, se dirigieron a la puerta principal. Allí unos guardias un tanto especiales pues eran hombres sin uniforme y muy fornidos, estaban justo después del puente que guardaban las estatuas de dos grandes ángeles. Tanto Manuel como su acompañante fueron deliberadamente despacio para no dar sensación de amenaza. A la altura de los guardianes de la puerta de Selva se anunciaron sin que diera tiempo a que les preguntaran.

—Venimos de Erdia, somos de Altamiras, ciudades ya libres como lo es ahora Selva. Queremos audiencia con el duque Héctor.

Uno de ellos desapareció y el otro se quedó al lado de ellos sin temor a que fueran dos contra uno. Si la cosa no fuera lo que parecía, si aquel guardia estaba tan seguro de sí, sería porque realmente tuviera confianza en su fuerza.

Pasó tiempo, no mucho, pero el tiempo se ralentizaba ante cualquier espera, cuando la puerta se abrió y apareció un hombre de mediana estatura junto a un fornido gigante y su hermosa dama de rojos cabellos a su lado. Héctor lo miró como intentando reconocerlo.

—¿Os conozco?

—Sí, señor, nos vimos una vez cuando fuisteis a visitar a vuestro pariente Claudio y parasteis en Altamiras. Marcos, nuestro alcalde, os alojó en su casa; yo estaba a su lado, era el antiguo comandante de Altamiras ahora alcalde de Erdia. Mi más sentido pésame por la pérdida de vuestro primo Claudio.

—Murió en la toma de Selva. ¡Que encuentre paz allí donde esté!

—Lamento mucho su muerte, era un gran hombre —confesó Manuel.

—¿Qué os trae por aquí? ¿Necesitáis refugio? Si es así, sed bienvenidos.

—No, duque Héctor, venimos a daros auxilio pues pronto os atacarán y necesitáis todas las fuerzas de las que podáis disponer.

—Dos manos y de soldados siempre son bienvenidas.

—No señor, no somos dos soldados. Somos tres mil, todos buenos soldados y valientes ciudadanos de Erdia.

Héctor puso una cara de inusitada sorpresa. No esperaba tal ayuda pues eso confirmaba que la primera batalla sería después de la toma de Selva y en sus puertas.

—Bienvenidos todos. Agradezco vuestra ayuda. Ya con vosotros, las cosas se ven de otra manera. Entrad todos que os acomodaremos como podamos.

Manuel con un silbido, dio la señal para que se unieran. Héctor complacido, vio como era cierto el número de soldados que venían en apoyo de Selva. Suspiró un poco más tranquilo y vio como en muchos trineos se recostaban soldados con otro emblema, el de la ciudad de Vera y todos heridos.

—¿Y estos soldados heridos?

—Los dejaron a su suerte tras chocar el tren de Vera a Erdia. Nosotros los recogimos y curamos a quienes pudimos y dimos sepultura a los muertos. Hicimos lo que debieran haber hecho ellos.

—Veo que el director de Vera sigue tan cruel como siempre. Tenemos que derrotarlo por el bien de la gente que habita en estas tierras.

—Por eso estamos aquí.

Pasad; os presento a mi mujer Sara, y a mi capitán Valerio, hermano de Román de Mont-Elo, otro durmiente.

Traspasaron las puertas los últimos soldados de Altamiras, ahora de Erdia junto a Manuel y su oficial; así, las puertas se cerraron con más soldados que antes.

La compañía de Silvan desde las primeras horas del alba hasta

pasado el mediodía, fue viajando hacia el sur, hacia Selva, justo en el cenit del sol y allí pararon para comer y descansar. Yo me acerqué a Antón:

—¿Queda poco ya?

—Menos de una hora.

—El ejército de Ulsan está a pocas horas de Selva

—Sí, pero hay secretos que aún no se pueden mostrar —dijo sonriendo Antón.

—De ti cualquier cosa espero —le dije sonriendo yo.

Derán, como siempre risueña, iba danzando apareciendo por un costado y desapareciendo para luego volver a aparecer por cualquier otro costado. Los soldados miraban extrañados a esa mujer tan bella y cómo se le permitía ir sola por esa tierra tan peligrosa. En una de esas idas y venidas se acercó a mí

—Tengo ganas de ver a Héctor.

—Y yo, y todos, Derán. Vamos junto a él.

—¿Y esa sorpresa agradable que encontraré en Selva?

—Derán, dejadme tener un secreto ya que todos tenéis muchos.

—Es justo.

Después de estas palabras volvió a desaparecer. Ya teníamos a la vista Selva cuando otra vez más, vi una puerta que marcaba seguramente una frontera. El que me quedara fijo mirando un punto hizo que Romualdo sospechara que yo veía algo que los demás no veían y se quedó a mi lado sin pronunciar palabra alguna.

La puerta era inmensa, la más grande que mi imaginería creó. Eran dos partes diferenciadas: la izquierda, pulcra y blanca de bellos labrados en un arco embellecido, tanto, que su blanco perlino irradiaba un aura tenue de luz. No le hacía falta más adorno pues sería manchar esa belleza tan inmaculada. Ver esa parte me daba paz y sosiego. La parte derecha era todo lo antónimo a su otra mitad: madera vieja y descuidada carcomida en sus extremos y mellada en tablas, una zarza muerta la recorría solo en parte. Esta me daba inquietud y desesperanza. No aminoré mi paso pues a pesar de quedarme absorbido por su presencia, no quise dar muestra de verla. Ignoraba qué punto de locura sumaban estas visiones pero no quería que lo supieran hasta que El Mago llamó mi atención con sus palabras.

—¿Qué ves que yo no veo? Y sé que esta pregunta no ha sido formulada por primera vez.

—Cosas que no creo que sean de mentes cuerdas. La imaginación a veces me juega malas pasadas, mas permitidme que sean mis secretos.

—Lo respeto. Yo también confieso, amigo Silvan, que veo cosas que nadie ve por lo cual lamento decirte que no eres el único.

Quise virar la conversación para que Romualdo no me atrajera con sus palabras a su terreno.

—La noche cae ya; avivemos el paso para entrar con las últimas luces del día.

—No cambies de conversación; con que me digas que no quieres hablar de tus secretos, basta. Mas al final los conoceré y tú mismo me los contarás ya que nos queda mucho tiempo de estar juntos —dijo con su personal sonrisa Romualdo.

El murmullo del río era intenso; su corriente rápida impedía que sus aguas se congelaran. Empezamos a andar sobre el pequeño puente de piedra que, a sus lados, protegían dos esculturas de ángeles bellos. Pedro se quedó contemplándolos así como el entorno que envolvía al feudo de Selva. Me acerqué a él pues aquel lugar lo hipnotizó.

—Pedro, tenemos que llegar a las puertas. Verás, si esto acaba bien irás allí donde desees, pues hay más lugares bellos en estas tierras y tú tendrás tiempo para crearlos así como hiciste en Laberintia.

—Es hermoso.

Fueron las únicas palabras que articuló Pedro, las mismas que había dicho yo si no tuviera sobre mis espaldas el destino del final de esta senda.

Antes incluso de que llegáramos a las puertas de Selva, estas se abrieron de par en par. Allí, una sola figura nos esperaba de pie: era Héctor. Me adelanté egoísta justo en el dintel de la enorme puerta y me abracé a él:

—Héctor, amigo mío, te he echado de menos. Desde la tormenta ha costado reunirnos.

—Aquí estoy, Silvan, con la misión de mi familia otra vez repuesta, que no es ser el duque de Selva, sino cuidar de los habitantes de ella.

Romualdo se presentó cortés ante Héctor; Antón, lo abrazó susurrándole al oído:

—Siempre supe de tu valía, Héctor. Estoy orgulloso de ti.

—Confiabas en mí más que yo mismo, Antón el rojo, señor y guardián de los secretos.

Poco después, Gabriel junto a Marion saludaron a Héctor. Él la recordaba como la regidora de Mont-Elo. Karmen lo abrazó y le dijo algo de pequeño valiente, y eso, viniendo de Karmen, era más que un elogio. Raquel desmontó para besar y abrazar a Héctor; aún a él

le quedaban resquicios de su amor por ella, pero jamás se culparía de quererla. Prometeo pasó a su lado dándole un golpe amistoso en su hombro y Noelia se abrazó a él con fuerza.

—Poco habéis estado fuera. ¡Seguro que me echabais de menos, por eso habéis vuelto! —dijo jocoso Héctor.

Noelia le dio un golpe flojo en el pecho para luego volverlo a abrazar otra vez. Héctor se quedó fijo en un miembro de nuestra compañía:

—¿Pedro?

—Sí, soy yo.

—¿Has dejado Laberintia para unirte a nosotros?

—Sí, me cansé de estar solo; quería vivir lo que vosotros vivís.

—Bienvenido.

A uno de los que nos acompañaba tuve que presentarlo con tacto, pues seguramente, sin explicación no sería bien recibido.

—Aquí te presento a Albert; se ha unido a nosotros porque odia a Raven tanto como nosotros, lo que ha hecho que una sus fuerzas con nosotros para combatirlo.

—¿De dónde proviene ya que conoce al director de Vera?

—Soy el antiguo director de Ulsan, de los pocos hombres vivos que quedan de la hermandad y al que Raven no asesinó —dijo Albert presentándose él mismo y preparado para cualquier reacción.

Héctor se quedó parado hasta que, con una seguridad propia de su gran líder, habló:

—Si Silvan decide que estés entre nosotros, es sobrada razón. ¡Bienvenido seas!

Fugaz, una sombra blanca se echó encima de Héctor y lo hizo caer al suelo; con su bello pelo de oro cubriéndole el rostro, Derán lo besó en los labios y lo abrazó con fuerza:

—¡Cuántas ganas tenía de verte y no triste! Ahora te veo como deberías ser. Yo, Derán, la Dama Blanca, te lo digo y te lo digo muy en serio: te admiro, gran hombre.

—Derán, mi chiquilla, tan bella. Algo sabe Silva, pues sus ojos me hablan. Una sorpresa te espera dentro de Selva.

Derán nos empezó a mirar alternativamente a mí y a Héctor intentando descifrar ese secreto. Se acercó hacia mí como una niña indignada.

—¿Qué es Silvan?

—A mí me lo mostró la tierra, a Héctor se entregó ella. ¿Por qué decírtelo si está detrás de esas puertas alguien que te espera?

Ella empezó a caminar hacia la puerta. Héctor vio pasar los soldados con el emblema de Mont-Elo y me miró.

—Los trajo Marion —expliqué yo.

—Dentro hay tres mil hombres de Altamiras. Supongo que ya lo sabéis, o los que lo saben no os lo han contado —dijo Héctor.

—Tenemos al mago. Lo sabe casi todo—afirmó Silvan.

—¿Quién es El Mago? —preguntó Héctor.

—Soy yo; ya me presenté con mi nombre, pero me apodan El Mago. A su servicio, duque de Selva.

—Bienvenido —dijo Héctor.

Pasamos despacio mientras recorríamos una planicie con un hondo agujero en el centro. Vi que en él había una máquina de metal en el fondo quemada y rota (ya me lo explicaría luego Héctor). Las segundas puertas de Selva se abrieron pero los soldados que nos acompañaban no nos dejaban ver quiénes estaban tras ellas. Derán se puso al lado de Héctor y le cogió la mano.

Solo mi compañía se quedó fuera de esas puertas y vi a tres personas: un gigante de más de dos metros, un hombre alto y uniformado a su lado y, delante de ellos, una mujer armada tremendamente bella que se adelantó unos pasos para pronunciar una única palabra:

—Hermana.

Derán se quedó boquiabierta como si viera un fantasma; de sus ojos empezaron a brotar lágrimas y las manos le temblaban mientras aquella mujer que yo no conocía se iba acercando a la Dama Blanca. A menos de un metro, se paró; entonces, Derán se acercó a ella y la abrazó con un llanto de alegría y de un reencuentro pausado por mucho tiempo.

—Mi pequeña, sabía que vendrías a mí, por eso no fui a tu encuentro. Demasiado tiempo sin vernos.

—¿Cómo no te he detectado? Si veo tan lejos y siento tanto, ¿dónde has estado que mi memoria se pierde en el tiempo? —dijo Derán sin poder parar sus lágrimas.

—Porque soy humana: nazco una y otra vez y muero tantas veces, por eso no descubres dónde estoy, pero yo sí puedo verte y cuando vi a dos hombres y una mujer impregnados de ti, fui a buscarte. Muchos más han despertado del letargo y la sombra de aquel que perdió el nombre por derramar sangre sagrada está cerca.

—Yo también lo siento.

Se cogieron de la mano y, antes de que desaparecieran para estar solas, Héctor, orgulloso, la presentó:

—Os presento a Sara, mi mujer.

Derán se quedó sorprendida y le dijo a su hermana:

—No pudiste elegir a mejor hombre; es nobleza todo lo que

atesora.

—Y mucho amor, hermana —dijo Sara encantada.

Raquel se acercó a Derán y a su hermana para hablar:

—Derán, ¡aquello que nos relataste a Bartolomé y a mí en el navío era verdad!

Derán se encogió de hombros y sonrió a Raquel como lo haría una chiquilla traviesa a la que han pillado en una mentira. Las dos hermanas desaparecieron entre las calles pobladas de Selva. Héctor volvió a tomar la palabra.

—Os presento a Valerio, hermano de Román, de Mont-Elo; creo que para alguno no es un desconocido.

Valerio, con un insignificante movimiento de su cabeza, saludó a los presentes. Antón y Gabriel se acercaron a él.

—Nos alegramos de verte. Desde que voy por Alana, siempre te ocultaste. Me es grato que hayas salido de tu soledad. Tenemos mucho que hablar.

Valerio asintió mientras saludaba a Gabriel como un amigo y, desde lo lejos, Karmen lo saludó.

—Tenéis a Karmen, entonces quién se enfrente a vosotros tendrá pocas posibilidades —dijo Valerio.

—¡Ninguna! —dijo Karmen desde lejos.

Antón y Gabriel escoltaban a Valerio mientras hablaban. Solo quedaba saber quién era ese hombre uniformado con una seriedad marcial, pero ciertamente extrañado de los componentes de nuestra compañía. Primero, Héctor nos fue presentando hasta que llegó a Albert, y Manuel se quedó muy serio hasta que Héctor le explicó cuáles eran sus intenciones y por qué estaba con nosotros. Después, Héctor lo presentó:

—Él es el actual alcalde de Erdia y el antiguo comandante de la guardia de Altamiras, Manuel. Tanto él como el alcalde de Altamiras, Marcos, estuvieron al lado de nuestra familia recelando de la hermandad, todos comunicados en secreto con Antón: eran unos de tantos secretos que él conocía.

—A sus órdenes, señores. El duque Héctor me comentó que quien comanda ahora esta situación es usted, señor Silvan —dijo Manuel.

—Sí, a pesar de mi oposición, así es.

—Siento decirle que tenemos que hablar con la prontitud que sea posible; hasta ahora sabíamos qué hacer, pero ahora esperamos sus órdenes.

—Bien, una vez nos hayamos acomodado y sin más dilación, discutiremos los pasos a dar.

—Un placer, señores. Espero sus noticias. Hasta dentro de poco.

Así, Manuel se adentró en la urbe de Selva.

Como no podía callar, le comenté a Héctor:

—¡Qué serio es! ¿No?

—Sí, pero de gran corazón. Aquí tenemos huidos, teóricamente enemigos que él dio auxilio en un accidente con el tren cuando Raven los dejó a su suerte.

—Nobles actos.

—Bienvenido Silvan a la cuna de mi familia, al sitio más bello de las cinco ciudades del este; y lo sería más si no lo hubiera mancillado la hermandad.

—Todo lo que se estropea se puede reconstruir —apuntó Romualdo.

No se habló más y nos adentramos en las calles de Selva. Era un bullicio de personas; unos hombres muy musculosos estaban distribuyendo el trabajo y todos se afanaban en ello. Los soldados que eran ahora a mis órdenes por voluntad propia, se ofrecieron a aquellos que distribuían las labores. Desde lejos rechazaban la ayuda; tenían que descansar por si mañana hubiera órdenes de lucha.

Vi hombres que tanto limpiaban como reconstruían; mujeres que cargaban pesadas carretillas como cosían en los soportales de las casas. Como me explicó Héctor, todas las plantas bajas de las casas eran para el trabajo. Fuimos recorriendo calles más grandes y más chicas; ahora, de la mano de Raquel, todas bien iluminadas, Héctor nos dijo con orgullo.

—Selva nunca duerme.

Héctor nos fue guiando hasta que llegamos a una casa apartada y más grande de lo normal en lo que vi de ese feudo.

—Esta es la casa de los invitados. Creo que Raquel la conoce.

—Sí, aquí desperté y nos ocultamos. También tengo recuerdos tristes; aquí me diste la noticia de la muerte de mi madre —rememoró Raquel.

—Tenía que hacerlo, al igual que el tener que llevarte sedada y oculta; no tenía más opciones.

—Por eso estoy viva y nunca habrá suficientes palabras para agradecértelo —le dijo Raquel mientras se acercó a besarlo.

A Héctor le entró como un puñal la melancolía de los días pasados pero no podía perderse en los recuerdos teniendo tantos problemas de frente.

—Ahora es mi casa y vuestra también. Es grande y todos cabemos pero me temo que, en perjuicio de la intimidad, algunos

dormiréis en el suelo. No hay suficientes habitaciones y camas para todos, no os puedo ofrecer más.

—Un techo, comida y calor, no necesitamos más —animó Romualdo a Héctor.

Entramos en la casa; allí estaban Derán y Sara. Las dos hermanas, tan bellas y diferentes como hermosas nos sonrieron al llegar. En un aparte estaban Antón y Gabriel con Valerio. Todos nos acomodamos en el salón como pudimos; no pasó mucho tiempo hasta que llegó Manuel, el alcalde de Erdia.

—Señores —saludó fríamente.

La reunión empezó con ese saludo y el alcalde prosiguió:

—No sé de qué información disponen así que yo les expondré ahora los últimos movimientos que hicimos y la información de que disponemos. Tomamos Erdia con una planificación y con la ayuda de muchos habitantes del lugar así como de parte de su guardia, cosa en la que tiene mucho que ver Antón. Tal fue el éxito de la toma de Erdia que no se derramó ni una gota de sangre; dejamos la ciudad desierta evacuando su población a Altamiras y nosotros, sabiendo que Selva estaba en manos de Héctor, partimos en su ayuda ya que estaba demasiado cerca de Vera. Obstruimos las vías del tren de Erdia a Vera con los trenes que nos transportaban y seguimos a pie, bien preparados para marchar por la nieve. El director de Vera fue hacia Erdia y estrelló una de sus locomotoras con su imprudencia, dejando muertos y heridos que nosotros enterramos y curamos a los que pudimos; ahora, algunos están aquí en Selva para que se recuperen. Hicimos todo lo posible para dejar pocos trenes en Vera y Ulsan, para que, si se movilizara mucha gente lo hiciera con dificultad. Sabemos que en Ulsan estaban organizando muchos soldados pero no sé su número ni dónde se encuentran ahora. Es todo lo que les puedo decir.

—Están ya en Vera y acercándose a la mañana. De noche partirán hacia aquí; son más de cinco mil y al demente alcalde de Vera junto a su sombrío socio, aún les queda camino para llegar aquí; de hecho, ahora están traspasando carbón y limpiando la locomotora que obstruye la vía para usarla para llegar a Vera. No llegarán a tiempo por lo que el ejército de Ulsan partirá mucho antes —explicó Romualdo.

—¿Qué haremos, pues? —preguntó Héctor.

—Yo he leído mucho sobre estrategia —hablaron al mismo tiempo Pedro y Prometeo con las mismas palabras, pero Pedro le cedió la palabra a su colega bibliotecario.

—No nos superan mucho en número y las murallas de Selva son

robustas, así como sus puertas. Podemos distribuir soldados en ambos lados del puente ocultos entre los bosques que rodean la ciudad y junto a una fuerza frontal, envolverlos en varios frentes, pero tiene que ser todo bien compenetrado — explicó Prometeo.

—No se me ocurre mejor táctica —dije yo.

—Yo puedo ocuparme de organizarlo. Descansad señores, mañana será un día intenso —se despidió Manuel.

—Voy contigo, yo también te ayudaré pues sabes de sobra que se me da bien —dijo Antón acercándose a Manuel.

Héctor acompañó con la mirada a Antón y Manuel, se acercó a Sara y la besó. A Derán mucho le agradó el cariño de ese beso; se puso en mitad de la sala.

—Es mejor que descanséis, a mí también me toca noche en vela pues hay mucho trabajo que hacer —dijo Héctor abrigándose bien y abandonando la casa.

—Dormiremos juntas Derán, como ahora te llamas, al igual que hacíamos cuando éramos niñas —le dijo Sara a la Dama Blanca mientras subían las escaleras.

—Vayámonos a descansar; las cartas del destino están echadas. Mañana al alba veremos el desenlace de este capítulo —animó Romualdo.

Casi todos hicieron caso; yo no lo hice pues no quería dejar sola a Raquel y una mujer adivinó mis pensamientos:

—Sé que hoy no dormirás Silvan, y aunque sea la última noche, no dejarás que aquellos que ahora son tu responsabilidad se preparen para la lucha mientras tú duermes. Yo iré a dormir con Raquel, Prometeo también tiene trabajo —dijo Noelia.

Gabriel se adelantó para acompañarnos pero yo le paré las intenciones:

—No padre, pues eso es lo que eres para mí. Tómate esta noche para ti y tu mujer. No tienes llaves ahora que ofrecer. Dale calor y cuida de su sueño. Te ha esperado callando tu amor demasiado tiempo.

Marion se acercó y me besó. Raquel, sabiendo de mi deber, me besó en los labios y acarició mi nuca. Noelia me abrazó. Todos estos signos de cariño eran muy gratos pero me di cuenta de que Pedro se apartó siendo él mismo excluyente de esta camaradería; no podía permitir que nadie que me acompañara en esta extraña senda se sintiera inferior.

—Dadle las buenas noches y vuestro cariño a Pedro; es tan humano como nosotros y forma parte de la compañía como vosotros.

Las mujeres, más afectivas que nosotros, fueron hacia Pedro y le ofrecieron besos y abrazos. Con el cariño que todos nos dábamos, él se quedó perplejo y desde ese momento, fue más humano que nunca y menos diferente.

Esperamos que todos se fueran a retirarse al piso superior y solo quedamos Prometeo, Karmen, Pedro y yo; aún había palabras que decir.

—Karmen, tú necesitas descanso. Te necesito siendo todo lo poderoso que seas, así que descansa.

Karmen se fue a su rincón y, sin ninguna comodidad se acurrucó y se dejó llevar por un sueño reparador. Salimos de la casa los tres. Nada más salir, hablé con Prometeo.

—Prometeo, es ahora el momento de que uses tu poder, dale a esta gente esperanza y valor. Lo necesitan ellos tanto como yo.

Prometeo asintió y empezó a andar parándose allí donde había gente y usando la palabra para insuflarles coraje e ilusión. Pedro y yo nos dirigimos hacia las murallas, algunos hombres me reconocían pues no todos tenían los nervios para el sueño. Yo les hablaba dándoles atención y cercanía. Así, hasta que subimos a las murallas; en lo alto hablé con los vigías ofreciéndoles ánimos sin usar nunca la mentira. Miraba hacia el sur donde seguramente vendría el ejército de Ulsan. Pedro habló conmigo:

—¿Cuál es ahora mi cometido?

—El que no esté solo en este viaje, el darme compañía en esta noche fría en la que no puedo dormir ni hacer nada más que esperar a que la mañana nos ofrezca los acontecimientos que han de ocurrir.

—Tengo muchos libros que contar.

—Empieza, que aún queda noche.

—Hay uno de un loco caballero que siempre me gusta su empezar.

—Dime cuál es.

—En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme…

Así, entre literatura y citas, Pedro me hizo evadirme de todo y de las futuras preocupaciones. Antes de que llegara el alba, oía como soldados se ocultaban en los bosques laterales a la entrada de Selva. Eran muchos.

Cuando llegó el alba empecé a sentir como caballos, carros y hombres a pie pisaban el camino que terminaba en Selva y apareció a menos de una hora de la amanecida, el grueso de un ejército que parecía de muchísimos hombres. No se organizaron

para atacar: formaron y pararon. Entonces, cinco hombres a caballo se adelantaron y se quedaron quietos justo antes del puente de los ángeles.

Desde mi posición privilegiada y con todos mis sentidos potenciados, podía oír la respiración de todos aquellos que estaban a lo lejos.

Se abrió la puerta principal de Selva y salieron a caballo sin ninguna escolta, Héctor y Manuel. Al llegar al otro lado del puente desmontaron y uno solo de los jinetes del lado contrario, hizo lo mismo. Así, se encontraron en el puente los tres y yo pude oír lo que dijeron.

—Soy el comandante de las fuerzas de Ulsan y, antes de presentar batalla vengo a ofreceros las condiciones de la rendición, pues no tengo intención de derramar sangre.

Antes de que pudieran contestar Héctor o Manuel, un jinete encapuchado salió de las puertas de Selva hasta acercarse al trío. Nadie lo esperaba por eso todo el mundo se sorprendió. Sin desmontar, habló:

—Comandante, ¿a quién rindes tu lealtad?

—A la hermandad, para ella es mi lealtad como siempre fue.

—Entonces rendirás cuentas ante tu director.

El extraño se quitó la capucha; era Albert, el antiguo director de Ulsan.

—Aquel que te ha mandado atacar este feudo no es el único miembro de la hermandad. Es más, es un impostor y, que yo sepa, me debes lealtad a mí, el director de tu ciudad, ¿verdad?

Aquel comandante lo reconoció y bajó la cabeza al instante.

—Sí, señor. No sabía que estuvierais vivo. Mi lealtad es a vos, al director de mi ciudad.

—Pues yo te ordeno que volváis a Ulsan, pero no por Vera. Ahora tenemos que hacerle rendir cuentas a ese impostor que ha asesinado a casi toda la hermandad, pero no necesito ningún ejército. Vera no tiene fuerzas. Iros en paz ya que ahora la hermandad no comanda las cinco ciudades del este.

—Así sea señor.

Albert era necesario. Todo el mundo tiene su papel en estos acontecimientos de estos tiempos. Nadie confiaba en él y él acababa de salvar a Selva de derramar sangre. Romualdo se acercó a mí sin que me diera cuenta.

—¿Nunca dejarás de sorprenderme?

—Esa misma pregunta te la podría hacer a ti.

Sonreí, pues la confianza que tenía en los que estaban a mi lado,

era mayor.

—¿Y ahora?—pregunté yo.

—Ahora, unos pocos iremos hacia Vera donde sí habrá batalla y seguirás mi consejo en quiénes nos tienen que acompañar.

—Sí, sabio amigo.

—Tengo que mandar un mensaje simplemente por placer.

El gran búho blanco que espiaba para Romualdo se acercó y le dio una cápsula.

A no muchos kilómetros de Selva, a Vera, llegaron Raven y su compañero. La ciudad estaba apenas sin guardias y no se veía representación de la partida de Ulsan a Selva. Poca gente había por las calles; hacía demasiado frío incluso a mediodía. Subieron hacia el ayuntamiento, hacia el lugar donde habitaba Raven: la cúpula eterna. Cuando llegó no vio a Paolo aún así gritó su nombre pero nadie contestó: no podía ser. No esperaba que se fuera su sirviente fiel, pero así fue.

Repentinamente, las ventanas del norte se abrieron. Un gran búho blanco como la nieve virgen estaba en el poyete de la ventana. Los dos socios se quedaron sorprendidos. Entonces, el búho regurgitó una cápsula que cayó en el suelo y alzó el vuelo huyendo de aquel lugar. El director cogió la cápsula que contenía su papel, lo abrió y lo leyó:

«Estáis solos: El Mago».

39. RESOLUCIÓN

Aquella nota recibida la rompió Raven en mil trozos. El sin nombre se acercó a un armario de puertas de vidrio, sacó dos copas de precioso cristal, miró a Raven y sonrió. Le invitó a que se sentara mientras las llenaba hasta casi el borde de licor de un color granate y denso.

—Mandaré traer más licor. —Raven quebró el silencio suspendido en aquella habitación con sus palabras.

—No te molestes, no hay nadie en el ayuntamiento. Has sobrepasado los límites del miedo. La gente prefiere huir a un destino incierto antes que encontrar la muerte en tus manos. Yo también lo haría —le dijo el sin nombre.

—No importa. Y ahora, ¿qué?

—A esperar, vendrán aquí. Si quieres huir estás en tu derecho, yo quiero esperarlos.

—Me quedo aquí, me siento poderoso pero no para luchar contra un ejército —se sinceró el antiguo director de Vera.

—No vendrá ningún ejército. Ellos desconocen el poder que atesoro en estos momentos. Bebe y disfruta de estos instantes de tranquilidad.

En Selva no había nadie que no estuviera contento porque la presencia del antiguo director de Ulsan nos salvara de una confrontación. Realmente, todo el mundo era importante. Ahora teníamos que partir hacia Vera y enfrentarnos a Raven y, según Derán, a un poderoso y oscuro aliado; pero sabía con seguridad que no iríamos todos.

Con otro humor, nos reunimos todos en la sala de la casa de invitados. Charlábamos en común del futuro. Antón y Romualdo hablaban muy centrados en sus palabras que, a pesar de mis agudizados sentidos, no lograba oír. Pedro no charlaba con nadie pero oía todas las palabras que se decían y, aunque no sonreía, por dentro sí lo hacía. Raquel no me soltaba después de haberla dejado toda la noche sola.

Antón y Romualdo se acercaron hasta estar en el centro del grupo. Romualdo dejó que hablara Antón el rojo.

—Partiremos hacia Vera, pero no lo haremos todos. Héctor, tienes que quedarte aquí en Selva, y usted Manuel, también, junto a sus soldados solo un día. ¿Puede ser?

—Por mi parte, no hay ningún problema —dijo serio Manuel.

—Albert vendrá con nosotros, pues así se lo prometimos Gabriel

y yo.

—Gracias por mantener vuestra palabra —asintió Albert.

—Un hombre que falta a la palabra dada deja que sus próximas no valgan nada —dijo Prometeo muy serio.

—Silvan, no hace falta decir que tú eres el más importante en los acontecimientos que ahora son tan transcendentales para este reducto de humanidad —interrumpió Romualdo.

—No más que cualquiera de vosotros —dije yo.

—Más de lo que imaginas; aunque la humildad sea buena virtud, la realidad se sobrepone encima de ella, Silvan —dijo Gabriel dándome una buena lección.

—Por cierto, Gabriel, te quedarás en Selva —dijo secamente Antón.

—¿Cómo? —respondió sorprendido Gabriel.

—Piénsalo bien; si fallamos en nuestra misión, alguien de los nuestros tiene que guiar a los que aquí quedan y tú eres el más adecuado —intentó convencerlo Antón.

—Padre, pues así fuiste y así seguirás siendo. Aunque por fin descubra quién fue realmente mi verdadero padre, has de cuidar de Raquel y tu nieta, de Héctor y Marion, de la buena gente de este lugar y de los otros feudos y ciudades. Uno de nosotros tiene que vivir —le dije yo con toda la sinceridad que pude.

—Acepto esta misión, pero si no vuelves, ¿cómo quieres que llamemos a tu hija? —me hizo esta incómoda pregunta Gabriel.

Derán se acercó a mí, me cogió de la mano y sus ojos eran una súplica que no alcanzaba a descifrar. Sus manos apretaban las mías con una calidez sentida.

—Derán, ¿qué es lo que me quieres demandar?

—Siempre creí en ti, siempre tuviste mi compañía y siempre que pude os salvé, a ti y a los que os acompañan. Nunca pedí nada a cambio. Solo concédeme un nombre.

Miré a Raquel que, con una sonrisa, me dio un consentimiento.

—Eso te lo concedo porque, pase lo que pase, os debo a ti y a los demás mucho agradecimiento. Dime tú, enigmática Dama Blanca, revélame el nombre que llevará al nacer mi hija —le dije.

—Un nombre que siempre quise poner pero nunca lo pude hacer.

—Arcadia será su nombre —interrumpió Sara que estaba al lado de Héctor.

—¿Por qué ese nombre? —pregunté yo.

—Es el nombre de nuestra madre; es un nombre tan antiguo como el mismo tiempo y quiero, queremos, que lo lleve una mujer

que será tan notable como quien antes lo portó —dijo Sara con acento de nostalgia.

—¿Me concedes ese deseo tan simple pero tan importante? —suplicó Derán.

—Así se llamará —afirmé yo contemplando la sonrisa de Raquel.

—Arcadia era un paraíso terrenal lleno de paz y culto por la naturaleza. No habría mejor nombre para tu hija, Silvan —me dijo el culto Prometeo.

—El tiempo apremia —intervino Antón.

—No en estos momentos; simplemente nos esperan —expuso Sara.

—Bien, supongo que Noelia se quedará en Selva, ¿no?—afirmó Prometeo.

—No, se viene con nosotros pues tiene un papel importante en Vera —dijo Romualdo contrariando a Prometeo.

Noelia se puso delante de su amado con su belleza y con su fortaleza para hablar:

—Soy una guerrera, Prometeo, no soy una dama ni nunca lo fui. La lucha es mi destino y no quiero estar fuera de ella, y más si estás tú a mi lado.

Prometeo aceptó cabizbajo las palabras de Noelia; en su interior quiso usar su poder sobre ella, pero Romualdo le miró negando con su cabeza.

—Entonces, lucharemos juntos —dijo resignado Prometeo.

—Valerio, nos acompañarás; necesitamos de tu extraordinaria fortaleza. Eres un ser excepcional y no podemos afrontar sin ti este reto que ahora se nos presenta —dijo Antón.

—Iré con vosotros. Necesito la paz que será después de que derrotemos a las sombras que planean siniestras sobre estas tierras, porque fuimos humanos y ahora, después de siglos, somos los custodios de la humanidad —contestó Valerio convencido.

—Derán y Sara vendrán con nosotros, pues ellas ahora son indivisibles y son ellas quienes realmente nos han traído hasta aquí, aunque no seáis conscientes de ello; tienen una deuda pendiente con el que no tiene nombre. Decidme si yerro en mis palabras —habló Romualdo haciendo revelaciones.

Derán calló, pero Sara no lo hizo.

—Para qué callar más, hermana, si igual ninguno de los que nos acompañen vivirá. Esa sombra no tiene nombre porque quien derramaba sangre sagrada se le arrebataba y en tiempos que no pueden tener medida hizo el mayor de los horrores. Eran tres: a uno pude dar caza y matarlo antes de que acabara aquel día que supuso

la disolución de nuestro pueblo, él y otro escaparon y nunca los pudimos encontrar. Es venganza y es salvación, no por nosotras, sino por todos —explicó Sara.

—Algo sabía. Bien, prosigamos pues la compañía que irá a Vera no está completa —dijo Romualdo.

Pedro se mantenía apartado un poco de todos; sabía que de una manera u otra, eran o fueron humanos y él no lo era ni nunca lo sería.

—No Pedro, no te apartes pues tú sin duda serás la pieza más decisiva y no lo sabrás hasta que el momento llegue. ¿Nos acompañarás? —preguntó Romualdo.

—Sí, lo haré; ya quiero dejar que los libros me revelen aventuras. Quiero ser protagonista de ellas.

—El más letal de nosotros, aquel que necesitamos de su fuerza, mi amigo en los días que nos miraban como bichos raros entre los que habitábamos, el cazador Karmen. Ni te pregunto si vienes.

—No deberías —cortó Karmen.

La compañía que íbamos hacia Vera a enfrentarnos a esos dos infames seres, fuimos despidiéndonos de los que quedaron en Selva. Eran pocas horas pasada la mañana cuando las puertas de Selva se cerraron detrás de nosotros. El día fue benigno pues era un día abierto. Todos íbamos en monturas para poder acelerar el tiempo a la llegada a Vera. Nos estaban esperando y no podíamos ser descorteses aunque fuera una cita con la muerte. No hubo palabras pues fueron ausentes, ni hubo descanso en el trayecto. Si fuera nefasta nuestra suerte, moriría joven pero mi legado existía en el vientre de mi amada Raquel, ya con un nombre. Pero mirando a mi poderosa compañía, dudar de nuestra suerte sería desconfiar del fin que perseguimos.

Pasó el tiempo sin que nos diéramos cuenta y cuando llegó la tarde avanzada, ya estábamos en las puertas de Vera. Esperábamos guardias que las protegieran pero nos encontramos las puertas desiertas; todo estaba rendido a la suerte de esos dos siniestros seres que nos esperaban. La suerte estaba echada, pero yo agradecía que no hubiera más violencia de la necesaria y menos de gente adoctrinada que perdiera la vida por ideas equivocadas. La ciudad donde mi vida viví no era extraña para mí. Entramos sin ninguna oposición en sus adoquinadas calles y solo encontramos personas que huían ante nosotros, pues lo extraordinario de nuestra presencia no eran buenas nuevas.

Antes de llegar al ayuntamiento desmontamos todos e hicimos los últimos tramos de nuestro destino a pie. Cuando en los

soportales del ayuntamiento, encontramos a aquel que no tenía nombre esperándonos. Si alguien nos vio, huyó.

Tenía la sensación de que algo intangible nos rodeaba, una atmósfera extraña que intentaba infundirnos temor. Aquel que nos esperaba se quitó el sombrero descubriendo su rostro gris y una sonrisa burlona. Nosotros nos quedamos quietos mientras bajaba dos escalones. Derán y Sara lo miraban con rabia.

—Bien, buena compañía habéis traído. Las dos muchachas más bellas de la aldea, tan inocentes y tan queridas. Supongo que venís en busca de la venganza que se os negó durante tantísimo tiempo; mas aquí, cavaréis vuestra tumba.

—No podemos darte la oportunidad de rendición, así que tenemos que borrar tu presencia de esta tierra ya que tu nombre fue borrado para siempre —dijo rabiosa Sara.

—¡Intentadlo, si podéis! Será el último acto de esta tragedia.

Un objeto salió proyectado hacia el que no tenía nombre. Impactó tan fuerte que escondió su cuerpo tras la puerta que estaba justo detrás de él con el ruido de la madera resquebrajándose en mil astillas, así como el derrumbe de su lateral de piedra de la puerta. Tras el estruendo de los escombros, un silencio roto por quien lanzó su martillo de herrero. Valerio y sus palabras:

—¡Fin del acto! Vayamos a por el director.

—Creo que no va a ser tan fácil —comentó Romualdo.

Desde el lugar de donde procedió el impacto, una sombra gris se dirigía hacia Valerio con tanta velocidad que solo unos ojos pudieron verlo. Derán abrió la palma de su mano y se creó una pequeña chispa blanca que, al soplarla, fue cogiendo velocidad hacia la trayectoria de la sombra gris que hizo que se retorciera de dolor y parara envuelta en hilo blanco de energía que rodeaba todo su cuerpo. Se fueron apagando esos hilos y aquel ser se repuso sonriente, solo le retrasó. Desapareció de nuestra vista para aparecer impactando contra el enorme cuerpo de Valerio al que envió varios metros lejos. Karmen se lanzó contra él, pero antes de llegar vio en su carrera la anomalía de otra pequeña esfera blanca de energía. Frenó antes de que el pequeño hombre de la piel de piedra gris fuera a repeler un ataque. Karmen vio que estaba preparado antes de que tuviera intenciones de actuar, este era un enemigo excepcional. Lo esquivó con inercia pues este ser se desplazaba a gran velocidad friccionando con la piedra el suelo; el enemigo miró con enfado a Karmen pues había esquivado su contraataque justo el tiempo necesario para que la pequeña esfera impactara en su piel plomiza y, desde el punto de impacto

filamentos de energía blanca le paralizaron otra vez.

Prometeo, Antón y yo quisimos adelantarnos para unirnos a la lucha pero Romualdo nos paró.

—No es el momento. Tenemos que desgastarlo hasta que aparezca la oportunidad precisa.

El sin nombre se repuso. Ahora su piel tenía un color más oscuro y echaba humo por todo el cuerpo.

—¡Maldita niña estúpida! Tú serás la primera en morir.

Terminó su última sílaba cuando recibió el impacto de ciento cincuenta kilos de músculo a una velocidad impropia de su cuerpo. Valerio le embistió con toda la fuerza que pudo. El ser gris puso sus brazos en cruz y sus pies se arrastraron un metro hundiéndose en el suelo varios centímetros, pero no fue suficiente para derribarlo. Fue a propinarle un golpe a Valerio cuando Karmen, saliendo de la nada, lo dobló de una manera antinatural sin poder romperlo. Valerio lo golpeó con un puño con tanta potencia que el sonido del impacto se oyó fuerte y claro. Hizo un guiño de dolor, se deshizo de la llave de Karmen y de una patada frontal, volvió a enviar el cuerpo de Valerio a chocar contra los adoquines de la calle. Golpeó después a Karmen que fue despedido hacia atrás, pero cayó de pie sin mucho daño. La ira de aquel que no tenía nombre empezaba a ir en aumento. Le estaba molestando que sin temer nada de esa situación, iba a costar eliminarlos. Recibió otro fuerte golpe de Karmen y Karmen volvió a ser repelido con otro impacto.

Romualdo miraba impasible la lucha. Su cara no reflejaba ninguna emoción hasta que dio órdenes con el acento en su voz muy severo.

—Antón, Prometeo y Albert, subid a la cúpula eterna. Tenéis la llave. Encargaos de Raven. Silvan y Pedro, no osováis y estad junto a mí.

Romualdo le susurró a Pedro unas palabras que no entendí pues no reconocí el idioma en que se hablaban. Pedro asintió. ¿Qué le había dicho Romualdo que no quería que yo oyera?

La lucha entre Karmen y el sin nombre era golpes que recibían los dos hasta que el contrincante de Karmen dio un potente salto hacia atrás, cerca de Sara y Derán. Emitió un grito agudo que nos hizo caer de bruces sujetándonos las sienes a todos menos a las dos hermanas. Aprovechó el momento en que Karmen se reincorporaba para cogerlo y lanzarlo al aire a varios metros de altura; saltó para impulsarlo con sus palmas en el cuerpo de Karmen y desapareció por encima de los tejados cercanos. El siniestro personaje empezó a sonreír y Romualdo también lo hizo.

—No me podéis matar, pero yo sí lo haré con vosotros.

El sin nombre fue a hacer cumplir su palabra y se dirigió hacia la Dama Blanca que lo esperaba inmutable. A menos de un metro de la preciosa mujer, tan frágil en apariencia que era una luz que la sombra quería apagar, el enemigo recibió una punzada dolorosa en el costado que le hizo caer. Ni siquiera supo de dónde venía el origen de esa lacerante herida cuando vio a Sara de pie con una daga muy antigua.

—Soy Sara, la guerrera: me conoces y vengo a proteger a mi hermana.

Se oyó un atronador disparo y después otro que impactaron en el hombre sin nombre. Los dos en el corazón pero él no tenía ni ese órgano ni el significado de su sentimiento. Noelia le había disparado. La más débil del grupo es quien le había infligido unas heridas; fue hacia ella para eliminarla. Era bellísima y no encontraba mayor placer que destrozar aquello que era hermoso. Derán levantó la mano hasta la altura de su pecho y aquel ser rebotó en una barrera invisible. Sintió dos puntos más de dolor y vio como dos flechas habían atravesado su durísima piel. Tenía que poner fin a esta situación.

Se levantó y atrapó una flecha con su mano. Derán creaba en su palma otra chispa blanca y Noelia levantaba otra vez sus armas (poético morir por tres hermosas mujeres, pero hoy no sería). El sin nombre juntó sus dos palmas y produjo una onda expansiva que nos tiró a todos al suelo; mantuvo las palmas unidas y los muros de las edificaciones cercanas se agrietaron sin que nadie pudiera levantarse del suelo.

Romualdo, con gran dificultad, me dijo:

—Es tu hora, Silvan.

Aquel ser escuchó las palabras de Romualdo y de su boca floreció marchita una sonrisa desafiante. Elevó sus brazos para hacer una cruz con su cuerpo, abrió su boca todo lo que daba de ella y empezó a emanar una niebla negra que, presurosa, inundó toda la cercanía de una oscuridad absoluta. Yo avanzaba hacia él pero aquella negrura me envolvió dejándome desorientado y perdido. A pesar de que sabía que estaba cerca, ahora mi visibilidad era nula; nada oía ni percibía cosa alguna. Empecé a sentir que aquella venenosa niebla se introducía en mi cerebro corrompiéndolo. Una tristeza ya olvidada ahora irrumpía con una fuerza arrolladora en mi razón. Empecé a llorar como un niño, deseché toda esperanza y caí derrotado al suelo emponzoñado por aquella atmósfera que me hizo rendirme. Al final todo estaba

perdido, esperando que se acercara ese ser para darme muerte, pues ya ni podía levantarme cuando un punto de color llamó mi atención: un verde apenas visible entre los adoquines del suelo de aquel lugar donde caí rendido. Era un brote verde entre las juntas de los ladrillos fríos. Mis manos fueron a cogerlo. Era un superviviente que quería crecer entre lo artificial. Fue rozar mis dedos su frágil verdor cuando desde mis yemas, una corriente de energía cálida recorrió todo mi cuerpo y rompió aquellos sentimientos de derrota y amargor. Me levanté firme y todo aquello que me debilitó me hizo tan fuerte que alzaba orgulloso mi vista al frente. Seguía sin saber dónde estaba aquel ser. Recibí un golpe fuerte en la espalda que me impulsó lejos; sentí un dolor intenso y el gusto amargo de la sangre que inundaba mi boca. Mi cuerpo chocó tan fuerte que estuve a punto de perder el conocimiento. Una fuerza intangible me renovaba por dentro y mi cuerpo quebrado volvió a estar entero, pero seguían ausentes mis sentidos y aquel al que me enfrentaba volvería a atacarme. Algo debía ocurrir para que la balanza estuviera equilibrada otra vez. El aire se hacía más denso en mi diestra. Volvió a por mí, pero presto me aparté y en una fracción ínfima de tiempo, vi que pasaba cerca de mí sin poder herirme. En esta ocasión oí muy débilmente proferir maldiciones en lenguas extrañas. Estaba cerca por lo que me alejé desde donde calculé hacia dónde se dirigió para ir a un lado opuesto. No podía esquivarlo eternamente pero sí hasta que un blanco fulgor que difuminaba la tupida niebla negra se hizo visible a mi lado. Era Derán, la Dama Blanca.

—No dejaré que te haga daño. Tengo que irme pues soy un faro en una noche prematura y querrá matarme. Traigo compañía.

Derán iba de la mano de Pedro, el autómata. Su faz ya no era aquella que siempre estaba ausente de emociones. Tenía los labios prietos y la mirada fija; tenía un propósito. Entonces, con los sentidos embotados por aquella calígine escuchamos un sonido potente producido por la madera chocar violentando el suelo hecho de adoquines de piedra y, circularmente, una onda de choque disipó aquella bruma espesa dejándonos a todos a la vista. A pocos metros a mi izquierda, estaba el sin nombre profundamente perplejo. Desenvainé mis espadas dejando mis brazos descansar en mis costados y que ellas impactaran en el suelo produciendo un sonido metálico que hizo entrecerrar los ojos a aquel siniestro personaje. Me dirigí corriendo hacia él y Pedro lo hizo detrás de mí. Aquel ser se quedó inmóvil esperándome. Entonces yo me acerqué para darle y, justo en el momento en que me ponía en posición de atacar,

Pedro me gritó:

—¡Hiéreme aquí! ¡Hazlo, rápido!

Me señalaba su corazón. Hundí sin pensármelo una de las espadas en su pecho. Pedro era un autómata; algún plan debía tener y sospechaba que era del mago.

—¡Mátalo! —me ordenó desde el suelo Romualdo.

Y con un movimiento rápido, cercené la cabeza de aquel que no tenía nombre aprovechando el estupor que le produjo el que atacara a mi compañero. Cuando un humo negro salió de su cuerpo buscando algo y comprendí que era su esencia intentando buscar otro cuerpo… ¿muerto? ¿Pedro?

La esencia encontró un cuerpo sin vida y por el hueco que creó mi espada en su pecho, se introdujo en él.

El Mago se levantó rápido y gritando, nos dio un aviso urgente.

—Alejaos de Pedro ahora le toca luchar a él. Ya sabes Pedro, lo que tienes que hacer.

Pedro asintió y se cerró la herida. La esencia del sin nombre no sentía carne ni órganos que activar sino plástico y metal. En su soberbia, le dijo a aquel cuerpo que invadió:

—Ahora eres mío.

La esencia se encogió al ver que un cuerpo sin vida le contestaba:

—No, ahora eres mi prisionero.

Miles de nano robots que reparaban el cuerpo de Pedro y lo mantenían, detectaron un cuerpo extraño y se fueron adhiriendo a él dando pequeñas descargas eléctricas y uniendo sus diminutos cuerpos para confinarlo. Los miles fueron centenares de miles y no cesaban de castigar a aquel ente que ahora sufría el acoso de aquellos diminutos robots.

Las descargas eléctricas eran tantas que lo ralentizaban y cada vez acudían más. La esencia quería desencadenarse de la prisión, pero ya eran millones de nano robots que lo envolvían sin darle tregua y lo iban transportando al núcleo del motor de Pedro.

Cuando todo estaba listo, cuando habíamos huido haciendo caso a Romualdo, yo sí lo vi: vi como una lágrima brotaba de los ojos de Pedro aunque Romualdo me dijera que era imposible. Pedro empezó a reunir toda la energía que disponía hacia su núcleo y lo aceleró. La masa de nano robots se adhirió al mismo y su fulgor rojo empezó a surgir del centro de Pedro.

Vimos desde lejos como todo el cuerpo de Pedro se iluminaba y a través de grietas, haces de luces alumbraban toda la plaza; pasó luego a apagarse y una gran implosión dejó un hueco de metros allí

donde antes estaba. Fui hacia allí y el resto me siguió a paso lento. En aquel hueco, en su curvo fondo, solo había cenizas. Una ráfaga de aire gélido las elevó y, en espirales extrañas, las transportó hacia las alturas hasta que las perdimos de vista. La lágrima que se me cayó en aquel agujero fue real. Un breve homenaje al que fue realmente el verdadero héroe.

Noelia levantó la cabeza hacia el ayuntamiento y vio al trío mirando desde la balconada. Dedicó una sonrisa amarga a Prometeo sabiendo que ella estaba bien y con la pena de perder a aquel que compartía misión de bibliotecario. Desaparecieron por la ventana y fueron hacia la cúpula eterna, el lugar donde estaba la sombra que faltaba.

Subieron las escaleras y Albert abrió las dependencias de la cúpula eterna que le dio Gabriel. Todo estaba débilmente iluminado. Abrieron las puertas macizas que daban a las dependencias privadas del director y allí lo encontraron, sentado apurando una copa de licor.

—Has venido tú personalmente, Albert, y con compañía. Un poco cobarde por tu parte.

—No es una venganza, es un fin: que dejes de existir para que este mundo sea mejor.

Raven era más poderoso de lo que sospechaban. Se levantó de la silla e intentó sesgar la vida de Albert con su daga enjoyada que tantas vidas había arrebatado, pero Antón había visto sus movimientos y paró su mano a menos de unos pocos centímetros del pecho de Albert. El director le propinó un golpe de revés a Antón que hizo destrozar la mitad del mobiliario de esas habitaciones. La fuerza que ahora poseía le dio confianza: era muy poderoso. Prometeo se dispuso a usar palabras de poder pero calló al ver un objeto en el suelo y, en vez de hablar, señaló con su dedo dicho objeto.

Raven, extrañado, lo miró. Era una rosa roja y el aire de una ventana abierta lo alertó. Karmen lo había sentenciado, pero él era mucho más fuerte que cuando le dejó una rosa negra.

—Te lo advertí una vez. Ahora te sentencio. Tu maldad acabará hoy — dijo Karmen desde las sombras.

El director era rápido pero Karmen lo era más. Un golpe en el pecho le hubiera matado, pero solo lo aturdió; intentó atacar con su puñal, pero solo encontraba aire que apuñalar. Estaba jugando con él. Un golpe en el hombro le hizo soltar su arma y, sin que cayera al suelo, Karmen lo aprisionó con una férrea mano sobre su garganta y lo levantó más de medio metro del suelo. Levantó su mano libre

para ejecutarlo cuando vio que Albert estaba a su lado con la daga enjoyada en su mano. Los ojos horrorizados de Raven veían como poco a poco, la iba introduciendo en su pecho:

—Por toda la sangre que has derramado, muere por tu propia arma. —Y con un violento movimiento terminó de hundirla Albert en el pecho del director.

Karmen llevó el cuerpo de Raven hasta una ventana que daba a la plazoleta del ayuntamiento y lo lanzó al vacío. El cuerpo del director cayó cerca de los que estábamos en la plaza. Nos acercamos a él y yo sentí que no estábamos solos. No fui yo solo quien lo percibió. Del ayuntamiento salía Antón, un poco aturdido, Prometeo, Albert y Karmen pero yo sabía que no eran ellos a quienes yo sentía.

Tres ancianos se acercaron a nosotros dirigiéndose en primer lugar a Derán y Sara:

—Saludos, hijas de nuestro pueblo.

—Saludos ancianos —contestó Sara reservada.

—Hola Prometeo, creo que nos recuerdas de la Ciudad de Piedra. Soy Uriel, ¿recuerdas?

—No creo que pueda olvidarlo en mucho tiempo.

—Venimos a reclamar este cuerpo; es necesario que nos lo llevemos y custodiemos.

—Os esperaba. Es vuestro deber custodiar todo aquello que pueda nacer del sin nombre —dijo Romualdo.

—Aquí hay gente excepcional como jamás vi en ningún tiempo pasado. Nos retiramos a sitio seguro. Os deseo que la paz vuelva a estas tierras pues habéis luchado por eso —habló Uriel.

—Adiós ancianos. Esperemos no veros más pues serían buenas nuevas.

Uriel y sus dos acompañantes cogieron el cuerpo y, con una sonrisa de él, desaparecieron ante las calles ocultas de la ciudad de Vera.

Todos nos quedamos mirándonos los unos a los otros aún sin digerir los últimos acontecimientos ni la resolución de ellos. Valerio, ya recuperado aunque claramente magullado, se unió a nosotros.

—¿Todo ha terminado?

—Sí, están muertos, pero ahora todo empieza a la vez —dije profundamente.

El búho de Romualdo se posó en sus brazos y le miró descifrando la información. Entonces, Romualdo se dirigió a nosotros.

—Vienen los demás hacia aquí, al igual que el alcalde de Altamiras, Marcos. Le comunicaré la caída de las dos sombras que amenazaban la vida en estas ciudades y feudos y que mande un mensaje a los soldados de Vera que están en Erdia, que depongan pacíficamente la ciudad ya que el director está muerto.

Pasó un día entero en el cual me dediqué a ir a mi antigua casa, simplemente por estar en ella, cuando por fin vinieron aquellos que faltaban de la compañía. Fueron gratos encuentros sobre todo el que al final compartí con Raquel. Al fin en paz.

Nos reunimos en el ayuntamiento pues teníamos que tomar decisiones. Héctor tomó la palabra:

—Lo primero que tenemos que decidir es quién dirigirá ahora estas cinco ciudades y sus feudos. Creo que sé quién es el mejor candidato, si todos estáis de acuerdo; creo que debería serlo Silvan.

Todos asintieron y Derán, ya volviendo a ser quién era siempre, de la mano de Sara vitoreaba mi nombre aunque tuve que tomar la palabra:

—Ser el gestor de toda esta gente requiere de cualidades que yo carezco, por lo cual, aunque penséis que soy yo, os equivocáis. Quien dirigirá las cinco ciudades del este será Héctor; es quien mejor lo hará.

Héctor me abrazó dándome las gracias por mi generosidad.

—Bien, pues entonces nombro los siguientes cargos: Valerio tomará el cargo de mi primo, será el alcalde de Alana pues allí decidió vivir y allí será el regente de esa ciudad junto a sus compañeros: los herreros de Hornos. Gabriel junto ahora su mujer serán los que cuiden de la frontera del Este, de la ciudad de Mont-Elo.

—Marion y yo volveremos allí; volveremos a dejar Mont-Elo tal como era antes —dijo Gabriel.

—Marcos seguirá siendo alcalde de Altamiras; Manuel, de Erdia y Albert de Ulsan. Y de la ciudad más grande, su alcalde será Noelia —continuó diciendo Héctor.

—Volver a mi ciudad y sin esconderme; gracias Héctor —le dijo Noelia.

—¿Estás seguro Héctor, de confiarle la mayor y la más importante ciudad a Noelia?—dijo Prometeo en tono burlón.

—Muy seguro. Esta reunión ha tomado no todas, pero algunas resoluciones. Mañana, como hoy será otro día sin sombras sobre nuestras cabezas.

La noche fue, tranquila. Mañana sería día de cambios y sobre todo, de despedidas. Dormí en los brazos de mi amada y me

desperté con ella sin más prisas que las nuestras. Me acerqué apacible a la ventana viendo como la lluvia volvía a esta tierra blanca y me calmaba como siempre hizo, con su divina música cuando un cuervo impertinente rompió la magia del empezar de este día. Vi que llevaba un mensaje, abrí la ventana y lo dejé pasar; le quité el pequeño rollo que llevaba y librándose de ese pequeño lastre, volvió a volar al exterior.

«Ven al ayuntamiento. Firmado, Romualdo».

Desperté a Raquel y le dije que si me quería acompañar ante la sospecha de que sería noticias de cambios. Se apresuró a vestirse y cuando se puso tan bella como quiso, fuimos hacia el ayuntamiento. Allí estaban todos los que finalizamos la senda que nos trajo a este momento. Fue dura y perdimos gente por el camino, personas añoradas y queridas.

Valerio, junto a Marion y a Gabriel partieron a Mont-Elo para reconstruirlo.

Héctor nos informó de que mandó una partida para mejorar las condiciones del feudo de Mesa: una promesa cumplida.

Manuel partió hacia Erdia; aquellos que tomaron la ciudad se unían a ella si permitían trasladar a sus familias. No hubo impedimentos.

Marcos también lo hizo en Altamiras para distribuir la población exiliada hacia los destinos que mejor le fueran.

Derán nos abrazó a todos y sin palabras, desapareció de la ciudad. Sara quiso estar al lado de Héctor y en Selva, donde dirigiría todas las ciudades del este.

Albert se despidió aceptando a Héctor como superior y confesando la ilusión de una nueva etapa.

Karmen simplemente desapareció dejando una nota: «estaré cuando haga falta».

Prometeo bromeaba con Noelia sobre ser el consorte de la alcaldesa.

Antón hizo lo propio excusándose de que tenía que cuidar sus secretos.

Día de despedidas, días tristes. Pero ¿y El Mago?

—¿Qué harás, Romualdo?

—Aún no ha terminado tu camino. Al ser extraño y dando tantos giros, más que camino es senda. Aún tengo que estar guiándote mucho tiempo, si quieres, claro.

—Por supuesto. Raquel y yo nos quedaremos en Selva con el beneplácito de Héctor.

—Aquí quedaremos, en Selva la Bella; entre nosotros

escribiremos el siguiente capítulo que esperemos que sea más tranquilo que lo anteriormente ocurrido —dijo Romualdo.

—Eso no lo puedo prometer, Romualdo —dije con dudas yo.

40. PRÓLOGO

De aquella tarde fría de otoño ningún habitante de las cinco ciudades del este tuvo constancia de lo que ocurrió aquella tarde noche en la ciudad de Vera. Si alguien vio algo y lo contó, no le creyeron. Si alguien relató en algún libro que narra, se escribió que fueron dos alcaldes que se rebelaron contra un tirano desequilibrado mentalmente. Como casi siempre, la historia no revela toda la verdad, sino fragmentos faltos de objetividad.

Héctor fue un gran gestor: introdujo el arte y la cultura, cuidó de que los feudos y las ciudades estuvieran comunicadas y que la gente circulara en libertad por todas ellas; eliminó los suburbios de las ciudades pero se cuidó también de que se cumplieran las leyes, siempre enarbolando una frase que solo porta verdad: «la libertad de un individuo acaba donde empieza la de otro»; instauró un completo plan de educación y conocimiento; salieron alumnos brillantes; surgieron músicos inimitables, pintores excepcionales, poetas, escritores, actores que llenaron de riqueza la vida de todos los habitantes de las ciudades.

Fue un tiempo de dicha y, ante los problemas graves, la mejor solución fue la unión de todos.

Noelia fue la mejor alcaldesa que jamás tuvo la ciudad de Vera, siempre apoyada por su marido y con los constantes consejos que demandaba ella a Héctor.

Pasaron cinco años desde aquella tarde, pasaron tan deprisa como cruelmente cortos son los momentos de dicha. Así crecía nuestra hija Arcadia en tiempos de paz: una niña feliz ajena a los problemas pasados y a su incierto futuro.

Romualdo no estaba nunca lejos ni se ausentaba mucho tiempo. Fue famoso por ser un actor destacado en el nacimiento del teatro; su apodo: El Mago. Así, su estrafalaria indumentaria era su sello.

Héctor y Sara vivían felices. De ellos nació una niña de pelo cobre ensortijado y de una gran belleza. Su nombre al nacer fue el de Flora, en honor al tío de Héctor que murió en Selva, Florián.

No vi más a Derán y la echaba mucho de menos.

Manuel y Marina hicieron más bella Erdia. Pasados los años, tuvieron dos hijos y, cuando se les veía juntos, al hombre de hielo se le dibujaba una sonrisa.

Noelia y Prometeo tuvieron una hija que aunó, si podía ser más, la belleza de sus padres y también supimos, por deducción lógica, que Prometeo no era de los nuestros: él no recordaba y Antón nunca

nos lo aclaró. Le pusieron al nacer el nombre de Ángela pues cuando nació, dijo Noelia que vio un ángel entre sus brazos.

A Marion y a Gabriel los visitamos varias veces y también tuvimos gran amistad con Valerio. No pudieron tener descendencia, pero eso ya lo sabían. Ni Gabriel ni Valerio se dejaban ver mucho por sus ciudades ni sus feudos para que no se dieran cuenta de que siempre eran jóvenes.

Albert fue un gran alcalde de Ulsan pero se recluía en el ayuntamiento para que poca gente lo viera, aduciendo una enfermedad que era irreal; al tercer año murió. Luego asistimos varios a su entierro y hasta él asistió. Lo hizo junto a mí, sonriendo. Deseaba irse de las cinco ciudades pues quería recorrer Tierra de Nadie, y así lo hizo.

Antón nos visitó alguna vez y otras veces lo encontré en los lugares más inesperados, solo para conversar de temas vanos.

A Karmen no lo volví a ver y sé seguro que fue a fraguas del manantial a ver a María y su hijo, o, al menos, a saber si estaba bien.

Lo que en estos cinco años siempre me visitaba en mis sueños era la imagen de una torre dentro de una enorme cueva que supuraba oscuridad.

Yo, de vez en cuando, salía solo a Tierra de Nadie visitando lugares que para mí eran puntos de mi vida que siempre querré recordar: el bosque por donde huimos de Vera que bauticé como el de los susurros o la poza de la luna, las ruinas donde estaba Noche y la alameda de los caídos donde con sus descendientes erigimos un monumento a su memoria. También me acercaba a Nocturna cuando en la última visita me dijeron que el enano que la regía murió, y en una lápida pusieron: «Alan, el héroe que derrotó a los lobos de Nocturna». Hasta su muerte me produjo simpatía. Fui a Mesa, de la cual Prometeo me habló mucho y vi que ya tenía muros sólidos de piedra y más comodidades que eran necesarias. No puedo olvidar Laberintia, que cada año, un día de otoño, el mismo que desapareció Pedro, llevaba flores a los pies de la nueva estatua pues Prometeo y yo decidimos que merecía un reconocimiento y con ayuda de otros escultores, hicimos la estatua de Pedro sustituyendo la de Prometeo; y en un pie que estaba rodeado de un jardín de flores, ponía: «Héroe».

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN
1.PRIMERA DECISIÓN PROPIA
2. EMPIEZA LA BÚSQUEDA
3. PLANES FORZADOS
4.VOLVER AL INICIO
5. RETORNO
6. UNO MÁS
7. LA ISLA
8. CAMINO A INFERNO
9. SOMBRAS EN NOCHE SERENA
10. ECOS DE LA CIUDAD DE PIEDRA
11. EL PACTO
12. ALTAMIRAS
13. INFERNO
14. SARA
15. HORNOS
16. EL MAGO
17. MEMORIA DE ADOLESCENCIA
18. CÓNCLAVE DE ALCALDES
19. A ORILLAS TRANQUILAS
20. RECAPITULACIONES DEL MAGO
21. LA VOZ DESPIERTA
22. OSCUROS CONSEJOS
23. LA PLUMA Y EL PAPEL
24. ERDIA
25. CAMINO AL SUR
26. LA VÍA OLVIDADA
27. ENCRUCIJADA
28. UN LUGAR EN EL MAPA
29. CENIZAS SOBRE NIEVE
30. IRA DE LAS SOMBRAS
31. SELVA NUESTRA
32. EL PRESENTE
33. POR FIN, LA CADENA SE UNE

34. MALA DECISIÓN
35. LA SENDA A SELVA
36. EL DUENDE
37. UNA NOCHE TRANQUILA
38. ACONTECIMIENTOS
39. RESOLUCIÓN
40. PRÓLOGO

LA SENDA DE SILVAN

LIBRO III: LA TORRE

ÁNGEL PABLO GALLEGO MOYA

LIBRO III: LA TORRE

ÁNGEL PABLO GALLEGO MOYA

Segunda edición: 2020
Título Original: **La senda de Silvan.** Libro III: La Torre
© Ángel Pablo Gallego Moya
Diseño de portada: Tallers del Molí • Damian Renet
Maquetación: Olalla Pons • Oindiedesign

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Dedico este libro especialmente a Paquita, mi mujer.
A Carmen porque es parte de este libro.
A toda la gente que ama a los libros, que son forja de sueños, a todos los que me han hecho crecer como escritor, y a toda la gente que ha colaborado con él, dentro del libro tienen un pequeño tributo.
A mi padre

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer en este tercer libro, aparte de la dedicatoria, la labor de Carmen Martorell la cual padece los desvaríos de este escritor volviéndola loca al corregir; hacia ti mi agradecimiento.

A mi mujer por aguantar las idas imaginativas en las cuales me quedo anhelado; su frase siempre quedará hasta el fin de mis días: “saca lo que tengas dentro”.

Al maestro Joaquín, que en paz descanse, por introducirme en el mundo teatral y literario y que siempre tuvo fe en mí. Me dijo antes de morir que llegaría a hacer algo grande: en ello estoy.

Al reciente fallecido Antonio Manuel porque siempre estuvo conmigo codo con codo en la organización de eventos en Montiel, mi pueblo natal. Siempre me impresionó la sonrisa de un hombre serio, así que mi homenaje desde estas letras.

Al embrujo de la región en la que nací que tiene tanta historia que no puede pasar al olvido; renacerá otra vez pues lo sé con seguridad. A sus gentes también por compartir una etapa de mi vida muy grata.

A mi otro pueblo en el cual vivo ahora al lado del mar: un lugar con un encanto sin par donde la gente que vive aquí me ha dado muchos apoyos y ánimos en esta etapa de escritor. Desde aquí, gracias.

A Damien, mi ilustrador y diseñador.

A Marisa M.R. escritora, porque a través de sus críticas he crecido como escritor. Para ella mis mejores deseos.

A todos aquellos que me cruzo por la calle y me animan a que siga escribiendo; son muchos y ellos son la energía que hace que funcionen mis manos fabricando libros.

A todas aquellas personas que dentro del libro les he hecho un pequeño tributo, que desinteresadamente han reseñado los dos libros anteriores y espero que hagan lo propio con este: siempre hay que ser agradecido pues yo nunca olvido lo bueno de la gente y evaporo en el olvido lo malo, pues solo resta y yo solo sé de sumar.

1.GUARDIA

Llegó la noche apagando las luces del día mientras tenía la mirada perdida en su venidera negrura. Oía pasos chicos en la tarima de madera de la casa, me giré y vi a mi hija Arcadia en posición de espera, con su pelo negro y sus grandes ojos que me dulcificaban. Con sus cuatro años y su viveza daba luz a nuestra casa. Me puse a su altura y se acercó decidida a darme un beso en la mejilla.

—Buenas noches papá —dijo con su voz cantarina.

—Buenas sean y dulces sueños tengas, hija mía.

Apareció mi mujer ofreciéndole la mano a la niña. Me miró con ternura y sus labios adoptaron una curvatura de dulce sonrisa ¡cuánta deuda tenía con ella que llenó mi vida con su amor y el regalo de una hija!

Arcadia dio unos pasos hacia la mano ofrecida. Aún estaba yo agachado y mirando con complacencia a mis dos amores, cuando la niña se volvió hacia mí en una carrerilla hasta que me abrazó y su entusiasmo infantil sensibilizó aún más si cabe, estos instantes de alegría. Oculté mi rostro a su vista para que no descubriera mis lágrimas cuando, con una lengua de trapo, articuló una frase que me sorprendió:

—Papi ¿qué hace un pájaro negro en la ventana?

La besé y se la entregué a mi mujer. Arcadia con una manita se despidió y cuando desapareció por la puerta de la habitación, fui hacia la ventana. Allí en una rama mecida por el viento que casi amenazaba con golpear la ventana, allí posado estaba un cuervo de la misma manera que hace cinco años en aquella mañana de frío, desafiándome con su mirada. Hoy, en este atardecer, su presencia como en otro tiempo anunciaba un mal presagio. Con un movimiento rápido sobrepasé el marco de la ventana para quedarme tan cerca del cuervo pero huyó entorpecido por las ramas que le impidieron una huida limpia.

Cerré la ventana con una sonrisa mínima de victoria y me acerqué a la chimenea echando un par de leños más al fuego. Me distraje viendo el cuadro de ascuas y llamas que me encandilaban. Absorto, apenas oí cómo se abría la puerta por la que apareció mi mujer Raquel, más bella que cuando la conocí mi último día de universidad en esta misma ciudad, en Vera.

—La niña ya duerme. ¿Vamos a la cama, mi héroe? —dijo con voz sensual Raquel.

—Jamás rechazaría tal proposición —contesté sonriendo.

En silencio, fuimos andando los pocos pasos que nos llevaban a la alcoba. Allí, con la débil iluminación de una solitaria vela, alcé mi mano que se perdió en la abundante melena castaña para acariciar su nuca. Recorrí su cuello hasta llegar a su espalda y así poder bajar su cremallera para liberar su cuerpo de la jaula de la tela. El vestido cayó hasta sus pies con el débil sonido de la fricción del recorrido viéndola desnuda ahora y siendo más bella, más mujer. Me arrodillé hasta que en los costados de su vientre besé las finas y blancas estrías que daban fe del embarazo de nuestra hija (para mí eran las marcas más bellas). Dejé mi mejilla sintiendo el suave vello de su sexo y posteriormente me erguí para ver en su rostro el semblante de satisfacción de ella. Entonces yo también me liberé de mi ropa y la abracé pues quería sentir sus pechos en los míos. Posó sus labios en mis hombros dejando la ternura de un beso y nos perdimos en los juegos del placer de esta noche nuestra.

Esperé que el sueño se apoderase de Raquel para huir furtivamente de la cama. Me vestí con una casaca negra, unos pantalones a juego, unas botas con suelas acolchadas y tapé parte de mi cara con un pañuelo del mismo color de esta noche. Vi a mi amante dormida, tan bella y tan serena que en este encuadre de sombras me hacía quererla aún más, si fuera posible.

A pesar de la cautela con la que quería salir de la habitación, sus palabras con el acento de entrar en las puertas del sueño me sorprendieron.

—Ten cuidado en tu guardia, Silvan.

Casi la misma frase dicha hace cinco años en esta casa de boca de Gabriel, mi padre adoptivo; ese mismo día que otro cuervo se posaba en la enramada enfrente de la ventana tal como hoy ¿casualidad o mal augurio?

Dejaré que el transcurso del tiempo dé razón hoy en esta ciudad que nada tiene que ver con la que abandoné en ese tiempo pasado y haré mi guardia.

Fui escalando hasta llegar a las alturas por encima de los tejados de suave pendiente de Vera teniendo una vista privilegiada. Observaba y escuchaba pasos que iban y venían sobre las calles adoquinadas de la ciudad. La madrugada era ya presente y aunque ya no había toque de queda, ya casi nadie se movía por las altas horas de la noche. Seguía observando tranquilo las calles vacías cuando hubo una alarma, un resorte que saltó en el interior de mi cabeza. A varias manzanas de donde me encontraba, pasitos cortos y apresurados de alguien de poco peso, como si algo le persiguiera,

o así creyera. Fui saltando de tejado en tejado hasta llegar próximo al origen de los sonidos donde casualmente, ninguna patrulla de guardias había en las cercanías hasta que vi una chica joven, muy joven y que era la dueña de los sonidos que me alertaron. La reconocí, era una mujer cuyo nombre salió de mi boca en un susurro: Nicole. Ella por las tardes se dedicaba a cuidar de su abuela enferma y ya a estas horas tardías de la noche volvía a su casa, pero nunca con la premura con la que hoy lo hacía, hasta que vi una figura de buena envergadura que se movía entre sombras aprovechando cualquier esquina para ocultarse. Estaba siguiendo a esa muchacha; ella era una presa pero conmigo en esta guardia no lo sería.

Salté la distancia que distaba el próximo edificio ágilmente hasta que justo me encontré sobre el perseguidor; apenas movía su cabeza que no fuera hacia su objetivo y mi percepción sabía que no con buenas intenciones. Salté desde el tejado al suelo desde los tres pisos altos, sin daño y sin apenas esfuerzo para plantarme delante de aquel que perseguía a la chica, tapándole la vista y dominando la mitad del callejón poco iluminado. Tal sorprendió mi súbita aparición, que se quedó inmóvil y sin palabras que mediaran. Lo cogí del cuello y lo levanté dos palmos del suelo haciendo chocar su cuerpo con una pared. Era un hombre voluminoso pero no me supuso trabajo alguno.

La débil luz que apenas alumbraba esa vía me dejó ver quién era. Me quedé perplejo pues también lo conocía: era el panadero de nuestra calle, un hombre tranquilo y afable al que nunca vi sombra alguna pero por lo visto bien la escondía. Modulé la voz haciéndola más grave y profunda pues no era menester que me reconociera:

—¿Qué intenciones tenías?

—Yo … solo quería… verla... —tartamudeó preso del miedo.

—¡No me mientas! Sé cuándo la verdad se esconde.

Se hizo el silencio y aquel hombre dejó de temblar; la culpa le inundó inmisericorde confesando aquello que le atormentaba con voz no tan clara como él le quería imprimir.

—¡Estoy prendado de ella! No hay momento que no piense en tenerla. Me corroe su sonrisa, su cuerpo… no puedo vivir más sin poseerla ¡Haz lo que debas! ¡acaba con este sufrimiento y pon fin a mi vida!

—¿Y ella? ¿Has pensado en ella, en lo que supondría lo terrible de una violación de su cuerpo? no entiendo este atroz arrebato que te impulsa a cometer tan gravísimo acto. Tu obsesión romperá la vida de una persona inocente. Es su cuerpo y ella es la única dueña

de él; estas cosas nunca se toman por la fuerza.

—¡Es superior a mí! ¿Qué puedo hacer?

—Buscar aquello que buscas en otros brazos pretendiendo desde la bondad que hoy has olvidado y que sea dado nunca por la fuerza. Hoy, esta madrugada, he evitado dos crímenes con la palabra: el que tú hubieras consumado y tu muerte si te hubiera encontrado, así que, libre te dejo y reflexiona sobre mis palabras. Si alguna vez veo las mismas intenciones que hoy tenías, no hablaré ni habrá clemencia, estarás muerto y no es una amenaza, es una certeza. Ahora… ¡Vete!

A mi última palabra salió huyendo incluso creo que asustado de lo que pudiera haber hecho, víctima de una obsesión insana que se alimentaba de la maldad. No sabía si había hecho bien dándole una oportunidad aún así confiaba en mi juicio.

Me di la vuelta y encontré frente a mí una figura extraña y no desconocida. Tan cerca y no me había percatado de su presencia. Vestía una túnica gris anudada con una cuerda hasta que en sus vueltas hilos de oro relucían, sobre su cabeza un sombrero cónico de ala ancha y apoyado en un bastón que superaba su altura, que no era poca.

—¿Romualdo?

—El mismo.

—¿Cuánto has visto?

—He visto clemencia.

—No sé si he hecho bien.

—Amigo mío, has evitado que destrozaran una vida y al mismo tiempo condenar a otra o arrebatarla. No sé si has hecho bien pues no depende de ti, si no de quién tendría que aprovechar la ocasión de una segunda oportunidad que casi nunca se da —respondió Romualdo, El Mago.

Con una mano me invitó a salir del oscuro callejón y se puso a mi lado a andar, siempre con esa sonrisa suya y sus ojos brillando de sabiduría. Él mismo empezó una conversación no sin antes indicarme que descubriera mi cara.

—Antes de más preguntas, acabo de salir del teatro principal. Estrenábamos una obra magnífica que tenéis que venir a verla Raquel y tú. Ha sido todo un éxito.

—Y la niña…

—No me interrumpas pues sabes que poco me gusta y no pongas excusas. No son pases tardíos y podríais llevarla con vosotros, no se prohíben a los niños. Prosigo, nada más salir te percibí no muy lejos. Desde que te viniste de Selva a Vera sé que cada noche vigilas

la ciudad; no puedes evitarlo y gracias a ti pocos actos delictivos se cometen pero no siempre estarás en todos los lugares.

—Estoy aquí y ahora. No puedo consentir las injusticias y si está de mi mano las evitaré.

—Siempre Silvan, ciertamente es tu naturaleza. Esta paz no durará mucho tiempo pues siempre habrá algo que la quebrará, pero esperemos que tarde lo máximo posible.

Conversando con Romualdo posé mi mano en un árbol para bordearlo y una corriente eléctrica, apenas perceptible, recorrió todo mi cuerpo. Todos mis sentidos se trastocaron y como antes me pasó, sentí hundirme en la tierra y transportarme lejos, muy al norte. Sentí la humedad salada del mar y traspasar roca y tierra largo trecho, hasta llegar a una oquedad inmensa tal que no veía el fin de su altura ni de su anchura. Allí, en medio de ese lugar casi escondido en la grandiosidad de esa cueva, una torre que no me dejaba entrar dentro de ella. Oía el ruido de la fricción de enormes cadenas y desde las juntas de sus sillares, una neblina negra se esparcía invasora por el suelo. Entonces sentí que allí encerrado en aquellas paredes de piedra algo que me causó alarma y por alguna razón me lo mostró la Madre Tierra. La visita del cuervo fue una mala señal y ahora ya estaba confirmada. Desperté del trance inducido y volví a estar delante de Romualdo mirándome curioso.

—¿Qué has visto Silvan?

—Algo que casi siempre me acude en sueños pero hoy el contacto con la Madre Tierra me lo ha mostrado claro: una torre dentro de una cueva enorme, el ruido de cadenas rozando unas con otras y una neblina negra que supuraba de los huecos de la torre; me causa bastante inquietud y no puedo. No podemos dejarlo pasar.

Romualdo estaba con la mano apoyada en su barbilla masajeando su corta barba blanca que contrastaba con su piel de ébano. Ahora su rostro reflejaba una preocupación manifiesta. Con una pequeña pausa contemplativa en lo relatado, me dirigió la palabra.

—Sin duda mi amigo, es una señal y no tiene ningún atisbo de ser buena.

—¿Qué debo hacer?

Miré al mismo tiempo que formulaba la pregunta hacia el norte, allí donde me había mostrado que se hallaba dicha torre. Ese lugar revelado era sitio extraño y de seguro que nada bueno guardaba. Romualdo me siguió con la mirada que estaba serio, algo impropio de él; pensé que solo cinco años de tregua era poco espacio de tiempo y que esta señal era el fin de la paz tenida. Volvió la mirada

hacia mí dibujando ahora su característica sonrisa que se camuflaba entre su vello blanco.

—Sigamos andando y hablando, todo al tiempo pues ahora sé que una amenaza empieza a tomar forma a través de tus sentidos que tienes en simbiosis con la Madre Tierra.

Abocamos la calle principal sin que nadie la transitara en esta avanzada madrugada. Una pareja de guardias salió de una calle lateral y al estar a nuestra altura, nos saludó cortésmente. Si bien yo era en esta ciudad un personaje anónimo, Romualdo con el teatro se hizo un actor célebre conocido en las cinco ciudades del este y sus feudos. Tenía el convencimiento de que disfrutaba de su popularidad. Volví a proseguir la conversación.

—Antes solo eran sueños frecuentes, ahora la Madre Tierra ha dado señal de advertencia.

—Lo mismo que creo yo. ¡Bien! Esta noche saliste de guardia para proteger a esta ciudad y creo que tu guardia se alargará sobre todos los lugares de este planeta. Dime Silvan, esta torre… ¿está lejos?

—Mucho, y muy escondida, mucha piedra y profundidad la ocultaba —le respondí.

—Creo que tenemos tiempo; tenemos que poner en conocimiento a los nuestros de esta noticia, creo que lo mejor es que partas hacia ese lugar y tú solo.

—¿Solo?

—Si has visto en tus sueños compañía, dímelo porque no me lo has hecho saber.

—Estaba solo.

—Bien, pues así sea si también tú coincides que es lo conveniente. Pero creo que antes tienes despedidas y quizás tengas que formular preguntas precisas a otros que tienen más sabiduría que la mía. Yo tengo una misión muy importante en esta ciudad.

—Tendré que ir. ¿Cuál es la misión a la que te refieres?

—Proteger a tu mujer y tu hija en tu ausencia.

—Gracias Romualdo.

—No me las merezco aún. ¿Qué sabes de nuestros antiguos compañeros? —pregunto Romualdo.

—Sara y Héctor están en Selva. Añoro ese feudo tan bello y por eso vivo bastante tiempo allí. Algunas temporadas, como la de ahora, vuelvo con nostalgia a la casa donde me crie aquí en Vera; en ocasiones viajo a otras ciudades y a otros feudos a ver a nuestros amigos. También confieso que paso varios días en Tierra de Nadie. Noelia está aquí. Es una buena alcaldesa de la ciudad y la veo a

menudo. Aunque no sé dónde está Prometeo…

—Volvió una temporada a su antigua morada en una biblioteca escondida que está al sur, entre Vera y Erdia. Está obsesionado con los ancianos que no volvieron a dar señales desde que matamos a aquél que no tenía nombre —explicó Romualdo.

—Lo necesitamos, al menos que esté en la ciudad.

—Mandaré a alguien a buscarlo. Aquí tiene a su mujer y a su hija que por cierto, creo que se parece más a su padre de lo que él cree. Me acercaré a Ulsan a ver algunos contactos míos. Por ahora solo es una visión que puede que sea más que eso. Hay que estar atentos.

—Estoy tranquilo sabiendo que tú te ocupas de ellas. Iré a ver a Gabriel y Marion que están en Mont-Elo, es un viaje largo al este.

—No vayas. Les mandaré un mensaje para notificarles lo que está ocurriendo y que se mantengan alerta. Quizás quieran viajar a Vera para ver a Raquel y su nieta Arcadia.

—Pudiera ser. Albert está perdido en Tierra de Nadie —dije contestándole.

—Albert tiene recursos, además es un antiguo también. Puede que te lo encuentres en tu camino pero dudo que esté muy lejos de aquí y de seguro que tiene puesto un ojo en estas ciudades. ¿Y Derán, la dama blanca?

—Nada sé de ella, quizás sepa algo Sara. Desapareció en cuanto murió nuestro último enemigo, tampoco estará lejos de su hermana. A Selva si pasaré pues también puede que Sara tenga información. A Antón hace mucho que no lo veo.

—Estará tejiendo tramas de sus secretos por si nos hiciera falta y creo que su prudencia va bien encaminada. Aparecerá cuando lo necesitemos.

—Queda Karmen, tu mejor amigo. Al mismo tiempo que Derán se fue y no he vuelto a saber más de él.

—Estará cuando tenga que estar, como siempre.

—¿Qué es lo primero que tengo que hacer, Romualdo? —le pregunté.

—Ir a tu casa a despedirte de tus mujeres, después ir a ver a Noelia. Selva está en tu camino, allí están Héctor y Sara, sobre todo Sara. Otra vez has de caminar tu senda Silvan, solo, o quizás en tu camino encuentres compañía; tú has de decidir tus pasos. Adiós Silvan, espero pronto tu regreso.

—Adiós Romualdo.

Y en ese momento se puso a llover como si la lluvia fuera el fin de la compañía que ahora desapareció poco a poco entre la cortina

líquida.

2. DESPEDIDAS

Después de dejar la compañía de Romualdo, el resto de la noche pasó tranquila y en este momento la lluvia cesó súbitamente. Las nubes se desgajaban hasta que su unión se convirtió en cúmulos solitarios y el amanecer desperezaba con tenues rayos de luz naranja tiñendo los edificios colindantes. La ciudad despertaba lentamente y las calles con la venida del nuevo día empezaban a estar transitadas. Seguí andando ya acompañado cada vez por más gente en la avenida principal de Vera, era uno más entre los que caminaban.

Estaba ya cerca de la casa donde me crie hace ya veintinueve años. Seguramente aún dormirían Raquel y mi hija Arcadia. Raquel estaba acostumbrada a mis noches de ausencia, incluso a varios días en excursiones fuera de las poblaciones donde habitábamos. Cuando solo eran escapadas nocturnas, procuraba estar en la cama antes de que ella despertara mas por el placer de ver sus ojos abrirse perezosos mientras mi cuerpo la cubría abrazándola.

El olor a pan recién hecho me recordó a la noche pasada; creí conveniente entrar y tener la certeza de que mi advertencia había apartado las oscuras intenciones del panadero. Ahora que tenía que partir, no debía dejar asuntos pendientes. Mi conciencia, a pesar de tener las manos manchadas de sangre, tenía que estar tranquila. Entré en la panadería aunque pudiera perder el anonimato si apreciara algún atisbo de que pudiera reconocerme. Al abrir la puerta, el sonido de una campanilla hizo girar la cabeza de las dos mujeres que se encontraban enfrente del mostrador aun con caras de que el sueño no se había ido del todo de sus rostros. Asentí con un leve movimiento de mi cabeza en signo de saludo y ellas, amablemente, me lo devolvieron sin dejar de sorprenderse de mi envergadura. Enfrente estaba el panadero con ojos de haber pasado mala noche, sin duda alguna siendo yo el culpable. Sonreía afable despachando lo que le demandaban; esperé a estar los dos solos y fui decidido al mostrador. Le miré profundamente a los ojos esperando vislumbrar cuál era la naturaleza real de aquella persona que, en el día irradiaba bondad y en la noche pasada tenía intenciones de violar y quizás matar a una joven inocente. Fue dar el primer paso cuando al mismo tiempo, sonó la campanilla de la entrada. Entonces como una invocación, apareció Nicole, aquella muchacha que perseguía el panadero escondiéndose entre las sombras que propiciaba la noche. La miré con la luz del día pues

apenas la recordaba; me fijé más en el cazador que en la presa. Apenas era una mujer que tenía la dulzura de la belleza adolescente y en su cara, la inocencia que aún no había sido afeada por la maldad. La conocía desde niña igual que ella a mí. Necesitaba ahora ver las reacciones del panadero y la resolución de una acción dependiendo de lo que viera antes de abandonar la ciudad de Vera.

—Buenos días Nicole —Le saludé cortés.

—Buenos días señor Silvan ¿Cómo están su hija y su mujer?

—De seguro bien y aún durmiendo ya que no son de mucho madrugar.

—Ni yo tampoco pero tengo que atender mi casa al igual que la casa de mi abuela y de poco tiempo dispongo.

—Por esa razón, que no es poco motivo, pasa mujer que hoy no tengo muchas prisas.

—Que gentil es usted, muchas gracias.

Con una sonrisa zanjé la conversación aunque el acento de su voz me turbó por el tono de coqueteo que llevaban aderezadas sus dulces palabras. Era joven y muy atractiva. Ella lo sabía y estaba en el despertar de su sensualidad, normal en su edad pero también se le denotaba que estaba en la frontera de la inocencia. Así, Nicole se acercó al mostrador y con una sonrisa esperó a que la despacharan.

—Buenos días señorita Nicole ¿Qué desea usted?

—Buenos días sean para usted también; un pan grande para casa y un pan pequeño para la casa de mi abuela.

Nicole abrió una cesta de esparto trenzado y el panadero con la misma amabilidad que atendía a toda la gente, depositó los dos panes en su cesta. Nicole le dio las gracias y yo quedé tranquilo ante la normalidad de la escena. Ella antes de abandonar la panadería, se despidió de mí.

—Adiós señor Silvan, salude a Raquel y Arcadia. Dígales que algún día me acercaré a visitarlas.

—Adiós Nicole, siempre serás bienvenida.

Y con el movimiento natural de la elegancia en el andar y el tintinear de la campanilla, desapareció Nicole de la panadería. Entonces me giré hacia el panadero para comprarle algo de pan y ya dirigirme hacia mi casa, cuando mi percepción que estaba tremendamente desarrollada, vio que el amable panadero ya no estaba allí. Era su cara ahora un semblante oscuro con la mirada perdida en la ida de la chica, hinchado de deseo y de sangre; no cabía duda de que esta noche cuando saliera de casa de su abuela volvería a por ella, y cuando fuera de amanecida un cadáver roto adornaría los adoquines de cualquier callejón que estuviera en el

trayecto de la chica. No dudaría en mancillar su corta vida. La cara del panadero volvió a su faz de buen hombre escondiendo su maldad y sin saber que yo había advertido claramente sus intenciones.

Di dos pasos rápidos hacia la puerta con una celeridad poco humana dándole la vuelta al cartel cual ahora se veía en la calle "cerrado". Puse los pestillos de la puerta y bajé las persianas ante el atónito panadero sorprendido de mis acciones, pero sin saber mis intenciones.

—¿Qué hace señor Silvan? La tienda está abierta.

—Ya no, tenemos que hablar a solas usted y yo ¿Aún te duele la cabeza del golpe de esta madrugada pasada?

Instintivamente se puso la mano en la nuca y se la frotó levemente. Intentó procesar la situación y mis palabras, hasta que como una explosión de veracidad, llegó a la lógica conclusión de que yo había sido su agresor.

—¿Usted?

—Sí, yo. Velo cada noche que puedo allá donde estoy y ante tu duda, no soy normal, no tal como son los demás. Impido que se cometan si está en mi mano, las atrocidades que tú pretendías hacer ayer noche y que esta noche volverás a intentar, lo sé cierto.

—Yo…

Su cara se puso blanca como la luna entera; se puso las dos manos en las sienes y empezó a cabecear como un demente. Yo no pretendía ser juez pero no podía tampoco consentir que ese hombre cometiera el crimen que pretendía perpetrar. Una de sus manos se fue hacia el mango del cuchillo que tenía más cerca, seguramente para atentar contra mí. Yo era el único obstáculo en sus planes y quería eliminarlo, pero no sabía quién era yo ni de lo que era capaz de hacer. Así que, di un paso hacia él sin usar en exceso mi potencial; no me hacían falta armas para poner fin a su locura cuando de repente, algo hizo que parara en seco al ver que un finísimo tallo tan verde como la esmeralda, se ensortijaba en el brazo del panadero subiendo en espirales hasta llegar a su cuello. Tardó apenas segundos en su acelerado crecimiento hasta que finalizó su recorrido cuando una flor violeta se abrió: diminuta y extraordinariamente bella. Justo debajo de la hermosa florecilla, dos espinas crecieron como finas agujas que se curvaron hacia el cuello del inadvertido panadero; una se introdujo en su yugular. No se dio apenas cuenta y tan rápido como creció aquel brote vegetal, se marchitó para quedarse en gris ceniza y deshacerse en polvo. Él se puso una mano en el cuello tras el pequeño pinchazo, puso la

mano enfrente de sus ojos para ver una diminuta mancha de sangre en su palma. Abrió sus ojos desmesuradamente y me miró con signos de extrañeza, la misma que también reflejaría mi cara; justo en ese momento se desplomó. Yo tardé en reaccionar ante lo que aconteció, pero tenía que actuar. Salté por encima del mostrador y comprobé que el cuerpo del panadero yacía sin vida.

Salí por la puerta trasera sin que nadie se cruzara en mi camino hasta que llegué a la calle principal. Quedé turbado por lo que había ocurrido y teniendo la conexión que tenía con la Madre Tierra, aún sin saber si era mía la sentencia o la dictó ella. A pesar de que fuera justo no estaba satisfecho, es más, me repugnaba cada vida que se perdía pero hoy aquella muchacha tendría la vida más larga y el derecho de entregarse a quién ella quisiera, sin que le arrebataran algo tan preciado por la fuerza, y más aún su vida ¿Era justo? No creo, y aunque mis manos no estuvieran manchadas de sangre, sentía que aquel asesinato era mío o incitado por mí, aun así, lo lamentaba.

Alcé la mirada y ya estaba en casa. Oía el trapicheo del despertar de mis mujeres y con doble tristeza, entré en mi casa por la vida arrebatada y por la despedida que tenía que anunciar. Con el cuidado de un ladrón, entré furtivo en mi propia casa. La presión de mis pies en la tarima hacía que la madera se quejara y el sonido me delatara. Raquel pronunció mi nombre.

—¿Silvan?

—Soy yo

Irrumpiendo por la puerta lateral salió ella con un liviano camisón blanco y el pelo salvajemente enmarañado. Esa imagen era sublime, limpia y natural, mas en esos preciosos momentos mis pesares se evaporaron pero con rastro. Raquel se abrazó a mí y su dulce voz amainó la amargura del pasado reciente.

—Buenos días, guardián de la ciudad de Vera.

—Buenos días mi amor

—Noto tu voz más seria de lo normal ¿Ha ocurrido algo que me debas contar?

—He estado esta noche con Romualdo; he de partir Raquel

—Un resumen extremadamente corto ¿Otra excursión a Tierra de Nadie? Ya hacía bastante que no te aventurabas a salir.

—Sí, pero es diferente. Tanto Romualdo como yo coincidimos de que lejos de estas ciudades algo está ocurriendo. No podemos concretar qué es exactamente.

—¿No puedo ir contigo? No quiero estar mucho tiempo sin ti.

—Es peligroso o al menos así lo presiento. Además, está nuestra

hija.

— ¡Qué desfachatez olvidarme de ella! He de cuidarla…

—Y ella a ti.

—¿Quién ha de acompañarte, Silvan?

—Nadie, he de partir solo. Tengo que ir a ver a Noelia y ya que me dirijo al norte, Selva me va de camino, así que, visitare a Héctor y a Sara.

—¿Solo?... Pronto tendrás compañía. Con tu magnetismo siempre te proveerás de aliados. Estás conectado con la Madre Tierra, razón por la cual tú nunca estarás solo. Al menos tengo la tranquilidad de que ella hará todo lo posible por protegerte.

Le dediqué una sonrisa por su comprensión de mi partida y todas sus palabras cargadas de verdad me hicieron menos amarga la partida. Me acerqué a ella y la abracé con ternura sintiendo el calor de su cuerpo con el mío. Hundí mi cara en su cabello e inspiré profundo reteniendo su fragancia. Me aparté hacia atrás para poder besarla lentamente y que la humedad de sus labios impregnaran los míos, todo para que su recuerdo me visitara en sueños en las noches solitarias. Tenía que partir ya y, dilatar el tiempo de la despedida no sería nada acertado.

— Volveré, no sé en cuánto tiempo, pero volveré.

—¿No te despides de tu hija Arcadia?

—Si la viera ahora de seguro que no partiría.

Recogí todo lo silencioso que pude lo que fuera menester para el camino. Raquel me dedicó otra sonrisa cándida que embellecía más aún su rostro y con ese retrato vivo grabado en mi memoria, sin más dilación, di la vuelta y salí de la casa.

La mañana avanzaba y mis pasos también. Las calles estaban llenas de gente y más invisible me volvía yo caminando hacia el ayuntamiento donde hacía mucho tiempo que no entraba. Seguramente conociéndola, la alcaldesa de Vera estaría enfadada conmigo por mi descortesía del tiempo que hacía que no la visitaba. Subí las escaleras que llegaban hasta la misma entrada y al bedel de la garita le di mi nombre. Se quedó unos segundos haciendo memoria hasta que una chispa se le encendió en su mente y partió raudo escaleras arriba dejándome allí plantado, hasta sospeché que pudiera ser un espía de Antón el rojo, uno de su red de informadores y aliados, uno de sus muchos secretos. Dudaba mucho que no estuviera enterado de todo lo que ocurría en las cinco ciudades del este aun en estos tiempos de paz y renacimiento de la cultura.

La espera fue corta. Mejor así pues no sería mi última visita y el

tiempo siempre transcurría en contra. El funcionario se acercó hasta plantarse con seriedad frente a mí dándose aires de rigor; dejó unos segundos de pausa antes de dirigirme la palabra:

—La alcaldesa le espera en su despacho. Si tiene el gusto de seguirme…

—No hace falta que me acompañe, sé el camino de sobra. Muchas gracias.

Aquel hombre hizo muecas de desagrado al rechazar que me acompañara. Como todo lo anteriormente recorrido, quería ir solo pues así tenía que ser, tal como me dijo Romualdo.

Ataqué el trayecto que me restaba con paso vigoroso dejando por el camino miradas interrogativas de aquellos a los que pasaban por mi lado, hasta que llegué al despacho de la alcaldesa. Con sus puertas cerradas y hojas de madera maciza, empujé pausadamente una de ellas hacia adentro sin tan siquiera llamar. Tenía la vista en la madera cuando oí un silbar metálico que rasgaba el aire. Seguidamente un abrecartas afilado estaba vibrando incrustado en la puerta a pocos centímetros de mi rostro. Me giré sorprendido hacia el origen del lanzamiento y allí, con las manos en jarras, estaba la atractiva alcaldesa de Vera con cara de evidente enfado. Solo pude articular su nombre.

—¿Noelia?

—Al menos te acuerdas de mi nombre después de un año sin visitarme. ¿Te parece bien no visitar a quien hace no mucho se jugaba la vida junto a ti? ¿Cuánto tiempo llevas sin ver a tu sobrina? Y no te preocupes por el abrecartas que no tiré a dar, aunque te lo merezcas. Espero que tu excusa sea convincente.

—No tengo ninguna excusa. Razón llevas Noelia, demasiado tiempo entre Selva y Vera; mi mujer secuestrada por la niña. Raquel insistía en verte y yo con mis salidas postergando las visitas para veros.

—Encima de mal amigo, mal hombre. Tienes una mujer que no te la mereces.

—En eso te doy la razón.

—En eso y en todo. Bien ¿A qué se debe tu visita Silvan? Por cierto, sigo enfadada.

—Creo que en eso me he dado cuenta. Esta visita no es de cortesía Noelia. Después de estos pocos años de paz, percibo que hay algo que puede perturbarla.

—Raro es que lo bueno dure mucho, siempre la dicha es breve ¿Qué es ahora?

—No lo sé aún; hace mucho tiempo que no dejo de soñar con

una torre dentro de una enorme caverna, hasta la he visto con mi conexión con la Madre Tierra. Es como si ella me avisara de un peligro futuro. Hablé anoche mismo con Romualdo y me dijo que viajara a descubrir esta incertidumbre que nos acecha; también hablaré con Sara para ver si tiene algún conocimiento antiguo…

Noelia me interrumpió perturbada.

—¿Está cerca de las cinco ciudades?

—Creo que no, está bastante al norte, terreno desconocido para mí y para la mayoría de nosotros.

—Te acompañaré. Esto de estar sentada en este despacho dirigiendo la ciudad me está dejando el culo muy gordo y necesito algo de acción.

—He de ir solo pues así me lo indicó El Mago. Además, no puedes dejar en mano de nadie esta ciudad ya que son las tuyas las que están gestionando perfectamente a esta urbe, y al igual que le dije a Raquel que quería acompañarme: ¿Y tu hija?...

—¡Mierda! estoy encadenada aquí.

—¡Estate alerta! Este es el motivo de mi visita por lo que pudiera acontecer y que no nos pille desprevenidos.

—Doblaré la guarnición de Vera y les entregaré armas de fuego. Haré que estén atentos ante cualquier suceso extraño.

—Romualdo avisará a Gabriel y Marion para que vengan de Mont-Elo a Vera.

—Tengo ganas de verlos.

—Igual Noelia, todo lo que te estoy relatando sea un poco exagerado, pero tomar precauciones nunca está de más.

—Si antes te seguí ciegamente, ¿Por qué ahora no te he de hacer caso?

—Tenéis demasiadas expectativas sobre mí; yo nunca quise ser un líder.

—Y, aun así, todos confiamos en ti. Puede ser que esté enfadada contigo por tu descuidada cortesía, pero mi fe en ti en los momentos difíciles no tiene ninguna sombra de duda.

—Te lo agradezco Noelia.

—No sé por qué, pero aún tienes una última pregunta.

—Sí. ¿Prometeo?

—El señor de las palabras, mi querido marido. Él es poco dado a la inactividad y pasa largas temporadas en su antiguo hogar, en su biblioteca mas no se lo reprocho. Si vuelve es por el amor que nos procesa tanto a mí como a mi hija, de eso no me cabe duda alguna. Desde que se encontró con esos ancianos es su obsesión intentar encontrar algo en los libros sobre ellos. Por cierto, no sé su

ubicación y mira que se la intenté sonsacar.

—Sé quién sabe dónde está esa biblioteca, fue quien le encomendó esa misión. Ya Romualdo se habrá puesto en contacto con Antón el Rojo.

—Que lo encuentre quien sea tanto me da, pero que vuelva. Su sitio está aquí y más si tú tienes sospecha que se acerca alguna amenaza a nuestras ciudades.

—Así se hará Noelia. Adiós amiga y deséame suerte.

—¡Oh Silvan! Siempre tan triste y distante. Ven aquí y despídete con un abrazo y besos.

Hice caso de Noelia. Su enfado estaba justificado pues añoraba la cercanía de la amistad; todo se disipó con un abrazo y dos besos enteros. Así sentí en esos gentiles gestos la fortaleza de esa mujer.

Me costó más de lo que creía irme lejos de aquel despacho. Bajé las escaleras del ayuntamiento más despacio que cuando las subí: ¡Qué suerte tenía de contar con tan extraordinarias aptitudes de las personas que me acompañaron!

La entrevista con Noelia fue larga por lo que debería partir rápido hacia el norte antes de dirigirme a Tierra de Nadie. Además, de camino me tendría que pasar por Selva para informar en persona a Héctor y Sara para poder formularle a ella algunas dudas que tenía. Ojalá Sara tuviera las respuestas.

Era ya mediodía y la primavera ofrecía más horas de sol que el invierno. Las temperaturas benignas llenaban las calles de Vera de personas que querían aprovechar el buen tiempo para pasear.

Me volví a confundir entre la marea de gente que las recorría hasta que llegué a la puerta norte de la ciudad. Estaban abiertas de par en par como si ya hubieran sido avisados los guardias de la ciudad: Noelia era así de eficaz. Los guardias me reconocieron pues seguramente ella envió algún mensaje describiéndome; reconocerme era fácil con el poco equipaje que cogí de la casa pero armado hasta los dientes, con mis dos espadas de la luna en mi espalda (heredadas de mi madre) aparte de una bandolera en la cintura y en cada cadera pistolas de gran calibre y, un cuchillo de grandes dimensiones que estaba en mi bota derecha. Al pasar la puerta con un asentimiento mutuo de saludo entre los guardias y yo, me despedí de la ciudad de Vera.

Ya fuera de la ciudad de Vera dirigiéndome hacia Selva, al poco de partir, extrañamente me encontré a Romualdo ¿Acaso me había seguido?

—¿Pero no dijiste que fuera solo? —le dije yo sorprendido por su presencia.

—Así es, sólo vine a despedirme.

—Pues adiós Romualdo – aún estaba más raro que allí estuviera.

—Adiós Silvan, que contigo vaya la suerte.

—Me da que tienes algunas sorpresas escondidas en mi camino. Por cierto y antes de que se me olvide, contacta con Antón y que traiga aquí a Prometeo pues creo que tenemos que reforzar las ciudades porque, aunque la amenaza no sea inminente es mejor contar con todos los efectivos que podamos dentro de los muros de ellas.

—Ya está avisado. Cuando anoche acabamos de hablar le mandé un mensaje que no tardará mucho en llegarle. Sé dónde está más o menos, y si no, ya tengo quien lo rastree y lo encuentre.

—Lo dicho, intentaré tardar lo menos posible.

—El camino es muy largo y más cuando no llevas montura.

—Sólo iré andando a Selva. Me llevará unas pocas horas y allí ya me proveeré de provisiones para el viaje.

—Así como sea tu gusto Silvan, suerte y cuidado. Piensa que a veces las apariencias no son sinceras; no te fíes de quien te encuentres. No sé por qué, pero sé que tienes que ir solo.

—Que así sea.

Con esta corta frase terminé mis palabras con Romualdo y así, salí de una de las más grandes ciudades de la humanidad con poco equipaje y muchas dudas: un viaje corto a Selva y otro largo al norte.

Seguí el camino despejado. El paso era vivo aunque podría haber ido más deprisa, pero tenía tiempo de llegar a la cena. Esperaba que hubieran sido avisados allí en Selva, y si no sería una sorpresa.

Fue pasando el tiempo y la senda se hacía un poco más pequeña pues parecía que los árboles querían estrecharla acercándose a sus lindes, hasta que ya supe que estaba cerca de Selva porqué empezaba todo a impregnarse de belleza.

3. LA BIBLIOTECA

Muy al norte de las cinco ciudades del este, en mitad de Tierra de Nadie, allí donde ni siquiera había ningún rastro de humanidad y donde la naturaleza reinaba en toda la vista ofrecida, en un día calmado y despejado estaba sentado en una gruesa rama a gran altura simplemente observando, un hombre con la cabeza cubierta por un sombrero de copa alta y con un abrigo de cuero grueso, pudiera ser que estuviera esperando algo pues apenas se movía. Algo cercano puso sombras ante sus ojos, era un gran búho blanco que se posó en la misma rama pero que el hombre ni siquiera se inmutó.

El búho lo miraba ladeando su cabeza escrutando quizás la inmovilidad de aquel hombre; ululó brevemente y aquella figura humana extendió su mano izquierda hasta la cercanía de aquella ave abriendo su palma y dejándola descansar en la rama. El animal se inclinó, abrió su pico y regurgitó una cápsula que cayó mansa en la mano de aquel hombre. Al sentir el contacto frío de aquella pieza de metal, cerró la mano que dejó después en el regazo de sus piernas. El búho desplegó sus alas de más de dos metros de envergadura alzando el vuelo. Aún pasaron unos minutos más hasta que aquel hombre se moviera; abrió la cápsula con parsimonia como si el tiempo para él transcurriera con el desprecio a cualquier prisa. Movió su rostro hacia delante calándose un poco más el sombrero ya que caprichosamente los rayos del sol esquivaban el ramaje para incidir en sus ojos.

De la cápsula extrajo un pequeño rollo de papel, lo desenrolló y leyó aquello que estaba escrito en él. Emitió un gruñido extraño, arrugó el papel con su mano derecha y lo lanzó al suelo del bosque; miró hacia todos los lados que podía rotar su cabeza intentando detectar cualquier cosa rara, pero no la había. La rama que soportaba su peso estaba a más de diez metros de altura.

Después de la gran guerra nuclear hace más de dos milenios, la radiación hizo mucho daño tanto a la flora como a la fauna de toda la tierra llegando a modificarla; en esa zona hizo que los árboles crecieran gigantescos. De los más antiguos, su tronco era tan ancho que los más estrechos no lo podían abarcar tres hombres y en el que se encontraba aquel hombre, no era de los más pequeños.

Sin más ceremonia que dándose un empujón con el impulso de su trasero, se dejó caer de la rama hacia el suelo. El sombrero de copa no quiso acompañarlo en su caída desprendiéndose de su

cabeza y descubriendo un pelo rojo tan intenso como las llamas del fuego, muy corto por los lados y largo sobre su cabeza con irregulares rizos. Tenía barba corta del mismo tono, algo más crecida en la barbilla terminando en punta. Cayó flexionando las rodillas sobre una mullida capa de hojarasca y musgo; se levantó sin que la gran altura de la caída le hubiera supuesto ninguna dificultad; cualquier humano se hubiera roto ambas piernas pero él simplemente no lo era. Alzó una mano sin mirar hacia dónde la dirigía y atrapó el sombrero que tardó más tiempo en aterrizar, le dio una vuelta de malabar y se lo volvió a calzar en su cabeza. Se puso dos dedos en la boca y emitió un silbido potente que hizo callar los demás sonidos del bosque, apareciendo a los pocos minutos y trotando un caballo negro como la noche, con una crin brillante y con la montura puesta. De un salto sin que el alazán parara, montó y empezó a orientarse moviendo las riendas hacia el sureste. Dijo para nadie una frase que rompió el sello de la mudez de sus labios:

—¡Es hora de despertar!

Azuzó con sus talones los costados del caballo y empezó a cabalgar en aquel lugar donde no existían los caminos, solo el bosque de enormes columnas arbóreas y helechos gigantes. No requería alguna prisa el contenido de aquel mensaje que recibió, era muy simple pero él sabía que había mucho más. Era tiempo de volver a la civilización donde no tardaría mucho tiempo en saber más de lo que sospechaba.

A pesar de ser tierra muy peligrosa por la que transitaba y tan salvaje como fue al principio de los tiempos, no fue molestado por ningún habitante del bosque. Serían algunos peligrosamente salvajes, pero no tan estúpidos para enfrentarse a un ser como aquel que cabalgaba a lomos del caballo negro, pues sería una derrota segura. Aun así, cuando la noche cayó como una cortina de oscuridad tampoco buscó refugio y prosiguió su camino; aunque no tenía una prisa acuciante no quería perder tiempo en pausas pues tampoco las necesitaba.

En ningún momento del trayecto dejó de mirar al frente. Paraba solo para que el caballo pastara o bebiera agua siempre que pasaban por alguna corriente acuosa. Llegó la mañana y cuando el sol terminó de elevarse lo suficiente para que la luz fuera clara, empezó a oler en varias direcciones, frunció el ceño y gruñó por segunda vez; terminó el bosque y el claro apareció detrás de los últimos árboles. Desmontó y le dio un golpe a la grupa del caballo no sin antes coger una mochila del costado del animal y volver a

calarse el sombrero. Se quedó parado en el límite del bosque esperando. No estaba solo.

Se mostraba tan impasible que aquellos que se movían furtivamente por sus costados dudaron: "demasiada seguridad para un caminante humano". Era bastante corpulento pero ellos eran más y tampoco eran humanos. Por su izquierda salió un gigante de más de dos metros y por su derecha, otro bastante más bajo de estatura que no tenía cuello pero sí unas espaldas anchísimas. Fueron rápidos pero él lo fue mucho más. Sin que apenas pudieran verlo, dos pistolas aparecieron de la nada en sus manos y dos estruendos inundaron el eco de la arboleda pasada. El aire se impregnó del olor a pólvora, los helechos del suelo se tiñeron de sangre y aquellos que lo atacaron se doblaron de dolor con sus rodillas destrozadas por los disparos, gimiendo y retorciéndose. Por su espalda percibió que el aire se comprimía sintiendo que algo voluminoso se abalanzaba hacia él. Dio un rápido paso lateral consiguiendo esquivar la mortal trayectoria de un hacha impulsada con tanta fuerza que lo hubiera partido en dos. Ese mismo impulso hizo que se clavara fuertemente en la tierra y que el que la portaba perdiera el equilibrio, lo que aprovechó para propinarle un golpe en la nuca con las culatas de ambas pistolas en la base del cráneo matándolo al instante. Levantó la vista mirando en varias direcciones cerciorándose de que no había más amenaza en los alrededores. Se dirigió hacia uno de aquellos que había neutralizado disparándole en la rodilla, se paseó por delante de él a menos de un metro, se quitó el sombrero y con un acento gutural lleno de dolor, habló aquél que estaba en el suelo:

—¿Nos vas a matar?

—¿No querías matarme a mí? Esto es Tierra de Nadie, aquí impera la ley del más fuerte y vosotros no lo sois más que yo.

—Hazlo rápido.

—No, no lo he hecho porque sois mutantes que estáis uniformados y estáis lejos de las cinco ciudades; la hermandad hace casi cinco años que desapareció así que, empieza a explicarme vuestra presencia y quizás os deje con vida.

—¿Qué quieres que te diga?

—Empecemos a despejar algunas dudas pues sospecho que tienes algo que contar. ¿De dónde procedéis?

Aquella mirada que sentía fija en sus ojos rompió los secretos pasados y empezó a hablar con la dificultad del dolor padecido.

—Servíamos a la hermandad en un laboratorio escondido del director de Vera. Allí tenía creaciones genéticas para su uso que

eran muy peligrosas. No hace mucho supimos que la hermandad desapareció y que el director murió. Llevábamos más de tres años sin ninguna noticia y nosotros éramos los guardianes de aquel lugar. Empezaron a irse parte de los guardianes de allí y nos enteramos que el encargado de aquel lugar, al saber de la noticia de la muerte del director se volvió loco y liberó a todas las criaturas. Salimos huyendo antes de que salieran al exterior aquellas aberraciones pero los guardianes que quedaron en los niveles inferiores no tuvieron la suerte de poder huir.

—¿Dónde está ese laboratorio?

—Al sur de Vera, bastante lejos de la ciudad y de los feudos. ¿Quién eres? Tú no puedes ser humano pues eres demasiado letal para serlo.

—Antón el Rojo, un durmiente que participó en la muerte del director. ¿Alguna cosa más que debiera saber?

—El encargado tenía unas prendas que le entregó el director y oímos un nombre cuando se las dio.

—Dime ese nombre.

—Silvan.

Antón el Rojo empezó a sonreír. El herido empezó a extrañarse de esa actitud y pronto con una frase despejó la duda de su cambio de humor.

—Si encuentran a Silvan esas bestias, estarán muertas.

—¿Cumplirás tu palabra y nos dejarás con vida?

—Recoge a tu compañero pues aún mantengo la palabra dada, pero, si nos volvemos a encontrar… supongo que no tengo que decírtelo. ¿Verdad?

—No.

Se levantó con muchísima dificultad y con muecas de dolor. Antón señaló un palo en el suelo que lo usó como muleta. Fue a buscar a su compañero que hacía tiempo que se arrastraba intentando huir de aquel diablo rojo. Así a trompicones, se fueron alejando como podían de aquel lugar cuando Antón murmuró algo.

—No durarán mucho en esta tierra cruel, no es tierra que sobrevivan mucho los heridos. Están sentenciados, pero, aun así mantengo el valor de mi palabra.

Avanzó por el claro. La vegetación contrastaba mucho con la del bosque pasado. Apenas levantaba unos centímetros del suelo un manto de hierba verdosa repleta de florecillas blancas y amarillas. A los pocos kilómetros de su andanza, una depresión de terreno le descubrió la vista de un edificio extraño que cuanto más se acercaba, más raro era; tenía una torre circular medio derruida y,

apegada a ella, una casa enteramente de madera con el único elemento que no pertenecía a esa casa: una chimenea de piedra de donde aún un hilo de humo fino salía de su boca.

Como si estuviera pegada a esa cabaña, otro edificio de piedra con columnas melladas por el paso del tiempo y en su centro, una puerta de buenas dimensiones de madera nueva bien untada de aceite. Antón se acercó a la puerta de la cabaña e hizo todo lo que se tiene que hacer cuando una puerta está cerrada: llamar. Así lo hizo y esperó algún tiempo; volvió a llamar, esperó otro poco paciente pero a la tercera vez, frunció el ceño en signo de contrariedad. Encogió los hombros y de su abrigo rebuscó en diferentes bolsillos hasta que extrajo una llave. Abrió la puerta de la cabaña de madera anexionada extrañamente a aquellas dos construcciones de estilos totalmente dispares. Entró y vio que lo que antes fuera fuego, ahora eran cenizas calientes. Había un camastro al fondo que tocó con su mano y notó que estaba frio. Olfateó girando lentamente su cabeza, olía a hombre y no hacía mucho tiempo que había abandonado aquel lugar. Salió de la cabaña y cerró con la misma llave que abrió. Se dirigió al edificio de las columnas, extrajo otra llave mucho más grande que la anterior pero se quedó parado antes de introducirla en la cerradura. Llamó, aunque no esperaba que nadie contestara mas nadie lo hizo. Así pues, abrió la puerta. Toda la estancia era un salón sin ningún mueble pero sí muchos relieves labrados en sus paredes, desgastados y erosionados por el paso del tiempo. Se quedó en mitad de esa sala vacía y respiró hondo cerrando los ojos. Aquel lugar rezumaba secretos y mucha antigüedad. Al fondo había una chimenea enorme que por su boca cabría un hombre de mediana estatura.

Antón empezó a tantear la decoración que había encima del hogar. Extrajo una piedra suelta, introdujo la mano en ella y empezó a trastear un mecanismo que se encontraba oculto hasta que se oyó un clic metálico. La pared que se encontraba justo al fondo de la chimenea se empezó a desplazar hasta que lentamente descubrió una entrada. Antón se agachó para pasar por ella y la oscuridad lo engulló. Fue palpando la pared hasta encontrar un interruptor el cual al activarlo, hizo que aquel lugar se iluminara débilmente y descubriera una estrecha escalera de caracol por la cual bajó Antón. Fue bastante el tiempo que pasó mientras daba vueltas circulares por la escalera, hasta que al fin terminó abocando un pasillo que terminaba en una puerta metálica de gran seguridad. No llamó, pues tampoco estaba cerrada con llave; abrió y se

encontró de frente con una estantería de madera vieja repleta de libros de diferentes tamaños. Antón sonrió y profirió unas palabras en voz baja:

—La biblioteca.

Olía a cuero viejo y a madera; olía a conocimiento y sobre todo reinaba un absoluto silencio. Empezó a andar por aquel pasillo estrecho en el cual solo había estanterías y libros. Al caminar no producía ningún sonido y a cada pocos metros, posados delante de los libros, había unos ramilletes de espliego seco que daban un toque perfumado a aquel lugar. El pasillo de las estanterías terminaba en una barandilla hecha de metal con orfebrería fina decorando los huecos entre los barrotes: era un corredor circular que rodeaba más pasillos llenos de libros, algunos de los cuales no se divisaba su fin. Se asomó al hueco del centro y vio que tampoco se vislumbraba el fondo. Aquella biblioteca era inmensa. Fue bajando y en cada piso había un hueco que solamente ocupaba una mesa sencilla con su simple silla a su lado y una lámpara apagada. Todo estaba suficientemente iluminado, lo justo para poder ver los títulos de los libros.

No había ningún fichero que controlara los libros que había en cada planta, pero sabía la distribución y qué clase de libros había en cada estantería. Al fin y al cabo, fue él quien creó esa biblioteca y no fue la única.

Achicó los ojos un poco cuando divisó una lámpara encendida solo tres niveles más abajo; fue pasando pasillos hasta que encontró la escalera. Descendió sin que ninguna pisada suya le delatara hasta que llegó a la planta donde la mesa estaba iluminada por su lámpara. Vio a un hombre que estaba absorto y muy concentrado leyendo, tanto que este no se dio cuenta de la presencia de Antón o lo disimulaba muy bien: más bien fuera lo segundo. Entonces, Antón sin más tiempo que perder en suposiciones, le nombró.

—Prometeo.

Aquel joven imberbe de cabellos rizados de color castaños claros, con una aparente juventud que, si se fijaba uno en sus pupilas claras descubría una presencia atemporal, levantó su cabeza sin sorpresa alguna como si esperara a quien vino sin haber sido invitado y que ahora estaba frente a él.

—Ese es mi nombre ¿Ya hace tiempo que no nos vemos?

—Para algunos quizás fuera mucho tiempo pero para nuestra medida, más bien lo cuantificaría como poco, señor de la palabra.

—Hace mucho tiempo que no hago uso de ella. ¿Cuál es el propósito de tu visita, Antón?

—¿Por qué tendría que haber un propósito? Quizás solo vengo a verte...

—Quizás, pero tengo la impresión de que no es así ¿Verdad?

—Pudiera ser, pero la cuestión amigo mío es… ¿Qué haces aquí? Tienes un hogar, este ya no es tu sitio y no es el lugar donde debes estar.

—¡Cierto es mas volveré! Pero allí me abruma el aburrimiento si bien añoro a mis amadas: Noelia y mi hija Ángela, pero tengo una obsesión Antón.

—Cuéntame.

—Desde que matamos a aquel que no tenía nombre, desde que vi y hablé con los ancianos en la Ciudad de Piedra, aquellos mucho más antiguos que nosotros, los libros no me dan pistas sobre ellos. ¿Cómo puede ser que hayan caminado camuflados en la humanidad sin que los hubiera detectado o se hubieran manifestado hasta ahora? ¿Quiénes son? ¿Quién soy?

—Tampoco hasta hace poco supe de ellos seguramente porque ellos se escondían tan bien que no quieren ser encontrados, y no creo que los libros no hablen de ellos. Quizás si te fijas en la mitología o en las leyendas los encuentres como hadas, duendes, dioses, profetas… ¿Prosigo?

—No, lo tenía delante de mis narices y no pude verlos, pero no todo lo que cuentan las leyendas ni las mitologías ni las religiones son verdad.

—Por supuesto que no, pero quizás entre tanta fábula haya algo de realidad y allí se encuentren ellos, entre letras que pudieran ser realidades más que fantasías.

—¿Quién soy yo, Antón? ¿De dónde vengo?

—Esas preguntas no las puedo contestar. Quizás tu memoria vuelva a mostrarte las respuestas. Yo sé que te encontré en el bosque, solo, sin recuerdos y desnudo en un día terriblemente frio de enero. Pensaba que eras humano pero pasaban los años y no envejecías. Eras como nosotros aunque nunca estuviste en los experimentos pues yo lo hubiera sabido. Y así, un ser extraordinario apareció de la nada en mi camino. Todo lo que intenté investigar sobre ti quedó en un absoluto misterio y quieras o no, es lo que eres.

—No siento calma en tus palabras —dijo casi dolido Prometeo.

—Ni pretendía que fueran un bálsamo para tus pesares, pero no hay nada que hacer hasta que un día todo se descubra; casi siempre ocurre —se sinceró Antón.

—Ese “casi” me duele, aun así no has respondido a mi primera

pregunta.

—¿Qué porque estoy yo aquí? —dijo Antón con tono burlón.

—Sí, tanto si vienes por ti como si tu visita es inducida por la voluntad de otros ¿Cuál es el propósito de tu visita? —Dijo serio Prometeo.

—Tienes que volver a casa, te lo digo directamente sin más comedia ni más detalles. Es imperioso que lo hagas —Dijo Antón.

—¿Por qué ahora?

—Silvan tiene el presentimiento de que pronto habrá un tiempo que haya peligro y tienes que proteger a los tuyos.

Prometeo se levantó de la silla. Era más pequeño que Antón pero su sombra se engrandecía por momentos. Su pasada tez de tedio pasó a ser de preocupación acuciante. Miró a los ojos de Antón que sostuvieron la mirada sin parpadear.

—Romualdo así me lo comunicó hace poco. Todos tenemos que estar en las ciudades. Al norte, muy al norte de aquí, Silvan ha sido enviado a investigar pero ese peligro presentido es latente. No sabe cuándo despertará y tenemos que estar prevenidos porque vendrá. La paz siempre fue etérea —confesó Antón.

—¿Silvan solo? No entiendo el por qué.

—Cosas de Romualdo; él sabrá la razón. ¿Partimos hacia lo que podríamos llamar tu hogar?

Prometeo apagó la lámpara de la mesa y pasó delante de Antón resuelto, le miró un segundo y le dijo con una seriedad que no era normal en él.

—Tardamos en partir.

4. FORJAS DEL MANANTIAL

Karmen caminaba dando círculos en el bosque a paso vivo con la cabeza gacha. Hacía más de cuatro años que mataron a aquel ser infame. Desde entonces, desapareció en Tierra de Nadie y volvió a ser el hombre solitario que fue en el pasado. Añoraba a sus compañeros aunque ahora él no les hacía falta. Pero no era ese el motivo de su sufrimiento pues la razón no era otra más que la semilla que plantó en su corazón una mujer: María.

La dejaron a salvo en Forjas del Manantial pero como en sus antiguas pesadillas, ahora cada vez que dormía su recuerdo dominaba sus sueños; veía su rostro enjuto en lágrimas, su entrega ofrecida sin reservas, enamorada de él y él de ella, algo que Karmen ocultó con una coraza de indiferencia. Esa belleza suya: sencilla, pura y, sobre todo, su fortaleza. ¿Pero quién era él para coger una bella flor que el tiempo la hiciera marchitarse y morir mientras él se mantenía siempre joven? No sabía qué decisión era más justa pues estaba sufriendo hacía años y estaba harto de padecer decisiones equivocadas; estaba hastiado simplemente de sufrir, mas nada lo reconfortaba.

Un árbol se interpuso en su camino cuando la furia surgió en su puño que se disparó como un resorte contenido e impactó en el tronco tan grueso como su propio cuerpo, con tal fuerza que lo arrancó de las raíces para ver cómo caía rozando las ramas de los árboles colindantes hasta el suelo con un sonido seco. El árbol no tenía culpa, la tenía él.

Nadie lo había buscado o nadie lo encontró, ni tan siquiera Romualdo El Mago que era su amigo desde tantos siglos lo buscó, o quizás conociéndolo más que nadie, lo dejó en paz aunque él en paz no estaba.

La calma sí reinaba ahora en las cinco ciudades. A Karmen no le agradaba estar encerrado en las fronteras de esas urbes pues nada pintaba allí; miró en rededor, estaba solo y quería dejar de estarlo.

Empezó a correr al principio no muy rápido, pero pasó a ir tan deprisa que cualquier observador que lo viera pasar solo vería una estela. Aunque necesitara descansar, paraba a dormitar solo lo justo para no caer exhausto por el esfuerzo. En esos breves instantes, en su sueño reinaba ella, pero no era un sueño amargo: era dulce y placentero. Hizo una cosa que raras veces hacía: dibujar una sonrisa.

Se ubicó donde estaba y prosiguió su frenética carrera hacia el

destino que eligió. Ya llevaba dos días y no podía estar lejos. Aminoró la marcha pues el paisaje le era conocido; estaba cerca de una de las entradas secretas de aquel lugar escondido. Maldijo a Romualdo, El Mago, ya que a alguien tenía que echarle las culpas y realmente algo de culpa tenía, tanta que era él quien convirtió a Karmen en lo que era.

Karmen apartó una piedra, despejó la tierra con sus manos que impedía ver la escotilla metálica y dio unos sonoros golpes en el metal que se hicieron eco detrás de esa entrada cuando, empezó a escuchar sonidos. Para que no ocurriera lo mismo que en la anterior ocasión, habló con fuerte voz:

—Ya he estado aquí; no soy un extraño y me conocéis.

Para dentro de sí pensó que esa afirmación era falsa puesto que no tenían ni la más remota idea de quién era. Pocos lo conocían, muy pocos.

Los ruidos cesaron y escuchó unos cuchicheos. Pasaron los minutos con ruidos de pasos en el fondo hasta que la tapa metálica se deslizó y un hombre armado miró a Karmen. Lo reconoció, pues se acordaba de aquel otoño frio donde un hombre desnudo de cintura hacia arriba y con una musculatura que nunca había visto, había bajado por esa misma entrada junto con una mujer, su hijo recién nacido y un hombre alto de cabello largo y negro como el plumaje de un cuervo. Lo miró de reojo, Karmen estaba muy acostumbrado a esa mirada recelosa; él la hubiera tenido también. Entonces, aquel hombre le habló secamente.

—Te reconozco ¿Qué quieres?

—Quiero hablar con Rufus, vuestro jefe.

Aquella persona que custodiaba la entrada se quedó pensativa sin saber si dar aviso o invitarlo a entrar. Desapareció otra vez por el mismo sitio por donde salió. Karmen tenía que tener paciencia, debía dominar la violencia que ahora le incitaba a entrar por la fuerza y llevarse aquello que fue a buscar. La espera fue más larga de lo que debiera y eso no era buena señal. Cuando casi tomó la decisión de entrar por su cuenta pasara lo que pasara, salió el mismo hombre y sin más preámbulo le habló.

—Puedes bajar.

Karmen así lo hizo. Bajó la escalera vertical como hizo hace cuatro años atrás, antes de destruir la ciudad de Inferno y tomar la decisión de dejar a María en Forjas de Manantial. Una vez puesto el pie en el final de la bajada, siguió el pasillo con aquel hombre detrás que, sin mirarlo, sabía que lo tenía encañonado. Ahora le habló con voz que sonó a sorna cuando casi habían terminado de

recorrer el pasillo.

— ¿En estos años no te has podido hacer con alguna vestimenta que te cubriera el cuerpo? Hombre, si quieres te puedo regalar una.

—Nunca me hizo falta. Si algo llevé era para ocultarme pero agradezco la sugerencia —le replicó Karmen con el mismo tono.

La conversación terminó cuando al finalizar el pasillo, alguien corrió la mirilla de la puerta metálica la cual daba fin al pasillo recorrido y esos ojos que miraban a Karmen se abrieron tanto por la sorpresa que los párpados desaparecieron. El guardián de Karmen le habló a aquel que estaba detrás de la puerta.

—Abre, Rufus le espera.

Con un sonido característico que también denotaba que esa puerta tenía poco mantenimiento, Karmen entró en la ciudad escondida de Forjas de Manantial. Tal como entró, la memoria se le refrescó: pasillos y salas pétreas, mitad natural mitad hecho por la mano humana: las forjas, la entrada a la mina, un rio subterráneo que nacía de un bello manantial, las casas excavadas en la piedra, y, sobre todo, las miradas curiosas que atraían su presencia en aquel lugar. Llegaron a una casa que estaba en medio de una gran sala natural. El hombre que le escoltaba se paró y Karmen siguió hacia aquella casa; llamó a la puerta pues nadie esperaba a la entrada. En el interior de Karmen saltó una alarma, algo no cuadraba pero no era ninguna percepción de peligro; sentía que no recibiría buenas nuevas.

Rufus abrió la puerta no sin que a Karmen los recuerdos le recorrieran una corriente eléctrica por toda la médula dorsal hasta su nuca.

—Pase, señor Karmen, aún recuerdo su nombre ¿Y su compañero Silvan?

—Vengo solo —dijo cortante Karmen.

Traspasó la puerta con un semblante serio. Rufus le indicó con una mano que tomara asiento y así lo hizo. Rufus prosiguió la conversación.

—¿A qué se debe su visita?

—Vengo a buscar a María, si ella consiente en venir conmigo.

—Entiendo.

Rufus dejó un silencio después de su palabra, puso su mano en la barbilla, se levantó de su asiento y se acercó al hogar del salón donde se encontraban dándole la espalda. Tras esa pausa que a Karmen le pareció el preludio de algo que no le gustaría nada, Rufus habló:

—Por mi parte no habría ninguna objeción, pero el verdadero

problema de sus intenciones es que ella no está aquí.

Karmen se levantó como un resorte y se situó detrás de Rufus; este se giró hacia él viendo una ira contenida en su rostro pero no le invadió el miedo si no que compartió su decepción.

—Puedes esconder esa ira que ahora te aflora, aquí nadie tiene culpa alguna. Usted sabía de sobra las condiciones que había para que se quedara en esta comunidad, se lo dije a ustedes y se lo dije a ella también. Hay muy pocas mujeres y no todas son jóvenes; aquí las mujeres son de más de un hombre, todos lo entienden y nunca hubo algún problema. El tiempo pasaba y ella no se entregó a ninguno. No le presioné ni le obligué, ni yo ni nadie de Forjas de Manantial. Dejamos que el tiempo pasara para que aceptara las reglas de este lugar; ningún hombre la reclamó a pesar de que es una mujer muy bella, porque aquí la máxima ley es el respeto. Pero pasaba el tiempo y aunque aportaba mucho con su trabajo, ella era consciente de que nunca aceptaría las normas de aquí. Así se dispuso a marcharse agradeciéndonos el haberle dado a ella y a su hijo cobijo tanto tiempo; así hace pocos días que se fue. Le dimos todo lo que le pudiera ayudar en su camino. Esa es la verdad señor Karmen, esa es la historia de estos casi cinco años.

Karmen pasó de la ira a la pesadumbre en un instante. Sabía de sobra que aquel sitio solo le debía agradecimiento y que las circunstancias de esa pequeña sociedad eran las que eran dadas la necesidad. Su rostro reflejó comprensión pero al mismo tiempo tristeza y una frase sincera salió de su boca.

—Se condenó a muerte saliendo de aquí.

—Es una lástima que por unos días no hubieran coincidido.

—La culpa es mía, he venido demasiado tarde.

—Esa mujer tiene una voluntad férrea. Yo deseo que aún siga con vida, y se lo digo de corazón.

—¿En qué dirección partió?

—Hacia el sur, los exploradores la estuvieron vigilando y protegiendo hasta donde pudieron.

—¿No tendrá alguna prenda suya?

—Es una petición un tanto extraña.

—Yo también lo soy.

—Dejó algo de ropa que usaba aquí. Espere aquí, intentaré recuperarla.

Salió al exterior de la casa. Karmen oyó cómo daba unas órdenes y esperó. Desde la puerta abierta, vio a una chica joven con una blanca prenda en su mano que se la entregó al jefe de aquel lugar. Entró en la casa con premura a sabiendas de las prisas de Karmen y

se la entregó sin más preámbulos que la acción. Karmen se la puso en el cinturón y miró fijamente a Rufus. Él le miró con comprensión.

—Lo siento —dijo tristemente Rufus.

—Aquí la única culpa que hay es la mía porque puedo ver y estar ciego a la misma vez.

Karmen salió de la casa de aquel hombre que por unos segundos conectaron la misma sensación de soledad; no hubo más palabras. Los guardias que pretendían escoltarlo no podían llevar el paso acelerado que llevaba, solo se frenó para que le abrieran la puerta que daba al pasillo de salida. En un suspiro que él mismo profirió, estaba ya en el exterior. Sacó la prenda de María, se la llevó a sus fosas nasales e inspiró toda la esencia que aún perduraba en aquella prenda. Karmen tenía el sentido del olfato muy desarrollado, pero no fue solo química; también evocaron recuerdos amargos por la desesperación de ella y el rechazo que solo obtuvo a pesar de sus ruegos. Era tan pesada la coraza de indiferencia que Karmen portaba casi siempre, que ahora el peso le ahogaba.

Concentró el olfato hasta que encontró un hilo tenue de olor. Se había rozado con plantas que habían capturado su fragancia. Era tan fino que apenas era perceptible. Gracias sean dadas que desde que partió no llovió, sino hubiera sido más dificultosa la tarea. Fue siguiendo el olor con una velocidad que no era en nada humana; a veces lo perdía pero circundaba el terreno hasta que lo encontraba otra vez. Lo más importante es que no olía a muerte y tampoco detectaba amenazas. Era extraño pues ahora se encontraba en la parte más salvaje de la zona. Prosiguió sin descanso todo lo que restaba del día siguiendo la pista olfativa. Alzó la cabeza mirando el terreno y paró, pues esa dirección resultaba que le llevaba a un lugar familiar y en el que tuvo una premonición.

En ese preciso momento que pasó de estar parado a coger carrera, empezaron a caer pequeñas gotas espaciadas que a los minutos tornó en lluvia torrencial, pero ya no le hacía falta usar el olfato pues sabía dónde estaba y aunque todavía estaba lejos, sabía que tendría que descansar; aun así, hoy agotaría toda su energía en llegar al destino que suponía que se tendría que encontrar. La lluvia le impactaba de frente pero él saltaba los obstáculos con una agilidad felina cuando percibió una presencia que se interponía en el camino. Fue hacia ella con el fin de evaluar la decisión a tomar.

Una bestia enorme estaba devorando un ciervo justo en la trayectoria de Karmen. Él se quedó a pocos metros quieto esperando que reaccionara. El animal no tardó mucho en notar la

presencia de Karmen; alzó su monstruosa cabeza olfateando el aire, pero la lluvia que se derramaba caudalosa en aquel bosque dificultaba sus sentidos hasta que después de girarse en varias direcciones, los ojos de ambos se encontraron. La primera reacción fue de sorpresa reculando un poco al ver a aquel ser que era mucho más pequeño que él. Estaba delante observándolo descaradamente y un rugido potente salió de su garganta ensangrentada, mas Karmen no se movió y esperó hasta que el sonido cesó dando unos pasos hacia la criatura desafiante. Era una cortesía para poder retrasar la cita de la muerte porque él era la muerte hecha hombre. Su pulso empezó a acelerarse y los puños los cerró a su costado pensando que podía haber evitado el enfrentamiento, que tenía asuntos más urgentes que aquel que ahora le retenía en ese lugar; pero él era el cazador y aquella bestia defendería sus dominios y, quién sabe si no estaban donde era su destino. Si hubiera transitado María por aquel lugar junto a su hijo, ahora mismo estarían en el mismo sitio que aquel ciervo que ahora sin vida le servía de comida.

La bestia no hizo sentido de razón y sí de instinto; confiaba en las apariencias más que en un débil eco que le decía que no era lo que parecía y tomó confianza en su tamaño. Con una arrancada poderosa desprendiendo con sus zarpas terrones de tierra, destrozando toda maleza y árboles que tenía por medio, la tierra temblaba por su peso pero nada intimidaba a Karmen que no se movía esperando a la acometida. Justo a un metro escaso del choque, aquella criatura desplegó en abanico una de sus garras para desgarrar la cara de Karmen; él se agachó y solo notó que su pelo se mecía por el paso de la extremidad que quiso y no pudo herirle. Se levantó raudo calculando dónde se encontraría el punto de nexo que unían los huesos del brazo con el hombro y lo golpeó a la velocidad de un rayo. Entre el sonido de la lluvia se oyó el quebrar de huesos, pero el aullido de dolor sobresalió sobre cualquier otro sonido atronando los oídos de Karmen. La sorpresa iba inundando a aquella criatura; inutilizada una parte de ella, perdió el equilibrio pero se revolvió violenta para volver a atacar; sus ojos se abrieron sorprendidos de que aquel hombre estuviera justo al lado contrario de donde debiera estar. Karmen se situó al lado de su cabeza e instintivamente, la bestia se incorporó rápidamente y cerró sus mandíbulas atrapando solamente aire. El peso de Karmen en su espalda fue lo último que sintió antes de que la oscuridad se apoderara en su último estertor y murió. Karmen se encontraba sobre la bestia muerta asiendo en sus manos varias vértebras de la nuca, las soltó y se limpió la sangre en la pelambre. Dio unos pasos

vacilantes hasta que se giró para mirarla; no le produjo esfuerzo ninguno lo mismo que tampoco placer sentenciarla, pero estaba en el lugar equivocado y era una amenaza demasiado cercana así que, tenía que eliminarla. Si él hubiera sido un humano normal sería él el que yaciera tiñendo la hierba de rojo.

A pesar de que iba con el pecho desnudo, llevaba un largo gabán de piel curtida del cual extrajo de uno de sus bolsillos interiores, una rosa roja que dejó caer sobre el cuerpo de la bestia. Con delicadeza y en contraste de la violencia recién pasada, la rosa sería un mensaje para quién lo entendiera, y quién no, estaría devanándose los sesos ante aquel enigma.

Miró sus manos aún con rastros de sangre y de muerte, alzó su cabeza y reanudó su camino a la máxima velocidad que pudo mientras una cortina de fina lluvia le azotaba el rostro; ramas rotas a su paso y flores arrancadas que marcaban el camino por el cual pasaba. El día casi terminaba al igual que sus energías que iban menguando como la luz. Unas horas más, cuando el sol ya no estaba en el cielo que ennegrecía, divisó un grupo de cabañas de madera no en muy buenas condiciones y en una de ellas, se encontraba ella: la esencia de su fragancia. Era tan fuerte que la evidencia era inequívoca: ese lugar era el sitio donde Silvan y él la encontraron, era la querencia del lugar pasado lo que hacía a los seres humanos a volver antes o después. Fue caminando ya lento hacia una de las construcciones; la noche empezaba a apagar todo vivo color del bosque cuando Karmen abrió sin llamar la puerta.

Un chillido de sorpresa llenó el hueco de aquella casa y el martillo que sostenía la mujer se le cayó de la mano, así como los clavos que guardaba en la otra. Un niño de cuatro años se escondió llorando. Aquella mujer no daba crédito a sus ojos al ver aquella figura que llenaba el hueco del marco de la puerta. Karmen no profirió palabra alguna esperando que la sorpresa se diluyera y la mujer habló antes de que eso ocurriera con la única palabra que le podía salir de su boca.

—¿Karmen?

—Soy yo María, he venido a buscarte.

La mujer ante la sorpresa de su asustado hijo, se abalanzó hacia Karmen abrazándolo con fuerza. Sus lágrimas bañaban el torso desnudo de él. Karmen tenía los brazos abiertos hasta que fue cerrándolos poco a poco alrededor del cuerpo de ella. Sintió el calor de su menudo cuerpo como un bálsamo que lo liberó de una angustia de años. María se separó de él mirándolo a los ojos y con la voz quebrada de la emoción le dijo.

—Sabía que vendrías y tenía el convencimiento de que lo harías; nunca dudé de ello.

— ¡Lo sé! Tu determinación es tan admirable en comparación con mi necedad. Espero que perdones mis dudas.

—Estar aquí es tu perdón. En Forjas de Manantial no quise que ningún hombre me tocara puesto que no había ningún día que dejara de pensar en ti.

—Me lo dijo Rufus.

—¿Has estado allí? Me fui por respeto a ellos ¿No te habrás enfadado con ellos?

—No María. Se portaron bien contigo, pero ir a Tierra de Nadie ha sido algo más allá de la temeridad.

—¿Y qué podía hacer? No tenía otro sitio a donde ir; aquí Silvan mató a los salvajes; no creo que ninguno de ellos se acerque por aquí. Es el sitio más seguro que pensé, además, es aquí donde te conocí y hay un techo que nos protege de las inclemencias del tiempo.

Fue el momento en que Karmen pensó que las palabras ya eran más que suficientes y besó en la boca a María con una dulzura olvidada y con una pasión contenida tras tanto tiempo de soledad. Ella era una de esas mujeres, de las pocas que le tocaron su duro corazón. María le puso sus palmas en el pecho y se apartó de él, girando la cabeza hacia su hijo que sentado en el suelo de la cabaña los miraba embobado ante una escena que jamás antes presenció. Karmen asintió con la cabeza en signo de aprobación y cogió en brazos al niño; el niño le miraba absorto y Karmen hizo algo que jamás nadie vio: llorar.

Ahora vivía en una paz deseada junto a María y su hijo. Fortificó las cabañas e hizo una alta empalizada con los troncos más robustos que encontró uniendo todas ellas. Hizo varios viajes a Forjas de Manantial para hacer trueques al fin de conseguir herramientas. En el centro de aquel pequeño poblado, construyó una atalaya alta para que María vigilara en sus ausencias por si divisaba alguna amenaza. Karmen le dio un silbato que ella decía que no emitía sonido alguno, pero él podía oírlo. Sembró un jardín de rosas rojas y negras que cuidaba el que ahora también era su hijo.

Pasó menos de un año, el quinto desde que en ese mismo lugar se conocieran. No hubo incidente alguno a pesar de que era tierra peligrosa y si los hubo, María nunca fue testigo pues ya se encargaba Karmen de ello, aunque pocas veces se saldara con sangre. Era Tierra de Nadie, pero aquella pequeña parcela de terreno, era Tierra de Karmen.

Nunca dijo Karmen de su fecha de nacimiento. Cuando cumples más de dos mil doscientos años, muchas cosas banales se evaporan de la memoria. María decidió que sería un día de primavera. Jamás dijo Karmen cuántos cumplía, pero ese día se celebraba con júbilo como alegría había todos los días. Karmen, a cada momento pasado junto a María y la placidez de lo que podía ahora decir que era su casa, se volvía más tranquilo enterrando al cazador.

Un día de primavera, una semana después de celebrar su cumpleaños, Jesús, el hijo de María, le despertó de la cama.

—¡Karmen! ¡Karmen! Despierta.

—¿Qué ocurre Jesús? ¿Qué ha pasado?

—El jardín. Ven, algo muy raro.

Karmen se desperezó y se incorporó riendo sobre qué tontería habría visto Jesús. Aún recuerda cuando quiso hacerle una casa a una mariquita y que fuera la mascota del jardín. Su rostro reflejaba una felicidad que tanto deseó y el miedo no se la dio. Salió únicamente con los calzones puestos al interior de la empalizada. Vio a María tender la ropa. ¡Cuánto le gustaba madrugar a aquella mujer! Sus pies sentían la humedad del rocío, la hierba y las flores perfumaban aquel lugar; allí donde sembró espliego para aromatizar los jabones que hacía María, tenían rivalidad con los naranjos. Todo era casi perfecto hasta que llegó al jardín de las rosas.

— ¡Mira! ¡Mira, Karmen! Esta flor tiene otro color —dijo lleno de excitación Jesús.

Karmen abrió los ojos de sorpresa al ver en una zona con cientos de rosas rojas que capitalizaban todo el terraplén, que había una de otro color: una rosa violeta.

—Esto no es normal, nunca había visto una rosa de este color.

Cogió aquella flor y la cortó con sus dedos. La observó y casi podría decir que brillaba tenuemente. ¿Podría ser una señal? ¿De qué? Mientras miraba aquella rara anomalía floral, oyó los aleteos de una gran ave que se posó en una rama cercana. Karmen volvió a sorprenderse, (dos veces en tan poco espacio de tiempo) Sabía qué pájaro era y sabía quién era su dueño. Se giró hacia el animal y allí estaba el gran búho blanco. El pájaro, nada más sentir la mirada de Karmen desplegó sus alas de gran envergadura. Esta vez no traía ningún mensaje, no hacía falta. Volvió su vista hacia la flor y exclamó con acento de enfado:

—¡No me jodas mago!

Dio grandes zancadas hacia donde estaba María con Jesús pisándole los talones. Se paró delante de ella buscando en su

interior las palabras adecuadas cuando en el proceso María le interrumpió.

—¿Por qué estás tan serio?

—Haz el equipaje, tenemos que hacer un largo viaje. Me necesitan y esta vez no iré solo.

El gran búho blanco alzó el vuelo y miró hacia Karmen. La escena que notificaba que partiría otro la veía a mucha distancia a través de los ojos de aquella ave.

5. A SELVA

Me encontraba delante del puente que daba a la entrada de Selva. El rio bajaba caudaloso y los pájaros alegraban con sus trinos el murmullo del rio como una canción; miles de flores de todo el espectro de colores formaban una alfombra multicolor en campos llanos alrededor de lo que alcanzaba la vista. La entrada del puente estaba adornada por la escolta de dos estatuas de considerable tamaño que, a sus espaldas empezaban una hilera de cipreses alineados y separados a la misma distancia en los bordes de la ribera del rio. Nadie más que yo estaba en el puente así que fui pausado, pues siempre me deleitaba la belleza del feudo de Selva. Las dos puertas enormes de la entrada empotradas en una altísima muralla tan pulida, no se veían apenas ni grietas ni juntas y cuando incidían los rayos del sol en ellas reflejaban su luz como un espejo. En lo alto vi cabezas asomarse, eran guardias que me conocían pues muchos compartieron conmigo incursiones a Tierra de Nadie las veces que no iba solo. Selva era el lugar donde más tiempo residí en estos últimos cincos años. Su belleza me atrapó, más cuando Héctor la reformó de los destrozos ocasionados por la extinta hermandad. Aún la dejó más hermosa de como antes estaba; el portón se abrió antes de que llegara a él; pasé y nada más traspasar el umbral dos guardias me saludaron abrazándose a mí. Paré un poco preguntando por ellos y sus familias, una corta conversación amena y distendida que me causó buen sabor de boca; como poder explicar cuando un lugar te embriaga y puedes llamarlo hogar con una sonrisa en la boca.

Dejé a los guardias pues aún no había entrado realmente en Selva. Un grandísimo patio vacío era la antesala del feudo; lo recorrí con un andar más vivo hasta llegar a otra puerta de menor tamaño, aunque también bastante grande y la cual se abrió sin tan siquiera llamar. Los guardias la abrieron de par en par con una sonrisa simpática en su boca para ofrecerme el inicio de la urbe: las casas de diferentes colores, calles perfectamente empedradas de aceras anchas, adornado era también cualquier rincón, engalanados sus balcones de madera por arte floral rivalizando cada una de ellas por ser la que más destacara por su belleza. Las calles estaban llenas pues se transitaban de día y noche. Todas las plantas bajas de las casas eran lugar de labor: cientos de oficios alternados sin que hubiera agrupaciones ni gremios y en algunas esquinas había pintores con sus caballetes abstraídos en sus obras. Había una mujer

semidesnuda en el pie de una fuente mientras dos pintores rivalizaban por captar en sus lienzos esa escena llena de sensualidad mientras la gente alrededor siguiendo su trasiego sin inmutarse; allí todo era normal y como tal se tomaba. Los habitantes de Selva parecían siempre tener prisa, pero al pasar al lado de ellos nunca olvidaban saludar y la sonrisa era corriente en los rostros de ellos. Por todo eso me embrujaba Selva.

Pasaba por al lado del nuevo teatro. Allí vi dibujado en un cartel a Romualdo en una obra pasada; él mismo me comentó que fue de gran éxito; me decía que la gente de este lugar estaba predispuesta a amar cualquier forma de arte y el teatro llenaba siempre, ya fuera para obras como para conciertos de música e incluso a veces, repetían varias veces para saciar a todos los habitantes. Ya estaba junto al reconstruido castillo que ocupaba el centro de Selva. Se afanaron bastante en dejarlo mejor pero allí no vivía aquel que dirigía con buena gestión las cinco ciudades del este. Héctor y ella vivían en una casa un poco más grande que las demás: su despacho, la biblioteca y los archivos estaban en el castillo; ellos vivían tan humildemente como los demás. No hizo falta llegar hasta su casa para ver a lo lejos que me estaba esperando en las mismas escaleras y nada indicaba que fuera el máximo mandatario de aquel reducto de la humanidad. Estaba sentado y sonriendo; puse un pie en el primer escalón y le mire pues éramos ya viejos conocidos y en un principio él, tanto como yo estuvo enamorado de mi mujer Raquel (no lo culpo por ello), pero Sara conquistó su corazón en las heladas tierras del norte en invierno. Sostuvimos la mirada y la sonrisa unos segundos hasta que él me dirigió la palabra; alguno de los dos tenía que haber roto ese silencio y fue él.

—Bienvenido Silvan, llevabas demasiado tiempo en Vera. Me es muy extraño no tenerte a mi lado pues siempre preciso de tu buen consejo. ¿Y Raquel y Arcadia?

—Ellas están bien. Vengo solo Héctor, solamente de paso. Paré en Selva para informarte a ti y a Sara del motivo del viaje que emprenderé cuando salga por estas puertas.

El semblante de Héctor quedó muy serio y me miró preocupado ladeando la cabeza, entonces se puso de pie.

—Será mejor que entremos en casa. Sara estaba dentro leyendo y no sabe de tu venida.

Así lo hicimos. Después de la antesala estaba el salón y allí estaba Sara. Cuando oyó el sonido de la puerta, bajó el libro que tenía entre las manos y al verme dibujó una preciosa sonrisa que me llenó de calor el sentir de mi corazón; se levantó y con unos pasos

elegantes arrastrando por el suelo entarimado su vestido sencillo, me abrazó y me besó ambas mejillas mientras su pelo ensortijado y pelirrojo acariciaba al mismo tiempo mi rostro. Estaba en casa.

—Toma asiento Silvan y dinos que nos tienes que contar.

Al ver Sara el semblante serio de Héctor, se contagió de él pues supuso que no era una visita de cortesía. Me senté y esperé que ellos también lo hicieran.

—Viajo al norte pues he tenido sueños y revelaciones de que una futura amenaza está ahora mismo lejos de aquí. Tengo que ir a comprobarlo; se lo conté a Romualdo y él me dijo que tenía que ir hacía allí y tenía que hacerlo solo. Así lo hice mas no quería partir sin que lo supierais de mi boca. Os tengo en alta estima.

—Cuanto más al norte viajes más salvaje se vuelve Tierra de Nadie. Tenemos poco conocimiento sobre la zona hacia dónde vas. Silvan, dime sin más rodeos ¿Qué buscas? —le pregunto Héctor.

—Una torre.

—¿Qué tiene esa torre que te hace viajar hacia ella? —volvió a preguntar Héctor.

—No lo sé. Llevo años soñando con ella desde que matamos a aquel que no tenía nombre. Pero los sueños, sueños son, mas la Madre Tierra me la mostró hace poco.

Sara se revolvió de su asiento levemente nerviosa pero, guardó silencio aunque aparentaba contenerse de hablar.

—Silvan ¿Qué tenemos que temer? —preguntó Héctor.

—No tengo ni la más mínima idea Héctor. Deberíamos estar preparados y Romualdo, creo que está avisando a otros de nuestros amigos para que vengan a las cinco ciudades por si acaso algún suceso aconteciera. Antón no estará lejos mas dudo que lo esté pues siempre vela por nosotros.

—Poco ha durado la paz —lamentó Héctor.

—Igual lo pueda solucionar yo solo sin que influya en estas tierras lo que ocurra en ese lugar.

—¿Necesitas algo?

—Una buena montura, provisiones y armas.

—De eso no te quepa duda que tendrás todo aquello que necesites.

—Bien, he de partir y espero que no sea un viaje en balde.

—Estaremos preparados por si acaso, mi amigo.

Héctor me dio la mano y salió de casa para que me prepararan todo lo que le demandé. Sara me volvió a abrazar y cuando creí que recibiría un beso en la mejilla, me susurró algo que a cualquier humano le haría temblar.

—Tenemos que hablar ——sentenció con palabras Sara.

Salí de aquella casa turbado por las últimas palabras de Sara. Héctor, que volvió al poco de irse, me acompañó sin pronunciar palabra alguna pero su semblante era sumamente de preocupación. Nos abrazamos como despedida y le di la espalda; desconocía el tiempo del que disponía, ni tan siquiera la distancia que tenía que recorrer. Alcé la vista y vi planear a mucha altura al gran Búho Blanco: El Mago me vigilaba.

Selva solo tenía una entrada y una salida; me dirigí andando hacia ella pero no vi a Sara por ninguna parte de mi camino. Escogería ella el lugar donde debía decirme aquello que creyera importante; aspiré el aire de las calles de Selva en una mezcla de olores diversos pero sobre todo olía a bienestar; solo por ellos, por mis amigos, por esta belleza humana merecía la pena arriesgarse y luchar si se diera el caso. Así, sumido en las convicciones de mis ideas salí por la primera puerta de Selva saludando a cada uno de los soldados que estaban cerca de ella. Una poderosa mano se posó en mi hombro, me giré y vi un hombre extremadamente musculoso que por su espalda sobresalía un enorme martillo: era uno de los herreros de Hornos. Me miró queriéndome hablar pero giró su enorme cabeza a un lado y a otro mirando a los guardias; no quería seguramente que hubiera testigos de sus palabras, así que se adelantó unos pasos invitándome con un ademán a que lo siguiera. Anduve a la par de él por el patio limpio que había entre las dos puertas del feudo. A una distancia prudencial donde el sonido de nuestras palabras quedara solo entre nosotros dos, me habló.

—Maese Silvan, soy como usted sabe un herrero del feudo de Hornos, de la ciudad de Alana; soy un enviado de Valerio para estar cerca del director Héctor. Los vi juntos y vi que al director se le tornó el semblante serio, y que usted parta tan pronto es que algo ocurre. Valerio lo debería saber si a usted a bien le viene.

—Está bien, dile a Valerio que esté alerta pues no sé nada sinceramente de lo que pueda ocurrir. Viajo para averiguarlo.

—Entiendo maese Silvan, así se lo diré ¿Necesita que lo acompañe?

—Este viaje he de hacerlo solo, gracias de todos modos.

—Los tiempos de paz terminan siempre.

—En todos los libros leídos se dice que la paz es efímera.

—Ojalá esta vez se equivoquen. Estaremos preparados.

—Saludos a Valerio.

—Adiós maese Silvan.

Me despedí de aquel representante de Hornos mas él no tardaría

en partir hacia allí. Seguía sin ver a Sara.

Ya estaba en la puerta principal y allí estaba preparado un caballo con las alforjas llenas. Héctor era previsor y tenía buen gusto pues era un caballo grande y tan negro como mi pelo. Le pregunté al guardia que le sujetaba las riendas si tenía nombre. La contestación la sospechaba.

—Noche le llamamos.

Ese nombre me recordó al monumental ser que custodiaba las ruinas donde fue la primera parada en mi huida de la hermandad. Allí monté por primera vez en un caballo y allí entre sus piedras descubrí la potente percepción que poseía solo por tocar sus muros mellados contactando con la antiquísima Madre Tierra. Monté aquel alazán, sentí su fuerza y le acaricié su lustroso cuello el cual giró para verme un tanto nervioso por el desconocido jinete. Yo me acerqué a su oído y con voz suave le dije sin saber si me entendería.

—Tú llévame que yo te protegeré.

Salí de Selva con aquel gallardo corcel dirigiéndome hacia el camino del norte después de pasar el puente custodiado por las estatuas de los ángeles. Giré hacia la derecha hasta encontrar una estrecha senda que pasaba por un espeso y tupido bosque que cubría todas las afueras del norte de Selva y daba el nombre al feudo; fui a buen paso, todo lo que permitía la estrechez de aquel camino.

No entendí las palabras de Sara; si acaso ella esperaba que yo fuera a su encuentro, yo esperaba lo mismo de ella y en eso se quedó. Ahora mandaba la premura por concluir este camino que no conocía su fin ni qué me encontraría. Así perdido en estos pensamientos, aboqué girando un recodo de la senda donde se anchaba un poco; entre arbustos y ramaje bajo vi unas piernas calzadas en botas altas. Avivé un poco el paso para averiguar quién era; justo al girar mi cabeza vi a Sara con una sonrisa cómplice en su cara sentada en una piedra. Vestía muy distinta de cómo se la veía normalmente en Selva: tenía su precioso pelo rojo suelto en una cascada de espirales, apenas llevaba ropa y parecía una heroína griega; portaba más metal que tela, una lanza a su espalda y dos espadas cortas en sus costados. Parecía de otro tiempo y me era extraña verla así como estaba ahora. Muchas veces olvidaba que realmente no era humana. Solo pude formular una pregunta que no tenía por qué hacerla.

—¿Sara?

—Te dije que teníamos que hablar.

—Dime pues, ¿Por qué estas así vestida?

—Por librarme de la cárcel de esos absurdos vestidos. Lo necesitaba, sentir el peso del metal le da más sentido a mi personalidad: soy Sara…

—La guerrera, la verdugo del primer sin nombre —cortó Silvan.

—Sí Silvan, sabes que soy una anciana así como mi hermana Derán, la Dama Blanca.

—Sí, tú al menos eres más transparente. Aun teniendo conocimiento de su naturaleza, Derán sigue siendo un misterio toda ella.

—Lo es para mí y lo será siempre para todo el mundo; ella es especial, ella es… La Dama Blanca. Ahora Silvan ¿Qué sabes de tu destino?

—Antes eran sueños; los sueños pueden ser ecos, abstracciones, pero hace poco la Madre Tierra me reveló lo mismo que ellos con una intensidad que no podía obviar: una torre dentro de una caverna oscura y supurando hilos de negra materia. Te devuelvo la pregunta siendo la misma ¿Qué sabes de mi destino?

—Algo sospecho y sin reservas te lo cuento. Eran tres los asesinos a los que se les despojó de su nombre pues la oscuridad y la maldad los invadieron; al primero lo maté yo después de que asesinaran a mi padre; el segundo dejó de existir hace cinco años pues lo destruimos nosotros, y creo que el tercero vive en la torre de tus sueños. Ese creo que es tu destino.

—Esa torre…

—Una cárcel Silvan, es lo único que puede ser. Puede que los demás ancianos lo hayan encerrado allí y nos lo hayan ocultado al resto; no tengo contacto con ellos ya que los rehuyó. No es que tengan maldad pero no tengas duda que solo miran por ellos. Te tendría que acompañar y así por fin terminaría con mi cometido librándome de la promesa que hice con lágrimas a los pies de la tumba de mi padre.

—Tengo que viajar solo. Romualdo me dijo que así he de hacerlo. Por mí no habría ninguna objeción a que me acompañaras ni que lo hicieran todos aquellos que alguna vez tiempo atrás lo hicieron, pero tengo todas conmigo que Romualdo siempre acierta en sus decisiones por muy extrañas que sean.

Vi como Sara se ponía de pie y toda ella tornó ira. Dio un paso hacia mí y sus palabras venideras eran truenos que salían de su boca.

—¡Romualdo podrá decir lo que quiera! Yo soy dueña de mi destino por muy sabio que parezca, yo tengo muchas más vidas vividas que puedan contarse. Yo decido.

—Sara ¿Amas a Héctor?

Esa pregunta disipó su cólera apaciguada ante una sencilla pregunta que no cuadraba en la conversación mantenida. Fue otro tono el de su respuesta.

—¡Qué pregunta más estúpida! Por supuesto, estoy conectada con él hasta que la muerte llegue para arrebatármelo y romper el vínculo. ¿Qué tiene que ver con ir contigo?

—Tienes que quedarte en Selva pues aquello que esté en esa torre vendrá hacia aquí; no sé por qué, no tengo ningún argumento sólido que verifique esta certeza pero ahora gracias a ti sé a lo que me dirijo o eso creemos; solo voy a la llamada que me hizo la Madre Tierra y ella tiene aun más longevidad que vosotros, mucha más. No puedes negarme esto. Ahora Sara, por la amistad que nos une, haz caso de este ruego. Quédate pues tu hija y tu hombre te necesitarán aquí, eso sí te lo puedo asegurar.

Sara cabizbaja se quedó pensativa debatiéndose con sus demonios interiores. Vi como una lágrima recorría su mejilla hasta que cayó sobre el musgo absorbiéndola. La nobleza de mis palabras hizo mella y no fueron solo el significado de ellas, si no el tono de razón que portaban.

—Aun así, será muy peligroso para ti. Aunque seas poderoso su maldad es infinita y su poder habrá crecido con el tiempo.

—Si esa torre es su cárcel como supones, estará custodiado por los ancianos. Ellos son muy poderosos y algo ha alterado su encierro; supongo que será la muerte de su igual. Solo voy allí a conocer por qué razón fui advertido; no pienso cometer ningún acto temerario. También me necesitan mis mujeres. Volveré, no sé cuándo, pero lo haré.

—Silvan, seguramente los ancianos te estén vigilando y tomarán contacto contigo si hacia allí vas. Estoy más que segura pues están rondando alguno estas ciudades. Ten cuidado puesto que no todos son portadores de buenas intenciones.

—Lo tendré en cuenta.

—Así lo hare.

—¿Sabes algo de Derán?

—Vendrá. Lo sé.

Sara se acercó hacia mí, yo me agaché hacia ella para que me acariciara la mejilla y me diera un beso chico. Se volvió y desapareció en la espesura.

En su ausencia me quedé pensativo pues posiblemente se me había revelado aquello que contenía la torre; miré al frente y seguí mi senda.

6. LA CIUDAD MUERTA

Caminé varios días sin ver nada más de lo que me ofrecía el paisaje que cambiaba de llano a bosque. Siempre aprovechaba los senderos que tiempo hacía que no se transitaban; vi algunos huidizos animales que no lograba clasificar. En el sexto día de mi viaje me sentía observado. No hacía mucho que hasta mi caballo Noche, mi única compañía, se mostraba algo más nervioso de lo normal. Era de esperar que en Tierra de Nadie, ningún contratiempo hubiera ocurrido hasta estos momentos; ni bajé el ritmo ni le presté demasiada atención. Si me estaban observando quizás simplemente fuera curiosidad; preocuparse por algo incierto era seguramente solo cuestión de esperar a que se revelara o que no lo hiciera y me dejara ir en mi camino.

Aunque el camino era llano, era cada vez más estrecho: las hierbas seguramente hacía tiempo que querían ganarle terreno a esa senda hasta que desapareciera. Un grupo de árboles, que sería injusto denominarle bosque por su densidad, me tapaban la vista del fondo hasta que vi en medio del camino, un hombre cubierto con una capucha raída que ocultaba el rostro agachando su cabeza. Paré justo enfrente de él y Noche resopló nervioso. Ese hombre no me causaba sensación de peligro pero yo a él debería de dársela, solo que él no lo sabía. Sin desmontar, usé la palabra:

— ¡Buenas tardes!

No me respondió sino que alzó su cabeza. Le faltaba un ojo y vi que tenía varias cicatrices y heridas severas de quemaduras. Llevaba una bandolera que le cruzaba el pecho y de manera oblicua, un cuchillo de buenas dimensiones muy fácil de desenvainar. Ahora percibí que no estábamos solos aquel hombre y yo pues de los costados salieron varios hombres con diversas armas en las manos. No me hizo falta ladear mi cabeza para saber dónde estaban. Sentía el sonido de sus corazones latiendo en diferentes velocidades; entonces, aquel que me obstaculizaba el camino desenvainó su arma y se dirigió a mí un tanto receloso pues yo no me había alterado lo más mínimo a pesar de la situación.

—Caminante, lo que vas a hacer ahora es desmontar, darnos tu caballo y todo aquello que tengas de valor e igual tendremos la clemencia de dejarte vivo.

—Mi nombre es Silva y en cambio vais a hacer ahora lo que os diga. Os apartaréis de mi camino e igual conservaréis la vida. Os

puedo asegurar que os habéis equivocado a quién atracar.

El que estaba de frente mostró una sonrisa burlesca y en los laterales risas despectivas. No me moví pues ya lo harían ellos, mas así lo hicieron. Sin cautela me iban cercando (grave error el de ellos). Desmonté por mi izquierda dándole la espalda a mis atacantes a lo que ellos aprovecharon para abalanzarse sobre mí; me agaché lo justo para que sus armas asestaran golpes al aire e incluso uno perdió el equilibrio; di varios pasos hacia atrás tan rápido que no me encontraron en su radio de acción. Yo estaba ahora a sus espaldas pero me encontraba tranquilo. Al que no perdió el equilibrio le di un puntapié en su trasero que le hizo caer de boca al suelo. El otro se giró rabioso y con la maza que tenía en su mano me lanzó un ataque en abanico que simplemente lo paré en seco con mi mano vuelta del revés. Abrió los ojos pues sabía que nadie podía parar con una mano aquella arma a esa velocidad; nadie no pero yo sí. Con la palma abierta le di justo en su oreja derecha que lo dejó sin estabilidad y cayó al suelo. Sentí como un objeto metálico vibraba hacia mí; tenía buena puntería pues se dirigía mortalmente hacia mi cabeza. Con el revés de mi izquierda lo intercepté y cayó ruidoso al suelo. De los restantes, uno intentó atacarme flanqueando al caballo por su grupa (otro grave error) y Noche lo coceó con ambas patas traseras enviándolo varios metros y reventándolo por dentro. Debía acabar con esto ya por lo que saqué mis dos espadas que tenía asidas con ambas vainas a mi espalda, no sin dar un rodillazo a uno que quería volver a incorporarse. Como en un suspiro, me puse en mitad de los dos atacantes restantes con mis brazos en cruz y con mis espadas con argénteas extensiones cada una de ellas apuntando a los dos que aún se mantenían de pie. Estaba serio mirando alternativamente a cada uno de mis adversarios. Ellos no se movían pues sabían de sobra que no les convenía.

—¿Queréis morir?

Todos negaron con la cabeza incluso así como pudieron, los dos no dejaron de besar el suelo.

—Pues, ¡corred!

Salieron como les ordené prestos como una liebre. Volví a montar a Noche. No le di ni un segundo de mi tiempo a pensar en ellos, solo lamenté la muerte de uno y fue por la estupidez de olvidarse del caballo.

Después del incidente seguí toda la tarde sin más demora haciendo alguna pausa simplemente para que el caballo pastase, momento que aprovechaba para ojear el entorno. Ningún signo de

asentamiento humano y tampoco había bosques en rededor, sólo hierbas y algún árbol solitario; todo era llano. Proseguí mi camino y cuando se hizo de noche paré porque el caballo necesitaba descanso. Yo dormiría, no porque lo necesitara si no porque a mi montura le haría falta.

Añoraba mucho a mi mujer y mi hija. Esta soledad del viaje no me desagradaba pero nunca había pasado tanto tiempo lejos de ellas; aún tenía algo más que hacer antes de penetrar en las penumbras del sueño. Me arrodillé en el suelo sin más ceremonia que hundir mis manos en la tierra, cerré los ojos y dejé libres mis sentidos para que acudieran a mí las señales esperadas. Empecé a sentirme pequeño, a estar en un mundo subterráneo donde atravesaba incorpóreo piedra y tierra hasta encontrarme al fin con mi destino, con aquella torre confinada en una gruta que se perdía en sus límites por la oscuridad que se hacía más negra en la distancia. Vi que los sonidos que había en el interior de la torre eran más frenéticos y que la negra niebla de hilos entrelazados se extendía y encogía a más velocidad. Saqué mis manos de la tierra molesto por lo percibido pero comprobando al levantar mis ojos hacia el horizonte que llevaba la dirección correcta. Me tumbé mirando los miles de puntos luminosos del firmamento maravillado y cerré los ojos. Esa noche no hubo sueños.

La mañana siguiente fue fresca. Estaba rodeado de pequeñas perlas de agua que se adherían a las hojas de la hierba. Noche me miraba por estar absorto en estos pequeños pero al mismo tiempo grandiosos momentos que nos brindaba la naturaleza. Me preparé algo de comer.

En mi interior deseaba terminar este viaje para volver con mi familia pero en contraposición no me agradaba el final de esta nueva misión. Apoyé la mano en la tierra sintiendo la humedad del rocío pero nada sentí: solo una pequeña corriente eléctrica. Fuera como unos buenos días o que no me demorara en mi camino. Recogí los enseres y apagué bien el fuego de la pequeña hoguera, no por riesgo a algún incendio si no por la costumbre de hacerlo.

El camino tan llano como agradecido no tardó en cambiar la monotonía de esa rectitud; tornó extraña al encontrar elevaciones montañosas que tenían un paso estrecho donde las paredes que lo delimitaban eran totalmente verticales y de gran altura. Algo tendría que ver la mano humana en tal precisión. Un sonido me llamó la atención; apenas oía los cascos de mi caballo en casi todo el camino pero ese sonido era una pisada sobre una superficie dura y firme, quizás alguna losa de piedra. No le presté más atención

hasta que se iba alternando y llegó a ser constante; miré hacia el suelo y solo vi una capa marrón de tierra. Bajé de mi montura y con mis manos empecé a apartar la capa de tierra. Encontré una superficie negra y uniforme que era una antigua carretera; miré hacia adelante y el restante camino que la vista me ofrecía era totalmente lisa y plana. Tenía que concluir en algún lugar y la dirección de esa pista era hacia el norte. La curiosidad me pudo y con la excusa de que no me desviaba en la dirección en la que se dirigía mi viaje, la seguí.

Aún quedaban horas de luz y nada más que las paredes laterales hacían sombra hasta que sus alturas fueron descendiendo como un tobogán de piedra, y de pronto, justo donde la carretera vieja se ponía a la misma altura que el paisaje colindante, una ilusión que hacía ya muchos años que no se me revelaba. Una puerta de dimensiones grandiosas toda de metal: sus marcos lisos y pulidos contrastaban con sus hojas de color cobre por la herrumbre y en su esquina derecha de la parte más oxidada, supuraba un líquido rojizo que pensando mal pudiera ser sangre. El viento se levantó sin previo aviso y con un quejido de dos metales rozándose sin aceite que los silenciara, se abrió de par en par lentamente; la pasé mirándola receloso pues no sabía qué advertencia podía interpretar de tal ilusión. ¿Qué jugada quería hacerme mi imaginación?

Abrí mis sentidos durante el trecho de camino desde que pasé aquella puerta, pero nada anormal sentí, ni tan siquiera la innata percepción que poseía me puso mínimamente en alerta.

La vegetación dominaba progresivamente más el entorno y ahora los árboles eran más frecuentes. Se iba cerrando la vegetación al camino hecho hasta que ya parecía una selva; entre los árboles que eran pobladores más numerosos, había unas cuerdas que creí que eran lianas envueltas en un musgo que se parecía a las telarañas. Los sonidos de varios pájaros era la única señal de aquel paraje hasta que una pendiente descendiente descubrió un claro con pocos árboles, muchas zarzas y arbustos entremezclados con varias clases de hiedras que se adherían o apoyaban en unas paredes rectas.

Me paré y empecé a estudiar el conjunto de aquel extraño y amplio claro. Divisé espigas metálicas que la hierba quería esconder, vi formas cuadradas y melladas que la erosión y la naturaleza querían ocultar; era cierto que me había encontrado con una ciudad antigua de antes de la guerra o lo que quedara de ella: “una ciudad muerta”. Podía haberla rodeado pero quería entrar en su corazón y ver de cerca las ruinas; quizás viera pistas de lo que

fue anteriormente la civilización humana. A pesar de la estrechez por la avenida que paseaba (que era culpa de la vegetación invasora que quería apoderarse de ella), en el polvo del suelo no distinguí huella alguna. Un fragmento de cristal superviviente a su ruina daba destellos reflejando el sol que olía a verde pero también a óxido y piedra descompuesta. Era grande, tanto que después de aproximadamente una hora no veía su fin; no quise desmontar y meterme en sus entrañas pues tenía un camino que hacer y un destino al que llegar.

Ahora mi mente quitó toda la verde naturaleza y elevé los edificios que seguramente fueran tan altos que ocultaran el sol; llené de gente aquellas calles de asfalto así como de vehículos mecánicos y trenes sin raíles. Karmen me contó que debajo de la tierra había trenes que recorrían la ciudad por el subsuelo, que había máquinas voladoras que llevaban gente de una ciudad a otra.

Mi imaginación se cortó al presentir que no estaba solo. Di un bufido de rabia pues no deseaba tener ningún enfrentamiento más, al menos quería evitarlo. Otra vez me sentí observado pero sin que el observador supiera que yo tenía conocimiento de él. Miré hacia el sol para darme cuenta que ya no me quedaban tantas horas de luz; no le temía a la noche pues podía ver sin casi apenas luz y moverme con el silencio, pero no mi caballo razón por la cual no lo quería perder ya que me era muy útil además del cariño que le había cogido.

Mi observador finalmente se descubrió de forma tímida desde una considerable altura; era un chico joven que sólo vestía un pantalón y sostenía una primitiva lanza que apoyaba en la pared. No profirió palabra alguna pues me miraba extrañado; creo que poca gente se había adentrado en la ciudad en ruinas. Levantó una mano a modo de saludo y entonces desmonté del caballo aunque no me acerqué en demasía, pues no quería ser invasivo así que, desde una distancia de cortesía le saludé de palabra:

—¡Hola!

Aquel muchacho dio un suspiro pero la seriedad de su cara era parte de desconfianza. Yo estaba fuertemente armado y su tanteo de intenciones era simplemente desconocimiento; intenté aun así disiparlas.

—Solo vengo de paso y no tengo intención de hacer daño.

Asintió conforme y bajó de donde estaba para acercarse aunque no demasiado; parecía un salvaje, pero entendió mis palabras y él las usó también:

—¿Estás perdido?

—No; voy hacia el norte y este lugar se encontraba en mi camino.

—Nunca han venido por aquí viajantes y los pocos que vinieron, murieron.

—¿Los mataste tú?

—Nosotros no hacemos daño a no ser que nos lo quieran hacer a nosotros.

—¿Nosotros? ¿Sois muchos?

—Somos... ¿Haces muchas preguntas?

—Soy curioso —le respondí.

—Nosotros no; solo queremos paz y sólo el día nos la da.

Enigmática respuesta que cuando concluyó su frase, miró hacia el cielo y puso cara de preocupación porque no tardaría mucho en terminar el día. Pero yo quería saber más sobre las muertes de los viajeros:

—¿Quién mató a esos viajeros? Solo si me queréis responder.

—Los mató la noche y la noche no tardará en venir.

—Entonces en paz os dejo pues yo no le temo a la noche.

—No sobrevivirás; te podemos dar cobijo y mañana sigues tu camino —me dijo el joven.

No entendía ese miedo a que llegara la oscuridad pero asentí conforme y él con un gesto me indicó que le siguiera. Era mucha la curiosidad que aquel muchacho me producía; cogí las riendas de mi caballo y fui pisando las huellas del que seguía. Fue girando por calles invadidas de vegetación, tanto que había zonas que no había rastro de humanidad si no se fijaba mucho uno. La tarde ya casi era noche hasta que descendimos unas escaleras donde unas recias rejas no nos dejaban avanzar. De un bolsillo de su pantalón sacó una llave oxidada que hizo abrir la cerradura; el caballo entraba holgadamente y en ningún momento se puso nervioso; confiaba en mí y mal hacía.

Después de cerrar las verjas metálicas descendimos unas escaleras hasta llegar a un pasillo largo donde a su izquierda había una hondonada de menos de un metro pero sabía que era casi tan grande como la misma ciudad, por lo que tenía que tener aquel lugar muchas entradas más. Dudé y pregunté:

—Por donde hemos entrado ¿es la única entrada y la única salida?

—Una entrada sola. Hemos sellado todo pues así es más seguro. La noche es muerte, forastero.

Así como me dirigía la palabra encendió una tea con una chispa y bajamos a los raíles; íbamos siempre descendiendo y el olor a

tierra húmeda era ahora bastante fuerte. En todo el camino siempre me dio la espalda hasta que le hice parar con palabras:

—¿Y si yo fuera tan malo como lo que oculta la noche?

—Si lo fueras no te hubiera dado cobijo. Yo veo a los hombres como son y no como aparentan ser.

—Sabio para ser tan joven.

Entonces se giró y me miró con una sonrisa un tanto extraña que me dejó dubitativo, y sus siguientes palabras más:

—Lo parezco pero no soy tan joven. Sigamos, cuando estés en la verdadera ciudad podrás hablar de lo que quieras y con quien quieras. Yo también tengo ganas de preguntar pero ahora es perder el tiempo.

Fue casi una hora de deambular en estaciones olvidadas, en raíles que se bifurcaban una vez a la diestra y pocas a la siniestra. Memorizaba el camino solo por si lo precisara. Por fin llegamos a una gran puerta metálica que ocupaba todo el arco abovedado y que estaba hecha de parches de metal. Aquel chico llamó cinco veces a la puerta con diferentes ritmos y las puertas fueron abiertas. La luz se hizo manifiesta y vi habitáculos de varios materiales que daban mucho color a aquel lugar. Muchos se acercaron prudencialmente al vernos tanto a mí como al caballo, (no sé cuál de los dos despertaba más curiosidad). Me fui fijando que todos eran chicos jóvenes y que vestían igual; también había niños pero nadie más mayor que aquel que me trajo a este lugar. Las chicas jóvenes iban también con el pecho desnudo; no sabía si las que tenían niños en sus brazos, eran sus madres o sus hermanas pues eran demasiado jóvenes. Los chicos llevaban en las manos diferentes armas rudimentarias y algunos con pose desafiante a lo que también se dio cuenta mi guía, por lo que se paró y los miró con seriedad cosa que hizo amagar sus cabezas y relajar las manos de sus armas. Se giró hacia mí con una mueca de disculpa. Yo estaba convencido de que eran pocos los forasteros que había entrado en su mundo subterráneo.

Llegamos a una plazoleta limpia donde trajeron troncos para formar una pira y até mi caballo allí donde pude. Vi sentado a mi anfitrión en el suelo sobre una almohada; una chica preciosa me trajo un cojín grande hecho de muchos retales colocándolo justo enfrente de él; la chica me quitó el abrigo de cuero con muchos nervios y lo dejó doblado a mi costado. Oí muchos murmullos pues el abrigo escondía parte de mi arsenal.

La tensión fue disminuyendo y me pareció que la gente de allí se iba sentando en el suelo en círculos, siendo mi guía y yo el centro

de todos. Un silencio se apoderó de aquel lugar que solo algún sollozo infantil lo rompía. Mi anfitrión lo quebró:

—Ahora podemos hablar con paz y calor.

Algo me extrañó desde que llegué y tuve que expresarlo con una clara cuestión:

—Y la gente mayor, ¿dónde está?

Aquel que estaba delante de mí parecía que esperaba esa pregunta pues sonrió mas no hubo ni pizca de malicia en ese gesto.

—No hay y nunca hubo.

—¿Qué pasa con ellos? ¿se van del lugar?

—Nadie se aventura más lejos de los límites pues hay demasiado peligro. Algunos lo han hecho y ninguno ha vuelto.

—No lo entiendo. Acaso, ¿morís jóvenes?

—Parecemos jóvenes pero no lo somos puesto que nosotros no envejecemos. Hace mucho tiempo, más del que podamos contar, algo nos hizo mutar. Crecemos muy despacio y morimos con el aspecto de la edad que tengo pero que es más de la que aparento.

—¿Qué sabes de mí?

—De ti nada pero vistes y te comportas igual que el maestro.

—¿Quién es el maestro?

Aquel chico hizo un gesto y la misma joven que me quitó el abrigo se dirigió a una estantería, extrajo un libro y se lo entregó al que parecía ser el líder de ese pueblo extraño. Él me lo mostró sin entregármelo.

—Aquí está todo escrito: lo que somos, cómo somos y qué hay fuera de esta ciudad en ruinas. Lo leemos todos, pues aquí no hay secretos entre nosotros.

—¿Habéis visto al maestro en persona?

—Cada mucho tiempo viene aunque a veces alguna generación entera se pierde su visita. Aquí hay un dibujo de él.

Me entregó el libro. Esa letra era exquisita, mas no recordaba dónde la había visto antes pues aún tenía la mente entumecida por la peculiaridad de este lugar y sus particulares habitantes. Pasé algunas hojas mientras era observado por cientos de ojos expectantes. Cierto era que explicaba por qué no envejecían: después de la gran guerra, la ciudad fue devastada por las bombas y toda o casi toda la población murió, ya fuera por la gran explosión o por la radiación; pero hizo mutar a algunos supervivientes, todos jóvenes que se pudieron refugiar en el bunker del reformatorio. Al cabo de pocos años, los de más avanzada edad cuidaban de los demás y sobrevivían como podían hasta que llegó un hombre que los salvó y los enseñó a ser autosuficientes; no envejecían y eran

muy resistentes a las enfermedades pero su esperanza de vida casi nunca superaba la cincuentena de años. Pasé la siguiente página y vi el dibujo del maestro con los ojos desorbitados. ¡Claro que sabía quién era, con su pelo rojo como el fuego, su perilla puntiaguda que le hacía parecer su cara una media luna y su sombrero de copa tan característico de él! Cuando mi anfitrión me vio la cara de sorpresa empezó una frase:

—Su nombre es…

—Antón el rojo, el guardián de los secretos y vosotros sois uno de ellos —dije yo cortando su frase.

—¿Lo conoces?

—Sí, somos más o menos iguales.

—¿También eres un maestro?

—Me temo que no, pero si en algo os puedo ayudar, lo haré.

—Mata a quien mora en la noche —dijo valientemente una chica a lo lejos.

Muchas voces la hicieron silenciar; las miradas de escepticismo ahora eran de admiración; para ellos quisiera o no yo era lo que llamaban un maestro.

—Amigos, tengo que partir pues tengo algo muy importante que hacer en el norte que nos afectará a todos tarde o temprano.

—Por la mañana mejor; ahora es demasiado peligroso incluso para ti.

—Pudiera ser. ¿Puedo haceros más preguntas?

—Claro…, maestro.

Sabía que no tardarían muchas palabras corridas para que apareciera la que le dieran a Antón, siempre con sus secretos. Ese hombre nunca dejaba de sorprender aunque Romualdo El Mago creo que le podía superar con creces.

—¿Cómo se llama o llamáis a este lugar?

—Antón dijo que la superficie era la ciudad muerta y nuestro lugar escondido, Metro. Así lo llamó y así lo llamamos nosotros.

—Muy apropiado. Aparte de maestro y yo, ¿habéis visto a alguien como nosotros?

—Sí, una persona más; una mujer muy hermosa que llevaba unas espadas parecidas a las tuyas, las que llevas en la espalda.

—Eran las mismas; esa mujer era mi madre.

—¿Era?

—Sí, no somos inmortales.

Un murmullo de tristeza invadió aquel lugar y vi como todos se levantaban; de uno en uno, mujeres y hombres se acercaban y agachando la cabeza, lloraban en mi hombro.

—Todos lo sentimos —dijo después de que la procesión de los lamentos acabara.

Aquello me emocionó tanto que casi estuvieron a punto de contagiarme las lágrimas.

—Agradezco mucho vuestras condolencias. ¿Tu nombre? Aún no hemos hecho las presentaciones y para los que son como yo es muy importante que un hombre tenga nombre.

—Sargel.

—El mío Silvan.

Me levanté hacia aquella chica que fue tan valiente de decir lo que los demás le hicieron silenciar:

—Soy más peligroso que el maestro y saldré esta noche a hacer la guardia por la ciudad muerta; los horrores que traen la noche quizás me han de temer a mí.

Todos exclamaron al mismo tiempo. Me volví a sentar delante de Sargel; mi cuerpo empezaba a bombear adrenalina y mis músculos se preparaban para la acción.

—¿Qué es lo que teméis de la noche? ¿Alguno lo ha visto?

Una voz que ya me era familiar contestó:

—Los monos ciegos.

—¿Tan peligrosos son? —pregunté girándome hacia Sargel.

—Antón dijo que solo salen por la noche; son tan grandes como nosotros y tienen unos colmillos enormes; son feroces y asesinos.

—Sargel, el camino de vuelta es muy largo. Siempre hay una salida secreta, ¿me la muestras?

Asintió, pero antes de levantarme se cercioró de mis intenciones.

—¿Estás seguro maestro?

—¿No te lo parezco?

—Lloraremos tu muerte pero eres dueño de tu destino.

—Es pronto para que me lloréis. Volveré, quizás con alguna herida. Puede que tengas razón pero no puedo ir en contra de mi naturaleza. Os ayudaré.

—Ven pues, maestro Silvan. Te mostraré nuestra salida secreta.

Al levantarme, todos lo hicieron; me acerqué a mi caballo, le acaricié el cuello y le susurré al oído.

—Volveré, quédate aquí.

Seguramente no me entendió pero el tono de mi voz calmó al animal mientras me iba. Sargel me condujo por varios túneles hasta que subimos por una escalerilla vertical, era la salida por una alcantarilla que estaba reforzada por un mecanismo el cual solo podía abrirse por dentro. Idea que con toda seguridad provenía del diablo rojo, de Antón.

Solo cabíamos uno por la escalerilla y Sargel se quedó en mitad del camino; la abrí y el viento fresco me acarició la cara, miré hacia abajo y sonreí a Sargel.

—Ciérrala, nos veremos por la mañana.

Sin esperar réplica alguna, como una sombra, me adentré en la noche de la ciudad muerta.

7. EL REY PUESTO

La noche en Ulsan estaba engalanada por la inauguración del nuevo teatro; este fue el motivo de que los habitantes estuvieran jubilosos después de tantos años grises. La plaza de Ulsan se había adornado con calderos metálicos donde múltiples hogueras daban luces ígneas anaranjadas. Las farolas con serpientes florales que las envolvían y cintas multicolores, iban desde el centro de la plaza a las diferentes fachadas que la rodeaban creando un techo de hileras coloridas.

El teatro estaba en la esquina opuesta del ayuntamiento; en el pasado era un almacén de grandes dimensiones de la Hermandad. Se trabajó bastante en transformarlo en un teatro usando a los mejores profesionales que pusieron todos y cada uno de ellos lo mejor de su labor. Tanto fue así, que el edificio en sí era una verdadera obra de arte. Dos pares de columnas a cada lado labradas con todo detalle de motivos florales soportaban un dintel triangular en cuyo centro y en relieve, estaba el emblema del teatro: dos máscaras: una triste y otra alegre y un cuadrado en forma de marco que estaba a veces superpuesto a las dos máscaras. El frontal era de piedra lisa y las puertas de metal plateado donde los llamadores eran la boca de dos leones. A un lado, una estatua de una mujer recién florecida con un vestido que se le pegaba a la piel revelando sus formas femeninas; la pose era como si danzara y su pelo estaba adornado con una corona de flores; ninguno de los que pasaron a su lado reconocieron quién era. Al otro lado, un chico inexpresivo que su rostro dibujaba una muy leve sonrisa que mucho se habían de fijar para advertirla. En una mano portaba un libro y a sus pies, muchos más; el libro ponía en letras de relieve “Laberintia” y en el pedestal ponía “héroe” en letras más grandes.

No toda la población de Ulsan podía caber allí a pesar del gran aforo que tenía; ya solo aquellos que trabajaron en su construcción ocupaban una cuarta parte de él. Después, Héctor, el director de todas las ciudades se reservó unas cuantas localidades para sus invitados. El resto fue por sorteo de aquellos que deseaban acudir al evento que eran casi todos.

Un cartel gigante anunciaba la obra “El Rey Puesto” de Romualdo. El que también fue el arquitecto y también lo llamaba todo el mundo “El Mago” porque vestía igual que los magos de las leyendas. Romualdo estaba entre bambalinas organizando a sus actores, comprobando las telas de los diferentes escenarios y todo el

atrezo. Faltaba poco para empezar la obra y todos eran presa de los nervios; deseaba que ningún actor o actriz tuviera miedo escénico. El actor principal pasó por al lado de Romualdo y se le quedó mirando, se acercó al rostro de él y lo besó en los labios, le cogió de los hombros y con una sonrisa plácida en su rostro, apaciguó a Romualdo.

—Todo saldrá bien.

—Cuando termine la obra lo sabremos, mi amado.

Con sonrisas cómplices zanjaron la breve conversación. El ruido de ir y venir menguaba hasta que ya todos estaban donde debían estar. De repente no se oyó nada más y Romualdo estaba escudado tras el telón esperando que se abriera. Por la rendija que le ofrecía parte de la platea, vio como todas las luces se apagaban y el telón se abría dejando a Romualdo en mitad del escenario; dio tres pasos hacia el frente y tres golpes con su bastón para dar más solemnidad a sus palabras venideras:

—Bienvenidos querido público, esta noche plácida veréis representar la obra de teatro "El Rey Puesto" donde relata las desventuras de un hombre coronado sin quererlo, cómo en una corte llena de intrigas y traiciones intenta sobrevivir a la codicia de los conspiradores. Sabed todos que lo que la mayoría desea no todos lo quieren, así, señoras y señores, niñas y niños, que dé comienzo el primer acto de la obra.

Se despidió con una teatral reverencia y desapareció andando hacia atrás mientras el telón se corría ante él; entonces, todo el público estalló en un concierto de fervientes aplausos.

Así, la gente de Ulsan disfrutó de unas dos horas de representación teatral de la historia de un rey que fue puesto sin querer serlo, donde intentaron que fuera un títere de aquellos que por codicia querían tener el poder aconsejándole sino mal, peor. La figura de otro consejero, que por supuesto fue Romualdo, tejió una trama para proteger al rey de su vida y de las lenguas tóxicas que con sus palabras querían envenenarlo. Pasó el tiempo y el que no quiso serlo, fue el mejor rey que reino alguno tuvo aunque acabó su consejero leal muerto en sus brazos y su legado era el rey puesto.

Las luces se encendieron y salieron todos los actores a saludar al público que no paraba de aplaudir a cada actor nombrado. Por último, salió Romualdo por ser el director de la obra. Fue la única vez que miró hacia el público pero las luces lo deslumbraban, detalle que él mismo hizo que así fuera para que los actores no pudieran ver al público y se distrajeran. Pasaron pocos minutos desde que corrió el telón hasta que la sala se vació.

Romualdo se fue hacia su camerino que compartía con el actor que hizo el papel de rey, que además era su amante:

—Romualdo ¿vienes a celebrar el estreno con la compañía?

—No mi amor, espero visitas.

—Entonces te veré en casa.

—Ansioso esperaré ese momento.

El actor principal besó a Romualdo y lo dejó solo en el camerino. Estuvo un tiempo pensando en Silvan pues hacía una semana de su partida y el búho hacía un par de días que había perdido su pista. Pero él sabía que Silvan estaba bien y que aún le quedaba camino. Perdido en sus cábalas, se sorprendió cuando unos golpecitos en la puerta pedían que la abriera y así lo hizo Romualdo. Cuando abrió la puerta, una niña de cinco años con los cabellos rizados y los ojos verde esmeralda se le abalanzó a sus pies.

—Creí que habías muerto de verdad, tito Romualdo.

—No era de verdad Ángela, era una obra de teatro donde la gente actúa.

—Pero si tú eres igual que ahora y hacías lo que siempre haces.

—Querida Ángela, eres muy inteligente para tu edad.

Seguido de la niña, entró una pareja cogidos del brazo; ella era tan hermosa como bello era él. Noelia, la alcaldesa de Vera y su hombre Prometeo, el antiguo bibliotecario y el señor de la palabra.

—Me ha encantado la obra Romualdo —dijo aduladora Noelia.

—No creo que sea solo la representación lo que te haga estar de tan buen humor. Bienvenido de tu retorno, Prometeo.

—No podía estar mucho tiempo lejos de mis mujeres —dijo con una convincente voz Prometeo.

—Ahora debes quedarte a su lado ¿lo sabes?

—Sí Romualdo, ya se me advirtió de que la paz puede que acabe cuando menos lo esperemos.

—Que sea más tarde que pronto.

Noelia interrumpió:

—Hay más gente que te quiere saludar.

Entraron entonces el director de todas las ciudades, Héctor y su mujer Sara. Ambos saludaron abrazándolo y felicitándolo.

—Otro pequeño paso para llenar de cultura estas ciudades – contento habló Héctor.

—Muy grande Héctor; creo que tú eres el rey puesto —dijo Noelia.

Sara le dio un simpático empujón a Héctor y le dijo victoriosa:

—Sé que la obra trataba sobre ti…

Se quedó pensativa Sara y se dirigió a Romualdo:

—Porque la reina era malvada y encima rubia; yo soy buena, lo quiero con locura y soy pelirroja —apuntó Sara con un guiño a Héctor.

—Porque el teatro es ficción y no podemos ser fieles a toda la realidad. Un día escribiré, si quieres, una obra sobre una forastera pelirroja que nacía y moría generación tras generación hasta que logró encontrar el amor en un mortal —dijo Romualdo a Sara con una sonrisa en sus labios.

—No Romualdo, los secretos mejor bien guardados —dijo Sara.

—De otra cosa escribiré pues —contestó Romualdo.

—Será un éxito seguro —elogió Héctor.

Una cabecita de otra niña de pelo negro como la misma noche asomó por el lado del marco de la puerta.

—Arcadia, ¡has venido!

—Sí tito Romualdo, con mamá y los abuelos Gabriel y Marion.

Así como los nombraba fueron entrando. Se saludaron con mucho cariño. El camerino se hacía pequeño. Fueron hablando del presente y de lo anteriormente pasado; ante aquel ambiente de distendida camaradería, alguien hizo una pregunta incómoda:

—¿Dónde está mi papá, tito Romualdo?

Romualdo sonrió a Arcadia, antesala de una medida distensión de la cuestión demandada:

—Está como siempre de viaje; se fue a salvar el mundo otra vez.

—Tarda ya mucho y lo añoro.

Su madre Raquel la cogió de la mano. No solo la niña lo echaba de menos, pero Raquel sabía cuál era el deber de Silvan. Romualdo se agachó hasta la altura de los ojos de la niña, pero cuando se disponía a hablar algo le hizo callar. En el fondo del iris de la niña veía un finísimo aro violeta que cuando más se acercaba Romualdo, más fino se hacía. Espero que nadie advirtiera el gesto preocupado de él, así que, sonrió raudo enmascarando ese pequeño detalle hacía a esa niña tan especial como su padre. Zanjó el tema con una frase:

—Todos echamos de menos a tu padre, pero volverá.

—¿Cuándo, tito?

—Cuando las hadas del tiempo le dejen.

—¿Eso es mucho?

—No lo sé mi niña.

La cara de Raquel se torció en gesto de preocupación. Romualdo se le acercó:

—En esta tierra pocos seres le pueden causar mal. Sabes quién lo protege y no hay ser más poderoso del que siempre está junto a él.

—Lo sé Romualdo, pero me preocupo.

—Hasta yo lo hago, pero volverá. Ya aprovecho que todos estáis al corriente del motivo del viaje de Silvan para saber cómo os distribuiréis en las ciudades por lo que pudiera pasar.

Héctor se puso serio y habló en aquella apretada reunión.

—Lo he estado meditando y también consultándolo con Sara. Sabemos quiénes de todos nosotros tienen aptitudes que podríamos decir que son más que humanas. En Alana está Valerio; hace tiempo que le mandé un mensaje y él se preparará con sus herreros. En Erdia está Manuel que también está en sobre aviso. En Vera, Noelia estará con Prometeo. Raquel y Arcadia se quedarán en Vera. En Altamiras ya tengo a alguien que la custodie. Yo me quedaré junto a Sara en Selva ya que es uno de los feudos más al sur. Romualdo, de los que faltan y que nos podrían ayudar, ¿qué sabes de ellos?

—De Antón tendré noticias pronto ya que tuve contacto con él hace poco; no dudéis que nos está protegiendo con sus secretos, siempre ha estado haciéndolo. De Karmen, pronto sabréis de él; de Albert no sé nada, quizás podéis esperar lo peor y de Derán la Dama Blanca…Sara, es tu hermana.

—Mi hermana está dormida pero si algo nos amenazara, despertará.

—Divina mujer, me encanta pues aparece como quien es en el momento oportuno —dijo Romualdo juntando las palmas— También tenéis que saber que los pastores de unicornios se han desplazado más al norte para vigilar; sabremos si algo nos amenaza, así seremos advertidos.

—Nosotros tenemos que partir; tengo muchos asuntos que atender y más cosas que preparar —dijo Héctor.

—Nosotros iremos a la antigua casa de Gabriel y Silvan, con Raquel y Arcadia—dijo Marion cogiendo en su regazo a la niña.

—Tengo una ciudad que dirigir y a un hombre que vigilar para que no se escape a su biblioteca otra vez —habló Noelia cogiendo con fuerza el brazo de Prometeo y con la otra mano a su hija Ángela.

—Pues adiós a todos; nos iremos viendo y nos iremos informando.

Así se disolvió la pequeña reunión y Romualdo se volvió a quedar solo. Pensaba en la futura amenaza, pensaba en el camino de Silvan y en el iris violeta de Arcadia; demasiado pensar, así que abandonó su camerino. Fue por la parte de atrás del teatro pero cambió de opinión y salió por la principal aunque no supo realmente la razón.

Pisó el escenario mientras la acústica del teatro aumentaba

exageradamente el ruido de sus pasos; apartó el telón lo justo para pasar y cuando iba a bajar por dicho escenario, paró. Una sombra estaba de pie en el palco superior y se tiró hacia el escenario; a pesar de la acústica, nada se oyó. La sombra se acercó a Romualdo:

—Salud Romualdo, El Mago.

—Salud, Antón.

—Trajiste a Prometeo aquí; te lo agradezco.

—Es lo que debía hacer. ¿Qué tal la reunión?

—Héctor es una mente privilegiada, confío en él.

—Somos nosotros quienes tejemos los hilos de las tramas.

—Sí. ¿Sabes algo de Silvan?

—Sí mago; ahora está a resguardo con uno de mis secretos. Si no comete ninguna temeridad, estará bien.

—Él es muy proclive a cometerlas.

—Así me temo.

—Supongo que tendrás muchos secretos guardados que puedan ayudarnos.

—Supones bien Romualdo.

—Buen motivo para dormir mejor hoy.

—Estaré cerca pero no me mostraré. Ten buena noche y buenos sueños mago.

—Los tengas tú también Antón.

—La noche no sé, pero yo no duermo, no mientras tenga a quien proteger.

—Adiós Antón.

—Adiós Romualdo.

Antón desapareció teatralmente y nunca en mejor sitio que aquel. Romualdo salió por la puerta principal y la cerró con llave. Encaró las calles ya desiertas de la ciudad pues tenía ganas de llegar al calor del hogar y del cuerpo de su amante que le esperaba. Apoyado en su bastón, sus pasos avivaban hasta que vio cómo un hombre corría hacia él. Era un guardia. ¿Qué podía pasar?

—Señor Romualdo, ha venido un hombre con una mujer y su hijo. Pregunta solo por usted.

—Karmen —dijo sonriendo.

—¿Señor?

Romualdo fue corriendo levantándose la parte inferior de la túnica; parecía bastante cómico pero las prisas no entendían de decoro. Llegó hasta la puerta norte y vio a quienes también esperaban.

—Karmen, amigo.

La mujer lo miró sorprendida.

—Este fue el hombre que me protegió hasta que llegaste tú con tu amigo.

—Sí, soy el mismo. Bienvenida María y Jesús.

—Aquí estoy Romualdo. Supongo que la cosa se pondrá fea.

—Así creo. Silvan se fue solo a investigar.

—¿Solo? No es buena idea.

—Es lo que mi instinto me dijo.

—Romualdo, planté rosas rojas y negras.

—Espero que no las uses… mucho.

—Mira esto.

Karmen le entregó una rosa violeta; Romualdo la cogió, la miró y pensó en los ojos de Arcadia; no es superstición prestar atención a las señales. Karmen le llamó la atención:

—¿Has visto el cielo, Romualdo?

Levantó la vista y vio una luna llena de color anaranjado, casi rozando el rojo. Romualdo se quedó absorto hasta que Karmen volvió a hablar.

—Luna de sangre.

Romualdo calló y pensó dónde y qué haría Silvan.

8. LUNA DE SANGRE

Dos pasos después de oír un débil sonido metálico que produjo el cierre de la alcantarilla, miré hacia el cielo despejado de esta noche y una luna de color carmesí reinaba con su luz de sangre dándole un matiz siniestro a las ruinas ocultas por la maleza. Bajé la vista y vi dos esqueletos con los huesos dispersos; me agaché y vi en ellas marcas de colmillos. Me evadí de cualquier otro pensamiento que no fuera la caza.

Con un salto alcancé una pared próxima para poder ver quiénes eran esos que denominaban monos ciegos y que tanto aterraban a aquel particular pueblo de hombres que no envejecían. Hacía muy poco que la luz del día había dejado paso a la noche y si esos eran bestias nocturnas que le temían al día, no estaban cerca de las ruinas de esta ciudad; pero al paso del tiempo se acercaban. Empecé a oír el sonido de esos seres en movimiento, cómo se movía la hiedra que casi todo envolvía y el rasgar de garras que se apoyaban en las paredes erosionadas con su fuerza. Los sonidos se disgregaban, se estaban separando intentando abarcar todo el terreno posible; no tardarían en captar mi olor y yo no sabía aún a lo que me enfrentaba y por supuesto, ellos tampoco.

Me movía constantemente sin tomar ninguna altura que me delatara; los oía: eran gruñidos guturales y eran movimientos de seres del mismo peso que un humano pero su olor era de pelaje sucio; aún no me habían detectado. A pesar de que fuera noche, vi cómo las flores se abrían, cómo sus estigmas liberaban polen y un perfume floral que invadía la atmósfera; aquello no era normal pues embotaría el olfato de las criaturas (sabía que la Madre Tierra me protegía). Oía cómo se movían erráticamente, sentía sus nervios pues aumentaban sus gruñidos. La luna de sangre les afectaría y el no poder tener todo el sentido olfativo debía ponerles sobre la pista de que algo extraño ocurría esta noche; ese algo era yo pues la muerte se movía entre paredes y huecos.

Una de esas criaturas estaba cerca, era un homínido que estaba sentado en una pared cercana mirando hacia algún lugar determinado; me subí a varios metros de él en la misma pared sin producir sonido alguno. Vi sus ojos lechosos y abrió su boca bostezando descubriendo unos poderosos colmillos; giró levemente su cabeza en la dirección contraria de donde me encontraba yo. No estaban ciegos pero no soportaban sus ojos (por cualquier razón), la luz del día. Aproveché ese desliz para situarme más cerca de él y me

quedé acuclillado hasta que se diera cuenta de mi presencia pues quería ver su reacción. Entonces empezó a olfatear el aire nervioso ya que algún olor no le cuadraba: era el mío. Entonces se giró hacia mí, se puso tenso para saltar hacia donde me encontraba y emitió un chillido que fue ahogándose en un borboteo de poco volumen cuando le corté su garganta. Fue una fracción de segundo, el suficiente para avisar a los demás y por lo que escuché, no eran pocos los que estaban allí. Se puso instintivamente las manos peludas en su garganta y se cayó de costado con una expresión de sorpresa. Ellos eran los cazadores y no estaban preparados para ser presas.

El sonido aumentaba y muchos de ellos acudían hacia la procedencia del aviso. Me alejé todo lo deprisa que pude dando un rodeo lo suficientemente largo para ponerme a la espalda del grupo que se unía ahora para poder atacar a algún rezagado. No podía presentar batalla de cara pues sería una muerte cierta y no podía morir esta noche porque tenía una misión que cumplir. Me movía rápido por los cuadrados salvando escombros y maleza a mi paso; una de esas criaturas estaba cerca así que le di una patada a una piedra para que sonara, rodó sobre el pavimento deteriorado y puse mi espalda pegada a la pared; miré hacia dónde debía aparecer y vi primero sus dedos asomar al final de la pared con tanta fuerza que la arenisca desprendida cayó sobre mí; después apareció su cabeza por lo que solo tuve que levantar mi espada en vertical para atravesarle el cráneo. Cayó muerto de espaldas causando un ruido que hizo parar los sonidos guturales que oía constantemente; los demás vendrían hacia mí pero yo ya no estaría. Zigzagueando, entré por las antiguas calles y di con lo que sería una avenida ancha, todo lo ancha que no había sido invadida totalmente por la naturaleza. No la dejé de seguir. Si me encontraba con más de los que deseaba que aparecieran, huiría por cualquier lateral. Solo con unos segundos de ir por la mitad, un grupo de tres estaban vigilando por esa poca amplitud que daba la vía y sin evitarlos, fui más rápido hacia ellos por mi derecha; antes de llegar a ese grupo vi cómo una sombra se abalanzaba hacia mí tapando casualmente con su cuerpo la luz de la luna roja. Di un salto hacia el lateral opuesto donde caería y aterrizó en el suelo sin perder el equilibrio, pero emitió un gruñido de rabia por no haberme cazado en su acrobacia mortal. Solo había un metro entre nosotros y su rugido había puesto sobre aviso al resto del grupo. Al que me enfrentaba ahora era rápido pues fue terminar el sonido cuando se abalanzó sobre mí con la boca abierta mostrando cuatro grandes colmillos; con un giro hacia

mi derecha le decapité saltando sobre el resto de su cuerpo y que la inercia empujó hacia mí. Los otros ya avanzaban hacia mí con rabia pero desaceleraron al ver que en vez de huir, iba hacia ellos con paso lento (para que ir si ya venían ellos). Me quedé parado mientras mis dos espadas quedaban al descubierto absorbiendo la luz de la luna para reflejarla por la superficie que no estaba impregnada de sangre. Uno fue más valiente que los otros dos y aceleró un poco más. A dos metros de mí, saltó con los brazos abiertos para apresarme y yo a pie parado, me impulsé hacia él tomando más impulso inclinado; un codazo vertical que impactó en su mandíbula que le hizo cerrar la boca y girarse hacia atrás perdiendo el equilibrio cayendo de espaldas al suelo. Quizás ya estuviese malherido o quizás muerto pero al aterrizar le atravesé con mis dos espadas su pecho. Nada más tener la perpendicular de mi cuerpo, di un paso para que el cuerpo no me estorbara y me interpuse en la carrera del siguiente ofreciéndole mi pecho; justo en el momento de que impactara, me di media vuelta hacia un lado dejando que me superara y ver su espalda que golpeé justo en su columna con el pomo de mi espada derecha. El que restaba estaba más cerca de lo que calculé y aunque lo pude esquivar in extremis, pudo herirme con sus garras en mi hombro rasgándome la tela y haciéndome surcos rojos en mi piel. Yo cometí un fallo pero él también; se giraba con sus fauces abiertas que atrapé con mis manos mientras dejaba caer las espadas, añadiendo un tañido metálico a la noche de la luna de sangre ante la imposibilidad por la fuerza que le imprimí de cerrar sus fauces; intentó herirme otra vez con las garras pero el dolor cuando le separé la mandíbula de su boca, le hizo retroceder echándose la mano a su boca que ya no estaba, momento en el que con tanta fuerza le di un puñetazo en el pecho que paré su corazón. Recuperé mis armas rápido y rematé al que le había golpeado quebrándole la columna; el hombro me ardía, pero lo único que consiguió esa herida fue enfurecerme y hacerme ir a buscar a los que faltaban en lugar de esquivarlos. Era momento de hacer ruido así que envainé las espadas de luna después de limpiar la sangre en los cuerpos de los caídos. En aquella intersección no se veían más criaturas por lo que cerré los ojos y escuché cuáles se encontrarían más cerca; a mi izquierda oí a varios avanzar hacia donde yo me hallaba: olían la sangre, corrían y saltaban excitados así que me adelanté por una calle lateral por donde se acercaban. Saqué las dos pistolas y las levanté a la altura de mis hombros, entonces aparecieron dos corriendo por la calle y varios que se acercaban por ambos laterales. Unos pasos más y se

oyeron dos truenos sin tormenta y dos cuerpos se arrastraron sin vida por aquello que ya parecía más que una ciudad, un cementerio. Puse los brazos en cruz y no necesité esperar mucho para que por mi izquierda y mi derecha aparecieran sobre varias paredes de diferentes alturas, dos bestias más; dos disparos certeros con los ojos cerrados y dos vidas más arrebatadas o quizás, otras salvadas. Envainé presto las armas de fuego; sus cañones, a pesar de estar en las vainas, producían un calor incómodo en mis muslos y el olor a pólvora atenuaba mis sentidos, pues otro más se acercaba cerca de la pared donde uno de sus iguales murió. Salté hacia la elevación ruinosa y de mi bota saqué un cuchillo de gruesas dimensiones; justo cuando el que me quisiera dar caza tomó el impulso para salvar la pared, vio mi silueta siendo su última imagen. Le introduje el puñal en su cerebro aprovechando su mismo impulso y bajé rápido a recuperarlo; no oía sonidos cercanos, así que me moví a otras zonas pues a más lejanía había más actividad. En un recodo vi una cueva producida por zarzas espinosas y hiedra de tallos gruesos. Me llamó tanto la atención que fui hacia su entrada: medía unos pocos metros y era totalmente circular, una rareza que producía la naturaleza. No sé si la luz de la noche estaba produciendo una ilusión óptica pero veía como se movía; apenas era perceptible, parecía artificial pues no vi en todo lo que recorrí cosa igual. Al fondo vi una bestia y ella me vio a mí; aceleró el paso para atravesar aquella formación de zarzas enormes y tallos nudosos. Yo me quedé quieto con las manos abiertas y en cuanto entró una de esas bestias en aquellas espirales, los troncos de la hiedra trabaron sus extremidades haciéndolo caer e hiriéndose con cientos de espinas de las zarzas. Se levantó cabeceando pues eran heridas menores; cuando se reincorporó se echó una extremidad al pecho y empezó a echar espuma por la boca cayendo muerto entre las hierbas que no tardaron en enroscarse para cubrirlo. No era yo el único que luchaba contra ellos, la naturaleza me respaldaba aunque falta no creo que hiciera. Volví hacia mi espalda y empecé a correr en la dirección contraria de esa trampa mortal. Iba mermando poco a poco a aquellas bestias y empecé a escuchar que sus gruñidos de rabia tenían otro matiz, quizás podía aventurarme a decir que de sorpresa ya con pequeñas dosis de miedo. Al girar una esquina me topé de frente con otra que antes de que impactáramos los dos, me elevé lo justo para levantar la rodilla y usarla de ariete. Oí como varias costillas de su pecho crujían rotas, entonces volví a desenvainar el puñal y se lo clavé justo en uno de sus lechosos ojos hasta que salió por la parte posterior del cráneo. Nada más sacarlo,

volví a moverme sin ningún rumbo pues quería crear confusión y a la vez que ellos encontraban los cadáveres de los suyos, menos sonidos se oían. Estaban de caza y estaban siendo cazados; yo no deseaba en ningún momento matar, si no que aquel lugar lo dieran como peligroso y no volvieran. De repente un gruñido más potente de los que antes escuché me hizo parar; tenían que tener algo así como líder y ese tenía que ser mi objetivo. Me dirigí hacia ese sonido pero necesitaba ver más que percibir. A mi izquierda vi el único edificio que tenía más de una altura: era bastante alto y aún conservaba parte de su techo y una torre alta que, aunque estaba deteriorada, tenía un objeto metálico en su centro: era una campana. Ese sería el terreno que elegiría y si me salían bien los planes, su líder vendría a por mí para demostrar su supremacía con los suyos matando a la amenaza que era yo. Eran tres las manzanas que me separaban de aquel lugar; en teoría, según leí, aquel lugar era sagrado pues era una antigua iglesia. Yo quería acabar con esa matanza, quería liberar a la noche de aquellas bestias que seguramente habían asesinado a humanos, solo porque la noche era su reino.

Me moví con más sigilo y celeridad pues las heridas de mi hombro me podrían delatar con lo que aceleré superando los muros, esquivando escombros y saltando de una pared a otra. En el suelo había otra criatura que me detectó por la sombra que le sobrevoló y al aterrizar en el muro, me impulsé hacia atrás cayendo de espaldas en una voltereta sobre aquel que avanzaba hacia mí; lo cogí por la retaguardia y no le di tiempo a girarse cuando con mi puño le golpeé la base de su cráneo viendo cómo caía inerte al suelo. Me quedaba solo una manzana de ruinas para cubrir mi objetivo pero decidí que sería más conveniente cubrir la distancia a ras del suelo. Llegué sin más contratiempos a aquel edificio; quizás en el interior hubiera una escalera que llegara al campanario pero quise ahorrarme tiempo y escalé por la parte exterior del edificio. Alguna parte casi me costó un disgusto pues estaba en mal estado a pesar de mantenerse en pie aquella construcción; cuando llegué arriba la campana apenas estaba sujeta, era un milagro que los metales que la asían no hubieran cedido; no sabía si al hacerla sonar caería y el edificio con ella pero arriesgué demasiado tiempo luchando y tenía que dar un final. Su badajo tenía una cuerda con un nudo a su final; cogí la cuerda hacia mí tirándola hacia el exterior y los tañidos de la campana inundaron con su metálico sonido hasta el último rincón de aquella ciudad muerta, por la reacción a aquel sonido que fue en principio el silencio. Después

imaginé decenas de cabezas girándose hacia aquel edificio, pero escuché pasos de un ser de más peso que aquellos a los que maté poniendo camino hacia aquí. Me asomé y salté hacia el techo con tan mala fortuna que cedió ante mí cayendo con sus escombros hacia el suelo de la iglesia. Evité que me dañara flexionando y rodando, aunque amortigüé la caída me llevé unos cuantos golpes y arañazos con algunos cristales que había en el suelo. Cuando me incorporé vi que aún poseía todas mis armas y mis heridas no eran graves. La entrada estaba sin puerta y las ventanas de los laterales estaban a gran altura; la claridad de la luna se tapó pues por la puerta entró una criatura de gran tamaño: era igual que los otros aunque mucho más grande. Detrás de él vi más sombras pero se mantenían quietas; aquella mole avanzó sin evitar los escombros que arrasaba a su paso, me quedé inmóvil y como dije antes: para que ir yo si ya venía. En una pequeña fracción de segundo esquivé su embiste y cayó rodando por el suelo causando un estruendo por destrozar maderas y tejas debido a su peso, pero era rápido para su tamaño, demasiado rápido. Volvió a embestir y entonces salté delante de él, aunque no lo suficientemente rápido pues con su extremidad derecha me golpeó e hizo que mi salto se desestabilizara y cayera sin poder recuperar el equilibrio; pude ponerme en pie más dolorido que antes y esperando tener encima a aquella bestia pero no fue así; frenó su carrera en cuanto me golpeó pero estaba esperando frente a mí a pocos metros. Era un reto, se veía superior y yo cometí un error mas ahora él cometía otro por subestimarme.

Desenvainé las dos espadas de la luna e hice que el reflejo de la misma estuviera reluciendo en ellas y corrí hacia la bestia; antes de llegar a ella me flexioné para saltar y la criatura se levantó para apresarme al vuelo; antes de despegar del suelo me incliné hacia él para arrastrarme por él engañándolo. Pasé por debajo de sus patas traseras y con las dos espadas le corté los tendones. Cayó hacia el suelo aullando de dolor, se revolvió hacia mí extendiendo ambas manos para atraparme pero las clavé en el suelo ensartándolas con mis espadas hasta la empuñadura e introduciéndolas en el suelo. Estaba vencido y me miraba con dos ojos lechosos sin pupilas esperando con sufrimiento, el cual acabé desenfundado una pistola y con el eco de aquel edificio, reventarle la cabeza para poner fin con su vida. Saqué las espadas de su cuerpo sin vida y me acerqué a la puerta donde más de una docena de esos simios miraban incrédulos cómo su líder había muerto. Me puse delante de ellos bajando solo unos pocos escalones, y solo dije una palabra:

—¡Buh!

Todos aquellos que estaban a los que llamaban los monos ciegos salieron huyendo produciendo sonidos de alerta y de diferentes puntos se hacían eco; en pocos minutos, la ciudad quedó desierta.

Evalué mis heridas pero me recuperaba rápidamente. Me dirigí hacia la verja de entrada del metro y antes de llegar a ella, caí de rodillas al suelo voluntariamente mientras sentía cómo la hierba cercana me acariciaba las manos que dejé caer al suelo; esperé al alba y mientras, dormí así sabiendo que nada amenazaría mi sueño.

Los primeros rayos de sol que incidieron en mis ojos me despertaron. Delante de mí estaba Sargel junto a otros de su pueblo; una mujer muy joven (como lo eran todos) empezó a mirar mis heridas. Me levanté y apareció mi caballo de la mano de otro de aquella gente.

—¿Estás vivo?

—No puedo decir lo mismo de algunos de los monos ciegos.

—¿Los has matado a todos?

—No, pero creo que la noche en la ciudad muerta es casi segura, aun así, no os confiéis.

—Gracias, maestro Silvan.

—He de partir pues estoy retrasándome, Sargel.

—Buen viaje, maestro Silvan.

—Gracias Sargel.

—¿Al norte vas?

—Ya lo dije.

—No sabemos cómo agradecerte lo que has hecho por nosotros.

—Manteneros vivos y dad auxilio a quién lo necesite.

La chica que me miró las heridas, aquella que se sentó cerca de mí, se acercó a mi oído:

—En el norte alguien te espera, no muy lejos de aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente, lo sé.

El tono fue sin réplica. Me monté en el caballo, me despedí con educación y miré enigmáticamente a aquella joven que me sonrió; miré hacia el norte y mi caballo empezó a andar sin que se lo dijera.

9 EL POETA Y LA DAMA BLANCA

— Ánimo Jamelgo que hace un día precioso; la hierba tiene sus hojas adornadas del rocío de la mañana y el alba nos ha bendecido con el trino de los pajarillos que cantan a la mañana.

Un enorme alazán, blanco como la nieve de más de dos metros de cruz y con una crin larguísima del mismo color, resopló y movió lateralmente la cabeza al mismo tiempo.

—Qué poca sensibilidad compañero de viaje. Soy como tu padre puesto que yo mismo ayudé a la yegua que te engendró y desde ese momento, pocas veces me he separado de ti. Algo de mí tendrías que tener; no te pido que hables pero al menos que entiendas la sensibilidad que le imprimo a las palabras. ¿Lo comprendes?

El caballo cabeceó asintiendo exageradamente su cabeza dejando que el pelo de su crin ondulara con el movimiento.

—Sabía que así sería. ¡Ay, Jamelgo! Estoy en una misión en la que llevo casi cinco años: buscar a la mujer que amé. Incluso tengo la chispa de la esperanza de que ella lo hiciera también pero, ¡qué dolorosa es la ausencia y el olvido! Nosotros dos, en esta Tierra de Nadie tan salvaje e indómita llena de abominaciones y el que los humanos dejáramos que la naturaleza no tuviese fronteras, la ha hecho más hermosa.

El animal resopló con más fuerza otra vez.

—Bueno, en fin, ya que te molesta mi verborrea (ciertamente bella) me callaré.

Y Jamelgo, como llamaba a su caballo, hizo un gesto moviendo su crin de un lado a otro. Aquel jinete y su montura eran parte de los pastores de unicornios que creó Romualdo El Mago; ni eran pastores porque jinetes eran y los cuidaban, ni unicornios eran aunque no fueran caballos normales. Su tamaño era superior a cualquier raza anterior; se unían con un jinete de por vida y ningún otro podía montarlos, a no ser que Romualdo lo ordenará. Esos caballos tenían más inteligencia que sus congéneres y sus jinetes eran también luchadores excepcionales entrenados en el mejor escenario, en Tierra de Nadie. Ese jinete que ahora cumplía una misión bastante dilatada en el tiempo, era ahora más urgente que se cumpliera con la partida de Silvan hacia el norte.

Iván el poeta, era ese pastor de unicornios en el que caía sobre sus anchos hombros el peso de ese cometido; con un sombrero de copa corto y una carta de naipes en su cinta junto con una pluma que se suponía que usaba para la escritura, contrastaba con una

barba corta negra sobre una faz de facciones suaves y doradas a la inclemencia del sol de tanto camino. Estaba fuertemente armado; tenía una armadura ligera y ajustada al cuerpo que ocultaba bajo varias piezas de tela que lo vestía y ahora procuraba más calor que protección.

Llevaba ya cinco años vagando por todas las direcciones posibles evitando algunos lugares que Romualdo le marcó como excesivamente peligrosas o pudiera ser que simplemente no quisiera que fuera a ellas; tampoco la ilusión le embargaba pues era mucho más de evitar el peligro que de enfrentarse a él. Vivo era más útil que heroicamente muerto; no carecía de valentía pero la prudencia también era virtud mas no era la única pues los demás pastores le apodaban el poeta por su forma de hablar. Siempre en los ratos ociosos, tanto leía como escribía y en un claro aparentemente sin peligro en los alrededores, Jamelgo estaba tranquilo pues su caballo detectaba las amenazas con bastante precisión. Allí, con la palma de su mano en el cuello del animal, le ordenó parar para desmontar de un salto, estiró su cuerpo y empezó a observar el paisaje en rededor con una sonrisa inspiradora.

De sus alforjas extrajo una tabla de madera y unas hojas blancas de un tamaño menor que la fina tabla que tenía en sus manos; esa tabla rectangular tenía un mecanismo en su parte superior que era metálica; puso el papel sobre la madera y con un pequeño mecanismo fijó el papel. Buscó en las alforjas hasta que sacó un pequeño bote de cristal que contenía tinta, levantó su mano para alcanzar la pluma que tenía en la cinta de su sombrero, buscó una piedra a su gusto para apoyarse lo más cómodamente su espalda y puso muy a mano una pistola de gran calibre recordando que estaba en un lugar salvaje y toda precaución era poca. Ya acomodado y con sus herramientas de escritura listas, dedicó unos segundos a ver cómo Jamelgo se alejaba unos metros mientras pastaba y después de esa pausa, se imbuyó en el mundo de las letras mientras intermitentemente observaba el paisaje.

La mañana adornada
Con el cantar de los trinos
En esta apartada arbolada
Hace más llevadero mi camino
Bendecido por los colores vivos
De las flores de un claro perdido
Vuelvo al recuerdo blanco
De ese otoño nevado donde fui amado
Por la dama blanca…

Levantó la vista sonriente rememorando aquella mujer de cabellos de plata, de cuerpo juvenil y de una locura contagiosa que a todos encantaba, cuando súbitamente abrió los ojos ante la sorpresa de ver a una fugaz mancha blanca entre los árboles vecinos; tiró la tinta sobre el piso y nada le importó esa preciada pérdida. Había visto algo que deseaba ver pero se apareció como una ilusión. Entre dos árboles de troncos recios, vio el pelambre níveo de un animal bastante grande, miró a Jamelgo que levantó la cabeza y alzó las orejas para después mirar a Iván. Era definitivamente, la pista que estuvo buscando durante años. Salió corriendo hacia su caballo únicamente recuperando el papel y la pluma que colocó al paso en su sombrero, pero el papel en ningún momento lo dejó de asir. Con un gran salto para superar la grupa de su gran caballo, dio talones para dirigirse hacia lo que creía que había divisado entre los árboles; las poderosas patas de Jamelgo avanzaron atronando el claro con sus pisadas, para desacelerar junto a la entrada del bosque. Ya vio que era un gran lobo blanco y solo los había visto de ese tamaño cerca de Derán, la Dama Blanca. Aquel lobo se paró mirando al jinete y su montura, olfateó el aire mientras Iván, parado a una distancia prudencial, esperaba su reacción. Volvió el lobo la cabeza al frente y empezó a acelerar el paso a lo que Iván lo hizo a la vez. Sorteaba los accidentes del terreno tanto como los obstáculos vegetales sin perder paso ni distancia de su guía; el sonido del agua se acrecentaba al tiempo que avanzaba y perdió de vista a aquel animal que perseguía pero no la resonancia acuosa que tornó como pista. El bosque desapareció para descubrir una pequeña cascada rodeada de rocas cortadas en un semicírculo de baja altura; sobre una de esas losas estaba parado el lobo blanco, tan grande como su altura y no era Iván hombre chico. Jamelgo no mostraba ningún signo de nerviosismo y a Iván le invadían dosis entremezcladas de ansiedad, expectación y una pizca de miedo.

Desmontó y acarició a su caballo sin darse cuenta de que, aún arrugado, llevaba en su mano el papel que escribió en el claro que abandonó buscando lo que años hacía que perseguía. Se fue acercando con cautela a aquel animal que si no fuera porque su lengua se movía entre sus dientes jadeando, pensaría que fuera una estatua. Ya alcanzó sus inmediaciones cuando dos más aparecieron a su lado con un andar pausado. Se acercaron a Iván, lo olieron y se giraron con tranquilidad pues él estaba impregnado de ella y es lo que ellos olieron. Fue detrás del trío de lobos y miró mientras andaba hacia Jamelgo que ahora se encontraba quieto en la misma

losa pétrea que anteriormente estaba el lobo seguido; Iván hizo un movimiento con su mano con la palma hacia el suelo, el caballo movió su cabeza levemente hacia delante entendiendo el mensaje y allí quieto se quedó.

Al poco camino escoltado que fue, los accidentes geográficos descubrieron la entrada a una cueva. Si ella estaba allí, ¿por qué no salió a recibirlo? Pensó. La cueva no estaba cerrada pues por múltiples huecos se colaba la luz del sol y a solo unos pocos pasos de entrar, vio varios lobos acostados en el suelo; el que estaba más próximo a él se levantó bostezando y oliendo tranquilo la presencia de Iván; descubrió a aquella bella criatura que tanto tiempo buscó; con su cara de paz e inocencia y sus cabellos de oro fino esparcidos como un abanico alrededor de su cabeza, vestía como la recordaba; sus transparencias mostraban sus pechos redondos que terminaban adornados en unos rosados pezones, sus piernas flexionadas tan bien esculpidas y sus brazos abandonados al sueño. Iván no pudo más que articular bellas palabras que retrataban la verdad de esa estampa entre halos de rayos de sol que se diría o se afirmaría que la hacían brillar.

—Poco es el tiempo y el esfuerzo para contemplar tanta belleza que aún así, quieta y dormida, haga en silencio admirar la hermosura tuya y ahora rompo el pasado silencio porque brotan de mi boca palabras que sean un ruego de que si esto es un sueño, jamás quisiera despertar.

Derán, la Dama Blanca, aún con los ojos cerrados esbozó en su blanco rostro una sonrisa traviesa y a los segundos, entreabrió los ojos:

—No podía oír mejores palabras para un despertar.

Aquella bella muchacha después de pronunciar esa frase con un acento de fin del sueño, extendió los brazos junto a un delicado bostezo que tapó la boca con una mano y con mucha delicadeza; después, abrió los ojos dejando que sus azules adornaran aún si cabe más, la hermosura y sensualidad que irradiaba.

—No esperaba a nadie mejor para que viniera a despertarme de mi letargo.

Los lobos blancos que la rodeaban también se incorporaron sobre sus patas y abrieron sus bocas bostezando y dejando ver unos colmillos que parecían de plata blanca. Los rayos del sol de ese día se colaban en haces de luz que por orificios naturales hacían que todo el conjunto pareciera irreal y mágico dejando a Iván sin palabras, y era raro en él no poder hacer uso y abuso de ellas. Derán hizo un mohín de disgusto.

—¿Iván?

—¿Derán?

—¿Te has quedado sin habla? Yo quiero que me deleites con tus bellas palabras, tal y como hiciste la noche en la que te di lo que pocos hombres han conseguido de mí. Quizás esto te ayude un poco pues te daré un trozo de recuerdo.

Se levantó y andando de puntillas se acercó a Iván que aún estaba hipnotizado por el encuadre porque después de cinco años de búsqueda, una vez logrado lo deseado, quieto y mudo se quedó. Antes de llegar a él, Derán, la Dama Blanca dio una vuelta a sí misma haciendo volar su vestido y mostrar unas lindas piernas. Mientras sonreía pícara, dio un paso al frente y besó con los labios cerrados en la boca a Iván. A él le invadió tal como dijo, el recuerdo de cómo amó y cómo fue amado aquella fría noche de otoño en el feudo de Mont-Elo, cual fue de especial toda la noche donde descubrió el arte de sus caricias y de cada beso que se grabó en la piel de ambos; con la dulce sensación de paz que los envolvía, Iván rodeó con sus brazos la cintura de aquella mujercilla. Entonces ella se apartó sin disgusto.

—¿Cuánto tiempo? —dijo sin dejar de sonreír Derán.

—¿El que llevo buscándote? —contestó Iván aún emborrachado de ella.

—Que será el mismo que llevo durmiendo; si no fuera así, me decepcionarías mucho.

—No he de mentiros a vos pues creo que descubriríais la mentira sin duda. Desde que supuestamente desaparecisteis, se me encomendó la misión de buscaros y si nada me hubieran ordenado, hubiera partido también sin dudarlo. Me dijo Romualdo que estaba impregnado de ti; si se refería a que os quería, sería buen sinónimo. De eso hace cinco años.

—¡Qué dormilona!

—Mucho tiempo, demasiado. Cada día tu ausencia me pesaba pero mi esperanza nunca cesó.

—¡Oh mi poeta! Para lo que a ti es mucho tiempo, para mí tanto no es. Quiero la luz del día. ¿Me acompañas?

—Me ofende que tan siquiera lo preguntéis.

Iván y Derán salieron al exterior de la cueva. Jamelgo levantó la cabeza al verlos y los lobos blancos correteaban juguetones por los alrededores. Derán se acercó al gran caballo blanco y lo acarició, acto que agradó al alazán que con gusto se dejó. Iván le ofreció su mano en alto para que galante ella lo cogiera y así empezar a caminar hasta el salto del agua. En aquella pequeña laguna donde

caía el agua, Derán se desasió de la mano de Iván; él se quedó quieto y ella se desnudó dejando que su vestido cayera a sus pies dejándose mostrar un cuerpo menudo pero delicadamente esculpido en proporciones preciosas. Su piel blanca casi irradiaba un aura de plata y de un pequeño salto, se introdujo de cabeza en el agua. Iván dudaba entre acompañarla o esperar que disfrutara en solitario el baño. No tardó en subir las rocas de la orilla para estar delante de Iván y mirándole a los ojos, le dijo.

—Iván, algo más me has de contar ¿verdad? Porque yo tampoco te mentiré pues me has encontrado porque quise que me encontraras; no siempre he estado dormida y le hablé al viento para que vinieras a buscarme.

—Bella dama, tengo que deciros que Romualdo pocas veces contactó conmigo hasta hace muy pocos días. Solo me comunicó que Silvan partió al norte él solo, y me dijo que fue a un lugar que tiene dentro una torre.

El semblante de aquella muchacha jovial, solo por un instante, tornó oscuro lo blanco para volver el aura que antes le proveía de su magia de mujer.

—Nadie debía saber que existía pues está bien custodiada por los ancianos, pero en verdad la Madre Tierra le puso en aviso aunque es demasiado pronto para que vuelva Silvan. El viaje le llevara más tiempo del que él prevé y los ancianos no querrán que llegue a ese lugar. Demasiadas dificultades para que las afrontara él solo, pero si fue advertido es que algo tiene que ocurrir, y si ha de ir sin compañía tiene que ser por una razón mayor.

Derán se vistió con premura e Iván puso cara teatralmente triste que a Derán divirtió lo cual regaló a Iván una sonrisa traviesa. Una vez compuesta, se puso a pensar y volvió a interrogar a Iván:

—¿Cómo se llama la hija de Silvan?

—Arcadia le puso.

Una gran sonrisa se dibujó en el hermoso rostro de Derán.

—Cumplió lo que prometió y honró el nombre de mi madre.

—Silvan por lo poco que estuve con él, es hombre de palabra dada.

—Preciosa montura.

—Su nombre es Jamelgo.

—Que poco poético.

—Ya ves que perfecto no soy.

—Mi galán, ¿me llevas en tu caballo a ver a Romualdo? Tengo ganas de ver a los demás también.

—Será todo un placer.

Iván de un atlético salto salvó la gran altura de su caballo, inclinado le extendió la mano a Derán que la cogió y la puso delante de él sintiendo su cuerpo. Derán se giró traviesa hacia el que dibujaba una sonrisa de satisfacción.

—¿Sabes que estás bendecido?

—Sí, desde el momento que te vi pues jamás tan bella mujer pudo ver mis ojos.

Derán rio satisfecha e Iván con sus talones puso a galope a Jamelgo. El bosque los engulló y los lobos esperaron unos minutos para seguir el rastro del corcel blanco.

10. UN HOGAR

Romualdo acompañaba a Karmen, a María y a su hijo por las calles de Vera pero antes convenció a los guardias que estaban en la puerta que mantuvieran en secreto la visita de estos últimos. María miraba maravillada la ciudad pues nunca había visto tantos edificios juntos ni de tanta altura; cabe decir que no dejó de asir el brazo de Karmen ni soltar de la mano a su hijo. Las calles estaban solitarias bajo la luz de esa luna tan extraña; hubo silencio durante un trecho, demasiado camino sin palabras. Karmen estaba molesto de que Romualdo le hubiera sacado de aquel lugar que construyó para ellos tres y lo peor es que aún no sabía cuál era el motivo de la llamada de Romualdo y sin contener sus dudas las traslado en palabras.

—Es hora ya de algunas explicaciones, Romualdo.

—Y por supuesto que te las iba a dar pero mejor un poco más acomodados.

—¿Dónde?

—Ahora mismo nos dirigimos a la estación de tren.

—¿Qué es una estación? ¿y qué es un tren? —preguntó María.

—Lo verás en cuanto llegues y es más, viajaras en uno; son enormes máquinas de metal que van sobre raíles y lo usamos para viajar de una ciudad a otra. Te gustará.

—Repito, ¿dónde? —insistió Karmen.

—A una bella ciudad un poco lejos de aquí: a Altamiras pues allí tendréis un hogar, un sitio seguro, un sitio donde tu hijo podrá recibir formación pero ya en el camino os iré informando. Tened paciencia os lo ruego.

María no pudo más que quedarse quieta al ver al final de aquel trayecto nocturno, la gran cúpula de cristal que cubría la estación de Vera. Fueron bajando las escaleras y un hombre solitario les esperaba.

—Señor Romualdo, el tren está listo tal y como ordenasteis.

—Gracias Roberto. ¿No hay nadie más en la estación?

—No. Ya mandé a sus casas a los demás empleados y el tren fantasma está listo.

—¿Fantasma? —volvió a preguntar María.

—Perdone señora, es así como llamamos a los trenes que salen de noche y que no está programado su trayecto —explicó Roberto, el jefe de la estación de Vera.

—¿Está preparado el vagón dormitorio?

—Tal como ordenó.

—Agradecido de su eficiencia y de su silencio.

—Por descontado, por favor suban pues les queda un largo viaje.

Todos los presentes le dieron las gracias de palabra menos Karmen que con un asentimiento de su cabeza lo dio a entender.

Allí se encontraba la máquina motora que de vez en cuando bufaba vapor por sus laterales. María se retrancó un poco en su andar pues aquel sonido le produjo una pizca de miedo; demasiadas novedades para una joven que vivió años en una pequeña aldea donde casi todo era madera, más los pocos años que vivió en Forjas del Manantial, un sitio subterráneo donde todo era semioscuridad y piedra. Karmen la comprendió y no se imaginaba cómo se hubiera encontrado en el mundo antiguo donde todo era electrónico y casi todo estaba automatizado. Sonrió hacia ella animándola.

—No muerde, además, estás conmigo. ¿A qué le puedes temer?

—Tienes razón, me siento muy tonta.

—No mujer, muy humana.

Roberto, el jefe de la estación de tren de Vera, se adelantó para bajar la escalerilla retráctil y abrir la puerta del primer vagón. Allí, sin mucha amplitud, se encontraban cuatro camas una encima de la otra y en parejas; el resto del vagón era una mesa con cuatro sillas y unas estanterías para dejar el equipaje que era poco el que llevaban. En el fondo había un aseo con una ducha donde solo cabía una persona y tan solo lo escondía un panel de madera. A pesar de las estrechuras, aquel lugar estaba bien administrado y transmitía una sensación de comodidad. María se acercó al baño y miró la alcachofa de la ducha.

—¿Por aquí cae agua como si fuera lluvia?

—Sí María; con los dos pomos de metal regulas la temperatura que desees: el rojo caliente y el azul fría.

—¿Puedo usarla?

—Claro, de hecho si Karmen quiere pasaremos al siguiente vagón y así podréis asearos y dormir un poco. Queda mucho trayecto y sería mejor si pudieras descansar un poco.

—Estaré pronto aquí María, estamos cerca y este sitio es seguro.

María se acercó a Karmen y le besó en los labios; el niño corrió hacia una pierna y se aferró a ella.

—No tardes.

—No lo haré.

Romualdo fue hasta el fondo del vagón y Karmen lo siguió casi con desgana girándose hacia atrás mirando como María y Jesús descubrían curiosos los secretos de aquel vagón.

Antes de abrir la puerta del compartimento el tren se puso en marcha y María soltó un grito ahogado de asombro. Karmen volvió a hacer algo que era muy raro en él: sonrió.

—¡José!

Karmen reaccionó ante aquel nombre.

—Ese fue el nombre tuyo, el verdadero: tu mujer, María y tu hijo, Jesús. Puedes volver a fundar otra vez la religión —dijo Romualdo.

—No. Demasiada sangre se ha vertido por causas y disputas, por fronteras, razas y por la misma religión; te aseguro que volvería a ser una equivocación cometer los errores de la historia pasada.

—Eras profesor de historia cuando te conocí en el principio del curso universitario hace muchos años; quién mejor que tú para saber de ella —apuntó Romualdo.

—Septiembre de mil novecientos setenta y tú, un químico loco y un fanático de la fantasía —rememoró Karmen.

—Sí, pues míranos ahora: de ser marginados a convertirnos en más de aquello que leíamos.

—A veces la realidad supera la ficción.

—A veces.

El viento se coló por la puerta que abrió Romualdo y los dos pasaron al siguiente vagón. Estaba casi vacío y se quedaron parados pues tenían que estar solos y en mitad de ese vagón había un hombre con un sombrero de copa alto que sostenía un libro que escondía su cara. Al escuchar la puerta habló:

—Me he invitado yo solo; espero que no os importe.

—¿Antón? —preguntó Karmen.

—Antón el rojo, señor de los secretos. Así me llaman y el nombre es el que me dieron al nacer.

—Bienvenido seas otra vez. Creo que la visita en el teatro no fue suficiente.

—Cuando supe que Karmen estaba aquí tenía ganas de saludarlo. Además, a estas horas he sabido de algunas noticias. Pero, por favor, tomad asientos.

Karmen se acercó a Antón, se miraron serios y luego se abrazaron.

—Años sin verte, viejo zorro —le dijo Karmen a Antón.

—Tú y yo somos muy proclives a aventurarnos a tierras desconocidas y de volver a visitar las ya vistas.

—Y todos a volver a reunirnos, aunque no estén todos los que tendrían que estar —dijo Karmen.

—Al tiempo, todos los que acompañaron a Silvan estarán en las

cinco ciudades del este; dadme tiempo—comentó Romualdo.

—Veo que no tengo todos los secretos de mi mano —dijo Antón con un teatral tono de fastidio.

—Seguro que tienes más que yo —guiñó un ojo Romualdo mientras se quitaba el sombrero y tomaba asiento.

—Bien Antón, ¿vendrás con nosotros a Altamiras? —pregunto Karmen.

—No, me pararé en Erdia.

—¿Ocurre algo del que yo no tenga conocimiento? —dijo Romualdo.

—Manuel, el alcalde de Erdia ha cambiado y no sé cuál es la causa pero él ya no es lo que era.

—Romualdo ¿cuándo me explicarás todo? —insistió Karmen.

—Ahora mismo. Desde hace cinco años Silvan, periódicamente, tiene un sueño referente a una torre pero hace poco que supo que allí habría algo que suponía un peligro.

—¿Cómo? —exclamó Karmen.

—Le mostraron el camino a Silvan. Se está dirigiendo hacia allí ahora.

—¿Sólo? —volvió a preguntar Karmen.

—Sí, ha de hacerlo solo. Así sentí que tenía que ser y espero no estar equivocado —Afirmó Romualdo.

—¿Recuerdas que te dije que era muy temerario? —apuntó Antón

—¿Otra vez ha vuelto a ser aquel que no puede quedarse impasible ante la injusticia? ¿verdad?—preguntó Karmen.

—Es su naturaleza, es igual que su madre que descanse allí donde yacen los muertos. Se enfrentó a algo que tenía que haber evitado —dijo Antón.

—¿Está bien? —preguntó Romualdo.

—Mucho mejor de los que él ha hecho huir de donde estaba esta noche; ha hecho honor a esta luna de sangre —dijo Antón.

—No creo que temamos por su seguridad —contestó Romualdo.

—Bien, discrepo de que hayáis dejado solo a Silvan —afirmó Karmen.

—Silvan ha sido advertido por la conexión que tiene con la Madre Tierra. ¿De qué exactamente? A eso ha ido pero puede ser que esa cosa venga hacia aquí y tenemos que estar preparados.

—Y estás repartiendo a todos los nuestros por las cinco ciudades —indicó Karmen.

—Sí, ¿Pero no crees que sería también bueno para tu familia tener un hogar… seguro?—preguntó Romualdo a Karmen.

—Acepto tu proposición, pero ¿yo encerrado en una ciudad?

—Imposible, tú tienes las puertas abiertas y un salvoconducto para ir donde te plazca y lo más seguro es que hagas excursiones a Tierra de Nadie, aunque no lejos de tu familia.

—Tengo más… secretos—arrastró esas palabras Antón.

Tanto Romualdo como Karmen se miraron ambos y después se giraron hacia Antón.

—Pensándolo bien no me quedaré en Erdia por la supuesta decadencia de un alcalde. Raven tenía un laboratorio de biogenética donde seguía fabricando abominaciones a escondidas de la antigua hermandad. Aquellos que lo custodiaban han dejado aquel lugar abandonado y sus criaturas sueltas. No está muy lejos, al sur de Erdia, hacia Vera así que, iré de caza.

—¿Necesitarás ayuda? —se ofreció Karmen.

—No, mi amigo, te lo agradezco.

—La tendrá de quien menos espera—dijo Romualdo.

—¿De quién Romualdo?

—Déjame tener mis secretos, Antón.

—¡Touche!

—¿Sabéis algo de Albert? —preguntó Antón.

—No —respondieron al unisonó Karmen y Romualdo.

—Está vivo y es otra de mis misiones encontrarlo —contestó Antón.

—Lo he estado rastreando y no lo he visto ni en Tierra de Nadie ni en ningún sitio—dijo Romualdo.

—Yo lo haré si antes no se deja ver —afirmó Antón.

—No dudo de tus recursos Antón pero es hora de descansar. Nosotros somos más imperfectos que vosotros y necesitamos dormir. ¿Cuánto hace que no duermes, mi amigo? —dijo Romualdo.

—Años y esta noche no lo haré. Adiós pues no tardaremos en volver a vernos, ya sea para bien y espero que nunca para mal—contestó Antón.

—Comparto tus deseos pero no somos dueños de los acontecimientos.

—Adiós Karmen y Romualdo, descansad.

—Sean pues y buena suerte en tus misiones—dijo Romualdo.

Romualdo y Karmen abandonaron aquel vagón. Antón miró el paisaje nocturno a través de los cristales, después cogió el libro que tenía sobre sus piernas y prosiguió su lectura. Así pasaron las horas hasta que el tren fue engullido por la ciudad de Erdia y paró en su estación.

La estación de Erdia era la más pequeña. Ya estaba a punto de

amanecer. Antón cogió su escaso equipaje y se bajó del tren. Nada más bajarse, miró hacia el vagón dormitorio y no vio actividad ninguna; estaban todos sumidos en el sueño. Se encogió de hombros y vio como el tren se ponía en marcha otra vez con sus quejidos metálicos.

En la entrada de la estación le esperaba una comitiva de bienvenida; se fue acercando a ellos cuando se percató de que uno de ellos era el alcalde de la ciudad: aquella persona pulcra y recta era una caricatura de lo que fue pues tenía su uniforme puesto con prisas y veía en él unas ojeras junto con su rostro descompuesto. Entonces el alcalde le habló con el acento empalagoso de la embriaguez.

—Bienvenido Antón.

—Gracias alcalde Manuel. ¿No es muy temprano para beber?

—No es de su incumbencia —respondió de mal humor Manuel.

—Empezamos bien —dijo Antón mientras iba andando hacia la salida de la estación.

Ya el día estaba señoreando por un sol limpio de nubes y se colaba por las rendijas que los visillos de las ventanas no cubrían y poco a poco fueron despertando los que habitaban en aquellos vagones. Romualdo estaba con una taza humeante en sus manos sentado en la mesilla del vagón dormitorio

—Buenos días tengáis todos. Mira Jesús qué bollos dulces he traído para desayunar.

El niño se despertó de golpe y corrió hacia la mesa. Se puso en las rodillas de Romualdo, con una mano cogió un bollo y con la otra también. Era familiaridad e hizo sonreír al mago. Karmen hizo lo mismo y miró a María que tenía la felicidad reflejada en su rostro. Karmen pensó para sí mismo “espero que duren los buenos momentos porque siempre tienen la contrariedad de ser breves”.

—Llegamos a Altamiras señores.

Lo primero que vieron fueron cuatro altas torres que hacían particular a esa ciudad. Las murallas no eran excesivamente altas pero cumplían la misión de hacer frontera con la Tierra de Nadie. Siempre había fuegos encendidos regularmente sobre ellas y así el tren paró en mitad de aquella ciudad. Karmen y María cogieron el poco equipaje que llevaban. Jesús se unió a ellos con otro bollo en su menuda mano, Romualdo no se movió del sitio ni hizo ademán de ello. Karmen se dirigió a él:

—¿No vienes?

—No Karmen, tengo que estar en otro lugar. Solo os he acompañado por disfrutar de la compañía de un antiguo amigo, mi

mejor amigo.

Karmen sonrió. Más de dos milenios que se confesaron como amigos y después de cambiar de simples humanos a lo que ahora eran sus caminos viraron en diferentes direcciones, tal como el día de hoy. María lo abrazó y besó descolocándole el sombrero y el niño lo abrazó también.

—Adiós Romualdo.

Así bajaron los tres; parecían mendigos por sus rústicas vestimentas. El tren volvió a partir y en la estación de Altamiras había trasiego de gentes que les miraban como extraños pero saludaban al paso. Entre ellos apareció un hombre ya pasada la cincuentena y con gesto serio:

—Bienvenidos a Altamiras. Soy Marcos, su alcalde.

—Gracias. ¿Qué le dijo Romualdo sobre mí?

—Simplemente lo que necesitabais: un hogar. Ahora sed el agente libre de las cinco ciudades del este; aquí tiene las acreditaciones y una placa. Puede ir a cualquier feudo o ciudad donde tendrá lo que necesite.

María se aferró orgullosa de su hombre y le dijo a Karmen.

—Cariño, ya tenemos un hogar seguro.

Karmen sonrió a su mujer y pensó: “no hay lugar seguro en este mundo cruel”

11. EL GUARDABOSQUES

Tardé tiempo en recorrer aquella ciudad en ruinas que imagino que en un tiempo fue grande. El sol se iba elevando hasta por fin coronar la bóveda celeste. Tenía que tener mal aspecto pues no había salido ileso del enfrentamiento con los monos ciegos, ni ileso ni limpio; tenía costras de sangre por toda mi ropa y la herida del hombro apenas eran unas finas líneas rojas. Las ruinas terminaron y empezó un denso bosque sin sendas ni indicios de que hubiera pasado por él ningún humano.

Noche, mi caballo, no hizo ningún signo de fastidio por el mal camino sino como yo simplemente se resignó; solo oía a criaturas pequeñas y cuando se levantaba algo de viento, el sonido de las hojas friccionando unas con otras era como una melodía que me acompañaba; en aquel bosque viejo los troncos de los árboles eran recios y el suelo frondoso, arbustos con pequeños frutos rojos que el caballo no quiso comer y yo ni lo intenté. Aún en mi cabeza ronroneaba la frase de aquella chica que no dio su nombre y me susurró que en el norte alguien me esperaba. Tenía la tentación de comunicarme con la Madre Tierra pero me abstuve porque en el lugar que ahora andaba mis pasos la notaba con mucha fuerza y ninguna señal me daba. Caminaba en la dirección correcta y no debía de ir mal en el tiempo que me restaba hacia mi destino.

El bosque me envolvía con amabilidad, me sentía muy bien en aquel lugar donde predominaban los verdes y los marrones moteados por flores y frutos de diferentes colores; me llegó el olor a humedad, seguramente alguna corriente de agua cerca debía de estar porque después me llegó, según avanzaba, su acuoso sonido.

Noche, en lo que le dejó los accidentes del terreno, aceleró pues debía tener sed. Al fin vimos un río ancho pero de poco caudal y de lenta corriente donde sobresalían rocas como diminutas islas rompiendo su cristalina transparencia. Desmonté y dejé que el caballo se adelantara a beber. Miré en los alrededores girando sobre mí mismo por si detectaba algún peligro mas en aquel lugar solo había paz. Miré hacia el rio y me acerqué a él, entonces vi mi suciedad reflejada en el espejo de sus aguas; me desnudé y sentí el frescor en mi cuerpo junto con la sensación de limpieza que me hizo sentir mejor. Lavé las ropas manchadas de sangre tiñendo de rojo aquel río, pero la corriente reemplazaba por agua transparente aquellos restos que me quería quitar y a pesar de liberar la noche de un terror, no me sentía bien por matar, por eso, allí desnudo me

levanté con los brazos en cruz, cerré los ojos y levanté la voz para agradecer a aquel bosque la paz otorgada.

—¡Gracias!

Lo que sucedió después me dejó tan sorprendido como desnudo estaba.

—¿A quién? —respondió una voz desconocida y cercana.

La voz era clara pero a pesar de mi desarrollada percepción no ubicaba la dirección de donde provenía. Era extraño y eso me alteró. Aún sin ninguna arma a mano era letal. Oí al frente un ruido y simplemente me limité a esperar hasta que surgió de la parte más frondosa, un hombre de mediana estatura con una ropa de colores que mimetizaba con el contorno. Su actitud era tranquila; vi armas y un gran arco que le sobresalía por la espalda. Él no se encontraba ni lejos ni cerca y entonces, volvió a hablar:

—¿A quién le dabas las gracias?

—A la sensación que me ha causado este lugar de paz.

—Eso lo hago yo siempre que me acuerdo del significado de esa palabra. Creo que querrás vestirte. Por cierto, mi nombre es Dasos.

—Ese nombre es griego, no recuerdo lo que significa —dije mientras me vestía.

—Significa lo mismo que el tuyo Silvan: es bosque, por eso lo tienes y lo tengo porque aquí nos sentimos en paz como si realmente fuera nuestro hogar y de hecho, este es el mío.

Me quedé quieto, pues había pronunciado mi nombre: ¿cómo lo sabía estando en un lugar tan remoto como aquel?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Si te dijera que es un secreto dejaría de serlo.

—Solo hay un señor y guardián de ellos: Antón el rojo.

—De todos no lo es pero del mío sí. Anoche te vi en acción desde la seguridad de las lindes del bosque.

—Las ruinas de esa ciudad son muy extensas. ¿Cómo me viste? —le pregunté.

De repente sacó unos prismáticos de gran tamaño de una bolsa de piel que le colgaba del costado.

—Aparte veo igual de bien tanto de día como de noche y además me muevo sin que apenas me oigan.

—¿Y los monos ciegos no vienen por la noche por este bosque?

—Vienen por el este; aquí lo intentaron hace años pero creo que no volverán y a partir de ahora, tampoco por la ciudad muerta —dijo Dasos.

—¿Cómo lo hiciste para ahuyentarlos? —le pregunté.

—¿Cómo lo hiciste tú?

—Haciéndoles temer ese lugar pues la muerte le acecha en las ruinas.

—Lo mismo hice yo pero no me hizo falta derramar tanta sangre.

—Tú no eres un hombre normal.

—Tú tampoco pero no vamos a desgranar los misterios en frases cortas. Aclarando, soy como Antón, como Gabriel, como Valerio, como Román y otros más que incluso ya no están entre nosotros, como tu madre. Soy un durmiente (así nos llamó la extinta hermandad) solo que yo decidí vivir en este lugar alejado de toda humanidad. Era un caminante de Tierra de Nadie hasta que llegué a este lugar y quedarme como su guardabosque, por eso irradia este santuario paz ya que yo se la procuré.

—Por eso me dijo esa chica que alguien me esperaba en el norte.

—Sí, viene mucho por aquí pues ella es mi amante, aunque bueno, no soy el único pues tiene hijos y no son míos. Se me avisó hace muy poco que pasarías por aquí y que te debía ayudar.

—Agradezco tu oferta pero creo que no necesito ayuda.

—Discrepo.

—¿Por qué?

—Cuestiones meramente técnicas. Mira hacia el norte, tu camino.

Así lo hice; todo lo cubrían las copas de los árboles que creaban una bóveda arbórea que apenas dejaba ver el cielo.

—Solo veo las copas de los árboles.

—Bien, yo te diré lo que no te dejan ver: más allá de los límites del bosque hay unas montañas sin nombre, una larga cordillera y por supuesto, tú no conoces el paso por ellas.

—Desconocía esa dificultad.

—Has ido en línea recta casi todo tu camino, perderías mucho tiempo rodeándolas, mucho tiempo intentando encontrar un camino para pasar por ellas; tiempo del que creo que no puedes perder.

—No sé el tiempo del que dispongo pero sé que tengo ya ganas de volver.

—Llegará un momento que el tiempo tenga otra medida para ti, para los humanos eres adulto pero para nosotros acabas de nacer.

—Me falta mucho por saber.

—Y a mí también. Ven a mi hogar pues tenemos que preparar el viaje. Nos llevará tiempo y no tengo ganas de salir de este bosque, pero la importancia de tu destino es sobrado motivo.

—¿Sabes todo?

—Todo lo que me ha contado Antón: la existencia de los

ancianos (sorprendente revelación), La Hermandad desaparecida a excepción de Albert, los asesinos antiguos, Karmen (a Karmen lo conocí en persona mientras vagaba por estos bosques), El Mago y un único hijo de los durmientes de la única mujer y muchos misterios más.

—¿Conociste a mi madre?

—¿A Elisa? ¡claro que sí! Ella a veces me visitaba aquí; este sitio procura paz y si eres igual que ella, serás un gran hombre. Yo he estado alejado de todos los durmientes pero no ellos de mí.

—Espero al menos parecerme a ella.

—Ya me avisó Antón que eras muy preguntón; espero haber saciado un poco de tu curiosidad pero no tengo el hábito de hablar. Sígueme con tu caballo mejor a pie, no estamos lejos de mi hogar.

Después de estar completamente vestido, cogí las riendas de Noche y seguí a Dasos. En realidad, dudaba de si me pusieron mi nombre porque nací en un bosque o quizá mi madre lo sugiriera. De repente sentí como un puñal se me clavó en el corazón pues me surgió una cuestión que nunca me plantee e irrumpí en nuestro andar hacia donde me quería llevar Dasos.

—¿Dónde está la tumba de mi madre?

Se quedó parado aún dándome la espalda; se quedó unos segundos que a mí se me antojaron excesivamente largos.

—No hay ninguna tumba; tuvieron que huir dejando el cuerpo de tu madre sin darle más ceremonia. Tu supervivencia era la máxima prioridad.

—¿Dónde murió?

—No es a mí a quien corresponde esa pregunta. A mí solo me contaron lo que creyeron conveniente y ella no fue la única que murió: la lista es larga.

Sus últimas palabras se quebraron en el acento de su voz, un deje de tristeza que pedía suplicante que no prosiguiera con el interrogatorio así que reanudó la marcha y yo le seguí sin importunarle más.

Realmente aquel bosque era hermoso: los árboles crecían espaciados e irregulares, sus raíces sobresalían a veces encima de una capa de hojarasca y tierra; había arbustos de diferentes clases así como grandes helechos de un vivo verde esmeralda como venas que irrigaban su superficie; era frecuente ver pequeños riachuelos que la recorrían y se oían no muy lejanas, caídas de agua que junto al cantar de diferentes pajarillos reunían en su conjunto una amabilidad afable que te atrapaba y no querías jamás salir de allí.

Dasos aminoró el paso en cuanto un frente rocoso apareció a

nuestra vista (no era muy alto). Bajamos una depresión en el terreno que hizo elevar aquella pared pétrea donde se dibujaba un corto y tosco camino que terminaba en la entrada de una cueva de buenas dimensiones. No era disimulada en absoluto pues tenía hitos de piedra a sus costados y antes de la entrada había dos tótems bellamente tallados con caras de animales y el resto con motivos naturales, la misma entrada estaba embadurnada en sus bordes de diferentes tintes, siempre con los tonos del bosque.

Casi llegando a su entrada, Noche se puso nervioso por lo cual tuve que agarrar las riendas con fuerza hasta que descubrí el motivo de su azogue: un oso marrón y enorme asomó por la misma boca de la cueva con paso lento y sin ningún signo de que fuera salvaje, hasta podría decir que su paso era perezoso. Dasos por fin se giró y esbozó una sonrisa.

—No temáis pues es mi mascota que cuida de mi hogar cuando no estoy; desde que lo encontré siendo un cachorro perdido sin madre, está acostumbrado a los humanos que pueden entrar aquí.

Al lado del oso acariciando un costado, apareció una chica joven que reconocí al momento: era la que se sentó a mi lado en el metro y quien me susurró al oído que alguien me esperaba en el norte. Su apariencia era salvajemente bella; solamente vestía una corta falda de piel, sus pies estaban desnudos y en sus tobillos tenía adornados unos aros de tallos entrelazados, sus pechos menudos se movían al son de sus pequeños pasos y su largo cabello negro estaba lleno de diferentes flores. Me sonrió y yo me pregunté cómo había tardado tan poco en llegar al lugar donde ahora mismo nos encontrábamos. Sospechaba que aquellos túneles del metro supuestamente sellados, tenían unas salidas secretas que no me mostraron. Me recordaba en algo a Derán, la Dama Blanca, aunque la de Derán era una belleza más especial y su aura era de un misterio embriagador; a pesar de que mis pensamientos fueran invadidos por la presencia de una y el recuerdo de otra, la añoranza de mi mujer Raquel fue lo que provocó los últimos sentimientos; aquella mujer se quedó quieta con una pose de coquetería sabiéndose que era bella y deseada. Con voz dulce, me habló:

—Te lo dije.

Yo me limité a sonreír al tiempo que abría las manos y asentía con la cabeza, dándole razón de lo dicho. Dasos me interrumpió:

—¿Puedes darme tiempo para despedirme?

—Eres tú el guardabosque de este lugar; esperaré aquí fuera.

Dasos sonrió y cogiendo a la chica por su estrecha cintura se adentraron en la cueva. El oso se acostó con un gesto de

aburrimiento en sus maneras bloqueando la entrada suponiendo lo íntimo de la despedida de Dasos. Hice algo que no hacía en tiempo pues la comodidad de aquel lugar hizo que recostara la espalda sentado en el tronco de un árbol; bajé mi cabeza, crucé mis manos y me sumí en el sueño. En aquel momento no sentí más que los olores y los sonidos de aquel bosque.

El posar de una mano en mi hombro me despertó de mi letargo. Al abrir perezoso mis ojos, vi a Dasos con una mochila que sobresalía de su espalda así como su largo arco.

—Es hora de partir.

Me incorporé y vi que mi caballo no se había alejado mucho pues estaba mordisqueando algunas hojas de un arbusto. Me dispuse a cogerlo de las riendas pero Dasos viendo mis intenciones, me frenó con sus palabras.

—Debemos seguir a pie. Los elfos cuidarán de él y de mi hogar en mi ausencia. En este bosque los caminantes peligrosos saben que tienen vedada su entrada, de eso me encargo yo.

—¿Elfos?

—No son elfos pero yo los llamo así. Algo tienen de semejanza a lo que escribieron en la antigüedad de ellos; su mutación es extraña pues viven no más de cincuenta años, aunque hasta el día de su muerte se mantienen jóvenes. Nosotros somos lo que somos pero artificialmente puesto que poco tuvo la naturaleza que ver.

—Conozco parte de vuestra historia.

—A mí lo que me quisieron contar. Andemos el camino que nos queda.

No vi al oso por ningún lado ni a la muchacha. Empecé a seguir a Dasos cuando el caballo hizo el ademán de seguirme, me acerqué a él y le susurré que se quedara allí; relinchó como protesta pero quieto se quedó y a Dasos, que no había perdido paso, lo alcancé en una pequeña carrera.

El transcurso del viaje por el bosque fue ausente de palabras pues no quería importunarle más. La cúpula del bosque seguía siendo frondosa sin dejar ver el cielo aunque el camino era bello. El paso no era rápido, parecía como si a Dasos le costara salir de aquel lugar y yo comprendía el por qué.

Pasaron pocas horas cuando alzando la vista al cielo, vi los árboles que empezaban a estar más separados y en el suelo aparecían como queriéndose alzarse de la tierra, rocas en forma de pirámides irregulares; cada vez había menos bosque bajo hasta que poco a poco, paso a paso, el bosque desapareció dejándolo a nuestra espalda y una enorme cordillera montañosa se elevaba a no mucha

distancia de donde nos encontrábamos. Paré y no sé por cuál razón. Dasos sonrió y me dijo algo con mucha verdad.

—¿Cuesta dejar este bosque? —se sinceró Dasos.

—Sí, te aseguro que me causa el mismo efecto que a ti; este bosque me ha atrapado como una amante y si pudiera me quedaría en él, pero dejé cosas muy queridas en otro lugar que el bosque no puede reemplazar y también tengo una misión muy importante que cumplir.

—Entonces debemos partir.

12. LA HERENCIA DE UN DEMENTE

Antón estaba sentado en el despacho del alcalde de Erdia mientras Manuel lo observaba sin dirigir la palabra; se servía una copa de licor detrás de otra y ni tan siquiera tuvo el mínimo detalle de ofrecerle algo. Antón se sentía realmente incómodo hasta que Manuel, con la voz embotada por la embriaguez y falto de una educación premeditada se dirigió a él:

—¿Qué quieres?

—Realmente no me hace falta nada que no me pueda proveer en otros lugares.

—Entonces ¿qué haces aquí?

—Se le informó de que habría una futura amenaza pues me consta que así lo hizo Romualdo, en cambio, recibí noticias de que usted simplemente no ha hecho nada.

—¿Y por qué debería hacer algo? Solo son augurios de una persona que precisamente no está muy cuerda.

—No creo que ese sea el motivo.

—¿Cuál es pues, Señor de los secretos?

—Decadencia.

—¿Me juzga?

—Afirmo lo evidente. Mírese al espejo y dígame dónde está el Manuel que se jugó la vida por la gente de las cinco ciudades del este.

—Enterrado…

—Bajo litros de alcohol —le interrumpió Antón.

Manuel se giró con un rostro enfurecido y mirando a Antón con desprecio. Antón no se inmutó pues quería provocarlo para saber las causas del deterioro de aquel hombre.

—Bajo toneladas de tedio, de aburrimiento y de las órdenes de seres que se creen más que los demás.

—Demasiadas cosas que tienen solución y no en el fondo de una botella.

Manuel se volvió a llenar el vaso y Antón pensó que posiblemente se lo habría tirado a la cara, pero el enfado del alcalde pasó pronto a la desidia: “mala señal”. A aquel hombre todo le daba igual; la ciudad funcionaba sola pues simplemente no la dirigía. Al menos tenía la esperanza de que fuera fruto de otras personas de menor rango que si se preocuparan de ella, aquella situación era fútil. Ahora le apremiaba otras tareas de mayor importancia y quería acabar con esa situación pero Manuel se lo facilitó con

palabras:

—Que yo sepa no tiene ningún mando en estas ciudades por lo cual, siendo yo aquí la autoridad, le agradecería amablemente que abandonara la ciudad. A partir de ahora no es bienvenido.

—Será un placer. Nunca estoy donde no me quieren.

Antón esperó alguna contestación pero solo obtuvo silencio así que, no esperó más y sin despedirse salió de aquel despacho. A los pocos segundos de cerrar la puerta oyó estrellarse una botella de cristal en la puerta que había cerrado momentos antes.

Erdia no podía quedar huérfana de gobierno y tenía que prepararse para lo que pudiera ocurrir pero en el sur tenía que investigar dónde podrían estar las creaciones liberadas de Raven. Después de estar muerto, era la herencia de su demente locura.

Bajó las escaleras y abocó la salida del ayuntamiento que daba a una plaza llena de flores en cuatro triángulos que formaban un cuidado jardín. En medio, una enorme fuente daba sonido a aquel lugar mientras la atravesaba. Un hombre de mediana edad, de corta estatura, de constitución frágil y portando una carpeta debajo de su brazo, se puso a su altura. Antón no se inmutó y fueron paseando unos metros uno junto al otro al mismo paso. Aquel hombrecillo sabía del enfado de Antón y le dio unos momentos para la templanza.

—¿Cómo le ha ido la reunión? —preguntó con la voz quebrada.

—Mal, realmente mal. Ha cambiado mucho.

—Demasiado; somos otros los que nos preocupamos de que todo vaya bien por aquí. Él no interviene en nada, es como un fantasma que de vez en cuando deambula por el ayuntamiento que ni siquiera molesta.

—Al menos me quedo tranquilo de que haya gente como tú aquí en Erdia.

—Gracias.

—Soy yo el que tiene que dártelas.

Aquel hombrecillo se ruborizó y siguieron andando hasta que divisaron un guardia, al cual el acompañante de Antón le llamó la atención. El guardia acudió rápido hacia él:

—Señores —asintió al mismo tiempo saludando a ambos.

—Este señor saldrá por la puerta sur. Escóltelo hasta allí pues tiene preparada una montura y provisiones.

—A sus órdenes procurador. Señor, si tiene a bien acompañarme.

Antón estrechó la mano del procurador del cual recaía sobre sus hombros todo el peso de la dirección y gestión de esa ciudad,

aunque sospechaba de Marina, la mujer de Manuel, también tenía parte activa en que todo fuera bien; siguió la espalda del guardia hasta que después de varios minutos de andar por las calles de la ciudad llegaron a la puerta sur. Antón inspeccionó las alforjas de la montura y vio que estaba todo lo que había pedido. Sonrió satisfecho siendo esa la única sonrisa de esa mañana que se dibujó en su cara. Se despidió amablemente de los guardias, se montó en el caballo y salió por la puerta sur con un regusto amargo en su boca. Su enfado había pasado al mismo tiempo que pisaba Tierra de Nadie.

Llevaba varias horas de trayecto sin ver rastro alguno de las aberraciones de Raven en esa zona que le indicó un antiguo esbirro del difunto Raven. Alzó la cabeza y un débil rastro de olor extraño le alertó. Estaba lejos por lo que apretó un poco el paso; caminó durante una hora más y se preguntó si el ir solo no habría sido un error pero los demás se estaban ubicando en las ciudades y debían estar en ellas por lo que pudieran encontrarse: “desperdiciar vidas no era ni honrado ni prudente”.

Un detalle en un árbol le hizo parar por lo que desmontó del caballo para poder observarlo más de cerca: cuatro surcos laterales laceraban el tronco de aquel árbol: eran líneas producidas por garras poderosas. Habían estado allí pero no percibía peligro pues no estaban cerca. Puso sus sentidos en máxima alerta ya que estaba solo y no podía cometer errores. A pesar de haber visto la marca de la bestia volvió a montar para ir hacia esa dirección. Aún siendo la temperatura agradable, se puso la capucha (un gesto algo enigmático pues le limitaba la visión) y se concentró en aquel olor almizclado. De repente hizo parar a su montura y empezó a concentrarse en separar cada hilo de olor para comprender la palabra que lo definiera: muerte. Anduvo más de una hora sin que nada se interpusiese en el mismo terreno de claros y bosques hasta que al fin llegó al origen.

Era (pues es decirlo en pasado) un poblado pequeño, ennegrecido a partes y roto en todos los ángulos que veía; por todo el suelo se veían cuerpos desmembrados y rotos; casi no se podía distinguir sus rasgos en sus caras destrozadas. Había niños, adultos y viejos; la muerte no tuvo distinción ninguna. Había rodales de sangre reseca por todos los lados allí donde mirara. Las casas de pobre estructura, estaban destrozadas y con marcas de garras, las mismas que en el árbol. Aquel macabro encuadre encendió el rostro de Antón; su ira iba en aumento pues allí yacían esperanzas y anhelos de gente sencilla. El asentamiento era de hacía poco tiempo

ya que lo hubiera recordado en sus viajes durante estos cinco años; pocas veces fueron hacia el sur y hacía mucho que no transitaba por estos lugares. Un zumbido de moscas entonaba un sonido molesto y el olor era de aquella matanza que aconteció hacía varios días. Vio que las pertenencias más preciadas de aquella gente estaban esparcidas; no buscaban aquellos asesinos nada más que el placer de matar y de forma muy cruel. Vio una pala en un poste más o menos recto donde colocó su largo abrigo. Las armas que más le impedían el movimiento las puso en el suelo, cerca por si las necesitara. No percibía nada en las cercanías así que cogió la pala, se arremangó la camisa por encima de sus codos e hizo la cosa que más podía odiar: cavar tumbas.

La labor le llevó toda la tarde y cuando se empezaba a ocultar el sol, terminó de tapar la última tumba poniendo una cruz en ella. Él no era religioso pero aquel signo le pareció el más apropiado para el respeto de aquellos muertos. Ahora se arrepentía en los años que en Monasterio fueron demasiado permisivos con aquel científico que quería crear monstruos (en teoría para la defensa del lugar) y hace cinco años fueron sus verdugos. Lástima que aquel al que llamaban Raven estuviera muerto pues tenía ganas de matarlo otra vez. Recordó su lucha en el santuario de Tierra de Nadie, en Nocturna; casi murieron a manos de ellos pero entonces estaban con él Silvan y Gabriel, aún así, la aparición de Karmen los salvó. Ahora estaba solo y así les daría caza aunque perdiera su longeva vida en el intento. Por la memoria de los inocentes que allí perecieron formuló ese juramento y para Antón, su palabra como la de todos los durmientes, es ley.

En una pequeña loma, una vez colocadas las armas que dispuso en el suelo y con el abrigo de piel puesto, se sentó con los ojos bien abiertos. Era la noche siguiente a aquella luna teñida de un rojo anaranjado y que hoy era totalmente plateada y menguada. Toda la noche la pasó escrutando con sus sentidos algún signo que delatara a esas criaturas que habían cometido las atrocidades en aquel poblado chico. Nada ocurrió ni nada delató la noche pues al alba, se le presentó el dilema de hacia dónde dirigirse puesto que había viajado de norte a sur y nada había sentido que supusiera algún peligro. Sólo le quedaban tres puntos cardinales y entonces recordó la conversación con aquel guardia del laboratorio donde confinaban aquellas bestias; indicaba que debía seguir esa dirección. Su memoria le recordaba que a no ser que fueran nuevos descubrimientos como aquel donde ahora era un cementerio, no había ningún núcleo humano por aquellos lares, no tenía ganas

ningunas de cavar más tumbas.

La mañana era clara y andaba en la solana de un día abierto: ni despacio ni deprisa; era una caza y la paciencia era una virtud necesaria. Fueron algunas horas sobre llano donde la vegetación no superaba la altura de sus rodillas; si algún espectador hubiera visto su temple y sus andares seguros, diría que su ira era amainada. En su interior un fuego le corroía: eran las imágenes de aquellos cuerpos mutilados las que estaban presentes a cada tiempo transcurrido y solo las desterraría cuando hubiera cumplido su cometido auto impuesto.

Un pequeño zumbido en su cabeza le alertó de que cerca de donde él se encontraba había algo que no concordaba con la naturaleza que le rodeaba. Estaba en su radio de percepción y era hacia el sur. En aquel terreno con tan pocos obstáculos y accidentes geográficos, estaba vendido pero las señales provenían de un bosque que estaba justo enfrente. Conocía aquel bosque: era frondoso y siendo la época que era, estaría lleno de mil aromas que lo encubrirían, algo de suerte tendría que tener en su empeño.

Dejó el paso normal para salir corriendo a una velocidad que ningún humano podía igualar, solo paró justo en la frontera del bosque y puso en su rostro una sonrisa donde solo una comisura de su labio se movió, así, el diablo rojo entró en el bosque.

Los árboles estaban muy juntos unos de otros y sus ramas eran gruesas por lo cual aprovechó para moverse por las alturas y así adquiriría más ventaja hasta que al fin un olor fuerte a pelaje sucio le llegó por su derecha. Se movió entre las ramas con sigilo y entonces vio al primero: medía más de dos metros o incluso bastante más; había captado algo ya que movía su hocico de un lado a otro olfateando: era el olor de Antón el que le confundía pero no se movía. Antón se puso justo encima de él sin apenas producir sonido, sacó una daga larga mientras se dejó caer hacia el suelo y el sonido metálico hizo mirar a aquella bestia hacia arriba. Lo único y último que vio fue a un hombre bajar del cielo cuando el mundo se apagó. El puñal de Antón se había incrustado tanto que sobresalía por su mandíbula; aún con la boca abierta de la sorpresa, cayó muerto de lado. Antón recuperó de su cuerpo su daga y acompañó al cuerpo con sus manos para que cayera sin fuerza y pudiera alertar a otras abominaciones, pues sabía con certeza de que en ese bosque habrían muchas más. Entonces vio cómo un gran búho blanco planeaba bajo las copas de los árboles y se posó en una rama cercana; aquel animal le miraba con ojos inteligentes. Antón sabía a quién pertenecía aquel animal y que no era más que un autómata.

El Mago no podía dejarlo solo pero no supo interceptar aquella señal. El búho gigante desplegó sus alas y emprendió el vuelo desapareciendo de la vista de Antón. Encogió los hombros y prosiguió la caza. Sonidos varios de aquellas bestias lo confundían hasta que escuchó cómo se movían más deprisa: habían olido la sangre de su congénere. Él empezó a correr a través del bosque y entre el hueco de dos árboles que se abrazaban, vio sombras. Apenas cabía su cuerpo por lo que desenvainó dos puñales de más de un palmo de acero vueltos en su antebrazo para que no molestaran en lo que iba a realizar. Se encogió lo que pudo y traspasó ese hueco arbóreo para aterrizar entre dos bestias sorprendidas: una miró su pecho donde un puñal le atravesó su corazón y gruñó solo una vez pues la vida se le escapó antes de que pudiera hacerlo otra vez; la otra, con su izquierda hizo un barrido con sus zarpas abiertas para arrancarle la cabeza a Antón, pero él se agachó y al mismo tiempo clavó con una mano el puñal en su rodilla mientras con la otra extraía una daga más pequeña y ascendiendo su cuerpo, lo rajó hasta el esternón. No había más abominaciones cerca pero sabía que en ese bosque quedaban más; todo había sido demasiado fácil. Miró hacia una cruz y vio el rostro de una niña; empezó a mirar mejor y vio que en su barbilla había una línea negra y que sus ojos eran negros sin pupilas. Se quedó quieto cuando un chillido agudo salió de la boca que ahora se abría en cuatro partes; sus brazos huesudos terminaban en falanges larguísimas terminadas en punta. Antón dio un paso hacia atrás y como un relámpago, lanzó varios objetos metálicos que con chasquidos de huesos rotos atravesaron el cuerpo de aquella criatura. Cayó muerta al suelo y Antón miró con desprecio aquella abominación que se mimetizaba en una niña. Recordó lo que le contó Silvan estando en Vera y vio que era similar. ¿Qué retorcida mente podía haber hecho esa criatura si no Raven? Tenía que acabar con su herencia.

De repente escuchó un sonido que se acercaba a él a gran velocidad: era otra criatura que le había detectado y su forma se agrandaba por momentos; sacó dos bolas unidas por una cuerda y las lanzó. Se enredaron con fuerza en las patas delanteras que acabó su carrera para arrastrarse por el suelo. Fue el momento que aprovechó para correr hacia él, saltar poco antes de llegar y con toda la fuerza de su peso y sus puños como un martillo, lo desnucó.

Algo que no cuadraba en aquel bosque le hizo quedarse quieto pues empezó a ver sombras blancas pasar a través de los árboles tan rápidas, que parecían como fantasmas pues no se les podía adivinar

su forma.

Estaba en un pequeño claro cuando vio cómo una de las bestias corría en lateral por el fondo por delante de las blancas sombras, hasta que paró en seco y fijó su vista en Antón. Antón separó un poco las piernas y se metió las dos manos hacia atrás pues estaba preparado para recibir mortalmente a aquella bestia la cual empezó a tomar carrera hacia Antón. A los pocos metros paró en seco pues unas pisadas como truenos hacían eco en todo el bosque. Detrás de aquel animal apareció un inmenso caballo blanco y montado en él, un hombre que se agachó por un lateral del alazán para ensartar una lanza a la sorprendida bestia, de manera tan fuerte que rompió su mástil. El jinete tiró el resto de su arma al suelo y se acercó a Antón.

—Saludos señor.

—¿Te recuerdo?

—Soy Iván el poeta y pastor de unicornios. Saludos de Romualdo, El Mago.

—Sí, de Mont-Elo.

Una figura menuda saltó desde la espalda de Iván hacia el suelo con gracia y elegancia. Tenía un vaporoso vestido blanco y sus cabellos volaban como hilos de oro delante de su rostro el cual solo se veía su sonrisa:

—Y a mí, ¿me recuerdas?

—¿Olvidarme de ti? Imposible Derán.

—Así me llaman —dijo inocente cogiendo una flor del suelo y poniéndosela en el pelo.

Derán salió en pies puntillas bailando el trecho que restaba para llegar hasta Antón y junto a él, se alzó para darle un beso chico que hizo desaparecer la ira de Antón.

—Aquí tu misión está cumplida señor Antón; ya no queda más mal en este bosque.

De todos lados aparecieron lobos blancos con sus fauces plateadas llenas de sangre que superaban en altura a la Dama Blanca. Con una mano hizo un ademán de despedida y aquellos enormes animales desaparecieron.

—Bueno, creo que quiero volver a ver a mis amigos. ¿Me llevas Iván?

—Con sumo placer mi dama.

—Qué bien habla mi poeta ¿Ves Antón? Mejor compañía no podría tener.

—Esas palabras podrían también haber salido de mi boca.

—A la que besaré solo porque sigas hablando así.

—Un regalo que no creo que sea digno de merecer.

Derán sonrió coqueta y juntó sus manos como una niña que acaba de conocer el amor por primera vez. Antón sabía que su misterio ya no lo era tanto pero se alegraba mucho de verla.

—Antón, ¿aún tienes muchos secretos que atender y muchos hilos que tejer?

—Muchos.

Derán volvió a montar con la ayuda de Iván y se dirigió hacia el norte despidiéndose con una mano. Así, cuando desaparecieron de su vista, el caballo que despidió en el poblado que ahora solo es un cementerio, apareció por un costado hasta que se quedó quieto enfrente de Antón el cual sonrió y se montó en él. Solo dijo una frase mientras acariciaba el cuello del animal:

—Aún me queda mucho trabajo que hacer.

13. LAS MONTAÑAS SIN NOMBRE.

Caminando ya, dejamos el bosque de Dasos. Se alzaban las montañas hasta que las nubes escondían sus picos una cadena montañosa muy alta y entre ella y nosotros un llano yermo tan liso que una pequeña piedra era su máxima elevación.

Dasos volvió la vista atrás hacia el bosque: eran pocos los metros alejados y su mirada delataba tornar lo más pronto posible. Elevó su vista hacia las montañas que no tenían nombre (y así se quedarían hasta que alguien se lo diera); el terreno se elevaba en una pendiente suave y así seguimos caminando con él de guía. Nos desviamos un poco hacia el este y al tiempo que la luz del día se apagaba y la noche se acercaba, Dasos hizo un alto aún en terreno que tenía buena vista y donde la temperatura iba descendiendo paulatinamente conforme nos estábamos acercando a las cumbres. Aquellas montañas se vislumbraban que eran escarpadas y angostas, no éramos quienes sufriríamos demasiado ni las inclemencias del tiempo ni el esfuerzo que para la gente normal si sería.

Dasos se sentó con las piernas cruzadas a lo que yo hice lo mismo enfrente de él. Era un durmiente que no conocía y muchas preguntas rondaban mi cabeza contenidas por no importunarle. Vi que cerraba los ojos mientras en voz baja recitaba en una lengua extraña que desconocía y con una cadencia que casi parecía una canción. Esperé a que terminara y tras varios minutos, calló, abrió los ojos mirándome fijamente e intentando ver más allá de lo que era meramente físico.

—Pregunta Silvan pues hemos de esperar a la mañana.

—¿Por qué? No nos hace falta la luz del día para seguir nuestro camino.

—No, no es cuestión de ver sino de evitar pues aunque nada veas por los alrededores, allí en las alturas, las cimas no están tan huérfanas de vida y no tenemos la necesidad de irrumpir por la noche con el paso; son seres extraños los que allí la habitan.

—¿Cuáles son?

—Humanos ¿extraño, no? Hay gente que vive allí arriba que si nos vieran aparecer por la noche para ellos sería una alerta innecesaria. Son gente extraña y por el camino hay seres peligrosos. Mejor ir de día.

—¿Puedo preguntar sobre vos?

—Silvan, realmente no eres como nosotros. Tu madre sí lo era pero no sé cómo tú has evolucionado más. Eres mucho más pues lo

veo en tus tristes ojos y también cómo el bosque te acogía como si formaras parte de él. Apenas tienes treinta años pero nosotros más de dos milenios mas si así lo deseas y tengo las respuestas, hazlo.

—Cuéntame cómo te quedaste en el bosque.

—Te contaré el principio, desde la huida de Monasterio pues creo que ese fue el principio.

—Te escucho atento. Algo me contaron Antón y Gabriel pero querría saber más. Sea o no como vosotros, sois mis orígenes y los orígenes de mi madre.

—Allá vamos. Aquí, en la falda de las montañas sin nombre y donde te aseguro que no faltaré a la verdad, la historia de los durmientes (pues así nos llamaron) algunos despertaron por ti Silvan, por protegerte e irónicamente, tú eres quien ahora viajas para protegernos a los durmientes junto a los habitantes de esas ciudades.

—En las que sospecho que nunca has visitado.

—Plenamente acertado tu comentario pero prosigo pues la noche es larga y aunque el tiempo para nosotros tiene otra medida, para ti la tendrá también si sobrevives al paso del tiempo. Ya te contaron que éramos los experimentos de un grupo de científicos que intentaban mejorar la raza humana; no sé qué criterio fue el que decidieron que fuéramos nosotros porque a todos nos borraron de nuestras mentes las vidas que tuvimos antes de entrar en lo que denominaron Monasterio. Todos estábamos dormidos en máquinas que nos mantenían vivos y encerrados en cápsulas pero lo extraño es que todos estábamos conectados creando una conexión neuronal colectiva. Servía, como después descubrimos, para sentir cuándo alguno de nosotros moría o para reconocernos a distancia. Tengo que apuntar que los únicos que tenían conocimiento de sus vidas anteriores eran Antón y Gabriel; ellos no estaban allí dormidos en esas cápsulas si no que eran quienes nos cuidaban y efectuaban los experimentos que luego ellos mismos hicieron en sus propios cuerpos; nunca nos contaron nada de nuestro pasado bien porque no lo supieran o bien porque no quisieran desvelarnos el criterio de selección. Fue un accidente fortuito lo que nos ayudó a escaparnos y aunque estábamos todos desorientados, simplemente los seguimos. Tardamos en tener conciencia y ellos dos nos ayudaron a huir aprovechando la confusión de aquella situación; fuimos ayudados también por un hombre extraño.

—¿Karmen? —le pregunté.

—Sí, así se presentó; todos los supervivientes éramos todos desconocidos pero desde un principio sabíamos lo que sentía cada

uno de nosotros por esa conexión que era un hilo que nos unía a todos. Ya en el exterior huimos todos juntos pero nos dimos cuenta que aunque nuestras vidas antiguas estaban perdidas, nos desplazábamos tan deprisa que no era humano. Cuando ya estábamos lo suficientemente lejos o eso creíamos pues así lo dijo Karmen, en unas ruinas Antón y Gabriel se debatían en la manera de huir de la hermandad pues pronto nos darían caza. Decidieron y aceptamos con buen criterio escondernos y separarnos de ellos. Yo partí hacia el norte hasta que el bosque que era aún joven y dañado me atrajo; decidí quedarme allí hasta el día de hoy. Al principio hacía viajes reconociendo lugares como el paso entre las montañas al que te guio, pero siempre volvía. Cada año que pasaba los árboles se hacían más grandes y se hacía más denso hasta que sus copas no dejaban ver el cielo; pasaban riachuelos y un río grande por él. Entonces decidí que fuera mi hogar y, seguirá siéndolo.

—¿Quedan más de los que conozco?

—Sí, pero acepta como acepto yo la manera que tiene cada uno de vivir, como la mía, respetada por todos. Soy feliz allí en el bosque y sinceramente, me interesa poco lo que ocurre en otros lugares aunque no me tomes por un ser insensible, pues son bienvenidas las visitas de los míos y agradezco las noticias que me dan.

—¿Quedan muchos? Dijiste que erais muchos; no te tomes a mal la curiosidad pero soy hijo de una de los vuestros.

—No Silvan, no te preocupes pues si quiero te respondo y si no, guardaré silencio. La noche es larga y hasta el alba no partiremos y respondiendo a tu pregunta, quedamos pocos.

De pronto acudió a mí una cuestión que quizás Dasos la supiera o si así fuera, igual no querría contestarme.

—¿Sabes quién es mi padre?

—Me gustaría contestarte, ni lo sé yo ni lo sabe nadie. Esa respuesta se la llevó tu madre a la tumba. Lo siento.

—No importa, tenía que hacerla. Considero a Gabriel como mi padre pero quiero el conocimiento de quienes fueron realmente mis padres; solo tengo como recuerdo el nombre de mi madre.

—Y esas dos espadas que fueron forjadas por el mejor herrero de todos los tiempos. Tú lo conoces pues dedicó más de una vida humana en hacerlas, es Valerio, el hermano gemelo de Román.

—Eso no me lo contaron.

—Ni yo te contaré todo lo que sé pues hay muchos secretos escondidos en dos milenios.

—¿Te contó algo Antón sobre los ancianos?

—Sí. Llevan muchos más años que nosotros en este mundo; si sabemos algo de ellos es porque ellos quisieron ser descubiertos. ¿Tienes alguno de aliado?

—Las dos hermanas. Creo que tengo un poder de atracción hacia los demás que no alcanzó a comprender.

—Se llama liderazgo. Es humano quieras o no; tienes ese don aunque prefirieras pasar desapercibido… como yo.

—Pero no puedo permitirme ese lujo. Me gustaría vivir en un bosque como vives tú, dejando el paso de los días con la amabilidad de su estar pero tengo mujer e hija y aunque no lo haya pedido, un mundo que salvar.

—Siempre ha habido un mundo que salvar y siempre se ha hecho, pero tú tienes algo que nadie ha conseguido que es tener contacto con la Madre Tierra. En el bosque tú pensabas que lo aceptabas como un lugar de paz, pero era él quien te concedió su buen estar.

—¿Querría saber…?

—No Silvan, ya está bien de preguntar pues no estoy habituado a hablar tanto. Ya me avisó Antón de que eras muy curioso pues quieres las respuestas a todas las cuestiones que te rondan pero has de dormir; yo estaré despierto esta noche.

—No necesito el dormir.

—Te equivocas pues ¿no fue en sueños donde viste aquel lugar hacia donde te diriges? Parece como otro el sueño tuyo un buen canal de comunicación. Duerme por si el sueño te diera alguna señal más y no te confundas, somos muy fuertes y poderosos pero no somos seres todopoderosos; hay límites y podemos morir, confiarse en demasía es poco sabio.

Hice aquello que Dasos me dijo sin rechistar pues tenía la sospecha de que sabía cosas que no me quería contar y el que me acompañara, tenía también un matiz innecesario. Yo podría haber encontrado ese paso o escalar esas montañas. La mano de Antón estaba en todos sitios y la compañía de Dasos era su protección. Dormí sin sueños pues solo al principio leves recuerdos de mi añoranza hacia mi mujer Raquel y mi hija.

Desperté cuando los primeros rayos de sol incidieron directamente en mis ojos y al abrirlos, vi a Dasos en la misma posición donde lo dejé. Seguramente no había movido un músculo desde que me dormí.

—Buenos días —saludó Dasos.

—Buenos días.

Sin más dilación ni más palabras, recogí mi mochila y me

acomodé el abrigo que hacía la función de esconder mis armas. En este día claro, seguí sus pasos; la pendiente se hacía más inclinada y había ya varias zonas no muy espesas de nieve; no había pausas en el camino ni hacían falta. Cuando llegamos a un tramo estrecho que no pareciera que tuviese la naturaleza nada que ver y las nubes atrapaba la montaña como un techo sedoso de algodones, empezamos a iniciar el ascenso. La nieve ya era con su blanco color el suelo donde pisábamos, dejando huellas profundas en ellas. La visibilidad era precaria pues nos absorbió una niebla tupida: cuanto más ascendíamos el viento cobraba más fuerza creando una sinfonía sibilante. Aquel camino andado se iba estrechando cada vez más hasta llegar casi a caminar de lado; el suelo estaba resbaladizo con lo cual hacía el andar más lento con la alta posibilidad de que un paso en falso nos podría precipitar a lo que ya eran profundos barrancos. Cuando pensé que ya no había más trecho por el cual pasar, se fue anchando lo suficiente como para poder ir erguido y recto: a mi izquierda una alta pared que siempre estaba presente y a la derecha una caída considerable.

De repente oímos el sonido de un trueno pero no había la impresión de que hubiera tormenta hasta que comprendí que era una avalancha. Dasos me puso una mano en el pecho empujándome hacia la pared donde pegué mi cuerpo; por encima de mi cabeza vi toneladas de nieve y hielo pasar sin que enterraran el camino por donde íbamos. Estuvimos parados varios minutos mientras pasaba el techo blanco sobre nosotros y cuando paró, proseguimos el camino. Algunos terrones de nieve habían sorteado la inclinación pero no nos impedían seguir. Fuimos caminando durante horas mientras me daba cuenta de que el aire se empobrecía en oxígeno; debíamos de estar a una altura bastante considerable, tan altos que estábamos por encima de las nubes que como un mar cubría la vista hacia abajo (era un espectáculo bello). Levanté la vista y entre dos cimas pude observar una construcción que las unía como si fuera un gigantesco puente en el que en su mitad estaba adornada por un arco enorme. ¿Cómo habían podido subir los materiales para realizar esa obra colosal? Entonces Dasos me despertó de mi ensimismamiento:

—Este es el paso del norte en las montañas sin nombre: una frontera.

No hice réplica ninguna pues intentaba calcular la dificultad que tenía el construir aquella obra. Dasos siguió andando y yo tras sus pasos. Parecía que estuviese cerca de aquella construcción, pero el serpenteante camino que llegaba a ello traicionaba el cálculo y

decir que el precipicio debía ser tan alto que, aunque engullida su caída en un mar de nubes, se habría cobrado seguramente más de una vida.

Nos llevó dos horas largas el llegar a la sombra de esa construcción que aun impresionaba más de cerca; mirando hacia arriba no me di cuenta que dos estatuas cubiertas de nieve guardaban una puerta de entrada que era más bien ridícula comparada con el conjunto de la obra. Dasos paró pues la puerta estaba cerrada. Aunque no fuese muy grande parecía robusta, de tablones de madera verticales y planchas de acero grueso que las unía. Sorprendiéndome, empezó a hablar.

—Salve, vengo a ver al guardián de la puerta del norte.

Aquellas estatuas se movieron haciendo que la nieve cayera de su cabeza y sus hombros; llevaban ambos lanzas en una mano y escudos en las otras. Uno de ellos dejó el arma y el escudo en el muro cercano. Entonces vi que le colgaba de un costado una enorme llave que sin mediar palabra introdujo en la cerradura correspondiente y empujando la puerta con una mano, abrió la puerta. Detrás de ella solo había oscuridad. Aquel hombre, si lo fuera, volvió a su posición de guardia cogiendo la lanza y el escudo. Dasos entró tras la puerta y yo me quedé atrás. Justo al entrar, la puerta se cerró tras nosotros con tal contundencia que me sobresaltó. Normalmente mis ojos podían ver hasta en la noche más cerrada, pero allí donde nos encontrábamos no veía absolutamente nada. Dasos dio dos palmadas y varias antorchas que estaban en la pared se encendieron y consecutivamente varias parejas de ellas más alejadas, iluminando con una luz intermitente el principio de una mística escalera ancha. Dasos empezó a subir por los escalones y yo aún me retrasé unos segundos intentando comprender cómo se habían encendido aquellas antorchas. Sin lograrlo, la subida fue bastante larga y al mismo tiempo que ascendíamos, otras antorchas se encendían y nos iluminaban el camino. No había ventanas ni tampoco adornos en las paredes. A veces me apoyaba en sus sillares con mi mano intentando que algo me dijeran, solo notaba frío. Al final terminaron los escalones en un llano cuando vi otra puerta idéntica a la de la entrada, pero me llamó la atención de que no tuviera cerradura. Dasos apoyó sus dos manos y abrió la puerta rompiendo con un chirrido metálico el silencio que habitaba en todo el tramo de la escalera. Vi una chimenea enorme con un gran fuego que caldeaba una enorme sala; allí en esa sala pobre de mobiliario, habían cinco personas: una sentada en lo que parecía un trono de piedra, a la derecha de la chimenea cuatro personas que

estaban de pie; todas ellas tenían la misma estatura que yo, alguno incluso más alto. Todos llevaban puesta una armadura que le cubría casi todo el cuerpo; la gola era tan alta que solo les veía los ojos y el pelo. Uno de ellos se apoyaba en una espada tan grande que su pomo llegaba a la altura de sus ojos. Dasos los miró a todos desde el centro de la sala y ninguno de ellos hizo ademán ni tan solo de proferir palabra alguna, ni siquiera se movieron de donde estaban. Luego miró al que estaba en el trono: era grande a pesar de estar sentado, de anchos hombros, completamente calvo aunque tenía una barba larga que le cubría hasta el pecho; también llevaba armadura pero nada ocultaba su cara. Dio un paso hacia él y se presentó como si fuera la primera vez que lo hacía dando a sus palabras una entonación ceremonial.

—Soy Dasos, me presento ante ti, guardián del paso del norte.

Aquel hombre sonrió y puso su brazo apoyándolo entre su pierna y su barbilla haciendo su puño de base para que su cabeza no bajara; habló con una voz tremendamente grave:

—Ni te llamas Dasos ni yo tengo tanta pompa en mi título.

—Así me hice llamar.

—Mi abuelo me contó algo sobre un ser milenario que habitaba en el bosque del sur y protegía a los siempre jóvenes, pero no te llamó Dasos.

—¿Qué nombre te dijo que era el mío?

—Yo no soy ninguno que sea más de los nueve que siempre están aquí; estoy sentado en este trono porque simplemente no lo hizo otro y tu nombre me lo dijo Orlando. Mejor que lo diga él que te conoce bien.

Aquel que llevaba la espada enorme, con una voz que con el obstáculo del acero que tenía delante de su boca sonaba extraña se dirigió a Dasos.

—Tu nombre es Rafael, pero no eras el único que se llamaba así. Cuando el bosque te acogió en su seno adoptaste su nombre pues aquel que tenía tu mismo nombre era de naturaleza vil; y ya que cortó el vínculo, no sabíamos dónde se encontraba y no pudimos dar con él. Dasos, el que tiene nombre del bosque, da cumplida tu misión encomendada que no era otra que proteger al único hijo de una durmiente. Vuelve a tu bosque y guárdalo.

Dasos asintió con una sonrisa aliviada y desapareció sin tan siquiera un adiós. Tal como salió de escena en aquel salón, aquel que se llamaba Orlando que sospechaba que era también un durmiente, se dirigió hacia mí con esa voz tan extraña:

—Bienvenido a la puerta del norte, Silvan.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Antón nos contó que Dasos te acompañaría hacia este lugar. Nos dijo tu nombre y tu cometido mas aunque dijeron que tendrías que ir solo, nada dijeron de que te proveyeran de ayuda.

—Antón está lejos. Es imposible que estuviera aquí antes de saber lo que tenía que hacer. Lo siento, pero no siento ninguna conexión con vosotros.

—Ya supondrás que soy un durmiente. Así como Dasos decidió quedarse en el bosque del sur, yo vine aquí y fui testigo de la construcción de este edificio y, las palomas con sus mensajes, viajan rápido y muy alto algunas.

—¿Tú solo?

—No. Conocí un pueblo de gente dura acostumbrada a la dureza del clima de la montaña, pues estos parajes les protegía. Yo no quería que la hermandad traspasara estas montañas pues nunca creí que llegarían tan lejos, aunque gracias a dios, no lo hicieron. Aún así, aquí los esperaría si tuvieran la estupidez de hacerlo. Ya sabes mi nombre y yo el tuyo; no habrá impedimento en tu camino mas solo te pido, solo si tú deseas contárnoslo.

—He de viajar hacia el norte pues hay un lugar siniestro que me ha puesto sobre aviso, quizás una amenaza.

—Por este lugar les será difícil pasar. Somos pocos pero las paredes son casi imposibles de escalar y solo hay una puerta por donde pasar. Sígueme, no hay tiempo de presentar a mis compañeros. Tu viaje ha de proseguir sin demora. Bajo las montañas encontrarás un pueblo que te acogerá solo con pronunciar mi nombre.

Saludé con la mano a los que se encontraban en la sala y seguí a Orlando. Quise hacerle preguntas pero nada más traspasar la puerta del fondo, él me habló.

—Veo tus ganas de preguntar ya que eres un hijo de los nuestros pero ahorra palabras pues no sé más de lo que te hayan contado Antón o Gabriel. Sé que eres especial y también sé que aún tienes camino que andar y no se puede pausar. Si vuelves alguna vez sin que nada te apremie, podremos conversar pero ahora no es el tiempo de hacerlo.

—A veces pienso que me llevan de la mano en el camino como si yo no tuviera el control.

Orlando se empezó a reír con el eco metálico de su gorjal.

—Tu camino empezó desde tu nacimiento y siempre puedes tener la opción de decidir. Que se preocupen por ti no es nada que tenga que ver con tus decisiones y toda ayuda es buena. Alguien te

mandó investigar algo en el norte y tú vas hacia allí; a partir de aquí ya no hay más de los nuestros que vigilen tu camino. Puedes desandar tu camino e ir hacia tu hogar, nadie te lo reprochará.

—Sigo hacia el norte.

—Que la suerte te acompañe; me da que la necesitarás.

—Si la amenaza viene hasta este paso ¿qué haréis?

—Por algo se construyó y algún día hay que morir. No dudes que defenderemos el paso sea lo que quiera venir, u optar por una orden más sensata; no adivino el futuro pero confío en el criterio de Antón.

Reafirmó sus palabras chocando la punta de la enorme espada en las piedras del suelo y soltando chispas. Era alguien a temer.

—Antes de irme ¿tiene El Mago algo que ver en esto?

—No conozco a ningún mago; no existen.

—Uno sí.

Abrí la puerta de salida hacia el norte acompañado hasta ella por Orlando. El viento me empujaba por la espalda y la puerta se cerró tras de mí. Aún volví mi cabeza por si lo vivido anteriormente fuera una ilusión pero no, allí estaba esa imponente construcción adornada de hielo y nieve. Ahora sí estaba solo pero sabía que en el camino hacia el norte había una aldea. Hacia allí me dirigí.

Ya mi senda se hacía larga y aún me faltaba por recorrer.

14. DOS HERMANAS

A primera hora de una mañana de primavera, los cuatro guardias que custodiaban la puerta principal de la bella Selva conversaban sobre la causa de que hubieran doblado la guarnición pues todo estaba muy tranquilo.

Los rayos primeros del sol daban luz al entorno que hasta una alfombra multicolor de flores salvajes de en rededor, daban un dominio de hermosura que en nada auguraba ninguna razón para la alarma que portaban las conversaciones de aquellos guardias, hasta que, un sonido que se acercaba de potentes pisadas fue aumentando hasta que se hizo atronador cuando un enorme caballo blanco pisaba con sus cascos contra la piedra del puente de los ángeles. Estaban estupefactos ante tan bello animal que se quedó parado ante ellos resoplando por sus ollares potentes vahados. Iba montado un jinete que vestía estrafalario e iba bastante armado.

—¡Buenos días caballeros!

Saludó Iván desde la privilegiada altura que le daba su montura cuando de su espalda, saltó una muchacha que vestía un vestido corto que casi era transparente. Descendió flotando con una gracia propia del principio de un poema. Parecía tan menuda y tan frágil desde su punto de vista pero tan bella, que no podía dejar de verla.

—Mi valeroso Iván, el de bellas palabras, creo que no me acompañarás.

—No mi bella dama pues el deber me llama y es en otros lugares donde es más necesaria mi presencia. Pero mi gozo es tal, que moriría de alegría pues después de tantos años de búsqueda, encontré el mayor tesoro que desearía y sois vos, mi Dama blanca, mi tal preciado tesoro.

—¡Oh! ¡Cómo podré vivir sin oíros! Vuestras palabras me embelesan como un encantamiento que me atrapa pero es hora de que partáis. Sé quién te reclama.

—Adiós sin más. Odio las despedidas largas y esta es sin duda, amarga.

Iván dio media vuelta a su montura y dando unos pocos pasos, paró al enorme caballo blanco, se giró y sus palabras fueron casi una súplica.

—¿Mi dama? ¿Nos volveremos a ver una vez más?

—Sí, mi galán, una más —dijo Derán la Dama Blanca dando unos pasitos hacia él para que sus palabras solo fueran oídas por ellos dos. Una más pues has tenido un privilegio otorgado solo a

quien ha merecido mis atenciones, han sido muy pocos y ha sido en tanto tiempo que para ti sería eterno. Además, ¿lo sabéis, no?

—¿El qué, mi musa que guían mis más bellas palabras?

—Iván, morirás pero yo seguiré siendo joven y bella; además, aunque quisiera el tiempo borraría tu nombre por mucho que quisiera retenerlo.

—Sé que no sois humana, pero quién puede decir más que yo que pude amar a una diosa.

Derán sonrió complacida y se retiró de las cercanías del jinete dando unos pasitos hacia atrás sin dejarlo de mirar. Iván se quedó atrapado en aquellas pupilas de color azul mar y movió la cabeza para intentar romper aquel encantamiento. La dama blanca alzó su mano delicada a modo de despedida.

Iván dio un golpe con sus talones en el lomo del caballo y levantó sus patas delanteras moviéndolas en el aire que con su tamaño ocultó al mismo sol que los iluminaba; con destreza y con una mano, se quitó el sombrero dejando sus cabellos libres inclinando la cabeza ante aquella menuda mujer; sus ojos brillaban humedecidos con lágrimas que empezaban a nacer. Puesto ya a su sitio tanto su sombrero como la verticalidad de su montura, empezó un galope que ocultó los signos de tristeza de esta despedida. Tal era la velocidad que tenía aquel animal, que no tardó en desaparecer de la vista tanto de Derán como de los espectadores que aún mantenían la estampa de incredulidad en sus rostros.

La Dama Blanca empezó a andar hacia ellos dando saltitos traviesos entre el poco trecho que restaba hasta la puerta y sus guardias. Con voz cantarina les habló:

—Buenos días sean gentiles hombres. Mi nombre es Derán, la Dama Blanca y así me presento. Vengo a ver a mi hermana.

—¿Quién es vuestra hermana? —contestó un guardia con voz entrecortada de asombro.

—Es y siempre será Sara, ahora mujer de Héctor.

Sorprendidos aún más si cabe, se miraron unos a otros pues nadie sabía que la mujer del director de todas las ciudades del este tuviera una hermana, pero sus palabras fueron muy convincentes. Además, ¿qué amenaza podría suponer aquella frágil mujer que tenía ese juvenil aspecto y la inocencia en sus traviesas formas?

Un guardia llamó para que abrieran la puerta y en cuanto estuvo lo suficientemente abierta, otro se adelantó para informar a Héctor. Otro guardia, cortésmente, la cubrió con su guerrera pensando que yendo tan ligera de ropa pudiera tener frío pero ella no lo tenía, aún así, le agradó el gesto; el que restaba le acompañó. Nada más

pasar la puerta Derán cogió la mano de aquel guardia como si de su padre fuera. Al principio se sorprendió de que fuera de su mano pero el contacto con ella hizo que le invadiera una paz y tranquilidad que jamás conoció. Pasaron el patio desnudo entre las dos puertas del feudo de Selva y la segunda puerta estaba abierta. Antes de que llegaran, Derán se soltó de la mano del guardia y se puso las dos manos en la boca sorprendida de la belleza de aquel lugar, del trasiego continuo en sus calles y de que todo el mundo se saludaba al pasar, dando nombre siempre a los que pasaban, (qué importante era el nombre, pensaba Derán); fue andando entre aquel alegre gentío a la par del guardia que lo acompañaba, hasta que en una plazoleta pequeña había una pareja con una niña. Salió corriendo hacia ellos y la mujer abrió los brazos para recibirla.

—Derán, ¿dónde estabas?

Sin dejar de abrazarse, la Dama Blanca le contestó:

—Nunca lejos, Sara; dormía, sólo eso hacía.

Se despegó de Sara para abrazar a Héctor que justo llegaba y al cual besó suavemente en los labios; él no se sorprendió pues la conocía. Acto seguido se agachó hasta la altura de la niña que tenía el pelo cobrizo cayendo en cascada y en tirabuzones, la cual se le iluminó la vista al tener enfrente a Derán que le dedicó una sonrisa de niña chica.

—¿Esta es mi sobrina? ¿Qué nombre te pusieron al nacer?

—Mi nombre es Flora. ¿Tú eres mi tía?

—Sí mi niña; he venido a verte, a veros y a hablar con tus padres. ¿Me das un abrazo?

Tía y sobrina se dieron un abrazo delicado. Flora apoyó su cabecita en el hombro de Derán. Aquella escena enternecía a todo aquel que pasaba junto a ellos. Héctor les interrumpió:

—Supongo que vosotras querréis hablar de asuntos vuestros. Derán, ¿sabes que Silvan partió al norte en una misión?

—Sí, por eso hice que quién me buscaba me encontrara para despertarme. Por eso estoy aquí; aunque no miento que no hubiera tardado mucho más en visitaros y más teniendo este tesoro de niña. ¿Por qué le pusisteis Flora? El nombre debe ser muy importante.

—Por mi tío Florián; murió aquí hace cinco años intentando defender este lugar.

—Que la paz sea con él. Si fue un gran hombre lleva el mejor nombre que le pudierais poner.

—Era para mí el mejor hombre que jamás conocí y un ejemplo para mí. Supongo que querréis hablar a solas. Yo tengo asuntos que tratar o, ¿quieres algo de mí, Derán?

—No Héctor, solo saber que estás bien me basta.

—Si Derán, estoy muy bien y muy feliz con mis dos mujeres, orgulloso de la responsabilidad que ha caído en mis hombros que en nada me pesa. Me llevo a Flora así estaréis más tranquilas.

—Ella se queda con nosotras. Es muy importante que esté con nosotras dos.

—Os dejo pues. Bienvenida a Selva Derán, la Dama Blanca.

—Gracias Héctor. Nos veremos en breve.

—Id a nuestra casa pues allí los muros son gruesos y ahogan las palabras para que nadie pueda oírlas.

Héctor se dio media vuelta no sin antes dar un beso prolongado en la boca de Sara que dibujó una sonrisa complaciente a su término y un beso en la frente en su hija; después desapareció entre los numerosos transeúntes de las calles de Selva.

—Vamos a la casa, Derán. Por cierto, bonita guerrera.

—Los guardias tenían buen corazón.

—Este lugar casi todo el mundo lo tiene así se les educa en el respeto y en las buenas maneras.

—Me trae viejos recuerdos.

—Lo he hecho mi hogar como antaño fue el nuestro.

—Has hecho bien hermana.

—La tita es un poco rara ¿no, mamá?

—No es rara Flora, es muy especial —dijo Sara.

—Tú también serás muy especial, Flora.

Sara miró extrañada a Derán por sus palabras pues ella nunca mentía, no podía hacerlo.

—Es humana, Derán. Es especial por ser mi hija pero ya tuve muchos más y todos fueron normales.

—Ella no Sara; tú no lo ves pero yo sí, es como nosotras.

—Será la primera en demasiado tiempo.

—Lo sé, es la primera y única pues nació de ti y un humano pero tiene mucho tuyo.

—No hablemos más aquí; vayamos bajo techo y muros que cobijen nuestras palabras.

Fueron así las dos hermanas llevando Derán de la mano a Flora. La pequeña no dejaba de mirarla pues era un descubrimiento inesperado incluso para una niña de su edad. De vez en cuando la Dama Blanca le regalaba una sonrisa a la chiquilla que ella le devolvía.

Llegaron a una zona menos densa de Selva con una casa grande pero sin llegar a ser ostentosa. Era la casa del máximo mandatario de las cinco ciudades del este, mas la humildad es una de las más

bellas virtudes que Héctor ejercía como ejemplo para los demás cargos.

Las dos hermanas entraron en el recibidor. Allí les recibió la dama de llaves de la casa. Con amabilidad, Sara le indicó con voz baja que no necesitaban nada y requerían intimidad. Aquella mujer aprovechó la circunstancia para decidir hacer una visita a lo que Sara le respondió que le parecía muy buena idea.

La casa se quedó sola a excepción de las dos mujeres y la niña; aunque era primavera en el salón principal, el fuego siempre estaba encendido alimentado con poca madera pues bien era mantener buena calidez, pero no en exceso. Así se sentaron una frente a otra y la niña empezó a jugar en la alfombra justo en mitad de ellas. Sara comenzó la conversación.

—Cinco años para ti no son muchos pero querría saber que estés bien. Siempre te he protegido pero ahora no puedo ir detrás de ti.

Derán soltó un bufido de teatral fastidio.

—No hay peligro alguno en la faz de esta tierra que pueda hacerme daño ninguno; soy la Dama Blanca, hermana.

—La confianza es mala consejera. Silvan soñó con una torre y la Madre Tierra de algo le dio aviso.

—Está custodiada; es la prisión del último sin nombre y apenas es un recuerdo que casi no tiene vida, además, ahora es débil. ¿Por qué ahora, después de que lo capturaran tendríamos que temer de él? – dijo seria Derán.

—Lo sospechaba y tú lo sabías. Y si no hay peligro, ¿qué haces aquí?

—Quería verla.

—¿A Flora?

—Sí, a ella y a ti.

—Y preguntarme antes de partir algo, ¿no?

—Cómo me conoces. Eres la única persona a la que acudiría para pedir consejo.

—Mi pequeña Derán, hazlo pues; ¿para qué andar con rodeos?

—¿Por qué Silvan fue solo a un lugar tan sagrado?

—Porque así lo decidieron él y Romualdo —afirmó Sara.

Flora que jugaba absorta en la alfombra, al oír ese nombre se giró hacia su madre, la cual le sonrió y entonces la niña prosiguió con sus juegos.

—Creo que Romualdo se equivocó. Teníamos que haber ido con él y creo que partiré hacia allí.

—Uriel no te dejará entrar; no deja entrar a nadie. La salvaguarda es fuerte.

—Entonces no dejará entrar a Silvan y tampoco es posible que encuentre el camino hasta la prisión —raramente dijo estas palabras Derán seria.

—No tiene que entrar, solo saber qué es lo que ocurre allí y tiene que ser él; la Madre Tierra así se lo mostró a él y confío en el criterio de Romualdo.

La niña ya dejó de jugar y se fue hacia Derán y con sus manitas chicas, las puso en las rodillas desnudas de su tía y con los ojos abiertos, miró a los suyos y le dijo:

—Tres veces le habéis nombrado y tito Romualdo es mago aunque él me diga que solo hace teatro; yo sé que es un mago de verdad y si dice tres veces su nombre, ¡aparece!

Sara y Derán vieron la gracia de la niña pues parecía que relataba una historia fantástica. Dejaron sorprendida la seriedad del asunto y Derán la acogió en su regazo besándola cariñosamente; entonces su faz volvió a ser la de una chiquilla traviesa.

—Flora, niña de mi hermana, soy Derán la Dama Blanca, tan hermosa como tú serás; trovadores han cantado sobre mí en toda la historia y poetas han compuesto versos bellos y yo te digo, que aunque el nombre para nuestro pueblo es muy importante, no por nombrar a nadie sin que te escuche, aparece.

—¡Tita, ya está aquí!

Las dos hermanas se miraron sorprendidas de la imaginación de la niña cuando se oyó llamar a la puerta de la casa. Nadie reaccionó pero Sara finalmente se levantó.

—Seguramente será Héctor que ha vuelto.

Derán miraba a la niña con cara de interrogación y Sara salió del salón para abrir la puerta principal de la casa. Al abrir la puerta, una figura alta ocupaba el hueco de ella; vestía túnica gris con una cuerda de hilos de oro en su cintura, un largo y puntiagudo sombrero y un cayado en su mano. Su rostro de ébano estaba rodeado de una barba blanca y rizada.

—¿Romualdo?

—Soy yo. ¿No me reconoces?

—Claro, solo que Flora nos dijo que vendrías simplemente porque te nombramos.

—Yo no os escuché que me llamarais y en cambio, aquí estoy Sara. ¿Me invitas a entrar?

—Por supuesto. Pasa Romualdo.

—Gracias Sara.

Dejó su enorme sombrero sobre la mesita de la entrada y su cayado en la esquina; entró en el salón y Derán se levantó dejando a

Flora en el suelo, la cual se abalanzó hacia Romualdo.

—¡Tito Romualdo!

—Hola Flora —le contestó al tiempo que la levantaba en el aire y mientras la niña no paraba de reír.

El mago dejó a la niña en el suelo y esta volvió a sus juegos.

Derán se acercó a Romualdo y lo abrazó por la cintura un rato largo; El Mago sonreía oculto su boca tras su barba blanca, pero allí había mucha ternura que él agradecía hasta que Sara, con su voz, rompió el encantamiento.

—¿A qué se debe tu visita?

—A que ha vuelto nuestra Dama Blanca; no hizo falta que Iván me avisara pues ya lo percibí. ¿Cómo? No viene a cuento la verdad pero he hecho todo lo posible para llegar casi al mismo tiempo y lo he conseguido.

—Sí mago, solo dormí un poco y dejé que quién me buscaba, me encontrara.

—Iván se ha pasado cinco años buscándote; como tanto lo deseaba se lo permití, pero sabía que aparecerías no porque él te buscara.

—Y razón lleváis mi sabio Romualdo ¿Cuál es el motivo de tu visita? —repitió Sara.

—Es por Silvan.

El silencio se hizo en el salón. Sara se sentó en su sillón mirando como Flora estaba ausente de una conversación de adultos ensimismada en sus juegos; los carrillos de Derán se enrojecieron y encogió los hombros. Romualdo cogió la silla que le quedaba más cerca y la situó al lado de Sara. Derán volvió a su sillón en el lado opuesto a ellos y así, Romualdo prosiguió.

—En estos tiempos de paz y prosperidad, en estos lugares quizás olvidé que cada acción tiene una reacción pues así funciona el equilibrio de todo; ignoraba qué podía ocurrir tras la muerte, o mejor dicho, destrucción de aquel que decís que no tiene nombre. Cuando Silvan me contó que desde el día mismo en que Pedro sacrificando su existencia, lo borró de la faz de la tierra, soñaba con una torre dentro de una cueva inmensa al norte, lejos de estos lugares y después de que la Madre Tierra le comunicara a su manera dónde se hallaba, es porque algo ocurría. Supuse que allí debía estar el tercero de aquellos que se le quitaron el nombre por romper la más sagrada ley de vuestro pueblo, así que, él y yo decidimos que fuera a investigar solo porque no había ninguna batalla que librar. ¿Por qué tengo la impresión que comparte conmigo Silvan que ese lugar es una amenaza? ¿podéis vosotras

disipar esa duda?

—Solo soy Derán, la Dama Blanca; una chica bella que se preocupa por las personas a las que quiere.

Sara se levantó y se puso de espaldas a los dos; sin mirar a nadie y con voz seria, una voz que no era la suya, profunda y antigua, rompió el silencio.

—Cuéntaselo.

Derán dejó su aptitud de alocada adolescente, se puso seria y miró hacia el suelo. Sara le volvió a hablar en una lengua que nada se parecía a ninguna de las conocidas, pero el tono de la nueva voz era de seriedad severa que ensombrecía a cada palabra. La luz que irradiaba la Dama Blanca se apagó un poco al sonido de la voz de su hermana, reaccionó y se dirigió a Romualdo.

—El que allí se halla tiene buena custodia, no supone en sí ninguna amenaza pero está buscando que alguien lleve su negra esencia para vengar la muerte de su hermano; esa es la amenaza.

—Entonces ¿Silvan ha ido a saber a quién ha convocado?

—No debería haber ido solo.

—Solo no estuvo en terreno peligroso pues Antón se ocupó de ello. Hay más durmientes de los que creía que han guiado y velado a Silvan. Él es muy poderoso y solo temo por él en ese lugar tan extraño, mas no habéis contestado a mi pregunta.

—Nadie lo sabe mago, nadie sabrá a quién ha llamado pero los ancianos estarán allí custodiando la prisión.

—Flora se levantó, miró a todos y habló en la misma lengua que habló su madre; ella se quedó con las pupilas abiertas ante la sorpresa y Derán se puso las manos en la boca.

—¿Desde cuándo habla ese lenguaje la niña?— sorprendido preguntó Romualdo.

—Nunca le fue enseñado —dijo su madre.

—¿Qué ha dicho? —preguntó El Mago al tiempo que se ponía en pie.

—Que tío Silvan no tenía que haber ido a la torre sin puertas ni ventanas.

—¡He cometido un error! —dijo El Mago saliendo a toda prisa del salón y de la casa de Héctor y Sara.

Derán también desapareció.

15. LA DESCONOCIDA

En Vera, en una casa que no destacaba de otra de la vecindad, un hombre acostaba a su hija mientras sus ojitos pequeños se entornaban hacia el sueño mientras su padre le leía un cuento. Antes de que se diera cuenta, dormía plácidamente.

Aquel padre sonrió con complacencia y se giró al oír la cerradura de la puerta principal; arropó a su niña con mucho cariño y cerró la puerta de la habitación del dormitorio con todo el silencio que pudo con tal de no despertarla. Bajó las escaleras con el sigilo de un gato y en la entrada se encontraba su mujer. Fueron recíprocas las sonrisas cómplices que se dedicaron y entonces él la cogió entre sus brazos y ella hundió su rostro en su cuello dejándolo descansar.

—¿Duerme? —preguntó ella.

—Sí, ahora mismo se ha quedado como un tronco mientras le leía.

—¿Un cuento para niños?

—Sí mi amor, aún soy bibliotecario y solo le leería lo propio para ella.

—Me da rabia no haber venido antes.

—No tienes la culpa.

Con un beso en la boca cerró la conversación y de la mano la condujo al salón dando pasos lentos, no fuese que la niña tuviera un sueño ligero. Prometeo se sentó en un sillón y Noelia hizo el ademán de irse a otro pero él en ningún momento dejó de coger su mano y le dio un suave tirón mientras que, con la otra mano, se daba unos golpes en sus rodillas en una mímica proposición. Noelia le dibujó una sonrisa pícara en su bonita boca y se sentó en las rodillas de Prometeo. Relajó su cuerpo en el acomodo del cuerpo de él y un suspiro de placidez soltó ella:

—¿Qué te aflige mujer? —susurró Prometeo.

—La condición humana o más bien, su lado oscuro.

—Cuéntame. Me he ausentado bastante tiempo en busca de respuestas mas no las encontré o no supe hallarlas, al menos no en los libros.

—¿Qué buscabas?

—Buscaba quiénes son esos ancianos y también buscaba quién soy yo.

—Tú eres Prometeo, único, así que no tienes que buscar más y si quieres saber sobre ellos, habla con Sara pues ella es una de ellos y

lo que me preocupa es la gente codiciosa, depravada y corrupta que intenta escalar al poder igual que cuando estaba la hermandad. Héctor ha hecho un gran trabajo en las ciudades en tan solo cinco años aunque sé que la sombra de Romualdo está tras muchas de las grandes ideas, pero a pesar de que la paz, la prosperidad e incluso la alegría habita en estas ciudades y feudos, no todo va tan bien como aparenta. Mira Erdia, su alcalde Manuel en otro tiempo fue una persona recta, de firmes convicciones y ahora se ha convertido en un ser que se está deteriorando. Tenemos la suerte de que la ciudad la lleva gente trabajadora y honesta pero hay gente de otra calaña que como intrusos, se quieren introducir en los puestos más altos posibles y eso me consume.

—Seguro que Héctor y más gente estarán vigilantes.

—Sí, pero a todos sitios no llega, no llegamos; la delincuencia casi no existe pero falta el casi. Ha habido robos y asesinatos, algunos sin motivo alguno y eso que procuramos que las calles estén vigiladas sobre todo de noche, pero aún así, ocurren y eso me entristece.

—Mi amor, es imposible tener el control absoluto de todo; siempre habrá gente enferma que desee la muerte de alguien o que quiera poseer lo que otros tienen.

—Yo era antes una espía de la hermandad, solo tenía un propósito: encontrar a los durmientes.

—Y los encontraste; aquí tienes a uno.

—Sí, del que me enamoré.

—Fue mutuo; no vi al abrir mis ojos mujer más bella.

—Te intenté matar.

—Creo que no lo conseguiste y eso que le pusiste mucho empeño.

Noelia sonrió evadiendo sus preocupaciones y besó en la boca a Prometeo con sus dos manos en su rostro.

—Si la niña duerme, podríamos jugar tú y yo un poco —dijo Noelia guiñándole un ojo a Prometeo.

Se levantaron los dos con la cautela de no armar mucho ruido cuando el viento abrió las ventanas que daban a la calle. Prometeo fue presto a cerrarlas cuando al posar sus dos manos en las ventanas, un papel entró en el salón navegando en las corrientes de aire que le transportaban desde la calle al salón para caer entre los pies de Noelia. Prometo completó la acción de cerrar las ventanas y los dos se miraron uno a otro con estupor. Noelia cogió el papel y lo leyó:

—“Señor de las palabras: sal, anda y espera”.

—¿De quién puede ser? Pocos saben del poder de mi voz —afirmó Prometeo.

—Si fueran los nuestros hubieran venido directamente a casa pero algunos de los que conocimos y saben de tu don, desconocemos su paradero.

—Sea quien sea no he de temer nada; voy a descubrirlo.

—Ten cuidado mi amor.

—No soy yo quién tiene que preocuparse si no quien intente hacerme daño, aunque dudo que tenga esas intenciones.

Noelia se subió la falda mostrando sus piernas bien esculpidas y le entregó un cuchillo a Prometeo.

—Por si acaso —le dijo Noelia.

Prometeo lo rechazó.

—Tengo la más poderosa de las armas: “la palabra”.

Así salió a la calle que ya a esas horas estaba poco transitada y si aún había gente andando por ellas, era por la templanza que otorgaba esa primavera que invitaba a andar por ellas aunque robaran a sus habitantes horas a su sueño. Fue caminando encontrándose dos amantes recientes pues se cubrían de las sombras al amparo de la noche; algún insomne solitario y a varias parejas de guardias que lo reconocieron. Fue así sin más, que la noche ganaba sus horas hasta que ya era madrugada.

Ya en el pasado había tenido extrañas visitas que le inquietaron pero no sabía quién le había convocado cuando sintió una presencia extraña. Se giró hacia una calle lateral y vio una figura menuda que caminaba en paralelo suyo. Tomó esa calle acelerando el paso y al llegar al cruce de las calles miró en las cuatro direcciones pero nadie se hallaba; solo un gato cruzó por esas calles que él miraba. Perplejo porque hubiera sido un espejismo, volvió a caminar pero sentía algo casi imperceptible que no encajaba en aquella ciudad. Se paró y usó su poder que hacía años que no usaba.

—Muéstrate y ven hacia mí. Yo te lo ordeno.

Su voz resonó con un poder que emanaba más allá de las palabras; era tan profunda que ningún sonido más podía enturbiar la claridad de esa orden y entonces una figura menuda cubierta con una capa y capucha gris se fue acercando hacia Prometeo. Él estaba quieto esperando a aquella persona; a menos de un metro de él se quitó la capucha: era una chica joven y morena quien se mostró ante él. Tenía el pelo corto y los ojos de color miel pero esa juvenil cara no le engañaba. Prometeo esperó unos segundos para poder interrogarla pero antes de que él articulara alguna palabra de poder, aquella bella joven puso su dedo índice, entreabrió

ligeramente su labio y expulsó un poco de aire haciendo que aquellos signos de silencio hicieran efecto haciendo que Prometeo se callara, pues ella tenía el poder de hacerlo. Mudo, vio cómo se acercaba a él y la figura femenina levantó su mano para acariciar su rostro; fue un gesto tierno. Con una voz dulce y melodiosa, habló:

—Realmente eres bello Prometeo, y qué poderoso eres. Si supieras qué eres la única persona que me ha hecho obedecer a unas palabras en milenios… Ahora, pon tu mano en el corazón y asiente con tu cabeza si no vas a usar palabras de poder conmigo; será un juramento y sé cierto dos cosas: que no puedes mentir ni romper una promesa.

Prometeo miró con ojos de enojo a aquella persona pero solo fue un instante fugaz; claudicó y puso su puño en su corazón asintiendo con la cabeza. Entonces, ya pudo hablar:

—¿Quién eres y qué quieres de mí?

—Tengo nombre pero no lo he de decir; soy una anciana (así nos llamáis). Vengo solo a darte respuestas a tus preguntas, además, quería verte pues tenemos amigos en común. Conociste a Uriel en la Ciudad de Piedra y tienes cerca a Sara y Derán. Te daré lo que no te han dado ellas que es por lo que estoy aquí.

— ¿Respuestas?

—Sí, quizás las que puedan satisfacer tus inquietudes, saciar los vacíos que tienes. Pero aquí de pie, en la encrucijada de unas calles no es lo propio.

—¿Dónde quieres que hablemos? Si deseas privacidad podemos ir a mi casa.

—En tu casa están tu mujer y tu hija. Lo que hablemos solo puede quedar entre nosotros. Cerca de aquí hay un parque donde hay una fuente próxima a un banco de piedra; es un lugar bonito y el sonido del agua ahogará la distancia que pudieran recorrer nuestras palabras.

—Después de ti, desconocida dama.

—Qué cortés Prometeo.

Fueron andando uno al lado del otro como lo harían dos extraños. Pasaron una pareja de guardias que reconocieron a Prometeo pues era el marido de la alcaldesa de Vera; se saludaron con una sonrisa apenas visible por la poca iluminación de aquellas calles. Un poco en la distancia, murmuraban sobre aquella mujer que lo acompañaba. Esperaba que antes de que los rumores llegaran a Noelia, él pudiera contarle la naturaleza de esta visita inesperada de una anciana. Breve fue el tiempo que transcurrió hasta que llegaron al parque bien ajardinado, donde cierto era que el chorro

de la fuente tan ruidoso era que lo que allí se dijera, no se oyera a no ser que estuviera bien cerca.

Prometeo con un gesto de su mano le ofreció que ella se sentara primero. Con una sonrisa inocente y un asentimiento de su cabeza, aquella joven (que no lo era) agradeció y aceptó. Prometeo se sentó a su lado, ni cerca ni lejos, si no a una distancia cómoda. Él se puso serio pues sintió algo familiar, un olor tenue que a algo le recordaba; relajó su rostro y miró hacia la desconocida pues ella le miraba a los ojos. Casi podría decirse que lo admirada. Prometeo no comprendía la razón entonces, empezó él la conversación:

—¿Me darás las respuestas que necesito?

—No tengo todas y nadie las tiene pero creo que podré saciar tu curiosidad; solo debes formular las preguntas adecuadas.

Prometeo quiso formular la primera de ellas cuando un sonido de una rama al moverse le hizo pausar; vio que el viento pudiera ser el causante pero aquella dama extrañada por la pausa, hizo que ella fuera la primera en preguntar:

—¿Ocurre algo?

—No, el viento que hoy está juguetón.

—Extraño adjetivo para un elemento a pesar de lo que puedas pensar, ni tú ni yo tenemos todo el tiempo del mundo.

—Mis disculpas. ¿Su nombre? No me lo dijo ¿verdad?

—Ni te lo diré; en nuestro pueblo el nombre es muy importante y solo vine con un fin aquí, no a presentarme. Si a bien le viene, puede formular su primera pregunta.

Prometeo pensó pues tenía tantas que hacerle que no supo por dónde empezar hasta que salió una de su boca sin tan siquiera pensarlo:

—¿Quiénes sois?

—A esa pregunta te puedo dar respuesta. Uriel sabría que descubrirías que el encuentro en la Ciudad de Piedra no fue casual. Tu voz nos atrajo al igual que hizo lo propio con Sara que ahora vive aquí con vosotros. Ella algo te contaría pero no lo suficiente para saciar tu curiosidad. ¿Quiénes somos? Somos los primeros, así de simple. Mucho más antiguos de lo que os pudierais imaginar. El primer pueblo de este planeta que después mucho tiempo después, los humanos evolucionaron pues tenían una virtud de la que carecíamos nosotros: una gran fertilidad. Nosotros poco a poco moríamos y nacíamos. El peor hecho de nuestra historia fue un desastre natural que menguó enormemente a nuestra población: una erupción volcánica destruyó en unos instantes nuestra capital. Solo sobrevivimos los que éramos viajeros; fue una tragedia cuyo

recuerdo nos entristece aún después de tanto tiempo. En vuestra literatura lo han denominado de muchas maneras pues estábamos entre humanos camuflados, siempre entre las sombras: es y será nuestra mejor defensa. ¿Mis palabras han satisfecho tu pregunta?

—A grandes rasgos, sí.

—Supongo que tendrás más.

—¿Qué sabéis de la torre que la Madre Tierra reveló a Silvan?

—¿Silvan? ¿Aquél que puede comunicarse con el ser más ancestral que existe?

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—Pensaba que era yo quién debía preguntar.

—Es importante.

—Fue hacia el norte, hacia esa torre a averiguar la razón por la que fue advertido —le explicó Prometeo.

—No debería ir allí, no es un destino.

—¿Qué hay en esa torre?

—Esa respuesta no te la puedo dar ni tan siquiera debiéramos mencionarla. Lo que allí se encuentre debe pasar al olvido así que, no la menciones más —le recriminó la anciana.

—Me preocupa que no contestes a esta pregunta.

—A mí más que perdamos tanto tiempo. ¡Formúlame otra que pueda contestar!

Prometeo se puso serio y vaciló pues tenía la impresión de que el tiempo se agotaba y le hizo una pregunta que era para él un tormento. Es la misma que se hacía él mismo cada día que se reflejaba en un espejo; tanta ansiedad acudió que las palabras siguientes las impregnó de tal poder que asustó a la dama pues tenía tanta angustia, que casi le hizo brotar lágrimas.

—¿Quién soy?

Con los ojos llorosos, aquella dama lo miró, pero una sonrisa victoriosa esbozó pues era la pregunta esperada.

—Esa respuesta se te puede dar pero no de mis labios. Ven con nosotros…

Un sonido de ramas cortó como un cuchillo la proposición de la extraña. No las produjo el viento mas era de procedencia cercana. Prometeo se levantó y se fue a mirar al árbol más próximo, el más alto. Miró hacia arriba y vio cómo en su rama más gruesa, estaba sentada una joven con un vestido blanco casi transparente; ella le saludó con una sonrisa traviesa de “niño pillado”, aunque más bien querían que la descubrieran. Era conocida para Prometeo, era el olor que presintió antes de empezar a conversar, era el perfume de

la primavera, era…

—¿Derán?

—¡Claro! ¿Por qué preguntas si ya me conoces? Sabes bien que a mí no se me puede olvidar pues no hay criatura más bella ni con más gracia en este mundo. ¿Me coges?

Prometeo sorprendido, puso sus brazos para coger en su caída a Derán; la Dama Blanca se dejó caer y lo hizo en los brazos de Prometeo. La echaba de menos; todo aquel que alguna vez la conoció, la extrañaba. Ella le besó inocentemente en los labios con una sedosa suavidad, presionó sus glúteos para ponerse en pie y una vez en el suelo, dio una vuelta sobre sí misma haciendo bailar las vaporosas telas de su vestido. Los ojos de las dos mujeres se encontraron y la faz de Derán se transformó en ira; en vez de hablar escupió palabras algo impensables por su porte.

—¡Embaucadora, zalamera, embustera, liante, alcahueta! ¡y tú, el señor de las palabras, has sido engañado por las mismas! —dijo Derán muy enfadada.

Derán se volvió a la desconocida con un giro violento y siguió diciéndole:

—¡No te lo llevarás a ningún sitio porque él tiene que estar aquí pues este es su lugar! ¿Qué tiene esa torre que queréis reclutar guardianes? No sabes quién es, solo el poder que tiene.

—Aunque seas de nuestro pueblo, soy mucho más antigua que tú —le contestó la anciana.

—Pero no más poderosa. Sabes quién soy mas no sabes quién es él. Respóndeme, ¿qué ocurre en la torre?

—No será dada esa respuesta.

—¡Vete pues!

La desconocida se dio la vuelta no sin fruncir su frente dándole arrugas de fastidio y enfado. A paso vivo desapareció del campo visual de Prometeo y Derán, la Dama Blanca se giró hacia Prometeo.

—Da gracias y muchas de que me diera cuenta de su presencia. No sabía de sus intenciones y mira, quería que fueras con los ancianos. Tienen miedo y necesitan guardianes. No es bueno, nada bueno.

—¿Guardianes?

—Soldados, guerreros. Ellos realmente no lo son, son poderosos pero carecen del espíritu de lucha; necesitan gente que lo tenga. No debiste decir nada sobre el viaje de Silvan pues les incomoda que sepamos que existe esa torre y más que vaya hacia allí Silvan.

Derán dejó al finalizar su exposición de los hechos su porte serio

y empezó a jugar como una niña chapoteando en la piscina inferior de la fuente; recogió algunas flores cerradas por la ausencia de luz solar que se abrían al tocarlas Derán. Prometeo se quedó quieto intentando procesar lo ocurrido pero antes de que tomara alguna acción, Derán lo cogió de la mano y se la acercó a su rostro; ese tenue calor despertó a él de sus cavilaciones y entonces Derán tiró de él:

—Vamos al único sitio donde debes estar ahora, en casa.

Prometeo, dócil, la siguió. Todo pasó como en un sueño hasta que sin darse cuenta estaba en la puerta de su casa. Fue a entrar pero se giró hacia Derán y por segunda voz, formuló la pregunta:

—¿Quién soy, Derán?

—Qué pregunta más tonta. ¿Acaso te diste algún golpe hoy? Eres el hombre de Noelia, eres un bello hombre de noble corazón, eres el amigo como otros de Silvan que necesita más que nunca nuestra amistad. ¿Qué más has de saber? ¿Es que no te he de hallar más respuestas de las que sabes ya? Yo he de marchar y tu mujer aún te espera. Dame unas buenas noches y un beso, bello Prometeo.

Prometeo sonrió complacido del encanto de esa mujercilla, de su fingida inocencia que misteriosamente le envolvía. La besó y entró en la casa.

Noelia le estaba esperando en un conjunto de noche que mucho le favorecía. Prometeo al verla, despertó en él algo que le hizo olvidar el encuentro con aquella anciana. Noelia tenía signos de cansancio que evaporó con una sonrisa amplia; se acercó a Prometeo y lo rodeó con sus brazos apretándolo como si pensara que se fuese a escapar del lazo y en un susurro, le dijo.

—¿Quién era la misteriosa persona de la esquela?

—Alguien que me quería llevar a un lugar al que no tenía que ir, pues tengo que estar donde ahora estoy. Era una anciana pero llegó Derán y la ahuyentó —dijo con sinceridad.

—Vaya, ¿y por qué no subió a saludar?

—Porque supondría que tendríamos algo pendiente tú y yo.

—Y así es. Vamos mi amor que tenemos aún un asunto por concluir y no quiero esperar más.

—Ante tan grata proposición, no me puedo negar.

—¡Schhhh! Señor de las palabras, es tiempo de amar pues las palabras sobran.

Así, entre risas cómplices y caricias furtivas, fueron hacia su dormitorio.

Derán miró desde la calle cómo una luz de la casa se apagaba, se puso las dos manos en el pecho y río de satisfacción pero el

recuerdo de la misteriosa torre la ensombreció. Pensó en la reacción de Romualdo y en las palabras de su lengua antigua que dijo su sobrina Flora. Se quedó quieta sin saber qué camino tomar. Era la indecisión una sensación que le desagradaba y hastiaba. Pero de pronto, sintió en sus tobillos cómo algo suave la rodeaba; miró hacia el suelo y un maullido delató la naturaleza de aquel tacto. Derán volvió a sonreír, cogió al gato negro delicadamente y lo puso en su pecho. Aquel animal empezó a ronronear de gusto y Derán lo levantó con cuidado viendo que estaba esperando gatitos. Entonces le habló:

—Veo que has venido en mi auxilio cuando la duda me invadió; tú y tus gatitos seréis mi compañía y mi ayuda por lo que pudiera venir. Yo os criaré para que seáis mis guardianes.

Volvió a poner a la gata en su pecho: su pelo azabache empezó a tener puntos diminutos de luz y los ojos empezaron a cambiar de color a un vivo violeta. Derán posó a la gata en el suelo, empezó a andar y la gata la siguió pues ya tenía dueña.

16. EL JARDÍN DE ROSALÍA

Sin más guía que el norte que seguía, descendí de aquellas montañas acompañado por un fuerte viento que levantaba espirales de blanca nieve. Apenas veía los caminos en los cuales descendía: eran tan estrechos que apenas cabía. El día dio un ciclo entero y lo perdí en mi soledad. No sé la verdadera razón por la cual Romualdo me dijo que este camino tendría que transitarlo yo solo, pero a pesar de que siempre encontraba personajes peculiares como algunos durmientes y pueblos olvidados (como aquellos que no envejecían), aprendí de esta soledad no querida pues de todo uno se ilustra.

El temporal no cesaba y estaba en una moteada burbuja. Las únicas acciones eran seguir el camino y no caer de las alturas; allí nada había que sobreviviera y no sentía la Madre Tierra, no percibía nada más que el sibilante viento y cómo se hundían mis pies en el piso helado. La torre no se me revelaba pero tiraba de mí pues a pesar de que no tenía ninguna referencia para orientarme, sabía siempre hacia dónde debía ir.

La cordillera, por su parte norte, era mucho más accidentada que su parte sur. En el despertar del tercer día, la tormenta de viento y nieve amainó. Fue un alivio pues llevaba ya muchos días sin dormir y siempre creí que lo necesitaba pero comprobé que no era así, no era cansancio sino mi cabeza que me pedía descanso; no faltaría a la verdad si no reconociera que le daba mucho trabajo, pero quería recordar a mis seres queridos en la antesala de los sueños sin que otras tareas enturbiaran la memoria; así, protegido por un saliente rocoso me dejé caer en cuclillas y abrazándome a mis rodillas, cerré los ojos.

Sentía en mis labios el sabor de los de Raquel recordando el débil olor a lavanda que desprendía su pelo y el cálido tacto de su piel; me perdía en las lagunas de sus ojos y me conmovía cuando su boca dejaba entrever un atisbo de sonrisa; su felicidad me contagiaba y apagaba esa tristeza que me acompañaba que solo descansaba cuando estaba a la vera de mi amada mujer. Ecos de las risas chiquillas de mi hija Arcadia avivaron mis ensoñaciones hacia esa pequeña criatura y el extraño sentimiento, inexplicable, de ver a alguien que provenía de mí; era mi sangre y mi vínculo ancestral que me ataba a mi niña. Todo era tan agradable que todo se disolvía y diluía en partes abstractas. La puerta del sueño estaba abierta y deseaba entrar en ella cuando bruscamente todo tornó

negro; nada se veía, nada se oía y paulatinamente, la imagen de la torre volvió como tantas otras veces a visitarme en mis sueños.

Me llevó media tarde acabar de descender aquellas montañas. Ya estaba bastante lejos de las cinco ciudades y tenía la impresión de que aún me quedaba mucho más camino que el recorrido. Una niebla tremendamente densa reinaba, pues apenas tenía visibilidad a menos de un metro; era tan tupida que temía que se pudiera solidificar y me atrapara cuando fugazmente, en el suelo alfombrado de blanca nieve, vi un pequeño rodal de verde hierba que me hizo esos débiles brotes aflorar una sonrisa que falta me hacía.

La niebla se fue disipando a cada paso que daba al tiempo que divisaba valles de densos bosques. Todo era una extensión arbórea sin ningún claro aparente, menos signos de alguna población humana. Orlando me dijo que encontraría un poblado en mi camino del cual se nutría la fortificación de la cima de las montañas sin nombre de voluntarios; quizás me hubiera desviado de la ruta o quizás pensaría aquel hombre que terminaría en esa población. Pero en donde ahora estaba no había ningún signo de camino o sendero. No me preocupó en exceso pues el bosque me proveería además, sabía hacia dónde me dirigía mas nadie me esperaba (o eso pensaba).

El bosque claramente demarcaba un límite natural. Todos los árboles como soldados se alineaban uno contra otros sin que el nacimiento de sus troncos sobresaliera de una línea recta, ninguno más que otro y haciendo de escudo al viento. Entonces, ante mi imaginación, una nueva puerta se me reveló: era pequeña, no como otras de grandes dimensiones que en el pasado viera; apenas más alta que yo y estaba hecha de troncos donde las esquinas no se definían. No tenía hojas solo el marco y a pesar de lo tosca que pudiera parecer la sensación que me causaba, era de un deseo presuroso por traspasarla mas así lo hice, así entré en ese bosque con la seguridad de que ya no estaría solo.

Era un bosque aún más antiguo que el de Dasos donde volví a sentir a la Madre Tierra. Tocaba la corteza de los árboles como si los acariciara; en las cercanías, hasta donde alcanza la percepción que poseía, no había ninguna criatura que pudiera suponer una amenaza; el conjunto natural me abrazaba con lo que mis sentidos sentían la sensación del abrazo de una madre cuando su hijo volvía. Nunca tuve el calor de una madre pero la Madre Tierra ahora era la mía.

El tiempo pasaba desconocida su medida y las luces

intermitentes que dejaba pasar las copas de los árboles incidían desde diferentes ángulos según el día desfallecía. No vi árboles enfermos ni caídos y el musgo hacía que el suelo pareciera una alfombra mullida que invitaba a descalzarse los pies. La tibieza de la temperatura junto con los perfumes silvestres embriagaba como un licor dulce. La noche llegó sin que apenas me diera cuenta y no sabía cuánta distancia recorrí desde que me adentré, pero si en las entrañas del bosque fuera todo el camino que me quedara por recorrer, no me molestaría en nada que así fuera; fue este día el cual dejé de seguir el norte.

La soledad ahora no era la misma que la pretérita envuelta en la nula visibilidad y el color blanco sin más sonido que el viento enfadado. Ahora era un calidoscopio de múltiples colores. No había sonidos pues era una sinfonía natural. Ante la ausencia anterior, ahora era mil fragancias entremezcladas, era ensoñación hasta que…

—¡Hola!

De un salto, un joven se puso en medio de mi camino a menos de dos palmos de mi cuerpo. Tanto me sobresaltó que en un acto reflejo sin explicación y como un resorte, mi mano abierta le soltó un bofetón. Gracias que apenas usé la fuerza, aún así, rodó varios metros con las manos puestas en su dolorida mejilla. Corrí hacia él con la disculpa dispuesta.

—Lo siento, lo siento mucho. Me asustaste y no pensé que reaccionaría así.

Se incorporó sentado en el suelo con cara de circunstancias y vi su mejilla de color tremendamente rojo mientras se masajeaba la mandíbula.

—Tienes una manera un tanto extraña de saludar. ¡Cómo duele!

Le ayudé a incorporarse. No sé cómo no pude haberlo percibido. Seguramente estaba tan ensimismado y al no representar un peligro, anuló cualquier aviso.

—Repito, mis más sinceras disculpas. Pensé que no habría nadie en los alrededores. —Me disculpe avergonzado.

—Sí, estaba yo. ¡Joder, qué fuerza tienes!

—Menos mal que solo fue un ligero acto reflejo.

—¿Ligero? A mí me ha parecido lo contrario. —replicó el extraño.

—Podría haberte matado. —nunca fui tan sincero.

—¿En serio? Si sólo dije: “hola”

—De donde vengo, los peligros fuera de las ciudades son muchos.

—Aquí solo de vez en cuando se pierden criaturas extrañas; suelen pasar de largo. Supongo que aquí no tienen animales de buen tamaño para alimentarse o no le gusta el sitio.

—¿Estoy perdonado?

—Claro, tendría que haber avisado con una distancia prudencial. Por este bosque jamás ha pasado ninguna persona humana.

—Extraño.

—Aquí estamos acostumbrados a no ver a nadie; solo a algunos que son los elegidos y que suben a la fortaleza de la cima cada cierto tiempo; un convoy sube la montaña para llevar víveres. No puede subir cualquiera y tienes que hablar con la montaña para que te deje pasar.

—De allí vengo. Orlando me contó que en la falda había una aldea donde encontraría algo de víveres para el camino.

—¡Oh! ¡Orlando el inmortal! ¿Lo has conocido? Es un ser legendario, dicen que la montaña ahuyentó de él la sombra de la muerte y a cambio él cuida el paso que la cruza. —conto eufórico aquel chico.

No podía confesarle que yo era igual que él pero aún tenía la edad que me pertenecía a mi aspecto; no me gustaba mentir así que desvié la conversación a otros terrenos.

—¿Dónde está la aldea? Supongo que eres de allí.

—Supones bien. ¡Sígueme!

—No encontré ningún camino.

—Porque no lo hay y así es más difícil que nos encuentren, o eso me dicen los “viejos”; no sé a qué se refieren pero les hacemos caso. Algunos están un poco locos.

Extraña tierra y siempre la gente con sus mañas de supervivencia, pero, ¿acaso no eran las anteriormente recorridas también extrañas?

—¿Tu nombre, forastero?

—Silvan Ellan.

—El mío es Soro.

—¿Tu apellido?

—No sé lo que es eso. No tengo dos nombres como tú. Bueno, vayamos a la aldea ya que está un poco lejos de aquí.

—¿Te aventuras tan lejos?

—Claro, es mi trabajo. Soy explorador y de paso si puedo, llevo caza y plantas —dijo Soro con voz orgullosa.

—Te sigo.

—Entonces no te perderás.

Seguí la espalda de aquel muchacho con el pesar de haberle

golpeado aunque fuera un acto reflejo, pero él no albergaba ningún resentimiento. Llevaba el paso vivo con ganas de llegar, seguramente quería llevar un hallazgo del que enorgullecerse ante su pueblo: el hallazgo era yo.

Pasaron horas hasta que la luz se volvía más tenue y adquiría otro color. El ocaso de ese día se acercaba pero no era tiempo perdido. Nos dirigíamos siempre hacia el norte.

Veraces parecían las palabras de Soro pues en el bosque no vi animales grandes: solo pequeños roedores y muchas aves, más que verlos, oía sus trinos y cantos acompañando nuestra travesía por ese bosque. Cada vez los árboles estaban más juntos y sus ramas se abrazaban; la luz apenas dejaba traspasar un tupido ramaje. Eran ellos los reyes vegetales pues no había más que un suelo limpio de hierba clareada y corta, pequeñas flores y musgo que se adhería a la poca piedra absorbiendo sus humedades. Soro paró al paso último que le dio el día a la noche invitándola a entrar al final de este día. Me miró y sonriente afirmó:

—Ya hemos llegado a mi aldea.

Miré en rededor pero no vi casa ni murallas de piedra, ni una empalizada de madera. Miré hacia las copas de los árboles por si hubiera construcciones aéreas y, nada. Me concentré y no oí en las cercanías ni ruidos ni olores que delataran actividad humana alguna. Empecé a sospechar que aquel muchacho pudiera estar ido y solitario en este pacífico bosque; imaginaría una aldea que solo existiera en su mente. No lo culpaba pues yo también veía puertas ilusorias que me hacían fronteras. Escudriñé entre los árboles montículos no más elevados que nuestra altura que clareados se distribuían en medio de los troncos de tres o cuatro árboles, camuflándose entre las marrones columnas. Soro silbó como si fuera el canto de un pájaro y un quejido de madera casi inaudible me dio pista de la abertura de una puerta.

A mi derecha, una oquedad fue iluminada y un hombre sin portar ninguna fuente de luz se acercó a nosotros con pasos temerosos, pues parecía que las palabras de aquel muchacho sobre que jamás vieron en la aldea ningún forastero eran bien ciertas. Aquel hombre se quedó a una distancia prudencial de mí acercándose lo máximo posible a Soro.

—¿A quién has traído? A la aldea nunca vino ningún forastero pues no saben que existimos. ¡Nos has puesto en peligro!

—Conoce a Orlando.

—Soy de los suyos —afirmé cortante.

Soro me miró boquiabierto y aquel hombre ladeó ligeramente la

cabeza dubitativo.

—¿Cómo sabemos que tus palabras son ciertas? Orlando es nuestro guardián, tú…

—Vengo de la fortaleza de la montaña y Orlando me dejó pasar. Si no hubiera sido de los suyos no estaría delante de ti hablando, si no que estaría muerto. Orlando seguiría guardando vuestro secreto.

—Con ese razonamiento puede que tengas verdad en tus palabras. Pero, ¿qué quieres de nosotros?

—Poco: una noche de paz, dormir debajo de un techo y unos pocos víveres, bañarme y limpiar mis ropas. Sería de agradecer.

—No pides mucho por lo que se te puede satisfacer. ¡Acompáñame! ¿Tu nombre?

—Silvan, Silvan Ellan.

—¿Tienes dos nombres? Aquí solo tenemos uno. El mío es Sorobo, soy el padre de Soro. Sígueme y, Soro ve a casa con tu mujer que de este hombre ya me ocupo yo.

Soro me saludó a modo de despedida y desapareció al amparo de la oscuridad de la noche. Su padre y yo nos fuimos acercando hacia donde provenía la luz; la puerta estaba camuflada con ramas pegadas a la hoja, el camuflaje era la supervivencia de aquella gente a pesar de que aquel bosque no ofrecía ningún peligro, o eso me lo parecía. Tuvimos que agacharnos bastante pues el techo era una semiesfera recubierta de ladrillos de color ceniza, y el suelo estaba hundido más de dos metros; era más prudente para ganar espacio cavar que elevar el techo para que los montículos pasaran desapercibidos. Era un lugar pobre pues no había fuegos ni veía tampoco ninguna cosa parecida a una chimenea. El lugar estaba bien aislado del exterior y con un poco de abrigo, se podría mitigar el frío. Además, cualquier salida de humo los delataría. Eran prudentes y bien que hacían pues el peligro pudiera entrar a aquel bosque de cualquier dirección. ¡Ojalá nunca ocurriera!

Aquella habitación parcialmente bajo tierra era de dimensiones reducidas; apenas había espacio para dos camastros que se apoyaban en el suelo. En cambio, había dos puertas más que recortaban la forma semicircular. En el suelo se veían herramientas viejas para dar forma a la madera; todo lo que percibía era signos de una vida sencilla y llena de temores. El padre de Soro me miró intentando empezar un inicio de conversación cuando el sonido de la apertura de una puerta interrumpió su intención. Apareció una muchacha joven que vestía un vestido sumamente sencillo acorde a todo lo que me rodeaba; sus ojos, al verme, quedaron abiertos por la sorpresa de mi presencia e incluso soltó una ahogada

exclamación que intentó mitigar aunque ya la hubiera hecho poniéndose las dos manos en su boca; se quedó inmóvil pues es como si hubiera visto un fantasma o algo sobrenatural. Sorobo, sin extrañarse de la reacción de la chica, le dijo:

—Pasa hija, no temas.

Yo la miré extrañado de su aptitud hacia mí; di un paso hacia ella lo que hizo que su cuerpo se recogiera sobre sí mismo e hice lo que pensé que disiparía mis dudas: pregunté:

—¿Por qué te doy tanto miedo, muchacha?

No me respondió ella pues creo que no pudo hacerlo al ver el pequeño temblor de sus labios que seguramente estaba sellado por la impresión, pero sí contestó su padre:

—¿Te has visto, señor Silvan?

—No entiendo su pregunta.

—Le habrá dicho mi hijo que por este bosque casi nunca para nadie, si un caso viene alguien es de la fortaleza de la montaña. Son vástagos de las pocas familias que convivimos aquí. Si alguna vez Orlando desciende de su eterna guardia en las cimas nevadas, solo habla en privilegio conmigo y casi nunca en nuestras moradas. Siempre quiere que paseemos por el bosque de la paz (así lo llama él). Mi hija solo ha visto a nuestra gente. ¿Mi pregunta? Al más alto de nosotros casi nos sacas una cabeza, tienes el pelo más largo que ninguna de nuestras mujeres, tienes la envergadura de un tronco joven, tu mirada es tan profunda que parece desvelar los secretos de quien sostiene tu mirada, tu vestimenta y todas las armas que portas, y ¿te extrañas de que una joven que jamás haya visto más allá de las lindes de esta pequeña aldea no se sorprenda? Señor Silvan, su porte intimida.

—No es mi intención pero mis maneras son educadas.

—He dicho su porte. Doy fe de que usted es considerado, es más, creo que el haberlo escuchado ha mitigado los temores de ella y creo que más que miedo, ahora tiene vergüenza.

—Calista, hija mía, acompaña al señor Silvan a la choza abandonada; dale descanso como se les da a los de la fortaleza de la montaña. Ahora irá madre con agua caliente y lienzos limpios, que el que tenga hospitalidad en hace muchísimos años sea por el nombre de nuestro guardián.

La chica abrió la misma puerta por la que entró; su mirada después de las palabras de su padre era de curiosidad. Yo la hubiera tenido igual pues aquel hombre tenía razón: si mi físico ya destacaba en la ciudad, ¿cómo no lo iba a hacer en aquella reducida comunidad que eran ajenos al mundo que les rodeaba? Y que fuera

eternamente así pues no eran buenos tiempos.

Bajamos unos pocos escalones hechos del mismo material del techo abovedado de la anterior estancia; no se oía más que nuestros pasos en un pasillo estrecho en el que tenía la cabeza agachada, pues estaba acomodado a otras alzadas humanas. El techo estaba apuntalado con maderas sospechando que estábamos un poco por debajo de la altura del suelo del bosque; las paredes eran de tierra prensada por la cual a veces asomaban las nudosas raíces de algún árbol. No fueron muchos los pasos que dimos y pocos los giros que se dieron hasta llegar a otra puerta la cual abrió la muchacha. Después de subir los escalones, en ningún momento se giró para verme (no creo que ya me temiera pero tenía la seguridad de que cómoda no se encontraba).

Aquel lugar después de que se encendiera una lámpara de escasa llama, descubrió un lugar aún más sencillo de lo que esperaba: solo había una cama y un balde de buenas dimensiones en el suelo. La muchacha se apartó hacia un rincón como si quisiera dejarse engullir entre las sombras y ser invisible para mí. Me quité mi mochila, la dejé caer sin ruido en el suelo y como una ceremonia a su lado, fui dejando las armas con cuidado y parsimonia para no incomodar a quien se encontraba a mi lado. Me giré para decirle a aquella asustadiza mujer que podía dejarme solo cuando otra vez mis palabras no salieron de mi boca por mor de producirle más incomodo o temor hasta que se abrió una puerta; entró una mujer gruesa con un cubo en cada mano de donde salían vahos de humo y sobre sus hombros, varias piezas de tela. Saludó con un asentimiento de su cabeza dejando los cubos en el suelo al lado del balde y el resto, sobre la cama. Con una sonrisa forzada se despidió. Pensé que me dejarían solo mas eso es lo que deseaba pero no ocurrió: miré hacia la chica y venciendo su timidez se adelantó hacia mí; sin ofrecerme el color de sus ojos, sus manos fueron hacia mis hombros descubriéndolos del peso de mi abrigo y terminó dándose la vuelta hacia mi espalda para terminar de quitármelo. Volvió a mi pecho desabotonando la guerrera; debía decirle que nada de aquello hacía falta pero no lo hice. Aquel camino en el cual me acompañaba la soledad en casi todo el tiempo, me hizo callar. Me sentía con ganas de estar con alguien y la inocencia percibida de aquella mujercilla me tranquilizó y me sedó. No pretendía engañar a mi mujer, solo quería disfrutar de la atención que se me ofrecía. Poco a poco me fue quitando la ropa hasta que me quedé totalmente desnudo; sin que nadie me lo indicase puse mis pies en aquel balde y entonces ella se agachó para aproximar los cubos de

agua caliente; sacó un bote de barro que avió e inundó de un perfumado olor aquella habitación. Cerré los ojos y sentí la tela húmeda guiada por las temblorosas manos que limpiaban mi cuerpo; sentí placer que nada tenía que ver con el deseo, oía su respiración que a veces se aceleraba y otras se entrecortaba. Ella estaba luchando con sus instintos y solo quería paz, unos momentos de ella que ahora se me otorgaban y que no sé si tendría el resto del camino. Apenas me di cuenta que terminó, oí dos pasos suyos arrastrados hacia atrás. Abrí los ojos y la vi con la cabeza escondida bajo su liso pelo y sus manos descansando hacia abajo. Fue entonces cuando oí su voz:

—No sé si desea algo más.

Con un dedo le alcé la barbilla para poder verle la cara y le ofrecí una sonrisa; ella intentó devolvérmela sin éxito. Algo de ella me recordó a la primera vez que vi a Raquel, quizás su inocencia pero aunque estuviera débil de ánimo, no cedería a la tentación porque si a ella la traicionara, sería a mí mismo realmente a quien estaría traicionando. Así que, dando buena tilde a mi voz, respondí:

—No, no es desprecio pero no deseo más por respeto a la mujer que amo y que lejos está.

—Es afortunada.

—Eso espero. Solo quiero darte las gracias y ahora puedes dejarme solo. Necesito descansar pues es lo único que deseo. Puedes ir en paz.

Por fin su cara se iluminó con una sonrisa; el peso que llevaba encima se alivió. Me fijé que era más joven de lo que pensaba. Antes de desaparecer por la única puerta que había, se giró y me dedicó una última frase:

—Que descanse.

—Gracias.

Cuando la muchacha se fue, sin vestirme me recosté en la cama. No necesitaba dormir ni necesitaba víveres, ni tan siquiera descansar; solo quería lo que ahora tenía: unos momentos de paz y aún sin necesitarlo, la placidez me invadió y me quedé sumido en el sueño.

Seguramente induje a mi mente al reposo por mi deseo y no tuve sueños; cuando me incorporé adapté mi visión a la oscuridad: el aceite de la lámpara se había consumido hacía tanto tiempo que apenas daba olor. No me hacía falta luz, me vestí sin prisa y salí de aquella instancia siguiendo el mismo camino por el cual vine en los pasillos subterráneos hasta la choza en la cual hablé con el padre de Soro. Allí me lo encontré, durmiendo. Apenas tocándolo, se

despertó:

—Hola, señor Sorobo.

—¿Ya despierto, señor Silvan?

—Sí, creo que es hora de partir.

—Aquí tengo preparado un zurrón con víveres.

—Gracias y me despido de usted.

—¿Señor Silvan?

—¿Sí?

—Por favor, este lugar jamás existió.

—Por supuesto; nadie sabrá de este lugar. Esté en paz.

La sencillez de esta pausa refrescó mi ánimo. Aquel hombre me acompañó al exterior y en una muda despedida, nos miramos y yo le sonreí sin saber que en la oscuridad de la noche podría verla; miré hacia la dirección que siempre debía tomar y así otra vez, empecé a andar.

Pasaron dos días en los cuales el bosque, aquel pacífico bosque me envolvía. Sentía la Madre Tierra con mucha intensidad pero no tenía necesidad de comunicarme con ella. La misión era clara: era perder el tiempo que las imágenes ya vistas se repitieran. Disfruté de estos días pues no existía en aquel lugar ni el más mínimo atisbo de peligro.

Fue al tercer día cuando abandoné aquel bosque y a la mañana del cuarto día coroné unas montañas viendo el paisaje desde las alturas. Vi a lo lejos, muy lejos, el reflejo de la luz del sol en el mar y aún así, algo me decía que mi destino estaba más allá. Descendiendo, tendría que proveerme de algún medio para navegar. Esperaba que cuando arribara a la costa me encontrara con algún pueblo pesquero que tuviera alguna embarcación. En esos días no vi ningún signo de humanidad pero tampoco vi ningún caminante peligroso.

Bajé de la cima y estimaría que me quedaba todo el día de camino para llegar hasta el mar, quizás un poco más. Cerca de la linde de otro bosque me senté en una gran roca, cerré mis ojos para poder escudriñar los sonidos y los olores de los alrededores en un ejercicio de concentración cuando un sonido inesperado me sobresaltó: eran unos ronquidos.

Salté de la piedra y corrí presto hasta el origen de esos sonidos. Atravesé la primera hilera de árboles que delimitaban el fin del llano donde antes estaba sentado, cuando encontré a quién pertenecían los ronquidos: un hombre vestido con ropas bastantes burdas, remendadas con parches de colores dispares y con un sombrero sucio y viejo; tenía su cabeza recostada en el tronco de un

árbol mientras su cuerpo descansaba cómodamente encajonado entre dos raíces. No lo desperté ni mi presencia lo hizo; lo estudié pues no sabía por qué razón me era familiar. Tan lejos como estaba era extraño que me encontrara con alguien conocido; quise salir de dudas y le di una suave patada en sus pies descalzos. Se rebulló un poco, amainaron sus bufidos y carraspeó posteriormente; apenas vino el silencio cuando reanudó su estridente sinfonía si cabe aún con más fuerza. Volví a darle otro golpe con un poco más de intensidad cuando incorporó su cabeza dejando que su sombrero cayera al suelo y el líquido de la botella que ocultaba en su costado derecho, saliera derramándose sobre el suelo. Miró a su pie, me miró a mí y soltó un quejido un poco fingido. ¡Claro que lo conocía! Era el borracho que nos encontramos hacía cinco años en nuestra huida de Mont-Elo hacia el mar en la villa de Larín. Lo encontramos en una taberna que el cartel nominaba como el Gorrino Borracho. Raquel también me contó que se lo encontró cuando iba con Derán al poco de abandonar la orilla en una mesa larga en mitad de la nada. Derán y él mantuvieron una conversación de la cual mi mujer no sacó nada en claro más que el enfado de Derán. Y ahora en el lugar más inesperado, lo encontré o él quiso que lo encontrara. Me olía raro, excesivamente raro.

—¿Tolón?

—¿Perdón?

—¡Tolón!

—¡Ah, sí! Alguna vez me llamaron así, o ¿me lo puse yo? ¡Ahora recuerdo! ¿Te cuento por qué me puse ese nombre?

—Ya lo hiciste hace tiempo y bastante lejos de aquí. ¿Qué haces tan lejos de Larín?

Se puso mirando al suelo cabeceando ligeramente, le dio un trago a la botella hasta que apuró su contenido, hizo un puchero con su boca y me volvió a mirar.

—He vivido en muchos sitios; voy de aquí para allá y no me quedo mucho en ningún lugar. Ahora estoy aquí.

—Creo que no has respondido a mi pregunta.

—Creo que sí.

Lo miré serio pues mis sentidos me decían que no era lo que se me ofrecía a la vista, así que, insistí:

—¿Qué se le ha perdido por estos lares?

—¡Ah! ¿Quieres que sea más concreto?

—Se lo agradecería.

—Te estaba esperando y has tardado mucho en llegar.

—¿Por qué?

—Porque así se me ha pedido; hay una persona muy especial que desea conocerte y está muy cerca de aquí.

—¿Quién es?

—Ya se presentará ella. Yo con los nombres tengo un problema muy grande, tanto que yo mismo no tengo un nombre fijo.

—Tengo un camino que andar y no puedo entretenerme mucho.

—Está justo aquí. Debes venir si no, se enfadarán conmigo.

—¿Quiénes?

—¡Huy! —se tapó con ambas manos la boca por una imprudencia, pero empezó a reír al mismo tiempo— Ella todo te lo explicará— dijo.

Se puso de pie y tambaleándose empezó a andar. Yo lo seguí con la mirada hasta que paró dando un paso indeciso lateral; vio que yo no lo seguía y me miró extrañado.

—¡Vamos! Es de mala educación hacer esperar.

Decidí seguirle más por la curiosidad que por otra cosa. Esta situación era extraña y quería descubrir por qué.

Anduvimos un trecho a paso lento pues aquel hombrecillo con apariencia de mendigo iba a ritmo bamboleante y paradas dubitativas. Ralentizaba su seguimiento y solo pensaba en el momento en que caería al suelo, pero no se produjo tal hecho.

Fue mucho el tiempo hasta que noté un sutil cambio que no podía explicarme. Notaba cómo algo indefinido alteraba todo el orden en mis instintos que no podía detectar, pero nada evidente, solo esa sensación que no dejaba de advertirme hasta que la voz de Tolón captó mi atención.

—¡Ya hemos llegado!

Y ese fue el momento que cayó al suelo no sin antes beber de una petaca que desconocía de dónde se la había podido esconder en aquella sencilla y desastrosa vestimenta. Al poco de dejarse caer en la mullida capa de hierba, empezó su orquesta de ronquidos. No sabía qué hacer pues aquel paseo con ese peculiar personaje ya me demoraba demasiado en lo que era mi destino. No podía entretenerme más pues tenía la impresión de que nada le ocurriría a ese personaje si lo dejaba tal cual estaba. Justo tomada la decisión con un poco de arrepentimiento, se despertó perezoso y mirándome con una sonrisa bobalicona me señaló en una dirección y con voz pastosa me dijo estas palabras antes de volver a su posición anterior:

—Allí le esperan.

Seguí con mi mirada la dirección hacia donde señalaba su dedo. Sorprendido, retrocedí un paso y vi una puerta no como las que

antes imaginé, pues lo que la diferenciaba es que era muy real, tanto que acercándome a ella ya tenía la certeza de que no era producto de mi imaginación. Sentí que la Madre Tierra de algo me quería advertir, pero según más me acercaba su llamada se diluía hasta que fue un débil eco. Hice caso omiso a la advertencia y traspasé el umbral.

Todo cambió. Un gran claro dominaba sobre mis pies y tanto la temperatura como la pureza del aire cambiaron bruscamente. Hacía bastante calor y el aire que inhalaba me llenaba tanto que parecía meloso al pasar de mi boca a mi aparato respiratorio. Paulatinamente me fui acostumbrando hasta que pude respirar con normalidad y ese aire me resultaba menos denso. Alcé la vista cuando vi que el sol dejaba de esconderse detrás del tronco de un inmenso árbol y su luz más intensa jamás sentida, me alumbrara tanto hasta el punto de cegarme. Notaba en mi piel expuesta un calor extraño con tanta fuerza que me pareciera que ese fuera otro sol y no el conocido. Algo debía desvariar en esa atmósfera que ahora respiraba, tenía que distorsionar la percepción de mis entornos cuando volvió a desaparecer tras otra columna arbórea; demasiado rápido se movía o era yo el que tenía perdida la medida. Fuera del alumbramiento cegador, no reconocía la vegetación de en rededor: los helechos eran grandes por no decir gigantes. Me giré para ver dónde estaba esa puerta que traspasé y pedirle si aquel hombre que me acompañó tenía alguna explicación, pero donde antes estuviera, ahora solo había más que verdes tonalidades de diferentes plantas y arbustos.

La brújula de mis sentidos estaba perdida y necesitaba un ancla para no caer en la demencia que poco a poco quería apoderarse de mí. Vi todos los árboles espaciados con troncos hechos de cuerdas retorcidas y siempre inclinándose hacia una dirección que era diferente en todos; solo había dos árboles que se diferenciaban de los demás: de tronco liso, de enorme estatura y rectos hacia el cielo que su copa se perdía en las alturas fuera de mi vista. Me pareció como si tuviera que seguir mis pasos entre ellos y así lo hice. Tenía que seguir algún camino que me orientara pues había perdido el norte, real y literalmente.

Apartando los helechos que había en sus medios descubrí un jardín irreal que estaba recluida su tierra en troncos de madera toscos, de poca altura y donde las flores eran gigantescas de colores tan intensos que parecían cubiertas de vivas pinturas; las fragancias de ellas eran tan extrañas que mi olfato se regodeaba del descubrimiento de nuevos olores y ensimismado de tal belleza, mi

mano fue al tacto de uno de sus pétalos que cobró vida aleteando camuflada su mariposa de más de un metro de ancho. Me atreví a tocar otra flor y un pigmento azul se me adhirió a mi mano para luego caer al suelo impregnado del mismo color. Todo era tan fuera de lugar que yo me preguntaba dónde estaba cuando una voz quebrada y profunda me respondió como si me hubiera leído el pensamiento:

—Bienvenido a mi jardín.

Ante mí se presentó una mujer pequeña y encorvada, tan vieja que su cara eran pliegues superpuestos, tanto que parecían la corteza de un árbol. Vestía tan sencilla que sus ropas de color tierra me parecieron de épocas antiguas; dibujaba una sonrisa en una boca desdentada y se apoyaba en un bastón que era una rama nudosa que apenas se hundía en la tierra. Si pensé que había visitado lugares extraños, ese era sin duda el más fuera de lugar que mis pies pisaron. Dubitativo, quedé mudo y la anciana ante mi inacción volvió a hablar.

—Joven viajero, te veo confundido mas no lo estés; has sido conducido hasta aquí: el Jardín de Rosalía.

—Me acompañó Tolón.

—¿Tolón? Aquél que te trajo aquí no tiene nombre. Su cobardía se lo arrebató pero esa es una historia que no es el momento de contar. ¿Me das tu brazo, joven gallardo? Seguramente los perfumes de las flores de mi jardín te hayan confundido pues son muy intensos. Vayamos a un lugar más cómodo pues mi cuerpo agradecerá la comodidad y el tuyo también.

Me pareció tan misteriosa como inofensiva, aunque no me podía fiar de mis instintos ya que en este lugar no parecían funcionar tan fielmente como antes lo hubieran hecho; aún así, le ofrecí mi brazo. El peso de su mano fue tan liviano que apenas lo sentí y una sospecha se volvió pregunta.

—¿Eres una anciana?

—Veo que nos llamáis así; es buen nombre. Más bien, soy la más anciana, tanto como las semillas de estas plantas y de estas flores guardadas hasta donde se me pierde el recuerdo. Ve más despacio joven que no tengo los pasos tan largos.

Aminoré la marcha hasta que al coronar una pequeña elevación vi una cabaña sacada de un libro de cuentos, de techos redondeados y de un rojo intenso, lo que dejaba ver la hierba de anchas hojas que casi la cubría por completo. Al llegar, la anciana sacó una llave más grande que su mano y abrió la puerta. En el interior, muebles de madera basta y estanterías por todos lados llenas de frascos de

diferentes formas y tamaños, todos etiquetados en una lengua extraña que parecían signos jeroglíficos más que letras. En una mesita baja con dos sillas enfrentadas, en su tosca y pequeña madera había un juego de té con sus dos tazas llenas y humeantes; eso quería decir que era esperado y en el momento exacto. Habiendo anunciado quién era nada me habría de sorprender, aún así, acerqué a aquella anciana a la silla y la ayudé a sentarse. Con manos temblorosas cogió una taza dándole un sorbo corto imitándola acto seguido. El sabor era dulce e intenso y en instantes, me calmó desembotando mi atorada mente. Fueron momentos de silencio en los cuales sus ojos no dejaban de mirarme. Quise hablar pero esperé a que ella lo hiciera antes.

—Tan joven y tan poderoso. Eres una persona única. Todo lo que me han dicho y todo lo que has hecho, nos ha impresionado mucho. Somos un pueblo muy antiguo pero tú y tus compañeros sois extraordinarios.

—No sé si darle las gracias por los elogios.

—No es menester. Quería conocerte pero veo en ti una melancolía amainada. ¿A qué se debe?

—Realmente siempre fui así pero quizás fuera porque siempre eché de menos a mi madre.

—Lamento su ausencia pero esa sensibilidad tuya que te hace percibir y sentir tanto hasta el punto de que te comunicas con la Madre Tierra…

—Es la empatía con todo lo que me rodea, pero sobre todo, no me gusta que la gente sufra.

—Noble.

—¿Puedo preguntarle realmente por qué estoy aquí? Si fuera verdad que quería conocerme, ha tenido muchas ocasiones para hacerlo sin tener que interrumpirme en este viaje que ahora realizo o, ¿mi destino es la causa de que esté aquí?

—¡Inteligente! Es hacia dónde te diriges el motivo de esta conversación. ¿Te incomoda que hablemos de ello?

—Si no me demora mucho tiempo, en absoluto.

—El tiempo… ¡Ay! Joven, la medida del tiempo es caprichosa y no te urge.

—¿Cómo sabe que no hay prisa en llegar a mi destino?

—Porque no tienes motivos para ir allí. Es una cárcel que durante muchísimo tiempo hemos custodiado a un ser abominable que cometió el peor de los delitos: arrebatar una vida cruelmente y sin motivos solo por placer. Apenas está vivo y está bien guardado.

—Entonces anciana, ¿Por qué la Madre Tierra me ha dado

aviso?

—Matasteis al que fue su compañero y él lo ha sentido. No es nada extraño que reaccione así, quizás la tierra haya sentido su rabia pero no puede escapar de la torre.

—Confío más en el aviso recibido que en sus palabras. Perdone mi desconfianza pero apenas la conozco.

—No te juzgo por ello. Nosotros nunca usamos la violencia para nuestros fines, siempre hay otros medios. No puedes ir al lugar que te han dicho pues solo van quienes lo guardan.

—¿Por qué me dice todo esto? Yo debo ir.

—¿Me disculpas un momento?

La anciana se levantó de la silla sin mi ayuda pero con gran esfuerzo dejándome con más dudas que respuestas. La vi dirigirse a la habitación contigua. No temía nada pues no sentía peligro alguno aún así, tenía la seguridad de que en el lugar donde ahora me encontraba, pasaba algo extraño: no eran las extrañas flores y plantas de este jardín tan peculiar, no era la atmósfera tan densa a la cual tardé en acostumbrarme a respirar como si todas las leyes que rigieran la física de este lugar fueran diferentes; quizás los sentidos no estuvieran rigiendo mi percepción y por eso tuve esta incómoda sensación que me descolocaba cuando el sonido de una puerta abriéndose me volvió al momento actual.

Ante mí vi una muchacha joven que vestía un traje azul claro vaporoso, de pelo cobrizo y larga cabellera que se derramaba sobre los hombros; estaba tan ceñido que parecía una segunda piel; su cintura era tan estrecha que parecía imposible, sus caderas eran sugerentes, el vestido era más transparente en sus piernas; sus pechos eran muy grandes y su escote era más que generoso. Su físico era sensualidad pura. Al encontrarnos nuestros ojos empezó a nacer una sonrisa pícara pero si el dibujo de esa mujer impresionaba, la gracia que tenía mientras se movía hacia donde yo estaba era una danza pausada que hipnotizaba; cada paso que daba entornaba un poco sus ojos. Vi que llevaba en sus manos una bandeja con dulces que la depositó en la mesa baja. Entonces, solo se me ocurrió una pregunta.

—¿Dónde está la anciana?

—Aquí solo estamos tú y yo.

Su voz sedosa como el terciopelo me sobrecogió, pero sus palabras me dejaron aún más aturdido.

—¿Y Rosalía?

—Rosalía soy yo.

—¿Sois la misma persona?

—Sí, Silvan, he cambiado; siento la espera pues quería ser más agradable a tus ojos.

—No creo que fuera necesario.

—Bueno, quédate a hablar un rato.

—Lo siento, he de marchar pero gracias por todo, por este bello lugar y por tu hospitalidad. Parto hacia mi destino.

—Un poco tarde ya.

—¿Por qué dice eso?

—Mi pueblo no usa la violencia normalmente, pero esa torre a la que quieres ir es terreno sagrado y a nadie más salvo a los que la custodian pueden ir; yo he usado otros medios más pacíficos para que no puedas ir y seguramente, querrás volver a casa.

—Iré hacia allí ¿qué me haría volver a casa?

—Aquí en este lugar, en el Jardín de Rosalía, el tiempo transcurre a diferente medida.

—Explíquese

—Has de volver a tu casa mi querido Silvan. Han pasado quince años: tu hija ha crecido y ya es mujer, tu mujer ha envejecido y ambas te echan de menos. Tienes que volver y olvidarte de esa torre.

—¿Cómo?

—Duerme ahora y despertarás en tu tiempo y en tu lugar.

Todo me dio vueltas antes de que la sorpresa de sus palabras pudiera hacerme mella. Mis ojos se cerraron y solo oí su voz melosa con un timbre de disculpa.

—No lo tomes a mal pero no podíamos permitirte llegar a la torre; vuelve a tu hogar.

17. AUSENCIA

En Ulsan, en una casa que aparentemente parecía abandonada donde un viento caprichoso se colaba por cualquier resquicio para silbar lamentos entre estancias vacías, una joven vestida impolutamente de blanco contrastando con el entorno en decadencia, tenía en su regazo seis gatitos recién nacidos a los que les cantaba en una lengua tan antigua como el principio de los tiempos. Los cachorros ronroneaban con el sonido de su voz.: todos eran tan negros como la noche que los albergaba. Aquella chica de cabellos rubios tan intensos como el oro blanco, descubrió sus pechos blancos redondos y se acercó uno de los gatitos a ellos. Al sentir esa piel tan suave restregó su cabeza chica contra su pecho; ella con su mano, presionó con dos dedos su pezón rosado y una gota escasa de leche se depositó sobre la yema de uno de sus dedos que, con una delicadeza, se lo acercó a la boca del cachorro. Abrió su boca de dientes pequeños tan afilados como agujas, ella presionó uno de sus colmillos y una gota de su sangre se entremezcló con la gota del líquido que salió de su pecho e introdujo la mezcla en la boca del pequeño animal. Lo cogió y con suavidad lo depositó a sus pies. Realizó la misma operación con el resto de la camada hasta que todos quedaron dormidos. Dejó su canto ancestral y miró hacia el techo de aquella casa que dejaban sus huecos vislumbrar parte del cielo estrellado de una noche de primavera. Tapó sus preciosos pechos bajando la parte superior del vestido de blancas transparencias dejando un generoso escote. Echó una mirada a aquellos gatos que alimentó de su cuerpo y les habló con una voz cantarina tan baja que apenas era audible.

—Creced fuertes y grandes, mis pequeños guardianes.

Echó su cabeza hacia atrás dejando su cuerpo arqueado sobre el suelo resquebrajado y cerró los ojos satisfecha; quedó unos segundos inmóvil cuando de repente, sufrió una violenta convulsión tan fuerte que la hizo doblarse sobre sí misma. Le sobrevino una arcada seca y miró hacia el vacío con los ojos abiertos de par en par.

—No, no, no, ¡Nooo!

Se irguió todo lo alta que era ya recompuesta, miró hacia la salida y hacia ella se dirigió con mucha rapidez. Las ondas de las telas que la cubrían bailaban al son de sus movimientos y corriendo en la soledad de la noche cerrada, entre calles y callejones, en poco tiempo alcanzó la puerta norte de la ciudad.

Unos guardias aburridos conversaban cuando la presencia de esa joven los dejó estupefactos:

—Buenas noches caballeros, me urge salir de la ciudad. Abridme las puertas si sois tan amables.

Uno de ellos se repuso de la sorpresa y con buena educación, se adelantó hacia ella manteniendo una distancia prudencial para darle espacio.

—Las puertas no se abren de noche y además, una mujer tan joven e indefensa no sería muy prudente que se adentrara en Tierra de Nadie de noche. ¿A quién me dirijo?

—Mi nombre es oda de poetas, es el anhelo de los enamorados. Soy Derán, la Dama Blanca y os aseguro que vuestro temor es infundado.

—Señorita…

Entre las sombras emergió con paso acelerado una figura de mediana estatura, de pelo rizado como los querubines dibujados en los cuadros; carecía de vello facial y su rostro reflejaba preocupación. Miró a aquella joven de aparente apariencia inocente y se reconocieron al instante, al igual que los guardias que también lo reconocieron. Era Prometeo, el marido de Noelia la alcaldesa de la ciudad de Vera y el consejero del que ahora era el director de todas las ciudades del este, Héctor. Prometeo que casualmente se encontraba en Ulsan, obvió a los guardias y miró a Derán con un rostro de desasosiego.

—¿También lo has sentido, Derán?

Aquella joven asintió con una seriedad que no era propia de ella. Prometeo miró hacia los guardias.

—Abrid las puertas bajo mi responsabilidad.

Derán se dirigió hacia la salida en el mismo arco de la inmensa puerta que ya estaba abierta; hizo pausa en su camino y miró hacia Prometeo.

—Los demás ya lo saben.

—Lo sentí, Dama Blanca; mi hija me lo confirmó. Ya no está.

—Volverá pues su tiempo no ha acabado.

Con estas últimas palabras salió corriendo hasta que la falta de luz en la distancia la engulló. Aún pasó un tiempo hasta que Prometeo dejó de mirarla en la dirección hacia donde se fue.

Derán corría en esa noche cerrada por el camino de tierra que terminaba en el feudo de Selva. Emitió un silbido corto sin parar en su carrera cuando al poco, una mancha blanca seguía en paralelo su dirección. Era un enorme lobo blanco de ojos rojos como la sangre. La Dama Blanca saltó a su lomo y en cuanto ese bello animal sintió

su liviano peso en su lomo, aceleró siguiendo el mismo camino. Tanta era la fuerza que empeñara en coger velocidad, que sus garras arrancaban terrones de tierra expulsándolos con violencia. Largo fue el trayecto a la celeridad que imprimía aquel animal extraordinario hasta que, al divisar las altas murallas de la ciudad paró en seco. Derán desmontó y fue hacia una figura que les esperaba en el camino, justo antes del puente que predecía a la entrada de Selva.

—¡Sara!

Derán se abrazó a su hermana que allí la esperaba. Llevaba un ligero camisón y su cascada de pelo rojo suelto; era mucho más alta que Derán y raro era que la esperara a campo descubierto. Al poco, un destacamento de hombres armados de Selva se divisó a la espalda de Sara. Ella se giró y les ordenó que no precisaban de escolta, pero aquellos hombres miraron sorprendidos a partes iguales a aquella mujer apenas florecida y a aquel lobo blanco que su lomo era igual de alto que sus cabezas. Derán hizo un gesto y el lobo blanco desapareció en la oscuridad de la noche.

Derán quiso hablar pero Sara con un gesto, la hizo callar.

—Delante de Héctor es una tontería tener secretos. Nos hemos unido a ellos para bien o para mal.

La Dama Blanca asintió conforme y fueron andando hacia la entrada de Selva. Pasaron las estatuas de los ángeles custodiados del puente; fueron pasando en silencio tanto por la puerta principal como por el grandísimo patio vacío que había entre las dos puertas hasta entrar en la población. Había tránsito de gente pues Selva se decía que nunca dormía. En una casa apartada, un poco más grande de lo normal, una puerta abierta les invitaba a entrar. Allí les esperaba Héctor de pie, con las dos manos en su espalda y con una cara de interrogación. Él era humano y no podía sentir lo que sentían ellos. Abrazado a sus piernas había una niña pelirroja que miraba a las dos mujeres y cuando vio a Derán, se abalanzó sobre ella y le empezó a hablar en una lengua extraña; su tía asintió y le susurró al oído, le dio un beso en su frente y la niña se despidió; se acercó después a su madre la cual besó en su frente y la pequeña desapareció subiendo las escaleras que daban al piso superior. Héctor miró a las dos mujeres que tenían caras muy serias.

—¿Qué ocurre? No es normal esta situación.

Sara se dirigió hacia su hombre, le puso una mano en el pecho mientras le miraba fijamente.

—Silvan… no está.

—¿Qué quieres decir? ¿Está muerto?

Derán se adelantó y se puso al lado de su hermana cogiéndola de la mano.

—No Héctor, simplemente no está. No lo siento pero sé que no está muerto.

—Esto es obra de los ancianos —dijo despectiva Sara.

—Rosalía, ha sido ella pues es la única que puede hacerlo —dijo triste Derán. Pero, ¿por qué?

—La torre. No querían que fuera a la torre ya que es terreno sagrado. Yo no lo sabía hasta que me lo confesó Silvan.

—¡Malditos! Iré a por ellos.

—No Derán, Silvan volverá pero no sabemos ni cuándo ni dónde. Él me avisó, en sus palabras me advirtió de tiempos oscuros venideros. Debemos prepararnos.

—Yo ya empecé a hacerlo, hermana. —dijo la Dama Blanca.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Héctor en tono de súplica.

—Lo mismo que todos, mi amor, esperar aunque no sé cuánto tiempo.

Derán dio una patada de rabia en el suelo y Sara la abrazó entonces, la puerta de la entrada se cerró.

Esa misma noche, muy al este, en la frontera y en el feudo más oriental de las cinco ciudades, Gabriel compartía su sueño con Marion hasta que despertó sobresaltado asustando a Marion.

—¿Qué ocurre cariño?

—He de partir de inmediato.

—Pero ¿qué es tan urgente que ha roto tu sueño?

—No es mi sueño lo que está roto, es el vínculo.

—¿Qué vínculo? Me estás asustando.

—El que tengo con Silvan.

—¿Le ha ocurrido algo malo?

—No sé lo que ha ocurrido pero el vínculo ha desaparecido. Tengo que ver a Antón pues esto es muy extraño.

Le dio un beso en la frente a su amada, se vistió rápidamente, bajó de la casa andando raudo entre los claroscuros de la calle de madrugada y en el establo, cogió el caballo más veloz partiendo hacia el oeste.

En la ciudad de Altamiras, Karmen despertó sobresaltado desconociendo el motivo. Miró a María que dormía plácidamente y que apenas se le oía respirar; cuidadosamente se incorporó y salió al patio de la casa, descalzo e inquieto miró el cielo estrellado de esa noche serena. Estaban en un lugar seguro, demasiado, cuando vio cómo una mancha blanca en la bóveda del cielo bajaba hasta tomar forma en su descenso a sus ojos. Karmen torció el gesto, era el búho

blanco de Romualdo pero El Mago estaría en Vera como más cerca, en Erdia. Subió la escalera a grandes zancadas y despertó a María.

—Tengo que partir.

—¿Ahora? ¿A estas horas de la noche?

—Sí, María. Aquí estás segura por lo que no tienes que tener miedo.

—Pero no te quiero lejos.

—No sé cuánto tiempo estaré fuera, pero no será mucho tiempo.

—Pero ¿ocurre algo malo?

—Espero que no. Me voy mujer e intenta dormirte otra vez.

—Dame un beso.

Karmen selló el adiós con un beso, se calzó y se cubrió su ancho torso con una cazadora de cuero viejo. Salió de la casa aún sin saber cómo encontrar a Romualdo cuando un guardia de la ciudad que apenas llegaba a la puerta de la casa, miró con los ojos abiertos a Karmen.

—¿Es usted Karmen?

—Sí lo soy. ¿Por qué me buscas?

—Traigo un mensaje.

—No te demores más y dámelo.

—En la estación un tren le está esperando. Ha de partir hacia Erdia pues allí le esperan.

Karmen al menos no tenía que preocuparse de dónde estaba Romualdo pero sí de por qué esa repentina reunión.

No tardó mucho en llegar a la estación ni tan si quiera esperó que le acompañara el mensajero. Bajó las escaleras y vio como un tren de un vagón estaba preparado para partir. Se acercó y unos guardias que estaban alrededor del vagón, le abrieron la puerta sin tan siquiera saludarle. Al entrar en el interior, la puerta se cerró y notó cómo se ponía en marcha. Él era el único pasajero. Le quedaban unas horas de viaje así que, se tumbó sobre los bancos de madera y se dispuso a dormir pero dudaba de su empeño ya que su cabeza era un torbellino de hipótesis sobre el motivo de que Romualdo le reclamara.

Amanecía en Erdia siendo una mañana tranquila. En la estación de Erdia, los sonidos de las máquinas locomotoras señalaban el tránsito de trenes hacia otras ciudades. Todos los viajeros giraban sus miradas hacia dos personajes que no encajaban en esa mañana: a uno lo conocían por sus puestas en escena de sus obras de teatro que eran conocidas, pero verlo entre ellos, allí en la estación les sorprendía; el otro, un poco más alto de pelo y barba de un rojo vivo les era desconocido. Estaban uno al lado del otro sin que se

dirigieran palabra alguna, si prestaran atención caerían en la cuenta de que sus rostros reflejaban preocupación, pero ellos tenían sus quehaceres que solo supuso su presencia, una anécdota que contar.

Llegó un momento que la estación quedó prácticamente vacía hasta que un tren de un solo vagón arribó y sin que la locomotora parara su maquinaria, aquellos dos hombres abrieron la puerta del vagón. Sentado sin haber podido conciliar el sueño, Karmen los miró sin levantarse.

—¿Qué ocurre mago que me haces llamar?

—Karmen, amigo mío, algo grave ha ocurrido pero iremos a quien sepa explicárnoslo. Nos vamos a Selva.

—Pues queda camino.

—Lo haremos.

—Saludos Karmen —saludó Antón, el Señor de los Secretos.

—Saludos Antón.

—Recuperémoslo charlando.

—Mejor diciéndome el motivo de este viaje.

—Ausencia.

Karmen lo miró enigmático, no insistió con más palabras y sin ellas, el tren partió de Erdia.

Fue llegar a la estación de Vera y allí les esperaba un coche de seis caballos que sin pausa se dirigió hacia la puerta norte de la ciudad. Las puertas se abrieron dándole paso. La celeridad por la cual transcurría el viaje más la palabra de Antón, tenía el ánimo en vilo a Karmen más acostumbrado a la acción que a los enigmas. Por la ventanilla del coche vio el puente que custodiaban los ángeles de piedra. Ya estaban en Selva.

Las puertas estaban abiertas pues estaban esperándolos igual que en los otros lugares e igual que todo, estaba preparado para no entorpecer el viaje. Habían llegado a su destino.

Bajaron del coche y un hombre que no era un guardia les esperaba. Sin mediar palabra y con un simple gesto les indicó que los siguiera. Aquel bello feudo acostumbrado a una actividad frenética de trabajo apenas se tomó cuenta de esos tres personajes extraños que paseaban por sus calles. No fueron hacia la casa de invitados que era la residencia de Héctor y Sara, sino que fueron hacia el castillo reconstruido de Selva y eso, no era buena señal.

Apenas divisaron al extraño trío, las puertas del castillo de Selva se abrieron de par en par. Nada pausaba el camino y todo era una sensación de urgencia, de una preocupación latente que ya a Karmen le parecía más que preocupante. Fueron escoltados por guardias hasta la sala de audiencias donde allí, en la amplia sala,

varias personas les aguardaban.

Héctor, el directo de las cinco ciudades no les dio la bienvenida pues estaba pesaroso en una sombría pose de derrota hasta que sus palabras incómodas le salieron amargas.

—Habéis tardado.

Allí se encontraban junto a Héctor, su mujer Sara, Derán la Dama Blanca, Prometeo, Noelia la alcaldesa de Vera y en un aparte, Gabriel.

La paciencia no era una virtud en Karmen y en el silencioso viaje que no tuvo ninguna explicación, estalló en una frase con un tono que retumbó en todos los recovecos de aquella sala.

—¡Alguien me puede decir qué demonios pasa!

Derán salió corriendo con pasos chicos hacia Karmen y lo abrazó por la cintura. Karmen recibió el contacto de su piel con aquella muchacha como un bálsamo contra un nervio que calmó, entonces comprendió cuánto la había echado de menos a aquella menuda mujer de cabellos de oro, tan frágil en apariencia.

—Karmen, te he echado de menos —dijo la Dama Blanca desmontando la ira de Karmen.

—Y yo Derán, pero ¿cuál es el motivo de esta reunión?

Gabriel se puso de pie, miró a Antón y él asintió con un gesto cediéndole la palabra a Gabriel.

—Karmen, Silvan ha desaparecido. Todos tenemos un vínculo. Antón y yo lo tenemos muy fuerte con aquellos que estuvimos en Monasterio, pero Derán lo tiene con todos nosotros. Ella y Sara saben lo que ha pasado.

Sara dio unos pasos y tomó la palabra.

—Hace poco que Silvan me contó el destino de su misión. Era la cárcel del tercer asesino de mi padre. Monté en cólera cuando descubrí que aún estaba vivo; ese lugar estaba custodiado por los ancianos y los guardianes. Ellos supieron de las intenciones de Silvan y han impedido que llegue a ese lugar sagrado que ha estado oculto hasta para nosotras.

—¿Qué le han hecho? —casi escupió Antón.

—No pueden hacerle más que retenerlo; habrán creado una burbuja en el tiempo. Hay quien puede hacerlo; no sufrirá daños y volverá el problema es que no sé cuándo —confesó Derán.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Gabriel.

—Esperar, solo podemos hacer eso —explicó Sara.

—¡Me equivoqué! ¡Nunca debí mandar a Silvan solo a ese lugar!

Una niña pequeña, la hija de Sara y Héctor salió de un lateral. Todos se sorprendieron de verla con su carita rubicunda y su pelo

rojizo a semejanza de su madre, se puso a un lado y con palabras que dejaron boquiabiertos a todos, le dijo a Romualdo:

—Igual se han equivocado ellos, tito Romualdo.

18. LA TORRE

Una solitaria figura desafiaba al huracanado viento que quería empujarlo a precipitarse por un acantilado de varias decenas de metros, pero se mantenía inamovible a la fuerza del violento elemento. Bajo sus pies, un majestuoso espectáculo del embravecido mar que, ordenaba sin descanso olas gigantescas a luchar contra la piedra que sufría callada el bramar incansable embestir contra ella.

Ese hombre que vestía una túnica descolorida del mismo color de la tierra que se hallaba a sus pies, más que vestir parecía envuelto en harapos; su piel estaba agrietada y su semblante serio era ajeno a esa tormenta que enfadaba mucho al océano. Sus ojos claros estaban mirando más allá de lo que una vista humana pudiera observar, una tenue mueca de contrariedad y se giró dándole la espalda al precipicio vertical que encajaba los espumosos salitres que le golpeaban atronando el lugar.

Con un andar decidido y presuroso que no correspondía a su edad, agachaba su cabeza para que el viento no le castigara. La tierra donde daba sus pasos era ausente de toda humanidad; la vegetación escasa luchaba aún por crecer en ese hostil terreno y las rocas eran el elemento más abundante de donde aquel anciano solitario recorría tierra sin camino ni senderos.

Lejos se oía según se alejaba, la ira marítima y unos salientes pétreos que le parapetaban del fuerte viento. Se echó la capucha hacia atrás descubriendo una abundante cabellera blanca y se paró en una estrecha abertura apenas perceptible por las inclinaciones de las rocas. Puso su brazo en la piedra de la entrada y suspiró angustiado pero entró en la estrecha gruta que si alguien le hubiera observado, podía atestiguar que lo hizo en contra de su voluntad. Dos pasos más y se sumió en el más profundo silencio; tenía que pasar casi de lado pues sus anchos hombros le impedían pasar de frente; la estrecha cueva era larga y descendía lentamente pero se volvía a agrandar en un trayecto irregular y lo único que evitaba la claustrofobia era su elevada altura.

El tiempo se medía en horas desde que el anciano entró en la cueva. Lo que fue un trayecto totalmente lineal ahora se bifurcaba en varias direcciones que a aquel hombre no le hacían dudar hasta que encontró un precipicio que la negrura escondía en su fin; unos escalones tallados sin mucha regularidad le hicieron descender a la izquierda.

Temeroso fuera tomarse esa escarpada escala pétrea con prisa

pero decidido, el anciano la cometía con bastante agilidad. Una cornisa ayudó a que caminara sin más verticalidad hasta que se adentró en otra pequeña apertura que apenas cabía su cuerpo. El camino se fue agrandando y ninguna iluminación le asistía en sus pasos; una escalera que nada tenía de natural, empinada, le hacía descender hacia más profundidad. Era mucho tiempo pasado desde que entró pero no tenía signo alguno de cansancio. Según iba bajando, columnas de gran labor le escoltaban a sus lados y un pequeño lago de lava iluminaba aquellas galerías; el borbotear de su corriente rompía el silencio de un trayecto que siempre era descendente. Paró poco tiempo mirando unas pinturas sencillas de gran tamaño que adornaban aquel recinto por el cual ahora pasaba y volvió a proseguir su camino el cual parecía interminable.

Perdida seguramente la noción del tiempo, unas puertas de un negro material le hicieron hacer un alto: las miró y tocó con sus manos los relieves que la adornaban queriendo atrapar en un tacto su significado; dio un paso retrocediendo y una mano se introdujo en los pliegues de su túnica. Extrajo una enorme llave que introdujo en la cerradura y al girarla, un sonido metálico que se oyó exagerado llenó con un sonido la acústica de la galería. Escondió otra vez la llave y con las dos manos con las palmas abiertas en las hojas empujó para abrirlas. Solo logró mover el polvo acumulado de las juntas pero con más fuerza, empezó a presionar y poco a poco, con sonidos lastimeros, se fueron abriendo hasta dejar un espacio lo suficientemente ancho para entrar. Nada más traspasarlas, los sonidos acuosos del agua llegaron a adornar todo aquel silencio llevado en la mayor parte de su camino desde que entró en los pasillos pétreos que había recorrido. Fue siguiendo ahora un camino empedrado regularmente hasta un rio subterráneo que terminaba en un salto de agua que se perdía en las negras profundidades. Un puente salvaba dicho rio que era ancho y caudaloso; dos calderos grandes estaban a sus costados con un líquido denso retenido en sus recipientes. El anciano sacó un pequeño artefacto que soltó una chispa y prendió en llamas aquel líquido dando luz. Cerca algo se recorrió inquieto, lo sintió, tal era el fin de un camino que aún no había concluido; con lento caminar dejó el puente, la iluminación y se sumió otra vez en el mundo de las sombras. Solo tenía que seguir el camino artificial.

Tanto anduvo que el sonido del agua ya era un eco lejano. Se paró en una puerta de plomo sin ningún tipo de adorno y muy lejos de la majestuosidad de las anteriormente pasadas, sacó la misma llave de dimensiones grandes y la introdujo en la puerta. Antes de

girarla, respiró hondo y pausó dando signos de que la acción de abrir esa extraña puerta distaba mucho de ser algo de su gusto y aún así, lo hizo. Esta vez no le costó que se abriera ni produjera ruido alguno y ante él, una inmensa gruta que se perdía la vista en su altura y profundidad. Bajó una pequeña escalera esculpida en la misma piedra y abocó una calle de suelo liso que a ambos lados había estatuas humanas talladas. No hubo paso que diera que no parara en todas que con melancolía las observara y en voz apenas audible, le diera un nombre a cada una de ellas.

Al frente se veía una torre de unos ocho metros de alto, sin puertas ni ventanas, toscamente hecha. Un sonido irritante de hierro rozando con hierro solamente fuera lo que se oyera; se fue acercando y frente a esa torre había una estatua cerca de ella, con las piernas cruzadas. Llena de polvo y moho, el anciano se colocó detrás de ella mientras que ya más próximo a la torre veía que entre las juntas de los sillares de la torre, espirales de un humo negro denso querían salir fuera, pero llegada una corta distancia se retraían para retornar a adentrarse en los huecos que habían salido. Estuvo el anciano que recorrió ese mundo subterráneo serio observando la torre y se acercó a la estatua que estaba sentado frente a ella y pronunció unas palabras que fueron aumentadas por el espacio vacío de esa inmensa cámara.

—Simón, despierta y levántate.

Se oyó crujidos chicos y muchos que agrietaban aquella figura pétrea. Cascos se desprendían de ella para dejar ver piel humana y una vez que se movió, se irguió con dificultad empezando a moverse hasta que poco a poco se puso frente al anciano. No medió palabra alguna hasta que el anciano volvió a hablar.

—Tenemos que irnos pues tu misión aquí ha terminado, guardián de la torre. Están muy cerca y cuando lleguen, no tenemos que estar aquí.

La estatua que era humana, miró al anciano incrédulo y como si la palabra fuera olvidada, tardó mucho en articularla. El anciano esperó y las palabras salieron de Simón.

—Y aquel al que guardo después de contenerlo tanto tiempo, ¿tenemos que dejar que se vaya?

—Simón, ese ser murió hace tanto tiempo como el que estás tú aquí; lo que hay dentro de la torre es una esencia de aquel, retorcida y malvada.

—Lleva desde hace poco, muy alterado y con mucha actividad.

—Sí, ha llamado a otros que están a punto de liberarlo pero no podemos enfrentarnos a ellos. Moriríamos pues tienen el poder de

hacerlo. Es tiempo de huir y ayudar a otros. Algunos hermanos nuestros pues aún algunos de nosotros pisamos la tierra.

—Demasiado tiempo guardando este lugar.

—Vayámonos Simón. Sabremos cómo ayudar, mas aquí ya poco podemos hacer.

—Sea como dices, Uriel. Ayúdame hasta que salgamos de este lugar; mi mente es fuerte pero mi cuerpo aun es débil, no tardaré en recuperarme.

Antes de atacar el camino de vuelta, aquel que llamaron por el nombre de Simón dirigió una mirada de odio hacia aquella torre tan singular. Hicieron todo aquel camino de vuelta hacia el exterior no sin la dificultad que tenía el que acompañaba al anciano después de milenios, o quizás más, sin moverse y siendo el guardián de la torre. Solamente con la compañía de las estatuas de los caídos que eran el único testimonio de su existencia.

Ya en el exterior, a pesar del tiempo impetuoso que había en la superficie por las inclemencias de los elementos, Simón se revitalizó. Tanto tiempo sin poder sentir la hierba en sus pies ni el viento en su cuerpo, sacrificado por una causa mayor, miró al anciano Uriel.

—Tanto tiempo sin sentir la madre naturaleza, me llena de gozo pero, ¿hacemos bien dejando la torre sola?

En ese momento, una figura femenina emergió de una bruma cercana y se unió a Uriel y Simón.

—Ya vienen.

Uriel la miró y después miró hacia el horizonte; su voz apareció como una sombra del pasado ante aquella mujer.

—Tanto tiempo transcurrido, tanto conocimiento acumulado y la soberbia de creernos tan sabios no han servido para hacer caso de una advertencia tan clara. Ese muchacho sin nosotros saberlo, ha venido a salvarnos y nosotros lo hemos evitado. Rosalía, admítelo, nos hemos equivocado.

La mujer se quitó la capucha y un rostro joven de forma ovalada y con cabellos de un apagado cobrizo, se ensombreció hasta que el color de sus pupilas fue tan negro como las palabras de Uriel.

—Tan pocos quedamos… nuestra esperanza queda en aquel que hemos dormido y aquellos que lo siguen incondicionalmente. Podríamos llamar a los guardianes y despertarlos para que defendieran este lugar, pero no llegarán a tiempo. Ahora es el tiempo de aquel que tiene por nombre Silvan, no el nuestro. Hemos errado, hermano Uriel.

—¿Ha despertado? Ya han transcurrido el tiempo que lo

retuviste.

—Sí, ya está fuera de mi jardín o no tardará en hacerlo. Los que han sido llamados vienen por lo que hemos de partir ya que no podemos morir, pues ellos son muchos.

—Simón, tú eres un guardián. Viaja al sur, ayúdales pues nada más podemos hacer nosotros.

Simón miró a los dos ancianos que se dieron la vuelta y desaparecieron en la bruma que los circundaban. Simón empezó a mover sus miembros rígidos por la larga vigilia, miró hacia el sur y hacia allí se dirigió.

19. LA LLAMADA

En la proa de la cubierta de un barco de madera, un hombre menudo ocultó su rostro bajo una capucha que poco servía para guarnecerse del intenso aguacero que caía esa noche. Estaba solo porque así lo deseaba.

Más de un centenar de hombres transportaban el navío y detrás, otros trece barcos con un número similar de pasajeros. Miraba fijo en una dirección; quería estar alejado del resto de la tripulación pues no soportaba a aquellos hombres, pero al mismo tiempo le eran necesarios.

Apretó un puño con fuerza maldiciendo que a pesar de haber vivido más de dos milenios no hubiera transformado su cuerpo igual que aquellos con los que compartió cautiverio en el laboratorio superior de Monasterio. Era el experimento fallido que solo compartía la longevidad de aquellos que adquirieron las mejoras genéticas de aquel lugar. Ya antes de aquello, era un hombre malherido en su vida pasada siendo una paria en la sociedad que lo rodeaba. Sus limitaciones físicas antes de ir a un experimento el cual prometían hacerle un humano superior, antes de eso, él solo transmitía pena y la ira sembró una semilla en su mente que le fue corrompiendo hasta crear un ser con deseos abominables. Encima, aquellas pruebas no salieron tal como deseaba y la frustración abonó un campo ya fértil de deseos de venganza hasta el día de hoy. Su boca se llenaba de maldiciones; él era como aquellos que llamaban “los durmientes”. Cuando escaparon de Monasterio, descubrió un mundo devastado por las guerras.

El mundo que anteriormente conoció desapareció de la tierra para sustituirlo por otro donde la supervivencia era el único fin de la poca humanidad que quedaba en la tierra. Era el mundo que él deseaba donde el caos y la muerte eran el reinado. Él era el rey de ese infierno desatado en la tierra, así, poco a poco creó una ciudad a la que llamó Inferno.

Le costó cientos de años reclutar a la peor calaña que encontrara en aquella tierra desolada. Fue inteligente pues sabía que sus antiguos compañeros eran poderosos y puso, como falso regente, a un mutante poderoso para él gobernar y maquinar entre las sombras hasta el fatídico día que Romualdo El Mago, al que había capturado, (o eso creyó), destruyó su ciudad. El Mago no estaba solo pues vinieron a rescatarlo Karmen (que ya lo conocía y que

temía) y a un desconocido joven llamado Silvan, el cual derrotó al falso rey con una facilidad que nunca se le borrará de su recuerdo. En los veinte años transcurridos desde su huida de su propia ciudad hasta este día fuerte de lluvias, solo había vivido para la venganza.

Hace quince años una extraña llamada acudió a él que germinó en su oscuridad para crecer cada día con susurros de promesas de poder, sueños claros de una torre que le otorgaría los medios para llevar a cabo sus retorcidos planes. Quería otro inferno en la tierra y sería sobre las ruinas de las cinco ciudades del este, allí donde se encontrarían muchos de sus antiguos compañeros, ahora sus enemigos; solo debía quedar él. Dejó estos pensamientos aparte para intentar advertir algo que era esperado: veía tierra. Así lo gritó con la misma voz que lo hicieran incontables marineros.

—¡Tierra a la vista!

Los hombres arriaron velas y poco a poco fueron tomando forma unos inmensos acantilados que al verlos contrariaron mucho a aquel menudo hombre, pero jamás pensó que su misión fuera fácil, es que nada lo fue para él.

Aquel hombre, antiguo rey en la sombra de la ciudad de Inferno, se llamaba Rafael.

No era todo malas nuevas pues descubrieron que a los pies de esa muralla pétrea, una pequeña ensenada les podía permitir atracar sin que las naves sufrieran daños. Demasiado tiempo requirió construirlas, lo mismo que reunir ese contingente de hombres los cuales destacaban por su maldad que los encontró en sus veinte años desde su huida de Inferno.

La lluvia amainó y la visibilidad mejoró. Fueron atracando sobre la arena de la playa uno a uno todos los navíos, tan cerca unos de otros que las maderas de los costados gemían por la fricción. Ordenó unir todas las naves con cadenas no fuera que en su ausencia empeorara el clima y pudiera hacerlos desaparecer a la deriva de cualquier corriente que desconocieran. Desembarcaron todos y nadie dejó de guardia; sabía que allí donde se encontraban no había rastro alguno de humanidad.

Fue pisar aquella arena mojada de la lluvia y del mar cuando sintió con más fuerza esa llamada. Le tiraba con fuerza y reclamaba su presencia como el heredero único que poseía la maldad natural para poseerla. Era un hilo solo visible para él, fino y oscuro que se perdía en las alturas de aquellos acantilados. Cogieron lo necesario para escalarlos pues eran motas pequeñas que adherían a la roca para coronar su cima.

Era tal el empeño de Rafael que fue el primero y nadie dudó en

seguirle a pesar del peligro de la subida. A la mitad del trayecto, una hilera de hombres cayó al vacío; él no se inmutó ni paró un instante pues ya eran bastante en número y podría asumir unas pérdidas. Desde luego, no sintió pena alguna por los caídos.

Llegó exhausto al final y agradeció que fuera casi plano lo que a su vista se le ofrecía. No tardaron mucho en acabar de subir el resto de la gente que superando el millar, más bien era un ejército.

Apenas anduvieron unos pasos cuando corrientes enfurecidas de aire asolaron ya el desapacible terreno donde pisaron. El desánimo cundió en aquella horda que había reclutado con promesas de ingenio: les ofreció promesas que querían oír. Se giró mirando a las sombras de aquella gente que le seguían, aunque nada sentía por ellos pues eran meros instrumentos; todos quedaron parados y algunos dubitativos ante la empresa que no comprendían, pero Rafael sabía que solo él podía guiarlos. No había ya punto de retorno aunque quisieran.

Se dispuso a proseguir cuando sin saber la razón, miró hacia el suelo y vio huellas de hombres que hacía poco allí habían estado. Era algo que en aquel lugar era extraño pues sabía ciertamente que no había nadie en estos momentos aunque hubiera rastros, pero él mismo supo la respuesta: supo que no eran de ningún humano y que esos a los que le pertenecía ya no se encontraban allí; aquel hilo negro que le guiaba tiró con fuerza de él pues estaba cerca.

Vio una señal que buscaba la entrada a una cueva escondida a no ser que alguien como él, tuviera guía. Apenas podían pasar de normal pues a algunos por su envergadura les costó mucho atravesar aquella estrechez que se fue ampliando, cosa que fue de mucho agradecer para toda aquella gente. Prendieron antorchas y candiles y así, la oscuridad de aquella oquedad iluminó con más de mil luces titilantes. A Rafael, que encabezaba la marcha, no le hacía falta luz alguna para saber a dónde ir.

La hilera sin fin de hombres atravesó la galería de cavernas con la única guía de su menudo rey. El tiempo no pasaba, estaba estancado en la sofocante atmósfera de sus grutas; nadie mediaba palabra y Rafael en ningún momento pausó. Seguía aquel hilo que a cada paso tiraba de él con más fuerza. Ninguna encrucijada le hacía pararse pues lo que los demás no veían, él lo tenía claro. A tiempo pasado, la caverna se hacía más grande pero algunas vidas se perdieron en el camino en simas tan profundas que no se oyeron impactar aquellos cuerpos. No había razón para apenarse por aquellos que murieron pues ninguno de los hombres de Rafael tenía vínculos afectuosos, por eso ni una sola lágrima ni pena por

aquellas almas, quizás ni mereciera la pena por lo menos para su rey.

Llegaron a un punto donde era evidente la labor de manos humanas. Atravesaron un puente con dos llamas prendidas en dos enormes recipientes metálicos que indicaban que hacía poco por allí alguien estuvo. Su numeroso contingente de hombres daría cuenta de ellos pero estaban muy nerviosos por el camino andado. No estaría mal que descargaran su adrenalina. Después del puente encontraron un camino de piedra irregular y recto hasta que su final eran dos puertas metálicas enormes. Rafael pensó cómo sostener ese imprevisto cuando estando más cerca de ellas, vio que tan solo estaban entornadas, incluso fueron abiertas sin precisar mucho esfuerzo. Rafael pisó el suelo liso y no prestó atención a las estatuas que escoltaban como guardianes ese camino y al final, una torre que era el motivo de su llamada.

Aquel lugar olía a viejo, muy viejo. Si se atendía en silencio, el roce de hierro contra hierro era el único sonido que aparte de los producidos por los hombres del rey se podía escuchar. Rafael se quedó delante de esa torre y detrás de él, en semicírculo, todos los demás a una distancia prudencial. Solo existía ese ruido metálico que a algunos ya les producía un cierto temor.

En la cabeza de Rafael, aquellas promesas de poder que le habían traído a ese lugar eran ya voces a gritos, pero aquella torre no tenía puertas ni ventanas por donde entrar. Puso ambas manos en la superficie de sus sillares lisos y sintió una profunda sensación de odio atrapado en aquel lugar que parecía una cárcel. Se preguntó qué podría albergar entre aquellos muros. Fue palpando hasta que vio que uno de esos bloques bailaba y notaba como también mil ojos estaban mirando curiosos tras su nuca, aunque no le incomodaba. Alguno de esos hombres dio un paso hacia adelante para ayudar a Rafael pero al oír que se acercaban, se giró y con su mano les indicó que se alejaran y volvieran a su posición inicial.

Rafael empezó con mucho esfuerzo a mover el bloque que había cedido y cuando al fin pudo moverlo unos milímetros, tan solo las juntas que había alrededor empezaron a supurar una niebla densa y negra que hizo a muchos hombres recular. Lo movió un poco más, algo menos que la primera vez y los sillares de alrededor empezaron a vibrar. No era buena señal ya que una sección de la torre se derrumbó haciendo caer de espaldas a Rafael librándolo de ser aplastado por aquellas enormes piedras. Cuando se recuperó, maldijo que ninguno de sus hombres hubiera acudido a su auxilio. Levantó su vista y comprendió la razón: una oscuridad absoluta

reinaba en aquel hueco que dejó los sillares caídos a exposición. Aquella niebla de las grietas ahora descendía en cascada inundando el suelo alrededor de Rafael. Tenía un olor extraño, denso y cargado: algo retenido en milenios de años.

Rafael se incorporó y en ese momento no sentía nada de aquello que percibió durante años y que le trajo a este lugar; en este momento, un halo de decepción cruzó su rostro. No podía ser que todo el esfuerzo se quedara solo en un lugar que solo contenía una niebla negra. Dio unos pasos lentos hasta situar su rostro a pocos centímetros del hueco de la mellada torre.

Cuando su cara acariciaba aquella forma gaseosa, oyó fuerte el sonido de cadenas moverse de forma violenta; paulatinamente una forma humana, si así pudiera describirse, salió de aquella nube negra y Rafael reculó por segunda vez sintiendo pavor cuando aquel ser que salió del hueco negro se quedó a pocos centímetros de él: era poco más que una momia sin ojos en sus vacías cuencas, todo él era solo huesos, piel en pliegues acartonados y miembros encarcelados en eslabones de hierro. Durante un segundo que pareció eterno, abrió lentamente la boca casi hasta desencajar su desdentada mandíbula y exhaló esa niebla negra al rostro de Rafael. No se dio cuenta pero aquel elemento gaseoso se introdujo en toda oquedad de su cuerpo, incluso por los poros de su piel. Aquel ser que en un pasado hombre fue, se desplomó en el suelo y sus huesos se tornaron polvo y aquella niebla avanzó a la espalda de Rafael envolviendo a aquellos hombres que le seguían. Todos cayeron al suelo, sedados o dormidos; él era el único que quedaba en pie hasta que las rodillas cedieron y en el suelo dio a caer; entonces todo se volvió tan negro como la niebla que estaba encerrada en esa torre. La oscuridad invadió aquella perdida gruta.

Rafael abrió los ojos y un rostro estaba sobre el polvo acumulado del suelo. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que se desvaneció? Mentalmente, recorrió su cuerpo buscando daños pero se encontraba perfectamente, mejor que nunca antes se sintió. Su cabeza estaba vacía pero sentía que no era el mismo de antes, sentía una extraña simbiosis pero que no invadía su razón; se levantó del suelo y miró alrededor. La niebla negra reinaba por toda la parte inferior de ese lugar y se dio cuenta de que su vista era diferente, de que aquella niebla emergía los cuerpos caídos de sus hombres pero que se les veía diferente. Miró sus manos y brazos carentes de un color pasado y que ahora eran de un color gris fuerte; sentía una fuerza que jamás antes sintió y el dulce sabor del cumplimiento de la promesa que le trajo a ese lugar. Vio a aquellos

hombres ahora diferentes como él; vio a través de cada una de sus pupilas que le reflejaban a él y pudo sentir que veía a través de sus ojos: supo incluso que podría introducirse en sus mentes. Cerró los ojos como si se lo hubieran ordenado y rememoró recuerdos que no eran suyos sino de otros: eran advertencias, fallos que cometieron otros como él si es que hubo alguien parecido. Eran ecos pero que les prestó suma atención; una sonrisa malévola se le dibujó en su rostro y una vez que el último hombre estuvo en pie, dijo sus primeras palabras tanto tiempo guardadas y al tiempo que las expulsaba de su boca, supo que no solo eran suyas.

—Es hora de la venganza.

Todos los hombres le dieron la espalda y empezaron a andar fuera de ese lugar. Rafael se dio cuenta de que directamente no podían luchar. Un fugaz pensamiento, suyo o no, le advirtió de que fuera había seres muy poderosos que podían frenar o anular sus planes. Aquella poderosa horda no podía atacar directamente.

—¿A dónde vais?

Frenaron en seco y se giraron hacia Rafael. Él dibujó una sonrisa; sentía su fuerza, sentía la inmensa fuerza de ellos pero también era consciente del poder de otros. Habría que ser inteligente y no cometer los fallos de otros.

—Venid, acercaros y escuchadme.

20. TRÉBOL

En una de las mayores plazas de Vera, asomándose tímidamente el invierno con un viento frío con no demasiada fuerza, mecía el pelo de una muchacha joven. Su pelo era negro, tanto como la noche que estaba por venir con la luna ausente, se alborotaba por las corrientes débiles de viento, tan fino que hacía abanicos negros; era alta, un poco más de lo normal, esbelta y delgada; vestía unas botas de caña alta, unos pantalones de cuero negro ceñidos como una segunda piel, una camisa holgada que se ajustaba y desprendía por el viento en un tono que la tela no lograba cubrir del todo, realmente y exóticamente bella, pero cuando sus ojos se abrían y descubrían unos ojos violetas sazonado con un aire de melancolía de su mirada entornada, no había ya comparación ninguna. Era una de esas mujeres con un solo adjetivo: única.

En su mano portaba un trébol que volteaba con suavidad; alzó la vista y una chica pelirroja se le acercaba, un poco más baja que ella con su pelo rizado de suspendidos bucles que bailaban al mismo ritmo que sus pasos; vestía pantalones de piel y botas bajas de poco tacón. Sus ojos verdes miraron hacia la chica recostada en la fuente y casi se diría que un proyecto de sonrisa nació de su boca.

—Hola Flora.

—Hola Arcadia, ¿y Ángela?

—Como siempre, llegará tarde.

—Mala costumbre.

—No es culpa suya. Su madre, la alcaldesa teme por ella.

—Son sitios seguros, no entiendo su inquietud.

Arcadia miró hacia su espalda; allí donde puso su mirada se alzaba una estatua de Silvan serio en su pose mirando hacia el norte. Flora se dio cuenta.

—¿Lo echas de menos?

—Dice mi madre que soy igual que él, que tengo su misma mirada melancólica. A él le faltó su madre, a mi me falta él. Apenas lo recuerdo.

—No está muerto.

—Sí, Flora la adivina, aquella que habla un idioma que solo entendéis tu tía, tu madre y tú. ¿Cómo lo puedes saber? Son ya quince años, ya hace mucho que es tiempo de volver.

—Al final me darán el título de mago como al tío Romualdo. Ya no hay secretos entre nosotras. Soy especial, provengo de estirpe antiquísima y si digo que volverá, es que lo hará.

—Ojalá.

Cruzó la plaza una muchacha más baja que Arcadia y Flora, de pelo rubio y rizado como un querubín de los antiguos cuadros; su rostro era ovalado y su encarnizada boca, junto a unas traviesas pecas que escoltaban su nariz respingona; sus ojos eran del color de la miel y aunque el conjunto pareciera que fuese más joven de lo que era, su vestido ceñía y mostraba unas voluptuosas formas que a nadie dejaba indiferente a su paso. Si su madre fue una de las mujeres más bellas de las cinco ciudades del este, ella obtuvo toda su herencia. Con una voz entrecortada por la carrera les habló a Arcadia y a Flora.

—Disculpad el retraso.

—Siempre llegas tarde; como eres la más guapa…

—Discrepo, las tres lo somos así que no me riñáis ni os riais de mí; no es mi culpa pues mi madre no deja de entretenerme. Ni que quisiera convertirme en asesina.

—Tu madre conoció a tu padre e intentó matarlo varias veces —dijo Sara.

—No lo consiguió por lo que muy buena no sería, sino, no estaría aquí. ¿Qué llevas en la mano Arcadia?

—Un trébol. Es como nosotras tres; tres hojas para un mismo tallo.

—¡Oh! Qué poético Arcadia —dijo Ángela con una sonrisa cándida.

Flora esbozó una risa callada ante la ocurrencia de Arcadia la cual se ruborizó, cosa que se acentuó en su blanca piel. Ángela hizo un mohín de fastidio ante la descortesía de Flora y tras unos segundos en los cuales ninguna pronunció palabras, las tres se miraban unas a otras y estallaron conjuntamente en juveniles carcajadas. Pasaron unos muchachos en ese preciso momento los cuales se fijaron en esas tres bellas chicas y sin parar en sus caminos, al ser observadas o más bien admiradas, les dedicaron unas sonrisas que les hicieron regocijarse en esa muda actuación de cortejo.

—Son guapos. ¿Los conocéis? Vivo aquí pero poca gente conozco —dijo nerviosa Ángela.

—A alguno de vista —contestó con un acento de indiferencia Arcadia.

—¡Chicas! Tenemos asuntos que tratar, es una reunión breve y tenemos que quedar para sin que lo sepan nuestros padres ir a Tierra de Nadie —dijo Flora.

—El mío no lo sabrá; ojalá lo supiera y me regañara por ello.

Aunque lo viera enfadado, lo vería. Apenas recuerdo nada de él —dijo Arcadia conteniendo las lágrimas.

—Volverá Arcadia, lo hará y desaparecerá esa tristeza tuya de su ausencia. Lo sé, confía en mí. Te lo he dicho mil veces desde que éramos niñas y otras mil veces lo haré —dijo Flora con convicción.

—Confío en ti Flora, pero el tiempo corre…

—Y nunca se detiene —terminó la frase Ángela.

Las tres se abrazaron después de signos de afecto y de una complicidad adquirida por una amistad desde la niñez. Cada una de ellas partió en direcciones opuestas.

Flora fue hacia la puerta norte. Ella, la hija del principal dirigente de las cinco ciudades del este era bastante conocida. Ya habían preparado una montura para volver al norte de Vera; eran unos cuantos kilómetros la distancia que les separaba de Selva, el feudo donde su padre Héctor dirigía y gestionaba dichas ciudades; junto a ella se dispuso una escolta para acompañarla. Ella rehusó a esos guardias alegando que era poco tiempo el que tardaría en llegar a Selva. Ante la negativa de sus peticiones y en un tono más confidencial, pidió que le concediera un tiempo de soledad, la que carecía siempre y en cualquier lugar de las cinco ciudades del este. Iba bien armada mas la actividad de los caminantes más peligrosos casi era nula en el trayecto de Vera a Selva. A regañadientes, accedieron y así Flora salió sola de Vera. Todas las excusas eran falsas. Ella tenía sangre anciana y la herencia de su madre Sara: ¡pobre de aquel que se enfrentara a ella! Pero aleccionada por su madre y Romualdo, lo mejor era pasar desapercibida como una muchacha normal y no como la guerrera que llevaba dentro.

En mitad del camino, el caballo de Flora que paulatinamente fue aminorando el paso hasta pararse con una mansedumbre extraña pues algo raro estaba pasando, vio una mancha blanca entre los árboles y supo quién había provocado que su montura parara. Desmontó y esperó que se manifestara alguien familiar que no tardó en hacerlo.

—Derán, ¿no habíamos quedado en Selva con mi madre?

—Hola Flora, que bella estás hija de Sara. Cierto es que así habíamos quedado.

—Ciertamente después de esa frase hay un… pero.

—Pero…

Entonces Derán se puso a reír hasta que se cubrió las manos intentando ahogar el sonido de esa risa juvenil.

—Creo que tengo enseñanzas en un lugar más adecuado, en un lugar parecido donde empecé a comprender secretitos que antes

estaban ocultos y se me revelaron.

—Derán, ¿podrías ser más explícita? Siempre estás con revueltas enigmáticas en tu hablar. Dime qué me quieres enseñar pues siento que se aproximan tiempos oscuros y quiero estar preparada.

—¡Oh! ¿Y dejar de ser como soy? ¡Pides mucho, sangre de mi sangre! Tanto tienes mío como de tu madre y los tiempos que han de llegar son negros como la boca oscura de la noche sin que la alumbre la luna. Hazme caso y desmonta; hemos de ir a pie pues cerca está, cerca estaremos las dos.

Flora hizo caso de su tía. Derán se acercó al caballo, le miró a los ojos y lo acarició hasta que el caballo bajó su cabeza a la altura de La Dama Blanca cuando ella le susurró en un idioma antiguo que al terminar, el caballo se alejó hacia el norte primero al trote para luego galopar libre. Derán lo despidió con la mano y con esa misma mano cogió a Flora guiándola por un costado del camino alejándose de él.

Ángela y Arcadia eran sabedoras de que, por denominarlo de alguna forma, no eran normales. Sus padres ya las habían educado ante esa posibilidad. Toda la historia conocida se les fue contada mas no se les ocultó ningún secreto al menos de los presentes ya que el señor de ellos, Antón el Rojo, desapareció el mismo día que sintieron la ausencia de Silvan y quizás la excepcionalidad de quien ahora cogía de la mano a Flora. En este día abierto y sin más techo que un azul celeste fueron hacia el lugar que indico Derán.

Derán hizo un giro hacia un lugar desconocido: era la entrada a una gruta en un terreno llano pero boscoso y denso en un pequeño montículo sin más trabas que la seña de su boca oscura. Derán desasió la mano de Flora y se adentró en ella. Flora se quedó unos instantes quieta escuchando la risa con los ecos que propiciaba la acústica pétrea. Dio unos pasos y ya estaba dentro. No veía mucho hasta que su vista se acostumbró a la oscuridad, no conocía el miedo y no tenía por qué tenerlo pero aquel lugar parecía un tanto diferente. Siguió por lo que parecía una galería pues aquella gruta no se adentraba en mucho desnivel, incluso miraba al techo descubriendo zonas de tierra. También veía raíces nudosas que se retorcían y entremezclaban con la capa terrea hasta que mirando al frente, entre los matices de grises de la oscuridad, un color blanco daba guía hacia donde se debía dirigir. Allí a pocos pasos, se encontró a Derán.

—¿Qué hacemos aquí?

—Porque fue en un lugar donde reinaba el silencio como aquí donde empecé a descubrir secretos que ahora te voy a desvelar.

Estaba sola pero mi niña, tú no lo estás. Ven aquí cerca que hay espacio y silencio pues lo único que has de oír es el sonido de mi voz.

Y así, tal como dijo La Dama Blanca, detrás de ella había un espacio abierto que si no fuera por las paredes irregulares, pudiera haberse confundido con algo hecho por la mano del hombre.

—Siéntate enfrente de mí Flora.

Obediente, así lo hizo. Se acomodó mirando a aquella mujercita que aunque repitiera que era su tía, que era sangre de su sangre, la sensación era que estaba al lado de una extraña.

—Sabes que oculto más que lo que se aprecia de mí; aparento lo que quiero ser pues nunca quise abandonar la inocencia de mis primeros años, tiempos muy lejanos pero a los que siempre querré pertenecer. Tengo mucho poder Flora y tú lo has de tener pues eres la única que puede.

—Sí, porque llegan tiempos oscuros: lo veo, lo siento, lo percibo como una absoluta certeza que no se ve, aunque yo sí pueda verlo y al igual que sé que el padre de Arcadia ha de volver. Son tiempos venideros de dolor y tristeza, no veo más allá de eso.

—Pues el pasado que es inamovible por el futuro que sí se puede moldear, para eso hay que prepararse y tú al igual que tus dos amigas, tendréis un protagonismo capital

—Dime, ¿cuál?

—¿No escuchas? Siempre has sido tan lista pues tienes parte de mí y parte de Sara; además, tu padre ha hecho que también seas nuestra digna descendiente pues han sido muchos siglos y muchos milenios renaciendo como el ave Fénix. Muchos hijos tuvo Sara pero hasta hoy ninguno de la antigua sangre. Tú, Flora, sí lo eres; eres la descendiente de nuestra estirpe, sangre de los primeros hombres.

—Pero…

—No tienes porque decir nada, nadie ha escuchado mis palabras con tanta elocuencia. Vendrán sean quienes sean a arrebatarnos la alegría de los buenos corazones, pero no dilato más estas confesiones. Es hora de que entiendas dónde reside mi poder, el que tú tienes que tener.

—Atiendo.

—Bien, cierra tus ojos y aíslate de todos los sentidos. ¿Sabes de dónde viene mi poder?

—No, tía.

—De comprender y entender las leyes; de dos mundos que no ves: uno inmenso y pequeño y otro igual de basto con proporciones

casi infinitas; el segundo no tengo fuerzas para manejarlo pues es el universo y sus fuerzas son tan descomunales que nada se puede hacer. Pero en el mundo pequeño, aquel que nos rodea y que nos envuelve, si sabes modificar sus leyes puedes crear y hacer cosas increíbles. En una burbuja como esta yo sola pude entender cómo hacerlo. Mira a tu alrededor, concéntrate en el aire que nos rodea y mira sus diferencias.

Flora se aisló de todo pensamiento, dejó que el eco de la voz de Derán se diluyera en silencio. Miró y sintió en rededor y pudo ver ese pequeño mundo de ínfimas formas que ahora se le revelaba ante ella. Vio puntos de apagados colores, vio cómo se movían entrechocando entre ellos sin mucha fuerza: se unían y despegaban con unos hilos casi invisibles que apenas se distinguían; veía sus pautas y las observaba.

Derán sonreía viendo cómo Flora absorta en su observación, adquiría la visión que ella quería. Lo que en milenios a ella le costó, aquella muchacha en segundos comprendió.

—Separa unas de otras pues quieres crear una llama y las que anulan a que prendan no pueden estar cerca.

Flora sin moverse y sin pestañear tan siquiera, con una mínima fuerza de concentración así lo hizo. Al principio nada parecía obedecer, pero primero una partícula y luego otra hasta que se agruparon. Mientras otras les dejaban paso, era como formar un puzle: era una reacción en cadena, una multiplicación exponencial. Lo poco tornó en breve en más que mucho.

—Ahora la chispa; nuestro cuerpo es un generador de electricidad y todo funciona con ella. Prende lo que has aislado.

Flora desde su interior extrajo esa chispa que Derán le pidió y entre ellas dos, una llama de fuego se creó. La Dama Blanca aplaudió y Flora se quedó boquiabierta ante lo que creó.

—No es que lo hagas Flora, es que lo entiendas y una vez que lo hagas, serás muy poderosa.

—¿Qué puedo hacer más?

—Lo que desees si sabes cómo hacerlo.

—Dime cómo pues.

—Mira esa corriente de aire apenas imperceptible. Si cambias la temperatura en el espacio y el tiempo pertinente, puede que de ser brisa pase a viento. Tú tienes calor, pásalo a tu alrededor.

Flora observó las pautas de esa pequeña corriente de aire que las envolvía. Empezó a través de su cuerpo a calentar ciertas zonas para que el aire creara corrientes más violentas; empezó a ver cómo el pelo de su tía se alborotaba por la fuerza del viento que creó y

que ahora las envolvía. Derán sonrió complacida.

—Entiendes como funciona pues ahora lo haces. Eres poderosa Flora mía.

Flora abrió los ojos y no vio a la Dama Blanca por ninguna parte. Salió de aquella cueva muy diferente de la muchacha que entró en ella; pensó que tendría que andar hasta Selva cuando el caballo que le dieron en Vera, apareció justo al salir del sitio donde descubrió más que un secreto. Miró en rededor y todo le parecía muy diferente pero al mismo tiempo tuvo la impresión de que podía manejar todo lo que le rodeaba a su antojo. No fue la misma persona de la que entró en aquella gruta con Derán; la que salió después se aupó en el caballo mirando el mundo que lo rodeaba con su visión totalmente diferente.

Arcadia andaba por las calles de Vera cabizbaja. Estaba harta de que la reconocieran por sus ojos y estaba incómoda con sus miradas. Pocos eran los que sabían de quién era hija, mas pocos sabían quién era realmente Silvan. Los resoplidos de las chimeneas de las máquinas de vapor le indicaban la proximidad de la estación. Bajó un largo tramo de escaleras con la mirada en el piso y en un banco apartado se sentó esperando. La puntualidad no era buena en los horarios de trenes y a los que esperaba, venían de trayectos largos: uno de Mont-Elo el cual no estaba unido por una línea férrea y debían viajar hasta Ulsan para coger el tren; el otro, el de Altamiras. Le fastidiaba la espera y aunque fuera joven, no lo parecía pues casi siempre la paciencia se atesoraba con los años.

Ella estaba sumida en sus alborotados pensamientos. No estaba cómoda en las grandes urbes por lo que ansiaba volver a perderse entre la naturaleza y volver a explorar furtivamente Tierra de Nadie. Ya le aseguraron que era como su padre: una letanía continua que le martillaba la cabeza. Ella era Arcadia pero se sentía encerrada y con un potencial dormido desaprovechado. La rabia fue pasando hacia la tristeza incluso sus ojos embalsaban lágrimas que no caían.

Un pitido la sacó de la abstracción de sus pensamientos que venía de su derecha. Llegaba el primero y se puso de pie; anduvo varios pasos hacia el arcén pues tenía ganas de verlo, tanto a uno como a otro ya que era la poca familia que tenía. Esperó a que parara y los pasajeros que no eran mudos, empezaron a salir siendo el último que lo hizo aquél al que ella esperaba. En cuanto lo vio, su humor cambió y solo surgió de ella una palabra en voz alta:

—¡Abuelo!

Arcadia en dos zancas alcanzó a Gabriel y se le tiró encima tal

como hacía de niña y ella no quería abandonar esos tiempos. Lo cubrió de besos y él se regocijó de esa muestra de cariño.

—Hola Arcadia, si te pones tan contenta de verme y si tanto me echas de menos, tendré que venir más a menudo.

—O llévame a Mont-Elo contigo que no me gustan las ciudades.

—¿Y qué diría tu madre?

—Ella siempre está triste; solo espera.

—Déjala con su pena.

—Es la mía también.

—Es la de todos, mi niña, y esperar es lo que todos estamos haciendo pero no es excusa para vaguear. Espero que ahora progreses en tus estudios y en los entrenamientos.

—Soy aplicada y disciplinada, tal como tú me enseñaste abuelo.

—Sinceramente, no me llames así delante de la gente. No aparento más de treinta años y la gente sospecharía.

—Tenemos que pasar desapercibidos y llamar poco la atención. Pero, ¿cómo puedo hacerlo con estos ojos?

—Son preciosos, lo mismo que tú.

Arcadia se ruborizó por las palabras de Gabriel y entonces, se oyó otro pitido un tanto lejos; era el otro tren que arribaba y en ese, viajaba a quién también esperaban.

—Hablando de no llamar la atención.

—¿Qué voy a decir? Es Karmen.

Una vez estuvo el tren parado, bajaron dos hombres: uno tenía el pelo muy corto con la faz seria, llevaba una cazadora de piel que a duras penas abarcaba una amplísima espalda y debajo de esa prenda, llevaba el pecho desnudo mostrando una musculatura muy desarrollada; el otro que viajaba a su lado, a pesar de tener unas hechuras atléticas y ser bastante alto, su rostro delataba su juventud. Se acercaron a Gabriel y a Arcadia que los esperaban.

—Saludos —dijo Gabriel empezando la conversación.

—¡Cuánto has crecido Jesús! Ya eres un hombre y estás muy fornido —dijo Arcadia.

—Karmen, que no para de ejercitarme. En breve seré más fuerte que él.

—Para eso necesitas más de dos mil años y a un mago loco que te cambie la genética, y quejarse menos también —dijo Karmen.

Jesús suspiró derrotado por las palabras de Karmen pero al mirar los ojos de color violeta de Arcadia, en él floreció una sonrisa. Sin unas palabras se encaminaron los cuatro a la salida de la estación. Arcadia, tras la breve alegría del encuentro, se envolvió en su capa de melancolía mientras Karmen la observaba hasta que

no pudo reprimir sus palabras retenidas.

—¿Por qué portas como una losa sobre tus hombros esa carga, Arcadia?

—Echo de menos a mi padre y me siento rara. Aparte, no soporto las ciudades.

—Ciertamente, eres la hija de Silvan. No te preocupes, volverá.

—Todo el mundo dice eso pero no aparece. Estoy cansada de oírlo y cansada de esperar —dijo con enojo Arcadia.

—Estate menos harta y menos iracunda pues tienes mucho tiempo para esperar; no eres humana y tienes una responsabilidad igual que todos nosotros.

A Arcadia le subió el rojo en su blanca tez, su ira iba en aumento pero el rostro serio de Karmen le hizo amainarla y ya, desde la mesura de la calma, le respondió:

—Sí, tío Karmen.

—Salgamos de la ciudad pues ni a ti ni a mí nos gusta.

—A mí sí —dijo Jesús.

Karmen se volvió hacia él ahogando unas palabras.

—Lo sé, pero nadie me ha preguntado —rendido apuntó Jesús.

—Vamos hacia el sur; en la salida de la estación nos espera un coche que nos llevará a la puerta del sur y allí unos caballos están esperándonos —informó Gabriel.

Así como contó Gabriel fue el trayecto que hicieron. Una vez fuera de la ciudad, tomaron camino hacia el sur evitando las ruinas apenas visibles de Monasterio. Viraron un poco al oeste en un erial llano. Desmontaron todos menos Gabriel que se tomó una hora larga para comprobar que en el perímetro no hubiera amenazas. Estaban en Tierra de Nadie. Karmen miró la llegada de Gabriel y en un aparte, Arcadia y Jesús dialogaron distendidos.

—¿Cómo te va en Altamiras, Jesús?

—Bien, de vez en cuando salimos Karmen y yo fuera de la ciudad como ahora; es cuando mejor me lo paso y es increíble ver a Karmen en acción. Es hombre de pocas palabras y es muy duro con mis entrenamientos, pero es normal.

—¿Por qué es normal que te entrene tanto?

—Tú lo has dicho, porque no soy especial y por esa razón si algo ocurriese tendría que estar preparado. Tengo que esforzarme más que los que tenéis aptitudes especiales.

—Yo no pedí ser así— dijo con tristeza Arcadia.

—Nadie elige el nacer, nadie elige la época que nos toca vivir mas tenemos que conformarnos con lo que somos e intentar mejorarnos, tanto física como mentalmente—contestó con sabiduría

Jesús.

—Se ve que también te ha enseñado filosofía.

—Karmen no, pero mi madre sí.

—Tengo ganas de verla.

—Ella estaría contenta de verte otra vez.

Karmen y Gabriel irrumpieron con su presencia la conversación de los jóvenes. Gabriel les pasó varias armas de fuego y Karmen colocó dos dianas que tenía escondidas en ese lugar.

Los chicos comenzaron los ejercicios de tiro totalmente concentrados. Jesús era muy buen tirador. Se fueron alejando de la diana reafirmándose el joven en su destreza con esas armas. El chico miró de reojo a Karmen que mantenía una sonrisa de satisfacción; eso le reconfortó y le dio la confianza para seguir el nivel de aciertos. No es que Arcadia lo hiciera mal pero es que Jesús estaba dando una altísima puntuación de aciertos. Arcadia le pinchó:

—Para ser normal me superas en algunas cosas, mocoso.

—Práctica —dijo complacido Jesús.

—Las armas de fuego son mortales y solo requieren de habilidad, pero en cambio son muy ruidosas. Coged los arcos pues también es un arma peligrosa —dijo Gabriel mirando a los jóvenes.

Jesús y Arcadia se dispusieron a disparar sus arcos. Jesús impactó justo en la diana. Le supuso bastante esfuerzo pues estaban bastante tensionados. Se preparó para efectuar el segundo tiro cuando en unos pocos segundos, oyó como la diana de Arcadia recibía cuatro impactos en el centro. Se giró sorprendido con un encogimiento de hombros y una leve sonrisa encuadrada por esos ojos violeta; le mostró la superioridad física que tenía sobre él. Karmen se acercó al joven, le puso su mano sobre su hombro y le miró fijamente a los ojos.

—El desánimo nunca te tiene que superar por muy superior que sea el contrincante. Siempre tienes una probabilidad, para eso entrenamos cada día y por eso estás con Arcadia; nada de lo aprendido tiene desperdicio —le dijo serio Karmen.

Jesús se puso serio, frunció el ceño y asintió ante las palabras de Karmen. Karmen dio dos cintas rojas a ambos a lo que Arcadia miraba la suya con extraña curiosidad; en cambio Jesús la apretó en su puño dejando parte de ella fuera. Karmen fue escueto en sus palabras:

—¡Quitaros la cinta el uno al otro!

Arcadia sonrió pues físicamente era muy superior a Jesús. Él no tenía ninguna posibilidad ante ella. Gabriel hizo un gesto a ambos

para que se distanciaran uno de otro cuando vio que entre ellos, había el suficiente espacio. Miró a uno y a otra y dio la orden:

— ¡Ya!

Arcadia arrancó a una velocidad sobrehumana pero en cambio Jesús, se mantenía quieto casi esperando que le quitaran la cinta sin ofrecer resistencia. Justo en el momento que la mano de Arcadia rozaba la cinta roja de Jesús, sintió cómo perdía el equilibrio y debido al impulso, cayó rodando bastante distancia llevándose a su paso restos de arbustos y diversas hierbas. Se incorporó sorprendida con el pelo revuelto y lleno de ramas viendo como Jesús estaba en la misma posición de antes. Solamente con un pie adelantado que había propiciado la caída de Arcadia y en la otra mano, con su cinta.

—Pero, ¿cómo? —dijo con cara de sorpresa Arcadia.

Karmen al pasar al lado de Jesús le dedicó una sonrisa el cual replicó el chico. Gabriel reía abiertamente cosa que causó gran enfado en Arcadia. Karmen llegó a la altura de la chica con paso lento.

—Una lección de humildad.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Practicando mucho, escuchándome y sabiendo que a veces puedes aprovechar la fuerza de tu atacante en tu beneficio esperando el momento propicio. Aprende Arcadia pues siempre habrá alguien más fuerte que tú y entonces le ganarás con la inteligencia— dijo Karmen.

Arcadia bajó la cabeza arrepentida de sus malos humos. Jesús sonrió hasta que pasó de vuelta Karmen y miró muy serio al chico torciéndole el gesto.

—No es una victoria sino una práctica. Sé tú también humilde.

Jesús se quedó un poco abatido hasta que paró al lado de Arcadia, gesto que aprovechó ella para darle un puñetazo en el hombro al muchacho.

—Solo has tenido suerte mocoso; la próxima vez te daré una paliza —dijo jovialmente Arcadia en tono de burla.

A Jesús le volvió la sonrisa pero Arcadia vio como sus ojos cambiaban al mirarla; estaba mirándola con deseo pues hacían mucho que no se veían. Él para ella era el niño que a veces visitaba con su madre en Altamiras pero ya dejó de serlo antes de lo esperado; para él, ella era una mujer hermosa (que realmente lo era). Jesús se dio cuenta de su acto inconsciente y de que ella se había percibido de ello cuando en una corta carrera la alcanzó y empezó a hablarle distendidamente para encubrir el momento

pasado.

Karmen y Gabriel dejaron solos a los chicos y dado que hacía tiempo que no se veían, se pusieron al día.

—Es igual que Silvan —inició la conversación Gabriel.

—Es más melancólica y triste que su padre y más callada gracias a lo que sea —replicó Karmen.

—Es normal pues lo echa de menos.

—Tendrá que aprender rápido a superar las ausencias de los que ame pues todos morirán mientras ella seguirá siendo joven; vivirá muchos años más que ellos como nos ha pasado a todos —indicó Karmen.

—Dale tiempo.

—Eso es precisamente lo que le sobra.

—No lo sabemos y más cuando tengo la certeza de que se avecinan malos tiempos —le contestó Gabriel.

—Yo también lo siento así.

—Sus ojos…

—Del mismo color que la rosa que nació entre cientos de rosas rojas. ¿Una señal? ¿Un augurio? Quizás sea una casualidad; tantas cosas extrañas están pasando en tan corto espacio de tiempo que no sé qué pensar —habló Karmen dubitativo.

—Yo tampoco te puedo dar respuesta a eso, Karmen. ¿Y el resto del trébol como dice Arcadia?

—¿Flora y Ángela?

—¿Qué opinas?

—Flora es Sara pura, sangre de ancianos; sé que Derán la alecciona por lo que será peligrosa y espero que nos sea de gran ayuda —le explicó Karmen.

—Y Ángela es como su padre Prometeo.

—Te equivocas Gabriel, es más, es también bajo esa inocencia a parte igual que su madre Noelia que siendo humana es de las mujeres más peligrosas que he visto, no la desestimes. Este trío de mujeres, estas tres hojas al tallo de un trébol son una fuerza a tener en cuenta y son nuestras —sentenció Karmen haciendo un gesto a los chicos para que se unieran a ellos pues los ejercicios habían acabado por hoy.

Antes de que los chicos llegaran, Gabriel le susurró a Karmen:

—No seas tan duro con el chico.

—Prefiero que se enfade conmigo y siga vivo a que esté divirtiéndose y muera por no estar preparado —zanjó Karmen.

En la ciudad de Vera ya la tarde empezaba a dar un cielo tono oscuro para dejar paso a la noche cuando, una bella muchacha de

rubios rizos como el oro se acercaba al ayuntamiento; los guardias la reconocieron y le dieron paso en un son de sonrisas mutuas de simpatía. Así, Ángela se adentró en el interior del edificio y fue hacia los aposentos de la planta superior del ayuntamiento (la llamaban la Cúpula Eterna ya que era el lugar más alto de Vera y sus ventanales dominaban toda la vista de la ciudad); fue silenciosa pues le gustaba sorprender a sus padres ya que le gustaba tanto el amor que se proferían como sorprenderlos en sus momentos. Se adentró en el salón y tanto Prometeo como Noelia estaban de pie mirando hacia la puerta; estaban esperándola por lo que Ángela se quedó un tanto sorprendida. Prometeo sonrió divertido ante la cara de circunstancias de su hija hasta que Noelia le dio un codazo en el costado y su rostro tornó serio.

—¿Ocurre algo? Nunca os he encontrado esperándome.

—Tenemos visita hija —le dijo Noelia muy seria.

De la sala contigua salió un hombre con un extravagante sombrero y una túnica gris atada por una cuerda con hilos de oro; andaba apoyándose en un bastón que le superaba en altura. Parecía un mago, mas era un mago, era Romualdo.

—¡Hola mi niña!

—¡Hola tito Romualdo! —exclamó Ángela abalanzándose hacia él y cubriéndole de besos chicos.

—¡Basta! ¡Basta! Me harás enrojecer —dijo riendo Romualdo.

—¿Qué te trae por aquí tito?

—Asuntos urgentes así que, si no os importa, esta bella muchacha y yo tendremos una conversación en otro lugar.

—En tus manos está, mago —dijo con voz segura Prometeo.

Noelia se acercó a su hija y le dio un beso, la miró a los ojos y en silencio dibujó una tierna sonrisa.

—Si quieres acompáñame Ángela —dijo el mago invitándola a dejar aquella habitación con un gesto de su mano.

—No entiendo.

—Entenderás mi niña y quizás yo también entienda. ¡Vamos holgazana! Mi tiempo es muy preciado.

A estas últimas palabras, Ángela obediente salió de la habitación donde estaban sus padres. Romualdo la adelantó con una sonrisa bajo la sombra de su raro sombrero. Dejaron la cúpula eterna y llegaron donde estaban las oficinas vacías ahora del ayuntamiento. Romualdo paró al ver unos guardias y se acercó a ellos indicando a Ángela que no se moviera del sitio; aquellos hombres miraron sorprendidos escuchando las palabras del mago y abandonaron sus puestos. Perdiéndose su presencia de aquel edificio, Romualdo

volvió al lado de Ángela.

—¿Por qué les has dicho que se fueran?

—Cariño, por una vez no necesito espectadores.

Ángela no entendió aquella frase y antes de que pudiera formular otra palabra, Romualdo emprendió sus pasos a los que le siguió Ángela; bajaron a los sótanos que estaban en desuso hacía ya casi veinte años por lo que era un lugar oscuro; se encendieron luces, débiles bombillas que apenas alumbraban una gran estancia aunque no se encendieron todas, por lo que le daba un aspecto lúgubre a aquella sala. Solo había una mesa vieja mitad carcomida y el polvo en suspensión hacía que una moteada neblina dominara bajo la pobre luz. Romualdo se sentó en la mesa y Ángela quedó delante de él de pie.

—Bien, ya estamos solos. Aquí podemos hablar sin más vidas que las nuestras.

—¿Para qué tío?

—Te explico mi niña; hace diecinueve años, o más bien casi veinte, nacieron tres niñas. Supongo que sabrás a quiénes me refiero.

—A Arcadia, a Flora y a mí.

—Exactamente. Arcadia es descendiente de los durmientes, tercera generación por lo que es y será longeva, rápida y fuerte más que cualquier humano; no tiene el don que hace ser especial a su padre que es estar en comunión con la Madre Tierra o quizás sea más de lo que estoy relatando. Flora es de sangre anciana como su madre, pues desde niña habla su idioma además de estar aleccionada por su tía Derán y sabiendo lo poderosa que es, su sobrina no le irá detrás.

—Falto yo.

—Sí Ángela. ¿Qué escondes?

—Igual no soy especial.

Romualdo se giró bruscamente y con su cayado destrozó la mesa donde antes estaba sentado. Ángela se asustó y él con una voz que se agrandaba a cada sílaba y jamás aquella chica oyó de su boca tono en el interior de una sala.

—¡Muéstrate ya!

Ángela se encogió ante esa voz, sintió pavor pues no reconocía al hombre que tenía delante de él; pero dentro de ella, en su interior, nacía una fuerza que estaba oculta y desesperadamente se abría paso al exterior. Aquella angelical cara se ensombreció y en sus pupilas dos pequeños puntos rojos refulgían en sus ojos; sintió cómo la fuerza y la rabia por igual se apoderaban de ella. Levantó

levemente las manos y tanto las paredes como el suelo empezaron a vibrar. Romualdo sonrió y aquella sonrisa desconcertó a Ángela que volvió al instante al ser que era y aquella apabullante y descontrolada fuerza, desapareció sin que ella entendiera qué pasó.

—¡Lo sabía! —dijo exultante Romualdo.

—Te has mostrado, sé lo que eres y con la fuerza de tu madre hoy por fin he descubierto qué es tu padre —volvió a expresar Romualdo.

Ángela no entendió nada ni comprendía lo que había ocurrido hasta que el beso del Mago le volvió a la realidad.

—Volvamos con tus padres pues han de saberlo; has de prepararte para lo que llevas dentro de ti y por fin, podré decirle a tu padre quién es.

—Romualdo…

—¡Schhh! Ya ha sido mucho para ti. Volvamos.

21. UNA INESPERADA SORPRESA

Romualdo se arremangó la túnica para subir más rápido los tramos de las escaleras; detrás de él desconcertada le perseguía Ángela ajena a lo ocurrido en el sótano del ayuntamiento de Vera.

—Pero tío Romualdo, ¿qué ha pasado?

Ni se paró ni se giró para contestarle.

—No es tiempo de respuestas. ¡Corre niña!

—¡No soy una niña!

Romualdo hizo caso omiso a las protestas de ella; había asuntos que requerían premura y tenía la sensación de que no sería uno solo, si no que un desencadenante irrumpiría para que ocurriese una serie de acontecimientos los cuales pocos serían buenos, muy pocos.

Pasaron por la parte de oficinas y subieron en dirección a la Cúpula Eterna donde vivían Prometeo y Noelia. Romualdo irrumpió violentamente en la instancia donde pacientes esperaban los dos; se quedaron expectantes ante aquella súbita aparición e incluso Noelia dio un respingo en el sillón. Romualdo se acercó a Prometeo el cual tenía una expresión de expectación ante la escena. Él fue el primero que hizo uso de la palabra pues hacía falta:

—Es… ¿cómo yo?

Romualdo lo miró ahora extrañado pues la pregunta era confusa y la respuesta complicada si es que la hubiera; pero la réplica era necesaria y cabe decir que Noelia se estaba poniendo nerviosa pues sin duda no era nada bueno.

—¿Cómo va a ser como tú si no sabes quién eres realmente? —interrumpió Noelia un tanto alterada.

—Entiéndeme —dijo Prometeo casi en tono de disculpa.

—Aun así, es longeva pero no tiene el don de la palabra como tienes tú, señor de ellas; es algo que quizás tengáis los dos ocultos y bajo esa cándida apariencia tiene la fuerza de su madre. Es realmente hija de ambos y le habéis legado toda vuestra herencia —afirmó Romualdo.

—¿Qué es lo que tienen ellos dos oculto? —preguntó Noelia.

—Es…

Romualdo empezó una frase que se quedó solo en un monosílabo. Rotó su cabeza hacia una ventana que daba hacia el norte, corrió las cortinas para poder abrirla y una vez abierta salió por ella; en el pequeño tejado que había debajo de ella se quedó sin dejar de mirar en esa dirección. La altura era más que considerable

y si resbalara la caída sería mortal incluso para él. Noelia se le acercó y en el marco de la ventana le habló:

—Te estás comportando de manera muy rara incluso para ti —dijo Noelia.

—¡Silencio!

A Noelia se le encendió la cara de ira y se fue al lado de su hombre indignada en busca de apoyo.

—¡Me ha mandado callar! ¡A mí! Si no se mata cayéndose del tejado igual lo hago yo.

—Noelia, algo ocurre, incluso yo percibo muchas cosas que no comprendo ahora en este preciso momento.

Romualdo entró y cerró las puertas con un semblante muy serio.

—Claro que lo sientes porque está ocurriendo; el velo que estos años estaba intacto está siendo rasgado por el inicio de varios sucesos.

—¿Podrías ser más explícito? —dijo Noelia algo calmada.

—Pues sinceramente, no, no dispongo de ese tiempo. ¿Hay manera de localizar a Gabriel? Es urgente.

—¿Otra vez Romualdo? Un corte más que me des y no respondo —dijo Noelia estando a punto de estallar.

—Se le puede localizar pues ha estado con Karmen, Jesús y Arcadia. Nos lo dijo Ángela —respondió en tono conciliador Prometeo.

—Es cierto y además, ya habrán vuelto —afirmó Noelia.

—Solo Gabriel —apuntó Romualdo con su dedo a Prometeo.

En un interfono, Prometeo avisó para que fueran a buscar a Gabriel y le indicaran que viniera al ayuntamiento cuando El Mago le interrumpió:

—Aquí no, que espere en la puerta norte de la ciudad.

Después de que Prometeo rectificara por el interfono, El Mago volvió a hablar:

—Prometeo, vamos.

—¿Yo?

—Por supuesto; creo que sé quién eres realmente.

A Prometeo se le iluminó la cara ante unas palabras esperadas; por fin luz a su pasado.

—¿Quién soy?

—No seré yo quién te de la respuesta pero siendo el señor de las palabras, a veces obvias el significado de ellas. He dicho creo no que esté seguro. Por cierto Noelia, mis más sinceras disculpas por mi brusquedad. ¡Vamos Prometeo, no perdamos más tiempo!

Prometeo en silencio obedeció siguiendo la estela de Romualdo

y dejando a Noelia y a Ángela allí mismo, pasmadas y con miles de preguntas que en el día de hoy no tendrían respuestas.

Los dos se dirigieron hacia la puerta norte en el primer transporte que pudieron. El Mago apremió al cochero y en menos de una hora se bajaban del carruaje; allí charlando con los guardias, se encontraba Gabriel al cual se le notaba algo alterado.

—Romualdo, Prometeo, ¿por qué me habéis llamado?

Romualdo tomó la palabra:

—Vamos de viaje y es largo. ¿Es que no lo notas?

—Antón me está llamando.

—Igual que a mí

—¿Y a ti también, Prometeo? —preguntó Gabriel.

—No. Tengo sensaciones de que algo ocurrirá, pero Romualdo…

—¿Algo? Antón lleva años perdido y ahora nos reclama; son muchas cosas y no "algo"; además, me temo que no seremos los únicos en llegar donde él se encuentre.

—He pedido caballos y provisiones —apuntó Prometeo.

—Demasiado lentos; coged las provisiones que no tardarán en llegar los unicornios que son mucho más rápidos.

Prometeo se acercó a Gabriel mientras Romualdo salió por la puerta y al dar unos pasos, se quedó quieto esperando.

—¿Por qué los llama unicornios? Si son caballos, muy grandes, pero caballos.

—Os oigo y eso que no tengo ningún poder de oíros.

—Si él lo quiere llamar así que más da- —respondió divertido Gabriel.

—Porque les falte un cuerno en la frente no significa que no lo sean. Yo los llamo así y es lo que son: unicornios —dijo Romualdo.

Ante la convicción de las palabras del mago solo hubo sonrisas por la réplica lo cual en vez de apaciguarlo, provocó un silencioso y breve enfado cuando unos puntos blancos en la lejanía de lo que alcanzaba la vista, fueron agrandándose hasta que unos jinetes montados en enormes caballos blancos de lustrosa y larga crin se detuvieron delante del trío; aquel que encabezaba aquella partida desmontó pues era conocido por ellos.

—Saludos bienaventurados amigos, saludos maese Romualdo.

—Saludos Iván; esa barba te hace más viejo —saludó Gabriel.

—Los años no pasan en balde. Tiempo hace que no nos vemos pero para vosotros el paso del tiempo no es el mismo que para nosotros los mortales. ¿No está Derán en la ciudad?

—Esta…

—¡Basta ya de chácharas! El tiempo apremia así que montad

pues preveo que el viaje será largo y no podemos demorarnos. —corto Romualdo.

El trío montó en aquellos bellos alazanes y Romualdo paró al lado de Iván al cual lo veía compungido pues aún conservaba el anhelo de volver a ver a Derán, la Dama Blanca; creyó necesario ofrecerle unas palabras de consuelo.

—Estuviste buscándola años y la encontraste cuando ella quiso ser hallada; te dio algo que casi nunca dio a nadie. Quédate con el gozo de ser uno de los pocos elegidos en tiempos remotos. Ahora amigo mío, partamos pues importante misión tenemos y se avecinan tiempos aciagos para los habitantes de estas ciudades, tenlo por cierto. Ahora, guíanos sin demora.

—Así sea maese Romualdo; no puedo perderme en lo que antes tuve y quizás no vuelva a tenerlo. Amargo es el recuerdo del néctar de los buenos momentos.

—Sí lo son. Y ciertamente sé de qué hablo. —contestó triste Romualdo.

Iván alzó su mano y los jinetes junto a Romualdo, Prometeo y Gabriel giraron sus monturas hacia el norte y lo que fue un breve silencio, ahora eran atronadoras pisadas en el suelo del camino que daba con aquella puerta de la ciudad de Vera.

Aquellos enormes animales avanzaban a una velocidad superior a los de sus congéneres; a su paso decenas de estruendosas pisadas envolvían su entorno. Cayó la noche sin apenas darse cuenta cuando entraron en una alameda de vieja arboleda. Allí, un hombre que vestía una raída túnica les cortó el paso. Reconoció a Gabriel y a Romualdo con quienes tuvo una conversación. Iván se acercó a Prometeo que una vez parados, pudo hacer uso de la palabra.

—Este lugar siempre nos fue vedado por Romualdo. ¿Por qué ahora pasamos por él? De hecho, nos desviamos un poco del camino.

—Según me contó Silvan, es un lugar especial pues aquí murieron miles de personas en una cruel masacre y dice que de la sangre de esos inocentes crecieron estos álamos. Lo cuidan los pocos descendientes que quedaron; es un lugar que no quiere perder la memoria de aquel hecho pues ellos solo desean paz y así honran a sus ancestros. Así lo respetan todas las expediciones que salen de las cinco ciudades, simplemente dejándolos tranquilos. Sus razones tendrá Romualdo para pasar por aquí; siento que aquí rezuma una tristeza antigua que te contagia. Nunca deberían ocurrir estos actos que avergüenzan a la naturaleza humana. No sé cómo se puede llegar a quitar la vida a un inocente.

—También siento que este lugar acompaña a tus palabras. Tengo ganas de salir de aquí y de dejar que sigan en paz honrando la memoria de sus ancestros —dijo Iván a cada palabra avanzada una más perezosa que otra.

Romualdo y Gabriel se incorporaron al grupo y sin mediar palabra, encabezaron la marcha yendo al paso. Apenas se oía los cascos de los caballos y, nadie profirió palabra alguna invadidos por el respeto que causaba aquella alameda de viejos árboles en la oscuridad de la noche que ya era.

Apenas salieron de ese lugar, montaron un campamento y debido a que ni Prometeo, ni Romualdo ni Gabriel necesitaban dormir, se quedaron guardando el sueño de aquellos hombres los cuales Romualdo denominaba los pastores de unicornios.

Sin que se apreciara peligro en rededor, también el grupo era lo bastante numeroso para que los caminantes tuvieran la temeridad de atacarles; no se sabía tampoco la razón de que en los alrededores de aquel triste lugar apenas lo cruzaran los caminantes. Así esa noche, los tres se sentaron al lado de una hoguera sin que ninguno empezara conversación hasta que Prometeo se atrevió.

—¿Romualdo?

—Dime Prometeo.

—No es tan normal verte callado.

—Lo siento amigo mío. Mi mente está elaborando un escenario de mil supuestos pues los acontecimientos se precipitan y no sé los resultados que tendrán—dijo con media sonrisa El Mago.

—Es todo muy difuso y vago. Podrías compartir lo que te inquieta.

—Es que lo es. ¿Cómo podría definir una sensación que ni yo comprendo? Es mejor esperar.

—Si así lo deseas… ¿Y las sospechas sobre mi pasado? De eso podríamos hablar.

—No es el momento adecuado pues creo que necesito cruzar palabras con otros protagonistas.

—¿Qué protagonistas? Cuanto más hablo contigo más confuso me encuentro.

—Ya tienes la solución: esperar. Cuanto más intentes sonsacarme menos sabrás.

—Podría hacerlo con el poder de mi voz.

—¿Para obtener solo sospechas? Hazme caso amigo, ten paciencia.

—Te haré caso. Si he esperado tanto tiempo puedo esperar un poco más.

—Será muy poco.

—¿Qué ocurrió en el sótano con mi hija?

—Una revelación y así queda zanjada esta conversación.

Prometeo no estaba nada satisfecho de las respuestas de Romualdo; solo le retuvo la amistad que le profesaba lo que aplacó su ira.

Romualdo se levantó pensativo y se alejó hasta la linde de la alameda paseando abstraído y viendo los derroteros que se obtuvieron de las palabras de la conversación. Gabriel se dirigió a Prometeo.

—Si no te da respuestas, razones sobradas tendrá. Llevas mucho tiempo intentando saber de tus orígenes, quizás demasiado; un corto espacio de tiempo es poco precio —habló Gabriel intentando apaciguar a Prometeo.

—Es cierto pero también me preocupa mi hija. No sé qué ocurrió en los sótanos del ayuntamiento lo que provocó las reacciones de Romualdo y justo después, la presteza de este viaje.

—Es un hombre sabio, seguramente el más inteligente que he conocido a la par que Antón, y este viaje nada tiene que ver con lo ocurrido en el sótano pues yo también sentí una llamada hacia el norte; casualidades amigo, casualidades.

—Demasiadas.

Con una solo palabra se zanjó el tema y el amanecer no tardó en aparecer con sus anaranjados colores; el campamento de los pastores de unicornios se fue levantando para reanudar el viaje. Ya en camino, Romualdo confesó que no seguían la misma ruta que Silvan ya que él siguió recto y ellos evitarían una ciudad en ruinas que les ralentizaría el viaje debido a la envergadura de los caballos.

Pasó el día entero hasta que volvió a caer la noche. Era mucho el camino recorrido y dejaron aquellas enormes ruinas que en su tiempo fue ciudad para adentrarse en un bosque viejo, aunque en aquel lugar también evocaba en los corazones de los que entraban en el sosiego y paz. En nada se parecía a la pasada alameda pues ni un gramo de tristeza pesaba en aquellos que ahora pisaban su tierra: era denso y su superficie era sin grandes elevaciones, irregular y en ningún momento el murmullo del agua se alejaba lo suficiente para no oírlo; allí, sobre una elevación coronada por unas rocas y sentado sobre ellas, estaba Dasos esperando sin duda a aquella partida que recorría el bosque, su bosque. Gabriel fue el primero en desmontar pues a él le correspondía saludarlo ya que era uno de los suyos, uno de los pocos durmientes que aún vivían y lo primero que hizo Gabriel fue abrazarlo.

—¡Cuánto tiempo sin verte!

—Mi nombre ahora es Dasos así que, no pronuncies mi primer nombre pues ahora pertenece al olvido. Y sí, demasiado tiempo, más de un milenio. Antón me contó así que no necesitas excusarte.

—Sabes que soy menos viajero que él y ahora estoy viajando hacia el norte, tierras en un tiempo visitadas pero que hace mucho mis pies no las pisan.

—Veo que vas bien escoltado y a ese ser tan peculiar, con ese sombrero tan extraño y vestido como en tiempos remotos, según contaban los libros de fantasía, lo conozco. Él no hace demasiado tiempo que recorrió estos bosques —dijo Dasos mirando directamente a Romualdo.

—Ciertamente no voy a negar que yo sí he sido bastante viajero y sí, hemos entrado en tu bosque perdiendo un tiempo precioso por ti —dijo Romualdo.

—¿Y qué deseáis de mí?

—Se avecinan tiempos oscuros y necesito de todas las fuerzas de las que podamos disponer; necesitamos tu ayuda Dasos.

—No quiero ofenderos, ni a ti ni mucho menos a Gabriel pero estoy vinculado a este bosque; así lo decidí y así lo hice. Si pasara mucho tiempo fuera de él moriría. También cuido del pueblo que Antón ayudó en otros tiempos y que viven en los subterráneos de la ciudad muerta; declino vuestra oferta no porque no quiera, es que no puedo —dijo sinceramente Dasos.

—Vaya —respondió decepcionado Romualdo.

—Dasos, amigo mío, ten cuidado pues una oscuridad se cierne sobre las cinco ciudades y es posible que pase por tu bosque —intervino Gabriel.

—Lo tendré en cuenta más yo también percibo un cambio. Os deseo suerte a ti y a todos.

—Entonces partamos. Suerte a ti también Dasos y mis respetos. Si aún sigo vivo, vendré en otro tiempo a visitarte.

—Y serás bienvenido… Mago.

—Vaya, en todo lugar soy conocido. Hacia el norte muchachos.

Así, aquella compañía de jinetes abandonó a las pocas horas de la entrevista aquel afable bosque que tan acogedor fue para los sentidos de todos. El terreno que siguió fue llano y apenas sin vegetación con la visibilidad de una cadena montañosa que según avanzaban, más imponente se hacía. Hicieron un alto para que no les cayera la noche en sus cimas y una vez que el campamento estaba listo y los pastores de unicornios se retiraron a descansar, el trío se quedó solo y Prometeo no deja de mirar de pie aquellas

montañas. Romualdo se le acercó.

—¿Dónde están ahora tus pensamientos?

—En si los caballos subirán esas alturas tan escarpadas.

—No dudes de que lo harán.

—¿Por qué tienes tanta seguridad en ellos?

—Porque ya lo han hecho y son unicornios que quede claro —dijo Romualdo con orgullo.

Por segunda noche, por segunda vez, Romualdo se alejó de Prometeo e hizo su paseo por los alrededores. Gabriel también por segunda vez, se acercó a Prometeo.

—Allí arriba hay otro durmiente cuyo nombre es Orlando —le dijo Gabriel a Prometeo.

—Gabriel, allí arriba tal como dices, no hay nadie.

Gabriel se extrañó de las palabras de Prometeo pero se concentró en comprobar el vínculo que los unía a todos y con sorpresa, comprobó que era muy lejano; allí no se encontraba Orlando y posiblemente nadie se hubiera fiado de la palabra de Prometeo. Lo dejó allí de pie y se sentó en una piedra al lado de la hoguera, pensativo sobre la causa de que abandonara su puesto en aquella cima.

Llegó otra mañana que empezó a caer partículas chicas de nieve, preludio de una abundante nevada que subiendo la cima se hizo copiosa. A pesar del peso y la gran cantidad de nieve que había a sus pies, las pezuñas de aquellos animales apenas se hundían y la adversidad proporcionada por los elementos apenas afectó al paso vivo que los llevó en breve tiempo a la cima. Allí, entre dos montañas como un inmenso puente que los unía había una edificación que cerraba el paso. Todos desmontaron y guiaron a los caballos de las riendas hasta que llegaron a las mismas puertas de aquella insólita fortificación. Así, Prometeo, Gabriel y Romualdo se quedaron mirando aquella construcción.

—¡Qué titánica obra! —Exclamó Prometeo.

Gabriel miró a Prometeo sonriendo sin que apenas se pudieran ver las caras porque la nieve los envolvía con caprichosos virajes de un travieso viento.

—La construyó Romualdo —dijo sin más preámbulo Gabriel.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó con sorpresa Prometeo.

—Como todo lo que requiere mucho esfuerzo: con tiempo, amigo mío. Señor de las llaves, no nos haga esperar.

Gabriel extrajo una llave que introdujo en la cerradura de las inmensas puertas dobles y las abrió sin esfuerzo a pesar de su volumen. Prometeo no salía de su asombro.

—¿Señor de las llaves? ¿Tú, Gabriel?

—Cuando huimos de Monasterio hace más de dos mil años, yo llevaba las llaves que abrían las puertas; desde aquel momento todos me llamaban el señor de las llaves. Estas me las dio hace mucho Orlando, quien debiera custodiar esta plaza, pero, no está.

—Pues no perdamos más tiempo —dijo sereno Romualdo.

Con la premura de esa frase, uno a uno fueron entrando y desprendiéndose así del sibilante y molesto ruido del viento. Una vez que todos estuvieron dentro, se cerró la puerta y tras pasar amplias instancias y comprobando que aquella fortaleza realmente estaba deshabitada, llegaron a las puertas opuestas por donde entraron. Allí pararon y se concedió un poco de descanso después de que Gabriel convenciera a Romualdo de que era necesario, pues la mayoría de ellos eran humanos y necesitaban descanso. Al acceder Romualdo a regañadientes, se fue a un rincón y dejándose caer, al poco se quedó dormido apoyando su cabeza en la esquina; a pesar de que no le era necesario, hicieron los mismo Gabriel y Prometeo. Necesitaban que su mente descansara en los abstractos del sueño y sin guardias, todo el mundo cayó en manos de Morfeo.

Los golpes de bastón de Romualdo despertaron abruptamente a los que dormían. Gabriel abrió las puertas y se dispusieron a efectuar el descenso el cual fue bastante dificultoso. Requirió tiempo y la guía de Romualdo pues apenas se veía camino que guiara sus pasos. Tras largo trecho, el terreno se fue allanando y la intensa nevada se fue disipando como si solo perteneciera a esas cimas y no a este agradecido llano.

Reinando en una privilegiada vista, un inmenso bosque dominaba allí donde se dirigiera la mirada: era tupido y denso obligando a la partida y a sus monturas a ir al paso sorteando las columnas de los árboles que muchas veces entorpecían el avance por un ramaje bajo; les llegó otra noche y el día, así varios ciclos fueron. Se levantó el campamento una mañana en silencio, muchos agotados ya del largo viaje y Romualdo, apremiando tanto el cansancio como el desánimo, se giró hacia todos aquellos que le seguían con una frase cierta:

—Estamos cerca, muy cerca.

Apenas pasó una hora de que partieran cuando una parte del bosque se fue clareando; fue entonces donde recostado en un árbol, un hombre con sombrero de copa y de pelo rojo como el fuego, movía distraído un tallo largo de hierba en su boca y a pesar del ruido que hicieron el grupo de jinetes, ni se inmutó mas habló.

—Ya era hora de que llegarais.

—En cuanto pudimos partimos y hemos arribado cuando hemos podido —dijo Romualdo.

—Sentí tu llamada como algo urgente; suerte de que nuestro vínculo sea tan fuerte —añadió Gabriel.

—Lo fue en el pasado cuando no éramos en lo que nos hemos convertido. ¡Cómo no lo iba a ser ahora! Salud Prometeo, veo que te has unido a mi llamada.

—Salud Antón el Rojo, Señor de los Secretos; más bien no sabía cuál era el motivo del viaje y sigo sin conocerlo; es más, me han traído desconociendo el motivo —dijo Prometeo mirando inquisitivamente a Romualdo.

—¡Mmm! Mis motivos tengo y sobre todo si estoy en lo cierto en cuanto al motivo de la llamada de Antón —dijo Romualdo mirando disimuladamente a todos lados.

—Reunión amigos míos, una reunión "aclaratoria" si la palabra es digna de su significado. Ya están aquí —dijo Antón el Rojo mientras se levantaba de su cómoda posición mientras se dirigía al grupo de viajeros.

Justo cuando Antón llegó a la altura de Gabriel y Prometeo, aparecieron cuatro personas vestidos humildemente que se pararon debajo de la sombra del árbol que antes daba cobijo a Antón. Romualdo frunció el ceño y Gabriel los miró con sorpresa, mas fue Prometeo quién rompió el silencio.

— ¡Os conozco! A vosotros tres os vi por primera vez en la Ciudad de Piedra, después aparecisteis en la plaza cuando aquél ser malvado fue destruido, y a la cuarta, hace pocos días en la plaza intentando convencerme de que me uniera a vosotros.

El que aparentaba más edad se adelantó solo un paso, miró a aquel grupo con el gesto serio y cuando posó su mirada en Prometeo, sonrió:

—Exacto.

Romualdo hizo el mismo gesto que aquel anciano mas su paso adelantado fue más enérgico y entonces habló:

—Los misteriosos ancianos se han revelado, raro es que os veamos entre los mortales. ¿Cuál es el motivo de vuestra presencia?

—Pedir perdón —dijo una de las mujeres.

—Nos equivocamos —añadió el otro hombre que aparentaba ser más joven.

—Avisaros de que nuestro santuario ha sido profanado sin que pudiéramos evitarlo y el último que no tiene nombre, está libre. Su maligna esencia está dentro de muchos hombres y pronto se

dirigirán a las cinco ciudades del este —dijo el más mayor.

—¿Sois conscientes de que Silvan tenía que haber llegado hasta allí, que él viendo la amenaza que suponía la debilidad de vuestra cárcel (ya que ha sido tomada), hubiera hecho que estuviera mejor protegida o aún mejor, haberla destruido? No fui yo quién le ordenó que fuera hacia allí sino un ser mucho más viejo y sabio que vosotros —dijo Romualdo evidentemente enfadado.

—Somos conscientes de nuestros gravísimos errores, por eso hemos venido ante vosotros, a pedir perdón y a avisaros de un peligro inminente —dijo el que aparentaba ser más joven.

—¿Y Silvan? ¿Qué habéis hecho con él? —dijo apresuradamente Gabriel.

—Silvan aparecerá pronto; no ha sufrido ningún daño pues para nosotros la vida es sagrada y no podemos arrebatársela a nadie, por eso, no destruimos al último sin nombre, se nos está prohibido —dijo la mujer más cercana al hombre más mayor.

— Suerte, pues la necesitaréis. Nosotros no podemos intervenir directamente pero os enviaremos a nuestros guardianes para que os ayuden. Ojalá podáis sobrevivir a esta nueva oscuridad que se cierne sobre la tierra —dijo solemnemente el que aparentaba ser más mayor mientras se daba la vuelta y los tres restantes le imitaban.

—Uriel, Rosalía, Ronin y Diana, aún no he concluido esta reunión —dijo Romualdo.

—¿Cómo conoces nuestros nombres? —dijo una de las mujeres.

—No son vuestros primeros nombres —replicó Romualdo.

—Explícate tú, al que nunca hemos visto hasta el día que murió aquel que tampoco tenía nombre, pero por el mundo hemos visto tu mano —dijo Uriel que era el que más edad aparentaba.

—¡Bien! Es momento de una inesperada sorpresa ya que por fin os encuentro. Con las manos en la espalda se dirigió hacia Antón con una sonrisa que evadió su anterior enfado. Siento Antón que no seas dueño de todos los secretos; dejando a Antón con cara de confusión, se dirigió otra vez al cuarteto de los ancianos. Hace unos días, debajo del ayuntamiento, en sus sótanos, la hija de Prometeo se descubrió y vi en ella algo heredado de su padre que me hizo recordar un pasado lejano y por fin, saber el origen de Prometeo —dijo mientras se acercaba a Prometeo con una sonrisa de satisfacción— Te dije que tuvieras paciencia pues ahora tu pasado será revelado.

Prometeo no pudo articular ninguna respuesta puesto que Romualdo raudo dio unos pasos hacia aquellos que antes hablaron y

ahora retomaba delante de ellos sus palabras.

—Dijisteis que para vosotros la vida es sagrada y que no podéis arrebatar ninguna aunque Sara y Derán que son hermanas y de vuestro antiguo pueblo, sí lo hacen si se requiere, ¿cierto?

—Ellas son muy posteriores a nosotros. Sara mató al primero que le fue arrebatado su nombre; después de la muerte de su padre, nosotros (estos que estamos delante de vosotros) somos los únicos que quedamos de nuestro pueblo; somos los que respetamos aún nuestras leyes —dijo Rosalía.

—Derán y Sara no son hermanas de sangre. Derán fue adoptada por el padre de Sara y nunca supimos de su origen —dijo Uriel.

—Interesante, muy interesante. Otro secreto descubierto que en vez de aclarar, sume a Derán en el más absoluto misterio si no es ella lo bastante misteriosa de por sí, mas prosigo y os lo digo claramente: ¡mentís!

—Nosotros no mentimos, nos debemos siempre a la verdad —dijo Ronin.

—Sí, pero a medias verdades o medias mentiras, que son más viles que las propias mentiras —dijo Romualdo sumamente serio.

—No sé a qué te refieres y nuestro tiempo con vosotros se está agotando, y más con tus palabras que nos ofenden —dijo Diana.

—Quedaros un poco más y escuchad ya que la deriva de mis palabras os interesará y no sabéis cuánto —dijo Romualdo con una mueca de burla.

—Continúa pues.

—Antes de la gran ciudad, vuestro pueblo se dividió en dos facciones confrontadas hasta el punto de querer eliminarse una a la otra. Fue hace mucho tiempo, tanto que hasta se pierde la medida de él. Así se crearon los guardianes para que ellos se mancharan las manos de sangre, aunque tanta culpa tiene quien ordena como quien ejecuta, y así, una de las facciones que perdió la guerra de los guardianes fue erradicada de la faz de esta tierra que ahora pisamos.

—¿Cómo sabes eso? Esa infame época fue relegada al olvido. ¿Cómo conoces esa historia que jamás ha sido contada?

—Porque soy el único sobreviviente de la facción que perdió la guerra de los guardianes —habló Romualdo irguiéndose todo lo alto que era.

El cuarteto de ancianos incrédulos, dieron un paso dubitativo hacia atrás ante tal revelación. Romualdo permanecía impasible y aquellos que lo conocían solo pudieron responder:

—¿Qué? —dijo Gabriel.

—¿Qué? —exclamó Antón.

—¿Maestro? —sorprendido dijo Iván.

—¡Qué! —gritó Prometeo.

Romualdo los miró con una sonrisa de suficiencia y prosiguió sus palabras para sorprender más si podía ser a los allí presentes.

—Y aún hay más y por fin se hace luz sobre las sombras de tu pasado, Prometeo. Tú eres un guardián, uno de los que fue mi gente. Lo descubrí en los ojos de tu hija; tienes más poder que el de las palabras, Prometeo. Fuiste asesino de ancianos pero alguien para protegerte te indujo a la amnesia de tu pasado.

—Yo no recuerdo nada. ¿Tú me lo aseguras, Romualdo?

—Sin duda alguna.

—¿Y ahora? ¿Buscas venganza ahora que nos has encontrado y tienes un guardián a tu lado? —dijo Uriel.

—No, bastante amargo fue ese episodio. Podéis ir en paz pues no son mis intenciones causaros mal. Mis amigos y yo tenemos problemas más graves que solventar; espero que esos guardianes que nos enviáis sean poderosos y nos sean de gran ayuda.

—Lo son y nosotros tampoco tenemos gana alguna de rememorar el pasado. ¿Paz, Romualdo? —dijo Uriel.

—Paz.

—Por cierto, algunos de nuestros guardianes están ya entre vosotros —dicha la última frase, desaparecieron como si nunca allí hubieran estado.

—¿Karmen? —dijo Prometeo.

—¿Qué ocurre con Karmen? —respondió Romualdo.

—Qué si es guardián —aclaró Gabriel.

—¡Ah! Sí, sí lo es pero no de los suyos. Bien cierto es que es un guardián pero yo le di forma; es mi amigo, el más poderoso de mis amigos. Partamos ya pues fuertes tormentas de oscuridad pronto sobrevolarán las cinco ciudades del este y las tenemos que proteger de este mal. ¡En marcha!

22. TIEMPO PERDIDO

Me desperté, o al menos desperté mi conciencia. Solo oía el eco de mis propias palabras pues los demás sentidos estaban ausentes. Era una oscuridad llena de un inmenso vacío cuando, empecé a sentir un suave bamboleo apenas perceptible que estaba flotando (o era esa la sensación). Quizás todo era la ilusión creada dentro de un sueño en el que estaba sumido y que carecía de la medida del tiempo, fuese sueño o no.

Abrí los ojos y aunque todo estaba oscuro, de forma paulatina haces de luz que parecían blancas auroras bailando alrededor, querían introducirse y veía diminutas partículas que apenas eran puntos visibles. Estaba en un mar donde el líquido que me envolvía y me mantenía suspendido era denso; abrí la boca y ese mismo fluido se introdujo en mis vías respiratorias y en todo el aparato digestivo con suavidad: contenía nutrientes que me saciaban y portaban tanto oxígeno que no me hacía falta respirar, estaba tan equilibrado que en aquel lugar donde fuera que me hallara me sentía bien sin necesidad de nada. Cerré los ojos y ese lugar rememoró un recuerdo que ignoraba que existiera en el baúl de mi mente, de igual manera que ahora estaba así, me encontré en el vientre de mi madre: la placidez de aquel movimiento lento y continuo me reconfortaba y empecé a escuchar un murmullo suave y constante; aquel lugar cantaba entre silencios una canción ininterrumpida, sedosa hasta el punto que volví otra vez a la oscuridad. Era un limbo quizás deseado libre de ataduras humanas, libre de cualquier preocupación hasta que empecé a olvidarme de quién era.

Bruscamente algo tiró de mí y me arrastró con una aceleración violenta que abrí los ojos cuando me percaté de que viajaba dentro de un túnel estrecho que apenas podía distinguir los contornos; ahora los sonidos eran bruscos y surcaba agua hasta que atravesaba piedra, fue desacelerando hasta llegar a una inmensa cueva que me era familiar, una calle de adoquines desgastados y escoltados por unas hogueras que daban luz a aquella gran oquedad ¿Eran sueños pasados que tornaban otra vez?

Recordé mi nombre, recordé mis seres queridos así como la misión que se me encomendó y a aquel lugar era donde tenía que arribar pero sabía que físicamente no estaba allí. Vi la torre pero no como la recordaba en los sueños pasados pues ahora estaba horadada en su centro y esa niebla negra que supuraba las juntas de

sus piedras, estaba en el exterior como una alfombra gaseosa que apenas era una fina tela que cubría el suelo; en el centro de aquella torre los sillares se habían dispuesto para formar un trono y en ese trono se sentaba una persona encapuchada. Fui acercando mi visión hacia él pues me era sumamente familiar y él se dio cuenta de mi presencia porque me miró directamente: fue una fracción de segundo pero suficiente tiempo para observar que estaba diferente y con la piel del rostro más gris. Era el que se autodenominara rey de Inferno (una ciudad infame) y su nombre Rafael. Sus ojos pudieron rechazarme y ahora desperté de verdad: vi los rayos del sol luchar para colarse entre las hojas de las copas de los árboles.

Hacía fresco pues así lo sentía y era sumamente raro ya que era primavera, mas la noche pasada hizo calor para que a estas alturas del día las temperaturas fueran tan bajas. Estaba envuelto aunque sería más preciso decir que estaba atrapado en una enredadera que me cubría todo el cuerpo. Me fui soltando poco a poco y mi cuerpo estaba entumecido como si me hubiera despertado de un largo letargo. Recordé las palabras de Rosalía, la anciana de ese extraño jardín, pero aquellas últimas frases dichas por ella eran imposibles así que deseché de mi pensamiento tal absurdo y mientras me quitaba aquellos tallos vi que estaban en algunos puntos adheridos a mi piel; tiré ya con más fuerza y varios puntos de mi piel estaban con pequeñas heridas de las cuales manaban sangre que se entremezclaba con la verde savia de los tallos y le daba un color violeta al liquido lento que recorría mis brazos hasta llegar a mis manos. Pero las heridas cerraron rápidas tanto que no sabía si aún estaba en un sueño, mas no era así. Aquello fue obra de la Madre Tierra: la advertencia de que Rafael estaba en la torre y de que ella me había alimentado con la savia de esa enredadera, me sentía más fuerte pero, ¿dónde me encontraba? Oí unas voces que me eran muy familiares y me dirigí hacia la dirección de donde provenían.

Fui recorriendo el mismo camino que anduve antes de entrar en el jardín de esa anciana de nombre Rosalía. Aunque antes no me detuviera para observar este boscoso entorno, tenía la sensación de que no era el mismo o algo en él había cambiado. Debía proseguir mi camino hacia la torre ahora que sabía quién estaba en ella o quizás fuera un engañoso sueño. Seguía oyendo esas voces que me eran tan conocidas o, ¿quizá era una alucinación producida por la savia introducida en mis vena? Miré las heridas y ya estaban cicatrizadas, solo veía pequeños círculos rojos en mi piel donde antes sangraran. Este frio en mitad del día y estando casi a puertas del verano, me tenía confundido. Debía ir hacia las voces pues todo

era un descuadre de la lógica.

Llegué y vi sorprendido a Antón, Gabriel mi padre adoptivo, Prometeo y Romualdo en un círculo debatiendo acaloradamente. Detrás de ellos, esos magníficos corceles blancos y a varios de sus pastores sujetando sus bridas. El único que veía de frente mientras me acercaba a ellos fue a Prometeo con una expresión que no era la suya: era imposible que estuvieran aquí a no ser que partieran al poco de salir yo. Estaba tan cerca de ellos que Prometeo me vio.

—¿Silvan? —Tan fuerte fue su voz que se confundió la interrogación con la exclamación.

Todos se giraron tan bruscamente que hasta los enormes caballos se removieron un tanto asustados. Casualmente una ráfaga de viento removió las hojas de los árboles dando un sonido a aquel momento que me era extraño. Entonces recordé otra vez las palabras de Rosalía, mas negué la posibilidad de que tuviera veracidad pues era simplemente imposible. Olvidé articular alguna palabra, me acerqué a ellos y los abracé uno a uno pues necesitaba el calor amigo después de tantos días de viajar solo. Ellos tampoco hicieron uso de la palabra, estaban mudos pero sus ojos eran de sorpresa como si no dieran crédito a mi presencia. Me uní a su coro y un poco más cómodo empecé la conversación. Ya me dirían el motivo de que estuvieran preocupados.

—¿Cómo habéis llegado aquí tan rápido? ¿Partisteis a uniros a mí en este viaje?

—No Silvan, debías haber llegado solo— Dijo Romualdo con voz quebrada hablando en pasado.

No me di cuenta que Iván estaba cerca y me apresuré a saludarlo. Cuando estuve cerca de él, le di la mano y vi en su cara un prematuro envejecimiento que se acentuaba más con la barba que a trazos tenía canosa.

—Te veo envejecido Iván; estos cinco años sin verte no se han portado bien contigo— dije con voz amable.

Iván desvió la mirada a Romualdo bastante extrañado, luego me miró bajando brevemente la cabeza y con palabras de grave acento en su voz que no reconocía me contestó.

—Silvan, no hace cinco años que no nos vemos, hace veinte y son quince los que llevas desaparecido.

Sus palabras hicieron que el mundo se me cayera encima pues al final las palabras de Rosalía eran ciertas; aunque a mí me parecieran horas dentro de ese extraño jardín fueron años los que pasaron. La decepción mía fue transformándose en una ira que apenas podía controlar.

—¡He perdido quince años! ¡He perdido la infancia de mi hija! Todo por el capricho de los ancianos ¿Dónde podré recuperar mi tiempo perdido? ¿Qué les he hecho para merecer tan cruel castigo?

Buscaba la manera de expulsar esa ira que ahora era un agudo dolor que apenas podía soportar. Estaba a punto de explotar solo de pensar que algo le hubiera pasado a Raquel y a Arcadia en mi ausencia. Nadie por muy antiguo que fuera tenía ningún derecho a alejarme tanto tiempo de mis seres queridos. El bosque se contagió de mi ira desbocada y todo alrededor empezó a vibrar: algunas plantas espinosas nacían de la tierra por lo que los caballos se encabritaron mientras todos miraban enrededor asustados, todos menos Romualdo con una cara de quien acepta una sentencia. Prometeo puso una mano sobre mi hombro y usó una palabra de poder, una sola.

—¡Cálmate!

Hizo pronto efecto y todo volvió a la normalidad. Mi ira se fue diluyendo a cada sílaba de su palabra y sin dejar de posar su mano en mi hombro, terminó la frase sin que las siguientes palabras tuvieran más poder que la verdad que llevaban ellas.

—… o nos matarás a todos.

Sentí vergüenza, aunque ahora la tristeza reinara en lugar del enfado anterior. Miré a todos y como una súplica en su acento más que una exigencia, hablé para todos.

—Si la hay, necesito imperiosamente una explicación.

—Y se te dará, es normal tu reacción. Este tiempo perdido ha sido un duro castigo y recibirás más de una explicación y será ahora mismo. Silvan, siéntate —Me dijo Gabriel con palabras serenas— ¿Romualdo? Creo que eres el más indicado.

Los pastores de aquellos caballos trajeron leña a nuestro centro y en aquel claro se encendió una hoguera. Todos nos sentamos menos El Mago que andaba pasos cortos y rápidos esperando seguramente que me calmara aún más con el paso del tiempo, o buscando las palabras precisas que seguramente portaban más sorpresas de las que pudiera esperar. Quise romper un poco la espera con palabras que dieran certeza de que me encontraba bien, pero no era verdad entera.

—Adelante Romualdo, las mejores historias siempre se cuentan alrededor de una hoguera, no esperes a las ascuas mientras haya fuego— dije con voz calmada.

Todos se sorprendieron de mi entereza y no es que la tuviera, es que no me quedaba más remedio que tenerla.

—Cierto es Silvan. Ahora que estas aquí es debido ponerte al día

quizás de demasiadas novedades. Romualdo no demores más el tiempo pues ya ha perdido demasiado— Dijo Antón apremiando a El Mago.

—Bien Silvan— dijo Romualdo mirando a todos— empiezo mi relato diciendo lo primero que Raquel y Arcadia están bien, cosa que te supondrá un alivio.

—Aún estoy bajo el efecto de la palabra de Prometeo. Se breve pues tengo ganas de verlas y creo que no hay razón más poderosa para partir— dije con cierto enfado.

—Te entiendo. Hablamos con cuatro ancianos y entre ellos estaba Rosalía, digamos que ella fue quien te retuvo temporalmente.

—Cinco ancianos, en esta reunión había cinco— dijo Prometeo con un tono elevado.

Romualdo lo miró serio y se encogió de hombros pues odiaba ser interrumpido, aún así, casi ni le molestó que lo hiciera Prometeo.

—Cada cosa a su tiempo. Bien Silvan, admitieron que se equivocaron al retenerte y no llegar cuando debieras a la torre.

—Un perdón no me hará recuperar quince años— dije con mal humor y peores palabras.

—Por supuesto que no pero te tendrás que acostumbrar Silvan, a que tú vivirás más que tus seres queridos, los veras marchitarse y después morir, muchas veces, demasiadas— Dijo con melancolía Gabriel.

—Pero no con saltos temporales si no viviéndolos. Llevas razón padre, pero os aseguro que nada amaina mis ganas de partir.

—Escucha aun lo que resta que diga Romualdo, es de vital importancia— Me indicó Antón.

—Prosigo y ya no me interrumpáis más porque tenemos que volver. Irónicamente, el tiempo me temo que está en nuestra contra — miró a Prometeo— Y sí eran cinco: cuatro que acudieron y yo que también lo soy, de los primeros de ellos, de los primeros hombres como decíamos nosotros, el único superviviente de la primera y única guerra que tuvimos nosotros. Ni ellos tenían conocimiento de que existiera.

Yo me quedé boquiabierto ¿Cómo se tomaría Karmen esa noticia? Romualdo pausó para que digiriera su confesión.

— En esa guerra no luchábamos nosotros pues creamos los guardianes para que lo hicieran.

—Y por fin descubrimos que soy uno de los primeros guardianes con graves problemas de memoria— dijo Prometeo poniéndose de pie.

—Y Karmen de los últimos aunque él no lo sabe todavía— Más confesiones de Romualdo.

Hice silencio pues verdaderamente me impresionaron las palabras de Romualdo, pero quería partir presto.

—La torre ha sido tomada y una horda de similares al que matamos hace cinco años vienen hacia las cinco ciudades no con buenas intenciones, no sabemos quién las comanda— Dijo preocupado Gabriel.

—Yo sí, lo he visto y él a mí: es Rafael, el rey de la ciudad que destruiste, la ciudad de Inferno y se mueve por venganza— dije.

—Es peor de lo que pensaba así que tenemos que partir ya— afirmó Romualdo.

—Esas son las palabras que quería oír— dije al mismo tiempo que me levantaba imitando a Prometeo.

—Los Ancianos también dijeron que enviarían a cinco guardianes uno por ciudad a ayudarnos— apuntó Gabriel.

Miré a todos pues la seriedad de sus rostros reflejaba distintas emociones. Esta vez la amenaza los tenía al menos bastante preocupados y realmente me contagiaron.

—¿Estamos ante un peligro que quizás no podamos superarlo? —pregunté preocupado

—Morirá mucha gente, son muchos y nosotros pocos mas desconocemos lo fuertes que pueden ser— dijo triste Antón.

—Preparémonos, volvamos, pues tengo que verlas. Acompañadme o quedaros debatiendo pero no es este el lugar donde deberíamos estar— concluí.

Iván me acercó uno de esos enormes animales y empecé el viaje en vano pues no se me ocurrió volver la vista hacia atrás; sabía que me seguían por el sonido de los cascos de los demás corceles haciendo temblar el suelo. El arranque de premura fue poco inteligente ya que ni tan siquiera sabía hacia dónde dirigirme, solamente la dirección contraria a mi anterior viaje. El paisaje había cambiado tanto que no lo reconocía así que Romualdo se puso al frente pues las prisas no son tan certeras como la buena dirección hacia donde ponerlas. Nos desviamos del rumbo que nos llevaba a las montañas sin nombre hasta que las elevaciones fueron más accesibles. Como un habitante permanente de las cercanías de aquellas cordilleras, una tormenta de nieve nos quitó la visión pero sin duda El Mago sabía el camino correcto y en unas horas superamos las subidas hasta que llegó el llano. El paso era frenético y la noche llegó casi sin que nos diéramos cuenta; sabía que tenía miradas fijas en mí intentando escrutar el efecto que habían tenido

las revelaciones de Romualdo, pero se equivocaban pues solo deseaba llegar a casa e intentar recuperar el tiempo perdido, estar en el calor de los brazos de Raquel y ver a mi hija Arcadia que ya sería mujer.

No paramos en toda la noche ni la mañana siguiente. Cada uno estaba en sus propios pensamientos todos ajenos a los demás y como una iluminación, el enfado se volvió contra mí mismo. Había humanos que nos acompañaban, la fatiga ya les tendría que pasar factura y las cadenas que nos unían se empezaban a holgar en demasía. Yo tenía que ser consciente de mi responsabilidad por la seguridad de toda la gente que vivía y conocía, así que paré poco a poco y los demás me imitaron. Nuestra unión era nuestra fuerza y ahora estábamos distanciándonos y ello nos debilitaba. Desmonté de aquel enorme caballo pues era el sitio tan bueno como otro cualquiera para descansar y Romualdo aun montado, se acercó a mí.

—¿Quieres parar? —dijo extrañado Romualdo.

—Aún estoy enfadado y estoy resentido por lo que me han hecho, pero hay humanos entre nosotros que necesitan descansar. Estoy deseoso de reunirme con mi mujer y mi hija pero ni estar enfadado y ser egoísta ayudará en nada. Acampemos aquí si te parece bien.

—Te entiendo. Aquí pararemos pues han de descansar— dijo El Mago.

Me acerque a mi padre adoptivo que estaba junto a Antón preparando un trípode donde cocinar algo. Al estar cerca de ellos detuvieron su faena para prestarme atención.

—¿Estás mejor Silvan? Ha sido un duro golpe— dijo compartiendo mis sentimientos Gabriel.

—Sí padre, me he dado cuenta también que el egoísmo podía perjudicarme tanto a mí como a vosotros— me sinceré.

—Los ancianos en ningún momento quisieron hacerte daño; se han equivocado y lo lamentan mucho pero no pueden devolverte el tiempo que te robaron— dijo intentando consolarme Antón.

—Nada se puede hacer ya. Contadme cómo está todo por las cinco ciudades ¿Cómo están los nuestros? Quiero saber de ellos sobre todo de Raquel y Arcadia.

—Empecemos por tus mujeres: Raquel está tan guapa como cuando la viste por última vez. Sabe que no moriste pues si eso hubiera ocurrido se habría dado cuenta. No hemos mandado mensaje alguno puesto que creemos que no es necesaria la espera; sería angustioso si supiera que vuelves y el tiempo que restara de

viaje estaría ansiosa de volver a verte. Arcadia, tu hija, es muy parecida a ti pero tiene la dulzura del rostro de Raquel y sus ojos, son preciosos, son violetas— contó Gabriel.

—Como la sangre que ahora corre por mis venas— interrumpí.

—Junto con Flora y Ángela, forman según ellas un trébol: tres hojas unidas por un tallo, el de su amistad. Las cinco ciudades están florecientes desde que Héctor las dirige, tal como cuando te fuiste. Pero tus últimas noticias de que Rafael esté poseído por el tercer asesino de los ancianos, son funestas— dijo preocupado Antón.

—¿Por qué? —respondí yo.

—Porque de todos los durmientes él siempre fue el más cruel; menos mal que solo obtuvo la longevidad. Ya viste que creó una ciudad que llamó Inferno. Con el poder obtenido ahora querrá que toda la tierra sea su Infierno y empezará por las cinco ciudades pues su sed de venganza es muy grande. Será una dura contienda— dijo Antón.

—Espero que tengas secretos que nos ayuden— dije.

—Alguno queda, algún as en la manga tengo— sonriendo lo dijo Antón.

—Estamos cerca del bosque de Dasos. Rodeemos el paso de las montañas sin nombre donde se encuentra Orlando, otro de los vuestros.

—Nuestros, Silvan, nuestros— me corrigió Gabriel.

—¿Y la ciudad de aquellos que mueren con la apariencia de adolescentes pero jóvenes? —volví a preguntar.

—Orlando ya no se encuentra en el paso de la montaña. Dasos se quedará en su bosque pues forma parte de él y querrá morir allí. No hemos podido hacerle cambiar de opinión y pasaremos por la ciudad muerta para advertir a ese pueblo— me aseguro Antón.

—Yo tengo otros planes; tengo que descansar aunque no lo necesito pues sabiendo que están bien me quedo más tranquilo. Tengo que aplacar la ira para pensar con claridad y el sueño será un buen medio— les dije con palabras que creí que fueron sabias.

—¿Qué planes? —inquirió Gabriel.

—Déjame tener mis secretos padre, no solo Antón tiene el derecho a tenerlos— y sonreí por primera vez en todo el camino.

Fue una simple pausa corta porque tenía una deuda que se asemejaba más a una obligación autoimpuesta. Ya estaban todos preparados para partir y me acerqué a Prometeo pues aún no había tenido palabras con él.

—Saludos Prometeo.

—Hola Silvan, veo que tu humor ha mejorado y, siento haber usado palabras de poder pero estoy seguro que nos hubieras hecho daño aun sin quererlo.

—Estoy bastante más tranquilo. ¡Imagínate que te robaran quince años de tu vida!

—Silvan, me han arrebatado milenios de mi memoria, sí que me hago a la idea y saber que fui un asesino tampoco me ayuda mucho — me cortó con mucha razón Prometeo.

—Soy demasiado egocéntrico— le respondí.

—No, no lo eres Silvan, al fin y al cabo tenemos sentimientos. Por cierto, tu hija es bellísima y te aseguro que es muy parecida a ti, pero te necesita— dijo con triste acento Prometeo.

—Es una falta que debo suplir y necesitaré en breve tu ayuda, ¿cuento contigo? —le pregunté.

—¿De qué se trata? —dijo Prometeo con el ceño fruncido.

—Cuando llegue el momento lo sabrás; es importante— le contesté.

—Cuenta con mi ayuda pues confió en tu juicio— respondió Prometeo.

—Más que yo— terminamos la conversación abrazándonos.

Todos estaban ya encima de sus monturas y Romualdo encabezaba la marcha, pero apuntaba en la dirección que no debía por lo que me acerqué a él.

—¿No pasaremos a visitar ni a Dasos ni a la Ciudad Muerta? —le pregunté apresuradamente.

—No es necesario. Dasos no nos ayudará pues se quiere quedar en su bosque. Está vinculado a él y es su decisión por lo que hay que respetarla— dijo Romualdo.

—Discrepo, debemos ir sobre mis pasos pues es mi decisión y también tienes que respetarla— con estas palabras dejé con cara de sorpresa al mago.

Rectificamos la dirección y en pocas horas estábamos en el corazón de aquel bosque antiguo del cual Dasos, uno de los durmientes, era su guardabosques. Llegamos a un claro conocido que a pesar del frio alguna blanca flor tenía la osadía de dejarse ver; el tupido techo de las copas de los árboles dejaban pasar halos de luz haciendo que aquel paraje fuera más un sueño que una realidad, y como no podía ser de otra manera, allí sentado seguramente esperándonos, pues nuestras monturas eran de todo menos silenciosas. Dasos estaba sobre un tronco junto a una joven y bella muchacha; tenía cara de sorpresa pues no había previsto que volviéramos. Se levantó y se dirigió hacia Romualdo por lo que

intuí que a mí no me había visto.

— Señor mago, creo que dejé claro aquello que deseo y si me cuesta la vida, que así sea.

—No soy yo quien rebatirá tus palabras— contestó Romualdo.

Desmonté e hice una seña a Prometeo que me miró intrigado. Salí del lateral que me escondía de su vista para que me viera.

—¿Silvan? Ya hace quince años de vuestra visita. Veo que el motivo del retorno es volver a vernos. Sé bienvenido— dijo jubiloso Dasos.

—No, no es ese el motivo: tu responsabilidad está por encima de tu decisión aunque tú no lo percibas ni lo sientas. Al bosque le place tenerte y no quiere que mueras y menos por una tozudez. El pueblo de la Ciudad Muerta también te necesita y tú a ellos. Tú no perderás la vida aquí por lo que no te corresponde a ti esa elección— dije serio.

—Tú no puedes impedírmelo— molesto contestó.

—Yo no pero él sí— dije señalando a Prometeo.

—Dasos el guardabosques, te esconderás con el pueblo de la Ciudad Muerta y allí esperarás protegiéndolos hasta el desenlace. Sabrás cuándo podrán salir. Estas son mis palabras y son ley— usó Prometeo las palabras de poder.

La faz de Dasos cambió de su enfado a una serena placidez. Dio la vuelta y cogió la mano de esa joven que nos miraba con ojos tan abiertos que parecía que fueran a salirse de sus orbitas. Fue a paso tranquilo en dirección a la ciudad muerta pues las palabras usadas por Prometeo surgieron efecto en él. Todos me miraron entre una fina mirada de admiración y de contrariedad al mismo tiempo. Yo ante sus miradas interrogativas contesté.

—No se puede perder una vida de la que otros dependen también, aunque sea por romántica cabezonería— afirmé seguro de mis palabras.

Gabriel asintió orgulloso y Antón reprimió una sonrisa bajando la cabeza. Prometeo me dio una palmada en el hombro aprobatoria, y a Romualdo, a él le brillaban los ojos.

—Adentrémonos en la ciudad muerta pues tengo algo que hacer allí— dije con seguridad.

—A la Ciudad Muerta, qué sorpresas nos tienes reservadas… como siempre —dijo jocoso Romualdo.

—A seguro que te sorprenderé, mago.

Tampoco tardamos mucho en llegar pero paramos pues teníamos que dar tiempo a Dasos a llegar a la antigua estación de metro de aquel lugar ruinoso. Veía aún los huesos de los cadáveres de los

monos ciegos que yo mismo segué su vida. Estuve buscando el centro de la ciudad e indiqué con un gesto que debía ir solo. Encontré lo que eran los restos de un parque y en el centro había un árbol milenario el cual buena parte de sus raíces estaban por encima de la tierra. Entre dos de ellas me arrodillé, puse mis manos sobre sus nudos y esperé: vi las entrañas de la tierra, vi lo lejos que llegaban sus raíces, vi que aquel lugar estaba en armonía y le placía que aquel peculiar pueblo estuviera viviendo allí, así como que yo también me encontraba en aquel lugar. No deseaba que me mostrara más pues solo quería estar en sintonía con aquel lugar. Pasé las últimas visiones de la torre así como la clase de hombres que pasarían seguramente por allí y percibí casi inapreciablemente que el suelo empezaba a mostrar enfado; sentí una mano en el hombro y salí del trance. Era Romualdo, su sombra tapaba el sol y yo esperé sus palabras.

—Dasos ya está en la antigua estación, Silvan. No sé qué vas a hacer pero es el momento de hacerlo.

Tracé con el dedo un surco entre dos raíces y con uno de los cuchillos, me hice un corte en la mano de la cual salió un líquido violáceo híbrido entre sangre y savia. Al mismo tiempo que caía en ese surco de tierra, puse la palma con la herida abierta en el suelo y empecé a musitar palabras casi inaudibles que realmente no se dé dónde me salieron.

—¿Qué has hecho Silvan? —preguntó muy intrigado Romualdo.

—Magia Romualdo, te he quitado el título— dije con una sonrisa.

—Eso ni lo pienses, soy Romualdo El Mago, único.

—Sí anciano, el único superviviente de tu facción y nuestro guía en esta fatal amenaza.

Después de mis últimas palabras, toda aquella ciudad empezó a ver crecer en las cercanías flores violetas que emanaban una fuerte fragancia que embriagaba a quien cerca estuviera. Por las calles, serpientes vegetales se enroscaban y hacían intransitables muchos tramos de aquel lugar: tallos gruesos con espinas afiladas como colmillos de gran tamaño surgían por entre los troncos gruesos y todo el paisaje se transformó en lo que a la tierra le susurré. Romualdo por segunda vez me formuló una pregunta.

—¿Qué has hecho Silvan?

—Proteger este lugar y que este pueblo tan peculiar sobreviva.

23 SUEÑO ROTO

Fueron varios días de camino y Antón se separó de nosotros cerca de la alameda de los caídos sin apenas mediar explicación ninguna. Desmontó de su corcel puesto que solo obedecían estando cerca de los que eran sus pastores o de Romualdo. Después de mi fallido viaje hacia la torre, después de quince años perdidos, vimos la puerta norte de Vera. La emoción nublaba mi juicio solo de pensar en ellas así que golpeé los flancos de mi montura y aquel animal galopó con las mismas ganas que yo tenía.

Esperé en las puertas a mis compañeros; los guardias que habían eran jóvenes por lo que no me reconocían, aun así, hice acopio de las buenas maneras forzando que con ellas me abrieran las puertas. Así llegaron los demás ya con las puertas abiertas. Allí estaba la ciudad que me vio crecer, más alegre y más viva desde que hui hace veinte años con Antón y Gabriel: cinco años para mí, veinte para el resto del mundo. Era la misma estación pero yo era diferente.

Había mucho tránsito por las calles y opté por desmontar nada más traspasar la puerta norte. Aquella montura era demasiado grande para recorrer las calles tan concurridas de Vera. No pregunté pues conocía a mi mujer y de seguro que estaría en la casa. Gabriel me acompañaba a cierta distancia, no me hizo falta girar mi vista para saberlo; sentí que los demás se quedaban en las cercanías de la entrada y yo fui andando a paso vivo a través de la multitud sin tampoco llamar excesivamente la atención. Aunque fuera armado de pies a cabeza, casi todas estaban ocultas menos las dos espadas de la luna que sobresalían por encima de mis espaldas. Calle tras calle, los rostros de los vecinos de esa ciudad se me tornaban borrosos y los nombres de las avenidas irrelevantes pues solo era camino andado para un destino deseado. Ni las casas ornamentadas (que antes eran insulsas a los ojos) me llamaban un ápice mi atención, ni los músicos callejeros que ofrecían melodías a los viandantes: en tiempos pretéritos prohibidos me distraían. Fue el desembocar la calle principal en otra más estrecha que daba con una plaza nueva y con una fuente enorme con una escultura que se parecía a mí, la que hizo parar mis pasos. Lo que me llamó la atención eran tres chicas jóvenes que estaban allí reunidas las que ciertamente me resultaban familiares, aparte de que sabía a ciencia cierta de que no eran unas chicas normales: una reía alegre, no era muy alta con el pelo en tirabuzones dorados, y tenía unas curvas muy femeninas que me recordaba claramente a una conocida; la

otra alta y pelirroja le devolvía la sonrisa, pero yo veía un aura de poder bastante evidente; y de espaldas había una chica también alta y delgada con el pelo suelto que le llegaba a la cintura, tan negro como las plumas de un cuervo con sus reflejos azules; era de la misma tonalidad y características que el mío. Esa última muchacha tiraba de mí con un vínculo tan fuerte que mis pasos sin ser consciente me arrastraban hacia ella, cuando una mano en mi hombro me hizo parar. Era Gabriel que me miró con una franca sonrisa en su boca y entonó unas palabras que sabía que me negaría a creer.

—Silvan, lo sientes con fuerza, ¿no? Es tu hija, es Arcadia.

—Es una mujer ya— dije con tristeza

—Es igual que tú y tan bella como su madre. Deja que me adelante pues nadie sabe que estas aquí.

Le dejé ir y se adelantó ciertos pasos mientras yo seguía con la cabeza gacha. Quería correr pero mis pasos eran lentos: nunca como aquel momento conocí la palabra “miedo”. Las dudas se agolpaban en mi mente sabiendo que yo era un extraño aunque fuera su padre. De pronto oí su voz que tenía las mismas connotaciones reconocidas de la voz de Raquel: su mismo timbre, sus cadencias suaves y…. Mi melancolía.

—¡Abuelo! Pensé que volviste con Marion a Mont-Elo.

—Hola Arcadia, Flora y Ángela, saludos a las tres. ¡Qué bonitas estáis!

—¡Gracias gentil Gabriel! —Contestó Flora, mientras Ángela sonreía con un inocente rubor en sus mejillas.

—¿Qué te hace quedarte en Vera, abuelo? ¿Ha ocurrido algo que debamos saber? —contestó Arcadia intrigada por la presencia de Gabriel en Vera.

—Sí, ha ocurrido algo. Tengo a una persona que desea mucho verte.

Gabriel se apartó y aparecí de frente ante mi hija. Las palabras no podían salir de mi boca secadas por la emoción que me embargaba, aun así, tenía la necesidad de derramar lágrimas de alegría pero mis ojos no las dejaban fluir. Ella me empezó a mirar extrañada, empezó a razonar y sus compañeras empezaron a mirarse extrañadas ante mi presencia. ¡Qué bonita! Tenía las facciones suaves de Raquel, era esbelta y sus ojos violetas te atrapaban impidiéndote mirar a otra cosa que no fueran sus orbitas. Dejé tiempo para que ella pudiera articular alguna palabra, mas su estupor las contenía hasta que no pude más y una palabra amada y sagrada por fin pudo salir de mis labios.

—Hija.

Sin darme cuenta abrí levemente los brazos invitándola a que me abrazara y ella se abalanzó sin reservas hacia mí poniendo su rostro en mi pecho y rodeándome con fuerza. Entonces, un torrente de lágrimas derramó y yo le cogí el rostro mirándola fijamente, la besé en la frente y una perlada lágrima se reunió con las suyas. Ella me cubrió de besos. Este momento precioso se volvió triste pues noté que mi ausencia le marcó y que tardaría en cerrar la herida que llevaba abierta mi hija; en esos instantes para mis adentros, maldije la mala decisión y el castigo que me infligieron los ancianos. La cogí del hombro cuando noté que estaba más calmada y también usé mi voz para ello.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido hija, preséntame a tus amigas.

Con voz orgullosa Arcadia así lo hizo.

—Es Flora, hija de Sara y de Héctor, Ángela hija de Noelia y Prometeo, a sus padres los conoces creo.

—Y a ellas, pero eran más pequeñas la última vez que os vi. ¡Qué tres mujeres más hermosas sois ahora!

Tanto Flora como Ángela con un asentimiento agradecieron el cumplido. Flora miró por un momento la estatua y a mí.

—Eres Silvan; mi padre nunca ha parado de hablar de ti. Muchos decían que estabas muerto pero yo sabía que no era así— dijo Flora.

—Me retuvieron en una trampa temporal que para mí fueron horas pero para el resto del mundo, quince años. Fue una anciana que, no sé si os habrán contado cosas sobre los ancianos pero yo ya no guardo secretos —me sinceré.

—Los secretos son cosas de Antón— contestó Ángela

—Bueno, lo conocéis bien.

—Lo sabemos todo, incluso lo que puede ocurrir. Yo llevo sangre anciana en mis venas y percibo cosas. Sé, sabemos lo de la torre — dijo Flora.

—Veo que no he de contar mucho más. Entonces pronto nos veremos ahora, me llevo con vuestro permiso a mi hija pues tengo muchas ganas de ver a mi mujer. Os dejo en paz.

Las dos muchachas miraron contentas a Arcadia, yo rodeándola por el hombro y mirándola con dulzura paterna.

—¿Vivís en la casa donde me crie, hija? Y una palabra erupcionó contenida después de tanto tiempo que a mis oídos sonó a la mejor entonación que jamás palabra alguna fuera dicha, y la recibí a mis oídos con orgullo desmedido.

—Si, padre.

Cogí a mi hija de la mano como si aún tuviera cuatro años y no vi que a ella le desagradara. Gabriel iba a la par nuestra, y juntos, volvíamos a la casa donde convivimos durante veinticinco años. Aún recuerdo sus silencios y sus pocas palabras que yo confundía con la ausencia de querencia, en cambio era la losa de un secreto lo que le sepultaba su comunicación. Fueron pocas calles las que tuvimos que recorrer; si bien el reencuentro con mi hija había amainado un tanto mi ansia, el deseo de ver a mi mujer se acrecentaba según nos acercábamos a la casa. Calles ya desiertas en una barriada humilde pues poca gente encontrábamos y ninguna nos reconocía, pero siempre un educado saludo al pasar. Había cambiado Vera de su gris ceniza a tomar cierto color; atardecía y el cielo se cubría de algodones grises que anunciaban agua en alguna de sus formas. Bienvenida sea cualquier inclemencia mientras estuviera en mi hogar. Paramos los tres en la puerta e hicimos una pausa para el correcto proceder. Gabriel por segunda vez advirtió mis dudas y Arcadia me apretó la mano como signo de ánimo. Gabriel se adelantó.

—Sería más prudente que entrara yo primero junto con Arcadia, son muchos años de ausencia.

—Demasiados.

No dudé de su juicio pues de todos, Gabriel siempre adquiría un segundo plano y dudo que alguna vez ansiara ser protagonista de nada, pero su sentido común era el más elevado de todos los durmientes. Me recordaba a Román el difunto Duque de Mont-Elo, así, con unos golpecillos en la puerta llamó Gabriel. Aunque se divisaba luz tras las ventanas quizás no se encontrara en casa, pero no vi vacilar a mi hija cuando la puerta se abrió y detrás del umbral de la puerta estaba ella, mi bella Raquel.

—¿Gabriel? ¡Qué sorpresa! Bienvenido de nuevo, veo que has encontrado de camino a mi hija y espero que seas portador de buenas noticias.

—Traigo la mejor noticia que pudiera darte.

—No entiendo —contestó Raquel con voz tenue.

—Es mejor que lo veas con tus propios ojos.

Los dos se apartaron a lados opuestos para que me pudiera ver a mí.

—¿Silvan…?

Fue cuando Raquel se desmayó.

La cogí en brazos sintiendo el calor tan ansiado de su cuerpo. Después de quince años apenas noté muchos cambios: algunas

arrugas en los ojos que a mi parecer le hacían más bella y que había cogido un poco de peso, pero que en nada la desfavorecía. Subí las escaleras desgastadas de madera y en nuestra antigua habitación la deposité en la cama. En aquella estancia el tiempo se había congelado pues se había conservado igual que el mismo día que salí de ella en ese frustrado viaje. Tanto Gabriel como Arcadia se quedaron en el piso de abajo. Acerqué una silla y la velé hasta que despertara, embelesado viéndola y sin dejar de asir su mano.

Pasó la noche a bien entrada la madrugada y entonces sus ojos empezaron a abrirse poco a poco titubeando sus párpados nerviosos; se agitó viéndome sentado al lado de la cama.

—¿Eres un sueño?

—Soy real mi amor, estamos juntos por fin.

—¡Oh Silvan! Perdí la juventud.

—Eres tan hermosa como el primer día que te conocí, recuperaremos el tiempo que se nos robó.

—¿Dónde has estado este tiempo? Te he echado tanto de menos y Arcadia creció sin ti.

—Me retuvieron en un lugar extraño; no creo que pudiera explicártelo: lo que para mí fue poco tiempo para vosotras han sido años, y no creas que he sufrido por ello.

—No lo lamentes cariño, solo importa que ya estés aquí y ahora.

—Y no pienso alejarme de vuestro lado.

—No sin mi permiso.

—Ni se me ocurriría.

Bajé la cabeza para besarla suavemente en los labios, separándome un centímetro, pero la dulzura del beso me hizo volver a ellos; ella me rodeó por el cuello y mis manos recorrieron explorando cada curva de su cuerpo. Me introduje en la cama y las capas que escondían su piel fueron liberadas para que mis manos sintieran su calidez. Ella hizo lo propio con las mías y entre suaves susurros, una ínfima parte del tiempo que se me fue arrebatado lo recuperamos.

Raquel se volvió a quedar dormida y pensé en Gabriel y mi hija que seguramente no habían dormido. Sabía que Arcadia era como yo y tanto ella como Gabriel no lo necesitarían aunque nos fuera placentero hacerlo. Dándole un beso a mi bella durmiente, me vestí dejando aparte las armas que portaba y bajé al salón. Allí estaban Arcadia y Gabriel hablando, seguramente así se pasaron la noche y al verme Arcadia reaccionó.

—Padre ¿Cómo está madre?

—Duerme ya plácidamente y está bien.

—Temía por ella, no sabes cuánto te ha echado de menos… y yo también.

—Aquí estoy. Puede que me tenga que mover pero no más lejos de estas cinco ciudades, según el curso de los acontecimientos.

En ese momento llamaron a la puerta. Fui a abrir yo y cuando lo hice, estaba Romualdo con una gruesa capa de nieve en sus hombros y en el ala de su sombrero.

—¿Puedo pasar? —dijo sonriente.

Lo miré ante tan absurda pregunta pero detrás de su sonrisa había una preocupación que no se podía disimular.

—Eres bienvenido pero odio a tu raza en lo más profundo de mi ser.

—No fui yo quien te encerró. Guarda tu ira para los que han de venir.

—Pasa, no es lugar para hablar de ello ni el momento.

—Pues me temo que a eso vengo aunque falta mucha más gente — dijo mientras entraba en la casa.

Se quitó el estrambótico sombrero y una capa que llevaba a su espalda, dejó su cayado en un rincón del salón y saludando a los presentes se sentó al lado del fuego.

—Silvan toma tú también asiento— con palabras amables dijo también Gabriel.

Romualdo se quedó mirando hacia las llamas del hogar y yo hice caso de Gabriel sentándome al lado de mi hija, un lugar en el que me sentía cómodo. Ella tomó mi brazo y apoyó la cabeza en mi hombro; Gabriel estaba en un punto intermedio de este improvisado semicírculo al lado de Romualdo. Hubo silencio harto rato y mis sentidos estaban solo con el cariño hacia mi hija que, no dejaba de asirme en una acción que representaba el no dejarme ir otra vez, hasta que Gabriel quebró con su voz el único sonido que invadía la sala que era el crepitar del fuego.

—¿Esperamos a alguien? —dijo sin más preámbulos Gabriel.

—En realidad, deberíamos esperar a todos pero solo acudirá una persona y espero que no tarde —dijo resuelto Romualdo

Y la ausencia de palabra volvió alrededor del fuego hasta que unos golpes en la puerta rompieron ese silencio. Esta vez se levantó Gabriel a abrir la puerta y al poco entró una muchacha alta y pelirroja: era Flora. Arcadia se alegró mucho de verla y ambas se abrazaron y besaron. No entendía por qué ella era la persona que esperaba Romualdo tan paciente en esta improvisada reunión.

—Siéntate Flora, nos has de contar algunas cosas que Silvan desconoce, y por lo visto eres la única que nos puedes adelantar

alguna novedad de lo que se nos avecina— dijo serio El Mago.

—Saludos a todos, nuevamente bienvenido Silvan— dijo Flora.

—Gracias Flora ¿Qué nos has de contar que tanta importancia tiene? —le dije apremiándola con suma educación.

—Mucho, maese Silvan. Primero he de confesar lo que mi tía Derán, la Dama Blanca me dijo. A pesar de ser hija de Héctor, corre por mis venas la sangre de mi madre, sangre antigua y así ella me aleccionó en muchos secretos que desconocemos y todo el potencial que puedo tener con el entendimiento de todas las cosas que nos rodean, invisibles para todos, pero para mí ya no. Puedo moldearlo con mi voluntad y cuanto más practico más poderosa me siento gracias a las lecciones de mi tía

—No es tu tía carnal pues así nos lo aseguraron los ancianos; fue adoptada pero nadie sabe de dónde proviene —dijo confesándolo Gabriel.

—No importa, mi padre es mortal y mi madre renace vida tras vida. Un hombre desaparece quince años y vuelve pensando que habían pasado horas; me olvido seguro de muchas cosas más ¿Acaso habría algo que me pudiera sorprender? —dijo Flora muy convencida.

—Te aseguro que aún me sorprenden muchas cosas, niña— dijo Romualdo con media sonrisa.

A la mención de las últimas palabras de Romualdo, Flora se puso roja de furia, y empezó una frase con elevado tono de voz.

—Tengo las te…

—¡Flora! —le cortó Arcadia.

Flora se calmó mirando a todos los presentes, quizás un poco avergonzada por su reacción, se quedó la mirada fija en mí y pronunció la frase que venía a decir.

—La razón por la que estoy aquí es que sé que ya vienen; yo los llamo hombres sombra.

—Sangre antigua, hombres sombra, Rafael poseído por el último asesino de los ancianos… Son bastantes en número y supongo que más inteligentes que el anterior sin nombre que matamos. No tiene muy buena pinta, más bien ninguna— dije reflexivo.

—Son muy poderosos en lo que alcanza mi conocimiento— advirtió Flora.

—Es una amenaza mayor que la anterior y no podemos adelantarnos a ellos; tenemos que esperarlos donde seguro vendrán: a las cinco ciudades —dijo Romualdo levantándose y mirando al fuego mientras ponía sus manos en la espalda.

—Romualdo ¿Cómo podemos afrontarlo? —le pregunté.

—Antón está moviendo algunos de los pocos secretos que le quedan: Valerio se encuentra en Hornos, cerca de Alana que es la más pequeña de las ciudades; a Karmen lo dejé en Altamiras. A Erdia iremos el trébol y yo; en Vera estarás tú, Silvan. En Ulsan estarán Prometeo y Derán que le pidió a Héctor una casa grande y apartada allí, aún desconozco la razón. A Orlando, el durmiente del paso de las montañas, Antón lo encontró dirigiéndose hacia aquí a Vera. Los ancianos nos prometieron cinco guardianes, uno por cada ciudad; podíamos permanecer juntos pero esa estrategia sería la muerte de demasiada gente.

—Yo iré a Mont-Elo— dijo Gabriel.

—Sara y Héctor se quedarán en Selva, están cerca de aquí si deciden atacar primero— terminó Romualdo.

—¿Qué se sabe de Albert? La última vez evitó un gran derramamiento de sangre— pregunté.

—No sabemos nada de él desde su fingido entierro. Tú asististe a él y fue cuando Noelia pasó a ser alcaldesa de Vera— contestó Romualdo.

—Tengo la sensación de que jamás ha dejado de observarnos— le dije a todos.

—Pudiera ser, Silvan, solo nos queda estar alerta— concluyó Romualdo.

—Voy a Selva con mis padres y prepararé el viaje para partir a Erdia. ¿Mañana en la estación, Arcadia? Le mandaré un mensaje a Ángela para que nos reunamos— dijo Flora despidiéndose de todos con la mano.

—Parto a Mont-Elo pues me queda un largo viaje. Despídeme de Raquel, Silvan— le dijo abrazándome Gabriel.

—Tengo mucho que preparar y tengo que confesarme a Karmen. Espero que se lo tome bien, se lo debo— decía Romualdo mientras se ponía la capa y su sombrero y rescataba el cayado del rincón.

Así me quedé solo con mi hija; ella volvió a recostarse en mi hombro y durante unos momentos íntimos nos quedamos absortos mirando el fuego, propio de mí. Sabiéndose así que tenía buena parte de mí, rompió el momento con una pregunta que me sorprendió. Sin duda era hija mía.

—Padre ¿Por qué tengo los ojos violetas? De pequeña no tenía ese color.

Vi un cuchillo sobre la mesa y con la punta de él me hice una incisión en el antebrazo y de esa herida broto sangre de color violáceo.

—Es el color de mi sangre mezclada con savia que la Madre

Tierra me introdujo en mi cuerpo, así es el color que recorre mis venas, puede que mi comunión con la Madre Tierra te afecte o no, pero hija mía ese color de ojos es precioso. —le intenté dar una explicación.

—Llama mucho la atención

—Creo que llama más lo bonita que eres.

Ella sonrió sonrojándose por el cumplido, aunque era bien cierto.

—Tengo un regalo para ti.

Subí despacio hacia nuestro dormitorio, aun dormía Raquel con la placidez que tiene el haber hallado lo que se creía perdido. Recogí la mochila que siempre llevaba a la espalda, despegué las dos vainas con las dos ornamentadas espadas de la luna de tan bella factura y volví otra vez sin hacer apenas ruido hacia el salón. Miré a mi hija que estaba absorta mirando las llamas. Recordé cuántas noches las pasé así hace más de quince años, quince años suyos. Era tan parecida a mí con la suma de lo que se parecía a su madre: una chica frágil en un mundo lleno de tantas amenazas, pero sabía que esa fragilidad era aparente pues su aura de fuerza era ahora claramente percibida. Una vez que aparté mis sentimientos paternales, vi también que ese trébol de tres hojas, como se denominaban mi hija y sus amigas, era el mayor peligro para los hombres sombra y yo la proveería de una ventaja adicional: una herencia.

—Arcadia, hija, levántate— le dije ceremonioso.

Obediente lo hizo con algo de suspicacia en sus ademanes; ante el reflejo del fuego y una vez que estuvo frente a mí, sería digna de mi legado.

—Aquí tienes dos espadas que pertenecieron a una gran guerrera que murió al poco de nacer yo: mi madre, tu abuela carnal. Son muy especiales y se llaman las espadas de la luna porque cuando absorben la luz de ella unas runas se revelan en sus hojas. Ahora son tuyas, sé digna de este presente.

Las desenvainó, las miró con admiración, las empezó a manejar y vi la maestría de sus movimientos. Vi cómo acompasaba su cuerpo al manejo de las armas. Estaba bien enseñada y sospeché que por más de un profesor. Mejor, pues yo tuve que aprenderlo todo a sangre vertida y a mi instinto. Dejó las espadas contra el respaldo de la silla y se abalanzó hacia mí besándome repetidamente; sentí su calor que era tan distinto del de Raquel: aquella carne era mi carne.

—Padre tengo que prepararme para partir a Erdia, nos

despediremos mañana.

Me volvió a besar con un gesto rápido, cogió las dos espadas y se subió a su habitación.

—Buenas noches hija mía, tan pronto te tengo como el destino nos separa— dije en voz baja para que no lo oyera.

Me quedé el resto de la noche pensativo rememorando tiempos pasados y echando mucho de menos a los que nunca más volveré a ver. Especulaba sobre lo desconocido y quiénes serían esos cinco guardianes que nos enviarían los ancianos, sobre cuál era la razón por la que no intervenían ellos mismos. Así fue lo que restaba de noche una marea revuelta de preguntas sin resolver. Llegó el alba y apenas me di cuenta si no hubiera sido porque Raquel bajó al salón, me rodeó con sus brazos y yo le sonreí. Tenía el pelo revuelto lo que me resultaba divertido y encantador. Me levanté por fin de la silla y la rodeé con mis brazos envolviéndola con mi envergadura, dándole un prolongado beso en los labios. Cuando con pereza los separé, ella habló.

—Buenos días Silvan.

—Buenos días mi amor. He estado con Arcadia, se va a Erdia con Flora y Ángela. Romualdo también las acompaña.

—También estuvo conmigo y me lo ha contado todo. Aparte de ser su madre también soy su amiga. Está muy contenta con tu presente y aparte de poder tener a su padre a su lado, le pesa mucho marcharse pero tenéis que proteger a las cinco ciudades y ellas tres se han hecho inseparables.

—Son también muy poderosas, pero temo por ellas, temo por todos pues esta vez es mucho más peligroso y puede incluso que muramos todos, puede ocurrir Raquel.

—Si es así, estos días los viviremos como si mañana fuéramos a morir.

—No es mala idea, podíamos empezar ahora.

De pronto, un taconeo en las escaleras nos advirtió que Arcadia bajaba. Llevaba unos pantalones ajustados negros que le permitiría moverse como si fuera una segunda piel, unas botas altas reforzadas en suela y talón, y una camisa holgada ceñida en un chaleco de cuero negro; en la espalda llevaba las espadas que le regalé, en los costados dos revólveres de bastante calibre, un cuchillo largo en su bota derecha y llevaba también unos guantes tachonados que le dejaban los dedos libres. No era una chica sino una arma viva.

—Estoy lista, Me acompañáis a la estación, ¿no? —dijo risueña.

—Claro hija mía, espera que me restaure un poco. Venga Silvan, aún llevas la ropa de un viaje de quince años, creo que sería lo más

correcto que te lavaras y cambiases— dijo severa y simpática Raquel.

En media hora estuvimos listos y bajamos al lado de nuestra hija. Nada más salir de casa se puso a nevar; menos mal que nos esperaba un coche de cuatro caballos negros en la puerta de la casa. En poco tiempo nos llevó a la estación y allí nos esperaban: Flora, Ángela, Romualdo y Prometeo. Me acerqué a ellos y sin ningún preámbulo les ataqué con una pregunta.

—¿Será buena idea que ellas tres defiendan Erdia?

—Estaré con ellas, además no tienes la más mínima idea del potencial que tienen… juntas —dijo Romualdo.

—El tren está parado esperando para partir pero tengo la sospecha que esperamos algo o alguien— sospeché yo.

—A alguien por las niñas y por ti— dijo Prometeo.

—Llega el tren ya— nos indicó Romualdo.

El tren ruidoso abocó desacelerando el arcén contiguo y con un atronador resoplido paró. De él bajó Noelia la cual estaba igual de impresionante que siempre si bien sus curvas redondeaban un poco. No llevaba equipaje y fue con pasos elegantes con su sensual contoneo hacia mí. Su cara reflejaba multitud de emociones que no pude descifrar y nada más llegar hacia nuestra altura, paró delante de mí obviando a los demás.

—Noelia, me alegra tanto el verte.

Su reacción dejó atónitos a todos pues lo primero que hizo fue abofetearme con saña. Yo me puse la mano en el rostro más por la sorpresa que por el guantazo.

—¡Quince años! Nos dejaste solos, dejaste a tu mujer sin su hombre y a una niña sin padre— dijo sumamente alterada Noelia.

—No fue culpa suya— acudió a defenderme Romualdo.

—¡Claro que no! Fue tuya y si no lo hubieras mandado a ese lugar no la hubiera retenido esa bruja pero también fue suya por hacerte caso— dijo Noelia con rabia.

Entonces la temperamental Noelia, una de las más mortíferas y bellas espías de la Hermandad en el pasado, se quebró y se puso a llorar y repentinamente me abrazó, me besó y me susurró al oído.

—Es la última vez que te perdonaré una ausencia.

—Por mí, nunca os hubiera abandonado— le dije sinceramente.

—Incluso llegamos a pensar que habías muerto.

—Yo sabía que estaba vivo, Noelia, si hubiera muerto lo habría sentido— le contestó Raquel.

No hubo réplica y se abrazaron fraternalmente las do. Al momento ya lloraban juntas y aquello se iba a hacer más duro a

cada momento. Noelia volvió a mirar a Romualdo.

—Encima te llevas a mi hija lejos de mí, cada vez me caes peor — dijo enojada Noelia.

—Las tres deben estar juntas; repito, voy con ellas y si algo has de temer por ellas, teme por todos pues esta situación es aún más critica que la anterior.

Prometeo se acercó a Noelia y la cogió de la mano; ese gesto hizo que se calmara.

—Y tú, Prometeo, te veo diferente, ¿acaso sabes algo que no sé yo?

—Sí. Desvelado el secreto que ocultaba mi amnesia, resulta que soy un ser muy antiguo, un asesino de ancianos— dijo Prometeo con suma seriedad

—Eras, también yo tengo un oscuro pasado mi amor y tendrás que vivir con ello ¿Qué hace un tipo tan viejo como tú, con una joven tan bella como yo?

—Amarte— dijo Prometeo sospechando que usó su poder en la palabra.

Noelia sonrió y se dirigió hacia el grupo de chicas pero antes se giró y sus palabras sonaron a advertencia.

—Por cierto, no he venido sola.

Me quedé extrañado y más cuando sentí una presencia a mis espaldas; entonces vi cómo Derán, la Dama Blanca abrazaba a Raquel y cómo con su risa juvenil la contagiaba bailando y haciendo un corro. Se volvió a abrazar a ella y saltó hacia mí; la cogí entre mis brazos y viendo su clara tez nívea y esa sonrisa traviesa, me pareció que todos los problemas que nos aquejaban desaparecían. Con sus pequeñas manos me cogió del rostro y me besó en los labios impregnándome de una dulzura que quería perderme en el tiempo en ese bienestar que ella me producía. La dejé suavemente en el suelo y empezó a girar sobre sí misma. Saludó a todos con la mano sin aún hacer uso de la palabra y se fue corriendo hacia donde estaban las chicas y Noelia. Llevó en un aparte a Flora y le entregó algo que nadie vio; se puso de puntillas y la besó en su frente. Después, volvió hacia nosotros dando pasitos de bailarina.

—He venido a quedarme unos días aquí aunque no muchos porque tengo en Ulsan una casita que cuidar y seis gatitos negros que no pueden estar mucho sin mí. ¿A qué Flora se parece a mí? — dijo con voz risueña Derán.

Prometeo le negó con la cabeza y antes de que empezara a argumentar, Derán le cayó.

—Hay ángel guardián, tú no la ves pues tienes que tener mis ojos para verla cómo es— le dijo Derán con mucho convencimiento.

Después se quedó quieta delante de mí con esa sonrisa eterna.

—Rosalía te retuvo pero no te cambió, en cambio te veo algo diferente; tu sangre ya no es roja y has visto al que fue a la llamada del último sin nombre, el más poderoso de todos. No tendría que haber ocurrido lo que te pasó pero a veces los que se creen sabios yerran, aunque lo importante es que estás aquí— hizo una pausa— ¡Bienvenido Silvan!— y me volvió a abrazar otra vez dejándome con más interrogantes que antes.

—¿Puedo quedarme en vuestra casa Raquel?

—Por supuesto, la habitación de Arcadia está libre.

—Perfecto, mira, ya vienen Héctor y mi hermana.

—Hemos sabido que realmente no es tu …—dijo Romualdo

—Romualdo, tienes que escucharme mejor, he dicho que viene mi hermana y ya está— dijo, aunque con una risa y una advertencia detrás de ella, de la Dama Blanca.

Sara y Héctor se unieron a nosotros, a Héctor sí que el paso del tiempo le afectó pero Sara estaba igual que la última vez que la vi. Flora era su vivo retrato. Más saludos y abrazos, besos fraternales mucha atención hacia mí, dándome fe de la mella que les hizo a mis seres queridos mi ausencia. Quedaba por ver alguno más pero los futuros acontecimientos hacía imposible que nos moviéramos mucho a riesgo de dejar desguarnecidas nuestras ciudades. Sara, después de darme cariñosamente la bienvenida y cogida de la mano de Derán, se fue a ver a su hija y Héctor hizo un aparte conmigo.

—Bienvenido Silvan, habrá sido muy duro para ti.

—Mucho, amigo Héctor.

—Perdona que te aborde sin más, ¿Tan grave es la amenaza que viene? —dijo con angustia Héctor.

—Me temo que sí; tu hija los llama los hombres sombra porque son la sombra de Rafael, el rey de la ciudad de Inferno, aquella ciudad que destruyó Romualdo. Está en la torre que encerraba al tercer sin nombre y ahora son uno— le dije con sinceridad.

—Reforcé todas las ciudades con más guardias.

—Héctor, son demasiados poderosos para un humano, incluso no sé si para nosotros —me sinceré.

—Veo la magnitud de tus palabras por lo cual no me puedo entretener mucho. Me alegro mucho de verte entre nosotros Silvan, tenemos que volver a Selva pues tengo mucho por hacer.

El tren hacia Erdia partió viendo como mi hija sobresalía por la ventanilla despidiéndose de nosotros. Prometeo salió junto a Noelia

en otro tren hacia Ulsan; Sara y Héctor subieron las escaleras de salida de la fría estación y un coche les esperaba para volver a Selva. Así me quedé de la mano de Derán y de la de mi mujer Raquel.

—Volvamos a casa— dije melancólico

—La volverás a ver Silvan, no a todos, pero tu hija volverá a ti pues estáis enlazados— dijo Derán con una sonrisa.

—¿Morirán muchos Derán?

—Cariño, a Derán no le gustan las preguntas— dijo Raquel recriminándome.

—Cómo me conoces Raquel y cuánto te quiero.

—Y yo a ti Derán y lo sabes, vayámonos a casa pues yo tengo frio.

Subimos las escaleras de la estación. Ya la nieve había formado un manto blanco alfombrando el suelo. Un coche nos esperaba pero lo despedimos.

Me sentía afligido al ver partir a mi hija pero Derán no dejaba de parlotear y de hacer reír a Raquel y yo iba detrás de ellas dejándoles un poco de espacio pues no tendría mi mujer mejor medicina que esa misteriosa figura que no dejaba indiferente a nadie. Con sus pies descalzos sobre la nieve, me di cuenta que sus pisadas no dejaban huella pero a estas alturas ¿qué me habría de sorprender?

Los árboles desnudos nos escoltaban y cada vez el cielo se ensombrecía más tanto como el futuro nos deparase. Después de muchos pasos dados arribamos a la casa de mi infancia; el fuego del salón era solo ascuas por lo que puse dos leños más para que la casa no perdiese calor. Las mujeres subieron para que Derán se acomodase: se les veía tan bien juntas… Repentinamente empecé a estar muy cansado y nunca había tenido esa sensación; lo achaqué a la retención en el jardín de Rosalía o quizás a que la savia que se me había introducido en la sangre, aún se estaba aclimatando a mi cuerpo. No sabía por qué la Madre Tierra mezcló la savia de aquellos tallos en mí pero si algo malo hubiera sido, lo hubiese advertido. Los ojos se me cerraban así que me recosté en el sillón y nada más apoyar la cabeza en su respaldo, me quedé dormido.

En sueños, me encontraba en la torre y Rafael estaba esperándome: estaba fuera de su trono y miraba cómo me iba acercando, o más bien me estaba atrayendo hacia él. A pocos metros me di cuenta que estaba mirando a un espejo el cual estaba suspendido en el aire; desvió la mirada del objeto para centrarse en mi y su voz sonaba poderosa.

—Antes entraste aquí y me viste pero ahora soy yo quien entra en tu mente. Dejaste esa puerta abierta al entrometerte en mi palacio ¿Te gusta? Oscuro y lúgubre, tal como la ciudad que destruisteis, ahora yo destruiré vuestras ciudades y las convertiré en cinco infiernos. El tercer sin nombre no me domina sino que solo me otorgó su poder, pero mira Silvan a quién te enfrentas. Antes era uno y si piensas que haréis lo propio conmigo, observa.

Le dio un leve golpe al cristal que se resquebrajó en mil trozos y reflejaban mil veces la imagen de Rafael.

—No es a uno al que te enfrentas, es a mil y ahora te tengo atrapado aquí, tu mente es mía y te torturaré hasta volverte loco.

La cabeza empezó a dolerme mientras escuchaba su risa triunfal pero el dolor empezó a remitir y las imágenes empezaron a hacerse borrosas. Lo último que recordé ver fue la cara de ira de Rafael y después, desperté.

En mi frente estaba la mano de Derán y con la otra puso un dedo en sus labios pidiéndome silencio. Estaba sudando y la sangre hervía en mis venas; Derán desapareció para luego volver a aparecer.

—¿Ha sido él? Te ha querido atrapar en un sueño.

—Sí pero tú lo has roto.

—No podrá volver a hacerlo. Esa puerta que estaba abierta ahora está bien cerrada.

—Derán, son muchos pues me lo ha mostrado.

—Y él muy poderoso. Todo en contra, mi noble caballero.

—Temo por todos.

—No temas y defiéndelos.

Así volvió hacia donde estaba Raquel y bajaron las dos de la mano y riendo como si nada hubiera ocurrido. Sin Derán en casa, ¿ qué hubiera pasado? Ella estaba allí por un propósito pues lo sabía con certeza. Miré mi brazo y en mi piel se dibujo una flor de color violeta. Derán se acercó otra vez hacia mí y miró aquel tatuaje espontáneo.

—¿No pensarás que esto ha sido cosa mía?

24. LAS PIEZAS DEL TABLERO

Pasaron solo unas horas cuando las tres chicas y Romualdo habían llegado a Erdia. Allí les recibió Marina sola con tres guardias. Estaba fría y su rostro estaba lleno de preocupación; Romualdo sabía que no era solo por la amenaza venidera sino que eran más asuntos presentes de un pasado reciente. Había envejecido más de lo que le pertenecía pero su belleza era aún latente; había simplemente perdido el brillo que otorga la alegría. Él se acercó adelantándose a las chicas que hablaban entre ellas de sus cosas aunque se percibía la novedosa alegría de Arcadia por haber recuperado a su padre, que no era exclusiva suya, ya que la aparición de Silvan había levantado mucho el ánimo de todo el grupo de amigos suyos. Romualdo se acercó a Marina y en voz baja le habló:

—¿Cómo es que no ha venido al alcalde a recibirnos?

—Está durmiendo.

—¡A las dos de la tarde! ¿Es que aún sigue con las andadas?

—Está peor, es solo una sombra de lo que era antes. Soy yo quién realmente lleva esta ciudad; él está perdido en mares de alcohol y no ha habido forma de recuperarlo.

—Al menos la ciudad está en buenas manos. ¿Recibiste por lo menos mi mensaje?

—Siempre me lo transmiten todo a mí. He preparado dos casas que no son gran cosa pero tendréis todas las comodidades: una para ti y otra para Ángela, Arcadia y Flora.

—Tengo que visitar Altamiras pues tengo una conversación pendiente con un amigo. ¿Antes puedo pasar por tu casa a tener unas palabras con Manuel?

—Te agradecería que lo hicieras

Romualdo, apoyado en su bastón empezó a salir de la estación y paró un segundo para ver que las tres chicas seguían conversando alegremente sin reparar que él había iniciado la marcha. Giró El Mago su cabeza para observarlas pero ellas seguían ensimismadas en su corrillo; volvió con gesto turbio hacia Marina la cual intentó esbozar un atisbo de sonrisa y se encogió de hombros. Romualdo movió el bigote de la barba de un lado hacia otro, levantó el cayado y lo golpeó en el suelo. El sonido fue tan fuerte que parecía que un trueno había caído en la estación de Erdia, hasta los mismos cimientos vibraron por la potencia de aquel impacto; las chicas se sobresaltaron y miraron hacia Romualdo. Recogieron sus mochilas y

fueron corriendo a seguirle avergonzadas por ese toque de atención. Durante días, los vecinos de aquella pequeña ciudad hablaron del temblor que ese día aconteció y nadie supo de dónde provino.

—No podéis permitiros el lujo de no estar atentas —rumió Romualdo.

Todas bajaron la cabeza y ninguna tuvo el valor de protestar pues las palabras de Romualdo estaban bien cargadas de razón. Un coche les esperaba en la misma entrada por lo que Romualdo les indicó a las chicas que subieran cuando entonces Marina se le acercó:

—El coche os llevará a vosotras tres a la casa que os he dispuesto; espero que sea de vuestro agrado y he dado orden de que tenéis libertad para salir y entrar cuando deseéis. Os agradezco que hayáis venido a protegernos.

Las tres chicas sonrieron orgullosas por las palabras de Marina y entonces el coche partió hacia su destino.

—Vamos a tu casa a ver al holgazán de tu hombre. ¿No estarán tus hijos allí? —dijo preocupado Romualdo.

—¡Oh Romualdo! Mis hijos están estudiando pero él hace tiempo que no duerme en nuestra casa. Viene de vez en cuando y al menos tiene la decencia de venir sobrio —contestó Marina.

—¿Dónde está pues?

—En una pequeña casa cerca de la plaza, en una esquina poco concurrida que no está muy lejos de aquí —dijo como ausente Marina.

—¿Cómo ha podido transformarse un héroe en un despojo humano? —dijo con rabia Romualdo.

—Esa pregunta me la formulo cien veces cada día. Solo sé que poco a poco se fue abandonando a la bebida, a otras sustancias y a todas las mujeres a las que pueda engañar. Estábamos tan bien al principio… ¡Cómo añoro esos tiempos! Me gustaría volver a ellos y a pesar de que me avergüence, lo sigo queriendo— dijo Marina con lágrimas contenidas que empezaron a emanar de sus ojos.

—Vamos a esa casa —dijo Romualdo resoluto.

Empezaron a caminar a buen paso y Romualdo iba siguiendo la estela de Marina entonces ella despidió a los guardias que la acompañaban; cuanta menos gente fuera mejor. Tardaron unos pocos minutos en llegar cuando Romualdo se paró y se quedó un tanto asombrado del estado ruinoso de aquel lugar. ¿Cómo podía vivir allí el hombre más poderoso de Erdia? Por las acciones pasadas hace veinte años, bien se merecía un palacio pero aquel

hombre que conoció estaba en estado tan ruinoso como aquella casa. Abrió la puerta la cual ni siquiera estaba cerrada con llave (primer signo de dejadez); entró en una penumbra que solo disipaban rayos de sol que entraban por las rendijas de las ventanas; de súbito le invadió un hedor fétido que incluso a él le empezó a marear. Marina, que estaba justo detrás de él, se tapó con su pañuelo la nariz. Romualdo se temió lo peor pero empezó a separar los olores y no delataba ningún cuerpo en descomposición. Miró al suelo e incluso vio, a pesar de las bajas temperaturas, algún insecto que recorría un suelo tupido de polvo y basura. Allá por donde mirase una mezcla de rabia y estupor le inundó su interior; solo tuvo que pasar dos estancias sin apenas mobiliario hasta que llegó a la habitación donde se encontraba: al menos había tenido la mínima inteligencia de encender un fuego para no sufrir el frío de la estación en la que se encontraban. En rededor había decenas de botellas vacías de licor, algunas colocadas en esquinas y otras esparcidas por el suelo; sobre una mesita había bombines de un líquido prohibido y un mechero de gas junto a ellas. Manuel, aquel que fuera el hombre pulcro y de gran entereza estaba tirado aún vestido sobre una mugrienta cama; la almohada era un cúmulo de manchas superpuestas donde descansaba su cabeza de cabellera sucia y enmarañada. Había cogido muchos kilos y lo que antes era el cuerpo de un atleta, ahora era carne flácida: parecía un viejo más que un hombre de cincuenta años, incluso su piel tenía un tono levemente amarillo: la piel de un hombre con su hígado castigado. La rabia ya no cabía en Romualdo así que dio un paso enérgico y le propinó una patada a la cama que la hizo volcar. Marina soltó un grito temiendo que su hombre se hubiera lastimado. Manuel salió de debajo de la cama sobresaltado sacudiéndose la cabeza intentando despejarse. Tenía alguna herida pero no parecía que fuese de esa caída. Miró alrededor intentando localizar el origen de ese mal despertar y poco iluminada la estancia, solo vio a su mujer.

—¿Qué haces aquí? ¿Vienes a darme la monserga? —dijo de malas maneras.

—El que te la va a dar voy a ser yo y baja ese tono de voz —la sombra de Romualdo se alargó por toda la habitación y el eco de su voz rebotaba en todos los rincones como si fuera un coro en vez de una sola voz.

—¿Qué haces aquí? Teatrero, vete a salvar el mundo y déjame en paz. Nadie me ha de decir cómo he de vivir —escupió Manuel.

Entonces Romualdo se adelantó hacia él y le cogió de una oreja. Manuel empezó a quejarse pero la fuerza de El Mago le impedía

quedarse quieto; lo llevó en volandas hacia el baño y lo empujó hacia una ducha sin saber si funcionaría; le dio con el bastón a la manilla del agua y cayó el agua helada sobre el cuerpo de Manuel que le hizo exclamar. Romualdo le puso el cayado con la forma en cabeza de dragón sobre el pecho y su voz sonó tan potente que a Manuel le hizo encogerse:

—Dentro de dos horas en tu casa, despejado y limpio si no te han matado las drogas y el alcohol. Si no acudes en lo dicho, te mataré yo. ¡Vámonos Marina!

Marina hizo ademán de quedarse junto a Manuel pero Romualdo se lo impidió. Juntos salieron de la podredumbre de aquel lugar dejando a Manuel mudo de palabras.

En el salón de la casa del alcalde de Erdia, Marina estaba sentada junto al fuego. Aún lloraba con ese silencio que acompaña el sufrimiento que sentía. A su lado estaba Romualdo con la mirada fija en el reloj y sin tan siquiera mover la cabeza le dirigió la palabra:

—Esas lágrimas no las merece.

—¿Qué puedo hacer?

—Esperar y después, decide.

Se oyó el trastear de una llave en la puerta principal seguido de unos pasos decididos hasta que Manuel se presentó en el salón. Su aspecto había mejorado, aunque su cara delataba enfado y decadencia.

—Aquí estoy. ¿Qué queréis de mí? —bramó Manuel más que habló.

Romualdo, ante la insolencia de su osadía de esa voz de orgullo desmedido y lleno de razón que no tenía, se levantó y dio un paso hacia él el cual no se inmutó.

—¿Qué queremos? Lo que quiero es que atiendas a tus obligaciones tanto para esta ciudad como hacia tu familia, es tu deber y que yo vea, solo te dedicas a autodestruirte.

—No las quiero; todo está roto, yo estoy roto y ni mi mujer ni mis hijos me atienden. Se han alejado de mí y por eso los desprecio.

—No es cierto Manuel; el alcohol y esas drogas te poseen y tú eres quien te has alejado. ¿Dónde está aquel hombre gallardo que tanto me amó? —dijo angustiada Marina.

—Lo mataron —escupió Manuel.

—No deberías…

—Tú no eres quién para decirme lo que he de hacer: un actor de teatro que recorre las ciudades solo para pavonearse. ¿Y tú? ¿Ya tienes quién te caliente la cama? —cortó Manuel las palabras de

Romualdo.

—¿Cómo osas hablarme así? Yo que te he dado mi juventud, que te entregué enamorada mi virtud, que te he regalado la vida de dos hijos… —dijo Marina ya enfrente de él.

Entonces Manuel cogió a Marina del brazo con fuerza y la apartó de un empujón chocando ella contra el sillón y dando un quejido lastimero de dolor. Manuel dio un paso hacia ella, pero Romualdo ya se había interpuesto entre ellos y lo miraba con rabia contenida. Manuel lo golpeó pero él no se movió ni un ápice de su posición, ni siquiera reflejó en su rostro que aquel golpe le hiciera el más mínimo daño. Volvió a intentarlo pero su brazo fue interceptado por la mano de Romualdo.

—Yo no soy una mujer indefensa y tú no tienes ni la menor idea de lo que soy— Dijo Romualdo con una voz tan profunda que hizo titubear a Manuel.

—Ni yo tampoco —replicó Marina.

Así como Marina pronunciaba esas últimas palabras, flanqueó al mago por su derecha y con una patada en sus partes, hizo doblar a su agresor de dolor; cuando se incorporó, le propinó un bofetón en la cara que enrojeció la mejilla de aquel hombre.

—Y ahora ¡Fuera de mi casa! No vuelvas a cruzarte en mi camino ni en la de mis hijos —gritó con fuerza Marina.

—¡Soy el alcalde de Erdia! ¡No me puedes prohibir nada!

—Pero yo sí y con el poder que me ha otorgado Héctor, director de las cinco ciudades del este, yo te destituyo porque al fin y al cabo fuiste alcalde pocos años. Tienes dos días para abandonar la ciudad, tienes tu exilio o en Azuer (feudo de Ulsan) o en Tierra de Nadie. Tú eliges y allí podrás reflexionar sobre la villanía de tus actos.

—Oblígame si tienes valor.

Romualdo apuntó con la cabeza de dragón que era una de las puntas de su cayado y le empujó con una fuerza que en ningún momento pudo contrarrestar Manuel, hasta que le expulsó de la casa tirándole al suelo nevado de la calle.

—¡Dos días! —ejecutó Romualdo.

Aquel infeliz dominado por sus vicios, se levantó avergonzado ante la poca gente que paseaba por aquella calle y trastabillando, se alejó de la vista de Romualdo que volvió a entrar en la casa de Marina. Se acercó a ella y la abrazó largo tiempo hasta que a ella se le sacaron las lágrimas y entonces le habló:

—Ejecuta la orden del director y que yo lo vea pues si no lo haré

yo: que tus hijos se vayan con su abuelo Marcos unos días, no des lugar que en su memoria guarden ningún bochornoso espectáculo que pudiera ofrecer su padre y yo, Romualdo, te nombro alcaldesa de Erdia en nombre de Héctor (aunque siempre lo has sido) —dijo ceremonial Romualdo.

Asintió con la cabeza, se acercó a un escritorio cercano y de pie, escribió una carta la cual introdujo en un sobre; por uno de los pocos y novedosos interfonos reclamó que vinieran a su casa a recoger una orden urgente.

—Con mucho dolor ya está hecho.

—Cada uno elige su camino mujer; que no te arrastre a ese pozo hediondo que ha caído y rehaz tu vida, pues te lo mereces. Ahora con tu permiso, voy a ver a las chicas, alcaldesa.

—Salúdalas de mi parte; quizás mañana vaya a verlas.

—Usa ese interfono para una montura si no es mucho pedir.

—¿Un caballo?

—Sí, sin silla de montar ya que no tengo mucho tiempo. Tengo después que viajar a Altamiras a explicarle a un amigo cosas que quizá no le agraden.

—Ahora mismo.

Marina hizo lo que pidió Romualdo y en pocos minutos tenía un caballo enfrente de la casa. Él montó a pelo mientras copos grandes de nieve bailaban a su alrededor.

—Gracias Mago por abrirme los ojos —agradeció Marina.

—Era necesario. Cuídate que te hace falta.

—Así lo haré.

El caballo reaccionó cuando le dio Romualdo un golpe suave con su cayado en sus grupas y fue recorriendo al galope las calles de Erdia hasta que dio con la casa donde se alojaban las chicas. Llamó con tres golpes de su cayado y una mujer de avanzada edad le abrió con cara agria.

—¡No hace falta dar golpes tan fuertes para llamar a la puerta de una casa! ¡Vaya pintas que tiene usted! ¿Qué quiere?

—Soy Romualdo y vengo a ver a las chicas. Le habrán informado quién soy ¿no?

—Por su nombre sí, puede pasar pero espero que tenga mejores modales.

—Lo intentaré señora.

Romualdo se adentró en la casa dejando antes su sombrero y la capa en la antesala, apoyó el cayado en la siguiente esquina y ya en el salón vio a las tres chicas con ropas ya de cama. Se aproximó a ellas frotándose las manos fingiendo un frío que no tenía y las tres

rieron porque sabían de sobra que no lo padecía.

—A veces no puedo evitar actuar; son demasiados años aquí. En pocas horas me dirijo a Altamiras pues tengo que visitar a Karmen y volveré lo antes posible.

—Estaremos bien tío Romualdo —dijo cándida Ángela.

—Vigilad la casa de la alcaldesa pues un hombre ha perdido la cabeza ahogado en drogas y alcohol.

—Lo haremos, no te preocupes por ese tema —dijo Arcadia bostezando.

—Lo que peor llevo es no saber dónde se encuentran esos que llamas hombres sombra, Ángela —dijo casi ausente Romualdo.

—Alguno ya está aquí, en Erdia; no sé exactamente dónde pero sé que está dentro de la ciudad.

Romualdo impresionado, se giró hacia Ángela estupefacto y solo pudo decir angustiado:

—¿Cómo?

En un tupido suelo alfombrado por la nieve, iban posando sus pies Prometeo que iba de la mano de Derán, la Dama Blanca. Ella había vuelto a Ulsan y él la acompañaba. Noelia se cogió un tren anterior a ellos para ayudar en varios asuntos a los que se ocupaban de gestionarla. Era frecuente que lo hiciera hasta el punto que tenía una casa allí. Derán estaba alegre como casi siempre era su humor, miraba repetidamente de soslayo a Prometeo que miraba fijamente al frente: un caminante ausente. Fueron allí calle tras calle hasta que llegaron a las proximidades de la casa que le había procurado Héctor a Derán: era de buenas dimensiones y estaba falta de luces como si la casa estuviera abandonada. Derán desunió la mano con Prometeo y con una corta carrerilla llegó casi al portal de la que ahora era su casa. Se dio la vuelta hacia Prometeo y le dedicó una sonrisa que hubiera fundido un glaciar entero.

—¿Por qué has querido que te acompañe? —le dijo Prometeo.

—Sabes que poco me gustan las preguntas, a veces ellas por mucho que las formules no tienen respuestas. Simplemente porque me es muy grata tu compañía —contestó Derán mientras ladeaba su cabeza desplegando su cabello de oro blanco hacia un lado.

—Perdona mi estado, pero es que aún no asimilo lo que ha dicho Romualdo de mi pasado —dijo Prometeo casi como si fuera un perdón.

—Prometeo…

La Dama Blanca volvió sobre sus pasos haciendo voltear su vestido blanco corto de capas semitransparentes; llegó junto a Prometeo y se puso de puntillas para darle un beso chico en sus

labios.

—Lo que antes fuiste ahora no eres. Ahora eres un defensor de las cinco ciudades, un padre y un hombre de la mujer más bella— dijo Derán con un acento dulce.

Por fin Prometeo cambió la faz de su cara y le sonrió a aquella mujer menuda que en la poca iluminación de aquella calle, parecía que ella irradiaba una blanca luz.

—Te tengo en alta estima Derán, pero vuelvo a casa.

—Querías decir que me quieres, señor de las palabras. No escondas las más bellas solo para tu mujer, regálame de tus labios la entonación de tu voz con esas palabras —pidió Derán con su coqueteo inocente.

—Es cierto que te amo, ¿y quién no? En nuestra oscuridad siempre eres la luz que nos guía para salir de ella —usó una extraña entonación que parecían varias voces quienes las pronunciaban.

—¡Oh! ¡Qué bonito! Y ese eco que parecía que tus palabras se oían desde todos los rincones —volvió Derán a besarle otra vez en su boca rodeándolo con sus delgados brazos.

Luego en su altura, puso su rostro en el pecho de Prometeo y le abrazó unos segundos entonces se retiró y fue hacia la casa. Prometeo estaba complacido de la muestra de cariño de esa mujer que parecía una adolescente recién florida, pero él sabía ciertamente lo poderosa que era (o eso creía).

—Adiós Prometeo, vuelvo a esta casa pues mis gatetes se han hecho grandes y tengo que cuidarlos. Dale un beso a Noelia y también recuérdale lo mucho que la quiero.

—Así lo haré Dama Blanca y ten dulces sueños.

Derán hizo un simpático bostezo y entró en la casa; una débil luz se encendió y Prometeo se encaminó hacia la casa que tenían en Ulsan. Levantó la vista sin parar de caminar viendo en esa noche un cielo encapotado sin estrellas ni luna. Era tarde por lo que aceleró el paso hacia el calor esperado. Al consuelo que daba los brazos de su mujer y entre la calidez de su piel, olvidaría toda esta falta de recuerdos que ya la Dama Blanca había atenuado. Flashes intermitentes de rayos entrelazados debatían titánicamente entre los algodones negros de las nubes, se olía fuertemente cargado de Ozono el ambiente y la tormenta era inminente. Las primeras balas de granizo le impactaron a pocos metros de su destino y los tejados tamborileaban frenéticos ante la caída de las bolas de hielo que los castigaban.

Entró con impacto del olor a hogar; era tan agradable estar junto a su amada que al cerrar la puerta se atenuó la melodía brava de la

atmósfera. A pesar de que ya pasaba la cuarentena, la luz del fuego transparentaba una figura espléndida con ese camisón.

—Ya está Derán en su casa —le dijo con amabilidad Noelia.

—Sí, y yo en la nuestra —musitó Prometeo mientras abrazaba a su mujer y la besaba.

Sus manos se movían lentamente bajo la tela que la cubría y ella sonría complacida.

—Me ha dicho que te recuerde que te quiere. Yo ni lo menciono pues es evidente —susurró Prometeo.

—Sé que nos quiere y nosotros también ¿quién no podría amar a esa misteriosa criatura? —dijo Noelia mientras echaba hacia atrás su cabeza por el placer de las caricias.

—Sus enemigos que son los nuestros. Amor, echo de menos a nuestra hija. Es tan parecida a ti…

—Es más bella y por la reacción de Romualdo, muy peligrosa.

—Temo por ella pero tengo fe ciega en el mago —dijo dubitativo Prometeo.

—Creo que es momento de dejar las palabras a un lado y dejar que la pasión se suelte sin ningún reparo —dijo Noelia con una sensualidad que dejó sin palabras a Prometeo.

De la mano salieron del salón, traviesos entre risas y cuando pisaron el primer peldaño, Prometeo paró.

—¿Puede ser que estén llamando a la puerta?

—Con este tiempo ningún mensajero se aventuraría a andar por las calles —dijo contrariada Noelia.

—A no ser… que fuera muy urgente —replicó Prometeo.

Los golpes ahora más claros se oyeron en la puerta.

—Cómo no sea urgente, pero que muy urgente, sabrá lo que es que me interrumpan estos momentos con mi hombre —dijo muy enfadada Noelia.

Prometeo abrió la puerta y un hombre con un capote recio que le protegía de los elementos y temblando de frío con la voz temblorosa, habló:

—Tengo un mensaje urgente para el señor Prometeo.

—Por favor, pasa o te congelarás ahí parado. Caliéntate en el fuego.

El mensajero reparó en la alcaldesa de Vera y en la liviana ropa que llevaba que hizo que no le hiciera falta ningún fuego para que sus mejillas se enrojecieran.

—Con permiso.

Prometeo sonrió y no se tomó a mal la reacción de aquel hombre pues no portaba maldad y bien sabía que su mujer era muy

atractiva. Noelia sí reparó en que estaba muy ligera de ropa y se puso su largo abrigo que colgaba del perchero de la puerta; esperaron a que el hombre se hubiera calentado y Prometeo se puso a un lado esperando el mensaje. Aquel hombre comprendió la impaciencia y le entregó un sobre. El sobre ponía Antón en letras grandes y con una bella caligrafía.

—Me voy señora alcaldesa, siento mucho haberles importunado pero me dijeron que era de vital importancia que llegara a usted, señor Prometeo, lo antes posible —dijo el mensajero justificándose.

Prometeo abrió las puertas de un armario contiguo de floral ebanistería, sacó un frasco de licor y un vaso, vertió una generosa cantidad y se la ofreció a aquel hombre.

—Te ayudará en la vuelta.

El mensajero dio buena cuenta de aquel líquido y con un movimiento de asentimiento, se marchó. Nada más oírse como se cerraba la puerta, Prometeo le entregó a Noelia el sobre.

—Pero si el sobre es para ti.

—Entre nosotros no hay secretos, mi amor.

Noelia sonrió complacida por la confianza otorgada y cuando abrió el sobre, miró extrañada lo que allí había escrito.

—¿Qué pone cariño?

—¡A Mesa, ya! Es lo que pone, tiene que ser muy urgente así que voy a prepararme.

—¡Alto señor Prometeo! —gritó Noelia con potencia. Primero se va mi hija, ahora tú. De eso nada —volvió a hablar Noelia visiblemente enfadada.

—Vente conmigo. En Mesa fuimos muy felices pues allí consumamos nuestro amor.

—Y donde casi te mata aquel caminante —replicó Noelia.

—No te volveré a dejar sola y dudo mucho que hubiera podido conmigo.

—Ni lo quiero estar así que, parto contigo. Yo también me prepararé.

Prometeo sonrió; esa era la brava Noelia: de carácter indestructible que siendo mortal se enfrentó al sin nombre. Pero ahora el peligro era mucho y Noelia se percató de la aflicción de Prometeo.

—Cariño, si he de morir, que sea a tu lado de joven o de mayor pero junto a ti.

—Yo te lo prometo.

—Eso ponía la lápida del cementerio cuando engañaste a Albert y a mí aquí en Ulsan —dijo haciendo un mohín Noelia.

—Premonición.

—Partamos. ¿Qué es lo que tanto le urge a Antón?

—Descubrámoslo juntos.

El último tren de Erdia a Altamiras llegó ya bien avanzada la noche. De él se apeó Romualdo, El Mago. Con su estrafalaria indumentaria llamaba mucho la atención, aunque no era mucha la gente que aún viajaba a esas horas tan tardías. Allí era bastante conocido ya que sus obras de teatro tuvieron bastante éxito en esa ciudad. Algunos le saludaron, otros se atrevieron a acercarse y felicitarle por su arte recién descubierto y que llenó a mucha gente de satisfacción. Romualdo los saludaba pero ya solo caminando por las calles casi desiertas de Altamiras, le invadió una súbita tristeza al pensar qué le ocurriría a toda esa gente que ignoraba la amenaza que se cernía sobre ellos y, como en todo conflicto, casi todo el daño se cebaba en los inocentes. Apresuró el paso pues tenía que confesarse ante Karmen pues era lo justo. En toda su larga estancia jamás tuvo un amigo tan fiel y desinteresado. Esperaba no sorprenderlo dormido así que, por cortesía, buscó una de las casas que poseía en cada ciudad; estaba cerca de la de Karmen, por lo que no tuvo muchos pasos que dar: era pequeña y como la de su amigo, se encontraba en un barrio poco transitado: casas apartadas porque siempre la prudencia de no llamar en demasía la atención era buena mesura. Extrajo un llavero que portaba cinco enormes llaves y con una de ellas, abrió la puerta de la casa. Su mente estaba cansada pues su preocupación le agotaba y la verdad que debía confesar no podía ocultársela a él; era un lastre que debía soltar para encontrar algunos granos de paz. Encendió el fuego y se recostó en un cómodo sillón, no sin antes dejar su sombrero, su capa y su bastón. Su cuerpo no lo necesitaba pero su mente pedía entrar en un sueño reparador y mirando el fuego se durmió.

Despertó por la mañana que era gris y solo le separaba una calle de la casa de Karmen y María que a paso vivo la recorrió. Llamó a la puerta con el bastón a lo que María le abrió la puerta. Romualdo la salvó de una muerte segura en Tierra de Nadie, a ella y a su hijo, y ese agradecimiento nunca cayó en el olvido. Así con ternura y sin pronunciar palabra alguna, ella lo abrazó tirándole el sombrero de la cabeza. A Romualdo no le importó pues ese cariñoso abrazo era un bálsamo a las preocupaciones que le acuciaban.

—He venido a visitaros. Veo que estás muy bien pues tu sonrisa te delata. ¿Dónde está Karmen? —preguntó alegre Romualdo.

—Bienvenido seas y serás siempre y sí, me encuentro bien: tengo al hombre que deseaba, tengo a mi hijo fuerte y es un buen hombre,

en esta casa vivo cómoda y segura. Karmen está en el patio entrenando a Jesús. Karmen me da juventud pues apenas he envejecido en 15 años —dijo con signos de felicidad María.

—No sabes cuánto me alegran tus palabras. Voy a ver a Karmen pues tengo que volver a Erdia pero esta visita era necesaria —Sonrió Romualdo.

No mediaron más palabras y con su mano extendida, María le indicó la dirección del patio. Era una casa sencilla, limpia y ordenada. Por doquier había jarrones con rosas de todos los colores. Romualdo fue recorriendo el pasillo que desembocaba en un amplio patio donde Karmen y Jesús, ya de buena mañana, entrenaban. Al aparecer Romualdo en ese amplio espacio limpio de algún adorno, cesaron los ejercicios y Jesús se apresuró a saludar a Romualdo. El Mago abrazó al muchacho y con sus ojos y una sonrisa le indicó que entrara en casa para poder hablar con Karmen a solas.

Karmen sonrió al ver a un viejo camarada y se fundieron en un abrazo en mitad de aquel espacio. Karmen abrió la conversación.

—¿Qué te trae por aquí viejo amigo? ¿Traes buenas o malas noticias?

—Más bien una confesión, algo que he estado ocultando por una buena razón.

—Sentémonos pues y dime.

Los dos se sentaron uno enfrente del otro.

—Son tantas cosas que no sé por dónde empezar —dijo serio Romualdo.

—Dispongo de tiempo supongo.

Romualdo le contó que encontraron a Silvan y que lo retuvieron en una burbuja temporal; contó que había podido visualizar a quién pertenecía la esencia del tercer sin nombre, que ahora lo tenía Rafael. Karmen desprendió rabia recriminándose el no haberlo seguido hasta darle caza entonces. Romualdo hizo una pausa que hizo sospechar a Karmen.

—Pero eso a pesar de la mucha importancia que tiene, no es realmente a lo que has venido aquí —dijo inteligentemente Karmen.

—Es cierto.

—Pues suelta lo que retienes ya.

—No soy quién crees que soy. Soy un anciano mucho más antiguo que Derán y Sara, que sus padres y sus abuelos; Derán fue adoptada por los padres de Sara y por eso, ella sigue siendo un misterio y por último, que no te hice como eres ahora con drogas pues te mentí. Te cree tal como hicimos con otros en la única guerra que hubo entre nosotros pero no porque buscara defensa; ya me

ocultaba bien de los del otro bando pues soy el único superviviente del bando perdedor de aquel conflicto y tú, eres un guardián Karmen, mi guardián; quise concederte las ventajas que conllevan pero no le debes lealtad a nadie y eres el más poderoso de todos —confesó serio Romualdo.

Karmen agachó la cabeza ocultándola entre sus brazos y así permaneció largo rato hasta que Romualdo rompió su trance.

—¿Estás enfadado?

—¿Por qué debía estarlo? Seas lo que seas, es irrelevante pues fuiste mi único amigo en aquellos años. Qué más da el título que puedas ponerme; no amigo mío, para nada estoy enfadado aunque sorprendido quizás. Pero ¿acaso el cómo soy y lo que soy tiene más importancia que la relevancia de la amenaza que se cierne sobre nosotros? Si acaso, te agradezco que pueda tener la fuerza que ahora tengo para defender a mis amigos y a mi familia, así que Romualdo, simplemente gracias.

Se levantaron de sus asientos y volvieron a fundirse en un abrazo. Romualdo hizo algo que no le había ocurrido en muchísimo tiempo: derramó lágrimas de felicidad en ese amigo que fue toda la extensión de esa definición. Karmen fue ahora quién interrumpió aquella bonita escena.

—¿Cuándo vendrán?

—Flora los llama hombres sombra y será pronto.

—Esta ciudad es grande, estoy solo.

—Los ancianos han dicho que nos ayudarán, un guardián por ciudad. A lo mejor ya está aquí, escondido o escondida y preparado para el momento de actuar.

—Romualdo, tengo la impresión de que te guardas algún secreto.

—Qué bien me conoces mas no te lo puedo decir.

—No importa. Sobrevive a esto Romualdo pues haces falta.

—Sobrevive tú también Karmen, tú me haces falta a mí.

Karmen quedó en el patio y Romualdo se adentró en la casa para despedirse de Jesús y María.

—¿Volverás a visitarnos? —preguntó María.

—He de partir a Erdia, he de cuidar a tres chicas y a una ciudad.

—Karmen nos protegerá aquí a todos.

—Tendrá ayuda María y de quién menos sospechas; no estará solo en la lucha.

María lo miró intrigada mientras la silueta de Romualdo se empequeñecía en la distancia.

25. PRIMERAS MUESTRAS

En la más alta torre del reconstruido castillo de feudos de Mont-Elo, aunque el tiempo cruel del invierno azotaba gélido a aquellas alturas, estaba Gabriel mirando fijamente hacia el norte impertérrito como una estatua. Solo se movían sus ropajes movidos por las corrientes de aire. De la escalera de piedra que estaba a la espalda de Gabriel, empezó a surgir una mujer bien abrigada con los brazos cruzados; el abrigo que la cubría estaba hecho de mil retales de diferentes tejidos y colores. Tenía una melena larga y rubia que danzaba frenética al compás del fuerte viento. Se acercó a Gabriel y lo abrazó por la espalda, gesto que él le respondió cubriendo sus manos y acariciando sus helados dedos.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa que después de tan largo viaje ni tan siquiera hayas ido a verme? —dijo Marion con voz melancólica.

—Que vengan por esta parte pues solo estoy yo para defender este lugar y esto me preocupa —dijo con voz casi ausente Gabriel.

—No estás solo, aquí todos te quieren y darían su vida por ti.

—No quiero que den su vida ni quiero que se la arrebaten; quiero que vivan en paz lo que les toque vivir, eso quiero, tanto como te quiero a ti mi niña de cabellos del color del trigo —así se giró Gabriel y besó a Marion con mucho amor.

—Ya tengo cincuenta años y ya no soy una niña pero, tú siempre joven.

—A mis ojos estás más bella como el día que te vi ya siendo mujer.

—Bajemos, caballero adulador para que esas palabras las transformes en caricias pues has estado demasiado tiempo muy lejos de mí.

—Solo fueron días.

—Una eternidad.

Gabriel le dedicó una sonrisa e inició el descenso de la mano de Marion. En la base de aquel castillo entraron en una gran habitación en la que solo había dos sillas, una mesa de buenas dimensiones y una enorme chimenea que parecía la boca de un gigante que se alimentaba de fuego.

—Preocúpate cuando llegue el momento, ahora disfrutemos como si mañana fuéramos a morir.

En Selva, la llegada del director de las cinco ciudades del este junto a su mujer Sara, llenó de alegría a todos los habitantes de

aquel bello feudo cuando los reconocieron montados en dos caballos adornados siempre con los colores de la casa de Héctor. Cuando arribaron a la casa, Héctor le dio la mano a Sara y con una sonrisa de complacencia y de esa entrañable forma, entraron en su hogar que pese a la posición de Héctor era bastante humilde. Hacía frío ese invierno, uno notablemente gélido pero como antes de cualquier invierno, todas las casas se aprovisionaban bien para que no faltara ni calor ni alimentos: otro de los muchos logros de la gestión de aquel menudo hombre que se acompañaba siempre de su mujer Sara, la cual aprovechaba toda su sabiduría en beneficio de aquellas ciudades. Sara no necesitaba de ayuda en aquella casa salvo en raras ocasiones que pedía ayuda por falta de tiempo. Amaba la intimidad de aquel rincón de Selva. Héctor era de su mismo parecer aunque por sus obligaciones y constantes viajes, apenas podía disfrutar y aquel momento era uno de esos, además, la ausencia de su hija Flora era un vacío que impedía el círculo completo de esa ansiada comodidad que sentía con sus mujeres dentro de casa. Sin pronunciar palabra, fue hacia la chimenea aprovechando que Sara fue a las habitaciones superiores a cambiarse de ropa y encendió un fuego para ahuyentar el frío que habitaba en aquel salón. Una tormenta de preocupaciones le colapsaban su pensamiento sin saber cómo darle solución. Confiaba en Romualdo y en Antón pues ellos estaban acostumbrados hacía siglos a la organización de telarañas de tramas. Sara bajó con un camisón que era tan liviano que mostraban sus encantos femeninos, su larga cabellera de color rojo se desparramaba ornamentando sus hombros y sus largas piernas movidas por andares sinuosos no pudieron más que embrujar como tantas veces hizo a Héctor. Ella lo comprendía pues sobre él caía la responsabilidad del bienestar de todos los habitantes que vivían ajenos a lo que se aproximaba.

Él tenía ganas de montar un pequeño ejército para enfrentarse a los que su hija llamó hombres sombra, pero ni sabía por dónde vendrían ni cuándo lo harían, solo cabía estar alerta mas la ausencia de Flora le angustiaba. Sara se acercó hablando con tilde sedoso a calmar a Héctor.

—¿Qué es lo que te atormenta que te hace estar ausente?

—No saber cómo afrontar este problema me llena de impotencia.

—De este asunto son otros los que se ocupan; te aseguro que no pueden estar en mejores manos —habló Sara apaciguándolo.

—¿Y Flora? La echo de menos y temo por ella.

—Mi amor, ¿no te has dado cuenta de que en quince años no he

envejecido nada? —respondió Sara.

—Te veo igual que el primer día que quedé prendido de ti. Nunca he reparado en que envejecieras —confesó Héctor.

—Mi ciclo ha terminado pues he dado a luz a una hija de sangre antigua y ya no puedo reencarnarme más; si muero ahora, será para siempre, aun así, ahora soy más poderosa y nadie ha reparado en ello. Soy una anciana y Flora es muy fuerte. Romualdo se ha confesado a otros pero yo he descubierto su secreto. Aun estando lejos de donde se sinceró, tengo poderes que no te puedo explicar, como por ejemplo, que a veces el viento transporta palabras que necesito oír: él es también un anciano, aún más antiguo que los que habitábamos en mi nacimiento, aunque ya lo sabía. Derán, mi hermana, es adoptada pero nadie sabe de su procedencia y ha estado mucho tiempo con nuestra hija en lugares creados por ella. No es la única que puede manejar el tiempo como Rosalía y el conocimiento de milenios ha sido traspasado a Flora. Héctor, mi amor, que aquellos que venga teman por Flora; no temas tú por ella sino por los mortales de esta tierra. Tendremos ayuda de los ancianos ya que enviarán a cinco guardianes que son poderosos, aunque bien sabes que soy una guerrera y en un pasado remoto los cazaba, pues algunos se trastornaban y podían ser peligrosos y aún sé más: Prometeo es un guardián, el único superviviente de los guardianes de la única y primera guerra de nuestro antiguo pueblo, como Romualdo es el único anciano de la facción que fue derrotada. Se ha ocultado junto con su secreto —dijo Sara ante los ojos desorbitados de Héctor.

—Esos secretos son abrumadores para un mortal como yo. No sé cómo reaccionar —dijo sin pensar Héctor.

—No sé qué ocurrirá, pero mi amor, he estado desatendida mucho tiempo por tus viajes y por tus ocupaciones. Es hora de que subamos y la intimidad nos cubra con nuestro deseo, así lo quiero; necesito que me ames, necesito ser amada por el hombre que quiero. Aparca las preocupaciones pues todos padecemos la incertidumbre de lo que nos deparará los días venideros, simplemente, ámame que es lo que en estos momentos preciso —dijo como una oración Sara.

Héctor no pronunció palabra alguna, se acercó a su mujer y la besó con ternura. Sabía que, aunque viniera una tormenta violenta, ahora había calma y aprovecharía los buenos momentos pues los malos ya vienen traicioneramente solos.

A muchos kilómetros al sur, un grupo de hombres que se movían impunes a cualquier amenaza en aquella salvaje Tierra de Nadie, se

pararon de golpe en su marcha: tenían la piel de un gris pálido y por un cuerpo recorrían serpenteantes venas negras bien marcadas. Sobre su piel, hilillos de vaporosa textura salían de su cuerpo y se recogían. No hablaban entre ellos y el cansancio no hacía mella en su marcha pero algo detectaron, algo inusual pues habían viajado por aquel inmenso bosque con un silencio producto del miedo que tenían los animales y los insectos que guardaban silencio. Habían parado en montañas sin nombre; el paso que coronaba la cima junto a una edificación titánica que unía dos montañas, la encontraron vacía y no hubo ningún atisbo de poder ejercer su fuerza ni su desmedida crueldad. Estaban en la Ciudad Muerta y antes de entrar en ella, pararon pues uno de ellos se llevó las manos a la cabeza y con un terrible dolor cayó de rodillas al suelo. Los zarcillos finos se hicieron más largos como queriendo salir de ese cuerpo dolorido. Fueron apenas unos segundos cuando se incorporó y miró hacia aquellas ruinas. Se movían simultáneamente pero aquel que sufrió las convulsiones tenía otro porte hasta que, con una voz potente de gran eco pronunció una sola palabra.

—¡Quietos!

Todos se quedaron quietos ante aquella orden y volvieron sus cabezas hacia él; aquel que estaba más cercano ante la exclamación profirió unas preguntas.

—¿Rey? ¿Rafael?

Aquel le miró de reojo y asintió pues su mente podía poseer a cualquiera de sus súbditos. Podía viajar tan lejos como se encontrará cualquiera de ellos, podía estar en un solo lugar mientras su cuerpo se quedaba resguardado en la torre que él mismo convirtió en trono y entonces empezó a mirar en rededor. Todos los edificios estaban en ruinas pero unas enredaderas de un groso tronco tan ancho como el brazo de un hombre fuerte, se ensortijaban entre huecos y alturas retorciéndose en espirales entre calles formando puertas circulares extrañas; sus espinas eran tan grandes como los colmillos de un felino y en contraste con esas plantas que dominaban todo rincón de aquella ciudad en ruinas, había grupos de florecillas de colores violáceos y estigmas amarillos que sobresalían de la copa de sus pétalos. A sus ojos no eran mortales; veía que periódicamente exhalaban una fragancia con puntos pequeños de polen. Aquella flora nunca jamás la había visto, aunque pudiera deberse a mutaciones de radioactividad residual de la antigua guerra. Con un gesto reagrupó a esos hombres sombra, se adelantó un poco y se giró alzando la palma para que se quedaran en el sitio. Aún estaban en la frontera del bosque con aquella ciudad

muerta; fue dando pasos cautos en su interior. Raro sería que pudieran causarle daño a un cuerpo tan poderoso como el que ahora tenía, pero compartía memoria con el tercer y último sin nombre. Esos recuerdos le advertían de los errores de los excesos de confianza que habían sido pagados muy caros por los anteriores: los dos que fueron sus compañeros hace muchos milenios. Confiaba en aquella voz interior y en su propia inteligencia; con prudencia se acercaba poco a poco hasta que pasó la frontera entre la calle y la espiral ensortijada de la gigantesca enredadera, se arrodilló ante el primer grupo de florecillas violetas y acercó la nariz hacia ella para inhalar su fragancia. Nada más iniciar la acción de acercamiento, la flor más cercana se contrajo y se expandió rápidamente para expulsar su perfume y en un acto reflejo se retiró aunque no lo suficiente para evitar envolverse en aquella nubecilla de partículas. Era embriagador y olía tan bien como los perfumes artificiales de antes de ser un durmiente. Esbozó una sonrisa de medio lado: ¡qué podía hacer esas flores a un ser tan poderoso como él! La advertencia era excesiva: una flor tan pequeña y tan sumamente delicada ante el poderoso rey de aquellos hombres sombra.

Se puso serio al percibir que su visión empezaba a sufrir leves episodios de desenfoque, de que sentía como por sus venas el polen la recorría desde los pulmones, se sentía diferente y empezó a dolerle levemente la cabeza para convertirse luego en un dolor agudo. Se sujetó la cabeza con las manos pues el dolor era insoportable hasta que dejó de ver; todo su cuerpo sentía corrientes eléctricas de dolor y no entendía cómo podía ocurrirle esta situación cuando su cuerpo en nada se asemejaba a un humano; aquellas flores estaban puestas para que les afectara solo a los nuevos cuerpos. El dolor pasó a ser tan fuerte que temió que le dominara la locura y salió rápidamente de aquel cuerpo enfermo; se apoderó del más cercano que distaba a varios metros atrás del antiguo y ya no había dolor, incluso comprobó que era más poderoso del que ahora se retorcía en el suelo. Avanzó unos metros hacia el antiguo cuerpo poseído y con un movimiento rápido y brusco le arrancó la cabeza de cuajo salpicando de sangre negra las cercanías: la primera baja y sin presentar batalla.

—Evitad acercaros lo más mínimo a esas flores violetas.

La seguridad colectiva se desmoronó pues se creían invencibles. Todavía no controlaban sus nuevos cuerpos pero eran tan veloces, tan ágiles y tan fuertes que en la mente de cada uno no contemplaban que nada ni nadie pudiese derrotarlos y, ahora tenían la evidencia de que sí podían hacerlo. Notaba que aquel lugar

pudiera haber sido remodelado ya que solo podía captar el recuerdo de tres esencias, las tres que estuvieron en su antigua ciudad. Captaba residuos de una esencia tan débil que era incapaz de identificarla.

—Vosotros dos, acompañadme.

Dos de aquellos hombres se acercaron a él y anduvieron unos pasos hasta una intersección. Rafael vio las ruinas de una iglesia antigua donde empezó a notar que los restos de esa esencia se intensificaban según se acercaban hasta que, un grito roto de dolor llenó el silencio de aquel lugar. Se giró hacia el origen y vio cómo aquellos troncos espinados desgarraban a uno de los suyos; le siguió otro alarido más mientras su otro acompañante seguía la misma suerte; se movió veloz hacia la iglesia y estaba a punto de conseguir llegar a ella hasta que tropezó. ¿Qué podía haber causado que perdiera el equilibrio?

En cuestión de segundos aquellos troncos se le enroscaban en todo su cuerpo clavándole unas enormes espinas llenas de un potente veneno y algo más: restos de una sangre reconocida. Antes de que aquel cuerpo pasara a ser prácticamente triturado, salió de él y poseyó a otro más aunque este ligeramente más débil. La trampa fue de Silvan, su sangre estaba allí; había perdido tres cuerpos pero tenía mil y por muy poderoso que se creyera aquel joven que destruyó su ciudad, él era más poderoso.

—Evitad estas ruinas y sed rápidos; esto es una trampa.

Así dejó con esas palabras aquel cuerpo para viajar mucho más al sureste.

En Vera amaneció después de dos días de que mi hija se fuera. Estaba en dos mitades bien separadas: en la comodidad de la cercanía de mi amada y otra mitad en las ausencias; también la incertidumbre de un futuro quizás poco esperanzador o quizás fácil de superar, aunque mi instinto desechaba la última opción. Una mañana blanca y mi amada aún dormía a pesar de que la claridad de este nuevo día invadía ya plenamente la habitación. De un beso en los labios cerrados y en el puro trance del sueño, rompí ese estadio y lentamente se fueron abriendo esos ojos castaños que me enamoraron.

—Buenos días mi amor.

—Buenos días, mi amada Raquel. ¿Has dormido bien?

—Al menos el despertar ha sido hermoso.

La volví a besar en los labios siendo ahora correspondido y querido: ¡qué paz me invadía el estar a su lado y qué sentimiento tan incondicional nos unía! Sin exigencias, simplemente nos

queríamos. Raquel se incorporó un poco mirándome directamente a los ojos.

—¡Vayamos a Altamiras a ver a nuestra hija!

—Mi amor lo deseo tanto mas no puedo dejar esta ciudad sola. En Vera solo estoy yo y la ciudad es enorme.

Hice una pausa y pensé en una solución resuelta.

—Ve tú junto a ella el tiempo preciso y vuelve cuando lo desees, yo te esperaré.

—Me duele alejarme de ti. Siempre que lo hacemos tanto tú como yo, siempre hay graves contratiempos.

—Y mucho te duele estar lejos de nuestra hija. Solo es un espacio corto de tiempo y se alegrará mucho de verte.

—Y más se alegraría de vernos a los dos juntos.

—¿Acaso crees que no lo deseo? Pero no puedo dejar esta ciudad huérfana.

—Entiendo. ¿Es que nunca acabarán las amenazas?

—No lo sé Raquel, ojalá esta sea la última. Ve a Altamiras pero no tardes mucho.

Raquel estuvo pensativa un largo rato sopesando qué hacer y librando una pequeña lucha interior. Se levantó de la cama para acercarse pausadamente a la ventana. Su silencio era música y su cuerpo mi templo.

No había parado de nevar los días anteriores y hoy no era excepción: sus pensamientos partidos se debatían mientras los copos de nieve danzaban al son de un viento casi inexistente. Al final dejándole su espacio resolvió su decisión.

—Iré a ver a Arcadia pero iré casi sin equipaje: unas mudas para obligarme a volver pronto.

Se acercó a mí y con sus manos sosteniéndolas como una copa en su barbilla, me besó con tal dulzura que hizo parar el tiempo; se fue al armario, se vistió para las inclemencias del clima y en un bolso de cuero introdujo algo de ropa íntima y enseres suyos.

—¿Me acompañarás hasta la estación?

—Esa pregunta me ofende Raquel.

—Pues vamos, tengo tantas ganas de irme como de volver.

Fuimos los dos juntos de la mano andando a la estación de tren mientras la nieve nos adornaba el camino. Se quitó un guante para ir de la mano y yo sentí ese calor que solo podía emanar de su piel; fue algo tan sencillo pero a la vez me llenó de una placidez que solo ella era capaz de darme.

Allí en la estación, una vez que ella desapareció engullida por la puerta del vagón, sentí un vacío que me recordó los días antes de

que la conociera en la universidad: mi último día de estudios. Era una tarea pendiente el volver a las clases pues mis ansias de aprender estaban muy lejos de ser saciadas incluso sería divertido estar sentado junto a mi hija mientras daban clase.

El tren partió y ella con él. Según se alejaba el tren, el humor fue cambiando hasta hacer desaparecer la sonrisa que llevaba casi siempre puesta mientras estaba con Raquel; percibí que un guardia se acercó a mí y esperó paciente a que le prestara atención y así lo hice girándome hacia él.

—¿Señor Silvan Ellan?

—Ese es mi nombre.

—Tengo un mensaje para usted.

—Dígame pues.

—En la puerta norte ha llegado un hombre extraño que pregunta por usted.

Lo de un hombre extraño me sonó mal pues ese adjetivo podía incluir desde una amenaza a una ayuda así que, me dirigí rápido hacia aquella puerta que días atrás yo mismo crucé. Al final de la escalera se me había puesto una montura, cosa de agradecer debido a la premura de despejar esta duda.

Poco fue el tiempo que tardé en llegar a esa puerta. Al llegar no vi nada más que los guardas que por la parte interior la custodiaban; se había reforzado mucho la seguridad. Bajé del caballo sin que él se llegara a parar del todo, me acerqué a los guardias intentando aparentar sosiego el cual no tenía y me costaba mucho actuar.

—¿Dónde está aquél que pregunta por mí?

—Detrás de la puerta, señor Silvan; no entrará hasta que usted le invite a ello o eso dijo —se apresuró a contestar el guardia de más rango.

No esperé más, ni siquiera a que ellos abrieran la puerta. Abordé esa enorme puerta del norte de Vera y abrí la portezuela. Me quedé petrificado al ver un hombre con una armadura que le cubría todo el cuerpo de un blanco grisáceo, pero estaba reluciente. No era como otros que vi en libros antiguos, estaba pegado a su cuerpo y era un hombre corpulento; llevaba en su espalda una espada de grandes dimensiones, desmontó y su casco no cubría los ojos ni la boca y ellos me resultaban familiares; no era nada que tuviera que temer, pues así lo intuía. ¿Sería el guardián que prometieron los ancianos? Presto se quitó el casco y lo reconocí.

—¡Orlando!

—Me has recordado después de quince años; vengo a darte una

mano. Antón me ha escrito y en esas letras explicaba la amenaza.

—Creo que para mí fue más reciente nuestro encuentro en el paso de las montañas sin nombre, pero eso como las buenas historias, se explican mejor delante de un buen fuego.

Di mi nombre al guardián de más rango para que informara al alcalde en funciones de Vera y proveyera a Orlando de una casa, pues sería de gran ayuda y me sentía ya menos solo esperando lo que pudiera acudir a la ciudad de Vera; era un durmiente igual que Antón, Gabriel, Dasos, Valerio, el difunto Román y mi difunta madre.

—Vayamos a mi casa mientras te buscan una aquí.

—No necesito mucho pero que sea lo más céntrica posible para tener el acceso rápido a cualquier punto; no sabremos por dónde vendrán ni cuándo.

—¿Conociste a Rafael?

—Sí, claro. Estaba con nosotros en el laboratorio y fue el único que solo recibió el beneficio de la longevidad. Por lo demás, era un ser introvertido y poco dado a hacer amigos. Enseguida se fue de nuestro lado y evitó contacto alguno con nosotros hasta…

—¿Inferno?

—Sí. Allí nos dimos cuenta de que era perverso y egocéntrico: crear una ciudad así era no tener una mente sana.

—Es él quien dirige ese ejército de hombres sombra.

—Antón me puso al corriente.

—¿Por qué no le parasteis? Podríamos haber evitado esto.

—El Mago lo intento junto a ti, destruisteis la ciudad y en cambio no se pudo evitar nada.

—Lo que ocurre en el pasado nada se puede rectificar; ahora nos toca solo defender esta ciudad. Basta ya de cháchara y vayámonos a tu casa. No estoy acostumbrado a estas urbes. Aún tengo que adaptarme a sus calles y a tanta gente. Ya no estoy en la cima de una montaña guardando su paso —dijo Orlando.

—Vayamos pues.

Se abrió toda la puerta con un sonido estridente, con ella ya montado otra vez en su caballo, entró Orlando y el viento frío del norte. Cabalgamos sin mucha prisa hacia mi casa; sentí alivio al tener a mi lado a alguien que percibía muy poderoso. Al llegar a casa vi algo extraño: había un paquete cuadrado de dos palmos de ancho y alto casi cubierto de nieve; desmonté y entre lazos, había una carta. La abrí ante los ojos de Orlando y solo vi dos palabras:

—Primeras muestras.

Abrí la caja y al ver su contenido, la solté horrorizado. Al caer al

suelo, dos cabezas decapitadas rodaron por el suelo. Una era de la anciana Rosalía y la otra no me era conocida. ¿Cómo podía haber llegado el paquete a casa? ¿Estaban ya aquí escondidos desde hacía tiempo?

Orlando se puso a mi lado, miró a aquellas cabezas y se giró hacia mí:

—¿Son de ancianos?

—Sí, una la conozco, pero la otra no.

—Están aquí, esperando a que vengan más y no podamos detectarlos: malo.

—Peor que malo.

Al día siguiente estaba alerta y junto a Orlando recorríamos todas las calles intentando encontrar algún indicio que los delatara, pero no encontramos ni un leve rastro. Era frustrante. Acompañé al final del día a Orlando a su casa en Vera: era humilde pero como demandó, céntrica. Mi paciencia estaba ya casi extinguida; saber que estaban dentro de las ciudades o la incertidumbre de las preguntas que me atormentaban. ¿Dónde estaban? ¿Cuántos eran? Hicieron que tomara una decisión imprudente.

—¿Orlando?

—Dime Silvan.

—Voy al norte a Tierra de Nadie, no sé nada de los que nos amenazan. Quizás en algún bosque cercano la Madre Tierra me pueda dar al menos indicios de ellos.

—Ya me contó Antón el gran poder que atesoras al tener esa unión con la naturaleza. Parte hacia donde tengas que ir pues confío en las decisiones que tengas que tomar.

—¿Me acompañas?

—No sería prudente, ¿no crees? Están aquí y lo sé, lo sabemos pero son pocos o incluso quizás solo uno, sino habrían dado la cara. Es mejor que esté aquí por si comienza la lucha desde dentro.

—Estás en lo cierto.

Dejé solo a Orlando en el centro de la ciudad de Vera. Lo vi vigilante y confiaba en su fuerza, tenía que hacerlo. Los demás lugares donde estaban ubicados los nuestros, era una jugada estratégica para al menos afrontar el peligro desde diferentes puntos. Fui hacia la puerta norte estando yo fuertemente armado. Al primer guardia que encontré lo abordé con instrucciones precisas para el alcalde en funciones de la ciudad; teníamos la mayor fuerza armada aunque sospechaba que ante la amenaza de esos hombres sombra, un humano poco podría hacer ante ella. Una vez dado el aviso, no tardé mucho en llegar a mi primer destino; allí pedí una

montura y menos tardaron en concedérmela pues los establos estaban cerca. Una vez entreabiertas las inmensas puertas, lo suficiente para traspasarlas, monté en el caballo y salí de Vera.

Me dirigí hacia el noroeste evitando Selva. Allí estaba Sara que protegería a su querido Héctor y a ese bello feudo. No fui por ningún camino ya que pocos había en la dirección tomada; necesitaba intimidad para conseguir la suficiente comunicación lo más potente posible con la Madre Tierra. El último pensamiento me hizo entristecerme así que paré el caballo y miré al frente. Puse todos mis sentidos en rededor ya que no había momento para que mi mente divagara, debía estar alerta.

Ya llevaba una hora cabalgando entre arbustos y árboles bajos hasta que llegué a la linde de un bosque que me era familiar. Fue por este bosque donde huimos de la ciudad fuera de las garras de la extinta hermandad. Cuando me vi dando vueltas con el caballo por tierra, el animal relinchaba de dolor pues le habían golpeado en el flanco con una fuerza poderosa. A la tercera vuelta no lo vi, se había roto el cuello mientras el mundo giraba por la inercia de aquel ataque. En la que mis pies tomaron contacto con el suelo, me impulsé hacia arriba rompiendo aquel ciclo. Aún estaba conmocionado pero en aquella altura intenté divisar a mi agresor. Entonces algo grande, muy grande me apresó por la espalda y sentí como sus colmillos se hundían en mi espalda. Tenían veneno pues aparte de la herida, sentía como empezaba a recorrer mi torrente sanguíneo, pero se fue neutralizando poco a poco en la que era una medida frenética del tiempo. En un fugaz pensamiento recordé despertar enrollado en una zarza que estaba unida a mi cuerpo y que mi sangre ya no era roja sino violeta mezclada con la savia de aquella planta. Era inmune al veneno que ahora me querían inyectar. Aquel ser que me aferraba echó su cabeza hacia atrás pues dejé de sentir sus colmillos en mi carne y profirió un alarido que no era humano, mas fue un aullido de dolor. Mi sangre no era solo antídoto sino que era veneno para él con lo que aproveché para librarme de su agarre y dando media vuelta, me quedé mirando de frente a mi agresor. Había caído de espaldas y me era un ser conocido; eran aquellos lupinos que creo Raven, pero me parecían algo diferentes. Tenían calvas en su piel ausentes de pelaje donde se veían venas negras prominentes sobre su piel; no era la misma criatura de las que nos atacaron en Nocturna pues la hubiera presentido y yo era más poderoso que entonces aunque su fuerza era mucho mayor. Yacía en el suelo aturdida pero no tardó en incorporarse; esos segundos fueron mi ventaja para poder

desenfundar una pistola de gran calibre y descargar dos disparos en su pecho, justo en su corazón. Aquel ser ni se inmutó y se abalanzó hacia mí con una velocidad increíble; me giré lo justo para que sus garras solo atravesaran el aire y de espaldas hacia mí con las espadas nuevas, le hice un tajo profundo del cual no salió sangre ninguna y no le produjo ni el más mínimo dolor. Se giró bruscamente hacia mí golpeándome con el dorso de sus garras y me impulsó varios metros hasta que choqué con un árbol. Cuando alcé la cabeza vi unas fauces abiertas que se cerraban sobre mi cabeza. Había sido vencido en la primera batalla y moriría sin poder vencer ni a uno siquiera de las huestes de Rafael. Cuando en medio de las fauces salió la punta de una espada que quedó a varios centímetros de mi rostro quedando aquella abominación inerte; aquella espada desapareció de aquel rostro y el monstruo cayó de costado. Entonces vi a una mujer menuda que limpiaba su arma con un pañuelo de encaje blanco que tiró al suelo después. Entonces me tendió la mano para que me incorporara.

—Eres un poco imprudente para adentrarte en estas tierras con los que ahora deambulan por ella.

—Gracias por salvarme.

—Tengo que salvar a muchos más. Me dirijo a Erdia. ¿Hacia dónde está?

—Al suroeste de aquí. ¿Tu nombre?

—Siento no podértelo dar.

Estaba delante de aquella mujer menuda cuando recordé lo que me contó Romualdo y tenía una segunda pregunta que formular.

—¿Eres un guardián de los ancianos?, ¿verdad?

Me miró con cara de sorpresa y me escrutó de arriba abajo enfundando su espada.

—¿Cómo sabes que existen guardianes?

—Lo dijeron los ancianos.

—¿A ti?

—No, a otro anciano que está con nosotros.

—No importa. Ya vienen y tengo que llegar allí. Vuelve a la ciudad que no puedo perder más tiempo.

—Tengo la mala costumbre de preguntar mucho, discúlpame.

Ella se encogió de hombros y me sonrió, volvió a mirarme cambiando a una postura un tanto seria.

—Me eres familiar. ¿Nos conocemos?

—Es la primera vez que te veo.

No me quitó los ojos de encima intentando recordar algo, era extraña para mí. Se volvió hacia la dirección de Erdia y a unos

pasos se volvió.

—¡Ya vienen!

26. LA PESADILLA

En Hornos (la población satélite de Alana y su único feudo) había una fundición justo en el centro de la ciudad y una sinfonía de tañidos metálicos resonaba en el hueco del enorme edificio. Los fuelles de gran tamaño soplaban potentes corrientes de aire para avivar los fuegos de los hornos que exhalaban un calor sofocante. Contrastaba los más de cuarenta grados del interior con el frío gélido fuera del edificio. La fundición no tenía descanso pues los trabajadores, los herreros de Hornos, cubrían con cuatro turnos esa pesada labor. Allí más de un centenar de hombres fornidos por el duro trabajo se encontraban sin palabras que no se podían formular porque se ahogaban en el intenso ruido interior. Entre aquellos hombres, destacaba uno por su altura y envergadura: era Valerio, el alcalde de la ciudad de Alana, con sus más de dos metros de largo y su musculatura que se afanaba con un martillo enorme a dar forma al metal.

Él era un durmiente, era el hermano de Román el difunto duque del feudo de Mont-Elo. Se encontraba, dado su introvertido carácter, mejor trabajando en aquella fundición que no gestionando desde un despacho la ciudad. Eso lo delegó en varias personas mejor preparadas para esa función pero no dejaba jamás de estar informado de los problemas que pudiera haber porque, por mucha paz que hubiera, por mucho que quisieran evitarlos o prevenirlos, los problemas siempre acudían para romper la armonía de la ciudad.

Más al oeste de las cinco ciudades, Romualdo bien le avisó de la nueva amenaza y de como una oscura sombra se cernía sobre esas ciudades. Valerio tenía el convencimiento de que no sería su ciudad la primera en ser atacada pues tanto Vera como Ulsan, al ser las de mayor población, serían los objetivos más obvios para esos seres que tenían poco conocimiento de ellos.

Él estaba preocupado pero tenía a sus compañeros que eran más que trabajadores de ese lugar, eran también soldados bien entrenados en aquella atmósfera con olor a carbón quemado, a hierro donde los hornos incandescentes rugían como dragones y los martillos no cesaban de golpear como una percusión continua y persistente.

Todos aquellos estaban concentrados en sus trabajos hasta que la sirena de cambio de turno se introdujo en la abovedada nave, entonces los operarios pararon. Todos saludaban mudamente a los

compañeros que los reemplazaban y se dirigieron hacia las taquillas para abrigarse del frío que hacía fuera buscando entre las calles nevadas de Hornos el calor bien diferente de sus seres queridos. Eran las suyas unas vidas sencillas de las cuales nadie profería queja ninguna, pues la felicidad no necesita de complejidades ni de lujos si uno no quiere y aquellos hombres no precisaban de más de lo que tenían. Ese pensamiento que percibía al ver a sus compañeros desfilando hacia el exterior complacía a Valerio pues él también compartía la sencillez de la vida en aquella población. No precisaba de mucho abrigo puesto que él no padecía como los demás las inclemencias del tiempo, aun así, se puso su abrigo largo que tenía a mano y siguiendo la cola como uno más de sus compañeros, abocó la salida.

El viento barría las calles haciendo remolinos de blancas partículas, las calles eran de tierra y la iluminación era la suficiente para dar visibilidad a la calle que a ambos lados estaba repleta de casas humildes de una planta. Ya de anochecida, desde las ventanas de las casas se veían luces encendidas y desgranándose la fila de hombres, algunos se introducían en sus casas y otros tomaban calles adyacentes para arribar a las suyas. Un compañero se acercó a Valerio ofreciéndole que fuera a cenar algún día a su casa ya que era sabido que él vivía solo. Él aceptó la invitación con un simple "mañana" que dibujó una sonrisa en su compañero. Según seguía andando por la calle principal, las casas eran más dispersas ya que a la gente le gustaba vivir lo más cercana a la fundición y bien pocos vivían fuera de él aunque uno de ellos era el alcalde Valerio. Después de irse despidiendo del resto de sus compañeros, siguió caminando. Ya no había casas en ningún lado de la calle y a los pocos minutos donde ya la iluminación era bien escasa al final de la calle, casi lindando con la muralla que protegía a Hornos de la Tierra de Nadie, se encontraba una casa solitaria (casa era un adjetivo demasiado generoso para definir el hogar de Valerio); él podría tener un palacio si lo demandara pero su hogar apenas era una cabaña pequeña. Entró sin que la puerta estuviera cerrada, como lo estaban todas las casas en Hornos que no precisaban de cerradura. En aquel feudo era impensable que nadie allanara casas ajenas o robara, no porque hubiera leyes con castigos severos, es que a nadie se le pasaba por la cabeza ni el simple pensamiento de hacerlo. Ya dentro, puso varios leños en la chimenea y encendió el fuego. No necesitaba caldear el pequeño salón pero no sabía cuándo acudirían los funcionarios de la ciudad a informarle de las nuevas y aparte, disfrutaba embelesándose mirando las llamas del hogar. Se

fue hacia el baño y se afanó en quitarse toda la suciedad de su inmenso cuerpo; era también placer el sentir el agua fría deslizándose por su cuerpo. Una vez aseado, fue hacia la cocina y sin complicarse mucho en la cena, cogió un gran pan del día, carne en salazón y medio queso curado. Agarró una botella de vino y lo dispuso todo en la mesa frente al fuego; los finos cristales recibían el embate del viento nocturno y alguna de ellas mal encajada hacía que el viento silbara levemente acompañando al sonido del crepitar del fuego. Valerio dio buena cuenta de la cena, disfrutó de hacerlo en esos momentos de intimidad solitaria en el que él estaba atrapado hace años. Amaba mucho a la gente de Hornos y de Alana, pero él siempre que podía acudía a su gran amor: la soledad.

Valerio no necesitaba dormir pero le producía placer hacerlo. Relajado en un ambiente buscado fue hacia una cama de grandes dimensiones que ocupaba casi todo el espacio de su habitación. Todo lo que había en esa casa era meramente funcional y carente de adornos. Allí se recostó sin cubrirse tan siquiera y esperó a que sus músculos se relajaran para poder llamar al sueño y al cabo de menos de una hora, entró sin darse cuenta en el mundo de los sueños.

Normalmente era un vacío de paz, una oscuridad placentera hasta el despertar pero hoy como un punto de imagen agrandándose hasta convertirse en entera, empezó a andar con su torso desnudo por la noche de Hornos. Empezó el sonido desde un murmullo casi inaudible hasta ser ensordecedor: las casas ardían en llamas, oía por doquier gritos humanos de súplica, de dolor, de desesperación; llantos desgarradores pero no podía moverse del camino. A cada paso de su cuerpo salían pequeñas heridas como si el sufrimiento ajeno lo sintiera en su piel; empezó a ver cuerpos mutilados en los bordes del camino y sangre ennegrecida que se expandía entintando la blanca nieve. La impotencia le invadió y se echó las manos a la cabeza gritando tan fuerte que sentía cómo se irritaban las cuerdas vocales. Entonces, despertó.

Estaba despierto empapado en sudor pero escuchaba los mismos sonidos que en su sueño. Creyó que era un eco en su somnolencia. De repente cesó y todo era ahora silencio así que, se quedó unos segundos incorporado en su camastro conmocionado por la pesadilla. Hacía siglos que no había tenido un episodio similar. Algo iba mal, vio el reloj que tenía en su mesita de noche: cuatro horas fueron las que permaneció dormido. Se puso de pie como un resorte y salió violentamente de la casa sin ponerse nada de abrigo, ni siquiera se calzó.

Cuando empezó a andar a pasos apresurados, empezó a ver fulgores lejanos de fuego. Siguió andando y cuando alcanzó el primer grupo de casas, vio puertas arrancadas de cuajo, ventanas rotas… Miró hacia el suelo y vio que estaba sembrado de cadáveres allá por donde mirase, cuerpos desmembrados. No había distinción ni de edades ni de sexo en esa brutal matanza. Según andaba su estupor iba en aumento. ¿Qué o quién podía haber causado ese acto de crueldad? De pronto la punta de su pie tocó algo blando que desplazó sin quererlo hacer: era el cuerpo de una niña de cuatro años; en donde se encontraba su corazón, una mancha oscura llenaba su pecho que de la herida aún le manaba sangre. Le habían arrebatado su vida, una vida aún por recorrer y por vivir pero la muerte le había alcanzado asesinada sin tener culpa alguna, habían asesinado a la inocencia. Valerio depositó su frágil cuerpo sin vida en el blanco suelo y tal como en el final de su sueño, gritó con tanta fuerza que hasta intimidó al mismo viento que cesó. Las casas colindantes temblaron sus paredes por su vibración. La noche hizo silencio.

De sus ojos empezaron a manar débiles lágrimas de una fuente que él creía seca de ellas cuando de la tristeza pasó a la rabia. Quienes hubieran cometido esa masacre se enfrentarían a él, un ser poderoso no como los débiles humanos que habían asesinado.

Su instinto le indicó el lugar en el que pudieran estar y el único lugar que ofrecería resistencia: en la fundición. Con una potente carrera hacia allí se dirigió. A cada pie que ponía en el suelo, la tierra temblaba pero no veía por ningún lado a los autores de esas atrocidades y los cuerpos asesinados, estaban allí, hacia donde dirigiese su mirada.

Asqueado y rabioso de tan grotesco y despiadado espectáculo, solo habían aumentado sus ganas de vengar a aquellos inocentes que yacían sin vida abandonados en el suelo de su hogar, aquel sacrilegio requería un precio que se quería cobrar.

Oyó sonidos de lucha en la fundición, pues sus sentidos estaban agudizados al máximo. En menos de un minuto llegó a ella y en su entrada reconoció al cuerpo que en una posición innatural se encontraba allí, era el mismo compañero que al principio de esa noche le invitó a su casa a cenar. Su malestar se acrecentó pues lo que sería una velada familiar ahora era una escena de muerte. Cuando entró en la fundición solo oía el bramar ígneo de los hornos con sus bocas abiertas que en su interior, un rojo intenso daba una iluminación pobre al interior del edificio; en el suelo decenas de cadáveres alfombraban el suelo y entre ellos, un cuerpo de una piel

grisácea fuerte donde se marcaban unas prominentes venas negras. Tenía la cabeza destrozada: era uno de los que habían invadido aquel lugar con tanta saña; todos los entrenados herreros con su fuerza y destreza habían abatido a uno, pero no veía ningún superviviente. Aquel cuerpo irremplazable de herreros había desaparecido así como toda vida humana en aquel feudo.

De entre las sombras salió una figura que en bastantes rasgos se asemejaba al que vio en el suelo de la fundición. Caminaba lento y seguro; en su oscura faz se dibujaba una malévola sonrisa triunfal. ¡Cómo deseaba Valerio borrarla! Pero quería saber a lo que se enfrentaba. Si aquellos seres habían matado a casi cien de los herreros, tenía que ser muy poderoso aunque él también lo era pero solo era uno.

—Te veo bien, el gran Valerio. ¿Un tanto disgustado?

—¿Quién eres que conoces mi nombre?

—Uno de los tuyos, pero una oveja negra. Quizás me recuerdes por mi nombre: Rafael

—¿Tú estás en ese cuerpo?

—Sí. Antes era débil pero ahora soy más fuerte que ninguno de vosotros y somos muchos más: soy muchos, soy legión.

—¿Por qué has hecho esto? Ellos no tenían culpa de nada. Si algo tuvieras con nosotros haberte enfrentado directamente pues ellos son inocentes.

—Haceros sufrir. ¡Qué gozo! Veo tu rabia, tu tristeza y disfruto de ella así como el sufrimiento de cada vida robada. Ahora serás tú el primero de los durmientes en morir.

Aquel ser se abalanzó a una velocidad vertiginosa hacia Valerio. A pesar de su envergadura, él también era muy rápido. Se apartó lo justo para evitarlo pero aquella criatura que decía ser Rafael lo era más; había herido a Valerio en un costado y la sangre empezaba a enrojecer el corte, un corte que había sido superficial; él era demasiado rápido. En una fracción de segundo, Valerio retrocedió a un recuerdo pasado: estaba cazando moscas con su hermano pero no podía cazarlas a ras de la superficie, tenía que elevar la mano para poder atraparlas al vuelo; anticiparse a su veloz movimiento. Así se concentró Valerio en el siguiente embiste del cuerpo que ocupaba Rafael: le flanquearía por un lado para dejar que le hiriera y el hombre sombra así lo hizo: volvió a herirlo pero Valerio hizo un abanico con su brazo y lo atrapó con tal fuerza que sus dedos se hundieron en su carne negra. Los hornos estaban cerca y sus puertas abiertas; las garras de aquel ser laceraban el brazo de Valerio a tal velocidad que ni se les veía. Valerio con una fuerza surgida de dolor

de la muerte que vio, lo lanzó hacia la boca del horno rompiéndose huesos; el horno lo engulló pero seguía vivo y en una larga zancada Valerio cerró el horno a pesar de que se quemara sus manos. Empezó a escuchar cómo aquel cuerpo empezaba a emitir chillidos inhumanos mientras el fuego lo consumía hasta que dejó de hacerlo y el hedor de su cuerpo incinerado, inundó las cercanías de ese horno.

A mucha distancia de aquel lugar, en las profundidades de la caverna donde se encontraba la torre, Rafael con su propio cuerpo saltó del trono cayendo al suelo y retorciéndose de dolor. Fue a auxiliarle el único guardia que había dejado a su lado (pues era uno de los más fuertes) como medida de precaución por si fallaba en sus intrusiones en otros cuerpos; no sabía si podía morir cuando morían ellos pero se dio cuenta de que no era así.

—¿Qué le ocurre rey?

—Acaba de morir el cuerpo que poseía, lo ha quemado y aún siento el dolor de las quemaduras.

—Pero ¿está usted bien?

—Ya sí, pero no puedo ocupar otro cuerpo por ahora. Su muerte me ha dejado débil pero no temas, hay más de los nuestros. Hoy morirá Valerio.

Rafael volvió a sentarse sonriente en su trono.

Valerio miraba enrededor buscando más criaturas pues era imposible, o así lo creía, que tan pocos hubieran causado tal masacre e intuía con mucha certeza de que no había matado a Rafael si no a una carcasa de la que se había introducido. Era legión: esa palabra explicaba todo.

Se fijó por un momento en su martillo de trabajo que era más grande de los que usaban los demás que ya tenían un tamaño considerable; esa herramienta solo la podía usar un titán, lo cogió e introdujo su cabeza dentro del horno contiguo en el que encerró mortalmente a aquel cuerpo poseído por Rafael. Se relajó unos instantes viendo las ascuas que ardían dentro del horno como piedras incandescentes cuando el dolor de sus heridas empezaron a intensificarse. Entonces sintió un dolor intenso en su espalda: tres surcos laceraron su piel de izquierda a derecha ascendentemente que delató al que infligió tan traicionera herida; estaba a su derecha y con unos reflejos felinos con su zurda, lo cogió del cuello. Aquel ser no se sobresaltó si no que aún a la distancia, arañó con sus negras garras el rostro de Valerio que faltó poco para perder uno de sus ojos, pero cometió el error de aflojar lo suficiente para que escapara de su presa. La sangre cayó sobre su ojo y le nubló

parcialmente la visión; sintió una punzada en el pulmón pues le habían atravesado el cuerpo: respirar le abrasaba el pecho pero la adrenalina corrió por sus venas obviando el dolor. Nada más sentir que el objeto que lanzó estaba fuera de su cuerpo, hizo un barrido con su puño amplio debido a su enorme envergadura que impactó en el hombre sombra con tanta fuerza, que se fue a estrellar contra la pared opuesta donde estaban los hornos. Cualquier criatura hubiera muerto con el brutal impacto pero aquella solo se aturdió. Valerio asió un martillo de rojo vivo por el calor del horno y aun quemándose las manos, sintiendo el dolor con fuerza y con las imágenes en su mente de los cuerpos sin vida en las calles de Hornos, se desplazó de una zancada hacia donde estaba el hombre sombra el cual se incorporó de su aturdimiento para evitar el ataque de Valerio, pero no fue lo suficientemente rápido. Su cabeza sufrió un brutal impactó del martillo de Valerio dejándolo prácticamente decapitado.

Ya sabía cómo matarlos, aparte de quemarlos: era su cabeza el punto débil; el martillo le quemaba la piel pero a él no le importaba. Posiblemente esta sería su última noche en la tierra de los vivos, así que levantó la cabeza pues sabía que la caza aún no había terminado. Sin saber si era cazador o presa, en la fundición no sentía nada extraño. Salió al exterior y miró al suelo. Su sangre moteaba ahora el suelo blanco aunque sus fuerzas menguaban a cada momento que pasaba. Aún creía que le restaba suficientes para acabar con los que aún quedaran o moriría en el intento. No tenía que buscarlos pues ellos vendrían a su encuentro. El olor acre de la sangre le embotaba el olfato y su vista era parcial pues la herida que estaba cerca de su ojo se empezó a hinchar y le costaba abrirlo totalmente.

Corta fue la fatal espera tanto para él como para los que vinieran; dos hombres sombra casi se materializaron a su lado, se quedaron quietos observándolo y se separaron para atacarlo por flancos opuestos. Valerio se rio pues él tenía ya pocas fuerzas para enfrentarse a uno y eran dos. Levantó una vista hacia el encapotado cielo nocturno; algunas nubes clarearon para dejarle ver una porción limpia de cielo: una sola estrella vislumbró. Cuando se cerraron empezó a nevar y ese gesto inusual en una persona en peligro desconcertó a aquellos seres. Solo unos instantes, una concesión de tiempo hasta que empezó el ataque. Se movieron tan rápido que ningún ojo humano los hubiera visto. Valerio hizo un círculo completo con su martillo ya frío, golpeó a una de las criaturas que la mandó lejos y el otro se agachó del arco mortal de

Valerio atacando a sus piernas, lo que hizo que Valerio cayera de rodillas y sin que su mano libre atrapara al que había evitado su martillo; soltó su martillo y con sus dos manos separó el tronco de la cabeza de aquel ser inundando con sangre negra su vera. Solo quedaba uno pero él no tenía más reservas pues estaba malherido y era presa fácil y eso, el último hombre sombra lo sabía. En una de sus manos aparentemente humanas se fue transformando sus falanges en cinco largas cuchillas negras y se quedó plantado delante de Valerio para asestarle el golpe de gracia; aquel gigante le miró a los ojos desafiantes mirando sin temor a la muerte cuando, súbitamente, aquel hombre sombra se partió en dos cayendo en dos mitades sin vida al suelo y dejando ver a un extraño hombre detrás de él. Era un hombre alto, aunque no tanto como Valerio; llevaba en el rostro una poblada barba grisácea, iba enfundado en una armadura de épocas muy antiguas, vieja y oxidada; en sus manos un gigantesco mandoble que contrastaba por su limpio acero con el resto de su indumentaria. En su pecho, un sobreveste sucio con una cruz roja en el centro. Miraba con tristeza a Valerio viendo sus heridas pues le quedaba poco tiempo de vida entonces, el hombre le habló.

—Ya no quedan más. Has luchado con valentía.

—De qué ha servido si no he podido proteger a los míos.

—Estás agonizante y a pesar de las heridas que te han infligido, pudiste con casi todos. Hiciste más de lo que podías hacer.

—¿Quién eres?

—Soy Simón, guardián de la torre, un guardián de los ancianos. Mi misión falló a pesar de los siglos custodiándola; ellos se equivocaron.

—¿Quiénes?

—Los ancianos. No querían mancharse de sangre y aun así han provocado que el sin nombre dotara a un ser cruel de sus poderes.

—Esto ha sido una carnicería.

—Ya he vivido esto muchas veces y los monstruos eran muy humanos. Siempre pagan los mismos: los inocentes.

—Todos han muerto y yo moriré esta fría noche con ellos.

—No, todos no. Algunos padres tuvieron el acierto de esconder bien a sus hijos y tu lucha impidió que esos repugnantes seres los encontraran.

—¿Quiénes son? Dímelo tú que custodiabas la torre.

—La máxima expresión de la maldad.

Valerio empezó a oír unos sollozos desgarrados y una niña pequeña de unos seis años, con los ojos enrojecidos, se acercó a

Valerio y le abrazó con sus manitas que apenas podían rodear su cuello.

Valerio sonrió pues había supervivientes y moriría en los brazos de un ángel. En el abrazo de una inocencia aún no perdida, empezó a cerrar los ojos abrazando la oscuridad que venía a reclamar su vida hasta que se interrumpió el trance al sentir una mano metálica sobre su hombro.

—Hoy no morirás mi valeroso caballero, no será así.

Clavó Simón delante de él, el inmenso mandoble al tiempo que se arrodillaba delante de él.

—He vivido demasiado sufrimiento durante siglos, he luchado con la maldad que quería escapar de su prisión. Es mi hora porque así lo decido yo y por el poder que me concedieron. Toma el presente de esta arma y toma mi vida por la tuya. Eres poderoso pero ahora lo serás más. Dame tu mano si aún te quedan fuerzas para ponerla sobre la mía.

Con gran esfuerzo así Valerio lo hizo sin tener claro el propósito de aquel hombre sacado de un pasado lejano. Simón dejo desnuda su mano del guantelete y murmuró unas palabras que Valerio no entendía y parecían ser una oración. Las fuerzas de Valerio poco a poco fueron repuestas y empezó a sentir como en su carne las heridas se cerraban, vio como en una transfusión, aquel viejo caballero le pasaba toda su esencia y vio como a aquel hombre la piel se le marchitaba envejeciendo drásticamente. Antes de que su piel fuera de pergamino viejo, su boca una sola palabra pronunció.

—Protégelos.

Así cayó al suelo y su cuerpo quedó hecho ceniza. Valerio se sentía poderoso; cogió aquella magnífica arma y le dio un beso en la frente de la niña que tanto necesitaba él como ella. Reunió a los pocos supervivientes y se los llevó a Alana. Una vez que llegaron a Alana, Valerio se percató de que no había rastro ni noticia de aquellos hombres sombra, por lo que decidió dirigirse hacia Altamiras. Al rato, un funcionario se le acercó:

—Alcalde Valerio ¿qué necesita?

—Un tren rápido a Altamiras.

27. LA CANCIÓN DE PROMETEO

Prometeo y Noelia llevaban ya seis horas montados en el camino hacia el feudo de Mesa. Sumaban las horas de tren desde Ulsan a Vera. Prometeo miró a su amada y aunque ella no se quejara, sabía que el cansancio le estaba haciendo mella. Su belleza con el tiempo no había menguado ni un ápice pero ya no era la jovencita veinteañera que secuestró en las afueras de Ulsan y que por la más pura casualidad, terminaron en una pobre y castigada población a la que ahora se dirigían.

En ese camino hace veinte años, Prometeo dirigía el carruaje casi en el ocaso de ese día invernal como el día de hoy, allí donde vieron unas luces lejanas mientras ella iba sola dentro del carruaje y Prometeo estaba en la lanza entre los caballos cantando una canción antigua que pretendía calmar a los animales pero, inconscientemente se la cantó a ella. Noelia sin comentárselo a Prometeo recordaba con una sonrisa aquellos momentos y pasando los años, a pesar de las ausencias de Prometeo, estaba tan enamorada como aquel día que terminó culminando un amor en aquel lugar que para ellos fue especial.

Prometeo hizo uso de razón, paró y entonces Noelia se adelantó hacia él. La noche estaba ya corriendo una cortina de oscuridad paulatina y estaban en Tierra de Nadie, aún estaban en tierra muy peligrosa y se hallaban lejos de cualquier lugar habitado donde refugiarse.

—Noelia, tendríamos que parar pues debes estar cansada.

—¡Y hace mucho tiempo! ¡¿Y te das cuenta ahora!? Vaya hombre que tengo que se cuida tan poco de mí.

Prometeo sonrió mientras veía como Noelia se apartaba del camino y desmontaba en un claro cercano: era la indomable Noelia. La montura de Prometeo siguió al lugar donde estaba ella que mandaba sin proferir orden hasta a las bestias: quizás sería una buena idea mandar sola a su mujer contra esa amenaza que se cernía sobre las ciudades pues seguro que ella sola acabaría con los malos con su genio; eso lo pensó pero no tenía el valor de decírselo a ella pues no quería ni las más mínima probabilidad de ser el blanco de su ira.

Así, acamparon allí, en ningún lugar. Prometeo montó la tienda de campaña e hizo un gran fuego para ahuyentar a las bestias. El fuego derretía la nieve cercana y por esos lares, la noche era estrellada y aunque se veían nubes donde los relámpagos como

flashes iluminaba hacia el oeste, se veían lejanos. Noelia se introdujo en la tienda, Prometeo sintió que lo más prudente sería montar guardia. Al cabo de unos pocos minutos Noelia asomó su cabeza con el pelo ya suelto por la entrada de la tienda.

—Hace frío. ¿Qué haces ahí fuera?

—Montar guardia, esta tierra es peligrosa.

—¿Más que nosotros? ¡Entra ya! Los caballos avisarán si presienten algún peligro.

Prometeo sabía que las palabras de Noelia no eran una sugerencia, sino una orden clara además que le acompañaba razón así como lo argumentó. Así que, entró en la tienda y se acostó al lado de ella. Noelia puso su cabeza en el pecho de él mientras que su mano jugaba con los rizos de sus cabellos.

—Ángela, nuestra hija, estará bien —dijo Prometeo.

—Eso lo sé. Me preguntaba por qué Antón nos ha reclamado en Mesa.

—Él tiene muchos secretos y sabe organizar muy bien las tramas. Sé seguro que tendrá buenos motivos.

—Sí, confío en él, pero quería adivinar el por qué.

—No puedo saberlo mi amor.

Noelia besó tiernamente el pecho desnudo de Prometeo zanjando esa parte de la conversación. Volvió a hablarle a él pero ahora el acento de sus palabras tenía una voz melosa solo propia del encanto de las mujeres.

—¿Recuerdas la noche que pasamos en Mesa?

—Como no podría olvidarla, fue la noche que por primera vez nos unimos.

—Pues no pienso llegar a Mesa para rememorarla.

Noelia se puso encima de Prometeo y se quitó sus ropas con pocas prisas mostrando su desnudez lentamente deleitando los sentidos a Prometeo. Qué bella mujer que los años no hacían más que hacerla más bonita a sus ojos y cómo la débil luz de la linterna hacía que las sombras jugaran con sus voluptuosidades tan perfectas. No hace falta una línea más de tinta para saber lo que aconteció después.

El alba llegó con los dos amantes unidos con la complacencia de una noche de pasión. Prometeo fue el primero en incorporarse mientras Noelia aún dormía. Lo hizo con el deleite del roce lento de su piel y se vistió en silencio.

No sabía el tiempo que aún tendrían ni lo que les esperaría en Mesa así como no sabía qué le depararía el futuro. Se entristeció pensando que él se mantendría joven mientras ella poco a poco se

iría marchitando hasta que la muerte le llegara; no sabría cómo afrontaría esa injusticia. La mejor manera sería aprovechar cada día, uno tras otro intentando hacerla feliz en lo que pudiera. Era un destino tan cruel como al final saber quién fue él.

La luz del sol de esta mañana fría cegó fugazmente su vista y cuando enfocó bien, vio todos los alrededores tan en calma que le era imposible pensar que aquella tierra fuera peligrosa. Tuvo una sensación de harmonía que aquellas tierras salvajes le transmitían calma y le evadió de las preocupaciones que días pretéritos le perseguían. A pesar de que su amada estaba a pocos metros, disfrutó de unos instantes de soledad que también le era necesario.

El paisaje estaba parcialmente cubierto de nieve con sus contrastes de biomas cercanos: frondosos bosques con llano muy despejado y cercanos montes no muy elevados con sotobosque; todo envolviendo un camino tan estrecho que solo se veía cuando se andaba por él, pero algo irrumpió en el paisaje. Una persona andaba cruzando desde el bosque cerrado hasta el llano donde ellos estaban asentados; estaba relativamente lejos pero esa persona, sin duda poco temerosa, llevaba una capa con capucha roja. De pronto Noelia salió de la tienda ya bien abrigada para no sufrir esta fría mañana y al ver tan fija la mirada de Prometeo, se quedó un poco extrañada. Sin mirar hacia donde él miraba, lo abrazó por la espalda y le preguntó:

—¿Qué miras?

—Hacia allí. ¿No ves a una persona con una capa roja?

Entonces ella dirigió su vista hacia donde Prometeo le señalaba.

—Sí, la veo, es un caminante pero ¿no dijiste que era tierra peligrosa? Tal vez sea un peligro.

—No, lo hubiera percibido. La verdad es que no siento nada, solo estoy estupefacto de que haya sobrevivido en estos lugares.

Entonces aquella figura paró y se dirigió hacia donde ellos se encontraban; alzó la mano a modo de saludo y se fue acercando. Noelia escondió en su espalda un revólver de gran calibre, solamente por si acaso.

Su andar era humano y según se acercaba era de poca estatura, un poco más baja que Prometeo; estando a pocos metros, se echó la capucha hacia atrás revelando que era una mujer joven, morena de pelo corto, de cara ligeramente ovalada, de rasgos delicados y de ojos almendrados. Parecía frágil pero ya era bien aprendido que las apariencias no son juicio acertado: o había tenido suerte o tenía aptitudes para estar viva en las salvajes tierras donde pocos se atrevían a caminar por ellas. Fue ella quien pronunció las primeras

palabras.

—¡Hola! ¡Bonita mañana!

—Lo es. ¿Cómo es que viajas sola? —preguntó Prometeo.

—¡Qué bonita voz y qué bello rostro! Viajo sola porque así tengo que hacerlo —respondió casi coqueta.

—Es mi hombre, jovencita —avisó Noelia bastante seria.

—Qué suerte tenéis pues no se ven hombres tan agraciados como el vuestro —contestó calmando a Noelia.

—Gracias por el cumplido —contestó Prometeo.

—¿Hacia dónde os dirigís? —preguntó Noelia.

—Hacia Ulsan y mi nombre es Alicia.

—Mi nombre es Noelia y el de mi hombre, Prometeo. ¿Qué asunto es el que hace que vayáis a esa ciudad?

—El que me mandaron.

—¿Quién lo hizo?

—Esa pregunta no la puedo responder; no a todas las preguntas se puede contestar y no pretendo ser descortés.

—Te lo pregunto porque soy la alcaldesa de la ciudad Vera y tengo que preocuparme por todo lo que ocurre en las ciudades vecinas.

—Entonces no os preocupéis porque vaya allí, pero, ¿vosotros no estáis muy lejos de Ulsan?

—Sí, un amigo nos reclama en Mesa.

—¿Mesa? Bueno, vengo de lejos y no conozco mucho de estos sitios. Sólo sé dónde está Ulsan y creo que aún me queda camino. Me despido y vos, bella señora, espero veros en otra oportunidad.

—¿No te da miedo ir sola? Ulsan está lejos y son tierras salvajes.

—No, no tengo miedo y por estar tan lejos, tengo que partir cuanto antes. Estas tierras son salvajes pero hermosas. Id en paz y ojalá nos volvamos a ver.

—Esperemos que sí. Suerte en tu camino Alicia.

—Gracias Prometeo, lo mismo os deseo. Adiós.

Esa chica risueña se alejó siguiendo su camino con la capucha sobre su cabeza cubriéndole el rostro.

—Extraña mujer —reflexionó Prometeo.

—Cariño, me ha llamado señora —dijo enrojecida Noelia.

—Era educada.

—¿Tanta edad aparento?

—Eres aún más bella y sensual que el día que te conocí.

Las últimas palabras complacieron a Noelia, recogieron el pequeño campamento y se dirigieron hacia el final de este camino con la luz de la mañana de un día abierto.

Aun fueron horas lo que tardaron a buen ritmo. Ya llegado el mediodía, hicieron una parada tanto para los caballos como para Noelia. Ella hacía referencia que si seguían cabalgando más, el trasero se volvería plano (comentario que provocó las risas de Prometeo). Aquel viaje, que en un pasado fue el mismo en diferentes circunstancias, estaba sentando favorablemente a su relación: ella lejos de la burocracia de la gestión de la ciudad era otra. Noelia siempre fue una mujer de acción que se enmascaraba en una belleza exuberante. Fue algo frugal lo que comieron, fue corta la pausa y pocas las palabras aderezadas de besos y caricias en mitad de ninguna parte sin más miradas que las suyas.

Estaban cerca de Mesa pero algo percibió Prometeo que nada más subirse al caballo, desmontó de nuevo. Noelia se acercó ya montada en su caballo:

—¿Qué ocurre, mi amor?

—Nada, esta tierra en la que ahora nos encontramos es muy peligrosa y eso es lo que me ha puesto en alerta: que no haya percibido ningún peligro en todo el viaje ni en nuestras cercanías.

—Aquella chica viajaba muy tranquila. Al igual, los caminantes se hayan marchado de estas tierras.

—Si así fuera, ¿por qué motivo?

—Quizás coincida con la llamada de Antón: un peligro mayor que ellos —razonó Noelia.

—Quizás, vayamos a averiguar el motivo de la llamada.

Con las incógnitas cargadas a las espaldas, dieron la espalda al sur y recorrieron los últimos kilómetros a Mesa sin ninguna parada más.

Nada tenía que ver ese feudo con el que hace veinte años visitaron. Héctor cumplió sus promesas: lo que antes era una primitiva empalizada irregular de madera, ahora era una sólida muralla de piedra. Brevemente recordó palabras del pasado de aquel humilde duque, una frontera a más de cien kilómetros de Vera, pero sabía que habían recorrido más. Estaban a sus mismas puertas cuando antes de que llamaran, estas se empezaron a abrir y un hombre joven de buena planta fue a recibirles.

—Bienvenidos otra vez a Mesa, Prometeo y Noelia.

—¿Cómo conocéis nuestros nombres?

—Quién no conoce la leyenda de la noche que un héroe nos salvó de un caminante que mataba a nuestra gente y que iba acompañado de la mujer más hermosa jamás vista, y si os he reconocido enseguida, sabréis la razón.

Noelia cabe decir que le encantó el comentario hacia ella que

aquel hombre relató.

—Y el duque de Mesa, ¿dónde se encuentra?

—Murió; era mi padre y ahora soy yo el duque de Mesa.

—Lo sentimos mucho.

—No debéis hacerlo. Después de vuestra visita, vino el nuevo director, Héctor, junto con trabajadores para darnos seguridad y comodidades de las que antes carecíamos. De vez en cuando nos visitaban algunos de los vuestros; mi padre vivió feliz de que su asentamiento se volviera próspero, y así murió; siempre repetía que desde que aquél héroe vino, todo cambió aquí y fue para bien. Pasad si os place pues hace frío y os debo toda la hospitalidad que este lugar os pueda ofrecer.

Cuando entraron se dieron cuenta de la inmensa transformación que había en esa población: las calles estaban adoquinadas con los drenajes pertinentes lo cual indicaba un buen alcantarillado; todas las casas eran de piedra y madera, más grandes y con chimeneas las cuales levantaban sus columnas de humo hacia el cielo. Llegaron a la plaza cuando entonces Noelia y Prometeo entendieron por qué habían sido tan prontamente reconocidos: una estatua de Prometeo de unos cuatro metros perfectamente cincelada presidía el centro de ese feudo, se veía incluso la herida autoinflingida en el pecho y en su mano sostenía una primitiva lanza de madera.

—Entendéis por qué os reconocí enseguida.

Noelia miró orgullosa aquel monumento pues Prometeo ya era la segunda vez que estaba inmortalizado en piedra.

—No creo que merezca tanto, no soy tan héroe como os creéis.

Detrás de él una voz que reconoció enseguida le contestó:

—Yo creo que sí lo mereces; aún tengo secretos que revelar.

—¡Antón! —gritó Noelia abrazándose a él.

—No lo dudo viejo amigo —dijo Prometeo sonriéndole.

—Bien, disfrutemos de la hospitalidad de este apartado lugar. Son gentes humildes pero de gran corazón.

—Seguidme si hacéis el favor; os hemos acomodado en la casa de invitados siempre vacía esperando vuestra llegada —indicó el duque de Mesa.

Así, Antón, Prometeo y Noelia lo siguieron. Allí por donde pasaban y habían personas, iban exclamando el nombre al que pertenecía la estatua de la plaza de Mesa. A Prometeo le abrumaba pero saludaba a cada uno con la humildad que tienen que tener todos los grandes hombres. Antón, como siempre, destacaba por su pelo y barba roja, su sombrero de copa y el pañuelo del mismo color que le protegía el cuello. Al final del trayecto llegaron a una

casa de madera, la casa donde Prometeo y Noelia consumieron su unión: estaba igual que hace veinte años aunque se notaba que estaba bien cuidada y en el portal de la casa, siempre había flores por muy invierno frío que fuera.

—La hemos conservado igual. Quizás hubiera deseado otra más bonita pero mi padre me dijo que le complacería que no se cambiara.

—Y acertó. ¡No sabéis qué gratos recuerdos nos brinda! —dijo Noelia con emoción.

—Yo no hice tanto para la gratitud que estáis demostrando —dijo humildemente Prometeo.

—Señor Prometeo, nos devolvisteis la ilusión, nos disteis un ejemplo y una población segura a la precariedad que antes teníamos; poca gratitud me parece a mí y poca a todos los habitantes de Mesa, pero quiero dejarles solos para que debatan sus asuntos en la privacidad de esta casa, que es suya desde hace mucho tiempo. Tengan un buen día; nos veremos cuando lo deseen.

Sin dejar lugar a réplica alguna, el duque de Mesa los dejó a las puertas de aquella humilde morada. Antón, estando ya lejos el duque, intervino:

—Entremos pues no os he llamado para que recibas el agradecimiento de esta buena gente, aunque me place que lo hayan hecho.

Así, entraron los tres con el arrastre de las palabras de Antón.

Aquel lugar, aunque humilde era acogedor. Antón se afanó en encender fuego en la tosca chimenea que ocupaba bastante espacio en aquel salón. Una vez que la instancia se caldeó, Noelia se quitó su abrigo y acercó una silla cerca del agradable calor del fuego. Antón y Prometeo le imitaron. Noelia y Prometeo miraban fijamente a éste ya que por fin sabrían el motivo de la llamada. Fugazmente, Antón se fijó un instante en ella comprendiendo rápidamente que Noelia era una contrariedad en los planes de Antón pero no le molestó pues sabía que era por su seguridad; no dudaba de que el diablo rojo también le amara puesto que en Mont-Elo, por dos veces, se forjó un vínculo de unión entre todos los que allí estuvieron. Volvió otra vez Antón su rostro para que la iluminación titilante de las llamas acentuara sus rasgos, suspiró y por fin habló:

—Ya están aquí.

—¿Quiénes? ¿La amenaza de la que habla Silvan, de la que profetizó la hija de Sara y Héctor? ¿Cómo los llamaba ella? —preguntó nerviosa Noelia.

—Los hombres sombra —contestó raudo Prometeo.

—Sí. No los podemos presentir pero mis espías del norte los han visto. Algunos de ellos están ya muertos, lo sé con seguridad pero en unas horas estarán aquí.

—¿Y qué haremos? ¿Nos enfrentaremos a ellos? ¿Y esta buena gente? No permitiré que mueran —dijo Prometeo levantándose de su asiento.

—No lo permitiremos, por supuesto; es la población más al norte de las cinco ciudades del este y ya había previsto que esto ocurriera. Me subestimas Prometeo. Romualdo diseñó esta ciudad tal como vemos ahora pero yo le añadí unos pequeños secretos —confesó Antón.

—¿Cuáles? —preguntó Prometeo más calmado volviéndose a sentar.

—Ya verás, es solo una leve brisa de paciencia la que te demando. No contaba con que viniera Noelia; perdóname, pero es así.

—No me molesta pero si he de morir, quiero que sea a su lado el día de hoy o cuando quiera la muerte llevarme con ella— dijo calmada Noelia.

—Eres más poderoso de lo que crees Prometeo. Ya sabes por fin quién eres: un guardián de los ancianos, tan antiguo como confesó que era Romualdo. No recordarás nada, pero hoy tú salvarás a esta gente de los hombres sombra. Yo los esperaré en el exterior y así seré un reclamo para Rafael que sé que me tiene muchas ganas. Noelia, veo que vas bien armada pero estos seres son muy poderosos. Mejor escóndete con la población —dijo Antón levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Solo eso? ¿Estar en mitad de la plaza mientras tú luchas fuera de las murallas? —cuestionó Prometeo.

—Sí bibliotecario; los matices de este plan me los guardo. Confía en mí —dijo Antón guiñando un ojo a Prometeo.

Antón salió y en las cercanías, como una estatua, estaba el joven duque de Mesa. Antón le miró y asintió con su cabeza. Aquel hombre desapareció de la vista de los tres y a los pocos minutos se escuchaba el tañido de una campana. La poca gente que había en las calles empezaron a correr hacia el edificio más grande de Mesa y en las casas cercanas, la gente salía de ellas dirigiéndose al mismo destino que el resto de la gente.

—Noelia, ve con ellos; hazme caso por la amistad que nos une —dijo Antón. Prometeo asintió con reticencia pues no deseaba por nada separarse de ella, pero temía por su vida.

Noelia miró al suelo y suspiró resignada; se acercó a besar apasionadamente a Prometeo y más castamente a Antón. Se giró hacia su amado para formularle las siguientes palabras.

—Sobrevive o te mataré si no lo haces —con esta contradictoria frase, salió corriendo Noelia siguiendo hacia donde todo el mundo se dirigía.

—Lo que ha dicho Noelia es muy difícil: ¡no puedo morir dos veces! —dijo Prometeo.

Antón soltó una carcajada que dejó una extraña postal: uno instigado por la frase y el otro divirtiéndose por la imposible amenaza de Noelia.

Noelia alcanzó a los pocos minutos el edificio más grande de Mesa. Allí alentaba el joven duque a sus habitantes para que entraran en ella y Noelia fue la última en entrar: más de doscientas almas se concentraban en aquel gran salón. Las puertas se cerraron fuertemente por dentro y aquel hombre se dirigió hacia la inmensa chimenea que había en el centro de la sala. Presionó varias figuras que adornaban aquel hogar y el suelo empezó a vibrar junto con la base de la chimenea que empezó a moverse dejando ver una gran escalera. Ahora Noelia se dio cuenta de que todos portaban lámparas de aceite que encendieron al finalizar el mecanismo de descubrir esa entrada. Una niña morena le cogió la mano a ella y en orden, todos empezaron a descender. Cuando el último de ellos entró (el duque) bajó una gran palanca y el suelo de la chimenea volvió a su sitio. Empezaron a descender por esa escalera de piedra hasta que a los pocos minutos de que el tiempo pasara, se encontraron delante de una gran verja. El duque introdujo la llave en la cerradura y se abrió una parte de ella; cuando pasaron por ella, era una cueva natural lo que había detrás de esa verja. Aún anduvieron media hora cuando Noelia escuchó el inequívoco sonido acuoso de una corriente de agua. Cuando se fue acrecentando, descubrió que cerca de ese rio subterráneo había una ciudad labrada en la misma piedra con montones de haces de leña apilados fuera. Entró en una de esas casas de piedra de la mano de la niña que le guiaba y descubrió numerosos botes de cristal con variadas conservas y varias sacas en el suelo de harina. Noelia sonrió pues pensó en Antón y en sus secretos, en cómo hoy quizás salvarán la vida de aquella gente; aún así, Noelia se palpó las armas que tenía repartidas por el cuerpo.

Antón y Prometeo estaban solo mirando hacia el edificio más alto de Mesa y pasado un tiempo, Prometeo se giró hacia Antón:

—¿Estarán seguros?

Antón se giró con su característica sonrisa.

—Me subestimas. ¿Acaso no fui yo quien construyó las bibliotecas que custodiaban todo el conocimiento de la humanidad, bibliotecario?

Prometeo meneó la cabeza asintiendo ante un secreto que él custodió durante siglos y era una rotunda afirmación. Aquella gente estaba lo menos, bien escondida.

—Parto a las afueras de Mesa; tú eres la última defensa. Si tenemos que morir, al menos que sea por la vida de aquellos que no tienen culpa de la maldad de un asesino —dijo Antón mientras se ponía el sombrero y se disponía a partir.

—¿Nos volveremos a ver? —dijo Prometeo.

Antón se giró y miró a su bibliotecario con melancolía.

—Quizás sí, quizás no; no dejes ninguno vivo, guardián.

—Vuelve —le contestó Prometeo.

Antón sonrió y se fue hacia las puertas de salida de Mesa. Prometeo se dirigió hacia el centro del poblado y se recostó a los pies de su propia estatua. Ahora solo debía esperar, solo llevaba una espada de un filo extraordinario que él mismo enjoyó y adornó con unas runas en sus hojas que desconocía su significado, pero como borrones le fue viniendo a la mente sus figuras mientras la fabricaba. En su soledad empezó la espera mas estaba preparado, siempre lo estuvo.

Antón salió de Mesa andando tranquilamente y viró hacia el norte. Hundía sus pies en la amable nieve que embellecía el suelo mientras el sol reflejaba prismas diminutos sobre trozos de hielo, parecían diamantes sin pulir. No fue lejos pues paró su camino justo en el linde del bosque que rodeaba a aquel lugar y se puso de pie a esperar.

Pasaron dos horas que se le antojaron largas; el sol se declinaba hacia el horizonte, pero aún había luz suficiente y si se hiciera noche, Antón no perdería detalles pues solo cambiarían los tonos de los colores.

Cuando una sola figura, desaliñada de extraño aspecto, de tez grisácea y prominentes venas negras que desfiguraban su rostro salió del bosque, fue avanzando hacia Antón con pasos seguros y lentos. Pareciese que se deleitaba en el trayecto. Se quedó a un escaso metro de él. Antón sabía quién se había apropiado de ese cuerpo.

—Hola Rafael, tienes mal aspecto.

—Es un cuerpo prestado, pero tú si tienes buen aspecto, Antón el Rojo, señor de los secretos. Bastante elegante para la ocasión y

demasiado confiado para enfrentarte solo ante mí.

—Unos momentos de intimidad igual te convencería de que volvieras atrás y que desistieras de tu locura.

Aquel ser que poseía Rafael empezó a reírse de las palabras de Antón, su risa era estridente y cadenciosa. Antón ni se inmutó.

—Sin tu permiso, seguiré con ella y haré de esta tierra mi reino; son los delirios de un demente pero son los míos. Antes morirás y no verás mi obra realizarse. Por cierto, Valerio está muerto.

—No Rafael, sentí cómo la llama de su vida se apagaba mas cuando estuvo casi a punto de extinguirse, algo ocurrió que tomó tanta fuerza ciega, que viene a por ti. Tú ya no sientes ningún vínculo con los que fueron tus hermanos.

—¡No puede ser! —respondió Rafael.

Acto seguido y sin que pudiera prever el relampagueante ataque, Rafael golpeó a Antón tirándolo varios metros hacia atrás. Antón se incorporó como pudo pues el golpe había sido tan fuerte que sentía que su cuerpo se estaba curando rápidamente; un humano ya estaría muerto. Rafael se abalanzó hacían Antón con una velocidad sobrehumana pero esta vez no pilló a Antón desprevenido y aunque sufrió graves heridas en su pecho, Antón le hundió su puño con tal fuerza que atravesó su negra y acorazada piel. Rafael se río.

—¿Querías atravesarme el corazón? Ingenuo, no tenemos.

—Nunca lo tuviste por eso te he dado uno de metal.

Rafael miró su pecho el cual se cerraba sobre la herida y vio un objeto metálico; sorprendido miró a Antón que sostenía en sus dedos una anilla. Antón dijo solo una onomatopeya.

—¡Bum!

Antón saltó todo lo lejos que pudo mientras el cuerpo robado de Rafael intentaba sacarse con las garras aquel objeto de su pecho. No le dio tiempo pues la granada explotó y le arrancó la parte superior del pecho y aquel cuerpo mutilado, cayó inerte al suelo.

Rafael, en su verdadero cuerpo, saltó de su trono alojado en la torre y gritó con tanta fuerza que su voz resonó en un eco por todos los rincones de aquella inmensa cueva. A los pocos segundos remitió como anteriormente lo hizo y se incorporó más iracundo que dolorido.

— ¿Otra vez? —preguntó el único lacayo que quedó junto a él en la gruta de la torre.

Somos muchos y no tan pocos como la primera vez; no sé quién resucitó a Valerio pero ahora sé que tienen ayuda aunque, todos morirán. Debo descansar pues las muertes de los cuerpos que ocupo me agotan.

Antón sufrió severas heridas de la onda expansiva pero aún seguía vivo. Toda su espalda estaba quemada y el dolor era casi insoportable, pero a pesar de eso, sonrió. Vio cómo los hombres sombra le obviaban y se dirigían hacia Mesa casi todos; solo tres pararon su carrera y se dirigieron hacia Antón. Él necesitaba tiempo para curarse las heridas y ese tiempo necesario ya no lo disponía. Los ataques fueron fulgurantes y bien coordinados; le hirieron en las piernas y le inutilizaron un brazo; uno de ellos tuvo el error de confiarse pensando que ya estaba vencido y fue los segundos necesarios para que Antón extrajera una pistola de gran calibre y le disparara en la cabeza; su testa reventó como un melón en mil pedazos y acompañó al cuerpo robado de Rafael a teñir de negro la blanca alfombra del suelo. Antón notaba debilidad y estaba perdiendo demasiada sangre. Los dos hombres sombra que quedaban siguieron moviéndose velozmente y separados alrededor de él; Antón sujetaba el arma con mano temblorosa y sintió por encima de su omoplato una lacerante herida bastante seria, pero aún así sonreía confiando en Prometeo, aquel chico errante que encontró y que no tenía memoria. Sabía que era especial y le dio un propósito: cuidar de una de las bibliotecas escondidas. Pensó en Silvan y en su hija, pensó en los seres queridos que fue perdiendo a lo largo de los siglos, en la hermandad que empezó con buenas intenciones y terminó extinta por un ser demente como Rafael, peo no era tiempo de despedidas pues aún era Antón el Rojo y mientras le quedara un aliento de vida, lucharía.

Los ataques se hacían más lentos y no podía ser que aquel hombre aún se mantuviera en pie. Alrededor de Antón todo era una acuarela carmesí regada con su sangre. Uno de los hombres sombra fue directo hacia él para comprobar cauteloso si aún tenía fuerzas. A Antón se le cayó el arma de la mano al suelo y el que se acercaba aceleró hasta verlo con sus propios ojos entonces, una mano rápida de Antón le clavó un cuchillo desde el mentón hasta el cerebro y otro cuerpo de los hombres sombra besó muerto el piso níveo. Antón se intentó incorporar cuando vio salir de su pecho una negra lanza pues aquel despreciable ser había convertido su mano en un estilete, pero Antón sonrió al saber que el hombre sombra tenía el corazón reventado; entonces el suelo tembló y un ser de obsidiana de más de tres metros y con una furia sobrenatural, llegó hasta donde estaba Antón ensartado por aquel ser que lo despedazó con sus enormes brazos. Olió el cuerpo de Antón, olía a muerte y el ser enorme habló:

—Amigo… llegué… tarde.

—No lo lamentes, es un buen día para morir Noche; cumple tu promesa y entiérrame donde más deseo.

De la boca de Antón salieron borbotones de sangre al mismo tiempo que empezó a convulsionar su cuerpo; una vez inerte, en el suelo quedó y Antón murió.

Noche lo recogió con cariño mientras gotas enormes afloraron de sus ojos sin pupilas y fue a cumplir el último deseo de su amigo Antón el Rojo, el señor de los secretos.

De Mont-Elo a Ulsan, de Vera a Erdia, de Altamiras a Hornos, Selva y muchos lugares más, todos los durmientes sintieron una punzada en el pecho pues todos supieron quién había muerto: un amigo, lágrimas sentidas y el aviso de que se habían cobrado la vida de uno de los suyos. Su muerte no sería en vano y su nombre no sería olvidado.

En el centro de la plaza de Mesa, Prometeo sintió una punzada aguda en su pecho que le hizo retorcerse hasta caer de rodillas en el suelo; no entendía la procedencia de ese dolor hasta que amainó y fue sustituido por un vacío en la boca de un estómago. Algo estaba roto, miró alrededor y no vio ni presintió ninguna amenaza. Empezó a pensar que algo se había roto y empezó a mirar hacia el cielo ya ennegrecido por la noche donde al final comprendió que era la ausencia lo que le había provocado el dolor; no sintió a Antón ni en las cercanías ni en ningún lugar más porque ya se le había dado fin a su vida. La tristeza le invadió como nunca la había sentido antes, de manera tan intensa que ni se dio cuenta de los seres que estaban saltando la muralla haciendo crujir la piedra y el mortero con sus afiladas garras. Estaban registrando las casas encontrándolas vacías pues querían saciar con sangre su ansiedad por la oscuridad que les poseía: rompían muebles, destrozaban puertas…. Prometeo estaba sumido en la más profunda melancolía, con una voz apenas audible resumió en una frase una oración:

—Fuiste lo más parecido que tuve al amor de un padre.

Desde un tejado cercano, un hombre sombra divisó desde la altura a Prometeo como sumido en un trance, pero era la única persona que estaba como esperándoles. Otros se dieron cuenta de su presencia mas esperaron antes de empezar a atacarle; se pararon a estudiarle pues parecía una trampa.

Prometeo estalló en un llanto con sus lágrimas que eran densas y dolorosa; se puso las manos en la cara para enjuagárselas y puso las palmas delante de los ojos observando que eran lágrimas de sangre; el dolor se fue acumulando hasta ser incontenible y lo soltó con un grito desgarrador: la tierra tembló y algunas de las tejas de las casas

cayeron al suelo; su imagen en la estatua se agrietó por el pecho y a aquellos seres ese grito les provocó un intenso dolor de cabeza que algunos incluso cayeron de las alturas cercanas al techo. Entonces, su grito cesó.

Prometeo estaba serio como el rostro de una estatua; levantó la vista al frente apreciando al verse reflejado en una fuente cercana, que sus ojos tenían puntos rojos en el centro de su pupila. Alzó los brazos hasta conseguir hacer una cruz con su cuerpo, las cruzó para arrancarse la ropa de su pecho y volvió a la posición anterior: su piel empezó a tornarse pálida hasta adquirir una blancura marmórea. Se empezó a sentir enrededor su corazón como la percusión de un tambor; aquellos seres aún estaban aturdidos por los efectos del grito de Prometeo. Cuando el sonido rítmico de su corazón les confundió, entonces estupefactos empezaron a oír una canción: aquel hombre estaba cantando. El viento empezó a arreciar silbando entre los huecos de las casas acompañando la canción; era una letra cantada en un idioma antiquísimo que a ningún humano podría imitar su fonética elevada, pero aquellos seres entendían pues su transformación era también de sangre antigua, era un réquiem: una canción de duelo. La entonación era tan triste que hasta el cielo lloró: una lluvia fina de lenta caída que a pesar de ser invierno, era cálida como en un día de verano. No sabían qué hacer aquellos hombres sombra pues ya sabían que estaban ante un ser sobrenatural: era un guardián. La canción cesó entonces Prometeo hundió la espada en el suelo y las runas que él mismo escribió emitieron un blanco fulgor. Puso las palmas abiertas al frente hasta que lo comprendieron: diez, eran diez. Los estaba marcando; el más poderoso de ellos mandó una orden telepática al resto: atacar al unísono. Ellos también eran conscientes del poder que tenían pues acababan de matar a un durmiente aunque hubiere costado la existencia de cuatro de ellos. Lanzaron un ataque relámpago sobre Prometeo sin reservas desde todos los ángulos posibles y a escasos cinco metros, Prometeo, el señor de las palabras empezó a hacer uso de ellas.

—¡Quietos!

Todos quedaron paralizados tropezándose y chocándose los unos con los otros; el más rápido de ellos con la inercia de la aceleración se arrastró hasta los pies de Prometeo que cercenó su cabeza cortando incluso los adoquines de la plaza con la fuerza del tajo. Dejó su espada y señaló con sus manos a los nueve: ellos no eran humanos y el poder de la palabra de Prometeo solo les frenó. El que parecía el líder les invadió con furia haciéndoles volver a su estado

sobrehumano. Tres de ellos atacaron desde tres puntos a Prometeo pero eran tan rápidos que ni una persona normal hubiera podido ver su estela pero Prometeo no era humano.

Al más cercano evitó sus afiladas garras solamente girando su espalda sin poder hacer más; al siguiente aprovechó para girarse al contrario del movimiento primario para trazar un semicírculo con su espada y partir en dos en el aire al siguiente. Miró atónito cómo no moría; tenían su punto débil en la cabeza. Sin tan siquiera mirar al tercero, con la mano libre lo atrapó por el cuello mientras la criatura intentaba herirlo en el rostro; viendo que no alcanzaba, clavó sus falanges en el brazo de Prometeo sin causarle herida ninguna. La piel de Prometeo se había convertido en una dura coraza, algunas líneas rojas se le dibujaban sobre su piel mientras las garras surcaban la piel y con la mano de la espada partió su cráneo en dos limpiamente; aquel que había partido por la mitad empezaba su cuerpo a unirse, momento de vulnerabilidad que aprovechó para clavar su espada en el cráneo evitando al mismo tiempo el segundo ataque del primero. Prometeo se giró hacia él y esta vez lo partió por la mitad desde la cabeza hasta su sacro hundiendo de la fuerza infringida la espada en el piso de la plaza; volvió sus manos hacia el más grande de ellos: seis. Prometeo sabía que aquel era el más poderoso de los hombres sombra; en ese momento, le dio una orden al más cercano y este despareció de la plaza. El más grande tenía más facultades que los otros; querían producir toda la muerte y destrucción que pudieran causando el máximo dolor. Hoy la muerte tenía nombre propio y no era el de ninguno de ellos; la muerte pasó de esperar a que le atacaran, a tomar la iniciativa; tres de ellos se arremolinaron alrededor de Prometeo intentando lastimarlo y retirándose con presteza para evitar ser dañados. Fue un baile donde ni una sola gota carmesí y mucha sangre negra cayó sobre la nieve blanca. Uno cometió la imprudencia de atacar dos veces sin retirada, descoordinando el ataque múltiple. Convirtió su mano en una lanza que a pesar de su gran fuerza solo se introdujo unos centímetros en el omoplato de Prometeo; acabó con su cabeza rodando en un rictus de sorpresa por los adoquines níveos del suelo. Dos se alinearon en su frente optando por aunar fuerzas, otro error pues sus cráneos fueron sesgados de un golpe de espada. De todos los que había, solo quedaban tres: el más poderoso que se mantenía en un segundo plano inmóvil observando y el que había huido anteriormente a la orden del primero. Atacaron ambos al unísono por el frente y la retaguardia. Prometeo prácticamente desapareció y chocaron entre

ellos. Esos segundos fatales los uso Prometeo para quitar la vida al que parecía más desorientado sin que supieran de dónde vino la muerte. Se quedó delante de aquel que parecía ser el jefe y le señaló con el dedo, gesto que ese ser descomunal le devolvió al tiempo que sonreía. Prometeo se elevó varios metros desplazándose hacia él con la espada detrás de su nuca para descargarla sobre su cabeza: ni se inmutó. Cuando ejecutó el mortal movimiento, fue apartado de un manotazo que ni tan siquiera vio: dio varias vueltas sobre sí mismo hasta que chocó contra el muro de una casa. No se hizo daño alguno pero perdió en la caída su espada. Cuando se pudo poner en pie, tenía enfrente al hombre sombra que agarró por el cuello a Prometeo y lo elevó con su poderoso brazo más de un metro. Aquel ser oscuro tenía una siniestra sonrisa triunfal mientras apretaba el cuello de Prometeo pero su sonrisa se esfumó cuando vio que el punto rojo de las pupilas del que tenía apresado se agrandaba; entonces Prometeo, lentamente, pronunció una palabra que sabía que los ancianos tenían prohibida pero él uso todo el poder que pudo para darle una fuerza tan descomunal que la palabra fuera hecho:

—Muere.

Aquel poderoso hombre sombra se quedó mirando a Prometeo: una risa grave y cavernosa resonó con un infernal eco por todos los recovecos de aquella plaza llena de sangre negra; sus ojos fijos en él mientras pasó de su carcajada de desprecio a una de sorpresa al ver el rostro de aquel hombre impasible que pronunció esa palabra como si fuera un hecho. Entonces su fuerza menguaba y un dolor leve empezó a crecer por todo su cuerpo como si se quemara por dentro por lo que soltó de golpe a Prometeo, momento que aprovechó para quedarse de pie y sin dejar de mirar a aquel ser. El dolor era ya tanto como los gritos que profería hasta que al final hubo silencio y el cuerpo de aquel hombre cayó al suelo, siendo la palabra de Prometeo certeza. Ni tan siquiera se molestó en mirar hacia él.

Prometeo fue presto a recuperar su arma a sabiendas que jamás podría volver a tener el poder de su última palabra pues solo se podía usar una vez. Quedaba uno, pero, ¿dónde estaba? Era uno de los más débiles hasta que entendió. Querían causarle el máximo daño y podían hacerlo sin que fuera físico; su pensamiento furtivo sobre Noelia le había delatado. Tenían poderes mentales y además, sabía dónde estaba. Fue con una velocidad inhumana hacia el edificio más grande donde en una gruta escondida estaba Noelia y los habitantes de Mesa: sus pensamientos le habían traicionado.

Según llegaba a la puerta de aquel edificio, se abrió y de ella salió Noelia. ¿Cómo era tan imprudente de dejar la seguridad del refugio? ¿Dónde estaba aquel hombre sombra?

Vio por su derecha a ese ser que se dirigía directamente hacia ella; tenía la voz quebrada y agotada por la última palabra usada y aquel ser llegaría antes que él. No podía soportar dos muertes ese día; aquel hombre sombra se plantó delante de ella para ver los ojos llenos de terror de aquella mujer para deleitarse con su miedo. Ella lo miró con indiferencia, levantó su arma y se oyó un trueno en un día sin tormenta; el hombre sombra cayó al suelo sin su cabeza.

Prometeo llegó hasta la altura de su amada y no sabía si abrazarla o recriminarle; su piel volvió a ser humana al igual que sus ojos.

—¿Por qué has salido de tu refugio? Insensata.

—Porque he sentido tu dolor y no podías estar solo. ¿Qué ha ocurrido para que estés tan triste? ¿Y Antón?

Prometeo bajó la cabeza y derramó ya lágrimas de sal; entonces Noelia comprendió, lo abrazó y juntos lloraron por ese ser querido.

—Antes te oí cantar.

—Era una canción de duelo, es una oración sagrada.

—Allá donde estés Antón, que la luz guie tu camino.

—¿Están todos muertos?

—Los maté a todos y mataré a quién ha hecho esto.

—Antón ha salvado a un pueblo entero, a todos nos llega nuestro momento tarde o temprano; que solo sea esta la única muerte entre los nuestros. No podemos hacer más que ayudar a los demás —intentó razonar Noelia.

—Vayamos a Selva pues solo esta Sara. Mont-Elo queda demasiado lejos. Después de esta guerra lloraremos a nuestros muertos —dijo fríamente recompuesto Prometeo.

Poco a poco salieron los habitantes de Mesa vitoreando a Prometeo pero el duque, dándose cuenta de su seriedad dedujo que no todo había ido lo bien que se antojaba. Noelia le comunicó la fatal noticia y el duque hizo un gesto de silencio para que la gente callara. Todos fueron a buscar velas y salieron al exterior de Mesa siguiendo a Promete: allí hallaron la sangre de Antón pero no su cuerpo. Cientos de velas en aquel lugar y Prometeo pidió dos caballos y provisiones.

La amenaza se dirigía a otras ciudades y tenían que ayudar; los más resistentes caballos fueron preparados junto a bastantes provisiones y sin más ceremonia que la tristeza que se llevaban, partieron al sur.

A varias horas hacia el sur, Noche llegó con el cuerpo sin vida de Antón a las ruinas que custodiaba bajo la falsa leyenda de una maldición para ahuyentar a los caminantes; las partidas de las grandes ciudades deliberadamente evadían la dirección de aquel lugar por petición de Antón que personalmente se lo pidió a Héctor, para salvaguardar ese secreto. Noche dificultosamente por su tamaño fue bajando por las galerías subterráneas de aquel lugar. Era la primera biblioteca que creo Antón, allí guardó los libro que pudo recuperar en aquellos años sombríos después de la gran guerra: custodiar el conocimiento humano. Tras varios pasillos y más bajadas, llegó a una sala bellamente adornada donde en su centro había un sarcófago de piedra milenaria esculpida con bellas figuras. Dentro de él puso el cuerpo de Antón y lo cubrió con una sábana de gasa. Cerró aquel lugar con la enorme losa labrada donde en letras claras ponía: “aquí yace en paz Antón, su último secreto”

Su último secreto era su propia tumba en la primera biblioteca preparada hace más de un milenio, pues por muy larga que sea la vida hasta el universo a de morir. Cuando después de que Noche mirara la tumba, se puso a llorar sufriendo y lamentando la muerte de Antón en silencio. Puso su inmensa mano sobre el sarcófago y con una dificultad para hablar pronunció las únicas palabras que le salieron de dentro de sus entrañas.

—Adi…os.. ami…go.

28. LA SANGRE DE LOS INOCENTES

Iván el poeta cabalgaba a una velocidad endiablada hacia ninguna parte. Su patrulla de pastores de unicornios fue atacada por hombres sombra.

Sabía que no había más posibilidad que huir pues habían matado a sus compañeros y a sus monturas con una crueldad extrema. Aún no podía llorarlos pues cualquier pausa supondría su muerte a pesar de las condiciones de su magnífica montura y al final se fatigaría. Cada vez que se giraba veía que aquellos seres mantenían las distancias y no daban señal ninguna de agotamiento. Por unos instantes pensó en parar y aceptar la muerte, al menos con un arma en la mano y luchando; no tenía la más mínima idea hacia dónde dirigirse o dónde encontrar refugio. Las esperanzas se agotaban tan rápidamente como su carrera hasta que miró al cielo y una señal le renovó la posibilidad de salir vivo de esa situación. Vio un gran búho blanco que le marcaba una dirección y sabía por sus dotes de explorador que se encontraba en el centro de la distancia entre Vera y Ulsan, pero la dirección que le indicaba la majestuosa ave era hacia el este. Allí, que supiera, era un lugar al cual nunca fue enviado por su maestro Romualdo, para él eran lugares inexplorados.

Sintió un rugido a su espalda, se giró y vio un caminante de grandes dimensiones que atacaba a aquellas criaturas. Vio un pelaje gris contrastar con la nieve de enrededor; tenía que ser territorial pues no había más motivo para que lo hiciera y con poca inteligencia para enfrentarse a aquellas criaturas. Vio cómo lo atacaban todos en grupo: el caminante era una criatura grande pero sus aullidos confirmaron sus temores: no había tenido ni la más mínima posibilidad pero lo que en otro momento hubiera sido mala suerte de encontrarse en terreno de aquella criatura, fue torna de buena suerte ya que la lucha frenó a los hombres sombra y él pudo tomar alguna ventaja. Yo pero sabía que él era un objetivo para ellos.

Si los pastores de unicornios morían, causarían un gran dolor a aquel que los creó; tenía especial inquina hacia Romualdo ya que él destruyó a Inferno. Tenía que aprovechar la oportunidad dada así que azuzó su montura que se esforzó en ganar más velocidad pues su vida también pendía del hilo fino de su huida. Temía que llegara la noche pero aunque aún faltara horas, el paisaje cambió drásticamente en solo unos metros. No había nieve alguna en el

suelo pues todos los árboles eran enormes álamos que aún conservaban bastantes hojas que tenían un color de rojos matices; los cascos del caballo pisaron piedra mas no aminoró; se giró y se percató de que no los veía. Iván se quedó impresionado por aquel paisaje monótono y extraño, vio columnas como hitos hechos de cráneos y huesos humanos pero a pesar de que aquel lugar pareciera un lugar peligroso, él no sentía esa sensación sino más bien la de tristeza; eso era exactamente lo que rezumaba aquel lugar. Casi cae del caballo al momento en que frenó, miró hacia adelante y vio un hombre muy anciano de un larguísimo cabello blanco y una barba del mismo color.

Iván miró a aquel hombre sin saber qué decir, miró hacia su espalda sabiendo que pronto llegarían sus perseguidores y entonces aquel anciano le habló.

—No temas joven, hoy no será el día que encontrarás la muerte por lo menos en manos de esas abominaciones.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Iván aún preocupado.

—La alameda de los caídos. ¿Ves estos árboles de rojos tonos? Han crecido alimentados por la sangre de los inocentes como fue en tiempos pasados y puede que hoy. ¡Huye! Ya están aquí.

Iván hizo lo que aquel anciano le dijo y espoleó al gran animal desapareciendo hacia la dirección de Ulsan sin comprender cómo se enfrentaría aquel hombre a esos seres tan poderosos.

Los hombres sombra pretendían aumentar su rápido ritmo y se transformaron mientras corrían para impulsarse con las extremidades superiores ganando velocidad mientras disfrutaban de la caza.

De los que montaban en esas monturas tan bellas, solo quedaba uno y había que darle muerte pues era un ser querido por Romualdo y su muerte le causaría gran dolor, cosa que complacería a Rafael. A la velocidad que iban no se dieron cuenta apenas de que el paisaje cambió radicalmente y aunque sabían que faltaban horas para que la noche cerrara su negra cortina sobre ese día súbitamente, le llegó la oscuridad a aquel extraño lugar que poseía otras leyes. Pararon ante las anomalías y Rafael poseyó el cuerpo del líder de esa partida, uno de sus más poderosos hombres si es que podían denominarse así. Se irguieron todos mirándolo pues sabían que ya era Rafael quien miraba extrañado a aquellos árboles tan altos que parecían tocar el cielo de la súbita noche que cayó. Uno de ellos se acercó a Rafael viendo que estaba tan inmóvil que no sabían qué hacer.

—¿Ocurre algo, mi rey?

—Este lugar no aparece en ningún mapa, este lugar es muy raro y siento la mano de Antón en este lugar.

—Antón está muerto y ya no causará ningún problema.

Rafael le asestó un golpe que hizo volar al que le habló.

—Y aquellos que fueron a Mesa también lo están. Aunque me complazca la muerte de Antón, lo respetaba: respetaba su inteligencia pues atesoró secretos durante siglos. Aún después de muerte, os aseguro que sus secretos nos harán daño.

—Somos fuertes —dijo sin alzar mucho la voz uno de ellos.

—Pero no invencibles; llevamos demasiadas bajas.

—¿Volvemos, rey? —contestó otro.

—¡No! Quiero saber qué es este lugar. ¿Lo sentís?

—No rey —contestaron algunos.

—Tristeza, dolor… este lugar es un éxtasis para mis sentidos, para el que comparte conmigo estos cuerpos. Yo solo puedo percibirlo.

El viento sopló con una ráfaga que hizo susurrar al roce de las hojas de los árboles y, barrió la hojarasca del suelo descubriendo un camino de piedra que empezó a andar sobre él Rafael siguiéndole los demás. De vez en cuando, algunos tótems de huesos y cráneos acompañaban el camino y entonces empezaron a ver puntos de luz débiles allá donde miraran. Solo se oía el murmullo de la arboleda que a pesar de los poderosos que eran, su fortaleza parecía que menguaba en ese misterioso lugar. Andaban a paso humano y Rafael estaba maravillado ante la atmósfera mística de aquel lugar. Cambió su voraz apetito de sangre por curiosidad. ¿Cómo después de tantos siglos vividos y tierras recorridas, jamás dio con este lugar? Tenía que descubrir cuál era el motivo por el cual estaba hipnotizado en esta alameda carmesí. Iván no estaba lejos del lugar así que, cuando frenó su huida, justo estaba en la frontera este de la alameda de los caídos. No era justo que aquella gente que viviera allí muriera mientras él huía. Dio media vuelta y con casi medio siglo de vida, creyó que si había de morir ese día, que así fuera. Esperaba que no encontrara una matanza. Azuzó su caballo y se dijo así mismo: ¡cuán estúpida es la valentía! Recordó sus días amando a un ser tan enigmático como bello, todo un privilegio haberla amado aunque hubieran sido dos veces solo, pero valía toda una vida. Amó y fue amado por Derán, la Dama Blanca; ojalá saliera ilesa de esta contienda.

En esta noche fría esperaría no yacer muerto aunque fueran extraños que habitaran este lugar en el cual, te invadía una tristeza nada más estar bajo la copa de esos árboles tan exóticos y tan

comunes al mismo tiempo. Su carrera paró donde empezó su huida al ver la figura de ese viejo hombre de aspecto sencillo pero que de normal no tenía nada. Aún estando de espaldas, le habló nada más que los cascos de su montura dejaron de resonar en el camino empedrado.

—Sabía que volverías.

—Vengo a luchar y a morir con vosotros —dijo sin miedo Iván.

—Hoy no será pues ya he mandado a los niños a por esos seres llenos de maldad; no pueden estar aquí.

—¿Cómo puedes mandar a unos niños a luchar con esos seres sangrientos? ¡Los matarán!

—Qué poco sabes de este lugar. Antón y Gabriel lucharon hace muchos siglos y por eso aún hay descendientes. Aquí hubo una masacre y los árboles tienes esos tonos rojos porque bebieron sangre de los inocentes. Antón ha muerto, salve en su honor cientos de velas que guíen su camino. Ven y observa, quizás incluso nos hagas falta.

Así juntos anduvieron por ese camino empedrado con la simple luz de una vela que portaba en las manos ese anciano hasta que llegaron detrás de una hilera de niños de distintas edades.

—Estos son nuestros guerreros, los más inocentes. Ven hacia atrás pues no podemos con nuestra presencia entretenerles.

Los hombres sombra liderados por Rafael, vieron el camino cortado por una hilera de una veintena de chicos. En sus caras veían inocencia y cada uno portaba en la mano una vela que milagrosamente, el viento ni tan siquiera bamboleaba su llama. Al verlos dejaron a sus pies las velas sobre el camino de piedra y empezaron a entonar una canción, Rafael no la reconoció.

—Matémoslos, nos estorban en nuestro camino —dijo uno de ellos.

—No. ¿Qué pueden hacernos unos niños? Quiero ver cómo termina esto pues me intriga —dijo tajante Rafael.

Esos niños sin dejar de mirar a aquellos extraños, extrajeron unos pequeños cuchillos y cesaron su canto. Todos al mismo tiempo se hicieron un corte en la mano y dejaron colgando sus brazos para que su sangre cayera en aquella tierra. Solo uno se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y fue Rafael. Según caía la sangre de aquellos infantes, el suelo la absorbía sin que dejara rastro. ¿Qué podía suceder después?

Empezó a sentir debilidad y desconocía el por qué cuando vio a sus pies un pequeño charco negro; aquel lugar le estaba robando la esencia del último sin nombre. A los pocos segundos despertó en la

torre. No había muerto como en otras ocasiones; a quién poseyó su cuerpo, se había vuelto humano. La rabia le invadió pues no le había supuesto dolor y no tardaría en poder volver a otro cuerpo, pero había perdido a otra decena de hombres.

Aquellos hombres sombra que estaban en la alameda de los caídos volvieron a ser humanos y aquellos niños salieron corriendo; entre las sombras de la noche y con ambas manos armadas, miró Iván a aquellos hombres junto a otros habitantes adultos de aquel lugar, los que antes le perseguían eran ahora solo humanos y estaban desarmados.

—Perdonadme señores, creo que tengo que vengarme de algunas muertes —dijo Iván.

Fue rápido aunque no cruel pero sí breve; tan desvalidos estaban sin sus poderes perdidos y tan inválidos que ni pensaron en huir. Iván pasó de presa a depredador.

29. SOBRE LA TUMBA DE FLORIAN

En el salón principal del reconstruido castillo de Selva estaban reunidos Héctor, Sara y los consejeros del director de las cinco ciudades del este cuando sobre el murmullo de voces, la puerta se abrió de par en par. Entraba Iván el poeta seguido de un enorme búho blanco planeando bajo. Todos se quedaron boquiabiertos pues el semblante del que era un hombre risueño, era extremadamente serio. Avanzaba a paso rápido y decidido hasta colocarse enfrente de la mesa oval de aquel consejo.

—Vengo de…

Súbitamente, Sara se giró hacia Iván con una mirada que indicaba que la conversación se iniciaba erróneamente. Iván se dio cuenta pues prosiguió advirtiendo la señal de esa mirada.

—… un lugar; se han producido bastantes bajas de las huestes de ese Rafael, su líder.

—No eran tan poderosos. ¿Cómo pues pudo ocurrir esa derrota? —preguntó Héctor.

—No puedo revelar las circunstancias, señor director, pero ocurrió.

—¿Pueden a volver a producirse esas circunstancias? —preguntó Héctor.

—No —respondió Sara tajantemente.

Todos los allí reunidos quedaron mirando a esa mujer pelirroja de bucles larguísimos. Solo Héctor e Iván sabían de su naturaleza. Iván prosiguió.

—Hay más noticias y no son todas buenas.

—Por favor Iván, cuanto antes nos las digas antes podremos asimilarlas.

—Antón y Prometeo rechazaron el ataque a Mesa, pero…

—¿Pero? —repitió Héctor poniéndole interrogación a su última palabra.

—Antón murió en la batalla.

El rostro de Héctor cambió bruscamente: su actitud expectante se transformó en la más absoluta incredulidad y Sara optó por intervenir.

—Señores consejeros, si no os importa quisiéramos seguir esta conversación de manera más privada. Les informaremos de lo más importante. Comprendan que cualquier motivo de tristeza necesita unos momentos de intimidad para desahogarla.

Uno a uno se fueron yendo no sin antes poner la mano en su

hombro, tradición en aquel feudo como señal de consolación; así, hasta que se quedaron solos la pareja e Iván. En ese momento, Héctor derrotado, hundió su cabeza entre sus brazos apoyados en la mesa y se puso a llorar. Sara se levantó para abrazarle por la espalda e Iván se quedó quieto delante de ellos comprendiendo que tenía que desahogarse. Él aún no había tenido tiempo de llorar a los compañeros, solo el traicionero alivio de la venganza.

Así, tras cierto tiempo transcurrido, Héctor al final se recompuso, era la parte más humana del director la que allí se mostró y con su voz quebrada, habló:

—Fue mi mentor, era un ejemplo para mí y pude recuperar mi hogar gracias a Romualdo y a él; siempre he estado en deuda con él.

—Cariño, en todas las guerras hay muertes y seguro que Antón ofreció la suya en muchas ocasiones por toda la gente que habita en esta tierra; esta vez le alcanzó. Ahora lo lloraremos y lamentaremos su pérdida, pero debemos preocuparnos por los vivos pues yo ya he visto morir a demasiada gente en todas mis vidas pasadas y muchos eran seres queridos —dijo Sara.

—Tienes razón, Sara. Iván, ¿algo más que contar?

—Romualdo me informó de esta lamentable pérdida a través de su ave; de mi experiencia perdí compañeros míos cruelmente antes de que se les torcieran las tornas a esos hombres sombra. Prometeo fue mortal para ellos tras saber de la muerte de Antón; salió el guardián que llevaba dentro y prácticamente los destrozó. Se dirigen hacia aquí Romualdo cree que Rafael manda a sus guerreros en oleadas tanteando sus posibilidades y nuestras respuestas. Todos los que eran durmientes saben de la muerte de Antón pues el vínculo que comparten todos les avisa de la muerte de los demás.

—Les habrá producido gran dolor tanto como a mí. Antón era una persona que se hacía querer. Lamento la suerte de tus compañeros Iván —dijo aún con tristeza Héctor.

—Hay más… —indicó Iván.

—Antes de seguir, ¿dónde está el cuerpo de Antón?

—Creo que ese fue el último secreto que se llevó.

—No lo creo; aún después de su muerte, a ese tal Rafael le tiene algunos preparados. Lo conozco bien… lo conocía —quebró Héctor su voz en las últimas palabras.

—Iván prosigue —le indicó Sara.

—Hornos ha sido masacrada; los hombres sombra mataron a todos los herreros, a toda la población.

—¿Y Valerio? —se levantó de la silla Héctor esperando otra fatal

nueva.

—Sobrevivió. Mató a todos los hombres sombra ayudado de su poderoso guardián que Valerio, herido de muerte, lo salvó ofreciéndole su vida a cambio de la suya. Está en Altamiras para ayudar. Valerio tiene la esencia de su guardián —concluyó Iván.

—Pobre gente de Hornos; ellos no tenían por qué sufrir las consecuencias de esta guerra.

—Como en todas las guerras, los que más padecen son los que menos culpa tienen. No podías evitarlo amor mío —contestó Sara.

—Pero a pesar de saberlo, me duele. Una pequeña alegría entre tanta pérdida es que Valerio está vivo —dijo Héctor aún con el rostro compungido por las noticias.

—Podría haber sido peor. Al menos sabemos que si los guardianes han podido con ellos es porque son vulnerables.

—¿Somos más poderosos que esos guardianes que nos envían los ancianos más los que tenemos? —preguntó Héctor.

—Cariño, yo he matado a varios guardianes: aquellos que escapaban al control de los ancianos. Tu hija es de sangre antigua; Silvan está protegido por el ser más poderoso que jamás habitó en este planeta. Karmen es un guardián hecho por Romualdo; el Mago es uno de los primeros ancianos, mi hermana ni tan siquiera yo sé el poder que atesora; Ángela, la hija de Noelia y Prometeo tiene la sangre de su padre. Quedan cuatro guardianes aún por llegar y tú mismo has dicho que crees que Antón aun después de su muerte, tiene guardados algunos secretos. Habrá más muertes, quizás nos llegue a nosotros, pero mi amor, hay esperanza —dijo seria Sara.

—Confío en ellos, en los nuestros, pero recelo de ese malvado ser. Es inteligente pero después de estos reveses, cambiará su estrategia y dejará de atacar directamente; ni tan siquiera sabemos cuál será su próximo objetivo —reflexionó Héctor.

—No, no lo sabemos. Debemos estar preparados para cualquier cosa —afirmó Sara.

—Necesito ir a un lugar para poder estar en paz —expresó Héctor.

—¿Lejos de aquí? ¡Ni de broma te dejaré ir —avisó Sara!

—No Sara, voy a los sótanos del castillo donde está la tumba de mi tío Florián; lo necesito.

Sara lo comprendió y acompañó con la mirada a su hombre sintiendo su pena al igual que fuera suya, pero enmascarándola en una entereza de la que siempre hacía gala. Así se quedaron solos Iván y Sara.

—Si se me permite, iré a Ulsan —demandó Iván.

—No —respondió Sara.

—¿No? —dijo incrédulo Iván.

—Tu deseo de volver a ver a mi hermana te ciega. Esos hombres sombra están cerca y no te dejaré ir. ¿Acaso no te dijo el viejo sabio de la alameda de los caídos que no morirías hoy?

—¿Cómo puedes saberlo? —respondió sorprendido Iván.

—A veces olvidas quién soy ¿verdad? Y eso que eres de los pocos que saben que soy una de los ancianos. Soy Sara, la primera que vengó la muerte de los nuestros. Ese lugar en el que estuviste a pesar de estar cerca de las cinco ciudades es un lugar bendecido y nadie debe saber de su existencia; sus habitantes quieren vivir en paz y su deseo se respetará.

—¿Me quedo pues aquí? —preguntó Iván.

—Vayámonos de aquí. necesito cambiarme para la ocasión y no es para ningún baile de salón —dijo seria Sara.

—¿Qué ocasión? Me tenéis perplejo.

—Para mirar a la muerte de frente o convertirme en ella— dijo tajante Sara.

Salieron los dos del castillo que señoreaba Selva. Las calles estaban concurridas y ella estaba elegantemente vestida. Su belleza no pasaba desapercibida y tenía el mismo influjo que la de su hermana Derán, la Dama Blanca, aunque la de Sara era más exuberante y salvaje que la de la delicada Derán que rozaba la inocencia con el aderezo de una fingida locura juvenil; fue Iván el único que logró por dos veces su amor, pero todo tenía un precio y es que enloqueció por ella; perdió su juventud con tal de volverla a ver. Derán se convirtió en una quimera y ahora sentía un respeto por la dama que le iba delante de él. Por su procedencia, por su aptitud de una fortaleza que no conocía limitación ninguna, poco a poco sin advertirlo, la belleza de la población de Selva le fue inundando. Jamás había visto un lugar donde la gente siempre vestía con una sonrisa en su cara ni las simples casas con sus adornos en conjunto que daban un color que alegraban el alma. Sus calles estrechas perfectamente adoquinadas y cada pocos metros si no era una fuente, eran estatuas de una belleza sin par. Decían que Selva no dormía jamás ni cuando la hermandad la tenía subyugada. Cuando la intentó destruir renació aún más bella y así, embelesado, recorrió el tramo que le marcaba los pasos de Sara hasta que llegaron a una casa que estaba sobre un altozano solitaria, pero que no destacaba mucho de las demás, únicamente se hallaba sin vecindad. Sara llamó a la puerta y una mujer ya entrada en años le abrió.

—Buenas ama.

—Señora Sara ¿y el señor Héctor?

—No tardará en venir. Hemos tenido una pérdida y tiene que desahogar su dolor. Tenemos un invitado, prepárale una habitación.

—Cuanto lo lamento. Ahora mismo preparo un aposento para su invitado.

—Gracias Ana.

Así, Iván y Sara entraron en la casa. Se entraba directamente en el salón. Allí había una gran chimenea. Iván pensó que esa debía ser la casa que tenía una entrada secreta al exterior, así se lo contó Romualdo a él y a los pastores de unicornios una noche apacible en la encrucijada mientras relataba el Mago la toma de Selva. La estancia estaba bien caldeada e Iván ya estaba un poco más que harto del frío y de la mugre que ya arrastraba hacía varios días. Sara, adivinándole los pensamientos, le indicó una puerta al fondo mientras acto seguido, con una elegancia solo propia de las mujeres, subía la escalera.

Iván abrió aquella puerta y vio un baño grande y vaharadas de agua caliente se elevaban para ver cómo humedecían el techo de madera. Supo que en aquel momento un baño caliente era lo que más le demandaba su cuerpo. Se desvistió con el mismo silencio que había en aquella habitación y cuando en el agua caliente y perfumada sumergió su cuerpo, se pudo relajar. Fue cuando entonces pudo derramar las lágrimas que debía a la muerte de sus compañeros, a la falta que ahora tenía y siempre tuvo de Derán, que por regalarle unos días de amor lo condenó pues jamás pudo encontrar mujer que la hiciera olvidar. Echó la cabeza hacia atrás y el cansancio vino como una traición a dejarlo ir al mundo de los sueños: pero hubo ausencia de ellos y durmió sin ellos.

Sara abrió la puerta del dormitorio principal. Por fin en aquel día pudo esbozar una ligera sonrisa. Allí estaba la cama donde tantísimas noches fue amada por Héctor, donde concibió y dio a luz a su hija Flora que, físicamente, era un espejo de ella si bien Héctor tuvo la concesión de darle sus ojos y su barbilla que tanto le agradaba a Sara. No temía por su hija pues era de sangre antigua, y además estaba con Arcadia, Ángela y Romualdo; eran posiblemente la fuerza mayor de todos ellos pero le asaltó la duda de la razón de por qué estaban en la ciudad más pequeña de las cinco ciudades del este. ¿Qué sabía Romualdo que no había contado? Tanto se parecía a Antón y entonces una súbita melancolía le inundó pues a sus recuerdos milenarios anduvieron muchas muertes más. Quería que ya estuviera Héctor en aquel lecho para ahuyentar aquellas

rememoraciones pasadas pero debía respetar su pequeño duelo. Se tumbó tal como estaba en la cama y decidió dormir solo un momento para acelerar el tiempo de su ausencia.

En Selva, aquel día era calmado como otro cualquiera. La buena monotonía que había allí así como la paz que había a pesar del laborioso trayecto de aquel lugar. La armonía reinaba pero en el momento que Sara llevaba tan solo unos minutos dormida, una ráfaga solitaria y caprichosa de viento hizo sonar la única campana que había en el lugar. Fue un solo tañido, aunque no fue alarmante pues ni siquiera los pocos que lo oyeron le prestaron mucha atención.

Sara abrió los ojos pues ese simple gesto la alertó ya que era una anomalía que ella interpretó como una señal. Se deshizo de su elegante vestido viéndose desnuda delante del espejo sin que este revelara ninguna imperfección en su cuerpo. En teoría, era una mujer de pasada la cuarentena pero su cuerpo era de una veinteañera con su piel lisa sin que su enjuto y bello rostro hubiera rastro alguno de arrugas; sus pechos estaban firmes y redondeados. Desnuda, fue a un pequeño cajón donde sacó una llave bastante oxidada y se fue hacia un arcón que creyó que jamás abriría. Con lo que dentro había, se vistió, bajó las escaleras y rápidamente llamó al baño donde se encontraba Iván que lo despertó del sueño.

Iván abrió y se quedó boquiabierto con la estampa de Sara: llevaba una falda corta de cuero duro y en sus costados dos espadas cortas de muy antigua factura. Calzaba unas botas altas del mismo material; llevaba los pechos descubiertos, grandes y redondeados como si hubieran sido esculpidos por el más perfecto escultor. Sus pezones eran tan rosados que embriagaban verlos; llevaba en su espalda un carcaj que le asomaba por la nuca y en su mano un arco. Su pelo rojo era como un atardecer de otoño: estaba recogido con una cinta de cuero con una única runa de metal en el centro; sus labios eran de un color tan vivo que parecían pintados. Iván creyó estar ante una diosa.

—Espabila, creo que están aquí y dentro.

—Sara, ¿qué puedo hacer yo contra ellos?

—Nada, pero yo cumplir con lo que dijo aquel viejo de la alameda: hoy no puedes morir Iván y así se cumplirá.

Héctor se encontraba delante del sarcófago de su tío Florián y escoltado por las tumbas de sus padres, de sus familiares y antepasados. Faltaba su primo que hacía veinte años murió en la toma de Selva y aquellos misteriosos seres se llevaron su cuerpo. Allí, rodeado de todo su linaje encontraba, siempre que la buscaba,

la paz mientras rememoraba sus años de joven aleccionado por las visitas casuales de Antón a Selva y donde el mismo Antón descubrió la inteligencia de aquel joven: cuando fue a Vera y se camufló como un funcionario del ayuntamiento presenciando la muerte de la madre de Raquel y después de la posterior y elaborada fuga de ella. Sonrió al pensar de cómo se enamoró de esa mujer disimulando sus sentimientos por respeto a Silvan, que él mismo se dio cuenta, y cómo un gran hombre le dio lecciones de comprensión. Fue en aquella huida donde forjó una gran amistad hacia él, donde después conoció a la que ahora es su mujer, Sara. Ella vio en él algo que ni él veía: la madera de un gran líder, cómo después Silvan y el resto, con el llorado Antón, lo proclamaron el máximo cargo del último reducto de ciudades de la humanidad.

Los recuerdos en el pulcro silencio de aquellas catacumbas donde yacían todos o casi todos sus familiares y antepasados, afloraban vivos y tan frescos que no olvidaba ningún detalle sobre ellos. Pero de repente recordó que el presente requería de su entereza y debía regresar pues Sara lo estaría esperando. No había más tiempo para condolerse de las pérdidas así que se dio la vuelta para subir las escaleras cuando aún sin dar ningún paso, oyó los sonidos de otra persona en aquel lugar sagrado: nadie jamás bajaba allí, era muy extraño hasta que empezó a pensar con una sonrisa en los labios quién podía profanar ese lugar.

—Puedes mostrarte, sé quién eres.

—Vaya, y yo que quería darte una sorpresa.

Un hombre alto, de vestimenta más bien propia de un mendigo le hablo.

—Lo has hecho. Debes de ser Rafael.

—Exactamente, bueno, es un cuerpo prestado. Quería conocer al director de estas cinco ciudades que, si no te importa, pronto serán mías.

—Discrepo de que puedas hacerlo. ¿Ya no atacas directamente?

—No pues aprendo de mis errores, pero bueno, como sabrás he venido a matarte.

—No temo a la muerte pues como ves, estoy rodeado de mis antepasados. Ahorrarás tiempo conmigo pues yo solo soy un humano y no tendrás ninguna dificultad en ejecutarme.

—¿No tienes nada de miedo? Me frustra pues el ser que llevo dentro y yo nos regodeamos con el sufrimiento de los demás. Bien Héctor de Selva, aquí acaba tu linaje.

—No es así pues tengo descendencia.

—Mataré a todos, no te quepa duda y morirás sabiéndolo. ¿No

te conmueve que todos tus amigos vayan a morir? Dame el gusto de verte sufrir.

—Confío en su fuerza, confío en la gente que sobrevivirá a la barbarie y como pasó con esta ciudad, volverá a ser reconstruida y tomará más fuerza. No me verás sufrir pues me río de la muerte en tu cara: moriré con la dignidad de mi casa a manos de un cobarde.

Esas palabras enfurecieron a Rafael que en un rápido movimiento sin que Héctor pusiera resistencia, su mano como un puñal atravesó su corazón; no quería matarlo así, quería verlo sufrir pero su incontinencia ante las palabras de Héctor fue una muerte rápida. Rafael pasó de la rabia a unas estridentes risas; ese hombre había sido inteligente provocándolo para recibir una ejecución rápida. Da igual, la muerte de este hombre provocará dolor. Pensó en descuartizar el cuerpo para mancillar ese lugar, pero se dirigió al exterior pues alguien muy poderoso se movía por las calles de esa ciudad y desconocía quién era. Dio una orden remota para que empezaran los hombres sombra a tomar aquel lugar. Miró el cuerpo inerte de aquel hombre con desprecio pero dentro de sí había raramente un sentimiento de respeto.

La gente miraba el cuerpo semidesnudo de Sara mientras andaba por las concurridas calles de Selva, era una perfecta escultura viva de la feminidad; estaba mirando hacia todos lados escrutando cualquier señal que descubriera la amenaza que sabía ciertamente que estaba entre las manos de aquella ciudad. La acompañaba Iván, también con una actitud similar a la de Sara aunque él era un simple mortal, pero en algo podría ayudar. Iván estaba tan alerta que no se dio cuenta de que Sara estaba de rodillas en el suelo, con el arco tirado mientras tenía sus dos manos cubriendo su rostro inclinado. Iván fue hacia ella raudo.

—¿Qué ocurre Sara?

—Héctor… ha muerto; siento su ausencia —dijo Sara con palabras ahogadas en sollozos.

Iván sintió la empatía de su tristeza mas no sabía cómo reaccionar; quería consolarla pero no encontraba ni las palabras ni la forma de cómo hacerlo. La gente que estaba cercana a ella oyeron sus palabras y ante la fatal noticia que salió de los labios de Sara, empezaron contagiados por su tristeza a imitarla y mientras muchos bajaban la cabeza, aquellos que la tenían cubierta se descubrieron en señal de respeto; fueron muchos los hombres y mujeres que empezaron una melancólica sinfonía de lloros y lamentos.

Entre aquella multitud, una figura que andaba a paso lento cuyo

aspecto era macilento y oscuro, hizo que la gente que estaba cerca se apartara temerosa de aquel ser que su presencia provocaba temor hasta que, a pocos metros de Sara e Iván, se quedó quieto con una sonrisa de regodeo siniestro que infundía aún más miedo a los que lo veían.

—Qué música celestial de lágrimas y dolor, de lamentos por alguien que ha dejado de existir y con el fondo de pavor que mi presencia provoca pero ya encontré a la única persona poderosa de esta ciudad que convertiré en un río de sangre y gritos, ¿sabes? He venido a matarte.

Fue tan rápido que aquel ser ni tan siquiera sintió cómo Sara le atravesaba el cráneo con una de sus espadas y, como un viento huracanado de rabia recorrió la distancia sin que sus desarrollos sentidos le advirtieran.

A mucha distancia de Selva, Rafael sufrió una tercera muerte sintiendo un punzante dolor en su cabeza que le provocó caer de su extraño trono; ni tan siquiera vio venir a la muerte de aquel cuerpo prestado. En adelante, escogería mejor ya que algunos de los que mandó sobresalían sobre otros; su táctica giró y tenía que ser cauto.

Iván miró aquella acción de Sara asombrado de las cualidades que tenía. Sara limpiaba la sangre negra de la espada con una faz pétrea que incluso asustó a Iván. Parecía como si la muerte de su hombre le hubiera arrebatado su humanidad. Tampoco supo cómo reaccionar pero se empezaron a escuchar disparos y gritos espeluznantes en varios puntos de aquella población lo que hizo cambiar la actitud de Sara. El pánico de la gente provocó que empezaran a correr en todas direcciones sin orden y atropelladamente, hasta el punto en que Sara e Iván quedaron solos en aquella calle. Sara dudaba sobre qué dirección tomar para ayudar a aquellas gentes que eran sus vecinos y de los cuales conocía los nombres de muchos.

De pronto, una sombra caía sobre Sara desde una altura cercana y con un movimiento apenas perceptible, como si Sara se hubiera transportado a un metro tan súbitamente que pareciera a ojos humanos que no se hubiese movido, aquella sombra chocó contra los adoquines del suelo; se fijó en Iván y sus manos se convirtieron en garras extrañas como si cada falange fuera la hoja de un cuchillo y se abalanzó mortalmente sobre Iván, formando un arco descendente sobre aquel pastor de unicornios. Iván no tenía defensa alguna hasta que a un palmo de su objetivo, aquella extremidad fue frenada en seco por la mano de Sara que lo asía por la muñeca. Aquel ser se quedó extrañado de que alguien pudiera hacer algo

semejante y cuando su vista se giró para ver quién lo asía, se quedó perplejo de ver a una bella mujer, error que cometió pues Sara con la otra mano decapitó a aquella criatura. Entonces se giró hacia Iván:

—Te lo dijo aquel viejo de la alameda de los caídos: hoy no morirías.

—¿Y tú?

—Soy difícil de matar.

Interrumpiendo la corta conversación cuando ya tenía Sara el arco montado, una flecha voló con el sonido poderoso de la vibración de la cuerda. Un hombre sombra que estaba sobre un tejado sintió una punzada en su nuca. Asió el mástil de la flecha riéndose de aquella arma ridícula cuando la punta de la flecha, le reventó la cabeza al segundo. Los gritos no cesaban como olas de una marea de sufrimiento; algún edificio de los más débiles caía estrepitosamente sobre la calle creando una nube de polvo y escombros, abonando aun más el caos si es que podía ser.

Sara era muy poderosa pero no podía más que estar en un solo sitio a la vez. Sabía que eran muchos los que castigaban a la pobre gente de Selva y nunca llegaría a tiempo a todos los lugares pero tenía que hacer algo. Fue corriendo hacia el castillo de Selva a la velocidad que pudiera ir también Iván, de vez en cuando montaba el arco sin perder paso y abatía a otra abominación que veía. Pero miraba en rededor negando con la cabeza. Iván lo interpretó rápidamente: eran demasiados; aún corriendo, veía gotas que saltaban de la cabeza de Sara: estaba llorando por la muerte de aquella gente. Sorteando a la gente que no sabía qué hacer ni por dónde huir, Sara les indicaba que la siguieran, al menos podría salvar a algunos. En el corto trayecto que restó, Sara eliminaba los que se aproximaban con su arco hasta que en las mismas puertas se quedó sin flechas así que, tiró el carcaj y el arco. Había guardias muertos en la entrada y las puertas estaban abiertas. Se dirigió hacia el gran salón y allí se encontraban dos hombres sombra dando muerte a un reducido número de guardias que presentaban batalla inútilmente. El primero cayó decapitado de espaldas, el que restaba fue hacia Sara con las manos transformadas en dos punzones grandes; ella se quedó quieta esperando su rápida acometida con su arma en cada mano cuando creyó haberla lanzado con sus extremidades vio que ella las había cercenado. No le produjo dolor e intentó con su boca ahora llena de desiguales colmillos, desgarrarla. Ella le cerró de un golpe con el pomo de su espada la boca y con la otra libre se la incrustó en la cabeza hasta que cayó

derrumbado en el suelo. Después se quedó mirando hacia la puerta de la entrada del salón. No percibió más amenaza por lo que se fue rauda hacia la gran chimenea y accionó un mecanismo escondido. La pared del hogar de la chimenea se abrió. Indicó a la gente que pasaran por esa puerta secreta y se acercó a Iván.

—Llévalos al norte pues ellos están ya aquí. Llévalos a Mesa pues nada podemos hacer aquí. Llama al búho espía de Romualdo que avise a Prometeo y Noelia y que se dirijan a Vera. Que yo sepa, solo está Silvan con un guardián y es la ciudad más grande por lo que les necesita. Ve deprisa pues la masacre les está entreteniendo, al menos salvaremos unos pocos.

—¿Y tú Sara?

—Yo voy a Ulsan. Solo está Derán y quiero estar con ella pero antes tengo algo que hacer. No temas por mí, corre.

Así desapareció Iván por el hueco frontal de la chimenea y Sara volvió a accionar el mecanismo para cerrar ese pasadizo y disimular más esa entrada. Encendió fuego para camuflar en lo posible la huida de los pocos que pudo salvar de Selva.

Ya corriendo a una velocidad sobrehumana, se dirigió a los sótanos del castillo. La entrada estaba abierta y confiada, fue hacia sus adentros pero nada más poner el pie en el primer peldaño, recibió un golpe que la lanzó hacia atrás arrastrando en su caída el mobiliario que se interponía hasta la dura piedra. Hubiera muerto siendo humana como fue en sus otras vidas, pero ya no lo era. Solo fue un contratiempo y vio a su agresor: era diferente, tenía cuatro brazos, dos de ellos desnudos y dos armados con espadas curvas aún ensangrentadas. Ese ser la estaba esperando pues sabía que volvería. Sara empezó una danza de ataques rápidos y cintas que aquel ser bloqueaba e incluso tomaba la iniciativa; con los dos brazos reforzaba su ataque, incluso llegando a golpear a Sara sin que le llegaran del todo. El combate estaba equilibrado pero Sara no tenía tiempo de una lucha larga pues tenía una misión importante antes de huir de Selva. Si se quedara allí luchando, al final moriría y debía auxiliar a Derán que estaba sola en Ulsan.

Entre el baile de espadas, Sara empezó a cantar tan bajo que el choque del metal ahogaba su entonación. Las runas que tenían sus espadas empezaron a brillar tenuemente hasta que adquirieron un color anaranjado. Sara dejó que tomara su rival la iniciativa y dio una voltereta hacia atrás distanciándose de él y cuando estuvo más confiado, entonces lanzó una espada hacia aquél que le atravesó el pecho, cosa que le produjo una carcajada estridente a aquella abominación.

—No tenemos corazón mujer, no puedes herirme y ahora, morirás.

—Sé que no tenéis corazón; lo he visto en las calles de mi pueblo y sé que moriré, pero no será hoy ni tú quien propicie mi muerte.

Quería aquel replicarle pero empezó a sentir calor por todo su cuerpo. Miró hacia la hoja incrustada en su pecho y la vio incandescente. De pronto, todo su cuerpo se envolvió en llamas hasta que a los pocos segundos, cayó hecho un cúmulo de cenizas en el suelo donde se encontraba. Sara recuperó su arma y bajó a las catacumbas del castillo de Selva.

No encontró ninguno más de esos hombres sombra pero sí el cuerpo de su amado en el polvoriento suelo. Se acercó a él lentamente, le acarició el pelo y besó sus labios dulcemente. Ella no dejaría que nadie mancillara su cuerpo y sobre la tumba de Florián, una enorme losa la sellaba. La apartó sin esfuerzo y depositó el cadáver junto a los huesos de su tío Florián; selló el sarcófago y en aquel lugar, escondió sus restos. Juró volver y antes de salir con tristeza, dijo.

—Dulces sueños amor mío; jamás te olvidaré mientras en los ojos de nuestra hija vea los tuyos.

30. LOS GUARDIANES DE ALTAMIRAS

Cuatro torres que casi acariciaban las nubes y cada una de ellas orientadas hacia un punto cardinal, capitalizaban todas las miradas de los que ahora visitaban esa ciudad. Situada más al norte que el resto de las ciudades, siempre recibía un clima más adverso que el resto de ellas.

Era un día nuboso de caprichosas ráfagas de aire gélido como el ánimo desapacible de las noticias recibidas. Por esas calles, un niño corría con sus patitas cortas hacia la periferia de esa ciudad. Esquivaba a los pocos transeúntes que se atrevían a andar por ellas, fuese por miedo o porque el clima no favorecía caminar por sobre sus piedras viejas que cubrían el suelo, mientras en los bordes se amontonaban nieve de días pasados. Aquel pequeño ya cansado, amainaba sus pasos pero no paró hasta que alcanzó allí hacia dónde debía ir; era una casa como otra cualquiera de aquel barrio, pero no quien habitaba en ella. Llamó a su puerta con sus manos chicas golpeando el tirador y un hombre joven abrió la puerta.

—¿Qué haces por estas calles con el frío que hace? ¿Qué necesitas?

—Entregar un mensaje a Karmen.

—Dámelo, yo se lo entregaré.

Aquel niño negó con la cabeza y ante la negativa del chico, Jesús suspiró y llamó a Karmen; como una sombra, pasó por detrás de Jesús, miró al niño que movió la cabeza al ver a Karmen y le entregó un sobre en mano; acto seguido salió corriendo por donde había venido.

Karmen y Jesús se miraron sorprendidos. Fueron al pequeño salón de la casa donde María estaba terminando de hacer la comida al fuego; miró orgullosa a sus dos hombres. Jesús había alcanzado la misma estatura que Karmen y él se encontraba taciturno después de la paz que había vivido junto a María y a Jesús. Estos últimos meses había sido alterada por las últimas revelaciones tanto de Romualdo como las fatídicas noticias de la matanza de Hornos, de la muerte de Antón en Mesa, de la de Héctor en Selva y la masacre de sus habitantes. Sabía que los hombres sombra habían sido diezmados, pero sospechaba que su número era aún muy importante. Él estaba solo como lo estuvo Sara en Selva, temía por todo el mundo y perder otro ser amado se añadiría a sus pesadillas para volverlo a atormentar otra vez. María con dulzura le habló.

—¿De quién es?

—No lo sé, espero que no sean malas noticias.

—Ábrela y lo sabremos.

Karmen abrió el sobre blanco y miró lo que allí estaba escrito con una cara de asombro intentando descifrar lo que allí estaba escrito.

—¿Qué pone para que pongas esa cara? —le dijo un poco preocupada María.

—Es muy extraño; pone: "cuatro torres, cuatro guardianes", firmado, Romualdo.

—Que sepamos solo estás tú. Valerio es un durmiente, podría a lo mejor referirse a él como un segundo guardián, pero, ¿los otros dos?

—No lo sé.

—Voy a cuidar las rosas pues creo que harán falta muchas rojas. Espero Karmen que des buena cuenta de esos asesinos —dijo con rabia Jesús.

—¿Está preparado, Karmen? —pregunto María

—Nunca. Es muy bueno y lo he entrenado al máximo, pero tiene las limitaciones de un humano. Espero que no tenga que ponerlas a prueba jamás. Lo quiero mucho —dijo serio Karmen.

—Has hecho lo que has podido y harás todo lo que puedas; no quiero verte tan serio amor mío. Si muriera quiero que me recuerdes con alegría. Quédate con el recuerdo de estos quince años. Hemos sido, felices y si muero de vieja sobreviviendo estos días de horror, lo haré con una sonrisa pues he sido amada por un hombre excepcional—dijo orgullosa María.

—No morirás. Mírate, si no has envejecido apenas en estos años. Eres mi inmortal —dijo bromeando Karmen.

—¿Karmen haciendo una broma? Este momento hay que enmarcarlo para el resto de la historia —dijo riéndose María incluso provocando que la eterna seriedad se desvaneciera por un momento.

Se quebró el simpático momento por la segunda llamada a la puerta de la casa. Karmen volvió a su estadio normal, casi nunca habían sido importunados el tiempo vivido en Altamiras y hoy era la segunda vez. No podía ser nada bueno y menos en estos días oscuros. Karmen fue directamente a abrir la puerta y allí se encontró con un guardia de Altamiras. No había ningún sobre, era un mensaje de palabra. Así, esperó Karmen sin pronunciar palabra a que se lo notificasen.

—Buenos días ser Karmen, el alcalde Marcos solicita su comparecencia cuando usted disponga del tiempo para acudir a su

presencia.

Karmen afirmó con su cabeza; al menos no eran malas noticias de momento. El guardia se despidió bajando levemente la cabeza y Karmen le respondió con el mismo gesto. Al darse la vuelta vio que María estaba a su espalda.

—¿Qué querrá Marcos?

—Creo que lo mejor es ir a averiguarlo cuanto antes.

—Ve amor mío, luego me contarás. No tardes pues ya te estoy echando de menos.

Karmen cogió su abrigo del perchero no porque lo necesitara, sino porque María insistía en que no era elegante ir a pecho descubierto por las calles de la ciudad, un poco de decoro no le sentaría mal. Karmen sonrió cuál cosmopolita se había convertido aquella mujer que amaba tanto viniendo de un entorno tan salvaje.

Poco tardó en llegar a la casa del alcalde que estaba en el mismo centro de la ciudad; un anciano sirviente le abrió, lo reconoció de inmediato y con un gesto lo invitó a pasar. Le quitó su abrigo viendo estupefacto que no llevaba nada debajo de cintura hacia arriba: no conocía su naturaleza.

Karmen fue directamente al salón pues sabía dónde estaba; de frente al hogar se encontraba Marcos, el alcalde de Altamiras. Tenía mal aspecto, aquejado por una enfermedad agudizada por la desdicha que sufría su hija Marina en Erdia.

—Bienvenido Karmen, siento no recibirte como debiera, pero me siento bastante enfermo.

—No importa Marcos, ojalá el motivo de esta llamada no sea nada grave.

—Sí y no: sí por lo que vendrá y no es grave pero sí preocupante el motivo por el cual estés aquí.

—Dígamelo cuanto antes pues el tiempo es importante y no sabemos cuándo atacarán.

—En Selva lo hicieron desde dentro. No dudes que ya están aquí y cuando quieran actuar no lo sabremos hasta que lo hagan, pero la razón de tu presencia aquí es Valerio.

—¿Qué ocurre con él?

—Lleva un tiempo aquí; está sentado en una silla de frente a una ventana abierta. No ha probado comida ni bebida ni ha descansado desde que llegó y no habla con nadie. Le mandé un mensaje para que viniera a esta casa, pero lo ignoró.

—Iré a verlo, tenía que habérmelo dicho antes.

—Así es y me disculpo por la tardanza en la noticia, agradezco que vayas y esperemos que no se haya vuelto loco.

—No Marcos. Está esperándolos.

—Comprendo, aun así, ve a verlo pues me apena que esté así.

—Haré lo que pueda. Adiós Marcos.

—Sea Karmen. Recuerdos a tu familia.

Karmen salió de la casa del alcalde y el sirviente le indicó dónde se encontraba Valerio. Poca gente pasaba por al lado de Karmen en esta mañana gélida en la que todos estaban tapados hasta las orejas y él iba con el gabán abierto y el pecho descubierto, cosa que hacía llamar la atención demasiado. Entonces, recordó las palabras de Antón: aún muerto perduraría su memoria para siempre. Al menos para él, pasar desapercibido era uno de los que más le insistía a Karmen y él por supuesto los desoía continuamente por eso siempre pasaba la mayor parte del tiempo en Tierra de Nadie. Así, sumido en su esfera de pensamientos, llegó a la casa donde se encontraba Valerio. Llamó tres veces a la puerta, tres veces eran dos seguidas y una más espaciada para que supiera que era un enviado del alcalde quien llamaba a su casa. Pero pensando que el propio Valerio le abriera, le abrió una muchacha joven y muy hermosa.

—Buenos días.

—Sea, vengo a ver a Valerio.

—¿De parte de quién?

—Mi nombre es irrelevante, vengo porque me lo pidió el alcalde.

—Perdone mi indiscreción. Pase.

Así entró Karmen en una casa sencilla en la que estaba esa muchacha para atenderlo.

—¿Cómo está? —preguntó secamente Karmen.

—Simplemente, no está. Tiene esa enorme espada en las rodillas. Le he cocinado muchos platos de rica comida, pero no ha probado nada; he intentado mantener alguna conversación con él, pero tiene la mirada fija en la ventana abierta. Le tengo miedo.

—No es a él a quien tienes que temer. Él no dejaría que te hicieran daño.

—¿A quién tengo que temer? —preguntó la muchacha asustada.

Karmen la miró esta vez con cierta amabilidad. Quería contarle todo sobre la amenaza que venía, pero no quería que el temor le hiciera vivir estos días. Ojalá no fueran los últimos.

—¿Puedes dejarnos a solas? Es bastante urgente.

Aquella muchacha se fue con la cabeza agachada. Karmen era bastante alto pero comparado con Valerio estando sentado, parecía un enano. Se recostó en una esquina de la habitación en el campo visual de aquel gigante sumido en un amargo silencio. Así pasaron

largos minutos en los que ninguno de los dos se movió hasta que Karmen rompió el silencio con su voz.

—¿Qué ves por esa ventana?

Lenta y pausadamente, Valerio rotó su cabeza hasta que vio a Karmen. Después volvió a su posición inicial con su mirada perdida en la nada, pero esta vez, Valerio respondió.

—No veo ninguna ventana. Veo un campo blanco de nieve pura mancillada por miles de cuerpos derramando su sangre roja por allí donde miraras: vísceras sacadas de los cuerpos, miembros arrancados de su unión, hombres, mujeres y niños quebrados; el sacrificio de un ser milenario para que yo viviera: él estaba muerto y en cambio estoy aquí vivo.

—Haz honor a ese sacrificio y piensa que puedes jurar que yo he vivido varios de cientos años más que tú. En realidad, tu sufrimiento lo he padecido muchas más veces de lo que un ser racional pudiera aguantar: ciudades de millones de habitantes arrasadas, muerte extendida durante kilómetros sin respetar nada, ser enterrado vivo con toneladas de escombros encima, estar semiinconsciente oliendo como los cuerpos de los muertos cercanos se descomponían: ese olor queda para siempre.

Valerio se giró hacia Karmen y lo miró con tristeza.

—Has sufrido mucho.

—No se puede medir, te lo aseguro.

—¿Qué quieres de mí?

—Romualdo me mandó un mensaje: cuatro torres, cuatro guardianes. Yo ya sé que soy un guardián pues me lo confesó Romualdo. El guardián que sacrificó su vida por la tuya te convirtió en guardián, así pues, ya somos dos, pero faltan dos más.

Sin perder de vista a Karmen, Valerio se levantó apoyando en el suelo la punta de la espada que sostenía en sus rodillas; era una espada que medía más de dos metros con su hoja ancha: era un arma enorme. Parecía hecha a medida de Valerio aunque aún conservaba su martillo de herrero en la espalda.

—El tercero está llamando a la puerta norte. ¿Qué torre quieres que defienda yo? —dijo Valerio ante la sorpresa de Karmen.

—¿Cómo sabes eso?

—Simón, que sacrificó su vida por mí, me legó el poder del conocimiento. No sé cómo son los otros guardianes. Son como sombras lejanas que unos son nuevos y otros antiguos. El que arriba ahora es incluso más antiguo que el que murió.

—Si yo lo soy también no entiendo la razón de no percibirlo, aunque no importa por qué si no que está aquí, tu sitio está en la

torre este.

Karmen marchó rápido ante la mirada atónita de la chica que cuidaba de la casa.

Los guardias que custodiaban la entrada norte estaban rodeando una gran hoguera a los pies de la torre. El frío era tan intenso que ni tan siquiera conversaban no fuese que sus palabras se helaran. Marcos había reforzado las entradas aun teniendo conocimiento de que pudiese ser que los hombres sombra ya estuvieran dentro de la ciudad. Quizás fuese mejor así pues poca gente transitaba y solo se oían los ruidos que producía la madera cuando el fuego la consumía. Era una aburrida guardia e incómodamente gélida hasta que unos potentes golpes en la puerta les sobresaltaron; es como si un ariete hubiera impactado en cada golpe contra ella. Todos se miraron sorprendidos y sin que ninguno reaccionara hasta que por fin el más valiente sin duda de ellos, abrió el portazgo con sus compañeros apuntando sus rifles hacia el hueco que se abría por su apertura. Entonces entró un hombre cubierto de pieles de varios animales y piezas de armadura de cuero tachonada. Llevaba una capucha confeccionada con el mismo material con una pieza triangular que adornaba extrañamente aquella pieza. Por su espalda sobresalían dos hachas horadadas, estaba con la cabeza gacha hasta que se quitó la capucha. Tenía el pelo tan negro como la noche que venía inmisericorde y al elevar los párpados, descubrieron sus ojos grises intenso. Su aspecto era de un hombre de no más de treinta años, pero sus ojos si los mirabas con atención hablaban de eras pasadas. Llevaba un arpa pequeña en sus manos; sus brazos desnudos parcialmente delataban una musculatura muy desarrollada. Frunció el ceño de mala manera al tiempo que torcía la comisura de su boca. Se notaba a la legua que no llevaba buen humor. Miró a todos los hombres que no dejaron de apuntar con sus armas a aquel hombre hasta que con voz alta se dirigió a ellos.

—Mi nombre es Fergal. Vengo en auxilio de esta ciudad. He dormido demasiado. ¿Quién es el que comanda este lugar? ¡Queréis dejar de apuntarme con esos palos! Me están poniendo nervioso —dijo visiblemente enfadado.

Visiblemente extrañado uno de ellos le contestó mientras el resto bajaban sus armas.

—Marcos es nuestro alcalde.

—¿Alcalde? Creo que no es quién manda, es quién comanda. Tiene que ser un guerrero —dijo altivo.

Los guardias se quedaron perplejos ante la cuestión ya que desconocían otra autoridad que no fuera la de su alcalde y

desconocían quién era en realidad a quién se refería.

—¡Bah! Da igual. Ya lo encontraré o él me encontrará a mí.

Y se adentró hacia la ciudad ignorando las miradas de los guardias que le seguían su espalda. Fergal, a modo de gruñir más que de hablar, dijo en voz baja para nadie:

—¡Estamos apañados!

Karmen caminaba por el laberinto de estrechas calles que componían el centro de la ciudad. Se preguntaba si esos hombres sombra se encontraban en la ciudad. ¿Por qué no atacaban ya? O quizás fuera una mera superposición que estuvieran en el interior. Cuando en una rápida mirada, en una intersección de la calle lateral izquierda por la cual iba a paso vivo, detectó fugazmente algo extraño. Había creído ver un personaje vestido con ropas de tiempos antiguos, muy antiguos, giró la cabeza hacia él y aún en la distancia, sus ojos grises le habían llamado demasiado la atención e incluso pensó en que su visita empezaba a sufrir alucinaciones. Aunque rebasó esa calle que unía por donde él caminaba y por la pasarela donde vio esa irregularidad, volvió sobre sus pasos para asegurarse de que lo visto era cierto. Llegando al punto deseado, vio la calle vacía pero no las tenía todas consigo de que aquel hombre fuera real. Esperó unos segundos y la vista seguía contemplando una calle desierta con continuas cortinas de perezosos copos de nieve que entorpecían la vista. Cuando quiso volver a iniciar su camino hacia la puerta norte, aquel que fue anterior visto hizo lo mismo que Karmen y volvió sus pasos hasta el punto donde tenía su mirada Karmen. Se miraron de frente en la distancia midiéndose casi con los mismos gestos con el descaro de la mirada fija en los ojos de uno y otro, hasta que dieron ambos su camino para cruzarse hasta que quedaron a un par de metros de distancia, aunque tan diferentes parecían que eran similares; el instinto se lo gritaba y así se quedaron mientras sus cabezas y hombros iban acumulando nieve. Aquel de los ojos grises profundos los entrecerró agachando levemente su cabeza y señaló con el dedo índice a Karmen.

—¡Eres tú! ¡Ostia puta! Sí se nota que eres poderoso.

—¿Eres tú el tercer guardián? —preguntó sumamente serio Karmen.

—¿Tercero? No sé mucho de números. Soy el guardián que ha de auxiliar a esta ciudad, pero vengo solo —dijo mofándose de Karmen. ¿Es que acaso ves a alguien más?

—No es este asunto de chanzas —dijo muy enfadado Karmen.

—Me gusta. Tienes tan mala ostia como yo —dijo con una mueca de agrado Fergal.

—Se me dijo cuatro guardianes para cuatro torres —contestó Karmen.

—Si tú eres como yo, veo desde aquí las cuatro torres altas, pero me faltan dos guardianes, si bien voy.

—Hay uno ya en la torre este; es un guardián porque otro como tú sacrificó su vida por el guardián ahora presente y es muy poderoso. ¿Cómo de fuerte eres tú? —preguntó Karmen.

—Tanto que no conozco el perdón—dijo serio Fergal.

—¿Dónde está el cuarto guardián? —elevó la pregunta Karmen.

—No ha de venir nadie más. Uno por cada ciudad, eso me dijo el anciano Uriel, el único que queda de ellos. Los demás están muertos y quizás sin tan siquiera sobreviva él. —expresó Fergal sin un ápice de emoción.

—¿Te importa ir a la torre sur y defenderla? —ordenó sin mucha convicción Karmen.

—¡Por fin! Alguien que tiene los huevos de comandar. ¡Ja! ¡Claro que no me importa! Vengo incluso a dar mi vida aquí ante miles de desconocidos sin saber de quién es esta guerra, pero, ¿acaso importa? Soy un guerrero y mi razón es luchar. ¿Tu nombre?, debo saberlo antes de partir.

—Karmen.

—Mi nombre es Fergal de Oretania, príncipe y ahora soldado.

—Salud pues. ¿Algo que tengas que decirme si conoces algo de esos hombres sombra? —preguntó Karmen.

—Ese que lleva el ejército y que tiene la esencia del sin nombre, lo primero que hará es producir dolor, hacer daño. Si tienes alguna deuda con él, que la tienes, irá a por ti para causarte el mayor dolor posible. ¿Tienes algún ser querido aquí? —dijo Fergal serio.

—A una mujer y su hijo —dijo sorprendido Karmen.

—Antes de buscar un cuarto guardián, que, seguro que ni existe, ve a protegerlos pues irá primero a por tus seres queridos. Yo voy donde me ordenaste. ¡Corre a por ellos! —gritó Fergal dirigiéndose al sur.

Karmen se quedó paralizado ante la idea de perder a María y Jesús. Tan pronto no, así que, le subió la bilis hasta su esófago y la amargura le llenó la boca. Pensó que aquel personaje tuviera razón y que los hombres sombra estuvieran dentro de la ciudad. Se acordó de la destrucción de Inferno, la ciudad de Rafael y el asesinato del rey, su títere. ¡Cuánto se arrepentía Karmen de no haber dado caza a Rafael! Pero ya procuró darse distancia para apartarse del influjo de las cinco ciudades del este. Si tenía ganas de vengarse, sería matando a sus seres queridos. Entonces Karmen despertó.

Se olvidó de mostrarse como un humano e inició una veloz carrera hacia su casa. Se deshizo por el camino de su gabán y la fricción con el viento helado hizo crear una estela similar a una cometa. En pocos segundos estaría allí. Giraba cruces y corría con toda su velocidad que le otorgaban sus fuerzas para quebrar una esquina y embocar la calle que daba al jardín de su casa. En una imagen lejana, vio a María de rodillas sosteniendo el cuerpo de Jesús. Miró sin dejar de ver el tejado de la casa y vio una sombra mirándole hacia él. Estaba esperándolo para que sus ojos presenciaran la muerte de su amada. Una sonrisa malévola llena de retorcidos dientes afilados relucían entre su oscuro semblante: no llegaría a tiempo. Mientras el tiempo era eternidad, en un lateral salió otro hombre con las extremidades deformadas en larguísimas garras afiladas. Sádicamente sonriente mirando a aquella mujer, la rabia pasó a una amarga liturgia de imágenes pasadas. Otra vez no, no podía perderla tan pronto y no de esa manera tan cruel; después de lo que ella había padecido no se merecía una pronta muerte; ella no tenía culpa de nada. El tiempo aún quedó más suspendido en el vacío cuando ambos hombres sombra se abalanzaron hacia María. Él ya no podía hacer nada más por ella más que llorarla y rememorarla en sus pesadillas junto con las otras mujeres que amó. Tal era el dolor y tan insoportable la impotencia, que Karmen paró abriendo sus brazos en cruz y con la boca abierta, tanto que desafiaba desencajarle la mandíbula que profirió un grito sordo, sonido que produjo que hasta los cimientos de las casas colindantes se removieran. Cerró los ojos pues no quería verlo y apretó sus puños con tanta fuerza que sus uñas entraron en la densa piel de sus palmas sangrando ríos entre sus manos para tintar de rojo el blanco suelo nevado. La vida de su amada daba a un fin y él no podía hacer nada.

Con los ojos cerrados, incluso sintió a través de sus párpados un destello cegador. Los abrió y la escena que se le presentó ante sus ojos le llenó de estupor. Era un cuadro dantesco. Estaba María de pie con las manos llenas de sangre negra y a su alrededor trozos de los cuerpos de aquellos hombres sombra. La piel de María, la poca que mostraba su vestimenta, brillaba como irradiando luz propia que se iba apagando lentamente y de pronto vio a Karmen que pudo distinguir cómo las pupilas de su mujer eran de un rojo intenso, haciéndose el círculo paulatinamente pequeño hasta desaparecer. Karmen fue raudo hacia ella que estaba en shock mirando sus manos cómo derramaban un líquido negro a sus pies. Tan sorprendido estaban ambos que no pronunciaron palabras. Karmen

vio que Jesús no estaba muerto y que se empezaba a incorporar mientras miraba el suelo sin pensar en adivinar lo que había ocurrido estando él inconsciente.

—¿Qué he hecho Karmen? ¿Cómo he podido hacer esto? —dijo evidentemente estupefacta María.

—María, mi amor, vuelve al pasado y recuerda —dijo serio Karmen al mismo tiempo que se sentía aliviado de que Jesús estuviera vivo.

—¿Qué quieres que recuerde? Si apenas puedo levantar un leño grueso y acabo de matar a estos seres sin pestañear tan siquiera.

—Recuerda cuando te encontró Romualdo, después de que te expulsaran de tu poblado.

María cerró los ojos y empezó a rememorar esos momentos tristes. El hecho de que un hombre con mujer la dejara embarazada, el rechazo de su familia, un pueblo que decretaron su expulsión sin apenas abrigo, sin alimentos ni bebida justo después de dar a luz, débil con un recién nacido entre sus manos y después de que le cerraran las puertas, recordó en voz alta.

—Me echaron de mi pueblo y anduve sin rumbo. Recuerdo que hacía mucho frío y apenas oía llorar a Jesús. Al día siguiente de estar andando sin parar de noche, hubo un gran temporal de viento y nieve mas no encontraba refugio por ninguna parte. El hambre cada vez me debilitaba más y cada paso que daba era un enorme esfuerzo. Mis pies eran de pesada piedra y ya no sentía ni ellos ni las manos. Recuerdo que me arrodillé con mis pechos cubriendo a mi bebé para que no sufriera tanto el frío de aquel cruel clima. Poco a poco me sentía desfallecer y parecía que entraba en el portal del sueño. Ya nada sufriría. Solo quería cerrar los ojos y los cerré. Entonces sentí una cálida mano en mi hombro que fue inundando de calor mi cuerpo. Miré hacia donde estaba aquella persona que me procuraba calor y lo vi; tenía un sombrero extraño y una túnica con un cordón dorado y en su otra mano un gran bastón con una cabeza extraña. Era Romualdo que me condujo hasta una caverna que nos sirvió de refugio. Encendió un gran fuego donde me dio comida y un poco de líquido que me reconstituyó. Al poco tiempo me quedé dormida y a la mañana siguiente fuimos caminando y me indicó una dirección a seguir. Dijo que había unas casas donde refugiarme. Él tenía asuntos urgentes y que por aquel lugar pasaría buena gente. No lo creí, pero estaba contenta de estar viva.

—No cariño, tú moriste en aquella tormenta. Él te convirtió en guardián en aquel momento y renaciste así. Tú ni tan siquiera te diste cuenta y él sabía que Silvan y yo te encontraríamos. Él te creó

para mí, aunque nos enamoráramos uno más tarde que el otro; todo lo dispuso él. Karmen le recordó las palabras de Romualdo.

—Cuatro torres, cuatro guardianes.

—Tú también lo eres. ¿Y los otros dos?

—Valerio por el sacrificio de un guardián ahora también lo es; Fergal está ya aquí. Es el guardián que enviaron los ancianos. Estamos ya los cuatro guardianes para las cuatro torres de Altamiras.

—¿No sé cómo lo he hecho? No sé luchar.

—Sí sabes, en una décima de segundo has acabado con dos. Ve al norte María, y defiende la torre. Pero así no, entremos en casa.

Entraron los tres sin que la mirada incrédula de Jesús no dejara nunca de acompañarlos. Fueron al dormitorio y Jesús, sin que nadie se lo dijera, se quedó junto al fuego asimilando los hechos ocurridos hacía un solo momento. Karmen se quedó sentado en la cama mientras María se desnudaba, miraba fijo ese cuerpo que ahora comprendía por qué apenas había envejecido pues era perfecto. Ahora entendía por qué nunca antes había estado enferma ningún día, pensando que si lo estaba lo ocultaba y ahora sabía que jamás ocultó nada porque jamás enfermó. Ella, mientras Karmen la miraba impasible, se aseaba quitándose los restos de sangre negra de su cuerpo. Cuando terminó, se fue hacia el armario y en él solo había vestidos. A ella no le agradaba llevar pantalones, pero Karmen se fijó en la ropa plegada que había sobre una mesa baja y que pertenecía a su hijo Jesús. Escogió unos pantalones estrechos que a ella le estaban holgados pero que le podrían valer. Le dio unas botas no muy altas que ella usaba en los días de lluvia, le pasó un cinturón que él tenía en un cajón y una camisa suya que nunca se ponía. Él con ternura puso lo sobrante del pantalón por debajo de las botas, le ajustó el pantalón con el cinturón y le hizo un nudo a los bajos de la camisa para que no le quedara tan ancha mientras sus pechos sin ataduras, bailaban a cada movimiento que hacía Karmen.

—Creo que así estarás cómoda.

—Me veo tan diferente —dijo María mirándose al espejo. ¿No tendré frío?

—Eres diferente, antes tenías frío porque creías tenerlo, te sentías débil porque antes lo eras y así te sentiste siempre, pero no lo eres. Antes creíste dormir y renaciste, duermes porque crees que lo necesitas pero eres un guardián: el guardián de la puerta norte.

—Me acuerdo de una palabra que me dijo Romualdo en la cueva donde nos refugiamos: “Yo era salvación”. Creí que se refería a que

me había salvado.

—No María, tú eres mi salvación; eso es lo que te dijo Romualdo.

—Te noto algo molesto con él.

—Que me haya ocultado estos secretos…

—Igual fue por tu bien.

Karmen hizo una mueca inquieta en su rostro. María no quiso remover más aquella conversación y se limitó a ajustarse su nuevo atuendo.

—Necesitarás un arma.

—No sé manejar ninguna. Nunca he usado ninguna, bueno, de niña intentaba pescar peces en el río con una vara con punta.

—Una lanza, hoy pescarás algunos peces horrendos con ella. Tenemos una en el arsenal de Jesús.

—¿Y Jesús?

—Irá contigo. No quiero vivir una eternidad contigo con la tristeza de la muerte de tu hijo joven.

A los pocos minutos atardecía y salieron los tres de la casa. Karmen abrazó a Jesús y dedicó más tiempo a despedirse de María. Miró a las cuatro torres: él iría hacia la del oeste. No se oía más que los sonidos habituales de la ciudad. Se fijó en la nueva María, la cual portaba una seguridad de esas personas que siempre saben lo que quieren y nunca dudan y que hacía enorgullecer a Karmen. Antes de separarse, Karmen habló.

—Suerte, puede que sobrevivamos o que muramos los dos o uno de nosotros. Al alba lo sabremos. Ninguna torre puede caer o masacrarán la ciudad. Primero irán a por nosotros.

María se acercó a Karmen y le propinó un beso apasionado en los labios y le dijo extrañamente seria.

—Te prohíbo que mueras. Nos veremos al alba— dijo muy segura de sí misma María.

Jesús saludó como despedida y madre e hijo fueron hacia el norte. Karmen se dirigió hacia el oeste y con una frase en los labios dedicada a Romualdo que tenía de todo menos poesía, dijo:

—¡Serás cabrón!

31. LA LUNA DE MEDIA NOCHE

La tarde desolada por los elementos dio paso a una noche serena y despejada. Miles de pequeñas luces en la bóveda celeste embellecían la vista a cualquiera que quisiera elevar su cabeza hacia el cielo, pero esa noche, nadie estaba por esa labor.

Marcos, el alcalde de Altamiras, había decretado ante la sorpresa de sus habitantes de que se encerraran en sus casas y las cerraran todo lo fuerte que pudieran disponer sin dar más explicación que pudiera complicar más la comprensión. Sin excepción ninguna, se cumplió, pues ni tan siquiera había guardias que patrullaran las calles. Nadie en esta fría noche caminaba por sus calles. Por primera vez se encendieron los fuegos de las cuatro torres de Altamiras y la luna llena era la señora plateada de aquel cielo. En aquel silencio, doce campanadas del reloj de la ciudad lo rompió. Tal y como dispuso Romualdo a Karmen, había cuatro guardianes en las cuatro torres de la ciudad para atraer a los hombres sombra y evitar si subsistían, la masacre que se produjo en otras ciudades. A media noche empezó todo.

En la torre sur y cerca de una hoguera, un extraño hombre vestido de cuero y pieles tocaba una lira mientras esperaba y cantaba en un idioma perdido en las que fueron tierras suyas hace muchos siglos. Se sentía extraño en estos nuevos tiempos pues él permanecía largo tiempo dormido, no porque se lo ordenasen los ancianos sino, porque así era su deseo; no le gustaban los cambios. Ojalá volviera al pasado, a su poblado de piedras fuertes y techo de madera donde todo era más simple. Una vida tan sencilla hasta que todo le fue arrebatado por un enemigo traicionero de una tribu vecina que como hoy, atacó de noche en la que dormidos, todos perecieron. Él defendió su hogar pues era el guerrero más temido de aquellas tierras y por eso quisieron matarlo mientras dormía mas no lo consiguieron. Pero hoy no dormía, los esperaba con una canción sencilla que hablaba de tiempos remotos, de costumbres antiguas y de dioses que sabía ahora que no existían pero quedaban bien dentro de la rima, hasta que supo que se acercaban y dejó la lira en el suelo para desenfundar sus armas. Escupió en el suelo y sacó su casco con un solo cuerno que se puso en su cabeza. Él sabía a quiénes se enfrentaba pero ellos no tenían ni la más remota idea de quién era él. Quería volver a dormir pero ellos se lo impedían. Pensó en aquel hombre serio que le ordenó que defendiera la torre sur; le caía bien pues por lo menos se parecían en la mala leche que

tenían.

Se movió de las escaleras donde descansaba la base de la torre que le habían mandado custodiar. Se fue a un terraplén y se agachó a coger un puñado de tierra que se la llevó cerca de su nariz para olerla. En el pasado, aquella fue su tierra: un reino olvidado, tosco y dura tierra donde se forjaron hombres tan duros como sus antiguas piedras. El olor a esa tierra aún perduraba aunque fuera solo en su memoria.

Súbitamente, levantó la vista entre las sombras que no podían disipar la iluminación de las calles; vio que se movían y entonces sonrió: ya estaban aquí. Asió sus armas para defender este lugar igual que hace muchos siglos defendió su poblado. Él era un guerrero y por eso creyó que le eligieron como guardián; en su interior añoraba lo que él denominaba como el "sueño eterno". Volvió a escupir al suelo.

—¡Venid! ¡No sintáis vergüenza! ¡Llevo esperándoos largo tiempo!

Una sombra se alzó varios metros por encima de su cabeza con los brazos extendidos en cruz y con dos deformes extremidades que parecían hoces negras. Cayó partida por la mitad al suelo. Fergal apenas se movió mas solo delataba que lo hubiera hecho la sangre negra que bañaba la hoja de un hacha. Sus profundos ojos grises tenían en su centro un punto rojo. Fergal dio un potente pisotón en el suelo y rugió, entonces la batalla empezó.

En la torre este, sentado en las escaleras apoyando con la punta la gran espada que Simón le dio, estaba cabizbajo Valerio aún repuesto de las imágenes que presenció en el feudo de Hornos. Ya no podía pronunciar más los nombres de sus compañeros muertos y sin poderles haber dado homenaje: tirados sus cuerpos aún en el suelo de aquel feudo y sin poder darles el adiós merecido. Antes de llegar a Altamiras, mandó un mensaje a los pocos supervivientes para que, pasado el peligro, fueran a despedirlos y enterrarlos con sus nombres labrados en las losas y que también pusieran una losa labrada con las siguientes palabras: "Simón, salvador de Hornos" en memoria de aquél guardián que se sacrificó; al menos en piedra, su nombre no se olvidaría. Sumido en los recuerdos y en su tristeza, pagó cara su escasa alerta. Sintió una punzada que casi rozó su corazón y traspasó su pecho; como un resorte agarró a quien quería matarlo y con sus manos lo despedazó. Valerio ya imponía siendo humano pues más lo era siendo un durmiente; y ahora sumando que era también un guardián, ya era temible. En el momento que sintió el dolor de aquella herida se elevó pero sus ojos no se tintaron con

pupilas rojas como los demás guardianes; se volvieron anaranjados y pequeñas llamas salían sustituyendo a sus párpados. Siempre había trabajado junto al fuego y ahora él estaba en unión con ese elemento. Miró a la enorme hoja del mandoble de Simón, le ordenó que se calentara y del plateado acero, se tornó un rojo intenso que prendió en llamas. Los hombres sombra recularon ante aquel espectáculo ígneo, pero lo habían herido así que fueron hacia Valerio. Seis formaron un arco mortal que le atacaron desde varios costados y Valerio trazó dos tajos en forma de equis que partió a todos los que se atrevieron a cruzar los dominios de aquella gran espada. Por detrás sintió dos nuevas heridas que no pudieron ser lo profundas que el agresor pretendía pues la piel de Valerio se endureció hasta ser su epidermis una armadura. Cogió con su mano al que aún no pudo extraer sus manos hechas cuchillos del cuerpo de Valerio y lo lanzó hacia adelante con una fuerza que lo hizo rebotar en el suelo varias veces. Supo que no había acabado con él así que, embistió hacia adelante con tanta energía que hizo perder la estabilidad a varios sorprendidos hombres sombra. Aunque ellos eran muchos y muy poderosos, Valerio acabó con varios de ellos mientras otros le herían en brazos y en el torso pero él no sentía dolor, solo una furia que se extendía a su arma formando cintas de fuego en el aire mientras los cuerpos de los hombres sombra, caían desmembrados formando una pequeña muralla de sus restos alrededor de Valerio hasta que desaparecieron. Solo eran restos lo que quedaban de ellos, pero se serenó un poco sabiendo que aún quedaban. Con los brazos inclinados hacia el suelo les ofrecía el pecho, pero durante unos minutos supo que solo era observado. Su sangre roja también se entremezclaba con la negra de aquellos que dio fin. Su piel acerina impedía que las heridas fueran graves pero tenía tantas que su piel estaba llena de surcos allá por donde se mirara. Aun así, su fuerza en vez de flaquear, no menguó ni un ápice. Se había separado unos metros de la torre este dando unos pasos hacia atrás y volvió a sus pies: cuatro guardianes, cuatro torres le dijo Karmen. No concedía mucha credibilidad a la razón de únicamente defender las torres pero conocía a Romualdo y sus razones tendría. Karmen seguía las indicaciones del Mago por lo tanto él también lo haría. Sentía cómo era observado, sentía cómo no se atrevían a atacarle hasta que sintió una vibración en el aire que se dirigía hacia él. Con agilidad impropia de su tamaño, lo esquivó. Lo estaban atacando a distancia así que, volvió su cuerpo a su posición inicial y recibió diez impactos en el pecho. Bajó su vista para ver los astiles de los proyectiles que con una fuerza enorme

habían atravesado su piel y oyó en la lejanía unas risas siniestras de triunfo. Nunca pensó que le atacaran desde la distancia. Las llamas de sus ojos se apagaron y sin dejar de asir el enorme mandoble, cayó de hinojos al pedregoso suelo. Sus ojos oscurecieron y sus manos quedaron flácidas casi rozando el piso mientras caían ríos de sangre allí donde había sido herido por aquellos proyectiles. Los hombres sombra que quedaron vivos, sonreían ante la victoria de ver a aquel gigante que tanto daño les había causado y que ahora era como un gran muñeco roto.

Una de las torres había caído y así se lo comunicaron a su rey telepáticamente recibiendo ellos la alegría dantesca de su rey Rafael. Ahora querían despedazar el cuerpo de aquel gigante y mancillar su cuerpo destrozándolo.

Quedaban tres torres más que igual precisarían de auxilio. Después se cebarían con la población de aquella ciudad. ¡Cuánto placer obtendrían ofreciéndole a su rey el más macabro caos posible! El que parecía comandar a aquella horda de hombres sombra, se situó al lado izquierdo de Valerio receloso de aquel mandoble que, aún en su rictus de derrota, sostenía en su mano derecha y lo observó deleitándose en aquel cuerpo inmóvil; entonces levantó su brazo transformando su mano en afiladas garras para arrancarle la cabeza de sus hombros al guardián derrotado. Cuando descendiendo como un resorte, la mano izquierda de Valerio interceptó su intención y con un simple movimiento se la arrancó del cuerpo. Los ojos del guardián del este se abrieron en llamas y el arma que se había apagado, se encendió otra vez a la velocidad del rayo. Bajo la vigilante presencia de la luna plateada, a los incautos que cayeron en su trampa en pocos segundos, a todos los despachó sin apenas esfuerzo. Ninguno se lo esperaba pues la sorpresa los dejó sin reacción.

Valerio miró la masacre de aquellos hombres viles. ¿Venganza? Nada devolvería la vida a los muertos y nada podría resarcir el daño causado, solo el deber de una orden. La torre este fue defendida y ya no había en rededor ninguno más de ellos. No sintió satisfacción, solo el alivio de que los que había abatido no matarían a ningún inocente. Fue hacia las escaleras de su torre dejando detrás de sí regueros de sangre y se sentó en los escalones fríos de piedra. Se sentía cansado por lo que cerraría un poco los ojos. Miró hacia esa luna de medianoche y el silencio que ahora lo envolvía, le dio paz. Cerró los ojos con una sonrisa de complacencia en sus labios, agachó la cabeza y la noche eterna lo reclamó.

En la torre sur María estaba con su hijo Jesús que se esforzaba

en trasladarle todos los conocimientos que tenía sobre lucha. Ella estaba atenta y orgullosa de que su hijo hubiera aprendido de Karmen: las explicaciones sobre cómo anticiparse a los movimientos de su adversario, cómo usar su fuerza en su contra y cómo un gesto en un momento determinado podía ser determinante. Lo escuchaba con paciencia y sentía más amor por su hijo mientras él frenéticamente, intentaba que lo más importante de las lecciones de Karmen fueran trasladadas por él a su madre, Entonces un atisbo de amargura acudió a María. Jesús era humano y ella creía que también lo era hasta el día de hoy; entonces el reloj de la plaza de Altamiras dio las doce campanadas de media noche. Era una señal. No había más tiempo y entonces sin saber exactamente qué hacía, puso la mano en la frente de Jesús y una corriente eléctrica apenas perceptible, recorrió desde su nuca hasta sus dedos para pasar a la mente de su hijo y así, en pocos segundos asimiló todos los conocimientos que él tenía como si fueran años de práctica. Profundizó más aunque fue realmente sin quererlo y descubrió el amor que en secreto profesaba a Arcadia: un amor imposible. Retiró la mano avergonzada de haber descubierto los íntimos pensamientos de Jesús y él la miraba extrañado por el gesto.

—¿Qué has hecho madre?

—No había tiempo para aprender todo lo que me querías enseñar hijo mío, pensé que sería más rápido absorberlo de tu mente directamente. Realmente no sé ni cómo lo he hecho.

—¿Solo con poner tu mano en mi frente unos segundos sabes toda la técnica que me ha enseñado Karmen en años?

—Así es.

—Si funciona y si con esto te mantienes viva, está bien.

María le dedicó una dulce sonrisa a su hijo que le hizo sentirse orgulloso; ella prefería ser la mujer que había sido siempre, en un hogar sencillo junto a su hombre y su hijo pero si no hubiera intervenido Romualdo, ella y él ya hacía tiempo que estarían muertos en ningún lugar y sus nombres olvidados. Esa deuda era defender la torre norte. Desconocía por competo cómo era de poderosa ni de qué poderes era capaz de desplegar ante aquellas abominaciones que tantas muertes habían causado, pero tendría que tomar como seguro las lecciones extraídas de la mente de su hijo cuando éste le habló con tono orgulloso.

—¡Madre e hijo lucharemos juntos esta noche!

—No hijo mío; tú eres humano pero yo ya no. Si te enfrentas a ellos directamente morirás; tú serás, estando cerca de mí, quién me de confianza. Puede que hoy muramos juntos, pero te mantendrás

lejos de la lucha, aunque no lejos de mí —dijo María acariciando el pelo del abatido Jesús.

María dio la espalda a su hijo mirando las calles colindantes de los alrededores de la torre; eran silenciosos, cautos, pero ella tenía los sentidos muy desarrollados y los percibió. Apartó suavemente a su hijo en dirección hacia las escaleras. La trenza que llevaba, sin que nadie la tocara, empezó a deshacerse para dejar un pelo suelto que sin que ninguna brisa la moviese se convirtió en un amarillo tan brillante que parecía que le formaba un aura alrededor de su cabeza. Sus ojos empezaron a formar un rojo intenso y rápidamente, mientras se transformaba, temió por su hijo y le advirtió.

—Apártate y cierra los ojos; siento algo muy poderoso que quiere salir de mí y pudiera lastimarte. ¡Hazlo ya! ¡No puedo contenerlo más!

Jesús asustado, pues esa voz profunda no era la de su madre, se tiró hacia el suelo tapándose oídos y ojos haciendo caso de ella. Un zumbido empezó desde algo inaudible hasta crecer en algo ensordecedor cuando más de una docena de hombres sombra se abalanzaban sobre María; ella, como una nova, irradió una luz cegadora de un blanco brillante más fuerte que la de un sol que cegó a esas criaturas haciéndoles caer al suelo desprovistas de sus sentidos ante la luz pura que salió del cuerpo de María. La parte superior de su vestimenta se consumió y desnuda de cintura hacia arriba, su piel brillaba. Antes de que se pudieran sobreponer, antes de que pudieran recuperarse, sin movimientos rápidos ni fuerza inhumana, María empezó a danzar con movimientos gráciles y elegantes haciendo que su lanza la acompañara ejecutando limpiamente a aquellos hombres sombra que jamás supieron de dónde procedía su fin. Giraba sobre sí misma la hoja del arma que su filo tenía el mismo fulgor brillante que su portadora, a cada cambio de posición sus cabezas caían seccionadas al suelo por la hoja de aquella lanza. Bendecida por ella misma, ninguno de esos seres la llegó a ver pues todos estaban ciegos, por lo que nadie pudo admirar la coreografía mortal que con tanta elegancia se movía. Al cabo de poco menos de un minuto, no quedaba rastro de vida si es que la tenían de aquellas abominaciones. María paró y se quedó sorprendida pues no era consciente de sus acciones ejecutadas mecánicamente sin que su mente pensara ninguna de ellas. Jesús se incorporó viendo a su madre que parecía una diosa antigua y vio los cuerpos de los que osaron atacarla en el piso formando un abanico. El pelo de María volvió a su color original y esa luz tan pura se fue apagando hasta que desapareció. Sostenía la lanza como

si aún se dispusiera a utilizarla, pero superado ese mortal trance, se dirigió a Jesús.

—¿Estás bien hijo?

—Estoy bien madre. Los has matado a todos casi sin esforzarte.

—Ha sido de mucha ayuda tus conocimientos robados; fue todo tan mecánico como si antes lo hubiera hecho miles de veces.

Jesús se abrazó a su madre y lloró pues temió por la vida de ella. Bien hubiera dado la suya si hubiera sido menester, pero su carácter que le inculcó Karmen hizo hacerle una proposición.

—¿Tenemos que ir a ayudar a los demás?

—Cuatro guardianes, cuatro torres. Al alba nos veremos si aún estamos vivos. Eso dijo Karmen y eso haremos. Esperaremos.

—Así sea. No traicionaremos las palabras de Karmen.

En la torre oeste Karmen escuchó las doce de la media noche. Tenía mucho temor por la suerte de los demás y sobre todo por la de María, pero el mensaje era claro. Esperaría dadas las circunstancias, a que él recibiera la fuerza más poderosa por la venganza que deseaba Rafael; él junto a Romualdo y Silvan eran a los que más deseaba hacer daño. El atentado contra María le salió mal y estaría deseoso de resarcirse al menos con la muerte de Karmen y él no se lo pondría nada fácil.

La incertidumbre le empezaba a colmar la paciencia, virtud que a pesar de su larga vida jamás pudo atesorar. No oía nada alrededor de su guardia hasta que, en una calle frontal, una sombra humana empezó a tomar forma según avanzaba hacia él. Iba con un paso lento, casi disfrutando de los últimos metros que le separaba de Karmen. En cambio, a pesar de que no era lo que pensaba, no hizo falta muchas cábalas para saber quién era. Se puso aquel hombre a una distancia lo suficientemente cerca de Karmen para que pudiera escuchar sus palabras. Karmen lo miró fijamente pues solo veía una sonrisa de aquel sujeto que le pareció un tanto grotesca y solo pensaba qué es lo que le impedía borrársela en un violento instante, mas aun así se contuvo.

—¿Eres un mensajero de Rafael?

—Soy yo, pero este no es mi cuerpo. No dudo que lo dejarías sin vida en un instante, pero a mí no me harías nada.

—Bueno y ¿qué quieres? —dijo encogiéndose de hombros Karmen.

—Deleitarme. Ahora mismo las otras tres torres están siendo atacadas; primero moriréis vosotros y después casi toda la gente que inútilmente se han encerrado en sus casas.

—No me dices nada que no sepa ya. Estoy esperando y quiero

terminar cuanto antes. Triste suerte que no me dejaran darte caza pues ahora mismo serias polvo sobre la tierra y no me hablarías como lo haces ahora.

—Sí, hubiera sido lo más inteligente. Ya ves que tu amigo El Mago no es tan inteligente como tú pensabas. Pero quería ver tu cara: estás preocupado sobre todo por esa mujer renacida. Sinceramente, no te creía capaz de que amaras a nadie: "el asesino de las rosas". Para ti he reservado mis hombres más fuertes así aprenderás que no eres tan letal como tú crees. Costará matarte pero sé que no me defraudarás y así, tendré una parte de mi venganza. Ya tenéis a dos muertos a los que llorar, solo queda un anciano vivo fuera de los muros de estas ciudades. Vuestro tiempo ha acabado. Sea como os queráis o quieran llamaros, durmientes, guardianes… ahora este tiempo me pertenece a mí, a mi reinado y quiero reclamarlo ¿Tienes alguna cosa que decirme? ¿Tus últimas palabras?

—Solo esto —Karmen le lanzó una rosa roja —No es para ese cuerpo prestado, es para ti Rafael pues es tu sentencia.

—Rafael sostuvo en su mano mirando la rosa que le arrojó Karmen y la apretó en su puño hasta comprimirla tanto que sus pétalos caían de entre sus dedos.

—Hoy morirás Karmen, hoy moriréis los cuatro que estáis aquí y luego todos los demás. Si no he atacado simultáneamente ha sido para poder presenciarlo y para poder ver cómo mueres. Adiós Karmen, que tus huesos se pudran en este suelo.

—Permita que lo dude. La rosa ya la tienes, es una promesa y nunca falto a ellas —dijo Karmen escupiendo el suelo.

Aquel cuerpo que ocupaba Rafael se alejó por el mismo sitio por donde vino, pero se quedó en la distancia. Karmen no lo atacó si no que se quedó inmóvil a los pies de la torre oeste. Era extraño que Karmen llevara abrigo.

Siete hombres sombra se acercaron con tal celeridad que un ser humano no podría nada más que ver negras estelas moviéndose a gran velocidad. A menos de un metro con sus extremidades hechas armas letales se abalanzaron hacia él. Karmen no se movió y cuando estaban a punto de herirle, abrió su abrigo del que salieron decenas de flores violetas despedidas en todas direcciones que impactaron contra sus agresores sin que ni tan siquiera notaran su impacto, pero las miraron sorprendidos y entonces Karmen desapareció. Rafael sabía que él no tendría problemas en superar esa primera oleada y su súbita desaparición le dejó perplejo para volver a sonreír. No esperaba menos de él. Aquellos siete chocaron

algunos entre ellos y otros cayeron sobre las frías piedras del pavimento rodando por la inercia de la velocidad. Miraban sorprendidos dónde estaba aquel hombre que su respuesta al ataque fue tirarles rosas de ese extraño color.

Karmen apareció tras uno que ni tan siquiera advirtió su presencia y no sintió nada más pues Karmen le cercenó su cabeza de un golpe seco, sin necesidad de más armas que sus manos. Los otros seis intentaron interceptarlo pero él era más rápido que ellos. Fue fácil demasiado fácil. Miró al que Rafael poseyó y no mostraba la más mínima emoción. ¿Qué pretendía con aquel burdo ataque?

Karmen sintió un golpe enorme en un costado, como si un tren hubiera chocado contra él. Impactó contra la puerta de la torre destrozándola con su cuerpo; salió fuera de ella raudo y sintió cómo su pecho fue herido por tres surcos entre su pecho y abdomen. No fueron profundos pues su piel era casi como el acero, pero quien lo hizo tenía una fuerza descomunal. En ese momento comprendió; en la primera oleada buscaba que se confiara y no podía cometer ese error pues vio que si no ponía empeño, moriría esa noche y él no podía morir, hoy no. El siguiente ataque no sabía de dónde podía provenir pero una simple alteración en la presión del aire enrededor dio la alerta y se apartó de donde provenía. Escuchó el estruendo de algo impactar con la esquina de la torre que arrancó bastantes sillares de gran tamaño y otros los fragmentó quedando esa abominación aturdido durante medio, tiempo suficiente para que Karmen pudiera reaccionar. Antes de que ese ser se recuperara (aquél que un día fue un hombre y ahora era poco más que una bestia), Karmen se situó a su espalda. Era muy poderoso al sentir la presencia del asesino de las rosas y aprovechó esa situación para rotar con un codazo que solo impactó en el vacío pues Karmen se agachó previendo aquel movimiento. Cuando se quiso encarar con Karmen, las fuerzas le fallaron y sus miembros superiores se quedaron inertes sin que le respondieran, momento en el que ni vio ni sintió más puesto que Karmen tenía su columna vertebral en una mano llena de sangre negra. Tiró la formación ósea y súbitamente sintió cómo decenas de trazos afilados intentaban penetrar en su piel consiguiendo solo arañarlo. Odiaba no ver a su adversario ya que se movía con tanta velocidad y de tantas direcciones que era imposible. Entendió entonces que ni él mismo podía hacerlo a tal velocidad y solo había una explicación: eran varios.

Karmen empezó a moverse a una velocidad sobre humana de un lado hacia otro. Si no podía situar a sus enemigos él también se lo pondría difícil para no ser un blanco fácil. Uno de los hombres

sombra perdió un poco de velocidad intentando adivinar la situación de Karmen; en su visión periférica a Karmen no se le escapó ese error que fue fatal, pues la cabeza de aquel ser salió rebotando sobre los adoquines como si fuera un balón. La muerte de su compañero afectó al resto que se movieron solo para verlo caer. Ellos fueron detrás de él en su suerte. Karmen no apreció más amenaza y miró al mudo espectador del final de la calle que no se inquietó lo más mínimo. Pero levantó otra vez la mano. Karmen abrió los ojos de par en par pues aún no habían terminado los ataques, (anteriormente, subrayé que una de las virtudes que carecía Karmen era de paciencia) y eso le hizo enfurecer. Vio pequeños puntos que avanzaban a gran velocidad hacia él, poniendo sus brazos en equis cubriendo su cabeza, agachándose para que todas sus extremidades fueran un escudo; recibió el impacto de varios proyectiles que no le pudieron herir de gravedad y solo un par pudo atravesar su piel; se los arrancó y vio caer su propia sangre en el suelo y sintió como una sombra sonreía, mas él también lo hizo.

Querían derrotarlo desgastándolo, mermando sus fuerzas poco a poco. Karmen se quedó quieto y recibió otra nueva salva de proyectiles, pero los esquivó todos. El espectador creyó que en la lejanía había visto en Karmen destellos rojos en sus ojos cuando empezó a escuchar en los alrededores, el quebrar de huesos rotos y el impacto de cuerpos desde varias alturas al suelo. Había tomado la iniciativa dando caza a sus hombres buscándolos uno a uno. Karmen se plantó de un salto delante del cuerpo poseído por Rafael y con un rápido movimiento quiso matar aquel títere, pero con la misma rapidez aquel paró su mano; Karmen sintió punzadas de dolor en el brazo y del que interceptó el brazo de Karmen, empezaron a salir minúsculos tentáculos negros que querían penetrar en su piel.

—¡Venga ya! —exclamó Karmen.

La representación de Rafael sonrió y se dispuso a hablar.

—No te espe…

No pudo pronunciar más palabras cuando Karmen le metió una rosa roja en su boca y de dos movimientos, descuartizó ese cuerpo en cuatro trozos. Cogió la cabeza y la lanzó a la hoguera encendida en lo alto de la torre que estaba a gran altura. Karmen se enfadó consigo mismo pues no volvería a mostrarse más débil ante aquellos monstruos. ¿Cómo le había ido a los otros tres guardianes?

No tardó en saber de uno pues mientras corría hacia el norte a conocer la suerte de María, se encontraron los dos en la mitad del

camino. La preocupación fue mutua. Jesús iba a la zaga de su madre, iba con el torso desnudo pues su madre llevaba su camisa apenas abrochada por dos botones. Karmen disimuló como pudo el alivio por encontrar a los dos vivos. Se abrazó a su mujer pero ella no quiso disimular y besó en los labios a Karmen con pasión. Cada uno desata su preocupación como bien quiere, por descontado que Karmen la correspondió. Con la mirada complaciente de Jesús, se separaron lentamente sin perder las luces de las pupilas de uno y el otro. Karmen fue unos metros a buscar su gabán y se lo puso a Jesús.

—Hace mucho frío para ir con el torso desnudo.

—Mira quién habló —le respondió Jesús mientras se lo ponía.

—Yo no padezco el frío como tú, protestón —dijo Karmen con media sonrisa.

—Tiene a quién parecerle —apuntó María mientras los dos se giraban hacia ella escuchando tal verdad.

—¿Y tú camisa María? —preguntó Karmen advirtiendo que no la tenía.

—Me la quité para enseñarles los pechos y despistarlos —dijo muy seria María.

Karmen se lo creyó por unos segundos.

—La combustión del destello la desintegró —habló velozmente María.

—¿Destello? ¿Combustión? ¿Qué poderes tienes? —quedó perplejo Karmen.

—Creo que no es lo único que te podría contar. Ha sido increíble Karmen —empezó a relatar Jesús.

—No es tiempo para relatarlo. Tenemos que saber de los otros dos guardianes —apuntó María.

Acordándose del papel nulo de Jesús en esta lucha, Karmen se acercó con humildad impropia de él.

—Siento que todo lo que te enseñé, todos los duros entrenamientos que te sometí, todo fue tiempo perdido contra estos seres.

—Te equivocas Karmen. Mi madre, no sé cómo, me lo extrajo de mi cabeza y así luchó. Duraron pocos minutos. Su victoria es también tuya y mía pues fui portador de ese conocimiento —dijo orgulloso Jesús.

—Dice la verdad Karmen. Eres un buen maestro —dijo María compartiendo el mismo sentimiento que su hijo.

Karmen los miró y por una vez agradeció a Romualdo que hubiera puesto en su vida a aquellas dos personas que eran las que

más amaba aunque por supuesto, nunca se lo diría.

—Vayamos al este y tú Jesús, quédate aquí.

—Ya lo sé. Iréis más deprisa sin mí. Además, no quedan más hombres sombra en la ciudad —dijo Jesús.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Karmen.

—Porque me lo dijo madre. Desde que tocó la sangre negra ya puede detectarlos —contestó Jesús.

—Eres una caja de sorpresas cariño —se giró Karmen a María.

—Aún no he asumido quién soy ahora. Tanto miedo sufrido, tanta debilidad creída y ahora tantas cosas que absorber, me abruma —dijo María con lágrimas en los ojos.

—Poco a poco. Partamos.

Sin más demora, así lo hicieron corriendo a gran velocidad sin que hubiera ningún espectador que los pudiera mirar. En aquella noche de luna llena con su manto estrellado alrededor, cruzaron toda la ciudad transversalmente hasta llegar a la torre este. Allí encontraron el cadáver de Valerio; antes de tocar su fría piel ya sabía Karmen que estaba sin vida: una lágrima, una sola derramó él. El hastío le invadió pues estaba harto del coste de la locura de un demente, de las irracionales venganzas, de las guerras pasadas, de cada cadáver inocente que tuvo que ver. María captó con empatía los sentimientos de Karmen pues vio un atisbo de demencia en Karmen y se abrazó a él ahuyentando todo el mal que acudía a su amado. Lo hizo con el calor de su cuerpo y siendo su ancla a la realidad, Karmen se apartó, miró a María y asintió dando a entender que ya se encontraba bien. Ella no se contuvo y siguió llorando la muerte de Valerio.

Karmen se acercó al cuerpo, le arrancó los astiles que quedaban en su cuerpo y lo tumbó con mimo. Le apartó el cabello sucio que cubría su rostro y vio sus ojos que estaban ennegrecidos. Al tumbarlo, puso simétricamente sus miembros y en sus manos puso el enorme mandoble sobre el pecho del cuerpo de Valerio. Se quedó observando unos instantes en silencio para después hablarle a María.

—Amor mío, ve a la casa del alcalde Marcos. Cuéntale que la ciudad está a salvo pero que vengan a recoger el cuerpo de Valerio pues tiene que estar en Hornos. En aquel lugar es donde reposará el cuerpo de él pues fue lo más parecido a lo que fue un hogar. Sé que también tendrán que hacer un monumento a sus compañeros, los herreros. Él lo hubiera deseado —dijo con tristeza Karmen.

—Así se hará y partió porque, realmente no podía soportar más ver muerto a Valerio.

Karmen se acercó a Valerio y sin testigos le dijo las últimas palabras que nadie más que él oiría.

—Descansa por fin, viejo amigo.

Dio unos pasos hacia atrás lentamente, se giró y se dirigió al sur a ver al último guardián de las cuatro torres de Altamiras con la tristeza. Allí se encontró a Felgar tocando la lira y cantando una canción que no entendió, miró alrededor viendo que había sido una carnicería. Él estaba sonriente y Karmen sospechó que no le costó nada aquel guardián despachar a aquellos hombres sombra. ¿Qué potencial ocultaba ese hombre tras su máscara de simpleza? Fergal advirtió la presencia de Karmen y dejó de entonar esa melodía que, sin comprenderla, le parecía preciosa.

—Era hora de que llegaras, llevo rato esperando. ¿Cómo le ha ido al resto?

—Hemos eliminado a todos, pero un guardián ha muerto.

—Lo lamento, mas hemos cumplido nuestra misión. Además, murió como un guerrero. No puede olvidarlo nadie en siglos. Era conocido tuyo pues veo tu dolor en tu rostro.

—Así es. ¿A ti te fue bien?

—A medias. Voy a morir pronto, antes de que llegue el alba.

Karmen se acercó y estando más cerca vio que tenía heridas severas en su cuerpo, pero no entendía cómo podían habérselas podido infligir. Había algo que no le cuadraba.

—¿Felgar?

—Así me llaman.

—¿Te has dejado malherir?

Felgar se puso a reír mirando Karmen, tosió un poco y escupió sangre al suelo. Le quedaba poco tiempo.

—Sé que te podías curar esas heridas tú solo, lo sé cierto. ¿Por qué?

—Veo que eres muy observador. Aquí guardián, mis últimas palabras en esta tierra de la que yo fui príncipe de ella. Aquí donde ahora posamos estos pies, he vivido demasiados años, muchos más de los que me tocan. Hace tiempo que deseo el gran sueño del que jamás despiertas. Moriré como debí morir hace milenios, defendiendo esta tierra, mi tierra. Escúchame mis últimos deseos, ¿los cumplirás? Me lo debes.

—Te escucho.

—Cuando mi corazón viejo deje de latir, que será en breve (ya me cuesta hablar), llévame a lo alto de esta torre, deja que mi cuerpo se consuma en sus llamas y cuando sea cenizas, espárcelas desde lo alto; así todo lo último que quede de mí estará esparcido

por todas estas tierras, mi tierra. ¡Promételo! Dame tu palabra, lo más sagrado de un hombre.

—Te lo prometo, te doy mi palabra.

—Hombre de honor, siéntate a mi lado y escucha esta canción; es un honor que en mis últimos momentos me acompañe un guerrero como tú.

Karmen asintió y guardó silencio. Fergal empezó a tocar la lira y a cantar en su antiguo idioma. Karmen no la entendía pero supo de la tristeza de la entonación. Así, pasó un tiempo que Karmen no pudo cuantificar pues estaba embelesado y lleno de respeto ante aquel hombre. Poco a poco la voz se debilitaba mas no dejaba de cantar hasta que, como la llama de una vela, se consumió. Karmen supo que aquel feroz guerrero ahora había abandonado aquella envoltura de carne, aun así, esperó hasta que el alba llegó. Quería tener la belleza del amanecer para cumplir la promesa debida a Felgar.

María llegó al lado de Karmen justo cuando los primeros rayos de sol invadían el horizonte. Subieron entre los dos el cuerpo de Fergal y pusieron más leña al fuego de la torre sur. Colocaron su cuerpo en el corazón de la hoguera y esperaron el desagradable y dulzón olor a carne quemada, pero eso no ocurrió. Extrañamente, su cuerpo se prendió nada más las llamas lamieron su cuerpo y en pocos segundos cenizas se volvió. Apagaron el fuego rápidamente para recoger sus cenizas y cuando el sol redondeaba entero perezoso por empezar un nuevo día, con un recipiente donde recogieron las cenizas del guerrero, Karmen esparció en abanico hacia la tierra de nadie al sur de Altamiras.

—Felgar, que tus cenizas vuelvan a tu tierra, guerrero. Un honor.

Karmen se sumió en un largo silencio pero María interrumpió.

—¿Y ahora, amor?

—A Erdia. La guerra aún no terminó.

32. LA LLAVE

Gabriel estaba reunido con una docena de hombres de los cuales, algunos vestían uniformes de la guardia de Mont-Elo. Acababa de llegar y apenas desmontó de su montura cuando ya estaba impartiendo órdenes con bastante energía. El tiempo, a pesar de que a veces podía tener una medida bastante larga, ahora se acortaba y era mucha la labor a realizar.

Después de dos días, solo recibía noticias de las que algunas se podían calificar de buenas y otras drásticamente tristes. Gabriel no había dormido ni había comido durante ese tiempo. No necesitaba el sueño que al final del día, todo humano alcanzaba con él: el descanso necesario. Pero necesitaba alimentarse, aunque se olvidó de ello como si la frenética actividad que desplegó desde que llegó a Mont-Elo, ocupara su mente en el trabajo y no en las trágicas noticias. Solo sabía las batallas que quedaban por librar: Erdia, Vera y Ulsan.

Romualdo le recomendó que se quedara en Ulsan pero él decidió volver a la ciudad que reconstruyó varias veces. Mientras hablaba sin parar a aquellos hombres los cuales todos reflejaban en su rostro la preocupación, ninguno de ellos dio réplica a las palabras de Gabriel.

Por una puerta entró una mujer alta de porte elegante aún a pesar de su indumentaria. Había pasado bien de largo la cincuentena de años, pero su figura delgada no deba muestras del paso de los años. En su pelo ninguna hebra de hilo blanco osaba delatarla; las arrugas de su rostro solo se apreciaban si se estaba muy cerca de ella y su largo abrigo hecho de mil retales era heredado de todos los regidores de aquel peculiar feudo: una muestra de humildad. Llevaba sombrero de copa no muy alto con una pluma adornándolo; hace años se quedó huérfana de su amigo y compañero Ataulfo. Llevaba unas finas gafas redondas que ocultaban el color de sus ojos y en sus manos llevaba una bandeja de comida. Al hacer su entrada, todos los allí presentes dirigieron su mirada de admiración hacia ella pues aún despertaba pasiones en algunos hombres de esa villa, cosa que en nada le desagradaba y colmaba su coquetería. Pero solo amó a un hombre desde que fue mujer y que por muchos años fue ignorado hasta que su valentía lo confesó; entonces fue respondido durante veinte años por el que le

daba ahora la espalda. Se giró al ver que sus contertulios dejaron de prestarle atención. Al girarse y verla, pareció como si una débil luz iluminara su oscuro camino de estos días. Marion le sonrió y miró a los demás hombres que la saludaron con respetable educación.

—Señores, demando si vuestros asuntos lo permiten y con el consentimiento de Gabriel, una necesaria intimidad que se me ha sido negada estos días —dijo amablemente Marion.

—Ya sabéis lo poco que queda por hacer. Creo que Marion tiene en sus palabras mucha razón. Si son tan amables de concederle la petición a su regidora, por mi parte la acepto —dijo Gabriel.

Sin que ninguno de esos hombres tuviera el más mínimo atisbo de contrariedad, se fueron marchando de aquella habitación no sin despedirse de Marion dándole todos los dos besos de rigor. Al poco tiempo, quedaron solos. Marion depositó la bandeja de viandas sobre una mesa cercana y se quedó mirando preocupada a Gabriel.

—¿Quieres la compañía de esta vieja mujer?

Gabriel río ante la pregunta de Marion y le respondió entre risas.

—¿Vieja? Si así te consideras entonces, con los años que tengo yo ¿qué soy? —dijo Gabriel jocosamente.

Marion se quedó seria con las manos cruzadas delante de él. Una sombra se dejó en el rostro de Marion torciendo el gesto en signo de tristeza.

—¿Por qué ríes si estás llorando por dentro?

Gabriel entendió esa pregunta y se sentó abatido en una silla.

—No puedes ocultar tus sentimientos como si no hubiera pasado nada cuando sé que no has dormido conmigo estos días ni has compartido mesa tampoco, porque yo te recordaría la realidad y amor mío, desgraciadamente, es la que es.

Él ocultó su rostro tras las palmas de sus manos y se hundió en lágrimas y sordos sollozos. Marion dejó que se desahogara compartiendo con él esa tristeza que quería ocultar su hombre, pero tarde o temprano afloraría. Mejor que fuese al lado de ella. Solo su presencia la consolaría con sus ojos enrojecidos por el llanto que miraron hacia Marion y le indicó con la mano que se sentara al lado de él.

—Siento mucha tristeza por la muerte de Héctor. Era uno de los pocos grandes hombres que nacen en cientos de años. Su labor ha sido admirable durante estos años de paz. Lo hizo mil veces mejor de lo que intentamos cientos de hombres en el pasado. Valerio era muy cercano a mí, aunque siempre vivía a la sombra de su gemelo Román. Yo era con quien más empatizaba y fui quien le dio un propósito en el feudo de Hornos respetando su carácter

introvertido; su muerte ha creado un gran vacío en mí, pero…

Se creó una silenciosa pausa alrededor de Gabriel que Marion respetó con la paciencia de quien incondicionalmente te ama. Él agachó la cabeza ligeramente recordando, pues a su memoria le venían momentos pasados hasta que volvió a hablarle a Marion.

—Antón era más que un amigo, era como un hermano. Nos conocimos mucho antes de que nos convirtiéramos en lo que después fuimos; nos conocíamos desde la universidad antes de la gran guerra y uno complementaba al otro. Cuando lo aceptaron en el proyecto del que nosotros mismos llamamos Monasterio, entré en un puesto muy inferior a mis facultades aunque luego desempeñé otras funciones más relevantes. Fui el primer secreto de Antón y yo siempre le llamé el rojo por su color de pelo, mote que él adoptó con orgullo porque fui yo quien se lo puso. No sabes cuánto echo de menos a mi hermano.

—Es imposible borrar siglos de amistad y de fraternidad.

—Pronto acabará.

—¿A qué te refieres?

—Estoy solo aquí y soy el más débil de los durmientes Marion y te puedo asegurar que vendrá a por mí. Mató a Valerio que era el más poderoso de nosotros, que incluso llegó a ser un guardián. Algo podré resistirme, pero ten por cierto que me matará —dijo serio Gabriel.

—¡No, no, no! —negó Marion.

—Debes irte con los demás. Solo hay una cosa cierta mi amor. Todo lo que nace muere más tarde o más temprano. Ha llegado mi hora —solemnemente afirmó Gabriel.

—¡Huye! Así de simple. Eres capaz de huir para que no te encuentre jamás —dijo ansiosa Marion.

—Con el poder que ahora tiene no hay ningún rincón del mundo donde me pueda esconder. Además, hará daño a todos los que estén a mi alrededor y no consentiré que tú sufras por mis pecados —insistió Gabriel.

—Pero…

—¡Debes irte ya Marion! ¡No soportaría tu muerte ni la de la gente inocente! —gritó como nunca antes oyó Marion.

Marion abandonó aquella sala llorando amargamente. Gabriel concedió unos minutos de pausa desde que Marion se fuera. Salió después a la calle e interceptó al primer guardia comunicándole un mensaje para sus superiores. Era simple y conciso.

—Todo el mundo ha de partir ya al exilio hacia el mar. No hay más tiempo que perder.

A las pocas horas, las calles se llenaron de gente afanándose en su viaje fuera de su hogar. Aquel lugar durante siglos o incluso milenios, estuvo siendo testigo de frecuentes éxodos de sus habitantes.

Gabriel se dirigió al castillo oval que se encontraba en un cerro de gran elevación que se ubicaba justo en el centro de aquel feudo. Contaba Mont-Elo de tres murallas y algunas secciones mostraban zonas ennegrecidas de su antiguo incendio que provocó el anterior duque, Román, el hermano gemelo del fallecido Valerio. Gabriel iba a paso vivo esquivando las monturas y gentes que ya empezaban a marchar ordenadamente hacia el este; al igual que hace veinte años se vieron obligados a hacerlo. La historia irremediablemente se repetía y como en el pasado, no vio en aquella gente ningún signo de reproche ni tan siquiera de resignación. Sabían donde vivían y aunque hubiera anteriormente una paz próspera, los ancianos del lugar siempre repetían que si a Mont-Elo quieres estar, estate siempre preparado para marchar y aquellas palabras se convirtieron en el lema de aquel lugar.

Gabriel solo paró cuando vio a gente destacada del lugar o a cualquiera que a él se acercara a despedirse, pues sabían que él se quedaría aunque no comprendieran la razón. Llegó a la puerta principal del castillo que se abrió antes siquiera de que pudiera poner sus manos en su madera. Allí se encontraba la guardia de la torre quienes cuidaban de aquella fortificación y la protegían. Gabriel miró cómo se quedaban en sus puertas sin ninguna intención de marcharse. Un hombre uniformado de avanzada edad se dirigió a Gabriel.

—Señor duque, la guardia del castillo ocurra lo que ocurra ha decidido quedarse a su lado —dijo solemne.

—No, es un gesto inútil. Necesito que os vayáis y precisamente porque debéis volver si todo saliera bien, pues todo debería retornar a la normalidad. ¿Conocéis la historia de este lugar? Me refiero a la historia antigua, no la reciente.

—Sí señor.

—Entonces tardáis en partir. Id en paz.

Aquel hombre comprendió las órdenes y las empezó a impartir hasta que el medio centenar de hombres que quedaban en el castillo, empezaron a evacuarlo con disciplina y presteza, tanta que en una hora se encontraba solo, o eso creyó. Sus pasos se dirigían hacia la torre de homenaje que señoreaba aquel fuerte elevándose en el punto más alto de aquel monte y aún más, por su misma altura de cientos de escalones que había que subir hasta el piso

superior. Antes de abocar la escalera, oyó unos pasos que le perseguían con una carrera viva; era un hombre que empezaba a abandonar la juventud y jadeando llegó hasta Gabriel mas él lo esperaba. Había cumplido lo ordenado. Cuando se recuperó del esfuerzo, le habló.

—Está todo listo. Aquí tiene.

Aquel hombre le entregó un objeto que rápidamente ocultó en su bolsillo Gabriel.

—¿Quién lo sabe?

—Solo cinco personas y no dirán nada. Están bajo juramento.

—Gracias. Ve con tu familia y buen viaje tengas.

—Señor, ¿está seguro?

—Por supuesto. No pierdas más tiempo pues ya estarán casi todos fuera de las murallas.

Se acercó a Gabriel y en un acto espontáneo, lo abrazó. A Gabriel no le disgustó por lo que le sonrió. Entonces se fue en la misma dirección en la que vino dando por hecho que su abrazo fue un adiós.

Gabriel subió a la carrera los cientos de escalones que había hasta llegar al piso superior de la torre de homenaje, sin que nadie lo viera lo hizo a una velocidad superior a una persona normal. En el piso superior, tal como lo diseñó el antiguo duque, había inmensos ventanales sin cristales por los cuales se podían divisar los alrededores de Mont-Elo varios kilómetros a la redonda ya que era tierra despejada y ofrecía una vista limpia.

Desde allí Gabriel miró como una hilera de hombres, carros y monturas serpenteaban por el feudo y ya se extendía por el exterior. Así, observó hasta que el sol descendió y se ocultó furtivo tras el horizonte. Llegó la noche y ya no distinguía ninguna figura de aquella larga caravana que se encaminaba hacia el este. Se sentó en una especie de sofá hecho de piedra que disponía de cuatro asientos, cada uno de ellos orientado hacia las cuatro amplias ventanas. El silencio era regente en aquella estancia y no había ninguna luz en todas las casas que envolvían el castillo. Estaba solo y solo tenía dos únicos pensamientos en su mente de aquellos a los que vio partir: que se encontraban lo suficientemente lejos antes de que vinieran a por él y, la manera tan brusca en la que se despidió de Marion, pero no importaba si al menos ella viviría.

Llegó el alba y la espera podría ser larga pero vendría, pues él conocía bien a Rafael y sabía que vendría a por él. Al menos su pueblo no sufriría la crueldad de sus intenciones. Pasó entero el día sin que Gabriel se moviera de aquel lugar y solo miraba hacia lo

que las vistas de los huecos le ofrecían, así, hasta que volvió otra vez la noche. Con ella trajo una copiosa nevada ocultando las nubes una luna casi llena cuando empezó a oír cómo los copos de nieve se posaban sobre las superficies exteriores; entonces algo le alteró pues escuchó pasos de pies ligeros comprimiendo la nieve y rompiendo el hielo de las calles exteriores. Ese ruido se apagó cuando el aleteo nervioso de un cuervo inundó con un sonido aquella habitación superior. Se quedó parado en una altura cercana y vio que no era un cuervo mensajero sino un ave que buscaba refugio: “Mal sitio” se dijo a sí mismo Gabriel. Aquel animal le entretuvo hasta que partió y Gabriel volvió a escuchar los pasos otra vez ya en el interior del castillo; podría ser que fuera Rafael pero él le estaba esperando así que, volvió a sentarse mirando como la danza bamboleante de la nieve caía perezosa y lenta. Gabriel sonreía pues se estaba riendo de la muerte que no tardaría en llegar.

Pero, un perfume conocido le hizo ponerse en pie y poco a poco vio como una mujer aparecía por el hueco de la escalera. Era Marion a lo que Gabriel solo pronunció una palabra.

—¡No!

Marion se quitó su sombrero de copa y no se inmutó ante la exclamación de Gabriel y se quitó el abrigo de mil retales que tan orgullosamente llevó siendo la regidora de su hogar. Su pelo rubio se deslizó de un lado hacia otro y ella, a pesar de la amargura del rostro de Gabriel, le sonrió.

—¿Acaso pensarías que no volvería? Si la muerte me ha de llegar, que sea junto a ti. Es mi decisión y la has de respetar.

Gabriel no pudo replicar a Marion, egoístamente pensó que la vuelta quitaría amargura a los momentos venideros, pero a ella aún le quedaban años de vida. Un montón de contestaciones le pasó por la cabeza pero nada salió de su boca, simplemente respetó su decisión. Ella se acercó y lo besó.

—¿Tardarán en llegar?

—No lo sé pero no debiste volver; morirás.

—Junto a quien siempre amé. Y ahora, cállate.

Y así lo hizo Gabriel mientras Marion miraba hacia esa noche y acariciaba dulcemente a Gabriel. Se arrullaba junto a él y él se abandonó a sus atenciones abrazándola y dándole calor. La noche sería corta pues ella estaba más cerca que nunca de él. Ella se quedó dormida en sus brazos y con su rostro en su pecho, Gabriel quiso que esa noche no acabara nunca. Pero la noche no le hizo caso alguno y se marchó dando paso a otro día.

Marion se desperezó, se puso su abrigo y encendió el fuego que

Gabriel no encendió. Sacó de su mochila algo de comer y se la ofreció. Él no la rechazó y se quedaron nuevamente abrazados en silencio hasta que un sol que se escondía se ofrecía tras las nubes que lo cubrían. Llegó el mediodía y estaban perezosos y envueltos entre su intimidad cuando de pronto Gabriel se sobresaltó dejando a Marion expectante.

—Está aquí y no ha venido solo.

—Que venga. Estábamos esperándolo.

Gabriel se asomó y vio a decenas de hombres sombra por los tejados y calles buscando saciar su sed de sangre. Los vio decepcionados, actitud que complació a Gabriel hasta que sintió la presencia en la habitación de un hombre de aspecto gris que estaba de pie junto a la escalera. No lo conocía pero tenía la seguridad de que era él.

—Veo que me estabas esperando. Mis disculpas por haber tardado tanto, señor Gabriel.

—Te daría la bienvenida Rafael pero aunque sea cierto que te estaba esperando, no eres precisamente bienvenido.

—No esperaba menos de ti. Veo que me recibes bien acompañado. ¿Sabe ella que morirá también?

—Sí lo sé, pero será junto a él— respondió altanera Marion.

—¡Cuánto romanticismo! Si tuviera corazón me conmovería, pero no lo tengo y creo que nunca lo tuve.

—Muchas palabras hasta cumplir tu venganza. Soy el más débil y estoy yo solo para hacerte frente. Demasiadas fuerzas has desplegado hasta aquí.

—Tengo tiempo y quería conversar con un antiguo conocido, así que me traje a algunos de mis hombres para que escucharas los lamentos de los que viven aquí para atormentarte un poco antes de darte muerte, pero veo que te has adelantado. Cuando tenga las cinco ciudades iré y les daré caza.

—No ganarás esta guerra; hay gente poderosa que acabará contigo.

—Es una posibilidad pero ya tengo a varios de los vuestros muertos y me place porque sé que a ti te causa dolor. No me quejo de mis progresos y en breve serás tú uno de ellos. ¿Algo que contarme Gabriel? Entiéndeme, como a todos los sentenciados a muerte, tus últimas palabras.

—Te contaré la historia de este lugar. ¿La conoces?

—No, pero mira, tengo curiosidad —dijo el cuerpo que poseyó Rafael mientras tomaba cómodamente asiento.

Gabriel miró hacia las oquedades que daban vistas a aquella

habitación y pensó que era una bonita tumba. Ya dos duques muertos en el mismo lugar.

—Este lugar es muy especial. No fue olvidado por la historia de los hombres pero desconocían que siempre estuvo habitado desde el mismo inicio de la humanidad. Vio desde tiempos antiguos sus ancianas piedras, muchas civilizaciones asentarse en ellas: ir y venir. Tiempos de gloria, tiempos de huida y vuelta a poblar; batallas en sus cercanías y crisis económicas, pero jamás se quedó sola. Es un lugar místico. ¿Sabes lo que significa su nombre?

—Ilústrame.

—Monte de Dios, santuario de diferentes dioses. Uno tras otro, se fueron poniendo cerca a través de los siglos pero porque algo atraía a la gente a este lugar y sentían su magia aunque fuera tierra pobre. Por eso, esta tierra nos llamó y la reconstruimos dos veces.

—Ciertamente épico. ¿Qué me quieres decir con esta historia?

—Que, pase lo que pase siempre renacerá, aunque la destrucción caiga sobre ella siempre será reconstruida ¿entiendes?

—No, estoy un poco confuso. ¿A qué fin viene tu relato?

—Rafael ¿cómo me llamaba siempre Antón? ¿lo recuerdas?

Gabriel extendió la mano hacia Marion que ella tomó y besó. Ese gesto confundió a Rafael pero tenía curiosidad por como terminarían las últimas palabras de Gabriel.

—El Señor de las Llaves. ¿Acaso me entregarás las llaves de este lugar?

—Te entrego mi última llave.

Gabriel se sacó un cilindro de su bolsillo, extendió su mano hacia el cuerpo de Rafael y presionó un lateral.

—¿Qué es? —dijo alterado Rafael.

—Mont-Elo volverá a ser reconstruida. Adiós Rafael.

Entonces, explosiones circulares desde la primera muralla se fueron produciendo como anillos de fuego que fueron consumiendo a los hombres sombra. Otra tras otra hasta que llegaron al castillo donde una enorme explosión no dejó una piedra encima de otra. La última imagen que vio Rafael fue una sonrisa de Gabriel victoriosa y volvió a sentir el dolor de la muerte de su cuerpo prestado una vez más.

Mont-Elo desapareció, pero esperaría para que la alzaran de nuevo por enésima vez.

33. VIENTOS DE LAMENTOS

Salí de Vera porque no podía ser mi cárcel. Aunque la amenaza lo pretendiera, salí porque quería ver el cielo estrellado sin que ninguna otra luz contaminara su vista. Quería ver esa luna ligeramente menguada con los sonidos de la naturaleza sin que ningún sonido artificial me distrajera. Fui caminando hasta el bosque cercano al suroeste de Vera (fue lo primero que vi cuando hui por primera vez) porque aunque ahora nada me persiguiera, estaba huyendo hacia mi soledad. Debería estar triste pero no me sentía así, sentía rabia y dolor. Justamente lo que pretendía Rafael. Nadie se daba cuenta que estaba ganando la contienda pues realmente ese era su fin.

En la mitad de este día que ya se acababa, perdí al que fue mi padre desde que tuve uso de razón, cuidó de mí y fue mi guardián. No tendría que haberle dejado ir a Mont-Elo solo aunque tampoco supe que iría a por él antes de venir a las ciudades grandes, pero estoy convencido de que Gabriel sí lo sabía. No hizo falta que me lo comunicaran pues lo supe y lo sentí al igual que sentí (a pesar de la distancia) la muerte de Antón, la de Valerio y la de Héctor. La última solo a unos pocos kilómetros de aquí. Demasiadas pérdidas, tan valiosas y muy queridas para mí. Los recuerdos junto a ellos en los buenos momentos quisieron acudir a mí pero no los dejé entrar en mi memoria; no era el momento de recordar pues quería escuchar a la naturaleza y que me diera una explicación que aliviara este dolor. Ya hacía tiempo que mi cuerpo no era humano pues mi sangre portaba savia y mis órganos se alimentaban de manera diferente pero mi razón nunca fue más humana que esta noche que caminaba solo hasta la linde del bosque.

Me paré ante las columnas que formaban los troncos de los árboles y que aunque pareciesen desordenados, si mirabas con la suficiente perspectiva, era una línea recta perfecta dentro de su imperfección. La brisa de esta noche era casi nula, aún así, las ramas de los árboles se balanceaban lentamente para provocar una fricción con los árboles próximos y susurros de unas hojas contra otras acariciándose; en el conjunto era una canción porque así hablaban los bosques, no con un sonido continuo sino por uno grupal; lo que para otros fuera poco más que sonidos fortuitos, para mí era comprensible hasta la más mínima tonalidad. Me estaba invitando a entrar mas quería que me adentrara en él. Nunca podré explicar ese lenguaje que realmente sabía que se servía del mismo

medio que nuestras palabras, pero era tan diferente y volvió a mi percepción algo que hacía tiempo que no veía, claro que solo era fruto de mi imaginación pero también era otra forma de entendimiento para mí, pues hasta mi subconsciente tenía algo que decir.

Una puerta enorme de madera tosca y rugosa, mal encajada en sus esquinas sin pulir y que solo estaba visible el marco, marcaba la frontera entre el bosque y el llano donde ahora estaban parados mis pies; en su base había salvia, madre selva, romero y dama de noche ensortijadas en sus laterales que querían con sus perfumes ser esencia de esa puerta y, como una delgada cuerda simétrica dando las mismas vueltas y con una distancia igual entre ellas, una enredadera con flores violetas, con el mismo color que los ojos de mi hija. Aquello no lo entendí pero quería entrar en el bosque y era bienvenido, deseado y con esa sensación, traspasé aquella puerta que solo existía para mí.

Nada más poner mis pies, la tierra vencía levemente haciéndose esponjosa para que el caminar fuera más cómodo; los helechos suaves y húmedos acariciaban mis piernas y oía el crujir de la madera inclinándose hacia mí. Los más retoños arbustos, hasta el más anciano árbol, deseaban el tacto de mi mano como si yo con ese gesto los pudiera bendecir. El tiempo perdió toda medida y pensé mirando distraído en ese lugar hasta que cerré los ojos. No necesitaba guía para saber dónde llegar, oí el murmullo cantarín y alegre del agua moldeando la roca verdosa que estaba en el claro de la luna. En el pasado, aquel rincón me pareció mágico ahora yo era la magia de ese lugar.

Dejé en las orillas del pequeño lago donde se reflejaba la luna y teñía sus aguas de un color plateado, dejé todo lo que envolvía mi cuerpo que fuera artificial, lo dejé en el suelo y me sumergí en sus frías aguas; en su centro, esperé sin saber qué se me ofrecía durante esa espera, pero no me importaba: ahora toda la rabia, todo el dolor, toda mi preocupación se esfumó en la paz que recibí. No quería evasión, solo quería una pausa y se me ofreció; gustosamente la abracé como se hace la primera vez que sientes el calor del deseo de un amor.

Un viento caprichoso empezó a arrugar la superficie del agua, no era un viento normal sino era un transporte que portaba los lamentos de aquellos que fueron pasado y sus ecos fueron recogidos por la atmósfera escondidos en secretas vibraciones que yo solo podía oír. Al cerrar los ojos, el sonido fueron imágenes, fueron pasados recuerdos de guerras pasadas, esa injusta muerte del

soldado, del inocente y del culpable; era una vorágine que se extendía pues no era el dolor del que moría porque eran padres, hijos, maridos, hermanos, amigos, amantes, conocidos y todo ello, una lamentación que se propagaba incluso a miles de personas por una sola pérdida. Se me mostraba que no existían héroes en esas tragedias; entendía a los ancianos que su credo era que la vida era sagrada y no tenían ningún derecho a arrebatarla, que las guerras eran todas siempre oscuros propósitos de enajenados que desdeñaban esas vidas, incluso por las más simples estupideces. Se me mostró dolor e incomprensión por tanta muerte en vano, pues aunque todo lo que nace muere, nunca nadie tuvo derecho a provocar la segunda prematuramente.

Luego me inundó mi eterna melancolía pues se me mostró que en mis últimos pensamientos de mis muertos, pues eran míos, había un denominador común: era mi imagen. Todos antes de morir tenían fe en mí pero yo no quería ser un héroe porque realmente si lo deseo, soy un asesino pero si no vuelvo a ser héroe, muchos más morirán y se unirán a este viento de lamentos que ahora mismo me envuelve; tal como vino, desapareció y desnudo en el agua, mis ojos se abrieron por la savia que corría por mis venas. Por el recuerdo de los que no están entre nosotros y por los que puedan caer, tengo que volver. No puedo quedarme en la comodidad de este místico lugar.

Agradecí en silencio el amor que recibía en aquel entorno, me grabé en mi cabeza la fe en mí y de mis seres queridos fallecidos; así, sin prisas, salí del bosque volviendo a Vera.

Tras pasar la puerta y volver a la civilización, dije una frase casi inaudible para que la transportara la brisa de esta noche.

—Rafael, aquí te espero.

34. LAZOS DE SANGRE

Romualdo cabalgaba por las calles de Erdia a un ritmo desenfrenado gritando a la gente que se apartara a su paso hasta que llegó a la puerta este de la ciudad, desmontó de un salto ante la mirada sorprendida de los guardias alzándose con las manos en su túnica gris para que no le entorpecieran. Sus prisas transmitieron bastante nerviosismo a aquellos hombres a los cuales se dirigió con un tono presuroso impropio de él.

—¿Ha salido una chica pelirroja por la puerta?

—No señor, es más, no ha salido nadie. Marina la alcaldesa, ha ordenado que controlemos quién entra y sale de la ciudad, que es casi nadie.

Romualdo suspiró aliviado, miró hacia el cielo como si quisiera agradecer algo cuando por la calle que estaba justo enfrente de la puerta, una figura juvenil avanzaba a buen paso y enmarcado en unos rizos rojos largos una cara de verdadero enfado. Miró a los guardias directamente a los ojos y de reojo a Romualdo.

—¡Abrid la puerta! ¡Me iré a Selva aunque sea andando!

Romualdo se acercó a ella tímidamente con un porte de disculpa hacia la chica.

—Flora…

—¡Calla Mago! Habéis cerrado la estación de tren y se me ha negado una montura por orden tuya. ¡Mi padre está muerto en la casa de mis antepasados, lleno de hombres sombra! ¿Dónde estará su cuerpo? ¡Voy a matarlos a todos! ¡Dejadme salir, es mi padre! ¿Es que no lo entendéis?

En ese momento, ante los guardias que no sabían qué hacer, se quedaron quietos y ella se puso sus manos tapándose el rostro y llorando desconsoladamente.

Romualdo optó por la mejor opción y la abrazó intentando consolarla. Primero recibió golpes hasta que Flora se rindió y aceptó el pecho de Romualdo para humedecerlo con las lágrimas amargas de una hija que perdió a su padre.

—¿Por qué lo han matado? —preguntó sollozando Flora.

—Esa pregunta no la puedo responder.

—Déjame partir.

—No puedo Flora.

—Aquí estás tú, eres un anciano.

—Sí, pero no porque haya vivido tanto significa que sea tan poderoso y que pueda combatir lo que se avecina.

Flora se apartó de él y se volvió hacia la puerta resuelta a partir de Erdia. Solo a unos escasos metros de ella escuchó la voz de Romualdo que ahora sonaba con mucha fuerza.

—Si pasas esa puerta, tendrás que llorar a otros muertos por tu ida.

Flora se paró en seco y después de unos momentos se giró abatida, miró hacia Romualdo y él prosiguió sin bajar su tono. Había demasiado en juego y no podía perder ninguna pieza o se tornaría todo en tragedia, sino lo era ya.

—No podemos hacer nada por tu padre, ni por Antón ni por Valerio. No te puedes imaginar cuánto lamento sus muertes, llevo lamentando la muerte de muchos seres queridos durante muchos milenios. ¿Sabes por qué no te dejo partir?

—No lo sé pero es cruel que no lo hagas.

—No temo por mi vida. Flora querida, no sé por qué incomprensible casualidad, nacisteis todas en el mismo mes de un frío invierno, no sé qué poderoso vínculo os une a ti, Arcadia y Ángela. Juntas sois un trío que si se rompe puede que se pierda esa extraordinaria fuerza; ellas pueden morir sin ti. ¿Acaso deseas eso?

—¡Nunca!

—Ya tienes un motivo para que no puedas partir.

Flora miró triste a Romualdo y por su mente pasó la posibilidad de que las palabras del mago fueran ciertas. Eso le aterró y le hizo cejar en su empeño. Con la voz apagada habló.

—¿Y mi madre?

—Estará en Ulsan con tu tía pero ella es una guerrera. Fue al lugar menos protegido aunque sabes de sobra que su deseo era venir junto a ti, pero ahora nos debemos a los vivos. Nada podemos hacer por los caídos.

—Quiero volver junto a Arcadia y Ángela.

—Eres muy joven, de sangre antigua y eres también sangre de un gran hombre. Haz honor al linaje de Selva y lucha con su fuerza. Ve con ellas.

Flora miró a Romualdo sin que en su bello rostro denotara más tristeza, si no una determinación que era presente. Entonces partió hacia la calle por donde vino.

Cuando Flora ya no estaba a su vista, Romualdo se sentó en un banco de piedra próximo. El peso de la esperanza recaía sobre él, aunque la chispa de ella era Silvan. No le reconfortó compartir tal responsabilidad con él, pero había cosas que no se decidían.

De los ancianos solo quedaba Uriel, aunque Sara y Derán

también lo fueran ellas eran de otras generaciones. Todos los muchísimos años vividos nunca había visto una amenaza como la que ahora se cernía y toda culpa de esos engreídos congéneres suyos que no dejaron llegar a Silvan a la torre. Al menos esperaba que la fuerza de los guardianes fuera suficiente ayuda para contenerla, aunque dos ya estaban muertos aunque cumplieron con su misión y salvaguardaron Altamiras; de diferente manera, Gabriel destruyó Mont-Elo para diezmarlos sacrificando su vida. El enemigo cambiaba las técnicas por lo que era indetectable y cruel. Si vencían, años oscuros se cernirían sobre la humanidad y eso no podía permitirlo.

—Señor Romualdo, ¿está usted bien? —preguntó un guardia.

—Sí, te agradezco el interés.

—Lo ha hecho bien, no se le puede pedir más.

Esas palabras le turbaron y empezó a fijarse en ese joven: era alto, de fuerte complexión y mirada decidida. Una sospecha le acudió.

—¿Eres tú el guardián que ha de venir?

—No lo entiendo. Solo soy un simple guardia.

—Creo que estoy perdiendo el juicio. Perdóname, pensé que eras otra persona —dijo casi riéndose de sí mismo.

—Pronto llegará; vendrá cuando sea necesario que venga —contestó aquel hombre poniéndole su mano en el hombro de Romualdo para desaparecer inmediatamente después mezclado entre la nutrida guardia de la puerta.

¿Cómo lo sabía aquel muchacho? Se levantó y fue hacia él pero no lo encontró entre los guardias; era como si se hubiera esfumado. Preguntó por él pero nadie dijo conocer a ninguna persona con esa descripción que dio Romualdo. El mago se quedó sorprendido ante aquel misterio y empezó a sentir la sensación que de algo le conocía pero no con ese aspecto. Lo que sí tenía claro es que no era un hombre sombra. Sin saber qué hacer, al final concluyó que tenía asuntos más urgentes que resolver.

Desde lo alto de la muralla, aquel joven se despojó de su disfraz, miró a la ciudad desde la altura que le ofrecía y se dejó caer desde más de veinte metros de altura para caer de pie sin que le produjera daño la caída; corrió hacia el este que es donde debía estar. Se cruzó con una mujer menuda de pelo negro como la noche y se saludaron fugazmente pues aunque no se conocían, sabían que eran iguales.

En otro lugar de la ciudad, Arcadia se recostaba sobre el regazo de su madre, igual que cuando era niña. Algo le entristecía y su

consuelo era el calor materno.

—Ya nunca podré ver al abuelo Gabriel.

—No mi amor, ha partido para siempre.

—Flora se quiere ir a Selva, está destrozada.

—Es su padre, pero Romualdo la convencerá para que se quede —dijo Raquel mientras acariciaba el pelo de su hija.

—Padre está casi solo en Vera y es la más grande de todas las ciudades. No quiero que muera, solo lo he disfrutado tan poco tiempo…

—Me prometió que no moriría y él siempre cumple lo que promete.

—Esas cosas no se pueden prometer pues no depende de él.

—¡Te pareces tanto a él! Lo volverás a ver, mi corazón me hablaba cada vez que nos separábamos y nunca falló mi intuición. No dejará a su hija sin padre. Él creció sin madre y eso le afectó mucho.

—Yo sin padre y también lo padecí.

—Su madre está muerta, tu padre está vivo.

—Si la abuela está muerta, ¿dónde está su tumba?

—Nadie lo sabe. Arcadia, tendrías que ir con Ángela pues ella ahora está sola y te necesita.

Arcadia asintió, se calzó sus botas altas con su pantalón de cuero y una camisa amplia blanca. Ella era alta y esbelta, tenía el cuerpo bello de su madre cuando era joven aunque bastante más alta, su pelo era tan negro que tenía reflejos violáceos y los ojos, los ojos solo eran suyos.

—Cariño, ve armada que nunca se sabe cuándo vendrán.

Arcadia cogió las dos espadas de la luna, se las puso en su espalda aguantadas por unas anchas cinchas cruzadas en mitad de sus pechos que los resaltaba y, la camisa no se había abotonado lo suficiente para mostrar casi sus hermosos senos. Raquel río simpática.

—Cariño, abotónate más la camisa; no pierdas en la batalla la dignidad.

Arcadia por fin sonrió tras estos días de trágicas pérdidas, se acercó a su madre, la abrazó y con un beso solitario, selló una despedida. Antes de irse, volvió por los pasos andados. Una premonición le acudió erizándole el bello. Quizás fuera errónea pero no quiso desdeñarla y advirtió a su madre.

—Madre, tú has de hacerme una promesa.

—¿Cuál hija?

—Cuando me vaya, te esconderás en el sótano que preparó

Romualdo pues tengo la sensación que están cerca. El sótano está bastante escondido y allí no te encontrará.

—¿Por qué tendría que venir a por mí? Irán a por vosotros.

—No madre, ese ser quiere causar dolor y si te mataran, padre se volvería loco.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también perdería el juicio. Soy igual que él.

—Así lo haré. Si me buscan no me encontrarán. No tengas en tu mente mi seguridad y lucha por esta ciudad.

—Haré que mi padre se sienta orgulloso de mí.

—Ya lo está. Adiós Arcadia.

—Adiós madre.

—Antes de partir, prométeme una cosa.

—Prometo que no moriré madre.

—Ahora si puedes irte.

Arcadia salió de la casa y no empezó a andar hasta que no oyó cerrarse la trampilla del sótano escondido en esa casa. Andaba por las calles de Erdia seria y despreocupada mientras la gente no le era indiferente a su paso cerca de ellos, y si la miraban a los ojos de un intenso violeta, se quedaban parados hipnotizados por aquella mujer mas ella estaba acostumbrada.

Fue corto el camino hasta que llegó a la plaza. Allí estaba Ángela sentada en un banco y supo que la estaba esperando. Ángela ya no vestía los vestidos que siempre coqueta le gustaba lucir; había heredado lo mejor de cada padre: tenía el cuerpo voluptuoso de su madre, la cara angelical y de rizos castaños de su padre; ahora vestía pantalones de tela gruesa, una casaca que pretendía no mostrar el volumen de sus pechos sin conseguirlo y el pelo lo tenía recogido en una coleta de bucles comprimidos que se expandían al final. Llevaba un gabán largo que tenía la función de esconder sus armas. Arcadia la abrazó por la espalda.

—He estado esperando mucho rato.

—No es muy buen día; demasiados muertos tan queridos.

—Sí y no sé dónde están mis padres.

—Vivos, eso seguro.

—Y Flora ¿no habrá cometido la locura de irse?

—Era su padre; yo hubiera enloquecido si el mío hubiera muerto, pero dice mi madre que confía en que Romualdo la convenza para que vuelva. Sin ella estamos incompletas pues el trébol tiene tres hojas.

Fue terminar sus palabras Arcadia cuando Flora se personó en aquella plaza cabizbaja y pensativa; las demás no tuvieron palabras

si no que la abrazaron nada más verla. Todas juntas, el trébol estaba completo.

—Me alegro que hayas vuelto Flora —dijo Ángela.

—Y yo —replicó Arcadia.

—He vuelto porque sin mí haríais el ridículo en esta lucha y no podemos quedar mal.

Las tres se rieron y se sentaron juntas; con sus dos amigas, la tristeza de Flora amainó lo suficiente para ser soportable. Pasaron así las horas de esa mañana hasta que Flora se levantó y miró excesivamente seria hacia todas direcciones.

—¿Qué ocurre Flora? —preguntó Ángela.

—Prepararos, están cerca de aquí.

Arcadia corrió hacia un guardia cercano pues debían informar a Romualdo pero sin que cundiera el pánico; le dio un mensaje que solo él podía entender y aquel guardia asintió yéndose raudo a transmitir el mensaje.

Aun teniendo fresca la memoria del episodio anterior de cómo intentó salir Flora de la ciudad y de cómo llegó el famoso mago convenciéndola de que no lo hiciese, nadie pudo escuchar la conversación que tuvieron pero el hecho fue que lo consiguió y en ello se centraba la conversación que tuvieron aquellos guardias que custodiaban la puerta este, cuando uno de ellos creyó oír unos golpes en aquella puerta e hizo callar a sus compañeros que lo miraron intentando adivinar el motivo. Entonces, ausentes de la distracción de su palabrería, todos oyeron cómo llamaban a la puerta. Sus órdenes eran claras pero la curiosidad fue el motivo de que la abrieran. Al abrirla, descubrieron a una mujer joven, menuda sin serlo en exceso, delgada, de cabello negro y con una mirada decidida y sobre todo, fuertemente armada. Miró a aquellos hombres boquiabiertos con indiferencia pues sabía de sobra que el embrujo de su belleza causaba ese efecto.

—Soy la guardiana de esta ciudad —dijo rápido y pronto.

Aquellos hombres no sabían de qué hablaba aquella mujer lo cual se dio cuenta enseguida y lo intentó de otra manera.

—Creo que hay alguien que me espera —dijo con más pausada.

Debatieron entre ellos a quién llamar, alguno incluso insinuó que era una joven demente y tras un corto debate sobre si avisar a la alcaldesa o a Romualdo, se decantaron por el último ya que todos creían que, aunque estuviera un poco loco, sería lo más apropiado para que resolviera casos raros ya que Marina le dio plenos poderes a él en la ciudad ante la sorpresa de todos los habitantes de Erdia pues a Romualdo ya se le conocía como director y actor de teatro

pero nadie osó discutir las órdenes de su alcaldesa.

—Espere usted que ahora vendrán a recibirla —dijo un guardia.

Romualdo, tras convencer a Flora para que se quedase, estaba en casa de Marina avisando de que llegaba la hora de que todo el mundo se escondiese en sus casas a cal y canto. Marina le dijo que cuando él creyera preciso, daría esa orden. Entonces llamaron a la puerta y Marina en persona fue a abrirla. Era un guardia.

—Señora alcaldesa, traigo un mensaje para Romualdo. Me dijeron que se encontraba aquí.

—Así es. Ahora le aviso.

Romualdo ya se había adelantado y estaba justo a la espalda de Marina.

—¡Démelo!

—Una chica joven, dijo que era la hija de Silvan, me dio un mensaje para usted.

—Dámelo rápido y no pierdas más tiempo en formalidades.

—Me dijo que le dijera: “ya llegó la hora”.

—Gracias, has sido de gran ayuda muchacho.

Marina se giró después de cerrar la puerta de su casa.

—¿Es lo que yo creo?

—Cierto. Da el toque de queda ya desde este preciso momento.

La puerta volvió a ser motivo de llamada y ahora fue Romualdo quién se dirigió a abrirla: otro guardia.

—¿Señor Romualdo?

—¡Es que no ves que soy yo! ¿Por qué preguntas por mí si estoy delante de ti?

—Perdón señor.

—Desembucha y que no sean malas noticias.

—Una mujer joven y armada hasta los dientes ha dicho que era la guardiana de la ciudad; no la hemos entendido y así creímos prudente avisarle a usted.

Romualdo sonrió.

—Habéis hecho bien. ¿Has venido en montura?

—Sí señor, todo lo rápido que se puede.

—Supongo que en la puerta este, ¿no?

—Sí señor.

—Tomo prestado tu caballo. Marina, una buena noticia por fin. Escóndete en los sótanos y no abras a nadie que no sea conocido.

Marina asintió y aprovechó a aquel guardia para que impartiera urgentemente sus órdenes. Romualdo partió a galope no sin que al animal le sentara mal las prisas con un relincho de fastidio. Por segunda vez, los habitantes de Erdia vieron ir a toda prisa a

Romualdo y dado su estrafalario carácter y el dicho de que todo artista tenía algo de locura, supusieron que pronto habría carreras de caballo por las calles de Erdia. Romualdo arribó por segunda vez a la puerta este, desmontó con un saltó y allí estaba esa joven con los brazos cruzados esperando. Romualdo fue directamente al grano.

—¿Eres la guardiana que han enviado los ancianos?

Aquella muchacha miró fijamente a Romualdo y él pudo apreciar dos diminutos puntos rojos en sus pupilas.

—Cierto, lo eres.

—No podemos entretenernos mucho pues en pocas horas estarán aquí. ¿Cómo os puedo servir? —dijo con voz seria.

—Perdona que no recibas la bienvenida adecuada pero las prisas no han dado mucho tiempo a formalidades.

—He venido a luchar, no a una fiesta.

—Bien, acompáñame con las demás.

—¿Quiénes?

—Unas chicas jóvenes. Se llaman el Trébol, se lo pusieron de niñas porque son tres como las hojas de esa planta. Una es hija de un guardián y heredó sus poderes, otra es hija de una anciana y la última… es muy especial.

—No sabía que pudieran tener hijos ni los guardianes ni los ancianos.

—En estos últimos años he visto cosas tan extrañas que no he visto en milenios.

—¿Milenios? —dijo la chica fijándose más en Romualdo. Tú eres un anciano pero diferente, no como los que me crearon —acabó diciendo la chica.

—¡Cierto es! Creo que nos urge reunirnos. Las historias las podemos aplazar después de la batalla si aún estamos vivos.

—Mañana lo sabremos. Ahora, guíame hacia ellas.

—¿Te importa compartir montura?

—No, tenemos prisa.

Aquella chica montó en la grupa del caballo con mucha elegancia; era liviana pero aún así el caballo bufó, entonces Romualdo giró su cabeza hacia ella.

—Tu rostro me resulta familiar.

—Lo dudo. Jamás nos hemos visto. Nunca olvidaría un tío tan raro como tú.

—Mmm, es cierto.

Llegaron a la plaza y ambos desmontaron. Las órdenes impartidas por Romualdo fueron bien cumplidas, pues no había un

alma por ninguna calle colindante: solo tres chicas jóvenes. La guardiana se quedó rezagada detrás de Romualdo observando los alrededores y El Mago llegó a la altura del trébol.

—La guardiana ha llegado —dijo Romualdo mientras se desplazaba lateralmente para que la vieran.

—Los hombres sombra no tardarán en llegar —dijo Flora.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la guardiana fijándose en ella. Eres de sangre antigua pero tienes una influencia superior; veo tu aura que es incluso más poderosa que la de un anciano —acabó diciendo.

Flora se encogió de hombros.

—Su nombre es Flora, hija de Sara y del recientemente difunto director de las cinco ciudades del este —la presentó Romualdo.

—¿Hija de un director de la hermandad? —preguntó la guardiana.

—La hermandad no existe pues acabaron con ella y no fuimos nosotros, sino que fue uno de ellos. Veo que no estás lo suficientemente informada —dijo Romualdo.

—Llevo cuarenta y cinco años latente y dormida. Así son los ancianos —dijo con su tilde de desprecio la guardiana.

Una chica de rizos dorados como el trigo en verano, con un rostro dulce como un ángel y de manifiesta feminidad, se acercó a ella y sin vacilación, la abrazó y le dio dos besos.

—Mi nombre es Ángela, soy un guardián también pero de nacimiento. Mi padre es uno de la primera guerra de los ancianos, los únicos supervivientes fueron mi padre y Romualdo —dijo mientras miraba al mago.

—Qué extraño, los guardianes son estériles y bueno, también lo eran los durmientes —apuntó la guardiana.

Entonces Romualdo se giró hacia la mujer con curiosidad.

—¿Qué sabes tú de los durmientes?

—Mucho…

La guardiana no concluyó su frase al ver a Arcadia. Se acercó a ella con los ojos desmesuradamente abiertos, la chica la miró extrañada hasta que vio que se puso a su espalda y acarició las espadas de luna.

—¿Cómo has conseguido estas armas? ¿Cómo han llegado a tus manos? —dijo enfadada la guardiana.

—Me las regaló mi padre —dijo abriendo los ojos mostrándole sus llamativos ojos violeta.

—¿Y cómo las consiguió él? ¡Responde, rápido! —dijo amenazante la guardiana.

Romualdo notó que el rumbo que estaba tomando la conversación entre Arcadia y la guardiana no era para nada bueno.

—Es el legado de su madre y él me lo dio a mí. Estas espadas están ligadas a lazos de sangre. ¿Con qué derecho cuestionas su propiedad? —dijo Arcadia mientras se le empezaba a subir la sangre a su fino rostro.

La guardiana se quedó inmóvil unos segundos cosa que descuadró a los que presenciaron el inicio de esa discusión. Empezó a mirar a Arcadia con una sonrisa nostálgica que apaciguó el enfado de la muchacha. Se acercó y puso una mano en el rostro de Arcadia y acarició su pelo. Arcadia no salía de su asombro.

—¿Tu nombre completo?

—Arcadia Ellan, hija de Raquel y Silvan. ¿El tuyo?

—Elisa Ellan, soy la madre de Silvan, soy tu abuela —dijo Elisa mientras se le empezaban a caer unas lágrimas de alegría y emoción.

—Mi padre me dijo que estabas muerta.

—Casi. Me rescataron los ancianos y me otorgaron el poder de un guardián. Me durmieron sin saber si mi hijo sobrevivió a la persecución de la hermandad que casi me mató. No sólo sobrevivió, sino que al igual que yo, somos los únicos durmientes que tuvimos descendencia. ¿Dónde está mi hijo?

—En Vera, custodiando la ciudad —dijo El Mago.

—¿Cómo es?

—Dicen que soy un vivo retrato aunque mi cara es más como mi madre y mis ojos, nadie sabe por qué tienen ese color. Dice mi padre que es del color de su sangre —respondió Arcadia.

Elisa se acercó a ella y la abrazó. Arcadia cayó vencida de que su abuela hubiera aparecido misteriosamente justo en ese momento, pero le dio igual.

—¿Me das una de las espadas? Las echaba de menos. Las creó un amigo que se llamaba Valerio. Tardó muchos años en hacerlas.

Arcadia le entregó una orgullosa de hacerlo.

—Valerio murió hace pocos días —informó Romualdo.

—¿Cómo? Era un durmiente con una fuerza descomunal, como un gemelo de Román, no me digas que también…

—Hace veinte años, fue la hermandad quién le obligó a quitarse la vida y una enfermedad rara que le consumía. Hay más durmientes fallecidos en esta contienda —dijo con tristeza Romualdo.

—¿Quiénes?

—Antón y el abuelo Gabriel —le respondió Arcadia.

—Nooo, pero, ¿por qué llamas a Gabriel abuelo? No es el padre de mi hijo —habló sumamente afectada Elisa.

—Lo crio en secreto hasta que descubrió quién era.

—Lo entiendo, han sido tres grandes pérdidas.

—Abuela, ¿quién es el padre de Silvan? —preguntó Arcadia.

—Era…

Antes siquiera que pudiera empezar Elisa a contestar, Flora se puso tensa y exclamó.

—¡Ya están aquí!

—Bueno chicas, ahora vuestro trébol es de cuatro hojas y es de buena suerte —dijo con ánimo Elisa.

—Creo que no saben lo que les espera —dijo serio Romualdo.

Las cuatro se pusieron a pocos metros de distancia y en el centro se puso Romualdo por si se rompía la formación de diamante que hicieron las mujeres del trébol, ahora con cuatro hojas.

En un círculo amplio, más de cien hombres sombra las rodearon. Uno de ellos se adelantó a paso lento mientras los demás se contenían esperando una señal para avanzar.

—Romualdo, ¿ahora te proteges con niñas? Quieres morir con belleza a tu lado. Y tú, ¿no estabas muerta? —dijo a Elisa mientras la miraba.

—He resucitado. ¿Quién eres tú que conoces mi nombre?

—Es Rafael pero en el cuerpo de otro —le informó Romualdo.

—¡Eres tú! ¿Y has matado a los tuyos después de lo que hicieron Antón y Gabriel por ti? Siempre sospechamos que tu cabeza no funcionaba bien pero, ¿tan cruel te has vuelto? Te desprecio y pagarás por ello vil y traidor hombrecillo —le pegó Elisa.

—No me visteis cómo era realmente…

El cuerpo que poseía Rafael dejó de hablar pues su cabeza estaba rebotando por el pavimento.

—Me he hartado de hablar —dijo Elisa.

La horda que los rodeaba se quedaron inmóviles pues no tenían ahora guía que les ordenara, pero previendo ese caso Rafael, tenía capitanes por definirlos de alguna manera que eran los más poderosos. Estos ordenaron atacar y variaron la táctica pues no hicieron oleadas de ataque a pesar de la gran superioridad numérica que se desplazó a Erdia. Lo hicieron sin reservas menos los que ordenaron el ataque: un círculo mortal. Se acercaron al centro de la plaza donde se encontraban Romualdo y las chicas mientras los hombres sombra se acercaban como una jauría ansiosa de sangre.

—¡Quietas, esperad! —gritó Romualdo.

Cuando los más veloces se encontraban a un par de metros de

las chicas, Romualdo golpeó su cayado contra el suelo, creando un anillo sísmico alrededor de ellos que hizo caer a un gran número de esas aberraciones. No les hizo falta al trébol saber qué hacer pues se adelantaron hacia los caídos y antes de que se pudieran recuperar, las armas de ellas cumplieron mutilando decenas de cuerpos. Incorporados los que sobrevivieron, fueron hacia ellas desde todos los ángulos, eran muchos. Flora extendió las manos como en aquella solitaria caverna donde Derán le enseñó los secretos de los elementos, de las leyes físicas y las puso en práctica. En su parte de la batalla, hizo una llamada.

—¡Fuego, te reclamo!

Dos diminutas llamas salieron de sus palmas hasta que se consumieron dejando solo rastro de humo. Los que atacaban frenaron ante el llamamiento que hizo Flora y ante el desastroso resultado, se pusieron a reír y a mofarse de la chica entonces uno de ellos se acercó lento para sentenciarla. Romualdo advirtió que algo salió mal pero no le daba tiempo ir a auxiliarla. La que más potencia prometía perdería la vida y Sara jamás se lo perdonaría.

Una de esas abominaciones fue hacia ella pero en el último momento se quedó quieto, pues un movimiento y arrancaría la cabeza de esa hermosa muchacha; quería deleitarse con el momento. Flora, lejos de acobardarse, habló sin que sus palabras emitieran sonido y alzó sus dos manos con las palmas hacia el cielo. Aquél que quería matarla, sentía cómo la temperatura subía en su cuerpo y bajó la mirada: estaba envuelto en llamas y en un segundo fue cenizas. Los otros no querían más que anular a aquella chica pero cuando llegaron hacia ella, solo fueron polvo de cenizas.

Flora se desplazó hacia la derecha de donde se encontraba Ángela pues temía por ella. Avanzó sus brazos hacia delante y de sus manos salió un cono de escarcha que congeló a aquellos que alcanzó. Ángela los golpeaba cayendo el resto de sus cuerpos convertidos en mil trozos de hielo, pero se acercaban más. Uno saltó por la espalda de Ángela y antes de alcanzar su objetivo, fue lanzado lejos hasta rebotar en una pared lejana golpeado por el cayado de Romualdo.

—Ángela ¡deja de esconder lo que tienes dentro! ¡Suéltalo ya! —le gritó Romualdo.

Dos puntos rojos nacieron del centro de las pupilas de Ángela y su piel empezó a adquirir un brillo plateado; como un torbellino letal, empezó a despedazar todo aquel que se encontraba a su paso. A aquellos que se abalanzaban sobre Flora, ella puso la palma de su mano en su boca y sopló, y una fuerza invisible como si fuera un

viento huracanado los envió lejos. Aturdidos, no vieron que ella se desplazó a una velocidad comparable al mismo viento que había creado segando las cabezas de aquellos como si fueran tallos de trigo con una hoz. Detrás de ella le persiguieron más por lo que lanzó sus brazos hacia atrás con los dedos separados y de ellos, rayos eléctricos surgieron fundiendo los cerebros de todos esos seres. Era una masacre de elementos.

Romualdo iba de un lado a otro cubriendo las fisuras de las chicas; Ángela era una máquina implacable poseída por su sangre de guardiana, segando a los hombres sombra con una facilidad pasmosa. A los lazos de sangre que unían a nieta y abuela, era una danza donde las espadas de la luna se llenaban de la sangre negra de los hombres sombra; en unos minutos, más de cien cuerpos desprovistos de vida estaban sembrados sobre la plaza de Erdia, pero aún quedaban sus capitanes. Eran cinco que no parecían estar afectados por la derrota que hasta ahora estaban sufriendo por lo que aparentemente eran, cuatro adolescentes y un viejo extravagante.

Los cinco hombres sombra que anteriormente estaban quietos se dirigieron al campo donde se luchaba con una determinación que causaba temor. Romualdo y las chicas se creyeron preparados para afrontar la nueva amenaza mas se quedaron paralizados por lo que ocurrió antes de llegar a ellos: los hombres sombra empezaron a chocar entre ellos y ante la mirada atónita de todos, se empezaron a fundir en una transformación donde sus carnes se mezclaban empezando a crecer de tamaño. Cuando terminó el proceso, tenían delante un humanoide de más de cuatro metros de altura y dos metros de ancho, de un negro sucio en su piel que aún se movía como un fluido viscoso y con una particularidad en su cara: solo tenía un ojo que ocupaba casi el ancho de su anguloso rostro y entonces abrió su boca para mostrar unos dientes bien afilados.

—¿Eso es un cíclope? —señaló Flora hacia aquel monstruo.

—¿No os dije que Rafael tiene una mente retorcida? Pues si no lo dije ahora podéis verlo con vuestros ojos —indicó Elisa.

—¿Cómo nos podemos enfrentar a esa cosa? —cuestionó Ángela.

Arcadia no habló, empuñó su arma con fuerza y preparada para luchar. Aquella abominación, más que articular una palabra, la escupió:

—¡Moriréis!

Romualdo se adelantó con una tranquilidad que no compartían sus compañeras. Miró directamente hacia aquel ser y le habló.

—Hoy no.

Nadie pudo apreciar el movimiento que ejecutó Romualdo; fue tan rápido que solo se notó una alteración en su posición como un desdoblamiento de su imagen; un sonido fuerte se oyó como una cáscara de huevo al partirla y seguidamente un estruendo de algo muy pesado al caer. Aquel gigante había caído como si lo hubiera fulminado un rayo. Cuando Arcadia se acercó, vio que por la parte posterior de su cráneo tenía un agujero del mismo tamaño que su muñeca; miró hacia delante y vio el cayado de Romualdo clavado fuertemente en una pared cercana.

El mago se levantó las sayas y fue a buscar su bastón no sin proferir una frase épica.

—¡A tomar por saco!

Las cuatro muchachas miraban a Romualdo mudas de asombro pues nadie pensó que se resolvería de esa manera y tan limpiamente. Cuando volvió ya con su bastón en su mano, miró a todas ellas que tenían los ojos fijos en él y las bocas semiabiertas.

—¿No pensaríais que dejaría que os hiciera daño? —dijo Romualdo resoluto y serio.

Elisa se acercó a Romualdo.

—Eres mucho más de lo que aparentas —dijo mirándole con un ojo semiabierto.

—Soy de los primeros hombres mas no puedo estar en todos los sitios aunque te aseguro que no soy el más poderoso.

—Ahora que terminó esta batalla, mi deber sería volver con los ancianos, pero tengo un hijo que ver —dijo Elisa.

—Voy contigo abuela. ¿Mi madre estará segura aquí, Romualdo? —preguntó Arcadia.

—Sí, yo la protegeré.

—Voy a Selva pues ahora sí puedo honrar la muerte de mi padre —dijo Flora.

—No, allí sola morirás. Ve con tu madre a Ulsan —indicó el mago.

—Yo a Vera, con mis padres —casi gritando dijo Ángela.

—Ya casi están a punto de llegar. Esperad que prepare vuestro viaje.

Pero ninguna de ellas esperó.

—¡Me han dejado solo!

Esas palabras las dijo al vacío pues nadie las escuchó, o eso pensó él. Detrás de él una voz familiar contestó:

—Solo no estás; hemos llegado tarde pero hemos llegado.

Romualdo se giró y junto a él estaban Karmen y María.

—¿Karmen? Hola María —les habló educadamente El Mago.

—Romualdo, ¿me podrías decir por qué has mantenido en secreto lo de María? —dijo con palabras serias Karmen.

—Todo tiene siempre una explicación razonable.

—Tenemos unos minutos antes de partir.

—¡Uff! Creo que se necesita más.

—Ten la bondad de ser breve.

35. LA DECISIÓN

Rafael estaba sentado en el trono después de sufrir el dolor de la muerte en otro cuerpo. Creía que era omnipotente pero cada vez que moría, aparte de sufrir, se debilitaba un poco.

Todo iba según su plan más o menos, pero aquellas cuatro chicas y sobre todo el subestimar a Romualdo, lo había alterado. Sabía a lo que se enfrentaba y aún teniendo la superioridad numérica las bajas ya sobrepasaban lo calculado, aunque en realidad poco le importara la suerte de sus súbditos pues eran simplemente una herramienta.

La plaza de Erdia tenía que haber sido suya pero no contaba con las fuerzas que concentró allí el odiado Romualdo. No importaba puesto que tenía más recursos y aparte, cambiaría las tácticas otra vez. Pero estaba harto de ser un mero espectador así que se concentró para poder transmitir las órdenes mentalmente a su horda. Quedaba aún Vera y Ulsan, las dos ciudades más grandes.

Tras poner fin a aquella comunicación, se levantó de su grotesco trono incrustado en aquella torre y se puso a andar. El único hombre que lo acompañaba en ese lugar se quedó sorprendido ante el gesto de Rafael.

—Rey, ¿a dónde va?

—A personarme en aquellas ciudades. Ya estoy harto de estar mirando en los ojos de otros. Además, soy el más poderoso de todos.

—Tardará mucho en llegar.

—Llegaré. Si hay victoria la celebraré, y si superan a los que envíe en su relajación, los sorprenderé.

—¿Voy con vos?

—No. Uno ha de quedarse aquí pues eres como un seguro. No salgas de esta bóveda.

Cuando Rafael abandonó la cueva donde estaba la torre, su sirviente que le seguía con la mirada extrañamente sonrió. Tras horas de un camino que se asemejaba más a un laberinto, Rafael salió al exterior.

Era noche cerrada y un viento furioso asolaba doblegando la vegetación casi inexistente de aquella tierra. Llegó a los acantilados que antaño escalaran para acudir a la llamada de la torre; la caída era de cientos de metros en una pared prácticamente vertical. De niño le apasionaban las alturas cuando a otros le causaban temor: un paso al vacío y una muerte rápida. Sin vacilación, se precipitó al vacío (qué sensación tan estimulante sentir aquella velocidad y ver

cómo el suelo se acercaba) hasta que, sin ningún daño, aterrizó de pie rompiendo la simetría esculpida por las olas del mar. Le acudió una sensación de poder mientras la sal del mar embravecido salpicaba su cuerpo, solo por aquellos momentos de la demostración de su poderío, había merecido la pena la decisión de salir de aquella torre que ya se le antojaba una cárcel. Se sentía vencedor sin haber obtenido la victoria definitiva pues siempre podría crear otra ciudad similar a Inferno lejos de la influencia de los durmientes, de los ancianos supervivientes y de sus guardianes. El tiempo mitigaría su sed de venganza aplazándola. Puso su decisión en duda aún con el poder atesorado por la misma torre; no sería mala opción pero ese pensamiento sembró dudas. Deseaba matar a Romualdo y a Silvan o por lo menos causarles dolor, pero tenía el tiempo a su favor. Ese cuerpo no se consumía aunque notaba algo menguado su poderío, mas tenía fuerza de sobra para causar estragos. Mientras se debatía qué camino tomar ante las dudas que le alteraban, vio una luz débil sobre el oleaje del mar y una barcaza de unos cuatro metros de eslora que encalló en la arena cercana.

Rafael se acercó a esa embarcación a averiguar pues él tenía preparado un barco amarrado para sortear el mar hasta la otra orilla y, además, él no hubiera ordenado a ninguno de sus hombres que lo recogieran. Sea quien fuere, era un temerario si osaba enfrentarse a él pero era imposible que dejara ninguno las defensas de las ciudades para venir a atacarle. El único que podía encontrar la ubicación de la torre era Silvan. Él lo vio entrar en aquella bóveda negra pero no era él físicamente, si no como en una especie de sueño o trance. Se dejó de suposiciones y fue hacia aquella barcaza en la que había un hombre que no bajó a tierra. ¿Acaso le estaría esperando? No perdió más tiempo preguntándoselo y llegó hasta él cuyo aspecto era raro pues era rechoncho y con una botella en la mano haciéndole parecer un mendigo.

—¿Me estabas esperando?

—Desde hace muchos años, en la otra orilla —dijo el barquero.

—¿Quién eres tú? Tendrías que temerme —dijo Rafael.

—Te temo, créelo pues eres el mal personificado y yo soy un anciano, bueno más o menos.

—Los maté a todos menos a Uriel que no tardaré en dar con él. ¿Cuál es tu nombre?

—No sabes que existo pues soy un paria de mi pueblo y no tengo nombre, aunque me han puesto muchos y el último fue Tolón.

—Si no tienes nombre es porque cometiste algún acto grave que te hizo que te exiliaran, pero no tanto como para encerrarte en una

prisión.

—¡Eco! Diste en el clavo. Puedes llamarme barquero. ¿Subes hacia la otra orilla o me vas a matar?

—Subiré y después me lo pensaré —dijo malicioso Rafael.

—Haz lo que tengas que hacer.

Rafael montó en la barcaza que puso rumbo hacia la otra orilla. Aquella embarcación subía y bajaba las elevadas olas durante horas hasta que, milagrosamente, no se hundió y arribó a una playa solitaria. Rafael bajó de la embarcación esperando que el otro le imitara pero no fue así; estaba apurando la botella de licor que vio cuando lo encontró y le miró fijamente. Tolón se dio cuenta y se encogió de hombros.

—Al final ¿vas a matarme?

—¿Acaso lo deseas?

—Creo que no, aunque dicen que el tiempo de los ancianos termina, mas yo quiero aprovechar los últimos momentos.

—Eres un ser extraño.

—Anda que quien habló.

Rafael se quedó dudando sobre aquel hombre que tenía un aspecto patético.

—¿Quieres acompañarme? —le preguntó Rafael.

—No, bastantes veces he metido la pata. ¿Qué vas a hacer?

—No entiendo tu pregunta —fue la respuesta que le dio Rafael.

—¿Qué decisión has tomado?

—Iré a las cinco ciudades —dijo el que fue rey de Inferno.

—Es tu decisión.

—¿Cómo sabías que tenía dudas? Acaso ¿lees la mente? —preguntó Rafael.

—Intuición solamente.

—Soy la muerte anciano y te perdono la vida.

—¿La muerte? Puedes ser un instrumento para provocarla pero nacemos con ella. La única verdad es que moriremos por muchos años que vivamos. Se me acabó el vino y tengo la importante misión de reabastecerme. Adiós, señor oscuro —dijo Tolón despidiéndose de ese ser malvado.

No hubo más palabras pero a Rafael, no por qué un anciano le ayudara, le empujó a su destino. Su maldad se impuso al raciocinio y empezó a caminar hacia el sur.

Tolón miraba cómo desaparecía y sacó una botella más de vino (le había mentido).

—La otra opción hubiera sido mejor pero el resultado será el mismo.

36. VERA

Me encontraba sentado sobre las murallas de la ciudad donde pasé mi niñez y mi juventud. A mi lado estaba Orlando y juntos estábamos mirando la tierra que se extendía ante nosotros. Si miraba al norte y el bosque no me tapara la visibilidad, estaría viendo Selva otra vez ocupada. ¿Cómo podía ser que la historia se repitiera otra vez? Me pareció el tiempo una serpiente enroscada mordiéndose la cola en un perfecto círculo: huidas y guerras, muertes como así el evitar caer en ella con algunas pausas que eran ilusorios oasis para a continuación volver a la misma senda y ahora, la gente perdida en el camino. Estaba tan abstraído que no me di cuenta que Orlando estaba con la mirada fija en mí y al darme cuenta de que me observaba, me habló.

—¿Te hace falta irte otra vez?

—Fue de gran ayuda esa evasión, pero no debo ni quiero eludir lo que tiene que acontecer por mucho que me desagrade —le contesté.

—No es plato de buen gusto lo que nos espera.

—¿Por qué no veo en ti la tristeza que a mí me invade? —dije casi al mismo tiempo de decirlo arrepintiéndome de la crueldad de la pregunta.

—Silvan, ¿cuántos años llevas vividos?

—Cuarenta y cinco si no me equivoco, quince arrebatado por los ancianos.

—Cuando lleves más de dos mil años vividos, verás como las cosas te afectarán de manera diferente. A mi manera, lamento la muerte de tres de los durmientes pues eran amigos míos, unos más que otros. Del que fue director de las cinco ciudades no tuve el placer de conocerlo. Cada uno lleva el dolor a su manera. He visto morir en mis brazos a seres muy queridos, he visto marchitarse y perder la última chispa de su vida a mujeres que he amado. Por mucho que te quiera explicártelo, jamás lo sabrás hasta que sean tantos que algunos nombres sean olvidados —dijo con melancolía Orlando.

—Pido perdón por juzgar tu falta de sentimiento. No puedo llegar al alcance de ese sufrimiento —fueron mis palabras sinceras.

—Nuestra mente sigue siendo humana y no está preparada para vivir tantos años. ¿Sabes que algunos durmientes se suicidaron?

—No lo sabía.

—No aguantaban el dolor de las pérdidas y otros enloquecieron;

nos hicieron fuertes de cuerpo, pero nuestra mente era como la de antes de los experimentos. Las mejoras no fueron a la par.

—Aun así, tú estás lúcido y veo que tienes paz.

—Porque sigo pensando en una cosa como un mortal —dijo Orlando.

—¿Cuál?

—Que la muerte por muy fuerte que sea, puede llegar el día menos pensado y hoy tiene bastantes números.

—¿La temes?

—No, no quiero morir, pero es un dicho de los durmientes: hemos vivido mucho más de lo que nos pertenecía.

—Tus palabras son sabias y me ayudan Orlando. Si tengo suerte en este día, he de pensar en lo que me has dicho si he de recorrer un largo camino en este mundo.

—No creo que haya otro. Bajemos de aquí pues Rafael es inteligente y cruel. No atacará igual en todos los lugares y tenemos que esperar alguna señal que delate su estrategia.

—Aquí ya no pintamos nada. Como hombre de más edad, acato tus consejos.

—¿Me estás llamando viejo?

—Técnicamente sí —dije extrañado y sonriendo.

Bajamos de las murallas al menos yo con mejor humor, aunque tenía cierta ansiedad por la falta de noticias de las otras ciudades. Fuimos bajando de forma tranquila por las escaleras de la muralla a las calles de Vera y aunque no anduvimos abiertamente por ellas ya que nuestra indumentaria, en especial la de Orlando con su armadura completa casi blanca y con matices plateados, no tranquilizaba a la gente que se cruzaba con nosotros. Paramos en una esquina y observábamos pues era lo único que podíamos hacer aparte de la espera cuando un mensajero que me conocía me abordó.

—¿Señor Silvan?

—Sabes que lo soy. ¿Alguna novedad? Dámelas buenas.

—Perdón señor, sé que sois vos, pero la educación… Las noticias que os aporto no son malas.

—Me alivia que al menos no lo sean.

—Erdia resistió sin ninguna baja y las chicas vienen a Vera, así como la guardiana de Erdia.

—¿Vienen en tren?

—Sí señor.

—Gracias y que tengas buen día.

—Gracias a vos señor y, adiós —dijo el mensajero partiendo con

posterioridad.

—Voy a la estación. ¿Me acompañas Orlando?

—No tengo nada mejor que hacer, así que, vayamos.

—Es mi hija la que llega.

—Comprendo que quieras verla, pero, hay un asunto más.

—¿Cuál Orlando?

—Ha dicho que la guardiana de Erdia también venía hacia aquí, pero me dijiste que vendría un guardián a cada ciudad. ¿Y el de Vera?

—Sé seguro que si ha de venir alguno, aún no lo ha hecho pero vendrá, los otros no faltaron la promesa que hicieron los ancianos.

—Veremos. No perdamos más tiempo en posibilidades pues estarás deseando ver a tu hija.

—¡No sabes cuánto!

Fuimos sin más preámbulo a la estación. Casi la llegada futura de mi hija me hizo olvidar el presente y no tenía exactitud horaria de su arribada, pero no me importaba esperar. Me sentía orgulloso de ella por la defensa de la plaza de Erdia y de Raquel por la seguridad de que estuviera con Romualdo. Arcadia ya me contaría los detalles, aunque, el único "pero" era la duda razonable de Orlando de por qué el guardián de Erdia venía a Vera: pronto lo sabríamos.

En el trayecto que nos hizo recorrer de las murallas norte hasta la estación, vimos poco más que normalidad y es de suponer que forzado pues no era día que placiese un paseo. La poca gente que había sí que se paraba ante el aspecto de Orlando, pero él ni se inmutaba en llamar la atención pues no estaba para ocultarse sino para luchar por esta ciudad.

Un fugaz pensamiento me abordó y fue traicionero porque ya bajábamos las escaleras descendentes de la estación.

¿A qué esperaban para atacar? Pero no había ninguna respuesta para contrarrestar la última oración.

La estación estaba vacía debido a la amenaza por lo que se pararon casi todos los trenes a excepción de unos pocos, como el que estaba esperando a Flora para partir a Ulsan en cuanto arribara y el que ahora llegaba.

El jefe de la estación se encontraba de espaldas con su gorra distintiva de su oficio. No advirtió nuestra presencia y parecía también esperar al tren.

—Buenas tardes, ¿falta aún para que llegue el tren de Erdia?

—No tardará mucho —contestó el jefe de estación sin girarse.

A continuación sentí un intenso dolor en diagonal desde la ingle

hasta casi la clavícula derecha que me hizo caer al suelo. ¿Qué me produjo esa herida? En el suelo, lo siguiente que vi fue pasar cerca de mí a Orlando con su espada desenfundada. Escuché el sonido del acero al hundirse en la carne y un cuerpo caer al suelo de la estación. Esperaba que no fuera el de Orlando. Intenté incorporarme, pero me fue imposible. Vi el rostro de Orlando muy preocupado mirándome por debajo de mi cabeza. Su cara no me dio ánimos pues la herida que tenía debía ser de bastante gravedad al igual que su intenso dolor. Él empezó a quitarme la ropa para verla mejor y su gesto se agrió más

—Es una herida horrible. ¡Te estoy viendo el corazón!

—¿Quién ha sido?

—Estaba disfrazado; el jefe de la estación era un hombre sombra o como quiera que los llaméis —dijo Orlando.

—Duele mucho. ¿Crees que podré recuperarme?

Orlando negó con la cabeza. ¿Iba a morir? Por un ataque traicionero como de la misma manera incumpliría la promesa a mi hija y a mi amada Raquel ahora tan lejos de mí. ¡Así no! Sería demasiado injusto, sea quien maneje los hilos del destino, al menos dejádmelas ver por última vez.

—¿Qué es esto? —preguntó Orlando.

Sentía sobre los bordes candentes de mi herida cientos de pequeños puntos de dolor y a pesar de la gravedad de mi herida, me incorporé y vi cómo hilos violáceos salían de mi cuerpo curvándose para llegar al borde contrario de la misma, enlazándose unos con otros. No eran cientos sino miles de filamentos que se entrelazaban: ¡estaban cerrando la herida! En pocos segundos la carne estuvo unida y el sufrimiento se iba mitigando hasta que desapareció. Cuando estuvo totalmente suturada, fueron cayendo como si fueran polvo de ceniza y solo dejaron una línea blanca donde antes era un ancho surco en mi cuerpo. Orlando palpaba la herida y yo ya me encontraba bien por lo que me puse de pie.

—¿Cómo has hecho eso? Esa herida era de muerte incluso para nosotros —dijo asombrado Orlando.

—Si te digo que mi sangre es humana mezclada con savia; esa es la única explicación que te puedo dar y me puedo dar a mí mismo.

—¿Estás bien?

—Estoy como si no me hubieran herido pero estoy preocupado. No atacaron abiertamente sino que están disfrazados y mezclados con la gente. Somos su objetivo y no avisarán; no los detectaremos, pero, al menos, sabemos una cosa —le contesté con sinceridad.

—¿El qué?

—Están aquí y no voy a esperar a que vengan.

—Tenemos que hacerlos salir —propuso Orlando.

—¡Sí! Hemos de ir por las calles de Vera moviéndonos y sin dejar que se puedan agrupar.

—Eso no lo sabremos, pero por lo menos, que nos dejen luchar.

Una vez ya de pie, solo me puse la camisa abierta por la fuerza pues no había momento para el decoro. Solo quería acabar con la amenaza antes de que pudieran hacer daño a la gente de esta ciudad y si nosotros éramos el motivo de que no empezaran a hacerlo, seríamos blancos visibles, aún así no íbamos a ponérselo nada fácil.

Desenfundé las dos armas que me forjaron supliendo a las que le regalé a Arcadia y empezamos a caminar con los sentidos despiertos. Cualquier cosa cercana era una amenaza y por eso debíamos ser cautos o podríamos matar en esta incertidumbre a inocentes, y ese daño colateral no quería llevarlo a mi conciencia.

No tuvimos que esperar mucho para ver como unos hombres vestidos de sombrero y gabán largo se dirigían hacia nosotros. Cautos no eran ya que sus intenciones eran tan claras que el disfraz era muy ridículo y no enmascaraban sus pretensiones. De lejos ya se veía su piel de color oscuro macilento y unas venas negras hinchadas como si fueran canales en la tierra. Debajo de las mangas sobresalían sus extremidades transformadas en punta como si fueran lanzas o en largas garras curvadas que parecían hoces negras. No eran muchos pero visto lo que uno solo hizo, era para no descentrarme. Orlando ya se había puesto delante de mí pues tenía la intención de protegerme. Bajó su espada hasta que la punta tocó el suelo y empezó a andar unos pasos arrastrándola sobre la piedra haciendo un cántico metálico y chispas chicas. Yo no dejaría que su valentía le matara así que me situé a su lado. Cuando se fueron acercando, aceleraron tanto que casi no se les veía, pero supe que no variarían el rumbo de embestida. Me aparté un solo paso, puse una hoja a la altura de mi cuello y todo lo rápido que pude le arranqué la cabeza al primero al no advertir el filo de la hoja de mi espada. Vi una sombra saltar sobre Orlando pero él era diestro por lo que lo empaló en el aire y lo remató en el suelo. Sentí cómo me herían en un brazo pero apenas fue una línea roja; tan rápido como sentí el palpitar de mi piel rasgada, giré por mi derecha y atravesé el cráneo de mi agresor. También oía chirriar la armadura de Orlando: desconocía de qué estaba hecha pero no la conseguían atravesar (ventaja que tenía pues solo tenía que proteger su cabeza pues de su espalda ya me encargaba yo). Así fue como intentaron

atacarle por la nuca, pero antes de que llegaran me adelanté yo; aun viendo solo sombras (pues las sombras se veían), puse rodilla en tierra justo antes de que llegaran a él, pues ya era yo su objetivo y sus garras solo rasgaron aire; lo sobrepasé y traspasé como el cascarón de un huevo su nuca. Orlando acabó con dos que le atacaban de frente con un solo tajo; estábamos cerca de la entrada de la estación que se quedó con dos hombres en pie y varios cuerpos en el suelo.

—Esto solo acaba de empezar, me temo —le comenté a Orlando.

—Nos están tanteando —dijo acertadamente él.

Nos fuimos moviendo por las calles de Vera que estaban poco concurridas. Ya caía la noche y prometía ser muy fría. A las pocas personas que vimos fuimos pacientes pues podían ser solo humanos corrientes. Íbamos por en medio de la calle alejándonos de los oscuros callejones; no estábamos lejos de la estación pero el tren aún no había arribado pues lo hubiera oído y sentiría la presencia de mi hija cuyo vínculo era fuerte.

Las farolas parpadeaban dando malas vibraciones, así como el chillar del viento que ahora era un poco más intenso. Transportaba un olor extraño, rancio y envejecido. No estaban lejos por lo que le indiqué a Orlando que giráramos en una esquina para seguirles el rastro. Él también lo había percibido.

Nada más girar nos encontramos con un muro de esos hombres que ocupaban el ancho de la calle. Más de una veintena nos estaban esperando; no se movían pues sabían que iríamos a por ellos. Orlando escupió para después pronunciar una sola palabra.

—Demasiados.

Anduvimos lentos unos pocos pasos esperando que aquellos seres tomaran la iniciativa. Involuntariamente, al pasar por al lado de un árbol puse mi puño armado sobre su nudosa corteza y me sentí más acompañado. Si teníamos que caer, que fuera luchando.

Antes de que aquella formación empezase a ir a por nosotros vi caer del cielo literalmente, una figura humana que portaba dos aros enormes sobre sus manos empuñándolas como armas. Al caer encima de ellos, una onda expansiva nos hizo recular varios centímetros y a los que estaban enfrente nuestro, cayeron sobre el suelo. Aquel hombre empezó una danza mortal que hizo que ninguno de aquellos hombres sombra pudieran tener el tiempo suficiente para poder contrarrestar aquel fulgurante ataque. En muy poco tiempo ninguno de ellos quedó vivo. Orlando y yo fuimos meros espectadores de aquella masacre. ¿Quién podía ser tan poderoso para, sin esfuerzo, abatir a una veintena de ellos?

Aun teniendo sus mortales aros en las manos que habían perdido su dorado brilló por la sangre negra de aquellos hombres malditos, se fue acercando hacia nosotros. Orlando fue el primero en reaccionar.

—¿A quién debemos dar las gracias por esta inestimable ayuda?

—Al guardián de Vera.

Ya cerca de nosotros, un hombre atemporal pues me parecía al mismo tiempo joven y maduro, de talla alta, pelo corto y negro, ojos marrones y vestido con tela y cuero como si se fuera de viaje. Nunca jamás lo había visto pero algo dentro de mí gritaba que me era familiar. No era un vínculo como compartíamos los durmientes si no que era algo más sutil, tanto que casi no tendría que haberle prestado atención. Aun así, formulé la pregunta pues de no haberla hecho me quemaría la boca por no hacerlo.

—¿Nos conocemos de algo? Me resultas tener parecido con alguien sin tenerlo —dije en una frase un tanto extraña.

—Sí, llevas razón Silvan, nos conocemos pero era muy diferente de cómo soy ahora, muy muy diferente.

—¿Quién eres pues? Conoces mi nombre, en cambio debes decirme el tuyo.

—Así lo hare mas te sorprenderá: soy Pedro, el bibliotecario de Laberintia y ahora guardián de esta ciudad.

—No puede ser. Te vi destruirte para matar al sin nombre.

—Avatares del destino, pues viendo lo que pretendía y cuál era mi más profundo anhelo, Uriel extrajo de mí toda mi información (que era la de un autómata pretendiendo ser un humano) y la conservó hasta que la introdujo en este cuerpo. Y ahora soy lo que siempre desee. Cuando me dieron esta misión supe de vuestras dificultades, de poder volver a veros y no cabía de gozo. Antón se sentirá orgulloso; aunque no fuese su obra, su deseo de que fuera más humano se convirtió en realidad.

—Sobre Antón…

—¿Qué le ocurre a mi mentor? ¿No lo puedo ver? —dijo Pedro.

—No Pedro. Antón está muerto; falleció hace unos días a manos de ellos —respondí entristecido.

Pedro se quedó en silencio y unas lágrimas surcaron sus mejillas; su rostro antes sin sentimientos ahora se plegaba su piel en una expresión de profunda tristeza.

—Al menos con este cuerpo puedo llorar, aunque solo ha sido un momento de debilidad. Cómo duele la tristeza cuando se tiene sentimientos, pero debo aparcar este nuevo sentimiento pues es angustioso y ahora me provoca un vacío. Aún quedan por la ciudad

hombres oscuros. Son como una enfermedad y debemos erradicarlos.

—Son hombres sombra —apuntó Orlando.

—Es mejor nombre ese.

—Me alegro mucho de verte. Lloramos mucho tu muerte —me sinceré.

—Resurrección Silvan, un milagro de los ancianos pero tengo que servirles pues es mi pago por mi deseo —dijo solemne Pedro.

—Tú no perteneces a nadie. Solo queda Uriel por la parte de esos ancianos. Serás libre cuando tú quieras serlo —le dije con palabras veraces.

—¡Ha llegado, lo siento! —dijo cortando Pedro

—¿Quién? —dijo Orlando pensando que la conversación duraba demasiado.

—Prometeo está aquí. Como yo, ha venido en tu auxilio.

—Vayamos hacia él pues cada vez somos más y seremos más fuertes —dije animado.

Cuando nos giramos hacia donde señalaba Pedro indicando la dirección donde debía encontrarse Prometeo, nos vimos sorprendidos por más hombres sombra. Eran muchos más de los que había eliminado Pedro. Miramos enrededor pues estábamos completamente rodeados, hasta en los tejados en las calles adyacentes se habían colocado y algunos de ellos eran más grandes. Ahora sí pensé yo que eran demasiados. Todo era silencio.

Todo empezó con un silbido que entonaba una canción débil pero que entraba dentro de ti. No sabía si sonaba dentro de mi cabeza o estaba en el exterior, pero esa cantinela que a mí me gustó era sublime y despistó a los que nos envolvían en un número mortal contra solo tres. Aquel sonido nos hizo tener más fuerza, más valentía y nos inducía a atacar. Viendo su efecto, ya sabía de quién procedía: de un tejado cercano cayeron dos y sus compañeros miraban sus cuerpos. Vi una figura que era Prometeo con una voz que jamás pude ver con tal poder.

—Atacad.

Como si fuera una orden que no fue, fuimos en direcciones opuestas los tres. Yo invoqué la ayuda de la madre naturaleza la cual me fue concedida: tallos como hierros entrelazados salían de entre los adoquines; dejé caer una gota de mi nueva sangre en el suelo y los tallos se hicieron gruesos levantando el suelo enfrente de mí. Fácil fue mi lucha entre la fuerza otorgada, mi determinación y la ayuda demandada. El mecanismo automático de la danza de espadas fue tan mortal que incluso me dio tiempo de auxiliar a

Orlando pues creía que era el más débil de nosotros, pero mi sorpresa fue tal cuando llegué pues todo había terminado reuniéndonos los cuatro que ahora éramos.

—Tu intervención nos ha salvado Prometeo —le dije abrazándolo.

—Simplemente os ayudé —dijo humilde Prometeo.

—Saludos bibliotecario —le saludó Pedro.

—¿Cómo sabes eso? ¿Acaso nos conocemos de algo? —dijo Prometeo mirándolo fijamente.

—Creo que sí —le dije escuetamente.

—No le conozco, estoy seguro de ello —agregó Prometeo con cierto nerviosismo.

—Siendo humano no pero cuando era un autómata, sí.

—¿Pedro?

—Por cierto, mi nombre es Orlando —dijo él entrando en escena.

Le explicamos la transformación de Pedro producida por los ancianos o resurrección. Después de las pasadas sorpresas, Prometeo pasó de estar sorprendido a alegrarse. Aún recorrimos algunas calles de Vera esperando que hubiese algún otro hombre sombra en la ciudad, que seguro hubiera algún espectador. Gracias que no sufrió ningún inocente esta invasión.

—¿Has dejado sola a Noelia? —pregunté sabiendo que ella nunca eludiría una pelea.

—La he encerrado en los sótanos del ayuntamiento —dijo Prometeo tan ancho.

—¿Y se ha dejado?

—Por supuesto que no; es la segunda vez que la secuestro, debería estar acostumbrada.

—Me temo que estará pero que muy enfadada.

—Vayamos a comprobarlo, pero entras tú primero —me dijo Prometeo guiñándome un ojo.

Fuimos hacia el ayuntamiento en el que uno de los guardianes nos reconoció y nos abrió la puerta. Bajamos a los sótanos, cosa que a mí me desagradó pues el recuerdo me avisó que allí asesinaron a la madre de mi mujer Raquel. Ni Pedro ni Orlando entraron en el ayuntamiento pues no sabíamos aún si realmente quedaban más hombres sombra.

El último tramo de escalera lo bajé solo y entonces escuché los gritos de Noelia a un guardia recriminándole de que había encerrado a su alcaldesa. Aquel hombre no pronunció palabra. Pensé si pudiera ser uno de ellos disfrazado, pero al ver el rubor de

sus mejillas aguantando el embate enfurecido de Noelia, lo descarté. Por fin me vio.

—¿Silvan? Sácame de aquí. Cuando vea a Prometeo… ¡Ah! No ha tenido el valor de bajar él y por eso te manda a ti: ¿será cobarde? ¡Se va a enterar! —dijo Noelia un poco más que enfadada.

—Lo hizo por tu bien mujer. Nos ha salvado a todos; no seas muy dura con él —intenté calmarla mientras abría la celda.

Pasó por mi lado con los ojos inyectados de ira y subió tan rápido las escaleras que tuve que esforzarme en seguirla hasta que oí los gritos.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —gritó Noelia.

—Te prefiero enfadada antes que muerta —contestó Prometeo muy serio.

Noelia bufó y se dirigió al exterior y esperamos unos segundos. Prometeo me recriminó que había sido de poca ayuda y me encogí de hombros contestándole que hice lo que pude.

Cuando salimos fuera vimos a Noelia abrazada a Pedro pues él ya se lo había contado. Orlando se presentó.

—Nuestras hijas si no han llegado ya, lo harán pronto. Vayamos a la estación —dije sin más preámbulo.

Fuimos los cinco ya de noche avanzada y cuando llegamos, solo había un hombre con una bata blanca y una gorra: vestimenta distintiva del jefe de estación. ¿Acaso la escena se repetía? Los demás se alertaron al vernos a mí y a Orlando tensos; me acerqué ahora preparado y desenvainando mis armas pues no sería dos veces sorprendido. Estando a dos metros le llamé.

—¿Jefe de estación?

Se giró un hombre de mediana edad con barba bien recortada y mirada de bonachón; al verme con las armas listas para la lucha, se asustó y reculó. Con un gesto lo apacigüé y enfundé mis armas. Aquel hombre me contestó lo primero que se le pasó.

—Recién ascendido pues el antiguo jefe falleció hoy. La guardia no ha dado más detalles. Se llevaron el cuerpo de un mendigo que le había robado la ropa —dio como concluida la explicación.

—Perdone si le he asustado, pero había rumores de conflicto en esta estación. ¿Cuándo llegará el próximo tren?

—Antes, a los trenes de noche se les llamaba “tren fantasma”. Mire usted mismo pues ya llega. Desde aquí se pueden divisar las luces.

Así era por lo que el resto de mi compañía se pusieron en mis cercanías, todos mirando hacia las vías y en poco más de una quincena de minutos, el tren estaba ya resoplando en la estación. La

primera en bajar del tren fue Ángela que en cuanto vio a sus padres, se olvidó de los que allí estábamos y se abrazó a ellos. Cabe decir que el enfado de Noelia se disipó tan rápido como sintió el abrazo de su hija. Después bajó Flora y yo abrí mis brazos ofreciéndole un cuerpo amigo y nada más entrar en el hueco de mi abrazo, empezó a llorar desconsoladamente. Después bajó Arcadia, mi hija, que se unió al abrazo con Flora y, por último, una chica morena que reconocía ya que me salvó en el bosque, seguramente la guardiana de Erdia que de lejos se saludó con Pedro.

Antes de agradecerle a aquella guardiana su ayuda tanto a mí como a las tres niñas y a la ciudad de Erdia, tenía que enviar rápidamente a Flora a Ulsan con su madre y con su tía pues su dolor no podría tener mejor compañía.

—El tren está listo para partir, Flora. ¿Deseas que alguien te acompañe? —le dije con sinceridad.

—No, pero llego tarde. Ellos estarán allí —dijo Flora.

—Iremos todos —le ofrecí.

—No Silvan, cuando llegue mi madre estará sobre los huesos de quienes nos arrebataron a mi padre —dijo Flora con una tonalidad que me asustó.

Así partió Flora hacia Ulsan. Pensé que faltaba el último guardián que auxiliaría a Sara y a Derán. En ese momento caí en que la guardiana de Erdia estaba sin ser atendida por lo que me acerqué a ella y pude observar que Arcadia ya se encontraba cerca de ella; aunque más bajita y sin tener los ojos tan llamativos como mi hija, parecían dos inocentes amigas que venían de viaje. Con toda la educación me dirigí a ella.

—Dos veces tengo que darte las gracias: una por salvarme en el bosque y otra por guardar la ciudad de Erdia —dije ceremonialmente.

—Era mi deber —me dijo sonriendo muy dulcemente, cosa que me desconcertó.

—¿Qué te trae a Vera?

—Un asunto de vital importancia que hace años que debía haber solucionado pero los ancianos no me dejaron.

—En lo que te pueda ayudar, cuenta conmigo.

—Ya lo haces con tu presencia… hijo.

—¿Madre?

Tantos años pensando que mi madre había muerto, tanto tiempo con el peso de su ausencia y ahora súbitamente aparecía ante mí y junto a mi hija. Me quedé mudo pues no sabía realmente cómo reaccionar: tantas emociones juntas estos días pasados y en este día

presente la culminación de todas las alteraciones emocionales, era que mi madre estaba viva y delante de mis ojos sonriéndome con complacencia esperando lo que hice a continuación. La abracé abarcando su poca envergadura que sentí el olor de su pelo y el calor de madre en mi cuerpo: tanta ausencia de ella… Por fin, sea como fuere estaba a su lado mas sentía las miradas de todos posadas sobre nosotros dos y repetí la palabra sin separarme de su abrazo pues quería retenerla para siempre entre mis brazos.

—Madre…

—Hijo.

37. NOCHE ACIAGA

Sara estaba alerta pues sabía que tenían que venir ya. Aún contenía las lágrimas que tenía que derramar por Héctor pues la rabia le superaba a cualquier sentimiento.

Había dejado a su hermana Derán en la otra parte de la ciudad pues sabía que ella tendría recursos de sobra, aunque para Sara seguía siendo un misterio cómo se desenvolvería su hermana.

El único alivio que tenía es que su hija estaba bien. Paseaba intentando calmarse cuando miró hacia un lado y se sobresaltó al ver que una chica joven de pelo negro y ojos avellana escondidos en unas lentes redondas, andaba a la par de ella. Ni siquiera se dio cuenta de su presencia. Se fijó un poco más viendo que estaba armada aunque intentaba ocultarlas. Supuso, pero aun así preguntó.

—¿Quién eres?

—Hola, perdón. Mi nombre es Alicia y no me presenté porque te veía bastante alterada, rabiosa y triste al mismo tiempo. Decidí simplemente acompañarte —dijo sonriendo cándidamente.

—¿Eres…?

—La guardiana de Ulsan —dijo cortando a Sara.

—Lo normal es que te hubieras presentado —le recriminó Sara.

—Sería lo más correcto pero en esta noche tan aciaga, no había demasiado tiempo que perder. Están rabiosos y ya no piensan. El rey viene junto a su ejército pero el tardará aún en llegar pues quieren ofrecerle una victoria a su líder —dijo Alicia.

—¿Por qué una noche aciaga? —volvió a preguntar Sara.

—Esta noche morirá mucha gente y nada podemos hacer más que sean las menos posibles —contestó Alicia cambiando su faz.

Sara se fijó en un parche que llevaba en su pecho derecho y la curiosidad le empujó a retomar las preguntas.

—¿Ese trozo de tela es una medusa?

—Sí, ¿te gusta? Nací lejos del mar pero siempre me fascinó; estos seres simples con su cuerpo semitransparente y sus tentáculos bailando a la merced de las corrientes marinas me gustaron. De eso hace mucho, muchísimo tiempo —contestó nostálgica Alicia.

—Sé lo que es el pasar de eras, quizás incluso seas una niña comparada conmigo.

—Eres una anciana como tu hermana. Lo sé pues me lo contó todo Uriel. Mi historia no es como la de los demás guardianes. Yo soy reciente comparando con otros. Yo desde que era pequeña estaba en una silla de ruedas. Uriel me vio en un hospital y se

acercó a mí para decirme: “dentro de unos minutos una gran bomba explotará cerca y la única que sobrevivirás serás tú; cuando esto pase, tendrás que buscarme”. Luego me tocó la frente y cuando se perdió de mi vista, sentí que mis piernas respondían y me pude poner de pie por primera vez. Sentí dentro de mí una fuerza que casi no cabía en mí. Miré hacia la ventana desde mi nueva altura pero la alegría duró poco pues un gran resplandor me cegó… —Alicia cortó y agachó la cabeza.

—Te crearon justo en la gran guerra —dijo Sara poniendo su mano sobre el hombro de Alicia.

—Sí. A mí no me durmieron como a los otros. Uriel me concedió el privilegio de recorrer el mundo siempre que no me descubrieran, me dio el don de la ocultación por eso no te diste cuenta que caminaba a tu lado —dijo Alicia con otro humor.

—Espero que nos seas de utilidad —reflexionó Sara.

—¡Claro! Mira, ahora mismo ya están aquí —dijo Alicia mientras en sus ojos surgían puntos rojos.

Sara vio cómo venían hacia ella decenas de aquellos hombres sombra mientras escuchaba en todas direcciones sonidos aterradores, madera destrozada, piedra caída, telas rasgadas y carne mancillada por aquella horda que se extendía por toda la ciudad. Sara sintió angustia y su rabia empezó a acumularse en su interior ahora incontenible.

De repente, los ojos de Sara vieron una cosa que, para ella que tanto ha visto, la dejó verdaderamente sorprendida. Alicia caminaba tranquila hacia aquellos que embestían en gran número mientras sacaba sin apenas inmutarse, dos cuchillos que antes permanecían ocultos; cuando llegaron a ella la sobrepasaron como si no existiera e incluso se apartaron de su camino para no chocar contra ella. Era un muro invisible que flanqueaba. Ella fugazmente se giró hacia Sara y la sonrió mientras seguía andando unos pasos más. Sara salió de su sorpresa pues algunos ya estaban próximos a ella acelerando hasta para cualquier ojo normal tornase invisibles, pero no para los ojos ancianos de Sara. Sacó un arco aún con más presteza que los que se le acercaban a ella y girando sobre sí misma destrozó con sus saetas las cabezas de los hombres sombra hasta que su aljaba quedó vacía, aunque tenía gran provisión de saetas.

Ni uno de ellos logró tan siquiera alterar el aire que había alrededor de Sara, sacó sus espadas cortas forjadas hace más que la cuenta milenaria que se les quisiera atribuir y empezó a sesgar como una guadaña al trigo hasta que se quedó sin más enemigos, pero su aritmética no salía en su cuenta: eran más de los que mató,

muchos más. Entonces levantó la vista y vio a Alicia en acción: había hundido una daga desde el mentón hasta el cerebro sin apenas esfuerzo de ese hombre sombra que jamás adivinó de dónde le vino la noche eterna; los que estaban alrededor se quedaron parados intentando descubrir qué o quién había abatido a su compañero. Situación que Alicia aprovechó para ir eliminando uno a uno: Alicia era la muerte invisible y no podían hacer nada contra ella. No existía más que para los ojos de Sara.

Confundidos los hombres sombra, dejaron de avanzar hacia Sara intentando encontrar el motivo del que diezmaba en silencio sus fuerzas hasta que, con la precisión de un cirujano, Alicia los iba eliminando desde su no existencia. El último que quedó en las proximidades terminó en llamas por la espada encontrada de Sara que se le clavó en el pecho y le hizo prender como una tea.

Alicia fue corriendo hacia Sara poniéndose las manos en la cabeza por un momento pues después de aquella pequeña batalla, sus sentidos apreciaron los sonidos desgarradores de los habitantes de la ciudad de Ulsan que estaban muriendo a manos de la crueldad de las huestes de Rafael. No había estrategia, era un avance sin concesión intentando provocar la máxima destrucción.

—Aún queda mucho por luchar; son muchos, demasiados —declaró Alicia.

—Eres como un fantasma. ¿Estás viva? No hay otra explicación a tus poderes.

—Sí, estoy viva pero puedo dejar de estarlo, por eso no me ven; lo que no puedo cambiar a una forma astral continuamente pues si abuso, iría al otro lado y me desvanecería —dijo con voz sincera Alicia.

—¿Qué hay al otro lado? ¡Necesito saberlo! —le gritó Sara.

—Un gran vacío y una ventana donde puedo verme y mover mi cuerpo como si fuera una marioneta. Estoy en otro plano. No sé si existe cielo e infierno, si es lo que me estás preguntando —dijo Alicia con sinceridad.

—Creía que sabías dónde vamos cuando morimos —dijo apenada Sara.

—Nadie lo sabe, nadie— Afirmó Alicia.

—Vayamos a liberar a esta gente de esta plaga —Dijo con determinación Sara

—Te acompaño. Jamás pude aguantar el sufrimiento de otros porque lo sufro yo misma y me duele mucho— Tristemente confesó su empatía Alicia.

—Pues estamos perdiendo mucho tiempo.

Fueron juntas hacia la ciudad.

En el otro extremo, una niña de unos doce años de edad corría desesperada huyendo calzada en un solo pie. Había visto a aquellos hombres sombra, a esos demonios que habían matado con crueldad a toda su familia. Se tropezó en su desesperada carrera y su rodilla sangraba, pero con lágrimas en los ojos se levantó y siguió corriendo. Sabía lo poco que serviría pero su instinto le gritaba que siguiera haciéndolo. Giró en un callejón en la zona más pobre de la ciudad y se paró en seco mirando a una mujer joven de livianos ropajes blancos que estaba jugando sola a la rayuela, saltando sobre los cuadrados blancos que estaban dibujados en el suelo. La niña pensó que estaba ida y que no era consciente de lo que estaba ocurriendo en la ciudad. En su nobleza, corrió hacia ella para advertirla de que se escondiera y de que huyera. Cuanto más cerca estaba la niña de la muchacha, más le parecía que sus ropas eran muy ligeras para el frío que hacía y que, además, irradiaban una tenue luz blanca. Cuando llegó a ella con la respiración entrecortada por el esfuerzo de la carrera, antes de que pudiera pronunciar palabras del peligro que corría allí en medio de esa calle, la muchacha la miró y le dirigió la palabra primero.

—Hola dulce niña. ¡Uy! Te has lastimado.

La muchacha abrazó a la niña haciendo que el calor de esa mujer joven la reconfortara y así, poder verla mejor: nunca vio un rostro más bello que el de aquella muchacha de cabellos tan rubios que parecían hechos de platino. Sintió como el miedo se esfumaba a su cercanía y su abrazo; el contacto cálido de la muchacha le dio paz, pero la niña sentía el deber hacerlo: le advirtió.

—Unos demonios vienen a matarnos. ¿Cómo puedes estar tan tranquila aquí jugando? Tenemos que escondernos o huir. ¡Nos matarán!

—Tú hoy no morirás y tendrás larga vida. Yo solo lo puedo ver niña mía, y si estoy aquí es porque espero. Soy una luz que atrae a la polilla, una polilla muy mala. Por cierto, tengo que presentarme pues ni mi nombre ni a mí, jamás olvidarás. Mi nombre es Derán, la Dama Blanca. ¿Y el tuyo niña?

—Sara me pusieron. Me dicen que tengo manos de papel pues siempre estoy con los libros. Me fascinan.

—Los sueños entre letras. Lo conozco. No dejes nunca de leer.

—Si vivimos. ¡Mira, ya están aquí!

—Te lo dije. Los atraigo. No temas niña.

Eran seis que corrían por las calles buscando víctimas hasta que vieron a Derán y a la niña. Saborearon el cruel placer de apagar

entre gritos de angustia la inocencia que veían, así pues, fueron a por ellas hasta que uno de ellos paró frenando con sus manos a los demás. Se echó las manos a su cabeza y la movió frenéticamente de un lado hacia otro hasta que paró. Su semblante cambió y a paso lento se acercó hacia aquella pareja de jóvenes. Entonces, Derán habló.

—¡Hola Rafael!

—¿Hola? ¿Quién eres tú? Perturbas todo lo que hay alrededor.

—¿No sabías de mí? Mi nombre es Derán, la Dama Blanca y te tengo que demandar a ti y a todos tus demonios que tenéis que iros de aquí— dijo Derán con una sonrisa infantil.

Rafael se río pero cortó su risa cuando se fijó más en aquella bella muchacha que tenía algo que a él la descolocaba.

—Eres un ser extraño y tienes algo que no alcanzo a comprender. Eres una singularidad en todo este entorno, pero no me frenarás. Siento decirte que tengo que matarte y a esa niña, también.

—Y tú has roto una armonía que muchos hombres han construido. Te doy la oportunidad a pensar en la redención, aunque un amigo mío te dio una rosa que es sentencia.

—Eso no significa nada. Ya estoy harto de palabrerías. ¡Matadlas!

—En mi casa crie seis gatitos que incluso alimenté de mi cuerpo; ellos tienen ganas de veros pues llevan años esperando salir de su encierro.

Entonces Derán levantó su mano y una puerta doble cercana de la que era su casa se abrió; empezaron a salir unos felinos gigantes de piel negra y extremadamente musculosa que rodeaban a Derán buscando las caricias de sus manos, incluso rozaban delicadamente con su piel de terciopelo a la niña que se refugiaba detrás de Derán. Uno de ellos se giró hacia los hombres sombra y abrió sus fauces mostrando unos inmensos colmillos blancos; el rugido atronó a aquellos que estaban en rededor. Seis eran y a los seis Derán habló.

—Son ellos a quienes esperábamos. Creo que quieren hacerme daño, pero, mis lindos gatitos, no dejaréis que me lo hagan —dijo cantarina la Dama Blanca.

Sus cabezas miraron fijamente hacia los demonios de la niña Sara a la que unos puntos rojos iluminaron sus pupilas y atacaron todos menos uno que se quedó al lado de Derán; ni la velocidad ni la fuerza que creían tener los salvó. Aquellos animales criados con los pechos de Derán, eran mortalmente ágiles y rápidos destrozando a todos aquellos hombres sombra. Rafael recibió otra muerte más

pero esta vez lejos de su trono y en mitad de un monte pelado; sintió cada dentellada y zarpazo que produjo la muerte de su cuerpo robado.

—Id a por más mis gatitos, salvad lo que podáis de esta ciudad.

La niña que estaba al lado de la Dama Blanca no daba crédito a lo que veía y la cercanía de aquel felino no la molestaba.

—¿Estás mejor Sara? Te llamas como mi hermana y eres preciosa. ¿Sabes? éste siempre fue mi preferido pero yo no puedo tener nada mío así que, te lo regalo. Móntalo y sálvate; él no dejará que te hagan daño y no te desmontará. Ve pequeña dama.

La niña montó encima de aquel magnífico animal, lo acarició y lo abrazó hasta que su corta envergadura pudo; se irguió llena de confianza y le dijo una frase a Derán que a la gran Dama Blanca sorprendió.

—¿Me bendices como a ellos, Dama Blanca?

—Mi niña, ya lo hice.

El gran animal salió como una estela negra hacia el centro de la ciudad dando saltos de gran distancia y potencia, pero la niña no se despegó un centímetro de su piel.

Derán salió detrás de ellos pues ahora tenía que auxiliar a su hermana, pero era demasiado grande la ciudad y aquellos demonios eran demasiados. No esperaba que descargara todo lo que restara de fuerza en Ulsan, quería hacer todo el daño posible.

Alicia y Sara, allá donde le llevaban los gritos entraban y salvaban todos a los que podían, pero desde una altura cercana de una terraza lo bastante elevada, vieron que eran demasiados. A veces les atacaban a traición aún así, Alicia le cubría las espaldas. Fueron horas aciagas intentando acabar con aquellos pero era imposible abarcar aquella ciudad tan grande mas los caídos eran ya millares.

Derán por fin llegó hasta donde se encontraba Sara.

—¿Hola?

—Derán, son muchos, son cientos; morirán muchos antes de que podamos echarlos.

—Hola, soy Alicia, la guardiana de Ulsan.

—Mi nombre es Derán, soy la Dama Blanca. Eres muy bonita, Alicia.

—Gracias, pero tú eres tan bella que pareces irreal.

Derán sonrió, pero Sara no.

—No es tiempo de presentaciones, es tiempo de un milagro.

—¡Ya ha llegado! Tenemos que abrir la puerta norte.

—¿Qué? —dijo Sara no entendiendo a su hermana.

—Ya lo verás. Debemos correr.

Las tres fueron hacia la puerta norte corriendo y esquivando los ataques que sufrían en el camino de los cuales se encargaba Alicia, hasta que llegaron a la puerta norte.

Sara, con una fuerza que no parecía que tuviese, abrió de par en par. Allí se encontraron con un hombre montado en caballo que se quitó el sombrero para mostrar su rostro y las dos hermanas dijeron al unísono su nombre.

—¿Albert?

—¿No estabas desaparecido? —dijo Sara.

—Soy el último secreto de Antón. Sabía que yo tenía algo oculto y me lo sonsacó. Había otro laboratorio que incluso oculté a la hermandad. En él he trabajado durante quince años a petición del difunto Antón.

—¿En qué nos puedes ayudar? —insistió Sara.

—Soy ingeniero de robótica. ¡Mirad mis juguetes!

Entonces, miles y miles de pequeños objetos que medían poco más de un palmo corrían hacia la ciudad sobre sus cuatro patas cortas; eran muy veloces y aunque parecían inofensivos se iban repartiendo en todas direcciones. Un hombre sombra fue hacia ellos y uno de esos juguetes, saltó sobre la cabeza de ese demonio quedándose pegado a ella y al segundo, explotó. Después se empezaron a escuchar unas pocas explosiones más, luego cientos, y a la hora, se hizo el silencio.

—Hermana, Antón aún después de muerto, tiene los milagros que pedí.

—Cierto.

38. RAFAEL

Llegaron los primeros trenes a todas las ciudades.

De Hornos y su lejanía se encargaron Prometeo y Orlando, por supuesto, por más que insistimos a Noelia para que se quedara en Ulsan o en Vera, la contestación fue una rotunda negativa inapelable. Acompañó a Prometeo en su viaje al igual que su hija Ángela aunque no sabía si era para proteger a su madre o a su padre del enfado de Noelia, pues aún estaba bastante resentida porque Prometeo la encerró por su seguridad. De seguro que su hija haría suavizar ese pequeño incidente.

Romualdo llegó a Vera con Raquel y se sorprendió de la noticia de que mi madre fuera una de las guardianas. Allí los estaba esperando. Ahora aquel agujero emocional que tuve desde niño desapareció al descubrir que mi madre no solo estaba viva si no que estaba a mi lado. El breve tiempo que compartimos mi madre y yo, nunca le pregunté sobre quién era mi padre pues quise recuperar aquel amor del que fui desposeído siendo niño y ahora podía disfrutar de su compañía mas era una pregunta pendiente. No fue culpa de ella y, si antes maldije a los ancianos por hacerme perder la infancia de Arcadia, ahora solo quería ser agradecido por salvar a Elisa. Cuando caminaba junto a mi madre, a veces preguntaban si era mi hija pues físicamente se parecía mucho a mí y porque yo aparentaba mucha más edad. Incluso cuando mi hija y mi madre caminaban juntas parecían hermanas, solo les separaba la talla y el color de los ojos de Arcadia. Fueron unas pocas horas las que compartí con mis tres mujeres más queridas antes de partir otra vez a Selva, la bellísima Selva. Desde el momento que los exiliados volvieron a ella, pudimos mandar gente de varias ciudades a repoblarla incentivándolos, aunque conociendo el destino, hubo hasta sorteos para que no atollaran aquel hermoso lugar.

Derán, Flora, Alicia y Sara tardaron solo unas horas en eliminar a todos los hombres sombra; el ataque último a Ulsan fue brutal pero la intervención de Albert fue crucial. Se retiró a un laboratorio donde poder fabricar durante años aquellos pequeños aparatos, parecían juguetes que realmente eran bombas dotándolos de inteligencia artificial para atacar solo al objetivo que él quisiera. Hubo daños, pero se redujo a los materiales lo cual eso siempre se puede recuperar.

Dejé a mi familia en Vera pues necesitaba a Flora y partí hacia Altamiras al mismo tiempo que llegaban a esa ciudad Karmen y

María. María, viendo que su ayuda no era necesaria volvió a por su hijo. Las cinco ciudades y sus feudos volvieron a la normalidad pero con una profunda tristeza pues mucha gente murió y yo conocía muchos nombres que jamás volvería a repetir como hacía cada vez que podía nombrarlos por tenerlos a mi cercanía.

Karmen y yo llegamos a Selva de anochecida aunque fue corto el viaje. El recuerdo de Héctor me inundaba cuanto más nos acercábamos. Después de pasar el puente de los ángeles vimos que no había guardias fuera de la puerta Solo había civiles, detalle importante que había que subsanar trayendo efectivos de otras ciudades. Sin desmontar de los caballos, llamamos a la puerta de Selva rodeados de aquella gente, pero nadie nos abrió por lo que esperamos un tiempo. Karmen y yo nos miramos y él sin mediar palabra, creí que me pedía permiso para actuar a lo que yo asentí. En ese momento desapareció quedando su montura sola girándose porque ya no sentía el peso de su jinete. A los pocos minutos se abrió la puerta. Karmen estaba junto a Sara así que desmonté y fui a abrazarla. Ella, al sentir mis condolencias mudas rompió a llorar, acto que no me avergonzó a mí hacerlo también.

—No dejé guardias en las puertas estando nosotras cuatro en Selva. Ahora por fin, Héctor puede descansar. Pero por favor, pasad.

—No tienes por qué excusarte Sara, todos aún estamos recuperándonos de los últimos acontecimientos muy dolorosos para todos.

—No es solo por Héctor. Conocía a casi toda la gente de aquí pues llevo tanto vivido y he visto morir a tanta gente que pensé que nunca más derramaría lágrimas, pero lo de Héctor y Selva me ha afectado mucho más de lo que yo creía —confesó Sara.

—¿Y Flora? ¿Cómo está? —le pregunté.

—Muy entera para su corta edad. Derán no la ha dejado ni un segundo a solas; ella hizo que prepararan un sarcófago con el escudo de su familia en un solo día. Ahora descansa junto a sus antepasados. Flora está allí ahora mismo.

—Te voy a ser sincero. Necesitamos a Flora pues esto aún no ha terminado.

—Nunca terminará, no hace falta no ser humano para ser un monstruo. Mira la historia de la humanidad. Tú puede que lo hayas leído pero yo lo he vivido —dijo angustiada Sara.

—Si estamos vigilantes podemos ser quienes no dejen que esos monstruos hagan más daño —dije solemne.

Karmen me puso una mano en el hombro y Sara me ofreció su mano. Así, fuimos traspasando el patio vacío hasta la segunda

muralla interior que daba a la población. Era noche entrada hacia la medianoche y por todos lados había gente trabajando sin descanso. Estaban obsesionados con dejar Selva tal y como era antes, dejar los malos recuerdos de una pesadilla hecha realidad. La gente nos saludaba al pasar. Había gente de varios feudos vecinos e incluso de Vera, Erdia y Altamiras.

Llegamos al castillo y bajamos a sus catacumbas; allí encontramos a Flora, a Derán y a una chica desconocida que me presentaron como Alicia, la guardiana de Ulsan. Cuando la vi, sentí que no estaba pero la veía y la sentía; era como si estuviera al mismo tiempo en dos planos. Derán fue, como siempre, muy cariñosa conmigo pero Flora apenas puso dos besos en mis mejillas volvió a situarse enfrente del sarcófago de su padre. Puse mi mano en el hombro y la recosté sobre mi pecho. No me rechazó, mas me cogió de la cintura apretándose contra mí con una sola cuestión.

—¿Por qué?

—Esa pregunta no te la puedo responder. Hay gente que solo quiere hacer daño y no lo comprendo.

—Quieres algo de mí, lo sé. Pregúntamelo tío Silvan.

—Tú eres la única que puedes detectarlos, Flora. ¿Queda alguno?

—Una sombra negra y oscura se acerca hacia aquí pero aún le queda por llegar. Otra sombra está naciendo cerca de Altamiras, es nueva pero está amasando fuerza; más allá solo hay brumas —me dijo Flora con los ojos hinchados.

Solo podía ser Rafael, pero ¿y la otra?

—¿Tenéis algún ave para mandar un mensaje?

—Sí, aún queda un palomar intacto.

—Karmen, ¿dónde estará ahora Romualdo? ¿Te comentó algo de sus planes?

—Partió hacia Erdia con Pedro.

—En el tren no lo recibirá. Mandaré a Arcadia.

—¿Sola?

—Cuando llegue a Erdia avisará a Romualdo y Pedro, no estará sola. No entiendo esa nueva sombra a la que se refiere Flora. Karmen, ¿tú te quedarás aquí?

—¿Qué pretendes hacer? —me dijo muy serio Karmen.

—Lo que no me dejaron hacer los ancianos, enfrentarme a quién tanto dolor ha causado.

Sara y Flora se ofrecieron a acompañarme. Derán se puso a mi lado cogiéndome la mano, se puso de puntillas y me besó en una mejilla mirando posteriormente a su hermana y su sobrina.

—Él tiene buen juicio. Antes tenía que ir solo y no lo dejaron, ahora también tiene que ir solo y nadie se lo impedirá —dijo Derán.

—¿Y si te ocurre algo? Es muy poderoso.

—Al primer lugar que vendrá si logra matarme será aquí. ¿Estáis preparadas para recibirlo como se merece?

—¿Acaso lo dudas? —dijo Sara.

—Karmen, entiéndelo —le dije como una súplica.

—Parte ya, quiero ver la cabeza de ese demente para meterle una rosa por la boca; si traes el resto de su cuerpo se la meteré con todas sus espinas por otro sitio —dijo Karmen.

Por primera vez, Flora hizo un amago de sonrisa y eso que Karmen era poco chistoso pero me hizo gracia hasta a mí.

Salí de la cripta solo de la mano de Derán y miré hacia el norte. Quise despedirme de Derán pero ella no me dejó.

—¿Te acuerdas qué le prometiste a tu hija?

—Sí Derán, le prometí que no iba a morir.

—Pues ahora me lo tienes que prometer a mí.

—Te lo prometo bella Dama Blanca.

Ella se puso a pies puntillas y yo me recliné pues la diferencia de estatura era mucha y me besó en los labios dejándome un sabor de miel de mil flores y sabía que ese beso me dio algo más. Era Derán y no se podía ser más misteriosa que ella. Partí hacia el norte a interceptar a Rafael, yo solo como hace quince años. Tenía que llegar a la torre aunque ahora la torre acudía a mí.

A mucha distancia de las cinco ciudades, en la costa azotada por un mar furioso, una barcaza. Ebrio de alcohol se mecía violentamente sobre la embarcación un hombre con aspecto de mendigo cuyo último nombre fue Tolón. Una figura con túnica larga gris estaba observándolo sobre la arena de la playa y su presencia despertó a aquél hombre que miró hacia aquella figura que hizo que saltara hacia la orilla. No hubo presentación pues se notaba que el frío que hacía no tenía paragón con la gelidez que había entre ellos dos.

—¿Qué decisión tomó?

—La peor Uriel.

Aquel hombre que, a pesar de que solo vestía una túnica gris tan sencilla como usada, giró una mano como si abriera una puerta que no existía y su cuadrado oscuro se amplió. Él lo traspasó y desapareció.

Rafael tenía su mirada fija hacia el camino recorrido. Estaba sobre la cima más alta de las montañas sin nombre, encima del techo de la majestuosa construcción que durante tanto tiempo

Orlando guardó. Quiso iniciar su paso hacia su destino cuando sintió que, a pesar de que aquel lugar estaba deshabitado, sintió una alteración seguida de una presencia. Conocía quién era no por él, sino por quien le dio su poder y parte de su memoria. A su derecha sobre aquellas cimas azotadas por una tormenta de nieve estaba él.

—¿Qué quieres anciano?

—Ofrecerte redención.

—Tan estúpido eres de ofrecerme una salida con todo el mal que he hecho. ¡He matado a los tuyos!

—Aún quedo yo. No vayas a dónde te diriges; te ofrezco un lugar donde empezar fuera de este tiempo. Allí nadie te perseguirá y puedes cambiar.

—¿Por qué lo haces?

—Porque toda vida es sagrada incluida la tuya.

—Creo que no me conoces —dijo Rafael riéndose.

Las manos de Rafael se alargaron hasta convertirse en negros látigos y en un movimiento centelleante intento destrozar el cuerpo del anciano Uriel, pero él desapareció de su vista tan súbitamente que fue una imagen de acuarela desvanecida en el agua aun así, no se sorprendió. Apareció a cierta distancia de Rafael mirándolo seriamente y Rafael volvió a atacar con toda la presteza que tenía actuando sin reservas, y por segunda vez Uriel lo esquivó pero no indemne pues un pequeño rasguño en su hombro fue lo único que consiguió Rafael con su embestida, el cual se quedo quieto, ya que sabía que era suficiente. Uriel miró su herida que poco a poco se extendía en su piel y supo que estaba infectado por la esencia de aquel que fue custodiado por tanto tiempo en la torre: un solo rasguño acabaría con él y entonces miró al cielo pues quiso verlo por última vez. En aquella pausa Rafael quiso acabar con Uriel pero Uriel no le dio ese placer. Se puso una mano en el pecho y empezó desde sus yemas a irradiar una luz anaranjada que en segundos cubría su cuerpo hasta que en un destello su cuerpo quedó inmolado y solo quedaron cenizas en el suelo que fueron barridas al instante por un súbito viento que quiso esparcirlas fuera del alcance de Rafael. No le importó ya que el fin estaba cumplido aunque el placer no fue colmado. Ya solo quedaba un superviviente de los primeros hombres. Rafael escupió y se rio como un demente. El eco de las montañas y el viento distorsionaron ese sonido, fue un fantasmal sonido. Torció la cabeza de un lado a otro y saltó al vació cayendo indemne sobre una capa de nieve; pensó lo inútil que fue el ofrecimiento de quien veneraba la vida cuando él era quien la despreciaba tanto. Ingenuo inmortal que ya no lo era.

Fue Uriel quien murió en las montañas sin nombre, el último de su facción de los primeros hombres. Solo quedaban de otras generaciones y Romualdo, aún siendo tan antiguo como Uriel, era diferente.

El barquero sintió como se calmaban los bamboleos de su barca y el viento amainaba. La visita de Uriel no era buen presagio pero ya no lo sentía. Hacía horas que fue ese encuentro. Aún tenía una gran reserva de alcohol y nada que hacer; que se arreglaran los otros pues a él no le importaba mucho el destino de estos tiempos, pero sintió algo que nunca le hubiera gustado sentir, algo que temía.

Eran dos mujeres bellísimas y tras ellas una sombra de poder sin igual. Una era un poco más pequeña que su pareja de pelo rizado y cara bondadosa. Otra era alta y esbelta de pelo negro recogido en una cola de caballo. Iban con ropas semitransparentes y ellas portaban luz propia; se acercaron descalzas hacia la orilla del mar a pocos pasos de donde se encontraba aquel que custodiaba la barca. Aquel reconoció a aquella pareja.

—¡Saria y Giorjelis! No puedo decir que me alegre de veros.

—Nadie lo hace sin nombre.

—¿Qué os trae por aquí?

—Uriel, tu protector ha muerto. El tiempo de los primeros hombres ha terminado. Venimos a reclamar tu sentencia pues el único que se oponía a ejecutarla no existe.

—Comprendo.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

Él subió al bote, cogió los remos y empezó a dirigirse mar adentro mientras una bruma gris empezaba a condensarse hasta que la luz que iluminaba aquella embarcación se fue apagando y la barcaza se perdió de la vista de aquellas bellísimas mujeres que lo observaban inmóviles. Esperaron un poco hasta que se adentraron hacia la noche disipándose hasta ser una ilusión y terminando desvaneciéndose.

Rafael estaba ya en la falda de las montañas sin nombre. Había un bosque cercano y se fue a adentrar en él cuando una barrera invisible le impidió avanzar. Al momento se vio rodeado de dos mujeres que giraban alrededor de él.

—¿Quiénes sois?

—Mi nombre es Savia.

—El mío Giorjelis.

—Apartaros u os mataré; tengo algo de prisa.

—No puedes matarnos y nosotras sí, si quisiéramos hacerlo —

dijo Savia.

—Intentadlo si os atrevéis.

—No podemos pues no nos pertenece esta lucha —dijo Giorjelis.

—¿Tenéis semejanza con alguien?

—Sí, pero eso es algo que no te incumbe.

—¿Qué pretendéis?

—Darle tiempo a quien se ha de enfrentar a ti —dijo Savia.

—Y en el lugar que corresponde, aquí en este bosque —dijo Giorjelis.

—No veo la manera de que podáis impedirme avanzar.

—Ya lo hemos hecho; nuestros círculos te han hecho parar el tiempo para dárselo a quien ha de llegar —dijo Savia.

—No andéis con engaños pues no tenéis ese poder.

Pero se encontró hablando solo pues aquellas mujeres de vaporosos vestidos desaparecieron como si nunca hubieran existido. Hasta a Rafael le costaba recordarlas y a los pocos segundos no recordaba sus nombres. Entró en el bosque. En un claro donde un manantial aportaba a la atmósfera una acuosa música se encontró a Silvan recostado sobre una roca, sin duda esperándolo.

—¿Llevas tiempo esperándome? Qué vanidoso soy pues pensé que vendríais todos los que quedáis vivos a por mí —dijo sonriente Rafael.

—Tenía que venir solo, como solo tenía que haber llegado a la torre. Todo esto se podía haber evitado —le dije furioso.

—Veo que estás enojado, me gusta ¿sabes? Sea aquello que resulte en estos momentos yo he ganado, he venido pues he causado mucho dolor. Has de saber que no fue por venganza sino por placer —dijo Rafael.

—Aquí no existen vencedores o vencidos. Vengo a acabar la pesadilla que eres tú y librar a este mundo de un sádico demente —dije intentando no alterarme para no entrar en su juego.

—No estés tan seguro de que me puedas matar, soy mucho más poderoso que cualquier hombre. Uno casi acabó con tu vida, otros sí acabaron con otras. El último anciano ha muerto y no quedan más de los primeros de ellos.

—No los has matado a todos —le dije quitándole la razón.

—Vaya, estaba equivocado. ¿Acaso lo estás tú? Los ancianos a los que tú te refieres son generaciones posteriores y no se rigen por las mismas leyes estúpidas que me han sido tan fáciles de eliminar. Ellos respetan toda vida que según ellos, es sagrada. A mí me encanta arrebatarlas.

—Te repito que aún hay uno de los primeros ancianos —insistí.

—¿Quién es? Bueno, después de matarte a ti iré a por él.

—Si fuera así, él vendrá a por ti.

—Entonces no le hagamos esperar. ¡Qué placer será verte agonizar!

—Rafael…

—Dime.

—Me he cansado de hablar.

Rafael rio con unas ganas que pensé que se le desencajaría la mandíbula, me miró desafiante y yo me aislé de todas las ansias de venganza y de toda rabia. Desenfundé las recuperadas espadas de la luna que me fueron devueltas. Me quité la parte superior de la ropa mientras lo miraba sin mostrar ninguna emoción. Mi nombre es Silvan, bosque es mi nombre y en uno estoy, el de Dasos que ahora es mío. Él estaba sin saberlo en el lugar más favorable para mí, estaba en mi terreno pues quería concederme a mí la iniciativa mas la desdeñé. Así que, le hice esperar. Su rostro iba cambiando contrariado de que yo no empezara y no lo hice porque él lo quiso sino porque no hubo más intención.

Segundos de tensión y relajé mis brazos dejando que las espadas rozaran con sus puntas el suelo alfombrado de hojas muertas y musgo. Algunos rayos de la luna filtrándose sobre el techo de los árboles lograron iluminar algunas letras que grabadas tenían; levanté el pecho ofreciéndolo y cerré los ojos descubriéndome vulnerable al ataque que pudiera recibir. Cuando los abrí, las extremidades superiores de Rafael habían crecido alargándose en demasía hasta terminar en punta. Eran dos enormes látigos negros deseosos de descuartizarme. Los elevó hacia atrás para descargarlas sobre mí, pero yo no me moví.

Con una sonrisa victoriosa los impulsó hacia mi cuerpo pero su rostro cambió al ver que algo retenía sus brazos transformados en armas. Las ramas de los árboles cercanos los habían atrapado ensortijándose sobre ellos aprisionándolos. Rafael hizo fuerza para liberarlos pero las ramas se hacían más gruesas anudándose unas sobre otras trenzándose y, unas ramas más finas recorrían a sus hermanas creciendo al paso que llegaban a los negros látigos mientras los envolvía sin hacerle fuerza alguna, pero cuando cambiaron de color, unas enormes espinas crecieron de sus tallos que se hundieron en su carne oscura. Rafael chilló de dolor pues el veneno ya había invadido todo su cuerpo. Con un movimiento brusco se amputó aquellas grotescas extensiones que regaron de sangre color oscuro el suelo, corroyendo todo en el piso inferior de aquel bosque como si fuera ácido.

Mi pecho y mis brazos empezaron a sentir un cosquilleo que no era molesto y vi cómo en todo mi cuerpo había tatuajes florales y filigranas que no paraban de transformarse sin parar. Rafael miró aquello como una adversidad inesperada pues yo no estaba solo y ahora él se empezaba a dar cuenta. Todo aquel anciano bosque estaba dentro de mí. Entonces, sus extremidades se transformaron en unas garras de solo tres falanges tan alargadas como el palmo de una mano grande siendo afiladas navajas negras; su confianza en sí mismo superó el episodio anterior e inició una carrera hacia mí. Yo no me moví pues aún no debía hacerlo. En mitad de la carrera, cayó de bruces al suelo cuando todo lo que su altura daba aplanó aquel suelo que ahora mancillaba cientos de tallos jóvenes que empezaban a envolverlo. Rápidamente se libró de ellos irguiéndose con energía. Unos segundos más y se hubiera quedado anclado al piso. Allí hacia donde se giraba, el bosque se movía hacia él; algunas ramas se extendían rectas cónicas como lanzas vegetales intentándolo insertar. Estaba rodeado y yo aún no había pestañeado.

Rafael sonrió ya que aún no estaba vencido y no esperaba yo menos de él. De repente, se giró con la boca abierta exhalando un gas que envolvió con una niebla negra todos los alrededores; mi cuerpo repelía impermeable ese gas e inmune a sus efectos, era el mismo que creó aquél sin nombre antes de que Pedro lo destruyera. Como una cortina, cayó al suelo creando una negra película de polvo quedando toda la vegetación en más de diez metros a nuestro centro muerta pero yo, seguía inmaculado. Él me miró dubitativo pues nunca me creyó tan poderoso mas no era yo, sino quien me protegía el que actuó. Yo aún solo había parpadeado los ojos pues fue lo único que se movió de mi cuerpo. Una vez que la naturaleza estaba muerta yo era vulnerable pero los tatuajes no desaparecieron y seguían dibujándose sobre el mapa de mi piel. Esta lucha acababa de empezar. Articulé una palabra de mis labios que fue muda pero llegó hasta la mente de Rafael, suavemente se clavó como un puñal en él.

—Morirás

Su boca se anchó hasta sus orejas de forma innatural y la abrió mostrando una hilera de dientes uniformes y afilados; de su espalda se arquearon dos brazos más terminando en punzones piramidales que terminaban tan finos como agujas, libre de todo impedimento de la madre naturaleza. Avanzó hacia mí retrayendo sus dos brazos derechos. En el último momento me moví; me elevé por encima de él con una voltereta que terminó en su espalda y me dispuse a

terminar con ese ser con las espadas de la luna, mas antes de que pudiera atravesar su piel con ellas me golpeó con sus dos brazos izquierdos impactando sus codos en mis costados. Me impulsó violentamente más de diez metros arrastrando los restos de setos y ramas muertos hasta terminar mi cuerpo en una elevación de roca desnuda. Sentí el sabor ocre y dulzón de la sangre subiéndome por el esófago, pero antes de que él se girara hacia mi posición, todo dolor infligido y todo daño causado estaba reparado. Paró unos momentos que a mí me beneficiaron para darse cuenta que yo me encontraba gracias a mi empujón, en bosque virgen. Me había devuelto la ventaja del terreno y empezó a avanzar hacia mí despacio esperando otra vez que tallos y lianas lo volvieran a aprisionar, pero no ocurrió con lo que él se confió. Ahora emanaba de su cuerpo un aura negra que antes de que tocara su piel pudriera todo lo que se le acercaba. Empezó todo como algo que se quiebra y cuando aceleró un poco más el paso hacia mí, las rocas de mi derecha y de mi izquierda se desprendieron rodando hacia él entorpeciéndole su camino. Su atención ahora estaba en evitarlas por lo que yo aproveché pues ahora mismo él no me tenía como prioridad tomar la iniciativa, pues aún lo sufrido no parecía que nada le desgastase o al menos, no lo aparentaba ya que yo veía que cada vez era más fuerte.

Fui saltando de roca en roca hasta que estuve cerca de él, esquivé un doble zarpazo agachándome entre el trayecto de dos bolas pétreas y al volverme a incorporar, salté todo lo fuerte que pude pues intuí un segundo ataque. Pasó por debajo de mis pies y entonces descargué un tajo ascendente que solo surcó superficialmente su hombro pero que para mi sorpresa, le causó gran dolor. Vi que la espada absorbía su sangre impregnada de ella y relucía como si se alimentara de ella. Al menos lo había herido. Él también saltó para interceptarme pero en el aire giré sobre mí para evitarle aunque tres surcos lacerantes hirieron mi piel. Caímos los dos al mismo tiempo a cierta distancia el uno del otro, me preparé para recibirlo pero él se quedó quieto mirando algo que sostenía en una de sus deformadas manos; yo no llegué a ver qué era lo que pudiera esa cosa perturbarle tanto que no se movía mirándola.

Un viento fuerte pasó a mi lado como una columna de fuerza que me tiró al suelo de costado, la grotesca forma de Rafael le advirtió y soltó aquello que observaba ensimismado. Por fin vi que era una rosa roja, entonces una sola palabra salió de mi boca.

—Karmen.

Se materializó prácticamente delante de él pero lo veía

diferente. Su marcada musculatura relucía brillando tenuemente, se giró un instante hacia mí y vi que sus ojos eran totalmente rojos, más aún que cualquier guardián. Rafael, sobrepuesto de la sorpresa, le atacó sin cuartel. Karmen atrapó los dos miembros superiores dejando que los inferiores penetraran en él y así, le arrancó de cuajo los brazos apresados sangrando chorros de negro líquido por sus hombros y de un fuerte empellón, Karmen lanzó a Rafael donde impactó en el tronco de un árbol que las ramas se habían convertido en lanzas que ensartaron a Rafael. Karmen igualó la velocidad con la que había impulsado a Rafael y nada más su cuerpo estaba atrapado en aquella mortal trampa, puso su cara cerca de la de Rafael y dijo con una voz cavernosa tan grave que encogió los tallos que empezaban a brotar alrededor de aquel vil ser.

—Fin.

De un poderoso golpe, Karmen decapitó a Rafael y su cuerpo quedó flácido colgando del árbol. Yo llegué a la altura de él y vi como su piel iba oscureciendo hasta ser de un color humano. No me sentía molesto pues sabía con seguridad que yo podría haber acabado con él pero de seguro, el combate habría sido más largo, pero aquel ser que había arrebatado las vidas de tantos seres queridos, ahora no haría daño a nadie más, aún así, intenté recriminar a Karmen.

—Karmen, te dije que…

—Señor Silvan, recuerde usted que soy el asesino de las rosas: una negra de advertencia, una roja es sentencia. Ya se la entregué y yo no dejo ningún trabajo sin terminar. Sé que lo hubieras matado o, quizás no, no quería tampoco decirles a tres mujeres que habías muerto pues hubieras faltado a tu promesa —me dijo Karmen cortándome y dejándome sin argumentos.

—Para lo poco que hablas no veas cómo te has extendido —le dije echándole algo en cara.

—Todos cambiamos. Tenemos que quemar su cuerpo pues no me fío de que esté totalmente muerto. El fuego rematará el trabajo, solo por si acaso.

No dije nada porque razón llevaba. Cogimos todas las partes de su cuerpo que Karmen había seccionado y a su contacto vi que tenían algo de vida. Cogimos todas las ramas muertas que pudimos y quemamos su cuerpo en una pira, en un claro donde el fuego no dañara el bosque. Hasta que todo se volvió cenizas nos quedamos vigilantes y cuando era todo polvo, un viento fuerte que apareció en una noche calma de sorpresa se llevó esas cenizas esparciéndolas en

un ventoso embiste. Aún así, nos quedamos pensando cada uno en nuestros recuerdos interiores hasta que llegó este momento. Cuando las primeras luces del alba nos sorprendieron, le di una última sugerencia a Karmen que sin duda esperaba.

—Volvamos a casa.

—Es hora.

En Erdia, el antiguo alcalde Manuel perdido en los vicios de los placeres sin control en los que se había sumido, se acercaba a la casa de la que fue su mujer, pero su porte era diferente, tanto que la gente se apartaba de él en su camino. Antes de ir a la casa de Marina se había transformado, porque solo podían convertirse quien lo deseara y se lo otorgaron los hombres sombra a través de Rafael; había matado hacía poco y había sentido tanto placer que ahora estaba dispuesto a quitar la vida a la mujer que tanto amó y que ahora era la diana de su más profundo odio. No llamó a la puerta de la casa sino que arrancó el pomo de la puerta y sonrió al ver su nueva fuerza: “aquella casa la bañaría de rojo sangre”. A cada momento veía como su poder extraño le invadía. Un lugar lo llamaba pero tenía que saldar una deuda que le colmaría de placer. Entró en la casa y se extrañó de que no hubiera sirvientes; al entrar en el salón encontró de pie, esperándole, a alguien que no debía estar allí: Romualdo.

—¿Cómo es que estás aquí?

—Nos avisaron Manuel. Flora nos dijo que una nueva sombra nacía en Erdia. ¿Qué te ha empujado a convertirte en el ser que eres ahora?

—Ironía. De la luz pasar a la oscuridad y ahora me siento cómodo en ella. Todos los que en la que fue mi casa estáis, hoy moriréis.

Romualdo sintió pena pues el que fue un gran hombre de grandes virtudes, ahora era un hombre sombra, el último. Dudaba que hacer con él pues aún no tenía suficiente poder, incluso tuvo un rayo de esperanza de que pudiera revertirse su transformación. Miró a los ojos a Manuel y solo vio ganas de sangre. Aquella pausa se rompió con un sonido atronante que resonó en toda la casa. El cuerpo de Manuel cayó inerte sobre el suelo del salón. Romualdo miró hacia la procedencia del sonido y vio a Marina apuntando con un rifle de gran calibre con el cañón aún humeante. Ella lloraba pues en un tiempo lo amó pero su decadencia había llegado a límites de arrebatarle su humanidad.

—Marina, ¿te encuentras bien?

—No lo sé. ¿He hecho lo correcto?

—Si no hubieras sido tú, hubiéramos tenido que hacerlo alguno de nosotros.

—Romualdo

—Dime Marina.

—Guarda el secreto de lo que era. Lo enterraré como el hombre que fue y no en lo que se ha convertido ahora.

—Me parece justo. Cuenta con mi silencio.

En aquella noche, ningún hombre sombra caminaba ya sobre ninguna tierra. Aún tenían muchos que llorar a sus muertos, aún había que limpiar la sangre vertida y dejar pasar la imparable rueda del tiempo que hace que sinuosamente, diluya el dolor aunque nunca lo termine de hacer desaparecer.

Las últimas ciudades de los hombres sobrevivieron. Romualdo salía de la casa sabiendo que era el último de los primeros hombres vivos y que era tiempo de llorar a los héroes caídos.

39. LA TORRE II

La misma noche que murió Rafael, Derán salió de la ciudad de Ulsan de una forma furtiva acompañada de aquellos enormes felinos de terciopelo negro cogida de la mano junto a una niña que encontró asustada y ahora desconocía el significado del miedo. Aún reinaba, a pesar de los días transcurridos, una atmósfera fúnebre. No sabían que aquella angustia ya había acabado, aunque aún mucha gente lloraba a todos aquellos que murieron.

La niña que huía de aquellos engendros y encontró protección de la Dama Blanca, la esperó en el camino donde ahora se hallaban. La noche era aún más fría que las anteriores por lo que procuró abrigar bien a aquella niña que llevaba el nombre de su hermana Sara. Aquellos animales no podían vivir en aquella ciudad así que, anduvieron por senderos que eligió Derán. Sara, la niña montada sobre el lomo de uno de ellos se mantenía callada mas no temía perderse con ella. Cuando llevaron unas tres horas de camino, Derán paró y Sara desmontó; aún conservaba aquel abrigo donde estaba cosida una medusa de tela y entonces cogió la mano de la Dama Blanca. Toda su familia había muerto y solo tenía la compañía de esa bella mujer menuda; fue acariciando a esos grandes felinos y susurrándoles al oído palabras que la niña no entendió y poco a poco todos fueron desapareciendo en la oscuridad de la noche. A todos menos a uno que suavemente acarició con su lomo a la niña. Derán la miró dulcemente y la niña le habló aún con su tilde de temor.

—¿Nos podemos quedar a Medusa?

—¿Quién es medusa, niña?

—El gato grande —dijo señalando al último que quedó.

—No —dijo Derán sonriendo.

—¡Qué lástima! Le he cogido mucho cariño y, ya no me queda nada.

—No nos lo vamos a quedar, te lo quedarás tú.

La niña puso cara alegre al mismo tiempo que de sorpresa.

—¿Quieres ir a ver el mar? —preguntó Derán a Sara.

—Sí —dijo la niña saltando de alegría.

—Medusa ahora es tuyo y tú eres suya. Él te llevara, te guiará hacia donde haya agua dulce, te proveerá de comida o bien te enseñará dónde hay y junto a él nada malo te pasará. Yo te he bendecido por lo que crecerás fuerte; serás una mujer hermosa aún así, cuando crezcas, tendrás que encontrar a los hombres pues has

de aprender a leer y escribir su historia así como a luchar. Ahora, has de partir.

—¿No vienes? —dijo con inocencia la niña.

—No, pero seguro que nos volveremos a ver. ¿Has entendido todo lo que te he dicho? —habló Derán acariciando el cabello de Sara.

—No todo.

—Bueno, mis palabras están grabadas así que en un tiempo entenderás.

Derán levantó por las axilas a la niña y el gran felino se agachó para que lo pudiera montar mejor; con su mano pequeña, se despidió de Derán mientras la montura que llamó Medusa se perdió en la noche dirección sur. Una lágrima de la niña saltó hacia el aire y Derán la recogió con la mano; al abrirla, era un diamante con forma de lágrima que se guardó.

Empezó a caminar hacia la ciudad pero paró al poco de empezar el camino. Dos mujeres jóvenes la estaban esperando en mitad de aquella senda. Derán les sonrió aunque ninguna de las dos lo hizo.

—Hola Derán, Dama Blanca —dijo la que vestía de rojo.

—Hola Giorjelis, Dama de Rojo, hola Saria Dama de Negro. Mucho hacía que no os veía. ¿A qué debo esta visita?

—Uriel, el último de los primeros hombres, ha muerto; su clemencia le mató inútilmente. Venimos a buscarte pues nuestro tiempo ha acabado aquí.

—Siento la muerte de Uriel y siento muchas más muertes de gente que amé, pero aún queda uno de los primeros hombres. Si venís en mi busca podéis partir sin mí pues yo soy quien decido mi destino y hace ya tiempo que lo vinculé con su nombre que ya conocéis: Silvan. Así que, adiós.

—Eres una perturbación en el destino —le dijo Saria.

—Discrepo, soy el equilibrio —dijo Derán seria.

Las dos damas quedaron mirando a Derán desafiantes pero ella no se inmutó. En ese silencio posterior, se midieron fuerzas aunque Derán era mucho más fuerte que ellas a pesar de su frágil apariencia. Al final, sin más palabras por medio, desaparecieron y Derán se encogió de hombros prosiguiendo su camino.

Karmen y yo después de ver las cenizas de Rafael, fuimos hacia la ciudad muerta donde se escondía Dasos y la ciudad subterránea de los que mueren jóvenes. Puse mis manos sobre las enredaderas venenosas que protegieron aquel lugar y así como las flores a mi orden se marchitaron, dejaron solo la maleza autóctona que invadía aquellas ruinas. Entregamos a Dasos su amado bosque contándole

todo lo que aconteció desde que se confinó en el antiguo metro de aquella ciudad muerta; él ya sintió la muerte de Antón, Gabriel y Valerio; agachamos las cabezas en silencio al mencionar sus nombres. Ya podía volver a un bosque viejo y cuidar a aquel extraño pueblo. Karmen se quedó mirando a aquellos jóvenes que realmente no lo eran y me preguntó si podíamos hacer algo por ellos a lo que yo le respondí con sinceridad:

—Lo mejor que podemos hacer es dejarlos en paz.

Karmen asintió pues hay veces que cuando alguien elige vivir de una manera, hay que respetarle. Así lo hicimos con Dasos y con aquel pueblo.

Partimos hacia el sur cuando encontramos a Orlando o más bien, él nos encontró. Volvía a la fortaleza de la cima de las montañas sin nombre pues era su hogar y allí quería estar. Ya honraría a los caídos a su manera y, si alguna vez hiciera falta, vendría en nuestro auxilio. Nos abrazamos pues él fue mi compañero en Vera y le cogí mucho aprecio.

Paramos al lado de Mesa aunque no entramos en ella, al estar cerca ya percibimos que no tenían falta alguna de auxilio. Seguramente Romualdo sabía que Rafael estaba muerto y reuniría a todos; espero solo que no se fijaran en mí para recoger el testigo de Héctor pues yo solo quería estar con mi familia: mi hija crecida, mi madre a la que creía muerta y mi amada mujer.

Partimos de las proximidades de Mesa hacia Vera, así que aproveché el camino para acercarme al refugio de Nocturna por si habían sido afectados por el ataque de los hombres sombra. Ni tan siquiera se enteraron de lo que aconteció por lo que aquel lugar me dio la idea de crear un asentamiento más grande. Ya solo tenían la amenaza de la propia Tierra de Nadie. Me despedí de los que la guardaban y paré ante la tumba de aquél curioso personaje que tanto tiempo habitó en Nocturna.

Fuimos a la alameda de los caídos para agradecer su ayuda y comunicarle a sus habitantes que los héroes que impidieron su total extinción, ahora estaban muertos aunque no dudo que los lloraron pero no tanto como lo haría yo. Prometí que aquel lugar siempre que pudiéramos sería un santuario: era lo más correcto.

Largo fue el viaje pero al fin llegamos a Vera. No quise volver a Selva pues el recuerdo de Héctor aún me atormentaba y quería el bálsamo del calor de mis seres queridos: solo yo sabía cuánto lo necesitaba. Nos abrieron las puertas de Vera y nada más abocar la primera calle hacia la que fue mi casa en mi niñez, un mensajero nos abordó.

—¿Señor Silvan? ¿Señor Karmen?

—Sí

—Les traigo un mensaje del señor Romualdo.

—Dilo pues, no te entretengas más —dijo apremiándolo Karmen.

—Todos están esperándolos en el teatro de Vera.

—Gracias —le dije.

Fuimos donde nos indicó el mensaje de Romualdo. Las calles estaban bastante transitadas por lo que decidimos ir por calles secundarias aunque tuviéramos que dar un rodeo. Miré en mi piel aquellos florales tatuajes que habían desaparecido; lo lamenté puesto que me quedaban bien. Llegamos por la puerta trasera del teatro en la que estaba apoyado en la pared Romualdo.

—Habéis tardado mucho.

Karmen paró a su lado y le dedicó solo una palabra.

—Gruñón.

Evidentemente, Romualdo se ofendió pero es que no esperábamos una pomposa bienvenida de quienes habían librado a la humanidad de un monstruo, pero un "gracias" o un "bien hecho" habría sido agradecido.

Allí estaban todos sentados. Al llegar, Raquel se me abrazó con gran deleite de mi espíritu. Después mi hija, mi madre, María y Jesús también secundaron no sin antes hacerlo con Karmen que tuvo las mismas atenciones que yo.

Romualdo reclamó atención y se puso en el escenario a lo que todos nos sentamos y guardamos el silencio demandado.

—Ya no es un secreto que yo, Romualdo El Mago, soy el único de los primeros hombres por tanto, a todos los guardianes que estáis aquí os libero. Vuestro destino es vuestro y vuestra deuda está saldada, tanto los míos como Elisa, Pedro y Alicia sois libres.

—¿Te quedarás con nosotros abuela? —preguntó Arcadia a Elisa.

—Tengo mucho tiempo que recuperar con mi hijo y con vosotras. Y, no me digas abuela pues aparento ser más joven que tú: pasaremos como hermanas —dijo mi madre con buen ánimo.

Romualdo prosiguió.

—Queda el asunto de la vacante que dejó el fallecido Héctor. ¿Quién debería ser el director de las cinco ciudades?

Todas las miradas se fijaron en mí y salí al paso.

—¡No! Hay alguien más capaz que yo y con más experiencia.

—¿Quién? —preguntó Noelia.

—Tú.

Todos asintieron y ella quedó complacida pues mi afirmación

era cierta y así, Noelia quedó como la directora de las cinco ciudades.

—Noelia, ¿nombrarás tú a los alcaldes? —preguntó Romualdo.

—Sí. Albert, a pesar de nuestras diferencias, quisiera que fueras el primero.

—Acepto por el honor que me concedes pero dimito. Yo me volveré al laboratorio que tengo escondido. Es en esa soledad donde quiero estar desarrollando mi pasión por mi antiguo trabajo.

—Deberían ser gente normal y corriente, buenas personas. Nosotros solo estaremos vigilantes y lo más escondidos que podamos —dijo Karmen.

—Lo veo justo —dijo convencida Noelia.

—Bueno, creo que ya que está muerto nuestra única amenaza, que la paz dure siglos en estas ciudades; esta gente se lo merece —dijo Romualdo.

Entonces, Romualdo acto seguido desapareció del telón. Mi instinto me decía a gritos que estaba preocupado y no adivinaba qué podía ser. Una vez Romualdo salió de escena, empezaron las primeras despedidas.

Alicia se acercó para despedirse. Aquél no era su lugar pues el suyo era viajar y que si su camino le acercaba por aquí, pasaría a saludar. No sé por qué, pero no la creí.

Albert hizo lo propio y se marchó hacia su laboratorio; era también un secreto de Antón por lo cual respetamos que fuera así: un secreto.

Pedro quiso volver a su hogar, a la biblioteca de Laberintia pero prometió volver a las ciudades de vez en cuando pues quería mezclarse con los humanos. A él sí le creí porque a pesar de su transformación, sabía que no podía mentir.

No inadvertido, Jesús le dirigía a Arcadia unas miradas furtivas, esas miradas que solo tienen los enamorados. Ojalá mi hija fuera amada y para mí, Jesús, contaba con todas mis bendiciones.

Los días siguientes fueron para honrar a Héctor en Selva. Todos se volcaron en aquella especie de entierro pospuesto. En el feudo de Selva no cabía más gente para el que fue el mejor gestor de la historia de las cinco ciudades. Cuando terminó, Sara rota de dolor decidió marcharse sola. Flora quedó pues sus antepasados estaban allí, al menos el tiempo suficiente hasta que se dieran cuenta de su condición sobrehumana.

Llevamos el cuerpo de Valerio a Hornos y allí le rendimos un sencillo homenaje en un sencillo momento; los pocos supervivientes de Hornos jamás lo olvidarían y yo tampoco.

En Mont-Elo logramos desenterrar entre los escombros lo que pudimos del cuerpo de Marion y del que fue como mi padre, Gabriel. Noelia dedicó todos los recursos que pudo para reconstruirla por enésima vez, pues aquel lugar tenía algo especial que, a pesar de las desgracias, volvía a atraer a la gente.

Fui solo a las ruinas donde el gigante Noche custodiaba aquel pequeño lugar. Pregunté por el cuerpo de Antón. A su manera, me dijo que lo desconocía pues fue su último secreto. Sabía claramente que mentía pero lo respeté así como sabía que era la última voluntad de Antón, que en paz descanse. Sé cierto que aunque muerto esté aún tiene secretos por desvelar.

María, que no parecía más que aquella mujer delicada que en realidad era una guardiana que se quedó en Vera con Karmen y Jesús. Yo sabía que fue su hijo quien le incitó a quedarse aquí, más cerca de Arcadia a lo que Karmen no opuso resistencia a su decisión.

Nosotros, al crecer la familia, decidimos cambiarnos de casa en parte porque mi antiguo lugar me recordaba a Gabriel y por estar cerca de la casa de María y Karmen. Lo puse fácil por lo que mi hija me quiso más.

Derán se fue sin más aunque no estaría lejos. Solo Flora que estaba tan unida a ella sabría siempre dónde estaría. Flora, duquesa de Selva.

Después de honrar a los muertos también que murieron en las ciudades, todos nos dimos unos días de descanso. A mí me duró solo uno. Fui en busca de Romualdo y lo abordé sin preámbulos.

—¿Qué te preocupa Romualdo? No soy tonto.

—Ni nunca pensé que lo fueras.

—Hay algo que no me encaja.

—¿Y es?

—Eso es lo que me reconcome por dentro, no lo sé.

—Rafael está muerto y no queda ningún hombre sombra. Lo confirmó Flora que es la única que puede detectarlos.

—Silvan, fue demasiado fácil —dijo Romualdo.

—Cayeron muchos de los nuestros; no lo creo así —le contesté.

—Creo que tenemos algo pendiente. Si no lo hacemos, yo no descansaré tranquilo.

—No sé qué podemos hacer. Romualdo, no te andes con rodeos y dilo.

—Tenemos que ir a esa torre pues tengo que verlo con mis ojos.

—Terminar el viaje que empecé, ¿a eso te refieres?

—Si quedó incompleto, tenemos que terminarlo.

—¿Tenemos? ¿No debería ir solo?

—Entonces sí pero ahora no será así. Iremos tú, Karmen y yo.

—Si así lo deseas, esperaremos a la primavera, supongo.

—Mañana partiremos pues no se puede demorar y así todos podremos descansar —le contestó El Mago.

—¿Cómo les explico a los míos que vuelvo a partir?

—Con la verdad. Puedes contar esta conversación. Avisaré a Karmen que sé que no se lo tomará bien pero vendrá. Disfruta esta noche de la compañía de tu familia, yo tengo aun algo que hacer.

—Así lo haré Romualdo, hasta mañana.

Yo no estaba en nada de acuerdo con la decisión de Romualdo, no al menos en el tiempo ya que el mal que nos acechaba había terminado. Así que, fui a mi casa contrariado, aun así, confiaba en la intuición de Romualdo y muy a pesar mío le obedecería, aunque estaba harto de distanciarme de mis seres amados.

En los caminos escondidos, en las sendas de Tierra de Nadie y en una noche de luna llena donde su luz plateada no tenía ningún obstáculo para bañar con su claridad tenue aquella tierra inhóspita, una chica joven que más que andar, bailaba de puntillas apenas rozando el suelo con un vestido tan vaporoso que insinuaba sus bellas formas, a veces canturreaba canciones perdidas en el tiempo y otras silbaba tan bien que parecía un instrumento de viento perfectamente afinado; estaba tan abstraída que cuando giró en una curva del estrecho camino, se encontró con un jinete en un enorme corcel blanco cortándole el camino. Ella sonrió y él hizo lo mismo pues eran perfectamente conocidos.

—Buenas noches Derán, la Dama Blanca.

—Sean Romualdo —dijo escondiendo con su mano una risa cantarina.

Romualdo desmontó de aquel magnífico corcel y se acercó a Derán con el bastón apoyado en el suelo.

—Vengo a despedirme ya que tú no lo hiciste.

—Nunca lo hago; las cosas tristes me disgustan y las despedidas lo son. Pero tampoco me iré del todo pues volveré cuando sea necesario que mi presencia tenga valía —dijo alegre Derán.

Romualdo se puso las manos ocultándolas tras la espalda y escondiendo su cayado que le sobresalía por la cabeza, dio unos pasos haciendo una pausa ensayada en la conversación mantenida. Derán se le quedó mirando con la cara de una niña traviesa que no entendía nada.

—Tuviste visita hace poco, Derán.

—Muchas y yo también fui a visitar. Soy muy cortés y educada.

—Sabes a lo que me refiero —le contestó.

Romualdo se acercó a ella y sin que fuera necesario, se agachó hasta que su cabeza quedó a la par de la Dama Blanca y le susurró:

—Ya sé qué eres Derán.

Se volvió a erguir en toda su talla y esperó la reacción de ella, que solo cambiaron sus juveniles formas tan brevemente que solo se hubiera dado cuenta un buen observador.

—Espero que no se lo digas a los demás, sino, tendría que matarte.

Romualdo estalló en una sonora carcajada; acarició con su mano libre el rostro de Derán con una ternura improvisada. Se volvió a agachar y la besó en la frente. A Derán no le disgustó pues giró su rostro hacia la palma de la mano de Romualdo.

—A nadie se lo diré; solo quería que lo supieras.

—Mi encanto está en mi misterio y sabía que tú serías incapaz de romperlo —dijo complacida Derán.

—Adiós Dama Blanca, hasta que nuestros caminos se vuelvan a cruzar.

—Una cosa Romualdo.

—Dime.

—¿Soy tan bonita como me reflejo en tus ojos?

—Eres aún más, eres de las mujeres más hermosas que jamás mis ojos han visto —dijo riendo Romualdo.

—Adiós Romualdo; Derán la Dama Blanca se va.

Romualdo fue siguiéndola con la mirada hasta que con sus graciosos saltitos desapareció en la espesura del bosque. Montó en el caballo blanco que, paciente, estaba esperando a su jinete.

—Si algún escritor conociera a este singular personaje, tendría letras de sobra para escribir sobre ella, mas aun no sabe que alguien más la visitará esta noche —dijo Romualdo hablando para él mismo en voz alta.

Giró grupa y volvió hacia Vera. El alba estaba cerca y el viaje venidero era largo y de este encuentro nadie sabría de ello. Sabía que ni a Karmen ni a Silvan le sentaron bien que acudieran a viajar a la torre pues creían que era un temor infundado y más cuando Flora aseguró que no habían más hombres sombra, pero él tenía la impresión de que Silvan tenía que completar el viaje que le impidieron los ancianos, sino estaría el vacío en el curso de los acontecimientos aparte de querer ver aquel lugar.

Llegó al alba y en la puerta de Vera dos enormes alazanes blancos les esperaban. Los trajo Iván el cual se entristeció al saber que Derán se había ido sin saber dónde pudiera estar. Karmen y

Silvan montaron y Romualdo les esperaba ya montado. Nadie fue a despedirse de ellos en esa fría mañana pues ya lo hicieron en la intimidad de sus casas. Partieron en silencio.

Aquellos caballos eran mucho más veloces de lo normal y su resistencia no tenía paragón; no teníamos necesidad de descansar a excepción de Karmen que sí tenía que hacerlo. Bordeamos todas las poblaciones cercanas pues es como si quisiéramos que nadie supiera hacia dónde nos dirigíamos. En menos de una semana llegamos al borde del mar. Dejamos las monturas sin amarrarlas pues eran animales inteligentes; ahora nos tocaba viajar por mar. Romualdo conocía una villa de pescadores pero hacía demasiado tiempo que no viajaba por los lugares donde ahora nos encontrábamos. Cuando me di cuenta, vi una barcaza encallada en una pequeña playa cercana; miramos a Romualdo pues no era normal que nadie abandonara una embarcación. El Mago negó con un gesto las sospechas que teníamos sobre si era cosa suya. No nos costó mucho desencallarla para hacernos a la mar. En unas seis horas aún con la luz de ese día, vimos de nuevo tierra. Cuando nos acercamos, sus verticales acantilados me impresionaron así como toda la travesía. El mar estaba más furioso y cuando más nos acercábamos, el oleaje se hacía más elevado pues nos dimos cuenta que era tierra ventosa, aun así, todo aquello ya se me fue mostrando en sueño. Su vista solo refrescaba mis recuerdos.

—¿Tendremos que escalar? —apuntó Karmen.

—No. Sé de un paso no muy lejos de aquí —dijo seguro Romualdo.

A varios kilómetros recorriendo la costa en dirección este, los acantilados se hacían más bajos y encontramos una senda pétrea muy estrecha y serpenteante que se dirigía a las cimas de aquellas paredes. En llano, Romualdo me miró a mí y supe por qué lo hacía.

—Soy el único que conoce el camino —dije afirmando lo evidente.

—Así es. ¿Recuerdas tus antiguos sueños? —preguntó Romualdo.

—Poco a poco estoy uniendo fragmentos pero creo que según vayamos caminado sabré por dónde dirigirnos.

No mentí pues encontré la cueva de entrada que entre la maleza circundante y su poca abertura parecía aún acercándose solo una grieta; ya dentro del lugar hacia donde debíamos ir, a pesar de ser enrevesado y casi sin poderse apreciar, caminamos en la absoluta oscuridad a excepción de una caída iluminada por un estrecho rio de lava. Todo parecía natural y no se veía la mano del hombre por

ningún lado y hasta casi nuestra humanidad la callaban aquellas piedras pues no hubo ninguna palabra en el transcurso del camino, hasta que un puente delató que íbamos por un camino hecho por manos artesanas. Nos encontramos con unas puertas tan negras como la obsidiana y tenían una cerradura que nos supuso un grave problema, pero Karmen empujó y aunque usó bastante fuerza se abrieron. Entonces los sonidos del agua nos envolvieron. Anduvimos por un camino empedrado junto a un rio subterráneo que terminaba en un salto de agua que se perdía en el vacío. Un puente más y seguimos aquel camino; yo sentía que aquel lugar tenía una belleza peculiar y aquel sitio sugería una antigüedad que no podía determinar. Al ver que Karmen y Romualdo miraban asombrados aquel lugar, supe que no era solo una sensación mía.

Al final de ese camino, una enorme puerta de plomo entreabierta que al pasarla nos adentramos en una gigantesca ruta; había calderos a los dos lados y estatuas bellamente esculpidas pero mutiladas por la cabeza y al final la vimos: allí estaban los motivos de mis antiguos sueños, el inicio de la pesadilla posterior. Nos fuimos acercando y vimos cómo el suelo parecía pegajoso y negro, como si pisáramos barro denso y negro. La torre estaba rota y recompuesta a modo de trono. Nos alarmamos al ver a un hombre cerca de ella el cual no se dio cuenta de nuestra presencia. Karmen fue hacia él con claras intenciones, pero Romualdo lo paró. Miraba fijamente a la torre, al suelo y hacia el techo de la enorme gruta: estaba diciéndolo todo. Aquel hombre por fin se dio cuenta de que allí estábamos y entonces se cayó de rodillas suplicante.

—¡No me matéis! ¡Sólo servía a mi rey! —gritó sollozando.

Romualdo lo ignoró y aquel hombre se calló. Tocó la torre y luego miró el suelo que más cercano a la torre parecía que cobraba vida como si fueran mil serpientes enroscadas. Romualdo miró otra vez en el suelo y a aquel hombre que dejó Rafael en ese lugar condenado a guardarlo; vi que se quedaba tenso y entonces volvió a mirar a aquel hombre ahora fijamente entornando los ojos. Se giró violentamente hacia nosotros y su voz sonó tan fuerte que nos impresionó.

—¡Marcharos ya! ¡Rápido!

Nos quedamos mirándolo sorprendido sin entender sus palabras y menos sus motivos. Quisimos contestarle pero su sombra se agrandó y su voz ahora era atronadora.

—Por la palabra de los primeros hombres ¡Iros! ¡Os lo ordeno!

Como si sus palabras poseyeran el mismo poder que las de Prometeo sin poder evitarlo salimos hasta que traspasamos las

puertas de plomo que se cerraron detrás de nosotros.

Karmen se volvió e intentó abrirlas con mi ayuda pero estaban selladas por alguna fuerza que dispuso El Mago. Yo hundí mis manos en la capa de polvo acumulado en milenios sobre el suelo; cerré mis ojos e invoqué a la Madre Tierra para que me diera la visión que me concedió tantas veces; de mis manos salieron desde los poros de mi piel hilos violetas que atravesaron polvo y roca y al poco, vi lo que ocurría en las cercanías de la torre mientras Karmen insistía inútilmente en abrir aquella puerta.

Aquel hombre suplicante se levantó y miró fijamente a los ojos de Romualdo. Su voz y su porte era otro. Se dirigió al mago con palabras orgullosas.

—Veo que te has dado cuenta.

—Todo ha sido un engaño; no era Rafael la encarnación del último sin nombre. Siempre estuvo aquí, escondido.

—Una distracción: le di poder y parte de mis recuerdos pero sabía que fracasaría. Os di un señuelo para que pensarais que yo estaba muerto aunque casi no estoy completo del todo, me falta tiempo aún para estarlo pero me conformo con el poder que atesoro.

—Tantas muertes para nada, tanto esfuerzo en vano. Era esta torre lo que te escondía. Si hubiéramos llegado cuando debíamos, nada hubiera ocurrido —dijo Romualdo con rabia.

—Exacto. No fueron nada inteligentes los ancianos y vosotros simplemente, habéis llegado tarde. Tú morirás hoy y yo saldré de mi largo encierro —dijo satisfecho el sin nombre.

El suelo cobró vida como miles de serpientes negras sin cabeza y empezaron a rodear a Romualdo y a reptar por sus pies encaramándose por sus tobillos; El Mago dio un potente golpe con su cayado y aquella negrura viva se disipó a su alrededor dejando desnuda piedra a su alrededor. Aquel golpe y el sonido, descubrió algo a Romualdo, algo que quiso transmitirme a mí.

—Silvan, lo has sentido. Sabes lo que tienes que hacer.

El sin nombre se rio y se mofó de las palabras de Romualdo.

—¿Pides auxilio? No te pueden oír. Yo me encargaré de ellos pues tú no puedes hacer nada contra mí. Soy demasiado poderoso así que, ríndete a la evidencia y abraza la muerte.

—Son mis últimas palabras pero serán también las tuyas últimas. No pedía auxilio sino sentencia. Abrazo la muerte junto a ti.

—No te entiendo.

—No importa.

Yo entendí y sentí el descubrimiento de Romualdo. Era la única

opción y con lágrimas en los ojos hice caso de la orden del mago. De mis manos salieron tallos finos que entraban en la roca con otro fin; se agrandaban agrietando la roca a su paso y rodearon en segundos la base de la torre. Estaba resquebrajando la piedra y debilitándola.

El sin nombre oyó los sonidos fragmentándose y miró interrogante a Romualdo ignorante de lo que estaba ocurriendo. Romualdo volvió a golpear la piedra sobre sus pies con una fuerza tan potente que resonó como un trueno en aquella caverna. El Mago sonrió a aquella personificación de maldad y su sonrisa era simplemente triunfal. Volvió a golpear el suelo que se desmoronó a sus pies y todo el suelo de aquel lugar empezó a caer sobre un inmenso lago de lava. El sin nombre intentó trepar por una pared pero Romualdo le aprisionó. Ambos cayeron a la lava que los engulló y todo terminó, ahora de verdad. Y el último de los primeros ancianos, murió.

Derán ya lejos de las cinco ciudades, en lo más profundo de Tierra de Nadie sintió en la lejanía la muerte de Romualdo y a través de lo que las canciones misteriosas que llevaban una ligera brisa, como el autentico tercer sin nombre moría, ella también fue engañada. Le contrarió no haberse dado cuenta, al menos Romualdo sí lo hizo. De todas maneras seguiría su camino y se perdería entre la extensión de la tierra; tenía ganas de viajar, ver como habían cambiado los antiguos lugares que ella ya había visto, hacer camino sin pensar tan siquiera en un destino ni en un propósito, cuando sintió a alguien familiar cerca cantando en un tono bajo, en un idioma que ella conocía y que era muy antiguo. Sabía quién era pero no qué hacía allí, tan lejos de donde debiera.

—¿Prometeo?

—Saludos Derán, la Dama Blanca.

—Sean, ¿Cuál es la razón de que te haya encontrado en mitad de mi camino?

—¿Acaso no te alegras de verme?

—Siempre, y más si es un ser querido; sé que no me despedí pero nunca lo hago. Pero esto es extraño y además estás tan lejos…; creo que hay una razón pues lo veo en ti.

—Por supuesto, siempre la hay; tu fingida locura no te hará escapar de ella, ni tu inocencia puede esquivar lo que quiero de ti.

—Me intrigas, dime pues.

—Una pregunta Derán, y me has de contestar.

—No me gustan las preguntas pues son incómodas en demasiadas ocasiones además, no tengo por qué contestarte. Con lo

delicadamente educado que eres, estás siendo directo.

—No es mi intención robarte mucho tiempo. ¿Al menos puedo formularla? Así me llenarías un vacío que tengo.

—Las ausencias son vacíos, la muerte de muchos es también lo mismo pero la respuesta a una pregunta no, no Prometeo no es lo mismo, aun así, por el amor que te profeso, hazla.

—¿Quién eres Derán, la Dama Blanca? Con la promesa del secreto que guardaré a tu respuesta, contéstamela, por favor.

—Bueno, lo pediste por favor y quizás te sorprenda; el peso de un secreto es bastante carga para llevarla siempre uno consigo. Aún así lo haré Prometeo, lo haré porque simplemente lo deseo. Estarás atento a un relato que jamás fue contado, que nadie supo, que nadie sospechaba y que nadie creería. ¿Quieres conocerlo?

—Es la razón de que este aquí.

Derán sonrió con inocencia, se sentó al lado de Prometeo y descansó su cabeza sobre su hombro, era tan tierna y tan frágil que jamás nadie podría sospechar el poder que atesoraba. Miró a los ojos a Prometeo que le devolvió la sonrisa y volvió Derán a su posición inicial reposando junto al cuerpo de él.

—Hace mucho, muchísimo tiempo nacimos. Entonces el planeta entero era una bola de hielo pero en sus profundidades había bolsas de agua templada; a través de descomposiciones químicas del calor del interior del núcleo de la tierra emanaban nutrientes: éramos simples, éramos pocos y muy sencillos, solamente envueltos en una membrana de plasma. Estábamos sumidos en una calma eterna y cuando empezó todo, nos comunicábamos a través de una vibración más parecida a una canción en lugar de usar el lenguaje. Pasó el tiempo, mucho tiempo, pero estábamos muy bien pues vivíamos en un limbo hasta que la tierra empezó a cambiar y la vida empezó también a evolucionar. Nosotros no evolucionamos mucho pues aunque fuimos cada vez más inteligentes, nuestro cuerpo no cambiaba, aun así nos sentíamos bien y no necesitábamos más. Pero todo alrededor cambió aún más: el hielo volvió a ser agua y nos arrastró de un lado a otro, por lo que nuestros cuerpos tuvieron también que evolucionar. El transcurrir de tantísimas eras, el conocimiento y el entendimiento de nuestro alrededor lo conocíamos aun más del que vosotros tenéis de él. Sí Prometeo, fuimos los primeros seres inteligentes que habitaron este planeta pero la forma es la que quisimos tener, y me gusta porque si algo siempre amamos fue la belleza y sobre todo el equilibrio que es lo más difícil de conseguir. Ya ves mi bello Prometeo, soy las notas de la más antigua canción.

—Eres… tan antigua.

—Sí, esta historia solo lo conté una vez y ahora la segunda; no tenía por qué hacerlo pero lo he hecho aunque temo decepcionarte Prometeo.

—Al contrario, me has fascinado.

—Como a muchos que nos pusieron títulos que no nos pertenecían, pero no es por eso que te voy a decepcionar.

—¿Cómo pues?

—Porque jamás recordarás esta conversación, Prometeo.

—Es injusto pues tengo amnesia aún de mi pasado, no lo hagas.

—La tienes y la tendrás porque es la segunda vez que tenemos esta conversación, por eso tienes amnesia y por eso no recuerdas tu pasado, porque lo que ahora te conté ya ha sido hablado. Adiós Prometeo; olvidarás todo lo hablado pero nunca a mí.

Derán le dio un beso chico en la boca a Prometeo y se distanció de él mirándolo mientras él, después de sentir sus labios, se quedó boquiabierto mirando hacia ningún sitio. Ella empezó a caminar casi danzando y emitiendo un sonido extraño que jamás en tiempos remotos se oyó: era parecido a una canción.

Al cabo de un rato Prometeo despertó y miró en rededor, no sabía cómo había llegado a ese lugar y no recordaba nada, pero una imagen empezó a cobrar fuerza en su mente y un nombre aún más: Noelia, que fue agua fresca a su atorada mente el mágico nombre de ella, y miró hacia dónde dirigirse para encontrarse con ella. Empezó a andar y miró hacia atrás pues sabía que algo había ocurrido mas no podía recordar. Pensó en su amada y estaba preocupado, pero sintió el deseo imperante de volver hacia ella y así lo hizo.

40. LA SENDA DE SILVAN

Relato esto sesenta años después de la muerte de Romualdo, siendo consciente ahora que esta senda que yo recorrí no era solo mía, sino que la recorrieron conmigo gente que tuvo tanto o más protagonismo que el mío. Muchos ya no están con nosotros pues la noche más larga los ha envuelto: están muertos.

Desde entonces la paz ha vuelto a las cinco ciudades. Noelia, que las gestiona tan bien como hizo Héctor, tuvo una muerte prematura al enfermar. Nada pudimos hacer por sanarla y murió en brazos de Prometeo roto de dolor. Se encerró en la biblioteca en la que tantos años pasó. Su hija Ángela, a pesar del apoyo que le dio, decidió partir a Tierra de Nadie por lo que nada más se supo de ella aunque sabemos que está bien ya que está vinculada a Flora y Arcadia por lo que ellas sabrían si algo malo le ocurriera.

A Marina, Noelia la confirmó como alcaldesa de Erdia y todo el sufrimiento pasado fue repuesto por un nuevo amor que colmó con su bondad los años amargos vividos. Junto a sus dos hijos murió bastante anciana y feliz.

De Derán, nada; no volvió ni a visitar a su hermana ni a su sobrina. Siempre pensamos que aparecería en cualquier momento con su encanto, su jovial y loco humor.

Albert muy de vez en cuando nos visitaba de incógnito pero estos últimos años, esas visitas se espaciaron tanto que no volvió.

Iván, El Poeta, murió de viejo cuando le pertenecía y hasta que tuvo fuerzas, no paró de buscar a Derán; era su amor, era su quimera.

Jesús murió recientemente. Al final mi hija y él se enamoraron si no lo estaban ya antes, pero es el precio de ser tan longevo. Arcadia lloró tanto su muerte que al final sus lágrimas eran de sangre.

Mi madre Elisa, al poco de morir Romualdo, la tediosa monotonía de la ciudad la estaba apagando. Se fue pero siempre volvía de visita sobre todo porque Arcadia perdió a su hombre, y porque a mí me faltó una pregunta que hacer y la formulé: pregunté quién fue mi padre y sorprendido ella me contestó que era un hombre normal del cual se enamoró, que la quiso hasta que repentinamente murió sabiendo ella que estaba embarazada. Simplemente era un buen hombre de los que escasean en este mundo y en todas las épocas pasadas.

Arcadia no se separó jamás de mí, aún cuando nos mudábamos para que no sospecharan de nuestra eterna juventud.

Sara se fue de Selva pero Flora decidió quedarse. Quería tomar el puesto de Duquesa de Selva. Tuvo varias parejas pero no pudo tener descendencia aunque deseara desesperadamente tener un hijo para poderle poner el nombre de su padre y proseguir el linaje de la casa de Selva mas no pudo ser. Su eterna juventud empezó a despertar celos supersticiosos entre sus vecinos por lo que fingió su propia muerte y se fue en busca de su madre; desconocemos si la encontró ni tan siquiera sabemos nada de ella.

Pedro, en Laberintia creó un asentamiento donde abrió la biblioteca a todo aquel que quisiera consultar los libros, siempre bajo supervisión. Logró un bello poblado donde sobre todos los intelectuales, hicieron su hogar y su santuario.

Karmen y María, a la muerte de Jesús, dejaron las cinco ciudades y se fueron a explorar mundo. Puede ser que estén eternamente juntos.

Hoy, en este día que relato los hechos, con un dolor insoportable en mi corazón pues hace diez años que murió Raquel en mis brazos. Tuvo una larga vida pero sabía que llegaría este momento pues se me advirtió pero, aún su pérdida creó un hueco que no he podido llenar. Estamos muy lejos de las cinco ciudades. Se quedaron huérfanos de hombres muchas mujeres extraordinarias. Hay monumentos de Romualdo, Antón, Héctor y Valerio en distintas ciudades pero el olvido de sus nombres no tardará en llegar.

Estamos en unas ruinas antiguas, preparando junto a Arcadia mi lecho para un gran sueño. Es un sarcófago precioso que cuando quisiera despertar, podría quitar la losa que lo cubre. Es una catacumba espaciosa y tiene agujeros para que entre luz. Arcadia se ha hecho una casa cerca y ha reunido a mujeres y hombres para que cuiden del lugar y lo guarden. Me han advertido de otros que lo hicieron y no volvieron, no creo que me ocurra pero solo quiero descansar. Así, por ahora termina mi senda, la Senda de Silvan.

FIN.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS
1.GUARDIA
2. DESPEDIDAS
3. LA BIBLIOTECA
4. FORJAS DEL MANANTIAL
5. A SELVA
6. LA CIUDAD MUERTA
7. EL REY PUESTO
8. LUNA DE SANGRE
9 EL POETA Y LA DAMA BLANCA
10. UN HOGAR
11. EL GUARDABOSQUES
12. LA HERENCIA DE UN DEMENTE
13. LAS MONTAÑAS SIN NOMBRE.
14. DOS HERMANAS
15. LA DESCONOCIDA
16. EL JARDÍN DE ROSALÍA
17. AUSENCIA
18. LA TORRE
19. LA LLAMADA
20. TRÉBOL
21. UNA INESPERADA SORPRESA
22. TIEMPO PERDIDO
23 SUEÑO ROTO
24. LAS PIEZAS DEL TABLERO
25. PRIMERAS MUESTRAS
26. LA PESADILLA
27. LA CANCIÓN DE PROMETEO
28. LA SANGRE DE LOS INOCENTES
29. SOBRE LA TUMBA DE FLORIAN
30. LOS GUARDIANES DE ALTAMIRAS
31. LA LUNA DE MEDIA NOCHE
32. LA LLAVE
33. VIENTOS DE LAMENTOS

34. LAZOS DE SANGRE
35. LA DECISIÓN
36. VERA
37. NOCHE ACIAGA
38. RAFAEL
39. LA TORRE II
40. LA SENDA DE SILVAN